BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PERU

CON OBSERVACIONES PRELIMINARES

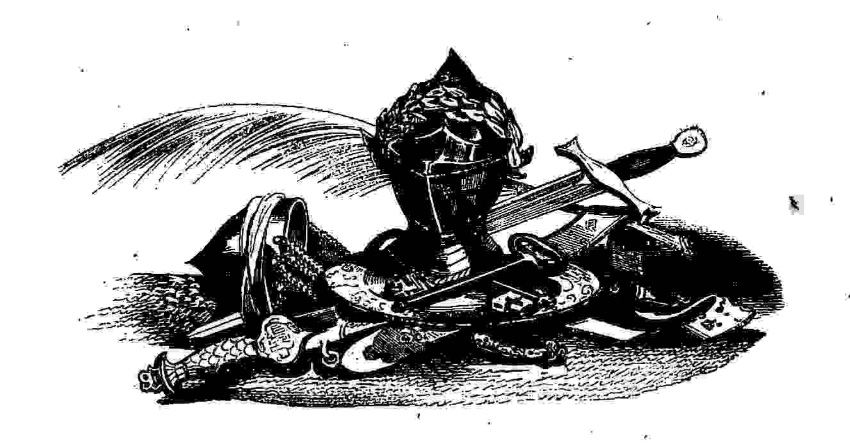
SOBRE

LA CIVILIZACION DE LOS INCAS

POR

Guillermo H. Prescott.

Adornada con 50 grabados.



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Principe, Núm. 4

1851



HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

PROLOGO.

Es indudable que las mas brillantes páginas de la historia de España en el Nuevo-Mundo son las que refieren las conquistas de Méjico y del Perú; de esos dos estados en que se combinaba la gran estension de territorio, con una constitucion social muy adelantada, y con grandes progresos en las artes de la civilizacion. Tanto es lo que sobresalen en el gran cuadro de la historia, que el nombre de uno de ellos, á pesar del contraste que se nota en sus respectivas instituciones, recuerda naturalmente el del otro; y, cuando hice recojer en España materiales para la relacion de la conquista de Méjico, incluí en mis investigaciones los que se referian á la conquista del Perú.

En ambos casos se sacó la mayor parte de los documentos del mismo gran depósito, los archivos de la Real Academia de la Historia en Madrid: cuerpo al que se halla especialmente confiada la conservacion de todo lo que puede servir para ilustrar los anales de las colonias de España. La parte mas rica de su coleccion es probablemente la de los papeles de Muñoz. Este eminente erudito, cronista de las Indias, empleó cerca de cincuenta años de su existencia en acumular materiales para la historia del descubrimiento y conquista de América por los españoles. Obrando para este fin bajo las órdenes del gobierno, todo se le facilitó, y se le abrieron y sometieron á su exámen tanto los archivos públicos como las colecciones particulares, así en España como en toda la vasta estension de sus posesiones ultramarinas. El resultado de esto fue una magnífica coleccion de manuscritos, muchos de los cuales copió él mismo con admirable paciencia. Pero no vivió lo bastante para recoger el fruto de su constante laboriosidad. Apenas habia terminado el primer tomo relativo á los viajes de Colon, cuando murió; y sus manuscritos, á lo menos la parte que se refiere á Méjico y al Perú, estaban destinados á servir de materiales á otro, es habitante de ese mismo Nuevo-Mundo, á cuya historia pertenecen.

Otro de los eruditos, á cuyos tesoros literarios debo mucho, es D. Martin Fernandez de Navarrete, director que fue de la Real Academia de la Historia. Tambien el Sr. Navarrete dedicó la mayor parte de su larga existencia á reunir documentos originales para ilustrar los anales de las colonias. Muchos de ellos se han incluido en su gran obra COLECCION DE VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS, que, aunque lejos de haberse completado segun el plan original de su autor, es para el historiador un auxiliar indispensable. Al seguir el rastro de los descubrimientos, Navarrete se apartó de las conquistas de Méjico y del Perú para hablar de los viajes de sus compatriotas en los mares de las Indias. Con su natural cortesía permitió que se copiasen para mi uso sus manuscritos que se refieren á aquellos dos paises. Algunos de estos se han publicado despues bajo los auspicios de sus eruditos colegas Salvá y Baranda, asociados á él en la academia; pero los documentos que están en mi poder forman una fraccion muy importante de los materiales que he tenido á mano para la presente historia.

La muerte de este hombre ilustre, ocurrida poco despues de haberse principiado esta obra, ha dejado en su pais un vacío que no se colmará fácilmente, porque era hombre consagrado con ardor al cultivo de las letras, y pocos han contribuido mas á difundir

el conocimiento de la historia colonial de España. Lejos de pensar esclusivamente en sus propios proyectos literarios, siempre estaba dispuesto á prestar su auxilio y su simpatía á los de otros. Realzaban su reputacion como erudito las altas prendas que le adornaban como hombre, su benevolencia, la sencillez de sus costumbres, y su moralidad á toda prueba. Mucho es lo que yo le debo, porque desde que publiqué mi primera obra histórica, hasta la última semana de su vida, siempre he recibido pruebas del sincero y útil interes que le inspiraba la continuacion de mis trabajos, y en este instante tributo con tanta mas satisfaccion este elogio á sus merecimientos, cuanto que no puede sospecharse en él la intencion de adular.

Tambien debo incluir en la lista de los que me han suministrado materiales á Mr. Ternaux-Compans, tan conocido por su fiel y elegante traduccion francesa de los manuscritos de Muñoz, y á mi amigo D. Pascual Gayangos, quien bajo el modesto título de traduccion, ha publicado un comentario tan agudo como erudito sobre la historia hispano-árabe, colocándose en primera línea en aquel difícil departamento de la república de las letras que han ilustrado los trabajos de un Masdeu, de un Casiri y de un Conde.

A los materiales que estas fuentes me han proporcionado, he añadido algunos manuscritos importantes sacados de la Biblioteca del Escorial. Estos, que se refieren principalmente á las antiguas instituciones del Perú, formaban parte de la magnífica coleccion de lord Kingsborough, que, por desgracia, ha tenido la misma suerte que casi todas las colecciones literarias, y se ha dispersado por todas partes desde la muerte de su noble autor. Me ha proporcionado estos manuscritos el activo bibliógrafo Mr. O. Rich, que reside actualmente en Londres. Por fin, no debo olvidarme en otra línea de los servicios que me ha hecho el erudito bibliotecario del ateneo de Boston, mi amigo Mr. Charles Folsom, cuyo saber en materias gramaticales, y en la diccion castiza y propiedad del idioma ingles, me han servido para corregir muchas faltas en que habia incurrido al componer tanto esta como mis obras anteriores.

Disponiendo de todos estos diferentes manantiales, he acumulado una gran cantidad de manuscritos tan auténticos como variados, concesiones reales y decretos, instruciones de la córte, cartas del emperador á los principales oficiales de las colonias, archivos municipales, diarios personales y apuntes, y una gran masa de correspondencia particular de los principales actores que desempeñaron un papel en este drama turbulento. Quizás este mismo estado de turbulencia del pais fue lo que contribuyó á hacer mas frecuente la correspondencia entre los empleados coloniales y el gobierno de la metrópoli. Pero, sea cual fuere la causa, la coleccion de materiales manuscritos que se refieren al Perú, es mucho mas ámplia y mas completa que la que se refiere á Méjico; de modo que apenas hay rincon oscuro en el camino del descubridor sobre el cual no haya arrojado alguna luz la correspondencia escrita de la época. Quizás mas bien tiene que quejarse el historiador del EMBARRAS DES RICHESSES, porque en la multiplicidad de testimonios contradictorios, no siempre es fácil sorprender la verdad, así como la multiplicidad de los rayos de luz que se cruzan unos á otros deslumbran y confunden la vista del espectador.

La presente historia se funda en el mismo plan general que la de la CONQUISTA DE MÉJICO. En un libro de introduccion he tratado de presentar de bulto las instituciones de los Incas, para que el lector conociese el carácter y la condicion de esa raza estraordinaria antes de entrar en la historia de su conquista y avasallamiento. Los demas libros contienen la relacion de la conquista; y aquí el asunto, debemos confesarlo, á pesar de las ocasiones que ofrece para pintar caractéres, referir incidentes estraños y poéticos, y escenas pintorescas, no proporciona al historiador tantas ventajas como la historia de Méjico. Verdad es que pocos asuntos pueden compararse con este para los fines del historiador ó del poeta. En él el desarrollo natural de la historia se amolda exactamente á lo que exigen las reglas mas diversas del arte. La conquista del pais es el gran objeto que siempre está presente en la mente del autor. Desde que los españoles desembarcan por primera vez en el territorio, sus aventuras posteriores, sus negociaciones y batallas, su retirada terrible, sus nuevos esfuerzos y el sitio final, todo contribuye á preparar este gran resultado, hasta que con la toma de la capital termina la larga série de los acontecimientos. En la marcha de los sucesos, todo camina de frente hácia este término. Es un poema épico magnífico, en que la unidad de interes es perfecta.

En la CONQUISTA DEL PERÚ la accion, á lo menos en cuanto á lo relativo á la caida de los Incas, concluye mucho antes que termine la narracion. Ocupan el resto las terribles luchas civiles de los conquistadores, luchas que por su misma naturaleza no pueden agruparse alrededor de un punto central de interes. Para alcanzar este último objeto, debemos traspasar el límite establecido en la inmediata caida del imperio peruano. La conquista de los indígenas no es mas que el primer paso, á que debe seguir la derrota de los españoles rebeldes, hasta que se establece la supremacía de la corona de una manera permanente en el pais. Hasta este período no se puede considerar como completa la adquisicion de aquel imperio trasatlántico, y, fijando la vista en este punto mas remoto, se verá que los pasos sucesivos de la narracion conducen á un gran resultado único, y que se conserva esa unidad de interes, que casi es tan esencial en la composicion histórica como en la dramática. Hasta qué punto se ha conseguido esto en la presente historia, es cosa que abandono al juicio del lector.

No tengo noticia de que ningun español haya compuesto historia alguna de la conquista del Perú, fundada en documentos originales, que pueda aspirar á ponerse al lado de la CONQUISTA DE MÉJICO, por Solís, como obra clásica. Los ingleses deben una de gran mérito á la pluma de Robertson, cuyo magnífico bosquejo ocupa el espacio que le corresponde en su gran obra sobre América. Mi objeto ha sido presentar al lector la misma historia con todos sus poéticos pormenores; no simplemente retratar los rasgos característicos de la conquista, sino realzar los perfiles con un colorido animador, de modo que presente una minuciosa y fiel pintura de aquellos tiempos. Con este objeto al componer esta obra me he aprovechado lo mas posible de los materiales manuscritos que poseo; he dejado que los actores hablen personalmente lo mas posible, y sobre todo he sacado mucho partido de sus cartas, porque en nada es mas probable que se descubra el corazon que en la libertad de la correspondencia privada. He hecho ámplios estractos de estos documentos en las notas, tanto para apoyar el testo, como para dar publicidad á esas producciones de los eminentes capitanes y estadistas de aquella época, producciones que los mismos españoles no conocen.

Mr. Amédée Pichot, en su prólogo á la traduccion francesa de la CONQUISTA DE MÉJICO, infiere del plan de la composicion que debo haber estudiado cuidadosamente los escritos de su compatriota Mr. de Barante. El agudo crítico no me hace mas que justicia al suponer que me son familiares los principios de la teoría histórica de aquel escritor, tan hábilmente presentada en su prólogo á sus DUQUES DE BORGOÑA. Y he tenido motivos para admirar la destreza con que él mismo ilustra su teoría, construyendo con los

toscos materiales de una época remota un monumento del genio que nos trasporta rápidamente al centro mismo de los siglos feudales; y esto sin aquellas incongruencias que generalmente afean las obras de antigüedad hechas en nuestros dias. Del mismo modo he tratado de delinear la espresion característica de una época distante, y presentarla con toda la lozanía y animacion de la vida. Pero me he separado del plan del historiador frances en una cosa muy importante: he dejado en pie el andamiaje despues de haber completado el edificio. En otras palabras, he dejado ver al lector los trámites por los cuales he llegado á mis consecuencias. En lugar de exigirle que crea en mi version de la historia bajo mi palabra, he tratado de manifestarle las razones de mi fé. Con abundantes citas de los originales que me sirven de testo, y con algunas noticias críticas de ellos para esplicarles las influencias á que estaban sometidos, he tratado de colocarlo en una posicion en que pueda juzgar por sí, y aun enmendar ó contradecir los juicios del historiador, si así lo cree conveniente. Á lo menos por este sistema podrá calcular la gran dificultad que existe para llegar al conocimiento de la verdad entre el conflicto de las contradicciones, y aprenderá á tener poca confianza en aquellos escritores que hablan de los misterios de lo pasado con lo que Fontenelle llama «un grado horrible de certeza,» espíritu el mas opuesto á la verdadera filosofía de la historia.

Sin embargo, debe confesarse que el historiador que refiere los acontecimientos de un siglo pasado, disfruta de algunas grandes ventajas en el hecho de poseer materiales manuscritos; ya que los testimonios de amigos, rivales y enemigos se equilibran unos á otros. Otra ventaja no menor consiste en contemplar el curso general de los acontecimientos como ocurrieron realmente, lo que forma el mejor comentario sobre los verdaderos motivos de los diferentes actores. El actor, empeñado en el calor del combate, ve limitado su juicio por el círculo que lo rodea, al paso que lo ciegan el polvo y el humo de la lucha; mientras que el espectador, cuya mirada recorre el campo desde mas distancia y desde un punto mas elevado, aunque para él los objetos individuales no aparezcan en todo su brillo, abarca en una mirada todas las operaciones del campo. Aunque parezca esto una paradoja, tan probable es que el escritor futuro descubra la verdad apoyado en testimonios contemporáneos, como que la refieran los contemporáneos mismos.

Antes de terminar estas observaciones, permítaseme añadir otras de un carácter personal. En varias revistas estranjeras de mis escritos, se ha dicho que el autor de ellos era ciego; y mas de una vez se me ha atribuido el mérito de haber perdido la vista al escribir mi primera historia. Cuando he descubierto estas relaciones erróneas, me he apresurado á rectificarlas. Pero la presente ocasion es la mejor para hacerlo; y lo deseo tanto mas, cuanto que se me figura que mis propias observaciones en los prólogos de mis anteriores historias han dado orígen á esta equivocacion.

Mientras que estaba en la universidad, tuve un accidente en un ojo que privó de la vista á este órgano. A poco tiempo fue atacado el otro de una inflamacion tan aguda, que durante algun tiempo tampoco veia con él; y aunque despues se curó, quedó el órgano en tan mal estado, que sufro en él una debilidad permanente, ademas de haberme visto posteriormente dos veces privado de su uso para leer y escribir durante varios años. En uno de estos últimos períodos fue cuando recibí de Madrid los materiales para mi historia de los reyes Católicos; y en mi triste condicion, rodeado por mis tesoros trasatlánticos, me veia como un hombre que perece de hambre en medio de la mayor abundancia. En este estado resolv que el oido, si fuese posible, hiciese las veces del ojo. Tomé un secretario que me leia los diferentes documentos, y con el tiempo me acostumbré de tal modo al sonido de los diversos idiomas estranjeros (con algunos de los cuales me habia familiarizado en mis viajes á otros paises), que pude comprender su lectura sin mucha dificultad. A medida que esta adelantaba, iba yo dictando numerosas notas; y cuando estas se hubieron aumentado de una manera considerable, me las volvieron á leer repetidas veces, hasta que comprendí suficientemente su contenido para componer mi historia con estos materiales. Las mismas notas formaron una coleccion necesaria para ilustrar y apoyar el testo.

Pero aun quedaba otra dificultad en el trabajo mecánico de escribir que me fatigaba estraordinariamente la vista. Vencióse esta por medio de uno de esos aparatos para escribir que usan los ciegos, mediante el cual podia trasladar mis pensamientos al papel sin el auxilio de la vista, y con igual facilidad sin luz ó con ella. Las letras que así formaba se asemejaban mucho á los geroglíficos; pero mi secretario se adiestró en el arte de desenmarañarlos, y pudo trasladarse una copia para el impresor, con un número no muy exagerado de inevitables errores. He descrito con tal minuciosidad este procedimiento, porque se ha manifestado mucha curiosidad repetidas veces por saber mi MODUS OPERANDI en medio de mis privaciones, y quizás su conocimiento podrá ser útil á otros que se encuentren en el mismo caso.

Aunque me animaba el progreso visible de mi obra, era este necesariamente lento. Pero con el tiempo se disminuyó la tendencia hácia la inflamacion, y se afirmó mas y mas la fuerza del ojo. Por fin se restableció hasta el punto de permitirme leer varias horas durante el dia, aunque mis trabajos de esta manera terminaban necesariamente antes de la noche. Ni nunca pude privarme de los servicios de un secretario, ni abandonar el uso del aparato para escribir; porque, al reves de lo que generalmente sucede, el escribir es para mi vista una tarea mas difícil que la de leer, observacion sin embargo que no se aplica á la lectura de los manuscritos; y por consiguiente para poder revisar con todo cuidado mi trabajo, hice imprimir un ejemplar de la Historia de Fernando é Isabel para mi uso, antes de enviarla á la prensa para su publicacion. Tal como la he referido era la mejoría de mi salud mientras preparaba la CONQUISTA DE MÉJICO, y satisfecho al verme elevado casi al nivel del resto de mi especie, apenas envidiaba la superior felicidad de los que podian prolongar sus estudios hasta las altas horas de la noche.

Pero he esperimentado otro cambio en los dos últimos años. La vista de mi ojo se ha ido poco á poco debilitando, mientras que se ha aumentado de tal manera la sensibilidad del nervio, que durante varias semanas del año pasado no he abierto un libro, y por término medio puedo decir que solo he disfrutado de la vista á razon de una hora por dia. Ni puedo animarme á mí mismo con la engañadora esperanza de que, gastado como se encuentra este órgano por haber quizás abusado de él, pueda volver nunca á su estado de juventud ó servirme de mucho en mis estudios literarios de aquí en adelante. No sé si tendré bastante ánimo para entrar con semejante impedimento, como lo habia pensado, en un campo mas vasto de estudios históricos. Quizás la costumbre, y el deseo natural de seguir la carrera que he emprendido tanto tiempo ha, me obligarán á hacerlo, ya que la esperiencia me ha probado que no es imposible.

Por esta relacion, tal vez demasiado larga, el lector que tenga alguna curiosidad en esta materia, concebirá hasta dónde llegan los obstáculos que se me oponen en mis trabajos históricos. Fácilmente se concederá que no han sido leves, si se considera que solo

he podido hacer uso de un ojo, y no constantemente, y que durante una gran parte del tiempo me he visto enteramente privado de él. Sin embargo, las dificultades que he tenido que vencer son muy inferiores á las que asedian á un hombre enteramente ciego. No conozco historiador alguno que viva hoy y que pueda aspirar á la gloria de haber vencido tales obstáculos, sino es el autor de LA CONQUISTA DE INGLATERRA POR LOS NORMANDOS, el cual, como él dice con tanta sensibilidad y belleza, «se ha hecho amigo de la oscuridad;» y á una profunda filosofía que no necesita mas luz que la que viene de adentro, reune una capacidad para el estudio de estensas y variadas investigaciones, que exigiria la mas severa aplicacion por parte del que quisiese seguir esta carrera.

Espero que el lector no atribuirá estas largas observaciones á un ridículo egoismo, sino á su verdadera causa, es decir, al deseo de corregir algunas equivocaciones á que quizás sin quererlo he dado origen yo mismo, y que ha hecho que algunos me atribuyan la gloria, poco grata á mis sentimientos, ya que no es merecida, de haber vencido los obstáculos incalculables que sirven de impedimento á la carrera de un hombre enteramente ciego.

Boston 2 de abril de 1847.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION.

OBSERVACIONES PRELIMINARES SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS INCAS.

CAPITULO PRIMERO.

Aspecto físico del pais. — Origen de la civilizacion peruana. — Imperio de los Incas. — Familia Real. — Nobleza.

DE las numerosas naciones que ocupaban el gran continente americano cuando los europeos lo descubrieron, las mas adelantadas en poder y en cultura eran, sin duda, las de Méjico y Perú. Pero, aunque se asemejaban en el grado de civilizacion á que habian subido, esta civilizacion era de diferente carácter en cada una de ellas, y el observador filosófico de la especie humana puede sentir una curiosidad natural en la averiguacion de las varias transiciones por las cuales pasaron aquellos dos pueblos, en sus esfuerzos para salir del estado de barbárie, y alcanzar una posicion mas elevada en la escala de la humanidad. En otra obra que he publicado, procuré describir las instituciones y el carácter de los antiguos mejicanos, y la historia de su conquista por los españoles. En esta voy á tratar de los peruanos; y si su historia presenta anomalías menos estrañas, y contrastes menos notables que la de los aztecas, no será menos interesante al lector la grata pintura que ofrece de un gobierno bien arreglado, y de los hábitos modestos y laboriosos que se introdujeron bajo el dominio patriarcal de los Incas.

El imperio del Perú, en la época de la invasion española, se estendia por la costa del Pacífico, desde el segundo grado, poco mas ó menos, de latitud Norte, hasta el treinta y siete de latitud Sur; línea que describen actualmente los límites occidentales de las repúblicas modernas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Su anchura no puede ser determinada con exactitud, porque, aunque totalmente limitada al Oeste por el Gran Océano, hácia el Este se dilataba en varias partes mucho mas allá de los montes, hasta los confines de las tribus bárbaras, cuya exacta situacion no es conocida, y cuyos nombres han sido borrados del mapa de la historia. Es cierto, sin embargo, que habia gran desproporcion entre su longitud y su anchura (1).

Es muy notable el aspecto topográfico del pais. Una faja de tierra, cuyo ancho raras veces pasa de veinte leguas, corre en la direccion de la costa, y está encerrada en toda su estension, por una cadena colosal de montañas, que, partiendo del estrecho de Magallanes, llega á su mayor elevacion, que es en verdad la mayor del continente americano, hácia los diez y siete grados de latitud Sur (2), y, despues de cruzar la línea, y gradualmente, declina en alturas de poca importancia, al entrar en el istmo de Panamá. Tal es la famosa cordillera de los Andes, ó «montañas de cobre (3),» como las llaman los naturales, aunque con mas razon podrian llamarse «montañas de oro.» Dispuestas muchas veces en una sola línea, mas frecuentemente en dos ó tres, que corren paralelas entre sí, ó en sentido oblícuo, parecen una contínua cadena, vistas desde el Océano. Los estupendos volcanes que el habitante de las llanuras mira como masas solitarias é independientes, parecen al navegante otros tantos picos del mismo vasto y magnífico sistema. En tan inmensa escala ha trabajado la naturaleza en aquellas regiones, que solo desde una gran distancia puede el espectador comprender de algun modo la relacion de las diversas partes que forman aquel asombroso conjunto. Pocas obras han salido de la mano de la naturaleza capaces de producir impresiones tan sublimes, como el aspecto de esta costa, cuando se desarrolla gradualmente á los ojos del marinero en las aguas distantes del Pacífico, cuando se enseñorean montañas sobre montañas, y el Chimborazo, con su espléndido dosel de nieve, resplandeciendo sobre las nubes, corona el todo como una diadema celestial (4).

El aspecto esterior del pais no parece muy favorable á las operaciones de la agricultura, ni á las comunicaciones interiores. La faja arenosa que corre por la costa, donde nunca llueve, no recibe mas humedad que la que le suministran unos pocos y escasos arroyos, ofreciendo un notable contraste con los vastos volúmenes de agua que se desprenden de las laderas orientales hácia el Atlántico. Ni son mas aptas para el cultivo las faldas de la sierra, cortadas por hondos precipicios, y masas destrozadas de pórfido y granito, ni sus mas altas regiones, envueltas en nieve que nunca se derrite bajo el sol ardiente del Ecuador, y sí solo por la accion desoladora de los fuegos volcánicos. Los derrumbaderos, los furiosos torrentes, y las quebradas intransitables, rasgos característicos de esta region escabrosa, parecen obstáculos insuperables á toda comunicacion entre las

(1) Sarmiento, Relacion, MS. capítulo LXV.—Cieza de Leon, Crónica del Perú (Amberes, 1554) cap. XLI.—Garcilasso de la Vega, Comentarios Reales (Lisboa, 1609), parte I, lib. I, cap. VIII.

Segun este último escritor, la mayor anchura del imperio no pasaba de 120 leguas. Pero la Geografía de Garcilasso es harto incorrecta.

(2) Malte-Brun afirma que las mas altas cimas de la cordillera están bajo el Ecuador (Geografía Universal, lib. LXXXVI). Pero de observaciones y medidas posteriores resulta que son todavía mas elevadas las que se encuentran entre los grados quince y diez y siete de latitud Sur, donde el Nevado de Sorata levanta su arrogante cúpula á la altura de 25,250 pies, el Illimani á la de 24,307.

(3) A lo menos la voz *anta*, de donde se cree que proviene la etimología de *Andes*, significa cobre en lengua peruana. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XV.

(4) Humboldt, Vues des Cordillères et Monumens des peuples indigènes de l'Amérique (Paris, 1810), p. 106. Malte-Brum, lib. LXXXVIII.

Los pocos bosquejos que Mr. de Humboldt ha dado de los paisages de la cordillera, y que descubren la mano de un gran pintor y de un filósofo, nos fuerzan á deplorar que no nos haya comunicado el resultado de sus observaciones en esta interesante region tan menudamente como lo ha hecho con respecto á Méjico.

diversas partes de su dilatado territorio. Cuando el viajero aterrado se remonta por aquellas veredas aéreas en vano procura medir con la vista la profundidad de las enormes aberturas que desgarran la cadena de los montes. Y sin embargo, la industria, ó por mejor decir, el genio de los indios ha sido bastante para sobrepujar todos los obstáculos de la naturaleza (1).

Por un sistema juicioso de acequias y acueductos subterráneos, las llanuras de la costa estériles por sí, recibian copiosos raudales, que las cubrian de fertilidad y hermosura. Se construian terrados en los costados mas pendientes de la cordillera, y como sus diferentes elevaciones producian el mismo efecto que la mudanza de latitud, ofrecian en regular graduacion toda variedad de formas vegetales, desde los lozanos frutos de los trópicos, hasta los productos templados del clima del Norte. Los llamas, que son las ovejas del Perú, vagaban en rebaños, bajo la custodia de sus pastores en los páramos helados que cubren las crestas de los montes, mucho mas arriba de los límites del cultivo. Una poblacion industriosa establecida en las elevadas llanuras, y las ciudades y villas, esparcidas entre huertas y espaciosos jardines, parecian suspensas en el aire, enseñoreándose sobre la region ordinaria de las nubes (2). Manteníanse las relaciones de pueblo á pueblo, por medio de los grandes caminos que atravesaban las gargantas de los montes, y abrian fáciles comunicaciones entre la capital y las mas remotas estremidades del imperio.

La civilizacion peruana tuvo su nacimiento en el valle del Cuzco, que es la region central del Perú, como su nombre lo indica (3). El orígen del imperio peruano, como el de casi todas las naciones, se pierde en las tinieblas de la fábula, la cual se presenta con tanta oscuridad en el principio de aquella historia, como en el de los primeros anales de todos los pueblos del mundo antiguo y del moderno. Segun las tradiciones mas familiares á los europeos, hubo un tiempo en que las antiguas razas del continente americano estaban envueltas en deplorable barbarie; cuando adoraban casi todos los objetos de la naturaleza sin distincion, cuando la guerra era su ocupacion, y los manjares de sus festines, la carne de sus cautivos. El sol, gran antorcha y padre de la humanidad, compadecido de tanta degradacion, envió á dos de sus hijos, Manco Capac, y Mama Oello, para congregar á los naturales en habitaciones, y enseñarles las artes de la vida civilizada. Aquella celestial pareja, hermano y hermana, y al mismo tiempo marido y mujer, atravesaron las altas llanuras que rodean el lago de Titicaca, por los diez y siete grados de latitud Sur. Llevaban consigo una cuña de oro, y debian fijar su residencia en el sitio en que aquel sagrado emblema penetrase sin esfuerzo en la tierra. A poco de haber entrado en el valle del Cuzco, se descubrió el sitio indicado para la ejecucion del milagro, pues la cuña penetró en la tierra, y desapareció para siempre. Allí establecieron los hijos del sol su residencia, y pronto empezaron á emprender su benéfica tarea con los groseros habitantes del pais. Marco Capac enseñaba á los hombres las artes de la agricultura, y Mama Oello (4) iniciaba á las personas de su sexo en los misterios del hilado y del tejido. Aquellas gentes sencillas se mostraron dóciles á los mensajeros del cielo, y congregándose en gran número, echaron los cimientos de la ciudad del Cuzco. Las mismas sábias y benévolas máximas que dirijieron la conducta de los primeros Incas (5), descendieron á sus sucesores, y bajo el suave dominio de aquellos monarcas, la nacion se esparció gradualmente por la ancha superficie de las llanuras altas, y se hizo muy superior á las tribus, que la rodeaban. Tal es la grata pintura del orígen de la monarquía peruana, como se ha hecho familiar á los lectores europeos, en virtud de la relacion de Garcilasso de la Vega descendiente de la familia imperial de los Incas (6).

Pero esta tradicion es una de las muchas que corren entre los indios peruanos, y probablemente no la mas recibida y propagada. Otra leyenda habla de ciertos hombres blancos y barbudos que, habiendo salido de las orillas del lago de Titicaca, adquirieron un gran ascendiente en los habitantes, y les hicieron conocer los beneficios de la civilizacion. Esta especie nos recuerda la tradicion que existe entre los aztecas acerca de Quetzalcoatl, la deidad buena, que, revestida del mismo aspecto esterior, descendió á la gran llanura, viniendo del Este, para desempeñar una mision no menos benévola y favorable á los naturales. La analogía entre estas dos tradiciones es tanto mas notable, cuanto que no hay la menor señal de comunicacion entre las dos naciones, ni la menor prueba de que haya jamas sabido una de otra (7).

Estos estraordinarios sucesos ocurrieron, segun la opinion comun, cerca de cuatrocientos años antes de la llegada de los españoles, es decir, en los primeros años del siglo XII (8). Pero por muy popular y grata á la imaginacion que sea la leyenda de Manco Capac, poca reflexion se necesita para conocer su improbabilidad, aun cuando se la despoje de todo ingrediente sobrenatural. Existen todavía en las orillas del lago de Titicaca vastas ruinas, las cuales, en opinion de los peruanos mismos, son mas antiguas que la supuesta llegada de los Incas, y les han servido de

(1) «Estas quebradas, dice Mr. de Humboldt en su acostumbrado estilo de comparaciones, son tales, que si el Vesubio ó el Puy de Dome estuviesen en el fondo, sus cumbres no se elevarian sobre el nivel de las bases de las montañas vecinas.» Vue des Cordillères, p. 9.

(2) Las llanuras de Quito están á la altura de nueve á diez mil pies sobre el nivel del mar. (Véase Condamine, Journal d'un voyage á l'Equateur, Paris, 1751, p. 48.) Otros valles y llanuras de este vasto grupo de montañas tienen todavia mas elevacion.

(3) *Cuzco*, segun Garcilasso, significa *ombligo* en el lenguaje de los Incas. Com. Real, parte I, lib. I, cap. XVIII.

(4) *Mama*, significa madre en lengua peruana. (Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.) La identidad de esta voz con la que se usa en Europa en el mismo sentido, es una coincidencia curiosa. No lo es menos la de la voz correspondiente *papa*, que, en el antiguo lenguaje de Méjico, denota un sacerdote de alta gerarquía. Las dos voces abrazan el sentido de la relacion paterna en la mas ámplia estension que la dan la mayor parte de los lenguajes europeos. La palabra no es de orígen moderno: los griegos y los romanos le daban la misma significacion «Πάππα φίλε,» dice Nausicaa hablando con su padre con una sencillez de estilo, que ha parecido demasiada á los traductores modernos.

(5) *Inca* significa rey ó señor. *Capac* significa grande ó poderoso. Se aplicaron estos dictados á los sucesores de Manco, del mismo modo que el epícteto *Yupanqui*, significa *rico en todas las virtudes*, se agregó al nombre propio de algunos Incas. (Cieza de Leon. Crónica, cap. XII. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XVII.) Las buenas cualidades denotadas por los dictados de la mayor parte de los monarcas peruanos, son sin duda testimonios honoríficos de las que poseian, aunque no libres de toda sospecha de adulacion.

(6) Com. Real, parte I, lib. I, cap. IX—XVI.

(7) Estas varias y pueriles tradiciones, se encuentran, en Ondegardo, Relacion segunda, MS.—Sarmiento, Relacion MS. cap. 1.—Cieza de Leon, Crónica, cap. CV.—Conquista y poblacion del Perú, MS.—Declaracion de los presidentes y oidores de la Audiencia Real del Perú, MS., autoridades contemporáneas á la conquista. La historia de los hombres barbados se encuentra en la mayor parte de las leyendas.

(8) Algunos escritores atrasan esta fecha hasta 500 y 550 años antes de la invasion española. (Balboa, Histoire du Pérou, chap. I.—Velasco, Histoire du Royaume de Quito, tomo I, pág. 81.) Estas dos autoridades se citan en la obra, Relations et mémoires originaux pour servir á l'Histoire de la Decouverte de l'Amérique, por Ternaux-Campans. Paris, 1840.) En el informe de la Real Audiencia del Perú, la época se fija en 200 años antes de la conquista. Dec. de la Audiencia Real, MS.

modelo para su arquitectura (1). La fecha de esta llegada es tambien irreconciliable con los sucesos posteriores. No hay relacion alguna que haga mencion mas que de trece príncipes antes de la conquista. Mas este número es demasiado pequeño para haber llenado un espacio de cuatrocientos años, y, cuando mas, supondria, segun cálculos probables, una fecha de dos siglos y medio á la fundacion del imperio; y esta antigüedad no tiene nada de increible, debiendo tenerse presente que no precede mas que en medio siglo, á la supuesta fundacion de la capital de Méjico. La ficcion de Manco Capac, y de su hermana y esposa, se inventó, sin duda, en tiempos posteriores, para lisonjear la vanidad de los monarcas peruanos, y para dar otra sancion á su autoridad, derivándola de un orígen celeste.

Hay motivos para creer que existia en el Perú una raza civilizada antes de la época de los Incas; y, en conformidad con la mayor parte de las tradiciones, podemos fijar su orígen en las inmediaciones del lago de Titicaca (2); deduccion fuertemente confirmada por los magestuosos restos de arquitectura que se ven en sus orillas, despues del trascurso de tantas generaciones. Qué raza era esta, y de donde provenia, son cuestiones que ofrecen un tema seductor á las investigaciones del anticuario. Pero es region oscurísima, colocada mas allá de los dominios de la historia (3).

Las mismas tinieblas que rodean el orígen de los Incas continúan ofuscando la série de sus anales, y tan imperfectos eran los recursos de los peruanos, y tan confusas y contradictorias sus tradiciones, que el historiador no encuentra terreno firme en que apoyarse antes del siglo que precedió á la conquista española (4). Desde luego los progresos de los peruanos parecen haber sido muy lentos, y casi imperceptibles. Valiéndose de una política templada y prudente, poco á poco atrajeron á su dominio las vecinas tríbus á medida que estas se convencian mas y mas de los beneficios que consigo trae un gobierno justo y bien organizado. Creciendo su fuerza, confiaron mas directamente en su apoyo; pero adelantando siempre á cubierto de los benéficos pretestos inventados por sus predecesores, llevaban la paz y la civilizacion en la punta de la espada. Las naciones bárbaras del pais, sin elemento alguno de cohesion entre ellas, cayeron una tras otra bajo las armas victoriosas de los Incas. Sin embargo, hasta mediados del siglo XV, el famoso Topa Inca Yupanqui, abuelo del monarca que ocupaba el trono cuando llegaron los españoles, no atravesó con sus ejércitos el terrible desierto de Atacama, y penetrando en la region meridional de Chile, fijó los límites permanentes de sus dominios en el rio Maule. Su hijo, Huayna Capac, con una ambicion y un talento militar dignos de su padre, marchó á lo largo de las cordilleras hácia el Norte, y llevando sus conquistas mas allá del Ecuador, agregó el poderoso reino de Quito al imperio del Perú (5).

Entre tanto la antigua ciudad del Cuzco habia ido gradualmente creciendo en riqueza y poblacion, hasta que habia llegado á ser la digna metrópoli de una monarquía grande y floreciente. Estaba situada en un hermoso valle en una region elevada de la alta llanura que á hallarse en los Alpes, hubiera estado sepultada entre nieves eternas, pero que en los trópicos disfrutaba de una temperatura suave y saludable. Hácia el Norte la protegia una elevada montaña, ramal de la gran cordillera; y atravesaba la ciudad un rio, ó mas bien riachuelo, con puentes de madera cubiertos de piedras pesadas que proporcionaban fáciles medios de comunicacion entre ambas orillas. Las calles eran largas y angostas; las casas bajas, y las de las clases mas pobres estaban construidas con barro y cañas. Pero el Cuzco, era la mansion real, y contenia las amplias moradas de la alta nobleza; y los macizos fragmentos que aun existen incorporados en muchos de los edificios modernos, prueban el tamaño y la so-

(1) «Otras cosas ay mas que dezir deste Tiaguanaco, que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la mas antigua de todo el Perú. Y assi se tiene que antes que los Ingas reinassen con muchos tiempos estavan hechos algunos edificios destos: porque yo he oydo afirmar á indios que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se vee en este pueblo.» (Cieza de Leon, Cron., capitulo CV.) Véase tambien á Garcilasso (Com. Real, parte I, lib. III, cap. I), en donde se hallará una descripcion de estas ruinas, tomada de un eclesiástico, el cual refiere de ellas cosas harto maravillosas. Herrera menciona otras ruinas de la misma antigüedad tradicional. (Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano (Madrid, 1730) dec. VI, lib. VI, cap. IX.) M'Culloh, en sus sensatas reflexiones sobre el orígen de la civilizacion peruana, cita, con la autoridad de Garcilasso de la Vega, el famoso templo de Pachacamac, no lejos de Lima, como ejemplo de arquitectura anterior á la de los Incas. (Researches Philosophical and antiquarian, concernin the aboriginal History of América Baltimore, 1829, pág. 405.) Si esto es cierto, puede servir de confirmacion á lo que en el testo decimos. Pero M'Culloh ha caido en un error, á que lo ha conducido su guia, Ricaut, traductor de Garcilasso, pues este no habla del templo como si existiese antes del tiempo de los Incas, sino antes que los Incas conquistasen el pais. Com. Real, p. I, lib. VI, cap. XXX.

(2) Entre otras autoridades relativas á esta tradicion, véase á Sarmiento, Relacion MS. cap. III y IV.—Herrera, Historia Gen., dec. V, lib. III, cap. VI.—Conq. y Pobl. del Perú, MS.—Zárate, Historia del descubrimiento y conquista del Perú, lib. I, cap. X, apud Barcia, Historiadores primitivos de las Indias Occidentales (Madrid, 1749) tom. III. En casi todas las tradiciones, se da el nombre de Manco Capac al fundador de la monarquía peruana, aunque con mucha discrepancia con respecto á su historia y carácter.

(3) Mr. Ranking, de quien puede decirse que

Resuelve dificultades
Las mas ásperas y oscuras,
Con tanta facilidad,
Como ensartar una aguja,

cree que «es muy probable que el primer Inca del Perú fuese hijo del Gran Kan Kublai.» (Investigaciones históricas sobre la conquista del Perú, etc., por los Mogoles (Londres, 1827), p. 170.) Las coincidencias son curiosas, aunque no autorizan plenamente la aventurada consecuencia del autor. Todo hombre investigador debe desear con Humboldt «que algun sabio viajero visite las orillas del lago de Titicaca, el distrito del Callao, y las elevadas llanuras de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilizacion americana.» (Vues des Cordillères, p. 199.) Y sin embargo, los monumentos de arquitectura de los indígenas descubiertos hasta ahora, han suministrado pocos materiales para construir el puente que atraviese el oscuro abismo que aun separa al mundo antiguo del nuevo.

(4) Mucho menos de un siglo en verdad. Garcilasso y Sarmiento, por ejemplo, los dos escritores antiguos de mas reputacion, apenas coinciden en un punto al hablar de los antiguos príncipes peruanos; segun el primero la corona baja pacíficamente de sucesor en sucesor de una dinastía que no se interrumpe; mientras que el otro adorna su narracion con multitud de conspiraciones, destronamientos y revoluciones, de esas que brillan en las páginas de la historia de los paises mas bárbaros, y por desgracia de los mas civilizados tambien. Si añadimos á estos los diferentes autores contemporáneos y del siguiente siglo, que han tratado de los anales peruanos, se encuentra tal conflicto de contradicciones, que el criterio se pierde y se convierte en conjetura. Felizmente esta falta de seguridad en los acontecimientos históricos no se estiende á la historia de las artes y de las instituciones que existian cuando los españoles llegaron.

(5) Sarmiento, Relacion MS., cap. LVII—LXIV.—Conquista y Pob. del Perú, MS.—Velasco, Hist. de Quito, p. 59.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, cap. XVIII—XIX, lib. VIII, cap. V—VIII.

Este último historiador y otros varios atribuyen la conquista de Chile á Yupanqui, padre de Topa Inca. Las hazañas de ambos monarcas se hallan tan entrelazadas unas con otras, por las relaciones de los diferentes analistas, que en cierto modo se confunde su identidad personal.

lidez de los antiguos (1); contribuian á la salubridad de la ciudad grandes y espaciosas plazas, en que una poblacion numerosa de la ciudad y de las provincias remotas se reunia para celebrar las grandes funciones de su religion. Porque el Cuzco era la *Ciudad Santa* (2), y el gran templo del Sol, al que acudian peregrinos desde los mas remotos límites del imperio, era el edificio mas magnífico del nuevo mundo, y quizás no habria otro en el antiguo que pudiera compararsele en la riqueza de sus adornos.

Hácia el Norte, en la sierra ó áspera elevacion de que ya hemos hablado, existia una gran fortaleza, cuyos restos escitan hoy por su tamaño la admiracion del viajero (3). Defendíala por el lado de la ciudad una sola muralla muy gruesa de mil doscientos pies de estension, si bien hubiera bastado para su defensa por esa parte el precipicio natural que existia. Por el otro lado, por donde era mas fácil el ataque, la defendian dos murallas circulares de la misma estension que la anterior. Estaban separadas á gran distancia una de otra y de la fortaleza, y en los intervalos estaba levantada la tierra de modo que las murallas formaban un parapeto para las tropas que habian de defenderlas en caso de ataque. La fortaleza se componia de tres torres separadas unas de otras. Una estaba destinada al Inca, y se hallaba alhajada mas bien con todo el esplendor que correspondia á la residencia real, que á lo que debia ser un puesto militar. Las otras dos estaban ocupadas por la guarnicion, compuesta de nobles peruanos, y mandada por un oficial de la sangre real, porque la posicion era demasiado importante para confiarla á manos subalternas. Habia escavaciones debajo de las torres, y varias galerías subterráneas estaban en comunicacion con la ciudad y con los palacios del Inca (4).

La fortaleza, las murallas y las galerías eran todas de piedra; pero los grandes trozos no estaban colocados en capas sucesivas, sino dispuestos de tal manera que las piedras chicas ocupaban los intersticios que dejaban las grandes. El aspecto de la obra era rústico, porque las piedras no estaban pulimentadas sino en los bordes, en que el trabajo era esquisito; y aunque no empleaban ninguna especie de argamasa, los diferentes trozos estaban tan admirablemente unidos, que era imposible introducir entre ellos ni la hoja de un cuchillo (5). El tamaño de algunos de estos trozos era inmenso, pues los habia de treinta y ocho pies de largo, diez y ocho de ancho, con seis de espesor (6).

Nos llenamos de asombro al considerar que el pueblo que sacaba estas masas enormes de las canteras y les daba forma, ignoraba el uso del hierro; que las traia de canteras que se hallaban á una distancia de cuatro á quince leguas (7), sin auxilio de grandes cuadrúpedos, atravesando rios y barrancos, y que las levantaba hasta su encumbrada posicion en la sierra, y finalmente las colocaba con la mas escrupulosa exactitud sin conocer las herramientas y maquinaria de los europeos. Dícese que veinte mil hombres se ocuparon en la construccion de este gran edificio, y que tardaron en hacerlo cincuenta años (8). Sea de esto lo que fuere, descubrimos aquí la accion de un despotismo que disponia absolutamente del caudal y de la vida de sus vasallos, y que por suave que fuese en su carácter general, no daba mas precio á estos vasallos cuando estaban empleados en su servicio, que á los animales cuyo trabajo desempeñaban.

La fortaleza del Cuzco no era mas que una parte de un vasto sistema de fortificaciones establecido por los Incas en toda la estension de sus dominios. Este sistema desempeñaba un papel muy importante en su política militar; pero antes que hablemos de esto, conviene que presentemos al lector un cuadro de sus instituciones civiles y le demos algunas ideas sobre su sistema de gobierno.

El cetro de los Incas, si hemos de creer lo que dice su historiador, bajó en sucesion no interrumpida de padres á hijos durante todo el período en que existió su dinastía. Sea de esto lo que fuere, parece probable que el derecho de sucesion perteneciese al hijo mayor de la *Coya*, ó reina legítima, como la llamaban para distinguirla de la multitud de concubinas que poseia el soberano (9). Distinguíase ademas la reina, á lo menos en los últimos reinados, por la circunstancia de ser escojida entre las hermanas del Inca, arreglo que, por repugnante que sea á los sentimientos de las naciones civilizadas, era muy agradable á los peruanos porque les aseguraba un heredero de la corona perteneciente á la raza para que habia venido del cielo, sin mezcla alguna con el barro de los demas mortales (10).

(1) Garcilasso, Com. Real, lib. VII, cap. VIII—XI.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XCII.

«El Cuzco tuuo gran manera y calidad, deuio ser fundada por gente de gran ser. Auia grandes calles, saluo que eran angostas, y las casas hechas de piedra pura con tan lindas junturas, que illustra el antiguedad del edificio, pues estauan piedras tan grandes muy bien assentadas.» (Ibid., ubi supra.) Compárese con esto lo que dice Miller de la ciudad segun hoy existe. «Las paredes de muchas de las casas no han experimentado cambio alguno durante siglos. El gran tamaño de las piedras, la variedad de sus formas, y el trabajo inimitable que en ellas se descubre, dan á la ciudad aquel aspecto interesante de antigüedad y poesía que llena el ánimo de agradable, aunque triste veneracion.» Memorias del general Miller, al servicio de la república del Perú (Londres, 1829, segunda ed.), tom. II, p. 225.

(2) «La imperial ciudad de Cozco, que la adoraban los indios como á cosa sagrada.» Garcilasso, Com. Real, part. I, lib. III, cap. XX.—Tambien Ondegardo, Rel. seg., MS.

(3) Véase entre otras las Memorias de Miller antes citadas, que contienen una descripcion muy interesante del Cuzco moderno (tom. II, p. 225 y sig.). Ulloa, que recorrió el pais á mediados del siglo pasado, no pone límites á las espresiones de su admiracion. Viaje á la América del Sur, lib. VII, capitulo XII.

(4) Betanzos, Suma y narracion de los Incas, MS. capítulo XII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib VII, capitulo XXVII—XXIX.

La demolicion de la fortaleza, empezada en cuanto se consumó la conquista, arrancó reconvenciones amargas á mas de un español ilustrado, cuya voz sin embargo fue impotente contra el espiritu de avaricia y de tirania. Véase Sarmiento, Relacion MS., cap. XLVIII.

(5) Ibid. ubi supra.— Inscripciones, Medallas, Templos, Edificios, Antigüedades y Monumentos del Perú, MS. Este manuscrito, que antes pertenecia al Dr. Robertson, y que ahora está en el Museo Británico, es obra de un autor desconocido, probablemente de la época de Cárlos III, época que, como observa el agudo erudito que me ha proporcionado la copia, era mas notable el espíritu de sana crítica en los historiadores españoles.

(6) Acosta, Historia natural y moral de las Indias, lib. VI, cap. XIV.—El mismo midió las piedras. —Véase tambien Garcilasso, Com. Real, lugar citado.

(7) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCIII.—Ondegardo, Rel. seg., MS. Segun dicen, aun se ven centenares de trozos de granito por concluir en una cantera cerca del Cuzco.

(8) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XLVIII.—Ondegardo, Rel. seg. MS.—Garcilasso, Com. Real. parte I, libro VII, cap. XXVIII

Los españoles, no sabiendo cómo esplicar la ejecucion de tan gran obra con medios al parecer tan pequeños, la atribuyen, con su natural desenfado, al demonio; opinion que Garcilasso se manifiesta muy dispuesto á apoyar. El autor de las Antigüedades y Monumentos del Perú, MS., rebate esta opinion con toda la seriedad que el caso exigia.

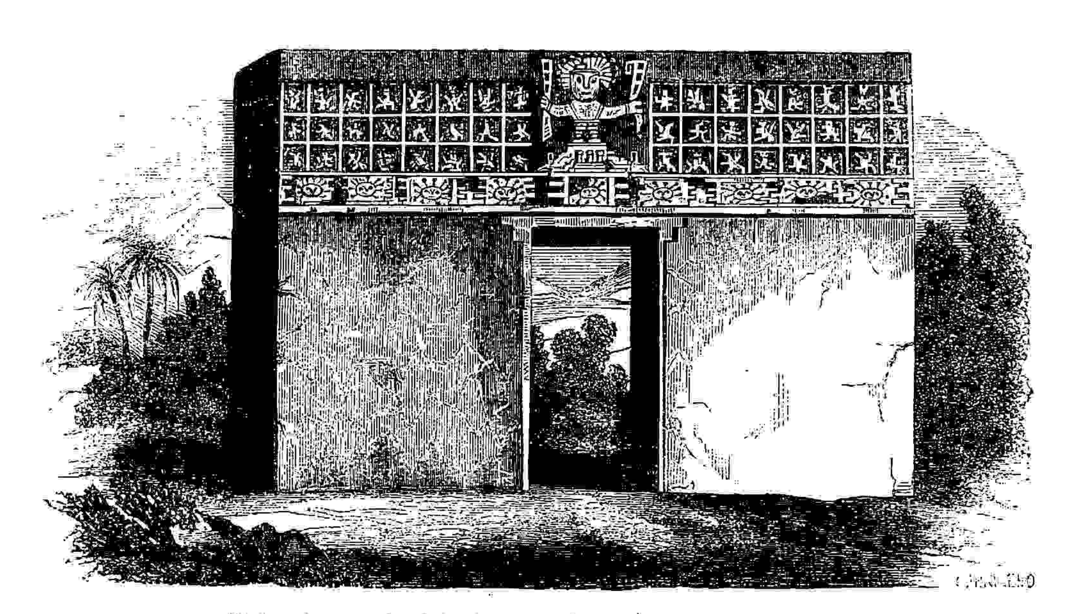
(9) Sarmiento, Relacion, MS., cap. VII. — Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXVI.

Acosta dice que el hermano mayor del Inca sucedia con preferencia al hijo (lib. VI, cap. XII). Quizás confundió la costumbre azteca con la peruana. En el informe de la Real Audiencia se dice que sucedia el hermano cuando no habia hijo. Dec. de la Aud. Real, MS.

(10) *Et soror et conjux.*—Segun Garcilasso, el heredero

En sus primeros años, confiábase el régio infante al cuidado de los *amautas*, ó sábios, como se llamaba á los maestros de la ciencia peruana, quienes le comunicaban todos los elementos de saber que ellos poseian, especialmente en lo relativo al complicado ceremonial de su religion, en que tan principal papel habia de representar el heredero de la corona. Tambien se cuidaba mucho de su educacion militar, la mas importante de todas en un pais que, con todas sus protestas de paz, siempre estaba en un estado de guerra para adquirir mas territorio.

En la escuela militar lo educaban con los nobles Incas que tenian poco mas ó menos su misma edad; porque el sagrado nombre de Inca, orígen fecundo de oscuridad en sus anales, se aplicaba indistintamente á todos los que descendian por línea masculina del fundador de la monarquía (1). A la edad de diez y seis años los estudiantes sufrian un exámen público, antes de ser recibidos en lo que podemos llamar la órden de caballeros. Dirigian este exámen algunos de los Incas mas ancianos y mas ilustres. Los candidatos tenian que manifestar su saber en los ejercicios atléticos del guerrero, en la lucha, en carreras que probasen su fuerza y agilidad, ayunando rígidamente durante varios dias, y por medio de combates figurados, en que, aunque las armas no tenian filo, siempre resultaban heridas y de cuando en cuando muertes. Mientras duraba esta prueba, es decir, por espacio de treinta dias, el régio neófito no lo pasaba mejor que sus compañeros; dormia en el suelo, andaba descalzo, y vestia pobremente, lo que, segun se suponia, debia inspirarle mas compasion hácia los pobres y desgraciados. Con todo este aspecto de imparcialidad quizas no será hacer injusticia á los



Pórtico de una sola piedra de un templo Aymara en Tiagüanaco.

jueces suponer que una discrecion política avivaba su percepcion en cuanto al mérito del heredero de la corona.

Terminado el período de las pruebas, eran presentados al soberano los candidatos elegidos como dignos de recibir los honores de la caballería; y el soberano se dignaba tomar parte en la ceremonia de la inauguracion. La iniciaba con un breve discurso en que, despues de congratular á los jóvenes aspirantes por la destreza que habian manifestado en los ejercicios guerreros, les recordaba la responsabilidad que les imponian su cuna y su rango; y apellidándolos afectuosamente «hijos del Sol», los estimulaba á que imitasen á su gran progenitor en su gloriosa carrera tan benéfica al género humano. Entonces se acercaban los novicios y arrodillándose uno despues de otro delante del Inca, este les perforaba las orejas con una aguja de oro, que conservaban en ellas hasta que la abertura fuese bastante grande para contener los enormes pendientes peculiares á su órden, y que les hicieron dar por los españoles el nombre de *orejones* (2). Este adorno era tan macizo para el soberano, que estiraba el cartílago hasta que casi le llegaba á los hombros, produciendo una deformidad monstruosa á los ojos de los europeos, aunque, bajo la májica influencia de la moda, los naturales lo consideraban como una cosa hermosísima.

Terminada esta ceremonia, uno de los nobles mas venerables calzaba á los candidatos con las sandalias que usaba la órden, lo que tiene cierta analogía con

de la corona *siempre* se casaba con una de sus hermanas. (Com. Real, parte I, lib. IV, cap. IX.) Ondegardo habla de esto como de una innovacion á fines del siglo XV. (Relacion primera, MS.) Sarmiento confirma sin embargo el estraordinario hecho de que habla el historiador de los Incas. Relacion MS., cap. VII.

(1) Garcilasso, Com. Real, part. I, lib, cap. XXVI.

(2) «Los caballeros de la sangre real tenian orejas horadadas, y de ellas colgando grandes rodetes de plata y oro: llamáronles por esto los orejones, los castellanos, la primera vez que los vieron.» (Montesinos, Memorias antigüas historiales del Perú, MS., lib II, cap. IV.) El adorno, que tenia forma de rueda, no colgaba de la oreja, sino que se introducia en la parte cartilaginosa, y era del tamaño de una naranja. «La hacen tan ancha como una gran rosca de naranja; los señores y principales traian aquellas roscas de oro fino en las orejas.» (Conq. y Pob. del Perú, MS. — Tambien lo dice Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXII.) «Cuanto mayor era el agujero, dice uno de los conquistadores, mas elevado era el rango.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

la antigua ceremonia de calzar las espuelas al caballero cristiano. Entonces se les permitia ceñirse la faja en la cintura, que correspondia á la *toga virilis* de los romanos, y que significaba que ya habian llegado á la edad de la virilidad. Adornábanles la cabeza con guirnaldas de flores que, en sus varios colores, encerraban el sentido emblemático de que la clemencia y la bondad deben adornar el carácter de todo guerrero valiente, y mezclábanse con las flores algunas hojas de siemprevivas para significar que estas virtudes vivirian eternamente (1). Ademas de esto se añadia en la cabeza del príncipe una especie de venda con borlas de color amarillo, tejida con la finísima lana de la vicuña, y que le ceñia la frente como insignia peculiar al heredero de la corona. Presentábanse en seguida todos los nobles Incas, y empezando por los parientes mas inmediatos, todos se arrodillaban delante del príncipe y le hacian pleito homenaje como sucesor al trono. Por fin toda la reunion se dirigia á la gran plaza de la capital, donde con cantos, bailes y otras diversiones públicas terminaba el importante ceremonial del *huaraco* (2).

La semejanza de este ceremonial con el que se observaba al recibir en la órden de caballería á un caballero cristiano en los siglos feudales, no sorprenderá tanto al lector si recuerda que la misma analogía se encuentra en las instituciones de otros pueblos mas ó menos civilizados; y que es natural que las naciones que se dedican principalmente al estudio del arte de la guerra señalen el período en que termina su carrera preparatoria con semejantes ceremonias características.

Despues de haber pasado por estas pruebas, se consideraba al heredero como digno de tomar asiento entre los consejeros de su padre, y ó se le empleaba en puestos de confianza en lo interior, ó lo que era mas general, se le enviaba á espediciones remotas para que practicase en el campo de batalla las lecciones que hasta entonces habia estudiado tan solo en simulacros bélicos. Ejecutaba sus primeras campañas bajo la direccion de los célebres generales que habian encanecido al servicio de su padre; hasta que, creciendo en años y en esperiencia, se le daba á él mismo el mando para que, como Huayna Capac, el vástago último y el mas ilustre de su familia, llevase triunfante el estandarte del arco-iris, enseña de su dinastía, mas allá de las fronteras hasta las tribus mas remotas de la *puna*, ó llanura elevada.

El gobierno del Perú era despótico templado en su carácter, pero puro y absoluto en su forma. El monarca se hallaba colocado á una distancia inmensa de sus súbditos. Hasta los mas encumbrados de la nobleza inca, que creian descender del mismo origen divino que el soberano, no se atrevian á presentarse delante de él sino descalzos y cargados con un ligero bulto en señal de sumision (3). Como representante del Sol, era el gefe del órden sacerdotal, y presidia las fiestas religiosas mas importantes (4). Levantaba ejércitos y generalmente los mandaba en persona. Imponia contribuciones, hacia leyes, y nombraba los jueces que habian de administrarlas, á quienes privaba de sus destinos cuando lo juzgaba conveniente. El era la fuente y el manantial de todo; del rango, del poder, de la riqueza. En una palabra, como lo espresa la célebre frase del déspota europeo, «él mismo era el Estado (5).»

El Inca, considerándose como un ser superior, rodeaba su existencia de una majestad y pompa bien calculadas para deslumbrar á su pueblo. Su traje era de la lana mas fina de vicuña, teñido con colores brillantes, y adornado profusamente con oro y piedras preciosas. Ceñíale la cabeza un turbante de muchos colores llamado el *llautu* (6); y una venda con borlas, como la que usaba el príncipe, pero de color rojo, con dos plumas de un pájaro curioso y raro llamado el *coraquenque* que salian de ella, eran las insignias pertenecientes á la dignidad soberana. Hallábanse los pájaros que producian estas plumas en una region desierta de la montaña, y como se reservaban esclusivamente para la produccion de estas regias insignias, se imponía la pena de muerte al que los mataba. Cada monarca sucesivo tomaba dos plumas nuevas, y sus crédulos súbditos creian firmemente que jamas habian existido mas que dos individuos de esta especie para proporcionar su sencillo adorno á la diadema de los Incas (7).

Aunque el monarca peruano se hallaba á una distancia tan inmensa de sus súbditos, algunas veces tenia la condescendencia de mezclarse con ellos, y cuidaba de examinar personalmente la condicion de las clases inferiores. Presidia algunas de las festividades religiosas, y en estas ocasiones daba á la nobleza grandes convites, en que siguiendo la moda de naciones mas civilizadas, brindaba por la salud de aquellos á quienes mas queria (8).

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib VI, cap. XXVII.

(2) Ibid., part. I, lib. VI, cap. XXIV y XXVII.

Segun Fernandez los candidatos vestian una camisa blanca con cosa que se asemejaba á una cruz bordada en el pecho. Historia del Perú (Sevilla, 1571), parte II, lib. III, cap. VI. Podemos figurarnos que estamos tratando de una ceremonia caballeresca de la edad media.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. VI.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. VII.

«Porque verdaderamente á lo que yo he averiguado toda la pretension de los Ingas fue una subjeccion en toda la gente, qual yo nunca he oido decir de ninguna otra nacion en tanto grado, que por mui principal que un señor fuese, dende que entrava cerca del Cuzco en cierta señal que estava puesta en cada camino de cuatro que hai, havia dende allí de venir cargado hasta la presencia del Inga, y allí dejava la carga y hacia su obediencia.» Ondegardo, Relacion primera, MS.

(4) Solo en una de estas fiestas se amalgaban la autoridad real y la sacerdotal en el Perú, lo que prueba que no sucedia esto siempre como dice Carli. Mas adelante veremos que la posicion que ocupaba el gran sacerdote era muy encumbrada y muy independiente. «El sacerdocio y el imperio estaban separados en Méjicó; pero en el Perú estaban reunidos, como sucede en el Tibet y en la China, y como sucedió en Roma cuando Augusto echó las bases del imperio asimilándole el sacerdocio ó la dignidad de Soberano Pontífice.» Lettres Americaines (Paris, 1788), trad. franç., tom I. let. VII.

(5) «Porque el Inga dava á entender que era hijo del Sol, con este titulo se hacia adorar, i governava principalmente en tanto grado que nadie se le atrevia; i su palabra era ley, i nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad: aunque hobiese de matar cien mill indios, no havia ninguno en su reino que le osase decir que no lo hiciese.» Conquista y Poblacion del Pirú, MS.

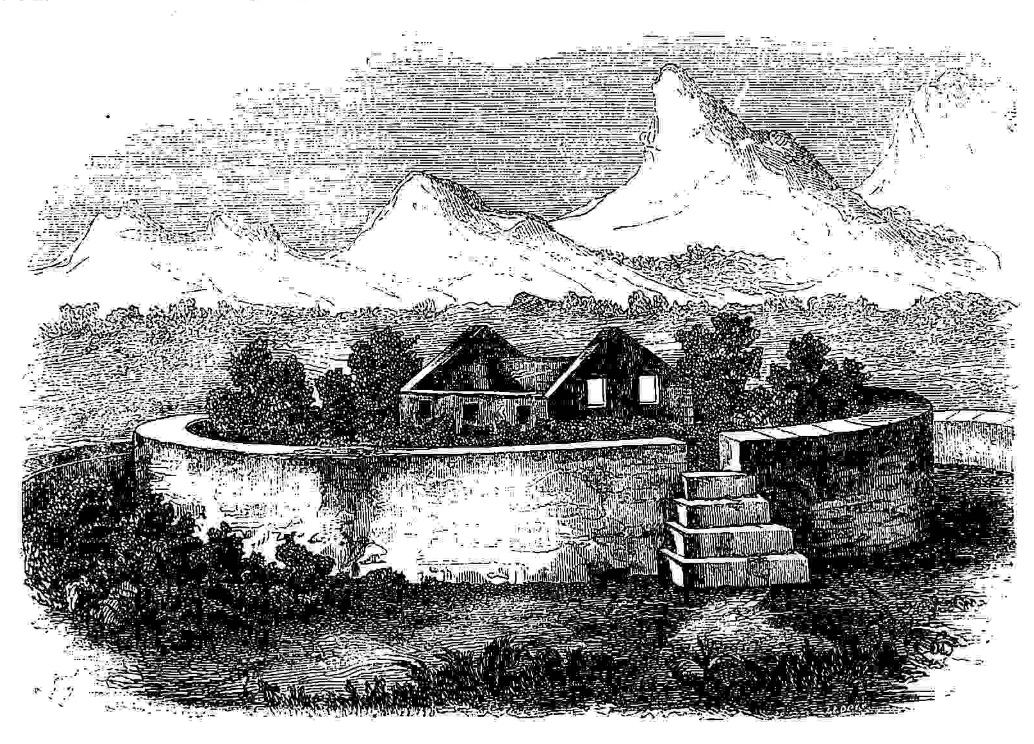
(6) ***Nota del traductor***. Creemos que en esta parte Mr. Prescott padece una lijera equivocacion. En algunas colecciones de antigüedades peruanas que nosotros mismos hemos visto en el Perú y en Bolivia, se conservan unas fajas de oro puro muy flexible, como de pulgada y media de ancho y vara y media de largo, que segun la tradicion generalmente recibida en el pais, era la verdadera insignia de la dignidad real. Estas fajas ó cintas son sumamente escasas y se encuentran con las momias de sepulcros que parecen haber contenido individuos de la familia real. Todos los sepulcros de indios antiguos se llaman en aquel pais *huacas*, y todos ellos contienen muchas curiosidades, entre ellas algunas de gran valor intrínseco, como idolillos y adornos de oro puro.

(7) Cieza de Leon, Crónica, cap. CXIV. — Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXII; lib. VI, cap. XXVIII.— Acosta, lib. VI, cap. XII.

(8) Sorprende encontrar entre los indios americanos esta costumbre social y amistosa de nuestros sajones, algo decaida hoy dia, gracias á las caprichosas innovaciones de la moda. Garcilasso trata con mucha estension de las ceremonias que se observaban en la mesa real. (Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXIII.) Las únicas horas de comer eran las ocho ó las nueve de la mañana, y cuando se ponia el sol, lo que ocurria casi á la misma hora en todas las estaciones en la latitud del Cuzco. El historiador de los Incas confiesa que aunque comian poco, solian beber mas de lo regular, prolongando á ve-

Pero los Incas se ponian en comunicacion mas directa con sus súbditos por medio de sus viajes á diferentes partes del imperio. Estos se hacian, con intervalo de varios años, con gran pompa y magnificencia. La litera ó silla de manos en que viajaban, guarnecida de esmeraldas y oro, iba custodiada por una numerosa escolta. Dos ciudades, especialmente escogidas para este objeto, proporcionaban los hombres que llevaban la litera. Si hemos de creer á los historiadores, este oficio era poco apetecible, ya que se imponia la pena de muerte al que se caia (1). Viajaban con comodidad y rapidez, parándose en los *tambos* ó posadas construidas por el gobierno á lo largo del camino, y algunas veces en palacios reales que en las grandes ciudades proporcionaban amplio alojamiento á toda la comitiva del monarca. Los magníficos caminos que atravesaban las elevadas llanuras, estaban ocupados en toda su estension por hombres que separaban las piedras y los demas obstáculos de la superficie, cubriéndola de olorosas flores, y disputándose el honor de llevar los equipajes de un pueblo á otro. De cuando en cuando se detenia el monarca para enterarse de las quejas de sus súbditos, ó para arreglar asuntos que los tribunales habian sometido á su decision. Por todas partes acudia multitud de gente ansiosa de ver un instante á su monarca, y cuando este levantaba las cortinas de su litera para dejarse ver, eran inmensas las aclamaciones con que lo saludaban invocando en su favor la bendicion del cielo (2). La tradicion señaló durante mucho tiempo los puntos en que se habia detenido el soberano, y los sencillos habitantes del pais los reverenciaban como lugares consagrados por la presencia de un Inca (3).

Los palacios reales eran edificios magníficos, y lejos de ser esclusivos á la capital ó á algunas ciudades principales, estaban esparcidos por todas las provincias del vasto imperio (4). Estos edificios eran bajos pero cubrian una gran estension de terreno. Algunas de las habitaciones eran muy grandes, pero generalmente eran pequeñas, y no comunicaban unas con



Monumento peruano del Cañar.

otras, sino que todas tenian salida á un patio comun. Las paredes estaban construidas con grandes trozos de piedra, como los que hemos descrito en la fortaleza del Cuzco, sin pulimentar, esceptuando la línea en que se reunian, que apenas era visible. Los techos eran de madera ó paja, y estos han desaparecido con el tiempo, conservándose solamente las paredes de los edificios. Lo que en ellos parecian buscar era mas bien la solidez y la fuerza que la elegancia arquitectónica (5).

Pero si los edificios imperiales eran poco elegantes en su forma esterior, el interior compensaba amplia-

ces sus festines hasta una hora muy avanzada de la noche. Ibid., parte I, lib. VI, cap. I.

(1) «In lectica, auro tabulato contrata, humeris ferebant; in summa, ea erat observancia, ut vultum ejus intueri maxime incivile putarent, et inter baiulos quicumque vel leviter pede offenso hæsitaret, e vestigio interficerent.» Levinus Apollonius, De Peruviæ Regionis Inventione, et Rebus in eadem gestis (Antuerpiæ, 1567, fól. 37). Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. XI.

Segun este escritor, los nobles eran los que llevaban la litera, y eran mil los destinados especialmente á disfrutar de este honor humillante. Ubi supra.

(2) Estas aclamaciones serian realmente espantosas si, como dice Sarmiento, hacian caer á tierra las aves que iban volando. «De esta manera eran tan temidos los reyes, que si salian por el reino y permitian alzar algun paño de los que iban en las andas para dejarse ver de sus vasallos, alzaban tan gran alarido que hacian caer las aves de lo alto, donde iban volando á ser tomadas á manos.» (Relacion, MS. capítulo X.) El mismo autor da pormenores mas creibles de los viajes régios, cuyo estracto insertamos en el *Apéndice número* 1.

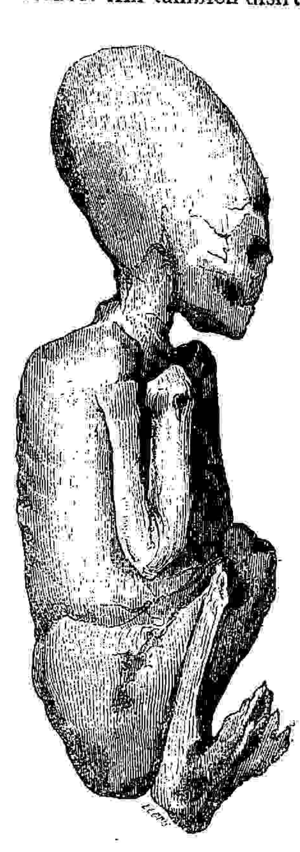
(3) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, capítulo XIV; lib. VI, cap. III.—Zárate Conq. del Perú, lib. I, cap. XI.

(4) Velasco nos da pormenores de algunos de estos palacios situados en diferentes puntos del reino de Quito. Historia de Quito, tomo I, pág. 195—197.

(5) Cieza de Leon, Crónica, cap. XLIV.—Antig. y Monumentos del Perú, MS.—Véase, entre otras cosas, la descripcion de los restos que aun existen de edificios reales en Callao, como á unas diez leguas al Sur de Quito, por Ulloa, Viaje á la América del Sur, lib. VI, cap. VI. Posteriormente Humboldt los ha examinado con mas cuidado. Vues des Cordillères, pág. 197.

mente esta falta, pues que en él desplegaban pomposamente toda su opulencia los príncipes peruanos. Cubrían las paredes numerosos adornos de oro y plata. En ellas habia unos nichos llenos de animales y plantas curiosamente trabajados con los mismos materiales preciosos; y aun en gran parte del ajuar doméstico, inclusos los utensilios de servicio mas ordinario, se observaba la misma prodigalidad de magnificencia (1). Con estos espléndidos adornos se mezclaban ricas telas de brillantes colores, tejidas con la delicada lana del Perú, y tan hermosas en todo, que los soberanos españoles, que disponian de todo lo que podian proporcionar Asia y Europa, no se desdeñaban de usarlas (2). Componíase la regia servidumbre de una multitud de criados de los pueblos y ciudades comarcanas, que, como en Méjico, tenian obligacion de suministrar al monarca el combustible y todo lo necesario para el consumo de palacio.

Pero la residencia favorita de los Incas era Yucay, como á unas cuatro leguas de distancia de la capital. En este delicioso valle, rodeado por la sierra que lo defendia contra los ásperos vientos del Este, y lo refrescaba con abundantes manantiales y arroyos, construyeron el mas hermoso de sus palacios. Allí, cuando estaban cansados del polvo y de los afanes de la capital, se complacian en retirarse y solazarse con la sociedad de sus concubinas favoritas, vagando entre los bosques y frescos jardines, que embalsamaban el aire con olores deliciosos, y adormecian los sentidos en voluptuoso descanso. Allí tambien disfrutaban de

Momias de los antiguos Aymaras.

las delicias del baño, surtido por corrientes de agua cristalina que pasaban por conductos de plata subterráneos y caian en bañaderas de oro. Los espaciosos jardines estaban cubiertos de numerosas variedades de plantas y flores que crecian sin esfuerzo alguno en esta region *templada* de los trópicos, mientras que á sus lados habia otros jardines de una especie mas estraordinaria, en que brillaban las diferentes formas de vida vejetal diestramente imitadas con plata y oro. Entre ellos se recuerda especialmente el maiz, el mas hermoso de los granos de América y se habla del trabajo admirable en que la mazorca de oro se descubria en parte en medio de las anchas hojas de plata y del lijero penacho del mismo metal que flotaba graciosamente en su cúspide (3).

Si esta brillante pintura hace vacilar la fé del lector, que recuerde que la abundancia de oro que encierran las montañas del Perú es increible; que los naturales entendian bastante bien el arte de esplotar las minas; que ninguna parte del metal, como mas adelante veremos, se convertia en moneda, y que todo él pasaba por manos del monarca para su uso esclusivo, ya fuese de utilidad ya de adorno. Lo cier-

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib VI, cap. I.
«Tanto que todo el servicio de la casa del rey, así de cántaras para su vino, *como de cocina*, todo era oro y plata, y esto no en un lugar ni en ninguna parte lo tenia, sino en muchas.» (Sarmiento, Relacion, MS., cap. XI.) Véanse tambien las brillantes descripciones de los palacios de Bilcas, al Oeste del Cuzco, por Cieza de Leon, segun lo que le dijeron los españoles que los vieron en todo su esplendor. (Crónica, capítulo LXXXIX.) Los viajeros modernos dicen que aun se ven los nichos en las paredes. (Humboldt, Vues Cordillères, página 197.)

(2) «La ropa de la cama toda era de mantas, y freçadas de lana de vicuña, que es tan fina y tan regalada, que entre otras cosas preciadas de aquellas tierras, se las han traido para la cama del rey don Phelipe Segundo.» Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. I.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, capítulo XXVI, lib. VI, cap. II. — Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXVI. — Cieza de Leon, Crónica, cap. XCIV.
Este último escritor habla de una mezcla, compuesta en parte de oro líquido, que se usaba en los edificios reales de Tambo, valle que estaba cerca de Yucay. (Ubi supra.) Debemos disculpar á los españoles que derribaron semejantes edificios, si es que alguna vez las encontraron.

to es que no hay hecho alguno mas completamente probado por los mismos conquistadores, que estaban en la mejor situacion para juzgar, y que no tenian motivo alguno para faltar á la verdad. Los poetas italianos, en sus espléndidas pinturas de los jardines de Alcina y de Morgana, se acercaron á la verdad mas de lo que creian.

Pero crecerá de punto nuestra sorpresa si reflexionamos que toda la riqueza que poseia el monarca peruano no consistia mas que en lo que él mismo habia acumulado para sí. Nada debia á la herencia de sus predecesores. Cuando moria un Inca se abandonaban sus palacios; todos sus tesoros, con la escepcion de los que se aplicaban á su entierro, sus muebles y sus vestidos, se quedaban como él los dejó, y sus numerosas residencias se cerraban para siempre. El nuevo soberano tenia que proveerse de nuevas cosas para sostener el lujo de su posicion. La razon en que esta costumbre se fundaba era la creencia popular de que el alma del monarca difunto volveria despues de algun tiempo á animar de nuevo su cuerpo en la tierra, y deseaban que encontrase todas las cosas á que habia estado acostumbrado durante su vida en el mismo estado en que las dejara (1).

Cuando un Inca moria, ó, como decian ellos, «cuando volvia á ser llamado á la mansion de su padre, el Sol (2),» celebrábanse sus funerales con gran pompa y solemnidad. Estraíansele al cuerpo los intestinos y se depositaban en el templo de Tampu, como á unas cinco leguas de la capital. Enterrábase con él una gran cantidad de sus alhajas y plata labrada, y sobre su tumba se inmolaba gran número de sus criados y concubinas favoritas, habiendo caso en que, segun se dice, llegó á mil el número de las víctimas (3). Algunos de ellos manifestaban la natural repugnancia al sacrificio que se ve algunas veces en la India entre las víctimas de una supersticion semejante. Pero estos eran sin duda los criados mas subalternos, ya que á las mujeres se las ha visto en mas de una ocasion tratar de suicidarse cuando se les ha impedido probar su fidelidad por medio de este acto de martirio conyugal. Seguia á esta triste ceremonia un luto general en todo el imperio. Durante un año se reunia el pueblo, con intervalos señalados, para renovar las espresiones de su dolor; se hacian procesiones en que se desplegaba la bandera del difunto monarca; confiábase á poetas y trovadores el cuidado de referir y conservar la relacion de sus hazañas, y repetíanse estas canciones en las grandes festividades en presencia del monarca, estimulando así á los vivos con el ejemplo glorioso de los muertos (4).

Despues de embalsamado con mucha destreza el cuerpo del Inca, se le trasladaba al gran templo del Sol en el Cuzco. Allí el monarca peruano, al entrar en el santuario terrible, podia contemplar las efigies de sus régios predecesores colocadas en dos filas opuestas, los hombres á la derecha, y sus esposas á la izquierda del gran luminar que brillaba en oro refulgente en las paredes del templo. Los cuerpos revestidos con el ropaje real que acostumbraban á llevar, estaban sentados en sillas de oro con las cabezas inclinadas al suelo y las manos tranquilamente cruzadas sobre el pecho. Sus rostros conservaban su natural color oscuro, menos espuesto á cambios que el color mas sonrosado de una cara europea; y su cabello, negro como azabache, ó plateado por la edad, permanecia lo mismo que durante su existencia. Se asemejaban á un grupo solemne de adoradores, abismados en el silencio de la devocion; tan bien se conservaban las formas y el aspecto de la vida. Los peruanos tuvieron tan buen éxito como los egipcios en esos miserables esfuerzos para perpetuar la existencia del cuerpo mas allá de los límites que le ha señalado la naturaleza (5).

Otra ilusion mas estraña aun consistia en el respeto que seguian tributando á estos restos inanimados como si estuviesen llenos de vida. Una de las casas pertenecientes á un Inca difunto se conservaba abierta y ocupada por su guardia y servidumbre con toda la pompa correspondiente á la dignidad real. En ciertas festividades se sacaban con gran ceremonia los cuerpos respetados de los monarcas á la plaza mayor de la capital. Los capitanes de las guardias de los respectivos Incas, invitaban á los diferentes nobles y oficiales de la córte, y se daban convites en nombre de sus amos, en que se desplegaba toda la profusa magnificencia de sus tesoros; y, segun dice un antiguo cronista, ninguna ciudad del mundo vió jamas tal acumulacion de plata, oro y alhajas como la que se veia en la gran plaza del Cuzco en esta ocasion (6). Servian el banquete los criados de las respectivas servidumbres, y los convidados comian en presencia del real cadáver con la misma etiqueta que si hubiese presidido el festin el monarca vivo (7).

La nobleza del Perú consistia de dos órdenes; la primera, y sin comparacion la mas importante, era la de los Incas que, preciándose de descender del mismo tronco que su soberano, vivian por decirlo así, en el reflejo de la luz de su gloria. Como los monarcas peruanos se aprovechaban muy estensamente del derecho de la poligamia, dejando familias de ciento y aun de doscientos hijos (8), los nobles de la sangre

(1) Acosta, lib. VI, capítulo XII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. IV.

(2) Los aztecas tambien creian que el alma del guerrero que moria en batalla iba á acompañar al sol en su brillante curso por la esfera. (Véase Conquista de Mejico, lib. I, capítulo III.)

(3) Conq. y Pob. del Pirú, MS.—Acosta, libro V, capítulo VI.

Cuatro mil víctimas de estas, segun Sarmiento, lo que es quizás una exageracion, adornaron los funerales de Huayna Capac, el último de los Incas antes de la llegada de los españoles. Relacion, MS., cap. LXV.

(4) Cieza de Leon, Crónica, capítulo LXII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. V.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. VIII.

(5) Ondegardo, Rel. prim. MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXIX.

Los peruanos escondieron estas momias de sus soberanos despues de la conquista, para que no las profanasen los españoles con sus insultos. Ondegardo, siendo corregidor de Cuzco, descubrió cinco de ellas, tres hombres y dos mujeres. Las primeras eran los cuerpos de Viracocha, del gran Tupac Inca Yupanqui y de su hijo Huayna Capac. Garcilasso las vió en 1560. Vestian el traje real, sin mas insignia que el *llautu* en la cabeza. Estaban sentadas y segun él mismo dice, en un estado tan perfecto de conservacion, que no les faltaba ni un pelo de las cejas. Al llevarlas por la calle, cubiertas con mantas, los indios se hincaban de rodillas en señal de respeto, con muchas lágrimas y suspiros; y se enternecieron aun mas cuando vieron que algunos españoles se descubrian al pasar los restos mortales de los que fueron monarcas. (Ibid. ubi supra.) Posteriormente se llevaron los cuerpos á Lima; y el padre Acosta que los vió allí unos veinte años despues, dice que aun estaban perfectamente conservados.

(6) «Tenemos por muy cierto, que ni en Jerusalen, Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza de Cuzco, cuando estas fiestas y otras semejantes se hacian.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXVII.

(7) Id., Relacion, MS., cap. VIII—XXVII.—Ondegardo, Rel. segunda, MS.

Sin embargo, no se honraba así la memoria de todos los príncipes, sino de aquellos que habian sido grandes y buenos, de quienes Sarmiento dice, «los que habiendo sido en vida buenos y valerosos, generosos con los indios en hacerles mercedes, perdonadores de injurias, porque á estos tales canonizaban en su ceguedad por santos y honraban sus huesos sin entender que las ánimas ardian en los infiernos, y creian que estaban en el cielo.» Ibid, úbi, supra.

(8) Garcilasso dice que mas de trescientos. (Com. Real, parte I, lib. III, cap. XIX.) El hecho, aunque algo sorpren-

real, aunque se conocian por tales solamente sus descendientes en la línea masculina, llegaban á ser con el tiempo muy numerosos (1). Dividíanse en várias líneas, cada una de las cuales buscaba su orígen en un individuo de la dinastía real, aunque todas terminaban en el divino fundador del imperio.

Distinguíanse por muchos privilegios importantes; usaban un traje particular; hablaban, si hemos de creer lo que dicen los cronistas, un dialecto que les era peculiar (2), y se aplicaba á su manutencion la mejor parte de las propiedades públicas. Casi todos ellos vivian en la córte, cerca de la persona del príncipe, tomando parte en sus consejos, y comiendo con él, ó recibiendo sus alimentos de su mesa. Solo á ellos podian conferirse las altas dignidades del sacerdocio. Confiábaseles el mando de los ejércitos, el de las guarniciones remotas, y el de las provincias, y en una palabra, á ellos pertenecian todos los empleos de confianza y de lucro (3). Hasta las leyes, que generalmente eran muy severas, no parecen haber sido hechas para ellos; y el pueblo, revistiendo á toda esa órden de nobleza de una parte del sagrado carácter que pertenecia al soberano, creia que un noble Inca era incapaz de cometer un crímen (4).

La otra órden de nobleza era la de los *curacas*, caciques de las naciones conquistadas ó sus descendientes. Generalmente el gobierno les confirmaba su posicion; pero exigia que visitasen de cuando en cuando la capital, y que dejasen educar en ella á sus hijos como rehenes que respondian de su lealtad. No es fácil definir la naturaleza ó la estension de sus privilegios. Poseian mas ó menos poder segun la estension de sus patrimonios y el número de sus vasallos. Su autoridad se trasmitia generalmente de padre á hijo, aunque á veces el pueblo elegia el sucesor (5). No ocupaban los empleos mas elevados del estado, ni los que estaban mas próximos á la persona del monarca, como los nobles de sangre. Su autoridad, segun parece, era generalmente local, y siempre subordinada á la jurisdiccion territorial de los gobernadores de las provincias que pertenecian á la órden de los Incas (6).

La nobleza inca era en realidad la que constituia la verdadera fuerza de la monarquía peruana. Ligada al soberano por los lazos de la sangre, tenian simpatías comunes, y en gran parte intereses idénticos. Distinguiéndose por un traje y unas insignias peculiares, como igualmente por el nacimiento y el idioma, del resto de la nacion, no se confundia jamas con las otras tríbus y naciones incorporadas en la gran monarquía peruana. Despues del trascurso de siglos, conservaba aun su individualidad como un pueblo peculiar y separado. Era relativamente á las razas conquistadas del pais lo que los romanos á las bárbaras tríbus del imperio, ó los normandos á los antiguos habitantes de las islas británicas. Agrupada alrededor del trono, formaba una falange invencible que lo defendia, lo mismo de las conspiraciones secretas, que de la abierta insurreccion. Aunque vivia principalmente en la capital, tambien sus individuos estaban distribuidos por todo el pais en todos los altos destinos y en todos los puestos militares fortificados, estableciendo así líneas de comunicacion con la córte, que proporcionaban al soberano medios para obrar simultáneamente y con buen efecto en las regiones mas remotas de su territorio. Los nobles ademas poseian una preeminencia intelectual que los realzaba á los ojos del pueblo tanto como su rango mismo. Realmente puede decirse que esta era la base primera de su autoridad. Los cráneos de la raza inca manifiestan una superioridad indudable sobre las demas razas del pais en cuanto á la estension de la inteligencia (7); y no puede dudarse tampoco que este fue el orígen de aquella civilizacion particular y de aquella política social que hizo á la monarquía peruana superior á todos los demas estados de la América del Sur. De dónde vino esta raza notable, y cuál fue su historia primitiva, son cuestiones que pertenecen á esa categoría de misterios que descubrimos tan á menudo en los anales del nuevo mundo, y que aun no han podido disipar ni el tiempo ni los esfuerzos de los anticuarios.

CAPITULO II.

Ordenes del estado — Administracion de justicia. — Division de las tierras. — Rentas y registro. — Caminos reales y postas. — Táctica militar y política.

Si nos sorprende el aspecto original y peculiar de lo que puede llamarse la aristocracia peruana, mucho mas sorprendidos quedaremos al descender á las ínfimas clases sociales, y al contemplar lo artificial del carácter de sus instituciones, tan artificiales como las de la antigua Esparta, y, aunque por diferentes motivos, tan repugnantes como ellas á los principios esenciales de la naturaleza humana. Las leyes de Licurgo, sin embargo, estaban destinadas á un estado pequeño, mientras que las del Perú, aunque tenian la misma aplicacion al principio, parecian poseer, como la tienda mágica del cuento árabe, una facultad indefinida de espansion, y se acomodaban igualmente á la situacion floreciente del imperio, y á los primeros pasos de su carrera. En esta notable adaptacion al cambio de circunstancias, vemos la prueba de un ingenio que indica un adelanto no pequeño de civilizacion.

El nombre de Perú no era conocido á los naturales. Fue dado al pais por los españoles, y, segun se dice, nació de una equivocacion del nombre indio de rio (8).

dente, no es increible, si como Huayna Capac, encerraban setecientas mujeres en su serrallo. Véase Sarmiento Rel., MS., capitulo VII.

(1) Garcilasso habla de una clase de Incas *por privilegio*, á quienes se permitia usar el nombre y disfrutar de muchas de las inmunidades de la sangre real, aunque solo descendian de los grandes vasallos que sirvieron á las órdenes de Manco Capac. (Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXII.) Desearíamos encontrar la menor confirmacion de este hecho importante á que alude Garcilasso con mucha frecuencia.

(2) «Los Incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos que no la entendian los demas indios, ni les era lícito aprenderla, como lenguaje divino. Esta, me escriben del Perú que se ha perdido totalmente; porque como pereció la república particular de los Incas, pereció tambien el lenguaje de ellos.» (Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VII, capítulo I.)

(3) «Una sola gente hallo yo que era exenta, que eran los Ingas del Cuzco y por alli alrededor de ambas parcialidades, porque estos no solo no pagaban tributo, pero aun comian de lo que traian al Inga de todo el reino y estos eran por la mayor parte los gobernadores en todo el reino, y por donde quiera que iban se les hacia mucha honra.» Ondegardo Rel. primera, MS.

(4) Garcilasso, Com Real, parte I, lib. II, cap. XV.

(5) En este caso, segun parece, se presentaba el sucesor al Inca para que lo confirmase. (Dec. de la Aud. Real, MS.) Otras veces el Inca mismo escogia el sucesor entre los hijos del difunto curaca. En una palabra, segun Ondegardo, no habia regla alguna de sucesion que no pudiera anular la voluntad soberana del Inca. Rel. prim., MS.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. X. — Sarmiento, Relacion, M. S., cap. XI. — Dec. de la Aud. Real, MS. — Cieza de Leon, Crónica, cap. XCIII. — Conquista y Pob. del Pirú, MS.

(7) La importante obra del Dr. Morton contiene varios diseños del cráneo Inca y del cráneo comun peruano, probando que el ángulo facial en el primero, aunque no muy grande, era mucho mayor que el segundo, que era estraordinariamente chato y escaso de carácter intelectual. Crania Americana. (Filadelfia, 1829.)

(8) Pelu, segun Garcilasso, era el nombre indio de *rio*, y fue pronunciado por uno de los naturales al responder á una pregunta que le hicieron los españoles, quienes creyeron que era el nombre del pais. (Com. Real, parte I, lib. I, cap. VI.)

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que los naturales no tenian otro epíteto para designar la gran coleccion de tribus y naciones reunidas bajo el cetro de los Incas, que el de *Tavant nsuyu*, ó «las cuatro partes del mundo (1).» Esto no sorprenderá á un ciudadano de los Estados-Unidos que no tiene mas nombre para clasificarse entre las naciones que el que toma de una de las partes del mundo (2). El reino, conforme su nombre lo indica, estaba dividido en cuatro partes, cada una de las cuales se distinguia de la otra por un título diferente, y á cada una de las cuales llegaba uno de los cuatro grandes caminos que partian del Cuzco, capital ó centro de la monarquía peruana. La ciudad estaba igualmente dividida en cuatro barrios; y las diferentes razas que se reunian allí de los puntos distantes del reino, vivian en el barrio mas próximo á sus provincias respectivas. Todas seguian usando su traje peculiar, de modo que era fácil saber su orígen; y el mismo órden y sistema de arreglo de la variada poblacion que existia en la capital, existia igualmente en las grandes provincias del imperio. La capital efectivamente era una copia en miniatura del imperio en general (3).

Al frente de cada una de las cuatro grandes provincias habia un virey ó gobernador que la regia con el auxilio de uno ó mas consejos para los varios departamentos. Estos vireyes solian residir de cuando en cuando en la capital, donde constituian una especie de consejo de estado del Inca (4). Toda la nacion estaba dividida en décadas, ó cuerpos pequeños de diez individuos; y de cada diez hombres uno era el gefe de los demas, y á él le tocaba ver que disfrutasen los otros de los derechos ó inmunidades que les correspondian, solicitar el apoyo del gobierno en su favor cuando fuese necesario, y entregar los criminales á la justicia. Estimulábalos á cumplir con este último deber una ley que, en caso de negligencia, les imponia la misma pena que habria esperimentado el criminal. Bajo la amenaza constante de esta ley, es probable que el magistrado peruano no se durmiese á menudo en su puesto (5).

Dividíase ademas el pueblo en cuerpos de cincuenta, ciento, quinientos y mil, cada uno con su gefe que tenia el mando general de los inferiores, mientras que los mas elevados tenian hasta cierto punto autoridad en materias de política. Por último, todo el imperio estaba dividido en secciones ó departamentos de diez mil habitantes, cada uno de los cuales tenia un gobernador de la nobleza Inca que mandaba á los *curacas* y otros empleados subalternos del distrito. Habia tambien tribunales de justicia, que se componian de magistrados, en cada una de las ciudades ó pueblos, con jurisdiccion en materia de delitos leves, al paso que los de carácter mas grave se sometian á jueces superiores, que eran generalmente los gobernadores de los distritos. Estos jueces recibian su autoridad y su apoyo de la corona, que los nombraba y separaba segun su voluntad. Tenian obligacion de sentenciar todo pleito en cinco dias, contados desde aquel en que se habia sometido á su decision, y no habia apelacion de un tribunal á otro. Sin embargo se adoptaban importantes precauciones para asegurar la rectitud de la justicia. Una comision de visitadores recorria el reino de cuando en cuando para tomar informes sobre el carácter y conducta de los magistrados, y cualquier descuido ó infraccion del deber se castigaba de una manera ejemplar. Tambien se exigia á los tribunales inferiores que diesen mensualmente cuenta de sus actos á los superiores, y estos á su vez la daban á los vireyes; de modo que el monarca, sentado en el centro de sus dominios, podia dirigir la vista á sus estremidades mas remotas, y revisar y rectificar cualquier abuso que hubiese en la administracion de justicia (6).

Las leyes eran pocas y sumamente severas. Casi todas se aplicaban á asuntos criminales. Pocas leyes de otra clase necesitaba una nacion que tenia poco comercio, ningun dinero, y casi nada que pudiera llamarse propiedad fija. Los crímenes de robo, adulterio y asesinato se castigaban con la pena capital, aunque se disponia sábiamente la admision de circunstancias atenuantes que podian mitigar el castigo (7). Tambien se castigaban con la muerte la blasfemia contra el Sol y las maldiciones al Inca, crímenes que en realidad venian á ser idénticos. Quitar los linderos de las propiedades, variar el curso del agua para regar la tierra propia á espensas de la agena, y quemar una casa, eran delitos que tambien se castigaban con mucha severidad. Quemar un puente era delito de muerte. El Inca no consentia que se opusiese obstáculo alguno á aquellas facilidades de comunicacion tan esenciales al mantenimiento del órden público. En caso de rebelion de una ciudad ó de una provincia, se la asolaba y esterminaba á sus habitantes. La insurreccion contra el «Hijo del Sol,» era el mayor de todos los crímenes (8).

Estos errores han dado orígen á muchos nombres de lugares, tanto en la América del Norte como en la del Sur. Montesinos sin embargo niega que exista semejante voz para significar rio. (Mem. Antiguas, MS., lib. cap. II.) Segun este escritor el Perú era el antiguo *Ophir* de donde Salomon sacó tantos tesoros; y que por una transicion *muy natural* se convirtió con el tiempo en *Phirú*, *Pirú*, *Perú*. El primer libro de las Memorias, que comprende de treinta y dos capítulos, está dedicado á este precioso descubrimiento.

(1) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XI.

(2) Sin embargo, un *americano* puede alimentar su vanidad con la idea de que le ha sido concedido el nombre de una parte del mundo habitada por tantas naciones civilizadas.

(3) Garcilasso, parte I, cap. IX—X.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XCIII.

La capital se hallaba dividida ademas en dos partes, la superior y la inferior, lo que segun dicen indicaba el orígen diferente de la poblacion. Tambien existia esta division en las ciudades inferiores. Ondegardo, Rel. segunda, MS.

(4) Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XV.

He sacado de Garcilasso esta noticia sobre los consejos. Garcilasso colma muchos vacíos que dejaron abiertos sus compañeros de trabajos. Es dudoso que en todos los casos estas esplicaciones que suplen los vacíos puedan resistir al tiempo tan bien como el resto de la obra.

(5) Dec. de la Aud. Real, MS.—Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. II, capítulo VI.—Ondegardo, Relacion prim., MS.

Esta division de los peruanos es sumamente análoga á la de los sajones en centenares y decenas. Pero la ley sajona era mucho mas humana, porque solo imponia una multa al distrito en el caso de escaparse el criminal.

(6) Dec. de la Aud. Real, MS.—Ondegardo, Rel. prim. y sig.—MS.—Garcilasso, Com. Real, part. I, lib. II, capítulo XI—XIV.—Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. II, cap. VI.

Las noticias que nos dan los autores antiguos de los tribunales peruanos, son muy escasas y poco satisfactorias. Hasta la ardiente imaginacion de Garcilasso flaquea y no alcanza á salvar el vacío.

(7) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. III.

El robo se castigaba con menos severidad si el que lo habia cometido lo necesitaba realmente para subsistir. Es circunstancia muy particular que la ley peruana no establecia diferencia alguna entre la fornicacion y el adulterio, pues que ambos se castigaban con la pena de muerte. Sin embargo, no parece que estaba en uso esta ley, puesto que se establecian, ó á lo menos se toleraban, prostitutas en los arrabales de las ciudades. Véase Garcilasso, Com. Real, parte I, libro IV, cap. XXXIV.

(8) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIII.

«Y los traidores entre ellos llamaban *aucaes*, y esta palabra es la mas abiltada de todas cuantas pueden decir á un indio del Perú, que quiere decir traidor á su señor.» (Conq. y Pob. del Perú, MS.) «En las rebeliones y alzamientos se hicieron los castigos tan ásperos, que algunas veces asolaron

La severidad y sencillez del código peruano parecen indicar un estado social poco adelantado, que tenia poco complicados intereses y pocas relaciones de aquellas que pertenecen á una sociedad civilizada, estado en que aun no se habia desarrollado bastante la ciencia de la legislacion para economizar los padecimientos humanos, acomodando proporcionalmente las penas á los crímenes. Pero debemos considerar las instituciones peruanas desde un punto de vista muy diferente de aquel en que estudiamos las de otras naciones. Las leyes emanaban del soberano, y ese soberano tenia una mision divina, y era de naturaleza divina. Violar la ley no era tan solo insultar la majestad del trono, sino cometer un sacrilegio. Así considerado, el menor delito merecia la pena de muerte, y el mas grave no podia incurrir en pena mayor (1). Sin embargo, en la aplicacion de sus castigos no desplegaban una crueldad inútil, y no se prolongaban los padecimientos de las víctimas por medio de esos tormentos ingeniosos tan comunes entre las naciones bárbaras (2).

Estas disposiciones legislativas podrán parecernos muy defectuosas, aun comparadas con las de las razas semi-civilizadas de Anahuac, donde existia una graduacion de tribunales, y en que el derecho de apelacion de unos á otros daba bastante seguridad á la justicia. Pero en un pais como el Perú, donde apenas se conocian mas causas que las criminales, el derecho de apelacion no era tan importante. La ley era sencilla, su aplicacion fácil; y cuando el juez era recto, tan probable era que la causa se decidiese conforme á justicia en la primera como en la segunda instancia. La inspeccion de los visitadores y el informe mensual de los tribunales, eran garantías no despreciables de integridad. La ley que exigia una sentencia dentro del quinto dia, pareceria poco aplicable á la complicacion y litigio embarazoso de un tribunal moderno. Pero en las sencillas cuestiones sometidas á un juez peruano, la dilacion hubiera sido cosa por demas inútil; y los españoles, que conocen bien los males que traen consigo los pleitos interminables, en que el que triunfa queda con demasiada frecuencia arruinado, celebran mucho esta justicia rápida y económica (3).

Las disposiciones fiscales de los Incas y las leyes relativas á la propiedad, son los rasgos mas notables de la política peruana. Todo el territorio del imperio estaba dividido en tres partes, una para el Sol, otra para el Inca, y la última para el pueblo. No se sabe á punto fijo cuál de las tres era la mayor. Las proporciones variaban mucho en las diferentes provincias. La distribucion se hacia segun el mismo principio general, á medida que cada conquista nueva aumentaba el territorio de la monarquía; pero la proporcion variaba segun la cantidad de pobladores, y la mayor ó menor cantidad de terreno que se necesitaba para su sustento (4).

Los productos de las tierras pertenecientes al Sol, se aplicaban á la conservacion de los templos y al sostenimiento de las costosas ceremonias del culto peruano y de su inmenso sacerdocio. Los de las que pertenecian al Inca, servian para sostener el lujo de la dignidad real, y para alimentar los innumerables individuos que componian su servidumbre y sus parientes, ademas de pagar todas las atenciones del gobierno. El resto de las tierras se dividia, *per capita*, en partes iguales entre el pueblo. La ley mandaba, como mas adelante veremos, que llegado á cierta edad todo peruano se casase. Cuando ocurria esto, el pueblo ó distrito en que vivia le proporcionaba una casa, que construida con pobres materiales, se hacia á poca costa. En seguida se le señalaba cierta cantidad de tierra suficiente para su mantenimiento y el de su mujer. Concedíasele otro trozo ademas por cada hijo, siendo la cantidad que se daba para un hijo varon, doble de la que correspondia para una hija. La division del suelo se renovaba cada año, y la parte de cada cual se aumentaba ó se disminuia segun el número de individuos de su familia (5). El mismo arreglo se observaba en lo tocante á los curacas, con la diferencia de que se les asignaba un terreno correspondiente á la superior dignidad de su rango (6).

No se puede imaginar una ley agraria mas eficaz y mas completa que esta. En otros paises en que se ha adoptado una ley de esta especie, su accion ha cedido con el tiempo al curso natural de los acontecimientos, y ya por la superior inteligencia y economía de unos, ya por la prodigalidad de otros, se han desarrollado las acostumbradas vicisitudes de la fortuna, y han vuelto las cosas á su natural desigualdad. Hasta la férrea ley de Licurgo dejó de obrar despues de algun tiempo, y se desvaneció ante la influencia del lujo y de la avaricia. Lo que mas se acerca á la constitucion peruana es quizas la de la antigua Judea, donde en el gran jubileo nacional, que ocurria al terminar cada medio siglo, las haciendas volvian á sus primitivos propietarios. Pero existia en el Perú esta importante diferencia, que no solo terminaba la propiedad, si así podia llamarse, con el año, sino que durante este período el poseedor no tenia el derecho

las provincias de todos los varones de edad, sin quedar ninguno.» Ondegardo. Rel. prim., MS.

(1) «El castigo era riguroso, que por la mayor parte era de muerte, por liviano que fuese el delito; porque decian que no los castigaban por el delito que habian hecho, no por la ofensa agena, sino por haber quebrantado el mandamiento, y rompido la palabra del Inca, que lo respetaban como á Dios.» Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XII.

(2) Uno de los castigos mas comunes para culpas leves, consistia en llevar una piedra á cuestas. Como observa muy bien Mr. Culloch, un castigo en que no se impone mas padecimiento que el que resulta de la vergüenza, prueba sensibilidad y civilizacion. Investigaciones, p. 361.

(3) La real audiencia del Perú en tiempo de Felipe II, y no puede haber en esta materia autoridad mas competente, aprueba de una manera enfática la economía y la eficacia de la administracion de la justicia entre los Incas. «De suerte que los vicios eran bien castigados, y la gente estaba bien sujeta y obediente; y aunque en las dichas penas habia esceso, redundaba en buen gobierno y policía suya, mediante ella eran aumentados.... Porque los indios alababan la gobernacion del Inga, y aun los españoles que algo alcanzan de ella, es porque todas las cosas susodichas se determinaban sin hacerles costas.» Dec. de la Aud. Real, MS.

(4) Acosta, lib. VI, cap. XV.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. I.

«Si estas partes fuesen iguales, ó cuál fuese mayor, yo lo he procurado averiguar; y en unas es diferente de otras; y finalmente yo tengo entendido que se hacia conforme á la disposicion de la tierra y á la calidad de los indios.» Ondegardo, Rel. prim., MS.

(5) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. II.

La cantidad que se concedia á dos recien casados, segun Garcilasso, subia á fanega y media de tierra. Adjudicábase igual cantidad por cada hijo varon que nacia, y la mitad por cada hembra. La fanega era aquella cantidad de tierra que podia sembrarse con cien libras de maiz. En el fértil territorio del Perú esto era muy suficiente para una familia.

(6) Ibid, par. I, lib. V, cap. III.

Es cosa muy singular que al paso que se habla tanto del monarca Inca, se diga tan poca cosa de la nobleza, de sus estados, ó del derecho en virtud del cual los poseian. Su historiador nos dice que disfrutaban de las mejores tierras en cualquier punto en que residiesen, ademas de la parte que les correspondia en las del Sol y en las del Inca, como hijos del uno y parientes del otro. Tambien nos dice que recibian sus provisiones de la mesa real cuando residian en la córte (lib. VI, cap. III). Pero todo esto es sumamente vago. El que estudia la historia descubre muy pronto que pocas noticias exactas puede sacar sobre las instituciones de un siglo y de un pueblo bárbaros, de las obras de los analistas contemporáneos.

de enagenar ó de aumentar sus posesiones. El término del breve plazo le encontraba exactamente en la misma posicion en qué estaba al principio. Parece que este estado de cosas debia ser incompatible con el amor á la posesion, ó con ese deseo de mejorarla que es natural al propietario permanente. Pero la operacion práctica de la ley parece haber producido los resultados contrarios; y es probable que bajo la influencia de esa aficion al órden y de esa aversion á los cambios que formaban los rasgos característicos de las instituciones peruanas, cada nueva reparticion del territorio confirmase la posesion del que lo ocupaba, y la posesion de un año se convirtiese en posesion para toda la vida.

Todo el territorio estaba cultivado por el pueblo. Primeramente se atendia á las tierras pertenecientes al Sol. En seguida se labraban las tierras de los ancianos, de los enfermos, de las viudas, y de los huérfanos y de los soldados que se hallaban en servicio activo; en fin, de todos aquellos que por sus dolencias físicas, ó por cualquiera otra causa, no podian atender á sus propios intereses. Despues de esto se permitia al pueblo que cultivase sus propias tierras, cada cual la suya; pero con la obligacion general de ayudar á sus vecinos cuando cualquiera circunstancia lo exigiese, como por ejemplo la carga de una familia numerosa (1). Por último, cultivaban las tierras del Inca. Esto se hacia con gran ceremonia por todo el pueblo en masa. Al romper el dia lo convocaban desde alguna torre ó elevacion próxima, y todos los habitantes del distrito, hombres, mujeres y niños, se presentaban con sus mejores trajes, y cubiertos con todos sus adornos, como si fuesen á asistir á alguna gran festividad. Desempeñaban las faenas del dia con el mayor regocijo, entonando sus cantos populares que recordaban los hechos heróicos de los Incas, amoldando sus movimientos á la medida del canto, á que generalmente servia de estribillo la palabra *hailli*, que significaba triunfo. Estos cantos nacionales eran agradables y dulces, y gustaron mucho á los españoles. Muchas canciones peruanas acomodaron ellos á su música despues de la conquista, canciones que los desgraciados indígenas escucharian sin duda con melancólica satisfaccion, ya que les recordaban las épocas pasadas en que se deslizaba tranquila su existencia bajo el cetro de los Incas (2).

En lo relativo á las diferentes manufacturas del pais, regian los mismos principios que en lo tocante á los productos agrícolas. Los rebaños de llamas ó carneros peruanos, pertenecian esclusivamente al Sol y al Inca (3). Su número era inmenso. Estaban esparcidos en todas las provincias, especialmente en las regiones mas frias del pais, donde se confiaban al cuidado de pastores muy esperimentados, quienes los conducian á los diferentes pastos segun el cambio de estacion. Enviábase todos los años una gran cantidad de llamas á la capital para el consumo de la córte, y para las festividades religiosas y los sacrificios. Pero estos no eran mas que los machos, y no se permitia matar á las hembras. Los reglamentos establecidos para el cuidado y la cria de los rebaños eran sumamente minuciosos, y estaban concebidos con tal sagacidad, que escitaron la admiracion de los españoles, aunque estos sabian cómo se manejaban los grandes rebaños de merinos trashumantes de su propio pais (4).

En la estacion oportuna se esquilaba al ganado, y se depositaba la lana en los almacenes públicos. En seguida se repartia á las familias en cantidad suficiente segun sus necesidades, y se entregaba á la parte femenina, cuyos individuos conocian muy bien el arte de hilar y tejer. Cuando este trabajo se habia concluido, y la familia se hallaba provista de trajes groseros pero abrigados, acomodados al clima frio de las montañas, porque en la parte caliente el algodon, repartido igualmente por la corona, se usaba hasta cierto punto en lugar de la lana, se exigia al pueblo que trabajase para el Inca. Primeramente se determinaba en el Cuzco la cantidad de paño que se necesitaba, y la calidad y especie de tejido. En seguida se repartia el trabajo entre las diferentes provincias. Ciertos oficiales nombrados con este objeto, cuidaban de la distribucion de la lana para que se confiase la manufactura de los diferentes objetos á las personas mas inteligentes en la materia (5). Ni terminaba aquí su accion, sino que visitaban despues de cuando en cuando las casas para que el trabajo se ejecutase bien. Esta inquisicion doméstica no se limitaba á los trabajos que se ejecutaban para el Inca, sino que se aplicaba tambien al que se hacia para las diferentes familias; y se cuidaba de que cada cual usase los materiales de que se le habia provisto de la manera mas conveniente, de modo que nadie careciese de la ropa necesaria (6). Estas tareas domésticas pertenecian á todas las mujeres de la familia. Dábase ocupacion á todas, desde la niña de cinco años hasta la anciana matrona cuyas enfermedades no le impedian manejar una rueca. A ninguno se permitia en el Perú que comiese pan sin ganarlo con el sudor de su frente, á no ser los decrépitos y los enfermos. La ociosidad era un crímen á los ojos de la ley, y como tal se castigaba severamente, mientras que la actividad y la laboriosidad se recompensaban y estimulaban públicamente con premios (7).

Las mismas reglas se observaban en cuanto á las demas necesidades del gobierno. Todas las minas que encerraba el territorio pertenecian al Inca. Esplotábanse esclusivamente para su uso por personas acostumbradas á esta clase de trabajo, y escojidas entre los habitantes de los distritos en que existian las minas (8). Todo peruano de clase humilde era agricultor, y con las escepciones que hemos enumerado ya, de todos se esperaba que proveyesen á su subsistencia

(1) Garcilasso refiere que Huayna Capac ahorcó á un indio porque labró la tierra de un curaca, pariente cercano suyo, antes que la de los pobres. El cadalso se colocó en las mismas tierras del curaca. Ibid., parte I, lib. V, cap. II.

(2) Garcilasso, part. I, lib. V, cap. I—III.—Ondegardo, Rel. seg., MS.

(3) Ondegardo, Rel. prim., MS.

Sin embargo, el soberano sabia recompensar á algun gefe principal, y á veces á algun hombre del pueblo que le hubiese prestado algun servicio, concediéndole un número pequeño de llamas, pero jamas muchas. Estos propietarios no podian matarlos ni venderlos, sino que pasaban á sus herederos como cualquiera otra clase de propiedad. Esta estraña costumbre fue origen de innumerables pleitos despues de la conquista. Ibid., ubi supra.

(4) Véase especialmente la relacion del licenciado Ondegardo, que entra en mas pormenores que los demas escritores contemporáneos sobre el modo de manejar los rebaños en el Perú. Rel. seg., MS.

(5) Ondegardo, Rel. prim. y seg., MSS.

La manufactura de telas para el Inca incluia la de las que se destinaban á los numerosos individuos de la sangre real, que usaban trajes mucho mas finos que los que se permitia usar á los demas peruanos. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. VI.

(6) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Acosta, lib. VI, capítulo XV.

(7) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Garcillasso, Com. Real, part. I, lib. V, cap. XI.

(8) Garcilasso nos quiere hacer creer que el oro y la plata de los Incas procedian de los curacas, que se lo enviaban de regalo como sus grandes vasallos. (Com. Real, parte I, lib. V, cap. VII.) Esta noticia improbable está en contradiccion con el informe de la Real Audiencia, MS., con Sarmiento (Relacion, MS., cap. XV), y con Ondegardo (Rel. prim., MS.). Todos ellos dicen que las minas eran propiedad esclusiva del gobierno, y que se esplotaban esclusivamente en provecho de él. De este depósito salian los metales preciosos en grandes cantidades en forma de regalos á los señores principales, y aun mas para el adorno de los templos.

por medio de la agricultura. Sin embargo, una pequeña parte de la poblacion conocia las artes mecánicas, algunas de estas de la clase mas elegante que se consagra á la produccion de objetos de adorno y lujo. Estos objetos se destinaban casi esclusivamente al soberano y á su córte; pero se exigia la ocupacion de un número de hombres mucho mas estenso para la ejecucion de las grandes obras públicas que cubrian la superficie del pais. La naturaleza y la estension de los servicios que se exigian se señalaban en el Cuzco por empleados que conocian perfectamente los recursos del pais y el carácter de los habitantes de las diferentes provincias (1).

Estas noticias se reunian por medio de un sistema admirable que apenas tiene ejemplo en los anales de un pueblo semi-civilizado. Se llevaba un registro de todos los nacimientos y defunciones que ocurrian en toda la estension del pais, y cada año se enviaba al gobierno un censo de toda la poblacion por medio de los *quipus*, invencion curiosa que mas adelante esplicaremos (2). De cuando en cuando se hacia un exámen general del territorio, del cual resultaba una relacion completa de la clase de tierras, de su fertilidad, de la naturaleza de sus productos, tanto en la agricultura como en la minería; en una palabra, de todo lo que constituia los recursos físicos del imperio (3). Con estos pormenores estadísticos á su disposicion, fácil era para el gobierno, despues de determinar la suma de las necesidades, distribuir el trabajo entre las diferentes provincias que mejor podian desempeñarlo. La obligacion de repartir el trabajo correspondia á las autoridades locales, y se cuidaba mucho de que al paso que se confiase á las manos mas esperimentadas, no hubiese desproporcion en lo que se señalaba á cada uno (4).

Las diferentes provincias del pais producian hombres útiles para diversos empleos, los cuales, como mas adelante veremos, se trasmitian de padres á hijos. Así por ejemplo los habitantes de un distrito eran los mas á propósito para el trabajo de las minas, los de otro los mejores artífices para obras de metales y de madera, y así de los demas (5). El gobierno proporcionaba los materiales al artesano, y á ninguno se le exigia que destinase al servicio del Estado mas que una parte de su tiempo, segun se estipulaba. Sucediale luego otro para trabajar durante un período igual; y debemos observar que todos los que estaban trabajando en servicio del gobierno, tanto en las faenas de la agricultura como en todas las demas, se mantenian durante todo el tiempo á espensas de aquel (6). Por medio de esta rotacion constante de trabajo se intentaba conseguir que ninguno estuviese sobrecargado, y que cada hombre tuviese tiempo suficiente para atender á las necesidades de su propia familia. Segun la opinion de un ilustrado escritor español, era imposible mejorar el sistema de distribucion; tan perfectamente acomodado estaba á la condicion y al bienestar del artesano (7). Parece que el gobierno siempre tenia presente en sus reglamentos la necesidad de cuidar de la salud de los trabajadores, y con tal tino lo arreglaba, que los trabajos mas penosos y mas mal sanos no les causaban detrimento alguno en su salud; contraste notable con su condicion posterior cuando cayeron bajo el dominio de España (8).

Una parte de los productos agrícolas y fabriles se trasportaba al Cuzco para atender á las necesidades inmediatas del Inca y de su córte. Pero la mayor parte con mucho se almacenaba en depósitos esparcidos en las diferentes provincias. Estos grandes edificios, construidos con piedra, se dividian en dos partes, una para el Sol y otra para el Inca, aunque parece que la mayor de las dos pertenecia al soberano. Una disposicion muy sábia determinaba que todo déficit en las contribuciones del Inca se pudiese cubrir con lo que encerraban los graneros del Sol (9). Pero pocas veces podia ocurrir semejante necesidad; y la economía del gobierno producia por lo regular un gran sobrante en los almacenes del soberano, que se trasladaba luego á un tercer órden de almacenes, destinados á alimentar al pueblo en épocas de escasez, y algunas veces á proporcionar socorros á individuos sumidos en la miseria por sus enfermedades ó sus desgracias, lo cual justifica en cierto modo lo que dice un documento español, á saber; que una gran parte de las rentas del Inca volvia despues por uno ú otro conducto á manos del pueblo (10). En estos almacenes encontraron los españoles cuando llegaron, grandes acopios de los diferentes productos y manufacturas del pais, maiz, *coca*, *quinua* (11), tejidos de lana y algodon de la calidad mas fina, con vasos y utensilios de oro, plata y cobre; en una palabra, de todos los objetos de lujo ó de utilidad que producian las artes peruanas (12). Los almacenes de

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XIII—XVI.—Ondegardo, Rel. prim. y seg., MSS.

(2) Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. II, cap. IV. —Pedro Pizarro, Relacion del Descubrimiento y Conquista de los reinos del Perú, MS.

«Cada provincia, en fin del año, mandaba asentar en los quipos, por la cuenta de sus nudos, todos los hombres que habian muerto en ella en aquel año, y por el consiguiente los que habian nacido, y por principio del año que entraba, venian con los quipos al Cuzco.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XVI.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XIV.

(4) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. XV.

«Presupuesta y entendida la dicha division que el Inga tenia hecha de su gente, y órden que tenia puesta en el govierno de ella, era muy fácil haverla en la division y cobranza de los dichos tributos; porque era claro y cierto lo que á cada uno cabia sin que hubiese desigualdad ni engaño.» Dec. de la Real Audiencia, MS.

(5) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XV.—Ondegardo, Rel. segunda, MS.

(6) Ondegardo, Relacion prim., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. V.

(7) «Y tambien se tenia cuenta que el trabajo que pasaban fuese moderado, y con el menos riesgo que fuese posible.... Era tanta la órden que tuvieron estos indios, que á mi parecer, aunque mucho se piense en ello, seria dificultoso mejorarla conocida su condicion y costumbres.» Ondegardo, Rel. primera, MS.

(8) La esplotacion de las minas, segun el presidente del Consejo de Indias, estaba de tal manera arreglada, que ninguno sentia su peso, ni mucho menos contribuia á acortar la vida del trabajador. (Sarmiento, Relacion, MS., cap. XV.) Esta confesion es muy franca para un español.

(9) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXXIV. —Ondegardo, Rel. prim., MS.

«E así esta parte del Inga no hay duda sino que de todas tres era la mayor, y en los depósitos se parece bien, que yo visité muchos en diferentes partes, é son mayores é mas largos que no los de su religion sin comparacion.» Idem, Rel. segunda, MS.

(10) «Todos los dichos tributos y servicios que el Inga imponia y llevaba como dicho es, eran con color y para efecto del gobierno y pro comun de todos, así como lo que se ponia en depósitos todo se convertia y distribuia entre los mismos naturales.» Dec. de la Aud. Real., MS.

(11) *Nota del traductor*. La *coca* es la hoja de un árbol que mascan los indios, y sin cuyo uso, hasta el dia, es imposible hacerles trabajar. Cultívase en las regiones cálidas del interior, y es tan apreciada por su fácil despacho y su gran consumo, que tener *coca* y tener oro viene á ser casi lo mismo para el comerciante. La *quinua* es una semilla mucilaginosa, muy agradable al paladar, y que se cultiva en los terrenos mas estériles.

(12) Acosta, lib. VI, cap. XV.

«No podré decir,» dice uno de los conquistadores, «los depósitos. Vide de ropas y de todos géneros de ropas y vestidos que en este reino se hacian y usavan que faltava tiempo para vello y entendimiento para comprender tanta cosa, muchos depósitos de barretas de cobre para las minas, y de costales y

grano, en particular, hubieran bastado para el consumo de muchos años en los distritos adyacentes (1). Todos los años hacian un inventario de los diferentes productos del pais y de los puntos productores los empleados de la corona, y luego lo consignaban en sus registros los *quipucamayus* con asombrosa regularidad y exactitud. Estos registros se trasmitian á la capital y se sometian al Inca, que así podia con una sola ojeada abrazar todos los resultados de la industria nacional, y ver hasta qué punto correspondian con las necesidades del gobierno (2).

Tales son algunas de las particularidades mas notables de las instrucciones peruanas en lo relativo á la propiedad, segun el testimonio de autores, que aunque se contradicen en los pormenores, están conformes en los rasgos principales. Estas instituciones son realmente tan notables, que apenas se puede creer que se hubiesen puesto en práctica en toda la estension de un gran imperio, y durante un largo período de años. Sin embargo, prueba este hecho el irrecusable testimonio de los españoles que desembocaron en el Perú en tiempo oportuno para verlas funcionar; algunos de ellos, hombres que habian alcanzado altos puestos en la magistratura, fueron comisionados por el gobierno español para hacer investigaciones sobre el estado del pais bajo el cetro de sus antiguos dominadores.

Las contribuciones que se imponian al pueblo peruano parecen haber sido bastante considerables. Sobre ellos recaia esclusivamente la carga de sostener á su propia clase si no á todas las demas del Estado. Los individuos de la familia real, la alta nobleza, hasta los funcionarios públicos, y el numeroso cuerpo del sacerdocio, todos estaban libres de contribuciones (3). El pago de todos los gastos del gobierno recaia en el pueblo. Sin embargo, esto no se diferencia mucho del órden de cosas existente en otros tiempos en casi toda Europa, donde las varias clases privilegiadas exigian, es verdad que no siempre con buen éxito, que se las eximiese de sostener una parte de las cargas públicas. La gran desventaja relativa del peruano, era que jamas podia mejorar su condicion. Sus trabajos eran para otros mas bien que para sí mismo. Por industrioso que fuese no podia aumentar un ápice á sus posesiones, ni subir en lo mas mínimo en la escala social. No sentia el gran estímulo del trabajo, que es el deseo de hacer mas agradable nuestra condicion. La gran ley del progreso humano no le alcanzaba. Como nacia, así estaba destinada á morir. Ni á su tiempo mismo podia considerarlo como suyo. Sin dinero, con escasa propiedad de cualquier clase que fuese, ni pagaba sus contribuciones en frutos (4). No es estraño, pues, que el gobierno considerase la pereza como un crímen. Era un crímen contra el Estado, pues que en cierto modo perder el tiempo era defraudar el tesoro. El peruano, trabajando toda su vida para otros, podia compararse al presidiario que todos los dias desempeña la misma tarea penosa y triste, sabiendo que por útiles que sean sus esfuerzos al Estado, nada le producen á él.

Pero esta es la parte sombría de la pintura. Si ningun hombre podia llegar á ser rico en el Perú, tampoco ninguno podia llegar á ser pobre. Ningun pródigo podia gastar sus haberes en ruidosas diversiones y en lujo. Ningun atrevido especulador podia arruinar á su familia con especulaciones aventuradas. El objeto constante de la ley era establecer un trabajo tranquilo y prudente manejo de los negocios. No se toleraban mendigos en el Perú. Cuando un hombre quedaba reducido á la pobreza por sus desgracias, que jamas podia ser por su culpa, la mano de la ley acudia á suministrarle socorro; no el socorro mezquino de la caridad particular, ni ese que derraman gota á gota los fingidos depósitos de la caridad pública en ciertos paises, sino un socorro generoso y abundante que no humillaba al que era objeto de él y que lo colocaba al nivel de sus demas paisanos (5).

Ningun hombre podia ser rico ni pobre en el Perú; pero todos podian disfrutar y disfrutaban de lo necesario. La ambicion, la avaricia, la aficion á cambiar de objetos, el descontento, todas las pasiones que mas agitan á los hombres, no encontraban abrigo en el corazon del peruano. La misma condicion de su existencia parecia oponerse al cambio. Recorria el mismo círculo que sus padres habian recorrido antes que él, y en que habian de seguirle sus hijos. La política de los Incas consistia en infundir en sus súbditos un espíritu de obediencia pasiva y de tranquilidad, una conformidad completa en el órden de cosas establecido. En esta parte alcanzaron un éxito completo. Los primeros españoles que visitaron el pais aseguran enfáticamente que ningun gobierno podia ser mas acomodado á la índole del pueblo, y que ningun pueblo podia parecer mas satisfecho con su suerte, ni mas amante de su gobierno (6).

Los que desconfien de las relaciones sobre la industria peruana, pueden disipar sus dudas recorriendo el pais en que floreció. El viajero encuentra aun, especialmente en las regiones centrales de las llanuras elevadas, muchos vestigios de otra época; restos de templos, palacios, fortalezas, montañas terraplenadas, grandes caminos militares, acueductos y otras obras públicas, que, sea cual fuere el grado de ciencia que se descubra en su ejecucion, lo asombran por su número, por el aspecto macizo de los materiales, y por la grandeza del plan. Entre ellas quizá las mas notables son los grandes caminos, cuyos restos se conservan aun bastante bien para atestiguar su antigua magnificencia. Muchos de estos caminos atravesaban diferentes partes del reino; pero los mas considerables eran los dos que se estendian desde

sogas, de vasos de palo y platos de oro y plata que aquí se halló era cosa de espanto.» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(1) Para diez años algunas veces, si hemos de creer á Ondegardo, que tenia medios para informarse bien. «E ansi cuando no era menester se estaba en los depósitos é habia algunas veces comida de diez años.... Los cuales todos se hallaron llenos, cuando llegaron los españoles, desto y de todas las cosas necesarias para la vida humana.» Rel. seg., MS.

(2) Ondegardo, Rel. prim., MS.

«Por tanta órden é cuenta que seria dificultoso creerlo ni darlo á entender como ellos lo tienen en su cuenta é por registros é por menudo lo manifestaron que se pudiera por estenso.» Idem, Rel. seg., MS.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XV.

(4) «Solo el trabajo de las personas era el tributo que se daba, porque ellos no poseian otra cosa.» Ondegardo, Relacion prim., MS.

(5) «Era tanta la órden que tenia en todos sus reinos y provincias, que no consentia haber ningun indio pobre ni menesteroso, porque habia órden y formas para ello sin que los pueblos recibiesen vexacion ni molestia, porque el Inga lo suplia de sus tributos.» (Conq. y Pob. del Perú, MS.) El licenciado Ondegardo no ve mas que una invencion de Satanás en estas disposiciones de las leyes peruanas, en virtud de las cuales los ancianos, los enfermos y los pobres quedaban en cierto modo independientes de sus hijos y de sus parientes mas cercanos, en quienes habrian descansado naturalmente á no ser por esta invencion. No hay mejor medio de endurecer el corazon, segun él, que el separarlo así de las simpatías de la humanidad, y opina que ninguna circunstancia ha sido tan poderosa como esta para oponer obstáculos al desarrollo del cristianismo entre los naturales. (Rel. seg., MS.) Estas ideas son ingeniosas; pero en un pais como el Perú, donde el pueblo no tenia propiedad, parece que no podia haber mas alternativa para los supernumerarios que la de recibir socorros del gobierno ó morirse de hambre.

(6) Acosta, lib. VI, cap. XII—XV. Sarmiento, Relacion MS., cap. X.

Quito al Cuzco, y que, partiendo otra vez de la capital, continuaban en la direccion del Sur hácia Chile.

Uno de estos caminos atravesaba la gran llanura elevada, y el otro corria por las tierras bajas y orillas del Océano. La construccion del primero fue la mas difícil por la especie de terreno que atravesaba. Pasaba por ásperas sierras de nieve; habia leguas enteras de galerías abiertas en la peña viva; atravesaba los rios por medio de puentes que se mecian suspendidos en el aire; ascendia los precipicios por medio de escalinatas cortadas en la piedra; cruzaba barrancos de espantosa profundidad en sólidas paredes de ladrillos que rellenaban el hueco; en una palabra, combatia y vencia todas aquellas grandes dificultades que existen en las regiones montañosas, y que bien hubieran podido asustar al mas atrevido ingeniero civil de nuestros tiempos. Calcúlase la estension del camino, de que no quedan mas que fragmentos esparcidos, en mil y quinientas á dos mil millas; y en toda su estension se elevaban columnas de piedra como las que se usan en Europa para señalar las distancias; con intervalos fijos de poco mas de una legua. Su anchura apenas pasaba de veinte pies (1). Componíase de grandes losas de piedra, cubiertas, á lo menos en algunas partes, con una mezcla bituminosa, á que el tiempo habia dado una dureza superior á la de la piedra misma. En algunas partes donde se han colmado los barrancos con obra de albañilería, los torrentes de las montañas, socavando la obra durante tantos siglos, han traspasado poco á poco la base; pero á pesar de esto, tal es la cohesion de los materiales, que ha permanecido firme la base superior, atravesando aun el valle como si fuera un arco (2)

Sobre algunas de las corrientes mas rápidas era preciso construir puentes suspendidos, como los llaman, y que se componian de las sólidas fibras del maguey, ó del mimbre de aquel pais, que es sumamente tenaz y fuerte. Con estos mimbres se tejian unos cables que podian tener el grueso del cuerpo de un hombre. Estas inmensas cuerdas suspendidas sobre el agua, pasaban por unos agujeros abiertos en unos grandes estribos de piedra construidos en las orillas opuestas del rio, donde se aseguraban con el peso de fuertes maderos. Varios de estos cables monstruosos unidos formaban un puente, que cubierto con tablas, bien asegurado y defendido por una barandilla de los mismos materiales, ofrecia un paso seguro al viajero. La longitud de este puente aéreo, que pasaba á veces de doscientos pies, y el no estar sujeto mas que por dos estremidades, le daban una inclinacion alarmante hácia el centro, mientras que el movimiento que le comunicaba el viajero producia una oscilacion aun mas terrible para el que se miraba suspendido sobre un oscuro abismo en que hervian las aguas á una inmensa profundidad. Y sin embargo, los peruanos pasaban por estas ligeras y frágiles construcciones sin temor alguno, y los españoles las han conservado en aquellos rios en que la profundidad ó la impetuosidad de la corriente haria imposible la aplicacion de los medios ordinarios para establecer comunicacion entre las dos orillas. Los rios mas anchos y mas tranquilos se atravesaban en balsas, especie de embarcacion que aun usan mucho los naturales, en que se aplican las velas. Este es el único ejemplar de navegacion algun tanto perfeccionada que se haya encontrado entre los indios de América (3).

El otro gran camino de los Incas iba por la region llana que media entre los Andes y el Océano. Estaba construido de una manera muy diferente, como lo exigia la naturaleza del terreno, que era en general bajo y en gran parte arenoso. Levantábase el camino sobre un alto terraplen de tierra, sostenido á cada lado por un parapeto ó pared; y toda la estension de ambos lados estaba cubierta de árboles y arbustos olorosos, que deleitaban los sentidos del viajero con su perfume, y lo refrescaban con su sombra, tan agradable bajo el ardiente sol de los trópicos. En las partes de desierto arenoso que atravesaba de cuando en cuando, donde la ligereza y la movilidad del suelo no podian sostener un camino, introducianse grandes estacas en la tierra, muchas de las cuales pueden verse aun, para indicar el curso del camino al viajero (4).

En toda la longitud de estos caminos se habian construido posadas ó *tambos*, como los llaman, á distancia de unas diez ó doce millas unos de otros, especialmente destinados para el descanso del Inca y de su comitiva, y de los que viajaban con un carácter oficial. Pocos viajeros de otra clase habia en el Perú. Algunos de estos edificios tenian grandes dimensiones y se componian de una fortaleza, cuarteles y otras obras militares, que ocupaban una gran estension de terreno, y que estaban rodeadas por un parapeto de piedra. Indudablemente su objeto era dar alojamiento á las tropas imperiales cuando atravesaban el pais. El cuidado de la conservacion de los grandes caminos correspondia á los distritos por donde pasaban, y siempre se empleaba en ellos un número considerable de trabajadores para atender á su composicion. Esto era sumamente fácil en un pais en que no se viajaba mas que á pie; aunque se dice que los caminos estaban tan perfectamente hechos, que un carruaje hubiera podido correr por su superficie con la misma seguridad que en las grandes carreteras de Europa (5). Sin embargo, en una region en que los elementos del fuego y del agua están siempre activamente ocupados en la obra de destruccion, debieron desmoronarse gradualmente en cuanto les faltó un cuidado constante. Tal ha sido su suerte en manos de los conquistadores españoles, que no cuidaron de aplicar el admirable sistema adoptado por los Incas para su conservacion. Pero los fragmentos rotos que aun sub-

(1) Dec. de la Aud. Real, MS.

«Este camino, hecho por valles hondos y por sierras altas, por montes de nieve, por tremendales de agua, y por peña viva, junto á rios furiosos por estas partes, y ballano y empedrado por las laderas, bien sacado por las sierras, desechado por las peñas, socavado por junto á los rios sus paredes, entre nieves con escalones y descanso, por todas partes limpio, barrido, descombrado, lleno de aposentos, de depósitos de tesoros, de templos del Sol, de postas que habia en este camino.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. LX.

(2) «On avait comblé les vides et les ravins par de grandes masses de maçonnerie. Les torrents, qui descendent des hauteurs après de pluies abondantes, avaient creusé les endroits les moins solides, et s'étaient frayé une voie sous le chemin, le laissant ainsi suspendu en l'air, comme un pont fait d'une seule pièce.» (Velasco, Hist. de Quito, t. I, p. 206.) Este escritor habla de sus observaciones personales, habiendo examinado y medido diferentes partes del camino á fines del siglo pasado. Véase en el *Apéndice núm.* 2 una descripcion muy animada de esta obra magnífica: la pintura de los obstáculos que hubo que vencer para ejecutarla, se hallará en un estracto de la obra de Sarmiento que vió el camino en tiempo de los Incas.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. VII.

En Humboldt se encontrará una descripcion detallada de estos puentes como aun se ven en diferentes partes del Perú. (Vues des Cordillères, p. 230 y sig.) Steveson ha dado una descripcion muy minuciosa tambien de las balsas. (Residencia en América, tomo II, p. 222 y sig.

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. IX.—Relacion del primer descubrimiento de la costa y mar del Sur, MS.

Este documento anónimo de uno de los primeros conquistadores contiene una descripcion minuciosa, y probablemente fidedigna de ambos caminos, que el escritor vió en toda su gloria, y que coloca entre las grandes maravillas del mundo.

(5) Relacion del primer descub., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XXXVII.—Zárate, Conq. del Perú, libro I, cap XI.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XIII.

sisten, como los de los grandes caminos romanos esparcidos por toda Europa, prueban su grandeza primitiva, y han merecido los elogios de un juicioso viajero, no muy pródigo en general de alabanzas, que dice que «los caminos de los Incas deben clasificarse entre las obras mas útiles y estupendas que en cualquier tiempo haya construido la mano del hombre (1).»

Un nuevo adelanto hicieron los soberanos del Perú en el sistema de comunicaciones que establecieron en sus dominios, introduciendo las postas del mismo modo que se conocian entre los aztecas. Sin embargo, las postas peruanas, establecidas en todos los grandes caminos que conducian á la capital, estaban fundadas en un plan mas vasto que el que regia en Méjico. En toda la estension de estos caminos se habia construido edificios pequeños, á distancia de cinco millas uno de otro (2), en cada uno de los cuales se hallaba estacionado cierto número de correos, ó *chasquis* como los llamaban en su idioma, para trasportar los despachos del gobierno (3). Estos despachos eran ó verbales, ó se trasmitian por medio de los *quipus*, é iban á veces acompañados con un hilo del ceñidor rojo que cubria la frente del Inca, y que se miraba con el mismo respeto y sumision que el anillo de un despota oriental (4).

Los *chasquis* vestian un traje particular que indicaba su profesion. Se les educaba para este oficio y se les escogia por su rapidez y fidelidad. Como la distancia que cada correo tenia que recorrer era corta, y como tenia tiempo de sobra para descansar en las estaciones, salvaban la distancia con gran velocidad, y las noticias se llevaban por los caminos á razon de ciento cincuenta millas por dia. El empleo de los *chasquis* no se limitaba á trasmitir noticias y comunicaciones oficiales. Con mucha frecuencia trasportaban varios objetos para el consumo de la córte; y por este medio el pescado del remoto Océano, frutas, caza, y diferentes productos de las cálidas regiones de la costa, llegaban á la capital en buen estado, y se servian frescos á la mesa real (5). Es muy notable que esta importante institucion fuese conocida en Méjico y en el Perú al mismo tiempo sin que hubiese comunicacion entre ambos paises; y que se haya encontrado establecida en dos naciones bárbaras del nuevo mundo mucho antes que se adoptase entre las naciones civilizadas de Europa (6).

Por medio de estas sábias invenciones de los Incas las partes mas remotas del vasto imperio del Perú se ponian en íntimo contacto unas con otras. Y mientras que las capitales de la cristiandad, separadas solamente por algunos centenares de millas, permanecian tan estrañas entre sí como si las hubieran separado los mares; las grandes capitales del Cuzco y de Quito estaban en correspondencia constante por medio de sus magníficos caminos. Las noticias de las numerosas provincias se trasmitian en alas del viento á la metrópoli peruana, gran foco en que se reunian todas las líneas de comunicacion. No podia ocurrir un movimiento de insurreccion, ni una invasion de la mas remota frontera, sin que la noticia se comunicase en el acto á la capital; y al instante se ponian en marcha los ejércitos imperiales por los magníficos caminos del pais para restablecer el órden. Tan admirables eran las disposiciones adoptadas por los déspotas americanos para mantener la tranquilidad en toda la estension de sus dominios. Esto nos recuerda las instituciones análogas de la antigua Roma cuando bajo el imperio de los Césares era señora de medio mundo.

Uno de los principales objetos de los grandes caminos era facilitar las comunicaciones militares. Formaban un ramo importante de su política militar que es tan digno de ser estudiado como el de la municipal.

A pesar de las protestas pacíficas de los Incas, y de la tendencia pacífica en realidad de sus instituciones domésticas, siempre estaban en estado de guerra. Por medio de la guerra habian ensanchado gradualmente su mezquino territorio hasta convertirlo en un poderoso imperio. Cuando esto se hubo verificado, la capital, segura en su posicion central, no se vió ya espuesta al choque de esos movimientos militares, y el pais disfrutó de las ventajas de la tranquilidad y el órden. Pero por mas tranquilo que estuviese en el centro, la historia no hablaba de un solo reinado en que el pais no estuviese en guerra con algunas de las bárbaras naciones fronterizas. La religion ofrecia un pretesto plausible para las agresiones constantes, y disfrazaba probablemente á los ojos de los Incas y á los de sus súbditos la sed de conquista que era el móvil de la guerra; como los discípulos de Mahoma que llevaban la espada en una mano y en la otra el Alcorán, los Incas del Perú no ofrecian mas alternativa que el culto del sol ó la guerra.

Es verdad que su fanatismo, ó su política, se presentaba con formas menos ásperas que las que se descubren en los descendientes del profeta. Como el gran luminar á que tributaban culto, obraban con maña mucho mas poderosa que la fuerza (7). Trataban de ablandar los corazones de las tribus salvajes que los rodeaban, atrayéndoselas por medio de la condescendencia y de la bondad. Lejos de provocar las hostilidades, dejában obrar al tiempo para que produjese su resultado el saludable ejemplo de sus propias instituciones, confiando en que sus vecinos menos civi-

(1) «Cette Chaussée, bordée de grandes pierres de taille, peut etre comparée aux plus belles routes des romains que j'aie vues en Italie, en France et en Espagne.... Le gran chemin de l'Inca, un des ouvrages les plus utiles et en même tems des plus gigantesques que les hommes aient éxécuté.» Humboldt, Vues des Cordillères, p. 294.

(2) Se habla con divergencia sobre la distancia que habia entre las casas de posta; casi todos los autores dicen que no pasaba nunca de tres cuartos de legua. He preferido la opinion de Ondegardo, que generalmente escribe con mas conciencia y con mas conocimiento del terreno que la mayor parte de sus contemporáneos.

(3) La palabra *chasqui*, segun Montesinos, significa «uno que recibe una cosa.» (Mem. Antiguas, MS., cap. VII.) Pero Garcilasso, autoridad muy superior en lo que toca á su propia lengua, dice que significaba «uno que hace un cambio.» Com. Real, parte I, lib. VI, cap. VIII.

(4) «Con un hilo de esta borla, entregado á uno de aquellos orejones, gobernavan la tierra, y proveian lo que querian con maior obediencia, que en ninguna provincia del mundo se ha visto tener á las provisiones de su rei.» Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. IX.

(5) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XVIII.—Dec. de la Aud. Real, MS.

Si hemos de creer lo que dice Montesinos, serviase en la mesa real pescado cojido á cien leguas de la capital, veinte y cuatro horas despues de sacarlo del Océano. (Mem. Antiguas, MS., lib. II, cap. VII.) Esto es demasiado rápido para todo lo que no sea un ferro-carril.

(6) La institucion de las postas peruanas parece haber causado una gran impresion en el ánimo de los primeros españoles que recorrieron el pais, y encontramos muchos pormenores de ellas en Sarmiento, Relacion, MS., cap. XV. —Dec. de la Aud. Real, MS.—Fernandez, Hist. del Perú, parte. II, lib. III, cap. V.—Conq. y Pob. del Pirú, M. S., y otros muchos.

El establecimiento de correos es muy antiguo entre los chinos, y quizá mas entre los persas. (Véase Herodoto, Historia Uriana, sec. XCVIII.) Es singular que una invencion destinada á servir á los fines de un gobierno despótico, solo haya recibido su aplicacion completa bajo los auspicios de un sistema liberal, pues en ella tenemos el gérmen de este hermoso sistema de mútuas comunicaciones que une á todas las naciones de la cristiandad, como si constituyesen una vasta república.

(7) «Mas se hicieron señores al principio por maña que por fuerza.» Ondegardo, Rel. prim., MS.

lizados se someterian á su cetro convencidos del bienestar que les aseguraria. Cuando este sistema no producia el deseado efecto, empleaban otras medidas, pero siempre de carácter pacífico, y trataban de atraerlos á su dominio por medio de negociaciones, de un trato conciliador, y de regalos á sus hombres principales. Por fin hacian uso de todos los medios tan familiares á los hombres políticos mas sutiles de una nacion civilizada para conseguir la estension de su imperio. Cuando todos los esfuerzos de esta clase eran inútiles se preparaban para hacer la guerra.

Sacaban sus soldados de todas las diferentes provincias, aunque mas de algunas en que el carácter de los habitantes era mas acomodado á los trabajos de la guerra (1). Parece probable que se pudiese llamar á las armas á todo peruano que hubiese llegado á cierta edad. Pero la rotacion del servicio militar y los ejercicios periódicos que verificaban los habitantes de los pueblos dos ó tres veces al mes, hacia que los soldados fuesen generalmente algo mas que una milicia indisciplinada. El ejército peruano, que al principio era poco considerable, llegó á ser en los últimos tiempos del imperio con el aumento de la poblacion, sumamente numeroso, de modo que sus monarcas, segun nos aseguran los contemporáneos, podian ponerse al frente de doscientos mil hombres. En su organizacion militar manifestaban la misma destreza y el mismo respeto al órden que en las demas cosas. Las tropas se dividian en cuerpos que correspondian á nuestros batallones y compañías, mandadas por oficiales de diferente graduacion, desde el ínfimo subalterno hasta el Inca noble que mandaba en gefe (2).

Sus armas eran las que usaban todas las naciones, bárbaras ó civilizadas, antes de la invencion de la pólvora, arcos y flechas, lanzas, dardos, una especie de espada corta, una hacha de combate ó partesana, y hondas, en cuyo manejo eran muy diestros. Sus lanzas y flechas estaban armadas en la estremidad con pedazos de cobre ó mas comunmente de hueso, y las armas de los nobles tenian muchas veces adornos de oro y de plata. Cubríanse la cabeza con cascos de madera ó de pieles de fieras, espléndidamente adornados á veces con metales y piedras preciosas, y con el plumaje brillante de los pájaros de los trópicos. Estos adornos, por supuesto, correspondian esclusivamente á las clases elevadas. Los soldados rasos vestian el traje peculiar de sus provincias, y se ceñian la cabeza con una especie de turbante de telas de diferentes colores que producia un efecto alegre y animador. Sus armas defensivas se componian de un escudo y de una túnica de algodon entretelada, á manera de la que usaban los mejicanos. Cada compañía tenia su bandera particular; y el estandarte imperial, mas elevado que todas las demas banderas, desplegaba la brillante enseña del arco-iris, emblema de los Incas, que indicaba sus pretensiones de hijos del cielo (3).

Por medio del sistema completo de comunicaciones establecido en el pais, bastaba poco tiempo para reunir los reclutas de los puntos mas remotos. El ejército se ponia bajo las órdenes de algun gefe de mucha esperiencia, individuo de familia real, ó lo que era mas frecuente, lo mandaba el Inca en persona. La marcha se hacia con rapidez y con poca fatiga para el soldado, porque en los caminos habia á distancias iguales unos de otros cuarteles en que encontraba todo lo que podia necesitar. Aun se encuentran en muchas partes del pais fragmentos de obras militares construidas con pórfiro ó granito, y destinadas, segun nos asegura la tradicion, á alojar al Inca y á su ejército (4).

Tambien de cuando en cuando, con intervalos fijos, se encontraban almacenes llenos de grano, armas y toda clase de municiones de guerra que el ejército pudiese necesitar durante su marcha. El gobierno cuidaba escrupulosamente de que estos almacenes, que se surtian de los depósitos del Inca, estuviesen siempre llenos. Cuando los españoles invadieron el pais, sostuvieron durante mucho tiempo á sus ejércitos con las provisiones que en ellos encontraron (5). Prohibíase al soldado peruano que causase el daño mas leve á las propiedades de los habitantes del territorio por donde pasaba. El que violaba esta órden era castigado con la muerte (6). El trabajo del pueblo vestia y alimentaba al soldado, y los Incas querian prudentemente que este no le hostilizase. Lejos de ser una contribucion sobre las faenas del agricultor, ni aun siquiera una carga incómoda para su hospitalidad, los ejércitos imperiales atravesaban el pais de un estremo á otro, sin causar mas molestia á los habitantes que una procesion de pacíficos ciudadanos, ó una reunion de milicianos, que se citan un dia de fiesta para divertirse con una revista.

Desde el momento en que se declaraba la guerra, el monarca peruano hacia toda clase de esfuerzos para reunir cuanto antes á sus tropas, para poderse anticipar á los movimientos del enemigo, é impedir una combinacion con sus aliados. Por desconocer este principio de combinacion militar las varias naciones del pais, que pudieran haber vencido con sus fuerzas confederadas, cayeron unas tras otra bajo el yugo imperial. Pero cuando ya estaba el Inca en campaña no solia manifestarse dispuesto á llevar sus ventajas hasta el último grado, ni á colocar á su enemigo en una situacion desesperada. En cualquier estado en que se hallase la guerra, estaba dispuesto á escuchar proposiciones de paz; y aunque trataba de someter á sus enemigos llevándose sus cosechas y sitiándolos por hambre, no consentia que sus tropas atacasen cuando no era necesario ni las personas ni la propiedad. «No debemos destruir á nuestros enemigos, se dice que esclamaba un príncipe peruano, porque pérdida nuestra seria, ya que ellos y todo lo que les pertenece será pronto nuestro (7).» Esta era una máxima sábia que, como todas las de esta especie, se fundaba

(1) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Dec. de la Audiencia Real, MS.

(2) Gomara, Crónica, cap. CXCV.—Conq. y Pob. del Pirú, MS.

(3) Gomara, Crónica, ubi supra.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. XX.—Velasco, Historia de Quito, t. I, páginas 176—179.

Este último escritor da un catálago minucioso de las antiguas armas del Perú que contiene casi todo lo que usa el soldado europeo, con la escepcion de las armas de fuego.—Esta omision prueba juicio en el autor.

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. XI.—Sarmiento Relacion, MS., cap. LX.

Condamine habla de muchas de estas fortificaciones esparcidas en la region que media entre Quito y Lima, que vió durante su viaje por la América del Sur en 1737, y que describe muy minuciosamente.—Mémoires sur quelques anciens Monuments du Pérou, du temps des Incas, ap. Historie de l'Académie Royale de Sciences et des Belles Lettres (Berlin, 1748), t. II, p. 438.

(5) «E asi cuando, dice Ondegardo, hablando por su propia esperiencia, el señor presidente Gasca passó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas á lo que me acuerdo, se hallaron en depósito maiz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15 mil hanegas junto al camino, é allí comió la gente, y se entendió que si fuera menester muchas mas, no faltarán en el valle en aquellos depósitos, conforme á la órden antigua, porque á mi cargo estuvo el repartirlas y hacer la cuenta para pagarlas.» Relacion seg., MS.

(6) Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XLIV.—Sarmiento, Relacion, MS., capítulo XIV.

(7) «Mandábase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el señor, presto serán estos nuestros, como los que ya lo son; como esto tenian conocido, procuraban que la guerra fuese la mas liviana que ser pudiese.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XIV.

en la benevolencia y en la prudencia al mismo tiempo. Los Incas adoptaban la política atribuida á los romanos, que, segun uno de sus historiadores, ganaban mas por su clemencia con los vencidos que por sus victorias (1).

Con el mismo espíritu de prudente benevolencia, tenian el mayor cuidado en que nada faltase para la seguridad y bienestar de sus propios soldados; y cuando se dilataba mucho una guerra, ó cuando el clima era mortífero, cuidaban de relevar á menudo á su gente por medio de refuerzos, permitiendo á los mas antiguos en el servicio que volviesen á sus casas (2). Pero al paso que así economizaban la vida tanto de los suyos como del enemigo, no vacilaban en adoptar medidas mas severas cuando á ello los estimulaba el carácter feroz ó tenaz de la resistencia; y los anales peruanos contienen mas de una de aquellas sangrientas páginas que no podemos leer en la época actual sin estremecernos. Conviene añadir que esta benéfica política que acabamos de delinear como característica de los Incas, no perteneció á todos ellos; y que reinó mas de un soberano que hizo alarde de ese espíritu osado y poco escrupuloso que corresponde al conquistador vulgar.

La primera medida que adoptaba el gobierno despues de consumada la conquista de un pais, era in-



Soldado peruano. — *El Llama*, rumiante del género de los camellos.

troducir en él el culto del Sol. Edificábanse templos y se confiaban al cuidado de un clero numeroso que esplicaba al pueblo conquistado los misterios de su nueva fé, deslumbrándolos con su espléndido y pomposo ceremonial (3). Sin embargo, no destruian ni trataban con falta de respeto la religion de los conquistados. Era preciso adorar al Sol sobre todas las cosas; pero las imágenes de sus dioses se trasportaban al Cuzco y se colocaban en uno de los templos, para que ocupasen su puesto entre las divinidades subalternas del panteon peruano. Aquí permanecian en cierto modo como rehenes de la nacion conquistada, la que se suponia que estaria menos inclinada á sacudir el yugo de su nuevo soberano sabiendo que al hacerlo tenia que dejar á sus dioses en manos de sus enemigos (4).

Los Incas echaban las bases de la buena administracion de sus nuevas conquistas mandando que se hi-

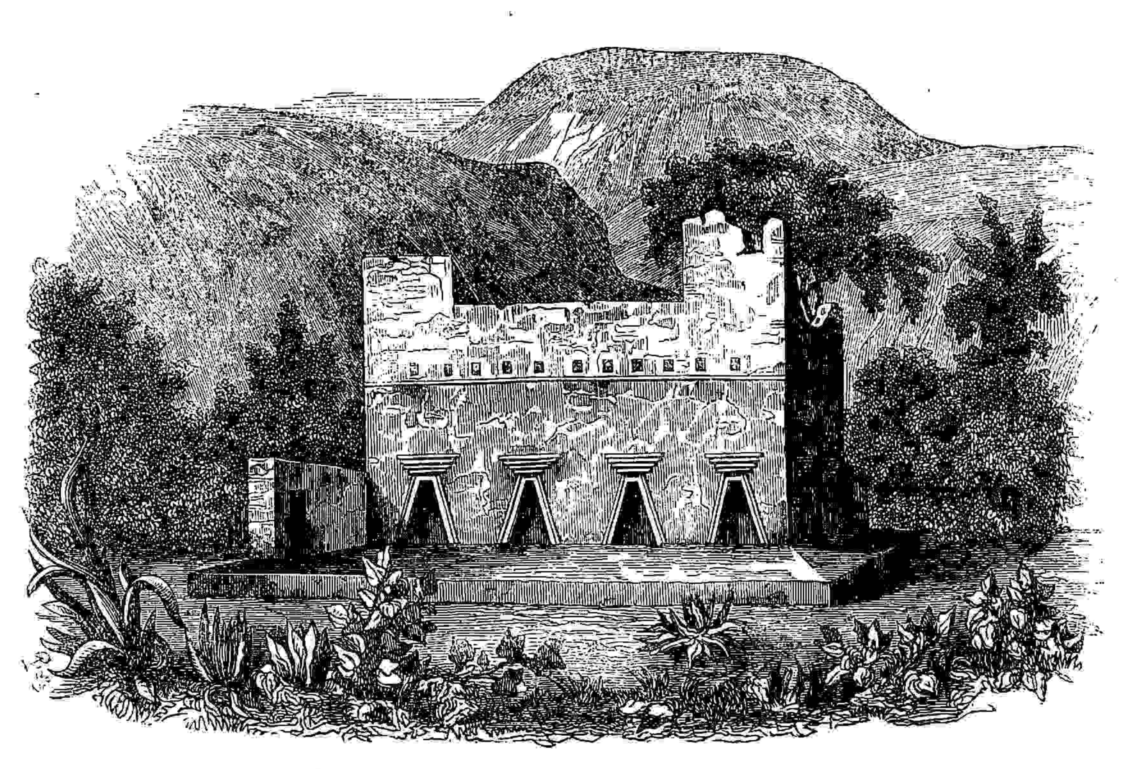
(1) «Plus pene parcendo victis, quam vicendo imperium auxisse.» Tito Livio, lib. XXX, cap. XLII.

(2) Garcilasso, Com. Real, part I, lib. IV, cap. XVIII.

(3) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XIV.

(4) Acosta, lib. V, cap. XII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XII.

ciese un censo de la poblacion, y que se examinase cuidadosamente el pais, para saber cuáles eran sus productos y la clase y la capacidad de su suelo (1). Hacíase en seguida una division del territorio siguiendo los mismos principios que se adoptaban en el resto de la monarquía, y señalábanse sus respectivas partes al Sol, al soberano y al pueblo. La estension de esta última se calculaba por el número de la poblacion, pero la parte de cada individuo era constantemente la misma. Parecerá estraño que un pueblo se sometiese con paciencia á un arreglo que envolvia la abolicion completa de la propiedad; pero la que se sometia á ello era una nacion conquistada, temerosa de sus conquistadores, y que á la menor sospecha de que intentase sublevarse se la ocupaba con guarniciones armadas establecidas en diferentes puntos fuertes en toda la estension del pais (2). Es probable tambien que los Incas no hiciesen mas cambios que los esenciales al nuevo arreglo, y que en todo lo posible adjudicasen las tierras á sus antiguos poseedores. Se confirmaba, ademas de esto, la anterior autoridad de los curacas; ó bien cuando se juzgaba necesario



Ruinas de un Templo de los Incas, en la isla de Titicaca.

deponer al curaca reinante, se permitia que le sucediese su heredero legítimo (3). Acatábanse respetuosamente todas las antiguas costumbres y leyes del pais, en cuanto era compatible con las instituciones fundamentales de los Incas. Tambien debe tenerse en cuenta que muchas de las tríbus conquistadas tenian una civilizacion demasiado escasa para que pudiesen sentir ese amor al suelo que corresponde á un órden social avanzado (4). Pero, sea cual fuere la causa, parece probable que las estraordinarias instituciones de los Incas fueron establecidas con poca oposicion por parte de los territorios conquistados (5).

Sin embargo, los soberanos del Perú no confiaban enteramente en estas esterioridades de obediencia de sus nuevos súbditos; y para asegurarla de una manera mas efectiva adoptaban medidas demasiado notables para que no nos hagamos cargo de ellas. Inmediatamente despues de verificada una nueva conquista, se llevaban por algun tiempo á los curacas y á sus familias al Cuzco. Allí aprendian el idioma de la capital, se familiarizaban con los usos y costumbres de la córte y con la política general del gobierno; y eran objeto de señaladas muestras de favor por parte del soberano, bien calculadas para halagar sus sentimientos y para fomentar en ellos un ardiente amor á su persona. Bajo la influencia de estos sentimientos, se les volvia á enviar á regir á sus vasallos, pero dejando aun á sus hijos mayores en la capital, tanto para que sirviesen de garantía de la fidelidad de sus padres, como para que aumentasen el esplendor de la córte del Inca (6).

Otra de sus medidas era mas atrevida y de carácter mas original. Esta consistia nada menos que en abolir el idioma del pais. En la América del Sur, como en la del Norte, existia una infinita variedad de dialectos, ó mas bien idiomas, que tenian pocas afinidades unos con otros. Esta circunstancia causaba grandes inco-

(1) Ibid., part I, lib. V, cap. XIII—XIV.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. XV.

(2) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXI.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. III, cap. XI.

(4) Sarmiento nos ha dado noticias muy completas y muy interesantes sobre la política singularmente humana que observaban los Incas en sus conquistas, y que ofrece un notable contraste con la de esos azotes de la humanidad, á quienes la humanidad recompensa prodigándoles mas admiracion que á sus bienhechores. Como es de mucha importancia el testimonio de un hombre como Sarmiento que era presidente del Consejo de Indias, y como su obra, sepultada en un rincon oscuro del Escorial, apenas es conocida, he reproducido todo el capítulo en el *Apéndice núm.* 2.

(5) Segun Velasco, hasta el poderoso estado de Quito, bastante adelantado en su civilizacion para tener una ley de propiedad que entendia bien el pueblo, admitió las instituciones de los Incas, «no solamente sin repugnancia, sino con alegría.» (Hist. de Quito, tom. II, p. 183.) Pero Velasco, escritor moderno, creia fácilmente ó contaba con la credulidad de sus lectores.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XII: libro VII, cap. II.

modidades al gobierno en la administracion de las diferentes provincias cuyos idiomas ignoraba. Resolvióse, por tanto, sustituirles un idioma universal, el *Quichua*, el idioma de la córte, de la capital y del territorio adyacente, el mas rico y mas completo de los idiomas americanos. Enviábanse maestros á todas las ciudades y pueblos del pais, para que instruyesen á todos, hasta á los de las clases mas humildes; y se les hacia saber al mismo tiempo que ninguno podria obtener empleos de dignidad ó provecho si no sabia hablar esta lengua. Los curacas y otros gefes que iban á residir á la capital, se familiarizaban con el dialecto en sus relaciones con la córte, y al volver á su pais daban el ejemplo de hablarlo entre sí. Los que con ellos vivian imitaban este ejemplo, y el quichua llegaba á ser poco á poco el idioma de la moda y de la elegancia, así como afectaban hablar el frances normando los que á algo aspiraban en Inglaterra despues de la conquista. Por estos medios, mientras que cada provincia conservaba su dialecto peculiar, se establecia un escelente medio de comunicacion que hacia posible que los habitantes de una parte del pais se entendiesen con los de las demas, y el Inca y sus representantes con todos. Tal era el estado de las cosas en esta parte cuando llegaron los españoles. Es preciso confesar que la historia nos presenta pocos ejemplos de una autoridad mas absoluta que la de una revolucion en el idioma de un imperio al disponerlo así el amo (1).

Poco menos notable era otro recurso de los Incas para afianzar la obediencia de sus súbditos. Cuando una parte de las recientes conquistas manifestaba un espíritu tenaz de oposicion y ódio, se solia obligar á una parte de la poblacion, por ejemplo á diez mil personas, á emigrar á un punto remoto del reino ocupado por vasallos de probada é indudable fidelidad. Un número igual de estos se trasplantaba al territorio que habian evacuado los emigrados; y por este cambio la poblacion se componia de dos distintas razas, que se miraban una á otra con un recelo que servia de freno poderoso á cualquier tendencia revolucionaria. Con el tiempo vencia la influencia de los leales, sostenidos, como lo estaban, por la autoridad real, y por la operacion silenciosa y lenta de las instituciones nacionales á que las razas estrañas se acostumbraban poco á poco. Poco á poco tambien empezaban á amar á su soberano, y antes que hubiese desaparecido una generacion, las diferentes tribus se mezclaban pacíficamente como individuos de la misma nacion (2). Sin embargo, seguian distinguiéndose las diversas razas por la diferencia del traje; ya que una ley del pais mandaba á todo ciudadano que usase el traje de su provincia (3). Ni podia el colono, trasplantado con tan poca ceremonia, volver al distrito en que nació; porque en virtud de otra ley estaba mandado que nadie cambiase de punto de residencia sin permiso (4). Quedaba establecido para toda su vida. El gobierno peruano señalaba á cada hombre el lugar en que habia de residir, la esfera de su accion, y hasta la naturaleza y calidad de esa accion misma. Dejaba de ser un agente libre; casi se podia decir que se le relevaba de toda responsabilidad personal.

Al aplicar este estraordinario sistema, los Incas cuidaban del bienestar y de la comodidad del colono en cuanto era compatible con la ejecucion de sus designios. Mandaban que los *mitimaes*, como llamaban á estos colonos, fuesen trasportados á los climas mas análogos al del lugar de su nacimiento. No se habia de llevar á los habitantes de paises frios á las regiones cálidas ni *vice-versa* (5). Hasta se consultaban sus habituales ocupaciones, y se llevaba al pescador á las playas del Océano ó á las orillas de los grandes lagos; mientras que se adjudicaban al labrador las tierras mejor adaptadas al cultivo á que habia estado acostumbrado toda su vida (6). Y como muchos, quizás la mayor parte, consideraban la emigracion como una calamidad, el gobierno cuidaba de dar pruebas de un especial favor á los *mitimaes*, y les concedia varias inmunidades y privilegios que mejoraban su condicion, y los reconciliaban en lo posible con su suerte (7).

Aunque las instituciones del Perú hayan sido modificadas y maduradas bajo la influencia de los soberanos sucesivos, todas llevan el sello del mismo original, todas están vaciadas en el mismo molde. Ensanchándose y fortaleciéndose el imperio en cada época sucesiva de su historia, no era en sus últimos dias mas que el desarrollo en escala mayor de lo que era en miniatura en sus principios, así como se dice que el gérmen que encierra la bellota contiene dentro de sí mismo todas las ramificaciones del futuro monarca de los bosques. Parecia que cada Inca sucesivo no aspiraba á mas que á seguir los pasos y á ejecutar los planes de su predecesor. Las grandes empresas que uno acometia, las continuaba otro, y les daba cima el que venia despues. Así, mientras que todos obraban ajustándose al mismo plan, sin ninguno de esos movimientos escéntricos ó retrógrados que indican la direccion de individuos diferentes, el Estado parecia ser regido constantemente por una sola mano, y proseguia magestuosamente, como si fuese al traves de un reinado largo y único, su gran carrera de civilizacion y conquista.

El objeto final de sus instituciones era la tranquilidad doméstica; pero parecia que no les era lícito alcanzarlo sino por medio de guerras esteriores. Tranquilidad en el centro de la monarquía y guerra en sus fronteras: tal era la condicion del Perú. Por medio de esta guerra daba ocupacion á una parte de sus habitantes; y conquistando y civilizando á las bárbaras naciones que lo rodeaban, daba seguridad á todos. El soberano Inca, por pacífico y benévolo que fuese en su administracion interior, en la esterior era siempre guerrero y mandaba sus ejércitos en persona. Cada reinado sucesivo veia estenderse mas las fronteras del imperio. Año tras año volvia el victorioso monarca cargado de despojos, y seguido por una multitud de gefes tributarios á la capital. Su recibimiento en ella se asemejaba al de un triunfo romano. La poblacion salia en masa á victorear á su soberano, vestida con los pintorescos trajes de las diferentes provincias, llevando banderas que agita-

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXXV; lib. VII, cap. I—II.—Ondegardo, Rel. seg., MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. LV.

«Aun la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre cuando le comenzasen á mostrar la lengua que habia de saber; y aunque al principio fue dificultoso, é muchos se pusieron en no querer deprender mas lenguas que las suyas propias, los reyes pudieron tanto que salieron con su intencion, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandado, y tan de veras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se savia y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas.» Ibid., capítulo XXI.

(2) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Fernandez, Hist. del Perú, parte. II, lib. III, cap. XI.

(3) Segun el padre Acosta, los Incas creian que esta ley era de la mayor importancia para el órden y buen gobierno de la monarquía. Lib. VI, cap. XVI.

(4) Conq. y Pob. del Pirú, MS.

(5) «Trasmutaban de las tales provincias la cantidad de gente que de ella parecia convenir que saliese, á los cuales mandaban pasar á poblar otra tierra del temple y manera de donde salian, si fria fria, si caliente caliente, en donde les daban tierras, y campos, y casas, tanto y mas como dejaron.» Sarmiento, Rel., MS., cap. XIX.

(6) Ondegardo, Rel. prim., MS.

(7) Aun existen, ó existian á fines del siglo pasado, estos *mitimaes* en Quito, segun Velasco, distinguiéndose con este nombre del resto de la poblacion. Historia de Quito, tomo I, p. 175.

ban en el aire, y cubriendo de flores el suelo que iba á pisar el vencedor. El Inca, llevado en su silla de oro en hombros de sus nobles, se adelantaba en procesion solemne, bajo los arcos triunfales que cubrian la carrera, al gran templo del Sol. Allí, sin comitiva, porque á todos menos al soberano estaba vedada la entrada en el sagrado recinto, el victorioso príncipe, despojado de sus insignias reales, descalzo y con la mayor humildad, se acercaba al temido santuario, y ofrecia sus sacrificios y elevaba el tributo de su gratitud á la deidad gloriosa que presidia al destino de los Incas. Terminada esta ceremonia, toda la poblacion se entregaba á las diversiones; oíanse la música, y los gritos de alegría, y los bailes por todos los ángulos de la capital; y las iluminaciones y las hogueras celebraban la campaña victoriosa del Inca y la agregacion de un nuevo territorio al imperio (1).

En estos regocijos se descubre en gran parte el carácter religioso que tenian; en realidad todas las guerras de los peruanos estaban marcadas con el sello religioso. La vida del Inca era una larga cruzada para estender el culto del Sol, para desarraigar en las naciones bárbaras las supersticiones embrutecedoras, é imponerles los beneficios de un buen gobierno. Tal era, segun la frase favorita de nuestro siglo, *la mision* del Inca. Tambien fue la mision del conquistador cristiano que invadió el imperio de ese mismo potentado indio. La historia decidirá cuál de los dos cumplió mas fielmente con los deberes de su mision.

Sin embargo, los monarcas peruanos no manifestaban una impaciencia pueril por adquirir territorio. Se detenian despues de una campaña y dejaban tiempo para que se afianzase una conquista antes de emprender otra. En este intervalo se ocupaban en la pacífica administracion de su reino, y en esos largos viajes que los ponian en contacto mas inmediato con su pueblo. Durante este tiempo tambien sus nuevos vasallos habian empezado á amoldarse á las estrañas instituciones de sus amos. Empezaban á conocer las verdaderas ventajas de un gobierno que los ponia al abrigo de los males físicos que consigo trae un estado de barbarie, que les aseguraba la proteccion de la persona, y una absoluta participacion de todos los privilegios de que disfrutaban sus conquistadores, y á medida que se familiarizaban mas con las instituciones peculiares del pais, la costumbre, esa segunda naturaleza, los adheria á esas instituciones con una fuerza que estaba en razon de su misma peculiaridad. Así, por grados, sin violencia, creció el gran edificio del imperio peruano, compuesto de numerosas tríbus independientes y aun enemigas unas de otras; tríbus que á pesar de esto y bajo la influencia de una religion comun, del mismo idioma y del mismo gobierno, se convirtieron en una sola nacion, animada por un comun espíritu de amor á sus instituciones y de fidelidad absoluta á su soberano. ¡Qué contraste entre esta condicion y la de la monarquía azteca en el vecino continente, que, compuesta de los mismos materiales heterogéneos, sin principio alguno interior de cohesion, solo se mantenia unida por el terrible lazo de la fuerza! En las siguientes páginas veremos por qué la monarquía peruana no tuvo mejor suerte que su rival en su lucha con la civilizacion europea.

(1) Sarmiento, Relacion, MS., cap. LV.—Garcilasso, Com. Real, parte I, libro III, capítulo XI—XVII; libro VI, capítulo XVI.

CAPITULO III.

Religion del Perú. — Deidades. — Esplendor de los templos. — Solemnidades. — Vírgenes del sol. — Casamientos.

Es un hecho muy notable que muchas, si no todas las tríbus salvajes que habitaban el vasto continente americano, por desfiguradas que estuviesen en otros puntos sus creencias por pueriles supersticiones, habian llegado á la sublime concepcion de un gran espíritu, del Creador del universo, que, inmaterial en su propia naturaleza, no debia ser ultrajado con ninguna imágen visible, y que, ocupando todo el espacio, no podia circunscribirse á las paredes de un templo. Pero estas elevadas ideas, tan superiores á los alcances ordinarios de la inteligencia cuando no tienen guia, no parece que les inspiraron las consecuencias prácticas que era de esperar; y pocas son las naciones americanas que manifestaron interes en la conservacion de un culto religioso, ó que encontraron en su fé un poderoso estímulo de accion.

Pero con los progresos de la civilizacion, se desarrollaron gradualmente ideas mas análogas á las de naciones civilizadas; destináronse ámplios medios, é instituyóse un órden separado para el servicio de la religion, en que se desplegaba un ceremonial minucioso y magnífico, digno de compararse en muchas cosas con el de las naciones mas cultas de la cristiandad. Esto sucedia entre las naciones que habitaban las llanuras elevadas de la América del Norte, y entre los naturales de Bogotá, Quito, Perú y las demas regiones elevadas del continente del Sur. Sucedia, sobre todo entre los peruanos, que atribuian un orígen divino á los fundadores de su imperio, cuyas leyes todas descansaban en una sancion divina, y cuyas instituciones domésticas y guerras estranjeras tenian por objeto conservar y propagar su fé. La religion era la base de su política, la condicion misma, por decirlo así, de su existencia social. El gobierno de los Incas, en sus principios esenciales, era una verdadera teocrácia.

Sin embargo, aunque la religion formaba una parte tan importante de las instituciones políticas del pueblo, su mitología, esto es, las leyendas tradicionales con que afectaban esplicar los misterios del universo, era escesivamente mezquina y pueril. Apenas hay una de sus tradiciones, con la escepcion de la tradicion magnífica relativa á los fundadores de la dinastía real, que merezca atencion, ó que arroje mucha luz sobre sus propias antigüedades, ó sobre la historia primitiva del hombre. Entre las tradiciones de importancia hay una del diluvio, que les era comun con tantas otras naciones en todas las partes del mundo, y que referian con algunas circunstancias que se parecen á las de una leyenda mejicana (2).

Mas atencion merecen sus ideas sobre el estado futuro de nuestro ser. Creian en la existencia del alma despues de esta vida, y unian á esto la creencia de la resurreccion del cuerpo. Señalaban dos lugares distintos de residencia para los buenos y para los malos, y fijaban este último en el centro de la tierra. Creian que los buenos estaban destinados á pasar una vida deliciosa de tranquilidad y comodidad, en que se encerraban sus mas elevadas ideas de la felicidad humana. Los malos tendrian que expiar sus críme-

(2) Referian que despues del diluvio siete personas salieron de una cueva en que se habian librado de la muerte, y que estas volvieron á poblar la tierra. Una de las tradiciones de los mejicanos atribuia su orígen y el de las tríbus aliadas á siete personas que tambien salieron de otras tantas cuevas en Aztla. (Conf. Acosta, lib. VI, cap. XIX; lib. VII, cap. II.—Ondegardo, Rel. prim, MS.) Refieren la historia del diluvio diferentes autores con muchas variantes, en algunas de las cuales no es difícil describir las tendencias imitadoras del convertido al cristianismo.

nes por medio de un penoso trabajo que duraria siglos. Asociaban á estas ideas la creencia en un principio ó espíritu malo á quien daban el nombre de Cupay, que no trataban de hacer favorable por medio de sacrificios, y que parece no haber sido mas que una personificacion oscura del pecado, que ejercia poca influencia en su conducta (1).

Esta creencia en la resurreccion del cuerpo era la que los instigaba á conservar los cadáveres con tanto cuidado, y por un sistema sencillo que, muy diferente del embalsamamiento complicado de los egipcios, consistia en esponerlo á la accion del frio escesivamente seco y á la delgada atmósfera de las montañas (2). Como creian que las ocupaciones de la vida futura se asemejarian mucho á las de esta, enterraban á los nobles difuntos con una parte de sus vestidos, con sus utensilios y á veces con sus tesoros; y terminaban la triste ceremonia sacrificando á sus mujeres y á sus criados favoritos, para que lo acompañasen y sirviesen en las felices regiones colocadas mas allá de las nubes (3). Construian grandes montículos de tierra de una forma irregular, ó, lo que era mas comun, oblonga, atravesados por galerías que se cortaban en ángulos rectos, para enterrar á sus muertos, cuyos cuerpos secos ó mómias han sido descubiertos en grandes cantidades, unas veces en pie, pero mas á menudo sentados en la postura comun á las tribus indias de ambos continentes. Tambien se han encontrado á veces tesoros de mucho valor en estos depósitos monumentales, que han estimulado á los especuladores á hacer escavaciones repetidas con la esperanza de alcanzar igual fortuna. Ha sido una lotería como la de buscar minas; pero los empresarios han esperimentado mayores pérdidas en el primer caso que en el segundo (4).

Los peruanos, como otras muchas razas indias, reconocen un ser supremo, creador y señor del universo, á quien adoraban bajo los diferentes nombres de Pachacamac y Viracocha (5). No tenia este ser invisible mas que un solo templo, colocado en el valle que tomaba su nombre de la deidad misma y que está próximo á la ciudad española de Lima. Este templo habia existido allí desde antes que dominasen al pais los Incas, y era el gran punto de reunion de los peregrinos indios que venian de los parajes mas remotos; circunstancia que parece indicar que el culto de este gran espíritu, aunque tolerado quizás por su flexible política, no fue establecido por los príncipes peruanos (6).

La deidad, cuyo culto inculcaban especialmente y que jamas dejaron de establecer en ningun punto en que penetraron sus ejércitos, era el Sol. El era el que de una manera especial presidia á los destinos del hombre, daba luz y calor á las naciones y vida al mundo vejetal; él era al que reverenciaban como padre de su régia dinastía, como fundador del imperio; á él pertenecian los templos que existian en todas las ciudades y en casi todos los pueblos del territorio peruano, mientras que en sus altares humeaban los holocaustos, forma de sacrificio peculiar á los peruanos entre las naciones semi-civilizadas del Nuevo Mundo (7).

Ademas del Sol, los Incas tenian otros varios objetos de culto, relacionados en cierto modo con esta deidad principal. Tales eran la luna, su esposa y hermana, las estrellas, reverenciadas como parte de su celeste comitiva, aunque la mas hermosa de todas, Venus, conocida de los peruanos bajo el nombre de Chasca, ó «el jóven de la larga cabellera rizada,» era adorada como paje del Sol, á quien acompaña tan de cerca cuando nace y cuando se oculta. Tambien dedicaban templos al trueno y al relámpago (8), en quienes reconocian los temibles ministros del Sol, y al arco-íris, que adoraban como una hermosa emanacion de su gloriosa deidad (9).

Los súbditos del Inca colocaban ademas entre sus deidades subalternas varios objetos de la naturaleza, como los elementos, los vientos, la tierra, el aire,

(1) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXIII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. II—VII.

Se puede suponer que los peruanos de educacion, si así se les puede llamar, creian que la gente baja no tenia alma, segun lo poco que se nos dice sobre sus opiniones en cuanto á la condicion de estos en la vida futura, mientras que se habla con mucha estension sobre las esperanzas de las clases elevadas, que, segun creian, pasarian una vida análoga á la que disfrutaban en este mundo.

(2) Tal parece ser á lo menos la opinion de Garcilasso, aunque algunos autores hablan de materias resinosas y otras cosas que se usaban para embalsamar los cuerpos. El aspecto de las momias reales encontradas en el Cuzco, segun el testimonio tanto de Ondegardo como de Garcilasso, hace parecer probable que no se empleó sustancia alguna estraña para conservarlas.

(3) Ondegardo, Rel., seg., MS.

Este autor dice que se siguió esta costumbre aun despues de la conquista, y que él habia salvado la vida á mas de un criado favorito que habia implorado su proteccion cuando lo iban á sacrificar á los manes de su difunto amo. Ibid., ubi supra.

(4) Sin embargo, en muchos casos valia la pena hacer estas escavaciones sepulcrales. Sarmiento dice que á veces se enterraba con los señores indios una cantidad de oro equivalente á cien mil castellanos (Relacion, capítulo LVII), y Las Casas, aunque no es la mejor autoridad tratándose de números, dice que veinte años despues de la conquista se habian encontrado cerca de Trujilo sepulcros en que habia mas de medio millon de ducados. (Œubres, ed. par Llorente: Paris, 1822, tom. II, pág. 192.) El baron de Humboldt examinó el sepulcro de un príncipe peruano en la misma region del pais, del cual habia sacado un español en 1576 una masa de oro que valia un millon de duros. Vues des Cordilleres, pág. 29.

(5) *Pachacamac* significa «aquel que sostiene ó da vida al universo.» El nombre de la gran deidad se espresaba algunas veces por los dos nombres de Pachacamac y Viracocha combinados. (Véase Balboa, Hist. del Perú, cap. VI.—Acosta, lib. VI, cap. XXI.) Un antiguo español descubre en el significado popular de *Viracocha*, «espuma del mar,» un argumento para atribuir el orígen de la civilizacion peruana á algun viajero del antiguo continente. Conquista y Poblacion del Pirú, MS.

(6) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., Rel., MS.—Sarmiento, MS., cap. XXVII.

Ulloa habla de las grandes ruinas de ladrillo que indican el sitio que ocupaba probablemente el templo de Pachacamac, y que prueban por su aspecto presente su antigua grandeza y esplendor. Mémoires Philosóphiques, Historiques, Physiques (Paris, 1787), trad. fr., pág. 78.

(7) A lo menos así lo dice el Dr. M. Culloch, y no hay autoridad mas competente en materia de antigüedades peruanas. (Investigaciones, pág. 392.) ¿No pudo haber añadido naciones *bárbaras* tambien?

(8) El trueno, el relámpago y el rayo, se podian espresar en el idioma peruano con la palabra única de *illapa*. De aquí han tomado pie algunos españoles para creer que los indígenas tenian algun conocimiento de la Trinidad. «El diablo robó cuanto pudo» esclama Herrera con virtuosa indignacion. (Historia General, dec. V. lib. IV., cap. V.) Garcilasso reprueba estas y otras presunciones aun mas aventuradas, como invenciones de los indios convertidos, deseosos de halagar la imaginacion de sus maestros cristianos. (Com. Real, part. I, lib. II, cap. V.—VI; lib. III, cap. XXI.) La impostura por una parte y la credulidad por otra, han producido una abundante cosecha de necedades que han sido recogidas cuidadosamente por el piadoso anticuario de una generacion posterior.

(9) Garcilasso dice que los cuerpos celestes eran reverenciados como cosas santas, pero no como objetos de culto. (Com. Real, parte I, lib. II, cap. I—XXIII.); pero Ondegardo lo contradice (Rel. seg., MS.), y no solo él sino casi todos los autores que he consultado. Véase Dec. de la Aud. Real, MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV,—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXI. En cierto modo tambien se contradice Garcilasso diciendo que personificaban los indios estos objetos, como si fueran seres vivientes, y les dedicaban templos como á tales, con sus efigies delineadas en la misma forma que las del Sol en su templo. El esfuerzo que hace el historiado para circunscribir el culto de los Incas al Sol tan solamente, no es conciliable con lo que mas adelante dice sobre la adoracion

las montañas y rios grandes, que les infundian ideas de sublimidad y de poder, y que segun ellos ejercian una influencia misteriosa en los destinos del hombre (1). Tambien abrigaban la creencia, parecida á la de algunas de las antiguas escuelas filosóficas, de que todos los objetos terrestres tenian su arquetipo ó idea, su *madre*, como lo espresaban enfáticamente, que consideraban sagrada, porque era, en cierto modo, su esencia espíritual (2). Pero su sistema lejos de ceñirse aun á estos multiplicados objetos de devocion, abrazaba en sus anchos pliegues las numerosas deidades de las naciones conquistadas, cuyas imágenes se trasportaban á la capital, donde las respectivas provincias pagaban los grandes gastos de su culto. Este era un rasgo notable de la política de los Incas, que así podian acomodar su religion á sus intereses (3).

Pero el culto del Sol constituia el cuidado peculiar de los Incas, y era el objeto de su prodigalidad. El mas antiguo de los muchos templos dedicados á esta divinidad, estaba situado en una de las islas del lago de Titicaca, de donde se decia que habian salido los régios fundadores de la dinastía peruana. Por esta circunstancia, este santuario era objeto de una veneracion peculiar. Todo lo que le pertenecia, hasta los grandes campos de maiz que rodeaban el templo y formaban parte de sus propiedades, embebian cierto grado de su santidad. Su producto anual se distribuia entre los diferentes almacenes públicos, en pequeñas cantidades á cada uno, como cosa que santificaba los demas objetos depositados. ¡Feliz el hombre que podia obtener aunque no fuese mas que una mazorca de la cosecha sagrada para su propio granero (4)!

Sin embargo, el mas célebre de los templos peruanos, el orgullo de la capital, la maravilla del imperio, estaba en el Cuzco; y este, gracias á la munificencia de los soberanos sucesivos, se habia enriquecido tanto, que se le daba el nombre de *Coricancha*, ó el lugar del oro.» Consistia en un edificio principal y varias capillas y edificios inferiores, que cubrian una gran estension de terreno en el corazon de la ciudad, rodeados completamente por un muro que, lo mismo que los edificios, era todo de piedra. La fábrica era de la clase que hemos descrito ya al hablar de otros edificios públicos del pais, y estaba tan bien edificado, que un español que lo vió en toda su gloria, nos asegura que solo podia recordar dos edificios en España que se pudieran comparar á él en lo que hace á la ejecucion (5). Y sin embargo, este edificio robusto y en ciertas cosas magnífico, estaba techado con paja.

Lo interior del templo era lo mas digno de admiracion. Era materialmente una mina de oro. En la pared que daba al occidente, estaba representada la imágen de la divinidad, que consistia en una cara humana rodeada de innumerables rayos de luz que emanaban de ella por todas partes, á la manera que suele personificarse ese mismo Sol entre nosotros. Esta figura estaba grabada en una plancha de oro macizo de dimensiones enormes, profusamente salpicada de esmeraldas y piedras preciosas (6). Se hallaba colocada de tal modo al frente de la gran puerta que miraba al Oriente, que los primeros rayos del Sol daban en ella al amanecer, iluminando toda la habitacion con una refulgencia que parecia sobrenatural, y que reflejaban todos los adornos de oro con que paredes y techos estaban incrustados por todas partes. «El oro, segun el lenguaje figurado del pueblo, era las »lágrimas que vertia el Sol (7),» y todo el templo en su parte interior resplandecia con bruñidas planchas y clavos del metal precioso. Las cornisas que rodeaban las paredes del santuario, eran del mismo costoso material; y una ancha faja ó friso de oro incrustado en la piedra rodeaba todo el edificio por su parte esterior. (8).

Junto á la estructura principal habia varias capillas de menor dimension. Una de ellas estaba consagrada á la luna, la deidad que mas se veneraba despues del Sol, como madre de los Incas. Su efigie estaba delineada lo mismo que la del Sol en una gran plancha que casi cubria uno de los lados del edificio. Pero esta plancha, así como todos los adornos de la capilla, era de plata, como convenia á la pálida y plateada luz del hermoso planeta. Habia tres capillas mas, una de las cuales estaba dedicada á la multitud de las estrellas, que formaban la brillante córte de la hermana del Sol; otra á los terribles ministros de su venganza, el trueno y el relámpago; y la tercera al arco íris, cuya curva brillante adornaba las paredes del edificio con colores casi tan brillantes como los del arco íris verdadero. Otros varios edificios ó habitaciones aisladas, servian de residencia á los numerosos

que se tributaba á Pachacamac sobre todo, y á Rimac, que era el gran oráculo del pueblo bajo. La mitología peruana se parecia probablemente á la del Indostan, que subordinaba á dos, ó cuando mas tres deidades principales, tenia una multitud de otras inferiores á quienes la nacion tributaba culto religioso, como personificaciones de los diferentes objetos de la naturaleza.

(1) Ondegardo, Rel. seg., MS.

Estos objetos consagrados se llaman *huacas*, palabra de infinitas aplicaciones, pues que significa templo, sepulcro, cualquier objeto natural notable por su tamaño ó forma, en fin una série de significados sin límites, que por su sentido contrario han producido una confusion incalculable en los escritos de historiadores y viajeros.

(2) «La órden por donde fundaban sus huacas, que ellos llamaban á las idolatrías, era porque decian que todas criaba el Sol, i que les daba madre por madre, que mostraban á la tierra, porque decian que tenia madre, i tenianle hecho su culto i sus adoratorios; i el fuego decian que tambien tenia madre, i al mais i á las otras sementeras, i á las ovejas i ganado decian que el vinagre della era la madre, i lo reverenciaban i llamaban mama agua madre del vinagre: i á cada cosa adoraban destas de su manera.» Conq. i Pob. el Pirú, MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Así parece que lo consideraba el licenciado Ondegardo. «E los ídolos estaban en aquel *halpon* grande de la casa del Sol, y cada ídolo de estos tenia su servicio y gastos y mujeres; y en la casa del Sol se iban á hacer reverencia los que venian de su provincia, para lo cual é sacrificios que se hacian proveian de su misma tierra ordinaria é muy abundante por la misma órden que lo hacian quando estaba en la misma provincia, que daba gran autoridad á mi parecer, é aun fuerza á estos yngas que cierto me causó gran admiracion.» Relacion seg., M. S.

(4) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XXV.

(5) «Tenia este templo en circuito mas de cuatrocientos pasos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy escelente de fina piedra, muy bien puesta y asentada; y algunas piedras eran muy grandes y soberbias; no tenian mezcla de tierra ni cal, sino con el betun que ellos suelen hacer sus edificios; y están tan bien labradas estas piedras, que no se les parece mezcla ni juntura ninguna. En toda España no he visto cosa que pueda comparar á estas paredes y postura de piedra, sino á la torre que llaman la Calahorra, que está junto con la puente de Córdoba, y á una obra que ví en Toledo, cuando fuí á presentar la primera parte de mi Crónica al príncipe D. Felipe.» Sarmiento, Relacion, MS. cap. XXIV.

(6) Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. X, lib. XCII.—«La figura del Sol, muy grande, hecha de oro obrada, muy primorosamente engastada en muchas piedras ricas.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIV.

(7) «Y al oro asimismo decian que era lágrimas que el Sol lloraba.« Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(8) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIV.—Antig. y Monumentos del Perú, MS.

«Cercada junto á la techumbre de una plancha de oro de palmo i medio de ancho i lo mismo tenian por de dentro en cada bohio ó casa i aposento.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) «Tenia una cita de planchas de oro, de anchor de mas de un palmo, ensalzadas en las piedras.» Pedro Pizarro, Decub. y Conq., MS.

sacerdotes que oficiaban en el servicio del templo (1).

Todos los vasos, adornos y utensilios de cualquier clase que fuesen, que servian para usos religiosos, eran de oro ó plata. Doce vasos inmensos de este último metal estaban colocados en el suelo de la gran nave, y llenos de granos de maiz (2); los incensarios para los perfumes, las fuentes que contenian el agua para los sacrificios, y la cañería subterránea por donde se llevaba esta á los edificios, el depósito que la contenia, y hasta los instrumentos de agricultura que se usaban en los jardines del templo, todo se componia de los mismos materiales riquísimos. Los jardines, como los pertenecientes á los palacios reales que hemos descrito, contenian muchos adornos de oro y plata y varias imitaciones del reino vejetal. Tambien habia allí animales ejecutados por el mismo estilo, y entre ellos el mas notable era el llama con su vellon dorado; todo hecho con una destreza que, en este caso, no sobrepujaba probablemente á la riqueza del material (3).

Si el lector no ve en esta mágica pintura mas que el colorido romanesco de un nuevo *El Dorado*, debe traer á la memoria lo que antes hemos dicho relativamente á los palacios de los Incas, y considerar que estas «casas del Sol», como las llamaban, era el depósito comun á que venian á confluir todas las corrientes de beneficencia pública y particular del imperio. Algunas de las relaciones, en unos por la credulidad, en otros por el deseo de escitar la admiracion pública, pueden ser muy exajeradas; pero en la coincidencia de los testimonios contemporáneos, no es fácil trazar la línea exacta que ha de señalar la medida de nuestro escepticismo. Cierto es que autorizan la brillante pintura que he trazado los que vieron estos edificios en todo su orgullo, ó poco despues de haber sido despojados de sus riquezas por la avidez del conquistador. Muchos de los riquísimos objetos fueron enterrados por los naturales, ó arrojados á los rios y á los lagos; pero bastante quedaba para comprobar la sin igual opulencia de estos establecimientos religiosos. Las cosas que por su naturaleza eran portátiles, pronto desaparecieron para satisfacer la sed de oro de los conquistadores, quienes hasta arrancaron las cornisas macizas y el friso de oro del gran templo, llenando el vacío con yeso, material mas barato y mas duradero que el oro ya que no ofrece tentacion á la avaricia. Aun despojados de su esplendor, los venerables edificios conservaban un gran atractivo para los robadores, que encontraban en sus muros dilapidados una inagotable cantera para sus nuevos edificios. Sobre el mismo terreno que ocupaba el espléndido Coricancha, se elevó despues la magestuosa iglesia de Santo Domingo, uno de los edificios mas soberbios del Nuevo Mundo. Sementeras de maiz y de alfalfa crecen hoy en el mismo terreno en que brillaban antes los dorados jardines del templo; y el fraile canta hoy los oficios de la Iglesia católica en el recinto sagrado que ocupaban antes los hijos del Sol (4).

Ademas del gran templo del Sol, existian muchos inferiores y casas religiosas en la capital del Perú y en sus alrededores, hasta el número, segun se dice, de trescientos ó cuatrocientos edificios (5); porque el Cuzco era un lugar sagrado que se veneraba como residencia no solamente de los Incas, sino de todas las deidades que adoraban las variadas y heterogéneas naciones del imperio. Era la ciudad querida del Sol; donde se conservaba en todo su esplendor el culto del gran luminar; donde, segun un cronista antiguo, no habia fuente, camino ni muralla, que no encerrase algun sagrado misterio (6): y desgraciado del indio noble que en alguna época de su vida no hubiese hecho su peregrinacion á la Meca del Perú.

Otros templos y mansiones religiosas se hallaban esparcidos por las provincias, y algunos encerraban tanta magnificencia, que casi rivalizaban con los de la metrópoli. Los ministros para su servicio podian compararse en número á un ejército, pues que este número, incluyendo los funcionarios del órden sacerdotal que solo oficiaban en el Coricancha, no ascendia á menos de cuatro mil (7).

A la cabeza de todos, tanto en la capital como en las provincias, estaba el gran sacerdote ó Villac Umu, como lo llamaban. Solo cedia en rango al Inca, y generalmente era elegido entre sus hermanos ó parientes mas allegados. El soberano lo nombraba y su dignidad era vitalicia; y él á su vez proveia todos los grados inferiores de su órden. Esta órden era muy numerosa. Los individuos de ella que oficiaban en la casa del Sol en el Cuzco, eran elegidos esclusivamente entre la raza sagrada de los Incas. Los sacerdotes de los templos provinciales salian de las familias de los curacas; pero el empleo de gran sacerdote en cada distrito se reservaba á uno de sangre real. Tratábase por este medio de conservar la fé en toda su pureza, y evitar la mas leve infraccion del majestuoso ceremonial que aquella prescribia minuciosamente (8).

La órden sacerdotal, aunque era numerosa, no se distinguia por traje alguno diferente del resto de la

(1) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIV.—Garcilásso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XXI—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.

(2) «El bulto del Sol tenian mui grande de oro, i todo el servicio de esta casa era de plata i oro; i tenian doce honores de plata blanca, que dos hombres no abrazarian cada uno cuadrados, i eran mas altos que una buena pica, donde echaban el maiz que habian de dar al Sol, segun ellos decian que comiese.» Conq. y Pob. del Pirú, MS.

Como esto pudiera parecer algo duro de creer á los mas crédulos, he preferido no echarme encima la responsabilidad de las dimensiones, y así es que no he indicado ninguna.

(3) Levinus Apollonius, fol. 38.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XXIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

«Tenian un jardin que los terrones eran pedazos de oro fino; y estaba artificiosamente sembrado de maizales los cuales eran oro, así las cañas de ello como las hojas y mazorcas; y estaban tan bien plantados que aunque hiciesen recios vientos no se arrancaban. Sin todo esto tenian hechas mas de veinte ovejas de oro con sus corderos, y los pastores con sus ondas y cayados que las guardaban, hecho de este metal. Habia mucha cantidad de tinajas de oro y de plata y esmeraldas, vasos, ollas, y todo género de vasijas, todo de oro fino. Por otras paredes tenian esculpidas y pintadas otras mayores cosas. En fin, era uno de los ricos templos que hubo en el mundo.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIV.

(4) Memorias de Miller, tom. II, págs. 223—224.

(5) Herrera, Historia General, Dec. V, libro IV, capítulo VIII.

«Habia en aquella ciudad y legua y media de la redonda cuatrocientos y tantos lugares, donde se hacian sacrificios, y se gastaba mucha suma de hacienda en ellos.» Ondegardo, Rel. prim., MS.

(6) «Que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de dioses, é ansi no habia en toda ella fuente, ni paso, ni pared que no dixesen que tenia misterio.» Ondegardo, Relacion segunda, MS.

(7) Conq. i Pob. del Pirú, MS.

Realmente formaban un ejército, si, como dice Cieza de Leon, el número de sacerdotes y criados empleados en el famoso templo de Bilcas, en el camino de Chile, ascendia á 40,000. (Crónica, cap. LXXXIX.) Parece que todo lo que pertenecia á estas casas del Sol tenia dimensiones colosales; pero en cuanto á este número, puede ser un error, y quizás debemos interpretarlo por cuatro mil.

(8) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXVII.—Conq. y Pob. del Pirú, MS.

Segun Garcilasso, los sacerdotes no se mantenian á espensas de las propiedades del Sol sino cuando estaban de servicio en los templos. En otras épocas parece que vivian con el producto de sus propias tierras, que, si Garcilasso no se equivoca, se les adjudicaban como á las demas órdenes del Estado. Com. Real, parte I, lib. V, cap. VIII.

nacion. Ni era la única depositaria de la escasa ciencia del pais, ni le estaba confiada la educacion, ni aquellos deberes parroquiales, si así se les puede llamar, que ponen al sacerdote en contacto con la masa del pueblo, como sucedia en Méjico. La causa de esta peculiaridad puede probablemente atribuirse á la existencia de una órden superior, como la de la nobleza Inca, la santidad de cuyo orígen era tan superior á los nombramientos humanos, que en cierto modo absorbia toda la veneracion religiosa del pueblo. Efectivamente, la nobleza era la órden sagrada del Estado. Muchos individuos de ella se revestian con el carácter sacerdotal; y sus propias insignias y peculiares privilegios eran demasiado bien conocidos para que se necesitasen otras señales esteriores que los separasen del pueblo.

Los deberes del sacerdote se limitaban á oficiar en el templo. Ni siquiera asistia á él constantemente, porque despues de cierto período señalado lo relevaban otros hermanos de su órden, que se sucedian unos á otros por una rotacion establecida. Su ciencia se reducia á saber las épocas de los ayunos y festividades de su religion, y las ceremonias que á cada uno de ellos correspondian. Por frívolo que esto fuese, no era fácil aprenderlo; porque el ritual de los Incas incluia una rutina de prácticas tan complicada y confusa como las del sistema religioso que mas sobresalga en esta parte. Cada mes tenia su festividad particular, ó mejor dicho, sus festividades. Las cuatro principales tenian relacion con el Sol, y celebraban los cuatro grandes períodos de su progreso anual, los solsticios y equinoccios. Quizás la mas magnífica de todas las solemnidades nacionales era la fiesta de Raymi, celebrada en el período del solsticio de verano, cuando el sol, habiendo llegado ya á la estremidad meridional de su carrera, volvia atras como para llenar de gozo con su presencia á su pueblo escogido. En esta ocasion los indios nobles de todo el pais acudian en grandes multitudes á la capital para tomar parte en las funciones religiosas.

Durante los tres dias antes de la festividad se observaba un ayuno general, y no se permitia encender fuego en ninguna casa. Cuando llegaba el dia señalado, el Inca y su córte, seguidos de toda la poblacion de la ciudad, se reunian al alba en la plaza mayor para saludar el nacimiento del Sol. Iban todos vestidos con sus mejores trajes, y los indios nobles rivalizaban entre sí en los adornos y alhajas con que le cubrian; mientras que los doseles de brillantes plumas y espléndidas telas que llevaban los criados cubriendo las cabezas de sus señores, hacian parecer á la gran plaza y á las calles que desembocaban en ella como cubiertas de un vasto y magnífico toldo. Con ansia esperaban la salida de la deidad; y apenas tocaban los primeros rayos dorados las torrecillas y los mas elevados edificios de la ciudad, cuando un grito inmenso de júbilo salia de la multitud, acompañado por cánticos de triunfo y por la salvaje melodía de sus bárbaros instrumentos, cuyo ruido se aumentaba mas y mas á medida que el luminar brillante, levantándose sobre la cadena de montañas del Este, derramaba todo su esplendor sobre sus adoradores. Despues de las acostumbradas ceremonias de la adoracion, el Inca ofrecia una libacion á la gran deidad en un vaso gigantesco de oro, lleno del licor fermentado del maiz ó del maguey, que despues de probado por el monarca mismo, se repartia á sus reales parientes. Terminadas estas ceremonias, la inmensa asamblea se colocaba en órden de procesion, y se dirigia hácia el Coricancha (1).

A medida que entraban por la calle del sagrado edificio, todos se despojaban de sus sandalias, con la escepcion del Inca y su familia que lo hacian tan solo al entrar por las puertas del templo, donde á nadie se dejaba entrar sino á estos augustos personajes (2). Despues de consagrar algun tiempo á sus oraciones, el soberano seguido por su régia comitiva, volvia á presentarse, y se hacian preparativos para empezar el sacrificio. Este, entre los peruanos, consistia en animales, granos, flores y olorosas gomas; algunas veces en seres humanos, y en estas ocasiones se escogia como víctima á un niño ó á una de las doncellas mas hermosas. Pero estos sacrificios eran muy raros, y se reservaban para celebrar algun gran acontecimiento público, como una coronacion, el nacimiento del heredero del trono, ó una gran victoria. Jamas terminaban con esos festines de antropófagos que acostumbraban los mejicanos, y muchas de las feroces tribus que conquistaron los Incas. Las conquistas de estos príncipes eran realmente un gran beneficio para las naciones indias, aunque no fuera mas que porque suprimian el canibalismo, y por la disminucion, bajo su imperio, de los sacrificios humanos (3).

En la fiesta de Raymi, el sacrificio que generalmente se hacia era el del llama; y el sacerdote, despues de abrir el cuerpo de la víctima, buscaba en las entrañas el anuncio de los oscuros acontecimientos del porvenir. Si los agüeros no eran propicios, sacrificábase otra víctima, con la esperanza de descubrir pronósticos mas consoladores. El augur peruano podria haber recibido una buena leccion del de Roma, que consistia en considerar como favorable todo agüero que pudiese servir á los intereses de su pais (4).

En seguida se encendia fuego por medio de un espejo cóncavo de metal bruñido, que, reuniendo los rayos del sol en un foco sobre una cantidad de algodon seco, muy pronto lo hacia arder. Esto era esactamente lo que se hacia en una ocasion semejante en la antigua Roma, á lo menos bajo el reinado del piadoso Numa. Cuando el cielo estaba cubierto, y la deidad tutelar se ocultaba á sus adoradores, cosa que se consideraba como de mal agüero, obteníase el fuego por medio de la friccion. La llama sagrada se confiaba al cuidado de las vírgenes del Sol; y si por algun descuido se apagaba durante el año, considerábase esto

(1) Dec. de la Aud. Real, MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXVII.

El lector encontrará una brillante descripcion, sin muchas estravagancias, de las fiestas de los peruanos en la novela de Marmontel intitulada *los Incas*. Tomo I, cap. I—IV.

(2) «Ningun indio comun osaba pasar por la calle del Sol calzado, ni ninguno aunque fuese mui gran señor, entrava en las casas del Sol con zapatos.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(3) Garcilasso de la Vega niega rotundamente que los Incas hiciesen sacrificios humanos; y al contrario, sostiene que los abolian constantemente en todo pais que conquistaban y en que existiesen. (Com. Real, parte I, lib. II, cap. IX, et alibi.) Pero contradicen esplícitamente este hecho: Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXII.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. II, cap. VIII.—Balboa, Hist. du Pérou, chap. V—VIII.—Cieza de Leon, Crónica, capitulo LXXII.—Ondegardo, Rel. seg., MS.—Acosta, lib. V, cap. XIX; y podria añadir á casi todos los autores antiguos de alguna autoridad, alguno de los cuales, habiendo ido al pais poco despues de la conquista, cuando sus primitivas instituciones estaban aun en todo su vigor, son mas acreedores á nuestra confianza que el mismo Garcilasso. Era natural que el descendiente de los Incas desease defender á su raza de tan odiosa acusacion, y debemos respetarlo si cuando se halla comprometido el honor de su pais cierra voluntariamente los ojos. Debemos añadir en justicia al gobierno peruano que los que podian tener mejores noticias están de acuerdo en sostener que los sacrificios humanos eran muy escasos en número y poco frecuentes, reservándose para aquellas ocasiones estraordinarias de que se habla en el testo.

(4) «Augurque cum esset, dicere ausus est, optimis auspiciis ea geri, quæ pro reipublicæ salute gererentur.» Cicero, de Senectute.

Este exámen de las entrañas de los animales con el objeto de adivinar el porvenir, es digno de notarse como ejemplo muy singular, como no sea único, de esta práctica entre las naciones del Nuevo Mundo, aunque tan usado en el ceremonial del sacrificio entre las naciones paganas del antiguo continente.

como una calamidad precursora de males para la monarquía (1). En semejante caso se hacia un holocausto de las víctimas en los altares de la deidad. Este sacrificio era el preludio de la matanza de una gran cantidad de llamas, pertenecientes á los rebaños del Sol, que proporcionaban un banquete no solo para el Inca y su córte, sino tambien para el pueblo que en estas ocasiones se indemnizaba de la frugalidad á que generalmente estaba condenado. Tambien se colocaba en la mesa real un pan fino hecho con harina de maiz por las vírgenes del Sol, y el Inca presidiendo el banquete, brindaba á la salud de sus principales nobles con grandes libaciones del licor fermentado del pais; y las diversiones del dia terminaban con bailes y música. El baile y la bebida eran los pasatiempos favoritos de los peruanos. Estas fiestas duraban varios dias, aunque los sacrificios terminaban el primero.—Tal era la gran festividad del Raymi; y esta y otras fiestas por este estilo, interrumpian la rutina monótona del trabajo que se imponia á las clases inferiores del pueblo (2).

En la distribucion de pan y vino de esta gran festividad los ortodoxos españoles que llegaron primero al pais descubrieron una notable analogía con la comunion cristiana (3); así como en la práctica de la confesion y la penitencia, que segun parece conocian los peruanos en una forma muy irregular, creyeron ver una coincidencia con otro de los sacramentos de la Iglesia (4). Mucho gustaban los eclesiásticos de aquella época de descubrir estas coincidencias, que consideraban como invenciones de Satanás quien trataba por estos medios de engañar á sus víctimas remedando los sagrados ritos del cristianismo (5). Otros, siguiendo diferente camino, creian descubrir en estas analogías las pruebas de que algunos de los primitivos predicadores del Evangelio, quizás un apóstol, habian visitado estas remotas regiones, y esparcido en ellas las semillas de la verdad religiosa (6). Pero apenas parece necesario invocar al príncipe de de las tinieblas ni la intervencion de los santos para esplicar coincidencias que han existido en paises muy distantes de la luz del cristianismo, y hasta en siglos en que su luz no habia aparecido aun al mundo. Mas racional es atribuir esas semejanzas casuales á la constitucion general del hombre, y á las necesidades de su naturaleza moral (7).

Otra analogía muy estraordinaria con las instituciones del catolicismo, se encuentra en las vírgenes del Sol, las escogidas, como las llamaban (8), y las que ya hemos aludido antes. Estas eran doncellas jóvenes dedicadas al servicio de su dios, que desde una edad muy tierna se sacaban del seno de sus familias para colocarlas en conventos y bajo la direccion de unas matronas ancianas, á quienes daban el nombre de mamaconas, y que habian encanecido entre aquellas paredes (9). Bajo la tutela de estas maestras venerables las santas vírgenes se instruian en la naturaleza de sus deberes religiosos. Ocupábanse en hilar y bordar, y con la finísima lana de la vicuña tegian las colgaduras de los templos y los vestidos del Inca y su familia (10). Pero sobre todo su gran deber consistia en cuidar del fuego sagrado que se habia encendido en la festividad del Raymi. Desde el instante en que entraban en el convento, se cortaban todas sus relaciones con el mundo, hasta con los individuos de su familia y sus amigos. Nadie sino el Inca y la coya, ó reina, podian entrar en el recinto sagrado. Cuidábase escrupulosamente de su moralidad, y todos los años se enviaban visitadores á examinar estas instituciones y á dar informes sobre el estado de su disciplina (11). ¡Desdichada la doncella sorprendida en una intriga amorosa! La terrible ley de los Incas habia dispuesto que se la enterrase viva, que su amante fuese ahorcado, y que se destruyese el pueblo á que pertenecia, «sembrando con piedras» el terreno que ocupaba, como para borrar hasta la memoria de su existencia (12). Asombra en verdad encontrar analogía tan notable entre las instituciones de los indios americanos, de los romanos antiguos y del católico moderno. La castidad y la pureza son virtudes en la mujer que parecen ser tan apreciadas en los bárbaros como por

(1) «Vigilemque sacraverat ignem,
Excubias divum æternas.»

Plutarco en su vida de Numa describe los instrumentos que usaban los romanos para encender el fuego sagrado, como espejos cóncavos de bronce, aunque no esféricos como los peruanos, sino de forma triangular.

(2) Acosta, lib. V, cap. XXVIII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, libro VI, cap. XXIII.

(3) Lo mas admirable, segun el Padre Acosta, en el odio y presuncion de Satanás, es que no solo falsificaba en idolatría y sacrificios, sino tambien en ciertas ceremonias, los sacramentos instituidos por N. S. J. C. y que usa la Iglesia, habiendo aspirado especialmente á imitar, en cierto modo, el sacramento de la comunion, que es el mas divino y el superior á todos. Véase Acosta, lib. V, cap. XXIII.

(4) Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV.—Ondegardo, Rel. prim., MS.

El padre de la mentira queria tambien remedar el sacramento de la confesion, y en sus idolatrías trataba de que se le honrase con ceremonias, muy parecidas á las que usan los cristianos; todo esto segun opinion del Padre Acosta, lib. V, cap. XXV.

(5) Cieza de Leon, no satisfecho con publicar muchas relaciones maravillosas sobre la influencia y aparicion de Satanás en persona en las ceremonias de los indios, ha adornado su obra con multitud de viñetas que representan al principe de las tinieblas con sus acostumbrados perfiles de rabo, uñas, etc, como para dar mas fuerza á las homilias del testo. El peruano creia que su idolo era un Dios. Su conquistador cristiano creia que este ídolo era un demonio. Difícil es decir cuál de los dos daba pruebas mas indudables de grosera supersticion.

(6) Piedrahita, el historiador de los Muyscas, está muy convencido de que este apóstol debió ser San Bartolomé, de quien se sabe que viajó mucho. (Conq. de Granada, parte I, lib. I, cap. III.) Los anticuarios mejicanos creen que Santo Tomás fue el encargado de la mision apostólica para el pueblo de Anahuac. Parecería, pues, que estos dos apóstoles se habian repartido entre sí el Nuevo Mundo, á lo menos sus partes civilizadas. Si vinieron por el estrecho de Behring, ó en linea recta atravesando el Atlántico, es cosa que nadie nos dice. Velasco, escritor del siglo XVIII (cosa singular), apenas duda que realmente fuesen esos apóstoles á América. Historia de Quito, tomo I, págs. 89—90.

(7) Se ha ilustrado este asunto con algunos ejemplos en la Historia de la conquista de Méjico, tomo III, *Apéndice*, número 1; ya que los mismos usos en aquel pais dieron márgen á las mismas aventuradas creencias por parte de los conquistadores.

(8) «Llamábanse Casas de escogidas, porque las escogian, ó por linaje, ó por hermosura.» Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.

(9) Ondegardo, Rel. prim., MS.

La voz *mamacona* significa «matrona;» *mama*, la primera parte de esta palabra compuesta, como ya lo hemos dicho, queria decir *madre*. Véase Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.

(10) Pedro Pizarro, Desc. y Conq., MS.

(11) Dec. de la Aud. Real, MS.

(12) Balboa, Hist. du Pérou, chap. IX. Fernandez, Historia del Perú, parte II, lib. III, cap. XI.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV. cap. III.

Segun el historidor de los Incas, jamas ocurrió un solo desliz en la hermandad femenina que hiciese necesaria la aplicacion de la terrible pena, aunque, si hubiese sucedido, el soberano, segun nos lo asegura, la hubiera aplicado en todo su rigor sin el mas leve remordimiento. (Com. Real, parte I, lib. IV, capítulo III.) Otros escritores, al reves sostienen que estas vírgenes no tenian derechos muy claros á la reputacion de vestales. (Véase Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXI.) Estas acusaciones contra los habitantes de las casas religiosas, sean cristianas ó paganas, son bastante comunes. En este caso se encuentran en absoluta contradiccion con el testimonio unánime de casi todos los que tuvieron mejores medios para descubrir la verdad, y parecen especialmente improbables si consideramos el amor supersticioso con que se miraba á los Incas.

los hombres civilizados; sin embargo es muy diferente el objeto final á que se destinaban estos habitantes femeninos de las casas religiosas.

El gran monasterio del Cuzco se componia esclusivamente de doncellas de la sangre real, que ascendian, segun se dice, nada menos que á mil y quinientas. En los monasterios provinciales entraban las hijas de los curacas y de los nobles de segundo órden, y algunas veces, cuando se descubria una doncella de gran hermosura personal, las de las ínfimas clases del pueblo (1). Las «casas de las vírgenes del Sol» eran unos edificios bajos de piedra, que cubrian una gran estension de terreno, y estaban rodeados por paredes muy altas, que impedian enteramente ver á sus moradores. Las vírgenes encontraban en ellos cuanto podian necesitar; y estaban adornados con tanto lujo como los palacios de los Incas y los templos; porque el gobierno les dedicaba una atencion muy especial, como á una rueda muy importante de su sistema religioso (2).

Pero la carrera de todos estos habitantes del cláustro no terminaba dentro de sus muros. Aunque vírgenes del Sol, eran esposas del Inca, y cuando llegaban á la edad conveniente se escogian las mas hermosas para él, y las llevaban á su serrallo. El número de las que aquí residian llegaba con el tiempo no solo á centenares sino á miles, y todas tenian habitacion en los palacios que poseia el Inca en toda la estension del pais. Cuando el monarca deseaba disminuir este número, la concubina cuya sociedad no le agradaba ya, volvia, no á su antiguo encierro monástico, sino á su propia casa; donde por humilde que hubiese sido su orígen y su condicion, se la mantenia con mucho fausto, y lejos de verse deshonrada por sus antecedentes, todos la respetaban como á esposa del Inca (3).

Los nobles de primera clase del Perú podian lo mismo que su soberano, tener muchas mujeres. El hombre del pueblo generalmente, ya fuese por ley, ya por la necesidad que puede mas que ella, tenia la dicha de no poseer mas que una. El matrimonio se verificaba de una manera que le daba un carácter tan original como el de las demas instituciones del pais. En un dia señalado del año, todos los que habian llegado á la edad de contraer matrimonio, que, dependiendo de su aptitud para mantener una familia se fijaba en los hombres nada menos que á la edad de veinte y cuatro años, y en las mujeres á la de diez y ocho ó veinte, se reunian en la plaza mayor de sus respectivas ciudades ó pueblos en todo el imperio á la vez. El Inca presidia en persona la reunion de sus propios parientes, y tomando por la mano á las diferentes parejas que iban á unirse, hacia que se la diesen, y declaraba que ya eran marido y mujer. Lo mismo hacian los curacas con los individuos de su clase ó de otras inferiores en sus distritos. Tal era la forma sencilla con que se contraia matrimonio en el Perú. A ninguno se le permitia buscar mujer fuera de la comunidad á que pertenecia, lo que generalmente incluia á toda su parentela (4); ni á nadie se autorizaba fuera del soberano, á que faltase á las leyes de la naturaleza, ó á lo menos á la ley general de las naciones, hasta el punto de casarse con su propia hermana (5). Ningun casamiento era válido si se contraia sin consentimiento de los padres, y segun se dice, tambien debia consultarse la inclinacion de los contrayentes, aunque considerando los límites que á esta señalaba la edad legal, este derecho debia ser sumamente mezquino. Construíase una habitacion para la pareja recien casada á espensas del distrito, y se le entregaba la cantidad de tierra señalada para su mantenimiento. La ley del Perú cuidaba del porvenir lo mismo que de lo presente. No dejaba nada al acaso. — Seguian á la sencilla ceremonia del casamiento fiestas generales entre los parientes de los recien casados, que duraban varios dias; y como todos los casamientos se verificaban en un dia mismo, y como pocas familias habia que no tuviesen un pariente interesado en la ceremonia, se celebraba realmente una fiesta nupcial universal en todo el imperio (6).

Las leyes singulares de los Incas relativas á los matrimonios, son eminentemente características de la índole de su gobierno, que, lejos de ceñirse á los asuntos de público interes, penetraba en los pliegues mas íntimos de la vida doméstica, y no permitia á ningun hombre, por humilde que fuese, que obrase por sí aun en aquellos negocios personales en que nadie sino él, ó cuando mas su familia, podia estar interesado. Ningun peruano era demasiado bajo para la vigilancia tutelar del gobierno. Ninguno era tan encumbrado que no sintiese que de él dependia en todos los actos de su existencia. Su existencia misma como individuo estaba absorbida en la de la sociedad. Sus esperanzas y sus temores, su gozo y su pesar, las mas tiernas simpatías de su naturaleza, las que mas naturalmente huyen de la observancia de los otros, todo estaba arreglado por la ley. Ni aun se le permitia ser feliz á su modo. El gobierno de los Incas era el mas suave, pero tambien el mas completo de los despotismos.

CAPITULO IV.

Educacion.—Quipus. — Astronomia. — Agricultura. — Acueductos.—Guano.—Principales alimentos.

«No es lícito que se enseñen á los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenecen á los generosos y no mas; porque como gente baja no se eleven y ensoberbezcan y menoscaben y apoquen la república: bástales que aprendan los oficios de sus padres; que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio y á la república, encomendársela á gente comun (7).» Tal era la máxima favorita que siempre repetia Tupac Inca Yupanqui, uno de los mas famosos monarcas peruanos. Estraño parecerá que semejante máxima haya sido proclamada en ninguna época en el Nuevo Mundo, donde las instituciones populares se han establecido despues en bases mas ámplias que las conocidas hasta entonces; donde el gobierno depende enteramente del pueblo; y donde la educacion, á lo menos en la gran division del Norte del continente, tiene por objeto principal preparar al pueblo para desempeñar los deberes de la gobernacion. Sin embargo, esta máxima se ajustaba perfectamente á la índole de la monarquía peruana, y puede servir de clave á su política habitual;

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.

(2) Ibid., parte I, lib. IV., cap. V.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XLIV.

(3) Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. IV. — Montesinos, Mem. Antig., MS. libro II, cap. XIX.

(4) Segun la letra de la ley, dice Garcilasso, ninguno habia de casarse con quien no fuese de su familia. Pero esta ley estrecha tenia una interpretacion muy ámplia, porque, segun el mismo nos asegura, se consideraba á todos los de una misma ciudad, y aun provincia, como parientes. Com. Real, parte I, lib. IV, cap. VIII.

(5) Fernandez, Hist. del Perú, parte II, libro III, capítulo IX.

Esta costumbre, tan repugnante á nuestros sentimientos, que casi podria considerarse como una violacion de la ley natural, no debe sin embargo considerarse como enteramente peculiar á los Incas, ya que la toleraban algunas de las naciones mas civilizadas de la antigüedad.

(6) Ondegardo, Rel. seg., MS.,—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXXVI.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Montesinos, Memorias Antiguas, MS. lib. II, cap. VI.

(7) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap VIII.

pues aunque velaba con solicitud incansable por sus súbditos, proveia á todas sus necesidades físicas, cuidaba de su moralidad y manifestaba en todo el interes afectuoso de un padre por sus hijos, sin embargo, no los consideraba mas que como á niños que nunca habian de salir del estado de pupilaje, ni obrar ni pensar por sí, y cuyos deberes todos se encerraban en la obligacion de la obediencia absoluta.

Tal era la condicion humillante del pueblo bajo el cetro de los Incas, mientras que las numerosas familias de la estirpe real disfrutaban de todas las ventajas de aquella educacion que estaba al alcance de la civilizacion del pais; y mucho despues de la conquista, aun se señalaban los lugares en que habian existido los seminarios en que se les educaba. Estos se hallaban al cuidado de los *amautas* ó «sábios» que poseian la escasa cantidad de ciencia, si ciencia podia llamarse, que habia en el Perú, y que eran los únicos maestros de la juventud. Natural era que el monarca se interesase vivamente en la instruccion de los hijos de la nobleza, parientes suyos. Se dice que muchos príncipes peruanos edificaron sus palacios cerca de las escuelas, á fin de poderlos visitar mas fácilmente y escuchar las lecciones de los amautas, á que algunas veces daban mas autoridad comentándolas con un discurso propio (1). En estas escuelas se comunicaban á los reales pupilos todos los conocimientos que sus maestros tenian, acomodándolos al rango que habian de ocupar durante su vida. Estudiaban las leyes y los principios de administracion de un gobierno en que muchos de ellos habian de tomar parte. Se les iniciaba en los ritos peculiares de su religion, mas necesarios para aquellos que habian de desempeñar los deberes sacerdotales. Tambien aprendian á emular las hazañas de sus régios antecesores, escuchando las crónicas compiladas por los amautas. Se les enseñaba á hablar su idioma con elegancia y pureza, y aprendian la misteriosa ciencia del quipus, que era el vehículo de que se servian los peruanos para comunicarse sus ideas y para trasmitirlas á las futuras generaciones (2).

El quipus era una cuerda como de dos pies de largo, compuesta de hilos de diferentes colores fuertemente retorcidos y entrelazados, de la cual salia una multitud de hilos mas pequeños en forma de franja. Los hilos eran de diferentes colores y habia en ellos muchos nudos; y efectivamente la palabra *quipu* significa nudo. Los colores representaban objetos tangibles; así, por ejemplo, *blanco* significaba *plata*, y *amarillo*, *oro*. Tambien indicaban algunas veces ideas abstractas; así *blanco*, queria decir *paz*, y *rojo*, *guerra*. Pero los quipus se usaban principalmente para cálculos aritméticos. Los nudos servian de números y se podian combinar de manera que representasen cualquier cantidad que se quisiese. Por medio de ellos hacian sus cálculos con mucha rapidez, y los primeros españoles que fueron á aquel pais atestiguan la esactitud de estos (3).

En cada distrito habia empleados á quienes llamaban *quipucamayus* ó «conservadores de los quipus,» cuya obligacion consistia en dar noticias al gobierno sobre varios asuntos importantes. Uno estaba encargado de las rentas, y daba parte al gobierno de la cantidad de materias primeras que se distribuian entre los trabajadores, la calidad y cantidad de los tejidos que con ellas se hacian, y la suma de provisiones de diferente clase entregadas á los almacenes reales. Otro enviaba la estadística de los nacimientos y muertes, de los casamientos, del número de los que se hallaban en estado de servir en el ejército, y otros pormenores de esta clase relativos á la poblacion del reino. Estos informes se remitian anualmente á la capital, donde se sometian á la inspeccion de otros empleados que entendian el arte de descifrar estos misteriosos escritos. Así adquiria el gobierno una vasta coleccion de datos estadísticos preciosos; y las cuerdas de variados colores, reunidas y cuidadosamente conservadas, constituian lo que bien podríamos llamar los archivos nacionales (4).

Pero aunque los quipus bastaban para todas las necesidades aritméticas de los peruanos, no podian representar la multitud de ideas é imágenes que espresa la escritura. Sin embargo, aun para esto la invencion no dejaba de tener su uso; porque, ademas de la representacion directa de objetos sencillos y aun de ideas abstractas dentro de un corto límite, como ya hemos dicho, era un poderoso auxilio para la memoria por medio de la asociacion. El nudo ó el color peculiar indicaba de este modo lo que no podia representar, de la misma manera, como dice un antiguo escritor, que el número del mandamiento recuerda el mandamiento mismo. Así usado el quipu, podia considerarse como el sistema mnemónico de los peruanos.

Habia cronistas nombrados en cada una de las provincias principales, cuyo deber era consignar los hechos mas importantes que en ellas ocurrian. A otros funcionarios de mas elevado carácter, que eran generalmente los amautas, se les encargaba la redaccion de la historia del imperio y de las grandes hazañas del Inca reinante ó de sus antecesores (5). Arreglada de este modo la narracion, solo podia trasmitirse por medio de la tradicion oral; pero los quipus servian al cronista para arreglar metódicamente los sucesos y para refrescar su memoria. Una vez confiada á esta la historia, se grababa en ella de una manera indeleble por medio de la frecuente repeticion. El amauta se la repetia á sus discípulos; y de este modo la historia, en parte por la tradicion oral y en parte por medio de signos arbitrarios, fue trasmitida de generacion en generacion con bastante variedad en los pormenores, pero con un aspecto general de verdad en el todo.

Indudablemente los quipus peruanos suplian de una manera insuficiente y pobre al admirable mecanismo del alfabeto, que empleando unos pocos caractéres sencillos para representar sonidos en lugar de ideas, puede trasmitir las modificaciones mas delicadas del pensamiento del hombre. La invencion peruana era muy inferior á la de los geroglíficos, y aun á la de la grosera escritura de dibujos de los aztecas; porque este último arte, aunque incapaz de trasmitir ideas abstractas, podia retratar los objetos con bastante esactitud. Prueba evidente de la absoluta ignorancia en que vivian una de otra las dos naciones, es

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VII, cap. X.
El descendiente de los Incas habla de los restos, que aun se veian en su tiempo, de dos palacios de sus régios progenitores, que habian sido construidos cerca de las escuelas, para que fuese mas fácil ir á ellas.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. XIX.

(3) Conq. y Pob. del Pirú, MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. IX.—Acosta, lib. VI, cap. VIII.—Garcilasso, parte I, lib. VI, cap. VIII.

(4) Ondegardo manifiesta el asombro que le causa la variedad de objetos que abrazaba este sencillo sistema, apenas creible, segun dice, para el que no lo hubiese visto. «En aquella ciudad se hallaron muchos viejos oficiales antiguos del Inga, así de la religion como del gobierno, y otra cosa que no pudiera creer si no la viera, que por hilos y nudos se hallan figuradas las leyes y estatutos, así de lo uno como de lo otro, y las sucesiones de los reyes y tiempo que gobernaron: y hallóse lo que todo esto tenia á su que cargo no fue poco, y aun tube alguna claridad de los estatutos que en tiempo de cada uno se habian puesto.» (Rel. prim., MS.,—Véase tambien Sarmiento, Relacion, MS., cap. IX.—Acosta, lib. VI, capitulo VIII.—Garcilasso, parte I, lib. VI, cap. VIII—IX). Aun se encuentra en algunas partes del Perú un vestigio de los quipus, y hay pastores que llevan la cuenta de sus numerosos rebaños por medio de esta antigua aritmética.

(5) Rel. prim., MS., ubi supra.

que no adoptase la peruana la mas leve parte del sistema geroglífico de los mejicanos, y esto á pesar de que la existencia de la planta del maguey (*agave*) en la América del Sur, podria haberle proporcionado el mismo material que usaban los aztecas para construir sus mapas (1).

Es imposible contemplar sin gran interes los esfuerzos hechos por diferentes naciones, al salir de la barbarie, para proporcionarse algun símbolo visible del pensamiento, ese misterioso agente por medio del cual la inteligencia del individuo puede ponerse en contacto y comunicacion con las de la sociedad entera. La falta de semejante símbolo es el mayor obstáculo que puede oponerse al progreso de la civilizacion, porque ¿qué otra cosa es sino encerrar el pensamiento, que tiene los elementos de la inmortalidad, en el seno de su autor, ó en el del pequeño círculo que está en contacto con él, en lugar de lanzarlo al mundo para que dé luz á millares de seres humanos, y á las generaciones que aun están por nacer? No solo es semejante símbolo un elemento esencial de la civilizacion, sino que debe considerarse como la prueba de que esa civilizacion existe; porque los adelantos intelectuales de un pueblo están al nivel de las facilidades de comunicacion intelectual que posea.

Sin embargo, no debemos rebajar el verdadero valor del sistema peruano; ni suponer que el quipu era un instrumento torpe en manos de un indígena práctico, como lo seria en las nuestras. Conocemos los efectos del hábito en todas las operaciones mecánicas, y los españoles dan repetidos testimonios de la destreza y esactitud que en esta desplegaban los peruanos. Su destreza no es mas notable que la facilidad con que el hábito nos permite enterarnos del contenido de una página impresa, que comprende millares de caractéres separados, y como si fuera con una sola ojeada, aunque el ojo tiene que reconocer cada letra por sí, y esto sin interrumpir la cadena de los pensamientos que existe en el ánimo del lector. No debemos despreciar la invencion del quipu si reflexionamos que proporcionaba los medios de calcular que exigian los negocios de una gran nacion, y que, por insuficiente que fuese, era un instrumento que no auxilió poco á los que aspiraban al lauro de la literatura.

El deber de compilar los anales del pais no se confiaba esclusivamente á los amautas; una parte de él correspondia á los *haravecs*, ó poetas, que escogian los asuntos mas brillantes para sus canciones, compuestas para que se cantasen en las fiestas reales y en la mesa del Inca (2). De este modo se formó una coleccion de poesia tradicional, como la de las baladas inglesas y los romances castellanos, por cuyo medio los nombres de muchos gefes bárbaros, que hubieran perecido por falta de un cronista, han sido trasmitidos en alas de una rústica melodía á las generaciones posteriores.

Sin embargo, es lícito creer que la historia no gana mucho en su alianza con la poesía; porque los dominios del poeta se estienden á una region ideal poblada con las fantásticas formas de la imaginacion que se parecen poco á las severas realidades de la vida. Los anales peruanos manifiestan síntomas de los efectos de esta union, pues que están cubiertos con un velo de circunstancias maravillosas hasta el último período, que estendiéndose ante el lector como una neblina, hace difícil el distinguir los hechos de la ficcion.

El poeta encontraba un instrumento muy útil para sus fines en el hermoso dialecto quichua. Ya hemos visto las singulares medidas que los Incas adoptaban para propagar su idioma por todo el imperio. Naturalizado de este modo en las provincias mas remotas, se enriquecia con muchas palabras y locuciones exóticas que, bajo el influjo cortesano y el cultivo poético, si así me es lícito llamarlo, se amalgamaban gradualmente, como un mosáico acabado compuesto de materiales groseros y heterogéneos, hasta formar un todo armonioso. El quichua llegó á ser el mas comprensivo y mas variado, así como el mas elegante, de los dialectos de la América del Sur (3).

Ademas de las composiciones de que hemos hablado, se dice que los peruanos manifestaban alguna disposicion para las representaciones teatrales, y no esas estériles pantomimas que no recrean mas que la vista, y que han servido de pasatiempo á mas de una nacion bárbara. Las piezas peruanas aspiraban á los honores de la composicion dramática, sostenidas por los caractéres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interes trágico, y otras en los que por su carácter ligero y social corresponden á la comedia (4). En el dia no tenemos medios para juzgar de la ejecucion de estas piezas. Probablemente seria bastante grosera, como correspondia á un pueblo que no se habia formado aun; pero sea lo que fuere la ejecucion, el haber simplemente concebido la idea de una diversion de esta clase es ya una prueba de cultura que distingue de una manera honrosa á los peruanos de las demas razas americanas, que no conocian mas pasatiempo que la guerra, ó las diversiones feroces que reflejan su imágen.

El carácter intelectual de los peruanos parece haberse inclinado mas bien hácia la cultura que á esas cualidades superiores que aseguran el buen éxito en los senderos mas ásperos de la ciencia. En esto se quedaban muy atras de algunas otras de las naciones semi-civilizadas del Nuevo-Mundo. Sabian algo de geometría, en lo que tocaba á su propio territorio, que ciertamente era muy estenso; y construian mapas con líneas protuberantes para indicar los límites y las localidades, que tenian alguna analogía con los que antes se usaban para los ciegos. En la astronomía parecen haber hecho pocos adelantos. Dividian el año en doce meses lunares, cada uno de los cuales tenia su nombre propio, y se distinguia por una festividad correspondiente (5). Tambien tenian se-

(1) Rel. prim., MS., ubi supra.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Sarmiento, MS., cap. IX.

Sin embargo, debemos confesar que los quipus se asemejan algo á las fajas de cuentas de color ensartadas que usan las tribus de la América del Norte para recordar los tratados y para otros objetos.

(2) Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real parte I, lib. II, cap. XXVII.

La palabra *haravec* significa «inventor» ó «descubridor,» y tanto por su título como por su empleo, el trovador-poeta nos recuerda al *trouvère* normando. Garcilasso ha traducido una de las lijeras composiciones líricas de sus compatriotas. Es ligera y fácil, pero una muestra sola no es base suficiente para fundar un exámen crítico general.

(3) Ondegardo, Rel. prim., MS.

Sarmiento se lamenta con justicia de que los españoles hubiesen dejado caer en desuso este dialecto, que tan útil les hubiera sido en sus relaciones con las variadas tribus del imperio. «Y con tanto digo que fue harto beneficio para los españoles haber esta lengua, pues podian con ella andar por todas partes, en algunas de las cuales ya se va perdiendo.» Rel., MS., cap. XXI.

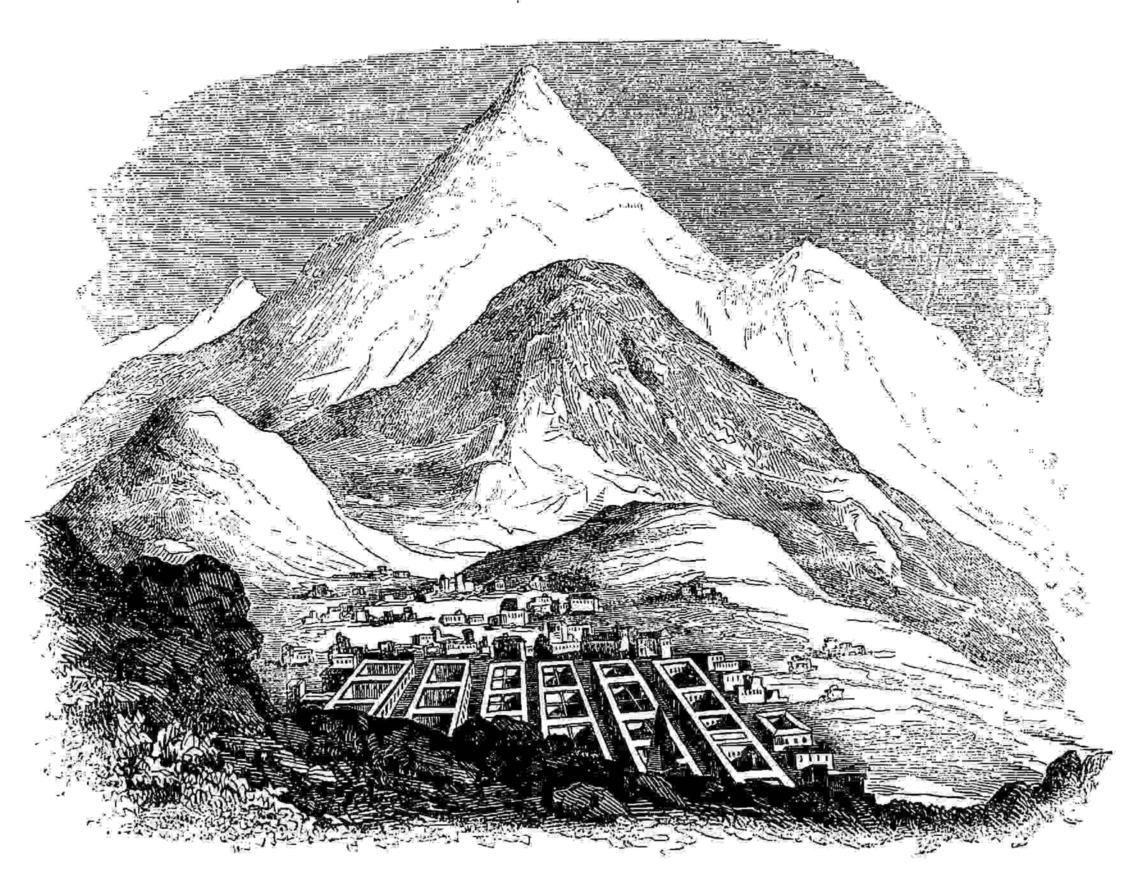
Segun Velasco, los Incas, al llegar á Quito con sus legiones conquistadoras, se sorprendieron al descubrir que allí se hablaba el dialecto quichua, aunque era desconocido en una gran parte de la region intermedia; hecho singular si es cierto. (Hist. de Quito, tom. I, p. 185.) El autor, natural del pais, tuvo medios de adquirir noticias muy curiosas, y en su interesante obra establece una íntima analogía entre la ciencia y las instituciones sociales de los pueblos de Quito y del Perú. Sin embargo, se nota en ella el afan de dar siempre la primacía á su propio pais, y aventura á veces observaciones y hechos con una confianza no muy á propósito para conseguir la de sus lectores.

(4) Garcilasso, Com. Real, ubi supra.

(5) Ondegardo, Rel. prim., MS.

manas, pero no se sabe á punto fijo su estension, y si se componian de siete, nueve ó diez dias. Como su año lunar tenia necesariamente que ser menor que el tiempo verdadero, rectificaban su calendario por medio de observaciones solares hechas con muchas columnas cilíndricas que habian construido en los terrenos elevados que rodean al Cuzco, y que les servian para tomar el azimut; y midiendo su sombra, descubrian el período esacto de los solsticios. Determinaban el período de los equinoccios por medio de una sola columna ó gnomon, colocado en el centro de un círculo descrito en la área del gran templo, y atravesado por un diámetro tirado de Este á Oeste. Cuando las sombras eran apenas visibles bajo los rayos del sol de medio dia, decian que «el Dios se apoyaba con toda su luz sobre la columna (1).» Quito, colocada esactamente en el Ecuador donde los rayos verticales del sol no dan sombra alguna á medio dia, era un objeto especial de veneracion, como mansion favorita de la gran deidad. El período de los equinoccios se celebraba con fiestas públicas. La columna estaba coronada con la silla de oro del Sol, y tanto en aquellas épocas como en los solsticios, se colgaban guirnaldas en las columnas y se ofrecian flores y frutas, mientras que se observaba una gran fiesta en todo el imperio. Por estos períodos arreglaban los peruanos sus ritos religiosos y su ceremonial, y señalaban la clase de trabajos en que habia de ocuparse la agricultura. El año empezaba con el solsticio de invierno (2).

Esta escasa relacion abraza casi todo lo que sabemos de la astronomía peruana. Parecerá estraño que una nacion que habia llevado sus observaciones hasta este punto no pasase mas adelante; y que á pesar de sus progresos generales en la civilizacion, se hubiese quedado en esta ciencia tan lejos, no solamente de



Vista del cerro de Potosí.

los mejicanos, sino de los muyscas, que ocupaban las mismas regiones elevadas de la gran llanura del Sur que ellos. Estos arreglaban su calendario segun el mismo plan de ciclos y séries periódicas que los aztecas, acercándose aun mas al sistema seguido por los pueblos del Asia (3).

Fernandez, que se separa de casi todos los demas autores en cuanto á fijar en junio el principio del año, da los nombres de los diferentes meses con sus correspondientes ocupaciones. Hist. del Perú, parte II, lib. III, cap. X.

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XXII—XXVI.

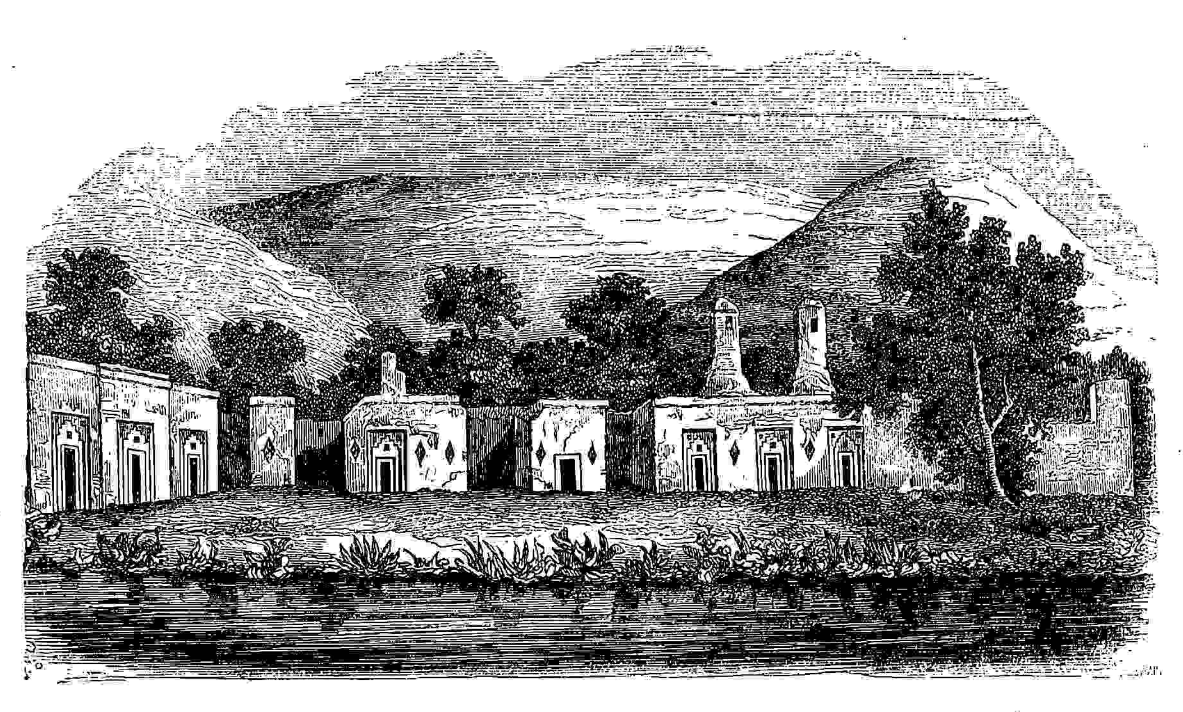
Los conquistadores españoles destruyeron estas columnas, porque indicaban la idolatría de los indios. ¿A quién correspondia mejor el nombre de bárbaros?

(2) Betanzos, Nar. de los Ingas, MS., cap. XVI.—Sarmiento, Rel., MS., XXIII.—Acosta, lib. IV, cap. III.

El gnomon mas célebre de Europa, el que está en el domo de la iglesia metropolitana de Florencia, fue construido por el famoso Toscanelli, con el objeto de terminar los solsticios y arreglar las festividades de la Iglesia hácia el año de 1468, quizas poco mas ó menos en la época en que el indio americano hizo un instrumento astronómico análogo. Véase Tiraboschi. Historia de la Letteratura Italiana, tom. VI, lib. II, sec. XXXVIII.

(3) Una noticia muy escasa de este pueblo interesante, aunque quizas tan completa como lo permitian los datos, fue publicada por Piedrahita, obispo de Panamá, en los dos primeros libros de su Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. (Madrid, 1688.) M. de Humboldt tuvo la dicha de conseguir un manuscrito, compuesto por un eclesiástico español residente en Santa Fé de Bogotá, relativo al calendario Muysca, de que el filósofo prusiano ha dado un ámplio y luminoso análisis. Vues des Cordillères, p. 244.

Deberia haberse esperado que los Incas, que se enorgullecian con el título de hijos del Sol, hubiesen hecho un estudio particular de los fenómenos astronómicos, y un calendario fundado en principios tan científicos como el de sus semi-civilizados vecinos. Es verdad que un historiador nos asegura que reunian sus años en ciclos de diez, ciento y mil, y que á estos ciclos arreglaban su cronología (1). Pero este aserto, que en sí no es improbable, descansa en el testimonio de un escritor de poco criterio, y milita contra él el silencio de historiadores anteriores y mas atendidos, como igualmente la falta de todo monumento, como los que se han encontrado entre otras naciones americanas, que pruebe la existencia de semejante calendario. La inferioridad de los peruanos podrá quizas esplicarse hasta cierto punto, por el hecho de que su sacerdocio se componia de individuos del cuerpo Inca, órden de nobleza privilegiada que no necesitaba rodearse de una superioridad de saber para escudarse contra las invasiones del



Ruinas de otro Templo de los Incas en el lago de Titicaca.

vulgo. La pequeña parte de verdadera ciencia que poseia el sacerdote azteca, le servia de clave para revelar los misterios celestes, y el falso sistema de astrología que en estas bases fundaba, lo hacia aparecer como un ser superior, que tenia algo de divino en su naturaleza. Pero el Inca noble era divino de nacimiento; el estudio ilusorio de la astrología, tan seductor para las inteligencias que aun no están ilustradas, no ocupaba su atencion; las únicas personas que en el Perú asumian el poder de escudriñar los misterios del porvenir, eran los adivinos, hombres que combinando con sus pretensiones alguna destreza en el arte de curar, se asemejaban á los hechiceros que se han encontrado entre tantas tríbus indias. Pero esta ocupacion era poco apreciada, escepto entre las clases inferiores, y generalmente se abandonaba á los que por su edad ó sus achaques no podian dedicarse al verdadero trabajo (2).

Los peruanos conocian una ó dos constelaciones, y observaban los movimientos del planeta Venus, al cual, como ya hemos visto, consagraban altares. Pero prueba de su ignorancia de los principios elementales de la ciencia astronómica son sus ideas sobre los eclipses, que indicaban, segun ellos, una gran alteracion en el planeta, y cuando la luna se hallaba sometida á una de estas misteriosas enfermedades, tocaban sus instrumentos, y agitaban el aire con sus gritos y lamentos para sacarla de su letargo. Estas ideas pueriles forman un contraste muy notable con el verdadero saber que poseian los mejicanos, como lo prueban sus mapas geroglíficos, en que se descubre con toda claridad la verdadera causa de este fenómeno (3).

Pero si no supieron esplorar tan bien los cielos, debe confesarse que los Incas sobrepujaron á todas otras razas americanas, en su dominio de la tierra. Su agricultura se fundaba en principios que realmente pueden llamarse científicos. Era la base de sus instituciones políticas. No teniendo comercio esterior, la agricultura era la que les facilitaba elementos para los cambios interiores, para su subsistencia y para sus rentas públicas. Ya hemos visto sus estraordinarias

(1) Montesinos, Mem. Antiguas, MS., cap. VII.
«Renovó la computacion de los tiempos, que se iba perdiendo, y se contaron en su reinado los años por 365 dias y seis horas; á los años añadió décadas de diez años, á cada diez décadas una centuria de cien años y á cada diez centurias una capachoata ó jutiphuacau, que son mil años, que quiere decir el grande año del Sol; así contaban los siglos y los sucesos memorables de sus reyes.» Ibid, loc. cit.

(2) «Ansi mismo les hicieron señalar gente para hechiceros, que tambien es entre ellos oficio público y conoscido en todos.... los diputados para ello no lo tenian por trabajo, porque ninguno podia tener semejante oficio como los dichos sino fuesen viejos ó viejas, y personas inhábiles para trabajar, como mancos, cojos ó contrechos, y gente así á quien faltaba las fuerzas para ello.» Ondegardo, Rel. seg., MS.

(3) Véase Codex Tel.-Remensis, parte IV, pl. XXII, ap. Antigüedades de Méjico, tomo I. (Londres, 1829.)

medidas para la distribucion de las tierras en partes iguales entre el pueblo, mientras que exigian á todo hombre, esceptuando á los de las clases privilegiadas, que se ocupase en su cultivo. El Inca mismo no se desdeñaba de darles el ejemplo. En una de las grandes festividades anuales se dirigia á los alrededores del Cuzco acompañado por su córte, y en presencia de todo el pueblo abria la tierra con un arado de oro, ó con un instrumento que hacia sus veces, consagrando así la ocupacion del campesino como digna de los hijos del Sol (1).

La proteccion del gobierno á la agricultura no terminaba con esta fácil ostentacion de la real condescendencia; sino que se manifestaba en las medidas mas eficaces para facilitar los trabajos del campesino. Mucha parte del territorio situado á orilla del mar tenia el gran inconveniente de carecer de agua, pues que en él ó no llovia absolutamente ó llovia muy poco, y los escasos riachuelos que en curso corto y rápido bajaban de las montañas, ejercian poca influencia en tan vasta estension de pais. Es verdad que el suelo era en gran parte arenoso y estéril; pero muchos puntos eran susceptibles de cultivo, y no necesitaban mas que agua para ser maravillosamente fecundos. A estos puntos se llevó el agua por medio de canales y acueductos subterráneos, que eran obras verdaderamente gigantescas. Componíanse de anchas losas de piedra, perfectamente ajustadas sin mezcla alguna, que por medio de compuertas dejaban salir la cantidad suficiente para regar las tierras por donde pasaban. Algunos de estos acueductos eran sumamente largos. Uno que atravesaba el distrito de Condesuyu, tenia de cuatrocientas á quinientas millas de estension. Partian de algun lago elevado ó depósito natural que se hallaba en el corazon de las montañas, y se aumentaba el caudal con ciertos intervalos por medio de otros depósitos que encontraban al paso en los declives de la sierra. En esta bajada habia á veces que abrir un cauce en las rocas, y esto sin herramientas de hierro; habia que rodear las grandes montañas; atravesar rios y pantanos; en una palabra, vencer los mismos obstáculos que encontraban en la construccion de sus gigantescos caminos. Pero los peruanos parecian complacerse en luchar con las dificultades de la naturaleza. Cerca de Caxamalca existe aun un *tunnel* ó galería que escavaron en las montañas para dar salida á las aguas de un lago cuando en la estacion de las lluvias llegaban á un nivel que amenazaba inundar el pais (2).

Los conquistadores con su abandono dejaron que se perdiesen muchas de estas útiles obras de los Incas. En algunos puntos aun corren las aguas en silencio sus conductos subterráneos, y nadie ha tratado de examinar y descubrir su curso y su orígen. En otros, aunque el canal está destruido en parte y cegado por la basura y la vegetacion silvestre, aun se revela su curso por varios oasis de fertilidad. Esto sucede en el valle de Nasca, region fértil, colocada entre dos largos desiertos, donde los antiguos canales de los Incas llegan desde una distancia desconocida por medio de un cauce que tiene de cuatro á cinco pies de profundidad y tres de ancho, y construido con piedras enormes sin mezcla alguna.

Teníase especial cuidado en que todo aquel que cultivaba un terreno por donde uno de estos canales pasaba, disfrutase de él. La ley determinaba la cantidad de agua que á cada cual correspondia; y unos inspectores reales cuidaban de la distribucion, y de que se aplicase el agua al riego (3).

Los peruanos dieron muestras del mismo espíritu emprendedor en sus planes para introducir el cultivo en la parte montañosa de su territorio. Muchas de las colinas, aunque cubiertas de buena tierra, tenian una pendiente demasiado rápida para que se pudiesen labrar. Estas las dividian en terrados, revestidos con piedras, los que iban disminuyendo gradualmente, hasta llegar á la cumbre; así que al paso que la faja inferior, ó *anden*, como los llamaron los españoles, rodeaba la base de la montaña y podia contener una gran cantidad de fanegas de tierra, la superior no alcanzaba á contener mas que unas cuantas hileras de cañas de maiz (4). Algunas de las cumbres presentaban tal masa de roca compacta, que despues de cortar en ella los terrados, era preciso cubrir su superficie de tierra antes que pudiesen servir para el cultivo. Tal era la paciencia con que los peruanos luchaban contra los obstáculos formidables que les presentaba su pais. Sin las herramientas y la maquinaria que usan los europeos, poco hubiera podido hacer cada individuo por sí; pero obrando en grandes masas y bajo una direccion comun, lograban con su perseverancia infatigable alcanzar resultados que los mismos europeos no se hubieran atrevido á esperar (5).

Con el mismo espíritu de economía agrícola que los impulsaba á sacar á los peñascos de la sierra de su triste esterelidad, escavaban el árido suelo de los valles en busca de alguna capa de tierra en que se encontrase alguna humedad natural. Estas escavaciones, que los españoles llamaron *hoyas*, eran muy grandes, é incluian muchas veces un acre de tierra escavado hasta la profundidad de quince ó veinte pies, y rodeado con una pared de adobes. El fondo de esta escavacion se preparaba perfectamente abonándolo con una especie de sardina, que se pescaba en cantidades inmensas en la costa, y luego se sembraban en él granos ó legumbres (6).

Los labradores peruanos conocian perfectamente las diferentes clases de abonos, y hacian mucho uso de ellos; circunstancia muy rara en las fértiles regiones de los trópicos, y que probablemente no existia entre ninguna de las demas tribus de América. El abono de que hacian mucho uso era el *guano*, precioso

(1) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XVI.

Parece que tambien los nobles imitaban el ejemplo de su señor en esta gran festividad. «Pasadas todas las fiestas, en la última llevan muchos arados de manos, los cuales antiguamente eran de oro; y hechos los oficios, tomaba el Inga un arado y comenzaba con él á romper la tierra, y lo mismo los demas señores, para que de allí adelante en todo su señorio hiciesen lo mismo; y sin que el Inga hiciese esto, no habia indio que osase romper la tierra, ni pensaban que produjese si el Inga no la rompia primero, y esto baste cuanto á las fiestas.» Conq. y Pob. del Pirú, MS.

(2) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXI.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXIV. Steveson, Relacion de una residencia de veinte años en la América del Sur (Londres, 1829), t. I, p. 412; II, páginas 173—174.

«Sacauan acequias en cabos y por partes que es cosa estraña afirmarlo; porque las echauan por lugares altos y bajos: y por laderas de los cabesos y haldas de sierras que están en los valles; y por ellos mismos atrauiessan muchas, unas por una parte, y otras por otra, que es gran delectacion caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescura.» Cieza de Leon, Crónica, capítulo LXVI.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Memorias del Gen. Miller, tom. II, p. 220.

(4) Miller supone que estos *andenes* fueron el origen del nombre de Andes que dieron los españoles á las cordilleras de la América del Sur. (Mem. del Gen. Miller, t. II, p. 219.) Pero este nombre es anterior á la conquista, segun Garcilasso, que lo deriva de *Anti*, nombre de una provincia al Este del Cuzco. (Com. Real, parte I, lib. II, cap. XI.) *Anta*, que significaba cobre, metal que se encontraba con mucha abundancia en algunas partes del pais, pudo haber dado su nombre á la provincia, y quizás directamente á las montañas.

(5) Memorias del Gen. Miller, ubi supra.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. I.

(6) Cieza de Leon, Crónica, cap. XXIII.

Los restos de estas antiguas escavaciones aun escitan el asombro de los viajeros modernos. Véase á Steveson, Residencia en la América del Sur, tomo I, p. 359.—Culloch, Investigaciones, p. 358.

escremento de aves marítimas que tanto ha llamado recientemente la atencion de los agricultores, así en Europa como en los Estados-Unidos, y cuyas propiedades estimulantes y nutritivas eran perfectamente apreciadas por los indios. Este *guano* existia en cantidades tan inmensas en muchos de los islotes de la costa, que formaba unas como colinas elevadas, á que dieron los conquistadores el nombre de *Sierra Nevada*, por el color blanco con que las cubria una incrustacion salina.

Los Incas adoptaron sus acostumbradas precauciones para que el agricultor pudiese disfrutar de este abono importante. Destinaron las pequeñas islas de la costa para uso de los respectivos distritos á que se hallaban adyacentes. Cuando la isla era grande, se distribuia entre varios distritos, y se señalaban exactamente los límites de cada division. Toda usurpacion de derechos agenos se castigaba severamente; y aseguraban la conservacion de las aves con penas tan severas como las que fulminaron en Inglaterra los tiranos normandos para conservar su caza. A nadie se permitia poner el pie en la isla en la época en que las aves criaban, bajo pena de muerte; y con la misma se castigaba al que en cualquiera estacion matase uno de estos pájaros (1).

Con estos progresos en la ciencia agrícola, era de suponer que los peruanos tuviesen algun conocimiento del arado, tan generalmente usado entre las naciones primitivas del continente oriental. Pero ni tenian la reja de arado de hierro de Europa, ni los animales para tirar de ella, que no se encontraron en ninguna parte del Nuevo-Mundo. El instrumento que usaban era una estaca fuerte y puntiaguda, atravesada por una pieza horizontal á diez ó doce pulgadas de la estremidad, para que el labrador apoyase en ella el pie y la forzase á penetrar en el suelo. Seis ú ocho hombres robustos se uncian á este instrumento y lo arrastraban con fuerza, tirando á un tiempo y llevando el compas del movimiento con el canto de sus aires nacionales, en que los acompañaban sus mujeres que seguian el surco para romper los terrones con sus rastrillos. Como el terreno era blando, ofrecia poca resistencia; y la mucha práctica hacia que el labrador pudiese romper el terreno hasta la profundidad necesaria con asombrosa facilidad. Esta especie de arado era una grosera invencion; pero sumamente curiosa como único instrumento de su clase que se ha encontrado entre los indígenas de América, y quizás no era muy inferior al instrumento de palo que introdujeron en su lugar los conquistadores europeos (2).

Muchas veces los Incas, despues de proporcionar agua á un distrito desierto, preparándolo así para los trabajos de la agricultura, trasplantaban á él una colonia de *mitimaes* que lo cultivaban con los vejetales mas convenientes á la naturaleza del suelo. Mientras que así consultaban el carácter peculiar y la capacidad de las tierras, se proporcionaba un medio de cambiar sus diferentes productos á las provincias circunvecinas, que, por la formacion del pais, variaban mucho mas de lo que suele suceder dentro de los mismos límites. Para facilitar estos cambios agrícolas, se instituian ferias, que se celebraban tres veces al mes en algunos de los lugares mas poblados, donde, como el dinero era desconocido, se hacia una especie de comercio por medio del cambio de los respectivos productos. Estas ferias eran otras tantas fiestas en que descansaba el trabajador (3).

Tales eran las medidas adoptadas por los Incas para el cultivo y mejora de su territorio; y aunque imperfectas, es preciso confesar que indicaban conocimientos sobre los principios de la ciencia agrícola que les dan algun derecho á ser clasificados entre los pueblos civilizados. Gracias á la paciencia y al saber que desplegaban en su cultivo, no habia pulgada de terreno cuya produccion no se elevase al mayor grado posible, mientras que se obligaba á los parajes mas estériles á contribuir en algo á la subsistencia del pueblo. Por todas partes del territorio abundaban los indicios de riqueza agrícola, desde los risueños valles de la costa, hasta las escalonadas pendientes de la sierra, que elevándose en pirámides de verdura, brillaban con todo el esplendor de la vejetacion tropical.

La formacion del pais era especialmente favorable, como ya lo hemos dicho, á una variedad infinita de productos, no tanto por su estension como por sus diferentes elevaciones, que, mas notables aun que las de Méjico, encierran todos los grados de latitud desde el Ecuador hasta las regiones polares. Sin embargo, aunque la temperatura cambia en estas regiones segun el grado de elevacion, sigue siendo casi la misma en cada punto durante todo el año; y los habitantes no esperimentan ninguna de aquellas agradables vicisitudes de la estacion que corresponden á las latitudes templadas del globo. Así mientras que el verano brilla en toda su fuerza en las ardientes regiones del palmero y del cacao que ocupan las costas del Océano, se goza de una primavera perpétua en la ancha superficie de la llanura elevada, y las cumbres mas altas de la cordillera están cubiertas con las nieves de un invierno eterno.

Los peruanos sacaban de esta variedad fija de clima, si así me es lícito llamarla, el mejor partido posible, cultivando las producciones propias de cada una; y consagraban especialmente su atencion á las que mas alimento podian proporcionar al hombre. Así en la region inferior se encontraban la yuca y el plátano, esa planta benéfica que parece destinada á librar al hombre de la primitiva maldicion de ganar el sustento con el sudor de su frente (4). En las partes del pais en que ya no se podia cultivar el plátano, se encontraba el maiz, la gran base alimenticia en las dos grandes divisiones del Norte y del Sur del continente americano; y que, despues de su esportacion al antiguo continente se estendió en él con rapidez tan asombrosa, que llegó á creerse que era indígena de esta parte del mundo (5). Los peruanos conocian perfectamente las diferentes maneras de preparar este útil vejetal, aunque parece que no hacian pan con él mas que en las grandes festividades. Estraian ademas de su tallo una especie de miel, y hacian un licor muy fuerte con el grano fermentado, de que, como los aztecas, abusaban estraordinariamente (6).

(1) Acosta, lib. IV, cap. XXXVI.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. III.

(2) Garcilasso, Com. Real. parte I, lib. V, cap. II.

(3) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XIX.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXXVI; lib. VII, cap. I.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. III.

(4) Humboldt demuestra las propiedades pacíficas del plátano, y dice que su fuerza de produccion comparada con la del trigo, es como 133 á 1, y con la de la patata como 44 á 1. (Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne. París, 1827, tomo II, p. 389.) Es una equivocacion suponer que esta planta no era indígena de la América del Sur. La hoja de plátano se ha encontrado muchas veces en los antiguos sepulcros peruanos.

(5) El nombre de *blé de Turquie* es prueba del error popular. Sin embargo, la rapidez con que se estendió por toda Europa y Asia, despues del descubrimiento de América, basta para probar que no pudo ser indígena del antiguo continente y haber permanecido tanto tiempo desconocida allí.

(6) Acosta, lib. IV, cap. XVI.

La materia sacarina que contiene el tallo del maiz es mucho mayor en las regiones tropicales que en latitudes mas septentrionales; así es que se suele ver muy á menudo á los naturales de aquellos mascarlos como si fueran tallos de azúcar. Una de las clases de licor fermentado, *sora*, que se hacia con el maiz, era tan fuerte, que los Incas prohibieron su uso, á lo menos á las clases bajas. Parece que en esta materia no se obedecian sus órdenes tan escrupulosamente como en las demas.

El clima templado de la region elevada les proporcionaba el maguey *(Agave americana)*, muchas de cuyas estraordinarias cualidades conocian, aunque no la mas importante de todas, como lo es la de producir un material con que se puede hacer papel. Tambien era el tabaco una de las producciones de esta elevada region. Sin embargo, el uso que de él hacian los peruanos era diferente del de todas las demas naciones de América que lo conocian, puesto que no lo empleaban sino como medicina en forma de rapé (1). Quizás lo reemplazaban en cuanto á sus propiedades narcóticas con la coca *(Erythroxylum peruvianum)*, ó *cuca*, como la llamaban los indígenas. Este es un arbusto que crece como hasta la altura de un hombre. Se recogen sus hojas y se secan al sol, y mezcladas luego con un poco de cal, forman una composicion que se masca, muy parecida á la hoja del betel en Oriente (2). Con una pequeña cantidad de esta coca y con un puñado de maiz tostado, el indio peruano de nuestra época hace sus penosos viajes dia tras dia, sin cansancio ó á lo menos sin quejarse. Hasta los alimentos mas suculentos le son menos gratos que su predilecto narcótico. Bajo el imperio de los Incas se dice que se reservaba esclusivamente para las clases nobles. Si así era, á lo menos el pueblo ganó este goce con la conquista; y despues de aquel período llegó este á hacer un uso tan general de la coca, que este producto llegó á ser uno de los ramos mas importantes de las rentas coloniales de España (3). Sin embargo, con todas las agradables cualidades de una opiata, se dice tambien que cuando esta hoja tan ponderada por los naturales se usaba con esceso, producia todos los efectos peligrosos de la embriaguez habitual (4).

Subiendo algo mas por los declives de la cordillera, mas allá de los límites del maiz y de la *quinua*, grano que se parece algo al arroz, y que cultivan mucho los indios, se encontraba la patata ó papa, cuya introduccion en Europa ha hecho época en la historia de la agricultura. Ya fuese indígena del Perú, ó importada de Chile, formaba el principal alimento de las llanuras mas elevadas en que dominaban los Incas, y su cultivo continuaba á una altura en las regiones ecuatoriales que era muchos miles de pies superior á los límites de la nieve perpétua en las latitudes templadas de Europa (5). Individuos silvestres de la misma familia se encontraban á mayor elevacion aun, y crecian espontáneamente entre los raquíticos arbustos que cubren las majestuosas pendientes de la cordillera, hasta que gradualmente la vejetacion degeneraba en musgos y una yerba amarilla y corta, *pajonal*, que, como una alfombra de oro, se estendia por la base de esos conos soberbios que se encumbraban hasta las regiones del silencio eterno, cubiertos con las nieves de los siglos (6).

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XXV.

(2) La hoja picante del *betel* se mezcla tambien con cal para mascarla. (Elphinstone, Historia de la India, Londres, 1841, tomo I, p. 331.) La analogía de este goce social en el remoto Oriente y Occidente es muy singular.

(3) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Acosta, lib. IV, capítulo XXII.—Stevenson, Residencia en la América del Sur, tomo II, p. 63.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XCVI.

(4) Un viajero (Pœppig) de quien se habla en una revista inglesa, trata largamente de los malos efectos que produce el uso habitual de la coca, y los compara á los que sufren los que mascan el opio. Estraño es que otros autores no hablen de esto. No recuerdo haberlo leido en ningun otro.

(5) Malte-Brun, lib. LXXXVI.

La patata, descubierta por los primeros que fueron á Chile, Perú, Nueva Granada, y en toda la estension de las cordilleras de la América del Sur, era desconocida en Méjico, otra prueba de que las naciones respectivas de los dos continentes ignoraban la existencia unas de otras. Humboldt, que ha consagrado mucha atencion á la historia primitiva de este vejetal, que ha ejercido una influencia tan importante en la sociedad europea, supone que su cultivo en Virginia, donde fue conocido por los primeros colonos, se introduciria de las colonias españolas del Sur. Essai Politique, tom. II, p. 462.

CAPITULO V.

Ganados del Perú. — Grandes Cacerias. — Manufacturas. — Habilidad mecánica. — Arquitectura. — Reflexiones finales.

Una nacion que habia hecho tantos progresos en la agricultura, debia naturalmente haber hecho algunos tambien en las artes mecánicas, especialmente cuando, como sucedia entre los habitantes del Perú, su economía agrícola exigia un grado no despreciable de destreza mecánica. Nótase en todas las naciones que los progresos en las manufacturas tienen relacion íntima con los progresos en la agricultura. Ambas artes se encaminan al mismo gran objeto de proporcionar al hombre todos los elementos necesarios para su existencia, para su comodidad, y en una sociedad mas adelantada, para sus goces; y cuando una de ellas ha alcanzado un grado de perfeccion que indica cierto adelanto en la civilizacion, la otra debe naturalmente encontrarse en un grado correspondiente de desarrollo, análogo al aumento de las demandas y de la capacidad de semejante estado. Los súbditos de los Incas, en su paciente y tranquila consagracion á las ocupaciones mas humildes de la industria que los ligaba al suelo en que habian nacido, se parecian mas á las naciones orientales, como los hindus y los chinos, que á los individuos de la gran familia anglosajona, cuyo arrojado carácter los ha lanzado á buscar la fortuna en el borrascoso Océano, y á entablar comercio con las regiones mas remotas del globo. Los peruanos, aunque poseian una gran estension de costa, no tenian comercio alguno esterior.

Tenian á pesar de esto ventajas peculiares para la fabricacion doméstica en un material incomparablemente superior á los que poseian las demas razas del continente occidental. Sabian tejer con la correosa fibra del maguey una tela que, como sucedia entre los aztecas, les servia como los tejidos de hilo. El algodon crecia con abundancia en el nivel bajo y ardiente de la costa, y les proporcionaba un vestido acomodado á las latitudes mas templadas del pais. Pero del llama y de los otros animales de la misma familia sacaban un vellon muy útil para los climas mas frios de la region elevada, «vellon, dice un escritor célebre, mucho mas apreciable que el pelo fino del castor del Canadá, y que la lana de la *brébis des Calmoucks* ó de la cabra de Siria (7).»

De las cuatro variedades del carnero peruano, la del llama, que es la que mejor conocemos y la mas comun, es la que menos vale por su lana. Empléasela casi esclusivamente como acémila, cosa impropia al parecer de su pequeñez y de su poca fuerza, aunque es algo mayor que las demas variedades. Lleva un peso de poco mas de cuatro arrobas, y no puede andar mas que de tres á cuatro leguas al dia. Pero todo esto

(6) Mientras que el Perú, bajo el imperio de los Incas, poseia estos magníficos productos indígenas, y otros muchos menos conocidos de los europeos, carecia de otros de gran importancia, que, despues de la conquista, han florecido allí como si aquel fuera su terreno natural. Tales son el olivo, la parra, la higuera, el manzano, el naranjo, la caña de azúcar, etc. Ninguno de los cereales del antiguo continente se encontró en el nuevo. El primer trigo fue importado por una señora española de Trujillo, que hizo grandes esfuerzos por diseminarlo entre los colonos, cosa que tampoco descuidaba el gobierno, sea dicho en honra suya. El nombre de esta señora era María de Escobar. La Historia, que se ocupa tanto en celebrar á los azotes de la humanidad, debe complacerse en conservar el nombre de uno de sus bienhechores verdaderos.

(7) Walton, Relacion histórica y descriptiva del carnero peruano (Londres, 1811), p. 115. La comparacion de este escritor se refiere á la lana de la vicuña, el animal de esta familia mas estimado por su vellon.

se halla compensado por el poco trabajo y gasto que ocasiona en su manejo y manutencion. El llama encuentra un fácil alimento en la yerba raquítica que crece en los costados y *punas*, ó llanuras elevadas de las cordilleras. La estructura de su estómago, como la del camello, le permite pasarse sin beber durante semanas enteras y aun meses. Su pezuña esponjosa, armada por la naturaleza con un especie de garra para que pueda sostenerse en la nieve, jamás necesita herradura, y la carga que lleva, descansa segura en su lecho, de lana, sin necesidad de cincha ó aparejo. Los llamas viajan en recuas de quinientos y aun de mil, y así, aunque cada individuo lleva poco, la totalidad es muy considerable. Toda la caravana anda á su paso regular, pasando la noche al aire libre sin que la temperatura mas fria le cause daño alguno, y caminando en órden admirable obedeciendo á la voz del conductor. Solo cuando lo cargan demasiado se niega á moverse este animal, y entonces ni los golpes ni los halagos pueden inducirlo á que se levante del suelo. Tan obstinado en sostener sus derechos es en esta ocasion, como dócil y manso generalmente (1).

La aplicacion de los animales domésticos al trabajo distinguia á los peruanos de las demas razas del nuevo mundo. Esta economía del trabajo humano sustituyéndole el del animal, es un grande elemento de civilizacion, que solo cede en importancia al que con la maquinaria suple á ambos. Sin embargo, parece que los antiguos peruanos hacian menos caso de esta parte de la utilidad del llama que sus conquistadores españoles, y que le apreciaban especialmente, lo mismo que á los demas animales de su clase, por su vellon. El gobierno, segun ya lo hemos dicho, poseia rebaños inmensos de este *ganado mayor*, como lo llamaron los españoles, y del *ganado menor*, ó *alpacas*, confiados al cuidado de pastores que los conducian de una parte á otra del pais, segun los cambios de la estacion. Estos viajes estaban arreglados con toda la exactitud con que el código de la *Mesta* determinaba los de los grandes rebaños trashumantes de merinos en España; y los conquistadores cuando desembarcaron en el Perú, se sorprendieron al ver una raza de animales tan parecida á la de su propio pais en propiedades y hábitos y sometida á un sistema de legislacion que parecia copiado del de la Península (2).

Pero la mejor clase de lana era producto no de estos animales domésticos, sino de las otras dos especies, el *huanaco* y la *vicuña*, que vivian libres en las heladas cumbres de las cordilleras; donde era bastante comun verlos trepar por los picos cubiertos de nieve en que no existe ningun ser animado, esceptuando al condor, el ave gigantesca de los Andes, cuyas amplias alas se remontan por la atmósfera hasta la altura de mas de veinte mil pies sobre el nivel del mar (3).

En estas ásperas praderas el rebaño sin redil encuentra un alimento abundante en el *ichu*, especie de yerba que se encuentra en toda la estension de la gran cadena de la cordillera, desde el Ecuador hasta los límites del Sur de Patagonia. Y como estos límites señalan el territorio en que vive el carnero peruano, que nunca pasa al Norte de la línea, no parece improbable que esta planta misteriosa y pequeña sea tan importante para su existencia, que su falta sea la principal razon que le haya impedido penetrar en las latitudes del Norte de Quito y la Nueva Granada (4).

Mas aunque vagaban asi sin dueño por los ilimitados desiertos de las cordilleras, jamas se permitia al campesino peruano que cazase estos animales silvestres, que estaban protegidos por leyes tan severas como los ricos ganados que pastaban en los mas cultivados declives de la region elevada. La caza de las montañas y bosques era tan propiedad del gobierno, como si hubiese estado encerrada en un parque ó en un redil (5). Solo se permitia cazar los animales silvestres en ciertas ocasiones señaladas, en las grandes cacerías que se celebraban una vez al año bajo la superintendencia general del Inca ó de sus principales oficiales. Estas cacerías no se repetian en la misma parte del pais sino una vez cada cuatro años, á fin de dar tiempo á que los animales se repusiesen de la destruccion causada en ellas. En la época señalada todos los que vivian en el distrito y en sus alrededores, muchas veces hasta el número de cincuenta ó sesenta mil hombres (6), se distribuian alrededor de manera que formasen un cordon inmenso que abrazase toda la estension del territorio en que se iba á cazar. Estos hombres iban armados con palos largos y lanzas, con los cuales hacian salir la caza de toda especie que se ocultaba en los bosques, en los valles y las montañas, matando sin compasion á las fieras, y arreando á los demas animales, que eran principalmente venados del pais, huanacos y vicuñas, hácia el centro del vasto círculo, hasta que estrechándose este por grados, se concentraban los tímidos habitantes del bosque en alguna espaciosa llanura donde el cazador pudiese examinar cómodamente á sus víctimas, que no tenian ni donde ocultarse, ni punto alguno por el cual pudiesen huir.

Matábanse entonces los venados machos y algunas de las clases mas ordinarias de carneros peruanos; sus pieles se conservaban para los varios objetos útiles que con ellas se hacian generalmente, y su carne, cortada en tajadas muy delgadas, se distribuia al pueblo, que lo convertia en *charqui*, la carne seca del pais que constituia el único alimento animal, como despues ha constituido el principal de las clases bajas en el Perú (7).

Pero no se mataba á la mayor parte de las vicuñas, que solian llegar hasta treinta ó cuarenta mil, sino que despues de esquilarlas cuidadosamente, se les dejaba escapar y volver á sus pastos solitarios de las montañas. La lana que asi se recogia se depositaba en los almacenes reales, para repartirla despues en época oportuna al pueblo. La mas ordinaria se convertia en vestidos para su propio uso, y la mas fina era para el Inca; porque á nadie mas que á

(1) Walton, Relacion histórica, etc., p. 23 y sig. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XVI.—Acosta, libro IV, cap. XLI.

Llama, segun Garcilasso de la Vega, es una palabra peruana que significa *rebaño*. (Ibid., ubi supra.) Los peruanos no sacaban leche de sus animales domésticos, ni creo que ninguna otra tribu del continente americano usase este alimento.

(2) El juicioso Ondegardo recomienda enfáticamente la adopcion de muchas de estas leyes al gobierno español, considerándolas como perfectamente adaptadas á las necesidades de los indígenas. «En esto de los ganados paresció haber hecho muchas constituciones en diferentes tiempos, é algunas tan útiles é provechosas para su conservacion, que convendria que tambien se guardasen agora.» Rel. seg., MS.

(3) Malte-Brun, lib. LXXXVI.

(4) *Ichea*, llamado en la «Flora Peruana» *Jarava*; clase, Monandria Digynia. Véase Walton, p. 17.

(5) Ondegardo, Rel. prim., MS.

(6) A veces se reunian cien mil hombres cuando el Inca cazaba en persona, si hemos de creer lo que dice Sarmiento: «De donde habiéndese ya juntado cincuenta ó sesenta mil personas, ó cien mil si mandado les era.» Relacion, MS., cap. XIII.

(7) Relacion, ubi supra.

Nota del traductor. Ahora se hace este *charqui* en América con carne de vaca, se conoce bajo este nombre en la mayor parte del continente y se esporta en grandes cantidades á la isla de Cuba bajo el nombre de *tasajo*. En Chile y en Buenos-Aires se usa mucho mas que en el Perú, donde está muy distante de poderse considerar como el principal alimento de las clases bajas.

un noble Inca era permitido usar los tejidos finos de lana de vicuña (1).

Los peruanos manifestaban mucha destreza en la manufactura de diferentes objetos para la casa del soberano de este delicado material, hoy bastante conocido en Europa. Hacíanse con él pañolones, vestidos, y otras prendas del traje del monarca, y alfombras, colchas y colgaduras para los palacios imperiales y los templos. El tejido era igual por ambos lados (2); su delicadeza era tal, que tenia el brillo de la seda; y el esplendor de sus colores escitó la admiracion y la envidia del fabricante europeo (3). Los peruanos hacian tambien otro tejido muy fuerte y duradero mezclando el pelo de otros animales con la lana, y eran muy diestros en los hermosos tejidos de plumas, aunque les daban menos valor que los mejicanos por la gran superioridad de los materiales de que disponian para otras telas (4).

Ni era menor en otros ramos la destreza mecánica de los indígenas. Todo hombre en el Perú tenia obligacion de saber todas las artes esenciales á la comodidad doméstica. No se necesitaba un largo aprendizaje para esto cuando eran tan pocas las necesidades de los sencillos labradores súbditos de los Incas. Pero si esto hubiese sido todo, indicaria adelantos muy escasos en las artes. Habia, ademas, ciertos individuos, á quienes se enseñaba cuidadosamente y se acostumbraba á aquellas ocupaciones que satisfacen las exigencias de las clases acomodadas de la sociedad. Estas ocupaciones, como todas las demas artes y oficios en el Perú, se trasmitian constantemente de padres á hijos (5). La division de castas, en este particular, era tan exacta como la que existia en Egipto ó en el Hindostan. Si este órden es contrario á la originalidad ó al desarrollo del talento peculiar del individuo, á lo menos conduce á una fácil y acabada ejecucion, familiarizando al artista con la práctica de su arte desde la infancia (6).

En los almacenes reales y en las *huacas* ó sepulcros de los Incas, se han encontrado muchas muestras de trabajos curiosos y complicados. Entre estos hay vasos de oro y plata, pulseras, collares, y otros adornos para la persona; utensilios de toda clase, algunos de barro fino, y muchos mas de cobre; espejos de una piedra dura y pulimentada ó de plata bruñida, con una gran variedad de otros objetos, muchas veces de forma grotesca, que prueban tanto ingenio como gusto é invencion (7). El carácter de la inteligencia de los peruanos debia inclinarlos mas á la imitacion que á la invencion; á la delicadeza y exactitud de los pormenores, mas bien que á las formas atrevidas y á la hermosura y grandeza del plan.

Que ejecutasen todas estas obras difíciles con las herramientas que poseian, es cosa realmente maravillosa. Comparativamente era fácil fundir y aun labrar las sustancias metálicas, lo que hacian con admirable destreza. Pero que hubiesen dado pruebas de la misma facilidad al cortar las sustancias mas duras, como esmeraldas y otras piedras preciosas, es cosa que no admite fácil esplicacion. Sacaban grandes cantidades de esmeraldas de los estériles distritos de Atacama y esta materia inflexible parece haber sido tan dúctil en manos del artista peruano, como si se hubiera compuesto de cera (8). A pesar de esto los naturales no conocian el uso del hierro, aunque era sumamente abundante en el pais (9). Las herramientas que usaban eran de piedra, y mas generalmente de cobre. Pero el material en que confiaban para la ejecucion de sus trabajos mas difíciles, se formaba combinando una cantidad muy pequeña de estaño con cobre (10). Parece que esta composicion daba al metal una dureza poco inferior á la del acero. Con su auxilio el artista peruano no solamente daba forma al pórfiro y al granito, sino que con su paciencia incansable llevaba á cabo obras que los europeos no se hubieran atrevido á emprender. Entre los restos de los monumentos de Canaz se ven unas argollas sueltas que atraviesan los lábios de animales, y se mueven en todo sentido, siendo así que argollas y cabeza todo ello se compone de un solo y único trozo de granito (11). Es digno de observacion que los egipcios, los mejicanos y los peruanos, en sus adelantos hácia la civilizacion, no hubiesen nunca descubierto el uso del hierro, que abundaba en sus respectivos paises; y que cada uno de esos tres pueblos, sin conocimiento de los otros, hubiese encontrado una cosa que suplia su falta en una composicion curiosa de metales que casi daba á sus herramientas el temple del acero (12); secreto que ha perdido, ó por mejor decir, que jamas ha descubierto el europeo civilizado.

Ya he hablado de la gran cantidad de oro y plata que se convertia en diferentes objetos de elegancia y utilidad para los Incas; aunque en realidad esta cantidad era poco considerable si se compara con lo que hubieran podido producir los tesoros minerales que encerraba el territorio, y con lo que despues ha sacado de él la avaricia mas sagaz y menos escrupulosa del europeo y sus descendientes. Los Incas sacaban su oro de los depósitos de los rios. Tambien se sacaba

(1) Sarmiento, Rel., MS., loc. cit.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXXI.—Garcilasso. Com. Real, p. I, lib. VI, cap. VI.

(2) Acosta, lib. IV, cap. XLI.

(3) «Ropas finísimas para los reyes, que lo eran tanto que parecian de sarga de seda, y con colores tan perfectos cuanto se puede afirmar.» Sarmiento, Relacion, MS., capítulo XIII.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Ropa finisima para los señores Ingas de lana de las vicunias. I cierto fue tan prima esta ropa, como aurán visto en España: por alguna que allá fue luego que se ganó este reino. Los vestidos destos Ingas eran camisetas desta ropa, vnas pobladas de argenteria de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas: y algunas de plumas de aues; otras de solamente la manta. Para hazer estas ropas, tuuieron y tienen tan perfetos colores de carmesi, azul, amarillo, negro, y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja á las de España.» Cieza de Leon, Crónica, cap. CXIV.

(5) Ondegardo, Rel. prim. y seg., MSS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. VII—IX—XIII.

(6) A lo menos tal era la opinion de los egipcios, que atribuian á este arreglo de castas al origen de su particular destreza en las artes. Véase Diodoro, Sic., lib. I, sec. LXXIV.

(7) Ulloa, Not. Amer., ent. 21.—Pedro Pizarro, Descubridor y Conq., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. CXIV.—Condamine, Mém. ap. Hist. de l'Acad. Royale de Berlin, tomo II, pp. 454—456.

Este último escritor dice que durante mucho tiempo se conservó en el real tesoro de Quito una coleccion de adornos macizos de oro admirablemente trabajados; pero cuando él fue á examinarlos, supo que se acababan de convertir en barras, para ser trasportadas á Cartagena de Indias, que á la sazon se hallaba sitiada por los ingleses. El arte de la guerra no puede florecer sino á espensas de todas las demas artes.

(8) Tenian turquesas tambien, y hubieran podido tener perlas, á no ser por la blandura de corazon de los Incas, que no querian arriesgar la vida de sus súbditos en pesca tan peligrosa. A lo menos así lo asegura Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXIII.

(9) «No tenian herramientas de hierro ni azero.» Ondegardo, Rel. seg., MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV.

(10) Humboldt llevó á Europa una de estas herramientas metálicas, un escoplo que se encontró en una mina de plata abierta por los Incas no lejos del Cuzco. Analizándola se encontró que contenia 0,94 de cobre, y 0,06 de estraño. Véase Vues des Cordillères, p. 117.

(11) Sea de esto lo que fuere, dice M. de la Condamine, hemos visto en algunas otras ruinas adornos del mismo granito representando hocicos de animales, en cuyas narices perforadas habia argollas de la misma piedra que se movian. Mem. ap. Hist. de l'Acad. Royale de Berlin, t. II, p. 452.

(12) Véase la Historia de la conquista de Méjico, libro I, cap. V.

en grandes cantidades el metal de las minas del valle de Curimayo al Nordeste de Caxamalca, y de otros puntos diferentes; y las minas de plata de Porco, especialmente, les producian una cantidad considerable de ese mineral. Sin embargo, no trataban de penetrar en las entrañas de la tierra abriendo un pozo, sino que escavaban simplemente una caverna en el declive de la montaña, ó cuando mas, seguian una veta horizontal á una profundidad muy corta. Tambien ignoraban los mejores medios de separar el metal precioso de la escoria con que está unido, y no tenian idea alguna de las virtudes del azogue, mineral bastante abundante en el Perú, como amalgama para efectuar la descomposicion (1). Fundian los metales en hornos que construian en las posiciones mas elevadas y mas sin abrigo, para aprovecharse de los fuertes vientos de las montañas. En fin, los súbditos de los Incas, con toda su paciente perseverancia hicieron poco mas que penetrar la costra, la cáscara esterior, si así puede llamarse, que cubria las cavernas de oro que se ocultan en las tenebrosas profundidades de los Andes. Sin embargo, lo que recogieron en la superficie era mas que suficiente para todas sus necesidades, porque no formaban un pueblo mercantil, ni sabian lo que era dinero (2). En esto se diferenciaban de los antiguos mejicanos, que tenian una especie de moneda corriente de determinado valor. Pero en una cosa eran superiores á sus rivales americanos, ya que usaban el peso para determinar la cantidad de sus mercancías, cosa enteramente ignorada por los aztecas. Este hecho está comprobado por el descubrimiento de balanzas de plata; arregladas con perfecta exactitud, en algunos sepulcros de los Incas (3).

Pero la mejor prueba de la civilizacion de un pueblo, á lo menos tan segura como cualquiera otra, segun se deduce de sus artes mecánicas, estriba en su arquitectura, que presenta un campo tan noble al desarrollo de lo bello y de lo grande, y que al mismo tiempo está tan íntimamente enlazada con las comodidades esenciales de la vida. No hay objeto alguno en que mas se prodiguen los recursos de los ricos, ó que estimule mas enérgicamente la invencion del artista. El pintor y el escultor pueden desplegar su génio individual en creaciones de primer órden; pero los grandes monumentos del gusto y de la magnificencia arquitectónica son los que llevan el sello peculiar del génio de la nacion. El griego, el egipcio, el árabe, el gótico; ¡cuánta luz no dan estos géneros diferentes sobre el carácter y condicion de los pueblos que los han usado! Los monumentos de la China, del Hindostan y de la América del centro, todos indican un período en que no se habia llegado á la madurez, en que la imaginacion no estaba disciplinada por el estudio, y que por tanto en sus mejores resultados solo descubren esas aspiraciones mal encaminadas hácia lo bello que pertenecen á los pueblos semicivilizados.

La arquitectura peruana, que tambien llevaba en sí los rasgos característicos generales de un estado imperfecto de civilizacion, tenia sin embargo su carácter peculiar; y tan uniforme era este carácter, que los edificios de todo el pais parecian haber sido fundidos todos en el mismo molde (4). Generalmente se construian de pórfiro ó granito, y muy á menudo de ladrillo ó adobe. Este, que se formaba de trozos ó cuadrados de dimensiones mucho mayores que las de nuestro ladrillo, se hacia con una tierra pegajosa mezclada con yerbas correosas, y adquiria tal dureza con los años, que era insensible á las tormentas y al sol, mas irresistible aun, de los trópicos (5). Las paredes eran muy gruesas, pero bajas, y pocas veces se elevaban á mas de doce ó catorce pies. Pocas veces hablan los escritores de edificios que tuviesen mas de un piso (6).

Las habitaciones no tenian comunicacion unas con otras, y generalmente daban todas á un patio; y como no tenian ventanas ni aberturas que las reemplazasen, toda la luz esterior tenia que entrar por la puerta. El hueco de estas se hacia de tal modo que los lados se acercaban uno á otro por la parte superior de tal manera que el dintel era mucho mas estrecho que el umbral, peculiaridad que tambien se encuentra en la arquitectura egipcia. La mayor parte de los techos ha desaparecido con el trascurso del tiempo. Algunos existen aun en los edificios menos importantes, y tienen una forma de campana muy singular, hecha con una composicion de tierra y piedrecitas. Créese, sin embargo, que generalmente se componian de materiales menos duraderos, de madera y paja. Es indudable que algunos de los edificios mas importantes de piedra estaban techados con paja. Muchos parecen haber sido construidos sin el auxilio de mezcla alguna; y algunos escritores sostienen que los peruanos no conocian ninguna especie de mezcla para construir sus edificios (7). Pero en los intersticios de algunos de estos se ha descubierto una tierra dura mezclada con cal que une á las piedras; y en otros en que lo bien ajustado de los grandes trozos de piedra no deja lugar al material mas ordinario, el ojo del anticuario ha visto los restos de una cola bituminosa muy fina, tan dura como la misma roca (8).

Obsérvase la mayor sencillez en la construccion de los edificios, que generalmente carecen de todo adorno esterior; aunque en algunos las enormes piedras tienen una forma convexa muy regular, y están adaptadas unas á otras con tan admirable esactitud, que á no ser por las estriaduras seria imposible descubrir la línea de union. En otros la piedra está en bruto, como se sacó de la cantera, con las formas mas irregulares, pero con los bordes perfectamente trabajados y unidos unos con otros. No hay vestigios de columnas ni de arcos, aunque existen opiniones contradictorias sobre este último punto. Pero es indudable que aunque se hayan acercado algo á este sistema de

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXV.

(2) Ibid., parte I, lib. V, cap. VII; lib. VI, cap. VIII. —Ondegardo, Relacion II, MS.

Esto, que pareció increible á Bonaparte de la pequeña isla de Loo Choo, era aun mas estraordinario en un imperio grande y floreciente como el Perú, y el pais por cierto que contenia en sus entrañas los tesoros que habian de dar algun dia á Europa la base de su inmensa circulacion metálica.

(3) Ulloa, Not. Amer., ent. XXI.

(4) Es observacion de Humboldt. «Imposible es examinar con atencion un solo edificio del tiempo de los Incas sin reconocer el mismo tipo en todos los demas que existen en la superficie de los Andes, en una estension de mas de cuatrocientas leguas, desde mil hasta cuatro mil metros de elevacion sobre el nivel del Océano. Parece que un solo arquitecto ha construido este gran número de monumentos.» Vues des Cordillères, p. 187.

(5) Ulloa, que examinó cuidadosamente estos ladrillos, dice que puede haber en su composicion algun secreto hoy perdido; tan superiores le parecen en muchas cosas á los que nosotros hacemos. Not. Amer., ent. XX.

(6) Ibid., ubi supra.

(7) Entre otros véase Acosta, lib. VI, cap. XV.—Robertson, Historia de América (Londres, 1796), t. III, p. 243.

(8) Ondegardo, Relacion seg., MS. —Ulloa, Not. Amer., ent. XXI.

Humboldt, que analizó el mortero usado en los antiguos edificios de Caunar, dice que es una verdadera mezcla, compuesta de piedrecitas y una marga arcillosa. (Vues des Cordillères, p. 116.) El padre Velasco se entusiasma al contemplar «una especie de mezcla casi imperceptible,» compuesta de cal y de una sustancia bituminosa parecida á la cola, que se incorporaba con las piedras hasta el punto de unirlas como si compusiesen una sola masa, y sin que pudiese descubrirse sino despues de un exámen escrupuloso. Esta composicion glutinosa, mezclada con piedrecitas, hacia una especie de camino *macadamizado* que usaban mucho los Incas, y que era tan duro y casi tan pulido como el mármol. Hist. de Quito, tomo I, páginas 126—128.

construccion por la mayor ó menor inclinacion de los muros, los arquitectos peruanos desconocian enteramente el verdadero principio del arco circular que descansa en su llave (1).

Lo que caracteriza la arquitectura de los Incas, segun un eminente viajero, es «la sencillez, la simetría y la solidez (2).» Parecerá poco filosófico condenar la moda peculiar de una nacion como falta de gusto, porque las reglas en que su gusto se apoya no son las nuestras. Sin embargo, hay en la construccion de los edificios peruanos una incongruencia que indica un saber muy imperfecto aun en lo tocante á los primeros principios de la arquitectura. Mientras que arreglaban escrupulosa y artísticamente sus grandes masas de pórfiro y de granito, eran incapaces de empalmar sus maderas, y en su ignorancia del hierro, no conocian mejor medio de sujetar sus vigas que atarlas con cuerdas de maguey. Resultado de esta misma incongruencia era que el edificio que estaba cubierto con paja, y sin una ventana para recibir la luz, resplandecia por dentro con tapicerías de oro y plata. Tales son las contradicciones de un pueblo atrasado en que apenas empiezan las artes á desarrollarse. No seria difícil encontrar ejemplos análogos en la arquitectura y disposicion doméstica de los anglosajones, y aun posteriormente de los normandos.

Sin embargo, los edificios de los Incas se acomodaban al carácter del clima, y eran muy á propósito para resistir á estas terribles convulsiones de la tierra de los volcanes. La sabiduría de su sistema está comprobada por el número de esos edificios que aun subsiste, mientras que las construcciones mas modernas de los conquistadores están sepultados en ruinas. Es verdad que esos mismos conquistadores han hecho mas daño á los antiguos y venerables edificios, en su ciego y supersticioso afan por buscar tesoros ocultos, que los mismos terremotos (3). Pero aun subsisten bastantes monumentos de esta clase para dar estímulo á las investigaciones del anticuario. Hasta ahora no se ha examinado, por decirlo así, mas que los que están á la vista, y segun testimonio de los viajeros existen muchos mas en regiones del pais mucho menos frecuentadas. Esperamos que algun dia serán examinados con tan buen éxito y á impulsos de un espíritu tan emprendedor como el del que ha esplorado las soledades de la América del Centro y de Yucatan.

No puedo terminar este análisis de las instituciones peruanas sin hacer algunas observaciones sobre su carácter general y su tendencia, que, si contienen alguna repeticion de observaciones anteriores, espero que se me perdonará en gracia del deseo que abrigo de dejar grabada en el ánimo del lector una pintura esacta y consistente en todas sus partes. En este exámen no puede dejar de sorprendernos la falta absoluta de analogía que existe entre estas instituciones y las de los aztecas, la otra gran nacion que estaba al frente de la civilizacion en el continente occidental, y cuyo imperio en la parte del Norte fue tan notable como el de los Incas en la del Sur. Ambas naciones se establecieron en la region elevada, y empezaron su carrera de conquistas en épocas quizás no muy separadas una de otra (4). Y es digno de notarse que en América la region elevada que está al pie de las cumbres de las grandes cadenas de montañas fuese elegida para asiento de la civilizacion en ambos hemisferios.

Muy diferente era la política que siguieron las dos razas en su carrera militar. Los aztecas animados por el espíritu mas feroz, hacian una guerra de esterminio, señalando los triunfos con el sacrificio de hecatombes de cautivos; mientras que los Incas, aunque seguian la carrera conquistadora con igual tenacidad, preferian una política mas suave, sustituyendo á la violencia la negociacion y la intriga, y tratando á sus antagonistas de modo que no se entorpeciesen sus recursos futuros, y que viniesen al seno del imperio como amigos y no como adversarios.

Su política con las naciones conquistadas presentaba un contraste no menos notable con la que seguian los aztecas. Los vasallos mejicanos estaban agobiados con contribuciones escesivas y conscripciones militares. Para nada se pensaba en su bienestar, y el único límite á la opresion era la fuerza del sufrimiento. Se les sujetaba por medio de fortalezas y guarniciones, y constantemente se les hacia sentir que no formaban parte de la nacion, sino que se les subyugaba solamente como á pueblo conquistado. Los Incas, al reves, concedian en el acto á sus nuevos súbditos todos los derechos que disfrutaba el resto de la nacion; y aunque los obligaban á conformarse á las leyes y usos del imperio, velaban por su seguridad personal y por su bienestar con paternal cuidado. Así ligada por los lazos del interes comun, la heterogénea poblacion se sentia animada de un sentimiento, comun tambien, de lealtad, que daba mayor fuerza y estabilidad al imperio á medida que se estendian sus límites mientras que las varias tribus que fueron sometiéndose sucesivamente al cetro mejicano, sujetas solo por el lazo de la fuerza, estaban dispuestas á separarse en cuanto esa fuerza desapareciese. En la política de las dos naciones se descubria el principio del miedo en contraste con el principio del amor.

Los rasgos característicos de sus sistemas religiosos tambien eran totalmente distintos. Todo el panteon azteca participaba mas ó menos del espíritu sanguinario del terrible dios de la guerra que en él presidia y su frívolo ceremonial casi siempre terminaba con sacrificios humanos y orgías de caníbales. Pero los ritos de los peruanos pertenecian á un culto mas espiritual; porque el culto que se acerca mas al del Creador, es el de los cuerpos celestiales que al recorrer sus brillantes órbitas parecen ser los símbolos mas gloriosos de su bondad y de su poder.

En las artes mecánicas mas pequeñas, ambos pueblos poseyeron una destreza admirable; pero en la

(1) Condamine. Mém. ap. de l'Acad. Royale de Berlin, tomo II, p. 448.—Ant. y Monumentos del Perú, MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV.—Acosta, lib. VI, cap. XIV.—Ulloa, Viaje á la América del Sur, t. I, p. 469.—Ondegardo, Rel. seg., MS.

(2) «Sencillez, simetría y solidez; hé aquí los tres rasgos caracteriscos que distinguen de una manera ventajosa á todos los edificios peruanos.» Humboldt., Vues des Cordillères, p. 115.

(3) El autor anónimo de las Antig. y Monumentos del Perú, MS., nos da de segunda mano una de esas tradiciones doradas que en épocas antiguas daban estímulo al espíritu aventurero. El cree que en este caso la tradicion es digna de crédito. El lector juzgará.

«Es un hecho, dice, bien probado y generalmente creido que en la fortaleza del Cuzco existe un salon secreto donde se oculta un inmenso tesoro, que consiste en las estátuas de oro de todos los Incas. Vive aun una señora, doña María de Esquivel, la mujer del último Inca, que visitó este salon, y yo le he oido referir cómo la llevaron á verlo.

«Don Cárlos, el marido de esta señora, no vivia con el lujo y esplendor digno de su elevado rango. Doña María se lo echaba algunas veces en cara, declarando que habia sido engañada al casarse con un pobre indio bajo el título pomposo de Inca. Repitió esto tan á menudo, que D. Cárlos esclamó una noche: Señora, ¿quereis saber si soy pobre ó rico? Ya vereis que ningun noble ni rey del mundo tiene tesoro mas rico que yo. Tapándole en seguida los ojos con un pañuelo, le hizo dar dos ó tres vueltas, y cogiéndola por la mano le hizo correr una distancia corta antes de quitarle el pañuelo. Al abrir ella los ojos ¡cuál fué su sorpresa! No habia andado arriba de doscientos pasos, habia bajado unos pocos escalones, y se encontraba en un gran salon cuadrangular, donde, colocadas en bancos alrededor de la pared, vió las estátuas de los Incas, cada una del tamaño como de un niño de doce años, y todas de oro macizo. Tambien vió muchos vasos de oro y plata; en una palabra, segun ella decia, era uno de los tesoros mas magníficos del mundo entero.»

(4) Ante, cap. I.

construccion de obras públicas importantes, de caminos, acueductos, canales, y en la agricultura en todos sus pormenores, á los peruanos corresponde la superioridad. Estraño es que estos se quedasen tan atras de sus rivales en sus esfuerzos por alcanzar un adelanto intelectual mas elevado, especialmente en la ciencia astronómica, y en el arte de comunicar el pensamiento por medio de símbolos visibles. Cuando consideramos la superioridad de los Incas en todos los demas adelantos, su inferioridad á los aztecas en estos ramos particulares solo puede esplicarse suponiendo que estos sacasen su ciencia de la raza que los precedió en el pais, de aquella raza misteriosa cuyo orígen y cuyo fin se ocultan igualmente al investigador, pero que quizás, huyendo de sus feroces invasores, buscó asilo en aquellas regiones de Centro América los restos de cuya arquitectura nos enseñan hoy los monumentos mas agradables de la civilizacion de los indios. Con esta raza mas culta, con la que parece que tenian alguna semejanza los peruanos en su organizacion moral é intelectual, es con la que debe comparárseles. Si se hubiera dejado al imperio de los Incas estenderse al paso rápido con que iba adelantando en la época de la conquista española, quizás ambas razas hubieran llegado á chocar ó á unirse una con otra.

Los mejicanos y los peruanos, tan diferentes en el carácter de su civilizacion peculiar, ignoraban, segun todas las probabilidades, la existencia unos de otros; y parece estraño que durante la continuacion simultánea de sus imperios no hubiesen atravesado el espacio que separaba á las dos naciones algunas de esas semillas de las ciencias y de las artes que pasan de una manera tan imperceptible de un pueblo á otro. Entre tanto ofrecen un ejemplo interesante de los caminos opuestos que puede seguir la inteligencia humana en sus esfuerzos por salir de las tinieblas á la luz de la civilizacion.

Como mas de una vez he observado, se descubren mas puntos de analogía entre las instituciones peruanas y algunos de los gobiernos despóticos del Asia en su parte mas oriental; esos gobiernos en que el despotismo se presenta bajo formas mas templadas, y donde todo el pueblo, bajo el mando patriarcal de su soberano, parece no componer mas que una inmensa familia. Tales son los chinos, por ejemplo, á quienes se parecian los peruanos en su obediencia implícita á la autoridad, en su carácter suave aunque algun tanto terco, en la cuidadosa observacion de las formas, en su respeto á los usos antiguos, en su destreza en pequeños trabajos, en su tendencia mas bien á la imitacion que á la invencion, y en su invencible paciencia que suplia en ellos la falta de un espíritu mas audaz para la ejecucion de grandes empresas (1).

Otra analogía aun mas estrecha puede descubrirse con los naturales del Hindostan en cuanto á su division en castas, su adoracion á los cuerpos celestes y á los elementos de la naturaleza, y su conocimiento de los principios científicos de la agricultura. Tambien se parecian bastante á los antiguos egipcios en los mismos puntos, como igualmente en aquellas ideas sobre una existencia futura que los incitaba á dar tanta importancia á la conservacion del cuerpo.

Pero en vano buscaremos en la historia de Oriente nada que se parezca al predominio absoluto que ejercian los Incas en sus súbditos. En el Oriente este predominio se fundaba en la fuerza física, en los recursos esteriores del gobierno. La autoridad del Inca podia compararse con la del papa en la época de su gran poder, cuando la cristiandad temblaba ante los rayos del Vaticano, y el sucesor de San Pedro apoyaba el pie en la cerviz de los príncipes. Pero la autoridad del papa se fundaba en la opinion. Su poder temporal era nulo. El imperio de los Incas descansaba en ambos. Era una teocracia mas fuerte en su accion que la de los judíos; porque aunque la sancion de la ley pudiese ser tan enérgica en el caso de estos como en el de los peruanos, la esplicaba un legislador humano, siervo y representante de la divinidad. Pero el Inca era á un tiempo mismo el legislador y la ley. No era simplemente el representante de la divinidad, ó como el papa su vice-gerente, sino que era la divinidad misma. La infraccion de sus órdenes era un sacrilegio. Jamas hubo sistema de gobierno apoyado por sancion tan terrible, ó que obrase tan completamente en sus súbditos; porque alcanzaba no solamente á los actos visibles, sino á la conducta particular, á las palabras, á los pensamientos mismos de los vasallos.

No auxiliaba en poco á la eficacia del gobierno el que debajo del soberano hubiese un órden de nobles hereditarios que reconocian el mismo orígen divino, y que colocados á una gran distancia de él, eran sin embargo infinitamente superiores al resto de la nacion, no solo por su linage, sino tambien, segun parece, por su naturaleza intelectual. Estos eran los depositarios esclusivos del poder, y como su larga educacion hereditaria los habia familiarizado con sus deberes y asegurádoles la deferencia implícita de la multitud, eran agentes activos y útiles para ejecutar las medidas del gobierno. Todo lo que ocurria en la vasta estension del imperio, tan perfecto era el sistema de comunicaciones, pasaba, por decirlo así, en revista ante los ojos del monarca, y mil brazos armados con una autoridad irresistible, estaban en todas partes dispuestos á ejecutar sus órdenes. ¿No era este, como antes lo hemos dicho, el mas opresor de los despotismos y al mismo tiempo el mas suave?

Era el mas suave por la circunstancia misma de que era tan infinitamente elevado el rango del monarca, y la humilde, ó mejor dicho supersticiosa sumision á su voluntad hacia inútil todo medio de coaccion para que esta voluntad se ejecutase. La gran masa del pueblo apareceria á los ojos del monarca como poco superior á la condicion de las bestias, y formada para suministrarle á él placeres. Pero por su misma impotencia, miraba á sus súbditos con sentimientos de compasion, como los que pudiera esperimentar un amo bondadoso en favor de los animales confiados á su cuidado, ó para hacer justicia al carácter benévolo que se atribuye á muchos de los Incas, como los de un padre hácia sus hijos cuya tierna edad les impide aun mirar por sí. Las leyes tenian por objeto especial defenderles y asegurarles su bienestar. No se permitia ocupar al pueblo en trabajos que pudieran ser nocivos á su salud, ni se le agobiaba (¡triste contraste con su destino posterior!) con tareas impuestas, demasiado pesadas para su fuerza. Jamas eran las clases bajas víctimas del robo público ó particular, y una prevision benévola, velaba cuidadosamente por sus necesidades, y proveia á su subsistencia durante su estado de salud. El gobierno de los Incas, por arbitrario que fuese en sus formas, era verdaderamente patriarcal en su espíritu.

Todo esto es muy poco satisfactorio para la dignidad de la naturaleza humana. Lo que tenia el pueblo se le concedia como un favor, no como un derecho. Cuando una nacion se sometia al cetro de los Incas, resignaba todos sus derechos personales, hasta los derechos mas caros al género humano. Con esta política estraordinaria, adelantado en muchos ramos de

(1) El conde Carli se ha divertido en señalar los diferentes puntos de semejanza que existen entre los chinos y los peruanos. El emperador de la China se llama hijo del cielo ó del sol. Tambien manejaba un arado una vez al año en presencia del pueblo, en prueba del respeto con que miraba á la agricultura. Se señalaban los solsticios y equinoccios para determinar los periodos de las festividades religiosas. Son muy curiosas estas coincidencias. Lettres americaines, tomo II, pp. 7—8.

la cultura social, diestro en las manufacturas y científico en la agricultura, ese pueblo, como ya hemos visto, carecia de moneda. No tenia nada que pudiera llamarse propiedad. Los súbditos no podian seguir oficio alguno, ni ocuparse en ninguna clase de trabajo ó diversion que no estuviese especialmente señalado por la ley. No podian cambiar de lugar de residencia ni aun de traje, sin licencia del gobierno. Ni aun podian ejercer la libertad que se concede á los mas abyectos en otros paises, la de escoger sus propias mujeres. El espíritu imperioso del despotismo no les permitia ser dichosos ni desgraciados sino por los trámites que señalaba la ley. El libre albedrío, ese derecho innato y precioso de todo ser humano, habia sido abolido en el Perú.

El asombroso mecanismo de la política peruana solo pudo resultar de la autoridad combinada de la opinion y del poder efectivo hasta un esceso desconocido en ninguna época de la historia del hombre. Pero que se hubiera aplicado con tan buen éxito, y que hubiera durado tanto, en oposicion á los gustos, á las preocupaciones y aun á los principios mismos de nuestra naturaleza, es una prueba elocuente de que en general se administró el gobierno con sabiduría y templanza.

Es buen ejemplo de la política generalmente seguida por los Incas para prevenir los males que hubieran podido turbar el órden de cosas existente, las medidas que adoptaban contra la ociosidad y la pobreza. En estos dos males reconocian sábiamente las dos grandes causas de la tendencia al desórden en una poblacion numerosa. La actividad del pueblo se aseguraba no solamente por sus ocupaciones forzosas en sus propias pertenencias y en sus casas, sino por la construccion de esas grandes obras públicas que cubrian toda la superficie del pais, y que aun en su decadencia nos dicen lo que fueron en su primitiva grandeza y esplendor. Aun mas nos asombrará descubrir que el gobierno en su política aumentaba mucho las grandes dificultades de estas obras, bastante insuperables al parecer en sí, si se considera la imperfeccion de las herramientas y la falta de maquinaria. Los conquistadores españoles nos aseguran que los regios edificios de Quito se construyeron con grandes masas de piedra muchas de las cuales fueron llevadas por el mismo camino de las montañas desde el Cuzco, mediando algunos centenares de leguas entre ambas poblaciones (1). La gran plaza de la capital estaba rellena hasta una profundidad considerable de arena del mar, traida con un trabajo increible por las ásperas pendientes de las cordilleras desde las remotas playas del Océano pacífico (2). La ley peruana consideraba al trabajo no solo como un medio sino como un fin.

Ya sabe el lector cuáles eran las numerosas medidas que adoptaban contra la pobreza; y estas eran tan perfectas, que en toda la vasta estension del territorio, estéril en muchas partes, no habia un solo hombre, por humilde que fuese su condicion, que careciese de alimento y de vestido. El hambre, azote tan comun en las demas naciones americanas, tan comun tambien en aquella época en todos los paises de la Europa civilizada, era un mal desconocido en los dominios del Inca.

Los primeros españoles ilustrados que fueron al Perú, admirados del aspecto general de prosperidad y abundancia y del asombroso órden que reinaba en todo, no ponen límites á la espresion de su sorpresa. Segun ellos, era imposible inventar mejor sistema de gobierno para aquel pueblo. Satisfecho con su condicion, libre de vicios, como dice un hombre eminente de aquella época, el carácter blando y dócil del pueblo peruano hubiera facilitado estraordinariamente la enseñanza del cristianismo, si el amor á la conversion, en lugar del del oro, hubiera animado el pecho de los conquistadores (3). Y un filósofo de época posterior, enardecido al contemplar la pintura que habia creado su propia imaginacion de la pública prosperidad y de la dicha doméstica de que se disfrutaba bajo los Incas, declara que «el hombre *moral* en el Perú era infinitamente superior al europeo (4).»

Sin embargo, estos resultados se concilian difícilmente con la teoría del gobierno que he tratado de analizar. Donde no hay libre albedrío, no puede haber moralidad. Donde no hay tentacion, pocos derechos puede haber á llamarse virtuoso. Donde la ley dispone rigorosamente la rutina, á la ley y no al hombre pertenece el mérito de la conducta. Si es el mejor gobierno aquel que menos se siente, el que usurpa menos parte de la libertad natural del súbdito, la parte esencial á la conservacion de la subordinacion civil, entonces de todas las clases de gobierno inventadas por el hombre la de los peruanos es la que menos derecho tiene á nuestra admiracion.

No es fácil comprender el espíritu verdadero y toda la significacion de instituciones tan opuestas á las de una república libre, donde cada hombre, por humilde que sea su condicion, puede aspirar á los empleos mas elevados, puede escojer su propia carrera,

(1) «Era muy principal intento que la gente no holgase, que daba causa á que despues que los Ingas estuvieron en paz hacer traer de Quito al Cuzco piedra que venia de provincia provincia para hacer casas para sí ó para el Sol en gran cantidad, y del Cuzco llevalla á Quito para el mismo efeto.... y así de estas cosas hacian los Ingas muchas de poco provecho y de escesivo trabajo en que traian ocupadas las provincias ordinariamente, y en fin, el trabajo era causa de su conservacion.» Ondegardo, Relacion prim., MS.—Tambien Antig. y Monumentos del Perú, MS.

(2) Esta fue luego al pie de la letra arena de oro, porque Ondegardo dice que siendo gobernador del Cuzco hizo desenterrar de esta arena una gran cantidad de vasos de oro y otros adornos que allí habian ocultado los indígenas. «Que toda aquella plaza del Cuzco le sacaron la tierra propia, y se llevó á otras partes por cosa de gran estima, é la hincheron de arena de la costa de la mar, como hasta dos palmos y medio en algunas partes, mas sembraron por toda ella muchos vasos de oro é plata, é ovejuelas é hombrecillos pequeños de lo mismo, lo cual se ha sacado en mucha cantidad, que todo lo hemos visto; desta arena estaba toda la plaza cuando yo fui á gobernar aquella ciudad; é si fue verdad que aquella se trajo de ellos, afirman é tienen puestos en sus registros, parésceme que sea ansi, que toda la tierra junta tuvo necesidad de entender en ello, porque la plaza es grande, y no tiene número las cargas que en ella entraron; y la costa por lo mas cerca está mas de noventa leguas á lo que creo, y cierto yo me satisfice, porque todos dicen que aquel género de arena no lo hay hasta la costa.» Rel. seg., MS.

(3) «Y si Dios permitiera que tuvieran quien con celo de cristiandad, y no con ramo de codicia, en lo pasado les diera entera noticia de nuestra sagrada religion, era gente en quien bien imprimiera, segun vemos por lo que ahora con la buena órden que hay se obra.» Sarmiento, Rel. MS., capítulo XXII.

Pero el testimonio mas enfático en favor de aquel pueblo es el de Mancio Sierra Lejesema, el último de los primitivos conquistadores del Perú, y que se habia establecido allí. En el preámbulo de su testamento, hecho, como él dice, para aliviar su conciencia al tiempo de morir, declara que toda la poblacion, bajo el dominio de los Incas, se distinguia por su sobriedad y amor al trabajo; que el robo era una cosa desconocida; que lejos de haber corrupcion en las costumbres, no existia una sola prostituta en el pais; que todo se hacia con el mayor órden y la mas completa sumision á la autoridad. Este panegírico es demasiado absoluto tratándose de una nacion entera, y es lícito sospechar que las punzadas del remordimiento al recordar el mal trato que él mismo daria á los indígenas, serian el estímulo que tendria el moribundo veterano para elogiarlos algo mas de lo que merecian. Sin embargo, este testimonio, partiendo de semejante hombre y en semejante momento, es demasiado importante y demasiado honroso á los peruanos, para que el historiador deje de consignarlo en sus páginas, y por consiguiente inserto este documento original en el *Apéndice núm.* 4.

(4) Carli, Lettres Américaines, tomo I, p. 215.

y abrirse á su modo paso á la fortuna; donde la luz del saber en lugar de concentrarse en unos pocos escogidos, se estiende por todas partes como la luz del dia, lo mismo para el pobre que para el rico; donde la rivalidad entre hombre y hombre despierta una emulacion generosa que saca al talento de su estado latente y estimula la energía hasta el último grado posible; donde la independencia inspira un sentimiento de confianza en sí mismo, desconocido al tímido súbdito del poder despótico; donde, en una palabra, el gobierno se ha hecho para el hombre, no como en el Perú, donde el hombre solo parecia haber sido hecho para el gobierno. El Nuevo Mundo es el teatro en que estos dos sistemas políticos, tan opuestos en su carácter, se han desarrollado. El imperio de los Incas pasó sin dejar un rastro de su existencia. El otro gran esperimento se está verificando aun, el esperimento que ha de resolver el problema, tanto tiempo refutado en el antiguo continente, de la aptitud del pueblo para gobernarse á sí mismo. ¡Desgraciada humanidad si el esperimento falla!

El testimonio de los conquistadores españoles no es uniforme en cuanto á la influencia favorable que las instituciones peruanas ejercian en el carácter del pueblo. Dícese que los placeres á que tenian una aficion desenfrenada eran el baile y la bebida. Como los esclavos y siervos de otros paises, cuya posicion los escluia de ocupaciones mas nobles y mas sérias, buscaban una indemnizacion en diversiones frívolas y sensuales. Perezosos, lujuriosos, y cínicos, son los epítetos que les da uno que los vió en la época de la conquista, pero cuya pluma no era muy favorable al indio (1). Verdad es que el espíritu de independencia no podia ser muy enérgico en un pueblo que no tenia propiedad alguna en el territorio, ni derechos personales que defender; y la facilidad con que cedió al invasor castellano calculando en todo su valor su inferioridad comparativa, indica una deplorable falta de aquel sentimiento patriótico que considera en poco la vida cuando se trata de la libertad.

Pero no debemos juzgar con demasiada severidad al desgraciado indígena porque se anonadó ante la civilizacion del europeo; no debemos desconocer la verdadera magnitud de los resultados que alcanzó el gobierno de los Incas; no debemos olvidar que bajo su mando el hombre mas humilde del pueblo disfrutaba mucho mas bienestar personal, y estaba mas libre de padecimientos físicos que las clases correspondientes en todas las demas naciones del continente americano, y quizás mucho mas que esas mismas clases en la mayor parte de los paises de la Europa feudal. Bajo su cetro, las clases altas habian hecho en muchas artes adelantos que eran dignos de una nacion civilizada. Se habian echado las bases de un gobierno de órden que, en un siglo de robo y saqueo, aseguraba á sus súbditos los incalculables beneficios de la paz y de la seguridad. Gracias á la política constante de los Incas, muchas de las tribus salvajes de los bosques fueron poco á poco sacadas de sus guaridas, y atraidas al seno de la civilizacion; y con estos materiales se construyó un imperio floreciente y poblado, como no se encontró otro en ninguna otra parte del continente americano. El defecto de este gobierno era un esceso de refinamiento en la legislacion, el último defecto, ciertamente, que se hubiera podido esperar entre los indígenas de América.

NOTA. No he creido necesario estender los límites de esta introduccion añadiéndole una investigacion sobre el orígen de la civilizacion peruana, como la que he agregado á la historia de Méjico. Es indudable que la historia peruana sugiere puntos de analogía con algunas naciones orientales, algunos de los cuales están indicados en breves palabras en las páginas anteriores; aunque se consignan estas analogías como pruebas no de su orígen comun, sino de las coincidencias que pueden surgir naturalmente entre diferentes naciones que se encuentran en la misma fase de civilizacion. Estas coincidencias no son ni tan numerosas ni tan notables como las que presenta la historia azteca. La correspondencia que ofrece la ciencia astronómica de los mejicanos tiene por sí sola mas importancia que todas las demas. Sin embargo, la luz de la analogía que sacamos de las instituciones de los Incas, parece señalar hácia la misma direccion; y como la investigacion podia ofrecer pocos datos que confirmasen, y mucho menos que refutasen las opiniones que he manifestado en la historia de Méjico, he creido que lo mejor era no fatigar al lector con repeticiones.

SARMIENTO Y ONDEGARDO.

Los dos escritores de quienes mas datos he sacado para la precedente introduccion á mi obra son Juan de Sarmiento y el licenciado Ondegardo. Del primero no he podido alcanzar mas noticias que las que contienen sus propios escritos. En el título de su manuscrito se le llama presidente del consejo de Indias, empleo de altísima importancia, que indica tanta gravedad en el escritor y tantos medios de adquirir noticias, que sus opiniones sobre asuntos ultramarinos son dignas de la mayor consideracion.

Estos medios se ampliaron mucho con motivo del viaje que hizo Sarmiento á las colonias durante la administracion de Gasca. Habiendo formado el plan de escribir una historia de las antiguas instituciones del Perú, pasó al Cuzco, segun él mismo dice, en 1550, y allí obtuvo de los mismos indígenas los materiales para su narracion. Su posicion le permitia obtener las mas auténticas noticias, y de los lábios mismos de los nobles Incas, los mas instruidos de la raza conquistada, recojió las tradiciones de sus instituciones y de su historia nacional. Los quipus, como hemos dicho, constituian un sistema de mnemónica que exigia una atencion constante, y muy inferior á los geroglíficos mejicanos. Solo mediante un estudio asíduo podian servir para los fines de la historia; y este estudio se abandonó tanto despues de la conquista, que los anales del pais hubieran perecido con la generacion que era su única depositaria, si no hubiera sido por los esfuerzos de algunos hombres inteligentes y estudiosos como Sarmiento, que conocieron en este periodo crítico la importancia de

(1) «Eran muy dados á la lujuria y al beber, tenian acceso carnal con las hermanas y las mujeres de sus padres como no fuesen sus mismas madres, y aun algunos habia que con ellas mismas lo hacian y ansi mismo con sus hijas. Estando borrachos tocaban algunos en el pecado nefando, emborrachábanse muy á menudo, y estando borrachos todo lo que el demonio les traia á la voluntad hacian. Eran estos orejones muy soberbios y presuntuosos.... Tenian otras muchas maldades que por ser muchas no las digo.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Estas acusaciones generales del rudo conquistador manifiestan una ignoracia demasiado grosera de las instituciones de aquella nacion para que merezcan mucha confianza en lo relativo al carácter de esta.

Nota del traductor. Por mas que diga Prescott, la pintura que hace Pizarro está tan perfectamente de acuerdo con lo que hoy pasa desgraciadamente, que lleva en sí el carácter de la mas estricta verdad. Es público y notorio en muchas partes del Perú que en las orgías que celebran los indios en los dias de festividades religiosas, en que, sea dicho de paso, mezclan aun muchas prácticas de su antigua idolatría con el semi-catolicismo que se les ha impuesto, se cometen los horrores mas increibles y mas repugnantes á los instintos de la naturaleza humana. Esto es tan comun, que la práctica ha establecido ya una fórmula para que el indio se confiese de estos pecados horribles, y cuando el cura oye decir: *acúsome, padre, que me equivoqué*, no necesita mas esplicacion para saber de lo que se trata.

ponerse en comunicacion con los naturales, y apoderarse de las noticias que conservaban.

Para dar mayor autenticidad á su obra, Sarmiento viajó por el pais y examinó con sus propios ojos los objetos mas interesantes, á fin de comprobar en todo lo posible las relaciones de los indígenas por medio de sus observaciones personales. El resultado de sus trabajos fue la obra intitulada «Relacion de la sucesion y gobierno de los Incas, señores naturales que fueron de las provincias del Perú, y otras cosas tocantes á aquel reino, por el Ilmo. Sr. Don Juan Sarmiento, presidente del consejo real de Indias.»

Está dividida en capítulos y abraza unas cuatrocientas páginas en folio manuscrito. Ocupan la parte de introduccion de la obra los cuentos tradicionales del orígen é historia primitiva de los Incas, llenos segun costumbre en las antigüedades de un pueblo bárbaro, con leyendas fabulosas de lo mas monstruoso y disparatado que se puede concebir. Sin embargo, estas fábulas pueriles forman una mina inagotable para los trabajos del anticuario, que trata de devanar la red alegórica que un sacerdocio astuto ha inventado como simbólica de aquellos misterios de la creacion que no podia comprender. Pero Sarmiento felizmente se limita á referir las fábulas tradicionales, sin la quimérica ambicion de esplicarlas.

De esta region de la poesía pasa Sarmiento á las instituciones de los peruanos, describe su antigua política, su religion, sus progresos en las artes, y especialmente en la agricultura; y presenta, en una palabra, un cuadro completo de la civilizacion que alcanzaron bajo la dinastía Inca. Esta parte de la obra, descansando como descansa, en los datos mas auténticos, confirmados en muchos casos por sus propias observaciones, es de gran precio, y está escrita con un aparente respeto á la verdad que desde luego



Jarras antiguas de los peruanos.

inspira completa confianza al lector. La última parte del manuscrito trata de la historia civil del pais. El autor despacha con laudable laconismo los reinados de los primeros Incas, que no pertenecen al campo legítimo de la historia. Pero es mas difuso al hablar de los tres últimos reinados y felizmente de los tres príncipes mas eminentes que ocuparon el trono del Perú. Este era comparativamente terreno mas firme para el cronista, porque los acontecimientos eran demasiado recientes para que los desfigurasen las leyendas vulgares que, como la hiedra en los edificios arruinados, se apresuran á crecer alrededor de todos los hechos antiguos. Su relacion termina en la invasion española; porque sin duda creyó Sarmiento que esta parte de la historia podia confiarse á los que representaron un papel en ella, y que por su educacion y sus hábitos no eran muy á propósito para esplorar las antigüedades é instituciones sociales de los indígenas.

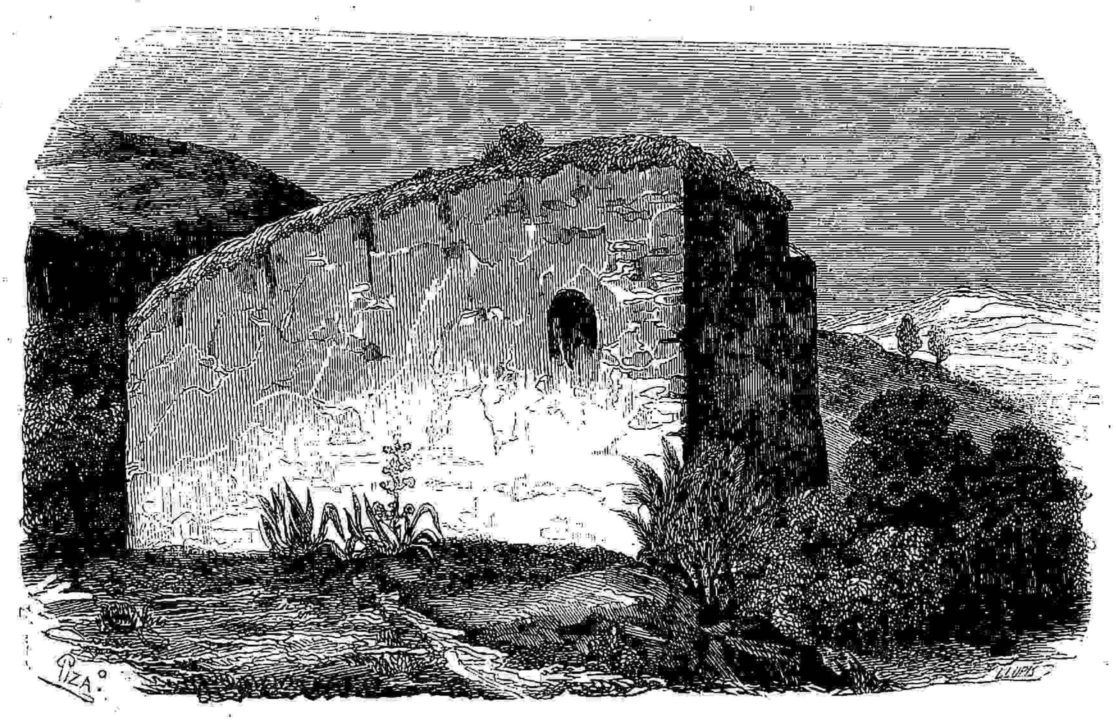
El estilo de la obra de Sarmiento es claro y sencillo, y no aspira á esa ostentacion retórica demasiado comun entre sus compatriotas. Escribe con candor laudable, y mientras que hace completa justicia al mérito y capacidad de las razas conquistadas, habla con indignacion de las atrocidades de los españoles y de la tendencia desmoralizadora de la conquista. Quizás se creerá que exagera algun tanto los progresos de la nacion bajo el imperio de los Incas; y no es improbable que asombrado por los vestigios que le presentaba de una civilizacion original, se enamorase de su asunto, y lo revistiese de colores demasiado brillantes para presentarlo ante la vista del europeo. Pero esta seria en todo caso una falta interesante, en que no incurrian por cierto los severos conquistadores que destrozaron las instituciones del pais, y que veian en él pocas cosas dignas de admiracion fuera del oro. Ademas debemos reconocer que Sarmiento nunca trata de engañar al lector, y que tiene mucho cuidado de indicar lo que refiere en virtud de lo que se le ha contado, y lo que es fruto de su esperiencia personal. El mismo padre de la historia no separa estas dos cosas mas escrupulosamente que él.

El historiador español no está enteramente libre de la supersticion característica de su siglo, y muchas veces atribuye á la intervencion inmediata de Satanas cosas que con mas justicia podria atribuir á la perversidad del hombre. Pero este era defecto comun á los hombres mas sábios de aquella época, y seria exigir demasiado á un hombre el que fuese superior á su generacion. Bastante alabanza haremos de Sarmiento si decimos que en un siglo en que la supersticion se unia con demasiada frecuencia al fanatismo, él parece haberse librado completamente de esta mancha. No era fanático puesto que su corazon estaba lleno de benevolencia para el desgraciado indígena; y en su lenguaje, si no se descubre la llama abrasadora del misionero, se encuentra un rayo generoso de filantropía, que envuelve tanto al conquistador como al conquistado, considerándolos á todos como hermanos.

A pesar del gran valor de la obra de Sarmiento por las muchas noticias que da sobre el Perú bajo el reinado de los Incas, es poco conocida; ha sido poco consultada por los historiadores, y aun está enterrada entre los manuscritos inéditos que, como metal no acuñado aun, guardan los receptáculos secretos del Escorial.

El otro escritor á quien he aludido, el licenciado Polo de Ondegardo, era un eminente jurisconsulto, cuyo nombre aparece muchas veces en los asuntos del Perú. No he podido fijar la época de su llegada al pais, pero sé que ya estaba allí cuando llegó Gasca, y que vivió en Lima bajo el poder usurpador de Gonzalo Pizarro. Cuando el astuto Cepeda trataba de hacer firmar á los habitantes el documento en que se proclamaba la soberanía de su gefe, vemos á Ondegardo al frente de los de su profesion oponerse á ello. Cuando llegó Gasca, tomó servicio en su ejército. Cuando terminó la rebelion, se le hizo corregidor de la Plata y luego del Cuzco, empleo honroso que, segun parece, conservó muchos años. En el ejercicio de sus funciones estuvo en contacto familiar con los indígenas, y tuvo ocasiones inmejorables para estudiar sus leyes y antiguas costumbres. Se portó con tal prudencia y moderacion, que parece haberse atraido la confianza no solo de sus compatriotas, sino tambien de los indios; y el gobierno supo aprovecharse de su vasta esperiencia para adoptar medidas encaminadas á la mejora de la administracion de la Colonia.

Las *Relaciones* que tan á menudo se han citado en esta historia, fueron escritas por indicacion de los vireyes; la primera está dirigida al marques de Cañete, en 1561, y la segunda, diez años despues, al



Peñascal de Inti Guaicu.

conde de Nieva. Las dos juntas son poco mas ó menos de la misma estension que el manuscrito de Sarmiento; y en la segunda, escrita tanto tiempo despues de la primera, parece descubrirse que ya era muy avanzada la edad del autor, segun sus descuidos y lo difuso de la composicion.

Como estos documentos están en forma de respuesta á las preguntas dirigidas por el gobierno, parece que los asuntos de que tratan se encerrarian en límites mas estrechos de lo que desearia el historiador moderno. Esas preguntas se dirigian especialmente á las rentas, á los tributos, en una palabra, á la administracion fiscal de los Incas, y sobre estos asuntos complicados la comunicacion de Ondegardo es muy completa. Pero la ilustrada curiosidad del gobierno se estendia á un campo mas vasto, y las respuestas indican necesariamente el conocimiento de la política doméstica de los Incas, de sus leyes, de sus hábitos sociales, de su religion, de su ciencia, de sus artes; por fin, de todo lo que constituye los elementos de la civilizacion. Las memorias de Ondegardo ocupan por consiguiente todo el terreno que desea estudiar el historiador filosófico.

En el desempeño de estos diferentes asuntos, Ondegardo manifiesta tanta agudeza como erudicion. Jamas huye de la discusion, por difícil que sea; y al paso que presenta sus deducciones con modestia, se conoce que está convencido de haber bebido sus noticias en las fuentes mas auténticas. Desecha lo fabuloso con desdén; examina la probabilidad de los hechos que refiere, y habla con todo candor de la falta de evidencia irrecusable. Lejos de manifestar el sencillo entusiasmo del misionero bien intencionado aunque crédulo, adelanta con la lentitud y cautela del abogado acostumbrado á los testimonios contradictorios y á la inseguridad de la tradicion oral. Esta manera circunspecta de proceder, y el carácter templado de sus juicios, dan derechos á Ondegardo para ser considerado como una autoridad muy superior á la mayor parte de sus compatriotas que han tratado de las antigüedades indias.

En sus escritos brilla constantemente un sentimiento de humanidad que se manifiesta especialmente en la blandura con que trata á los desgraciados indígenas, á cuya antigua civilizacion hace entera aunque no estravagante justicia; al paso que, lo mismo que Sarmiento, reprueba enérgicamente los escesos de sus compatriotas, y reconoce el borron con que habian empañado el honor nacional. Pero mientras que esta censura forma la mas terrible acusacion contra los conquistadores, ya que sale de los lábios de un español, prueba tambien que España en aquel siglo de

violencia producia hombres sábios y buenos, que se negaban á hacer causa comun con la canalla corrompida que los rodeaba. Estas mismas memorias contienen pruebas abundantes de los constantes esfuerzos que hizo el gobierno colonial, desde la época del buen virey Mendoza en adelante, para proteger y asegurar el beneficio de una legislacion templada á los desdichados indígenas. Pero los rudos conquistadores y los colonos, cuyo corazon no se ablandaba sino con el contacto del oro, oponian un obstáculo formidable á los adelantos.

Los escritos de Ondegardo están libres de esa supersticion que es el humillante rasgo característico de la época; supersticion que se manifestaba en la credulidad con que se recibia todo lo maravilloso; ya fuese en historias cristianas ó paganas; porque la credulidad descubria tan fácilmente el brazo del Todopoderoso en las primeras, como la intervencion directa de Satanás en las segundas. Esta fácil creencia en una agencia espiritual, ya fuese para lo malo ó para lo bueno, es lo que constituye uno de los rasgos mas notables en los escritos del siglo XVI. Nada puede ser mas repugnante al verdadero espíritu de la investigacion filosófica, ni mas irreconciliable con el criterio racional. Lejos de manifestar debilidad semejante, Ondegardo escribe con claridad como hombre de negocios, apreciando las cosas segun lo que valen, y sometiéndolas á la regla sencilla del sentido comun. Siempre tiene la vista fija en el objeto principal de su argumento, sin estraviarse, como los charlatanes cronistas de aquella época, en mil episódios inconexos, que confunden al lector y no conducen á nada.

Las memorias de Ondegardo tratan no solamente de las antigüedades de la nacion, sino de su condicion intelectual y de los mejores medios de corregir los numerosos males que la aquejaban bajo el férreo cetro de los conquistadores. Las indicaciones que hace están llenas de sabiduría, y de una política misericordiosa que aspiraba á conciliar los intereses del gobierno con la prosperidad y la dicha del menor de los vasallos. Así mientras que sus contemporáneos se ilustraban con sus observaciones sobre el estado de los negocios, el historiador de una época posterior no debe estarle menos agradecido por las noticias que le da sobre lo pasado. Herrera consultó mucho su manuscrito, y el lector al recorrer las páginas del erudito historiador de las Indias, ignora que está disfrutando de las investigaciones de Ondegardo. Así sus apreciables *Relaciones* sirvieron para la ilustracion de las generaciones futuras, aunque jamas recibieron los honores de la impresion. Debo la copia que poseo, como igualmente la de la obra de Sarmiento, al activo bibliógrafo Mr. Rich; ambas formaban parte de la magnífica coleccion de lord Kingsborough, nombre digno de memoria eterna por los infatigables esfuerzos que hizo para ilustrar las antigüedades de América.

Debemos observar que los manuscritos de Ondegardo no llevan su firma; pero contienen alusiones á varios sucesos de la vida del autor que prueban hasta la evidencia que son obra suya. En el archivo de Simancas existe una copia duplicada de su *Relacion primera*, aunque como la del Escorial no tiene el nombre del autor. Muñoz se la atribuye á Gabriel de Rojas, uno de los mas distinguidos conquistadores. Este es un error palpable; porque el autor del manuscrito prueba que es Ondegardo, declarando, en su contestacion al quinto interrogatorio, que él fue quien descubrió las mómias de los Incas en el Cuzco; hecho atribuido espresamente, tanto por Acosta, como por Garcilasso, al licenciado Polo de Ondegardo cuando era corregidor de aquella ciudad. Si los eruditos de Madrid incluyesen alguna vez estas *Relaciones* en la publicacion de importantes manuscritos, deben tener cuidado de no incurrir en el error de Muñoz, quien, sin embargo, se equivocaba tan pocas veces.

LIBRO II.

DESCUBRIMIENTO DEL PERU.

CAPITULO PRIMERO.

Ciencia antigua y ciencia moderna. — Arte de la navegacion.—Descubrimientos marítimos.—Intrepidez de los españoles.—Sus posesiones en el Nuevo Mundo.—Rumores acerca del Perú.

Sea cual fuere la diferencia de opinion que existia entre el mérito comparativo de los antiguos y de los modernos en las artes, en la poesía, en la elocuencia y en todo lo que depende de la imaginacion, no hay duda alguna que en las ciencias los modernos les llevan una inmensa ventaja. Y no podia ser de otro modo. En los primeros siglos del mundo, como en los primeros períodos de la vida, existia la frescura del primer albor de la existencia, cuando todo lo que descubria la vista estaba revestido con la brillantez de la novedad; cuando los sentidos, que la familiaridad no habia embotado aun, tenian mas sensibilidad para concebir lo bello; y la inteligencia, bajo el influjo de un provechoso gusto natural, no estaba pervertida con las teorías filosóficas, cuando la sencillez estaba indispensablemente unida con la belleza, y la imaginacion epicúrea, empalagada con la repeticion, aun no habia empezado á buscar el estímulo en lo fantástico y lo caprichoso. Las regiones de la fantasía estaban por descubrir, y ni sus mas hermosas flores habian sido cogidas ni su belleza mancillada por el áspero contacto de los que fingian cultivarlas. Las alas del genio no estaban atadas á la tierra por las reglas frias y convencionales de la crítica, sino que se le permitia emprender su vuelo por toda la inmensa estension de lo creado.

Pero con la ciencia no era lo mismo. Ningun genio, por privilegiado que fuese, podía crear hechos, y apenas descubrirlos siquiera. Era preciso recojerlos con penosísimo trabajo, á fuerza de escrupulosas observaciones y esperimentos. El genio, es verdad, podia combinar estos hechos y darles nueva forma, y sacar de su combinacion nuevas é importantes consecuencias; y en este procedimiento casi podia rivalizar en originalidad con las creaciones del poeta y del artista. Pero si los pasos progresivos de la ciencia son lentos por necesidad, tambien son seguros: no hay movimiento retrógrado en sus dominios. Las artes pueden decaer; puede enmudecer la musa; un letargo moral puede embargar las facultades de una nacion; la nacion misma puede desaparecer y no dejar tras sí mas que la memoria de su existencia; pero las riquezas que la ciencia ha atesorado no desaparecen jamas. A medida que salen á la escena otras naciones y se levantan nuevas formas de civilizacion, los monumentos de la imaginacion y del arte, productos de períodos mas remotos, se opondrán como un obstáculo en la carrera de las mejoras y del progreso. No se puede edificar sobre ellos, ocupan el terreno que quisieran cubrir los nuevos aspirantes á la inmortalidad. Es preciso hacer toda la obra de nuevo; y otras formas de belleza, ya mas elevadas, ya inferiores en la escala del mérito, pero diferentes de las anteriores, tienen que brotar para ocupar un puesto á su lado, pero en la ciencia cada piedra que se ha colocado queda enteramente como base para colocar otra. La generacion que sigue emprende la obra por donde la dejó la anterior. No hay movimiento retrógrado. Una nacion individualmente puede retroceder, pero á pesar de esto la ciencia adelanta. Cada paso que se ha dado facilita mas y mas la subida para

los que vienen en pos; cada paso conduce al paciente investigador de la verdad mas y mas alto hácia el cielo, y á medida que sube se desarrollan ante sus ojos un horizonte mas vasto, y nuevas y mas espléndidas regiones del universo.

La geografía participó de esa oscuridad é incertidumbre que reinaban en todos los demas departamentos de la ciencia en los primeros siglos del mundo. El conocimiento de la tierra solo podia resultar de un tráfico estenso; y el comercio se funda en necesidades artificiales y en una ilustrada curiosidad, que apenas son compatibles con la condicion humana. En la infancia de las naciones, ocupadas las diferentes tríbus con sus feudos domésticos, tenian pocas ocasiones de vagar mas allá de la cadena de montañas ó del ancho rio que formaba el límite natural de su territorio. Verdad es, segun se dice, que los fenicios navegaron mas allá de las columnas de Hércules, y que penetraron en el gran Océano atlántico. Pero las aventuras de estos antiguos viajeros pertenecen á las leyendas místicas de la antigüedad, y traspasan hasta una distancia inmensa los límites de los datos históricos auténticos.

Los griegos, llenos de viveza y amigos de aventuras, diestros en las artes mecánicas, tenian muchas de las cualidades de buenos navegantes, y efectivamente recorrieron completamente y con mucha audácia su pequeño mar Mediterráneo. Pero las conquistas de Alejandro hicieron mas para estender los límites de la ciencia geográfica, y dieron á conocer los paises remotos del Oriente. Sin embargo, la marcha del conquistador es lenta comparada con la del viajero sin trabas. Los romanos fueron aun menos emprendedores que los griegos, menos mercantiles en su carácter. Sus contribuciones al saber geográfico crecieron con la lenta adquisicion de territorio. Pero su sistema era centralizador en sus tendencias; y en lugar de tomar una direccion esterior y buscar nuevos descubrimientos mas allá de lo conocido, cada fraccion del vasto imperio se volvia hácia la capital, como su cabeza y su punto central de atraccion. El conquistador romano seguia su carrera por tierra, no por el mar, y el mar es el gran camino de las naciones, el verdadero elemento del descubridor. Los romanos no formaban un pueblo marítimo. Al terminar el imperio, se podia decir que la ciencia geográfica no se estendia mas que al conocimiento de Europa, y esto no en su division mas septentrional, juntamente con una parte de Asia y Africa, al paso que no tenian idea alguna de un mundo occidental, sino es la que podian colegir de la feliz prediccion del poeta (1).

Vino en pos de esto la edad media, la edad de las tinieblas como la llaman, aunque en sus tinieblas se maduraron aquellas semillas del saber que, con el tiempo, habian de brotar en nuevas y espléndidas formas de civilizacion. La organizacion de la sociedad llegó á ser mas favorable á la ciencia geográfica. En lugar de un imperio de dimensiones exageradas, sumido en el letargo, oprimiéndolo todo con su peso colosal, Europa se vió dividida en muchas naciones independientes, muchas de las cuales, adoptando formas liberales de gobierno, sintieron todos los impulsos naturales á los hombres libres; y las pequeñas repúblicas del Mediterráneo y del Báltico lanzaron sus enjambres de marinos á un comercio provechoso, que unió á todos los diferentes paises aparecidos en las orillas de los mares europeos.

Pero los adelantos que se hicieron en el arte de la navegacion, el cálculo mas esacto del tiempo, y sobre todo el descubrimiento de la polaridad, de la aguja magnética, contribuyeron mucho á desarrollar los conocimientos geográficos. En lugar de deslizarse tímidamente por la costa, ó de ceñir sus navegaciones al estrecho círculo de un mar interior, el viajero pudo ya desplegar atrevidamente sus velas en el Océano, seguro de que tenia un guia á su disposicion que dirigiria su buque con tino inerrable al traves de la inmensa soledad. La conciencia de este poder encaminó el pensamiento á otra direccion; y el marino empezó á buscar sériamente otra via á las islas perfumadas de los mares indios de donde se traian las especerías, distinto del que seguian las caravanas orientales que tenian que atravesar todo el continente asiático. Las naciones á quienes tocaba naturalmente el espíritu emprendedor en esta crísis, eran España y Portugal, colocadas, por decirlo así, en los puestos avanzados del continente europeo, y dominando el gran teatro de los descubrimientos futuros.

Ambos paises conocieron los deberes de su nueva posicion. La corona de Portugal hizo constantes esfuerzos en todo el siglo XV para descubrir un pasaje al océano índico, rodeando la estremidad meridional del Africa; aunque tan tímida era la navegacion, que cada nuevo cabo se convertia en una barrera formidable; y no fue sino á fines del siglo cuando el atrevido Diaz dió enteramente la vuelta al cabo de las tormentas como él lo llamó, pero al que Juan II dió con mas feliz pronóstico el nombre de cabo de Buena Esperanza. Pero antes que Vasco de Gama se hubiese aprovechado de este descubrimiento para desplegar sus velas hácia los mares de las Indias, España entró en su gloriosa carrera, y envió á Colon al Occidente.

El fin que se proponia el gran navegante, no era otro que el de descubrir un camino á la India, pero no por el Este, sino por el Oeste. No esperaba encontrarse con un continente al paso; y despues de repetidos viajes permaneció en su error primitivo, muriendo, como es sabido, en la creencia de que lo que habia alcanzado en sus navegaciones era la costa oriental de Asia. El mismo objeto fue el que dirigió las empresas marítimas de los que siguieron la ruta trazada por el Almirante, y el descubrimiento de un estrecho que condujese al Océano índico, era el estribillo de todas las órdenes del gobierno, y el fin de muchas espediciones á diferentes puntos del nuevo continente, que parecia estenderse como un inmenso leviatan, de un polo á otro. El descubrimiento de un paso á las Indias es el verdadero motivo que esplica todas las empresas marítimas del siglo XV y de la primera mitad del XVI. Era la gran idea predominante que daba impulso al carácter emprendedor del siglo.

No es fácil comprender en la época actual el impulso que dió á Europa el descubrimiento de América. No fue la adquisicion gradual de un territorio limítrofe de una provincia, de un reino, lo que se alcanzó; fue un Mundo Nuevo que abrió de repente sus puertas al europeo. Las razas de animales, los tesoros minerales, las formas del mundo vejetal, y los aspectos variados de la naturaleza, el hombre, por fin, en las diferentes fases de la civilizacion, llenaron el ánimo de una multitud de ideas enteramente nuevas, que cambiaron el curso de la corriente habitual del pensamiento y lo estimularon á conjeturas indefinidas: El ánsia de esplorar los secretos maravillosos del nuevo hemisferio llegó á ser tan activa, que las ciudades principales de España casi llegaron á despo-

(1) La conocida prediccion de Séneca en su Medea, es quizas la profecía fortuita mas notable de que hay memoria. Porque no anuncia una simple estension de las partes conocidas del globo con tan asombrosa confianza, sino la existencia de un *Nuevo Mundo* mas allá de los mares, que descubririan los siglos venideros.

«Quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque Novos
Detegat Orbes.»

Aquí se descubre mas bien el acierto feliz del filósofo que el del poeta.

blarse, á medida que los emigrados se acumulaban á la orilla del mar para ir á probar fortuna (1). Era un mundo de ilusiones novelescas el que se abria; porque, cualquiera que fuese la suerte del aventurero, lo que contaba al volver tenia un colorido tan novelesco, que estimulaba mas y mas la ardiente imaginacion de sus compatriotas, y daba pasto á los sentimientos quiméricos de un siglo de caballería andante; y era grande el interes con que se escuchaban cuentos de las amazonas, que parecian realizar las leyendas clásicas de la antigüedad, historias de los gigantescos Patagones, y brillantes pinturas de un *El Dorado*, donde la arena se componia de piedras preciosas, y donde se sacaban de los rios con redes de pescar piedras de oro del tamaño de huevos.

Pero estos aventureros no eran impostores, sino víctimas de su credulidad y de su imaginacion, como lo prueba el carácter estrafalario de sus empresas, y sus espediciones en busca de la mágica fuente de la Salud, del templo de oro de Doboyba, de los sepulcros de oro de Zenu; porque siempre estaba el oro flotando ante su vista estraviada, y el nombre de *Castilla de Oro*, la mas mal sana y pobre region del Istmo, presentaba esperanzas brillantes al infeliz emigrado, que con demasiada frecuencia encontraba en vez de oro un sepulcro.

En esta region encantada, todos los accesorios contribuian á mantener la ilusion. Los sencillos naturales, con sus cuerpos sin defensa y sus groseras armas, no podian hacer frente al guerrero europeo, cubierto de hierro de la cabeza á los pies. La desproporcion entre los combatientes era tan grande como aquella de que nos hablan los libros de caballería, en que la lanza de un buen caballero derribaba centenares de enemigos á cada bote. Los peligros que rodeaban al aventurero, y los padecimientos que tenia que sufrir, apenas eran inferiores á los que acosaban al caballero andante. El hambre, la sed, el cansancio, las emanaciones mortíferas de los terrenos pantanosos, con sus innumerables enjambres de venenosos insectos, el frio de las montañas, el sol calcinador de los trópicos; tales eran los enemigos del caballero que iba á buscar fortuna al Nuevo Mundo. Era la realidad de la novela. La vida del aventurero español constituia un capítulo mas, y no de los menos estraordinarios, en las crónicas de la caballería andante.

El carácter del guerrero se revestia en cierto modo del colorido exagerado que se atribuia á sus hazañas. Orgulloso y vano, inflamado por las pomposas esperanzas de su porvenir, y con una invencible confianza en sus propios recursos, ningun peligro podia descorazonarlo, así como ningun trabajo lo podia cansar. Al contrario, cuanto mayor era el peligro, mayores eran sus encantos; porque se deleitaba en obrar á impulso de grandes estímulos, y la empresa sin riesgo carecia de la espuela novelesca indispensable para despertar su energía. Pero en los motivos que tenia para obrar, se mezclaban de una manera estraña las influencias mezquinas con las aspiraciones mas nobles, y lo temporal con lo espiritual. El oro era el estímulo y la recompensa, y al correr tras él su naturaleza inflexible pocas veces vacilaba ante los medios. Su valor estaba mancillado por la crueldad, crueldad que, por estraño que parezca, dependia tanto de su avaricia como de su religion; religion, es decir, como se entendia en aquel siglo: la religion del cruzado. Era el manto cómodo que cubria una multitud de pecados, que se los ocultaba á él mismo. El castellano, demasiado orgulloso para ser hipócrita, cometió mas crueldades en nombre de la religion, que las que cometieron jamas los paganos idólatras ó los fanáticos musulmanes. El quemar á un infiel era un sacrificio grato al cielo, y la conversion de los que sobrevivian compensaba ámpliamente los pecados mas imperdonables. Triste y humillante consideracion es que el espíritu mas feroz de intolerancia, el del inquisidor en cuanto á lo doméstico, y el del cruzado en cuanto á lo esterior, haya emanado de la religion que predicaba paz en la tierra y amor entre todos los hombres.

¡Qué contraste presentan estos hijos del mediodia de la Europa con la raza anglo-sajona que se derramó por la gran division del Norte del hemi-ferio occidental! El principio de accion en estos hombres no era la avaricia, ni el pretesto del proselitismo, sino la independencia, la independencia religiosa y política. Para asegurar estos beneficios, se contentaban con ganar la subsistencia á fuerza de privaciones y de trabajo. Nada pedian al suelo que no fuese el interes legítimo de este trabajo. No habia para ellos visiones doradas que cubriesen su carrera con un velo engañador, y que los impulsase á caminar á traves de mares de sangre para echar por tierra á una inocente dinastía (2). Quedaban satisfechos con el progreso lento pero constante de su sistema social. Sufrian con paciencia las privaciones de la soledad, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con el sudor de su frente, hasta que echó hondas raices en la tierra y encumbró sus ramas hasta el cielo; mientras que las sociedades del continente vecino, brotando repentinamente en todo el esplendor de la vejetacion de los trópicos, manifestaron, aun en sus principios, los indudables síntomas de la decadencia.

Parece que la Providencia ordenó especialmente que el descubrimiento de las dos grandes divisiones del hemisferio americano tocase en suerte á las dos razas que mas elementos tenian para conquistarlas y colonizarlas. Así la seccion del Norte fue señalada á la raza anglo sajona, cuyos hábitos de órden y de trabajo encontraban un vasto campo en que desarrollarse bajo su cielo mas frio y en su suelo menos feraz; mientras que la parte del Sur, con sus ricas producciones tropicales y sus tesoros de riqueza mineral, ofrecian el premio mas seductor para estimular las facultades emprendedoras del español. ¡Cuán diferente hubiera podido ser el resultado si el buque de Colon hubiera inclinado su rumbo mas al Norte, como él lo pensó durante algun tiempo, y hubiese desembarcado su puñado de aventureros en las playas de lo que es hoy la América protestante!

A impulsos de ese espíritu de empresas marítimas que agitaba á todas las naciones europeas en el siglo XVI, se esploró toda la estension del inmenso continente en menos de treinta años, desde Labrador hasta la Tierra del Fuego; y en 1521, el portugés Magallanes, navegando bajo la bandera española, resolvió el problema del estrecho, y encontró un paso occidental, buscado durante tanto tiempo, á las islas de la India, con gran asombro de los portugueses, que habiendo emprendido el camino en la opuesta direccion,

(1) El embajador veneciano, Andrea Navagiero, que viajó por España en 1525, poco mas ó menos en el periodo correspondiente al principio de nuestra narracion, habla de la fiebre general en favor de la emigracion. Particularmente Sevilla, ese gran punto de partida, tenia tal falta de habitantes que, como él dice, parece que la ciudad habia quedado casi esclusivamente en manos de las mujeres. Viaggio fatto in Spagna (Vinegia, 1463), fól. 15.

(2) *Nota del traductor*. Y nosotros podemos añadir: ¡qué contraste tan humillante presentan los hombres del tiempo de Penn con sus degenerados descendientes! Aquellos, como Prescott dice, no querian mas que libertad civil y religiosa, y trabajo; estos, impulsados por una ambicion mezquina, despojan de su territorio á una nacion que no podia hacerles daño, y todo por el ansia del oro y por la sed de conquista. Si la colonizacion española fue efímera porque no tenia mas objeto que el oro ni mas pretesto que el proselitismo ¿qué será la dominacion anglo-americana en Méjico, ya que no tiene pretesto siquiera, ni mas que las minas de Potosí, el oro de las iglesias y los pingües territorios de las Californias?

se encontraron cara á cara con sus rivales en los antípodas. Pero mientras que toda la costa oriental del continente americano estaba esplorada, y colonizada su parte central, y aun despues de la brillante conquista de Méjico, todavía no se habia levantado el velo que ocultaba las doradas playas del Pacífico.

De cuando en cuando habian llegado á oidos de los españoles rumores vagos sobre paises situados en el remoto occidente, en que abundaba el metal que tanto ambicionaban; pero la primera noticia clara que tuvieron del Perú fue hácia el año de 1511, cuando Vasco Nuñez de Balboa, el descubridor del mar del Sur, estaba pesando algun oro que habia recogido entre los indígenas. Un jóven cacique de los indios que estaba presente, dió un puñetazo á la balanza, y esparciendo el brillante metal por el suelo de la habitacion, esclamó: «Si esto es lo que tanto apreciais que estais dispuestos á abandonar vuestros remotos paises y aun á arriesgar vuestras vidas por alcanzarlo, yo os puedo decir dónde está una nacion dónde se come y se bebe en platos y vasos de oro, y dónde el oro es tan barato como el hierro entre vosotros.» Poco tiempo despues de recibir esta sorprendente noticia, Balboa llevó á cabo la formidable aventura de escalar la muralla montañosa que separa á los dos gigantescos océanos uno de otro, y entonces, armado con espada y broquel, se lanzó á las aguas del Pacífico, y esclamó con el verdadero espíritu caballeresco, que atomaba posesion de este mar desconocido con todo lo que contenia para el rey de España, y que defenderia sus derechos contra todos los que se atreviesen á negarlos, ya fuesen cristianos ya infieles (1).» ¡ Todo el ancho continente y las risueñas islas que bañan las olas del mar del Sur! Poco comprendia el atrevido caballero toda la estension, todo el significado de su magnífica jactancia.

En este punto recibió noticias mas esplícitas del imperio peruano, oyó referir pormenores de su civilizacion, y se le enseñaron dibujos del llama, que á los ojos de los europeos, pareció ser una especie de camello árabe. Pero aunque dirigió el rumbo de su carabela hácia esas regiones del oro, y aun adelantó sus descubrimientos hasta unas veinte leguas al Sur del Golfo de San Miguel, la aventura no le estaba reservada. El ilustre descubridor estaba destinado á ser víctima de esos celos miserables con que un espíritu pequeño contempla las proezas de uno de primer órden.

Las posesiones coloniales de España estaban divididas en una multitud de gobiernos pequeños, que se conferian á veces á favoritos cortesanos, aunque como en esta época primitiva eran muy árduos los deberes de semejantes destinos, se reservaban con mas frecuencia para hombres emprendedores y de algun talento. Colon, en virtud de su tratado con la corona, tenia jurisdiccion en los territorios descubiertos por él, en que se incluian algunas de las islas principales, y algunos puntos del continente. Esta jurisdiccion se diferenciaba de la de otros funcionarios, porque era hereditaria; privilegio que al cabo se consideró como demasiado importante para un súbdito, y se permutó, por consiguiente, por un título y una pension. Estos gobiernos coloniales se multiplicaron con el aumento de los dominios, y por el año de 1524, que es cuando propiamente comienza nuestra narracion, estaban esparcidos en las islas, en la estension de Istmo de Darien, en la vasta region de tierra firme, y en las recientes conquistas de Méjico. Algunos de estos gobiernos no tenian grandes dimensiones. Otros, como el de Méjico, tenian tanta estension como un reino; y á casi todos se les señalaba en su mediacion una estension indefinida para sus descubrimientos, con los cuales cada pequeño potentado podia aumentar su territorio, y enriquecerse á sí y á sus allegados. Esta disposicion política era la que mejor convenia á los fines de la corona, porque presentaba un estímulo perpétuo al espíritu emprendedor. Viviendo así en sus propios dominios, á gran distancia de la metrópoli, estos gefes militares eran en cierto modo vireyes, y con demasiada frecuencia hicieron un uso tiránico del poder que poseian; tiránico para los indígenas y tambien para sus compatriotas. Era consecuencia natural é indispensable cuando hombres de clase humilde, y no preparados por la educacion para el desempeño de sus destinos, ascendian repentinamente á ejercer una autoridad breve sin duda, pero sin responsabilidad de ninguna clase. Solo despues que la esperiencia hubo hecho tocar algunos tristes resultados, se adoptaron medidas para sujetar á estos tiranuelos por la accion de tribunales regularizados, ó audiencias reales, como las llamaban, que compuestas de hombres de respeto y de saber, interponian el brazo de la ley, ó á lo menos el acento de la reconvencion, para proteger tanto al colono como al indígena.

Entre los gobernadores coloniales que debieron su empleo al rango que tenian en su pais, se contaba á don Pedro Arias de Avila, ó Pedrarias, como se lo llama comunmente. Estaba casado con una hija de doña Beatriz de Bobadilla, la célebre marquesa de Moya, muy conocida como amiga de Isabel la Católica. Era hombre de alguna esperiencia militar y de carácter muy enérgico. Pero, como despues se vió, era de genio malévolo; y las bajas cualidades que quizás no se hubieran notado en la oscuridad de la vida privada, resaltaron, y quizás fueron creadas en parte por su encumbramiento repentino al poder; así como los rayos del sol obran benéficamente en un suelo generoso, y lo estimulan á la produccion, mientras que solo sacan del pantano vapores pestilentes y dañinos. Dióse á este hombre el mando del territorio llamado *Castilla del Oro*, el terreno escogido por Nuñez de Balboa para teatro de sus descubrimientos. El buen éxito de este dió origen á los celos de su superior, porque á los ojos de Pedrarias era un crímen hacer grandes servicios. La historia trágica de este caballero pertenece á un periodo algo anterior que el que nos ocupa. Ha sido referida por plumas mas diestras que la mia, y aunque breve, forma uno de los mas brillantes trozos en los anales de los conquistadores americanos (2).

Pero aunque Pedrarias estaba dispuesto á cortar la carrera gloriosa de su rival, no desconocia las consecuencias gloriosas de sus descubrimientos. Desde luego conoció que Darien era punto poco á propósito para servir de base á las espediciones del Pacífico, y conformándose con la idea primitiva de Balboa, en 1519 hizo trasladar su naciente capital desde las playas del Atlántico al sitio que antes ocupaba Panamá, un poco mas al Este de la ciudad que hoy tiene este nombre (3). Este lugar malsano, cementerio de mu-

(1) Herrera, Hist. general, dec. I, lib. X, cap. II.—Quintana, Vidas de Españoles célebres (Madrid, 1830), tomo II, página 44.

(2) Las memorables aventuras de Vasco Nuñez de Balboa han sido referidas por Quintana (Españoles célebres, tomo II) y por Irving en sus Compañeros de Colon.—Es raro que la vida de un solo individuo haya dado asunto á dos escritos tan elegantes, publicados casi al mismo tiempo en dos idiomas distintos, y sin comunicacion alguna entre los autores.

(3) La córte dió órdenes positivas á Pedrarias para que formase un establecimiento en el golfo de San Miguel, de acuerdo con la indicacion de Vasco Nuñez, que decia que era el punto mas favorable para los descubrimientos y tráfico en el Sur. «El asiento que se oviese de hacer en el golfo de San Miguel en la mar del Sur debe ser en el puerto que mejor se hallase y mas convenible para la contratacion de aquel golfo, porque segun lo que Vasco Nuñez escribe, seria muy necesario que allí haya algunos navios, así para descubrir las cosas del golfo y de la comarca de él, como para la contratacion de

chos desgraciados colonos, estaba perfectamente situado para el gran objeto de las espediciones marítimas; y el puerto, por su posicion central, era el mejor punto de partida para esas espediciones, ya se dirigiesen al Norte ya al Sur, que habian de examinar la inmensa estension de costa que baña el Océano del Sur. Sin embargo en esta nueva y favorable posicion, pasaron algunos años antes que el rumbo del descubrimiento tomase la direccion del Perú. Todos los esfuerzos se dirigian esclusivamente al Norte, ó mas bien al Occidente, obedeciendo las órdenes del gobierno, que siempre anteponia á todo el deseo de descubrir un estrecho que, segun se suponia, debia cortar por algun punto el prolongado Istmo. Se hacia armamento tras armamento con este quimérico fin; y Pedrarias veia estenderse mas y mas todos los años sus dominios sin sacar grandes ventajas de sus adquisiciones. Veragua, Costa Rica, Nicaragua fueron sucesivamente ocupadas, y sus valientes caballeros se abrieron paso al traves de bosques y montañas y de tribus guerreras de salvages, hasta que en Honduras se encontraron con los compañeros de Cortés, los conquistadores de Méjico, que habian descendido de la gran llanura elevada del Norte á las regiones de Centro América, completando así el descubrimiento de esta tierra salvaje y misteriosa.

Hasta 1522 no se envió una espedicion formal y organizada hácia el Sur de Panamá, bajo las órdenes de Pascual de Andagoya, caballero muy distinguido de la Colonia. Pero este gefe solo penetró hasta el Puerto de Piñas, límite de los descubrimientos de Balboa, cuando el mal estado de su salud le obligó á embarcarse de nuevo y abandonar su empresa en su orígen mismo (1).

Entre tanto seguian llegando á oidos de los españoles, é inflamando su imaginacion, noticias de la civilizacion y de la riqueza de una nacion poderosa del Sur; y parece estraordinario que se tardase tanto en enviar espediciones en esa direccion. Pero la posicion exacta y la distancia de este reino encantado eran solo objeto de conjetura. La gran region intermedia estaba ocupada por razas salvajes y belicosas; y la poca esperiencia que ya habian adquirido los marinos españoles de la vecina costa y de sus habitantes, y aun mas lo tempestuoso de los mares, porque habian hecho sus espediciones en las peores épocas del año, aumentaba las dificultades aparentes de la empresa, y hacia retroceder hasta á sus intrépidos corazones.

Tal era el estado de las opiniones en la pequeña ciudad de Panamá durante algunos años despues de su fundacion. Entre tanto, la deslumbradora conquista de Méjico dió nuevo estímulo al deseo ardiente de hacer nuevos descubrimientos, y en 1524 se encontraron tres hombres en la Colonia en quienes el espíritu aventurero triunfó de todas las demas consideraciones de dificultad y peligro que impedian el adelanto de la empresa. Uno de ellos fue elegido por su carácter y por su aptitud para llevarla á cabo. Este hombre era Francisco Pizarro; y como ocupó en la conquista del Perú el mismo puesto eminente que Cortés en la de Méjico, será necesario referir brevemente su vida.

CAPITULO II.

Francisco Pizarro.—Su juventud.—Primera espedicion al Sur.—Desventuras de los viajeros.—Encuentros peligrosos.—Vuelta á Panamá.—Espedicion de Almagro.

(1524—1525.)

FRANCISCO Pizarro nació en Trujillo, ciudad de Estremadura en España. La época de su nacimiento es incierta; pero probablemente fue hácia 1471 (2). Era hijo natural, y no debe sorprendernos que sus padres no se cuidasen mucho de perpetuar la fecha de su nacimiento. Pocos gustan de consignar el testimonio de sus faltas. Su padre, Gonzalo Pizarro, era coronel de infantería, y sirvió con alguna distincion en las campañas italianas bajo las órdenes del Gran Capitan, y luego en las guerras de Navarra. Su madre, Francisca Gonzalez, era mujer de humilde condicion en la ciudad de Trujillo (3).

Poco se sabe de los primeros años de nuestro héroe, y aun eso poco no siempre es digno de fé. Segun unos, sus padres lo abandonaron, dejándolo como espósito á la puerta de una de las iglesias principales de la ciudad. Añádese que hubiera muerto á no haberle dado de mamar una puerca (4), nodriza mas improbable aun que la que se señala á Rómulo. La historia de los primeros años de hombres que despues se han hecho famosos, lo mismo que la historia primitiva de las naciones, ofrece un campo fértil á la invencion.

Parece cierto que el jóven Pizarro fue poco atendido por sus padres, y que se confió su educacion á la naturaleza. No se le enseñó á leer ni á escribir, y su principal ocupacion fue la de porquerizo. Pero este sistema de vida no convenia al carácter ardiente de Pizarro cuando creció en años, y oyó referir las noticias del Nuevo-Mundo, tan seductoras para la juventud, y que eran el asunto principal de todas las conversaciones. Comunicósele el entusiasmo popular, y se aprovechó de un momento oportuno para abandonar su innoble empleo y escaparse á Sevilla, puerto en que se embarcaban los aventureros españoles para ir á buscar fortuna al Occidente. Pocos de estos podian abandonar su patria con menos motivo de pesar que Pizarro (5).

rescates de las otras cosas necesarias al buen proveimiento de aquello: é para que estos navios aprovechen es menester que se hagan allá.» Capitulo de Carta escrita por el rey Católico á Pedrarias Dávila, ap. Navarrete, Coleccion de los Viajes y Descubrimientos (Madrid, 1829), tomo III, núm. 3.

(1) Segun Montesinos, Andagoya se lastimó mucho de resultas de una caida de caballo estando desplegando su habilidad de ginete ante los asombrados indigenas (Anales del Perú, MS., año 1524). Pero el adelantado en una relacion de sus descubrimientos escrita por él mismo no dice nada de este accidente, y tribuye su enfermedad á haberse caido al agua, en que por poco se ahogó, enfermedad que tardó mucho tiempo en curarse. Esta esplicacion de su vuelta era sin duda mas agradable á su vanidad que la generalmente recibida. Este documento, importante por ser obra de uno de los primitivos descubridores, se conserva en los archivos de Sevilla, y fue publicado por Navarrete, Coleccion, tomo III, núm 7.

(2) Los pocos escritores que se aventuran á fijar la época del nacimiento de Pizarro lo hacen de una manera tan vaga y contradictoria, que tenemos poca confianza en sus datos. Verdad es que Herrera dice terminantemente que tenia 63 años cuando murió, en 1541. (Hist. General, dec. VI, lib. X, capítulo VI.) Esto fijaria la época de su nacimiento en 1478. Pero Garcilasso de la Vega asegura que tenia mas de cincuenta años en 1525. (Com. Real, parte II, lib. I, cap. I.) Segun esto habria nacido antes de 1475. Pizarro y Orellana que, como pariente del conquistador, tenia motivos para estar bien informado, dice que tenia cincuenta y cuatro años en la misma fecha de 1525. (Varones ilustres del Nuevo Mundo, Madrid 1639, pág. 128.) Pero en la época de su muerte dice que tenia cerca de ochenta años (pág. 185). Considerando esto como una exageracion destinada á producir efecto en la circunstancia particular en que se usa, y admitiendo la exactitud del dato anterior, la época de su nacimiento viene á ser la que damos en el testo. Esto lo hace algo viejo para emprender la conquista de un imperio; pero Colon tenia aun mas edad cuando emprendió su carrera.

(3) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcía, tomo III, página 197.—Zárate Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág. 128.

(4) «Nació en Trujillo, y echáronlo á la puerta de una iglesia, mamó una puerca ciertos dias, no se hallando quien le quisiese dar leche.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIV.

(5) Segun el comendador Pizarro y Orellana, Francisco Pizarro sirvió, siendo aun niño, con su padre en las guerras de Italia; y despues con Colon y otros ilustres descubridores en el

No sabemos en qué año ocurrió este suceso importante de su vida. La primera vez que oimos hablar de él en el Nuevo-Mundo, es en la Española, en 1610, donde sentó plaza en la espedicion á Uraba en Tierra Firme, bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, cuyo carácter y hazañas no encuentran con qué compararse sino es en las páginas de Cervantes. Hernan Cortés, cuya madre se llamaba Pizarro, y segun se dice era parienta del padre de Francisco, estaba entonces en Santo Domingo, y se disponia á marchar en la espedicion de Ojeda, cosa que no pudo realizar por haberse lastimado lijeramente un pie. Si se hubiera ido, la caida del imperio azteca se hubiera retardado por algun tiempo, y quizás el cetro de Motezuma se hubiera trasmitido pacíficamente á su posteridad. Pizarro fue, como los demas, víctima de las desgracias que sufrió la colonia de Ojeda, y su discrecion inspiró tal confianza á su gefe, que este le dejó el mando del establecimiento cuando tuvo que ir en busca de provisiones á las islas. El lugarteniente siguió en su puesto peligroso por espacio de unos dos meses, esperando á que la muerte hubiera disminuido lo bastante la colonia para que fuera posible embarcar sus miserables restos en el buquecillo que les quedaba (1).

Despues de esto lo encontramos asociado á Balboa, el descubridor del Pacífico, y cooperando con este al establecimiento de la colonia de Darien. Tuvo la gloria de acompañar á este intrépido español en su terrible marcha al traves de las montañas, y de ser por tanto uno de los primeros europeos cuyos ojos se deleitaron con la vista, prometida tanto tiempo antes, del mar del Sur.

Despues de la muerte prematura de su gefe, Pizarro se adhirió á Pedrarias, y este gobernador lo ocupó en varias espediciones militares, que, si no le producian mucho, á lo menos le acostumbraban á esas privaciones y peligros que habian de salir al paso del futuro conquistador del Perú.

En 1515 se le destinó con otro militar llamado Morales para atravesar el Istmo y comerciar con los naturales en las playas del Pacífico. Allí mientras que estaba ocupado en recoger su botin de oro y perlas de las próximas islas, sin duda recorria con la vista la línea prolongada de costas hasta que terminaba en el horizonte, y se inflamaba su imaginacion con la idea de que algun dia podria ir á conquistar las misteriosas regiones situadas mas allá de las montañas. Al trasladarse el asiento del gobierno al traves del Istmo á Panamá, Pizarro acompañó á Pedrarias, y su nombre fue notable entre los que estendieron la línea de la conquista al Norte, luchando con las belicosas tribus de Veragua. Pero por gloriosas que fuesen estas espediciones, le producian poco oro; y á la edad de cincuenta años el capitan Pizarro se encontró en posesion solamente de un trozo de tierra malsana cerca de la capital, y de un repartimiento de indios proporcionado al valor de sus servicios militares (2). El Nuevo-Mundo era una lotería en que eran tan escasos los premios grandes, que casi todas las probabilidades estaban contra el jugador, y á pesar de esto estaba dispuesto el jugador á aventurar su salud, su fortuna, y aun muchas veces su honor mismo.

Tal era la situacion de Pizarro cuando en 1522 Andagoya volvió de su espedicion incompleta al Sur de Panamá, trayendo noticias mucho mas ámplias que hasta entonces se habian recibido de la opulencia y grandeza de los paises situados al Sur (3). Esto coincidia con los momentos en que estaban haciendo su impresion en el espíritu público las brillantes hazañas de Cortés, que daban un nuevo estímulo al espíritu aventurero. Las espediciones hácia el Sur llegaron á ser el objeto favorito de los cálculos y de las conversaciones entre los colonos de Panamá. Pero como la region del oro se hallaba detras de la inmensa cortina de las cordilleras, aun estaba envuelta en profunda oscuridad. No podia formarse idea alguna de su verdadera distancia; y los padecimientos y dificultades que habian esperimentado los pocos navegantes que habian seguido ese rumbo, daban un aspecto sombrío á la empresa, que hasta entonces habia retraido á los mas animosos de tomar parte en ella. No resulta de ningun dato que Pizarro manifestase mas ardor que los demas; ni era tal el estado de sus fondos que pudiese concebir esperanzas de buen éxito sin grandes auxilios por parte de otros. Encontró este auxilio en otros dos individuos de la colonia, que desempeñaron un papel demasiado importante en los acontecimientos posteriores para que no hablemos de ellos en particular.

Uno de ellos, Diego de Almagro, era un soldado de fortuna, probablemente de alguna mas edad que Pizarro, aunque poco se sabe de su nacimiento, y aun está en duda el lugar en que ocurrió. Supónese que nació en la ciudad de Almagro, en Castilla la Nueva, de donde, por falta de orígen mas claro, se deduce su nombre; puesto que, lo mismo que Pizarro, era espósito (4). Pocos pormenores se saben de él hasta el actual período de nuestra historia; porque era uno de aquellos á quienes la fermentacion de las épocas turbulentas lanzan de una vez á la superficie, menos dichosos en esto quizas que si permaneciesen en su oscuridad primitiva. En su carrera militar, Almagro habia alcanzado la reputacion de soldado valiente. Era de carácter franco y generoso, algo atropellado y violento en sus pasiones; pero, como les sucede á los hombres de temperamento sanguíneo, despues del primer estallido no era difícil apaciguarlo. En una palabra, tenia todas las cualidades y los defectos de un hombre honrado, á quien no ha modificado mejorándolo la disciplina de la primera educacion ó el dominio de sí mismo.

El otro era Hernando de Luque, eclesiástico español, que desempeñaba las funciones de cura en Panamá, y que antes habia sido maestre escuela en la catedral de Darien. Parece haber sido hombre de singular prudencia y conocimiento del mundo, y por sus cualidades respetables habia logrado ejercer mucha influencia en la pequeña sociedad á que pertenecia, y manejar fondos que hacian que su cooperacion fuese esencial al buen éxito de la empresa.

Convínose entre los tres socios que los dos mili-

Nuevo Mundo, cuyo buen éxito atribuye el autor modestamente, como causa principal, al valor de su pariente. Varones ilustres, pág. 187.

(1) Pizarro y Orellana, Varones ilustres, págs. 121—128. —Herrera, Hist. Gen., dec. I, lib. VII, cap. XIV.—Montesinos, Anales, MS., año 1510.

(2) «Teniendo su casa, y hacienda, y repartimiento de indios, como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fue.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcía, tomo III, página 79.

(3) Andagoya dice que obtuvo, mientras estuvo en Birú, noticias muy circunstanciadas del imperio de los Incas por medio de unos traficantes que recorrian el país. «En esta provincia supé y hube relacion, ansi de los señores como de mercaderes é interpretes que ellos tenian, de toda la costa de todo lo que despues se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y gente de ella, porque estos alcanzaban por via de mercaduría mucha tierra.» Navarrete, Coleccion, tomo III, núm 7.

(4) «Decia él que era de Almagro,» dice Pedro Pizarro que lo conocia mucho. Rel. del Descub. y Conq. de los reinos del Perú, MS.—Véase tambien Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLI.—Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág. 211.

El último escritor confiesa que no eran conocidos los padres de Almargro; pero añade que sus primeras hazañas prueban lo ilustre de su cuna. Prueba que vale poco por cierto.

tares contribuirian con su pequeño haber al costeo de los gastos del armamento, pero Luque fue el que proporcionó la mayor parte de los fondos. Pizarro habia de tomar el mando de la espedicion, y á Almagro tocaba equipar y surtir de víveres á los buques. Los sócios obtuvieron fácilmente el consentimiento del gobernador para llevar á cabo su empresa. Despues de la vuelta de Andagoya, él habia proyectado otra espedicion; pero el que habia de encargarse de ella murió antes de tiempo. No sabemos qué razon hubo para que no realizase su plan primitivo, confiando el negocio á un capitan de tanta esperiencia como Pizarro. No le disgustaba probablemente que otros pagasen las costas, con tal de que á él le tocase una buena parte de las utilidades. No descuidó esta parte en las estipulaciones (1).

Auxiliado de esta manera con los fondos de Luque y con el consentimiento del gobernador, Almagro no tardó mucho en hacer sus preparativos para el viaje. Compráronse dos buques pequeños, el mayor de los cuales habia sido construido por Balboa para emprender en persona esta misma espedicion. Desde su muerte habia permanecido desmantelado en el puerto de Panamá. Recorriósele lo mejor que se pudo, y se le puso en disposicion de salir al mar, mientras que se metian á bordo las provisiones y pertrechos con una prontitud que hacia mas honor al celo de Almagro que á su prevision.

Mayores dificultades habia que vencer para encontrar el suficiente número de hombres; porque las espediciones en aquella direccion habian suscitado una desconfianza que era muy difícil vencer. Pero habia muchos ociosos en la colonia que habian venido en busca de fortuna, y estaban dispuestos á buscarla aun al traves de los mayores peligros. Con estos materiales reunió Almagro un cuerpo como de unos cien hombres (2), y estando todo dispuesto Pizarro tomó el mando, y levando anclas, salió del pequeño puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524. Almagro debia salir despues de él en otro buque menor, en cuanto este se hallase listo (3).

La época del año era la peor que podia elegirse para el viaje, porque era la estacion de las lluvias, cuando los vientos contrarios se oponen á la navegacion hácia el Sur, y hay que temer el peligro adicional de las tempestades que recorren la costa. Pero los aventureros no entendian esto. Despues de tocar en la isla de las Perlas, punto de arribada frecuente á pocas leguas de Panamá, Pizarro se dirigió al traves del golfo de San Miguel, y puso el rumbo casi al Sur hácia el puerto de Piñas, punta de tierra en la provincia de Biruquete, que señalaba el límite del viaje de Andagoya. Antes de su partida Pizarro habia obtenido todas las noticias que podia dar este sobre el pais y sobre la direccion que habia de tomar. Pero la esperiencia del mismo Andagoya habia sido demasiado escasa para que pudiese ser muy útil á Pizarro.

Doblando el puerto de Piñas, el buquecillo entró en el rio Birú, y la mala aplicacion de este nombre fue, segun creen algunos, lo que dió orígen al del imperio de los Incas (4). Despues de navegar por este rio unas dos leguas, Pizarro mandó fondear, y desembarcando todas sus fuerzas, esceptuando á los marineros, procedió al frente de ellas á esplorar el pais. El terreno era un vasto pantano en que las fuertes lluvias habian dejado innumerables charcos de agua estancada, y el fango no ofrecia punto de apoyo al pie del viajero. Este triste pantano estaba rodeado de bosques, al traves de cuya espesa vejetacion y de la enredada maleza que la cubria, penetraban con mucha dificultad; y saliendo por fin de ellos, se encontraron en una region montañosa, de carácter tan áspero y llena de tantas piedras, que les cortaba los pies hasta el hueso, y el soldado cansado, con la carga de su pesada malla ó del justillo de algodon espesamente entretelado, apenas podia arrastrar un pie tras otro. El calor á veces era insoportable; y cansados y hambrientos se tiraban al suelo exhaustos y sin fuerzas. Tal fue el ominoso principio de la espedicion al Perú.

Pizarro, sin embargo, no se descorazonaba, y trataba de reanimar el valor de los suyos, rogándoles que no se desanimasen por dificultades que un corazon intrépido sobrepuja siempre sin duda alguna, y les recordaba al mismo tiempo el premio de abundante oro reservado para los que perseverasen en la empresa. Pero fácil era conocer que no habia nada que esperar permaneciendo en esta triste region. Volviendo pues á su buque, lo dejaron deslizarse con la corriente y proseguir su rumbo hácia el Sur en el gran Océano.

Despues de costear algunas leguas, Pizarro echó el ancla en un paraje de aspecto no muy halagüeño, donde embarcó leña y agua. Luego, dirigiéndose un poco mas hácia alta mar, continuó su rumbo hácia el Sur. Pero en esto fue contrariado por una série de tormentas, acompañadas por truenos espantosos y torrentes de lluvia como no se ven sino en las tempestades terribles de los trópicos. El mar estaba enfurecido, y levantando sus espumosas montañas amenazaba á cada momento tragarse el buquecillo, que hacia agua por todas sus costuras. Durante diez dias los desgraciados viajeros fueron juguete de las olas, y solo merced á esfuerzos constantes, los esfuerzos de la desesperacion, lograron impedir que su frágil buque se fuese á pique. Para aumento de desgracias, empezaron á escasear las provisiones y sobre todo el agua, de la cual solo tenian unos pocos barriles; porque Almagro habia contado con que de cuando en cuando renovarian sus escasas provisiones en la costa. Toda su carne estaba consumida, y quedaron reducidos á la racion miserable de dos mazorcas diarias de maiz para cada hombre.

Combatidos de este modo por el hambre y por los elementos, los desgraciados viajeros se dieron por

(1) «Así que estos tres compañeros ya dichos acordaron de yr á conquistar esta provincia ya dicha. Pues consultándolo con Pedro Arias de Avila que á la sazon era gobernador en Tierra Firme, vino en ello haziendo compañía con los dichos compañeros con condicion que Pedro Arias no habia de contribuir entonces con ningun dinero ni otra cosa sino de lo que se hallase en la tierra de lo que á él le cupiese por virtud de la compañía de allí se pagasen los gastos que á él le cupiesen. Los tres compañeros vinieron en ello por aver esta licencia, porque de otra manera no la alcanzaran.» (Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.) Andagoya sin embargo afirma que el gobernador estaba tan interesado como los demas, tomando cada uno sobre sí la cuarta parte de los gastos. (Navarrete, Coleccion, tomo III, núm 7.) Pero sea cual fuere la parte de Pedrarias importa poco, puesto que la cedió antes que la espedicion hubiese dado utilidad alguna.

(2) Herrera, el historiador mas popular de estos acontecimientos, calcula que no acompañaron á Pizarro mas que ochenta hombres. Pero todas las demas autoridades que he consultado dicen que llegaban á mas de ciento. El P. Navarro, contemporáneo y que residió en Lima, dice que eran 129. Relacion sumaria de la entrada de los españoles en el Perú, MS.

(3) Existe la acostumbrada divergencia entre los autores sobre la fecha de la espedicion. Casi todos la fijan en 1525. Yo he seguido á Xerez, secretario de Pizarro, cuya narracion se publicó diez años despues del viaje, y quien en tan corto intervalo de tiempo no pudo olvidar la fecha de acontecimiento tan memorable. (Véase su conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 179.)

Parece que no deja duda en esto la *capitulacion* de Pizarro con la corona, que yo no habia examinado hasta despues de escribir lo que precede. En este documento, fechado en julio de 1529, se habla de la primera espedicion como cosa que habia ocurrido unos cinco años antes. (Véase *Apéndice*, núm 7.)

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VI, cap. VIII.

muy satisfechos con volverse atras y con encontrar el último puerto en que habian hecho provision de agua y leña. Sin embargo, nada era mas desconsolador que el aspecto del pais. Era bajo y pantanoso, lo mismo que el desembarcadero anterior; mientras que los espesísimos bosques, cuya profundidad no podia penetrar la vista, se estendian como una pantalla por la costa con una longitud al parecer interminable. En vano trataron los cansados españoles de recorrer los senderos de este complicado laberinto, en que las enredaderas y las lianas, que brotan con tal esplendor en una atmósfera cálida y húmeda, se habian enredado en los colosales troncos de los árboles, y habian formado un tejido que no se podia penetrar sino con el hacha. Entre tanto apenas cesaba de caer la lluvia, y el suelo cubierto de hojas y saturado de humedad, parecia huir resbalándose bajo sus pies.

Triste y desconsolador era el aspecto de estos bosques sombríos, en que las emanaciones de la sobrecargada superficie envenenaban el aire, y parecian no consentir el desarrollo de la existencia, esceptuando sin embargo la de los millones de insectos cuyas relucientes alas brillaban como chispas de fuego en todas las aberturas del bosque. Hasta la creacion bruta parecia haber huido de este punto fatal, en que los aventureros no vieron animales ni pájaros de ninguna clase. El silencio reinaba sin interrupcion en el corazon de estas tristes soledades; á lo menos el único ruido que se escuchaba era el de la lluvia al caer sobre las hojas, y el de los pasos de los desconsolados aventureros (1).

Enteramente desanimados por el aspecto del pais, los españoles empezaron á comprender que no habian ganado nada con venir á tierra, y empezaron tambien á temer sériamente que se moririan de hambre en una region que no producia mas fruto que unas bayas desagradables que recogian algunas veces en el bosque. Quejábanse á voces de su suerte desgraciada, acusando á su comandante como autor de todas sus desdichas, porque los habia engañado prometiéndoles una tierra encantada, que parecia huir mas y mas á medida que adelantaban ellos. Inútil era, decian, luchar contra el destino, y lo que mas convenia era tratar de volver á Panamá á tiempo para salvar la vida, en lugar de aguardar en aquel sitio á morirse de hambre.

Pero Pizarro estaba dispuesto á combatir males y desgracias aun mayores que estas antes de volver á Panamá con su crédito arruinado, y para ser objeto de la burla general como visionario que habia incitado á otros á embarcarse en una empresa que él no habia tenido valor suficiente para llevar á cabo. La ocasion presente contenia su única esperanza. Volver era arruinarse para siempre. Empleó, pues, todos los argumentos que el amor propio herido y la avaricia le podian suministrar para disuadir á los suyos de su propósito; les hizo ver que estas eran las desgracias naturales que encontraba siempre el descubridor en su carrera, y les recordó las brillantes hazañas de sus compatriotas en otras regiones, y las noticias repetidas que ellos mismos habian recibido de los ricos paises de la costa de que les seria fácil apoderarse sin mas que un poco de constancia y de valor. Sin embargo, como sus necesidades eran urgentes, resolvió enviar el buque á la isla de las Perlas, para que tragese á su gente un nuevo surtido de provisiones con que pudiesen marchar adelante con nueva y mejor esperanza. La distancia no era muy grande, y pocos dias habian de bastar para sacarlos de su triste posicion. El oficial á quien se confió este servicio se llamaba Montenegro; el cual llevándose cerca de la mitad de la gente, y despues de recibir las instrucciones de Pizarro, se hizo inmediatamente á la vela y se dirigió hácia la indicada isla.

En cuanto se fue el buque, Pizarro trató de examinar el pais y ver si podia encontrar alguna poblacion de indios en que pudiese procurarse provisiones para su gente. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque no se descubrió el mas leve rastro de habitacion humana; si bien con el denso é impenetrable follaje de las regiones ecuatoriales podian bastar algunas varas de distancia para ocultar á una ciudad. Los únicos recursos para alimentarse que quedaban á los desdichados aventureros, eran recoger de cuando en cuando algunos mariscos en la costa, coger las hojas amargas del palmero, ó las yerbas malsanas y desagradables que crecian en el bosque. Algunas de estas eran tan venenosas, que los que las comian se hinchaban y sufrian los mas agudos dolores. Otros preferian el hambre á estos miserables alimentos, desfallecian con la debilidad y se morian de inedia. A pesar de todo esto su intrépido gefe se esforzaba por conservar su esperanza y por adelantar los abatidos ánimos de sus compañeros. Partia francamente con ellos sus escasas provisiones, era incansable en sus esfuerzos para proporcionarles alimentos, cuidaba á los enfermos él mismo y mandó que se construyesen cuarteles para que estos á lo menos estuviesen al abrigo de las lluvias de la estacion. Gracias á esta simpatía que manifestaba hácia sus compañeros, adquirió una influencia inmensa sobre ellos que el ejercicio de su autoridad no hubiera alcanzado nunca, á lo menos en estas apuradas circunstancias.

Dia tras dia y semana tras semana habia pasado ya, y no se habian recibido noticias del buque que habia de traer socorro á los aventureros. En vano estendian sus miradas por el vasto Océano en busca de sus amigos. Ni un punto se descubria en el horizonte de la azulada llanura, donde no se aventuraba la canoa del salvaje y donde aun no se habia desplegado la blanca vela del europeo. Los que al principio habian resistido con valor á todas las contrariedades, se entregaban ahora á la desesperacion al contemplarse abandonados por sus compatriotas en estas desiertas y tristes playas, y decaian á influjo de aquel doloroso sentimiento que oprime y seca el corazon. Mas de veinte de los que componian la pequeña partida habian muerto ya, y los que sobrevivian parecian próximos á seguirlos en rápida sucesion (2).

En esta crisis vinieron á decir á Pizarro haberse descubierto una luz al traves de una remota abertura del bosque. Recibió esta noticia con alegria dificil de describir, puesto que le anunciaba la proximidad de alguna poblacion; y colocándose al frente de una pequeña partida, se dirigió al punto indicado para reconocerlo. No fue chasqueado por cierto, porque despues de salvar penosamente una espesa estension de monte bajo y follaje, descubrió un desmonte en que estaba situado un pueblecillo de indios. Los tímidos habitantes, al ver la repentina aparicion de hombres tan estraños, abandonaron espantados sus chozas; y lanzándose á ellas los hambrientos españoles, se apoderaron con ansia de lo que contenian, que eran alimentos compuestos en su mayor parte de maiz y cocos. Este socorro, aunque pequeño, era demasiado oportuno para que no los llenase de gozo.

Los asombrados indígenas no les ofrecieron resistencia alguna. Pero recobrando su confianza al ver que no se les hacia daño alguno, se acercaron á los blancos y les preguntaron que por qué no se quedaban en su pais y cultivaban sus tierras, en lugar de andar

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 180. —Relacion del primer descub., MS.—Montesinos, Anales, MS. año 1525. —Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib I, cap. VII.—Herrera Hist. general, dec. III, lib. VI, cap. VIII.

(2) Ibid, ubi supra.—Rel. del primer descub., MS.—Xerez, Conq. del Perú, ubi supra.

vagando y robando á los que nunca les habian hecho daño alguno (1). Sea cual fuere su modo de pensar sobre la cuestion de derecho, parece probable que en aquel momento pensasen los españoles que hubieran hecho muy bien en observar la conducta que les aconsejaban los indios. Pero los salvajes llevaban en sus personas adornos de oro aunque groseramente trabajados. Estos adornos eran la mejor contestacion posible á su pregunta. El cebo del oro era lo que habia impulsado al aventurero español á abandonar su hermosa patria para luchar con los peligros del desierto. Estos indios confirmaron las noticias que ya habian recibido Pizarro y los suyos sobre un rico y poderoso imperio que se hallaba situado mas al Sur, añadiendo que á diez dias de distancia al traves de las montañas existia un monarca poderoso, cuyos dominios habian sido invadidos por otro mas poderoso aun, y que era hijo del Sol (2). Quizas aludirian á la invasion de Quito por el valiente Inca Huayna Capac, que ocurrió pocos años antes de la espedicion de Pizarro.

Por fin, despues de trascurridas seis semanas, los españoles descubrieron con alegría difícil de esplicar que volvia el buque en que se habian marchado sus compañeros, y poco despues Montenegro entró en el puerto con una ámplia provision de bastimentos para sus hambrientos compatriotas. Grande fue su horror al contemplar el aspecto de estos. Sus rostros enflaquecidos, sus cuerpos debilitados por el hambre y las enfermedades, hacian que apenas los conociesen sus antiguos compañeros. Montenegro atribuyó su tardanza á los vientos contrarios y al mal tiempo; y él tambien tenia que referir una triste historia de los trabajos que el hambre les habia hecho pasar á él y á los suyos en su travesía á la isla de las Perlas.—Los sucesos minuciosos como los que acabamos de contar son los que nos hacen comprender toda la estension de los padecimientos que tenia que sufrir el aventurero español en la gran obra de sus descubrimientos.

Restablecidos con los sólidos alimentos de que durante tanto tiempo habian estado privados, los españoles, con esa elasticidad propia de hombres acostumbrados á una vida vagamunda y rodeada de peligros, olvidaron sus desgracias pasadas en su ansia por llevar adelante su empresa. Volviendo, pues, á bordo de su buque, Pizarro se despidió del teatro de tantos padecimientos, que infamó con el nombre oportuno de *Puerto del Hambre*, y desplegó de nuevo sus velas ante la favorable brisa que le impulsaba hácia el Sur.

Si se hubiera aventurado á salir de una vez á alta mar, en lugar de recorrer la costa poco hospitalaria en que hasta entonces habia encontrado tan poca recompensa á sus afanes, podria haberse ahorrado la repeticion de incómodas aventuras, y alcanzado por un camino mas corto el lugar de su destino. Pero el marino español recorría á tientas estas desconocidas costas, y desembarcaba siempre que podia hacerlo, como si estuviese temeroso de que se le escapase alguna fértil region ó alguna mina pingüe si hubiese la mas leve interseccion en la linea que examinaba. Sin embargo no debemos echar en olvido que aunque nosotros sabemos perfectamente el punto adonde iba Pizarro porque conocemos muy bien la topografía de aquellos paises, él iba enteramente á ciegas, sin un mapa siquiera que lo guiase, sin conocer aquellos mares ni tener idea alguna de sus costas y aun sin mas idea del objeto que buscaba que la noticia que tenia de un pais en que abundaba el oro, y que estaba colocado en algun lugar hácia el Sur. Era dar caza á un *El Dorado*, fiándose en pruebas poco mas auténticas y creibles que las que sirvieron de base á tantas empresas quiméricas en esta tierra de maravillas. Solo el buen éxito, que es el mejor argumento para el vulgo, pudo conseguir que no se tachasen de absurdas las espediciones de Pizarro.

Gobernando siempre hácia el Sur, y despues de una corta travesía, Pizarro se encontró en frente de un territorio abierto, ó á lo menos no tan cargado de bosques, que iba subiendo por grados á medida que se retiraba de la costa. Desembarcó con algunos hombres, y penetrando un poco en lo interior encontró un pueblecillo de indios. Sus habitantes lo habian abandonado al acercarse los invasores, refugiándose en las montañas; y entrando los españoles en sus solitarias chozas, encontraron allí un buen acopio de maiz y de otros alimentos, y groseros adornos de oro de mucho valor. El alimento no era mas necesario para sus cuerpos que la vista del oro de cuando en cuando para estimular su apetito aventurero. Sin embargo, encontraron un espectáculo que los llenó de horror. Vieron que entre los alimentos que se estaban preparando en el fuego, habia carne humana dispuesta para el horrible festin de los bárbaros. Los españoles, creyendo que habian encontrado una tribu de caribes, la única raza de aquella parte del Nuevo Mundo de quien se sabia que era antropófaga, huyeron precipitadamente á su buque (3). No estaban ya empedernidos por la costumbre de ver este triste espectáculo como lo estaban los conquistadores de Méjico.

El tiempo, que hasta entonces habia sido favorable, empezó á volverse borrascoso con fuertes chubascos, y con incesantes truenos y relámpagos; y la lluvia, como sucede siempre en estas tormentas de los trópicos, caia no tanto en gotas como en raudales no interrumpidos de agua. Sin embargo los españoles prefirieron esponerse á la furia del terrible elemento que permanecer en la escena de tan brutales preparativos. Pero la furia de la tormenta amainó poco á poco, y el buquecillo siguió su curso por la costa hasta encontrarse al frente de una lengua de tierra á que Pizarro dió el nombre de Punta Quemada, y en que mandó fondear. La orilla estaba cubierta con una ancha faja de una especie de nopales, cuyas largas raices se entrelazaban unas con otras, y formaban una especie de enverjado sub-marino que hacia difícil la aproximacion del buque. Viendo varias calles abiertas en este bosque espeso, Pizarro calculó que el pais debia estar habitado, y desembarcó con la mayor parte de su fuerza para esplorar lo interior.

Apenas hubo penetrado algo mas de una legua, cuando se verificó su conjetura con el descubrimiento de una ciudad de indios, algo mayor que las que hasta entonces habian visto, colocada en la falda de un monte y bien defendida por medio de empalizadas. Los habitantes, segun costumbre, la habian abandonado; pero dejando en sus habitaciones pro-

(1) «Porque decian á los castellanos que por qué no sembraban y cogian sin andar tomando los bastimentos agenos, pasando tantos trabajos.» Herrera, Hist. general, loc. cit.

(2) «Dióles noticia el viejo por medio del lengua, como diez soles de allí habia un rey muy poderoso yendo por estas montañas, y que otro mas poderoso hijo del Sol habia venido de milagro á quitarle el reino sobre que tenian muy sangrientas batallas.» (Montesinos, Anales, MS., año 1525.) La conquista de Quito por Huayna Capac ocurrió mas de treinta años antes de este periodo de nuestra historia. Pero los pormenores de esta revolucion, su época exacta ó el sitio en que ocurrió, eran cosas que sin duda comprenderian muy vagamente las naciones salvajes de los alrededores de Panamá; y su alusion á estas cosas en un dialecto desconocido no seria tampoco muy clara para los viajeros españoles, que mas bien entenderian estos pormenores por señas que por palabras.

(3) «Y en las ollas de la comida, que estaban al fuego, entre la carne que sacaban habia pies y manos de hombres, de donde conocieron que aquellos indios eran caribes.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XI.

visiones abundantes y algunas frioleras de oro que los españoles no vacilaron en apropiarse. La lijera barca de Pizarro habia sufrido mucho con los fuertes vientos á que habia estado espuesta recientemente, de manera que era peligroso seguir el viaje sin componerla mas completamente de lo que lo permitia esta triste costa. Por tanto determinó enviar su buque con unos pocos hombres á Panamá para que allí lo carenasen, y entre tanto estableció sus cuarteles en esta posicion tan favorable á la defensa. Pero ante todas cosas envió á Montenegro con un pequeño destacamento á reconocer el pais, y si fuese posible, á entablar relaciones con los indígenas.

Estos pertenecian á una raza belicosa. Habian abandonado sus habitaciones para poner á sus mujeres é hijos en lugar seguro; pero no habian perdido de vista los movimientos de los invasores, y cuando vieron divididas sus fuerzas, resolvieron caer sobre ambas una despues de otra, y antes que se pudiesen prestar socorro mútuo. Por consiguiente, en cuanto Montenegro hubo penetrado en los desfiladeros de las elevadas colinas que salen hácia esta parte de la costa como espolones de las Cordilleras, los guerreros indios salieron repentinamente de su emboscada, y dispararon una nube de flechas y otros proyectiles que oscurecieron el aire, estremeciendo al mismo tiempo los bosques con su agudo grito de guerra. Los españoles, asombrados al aspecto de estos salvajes con los cuerpos desnudos y pintados de colores brillantes, blandiendo sus armas al deslizarse entre los árboles y el monte bajo que cerraba el desfiladero, se quedaron sorprendidos y confusos, y por un momento en el mas completo desórden. Tres de ellos quedaron muertos y varios heridos. Pero recobrándose muy pronto, devolvieron la descarga del enemigo con sus ballestas, porque parece que las tropas de Pizarro no tenian armas de fuego en esta espedicion, y cargando luego con intrepidez, y con espada en mano, lograron ponerlos en fuga, hácia las montañas. Sin embargo, solo consiguieron hacerles cambiar el teatro de sus operaciones, y que fuesen á atacar á Pizarro antes que su lugarteniente pudiera prestarle auxilio.

Aprovechándose de su superior conocimiento de los senderos de las montañas, llegaron al cuartel general del comandante mucho antes que Montenegro, que habia emprendido una marcha retrógrada en la misma direccion. Y saliendo de los bosques, los intrépidos salvajes saludaron á la guarnicion española con una lluvia de dardos y flechas, algunas de las cuales se abrieron paso por las junturas de la cota de malla y de los petos entretelados. Mas Pizarro era soldado de demasiada esperiencia para dejarse cojer desprevenido. Reuniendo á su gente, determinó no recibir el asalto al abrigo de sus muros, sino hacer una salida y atacar al enemigo en su propio terreno. Los bárbaros que se habian acercado mucho á las obras de defensa, se retiraron en cuanto salieron los españoles como un torrente, llevando á su cabeza al intrépido capitan; pero volviendo luego á la carga con ferocidad admirable, dirigieron todos sus tiros á Pizarro, en quien por su atrevimiento y aire de autoridad reconocian al gefe, y lanzándole millares de proyectiles, lograron causarle, á pesar de su armadura, nada menos que siete heridas (1).

Rechazado por la furia del ataque dirigido contra su persona, el capitan español se retiraba por el declive de la colina, defendiéndose como mejor podia con su espada y su broquel, cuando resbaló y cayó al suelo. El enemigo lanzó un alarido feroz de triunfo, y algunos de los mas audaces se acercaron á él para acabarlo. Pero Pizarro volvió á ponerse en pie en un momento, y matando á dos con su mano vigorosa, mantuvo á los demas á respetuosa distancia mientras que acudian sus soldados á defenderlo. Asombrados los bárbaros al ver tanto valor, empezaron á vacilar, cuando llegando oportunamente Montenegro, y atacándolos por retaguardia, los puso en completa dispersion; y abandonando el campo, se retiraron como pudieron á las guaridas de las montañas. El campo estaba cubierto con sus muertos; pero la victoria costó muy cara, pues murieron dos españoles mas y hubo muchos heridos.

Reunióse entonces un consejo de guerra. La posicion habia perdido toda su belleza para los españoles, que aquí habian encontrado por primera vez resistencia desde que habian emprendido su espedicion. Era necesario colocar á los heridos en algun paraje seguro donde se les pudiese curar. Sin embargo, no era prudente ir mas adelante, considerando el mal estado del buque. Por último, se resolvió volver y dar parte al gobernador de todo lo ocurrido; y aunque no se habian realizado las magníficas esperanzas de los aventureros, Pizarro creia que se habia hecho lo bastante para probar la importancia de la empresa, y para asegurar el apoyo de Pedrarias en su continuacion (2).

Sin embargo, hacíase muy duro á Pizarro presentarse al gobernador en el estado presente de la empresa. Determinó, pues, desembarcar con la mayor parte de su gente en Chicamá, lugar situado en Tierra Firme, á poca distancia al Oeste de Panamá. Desde este punto, á que llegó sin mas dificultades ni peligros, despachó á su buque, y en él á su tesorero Nicolás de Ribera, con todo el oro que se habia recojido, y con instrucciones para dar al gobernador un informe detallado y completo de sus descubrimientos y del resultado de la espedicion.

Mientras estas cosas pasaban, Almagro, el compañero de Pizarro, se habia ocupado activamente en disponer otro buque para la espedicion en el puerto de Panamá, mas solo mucho tiempo despues de la marcha de su compañero estuvo preparado á seguirlo. Auxiliado por Luque, al fin logró equipar una pequeña carabela y embarcar un cuerpo de sesenta á setenta aventureros, casi todos de la clase mas ínfima de la colonia. Dióse á la vela y siguió el rumbo de su compañero, con la intencion de alcanzarlo lo mas pronto posible. Mediante una señal en que antes habian convenido y que hacian en la corteza de los árboles, pudo reconocer todos los puntos en que habia estado Pizarro, Puerto de Piñas, Puerto del Hambre, Pueblo Quemado; tocando sucesivamente en todos los puntos del litoral esplorados por sus compatriotas, aunque en mucho menos tiempo. En el último punto indicado, fue recibido por los fieros naturales con las mismas demostraciones hostiles que habia sufrido Pizarro, aunque en este encuentro no se atrevieron los indígenas á salir de sus obras defensivas. Pero exasperóse tanto el ardor de Almagro con este obstáculo, que espada en mano tomó por asalto el pueblo, incendió la empalizada y las habitaciones, é hizo huir á los bosques á los miserables habitantes.

Su victoria le costó cara. Herido con un dardo en la cabeza, produjole esto una inflamacion en un ojo, que despues de grandes padecimientos, perdió enteramente. A pesar de esto el intrépido aventurero no vaciló en proseguir su viaje, y despues de tocar en diferentes puntos de la costa, algunos de los cuales lo recompensaron con un considerable botin de oro, llegó á la embocadura del *Rio de San Juan*, que está como al cuarto grado de latitud Norte. Sorprendióle la hermosura del rio, y lo cultivado de sus márgenes,

(1) Naharro, Relacion sumaria, MS.—Xerez, conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 180.—Zárate, Conquista del Perú, lib. I, cap. 1.—Balboa, Historia del Perú, capítulo XV.

(2) Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XI.—Xerez, ubi supra.

que estaban salpicadas de chozas de indios en cuya construccion se descubria algun arte, mientras que todas las cosas juntas revelaban un grado de civilizacion mas elevado que todo lo que hasta entonces habia visto.

Sin embargo, estaba lleno de inquietud y zozobra por la suerte de Pizarro y de los suyos. Hacia mucho tiempo que no encontraba rastro alguno de ellos en la costa, y era claro que ó debian haberse hundido en medio del Océano, ó emprendido su viaje de vuelta á Panamá. Esto último le pareció lo mas probable, puesto que el otro buque pudo pasar junto al suyo sin ser observado durante la noche, ó en medio de esas espesas neblinas que algunas veces envuelven aquella costa.

Convencido de esto, no se determinó á continuar su viaje de descubrimientos, para el cual efectivamente no bastaba su pequeño buque con su escasa dotacion de hombres. Resolvióse pues á volver en el acto, y tocando en las islas de las Perlas, supo allí el resultado de la espedicion de su amigo, y el paradero de este. Tomando inmediatamente el rumbo de Chicamá, los dos aventureros tuvieron muy pronto el placer de abrazarse, y de referirse mútuamente sus hazañas y peligros. Almagro traia mas oro aun que su sócio, y á cada paso de su navegacion habia adquirido nuevas pruebas de la existencia de un imperio opulento y grande hácia el Sur. Mucho se fortaleció con estos descubrimientos la confianza de los dos amigos; y ambos se juraron mútuamente morir mas bien que abandonar la empresa (1).



Francisco Pizarro.

Espada de Pizarro.

Discutiéronse séria y estensamente los mejores medios para levantar la gente necesaria á tan formidable espedicion, puesto que ya les parecia formidable despues de lo que habian visto, y por fin se resolvió que Pizarro permaneciese donde se hallaba, aunque era pais mal sano é incómodo, por la humedad del clima y por la multitud de insectos que poblaban la atmósfera, y que Almagro pasase á Panamá, espusiese todo lo ocurrido al gobernador, y alcanzase, si fuese posible, su apoyo para llevar adelante la empresa. Si no encontraban obstáculo por esta parte, podian esperar, con el auxilio de Luque, reunir los medios necesarios; mientras que los resultados de la reciente espedicion eran bastante satisfactorios para atraer gente á su bandera entre unos hombres cuyos instintos aventureros les incitaba á buscar con gusto el peligro, y que tenian en poco la vida si se comparaba con el oro.

CAPITULO III.

Contrato famoso.—Segunda espedicion.—Ruiz esplora la costa.—Penalidades de Pizarro en los bosques.—Llegada de nuevos reclutas.—Nuevos descubrimientos y desastres.—Pizarro en la isla del Gallo.

(1526.—1527.)

Al llegar á Panamá supo Almagro que las cosas habian tomado un aspecto menos favorable á sus planes de lo que esperaba. Pedrarias, el gobernador, se estaba preparando para mandar en persona una espedicion contra un oficial rebelde en Nicaragua; y su

(1) Xerez, ubi supra.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, loc. cit.—Balboa, Hist. del Perú, cap. XV.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XIII.—Levinus Apollonius, fól. 12.—Gomara, Hist. de las Indias, capitulo CVIII.

genio, que naturalmente no era de los mas amables, se habia agriado aun mas con la defeccion de su subalterno, y con la necesidad que le imponia de emprender una marcha larga y peligrosa. Así es que cuando Almagro se le presentó pidiéndole permiso para levantar nuevas tropas y para llevar adelante su empresa, el gobernador lo recibió con disgusto, escuchó con frialdad la relacion de sus pérdidas, se negó á creer en las promesas magníficas para el porvenir, y le pidió secamente cuenta de las vidas sacrificadas por la obstinacion de Pizarro, y que en la ocasion presente le hubieran sido tan útiles para su espedicion á Nicaragua. Negóse positivamente á consentir en nuevas y quiméricas empresas por parte de los dos aventureros, y la conquista del Perú hubiera quedado ahogada en su gérmen, á no ser por la intervencion eficaz del otro sócio, Fernando de Luque.

Este sagaz eclesiástico habia concebido una idea muy diferente de la del irritable gobernador sobre lo que resultaba de las esplicaciones de Almagro. Los resultados positivos de la empresa en plata y oro, habian sido en verdad muy pequeños y formaban un contraste humillante con la magnitud de sus esperanzas. Pero bajo otro punto de vista eran de importancia eminente; ya que todas las noticias que sucesivamente habian recogido los viajeros confirmaban de una manera indudable las relaciones anteriores de Andagoya y otros sobre la existencia de un rico imperio indio hácia el Sur, que podia recompensar el trabajo de conquistarlo, así como Méjico habia recompensado la empresa de Cortés. Adhiriéndose pues completamente á los sentimientos de sus compañeros militares, empleó toda su influencia con el gobernador para inclinarlo á favorecer la demanda de Almagro;



El Juramento.

y nadie, en la pequeña colonia de Panamá, ejercia mayor influencia en los consejos del gobierno que el padre Luque, influencia que debia no menos que á su carácter sacerdotal á su sagacidad reconocida y á su discrecion.

Pero mientras Pedrarias vencido por los argumentos ó por la importunidad del eclesiástico consentia con disgusto en acceder á la peticion, tuvo especial empeño en dar pruebas de su disgusto contra Pizarro, á quien atribuia particularmente la pérdida de sus hombres, nombrando á Almagro como su igual en el mando de la espedicion propuesta. Este desaire inspiró á Pizarro un profundo resentimiento. Sospechó que su compañero, no se sabe con qué motivo, habia solicitado esto del gobernador. Suscitóse pues alguna frialdad entre ellos, que desapareció, á lo menos esteriormente, al reflexionar Pizarro que mas valia que se confiriese esta autoridad á un amigo que á un estraño, quizás adversario suyo. Pero quedaron en su seno los gérmenes de una indeleble desconfianza, que

aguardaban la ocasion oportuna para brotar en una abundante cosecha de discordia (1).

Pedrarias habia estado interesado al principio en la empresa, á lo menos en cuanto á estipular una parte en las ganancias, aunque, segun parece, no habia contribuido con un solo maravedí á los gastos. Por fin se consiguió de él que renunciase á todos sus derechos á participar en las ganancias. Pero en su modo de hacer esto, manifestó un espíritu mercenario mas propio de un mercachifle que de un alto empleado de la corona. Estipuló que los asociados le asegurasen la suma de mil pesos de oro en pago de su consentimiento, y ellos aceptaron inmediatamente su proposicion con tal de verse libres de sus pretensiones. ¡Por tan insignificante suma abandonó su parte del rico despojo de los Incas (2)! Pero el gobernador no era profeta. Su avaricia era de aquellas cuyas mezquinas proporciones contribuyen á su propia destruccion. Habia sacrificado al caballero Balboa cuando este le estaba preparando la conquista del Perú; y ahora hubiera querido ahogar el espíritu emprendedor que se dirigia á los mismos fines en Pizarro y sus compañeros.

Poco despues de esto, es decir, en el siguiente año, sucedióle en el gobierno don Pedro de los Rios, natural de Córdoba. La política del gobierno español consistia en no dejar que sus representantes en las colonias permaneciesen bastante tiempo para hacerse formidables por su autoridad (3). Ademas tenia muchos motivos particulares de disgusto contra Pedrarias. El funcionario con que se le reemplazaba llevaba ámplias instrucciones para el bien de la colonia, y especialmente de los naturales, cuya conversion al catolicismo se prescribia como el primero de los deberes de la autoridad, y cuya libertad personal se aseguraba de una manera indudable como leales vasallos de la corona. Debe hacerse al gobierno español la justicia de confesar que en todas sus disposiciones parecia guiado por una política muy humana y muy condescendiente, si bien la avaricia del colono y la caprichosa crueldad del conquistador frustraban constantemente sus buenos deseos. Los pocos años que aun vivió Pedrarias los invirtió en rencillas miserables, tanto personales como públicas; porque aun siguió empleado, aunque en destino de menor importancia que el que habia desempeñado hasta entonces. Vivió, como hemos dicho, pocos años mas, dejando tras sí la reputacion poco envidiable del que con pasiones desenfrenadas tiene un espíritu pusilánime. Sin embargo desplegó cierta energía de carácter, ó para hablar con mas esactitud, una impetuosidad de propósito que pudo haber conducido á buenos resultados si hubiera sido impulsada por buen camino. Por desgracia era tal su falta de prudencia que la direccion que seguia pocas veces era útil ni para él ni para su pais.

Arregladas todas las dificultades con el gobernador, y obtenido su permiso para la empresa, los confederados no perdieron tiempo en hacer los necesarios preparativos. Su primer paso fue celebrar el contrato memorable que sirvió de base á sus disposiciones futuras; y como en él aparece el nombre de Pizarro, parece probable que este hubiese pasado á Panamá en cuanto estuvo seguro de las resoluciones favorables de Pedrarias (4). El documento, despues de invocar de la manera mas solemne los nombres de la Santísima Trinidad y de la Vírgen, declara que como los contratantes tenian plenos poderes para descubrir y someter los paises y provincias situados al Sur del golfo, pertenecientes al imperio del Perú, y como Fernando de Luque habia adelantado los fondos para la empresa en barras de oro hasta el valor de veinte mil pesos, se comprometian mútuamente á dividir por partes iguales entre sí todo el territorio conquistado. Esta estipulacion se repite muchas veces, especialmente en lo tocante á Luque, quien segun se declara, tendria derecho á la tercera parte de todas las tierras, repartimientos, tesoros de toda clase, oro, plata y piedras preciosas, y á una tercera parte igualmente de todos los vasallos, rentas y emolumentos que resultasen de las concesiones que pudiera hacer la corona á cualquiera de sus dos compañeros militares, y todo para sí y sus herederos ó representantes.

Los dos capitanes se comprometieron solemnemente á consagrarse de una manera esclusiva á la dicha empresa hasta que se llevase á buen fin; y en caso de que faltasen á su compromiso, se obligaban á reembolsar á Luque sus adelantos, para lo cual empeñaban todos sus bienes; conviniendo ademas en que esta declaracion bastaba para la ejecucion de la sentencia contra ellos, como si fuese disposicion de un tribunal de justicia.

Los comandantes Pizarro y Almagro, juraron en nombre de Dios y por los santos Evangelios ejecutar lo que prometian, haciendo el juramento sobre el misal en el cual trazáron con sus propias manos el sagrado emblema de la cruz. Para dar mas fuerza al contrato, el padre Luque administró el sacramento de la Eucaristía á los contratantes, dividiendo la hostia en tres partes, una para cada uno, mientras que los espectadores, dice un historiador, se enternecian al ver la solemne ceremonia con que se consagraban estos hombres voluntariamente á un sacrificio que parecia poco menos que locura (5).

Este documento, que tiene la fecha del 10 de marzo de 1526, fue firmado por Luque, sirviendo de testigos tres ciudadanos respetables de Panamá, uno de los cuales firmó por Pizarro y otro por Almagro; pues que ninguno de los dos, como del documento resulta, sabia escribir su propio nombre (6).

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág 180. —Montesinos, Anales, año 1526.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XII.

(2) Tal es la relacion de Oviedo que presenció la entrevista entre el gobernador y Almagro, cuando se discutieron los pormenores de la compensacion. El diálogo, que es muy divertido y que refiere muy bien el antiguo cronista se encontrará en el *Apéndice*, núm. 5. En la *Relacion* que tantas veces he citado de uno de los conquistadores del Perú, se da otra version de este asunto, segun la cual Pedrarias abandonó voluntariamente la sociedad disgustado por las pocas probabilidades de buen éxito. «Vueltos con la dicha gente é Panamá, destrozados y gastados que ya no tenian haciendas para tornar con provisiones y gentes que todo lo habian gastado, el dicho Pedrarias de Avila les dijo, que ya él no queria mas hacer compañia con ellos en los gastos de la armada, que si ellos querian volver á su costa, que lo hiciesen; y ansí como gente que habia perdido todo lo que tenia y tanto habia trabajado, acordaron de tornar á proseguir su jornada y dar fin á las vidas y haciendas que les quedaban, ó descubrir aquella tierra, y ciertamente ello tuvieron grande constancia y ánimo.» Relacion del primer descub., MS.

(3) El agudo Mártir habla de esta política. «De mutandis namque plerisque gubernatoribus, ne longa minis imperio asuetudine insolescant, cogitatur, qui præcipipue non fuerint provinciarum domitores, de hisce ducibus namque aliaratii ponderatur.» (De Orbe Novo, Parisii, 1587, pág. 498.) Es lástima que este filósofo que tan ardientemente se interesaba en las noticias sucesivas de las diferentes partes del Nuevo Mundo, hubiese muerto antes que la existencia del imperio de los Incas, hubiese llegado á conocimiento de los europeos. Vivió lo bastante para hablar de las maravillas de Méjico, pero no de las de Cuzco.

(4) En oposicion á casi todos los escritores, pero no al juicioso Quintana, me he conformado con Montesinos, colocando la celebracion del contrato al principio de la segunda y no de la primera espedicion. Este arreglo coincide con la fecha del instrumento mismo, que ademas nadie copia *in extenso*, de los antiguos autores que yo he consultado, sino Montesinos.

(5) Véase este instrumento singular en Montesinos. (Anales, MS., año 1526.) Lo he copiado en el *Apéndice*, número 6.

(6) Véanse algunas investigaciones sobre el hecho, negado

Tal fue el singular contrato con que tres individuos oscuros se repartieron tranquilamente entre sí un imperio, de cuya estension, poder y recursos, de cuya posicion, de cuya existencia misma no tenian esacto y seguro conocimiento. La manera positiva con que hablan de la magnitud del imperio, de su abundante riqueza, cosas tan esactas como se probó despues aun que tan poco sabian de ellas, forma un notable contraste con el escepticismo general y con la indiferencia que casi todo el mundo manifestaba en Panamá (1).

El tono religioso de este documento es uno de sus rasgos mas singulares, especialmente si lo ponemos en contraste con la política cruel que siguieron los mismos hombres que lo firmaron en su conquista del pais. «En el nombre de un Dios de paz, dice el ilustre historiador de América, ratificaron un contrato cuyo objeto era saquear y derramar sangre humana (2).» Esta observacion parece muy justa. Sin embargo, al criticar lo que se hace, lo mismo que lo que se escribe, debemos tener muy presente el espíritu de la época. La invocacion del cielo era natural, cuando en parte era religioso el fin de la empresa. La religion formaba, á lo menos en teoría, el pretesto de las conquistas de los españoles en el Nuevo Mundo. Que se mezclaron motivos viles con estos otros elevados, y en diferentes proporciones segun el carácter de los individuos, es cosa que nadie negará. Y pocos son los que se han propuesto á sí mismos una larga carrera de accion sin mezcla de algun motivo vulgar y personal, fama, honores ó riqueza. Sin embargo, que la religion nos da la clave de las cruzadas americanas, por mal que estas se ejecutasen, es evidente en la historia de su orígen; en la sancion que les dió públicamente el gefe de la Iglesia; en la multitud de misioneros voluntarios que siguieron los pasos de los conquistadores para recoger la pingüe cosecha de las almas; en las reiteradas instrucciones de la corona, cuyo gran objeto era la conversion de los indígenas; en esos hechos supersticiosos de la misma soldadesca empedernida, que por mas que se atribuyan al fanatismo, eran demasiado sinceros para que puedan admitir la acusacion de hipocresía. Realmente fue una cruz de fuego la que se paseó por ese desgraciado pais, abrasándolo y consumiéndolo en su terrible carrera; pero al cabo era la cruz, el signo de la redencion del hombre, el único signo mediante el cual podian salvarse las generaciones venideras de la eterna perdicion.

Es un hecho muy notable, y que hasta ahora no ha sido descubierto por el historiador, que el padre Luque no era la verdadera parte en este contrato, sino que representaba á otro que colocaba en sus manos los fondos necesarios para la empresa. Esto resulta de un instrumento firmado por Luque y certificado por el mismo escribano que preparó el contrato original. Este instrumento declara que toda la suma de veinte mil pesos adelantada para la espedicion lo fue por el licenciado Gaspar de Espinosa, que se hallaba entonces en Panamá; que Luque obró solamente como agente suyo y autorizado por él, y que por consiguiente el dicho Espinosa, y solo él, tenia derecho á la tercera parte de las ganancias y adquisiciones que resultasen de la conquista del Perú. Este instrumento, atestiguado por tres personas, una de las cuales fue testigo del contrato original, está fechado el 6 de agosto de 1531 (3). El licenciado Espinosa era un funcionario de categoría, que habia sido alcalde primero en Darien, y que despues habia representado un papel principal en la conquista y colonizacion de Tierra Firme. Era muy considerado por su rango y por su carácter; y es particular que tan poco se sepa sobre el modo en que se ejecutó un contrato tan solemne en lo relativo á él. Como sucedió en el caso de Colon, es probable que la inesperada magnitud de los resultados impidió que se cumpliese fiel y escrupulosamente la estipulacion primitiva y sin embargo, por el mismo motivo apenas se puede poner en duda que los veinte mil pesos del atrevido especulador le diesen un magnífico retorno. Ni tampoco el digno vicario de Panamá, como mas adelante lo dirá la historia, quedó sin recompensa.

Habiendo completado estas disposiciones preliminares, los tres socios no perdieron tiempo en hacer sus preparativos para el viaje. Compráronse dos buques mayores y mucho mejores en todo que los que se habian empleado en la ocasion anterior. Se hicieron provisiones en escala mayor que antes, como lo dictaba la esperiencia, y se pregonó públicamente una «espedicion al Perú» para que acudiesen los que quisiesen tomar parte en ella. Pero los escépticos habitantes de Panamá no se dieron mucha prisa en acudir. De cerca de doscientos hombres que habian ido á la espedicion primera, apenas quedaban las dos terceras partes (4). Esta terrible mortandad, y el aspecto miserable, pobre y enfermizo de los que sobrevivian, hablaban con elocuencia mayor que las promesas pomposas y los magníficos planes que presentaban los aventureros. A pesar de esto habia hombres en Panamá colocados en situacion tan desesperada, que cualquier cambio les parecia una esperanza para mejorar de condicion. Tambien la mayor parte de los que fueron por primera vez, cosa rara, preferian seguir la aventura y no abandonarla, porque en ella creian entrever la luz de un porvenir mas agradable. Con estos elementos los capitanes lograron alistar unos ciento y sesenta hombres, que hacian en todo una fuerza muy pequeña para la conquista de un imperio. Tambien se compraron algunos caballos, y un surtido de municiones y pertrechos militares mejores que los que en la espedicion anterior se llevaron aunque siempre en pequeña cantidad. Considerando el buen estado de sus fondos esto no se esplica sino por la dificultad de encontrar estos objetos en Panamá, ciudad recien fundada y en la remota costa del Pacífico, y á la cual no se podia llegar sino atravesando la difícil barrera que ofrecian las montañas, lo que hacia sumamente difícil el trasporte de objetos voluminosos. Tambien es probable que en aquellas circunstancias fuera casi imposible adquirir parte de los pequeños recursos que poseia, porque tambien el gobernador estaba haciendo los preparativos de su propia espedicion al norte.

Con estos escasos pertrechos, los dos capitanes, cada cual en su buque, volvieron á salir de Panamá, dirigidos por Bartolomé Ruiz, piloto de sagacidad y resolucion, que tenia mucha esperiencia en la nave-

por algunos, de la ignorancia de Pizarro en el arte de escribir, en el lib. VI, cap. V de esta historia.

(1) Por un juego de palabras se dió al padre Luque el epíteto de *loco*, que le mereció su actividad en esta empresa. Oviedo lo llama *padre Luque ó loco*, como si fueran sinónimos. Historia de las Indias, Islas é Tierra Firme del mar Océano, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

(2) Robertson, América, tomo III, pág. 5.

(3) El instrumento que contiene esta singular revelacion está copiado en un manuscrito que intitula Noticia general del Perú, Tierra Firme y Chile, por Francisco Lopez de Cervantes, empleado de hacienda en las colonias. El MS. que antes se conservaba en la biblioteca del gran colejio de Cuenca, en Salamanca, se halla ahora en la biblioteca real de Madrid. Quintana estracta el pasaje en sus Españoles célebres, tomo II, *Apéndice*, núm 2, nota.

(4) «Con ciento y diez hombres salió de Panamá, y fué donde estaba el capitan Pizarro con otros cincuenta de los primeros ciento y diez que con él salieron y de los setenta que el capitan Almagro llevó cuando le fué á buscar, que los ciento y treinta ya eran muertos.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 180.

gacion del mar del Sur. Era natural de Moguer, en Andalucía, criadero fecundo aunque pequeño de empresas marítimas, que tantos marineros proporcionó á Colon para sus primeros viajes. Sin tocar en los puntos intermedios de la costa, que no ofrecian aliciente alguno á los viajeros, navegaron mas mar adentro, gobernando hácia el rio de San Juan, el último límite que habia alcanzado Almagro. La estacion habia sido mejor escogida que en la ocasion anterior, y encontrando vientos favorables llegaron en pocos dias al lugar de su destino. Entrando por la embocadura del rio, vieron que sus orillas estaban cubiertas de habitaciones de indios, y desembarcando Pizarro con algunos soldados, logró sorprender un pueblo, y llevarse un botin considerable de adornos de oro que se encontraron en las chozas, juntamente con algunos naturales (1).

Entusiasmados con el buen éxito, los dos gefes calcularon que al contemplar tan ricos despojos con tal rapidez adquiridos, los aventureros de Panamá no podrian resistir al deseo de acudir á su bandera; y como cada dia sentian mas y mas la necesidad de tener fuerzas mayores para poder luchar con la mayor poblacion del pais que iban á invadir, resolvióse que Almagro volviese con el tesoro y procurase refuerzos, mientras que el piloto Ruiz con el otro buque reconocia la costa hácia el Sur, y recogia todas las noticias que pudiera para determinar sus pasos futuros. Pizarro, con lo restante de sus fuerzas, debia permanecer cerca del rio, puesto que los prisioneros indios le aseguraron que á corta distancia en lo interior habia una region abierta y cultivada, en que él y los suyos encontrarian todo lo necesario para vivir con comodidad. Este plan se puso en obra inmediatamente. Pero nosotros seguiremos antes que á los demas al intrépido piloto en su crucero hácia el Sur.

Siguiendo la costa del gran continente, con vientos favorables todavía, el primer lugar en que Ruiz echó el ancla fue en la pequeña isla del Gallo, como á dos grados Norte. Los habitantes, que no eran numerosos, estaban preparados para recibirlo de una manera hostil, porque las noticias de los invasores los habian precedido en el pais, y aun habian llegado á este punto aislado. Como el objeto de Ruiz era esplorar y no conquistar, no quiso enredarse en hostilidades con los indígenas; y así, abandonando su proyecto de desembarcar, dióse á la vela y recorrió la costa hasta el punto que hoy se llama bahía de San Mateo. El pais que, á medida que avanzaba, seguia dando indicios de un cultivo mejor y de una poblacion mas considerable que lo que hasta ahora habian visto, estaba cubierto en las orillas de espectadores, que no parecian tener miedo ni ser hostiles. Permanecian en pie contemplando la nave de los blancos cuando esta cortaba suavemente las aguas cristalinas de la bahía, figurándose, dice un autor antiguo, que era un ser misterioso bajado del cielo.

Sin permanecer en esta costa amiga lo suficiente para desengañar á los sencillos naturales, Ruiz, alejándose de la costa entró en alta mar; pero no habia navegado mucho tiempo en esta direccion, cuando lo sorprendió descubrir un buque que con la distancia parecia una gran carabela, pero atravesada por una vela muy grande que la arrastraba lentamente por la superficie del agua. El antiguo marinero se confundia al contemplar semejante fenómeno porque estaba seguro de que ninguna nave europea podia haber llegado antes que él á estas latitudes, y ninguna nacion india de las hasta entonces descubiertas, ni aun la civilizada nacion mejicana, conocia la aplicacion de las velas á la navegacion. Al acercarse, descubrió que era una grande embarcacion, ó por mejor decir una balsa, que consistia de un gran número de vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas á otras, y con un ligero suelo de cañas por encima á modo de cubierta. Dos mástiles ó palos gruesos, colocados en el centro del buque, sostenian una gran vela cuadrada de algodon, mientras que un grosero timon y una especie de quilla hecha con una tabla encajada entre los maderos, facilitaban al marino el que diese direccion á esta clase de buque, que seguia su curso sin la ayuda del remo (2). La sencilla construccion de esta máquina flotante bastaba para las necesidades de los indígenas, y tambien les ha bastado hasta la época presente; porque la balsa, con su pequeña choza en medio, aun se usa para trasportar pasajeros y equipajes en algunos rios, y en algunos puntos de esta parte de la costa del continente Sur americano.

Al atracar la balsa al buque, Ruiz encontró en ella varios indios, tanto hombres como mujeres, algunos engalanados con ricos adornos, y ademas muchos objetos de plata y oro trabajados con singular destreza, que llevaban á diferentes puntos de la costa para traficar con ellos. Pero lo que mas llamó su atencion fue el tejido de lana de que se componian algunos de sus trajes. Era un tejido muy fino, delicadamente bordado con figuras de pájaros y flores, y teñido con colores brillantes. Tambien vió en el bote una balanza para pesar los metales preciosos (3). Su asombro al contemplar estas pruebas de destreza y civilizacion, tan superior á todo lo que hasta entonces habia visto en el pais, creció considerablemente con las noticias que recogió de estos indios. Dos de ellos venian de Tumbez: puerto peruano que estaba algunos grados mas al Sur, y le dieron á entender que cerca de esta parte habia grandes rebaños de los animales que producian esta lana, y que el oro y la plata eran casi tan comunes como la madera en los palacios de su monarca. Los españoles escuchaban con inesplicable interes noticias que tan de acuerdo estaban con sus mas ardientes deseos. Aunque en parte temiendo que hubiese exageracion en el relato, Ruiz resolvió detener á algunos de estos indios, inclusos los de Tumbez, para que repitiesen la historia maravillosa á su gefe, y al mismo tiempo para que aprendiendo el castellano, pudiesen mas adelante servir de intérpretes en los tratos con sus compatriotas. A los otros les permitió proseguir en su viaje sin mas interrupcion. Siguiendo despues su rumbo el prudente piloto, sin tocar en ningun otro punto de la costa, llegó á la altura de la punta de Pasado, como medio grado al Sur, teniendo la gloria de ser el primer europeo que navegando con este rumbo en el Pacífico, cruzó la línea equinoccial. Este fué el límite de sus descubrimientos; al llegar á él, viró de bordo, y gobernando al Norte, logró despues de una ausencia de algunas semanas, fondear en el pun-

(1) Ibid. págs. 180, 181.—Naharro, relacion sumária, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap XIII.

(2) «Traia sus mástiles y antenas de muy fina madera y velas de algodon del mismo talle de manera que los nuestros navios.» Relacion de los primeros descub. de F. Pizarro y Diego de Almagro, sacada del códice núm. 120 de la Biblioteca imperial de Viena, MS.

(3) En una corta relacion de esta espedicion, escrita al parecer en la época en que se hizo ó poco despues, se especifican menudamente todos los objetos que se encontraron en la balsa. «Espejos guarnecidos de la dicha plata, y tazas y otras vasijas para beber; traian muchas mantas de lana y de algodon, y camisas y aljubas, y alaremes, y otras muchas ropas, todo lo mas de ello muy labrado de labores muy ricas de colores de grana, y carmesí, y azul, y amarillo, y de todas otras colores de diversas maneras de labores y figuras de aves y animales, y pescados, y árboles; y traian unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura de romana, y otras muchas cosas.» Relacion sacada de la Biblioteca imperial de Viena, MS.

to en que habia dejado á Pizarro y á sus compañeros (1).

Y ya era tiempo que lo hiciese; porque el ánimo de esa pequeña fuerza desfallecia ya ante los peligros á que se habia visto espuesta. En cuanto se fueron sus buques, Pizarro emprendió su marcha al interior, con la esperanza de encontrar la deliciosa campiña que le habian prometido los naturales. Pero á cada paso parecia mas y mas espeso el bosque, y los árboles se elevaban á una altura gigantesca que él no los habia visto nunca, ni en estas feraces regiones donde la naturaleza obra tan en grande (2). A medida que avanzaba encontraba colinas y mas colinas unas detras de otras, como si fueran olas del mismo mar que iban á reunirse á la barrera colosal de los Andes, cuyas nevadas cumbres se veian elevadas sobre las nubes, y estendidas como una cortina de bruñida plata que parecia unir al cielo con la tierra.

Al atravesar estas colinas cubiertas de bosques, los cansados aventureros solian encontrarse al borde de quebradas de espantosa profundidad, donde las emanaciones de un suelo húmedo salian como un vapor mortífero en medio del incienso de las olorosas flores, que revestian la sima con la mas asombrosa variedad de matices. Los pájaros, especialmente de la familia de los loros, remedaban esta fantástica variedad de la naturaleza con tintas tan brillantes como los del reino vegetal. Veian sobre sus cabezas millares de monos, que les hacian gestos y parecian los espíritus diabólicos de estas soledades, mientras que reptiles horrorosos, engendrados en la fangosa profundidad de las aguas estancadas, se acumulaban alrededor de ellos. Aquí se veia el boa gigantesco, enlazando sus pliegues colosales en el tronco de un árbol, de modo que apenas se le distinguia del tronco hasta que estaba próximo á lanzarse á su presa; allí los caimanes estaban tomando el sol á orillas de los rios, ó deslizándose por debajo de la superficie del agua, se apoderaban de su incauta víctima antes que esta lo sintiese (3). Muchos españoles perecieron miserablemente por estos medios, y otros fueron asesinados por los naturales, que vigilaban escrupulosamente sus movimientos y se aprovechaban de cualquiera ocasion para atacarlos con ventaja. Catorce hombres de los de Pizarro fueron cogidos de una vez en una canoa que encalló en las márgenes de un rio (4).

El hambre vino luego á aumentar la lista de sus desgracias, y grande fue la dificultad que esperimentaron para encontrar algo que comer en los bosques. A veces encontraban patatas silvestres, cocos, ó en la playa el espeso fruto del mango. Pero la orilla del mar era mas insoportable que los bosques, por los enjambres de mosquitos que obligaban á los desgraciados aventureros á sepultar sus cuerpos hasta la cara en la arena. En esta estremidad de padecimientos solo pensaban en volverse; y todos sus planes de avaricia y de ambicion, esceptuando á Pizarro y á otros pocos espíritus indomables, desaparecian ante el deseo de volver á Panamá.

En esta crísis fue cuando volvió el piloto Ruiz con la noticia de sus brillantes descubrimientos; y poco despues entró Almagro en el puerto con su buque cargado de provisiones y con un refuerzo considerable de voluntarios. El viaje de este gefe habia sido próspero y feliz. Cuando llegó á Panamá encontró el gobierno en manos de don Pedro de los Rios, y no se atrevió á desembarcar hasta obtener del padre Luque alguna noticia sobre las opiniones del nuevo gobernador relativamente á ellos. Halló que estas eran bastante favorables, porque el gobernador tenia instrucciones particulares para llevar á cabo lo pactado por su predecesor con los sócios. Al saber la llegada de Almagro, bajó al puerto para felicitarlo, y para asegurarle que estaba dispuesto á favorecer en todo la ejecucion de sus planes. Felizmente poco antes de esta época, habia llegado á Panamá un pequeño cuerpo de aventureros militares desde la metrópoli, ardiendo en deseos de hacer fortuna en el Nuevo-Mundo. Estos tragaban el cebo de oro con mas ansia y mucha mas facilidad que los antiguos y cautos colonos; y con ellos y con algunos otros ociosos que habia en la ciudad, Almagro se encontró al frente de un refuerzo de á lo menos ochenta hombres, con los cuales, despues de haber embarcado provisiones y pertrechos, se dió á la vela para el rio de San Juan.

La llegada de los nuevos reclutas, ansiosos por llevar adelante la espedicion, el cambio agradable producido en sus circunstancias por las nuevas y abundantes provisiones, y las brillantes pinturas de las riquezas que iban á encontar en el Sur, produjeron su efecto en los abatidos ánimos de los que con Pizarro estaban. Sus recientes trabajos y privaciones se olvidaron muy pronto, y con la animacion é inconstancia características al aventurero, exigian tan enérgicamente á su comandante que siguiese el viaje emprendido, como antes habian solicitado que lo abandonase. Aprovechándose de estos buenos deseos, los capitanes se embarcaron, y guiados por el veterano piloto, se dirigieron por el mismo rumbo que este habia seguido poco antes.

Pero se habia dejado pasar la estacion favorable, que en estas latitudes dura muy pocos meses, para hacer un viaje al Sur. El viento soplaba constantemente hácia el Norte, y una fuerte corriente no lejos de la playa, seguia la misma direccion. Los vientos se convertian muy á menudo en tempestades, y los desgraciados viajeros estuvieron siendo juguete de las olas durante muchos dias, en medio de las tormentas mas horribles de truenos y relámpagos, hasta que por último encontraron un puerto seguro en la isla del Gallo, visitada antes por Ruiz. Como ahora eran demasiado numerosos para temer un ataque, las tripulaciones desembarcaron, y como no esperimentaron incomodidad alguna por parte de los indígenas, permanecieron en la isla dos semanas, recorriendo sus averiados buques, y descansando de las penalidades de la navegacion. Despues, emprendiendo de nuevo su viaje, gobernaron hácia el Sur hasta que llegaron á la bahía de San Mateo. Al recorrer la costa esperimentaron el mismo asombro que antes habia esperimentado Ruiz, viendo que el pais manifestaba por todas partes en su aspecto general y en el de sus habitantes, pruebas de un grado mas elevado de civilizacion. Por todas partes se veian los resultados del cultivo. Tambien el aspecto natural de la costa era mas halagüeño; porque en lugar del laberinto eterno de mangles cuyas ásperas raices penetran por debajo del agua como para envolver en una red al viajero desprevenido, las orillas bajas del mar estaban cubiertas de magestuosos árboles de ébano, de una especie de caoba, y otras maderas duras, las mas susceptibles de tomar un barniz brillante y variado. La madera del sándalo, y muchos árboles olorosos de nombres desconocidos, derramaban sus gratos perfumes por el aire, no en una atmósfera impreg-

(1) Xerez, Conq. del Perú, tomo III, pág. 181.—Relacion sacada de la Biblioteca imperial de Viena, MS.—Herrera Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XIII.

Uno de los autores dice que estuvieron sesenta dias en este viaje. Siento no poder señalar la fecha exacta de los acontecimientos en estas primeras espediciones. Pero la cronologia no era cosa digna de la atencion de estos antiguos cronistas que parecen creer que porque ellos conservan en la memoria todas las fechas recientes debe suceder lo mismo á los demas.

(2) «Todo era montañas, con árboles hasta el cielo.» Herrera, Hist. general, ubi supra.

(3) Herrera, Hist. general, ubi supra.

(4) Ibid., loc. cit.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CVIII.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

nada de corrupcion vegetal, sino por las brisas puras del Océano, que llevaban en sus alas perfumes y salud al mismo tiempo. De cuando en cuando se veian anchos campos de tierras cultivadas, y repechos de las colinas cubiertos con el amarillo maiz y patata, ó en nivel mas bajo con magníficos plantíos de cacao (1).

Los pueblos eran mas y mas numerosos; y cuando los buques anclaron en el puerto de Tacamez, los españoles pudieron ver una ciudad de mas de mil casas, arregladas en calles, y con una poblacion numerosa apiñada alrededor de ella en los arrabales (2). Los hombres y mujeres ostentaban en sus personas muchos adornos de oro y piedras preciosas, cosa que parecerá singular considerando que los Incas del Perú se reservaban el monopolio de estas piedras para sí y para las nobles á quienes se dignaban concederlas. Pero aunque los españoles habian alcanzado ya los límites esteriores del imperio peruano, no era el Perú lo que veian, sino Quito y aquella parte de este pais recien sometido al cetro de los Incas, donde no era posible que el opresor sistema de los déspotas americanos hubiese borrado aun los antiguos usos del pueblo. Ademas el pais adyacente era especialmente abundante en oro, que lavado de la arena de los arroyos, aun constituye una de las principales producciones de Barbacoas. Aquí tambien estaba el hermoso rio de las Esmeraldas, llamado así por las minas de esta piedra preciosa que existian en sus márgenes y con que los monarcas indios enriquecian sus tesoros (3).

Los españoles contemplaban con deleite estas pruebas indudables de riqueza, y vieron en el cultivo admirable del territorio una agradable seguridad de que por fin habian llegado al pais que tanto tiempo habian estado contemplando revestido de tan brillantes, pero tambien de tan remotos colores. Pero aquí tambien tenian que verse chasqueados por el espíritu belicoso del pueblo, que, conociendo su propia fuerza, no se sentia intimidado por el invasor. Al contrario, muchas canoas cargadas de guerreros abandonaron la playa, llevando una enseña de oro, dieron vueltas al rededor de los buques desafiándolos con sus miradas, y cuando las persiguieron se refugiaron fácilmente en tierra (4).

Un cuerpo mas formidable se reunió en la playa, hasta el número, segun dicen los españoles, de á lo menos diez mil guerreros, aparentemente ansiosos de atacar á los invasores. Pizarro que desembarcó con parte de los suyos esperando poder entablar una conferencia no pudo evitar enteramente las hostilidades; y quizás lo hubieran pasado muy mal los españoles, perseguidos con ardor por un enemigo infinitamente superior en número, á no ser por un accidente burlesco que, como refieren los historiadores, sufrió uno de los ginetes. Este consistió en una caida de caballo, que asombró de tal manera á los bárbaros que no esperaban semejante division de lo que parecia un solo y único cuerpo, que llenos de consternacion se retiraron y abrieron paso á los cristianos para que volviesen á sus buques (5).

En estas circunstancias se celebró un consejo de guerra. Era evidente que las fuerzas de los españoles no bastaban para luchar con un cuerpo de indígenas tan numeroso y tan bien preparado; y aunque venciesen aquí, no podian abrigar la esperanza de abrirse paso por medio del torrente de guerreros que acudiria á entorpecer su marcha, porque el pais parecia mas y mas poblado á medida que adelantaban, y descubrian numerosas ciudades y pueblos nuevos, cada vez que descubrian mas tierra ó que doblaban un cabo. Segun opinion de algunos, los de menos corazon, convenia abandonar la empresa de una vez, como superior á sus fuerzas. Pero Almagro consideró este asunto bajo un punto de vista diferente. Volver, decia, sin haber hecho nada, era vergonzoso, era su ruina. Casi todos ellos habian dejado acreedores en Panamá, que esperaban su pago de los frutos de la espedicion. Volver era entregarse á discrecion en sus manos, ir á la cárcel. Mejor era vagar como hombres libres, aunque fuera en el desierto, que yacer con grillos en los calabozos de Panamá (6). Lo que debian hacer, segun él, era lo que habian hecho recientemente. Pizarro podria encontrar algun lugar cómodo en que permanecer con parte de la fuerza, mientras que él volviera á Panamá en busca de refuerzos. Las noticias que ahora podian dar sobre las riquezas del pais, darian un colorido muy diferente á la espedicion, y no podrian dejar de atraer á sus banderas cuantos voluntarios necesitasen.

Pero por preciosos que fuesen estos consejos, no eran enteramente agradables al otro comandante, á quien no gustaba el papel que le tocaba siempre de quedarse en los bosques y pantanos de este pais salvaje. Esto, respondió Pizarro, era muy cómodo para los que pasaban agradablemente el tiempo corriendo de un punto á otro en su buque, ó cómodamente abrigados en un pais abundante como lo era Panamá; pero era todo lo contrario para los que quedaban detras en el desierto, desfallecidos y muriéndose de hambre (7). A esto contestó Almagro con algun ca-

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 181 —Rel. sacada de la biblioteca imperial de Viena, MS.—Naharro, Rel. sumaria, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1526. —Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Relacion del primer descub., MS.

(2) El secretario de Pizarro dice que una de las ciudades contenia tres mil casas. «En esta tierra habia muchos mantenimientos, y la gente tenia muy buena órden de vivir, los pueblos con sus calles y plazas: pueblo habia que tenia mas de tres mil casas, y otros habia menores.» Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 181.

(3) Steveson que viajó por esta parte de la costa en los primeros años de este siglo, habla mucho de sus tesoros minerales y vejetales. La mina de esmeraldas próxima al rio de este nombre, tan famosa en otros tiempos, estará ahora cerrada por una supersticion mas propia del tiempo de los Incas. «Jamás la visité, dice el viajero, gracias al temor superticioso de los naturales, que me aseguraron que estaba encantada, y que la guardaba un enorme dragon, que vomitaba truenos y relámpagos contra todos los que se atrevian á ir rio arriba.» Residencia, etc.

(4) «Salieron á los dichos navíos catorce canoas grandes con muchos indios, dos armados de oro y plata, y trahian en la una canoa un estandarte y encima de él ***un bolto de un mucho de sio de oro*** (*), y dieron una vuelta á los navíos por avisarlos en manera que no les pudiese enojar, y así dieron vuelta hácia á su pueblo y los navíos no los pudieron tomar porque se metieron en los bajos junto á la tierra.» Relacion sacada de la Biblioteca imperial de Viena, MS.

(5) «Al tiempo del romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron, que volvieron las espaldas dando voces á los suyos, diciendo que se habia hecho dos, haciendo admiracion de ello: lo cual no fue sin misterio; porque á no acaescer esto se presume que mataran todos los cristianos.» (Relacion del primer descubrimiento, MS.) Este modo de esplicar el terror pánico de los bárbaros es tan digno de fé como la aparicion del apóstol Santiago en circunstancias análogas, de que tantas veces hablan los historiadores de estas guerras.

(6) «No era bien volver pobres, á pedir limosna, y morir en las cárceles, los que tenian deudas.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. II.

(7) «Como iba y venia en los navíos, adonde no le faltaba

(*) ***Nota del traductor.*** Todas las citas que hace Prescott de este manuscrito están plagadas de errores, quizá por haber sido copiado por estrangero. Hemos tratado de corregir algunos; pero confesamos que el que hemos subrayado es absolutamente ininteligible. Lo peor es que esta palabra *bolto*, que es quizas *bulto*, ha hecho creer al autor que el estandarte de los indios era una *máscara* de oro, sin duda por la analogía con la palabra italiana *volto*.

lor, manifestándose dispuesto á tomar el mando de los valientes que se quisieran quedar con él si Pizarro lo rehusaba. Poco á poco iba creciendo el tono amenazador de esta disputa, y pronto hubieran pasado de las palabras á los golpes, porque echando mano á sus espadas ya iban atacarse uno á otro, cuando el tesorero Ribera, auxiliado por el piloto Ruiz, logró apaciguarlos. Pocos esfuerzos se necesitaban por parte de estos dos consejeros mas templados para convencer á los gefes de lo absurdo de una conducta que hubiera puesto inmediatamente término á la espedicion de una manera poco honrosa para los que la habian proyectado. Por consiguiente se celebró una reconciliacion, suficiente, á lo menos en lo esterior, para que los dos gefes pudiesen obrar de acuerdo. Adoptóse, pues, el plan de Almagro; y solo se pensó ya en buscar el lugar mas conveniente y seguro para establecer el cuartel de Pizarro.

Ocupáronse varios dias en tocar en diferentes puntos de la costa, volviendo por el camino que habian seguido antes; pero parecia que en todos ellos se habian alarmado los naturales y estaban alerta, presentando un aspecto amenazador y aun formidable considerando su número. No les era lícito ni pensar en la region mas al Norte, con sus pantanos mortíferos y sus bosques, y donde la naturaleza hace una guerra mas terrible que el hombre. En esta indicision, se resolvieron en favor de la pequeña isla del Gallo, porque al cabo, por su distancia de la orilla y lo escaso de sus pobladores, era el punto mas á propósito para ellos en su triste condicion (1).

Pero apenas se supo la determinacion adoptada por los dos capitanes, cuando empezaron á manifestar su disgusto los aventureros que los seguian, especialmente los que habian de quedarse en la isla con Pizarro. Esclamaban que por qué habia de llevárseles á ese oscuro lugar á morir de hambre; qué toda la espedicion desde el principio hasta el fin habia sido un engaño; que los paises de oro de que se les habia hablado parecian huir delante de ellos á medida que avanzaban; y el poco oro que habian tenido la dicha de recoger habia sido enviado á Panamá para inducir á otros tontos á seguir su ejemplo. ¿Y qué habian conseguido en pago de sus padecimientos? Los únicos tesoros que les quedaban eran sus arcos y sus flechas, y ahora se les iba á dejar morir en esta triste isla, sin tener siquiera un palmo de tierra consagrada para depositar en ella sus huesos (2).

En este estado de exasperacion, algunos de los soldados escribieron á sus parientes y amigos, dándoles parte de su deplorable condicion, y quejándose de la fria indiferencia con que se les sacrificaba á la obstinada avaricia de sus gefes. Pero estos eran bastante astutos para frustrar las consecuencias de este paso, y Almagro lo consiguió apoderándose de todas las cartas y cortando así todo medio de comunicacion entre los descontentos y sus amigos. Sin embargo, no consiguió enteramente su objeto, porque un soldado llamado Sarabia, natural de Trujillo, tuvo la ingeniosa idea de encerrar su carta en un ovillo de algodon, que debia llevarse á Panamá como muestra de los productos del pais, y ser entregado á la esposa del gobernador (3).

La carta, que iba firmada por varios de los soldados descontentos ademas de Sarabia, pintaba con colores sombríos las miserias de su condicion, acusaba á los dos gefes de ser autores de todo esto, y rogaba á las autoridades de Panamá que interviniesen enviando un buque que los sacase de este triste lugar, si es que algunos sobrevivian á los horrores de su encierro. La epístola terminaba con una cuarteta escrita por Sarabia en que se pintaba á los dos gefes como sócios en una carnicería, ocupándose el uno en traer el ganado y el otro en degollarlo. Hé aquí esta cuarteta que llegó á tener cierta popularidad entre los colonos:

«Pues señor gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor,
Y acá queda el carnicero (4).»

CAPITULO IV.

Indignacion del gobernador. — Severa resolucion de Pizarro. — Continuacion del viaje. — Aspecto brillante de Tumbez. — Descubrimientos en la costa. — Vuelta á Panamá. — Pizarro se embarca para España.

(1527 — 1528.)

Poco despues de marcharse Almagro, Pizarro despachó el buque que le quedaba bajo pretesto de que necesitaba que se le compusiese en Panamá. Probablemente se libró así de una parte de su gente cuyas tendencias á la insurreccion le servian de obstáculo en su posicion desgraciada, y de quien estaba tanto mas dispuesto á separarse, cuanto que era muy difícil encontrar alimentos en el estéril punto que ocupaba.

Grande fue el desaliento que la vuelta de Almagro y de los suyos produjo en Panamá; porque la carta, trasmitida subrepticiamente en el ovillo de algodon, cayó en las manos á que estaba destinada, y su contenido se esparció por todas partes con la acostumbrada exageracion. El abatido y triste aspecto de los aventureros, era bastante desanimador en sí, y pronto se llegó á creer generalmente que los pocos malhadados aventureros que aun sobrevivian de la espedicion, habian sido detenidos por Pizarro contra su voluntad, para terminar sus dias con su desengañado gefe en aquel triste islote.

Don Pedro de los Rios, el gobernador, se enfureció hasta tal punto con el resultado que la espedicion habia tenido, y con las muertes que habia causado, disminuyendo otro tanto la poblacion de la colonia, que se negó resueltamente á escuchar las súplicas de Luque y de Almagro que aun solicitaban su apoyo; burlóse de sus ardientes esperanzas para el porvenir, y por fin, resolvió enviar un oficial á la isla del Gallo,

vitualla, no padecia la miseria de la hambre, y otras angustias que tenian, y ponian á todos en estrema congoja.» (Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. II.) Los caballeros de Cortés, y de Pizarro, por maravillosas que fueran sus hazañas, se quedan muy atras de aquellos caballeros andantes de quienes habla el poeta Butler en su poema de Hudibras, y que, segun él, como no pastasen en los campos que atravesaban, no se sabe lo que comerian, porque la historia no habla jamas de que llevasen provisiones, lo que parecia indicar que los estómagos no les servian mas que para batirse.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Relacion sacada de la Biblioteca imperial de Viena, MS. — Naharro, Relacion sumaria, MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. I, capítulo I. — Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. II.

Estuvo muy desgraciado Pizarro en esto de mantenerse siempre en las costas del Norte, y en no navegar de una vez mas hácia el Sur. Dampier dice que en estos paises llueve sin cesar, mientras que sus tristes bosques y el carácter feroz de los indígenas hacian que fuesen poco conocidos aun en la época en que él escribió. Véanse sus Viajes y Aventuras (Lóndres, 1776), tomo I, cap. XIV.

(2) «Miserablemente morir adonde aun no habia lugar sagrado para sepultura de sus cuerpos.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. III.

(3) Metierom en un ovillo de algodon una carta firmada de muchos en que sumariamente daban cuenta de las hambres, muertes y desnudez que padecian, y que era cosa de risa todo, pues las riquezas se habian convertido en flechas, y no habia otra cosa.» Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia tomo III, pág. 181. — Naharro, Relacion sumaria, MS. — Balboa, Hist. del Perú, cap. XV. Montesinos, Anales, MS., año 1527.

con órdenes para traer á todos los españoles que aun conservaban la existencia en su triste mansion. Despacháronse inmediatamente dos buques con este objeto, bajo el mando de un caballero llamado Tafur, natural de Córdoba.

Entre tanto Pizarro y los suyos estaban sufriendo todas las miserias que eran de esperar del lugar estéril en que se hallaban encerrados. Nada tenian que temer de los indígenas, porque estos habian abandonado la isla en cuanto la ocuparon los españoles; pero tenian que sufrir el hambre aun en mayor grado que durante su permanencia en los bosques del vecino continente. Su alimento principal consistia en cangrejos y otros escasos mariscos que recogian en las playas. Los truenos y los relámpagos no cesaban un instante, porque era la estacion de las lluvias, y siempre estaba inundada la desdichada isla. Así, medio desnudos, y muriéndose de hambre, pocos habia en aquella pequeña hueste que no sintiesen apagado el espíritu emprendedor que antes los animaba, ni que aspirasen á un término mas feliz de sus desgracias que el que consistia en volver á Panamá. La llegada de Tafur con sus dos buques, bien surtidos de provisiones, fue, pues, saludada con todo el entusiasmo que esperimentaria la tripulacion de un buque náufrago al recibir un inesperado socorro; y el único pensamiento, despues de satisfacer las inmediatas exigencias del hambre, era embarcarse y abandonar para siempre aquella isla odiada.

Pero por el mismo buque recibió Pizarro cartas de sus dos socios, Luque y Almagro, en que le rogaban que á pesar de todo no perdiese las esperanzas, sino que permaneciese firme en su primer propósito. Volverse en estas circunstancias era matar para siempre la espedicion; y ellos se comprometian solemnemente si permanecia firme en su puesto, á enviarle dentro de poco cuanto pudiese necesitar para llevar la empresa adelante (1).

Un rayo de esperanza bastaba al intrépido espíritu de Pizarro. Parece que en ninguna época habia él pensado ni por un momento en volver. Si abrigó esta idea, bastaron para disiparla las palabras de estímulo que recibia, y se dispuso á seguir esponiéndose á todos los peligros del hecho en que habia aventurado toda su existencia y todo su porvenir. Sabia sin embargo que las promesas y las reconvenciones valdrian poco con los suyos; y probablemente se cuidaba poco de ganarse á los mas tímidos que mirando siempre hácia atras, serian la rémora de sus futuros movimientos. Pero él anunció su propósito de una manera enérjica y lacónica, característica de un hombre mas acostumbrado á obrar que á hablar, y muy bien calculada para hacer impresion en sus rudos compañeros.

Sacando su puñal, trazó una línea en la arena de Este á Oeste. Luego volviéndose hácia el Sur dijo: «camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que mas bien le estuviere (2).» Diciendo esto, pasó él la raya. Siguiéronle el valiente piloto Ruiz, y luego Pedro de Candia, griego, natural de la isla de Candia. Once mas cruzaron sucesivamente la raya manifestando así que estaban dispuestos á seguir á todo trance á su gefe (3). La fama ha conservado los nombres de esta pequeña partida. «Estos fueron los trece de la fama, dice un cronista antiguo con entusiasmo y singular elocuencia. Estos los que cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y los que estando mas para esperar la muerte que las riquezas que se les prometian, todo lo pospusieron á la honra, y siguieron á su capitan y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro (4).»

Pero este hecho no produjo admiracion alguna en el ánimo de Tafur, quien lo consideró como incalificable desobediencia á las órdenes del gobernador, y poco menos que como una locura que iba á ser causa de la muerte de todos los que se hacian culpables de ella. El se negó á ser cómplice dejando uno de sus buques á los aventureros para que siguiesen su viaje, y aun fue muy difícil conseguir de él que les dejase una parte de las provisiones que para ellos habia traido. Esto no influyó en lo mas mínimo en su determinacion, y la pequeña partida, despidiéndose de sus camaradas que se volvian á Panamá, no vaciló un instante en permanecer fiel á su propósito de seguir la suerte de su comandante (5).

Ejerce un poderoso influjo en la imaginacion el espectáculo de este puñado de valientes consagrándose así á una arriesgada empresa, tan superior á sus fuerzas, y al parecer como la mas exajerada que recuerden los anales fabulosos de la caballería andante. Una docena de hombres, sin alimentos, sin vestido, casi sin armas, sin conocer el pais que iban á buscar, sin buque para trasportarlos, se quedaban así en una roca solitaria en medio del Océano con el fin de llevar adelante una cruzada contra un poderoso imperio jugando sus vidas en el éxito. ¿Qué se podrá encontrar en las leyendas de la caballería que sobrepuje á esto? Este era el momento de la crísis para la suerte de Pizarro. Momentos hay en la vida del hombre que segun se abandonen ó se aprovechen, así deciden del destino futuro (6). Si hubiera vacilado Pizarro en su enérgico propósito y cedido ante las tentaciones que le ofrecia la ocasion para salir él y los suyos de la difícil posicion en que se encontraban, su nombre estaria hoy sepultado en el olvido, y la conquista del Perú hubiera quedado para otros y mas felices aventureros. Pero su constancia estaba al nivel de las necesidades de la ocasion; y la conducta que en ella observó probaba su aptitud para el puesto peligroso que habia admitido, é inspiró á los demas una confianza en él que era la mas segura garantía de buen éxito.

En el buque en que volvió Tafur y los que se separaron de la espedicion, se fué tambien con el consentimiento de sus compañeros, el piloto Ruiz, con el

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 182. —Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. II.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Herrera, Hist. general, dec. III. lib. X, cap. III.—Naharro, Rel. sumaria, MS.

(2) Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(3) Los nombres de estos trece leales compañeros han sido conservados en la capitulacion hecha con la corona dos años despues, documento en que se hace justicia á su lealtad. Estos nombres no pueden omitirse en una historia de la conquista del Perú. Eran: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Luce, Nicolas de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alcon, García de Jerez, Anton de Carrion, Alonso Briceño, Martin de Paz y Juan de la Torre.

(4) Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(5) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. II.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relacion sumaria. MS.—Herrera, dec. III, lib. X, cap. III.

(6) Boiardo espresa esta observacion vulgar con admirable elegancia, cuando representa á Rinaldo cojiendo á la Fortuna, bajo el disfraz de la caprichosa hada Morgana, por la melena. No disgustará al aficionado refrescar la memoria con la siguiente octava.

«Chi cerca in questo modo aver tesoro
O diletto, é piacere, honore, estato,
Ponga la mano á questa chioma d'oro,
Ch'io porto in fronte, e lo faró beato;
Ma quando ha in destro si fatto lavoro,
Non prenda indugio, che'l tempo passato
Perdutto e tutto, e non ritorna mai,
Ed io mi vollo, e lui lascio con quai.»

Orlando Innamorato, lib. II, canto VIII.

objeto de cooperar con Luque y Almagro en sus esfuerzos para obtener nuevos auxilios.

Poco despues de haberse marchado los buques, Pizarro determinó abandonar el punto que ocupaba, que tan pocos alicientes ofrecia, y en que ahora podria verse espuesto á los ataques de los habitantes indígenas, que podrian animarse á volver en cuanto supiesen cuán pocos eran los blancos que quedaban. Los españoles, pues, en virtud de sus órdenes construyeron una especie de bote grosero ó balsa, en que lograron trasportarse á la pequeña isla de Gorgona, veinte y cinco leguas al Norte del punto en que residian. Estaba colocada á unas cinco leguas del continente y no tenia habitantes. Su posicion era algo mas ventajosa que la de la isla del Gallo; porque estaba mas elevada sobre el nivel del mar, y se hallaba en parte cubierta de bosque en que habitaba una especie de faisan, y la liebre ó conejo del pais, de modo que los españoles con sus ballestas lograban reunir una cantidad bastante considerable de caza: Las frescas fuentes que brotaban de la peña viva les proporcionaban agua abundante, aunque las lluvias que caian sin cesar les probaban que no habia riesgo de morirse de sed. Abrigáronse de esta incomodidad en algunas malas chozas que construyeron; aunque aquí, lo mismo que en su residencia anterior, sufrian la incomodidad no menos insoportable de los insectos venenosos, que se multiplicaban sin cuento con las exhalaciones pútridas del suelo. En esta triste mansion Pizarro no omitió medio alguno para reanimar el espíritu abatido de sus compañeros. Todas las mañanas se rezaba, y por la tarde se desempeñaban otros deberes religiosos, guardándose escrupulosamente las fiestas de la Iglesia; y el comandante se esforzaba en todo lo posible para dar un caracter religioso á su empresa, y para inspirar á sus rudos compañeros confianza en la proteccion del cielo que los sostendria en medio de todas sus dificultades (1).

En esta incómoda residencia, su principal ocupacion consistia en examinar constantemente la monótona estension del Océano, para descubrir el primer indicio del socorro que esperaban. Pero muchos tristes meses se deslizaron y no se presentaba el apetecido socorro. Por todas partes no se veia mas que la líquida llanura, escepto por el Oriente, donde las heladas crestas de los Andes heridas por el ardiente sol del Ecuador, resplandecian como una línea de fuego en toda la estension del gran continente. Cada punto que asomaba en el horizonte remoto, se examinaba cuidadosamente, y las masas de yerbas marítimas ó los maderos que solia arrastrar la corriente, se convertian en su imaginacion en el deseado buque, hasta que, abatidos por sus repetidas equivocaciones, la esperanza se convirtió en duda y la duda en desesperacion (2).

Entre tanto el buque de Tafur habia llegado al puerto de Panamá. La noticia que trajo de la obstinacion inflexible de Pizarro y de sus compañeros, llenó de indignacion al gobernador. No podia considerar este hecho sino como un suicidio, y se negó resueltamente á prestar mas socorros á hombres que parecian decididos á lanzarse al precipicio con los ojos abiertos. Pero Luque y Almagro permanecieron fieles á su compromiso. Hicieron presente al gobernador que si la conducta de su compañero era imprudente, á lo menos su fin era servir á la corona y llevar adelante la gran obra del descubrimiento. Cuando Rios tomó el mando, traia instrucciones para auxiliar á Pizarro en su empresa; y abandonarlo ahora seria frustrar la última esperanza de buen éxito, y echar sobre sus hombros la responsabilidad de la muerte de los hombres intrépidos que lo acompañaban. Estas observaciones por fin produjeron algun efecto en el ánimo del gobernador, y consintió con repugnancia en enviar un buque á la isla de Gorgona, pero sin mas hombres que los estrictamente necesarios para su tripulacion, y con la órden positiva á Pizarro de que estuviese de vuelta en Panamá antes de seis meses, fueran cuales fuesen los resultados futuros de su espedicion.

Conseguida la sancion del Gobierno, los dos socios no perdieron tiempo en alistar un pequeño buque con provisiones, armas y pertrechos, y en despacharlo á la isla. Los desgraciados habitantes de esta, que ya la habian ocupado durante siete meses (3), apenas podian creer lo que veian cuando descubrieron las blancas velas de sus amigos que dirigian el rumbo hácia ellos. Y aunque cuando el buque ancló tuvo Pizarro el sentimiento de saber que no le traia refuerzos, sin embargo, lo recibió con alegría, porque le proporcionaba los medios de resolver el gran problema de la existencia de un rico imperio en el Sur, abriendo así el camino para su futura conquista. Dos de los suyos estaban tan enfermos, que se resolvió dejarlos al cuidado de algunos de los indios amigos que lo habian acompañado todo el tiempo que estuvo en la isla, y recogerlos á la vuelta. Llevando consigo el resto de sus audaces compañeros y los naturales de Tumbez, se embarcó despidiéndose del *infierno*, como lo llamaban los españoles, que habia sido teatro de tantos padecimientos, pero tambien de una resolucion tan heróica y tan inflexible (4).

Todos ellos volvieron á llenarse de lisonjera esperanza al verse de nuevo embarcados bajo la direccion del buen piloto Ruiz, quien, siguiendo las instrucciones de los indios, se propuso gobernar hácia Tumbez, con lo cual llegarian de una vez al imperio de oro de los Incas, al Dorado que hacia tanto tiempo que estaban persiguiendo. Pasando cerca de la triste isla del Gallo, de que tenian tantos motivos para acordarse, se dirigieron mas al Oeste, hasta que descubrieron la punta de Tacumez, cerca de la cual habian desembarcado en su viaje anterior. No tocaron en ningun punto de la costa, sino que siguieron constantemente su rumbo, á pesar de los grandes obstáculos que les oponian las corrientes y el viento, que con pocas variaciones sopló siempre del Sur. Felizmente el viento era ligero, y como el tiempo era favorable, su viaje, aunque lento, no fue incómodo. En pocos dias descubrieron el cabo Pasado, límite de la navegacion anterior del piloto; y cruzando la línea la lijera nave penetró en esos mares desconocidos que jamas habian sido surcados hasta entonces por quillas europeas. Observaron que la costa modificaba gradualmente su aspecto áspero y elevado, declinando suavemente hácia la playa y estendiéndose en llanuras arenosas, interrumpidas en algunas partes por campos de incomparable fertilidad y hermosura, mientras que las blancas chozas de los indígenas que brillaban en la orilla del mar, y el humo que se elevaba cerca de las colinas remotas, indicaban la crecida poblacion del pais.

Por fin, veinte dias despues de haber salido de la isla la atrevida nave dobló la punta de Santa Elena y resbaló mansamente por las aguas del hermoso golfo de Guayaquil. En esta parte del pais abundaban las

(1) «Cada mañana daban gracias á Dios; á las tardes decian la salve, y otras oraciones por las horas: sabian las fiestas, y tenian cuenta con los viernes y domingos.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. III.

(2) «Al cabo de muchos dias aguardando, estaban tan angustiados, que los salvajes que se hacian bien dentro de la mar, les parecia que era el navio.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. IV.

(3) «Estuvieron con estos trabajos con igualdad de ánimo siete meses.» Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 182.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. IV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

ciudades y los pueblos, aunque la inmensa cadena de las cordilleras, levantándose bruscamente desde la costa, solo dejaba una faja angosta de verde esmeralda, por la cual serpenteaban numerosos arroyos, derramando fertilidad por todas partes.

Los viajeros se encontraban ahora al frente de algunas de las elevaciones mas estupendas de esta magnífica cadena de montañas: el Chimborazo, con su cumbre ancha y redonda, que se eleva como el domo de los Andes, y el Cotopaxi, con su cono deslumbrador de blanca nieve, que no sufre alteracion ninguna sino es por la accion de su propio fuego volcánico, porque esta montaña es el mas terrible de los volcanes de América, y se encontraba en tremenda actividad en una época no muy remota de aquella á que se refiere nuestra narracion. Satisfechos con las pruebas de civilizacion que descubrian á cada legua que avanzaban, los españoles por fin fondearon en la isla de Santa Clara, que está á la entrada de la bahía de Tumbez (1).

Este lugar no estaba habitado, pero fue reconocido por los indios como un punto á que solian acudir los belicosos habitantes de la próxima isla de la Puná para celebrar su culto y sus sacrificios. Los españoles encontraron aquí algunos pedacitos de oro groseramente trabajados en diferentes formas, y que probablemente se dedicaban á las divinidades indias. Llenáronse de esperanzas sus corazones en este lugar cuando los naturales les aseguraron que encontrarian mucha abundancia del mismo metal en Tumbez.

Al dia siguiente empezaron á navegar por la bahía con rumbo á este lugar. Al aproximarse vieron una ciudad muy grande, con muchos edificios al parecer de piedra y cal, colocada en el centro de un fértil campo, que parecia haber sido arrancado á la esterilidad del pais que lo rodeaba por medio de un riego minucioso y bien entendido. Cuando aun estaba á bastante distancia de la orilla, Pizarro vió que se dirigian hácia él varias balsas, que segun despues se vió iban cargadas de guerreros que se dirigian á una espedicion contra la isla de Puná. Aproximándose á la flotilla india, invitó á algunos de los gefes á que pasasen á bordo de su buque. Los peruanos examinaron con asombro todo lo que veian, y especialmente á sus compatriotas, á quienes no esperaban encontrar en lugar semejante. Estos les contaron como habian caido en manos de los estranjeros, de quienes dijeron que pertenecian á una raza maravillosa de seres, que no habian venido para hacerles daño, sino para conocer el pais y á sus habitantes. El gefe español confirmó esta relacion, y persuadió á los indios á que se volviesen en sus balsas á tierra y que refiriesen lo que habian visto y oido á sus compatriotas, rogándoles al mismo tiempo que le procurasen provisiones para su buque, porque deseaba entablar relaciones amistosas con los indígenas.

Los habitantes de Tumbez se habian acumulado en la playa, y estaban contemplando con inesplicable asombro el castillo flotante que, habiendo echado el ancla, se balanceaba muellemente en las aguas de su puerto. Escucharon con suma curiosidad la relacion de sus compatriotas, y al instante comunicaron la noticia al *curaca* ó gobernador del distrito, quien figurándose que los estranjeros debian ser seres de un órden superior, se preparó para concederles inmediatamente lo que le habian pedido. Poco despues salian con direccion al buque muchas balsas cargadas de plátanos, yucas, maiz, batatas, piñas, cocos, y otros ricos productos del fértil valle de Tumbez. Tambien iba caza y pescado, con algunos llamas de que Pizarro habia visto antes groseros dibujos, pertenecientes á Balboa, pero que ahora veia por primera vez vivos. Examinó este curioso animal, el carnero peruano, ó como lo llamaron los españoles, el «pequeño camello de los indios,» con mucho interes, admirando mucho la mezcla de la lana y pelo que daba á los indígenas materiales para sus tejidos.

En aquel momento estaba por casualidad en Tumbez un noble indio, ú *orejon*, que así, como ya lo he dicho, llamaban los españoles á los individuos de esta clase con motivo de los disformes adornos de oro que llevaban en las orejas. Manifestó gran curiosidad por ver á los maravillosos estranjeros, y con este objeto fué á bordo. Fácil era conocer la superioridad de su rango por la mejor calidad de su traje, como igualmente por la deferencia con que le trataban los demas, y por consiguiente lo recibió Pizarro con la mayor consideracion. Enseñóle las diferentes partes del buque, esplicándole el uso de todo lo que le llamaba la atencion, y respondiendo lo mejor que podia á sus numerosas preguntas por medio de los intérpretes indios. Lo que especialmente queria saber el gefe peruano, era de dónde y para qué habian venido Pizarro y los suyos á estas playas. El capitan español respondió que era vasallo de un gran príncipe, el mas poderoso del mundo, y que habia venido á este pais para asegurar la *lejítima supremacia* de su soberano en él. Ademas venia para sacar á los habitantes de las tinieblas de la incredulidad en que ahora vagaban á ciegas. Ellos adoraban un espíritu impuro que entregaria sus almas á la perdicion eterna; él les comunicaria el conocimiento del verdadero y único Dios Jesucristo, porque quien creia en él se salvaba eternamente (2).

El príncipe indio escuchó todo esto con profunda atencion y aparente asombro, pero no respondió nada. Verdad es que ni él ni los intérpretes tenian ideas muy claras sobre las doctrinas que se les revelaban tan de repente. Quizás no creia que hubiese otro potentado en la tierra mas poderoso que el Inca; ninguno á lo menos que tuviese mas derecho que él á sus propios dominios, y tambien es muy posible que no estuviese dispuesto á confesar que el gran luminar á quien adoraba era inferior al Dios de los españoles. Pero sean cuales fueren las ideas que pasasen en aquel momento por el ánimo del peruano, no les dió espresion, sino que se encerró en un silencio discreto, sin tratar de refutar ó de convencer á su antagonista cristiano.

Quedóse á bordo del buque hasta la hora de comer, y comió con los españoles, manifestando la satisfaccion que le causaban los estraños guisos, y especialmente el vino, que dijo ser muy superior á los licores fermentados de su pais. Al despedirse, rogó cortesmente á los españoles que visitasen á Tumbez, y Pizarro al separarse le regaló, entre otras cosas, una hacha que le habia causado mucha admiracion; porque el uso del hierro, como ya hemos visto, era tan desconocido á los peruanos como á los mejicanos.

Al dia siguiente el capitan español envió á uno de los suyos llamado Alonso de Molina, á tierra, acompañado por un negro que habia venido en el buque de Panamá, con un regalo para el curaca, compuesto de cerdos y gallinas, que no eran animales indígenas del Nuevo Mundo. Por la tarde volvió su emisario con nuevas provisiones de frutas y vejetales que el pueblo

(1) Segun Garcilasso trascurrieron dos años entre la salida de Gorgona y la llegada á Tumbez. (Com. Real, parte II, libro I, cap. XI.) Este grosero error cronológico no es muy comun ni aun en las narraciones de estos sucesos, en que es tan difícil fijar una fecha esacta, en medio del silencio, mas bien que de las contradicciones, de los escritores contemporáneos, como si los acontecimientos hubieran ocurrido antes del diluvio.

(2) En el testo se abrevia algun tanto el discurso del predicador militar, que refiere con toda estension Herrera, Historia general, Dec. III, lib. X, cap. IV. —Véase tambien Montesinos, Anales, MS., año 1527. —Conq. i Pobl. del Pirú, MS. —Naharro, Relacion sumaria, MS. —Relacion del primer descub., MS.

amigo enviaba á los estranjeros. Molina tenia que contar un cuento maravilloso. Al desembarcar, lo rodearon los naturales, que manifestaron el mayor asombro al ver su vestido, su color blanco, y sus crecidas barbas. Las mujeres sobre todo dieron pruebas de la mayor curiosidad, y parecia que Molina habia quedado completamente seducido por sus encantos y por sus agradables maneras. Probablemente manifestó su satisfaccion con su conducta, puesto que lo incitaron á que se quedase, prometiéndole que en este caso le proporcionarian para esposa una hermosa mujer.

La sorpresa del pueblo fue igualmente estraordinaria al contemplar el color de su oscuro compañero. No podian creer que fuese natural, y trataban de quitarle el tinte imaginario haciéndole que se lavase. Como el africano sufria todo esto con buen humor, desplegando al mismo tiempo sus blancos dientes, se divirtieron mucho (1). No eran menos superiores á su comprension los animales; y cuando cantó el gallo, la gente sencilla empezó á dar palmadas, preguntando que qué era lo que decia (2). Estaban tan confundidos con cosas para ellos tan nuevas, que parecian incapaces de distinguir á los hombres de los animales.

Acompañaron luego á Molina á la residencia del curaca, que vivia con gran lujo, con porteros que custodiaban sus puertas, y con una gran cantidad de vasijas de oro y plata en que le servian de comer. Despues lo llevaron á diferentes puntos de la ciudad india, y vió entre otras cosas una fortaleza construida con piedras sin labrar, que aunque baja, cubria una gran estension de tierra (3). Cerca de esta habia un templo, y la descripcion que hizo el español de sus adornos de oro y plata pareció tan estravagante, que Pizarro, desconfiando de su relacion, resolvió enviar al dia siguiente un emisario mas discreto y mas digno de confianza (4).

La persona que para esto se escojió fue Pedro de Candia, el griego de quien ya hemos hablado como de uno de los primeros que se mostró dispuesto á seguir la suerte de su gefe. Enviósele á tierra, con armadura completa de malla, como correspondia á un buen caballero, con la espada al costado y el arcabuz al hombro. Los indios se sorprendieron mas al verlo que cuando habian contemplado á Molina, y quedaban como deslumbrados cuando reverberaba el sol en su brillante armadura y en sus demas arreos militares. Mucho habian oido hablar á sus compatriotas que venian á bordo del buque, de ese formidable arcabuz, y suplicaron á Candia que lo «hiciese hablar.» Para complacerlos colocó él á cierta distancia una tabla que le sirviese de blanco, y apuntando cuidadosamente, disparó. La llamarada de la pólvora y el estampido del tiro, acompañado por el ruido que hizo la tabla al volar hecha mil fragmentos, llenaron á los indígenas de espanto. Algunos cayeron al suelo cubriéndose la cara con las manos, y otros se acercaron al caballero con sentimientos de temor que desaparecieron poco á poco al contemplar la espresion risueña de su fisonomía (5).

En seguida le dieron las mismas pruebas de cortesia y hospitalidad que habian dado á Molina; y la descripcion que dió á su vuelta de las maravillas que habia visto no cedia en nada á la de su predecesor. La fortaleza, que estaba rodeada por una triple muralla, tenia una fuerte guarnicion. Del templo dijo que estaba al pie de la letra entapizado con planchas de oro y plata. Al lado de este edificio habia una especie de convento perteneciente á las que se destinaban á esposas del Inca, que manifestaron mucha curiosidad por ver al estranjero. No se dice si esta curiosidad se satisfizo; pero Candia dió una descripcion de los jardines del convento en que entró, y dijo que estaban llenos de imitaciones de frutas y vejetales, todos de plata y oro puro (6). Tambien habia visto muchos artistas trabajando y cuyo único deber parecia consistir en preparar estos espléndidos adornos para los edificios religiosos.

Quizas las noticias de Candia serian algo exajeradas (7). Era natural que hombres que salian de un desierto triste y monótono en que habian estado sepultados durante los últimos siete meses, se entusiasmasen con las pruebas de civilizacion que descubrian en la costa peruana. Pero Tumbez era una ciudad favorita de los príncipes peruanos. Era el punto mas importante en la frontera del Norte del imperio contiguo á la reciente adquisicion de Quito. El gran Tupac Yupanqui habia construido allí una gran fortaleza, y habia poblado el pais con una colonia de *mitimaes*. El templo y la casa que ocupaban las vírgenes del Sol, habian sido construidos por Huayna Capac, y ambos habian sido generosamente dotados por él segun las necesidades suntuosas de los establecimientos religiosos del Perú. La ciudad estaba bien surtida de agua por medio de numerosos acueductos, y el fértil valle en cuyo seno yacia, y el Océano que bañaba sus playas, producian abundantes medios de subsistencia para una poblacion numerosa. Pero la avaricia de los españoles despues de la conquista, no tardó en despojar á este lugar de su gloria; y en menos de medio siglo despues de este plazo fatal, el lugar que ocuparon sus torres y sus templos solo se conocia por las ruinas inmensas que cubrian el suelo (8).

(1) «No se cansaban de mirarle, hacíanle lavar, para ver si se le quitaba la tinta negra, y él lo hacia de buena gana, riéndose y mostrando sus dientes blancos.» Herrera, Historia general, dec. III, lib. X, cap. V.

(2) Ibid., ubi supra.

(3) «Cerca del solia estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los Ingas reyes de Cuzco y señores de todo el Perú... Ya está el edificio de esta fortaleza muy gastado y deshecho: mas no para que deje de dar muestra de lo mucho que fue.» Cieza de Leon, Crónica, cap. IV.

(4) Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Herrera, Hist. general, loc. cit.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. II.

(5) Dicese ademas que los indios, deseosos de probar aun mas la naturaleza sobrehumana del caballero español, le soltaron un tigre que guardaban encerrado en la fortaleza real. Pero don Pedro era buen católico y puso en el lomo del animal la cruz que llevaba al cuello; y el tigre, olvidando en el acto su naturaleza feroz, se tendió á los pies del caballero, y empezó á juguetear alrededor de él como un gatillo. Los indios, mas asombrados que antes, no dudaron de la santidad de su huésped, y lo llevaron en hombros y en triunfo al templo.—Varios escritores contemporáneos refieren esta anécdota como cosa corriente y sin vacilar en lo mas mínimo. (Véase Naharro, Relacion sumaria, MS.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. V.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LIV.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. I, cap. XII.) Este último autor recibiria quizas esta version del hijo del mismo Candia, con quien nos dice que estuvo en la escuela.

(6) «Que habia visto un jardin donde las yerbas eran de oro imitando en un todo á las naturales; árboles con frutas de lo mismo, y otras muchas cosas de este modo, con que aficionó grandemente á sus compañeros á esta conquista.» Montesinos, Anales, año 1527.

(7) Esta relacion no ha sido bien acogida por el antiguo conquistador que tan á menudo hemos citado en estas páginas, quien dice que cuando luego visitaron á Tumbez los españoles vieron que las noticias de Candia eran una mentira desde el principo al fin, esceptuando el templo, en que todo era verdad, aunque confiesa el veterano que lo que faltaba en Tumbez estaba mas que indemnizado por la magnificencia de otros lugares del imperio que no se habian visitado aun. «Lo cual fue mentira; porque despues que todos los españoles entramos en ella, se vió por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que este era cosa de ver, aunque mucho mas de lo que aquel encareció, lo que faltó en esta ciudad, se halló despues en otras que muchas leguas mas adelante se descubrieron.» Relacion del primer descub., MS.

(8) Cieza de Leon, que atravesó esta parte del pais en 1548, habla de los destrozos que la mano del conquistador ha-

Los españoles casi perdieron el juicio de alegría, segun dice un autor antiguo, al recibir descripcion tan brillante de la ciudad peruana. Sus sueños mas estravagantes se habian realizado, y habian llegado por fin á la region que durante tanto tiempo habia resplandecido como una vision brillante ante sus ojos. Pizarro dió gracias al cielo por haber coronado sus esfuerzos con resultado tan glorioso, pero lamentó amargamente la triste suerte que lo privaba de sus compañeros, y que le negaba en momento tal los medios de aprovecharse de su fortuna. Sin embargo, no tenia motivo de queja; y el devoto católico veia en esta misma circunstancia un favor de la Providencia que no les dejaba emprender la conquista mientras que sus esfuerzos pudieran ser prematuros. El Perú no estaba aun destrozado por las disputas de los candidatos rivales al trono; y unido y fuerte bajo el cetro de un monarca guerrero, bien podia



Pedro de Candia.

haber desafiado á todas las fuerzas que Pizarro era capaz de reunir. «Fue manifiestamente obra del cie»lo, esclama un hijo devoto de la Iglesia, que los »naturales del pais lo hubiesen recibido con tanto »amor, cosa que debia facilitar mucho la conquista; »porque la mano del Señor fue la que los guió á él y »á los suyos á estas remotas regiones para que su »santa fé se estendiese y se salvasen aquellas al»mas (1).

bia hecho en los indios, que ya eran ruinas en aquellos primeros tiempos. Crónica, cap. LXVII.

Nota del traductor. Sin embargo, el mismo Prescott nos dirá mas adelante que cuando los españoles volvieron á la conquista formal, se encontraron á Tumbez arruinado por los mismos indios. Mal, pues, puede atribuirse toda la responsabilidad de estos destrozos á los españoles.

(1) Naharro, Relacion sumaria, MS.

Habiendo ya recogido todas las noticias necesarias para sus fines, Pizarro despues de despedirse de los naturales de Tumbez y prometerles que pronto volveria, se dió á la vela, y prosiguió su rumbo hácia el Sur. Navegando siempre lo mas cerca posible de la costa, para que no se le escapase ningun punto importante, dobló el cabo Blanco, y despues de recorrer como un grado y medio, entró en el puerto de Paita. Los habitantes, que tenian noticia de su llegada; salieron en sus balsas á contemplar á los maravillosos estranjeros, y á llevarles frutas, pescados y vejetales con el mismo espíritu de hospitalidad que habian manifestado sus compatriotas de Tumbez.

Despues de permanecer aquí un poco de tiempo, y cambiando regalos de escaso valor con los naturales, prosiguió su viaje Pizarro y recorriendo la orilla de las llanuras arenosas de Sechuza en una estension de

unas cien millas, dobló la Punta de Aguja y siguió la costa en su direccion hácia el Este, favorecido siempre por brisas ligeras aunque algo variables. Pero el tiempo cambió ahora de aspecto, y los viajeros tuvieron que sufrir muchos dias de un viento fuerte que los alejó mucho de la costa. Sin embargo no perdieron de vista la cadena colosal de los Andes, que á medida que navegaban hácia el Sur casi siempre á la misma distancia de tierra, se iba presentando cumbre tras cumbre con sus estupendas crestas de hielo como un inmenso océano que se hubiera detenido y helado de repente en medio de su tumultuosa carrera. Teniendo siempre á la vista esta señal, el navegante no necesitaba ni estrellas ni la aguja para guiar á su nave por el rumbo que queria.

En cuanto calmó la tormenta, Pizarro volvió á poner la proa hácia el continente, tocando siempre en los puntos principales al recorrer la costa. Por todas partes lo recibieron con la misma generosa hospitalidad. Los naturales salian en sus balsas á saludarlo, llevándole frutas y vejetales de todas esas infinitas y pingües variedades que crecen en la *tierra caliente*. Todos deseaban con ánsia contemplar á los españoles, á los *hijos del Sol*, como ya empezaban á llamarlos por su blancura, por el brillo de sus armaduras y por los rayos que manejaban (1). Tambien les habian precedido las noticias mas favorables de su urbanidad y de la suavidad de sus modales, lo que predisponia en su favor el corazon de los sencillos indígenas, y los inclinaba á la confianza y á la bondad. El corazon de hierro del soldado no habia presentado aun su lado sombrío. Era demasiado débil para hacerlo. Aun no habia sonado la hora de la conquista.

Por todas partes recibió Pizarro las mismas noticias del monarca poderoso que dominaba en aquel pais, y que tenia su córte en las llanuras elevadas de lo interior, añadiéndose que en su capital resplandecian el oro y la plata por todos lados, y que él vivia con toda la profusion y lujo de un sátrapa oriental. Parece que los españoles habian encontrado muy pequeñas cantidades de metales preciosos entre los indígenas de la costa, esceptuando á los de Tumbez. Mas de un escritor asegura que no era esto lo que buscaban ó á lo menos aparentaban no buscarlo, por órden de su gefe. Este no queria que revelasen su sed de oro, y llegó á negarse á aceptarlo en forma de regalo (2). Lo mas probable es que encontrasen poca riqueza de esta clase á no ser en los adornos de los templos y otros edificios sagrados que no se atrevian á violar. No era probable que los metales preciosos, reservados para los usos de la religion y para personas de alto rango, abundasen en las ciudades remotas y en los pueblos de la costa.

Pero los españoles encontraron suficientes pruebas



Pizarro navegando por la costa de Tumbez.

de civilizacion general y de poder, para convencerse de que habia un gran fondo de verdad en lo que los naturales les decian. Constantemente veian edificios de piedra y yeso que probaban destreza arquitectónica en la ejecucion, si bien no siempre elegancia en el plan. Donde quiera que fondeasen, veian campos cultivados arrancados á la esterilidad de la naturaleza, y ostentando la brillante y variada vejetacion de

(1) «Que resplandecian como el sol. Llamábanles hijos del Sol por esto.» Montesinos, MS., 1528.

(2) Segun el padre Naharro, Pizarro queria que los indígenas entendiesen que el deseo de favorecerlos, y no el oro,

los trópicos; mientras que un admirable sistema de riego, por medio de acueductos y canales, parecia estenderse como una red por la superficie del pais, y cubria de lozana vejetacion al desierto mismo. En muchos de los puntos en que desembarcaron vieron el gran camino de los Incas que atravesaba la costa, y que si á veces se perdia en medio de la movediza arena en que no se podia sostener ningun camino, tambien se convertia en una ancha y sólida calzada en los terrenos mas firmes. Semejante disposicion para las comunicaciones interiores, constituia en sí sola un monumento, no pequeño, de civilizacion y de poder.

Siguiendo siempre su derrotero hácia el Sur, pasó Pizarro por la altura del punto en que habia de existir la floreciente ciudad de Trujillo, fundada por él mismo pocos años despues, y llegó al puerto de Santa. Estaba este en la orilla de un ancho y hermoso rio; pero el pais que le rodeaba era tan sumamente árido, que los peruanos lo usaban mucho para sus sepulturas, porque la tierra era muy favorable á la conservacion de sus mómias. Tan numerosas eran aquí efectivamente las *huacas* indias, que mas bien podia considerarse este punto como la mansion de los muertos que como la de los vivos (1).

Habiendo llegado ya á cerca de los nueve grados de latitud Sur, los compañeros de Pizarro le suplicaron que no prosiguiese el viaje mas allá. Bastante y mas que bastante se habia hecho, decian, para probar la existencia y señalar la posicion de un gran imperio indio que habian estado buscando durante tanto tiempo. Pero con sus escasas fuerzas no podian aprovecharse del descubrimiento. Todo, pues, lo que les quedaba por hacer, era volverse y manifestar al gobernador de Panamá el buen éxito de su espedicion. Pizarro cedió á tan justa demanda. Ya habia adelantado diez grados mas que todos los navegantes anteriores en estas mares del Sur, y en lugar del triste aspecto que hasta entonces habia presentado su suerte, calculaba que ya le era lícito volver en triunfo á referir lo hecho á sus compatriotas. Sin vacilar, pues, se preparó á volver por el mismo camino, y volvió á poner el rumbo al Norte.

De camino tocó en varios puntos en que antes habia desembarcado. En uno de estos, llamado por los españoles Santa Cruz, habia sido convidado á ir á tierra por una peruana de alto rango, y él habia prometido visitarla á su vuelta. Apenas hubo fondeado el buque enfrente del pueblo donde ella vivia, cuando se fué á bordo con una numerosa comitiva de criados. Pizarro la recibió con el mayor respeto, y cuando volvió á desambarcar le regaló algunas frioleras de mucho valor á los ojos de una princesa india, y esta le rogó que le devolviese la visita con algunos de los suyos, comprometiéndose á enviar á bordo cierto número de individuos que como rehenes respondiesen del buen trato que se daria á los españoles en tierra. Pizarro le aseguró que la franca confianza que habia manifestado probaba que no era necesaria semejante garantía. Sin embargo apenas hubo pisado su bote al dia siguiente para ir á tierra, cuando algunos de los principales del lugar vinieron á bordo para constituirse prisioneros durante la ausencia de los españoles, singular prueba de delicadeza y de consideracion á los mas leves temores de sus convidados.

Pizarro se encontró con que se habian hecho preparativos para recibirlo con una sencilla hospitalidad que indicaba cierto grado de buen gusto. Habian construido grandes enramadas entrelazadas con flores y arbustos olorosos que inundaban el aire con un perfume delicioso; y se habia preparado un banquete abundantísimo en viandas preparadas al estilo culinario del Perú, y con frutas y vegetales de apetitoso aspecto y agradables al paladar, aunque los españoles ignoraban sus nombres y su naturaleza. Terminada la comida se divirtió á los huéspedes con música y baile, ejecutados por una compañía de jóvenes de ambos sexos, sencillamente vestidos, que desplegaron en su diversion nacional favorita toda la agilidad y gracia de que eran capaces. Antes de marcharse Pizarro manifestó á la amable peruana los motivos de su visita al Perú, en los mismos términos que lo habia hecho en otras ocasiones, y terminó desplegando el estandarte real de Castilla, que habia traido á tierra, rogándole á ella y á sus sirvientes que lo enarbolasen en señal de sumision á su soberano. Sometiénronse á esto con mucha alegría y buen humor, riéndose durante toda la ceremonia, como dice el cronista, y haciendo ver que tenian una idea sumamente confusa de lo séria que era. Pizarro se contentó con este testimonio esterior de homenaje á su rey, y se volvió á bordo muy satisfecho del convite, y meditando quizas sobre el mejor medio de devolverlo mas adelante por medio de la conquista y la conversion del pais.

El gefe español no se olvidó tampoco de tocar en Tumbez en su viaje de vuelta. Aquí algunos de los suyos, seducidos por el aire de bienestar que por todas partes reinaba y por las maneras del pueblo, manifestaron el deseo de quedarse, creyendo sin duda que mas valia vivir donde pasarian por personas de importancia que volver á su oscura condicion en Panamá. Uno de estos fue Alonso de Molina, el mismo que habia desembarcado antes que nadie en este puerto, y á quien habian cautivado los encantos de las bellezas indias. Pizarro accedió á sus deseos, pensando que no estaria de mas encontrar á su vuelta algunos de sus compañeros que supiesen el idioma y conociesen las costumbres de los naturales. Tambien le permitieron que se llevase en su buque dos ó tres peruanos con el mismo fin de aprender el español. Uno de ellos, á quien los españoles llamaban Felipillo, hace un papel bastante importante en la historia de los futuros acontecimientos.

Al salir de Tumbez los aventureros gobernaron en línea recta para Panamá, tocando de paso en la infausta isla de Gorgona para recojer á los dos compañeros que allí habian dejado demasiado enfermos para que los pudiesen acompañar. Uno habia muerto, y embarcando al otro, Pizarro y sus pocos pero valientes compañeros prosiguieron su viaje; y despues de una ausencia de á lo menos diez y ocho meses, volvieron á anclar seguros en el puerto de Panamá (2).

Grande fue, como era de esperar, la sensacion que produjo su llegada. Pocos habia, aun entre los mas optimistas de sus amigos, que no creyesen que habian pagado hacia poco tiempo su temeridad con la vida, ya perdiéndola á influjo del clima malsano, ya por las flechas de los indios, ya en fin, en la silenciosa y vasta tumba del Océano. Su alegría fue pues grande en proporcion de su anterior abatimiento

era lo que le habia incitado á venir de su remoto pais. «Sin haber querido recibir el oro, plata y perlas que les ofrecieron, á fin de que conociesen no era codicia, sino deseo de su bien el que les habia traido de tan lejanas tierras á las suyas.» Relacion sumaria, MS.

(1) «Lo que mas me admiró quando passé por este valle, fue ver la muchedumbre que tienen de sepolturas, y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle, ay número grande de apartados, hechos á su usanza, todos cubiertos de huessos de muertos. De manera que lo que ay en este valle mas que ver, es las sepolturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos.» Cieza de Leon, Crónica, capítulo LXX.

(2) Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1528.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. Herrera Hist. general, década IV, lib. II, cap. VI, VII.—Relacion del primer descubrimiento, MS.

cuando vieron volver á los viajeros, no solo llenos de salud, sino con indudables noticias sobre los hermosos paises que tanto tiempo habian huido de ellos. Fué un momento de orgullosa satisfaccion para los tres sócios que, á pesar de las calumnias, á pesar de la mofa de que eran objeto, y á pesar de cuantos obstáculos les habian opuesto la desconfianza de sus amigos ó la frialdad del gobierno, habian perseverado en su gran empresa hasta probar de una manera indudable la verdad de lo que hasta entonces se habia considerado como una quimérica ilusion. Desgracia es de aquellos espíritus atrevidos que conciben una idea demasiado vasta para que pueda comprenderla su generacion, ó á lo menos para que se aventure á llevarla á cabo, el ser considerados como hombres que sueñan y ven visiones. Tal habia sido la suerte de Luque y de sus compañeros. La existencia de un rico imperio indio en el Sur que para ellos que habian estudiado durante largo tiempo esta idea y que habian recogido todos sus argumentos que le eran favorables, habia llegado á ser una cosa absolutamente indudable, era objeto de burla para sus compatriotas, que la consideraban como una de aquellas fantasmas creadas por la imaginacion, que se convierten en aire en cuanto se trata de abrazarlas; al paso que se consideraba como locos á los que aventuraban sus caudales en tan disparatada empresa. Pero ya habia llegado, lentamente y al traves de muchos trabajos y sacrificios, la hora de su triunfo.

Sin embargo, el gobernador Pedro de los Rios no parecia, ni aun en estas circunstancias, muy convencido de la magnitud del descubrimiento, ó quizas lo desanimaba su misma magnitud. Cuando los sócios, mas confiados ya, solicitaron su apoyo, respondió friamente, segun dice un historiador, que «no entendia de despoblar su gobernacion para que se fuesen á poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda mas gente de la que habia muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habian traido (1).»

Descorazonados con semejante repulsa del único punto de donde podian esperar un eficaz auxilio, los confederados, sin fondos, y casi exhausto su crédito con los esfuerzos anteriores, no sabian ya qué hacer. Y sin embargo, detenerse en este punto ¿qué otra cosa era sino abandonar la rica mina que ellos habian abierto con sus sacrificios y con su perseverancia para que otros la esplotasen á su sabor? En este estremo la fértil imaginacion de Luque propuso el único remedio aplicable á las circunstancias. Consistia este en apelar á la corona misma. Nadie estaba mas interesado que ella en el resultado de la espedicion; porque en realidad para el gobierno se hacian los descubrimientos y para el gobierno se habia de conquistar el pais. Solo el gobierno podia proporcionar los medios necesarios, y era mas natural que considerase el asunto bajo un punto de vista mas ámplio y mas generoso que un empleado subalterno en las colonias.

Pero ¿quién tenia las prendas necesarias para hacerse cargo de esta delicada mision? Luque estaba encadenado por sus deberes eclesiásticos en Panamá; y sus sócios, soldados ignorantes, entendian mejor los deberes de la campaña que los negocios de la córte. Almagro, tosco aunque algun tanto pomposo en su manera de hablar, de estatura pequeña, de facciones poco agradables, mucho mas desfigurado con la pérdida de un ojo, no era tan á propósito para la mision como su compañero de armas, que tenia una presencia agradable y que imponia respeto, que hablaba bien, y aun con elocuencia, á pesar de todos los defectos de su educacion, cuando se interesaba en el asunto. Sin embargo, el eclesiástico opinó que se confiase la negociacion al licenciado Corral, funcionario público muy respetable, que estaba á punto de embarcarse para la madre patria adonde iba por asuntos de público interes. Pero á esto se opuso enérgicamente Almagro. Nadie, segun él, podia desempeñar tan bien la mision como la persona mas interesada en ella. El tenia una alta opinion de la prudencia de Pizarro, de su discernimiento, de la calma y de la reflexion con que juzgaba los negocios (2). Conocia lo bastante á su compañero para estar seguro de que no lo abandonaria su presencia de ánimo, aun en las para él nuevas circunstancias en que se encontraria en la córte, y que por ser nuevas le serian embarazosas tambien. Nadie, decia, podia referir la historia de sus aventuras con tan buen efecto como el hombre que en ellas habia hecho el primer papel. Nadie podia pintar tan bien los padecimientos y sacrificios sin ejemplo á que se habian sometido; nadie podia contar con tanta energía lo que se habia hecho, lo que quedaba por hacer, y esplicar el auxilio que se necesitaba para este fin. Terminó Almagro su discurso, con su franqueza característica estimulando enérgicamente á su compañero á que aceptase la mision.

Pizarro sintió toda la fuerza de las razones de Almagro, y aunque con franca repugnancia, accedió á una resolucion que era menos grata á su gusto, que una espedicion á los desiertos. Pero Luque aceptó este arreglo con mas dificultad. «Plegue á Dios, hijos, esclamó el eclesiástico, que no os hurteis la bendicion el uno al otro, que yo todavía holgaria que á lo menos fuérades entrambos (3).» Pizarro se comprometió á mirar por los intereses de sus compañeros como por los suyos propios; pero es claro que Luque no confiaba ciegamente en él.

Algunas dificultades hubo para reunir los fondos necesarios á fin de que el enviado pudiera presentarse como convenia en la córte; tan bajo se hallaba el crédito de los sócios, y tan poca confianza se tenia aun en los resultados de sus descubrimientos magníficos. Por fin lograron reunirse mil y quinientos pesos de oro, y Pizarro, en la primavera de 1528, se despidió de Panamá, acompañado por Pedro de Candia (4). Llevóse consigo algunos de los indígenas y dos ó tres llamas, varios tegidos curiosos de lana, muchos adornos y vasos de plata y oro, como muestras de la civilizacion del pais, y documentos que habian de comprobar la verdad de su maravilloso relato.

GARCILASSO DE LA VEGA.

De todos los que han escrito sobre la antigua historia del Perú, ninguno ha alcanzado tanta celebridad, ni ha sido tan citado por los historiadores posteriores, como el Inca Garcilasso de la Vega. Nació en el Cuzco en 1540, y era *mestizo*, es decir, de raza mezclada, siendo su padre europeo y su madre india. Su padre Garcilasso de la Vega pertenecía á aquella ilustre familia cuyos hechos, tanto en las letras como en las armas, dieron tanto lustre al período mas magnífico de la historia de España. Fué al Perú con Pedro de Alvarado poco despues de verificada la conquista por Pizarro. Garcilasso se adhirió á este gefe, y despues de su muerte siguió la varia fortuna de su hermano Gonzalo, siendo siempre fiel á este durante todo el período de su rebelion hasta

(1) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. III, cap. I.

(2) «E por pura importunacion de Almagro cúpole á Pizarro, porque siempre Almagro le tuvo respeto, é deseó honrarle.» Oviedo, Hist. general de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

(3) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. III, cap. I.

(4) «Juntáronle mil y quinientos pesos de oro, que dió de buena voluntad don Fernando de Luque.» Montesinos, Anales, MS., año 1528.

su derrota en Xaquixaguana, cuando Garcilasso siguió el ejemplo de los demas facciosos, y se pasó al enemigo. Pero esta prueba de lealtad, aunque le libró la vida, fue demasiado tardía para salvarle la honra y acreditarlo con el partido victorioso; y la desconfianza que inspiró por la parte que tuvo en la rebelion, fue fatal para su fortuna en adelante, y segun parece hasta para la de su hijo.

La madre del historiador pertenecia á la familia real del Perú. Era sobrina de Huayna Capac y nieta del célebre Tupac Inca Yupanqui. Garcilasso, al mismo tiempo que manifiesta su satisfaccion porque corre por sus venas la sangre del civilizado europeo, siente mucho orgullo al considerar que desciende de la real dinastía del Perú; y daba prueba de esto al combinar con su apellido el título que distinguia á los príncipes peruanos, firmándose siempre Garcilasso Inca de la Vega.

Pasó Garcilasso sus primeros años en el pais de su nacimiento, donde fue educado en la religion católica, y aprendió cuanto podia aprenderse en medio del constante ruido de las armas y de las discordias civiles. En 1560, habiendo cumplido veinte años, se marchó de América, y desde entonces vivió en España. En la península tomó servicio, y fue capitan en la guerra contra los moriscos, y despues á las órdenes de don Juan de Austria. Aunque se portó honrosamente en su carrera, no parece haber quedado muy satisfecho con la recompensa que el gobierno dió á sus servicios. La traicion del padre influia en la suerte del hijo, y Garcilasso nos asegura que esta circunstancia hizo inútiles todos sus esfuerzos por recobrar la vasta herencia de propiedad territorial perteneciente á su madre, y que habia sido confiscada en provecho de la corona. Tales eran las preocupaciones contra él, refiere el mismo, que no pudo recobrar sus derechos, y abandonó el ejército tan pobre y con tantas deudas, que no creyó conveniente volver á presentarse en la córte, sino que determinó retirarse á una oscura soledad en que pudiese pasar el resto de sus dias, desengañado del mundo y de sus vanidades.

La escena de esta oscura soledad, no era, como pudiera creerlo el lector engañado por este tono de resignacion filosófica, el rincon de alguna selva solitaria, sino la ciudad de Córdoba, alegre córte en otro tiempo de la ciencia musulmana y entonces residencia de una numerosa y activa poblacion. Aquí se dedicó nuestro filósofo á sus trabajos literarios, tanto mas dulces y consoladores á su ánimo afligido, cuanto que tenian por objeto referir las ya ajadas glorias de su patria, y presentarlas en todo su primitivo esplendor á sus compatriotas adoptivos, y no tengo motivo, dice en su prefacio á su relacion de la Florida, para quejarme de que la fortuna no se me ha mostrado favorable, ya que esta circunstancia me ha abierto la carrera de las letras, en que espero alcanzar fama mas vasta y mas duradera que la que pudiera proporcionarme la mundana prosperidad.

En 1609 publicó la primera parte de su gran obra, los *Comentarios Reales*, consagrada á la historia de su pais bajo el reinado de los Incas; y en 1616, pocos meses antes de morir, concluyó la segunda parte que abraza la historia de la conquista, que se publicó en Córdoba el año siguiente. El cronista que así terminó sus trabajos con su vida, murió á la edad de sesenta y seis años. Dejó una cantidad de dinero muy considerable para que se invirtiese en misas por su alma, probando así que la miseria de que se lamentaba no se ha de tomar al pie de la letra. Enterrósele en la catedral de Córdoba, en una capilla que lleva el nombre de Garcilasso; y se puso en su sepulcro una inscripcion en que consta el respeto con que se le miraba tanto por su carácter como por sus trabajos literarios.

La primera parte de los *Comentarios Reales* trata, como ya hemos dicho, de la historia antigua del pais, presentando un cuadro completo de su civilizacion bajo el cetro de los Incas, mucho mas completo que el de todos los demas historiadores. La madre de Garcilasso no tenia mas que diez años de edad cuando ascendió ó mas bien usurpó el trono, como dice el partido del Cuzco, su primo Atahualipa. Tuvo la dicha de librarse de la matanza que, segun el cronista, sufrió toda la parentela, y siguió viviendo con su hermano en la antigua capital despues de la conquista. Sus conversaciones se referian naturalmente á los buenos tiempos del mando del Inca que adornados por los gratos sentimientos que les inspiraban, no perderian nada de su brillante colorido vistos al traves del prisma de lo pasado. El jóven Garcilasso escuchaba con ardiente interes las historias en que se referia la magnificencia y las proezas de sus reales antecesores, y aunque no hizo uso de ellas entonces, se grabaron profundamente en su memoria y allí se atesoraron para salir en otra ocasion. Cuando despues de trascurridos muchos años, se disponia en Córdoba á escribir la historia de su pais, escribió á sus antiguos compañeros y discípulos de la familia Inca, para obtener mas noticias que las que estaban á su alcance en España sobre varias materias de interes histórico. En su juventud habia visto las antiguas ceremonias y usos de sus compatriotas, entendia la ciencia del quipus y conocia muchas de las primitivas tradiciones del pais. Con el auxilio que ahora le proporcionaron sus parientes del Perú, se familiarizó con la historia de la gran raza Inca y de sus instituciones nacionales hasta un punto á que nadie hubiera podido llegar, á menos que no se hubiese educado en el pais, hablando el mismo idioma, y sintiendo correr en las venas la misma sangre india. Garcilasso, en una palabra, era el representante de la raza conquistada; y es claro que debe dar á su pintura un colorido muy diferente del que le daban los conquistadores.

Esto es lo que hasta cierto punto sucede; y esta circunstancia nos proporciona un medio de comparacion que por sí solo bastaria á dar un gran valor á sus obras como guía para llegar al conocimiento de la verdad histórica. Pero Garcilasso escribió en una edad avanzada, cuando ya la historia habia sido referida muy á menudo por autores españoles. Naturalmente trató con mucha consideracion á hombres altamente nobles tanto por su saber como por su posicion social. Su objeto al escribir, segun dice, no era tanto añadir por su parte nada nuevo, como corregir los errores y equivocaciones en que aquellos habian incurrido por su ignorancia del idioma y de las costumbres del pueblo peruano. Pero en realidad pasa mucho mas adelante; y el vasto acopio de noticias que ha reunido es un depósito de que trabajadores portentosos en el mismo campo han sacado abundantes materiales. El escribe con todo su corazon, é ilustra todos los asuntos que toca con tal variedad y riqueza de pormenores, que no deja nada que desear á la curiosidad mas nimia. La diferencia que existe entre sus comentarios y las relaciones de los escritores europeos, es la misma que hay entre leer una obra en el original y leerla en una pálida traduccion. Los escritos de Garcilasso son una emanacion del espíritu indio.

Sin embargo sus comentarios dan lugar á una grave duda, y una que se deduce naturalmente de su posicion. Dirigiéndose al alto culto europeo, deseaba presentar las antiguas glorias de su pueblo, y aun de la raza Inca, en su punto de vista mas imponente. Este fue sin duda alguna el gran estímulo que tuvo para escribir ya que no le habia dado elementos para ello su anterior educacion, por buena que fuese para la época atrasada en que vivia. Garcilasso escribió

pues para alcanzar un objeto particular. Se presentó como abogado de sus desdichados compatriotas, defendiendo la causa de esa raza degradada ante el tribunal de la posteridad. El tono exagerado de panegírico que de esto naturalmente resulta, se descubre á cada página. Retrata un estado social que á un escritor utópico pareceria exagerado. Sus regios antecesores se convierten en modelo de todas las perfecciones imaginables, y vuelve á nacer el siglo de oro para una nacion que, mientras que arde la guerra del proselitismo en sus fronteras, disfruta interiormente todos los beneficios de la paz y de la tranquilidad. Hasta el esplendor material de la monarquía, ya por sí bastante grande en esta tierra de oro, se convierte bajo la ardiente pluma del cronista indio, en las deslumbradoras ilusiones de un cuento de hadas.

Sin embargo hay un fondo de verdad en sus relatos incoherentes, y haremos al historiador indio la justicia de creer que él estaba muy persuadido de la verdad de todas las cosas maravillosas que contaba. No hay credulidad comparable á la del recien convertido al cristianismo. En las tinieblas del paganismo se han debilitado sus ojos, y cuando los abre á la luz de la verdad no tienen la suficiente fuerza para calcular las exactas proporciones de los objetos, ni para distinguir lo verdadero de lo imaginario. Garcilasso, es verdad, no habia sido convertido, ya que desde su infancia se le educó en la religion católica; pero estaba rodeado de convertidos y neófitos, hombres de su misma raza, quienes despues de practicar toda su vida los ritos del paganismo, entraban por primera vez en el seno de la Iglesia. Oyó las lecciones del misionero; aprendió de él á creer implícitamente en las maravillosas leyendas de los santos, y las no menos maravillosas relaciones de sus propias victorias, que habia alcanzado en sus combates espirituales para propagar la fé. Así, acostumbrado desde su infancia á estas exigencias de la credulidad, su razon perdió la facultad celeste de distinguir la verdad del error, y llegó á familiarizarse tanto con los milagros, que los milagros dejaron de ser para él milagrosos.

Pero á pesar de lo mucho que por estas razones debemos eliminar de sus crónicas, siempre hay en lo que dice un gérmen de verdad que no es difícil descubrir, y aun despojarlo de los fantásticos adornos que lo cubren; y despues de conceder mucho á las exajeraciones de la vanidad nacional, encontraremos gran abundancia de datos legítimos relativamente á las antigüedades del pais, que en vano buscaríamos en los escritos del europeo.

La obra de Garcilasso refleja la imágen del siglo en que vivió. Dirígese á la imaginacion mas bien que á la razon fria. Nos deslumbra con el espectáculo brillante que siempre presenta, y nos deleita con la abundancia de pormenores divertidos y chistes animados que salpican sus páginas. La historia de la accion alterna perpétuamente con discusiones sobre asuntos que ilustran su curso, de manera que se interrumpe la monotonía de la narracion, y el lector se siente aliviado de un modo agradable. Esto sucede en la primera parte de su gran obra. En la segunda ya no habia lugar para tales discusiones; pero ha suplido su falta con recuerdos, anécdotas personales, aventuras, incidentes y una multitud de pormenores triviales, á lo menos á los ojos de los pedantes, que los historiadores se han inclinado demasiado á menudo á apartar de sí como indignos de la magestad de la historia. Vemos á los actores de este gran drama con su traje de todos los dias, nos enteramos de sus hábitos personales, escuchamos sus dichos familiares, y en una palabra, recogemos esas bagateles que reunidas constituyen la vida y el carácter de las personas.

Esta confusion de lo grande y de lo pequeño, mezclado así sin arte, es lo que constituye una de las grandes escelencias de este cronista antiguo y pintoresco. En escritos de esta clase es en los que podemos tratar de encontrar el espíritu y la forma del siglo. Los documentos públicos corroidos por el tiempo, la correspondencia oficial, son cosas útiles, indispensables á la historia. Constituyen la armazon en que esta ha de descansar; el esqueleto de hechos que le dan fuerza y señalan sus dimensiones. Pero son tan inútiles como los huesos secos de ese esqueleto si no la revisten la forma y el traje de la humanidad, y si no respira el espíritu del siglo. Mucho debemos al anticuario que con esactitud y paciencia forma las anchas y sólidas bases de la verdad histórica; y no menos al filósofo analizador que presenta al hombre con el traje de su vida pública, al hombre con máscara; pero no por esto debemos negar nuestra gratitud á hombres como Garcilasso, y como muchos novelistas de la edad media, que presentan el espejo á la humanidad, y hacen reflejar en él las interioridades de la vida, lo grande y lo bajo, lo hermoso y lo contrahecho, con todos sus accidentes naturales y con todo su legítimo colorido. Como obra artística, quizas se creerá que un trabajo de esta especie no merece siquiera los honores de la crítica; pero aunque desafie las reglas del arte en la composicion, no por esto viola los principios del gusto; porque se conforma al espíritu del siglo en que se escribió. Y el mismo crítico que lo condena apoyado en los severos principios del arte, encontrará un encanto en su sencillez que le obligará á volver á hojear sus páginas mientras que deje á un lado olvidadas composiciones mas clásicas y correctas.

Esta obra adquirió tanta popularidad, que fue traducida al ingles por Sir Paul Ricaut, é impresa en Lóndres en 1688. Se conoce que el traductor no entendia una palabra del original, y así es que su obra está plagada de los mas ridículos errores. Pero aun así, tan interesante es el original, que esta malísima version gozó de mucho favor con el público ingles.

LIBRO III.

CONQUISTA DEL PERU.

CAPITULO PRIMERO.

Recibimiento de Pizarro en la córte.—Su capitulacion con la corona.—Visita el lugar de su nacimiento.—Su regreso al Nuevo Mundo.—Disensiones con Almagro.—Su tercera espedicion.—Aventuras en la costa.—Batallas en la isla de Puná.

(1528—1531.)

Pizarro y su oficial, despues de atravesar el Istmo, se embarcaron en nombre de Dios para la metrópoli, y despues de un viaje muy bueno, llegaron á Sevilla á principios del verano de 1528. Sucedió que se hallaba entonces en aquel punto un hombre muy conocido en la historia de las aventuras de los españoles con el nombre del bachiller Enciso. Habia tenido parte muy activa en la colonizacion de Tierra Firme, y era acreedor de algunos de los primeros colonos de Darien, en cuyo número se contaba Pizarro. Inmediatamente que este desembarcó, prendiósele á solicitud de Enciso por el pago de la deuda. Pizarro, que habia huido de su pais como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, despues de una ausencia de mas de veinte años pasados casi todos en medio de padecimientos y trabajos sin ejemplo, se vió alojado en una cárcel á su vuelta. Este era el principio de aquella carrera brillante que, segun lo pensaba él, le abria los brazos en su pais. Este hecho causó una indigna-

cion general; y apenas supo la córte su llegada á la Península, y el gran objeto de su mision, cuando se despachó la órden para que se le pusiera en libertad, con permiso de proseguir inmediatamente su viaje.

Pizarro encontró al emperador en Toledo, de que debia salir muy pronto á fin de embarcarse para Italia. España no era la residencia favorita de Cárlos V en la primera época de su reinado. Ahora se encontraba en aquel período de él en que estaba disfrutando de toda la gloria de sus triunfos contra su intrépido rival frances, á quien habia vencido y tomado prisionero en Pavía; y el vencedor se preparaba en estos momentos á pasar á Italia para recibir la corona imperial de manos del soberano pontífice. Embriagado con sus triunfos y con su elevacion al trono aleman, Cárlos hacia poco caso de su reino hereditario, ya que su ambicion le abria carrera tan brillante en el ancho campo de la política europea. Hasta ahora habia recibido utilidades demasiado cortas de sus posesiones trasatlánticas para concederles toda la atencion que merecian. Pero al hacerle presente la conquista de Méjico y las brillantes esperanzas relativas al continente del Sur, conoció su importancia como elementos que podrian proporcionarle los medios necesarios para llevar adelante sus ambiciosas y costosísimas empresas.

Pizarro, pues, que habia venido ahora á convencer el real ánimo con pruebas palpables de la verdad de los rumores sobre un pais de oro que de cuando en cuando habian llegado á Castilla, fue recibido con suma condescendencia y bondad por el emperador. Cárlos examinó muy minuciosamente los diferentes objetos que su súbdito le presentaba. Lo que le interesó especialmente fue el llama, tan notable como la única acémila que hasta entonces se habia descubierto en el nuevo Continente; y los delicados tejidos fabricados con su lana, le daban mucho mas valor á los ojos del monarca sagaz, que el mérito que pudiera tener el animal aplicado al trabajo. Pero las muestras de objetos de oro y de plata, y la historia maravillosa que referia Pizarro de la abundancia de metales preciosos debieron satisfacer hasta las últimas exijencias del apetito real.

Pizarro, lejos de sentirse cortado por su nueva posicion, conservó su acostumbrada calma y sangre fria, y manifestó en sus tratos aquel decoro y aun dignidad que son naturales al castellano. Hablaba en estilo sencillo y respetuoso, pero con la sinceridad enérgica y elocuencia natural del que ha sido actor en las escenas que describe, y que sabe que de la impresion que haga en su auditorio depende su suerte futura. Todos escuchaban con interes sumo la historia de sus estraordinarias aventuras por mar y tierra, sus incursiones en los bosques, ó en los tristes y pestíferos pantanos de la costa, sin alimento, casi sin vestido, con los pies destrozados y sangrientos á cada paso que daban, disminuido el número de sus pocos compañeros por las enfermedades y la muerte, y sin embargo, siguiendo sus planes con valor invencible para estender el imperio de Castilla, y el nombre y el poder de su soberano. Pero cuando pintó su situacion solitaria en la triste isla, abandonado por el gobierno y por todo el mundo menos por un puñado de compañeros consagrados enteramente á él, arrancó lágrimas, empresa no muy fácil, á su régio auditorio. Al marcharse de Toledo, Cárlos confió los asuntos de su vasallo á la consideracion del consejo de Indias, recomendándolos de la manera mas favorable (1).

Hallábase al mismo tiempo en la córte otro hombre que habia venido del Nuevo Mundo á un negocio idéntico, pero cuyas espléndidas hazañas le habian dado ya un nombre que oscurecia la naciente reputacion de Pizarro. Este hombre era Hernan Cortés, el conquistador de Méjico. Habia venido á Europa á poner un imperio á los pies de su soberano, y á pedirle justicia para sus agravios y recompensa para sus servicios. Hallábase al fin de su carrera, así como se encontraba Pizarro al principio de la suya; el conquistador del Norte y el del Sur eran los dos hombres escogidos por la Providencia para derribar las mas poderosas dinastías americanas, y para abrir las doradas puertas que habian de dejar pasar el torrente de los tesoros de América á las arcas de España.

A pesar de la recomendacion del emperador, los asuntos de Pizarro no salian de ese paso lento que es propio de toda clase de negocios en la córte de Castilla. Vió que sus escasos recursos poco á poco se iban agotando con los gastos que le imponia su posicion; é hizo presente que como no se adoptase pronto una determinacion relativa á su demanda, por favorable que aquella pudiese ser luego, seria demasiado tarde para él y ya no le seria lícito aprovecharse de sus ventajas. La reina, por consiguiente, que se habia encargado del asunto cuando marchó su marido, lo despachó de una vez, y el 26 de julio de 1529 se celebró la memorable *capitulacion* que indicaba y contenia los poderes y privilegios de Pizarro.

El célebre instrumento aseguraba á este gefe el derecho de descubrimienio y conquista de la provincia del Perú, ó Nueva Castilla (como se llamó al pais, así como á Méjico se habia dado el nombre de Nueva España) hasta la distancia de doscientas leguas al Sur de Santiago. Se le debian conferir el título y dignidad de gobernador y capitan general de la provincia, juntamente con los de adelantado y alguacil mayor para toda su vida, con un sueldo de setecientos veinte y cinco maravedís, y obligacion de mantener á ciertos oficiales y servidores correspondientes á la dignidad de su rango. Concediósele el derecho de construir ciertas fortalezas, con absoluto gobierno de ellas; señalar encomiendas de indios, con las restricciones que indicaba la ley; y en fin, el ejercicio de casi todas las prerogativas anejas á la autoridad de un virey.

A su compañero Almagro se le nombró comandante de la fortaleza de Tumbez, con una renta anual de trescientos mil maravedís, y ademas con el rango y privilegios de hidalgo. El reverendo padre Luque recibió la recompensa de sus servicios en el obispado de Tumbez, y tambien se le declaró protector de los indios del Perú. Señalósele el sueldo anual de mil ducados, que, como todos los demas sueldos y recompensas contenidas en la capitulacion, habian de salir de las rentas del pais conquistado.

Ni se olvidó tampoco á los partícipes subalternos de la espedicion. Ruiz recibió el título de gran piloto del Océano del Sur, con un ámplio sueldo; á Candia se le dió el mando de la artillería; y á los once compañeros mas de la isla desierta, se les creó hidalgos y caballeros, confiriéndoles cierto rango municipal, todo por supuesto en esperanzas.

Tambien se adoptaron algunas disposiciones liberales para estimular la emigracion á aquel pais. Eximióse á los nuevos pobladores de algunas de las contribuciones mas pesadas, aunque usuales, como la alcabala, ó modificáronse considerablemente en su favor. Los derechos que correspondian á la corona en los metales preciosos que se estraian de las minas, se redugeron al principio á la décima parte, en lugar de la quinta que se les imponia cuando se ganaban por cambios ó saqueo.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

«Hablaba tan bien en la materia, que se llevó los aplausos y atencion en Toledo donde el emperador estaba; dióle audiencia con mucho gusto, tratólo amoroso y oyóle tierno, especialmente cuando le hizo relacion de su consistencia y de los trece compañeros en la isla en medio de los trabajos.» Montesinos, Anales, MS., año 1528.

mandóse espresamente á Pizarro que observase los reglamentos vigentes para el buen gobierno y proteccion de los indígenas; y se le exigió que llevase consigo cierto número de eclesiásticos, con quienes habia de aconsejarse durante la conquista del pais, y cuyos esfuerzos debian consagrarse al servicio y conversion de los indios, mientras que por otra parte se prohibia severísimamente á los abogados y escribanos que pusiesen el pie en las nuevas colonias, considerándose que su ominosa presencia no era buen agüero para la armonía y tranquilidad de sus habitantes.

Pizarro á su vez se obligaba á levantar, dentro de seis meses despues de la fecha del documento, una fuerza bien equipada para el servicio de doscientos y cincuenta hombres, ciento de los cuales podia sacar de las colonias; y el gobierno se comprometia á proporcionarle algunos leves recursos para la compra de artillería y pertrechos militares. Finalmente, debia prepararse en seis meses despues de su vuelta á Panamá á salir de aquel puerto y á embarcarse en su espedicion (1).

Tales son algunos de los puntos principales de esta capitulacion, por medio de la cual el gobierno español, con la política sagaz que observaba en semejantes ocasiones, estimulaba las esperanzas ambiciosas del aventurero con títulos pomposos, y ámplias promesas de recompensas que dependian del buen éxito; pero se abstenia cuidadosamente de aventurar lo mas mínimo en el resultado de la empresa. Tenia cuidado de recoger los frutos de su trabajo, pero no pagar su coste.

Una circunstancia que no puede dejar de notarse en estos tratos es que mientras que los empleos elevados y lucrativos se acumulaban en Pizarro, casi se escluia á Almagro su compañero que, si no se habia visto espuesto á tantos trabajos y riesgos personales, á lo menos habia llevado á medias con él el peso de la empresa, y con sus esfuerzos en otra direccion habia contribuido esencialmente á su buen éxito. Almagro habia cedido voluntariamente el puesto de honor á su socio; pero habíase estipulado cuando Pizarro salió para España, que al paso que solicitase el empleo de gobernador y capitan general para sí, obtuviese el de adelantado para su compañero. Igualmente se habia comprometido á pedir el obispado de Tumbez para el cura de Panamá, y el empleo de alguacil mayor para el piloto Ruiz. En cuanto al obispado cumplió su palabra, porque no era posible que el soldado absorbiese tambien la mitra del prelado; pero en cuanto á los demas empleos, en lugar de repartirlos segun se habia convenido, los concentró todos en su persona. Sin embargo, hablando de los deseos de sus amigos fue, cuando antes de salir de Panamá, habia prometido solemnemente mirar por todos, como lo prescribian la justicia y la lealtad (2).

El cronista militar Pedro Pizarro, sostiene que efectivamente su pariente solicitó con toda eficacia el empleo en favor de Almagro; pero que se lo negó el gobierno por la razon de que empleos de tan gran importancia no podian confiarse á distintos individuos. Los malos efectos de la separacion se habian sentido hacia mucho tiempo en mas de una de las colonias americanas, en que habia suscitado rivalidades y aun muertes (3). Pizarro, pues, viendo que no se hacia caso de sus razones, no tuvo mas alternativa que reasumir los empleos en su persona, ó dejar que se malograse la espedicion. Esta esplicacion del negocio no ha sido sancionada por otros historiadores contemporáneos. Los temores manifestados por Luque cuando Pizarro se encargó de la mision, fundados sin duda en el conocimiento de su carácter, nos inclinan á no dar entero crédito á la vindicacion de su conducta, y nuestra desconfianza crecerá á medida que sepamos los hechos de su carrera posterior. La virtud de Pizarro no era de las que no ceden á la tentacion, aunque esta fuese mucho mas pequeña que la que ahora encontraba en su camino.

El dicho aventurero recibió tambien la merced del hábito de Santiago (4); y se le autorizó á hacer una innovacion importante en su escudo de armas, porque por parte de su padre tenia derecho á ellas. El águila negra y las dos columnas, blasonadas en las armas reales, se incorporaron á las de los Pizarros; una ciudad india, con un buque á lo lejos y el llama del Perú, revelaban el teatro y el carácter de sus hazañas; mientras que anunciaba la leyenda que bajo los auspicios de Cárlos, y por medio del trabajo, ingenio y recursos de Pizarro, se habia descubierto el pais y reducido á la tranquilidad; lo que indicaba modestamente sus hechos pasados y lo que aun ocultaba en su seno el porvenir (5).

Arreglados todos estos puntos de una manera satisfactoria para Pizarro, salió de Toledo para Trujillo, el lugar de su nacimiento, en Estremadura; donde creyó mas probable encontrar reclutas para su nueva empresa, y donde sin duda satisfacia su vanidad presentarse en el estado próspero, ó á lo menos lleno de esperanzas, de su situacion presente. Si alguna vez es perdonable la vanidad, es sin duda alguna cuando la vemos en un hombre que, nacido en la oscuridad, sin familia, sin apoyo y sin amigos que le favorezcan, solo por medio de sus propios recursos venció todos los obstáculos que la naturaleza y las circunstancias habian colocado en su carrera. Tal era la posicion de Pizarro cuando volvió á visitar el lugar de su nacimiento, donde hasta entonces no se le habia considerado mas que como un pobre huérfano desterrado, sin hogar que lo abrigase, sin padre que lo reconociese, sin amigos que le diesen proteccion. Pero ahora encontró amigos y personas dispuestas á seguirlo, y muchos que aspiraban á probar su parentesco con él, y á asociarse á su destino futuro. Entre estos habia cuatro hermanos. Tres de ellos, lo mismo que él, eran ilegítimos, y uno de estos, llamado Francisco Martin de Alcántara, era hermano suyo por parte de madre; los otros dos, Gonzalo y Juan Pizarro, descendian del padre. Todos eran pobres, y tan orgullosos como pobres, dice Oviedo, que los habia visto; «é tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla (6).»

(1) Este notable documento, que antes estaba en los archivos de Simancas y ahora en el archivo general de las Indias en Sevilla, fue copiado para la rica coleccion de don Martin Fernandez de Navarrete, á cuya bondad debo la copia que poseo.—Lo traslado por entero en el *Apéndice* núm. 7.

(2) «Al fin se capituló que Francisco Pizarro negociase la gobernacion para sí, para Diego de Almagro el adelantamiento, y para Hernando de Luque el obispado, y para Bartolomé Ruiz el alguacilazgo mayor; y mercedes para los que quedaban vivos de los trece compañeros, afirmando siempre Francisco Pizarro que todo lo queria para ellos, y prometiendo que negociaria lealmente y sin ninguna cautela.» Herrera, Historia general, dec. IV, lib. III, capítulo I.

(3) «Y don Francisco Pizarro pidió, conforme á lo que llevaba capitulado y ordenado con sus compañeros ya dichos, y en el consejo se le respondió que no habia lugar de dar gobernacion á dos compañeros, á causa de que en Santa Marta se habia dado asi á dos compañeros y el uno habia muerto alotro... Pues pedido, como digo, muchas veces por don Francisco Pizarro se les hiciese merced á ambos compañeros, se le respondió la pidiese para sí, si no que se daria á otro, y visto que no habia lugar lo que pedia y queria, pidió se le hiziese la merced á él, y ansi se le hizo.» Descub. y Conq., MS.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág 182. —Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. XVIII, cap. I.—Caro de Torres, Hist. de las órdenes militares (ed. Madrid, 1629), pág. 113.

(5) «Caroli Cæsaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Piçarro inventa, el pacta.» Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. VI, cap. V.

(6) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

El otro hermano, que era el mayor, llamábase Hernando, y era legítimo, dice el mismo escritor cáustico, tanto en la soberbia como en la cuna. Sus facciones eran feas y aun desagradables; pero era de buena estatura, y, como su hermano Francisco, tenia una presencia imponente (1). En su carácter combinaba todos los peores defectos del castellano. Era escesivamente celoso, rencoroso; no solo cuando se trataba de una afrenta, sino del mas leve desaire, é implacable en su resentimiento. Era resuelto en sus medidas, y tenia pocos escrúpulos en cuanto á su ejecucion. Ni el mas leve asomo de compasion detenia su brazo. Su arrogancia era tal, que siempre estaba lastimando el amor propio de los que estaban al lado de él, creando así una mala voluntad que sin necesidad alguna multiplicaba los obstáculos que tenia que combatir. En esto se diferenciaba de su hermano Francisco, cuyos modales corteses suavizaban las dificultades, y le aseguraban la confianza y la cooperacion de los demas en sus empresas. Por desgracia los malos consejos de Hernando ejercian en su hermano una influencia que desvirtuaba las ventajas que podian sacarse de su singular aptitud para los negocios.

A pesar del interes general que las aventuras de Pizarro escitaban en su pais, no encontró este en él todas las facilidades que esperaba para cumplir con las condiciones de la capitulacion en lo tocante al número de gente que habia de levantar. Aquellos á quienes mas asombraba su narracion no eran siempre los que mas se inclinaban á seguirlo en la continuacion de ella. Tenian miedo á los trabajos sin ejemplo que amenazaban al aventurero en aquellos paises; y escuchaban con visible incredulidad las espléndidas relaciones de los templos dorados y de los jardines de Tumbez, en que creian descubrir el colorido de la imaginacion con el fin de atraer reclutas á sus bandera. Dícese que Pizarro no hubiera podido reunir los fondos que necesitaba, á no haber sido por el oportuno auxilio de Cortés, natural de Estremadura como él, su compañero de armas en sus primeros tiempos, y, segun dicen, su pariente (2). Nadie estaba en mejor situacion para darla mano á otro aventurero, y quizás nadie tenia mas simpatía por él, ni mayor confianza en el éxito de su empresa que el que hacia tan poco tiempo que habia recorrido con tanta gloria las faces de una carrera igual.

Habian trascurrido los seis meses señalados por la capitulacion, y Pizarro habia reunido alguna menos gente que la estipulada, y con ella estaba preparándose á embarcar en Sevilla en tres buques que tenia á su disposicion; pero antes de estar enteramente listo recibió noticias de que algunos empleados del consejo de Indias pensaban examinar el estado de sus buques, y averiguar hasta qué punto habia cumplido lo pactado.

Pizarro, pues, sin pérdida de tiempo, temeroso de que si se sabia la verdad se malograse la espedicion en su gérmen, se dió á la vela en el acto, y pasando la barra de San Lúcar en enero de 1530, gobernó para la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde mandó á su hermano Hernando, á quien confió los demas buques, que se le reuniesen.

Apenas se hubo marchado, cuando llegó la comision investigadora; y cuando se quejó de la escasez de hombres, se la engañó, quizás voluntariamente por su parte, con el pretesto que los demas se habian ido con Pizarro en su buque. Lo cierto es que no se pusieron mas obstáculos á Hernando, y que se le permitió seguir su viaje, en que, como estaba convenido, se reunió con su hermano en la Gomera.

Despues de un viaje feliz, los aventureros llegaron á la costa del Norte del gran continente del Sur, y fondearon en el puerto de Santa Marta. Aquí recibieron tan desconsoladoras noticias sobre el pais á que se dirigian, de bosques llenos de insectos y de serpientes venenosas, de caimanes colosales que hormigueaban en las márgenes de los rios, y de trabajos y peligros tan superiores á los que habian imaginado, que varios soldados de Pizarro desertaron; y considerando su gefe que no convenia permanecer mas tiempo en lugar tan poco favorable; se dió de una vez á la vela para Nombre de Dios.

Poco despues de llegar á este punto vinieron á verlo sus dos sócios, Luque y Almagro, que habian hecho el viaje al traves de las montañas con el único objeto de saber de su boca misma y con toda esactitud los verdaderos pormenores de la capitulacion de la corona. Grande fue, como era de esperar, el disgusto de Almagro al saber el resultado de lo que consideraba como intrigas pérfidas de su compañero. Así es, esclamó, como habeis tratado á un amigo que ha partido con vos todos los riesgos y todos los gastos de la empresa; y esto á pesar de habernos prometido solemnemente al marchar que mirariais por los intereses de vuestros sócios como por los vuestros mismos. ¿Cómo habeis podido consentir en que así se me deshonre á los ojos del mundo con tan miserable compensacion, que parece apreciar mis servicios como nulos comparados con los vuestros (3)?

Pizarro le contestó asegurándole que habia hecho lealmente toda clase de esfuerzos para satisfacer sus deseos, pero que el gobierno se habia negado á confiar á manos distintas facultades que tenian tantos puntos de contacto entre sí. No habia tenido mas alternativa que aceptarlo todo para sí ó rehusarlo todo; y trató de mitigar el disgusto de Almagro diciéndole que bastante grande era el pais para la ambicion de los dos, y que en realidad sus facultades le pertenecian lo mismo que á él porque todo lo que Pizarro tuviese estaba á la disposicion de su amigo como si fuese cosa propia. Pero estas palabras amables no bastaron á satisfacer al que se creia injuriado; y ambos capitanes volvieron poco despues á Panamá con sentimientos de despego, ó quizás de hostilidad, que no eran de buen agüero para la empresa.

Sin embargo Almagro tenia un carácter generoso, y hubiera quizás quedado satisfecho con las concesiones políticas de su rival, á no ser por la intervencion de Hernando Pizarro que, desde el primer momento en que se vieron, manifestó poco respeto al veterano, respeto que no inspiraba por cierto su estatura diminuta, y que lo consideraba con particular aversion como impedimento en la carrera de su hermano.

Los amigos de Almagro, y eran muchos los que le habian adquirido sus maneras francas y generosas, estaban tan disgustados como él con la conducta soberbia de su nuevo aliado. Decian en alta voz que ya bastaba con ser víctima de la perfidia de Pizarro, y no verse ademas espuesto á los insultos de su familia que ahora habia venido á medrar con los despojos de la conquista que pertenecian á su gefe. La disputa llegó á tal punto de irritacion, que Almagro declaró que pensaba llevar adelante la espedicion sin el auxilio de su compañero, y llegó á entablar negociaciones para la compra de buques á fin de ejecutarla así. Pero afortunadamente llegaron en aquella época de Santo Domingo Luque y el licenciado Espinosa, é interpu-

(1) La pintura que de él hace Oviedo no le es muy favorable y escribe como quien conocia demasiado bien el original. «E de todos ellos el Hernando Pizarro solo era legítimo, é mas legitimado en la soberbia; hombre de alta estatura é grueso, la lengua é los labios gordos, é la punta de la nariz con sobrada carne é encendida, y este fue el desavenidor y estorbador del sosiego de todos y en especial de los dos viejos compañeros Francisco Pizarro é Diego de Almagro.» Hist. de las Indias. MS., ubi supra.

(2) Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág. 143.

(3) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. VII, cap. IX.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

sieron su mediacion para reparar una desavenencia cuyo término habia de ser la ruina de sus proyectos, y la destruccion probable de los mas interesados en que tuviese éxito feliz. Gracias á ellos, se celebró al cabo una reconciliacion aparente, consintiendo Pizarro en abandonar su empleo de adelantado en favor de su rival, y prometiendo enviar al emperador un memorial para que le confirmase la posesion; cosa que, como es fácil descubrir, no estaba muy de acuerdo con lo que Pizarro habia dicho antes sobre las intenciones de la corona al conferirle este empleo. Además debia pedir un gobierno separado para su sócio en cuanto fuese dueño de la region que le habia sido señalada; y se comprometia á no solicitar empleo alguno para sus hermanos hasta que Almagro estuviese satisfecho con lo que se le diese. Por fin, ratificóse y confirmóse de la manera mas solemne el anterior contrato relativo á la division de los despojos en tres partes iguales, que se habian de repartir entre los tres sócios primitivos. La reconciliacion de este modo efectuada convenia al objeto inmediato de permitirles emprender de acuerdo la espedicion. Pero no era mas que una cicatriz muy leve la que cubria la herida, que, profunda y enconada por dentro no esperaba mas que un nuevo motivo de irritacion, para abrirse con violencia mas fatal que nunca (1).

No se perdió despues de esto un solo instante en preparar el viaje, que era sin embargo muy poco popular entre los colonos de Panamá, porque estos sabian demasiado bien los trabajos que se habian sufrido en las anteriores espediciones para querer tomar parte en otra, á pesar del rico cebo que se les presentaba. Algunos de los que compusieron la anterior espedicion se convinieron á seguir la aventura hasta su término; y se recogieron algunos dispersos mas de la provincia de Nicaragua, colonia que, como lo observaremos de paso, era una rama de la de Panamá. Pero Pizarro aumentó muy poco las fuerzas que consigo habia traido de España, aunque el cuerpo que ahora mandaba estaba mejor provisto de armas, municiones y de equipo en general que sus antiguos compañeros de aventuras. El número total de estas fuerzas no pasaba de ciento ochenta hombres, con veintisiete caballos para la caballería. Habíase proporcionado tres buques, dos de ellos de buen tamaño, porque los que lo trajeron de Europa tenian que quedarse al otro lado del Istmo en Nombre de Dios; armamento en todo muy corto ciertamente para la conquista de un imperio, y muy inferior á lo pactado con la corona. Con él sin embargo se proponia el intrépido gefe empezar sus operaciones, confiando en su buena estrella, y en los esfuerzos de Almagro, que debia quedarse en Panamá por ahora, para reunir refuerzos (2).

El dia de San Juan Evangelista se bendijeron el estandarte real y la bandera de la compañía en la iglesia catedral de Panamá, predicó un sermon en presencia del pequeño ejército Fr. Juan de Vargas, uno de los dominicos destinados á la mision del Perú, se celebró una misa, y se administró el sacramento de la comunion á todos los soldados que iban á tomar parte en la guerra contra los infieles (3). Invocada así solemnemente la bendicion del cielo en favor de su empresa, Pizarro y los suyos se fueron á bordo de sus buques, y en los primeros dias de enero de 1531, salió aquel hombre singular del puerto de Panamá á emprender su tercera y última espedicion para la conquista del Perú.

Su intencion era gobernar en línea recta para Tumbez, que desplegó tan magníficos tesoros en su viaje anterior. Pero los vientos de proa y las corrientes frustraron su plan; y despues de una navegacion de trece dias, mucho mas corta de lo que se acostumbraba antes, su pequeña escuadra fondeó en el puerto de San Mateo, como á un grado al Norte de la línea. Aquí Pizarro, despues de consultarlo con sus oficiales, resolvió desembarcar sus fuerzas y seguir el viaje por tierra á lo largo de la costa, mientras que los buques seguian su rumbo á una distancia conveniente de la orilla.

La marcha del pequeño ejército fue escesivamente penosa; porque constantemente se hallaba cortado el camino por arroyos que, hinchados por las lluvias del invierno, se convertian en su embocadura en anchas lagunas. Pizarro, que ya tenia algun leve conocimiento del pais, iba de guia y de comandante á un tiempo mismo. Siempre estaba dispuesto á prestar su auxilio donde se necesitaba, estimulando á los suyos á que vadeasen ó pasasen á nado los torrentes como mejor pudiesen, y animando á los abatidos con el ejemplo de su alegría y de su indomable valor.

Por fin llegaron á un caserío muy poblado, ó mas bien una ciudad, en la provincia de Coaque. Los españoles sorprendieron inmediatamente este punto, y los habitantes, sin tratar de defenderse siquiera, huyeron aterrados á los próximos bosques, dejando en manos de los invasores sus efectos que tenian mucho mas valor de lo que se esperaba. Los invasores, como dice con candor inimitable uno de los conquistadores, cayeron sobre ellos antes que estuviesen prevenidos, porque de estarlo no se hubiera encontrado en el pueblo tanto oro y piedras preciosas (4). Segun otro escritor, los indios se quedaron voluntariamente en su pueblo, porque como no habian hecho daño alguno á blancos, se lisonjeaban con la esperanza de que ninguno se les haria, y que solo habria con los estranjeros un cambio de servicios mútuos (5); esperanza que se fundaba quizas en la buena opinion que habian dejado antes los españoles, pero que ahora vieron defraudada de un modo muy desagradable los sencillos indígenas.

Penetrando en las desiertas chozas, los invasores encontraron, ademas de tejidos de varias clases y alimentos muy agradables en medio del hambre que estaban sufriendo, una gran cantidad de adornos toscamente trabajados de oro, y plata, juntamente con muchas piedras preciosas; porque esta era la region de las esmeraldas, donde abundaban estas. Una de las esmeraldas que cayó en manos de Pizarro, era del tamaño de un huevo de paloma. Por desgracia sus ignorantes compañeros no conocian el valor de su presa, y destrozaron muchas piedras preciosas machacándolas á martillazos (6). Dícese que quien los

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1529.—Relacion del primer descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. III.—Oviedo Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

Parece que en el fondo habia poca concordia entre los confederados. «El padre Luque, compañero de estos capitanes, dice Oviedo, con cuya hacienda hicieron ellos sus hechos, puesto que el uno é el otro se lo pagaron con ingratitud, segun á mi me lo escribió el mismo electo de su mano.» Ibidem, loc. cit.

(2) El cálculo numérico varía segun costumbre. Yo sigo la opinion del secretario de Pizarro, Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 182.

(3) «El que habiendo hecho bendecir en la iglesia mayor las banderas y estandarte real dia de San Juan Evangelista de dicho año de 1530, y que todos los soldados confesasen y comulgasen en el convento de nuestra Señora de la Merced, dia de los Inocentes en la misa cantada que celebró con toda solemnidad y sermon que predicó el P. Presentado Fr. Juan de Vargas, uno de los cinco religiosos que en cumplimiento de la obediencia de sus prelados y órden del emperador pasaban á la conquista.» Naharro, Relacion sumaria, MS.

(4) «Pues llegados á este pueblo de Coaque dieron de súbito sin sabello la gente del, porque si estuvieran avisados no se tomara la cantidad de oro y esmeraldas que en él se tomaron.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(5) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. VII, cap. IX.

(6) Relacion del primer descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. IV.

indujo á obrar así, fue uno de los misioneros dominicos llamado Fray Reginaldo de Pedraza, quien les hizo creer que este era el modo de conocer si eran esmeraldas verdaderas, porque las legítimas no se romperian. Obsérvese sin embargo, que el buen padre no sometió las que á él le tocaron á esta ingeniosa prueba; como de resultas de ella bajó considerablemente el valor de unas piedras que consideraban como vidrios de color, el padre se llevó consigo una gran coleccion de ellas á Panamá (1).

El oro y la plata que se habia robado en las chozas de los indígenas, se reunió y depositó en un monton comun, del cual se dedujo la quinta parte para la corona, y en seguida Pizarro distribuyó el resto en la proporcion convenida, entre los oficiales y soldados de su ejército. Este fue el sistema constante que se observó durante la conquista. Los invasores tenian todos parte en una especulacion comun; su interes en ella era comun, y si se hubiera dejado á cada cual saquear por su propia cuenta, se hubiera dado márgen á la insubordinacion y á constantes disputas. A todos pues se mandó bajo pena de muerte que entregasen lo que habian cogido, ya fuese por saqueo ya por cambios, para reunirlo á la masa comun; y todos estaban demasiado interesados en la ejecucion de la pena para dejar ninguna esperanza de librarse de ella al que tuviese la desgracia de violar la ley (2).

Pizarro, con su acostumbrada política, envió á Panamá una gran cantidad de oro, hasta el valor nada menos que de veinte mil castellanos, suponiendo que á la vista de este tesoro tan rápidamente adquirido, se desvanecerian las dudas de los que vacilaban y los incitaria á reunirse á su bandera (3). No se equivocó en este juicio. Como dice devotamente uno de los conquistadores, «fueron á dar en un pueblo que se decia Coaque, que fuese nuestro Señor servido topasen con él, porque con lo que en él se halló se acreditó la tierra y vino gente á ella (4).»

Habiendo dejado algun descanso á su tropa, Pizarro prosiguió su marcha por la costa, pero no ya acompañado por los buques, que habian vuelto á Panamá en busca de reclutas. A medida que adelantaba encontraba en el camino fajas arenosas, removidas por los vientos, y que cegaban á los soldados, al paso que presentaban á los de caballo y de á pie un piso vacilante y traidor. El reflejo del sol era insoportable; y sus rayos verticales, cayendo á plomo con fuerza intensa en las armaduras de hierro y en los justillos entretelados de espeso algodon, los encendia hasta tal punto que las desmayadas tropas casi se ahogaban de calor. Para aumentar sus desgracias, atacó al pequeño ejército una singular enfermedad epidémica. Tomaba la forma de úlceras, ó mas bien de horribles berrugas de gran tamaño que cubrian el cuerpo, y cuando se abrian con lanceta, como sucedió en algunos, echaban tal cantidad de sangre que de sus resultas moria el enfermo. Varios murieron de esta horrible enfermedad, tan rápida en su ataque, acompañada de tal desfallecimiento de fuerzas, que los que se acostaban buenos de noche, amanecian sin poder siquiera llevarse la mano á la cabeza (5). Esta epidemia, que se presentó por primera vez durante esta invasion, y que no duró mucho despues de terminada, se estendió por todo el pais, y fue tan fatal en sus ataques para el indígena como para el blanco (6). Fue una de esas plagas que el ángel destructor que sigue los pasos del conquistador, derrama en su ira en medio de las desgraciadas naciones.

En su marcha pocas veces esperimentaron los españoles resistencia ni incomodidad por las hostilidades de los habitantes, que aleccionados por el ejemplo de Coaque, huian con sus efectos á los bosques y á las montañas mas próximas. Nadie salia á felicitar á los estranjeros y á ofrecerles los auxilios de la hospitalidad, como sucedió en su último viaje á este pais, porque ya no se consideraba á los blancos como seres superiores bajados del cielo, sino como azotes destructores, que, invulnerables á los ataques de los indios, iban montados en animales feroces, mas rápidos que el viento, y llevaban armas que esparcian el fuego y la ruina por todas partes. Tales eran las noticias de los invasores que ahora circulaban, y que precediéndolos por todas partes, les cerraban los corazones, si no las puertas de los indios. Exhaustos por el cansancio del viaje y por las enfermedades, y desanimados por la pobreza del pais, que ahora no compensaba con nada sus trabajos, los soldados de Pizarro maldecian la hora en que se alistaron bajo su bandera, y particularmente los de Nicaragua, dice el cronista antiguo, trayendo á la memoria la mansion agradable de aquel rico pais, solo suspiraban por volver al paraiso de Mahoma que habian abandonado (7).

En esta situacion recibió la tropa algun consuelo al descubrir un buque que venia de Panamá, que les traia mas provisiones, y ademas el tesorero real, el veedor é inspector, el contralor, y otros altos funcionarios nombrados por la corona para que acompañasen á los conquistadores. Pizarro los habia dejado en España, de resultas de su marcha brusca y repentina; y al saber esto el consejo de Indias, mandó instrucciones á Panamá para que no se permitiese la salida de aquel puerto de la espedicion. Pero el gobierno español, mas sabio y mas prudente, revocó la órden, y solo exigió á los funcionarios que activasen su partida, y fueran sin pérdida de tiempo á ocupar su puesto en la espedicion.

Los españoles en su marcha habian llegado ya hasta Puerto Viejo. Allí se les reunió otro pequeño refuerzo de unos treinta hombres, mandados por un oficial llamado Belalcazar, que posteriormente subió á grandes puestos y distincion en este servicio. Muchos de los compañeros de Pizarro hubieran deseado detenerse en este punto y establecer en él una colonia. Pero el gefe pensaba mas en conquistar que en

«A lo que se ha entendido, en las esmeraldas ovo gran yerro y torpedad en algunas personas por no conoscellas, aunque quieren decir que algunos que las conoscieron las guardaron. Pero finalmente muchos vbieron esmeraldas de mucho valor; vnos las probaban en yunques, dándolas con martillos, diziendo que si era esmeralda no se quebraria; otros las despreciaban, diziendo que era vidrio.» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista., MS.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. IV, lib. VII, cap. IX.

(2) «Los españoles las recoxieron y juntaron el oro y la plata, porque así estaba mandado y ordenado, so pena de la vida el que otra cosa hiciese, porque todos lo habian de traer á monton para que de allí el gobernador lo repartiese, dando á cada uno conforme á su persona y méritos de servicios; y esta órden se guardó en toda esta tierra en la conquista de ella, y al que se hallare oro ó plata escondido muriera por ello, y deste modo nadie osó escondello.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) El botin fue grande en verdad, si como dice Pedro Pizarro, uno de los conquistadores que lo vieron, valia 200,000 castellanos de oro. «Aquí se halló mucha chaquira de oro y de plata, muchas coronas hechas de oro, á manera de imperiales, y otras muchas piezas en que se evaluó montar mas de doscientos mil castellanos.» (Descub. y Conq., MS.) Naharro, Montesinos y Herrera se contentan con decir que envió en los buques á Panamá veinte mil castellanos.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS,

(5) Nanarro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1530.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. I, cap. XV.

(7) «Aunque ellos no ninguno por haber venido, porque como habian dejado el paraiso de Mahoma que era Nicaragua y hallaron la isla alzada y falta de comidas y la mayor parte de la gente enferma y no oro ni plata como otras habian hallado, algunos y todos se holgaran volver adonde habian venido.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS,

colonizar, á lo menos en aquellos primeros tiempos; y se proponia, como primer paso, apoderarse de Tumbez, que consideraba como la puerta del imperio peruano. Prosiguiendo por consiguiente su marcha hasta las costas de lo que ahora se llama el golfo de Guayaquil, llegó al frente de la pequeña isla de Puná, situada no á gran distancia del puerto de Tumbez; y pensó que esta isla le ofreceria un punto conveniente para acampar hasta que lo tuviese todo dispuesto para apoderarse de la ciudad india.

Las disposiciones de los naturales parecieron ser muy favorables á su propósito. No hacia mucho tiempo que se encontraba en aquellos parajes, cuando una diputacion de los indígenas, presidida por el cacique, pasó al continente en sus balsas para invitar á los españoles á trasladarse á su territorio. Pero los intérpretes indios de Tumbez, que habian vuelto con Pizarro de España, y que seguian en su servicio, le dijeron que se pusiese en guardia contra la meditada traicion de los isleños, á quienes acusaron de querer deshacerse de los españoles cortando las cuerdas que sujetaban los maderos de las balsas y dejándolos así perecer en las olas. Sin embargo, el cacique, cuando Pizarro lo acusó de haber meditado tan pérfido proyecto, lo negó con aire de tanta sinceridad é inocencia, que sin vacilar mas el español se confió á él con los suyos, y todos fueron trasportados con seguridad completa á la isla.

Aquí fueron recibidos los españoles con mucha hospitalidad, y las tropas encontraron cómodo alojamiento. Satisfechos con su situacion, Pizarro determinó permanecer en ella hasta que hubiera pasado la fuerza de la estacion de las aguas, época en que esperaba recibir refuerzos que pusiesen mas elementos en su mano para penetrar en el imperio del Inca.

La isla que está en la embocadura del rio de Guayaquil tiene unas ocho leguas de largo y cuatro de ancho en su parte mas ancha, y en aquella época estaba cubierta en parte con una arboleda magnífica. Pero otra muy considerable estaba cultivada, y habia en ella plantíos de cacao, de batata y de los diferentes productos de los climas tropicales, que probaban conocimientos agrícolas y amor al trabajo en la poblacion. Era esta una raza muy belicosa, que habia recibido de sus enemigos peruanos la calificacion de *pérfida*. Quizás no tendrian mas razon que los habitantes del Perú los historiadores romanos para infamar á sus enemigos cartagineses con el mismo epíteto. Los isleños, audaces é independientes, opusieron una tenaz resistencia á las armas del Inca; y aunque por fin habian cedido, siempre habian estado en disputas, á veces acompañadas de sangrientas hostilidades, con sus vecinos de Tumbez.

Apenas supieron estos últimos la llegada de Pizarro á la isla, cuando, confiando sin duda en sus antiguas relaciones amistosas con él, pasaron en gran número á su campamento. La presencia de sus rivales aborrecidos no fue nada grata á los celosos habitantes de Puná, al paso que la prolongada permanencia de los blancos no podia dejar de serles onerosa. En su conducta anterior aun no hacian alarde de sentimientos amistosos; pero los intérpretes de Pizarro volvieron á ponerlo en guardia contra la perfidia proverbial de los isleños. Suscitadas ya sus sospechas, supo el comandante español que algunos gefes se habian reunido para deliberar sobre un plan de insurreccion. No queriendo esperar á que reventase la mina, rodeó el punto de reunion con sus soldados, y se apoderó de los gefes sospechosos. Segun un escritor, confesaron su culpa (1). Esto está lejos de ser positivo, ni tampoco lo es que meditasen un levantamiento. Sin embargo, el hecho en sí no es improbable, aunque aumenta poco los grados de probabilidad el testimonio de los intérpretes enemigos. Lo cierto es que Pizarro se convenció de que la conspiracion existia; y sin vacilar un instante, entregó sus desgraciados prisioneros, que eran diez ó doce, en manos de sus rivales de Tumbez, á quienes estaban muy lejos de inspirar compasion, y que por consiguiente los mataron en el acto en su presencia (2).

Enfurecidos con este ultraje, los habitantes de Puná acudieron á las armas, y con furiosos gritos y con las amenazas mas salvajes de la desesperacion, atacaron inmediatamente el campamento de los españoles. El número estaba sin comparacion alguna en favor de ellos, porque tenian algunos miles de combatientes. Pero la superioridad mas decisiva de la disciplina y de las armas, estaba por parte de sus contrarios; y cuando los indios se lanzaban al ataque en masas confusas y desordenadas, los castellanos los recibian impasibles en sus largas picas, ó los diezmaban con descargas de fusilería. Por sus cuerpos indefensos penetraban muy fácilmente las agudas espadas de los españoles; y poniéndose Hernando Pizarro á la cabeza de la caballería, cargó á los enemigos con valor y audacia, y los dispersó completamente por los campos hasta que aterrados por el terrible aspecto de los ginetes cubiertos de acero, y por el estampido atronador y los relámpagos que lanzaban las armas de fuego, los fugitivos se refugiaron en lo mas profundo de sus bosques. Sin embargo, si hemos de creer á los vencedores, el triunfo se debió en parte á la intervencion del cielo; porque se vió en los aires por encima de los combatientes á San Miguel luchando con el enemigo del hombre, y alentando á los cristianos con su ejemplo (3).

No pasaron de tres ó cuatro los españoles que perecieron en este combate; pero hubo muchos heridos y entre ellos Hernando Pizarro, que fue herido de mucha consideracion en una pierna con una javelina. Ni terminó aquí la guerra; porque los implacables isleños aprovechándose de la noche ó de cualquiera descuido de los invasores, siempre estaban listos á salir de sus guaridas y á atacar el campamento enemigo, mientras que sorprendiendo á sus partidas sueltas y destruyendo sus víveres, lo tenian en un estado de perpétua alarma.

En esta desagradable situacion Pizarro vió con gusto la llegada de dos buques á la isla. Estos traian un refuerzo que consistia en cien voluntarios y ademas caballos para la caballería. Mandábalo Hernando de Soto, capitan que adquirió mucha celebridad posteriormente por el descubrimiento del Misisipi, que aun arrastra su magestuosa corriente sobre el sitio en que está enterrado, digno monumento para sus cenizas, así como lo es de su fama (4).

(1) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 183.

(2) «Y el marques don Francisco Pizarro, por tenellos por amigos y estubiesen de paz quando allá passasen, les dió algunos principales, los cuales ellos mataban en presencia de los españoles, cortándoles las cabezas por el cogote.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) La ciudad de San Miguel fue así llamada por Pizarro en memoria de este acontecimiento, y algunos creen que la existencia de semejante ciudad es prueba suficiente de la verdad del milagro. — «En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que habia en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y sus secuaces, mas apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeron los diablos, y formando un gran torvellino de viento, se oyeron en el aire unas terribles voces que decian: ¡Vencístenos, Miguel, vencístenos! De aquí tornó don Francisco Pizarro tanta devocion al arcángel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre, cumpliólo así, como veremos adelante.» Montesinos, Anales, MS., año 1530.

(4) Refieren con mas ó menos estension los sucesos ocurridos en Puná, Naharro, Relacion sumaria, MS. — Conquista y Pob. del Perú, MS. — Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS. — Montesinos, Anales, MS., ubi supra. — Relacion del primer

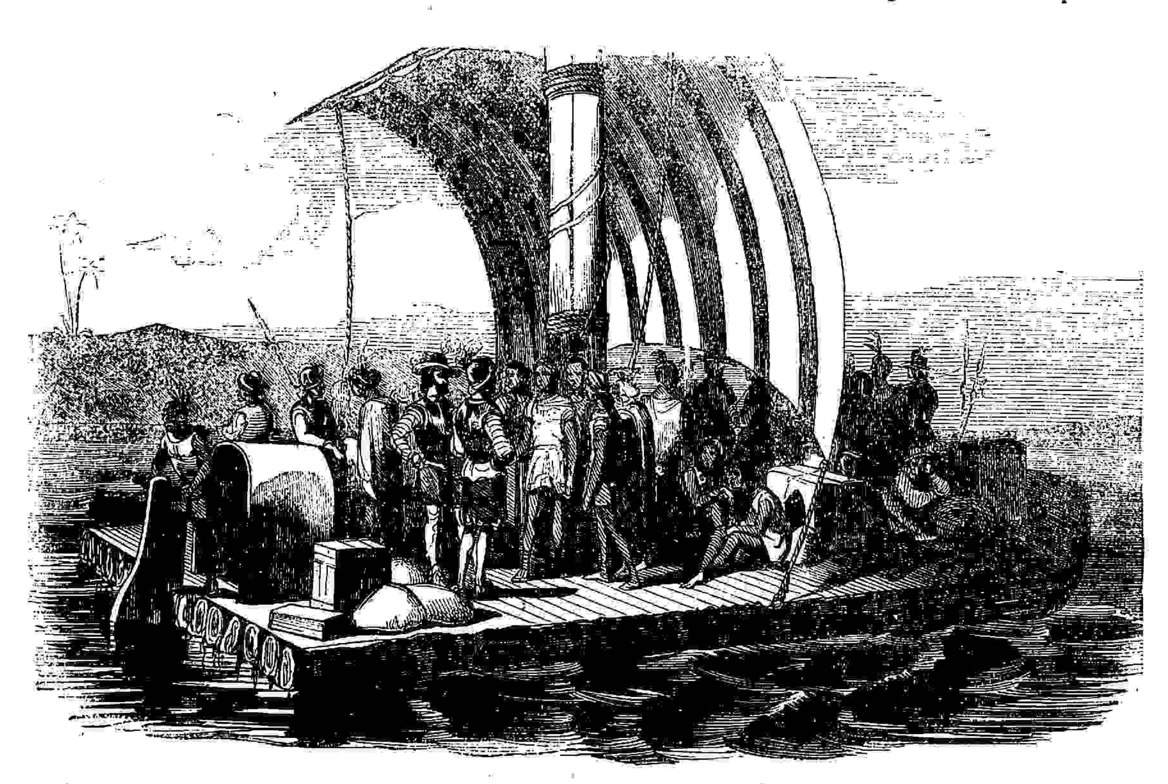
Este refuerzo fue muy oportuno y muy agradable á Pizarro, que estaba ya muy disgustado con su posicion en la isla, donde no hallaba nada que compensáse la vida de hostilidad incesante á que se veia condenado. Con estos reclutas, se sentia con bastante fuerza para pasar al continente y para volver á emprender sus operaciones militares en el verdadero teatro de los descubrimientos y de la conquista. Por los indios de Tumbez supo que hacia algun tiempo que el pais se hallaba agitado con una guerra civil entre dos hijos del último monarca, competidores al trono. Pizarro consideró esta noticia como cosa de la mayor importancia, porque recordaba el uso que habia hecho Cortés de disensiones análogas entre las tribus de Anahuac. Es verdad que Pizarro parece haberse propuesto por modelo y ejemplo á su gran predecesor en muchas ocasiones ademas de esta. Pero se quedó á mucha distancia de su modelo; porque á pesar del freno que á veces se imponia á sí mismo, su naturaleza mas grosera y su carácter mas feroz rompian á menudo todos estos lazos y lo inducian á observar una conducta diametralmente opuesta á la que una política prudente le indicaba, y que jamas hubiera aprobado el conquistador de Méjico.

CAPITULO II.

El Perú en la época de la conquista.—Reinado de Huayna Capac.—Los hermanos del Inca.—Disputa sobre el imperio.—Triunfo y crueldades de Atahuallpa.

Antes de acompañar á Pizarro y á sus compañeros al pais de los Incas, conviene manifestar al lector la situacion crítica del reino en aquella época; porque los españoles llegaron cabalmente en el momento de consumarse una importante revolucion, en una crísis de las mas favorables á sus proyectos, y sin cuyo auxilio la conquista, con un puñado de soldados como el que iba á emprenderla, no se hubiera podido llevar á cabo jamas.

En la última parte del siglo XV murió Tupac Inca



Los españoles trasportados en una balsa á la isla de Puná.

Yupanqui, uno de los mas célebres «hijos del Sol,» que llevando las armas del Perú al traves de los ardientes arenales de Atacama, penetró en los remotos límites de Chile, mientras que en la opuesta direccion estendia su imperio con la adquisicion de las provincias meridionales de Quito. Su hijo Huayna Capac dirigia la guerra por esta parte, y sucediendo á su padre en el trono, llegó á ser tan grande como él en fama militar y en capacidad para el gobierno del pais.

Bajo el mando de este príncipe, todo el poderoso estado de Quito, que rivalizaba con el mismo Perú en riqueza y civilizacion, fue sometido al cetro de los Incas; cuyo imperio recibió por medio de esta conquista el incremento mas considerable que habia tenido desde la fundacion de la dinastía de Manco Capac. Los últimos dias del monarca victorioso se emplearon en someter á las tribus independientes que ocupaban los remotos límites de su territorio, y aun mas en consolidar sus conquistas introduciendo en ellas las costumbres y la civilizacion peruana. Ocupóse activamente en completar las grandes obras de su padre, especialmente los caminos que unian á Quito con la capital. Perfeccionó el establecimiento de los correos, trabajó mucho por introducir el dialecto Quichua en todo el imperio, mejoró la agricultura, y en una palabra dió estímulo á los diferentes ramos de la industria doméstica y desarrolló varios planes ilustrados que habian concebido sus predecesores para mejorar la condicion de su pueblo. Bajo su mando la monarquía peruana llegó á su período mas brillante; y tanto bajo su cetro como bajo el de su ilustre padre, estaba avanzando tan rápidamente en la carrera de la civilizacion, que pronto hubiera llegado al nivel de las naciones mas civilizadas del Asia, ofreciendo quizas al mundo una prueba mas elevada del punto á que puede llegar la capacidad del indio ame-

descub., MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, págs. 182, 183.

ricano, que las que se han encontrado en el resto del gran continente occidental. Pero otro destino, y muy triste por cierto, era el que el porvenir destinaba á las razas indias.

La primera llegada de los blancos á las costas del Pacífico en la América del Sur ocurrió unos diez años antes de la muerte de Huayna Capac, cuando Balboa atravesó el golfo de San Miguel y obtuvo la primera noticia inteligible del imperio de los Incas. No se sabe si llegaron á oidos del monarca indio rumores de estas aventuras. No hay duda sin embargo que tuvo noticias de la primera espedicion á las órdenes de Pizarro y Almagro, cuando este último penetró hasta el rio de San Juan, como á unos cuatro grados al Norte. Los informes que recibió hicieron mucha impresion en el ánimo de Huayna Capac, porque descubrió en el



Hernando Pizarro herido en Puná.

valor formidable y en las armas de los invasores pruebas de una civilizacion muy superior á la de su pueblo. Manifestó sus temores de que volviesen, y que en alguna época no muy remota quizas, fuese conmovido el trono de los Incas por estos estranjeros que disponian de un poder tan incomprensible (1). Para la vista vulgar, no era mas que un punto en el remoto horizonte; pero la del sagaz monarca parecia descubrir en él el gérmen de la tormenta que habia de estenderse y desarrollarse hasta reventar en toda su furia sobre su nacion.

Hay motivos para creer que esto sea verdad. Pero en otras relaciones, aceptadas por el vulgo, se refiere que la primera aparicion de los blancos en el pais estaba de acuerdo con antiguas predicciones, y que coincidió con ocurrencias sobrenaturales que llenaron de pavor á todos los peruanos. Viéronse cruzar cometas de siniestra luz por los cielos. Los terremotos se multiplicaron; la luna se vió rodeada de círculos de fuego de muchos colores; un rayo cayó en uno de los alcázares reales y lo convirtió en cenizas; y se vió sobre la gran plaza del Cuzco una águila perseguida por varios halcones, gritando asustada, que al cabo cayó, herida de muerte por las garras de sus enemigos, en presencia de muchos nobles Incas, que vieron en este hecho un triste agüero de su propia destruccion. El mismo Huayna Capac, cuando conoció que iba á morir, convocó á sus grandes dignatarios, y les anunció la destruccion del imperio por esa raza de estranjeros blancos y con barbas, como el cumplimiento de lo que habian pronosticado los oráculos para despues del reinado del duodécimo Inca, mandándoles al mismo tiempo que no resistiesen á la voluntad del cielo, sino que se sometiesen á sus representantes (2).

Tal es la impresion que causó la llegada de los españoles á aquel pais, lo que nos recuerda los sentimientos idénticos de terror supersticioso que causó su presencia en Méjico. Pero las tradiciones de este último pais descansan en testimonios mucho mas sólidos que las del Perú, que no estando apoyadas por autoridades contemporáneas, dependen esclusivamente del dicho de un escritor hijo de aquel pais, que sin duda creyó encontrar en los inevitables decretos del cielo la mejor escusa de la indolencia de sus paisanos.

No es improbable que se estendiesen gradualmente rumores de la llegada de una raza estraña y misteriosa por todas las tribus indias que ocupaban las grandes llanuras elevadas de las cordilleras, y que hiciesen estremecer el corazon de los guerreros mas valientes con sentimiento de terror indefinido, como si anunciasen alguna próxima calamidad. Estando en semejante situacion los ánimos, era natural que las convulsiones físicas á que está particularmente es-

(1) Sarmiento, cuyo testimonio es siempre de mucho peso, dice que le refirió esto mismo un noble de la raza Inca que lo oyó. Relacion, MS., cap. LXV.

(2) Garcilasso de la Vega da en su obra una relacion minuciosa de todas estas ocurrencias sobrenaturales. (Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XIV.) La situacion de este escritor le abria la fuente de todas las noticias mas exactas, ventaja equilibrada con esceso por los defectos de su carácter, por su infantil curiosidad, y por su deseo de abultar todo lo relativo á su clase y aun á su nacion. Su obra es el orígen de casi todos los hechos, y tambien de casi todas las mentiras que han circulado en el mundo sobre los peruanos antiguos. Por desgracia en época tan remota no es fácil distinguir lo uno de lo otro.

puesto aquel pais volcánico, hiciesen en ellos mas impresion que la acostumbrada; y que los fenómenos que solo se hubieran considerado como estraordinarios en las épocas de seguridad política, se interpretasen ahora por el supersticioso adivino como decretos celestiales por cuyo medio el Dios de los Incas anunciaba la caida de su imperio.

Huayna Capac tenia segun costumbre de los príncipes peruanos, una multitud de concubinas que le dieron una numerosa posteridad. El heredero de la corona, el hijo de su mujer lejítima y hermana, se llamaba Huascar (1). En la época histórica de que ahora nos ocupamos, habia cumplido unos treinta años. Despues del heredero aparente seguia en el órden de sucesion Manco Capac, hijo de otra esposa prima del monarca, príncipe jóven que desempeñará un papel importante en nuestra historia futura. Pero el mas querido de los hijos del Inca era Atahuallpa. Su madre era hija del último *Scyri* de Quito, que habia muerto de dolor, segun se decia, poco despues de conquistado su reino por Huayna Capac. La princesa era hermosa, y el Inca, ya fuese para satisfacer su pasion, ya, como dicen los peruanos, por indemnizarla de la ruina de sus padres, la recibió entre sus concubinas. Los historiadores de Quito aseguran que era su legítima esposa; pero este honor, segun las costumbres del imperio, se reservaba á las doncellas de la sangre Inca.

Huayna Capac pasó los últimos años de su vida en su nuevo reino de Quito. Por consiguiente, Atahuallpa se educó á su vista, lo acompañó en su infancia en todas sus campañas, durmiendo en la misma tienda que su padre y comiendo en el mismo plato (2). La viveza del niño, su valor y su generosidad, sedujeron hasta tal punto el amor del anciano monarca, que resolvió separarse de las costumbres establecidas en su reino, y dividir el imperio entre él y su hermano mayor Huascar. En en el lecho de la muerte convocó á su alrededor los altos funcionarios de la corona, y les declaró que era su voluntad que el reino de Quito pasase á Atahuallpa, quien en cierto modo podia tener derecho á él como dominio de sus antepasados. Dió el resto del imperio á Huascar, y mandó, á los dos hermanos que consintiesen en este arreglo, y que viviesen en paz y amistad uno con otro. Esta fue la última determinacion que adoptó el heróico monarca, é indudablemente la menos política de toda su vida; con su último aliento derribó las leyes fundamentales del imperio, y mientras que recomendaba la concordia á los herederos de su autoridad, les dejaba en la division de esta las semillas de una discordia inevitable (3).

Parece probable que su muerte ocurrió á fines de 1525, siete años apenas antes de la llegada de Pizarro á Puná (4). Las noticias de su muerte esparcieron el dolor y la consternacion en todo el imperio; porque aunque duro é inexorable con los rebeldes y el enemigo obstinado, era un monarca valiente y magnánimo, y legisló con la amplitud de miras de un príncipe que consideraba toda la estension de sus dominios como igualmente acreedora á su cuidado y vigilancia. El pueblo de Quito lisonjeado por las pruebas que le habia dado de preferencia, residiendo constantemente en aquel pais y hermoseando su capital, se llenó de luto á su muerte; y sus súbditos del Cuzco, envanecidos con las glorias que sus armas y su talento habian dado á su patria, no lo miraban con menos admiracion (5). Mientras que los mas inteligentes y mas tímidos en ambos paises miraban con recelo el porvenir, cuando el cetro del imperio en vez de ser manejado por la esperiencia de la edad iba á dividirse entre príncipes rivales, naturalmente celosos uno de otro y por su edad espuestos necesariamente á la maléfica influencia de astutos y ambiciosos consejeros, el pueblo manifestaba su dolor con las honras sin ejemplo que dedicaba á la memoria del monarca difunto. Su corazon se dejó en Quito, y su cuerpo embalsamado, segun la costumbre del pais, fue trasportado al Cuzco para ocupar su puesto en el gran templo del Sol al lado de los restos de sus régios antecesores. Sus funerales se celebraron con esplendor sangriento en ambas capitales de su dilatado territorio, y dícese que algunos miles de sus concubinas imperiales, con numerosos empleados de su palacio, manifestaron su dolor ó su supersticion sacrificándole sus vidas, á fin de acompañar á su señor difunto á las brillantes mansiones del Sol (6).

Durante casi cinco años despues de la muerte de Huayna Capac, los hermanos reinaron cada cual en su parte del imperio sin desconfianza uno de otro, ó á lo menos sin hacerse la guerra. Parecia como que iba á quedar completamente satisfecho el deseo de su padre, y que ambos estados iban á mantener sus respectivas integridad é independencia, como si jamas hubiesen estado unidos. Pero con las muchas causas de recelo y de descontento que existian, y con los enjambres de aduladores cortesanos que esperaban medrar fomentando estos sentimientos, fácil era prever que semejante tranquilidad no podia durar mucho. Ni hubiera durado tanto á no ser por el carácter bondadoso de Huascar, que era el único que tenia motivos de queja. Tenia cuatro ó cinco años mas que su hermano, y no cabe duda alguna sobre su valor, pero era un príncipe generoso y pacífico, y quizás si se le hubiera abandonado á sí mismo, se hubiera sometido á un arreglo que, por desagradable que fuese, era la voluntad de su padre que ahora se hallaba en el cielo. Pero Atahuallpa era de temperamento muy distinto; belicoso, ambicioso y atrevido;

(1) *Huascar* en el dialecto quichua, significa *cable*. Es muy singular el motivo que hizo que se aplicase al heredero de la corona. Huayna Capac celebró el nacimiento del príncipe con una fiesta en que hizo bailar á sus nobles agarrados á una cadena de oro macizo. La cadena tenia setecientos pies de largo, y sus eslabones eran casi bastante grandes para abrazar la muñeca del brazo. (Véase Zárate, Conq. del Perú, libro I, cap. XIV.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IX, cap. I.) Este último escritor dice que supo esto por un tio suyo Inca que parece haber sido muy aficionado á lo sobrenatural y maravilloso, aunque no demasiado, segun parece, para los que le escuchaban, pues este cuento ha sido inmediatamente prohijado por casi todos los escritores españoles, tanto de aquel siglo como del que siguió.

(2) «Atabalipa era bien quisto de los capitanes viejos de su padre y de los soldados, porque anduvo en la guerra en su niñez, y porque él en vida le mostró tanto amor que no le dejaba comer otra cosa que lo que él le daba de su plato, Sarmiento, Relacion, MS., capítulo LXVI.

(3) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte I, lib. VIII, capítulo IX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. XII.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. LXV.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 201.

(4) La fecha exacta de este acontecimiento, aunque tan próximo á la conquista, es dudosa. Balboa, contemporáneo de los conquistadores, y que escribió en Quito, donde el Inca murió, la fija en 1525. (Hist. del Perú, cap. XIV.) Velasco, otro habitante del mismo punto, despues de investigar y examinar diferentes relaciones, llega al mismo resultado. (Historia de Quito, tomo I, pág. 232.) El doctor Robertson, despues de decirnos que Huayna Capac, murió en 1529, vuelve á hablar de este acontecimiento como si hubiese ocurrido en 1527. (Conf. América, vol. III, págs. 25, 381.) Los que están acostumbrados á verse confundidos con los enredos cronológicos de los cronistas antiguos, no se sorprenderán al descubrir de cuando en cuando estos errores en un escritor que tienen que tomar á esos cronistas por guias de sus escritos.

(5) No se puede poner en duda la popularidad de este monarca con la parte femenina de sus súbditos, si, como dice el historiador de los Incas, jamas negó á mujer alguna, sea de la edad ó condicion que fuese, cualquier favor que solicitase de él. Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. VII.

(6) Sarmiento, Relacion, MS., cap. LXV.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. XVII.

siempre estaba empeñado en espediciones destinadas á estender los límites de su territorio, aunque su astuta política lo inclinaba á no aumentar sus conquistas en la direccion del pais perteneciente á su régio hermano. Su espíritu inquieto causaba, sin embargo, alguna alarma en la córte del Cuzco, y Huascar por fin, envió un embajador á Atahuallpa para reconvenirlo por su ambicion, y para exigirle que le hiciese pleito homenaje por su reino de Quito.

Esto es segun algunos escritores; segun otros parece que la causa inmediata de la disputa consistió en que Huascar reclamó el territorio de Tumebamba, que poseia su hermano, como parte de su herencia paterna. Importa poco cuál fuese el motivo ostensible de la disputa entre personas colocadas por las circunstancias en tan falsa posicion respectivamente una á otra, que tarde ó temprano la lucha entre ellas era inevitable.

El principio, y en general todo el curso de las hostilidades que no tardaron en estallar entre los dos hermanos, se refieren con increible divergencia, tanto mas estraordinaria, cuanto que estos sucesos ocurrieron poco antes de la invasion de los españoles. Unos dicen que en su primer encuentro con las tropas del Cuzco, Atahuallpa fue derrotado y cayó prisionero cerca de Tumebamba, residencia favorita de su padre en el antiguo territorio de Quito y en el distrito de Cañaris. Recobróse de este desastre escapándose de su encierro, y volviéndose á su capital, donde muy pronto se encontró al frente de un ejército muy numeroso, mandado por los capitanes mas valientes y mas esperimentados del imperio. Las maneras francas del jóven Atahuallpa lo habian hecho muy popular entre los soldados, con los que, como ya hemos visto, habia servido en mas de una campaña durante la vida de su padre. Estas tropas eran la flor del gran ejército del Inca, y algunos habian encanecido en la larga carrera militar de este, que los dejó en el Norte, donde fácilmente trasladaron su obediencia al jóven soberano de Quito. Mandábanlas dos oficiales de mucha consideracion, ambos de gran esperiencia en asuntos militares, y que poseian toda la confianza del último Inca. Uno de ellos se llamaba Quizquiz; el otro, que era tio por parte de madre de Atahuallpa, se llamaba Challcuchima.

Guiado por guerreros de tanta esperiencia, el jóven monarca se puso al frente de su ejército y dirigió su marcha hácia el Sur. Apenas habia llegado á Ambato, como á sesenta millas de su capital, cuando se encontró con un numeroso ejército que contra él enviaba su hermano, bajo las órdenes de un gefe distinguido de la familia Inca. Siguióse un combate sangriento, que duró la mayor parte del dia; y el teatro de esta batalla fue la falda del colosal Chimborazo (1).

Atahuallpa triunfó, y los peruanos fueron derrotados con gran matanza y con pérdida de su gefe. El príncipe de Quito se aprovechó de este triunfo para proseguir su marcha, hasta que llegó á las puertas de Tumebamba, ciudad que, lo mismo que todo el distrito de Cañaris, aunque dependencia antigua de Quito, se habia declarado por su rival en esta lucha. Entrando en la ciudad cautiva como conquistador, pasó á cuchillo á sus habitantes y la arrasó, con todos sus suntuosos edificios, algunos de los cuales habian sido construidos por su padre. La misma guerra de esterminio hizo al atravesar todo el distrito rebelde de Cañaris. En algunos lugares dicen que las mujeres y los niños salian en triste procesion, con palmas en las manos, para implorar su misericordia; pero el vengativo vencedor, sordo á sus ruegos, asoló el pais á sangre y fuego, sin perdonar á hombre alguno capaz de llevar armas que cayese en sus manos (2).

Las desgracias de Cañaris aterraron á los enemigos de Atahuallpa; y todas las ciudades iban abriendo sus puertas al vencedor que marchaba triunfante hácia la capital peruana. Sus armas esperimentaron un lijero reves al frente de la isla de Puná, cuyos intrépidos guerreros defendian la causa de su hermano; y despues de perder algunos dias en este punto, Atahuallpa dejó la lucha en manos de los antiguos enemigos de aquellos, los de Tumbez, que desde el principio se habian adherido á su partido, y siguió su marcha, avanzando hasta Caxamalca, como siete grados al Sur. Aquí se detuvo con un destacamento de sus fuerzas, enviando al cuerpo principal bajo el mando de sus dos generales en línea recta al Cuzco. Preferia no adelantar mas en el territorio enemigo en que una derrota podria serle fatal; y estableciéndose en Caxamalca podia sostener á sus generales en caso de ocurrir un reves, ó en el peor caso posible asegurar su retirada á Quito hasta que estuviese en estado de emprender de nuevo las hostilidades.

Avanzando los dos comandantes á marchas forzadas, llegaron por fin á cruzar el rio Apurimac, y acamparon á corta distancia de la capital del Perú. Entre tanto Huascar no permanecia ocioso. Al recibir noticias de la derrota de su ejército en Ambato, hizo grandes esfuerzos para levantar tropas en todo el pais. Dícese que por consejo de sus sacerdotes, los consejeros menos competentes en época de peligro, determinó esperar á que el enemigo se acercase á su capital; y hasta que este llegó á pocas leguas del Cuzco, el Inca volviendo á consultar á los sacerdotes, no salió á presentarle la batalla.

Los dos ejércitos se avisturon en la llanura de Quipaypan, cerca de la metrópoli india. En cuanto al número de las tropas, hay la acostumbrada divergencia en los escritores; pero las de Atahuallpa tenian una gran superioridad de disciplina y esperiencia, porque una gran parte de las de Huascar se componia de gente bisoña recien reclutada en los alrededores. Ambos ejércitos pelearon sin embargo con la desesperacion del que sabe que juega el todo por el todo. Ya no se disputaba una provincia, sino un imperio. Las tropas de Atahuallpa, embriagadas con sus recientes triunfos, peleaban con la confianza que da la superioridad; mientras que los leales vasallos del Inca daban pruebas de esa lealtad absoluta de hombres que no piensan en su propia vida cuando sirven á su señor.

La batalla duró con el mayor encarnizamiento desde que amaneció hasta el anochecer; y la tierra estaba cubierta de montones de muertos y moribundos cuyos huesos quedaban aun sobre el campo de batalla mucho despues de la conquista de los españoles. Por fin la fortuna se declaró en favor de Atahuallpa, ó

(1) Garcilasso sostiene que no hubo mas que insignificantes escaramuzas antes de la accion decisiva en las llanuras del Cuzco. Pero el licenciado Sarmiento que, segun nos dice, recogió la historia de estos acontecimientos de boca de los que tuvieron parte en ellos, recorrió el campo de batalla de Ambato cuando aun estaba la tierra cubierta con los huesos de los muertos. «Yo he pasado por este pueblo y he visto el lugar donde dicen que esta batalla se dió, y cierto segun hai la osamente debieron aun de morir mas gente de lo que cuentan.» Relacion, MS., cap. LXIX.

(2) «Cuentan muchos indios á quien yo lo oí, que por amansar su ira, mandaron á un escuadron grande de niños y á otro de hombres de toda edad, que saliesen hasta las ricas andas donde venia con gran pompa, llevando en las manos ramos verdes y hojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo, sin mirar la injuria pasada, y que en tantos clamores se lo suplicaron y con tanta humildad, que bastara á quebrantar corazones de piedra; mas poca impresion hicieron en el cruel Atabalipa, porque dicen que mandó á sus capitanes y gentes que matasen á todos aquellos que habian venido, lo cual fue hecho, no perdonando sino á algunos niños y á las mujeres sagradas del templo.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. LXX.

mas bien se obtuvieron los acostumbrados resultados de la disciplina superior y de la esperiencia. Las filas del Inca cedieron por todos lados, y se introdujo en ellas el mas espantoso desórden. Los vencedores persiguieron de cerca á los fugitivos. Huascar mismo entre estos trató de escaparse con unos mil hombres que permanecian alrededor de su persona. Pero el real fugitivo fue descubierto antes que abandonase el campo, su pequeña falanje fue envuelta por un número infinito de adversarios, y casi todos los que la componian perecieron defendiendo al Inca. Huascar fue hecho prisionero, y los victoriosos gefes marcharon al instante á su capital, de que tomaron posesion en nombre de su soberano (1).

Estos sucesos ocurrian en la primavera de 1532, pocos meses antes que desembarcasen los españoles. Las noticias de su triunfo y de la prision de su desgraciado hermano, llegaron á oidos de Atahuallpa en Caxamalca. Al instante dió órden para que se tratase á Huascar con el respeto debido á su rango, pero que se le trasladase á la gran fortaleza de Xauxa y que fuese estrictamente guardado allí. Pero no terminaron aquí sus órdenes, si hemos de creer lo que dice Garcilasso de la Vega, que era de la raza Inca, y sobrino por parte de madre del gran Huayna Capac.

Segun este autor, Atahuallpa invitó á todos los nobles Incas esparcidos por todo el pais, á que se reuniesen en el Cuzco, á fin de deliberar sobre los medios mas oportunos para dividir el imperio entre él y su hermano. Cuando estuvieron reunidos en la capital, los rodeó la soldadesca de Quito, y fueron todos asesinados sin compasion. El objeto de este pérfido crímen fue esterminar toda la real familia, cada uno de cuyos individuos podia probar mejor derecho á la corona que el ilegítimo Atahuallpa. Pero no paró aquí la matanza. Los hijos ilegítimos como él, hermanos de padre del mónstruo, todos en fin los que tenian sangre inca en las venas, fueron esterminados: y con un apetito sanguinario, sin ejemplo ni aun en los anales del imperio romano ó de la república francesa, hizo matar á todas las mujeres de la familia real, sus tias, sobrinas y primas, y esto con los mas crueles y refinados tormentos. Para aumentar la satisfaccion que le inspiraban las ejecuciones, muchas de ellas se verificaron en presencia del mismo Huascar á quien se obligó así á ser testigo del asesinato de sus propias mujeres y hermanas, que en su dolor y en su agonía le suplicaban en vano que las protegiese (2).

Esto es á lo que se refiere el historiador de los Incas, fiado, segun nos asegura, en lo que le contaron su madre y su tio, quienes siendo niños en aquella época, tuvieron la dicha de hallarse entre los pocos que se libraron de la matanza general de su familia (3); y tal es la relacion que han repetido posteriormente muchos escritores castellanos sin vacilar en lo mas mínimo. Pero un tejido de atrocidades de esta especie sin provocacion por parte de las víctimas, es demasiado repugnante á los principios de la naturaleza humana, y hasta al sentido comun, para que les demos crédito sin mas seguridad que el dicho de Garcilasso.

Los anales de las naciones semi-civilizadas prueban por desgracia que mas de una vez se ha tratado de estinguir por estos medios una raza odiada, que habia escitado los celos de un tirano; aunque semejante tentativa es tan quimérica casi como lo seria la de estirpar alguna planta particular, cuyas semillas han sido trasportadas á todos los rincones del pais en alas del viento. Pero si realmente trató Atahuallpa de esterminar la raza Inca, ¿cómo es que el mismo historiador confiesa que setenta años despues de la supuesta matanza existian cerca de seiscientos descendientes de la raza pura por cuyas venas corria la sangre real (4)? ¿Por qué esta matanza, en lugar de ceñirse á las ramas legítimas del tronco real, que tenian mas derechos á la corona que el usurpador, se estendió á todos los que estuviesen enlazados con él, aun en el grado mas remoto? ¿Por qué incluyó á las ancianas y á las doncellas, y por qué se las sometió á tormentos tan refinados y supérfluos, cuando es evidente que unos seres tan impotentes nada podrian hacer que escitasen los celos del tirano? ¿Por qué, cuando se sacrificaron tantos á una vaga aprension de riesgo futuro, se dejó vivir á su rival Huascar y á su hermano menor Manco Capac, los dos hombres de quienes mas tenia que temer el vencedor? ¿Por qué en fin, ninguno de los que escribieron medio siglo antes que Garcilasso refieren suceso semejante (5)?

Que Atahuallpa cometiese escesos, y abusase de los derechos de la conquista por medio de algunos actos gratuitos de crueldad, es fácil de creer, porque ninguno que recuerde la conducta que observó en Cañaris, que sus apologistas mismos no niegan (6), podrá dudar que tenia su parte completa de aquel espíritu vengativo que pertenece á

Esos hijos del Sol, almas de fuego,
Para quienes virtud es la venganza.

Pero hay una gran diferencia entre estos y las atrocidades monstruosas y sin provocacion que se le imputan, y que indicarian una naturaleza diabólica, que no podemos aceptar bajo la palabra de un hombre de partido indio, enemigo mortal de su familia, y cuya relacion ha sido repetida por algunos cronistas españoles, quienes exagerando naturalmente las atrocidades de Atahuallpa, tratan de paliar algun tanto la conducta cruel que con él observaron sus compatriotas europeos.

(1) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXVII.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo IX.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 202.—Zárate, Conquista del Perú, lib. I, cap. XII.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. CXX.—Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XXXV—XXXIX.

«A las mujeres, hermanas, tias, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahuallpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron: á unas colgaron de los cabellos, á otras por debajo de los brazos, y á otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos; teníanlos hasta que se les caian y aporreaban.» (Ibid., cap. XXXVII.) Esta variedad en torturas indica invencion en el autor, ó mas probablemente en su tio, el Inca viejo, que le referiria sin duda estas carnicerías dignas de Barba-azul.

(3) «Las crueldades que Atahuallpa en los de la sangre real hizo, diré de relacion de mi madre, y de un hermano suyo, que se llamó don Fernando Hualipa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de diez años.» Ibid., parte I, lib. IX, cap. XIV.

(4) Esto resulta de una peticion en que solicitaban ciertas inmunidades, remitida á España en 1603, y firmada por quinientos sesenta y siete indios de la raza real de los Incas. (Ibid., parte III, lib. IX, cap. XI.) Oviedo dice que Huayna Capac dejó cien hijos é hijas, y que la mayor parte de ellos vivian aun cuando él escribia. Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IX.

(5) En vano he buscado alguna confirmacion de este cuento en Oviedo, Sarmiento, Xerez, Cieza de Leon, Zárate Pedro Pizarro, Gomara, que todos vivian en aquella época, y tenian á su disposicion todos los medios posibles de averiguar la verdad; y todos, debemos añadir, estaban dispuestos á hacer severa justicia á las malas propensiones del monarca indio.

(6) Ninguno de los apologistas de Atahuallpa se atreve á tanto como el padre Velasco, que en el entusiasmo de su lealtad póstuma al monarca de Quito, llega á considerar la matanza de los Cañaris como un castigo muy justo de sus delitos. «Si los autores de que acabo de hablar se hubieran visto en las mismas circunstancias de Atahuallpa, y hubieran sufrido tantas ofensas y traiciones, no creo que hubieran obrado de otra manera.» Hist. de Quito, tomo I, pág. 253.

La noticia de la gran victoria llegó muy pronto á Caxamalca; y grande y ruidosa fue la alegría que produjo, no solo en el campamento de Atahuallpa sino en la ciudad y en sus alrededores; porque todos acudian ahora á porfía á congratular al vencedor y á prestarle homenaje. El príncipe de Quito no vaciló ya en tomar la borla encarnada, diadema de los Incas. Su triunfo era completo. Habia vencido á sus enemigos en su propio territorio; se habia apoderado de su capital; habia humillado á su rival, y conquistado el antiguo cetro de los hijos del Sol. Pero la hora de su triunfo estaba destinada á ser la de su mayor humillacion. Atahuallpa no tenia el don de profeta, y no habia leido lo que estaba escrito en el cielo. El pequeño punto que el ojo perspicaz de su padre habia descubierto en los remotos límites del horizonte, aunque poco visible para Atahuallpa, que estaba empeñado en una lucha mortal con su hermano, se habia levantado ya hasta el zenit, estendiéndose mas y mas hasta que envolvió en su oscuridad á todo el firmamento, y preparándose á estallar en truenos y relámpagos sobre la desgraciada nacion.

CAPITULO III.

Los españoles desembarcan en Tumbez.—Pizarro reconoce el pais.—Fundacion de San Miguel.—Marcha á lo interior.—Embajada del Inca.—Aventuras del viaje.—Llegada al pie de los Andes.

1532.

Dejamos á los españoles en la isla de Puná, preparándose á desembarcar en el vecino continente por parte de Tumbez. Este puerto estaba á pocas leguas de distancia, y Pizarro, con la mayor parte de los suyos, hizo la travesía en sus bosques, mientras que algunos pocos se quedaron detras para trasportar los equipajes del gefe y los pertrechos militares en algunas de las balsas de los indios. Una de estas embarcaciones que primero tocó en tierra, fue rodeada por los indígenas, y tres personas que en ella se hallaban fueron arrebatadas á los vecinos bosques y asesinadas allí. Los indios se apoderaron en seguida de otra de las balsas que contenia el equipaje personal de Pizarro; pero como los hombres que la defendian pedian á gritos socorro, llegaron estos á oidos de Hernando Pizarro, que con unos cuantos ginetes habia desembarcado cerca de aquel punto. Entre el lugar donde este se hallaba y aquel en que estaba la partida atacada tan vigorosamente por los indios, mediaba un ancho trozo de tierra pantanosa. La marea estaba baja, y el fondo era blando y peligroso. Pero olvidándose de todos los peligros, el valiente caballero metió espuelas á su caballo, y penetrando con los suyos en la fangosa profundidad, con el fango hasta las sillas, echaron á correr, hasta que cayeron en medio de los enemigos, que aterrados por la estraña aparicion de los ginetes, huyeron con precipitacion y sin la mas leve resistencia á los bosques.

No es fácil esplicar esta conducta por parte de los naturales de Tumbez, considerando las amistosas relaciones que tuvieron con los españoles en su visita anterior, renovadas posteriormente en la Puná. Pero mayor fue el asombro de Pizarro cuando al entrar en la ciudad la encontró no solamente desierta, sino, con la escepcion de unos pocos edificios, enteramente destruida. Cuatro ó cinco de las casas particulares mas fuertes, el gran templo y la fortaleza, y estas muy deterioradas y sin vestigios de sus adornos interiores, era lo único que existia para indicar el punto donde la ciudad estuvo, y para dar testimonio de su antiguo esplendor (1). Esta lúgubre escena llenó de desaliento á los conquistadores; porque hasta los nuevos reclutas, que jamas habian estado en esta costa, habian oido referir los cuentos maravillosos de los tesoros de Tumbez, y abrigaban la seguridad de encontrar aquí ricos despojos que los recompensasen de sus fatigas. Pero el oro del Perú se asemejaba á un fantasma engañador, que despues de hacerse seguir por los conquistadores al traves de trabajos y padecimientos, desaparecia en cuanto estos querian abrazarlo.

Pizarro despachó una corta partida en persecucion de los fugitivos; y despues de algunas ligeras escaramuzas se apoderó esta de algunos de los naturales, entre los cuales la casualidad quiso que se hallase el curaca del lugar. Traido ante la presencia de Pizarro, negó haber tenido participacion alguna en las hostilidades que habian sufrido los blancos, atribuyéndolas á una fraccion rebelde de su pueblo, y manifestando sus deseos de entregar á los criminales á la justicia de los conquistadores si podian ser habidos. Esplicó el desmantelamiento de la ciudad por las largas guerras que habia tenido con las tribus feroces de Puná, que al fin habian logrado apoderarse de ella, obligando á los habitantes á refugiarse en los bosques y montañas. El Inca, cuya causa defendian, estaba demasiado ocupado con sus propias guerras para defenderlos de sus enemigos.

No sabemos si Pizarro creyó lo que el cacique dijo en su defensa. Sin embargo, disimuló sus sospechas, y como el señor indio prometió obediencia en su nombre y en el de sus vasallos, el general español consintió en que no se volviese á hablar de este negocio. Parece que en esta ocasion conoció por vez primera la necesidad de atraerse el amor del pueblo en cuyo territorio habia penetrado á pesar de la inmensa desproporcion numérica. Quizas los escesos que habian cometido los españoles en los primeros pasos de la espedicion, fueron causa de que perdiese el pueblo de Tumbez la confianza que tenia en ellos, y lo que les incitó á estas traidoras represalias.

Pizarro preguntó á los naturales que ahora, bajo promesa de impunidad, venian al campamento, qué habia sido de los dos españoles que entre ellos dejó en su espedicion primera. Las repuestas que le dieron fueron oscuras y contradictorias. Algunos decian que habian muerto de una enfermedad epidémica; otros que habian perecido en la guerra con los de la Puná; y otros por fin indicaron que habian perdido la vida de resultas de un ultraje hecho á las mujeres indias. Fue imposible averiguar la verdad; pero lo último no era lo menos probable. Sin embargo, sea cual fuere la causa, lo cierto es que habian perecido.

Esta noticia aumentó el desaliento de los españoles, que no pudo disiparse ni con las brillantes pinturas que les hicieron los indígenas de la riqueza del pais, y del esplendor y magnificencia del soberano en su remota capital mas allá de las montañas. Ni fue posible convencerlos de la autenticidad de un pedazo de papel escrito que entregó á Pizarro un indio á quien se lo habia dado uno de los dos españoles que se quedaron en el pais. «Sea quien fuere, decia el escrito, el que desembarque en este pais, sepa que contiene mas plata y oro que hierro hay en Vizcaya.» Cuando se enseñó este papel á los soldados, dió pábulo á sus burlas solamente, porque creyeron que era una ingeniosa invencion de su capitan destinada á alimentar el fuego de sus esperanzas quiméricas (2).

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 185, «Aunque lo del templo del Sol en que ellos adoran era cosa de ver, porque tenian grandes edificios, y todo él por dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores, porque los hay en aquella tierra.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(2) En cuanto á todo lo ocurrido en Tumbez, véase Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.—Relacion

Pizarro vió ahora que no convenia á sus planes permanecer mas tiempo en este lugar, en que el ocio fomentaria el descontento en sus filas, á menos que no se estimulasen los ánimos con la novedad ó con una vida de actividad incesante. Sin embargo, deseaba adquirir noticias mas positivas que las que habia recogido hasta entonces sobre la condicion actual del imperio peruano, sobre sus fuerzas y recursos, sobre el monarca que reinaba en él, y sobre la presente situacion de este. Tambien deseaba, antes de adoptar medida decisiva alguna para penetrar en el pais, encontrar algun lugar oportuno para fundar una colonia, que le proporcionase un medio para sostener relaciones constantes con Panamá, y un lugar seguro á que él mismo pudiera retirarse en caso de derrota.

Resolvio, pues, dejar parte de sus fuerzas en Tumbez, incluyendo á los que por el estado de su salud eran menos aptos para soportar las fatigas de la campaña, y con el resto hacer una escursion á lo interior y reconocer el pais antes de formar su plan de operaciones. Salió con este fin á principios de mayo de 1532, y caminando él por la region mas llana, envió al mismo tiempo un corto destacamento á las órdenes de Hernando de Soto á esplotar las faldas de la vasta sierra.

Conservó durante toda esta marcha una disciplina severa, mandando á sus soldados que se abstuviesen de toda agresion, y castigando la desobediencia de la manera mas rápida y vigorosa (1). Los indígenas pocas veces hacian resistencia. Cuando lo intentaban, pronto se les sometia, y Pizarro lejos de adoptar medidas vengativas, aceptaba gustoso las primeras demostraciones de la sumision. Con esta política liberal y tolerante, pronto adquirió entre los habitantes fama que borró la impresion desagradable producida por las primeras operaciones de la espedicion. Al atravesar los poblados caseríos que cubrian la region llana que media entre la cordillera del Océano, los indígenas lo recibian con rústica hospitalidad, y proporcionaban á sus tropas buenos alojamientos y provisiones abundantes, que costaban poco en el prolífico suelo de la *tierra caliente*. Por todas partes hacia proclamar Pizarro que venia en nombre del santo vicario de Dios y del soberano de España, exigiendo la obediencia de los habitantes para convertirse en verdaderos hijos de la Iglesia, y en vasallos de su amo y señor. Y como el pueblo sencillo no se oponia en lo mas mínimo á una fórmula de que no comprendian una sola sílaba, se les reconocia como fieles súbditos de la corona de Castilla, y se consignaba su sumision, ó lo que fácilmente se consideraba como tal, con todos los requisitos legales (2).

Despues de invertir tres ó cuatro semanas en reconocer el pais, Pizarro creyó que el punto mas conveniente para establecer su nueva colonia, era el rico valle de Tangarala, á treinta leguas al Sur de Tumbez, cruzado por mas de una corriente que abre comunicacion con el Océano. A este punto mandó pues que fuera por mar la gente que en Tumbez habia dejado; y en cuanto llegó, empezaron á hacerse preparativos sumamente activos para edificar la ciudad de una manera conveniente á las necesidades de la colonia. Procuróse madera de los próximos bosques. Sacáronse piedras de las canteras, y poco á poco se vieron crecer los edificios, algunos de los cuales, si no aspiraban á la elegancia, eran cuando menos sólidos. Entre otros se construyó una iglesia, un almacen para los efectos públicos, una sala de justicia, y una fortaleza. Organizóse un ayuntamiento, que consistia, de regidores, alcaldes y los acostumbrados empleados municipales. Repartióse el territorio adyacente entre los pobladores, y á cada colono se le señaló cierto número de indígenas para que lo ayudasen en sus trabajos; porque como dice el secretario de Pizarro, los vecinos, sin ayuda y servicios de los naturales, no se podian sostener, ni poblarse el pueblo... A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales, que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el gobernador depositó los caciques é indios en los vecinos de este pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fé, conforme á los mandamientos de Su Magestad (3).

Habiendo adoptado todas estas disposiciones con tan benévola solicitud por el bien estar de los que aun yacian en las tinieblas del paganismo, Pizarro dió á su ciudad naciente el nombre de San Miguel, en reconocimiento del singular servicio que le habia hecho ese santo en sus batallas con los indios de la Puná. Posteriormente se descubrió que era tan malsano el punto que se habia escogido para fundar la ciudad, que se abandonó por otro mas saludable en las márgenes del hermoso Piura. Esta ciudad conserva aun alguna importancia por sus manufacturas, aunque está muy decaida de su antiguo esplendor; pero el nombre de San Miguel de Piura que lleva, recuerda aun la fundacion de la primera colonia europea en el imperio de los Incas.

Antes de abandonar la nueva colonia para emprender su espedicion, mandó Pizarro fundir todos los adornos de oro y plata que habia recogido en diferentes puntos del pais, formando de todo ello una masa, de la cual se dedujo la quinta parte para la corona. El resto pertenecia á las tropas, pero él las convencia que debian abandonarlo por ahora, prometiendo que se lo indemnizarian con los primeros despojos que cayesen en sus manos (4). Con estos fondos y otros objetos recogidos en el curso de la campaña, volvió á enviar sus buques á Panamá. El oro se aplicó al pago de los propietarios de los buques y de los que habian provisto de víveres á la espedicion. El haber persuadido tan fácilmente á su gente á que abandonase la posesion presente por las contingencias futuras, prueba que el espíritu de empresa habia vuelto á retoñar entre los aventureros, y que volvian á confiar plenamente en los resultados.

En su última marcha, el comandante español habia recogido datos muy importantes sobre el estado del reino. Habia sabido el éxito á la lucha entre los hermanos Incas, y que el vencedor se encontraba por entonces acampado con su ejército á la distancia tan

del primer descub., MS.—Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. IX, cap. II.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 185.

(1) «Mandó el gobernador por pregon é so graves penas que no les fuese hecha fuerza ni descortesía, é que se les hiciese muy bien tratamiento por los españoles é sus criados.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capitulo II.

(2) «E mandábales notificar ó dar á entender con los lenguas el requerimiento que Su Magestad mandaba que se les haga á los indios para traellos en conocimiento de nuestra santa fé católica, y requiriéndoles con la paz, é que obedezcan á la Iglesia apostólica de Roma, é en lo temporal den la obediencia á Su Magestad é á los reyes sus sucesores en los reynos de Castilla y de Leon; respondieron que así lo querian é harian, guardarian é cumplirian enteramente: é el gobernador los recibió por tales vasallos de Sus Magestades por auto público de notarios.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

(3) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 187.

Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. y Pob. del Perú, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LV.—Relacion del primer descub., MS.

(4) «E sacado el quinto para Su Magestad, lo restante que perteneció al ejército de la conquista, el gobernador lo tomó prestado de los compañeros para se lo pagar del primero oro que se hobiere.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS, parte III, libro VIII, cap. II.

solo de diez ó doce dias de marcha de San Miguel. Lo que se le refirió de la opulencia y poder de aquel monarca y de su gran capital del Sur, correspondia perfectamente con los rumores que antes se habian recibido; y contenia por tanto una parte que hacia vacilar la confianza de los invasores, y otra que estimulaba su sed de oro.

Pizarro hubiera visto con gusto llegar un refuerzo para su pequeño ejército, por pequeño que fuese; y por esta razon retardó su espedicion durante varias semanas. Pero no llegaba refuerzo alguno; y como no recibia noticia de sus sócios, creyó que mayor dilacion seria probablemente mas peligrosa que cualquier riesgo que pudiese encontrar en su marcha, que la inaccion enjendraria el descontento, y que la fuerza y el espíritu del soldado se agotarian bajo la influencia enervadora de un clima de los trópicos. Sin embargo la fuerza que mandaba, y que en todo subia á menos de doscientos hombres, despues de dejar cincuenta para guarnicion de la nueva colonia, parecia demasiado insignificante para la conquista de un imperio. Verdad es que bien hubiera podido, en lugar de marchar contra el Inca, dirigirse hácia el Sur á la rica capital del Cuzco. Pero esto no hubiera sido mas que retardar algun tanto el momento decisivo. Porque ¿en qué punto del imperio podia esperar poner el pié, sin que en él lo alcanzase el brazo de su dueño? Con semejante conducta, ademas hubiera probado que no confiaba en sí mismo. Hubiera desvirtuado esa creencia en su valor invencible que hasta entonces habia tratado de infundir en los naturales, y que era uno de los grandes resortes secretos de su poder, poder que sometia mas enérjicamente á la opinion que el simple espectáculo del número y la aplicacion de la fuerza física. Y lo peor de todo seria que semejante conducta hubiera disminuido la confianza que en él y en sí mismas tenian sus tropas. Esto hubiera sido paralizar el brazo derecho de la empresa, y no se debia pensar en ello.

Pero al paso que Pizarro habia resuelto marchar hácia lo interior, es dudoso que tuviese un plan bien combinado y definitivo de operaciones. En esta época tan remota de la suya, no tenemos datos para averiguar sus intenciones, á no ser los que se deducen de sus hechos. Por desgracia no sabia escribir, y no ha dejado historia alguna que nos dé luz en cuanto á sus motivos, como los inapreciables comentarios de Cortés. Su secretario y algunos de sus compañeros de armas, han referido sus hazañas como pormenores; pero no tenian medios de descubrir los motivos que lo conducian á ellas.

Es posible que el general español, aun desde los primeros dias de su residencia en San Miguel, meditase algun golpe de mano atrevido y ventajoso, que, como el de Cortés cuando se llevó á su cuartel al monarca Azteca, llenase de terror al pueblo, é inclinase de una vez la balanza en su favor. Sin embargo mas probable es que por ahora solo pensase presentarse al Inca, como representante pacífico de otro monarca, y desarmar por medio de estas demostraciones amistosas cualquier sentimiento de hostilidad y aun de sospecha. Hallándose una vez en contacto con el príncipe indio, las circunstancias servirian de norma á su conducta.

El 24 de setiembre de 1532, cinco meses despues de haber desembarcado en Tumbez, Pizarro salió al frente de su pequeña falange de aventureros por las puertas de San Miguel, habiendo dejado mandado á los colonos que tratasen á sus vasallos indios con humanidad, y que se portasen de modo que se atrajesen la buena voluntad de las vecinas tríbus. Su propia existencia, y con ella la seguridad del ejército y el buen éxito de la empresa, de esto dependia. En San Miguel debian quedarse el tesorero real, el veedor, y otros oficiales de la corona; y el mando de la guarnicion se confió al contador Antonio Navarro (1). Poniéndose en seguida al frente de sus tropas, penetró audazmente en el corazon del pais, en la direccion que lo habia de conducir, segun le habian dicho, al campamento del Inca. Atrevida empresa era por cierto aventurarse así con un puñado de combatientes á penetrar en el corazon de un poderoso imperio, presentarse cara á cara ante el monarca peruano en su campamento mismo, rodeado por la flor de su ejército victorioso. Pizarro habia esperimentado ya mas de una vez cuán difícil era contrarestar las tríbus salvajes del Norte, tan inferiores en número y fuerza á las legiones disciplinadas del Perú. Pero lo peligroso del juego, lo imprevisto de los resultados, eran, como repetidas veces lo he observado, las circunstancias que constituian la mayor parte de su mérito á los ojos del español. Las brillantes hazañas de sus compatriotas en circunstancias análogas, con tan escasos medios, le inspiraban confianza en su buena estrella, y esta confianza era ya una gran garantía de buen éxito. Si hubiera vacilado un solo instante; si se hubiera detenido á calcular las probabilidades, hubiera perdido su causa irremisiblemente; porque la desproporcion era demasiado gigantesca para luchar con ella racionalmente. Lo único que la podia vencer era el espíritu caballeresco.

Despues de cruzar las mansas aguas del Piura, el pequeño ejército siguió marchando por una region llana, cortada de cuando en cuando por arroyos que bajaban de la cordillera. El pais estaba cubierto en parte por bosques compuestos por árboles gigantescos, y atravesado en otras por cadenas de montecillos estériles que parecian como las raices de los Andos, y que dividian á esta region en valles retirados, de singular hermosura. El suelo, aunque pocas veces lo regaba el agua de las nubes, era naturalmente rico y donde quiera que habia humedad, como en las márgenes de los arroyos, estaba esmaltado con el verde mas brillante. Ademas, la industria de los habitantes habia sacado el mayor partido posible de estos arroyos, y veíanse en todas direcciones los canales y acueductos que cruzaban la parte baja, como una inmensa red, y que esparcian por todas partes la fertilidad y la hermosura. Inundaban el aire los olores mas gratos, que despedian las flores, y por todas partes se deleitaba la vista con el espectáculo de huertas, llenas de árboles frutales desconocidos y de campos cubiertos de amarillo grano y de ricos vegetales de toda especie que abundan en los ardientes climas del Ecuador. Los españoles se encontraban en medio de una nacion que habia perfeccionado la agricultura hasta un punto muy superior á todo lo que hasta entonces se habia visto en el continente americano; y al atravesar este paraiso de abundancia, su condicion formaba un agradable contraste con lo que antes habian sufrido en la triste soledad de los bosques.

Por todas partes tambien fueron recibidos con hospitalidad y confianza por los sencillos habitantes; lo que sin duda debian en gran parte á su inofensiva conducta. Cada español parecia saber perfectamente que su única esperanza de triunfo consistia en conciliarse la buena opinion de los habitantes, entre los cuales se habian lanzado con tan poca reflexion. En casi todos los pueblos, y toda ciudad algo grande, siempre encontraban alguna fortaleza ó posada real destinada para los viajes del Inca, cuyos ámplios salones ofrecian alojamiento sobrado para las tropas, á espensas del mismo gobierno que iban á derribar (2).

Al quinto dia despues de haber salido de San Mi-

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 187. —Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. X.

(2) Oviedo, Hist. de las Indias, MS. parte III, lib. VIII, cap. IV.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Conq. y Poblacion del Perú, MS.—Relacion de primer descubrimiento, MS.

guel, Pizarro hizo alto en uno de esos valles deliciosos para dar descanso á sus tropas, y para pasarles una revista. Su número subia en todo á ciento setenta y siete hombres, de los cuales setenta y siete eran de caballería. En todo su ejército no habia mas que tres arcabuceros, y algunos ballesteros, que en todo no pasaban de veinte hombres (1). Las tropas estaban regularmente equipadas y en buen estado. Pero el ojo vigilante del gefe observó con inquietud que á pesar del entusiasmo general que manifestaban los suyos por la causa, algunos habia entre ellos en quienes fermentaba ya el descontento, y que aunque aun no lo manifestaban abiertamente, estaban lejos de dar pruebas de su acostumbrada actividad. Conoció que si se propagaba esta peligrosa influencia, seria la ruina de la espedicion, y determinó esterminar la gangrena de una vez, á cualquier costa, antes que inficionase todo el sistema. Con este objeto adoptó una resolucion estraordinaria.

Reuniendo sus soldados, les dijo que sus negocios habian llegado ya á un período de crísis que exigia la aplicacion de todo su valor para vencerla. Que ningun hombre debia pensar en proseguir la espedicion, si no pensaba hacerlo con todo su corazon, ó si abrigaba la mas leve duda de su buen éxito. Que si alguno se arrepentia de haber tomado parte en ella, no era aun demasiado tarde para que se volviese. Que San Miguel tenia una guarnicion muy corta, y que no estaria de mas reforzarla. Que por fin los que quisiesen podian volverse á esta colonia, donde tendrian derecho á la misma cantidad de tierra y de vasallos indios que se habian repartido á los nuevos pobladores; pero que él por su parte, ya fuesen muchos ó pocos los que se atraviesen á seguirlo, proseguiria la aventura hasta llevarla á cabo (2).

Ciertamente esta era una propuesta muy notable en boca de un gefe que ignoraba hasta qué punto hubiese cundido el descontento en sus filas, y que no podia desprenderse de un solo hombre de sus fuerzas, demasiado escasas ya para la empresa que acometian. Sin embargo insistiendo en las necesidades de la pequeña colonia de San Miguel, ofreció un pretesto decente á los descontentos para que se separasen, é hizo desaparecer el obstáculo de la vergüenza y el pundonor que aun podia obligarles á permanecer en su campo. Pero á pesar de la libertad ofrecida de este modo, pocos fueron, en todos nueve, los que se aprovecharon del permiso del general. Cuatro de estos eran infantes y cinco de caballería. Todos los demas declararon enérgicamente que estaban resueltos á seguir á su intrépido capitan; y si se notaban algunas voces mas débiles que otras en las aclamaciones generales, estas á lo menos habian perdido el derecho de quejarse en adelante, ya que voluntariamente habian renunciado á la retirada que se les ofrecia (3). El golpe del sagaz capitan produjo los mejores efectos. Con él arrancó los pocos gérmenes de descontento que existian, y que pudieran haber fermentado en secreto hasta que toda la masa se hubiera inficionado con el espíritu de sedicion. Cortés habia forzado á los hombres á marchar con decision, quemando sus naves, y cortando así los únicos medios de retirada posibles. Pizarro, por otra parte abrió la puerta á los descontentos y facilitó su separacion. Ambos juzgaron con exactitud en sus respectivas y peculiares circunstancias, y ambos obtuvieron el éxito mas feliz.

Sintiéndose mas fuerte, que no debilitado, con su pérdida, Pizarro volvió á emprender su marcha, y al segundo dia llegó á un pueblo llamado Zaran, colocado en un rico valle en medio de las montañas. Algunos de sus habitantes habian sido reclutados para aumentar el ejército de Atahuallpa. Durante su marcha los españoles tuvieron repetidas pruebas de lo opresor del sistema del Inca, que habia casi despoblado algunos de los valles para reforzar su ejército. El curaca de la ciudad india á que llegó Pizarro, lo recibió con bondad y hospitalidad, y las tropas, segun costumbre, encontraron sobrado alojamiento en uno de los tambos reales que habia en los lugares principales (4).

Sin embargo los españoles no descubrian señal alguna que les indicase su aproximacion al campamento real, aunque ya habia pasado mas tiempo del que al principio se creyó necesario para llegar á él. Poco antes de entrar en Zaran, Pizarro habia oido decir que existia una guarnicion peruana en un lugar llamado Caxas, situado entre las montañas, y no muy distante del punto que ocupaba ahora. Inmediatamente despachó un pequeño destacamento hácia aquella direccion, bajo las órdenes de Hernando de Soto, para que reconociese el terreno, y le tragese noticias sobre el estado de las cosas, mientras que él lo esperaria en Zaran con el grueso de las fuerzas.

Pasaron dias y hasta una semana entera sin recibir noticias de Hernando de Soto, y por fin empezaba Pizarro á alarmarse seriamente cuando en la mañana del octavo dia volvió Soto trayendo consigo un embajador del Inca. Este era un personage de alto rango y lo acompañaban varios de inferior condicion. Habia encontrado á los españoles en Caxas, y ahora volvia con ellos, para desempeñar la comision de su soberano y entregar un regalo de este al gefe español. El presente consistia en dos fuentes de piedra hechas en forma de fortaleza, en algunos tegidos de lana muy finos, bordados de oro y plata, y unos patos secos de una clase particular que pulverizados los usaban los nobles peruanos como perfume (5). El embajador indio estaba encargado tambien de saludar á los españoles en nombre de su amo, quien los invitaba á irlo á ver en su campamento de las montañas (6).

Pizarro comprendió muy bien que el objeto del Inca al enviarle esta visita diplomática mas que honrarlo era averiguar la fuerza y condicion de los invasores. Pero agradábale mucho la embajada, y disimu-

(1) Hay menos divergencia entre los autores en este número que los de otros acontecimientos. La escasez de los hombres daba menos lugar á la duda. Ningun escritor dice llegasen á doscientos. Yo he adoptado el del secretario Xerez (Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 187), á quien sigue Oviedo (Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. I, capítulo III), y el juicioso Herrera (Hist. general, dec. V, lib. I, cap. II).

(2) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. III.

(3) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., loc. cit.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. I, cap. II.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 187.

(4) Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(5) «Dos fortalezas, á manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos, desollados, para que hechos polvo se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra: y que le enviaba á decir que él tiene voluntad de su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 189.

(6) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. III.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 189.

Garcilasso, nos dice que el enviado de Atahuallpa habló á Pizarro de la manera mas humilde, llamándole hijo del Sol y del gran Dios Viracocha. Añade que venia cargado con una asombrosa cantidad de presentes, de toda clase de caza, viva y muerta, de vasos de plata y oro, de esmeraldas, turquesas, etc., etc.; todo lo necesario para componer el capítulo mas brillante de las mil y una noches. (Com. Real, parte II, lib. I, cap. XIX.) Es muy raro que ninguno de los conquistadores haga la menor alusion á esto; y eso que estaban muy alerta en tratándose de semejantes bocados. No puede dejarse de sospechar que el tio viejo se burlaba á espensas de su sobrino; y, como despues se ha visto, á espensas de casi todos los lectores, que reciben como si fueran hechos históricos los cuentos de hadas del Inca.

ló el conocimiento que tenia de su verdadero fin. Mandó que se tratase al peruano lo mejor posible, y le manifestó toda la deferencia, dice uno de los conquistadores, que se debia al embajador de tan gran monarca (1). Pizarro le rogó que prolongase su visita durante algunos dias; pero el embajador no accedió á esta demanda, y aprovechó el tiempo de su permanencia lo mejor que pudo recogiendo noticias sobre el uso de todos los objetos estraños que veia, como igualmente sobre lo que se proponian los blancos al visitar el pais, y el punto de donde venian.

El capitan español satisfizo su curiosidad en todas estas materias. Las relaciones con los naturales, debemos recordarlo, se mantenian por medio de los dos jóvenes que habian acompañado á los conquistadores cuando estos volvieron del viaje anterior. Pizarro se los habia llevado á España, y como se habia esmerado mucho en hacerles aprender el castellano, servian ahora de intérpretes, y por su medio se entendian perfectamente los españoles con los indígenas. Sus servicios fueron de la mayor utilidad, y el gefe español recogió los mejores frutos de su prevision (2).

Al marcharse el mensajero peruano, Pizarro le regaló un gorro de paño encarnado, algunas bagatelas de vidrio y otros juguetes que con este objeto habia traido de Castilla. Encargó al enviado que digese á su señor que los españoles eran súbditos de un príncipe poderoso que residia mas allá del mar; que habian oido hablar mucho de la fama de las victorias de Atahuallpa, y venian á tributarle respeto y á ofrecerle sus servicios auxiliándolo con sus armas contra sus enemigos; y por fin que le asegurase que no se detendrian en el camino mas de lo necesario, antes de comparecer ante él.

Pizarro recibió en seguida de Soto la relacion completa de su reciente espedicion. Al entrar en Caxas habia encontrado á los habitantes armados y al parecer dispuestos á interceptarle el paso. Pero pronto los convenció de sus intenciones pacíficas, y abandonando su actitud amenazadora, recibieron á los españoles con la misma cortesía que se les habia manifestado casi en todas partes durante su marcha.

Aquí encontró Soto uno de los funcionarios de la corona ocupado en recaudar los tributos para el gobierno. Por este supo que el Inca estaba acampado con un gran ejército en Caxamalca, ciudad considerable situada al otro lado de la cordillera, disfrutando de los baños calientes surtidos por manantiales que hacian y aun hacen hoy á este lugar famoso en el Perú. Tambien recogió este gefe español muchas noticias importantes relativas á los recursos y á la política general del gobierno, al esplendor con que vivia el Inca, y á la inflexible severidad con que se hacia obedecer la ley en todas partes. Esto lo pudo observar personalmente, porque al entrar en un pueblo vió á varios indios ahorcados por los pies, á quienes se habia castigado por haber violado el asilo de las vírgenes del Sol, que tenian un convento por aquellos alrededores (3).

De Caxas, Soto habia pasado á la ciudad vecina de Guancabamba, mucho mayor, mas poblada y mejor construida que aquella. Muchas de las casas, en lugar de estar construidas con barro cocido al sol, eran de piedra sólida tan perfectamente ajustada que era imposible descubrir la línea de union. Un rio atravesaba la ciudad, y tenia un puente; y el gran camino de los Incas que atravesaba este distrito, era muy superior al que los españoles habian visto en la costa. Estaba elevado en algunas partes como una calzada, enlosado con grandres piedras cuadradas, y á cada lado tenia una hilera de árboles que proporcionaba una agradable sombra á los viajeros, corriendo por los mismos corrientes de agua en acueductos para aliviar su sed. De trecho en trecho descubrian tambien unas casitas que, segun les digeron, servian para alojar á los viajeros, que de esta manera podian atravesar de un estremo á otro el territorio sin inconveniente (4). En otro punto vieron uno de aquellos almacenes destinados al ejército, llenos de provisiones y de prendas de vestuario; y á la entrada de la ciudad habia un edificio de piedra, en que se hallaba un empleado en recaudar los derechos correspondientes á ciertos artículos que entraban ó salian de la poblacion (5). Estas noticias de Soto no solo confirmaron todo lo que los españoles sabian del imperio indio, sino que les dieron una idea mucho mas elevada de sus recursos y de su gobierno; idea que hubiera muerto toda esperanza en corazones menos heróicos que los suyos.

Pizarro, antes de abandonar el punto que ocupaba despachó un correo á San Miguel, con noticias de sus movimientos, y remitiendo al mismo tiempo los regalos del Inca, y otros objetos adquiridos en diferentes puntos durante la marcha. La destreza de que daban testimonio algunos de los tegidos, causó gran admiracion cuando se enviaron á Castilla. Sobre todo, se declaró que los tegidos finos de lana con sus ricos bordados eran comparables á la seda, de la cual no era fácil distinguirlos. Probablemente eran de la delicadísima lana de la vicuña, de que hasta entonces no se habia visto muestra alguna en Europa (6).

Habiendo ya averiguado cuál era el camino mas corto para Caxamalca, la Cajamarca de ahora, Pizarro volvió á emprender su marcha tomando una direccion casi recta hácia el Sur. La primera poblacion de alguna importancia en que se detuvo, fue Motupe, agradablemente situada en un rico valle, entre colinas de poca elevacion que se agrupan al rededor de la base de las cordilleras. Este punto habia sido abandonado por su curaca, que con trescientos de sus guerreros habia ido á reunirse al ejército del Inca. Aquí, á pesar de sus deseos de apresurar la marcha, el general español se detuvo cuatro dias. Esta detencion solo puede esplicarse por la esperanza que abri-

(1) «Y mandó que le diesen de comer á él y á los que con él venian, y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor.» Xerez, Conq. del Perú. ap. Barcia tomo III, pág. 189.

(2) «Los indios de la tierra se entendian muy bien con los españoles, porque aquellos mochachos indios, que en el descubrimiento de la tierra Pizarro truxo á España, entendian muy bien nuestra lengua, y los tenia alli, con los cuales se entendia muy bien con todos los naturales de la tierra.» (Relacion del primer descub., MS.) Sin embargo, es una prueba de los ridículos errores en que los conquistadores incurrian de continuo, el que el secretario de Pizarro confunde constantemente el nombre del Inca con el de su capital. A Huayna Capac le llama siempre el *viejo Cuzco*, y á su hijo Huascar el *jóven Cuzco*.

(3) «A la entrada del pueblo habia ciertos indios ahorcados de los pies: y supo de este principal que Atabalisa los mandó matar, porque uno de ellos entró en la casa de las mujeres á dormir con una; al qual, y á todos los porteros que consintieron, ahorcó.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 188.

(4) «Van por este camino caños de agua, de donde los caminantes beben, traidos de sus nacimientos de otras partes; y á cada jornada una casa á manera de venta, donde se aposentan los que van é vienen.» Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. III.

(5) «A la entrada de este camino, en el pueblo de Cajas está una casa al principio de una puente, donde reside un guarda que recibe el portazgo de todos los que van é vienen, é paganlo en la misma cosa que llevan, y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Y esta costumbre es allí antigua.» Oviedo Historia de las Indias, MS., ubi supra.

(6) Piezas de lana de la tierra, que era cosa mucho de ver segun su primor é gentileza; é no se sabian determinar si era seda ó lana segun su fineza, con muchas labores y figuras de oro de martillo de tal manera asentado en la ropa que era cosa de maravilla.» Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo IV.

gase aun de recibir refuerzos antes de atravesar la cordillera. Sin embargo, estos no parecieron; y adelantando al traves de un pais en que las llanuras arenosas estaban entrecortadas de cuando en cuando por anchos campos de verdura, regadas por corrientes naturales y con mas abundancia aun por canales artificiales, las tropas llegaron por fin á orillas de un rio. Este era ancho y profundo, y la rapidez de la corriente ofrecia grandes inconvenientes al pasage. Pizarro, temeroso de que le disputasen este paso los indígenas desde la orilla opuesta, mandó á su hermano Hernando que lo atravesase con un corto destacamento de noche, y se apoderase de un punto de desembarco seguro para el resto de las tropas. Al romper el dia Pizarro hizo preparativos para atravesar la corriente, cortando árboles de los bosques que tenia cerca de sí, y formando una especie de puente flotante, por el cual, antes de anochecer habian pasado todos los aventureros á pie enjuto, con los caballos nadando guiados por las bridas. Fue un dia de mucho trabajo en que tomó una parte no pequeña Pizarro en persona, quien esforzándose lo mismo que un simple soldado, estimulaba al mismo tiempo con sus palabras á todos los demas.

Al llegar á la orilla opuesta supieron por sus compañeros que la gente del pais, lejos de oponerles resistencia, habia huido aterrada. Habiendo cogido á uno de ellos, y presentado á Hernando Pizarro, se negó á contestar á las preguntas que se le hicieron sobre el Inca y su ejército, hasta que se le hizo dar tormento, y entonces declaró que Atahuallpa estaba acampado con toda su fuerza, en tres divisiones separadas, que ocupaban la parte elevada y las llanuras de Caxamalca. Añadió ademas que el Inca sabia que se acercaban los españoles y que era corto su número, y que los estaba atrayendo hácia su campamento para tenerlos mas completamente en su poder.

Cuando Hernando refirió esto á su hermano, le causó gran inquietud. Sin embargo, á medida que disminuia la timidez de los campesinos, empezaron estos á mezclarse con la tropa, y entre otros el curaca, ó principal personaje del lugar. Este habia visto por sus ojos el campamento del Inca, y aseguró al general que Atahuallpa se hallaba en la ciudad fortificada de Guamachuco, como á veinte ó mas leguas al Sur de Caxamalca, con un ejército compuesto á lo menos de cincuenta mil hombres.

Estas noticias contradictorias causaron muchas perplejidades á Pizarro; y propuso á uno de los indios que lo habian acompañado durante una gran parte de la marcha que pasase como espia al campamento del Inca, y le trajese noticias sobre su verdadera situacion, y en todo lo posible de sus intenciones con respecto á los españoles. Pero el indio se negó resueltamente á ocuparse en tan peligroso servicio, aunque declaró que estaba dispuesto á ir como agente autorizado del gefe español.

Pizarro accedió á esta proposicion, y encargó á su enviado que manifestase al Inca que iba marchando con toda la rapidez posible para llegar adonde él se hallaba. Habia ademas de manifestar al monarca que los españoles se habian portado constantemente con suma moderacion con sus súbditos al atravesar su territorio, asegurándole que venian con la plena confianza de encontrar en él los mismos sentimientos amistosos. Encargóse ademas especialmente al enviado que observase si los pasos difíciles del camino estaban defendidos, ó si se descubrian algunos preparativos de carácter hostil. Estas últimas noticias habia de comunicárselas al general por medio de dos ó tres rápidos mensajeros que lo debian acompañar en su mision (1).

Adoptadas estas precauciones, el cauto general volvió á emprender su marcha, y al cabo de tres dias llegó á la base del gran baluarte de montañas, detras del cual se hallaba la antigua ciudad de Caxamalca. Delante de él se levantaban los Andes estupendos, roca sobre roca, con sus faldas cubiertas de bosques siempre verdes, variados de trecho en trecho por terraplenes escalonados de tierra cultivada, con la choza del campesino agarrada á su quebrada pendiente, y con sus crestas cubiertas de nieve en que reflejaban los rayos del sol á una elevacion inmensa, presentando en conjunto un caos de silvestre hermosura y magnificencia con que no puede compararse nada de lo que se ve en otros paises montañosos. Al traves de esta formidable barrera, por un laberinto de pasos que un puñado de hombres bastaba á defender contra un ejército entero, tenian ahora que emprender su marcha las tropas. A la derecha se veia un camino llano y ancho, guarnecido de árboles sombríos, por el cual cabian dos carruajes de frente. Era uno de los grandes caminos que iban á parar al Cuzco, y con su comodidad parecia convidar al cansado guerrero á que lo escogiese en vez de los peligrosos desfiladeros de las montañas. Muchos por consiguiente opinaban que el ejército debia marchar por ese camino, y abandonar el primitivo pensamiento de ir á Caxamalca. Pero no lo pensaba así Pizarro.

Los españoles, decia, habian anunciado por todas partes que querian visitar al Inca en su campamento. Este propósito habia sido comunicado al mismo Inca. Seguir ahora otro camino era esponerse á que los tuviesen por unos cobardes, y á que Atahuallpa los mirase con desprecio. No quedaba mas alternativa que marchar en línea recta al traves de la sierra á su campamento. Que todos, decia el intrépido capitan, cobren ánimo y avancen como buenos soldados, sin arredrarse por lo escaso del número; porque en los grandes riesgos, siempre combate Dios con los suyos; y no dudeis que él humillará la soberbia del pagano, y lo traerá al conocimiento de la verdadera fé, el gran objeto y fin de la conquista (2).

Pizarro, como Cortés, tenia mucha de esa elocuencia franca y varonil que llega al corazon del soldado mas que la retórica mas culta y mas que los discursos peinados. Él era soldado tambien, y esperimentaba las mismas sensaciones que los demas; sus mismas esperanzas; sus alegrías y su abatimiento. La educacion y el rango no habian intervenido para evitar que simpatizase con el mas ínfimo de sus compañeros. Todas las cuerdas de su corazon vibraban unísonas con las de sus soldados, y la conciencia de esta verdad le daba un absoluto poder sobre ellos. «Guiadnos, gritaron todos cuando él hubo terminado su corta pero ardiente arenga; guiadnos por donde os parezca mas conveniente. Os seguiremos con buena voluntad, y ya vereis cómo sabemos cumplir con nuestra obligacion en servicio de Dios y del rey (3).» Ya no habia indecision. Ya no pensaban todos mas que en pasar inmediatamente las cordilleras.

(1) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IV.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Relacion del primer descub., MS.—Xerez, Conq. del Pirú, ap. Barcia, tomo III, pág. 190.

(2) «Que todos se animasen y esforzasen á hacer como de ellos esperaba y como buenos españoles lo suelen hacer, e que no les pusiese temor la multitud que se decia que habia de gente, ni el poco número de los cristianos; que aun menos fuesen é mayor el ejército contrario, la ayuda de Dios es mucho mayor, y en las mayores necesidades socorre y favorece á los suyos, para desbaratar y abajar la soberbia de los infieles, é traerlos en conocimiento de nuestra santa fé católica.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, capítulo IV.

(3) «Todos dijeron que fuese por el camino que quisiese, y viese que mas convenia, que todos le seguirian con buena voluntad é obra al tiempo del defecto, y veria lo que cada uno de ellos haria en servicio de Dios é de Su Magestad.» Ibid., MS., loc. cit.

CAPITULO IV.

Paso difícil de los Andes.—Embajadas de Atahuallpa.—Los españoles llegan á Caxamalca.—Embajada del Inca.—Entrevista con el Inca.—Abatimiento de los españoles.

(1532.)

AQUELLA noche celebró Pizarro un consejo con sus principales oficiales, y en él se determinó que él mandase la vanguardia, compuesta de cuarenta caballos y sesenta infantes, para reconocer el terreno; mientras que el resto de la fuerza, mandada por su hermano Hernando, ocuparia su actual posicion hasta nueva órden.

Al amanecer ya se hallaban el general español y su destacamento sobre las armas, y preparados á hacer frente á las dificultades de la sierra. Estas fueron mayores aun de lo que se habia previsto. El sendero se habia abierto de la manera mas conveniente al rededor de los ásperos costados de los precipicios que formaban las montañas, para evitar del mejor modo posible los impedimentos naturales que presentaba la superficie. Pero por necesidad era tan pendiente en algunos puntos, que la caballería tenia que desmontar, subiendo como mejor podia, y llevando á los caballos por la brida. Tambien en muchos puntos donde alguna roca inmensa estaba suspendida sobre el camino, este pasaba por la estremidad misma del precipicio; y el viajero tenia que caminar por el estrecho lomo de una piedra, que apenas era bastante ancho para que pasase un solo caballo de frente, y en que un solo paso falso lo precipitaria á millares de pies al fondo del horrible abismo. Los ásperos senderos de la sierra, practicables para el indio medio desnudo, y aun para la mula firme y circunspecta, animal que parece haber sido creado para los caminos de la cordillera, eran formidables para los hombres armados y cubiertos con sus pesadas cotas de malla. Las tremendas quebradas, tan horribles en esta cadena de montes, parecian bostezar, como si los Andes se hubieran abierto con alguna terrible convulsion, descubriendo trozos inmensos de la roca primitiva en sus costados, cubierta en parte por la vegetacion espontánea de los siglos; mientras que sus tenebrosas simas ofrecian un lecho á los torrentes que, naciendo en el corazon de la sierra, se abrian paso gradualmente, y se estendian por las sábanas y verdes valles de la *tierra caliente* en su marcha hácia el gran Océano.

En muchos de estos pasos se descubrian facilidades para una encarnizada defensa, y los españoles, al penetrar por los desfiladeros de las rocas, miraban por todas partes temerosos de levantar algun enemigo oculto en su emboscada. Creció de punto este temor cuando en la cumbre de una garganta estrecha y pendiente en que se hallaban empeñados, descubrieron una gran obra que se asemejaba á una fortaleza y que parecia amenazar y desafiar á los invasores. Al acercarse á este edificio, que era todo de piedra, y que dominaba un ángulo del camino, casi esperaban ver aparecer en sus almenas los guerreros peruanos, y recibir en sus escudos una tormenta de proyectiles; porque estaba en posicion tan fuerte, que un puñado de hombres valerosos hubieran podido desde ella disputar el paso á un ejército entero. Pero tuvieron la satisfaccion de descubrir que este edificio no estaba habitado; y mucho se reanimaron al convencerse de que el monarca indio no pensaba en oponer impedimentos á su marcha, pues si lo hubiera querido esta era fácil ocasion para hacerlo con buen éxito.

Pizarro mandó inmediatamente órdenes á su hermano para que lo siguiese sin tardanza; y despues de dar algun descanso á su gente, prosiguió su penosa subida llegando al anochecer á otra fortaleza mas fuerte aun que la anterior. Era toda de mampostería sólida, la parte inferior escavada en la peña viva, y toda la obra ejecutada con destreza no inferior á la del arquitecto europeo (1).

Aquí se alojó Pizarro para pasar la noche. Sin esperar á que llegase la retaguardia volvió á emprender su marcha al dia siguiente, penetrando mas y mas en los intrincados desfiladeros de la sierra. El clima habia ido cambiando por grados, y los hombres y los caballos, especialmente estos, sufrian mucho por efecto del frio, por la razon sobre todo de haber estado acostumbrados durante tanto tiempo á los ardientes climas de los trópicos (2). Tambien habia cambiado el carácter de la vegetacion; y los árboles magníficos que cubrian la parte baja del pais habian poco á poco cedido el puesto á los tristes bosques de pinos, y á medida que subian mas, á la raquítica vegetacion de innumerables plantas alpinas, cuya áspera naturaleza encontraba una temperatura que le convenia en la frigida atmósfera de las regiones mas elevadas. Estas tristes soledades parecian haber sido casi enteramente abandonadas por la creacion bruta lo mismo que por el hombre. De cuando en cuando se veia á la ágil vicuña, en su estado de libertad natural, mirando hácia abajo desde el encumbrado pico adonde no se atrevia á acercarse el cazador. Pero en lugar de los brillantes pájaros que animaban la oscuridad de los bosques de los trópicos, los aventureros no veian ahora mas que al ave gigantesca de los Andes, el condor, que cerniéndose en los aires á una elevacion inmensa, seguia con melancólicos gritos la marcha del ejército, como si el instinto lo guiase por el sendero de la sangre y de la carnicería.

Por fin llegaron á la cumbre de la cordillera, donde esta se estiende en una inmensa y árida llanura, en que apenas hay vestigios de vegetacion, á no ser el *pajonal*, yerba seca y amarilla, que vista desde abajo ciñendo la base de los picos cubiertos de nieve, é iluminado su color amarillo con los rayos de un ardiente sol, parece un engarce de oro que abraza pináculos de plata pura. La tierra era estéril, como sucede en los distritos minerales, y ya se acercaban á las antes famosas minas de oro de Caxamalca. Aquí se detuvo Pizarro para esperar á la retaguardia. El aire era penetrante y frio; y los soldados estendiendo sus tiendas de campaña, encendiendo fuegos, y agrupándose unos junto á otros, trataban de buscar un descanso necesario despues de su fatigosa marcha (3).

No habian permanecido mucho tiempo en este punto, cuando llegó un mensajero que era uno de los que habian acompañado al comisionado indio enviado por Pizarro á Atahuallpa. Dijo al general que no habia enemigos en el camino, y que venia y llegaria en breve al campamento español una embajada del Inca. Pizarro despachó al instante otro emisario para que la retaguardia apresurase su marcha, porque no queria que el enviado peruano lo encontrase con tan corto número de parciales. El resto del ejército no se hallaba muy distante y poco despues llegó al campamento.

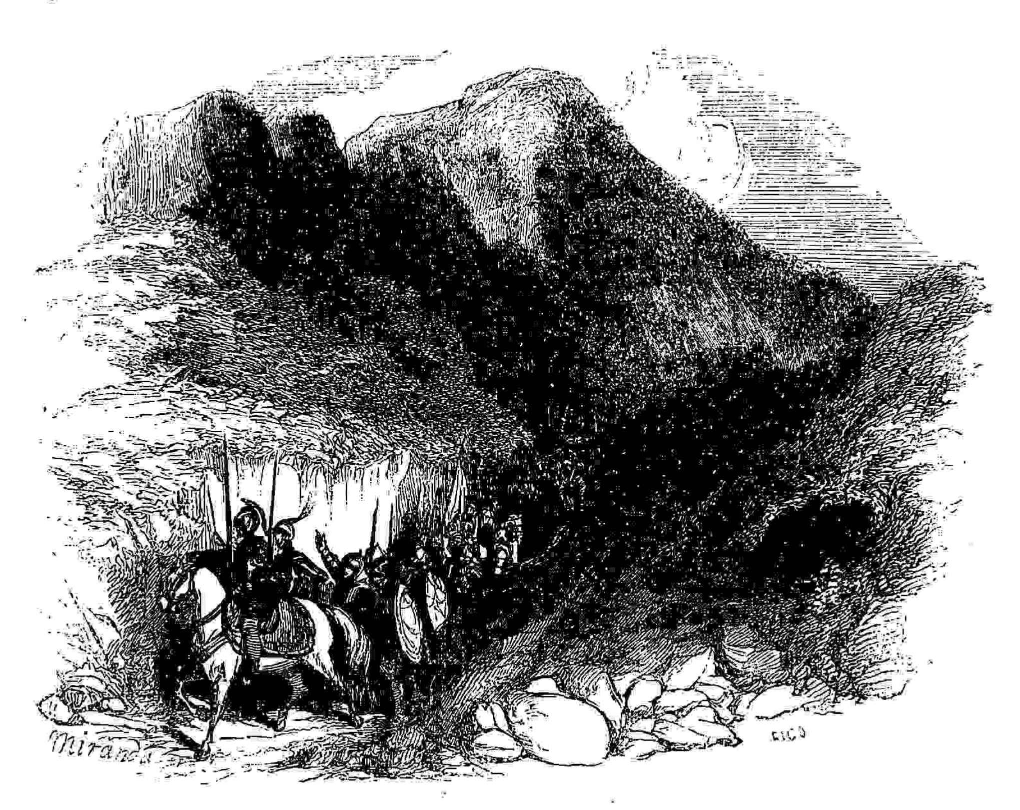
(1) «Tan ancha la cerca como cualquiera fortaleza de España, con sus puertas: que si en essa tierra oviese los maestros y herramientas de España; no pudiera ser mejor labrada la cerca.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 192.

(2) «Es tanto el frio que hace en esta sierra, que como los caballos venian hechos al calor que en los valles hacia, algunos de ellos se resfriaron.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 191.

(3) «E apsentáronse los españoles en sus todos ó pabellones de algodon de la tierra que llevaban, é haciendo fuegos para defenderse del mucho frio que en aquella sierra hace, porque sin ellos no se pudieran valer sin padecer mucho trabajo, y segun á los cristianos les pareció, y aun como era lo cierto, no podia haber mas frio en parte de España en invierno.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IV.

Tampoco tardó mucho en llegar la embajada india, que se componia de uno de los Incas nobles y varios sirvientes, y que traia un oportuno regalo de llamas al comandante español. El enviado peruano traia tambien el encargo de saludar á los españoles en nombre de su señor, quien deseaba saber cuándo llegarian los españoles á Caxamalca, para poderles proporcionar todo lo que necesitasen. Pizarro supo que el Inca habia salido de Guamachuco, y que ahora se encontraba con una pequeña fuerza cerca de Caxamalca, en un punto afamado por sus manantiales de agua caliente. El peruano era hombre de inteligencia y el español supo por él muchos pormenores sobre la reciente lucha que habia agitado al imperio.

Como el enviado se jactaba en términos pomposos de las hazañas militares y de los recursos de su soberano, Pizarro creyó conveniente manifestar que todo esto no le asustaba. Espresóle su satisfaccion por los triunfos de Atahuallpa, confesándole que habia conquistado un alto puesto entre los guerreros indios. Pero añadió con mas prudencia que cortesía, es tan inferior al monarca de los españoles como inferior á él



Paso de los Andes.

es el último curaca del pais. Esto era evidente, considerando la facilidad con que unos pocos españoles habian atravesado ese gran continente, sometiendo una tras otra las naciones que habian querido resistir á sus armas. La gran fama de Atahuallpa, prosiguió, era lo que le habia incitado á visitar sus dominios para ofrecerle sus servicios en sus guerras; y si el Inca lo recibia con el mismo espíritu amistoso que lo animaba á él, no tenia inconveniente en retardar por algun tiempo su viaje al traves del pais hácia el opuesto mar. El indio, segun las relaciones de los españoles, escuchó con terror estas pomposas palabras del general español. Sin embargo, puede ser que el embajador fuese mejor diplomático que lo que ellos imaginaban, y que entendiese muy bien que solo se trataba de fanfarronadas entre él y su mas civilizado antagonista (1).

A la mañana siguiente muy temprano volvieron á emprender su marcha las tropas, y emplearon dos dias mas en recorrer las gargantas de las cordilleras, que parecian suspendidas en los aires. Poco despues, empezando ya á bajar por el lado del Este, llegó otro emisario del Inca con igual embajada que el anterior, y con otro regalo de llamas. Este era el mismo noble que habia visitado á Pizarro en el valle; pero ahora venia con mas pompa, bebiendo *chicha*, el jugo fermentado del maiz, en copas de oro que llevaban sus criados, y que escitaban la admiracion de los codiciosos aventureros (2).

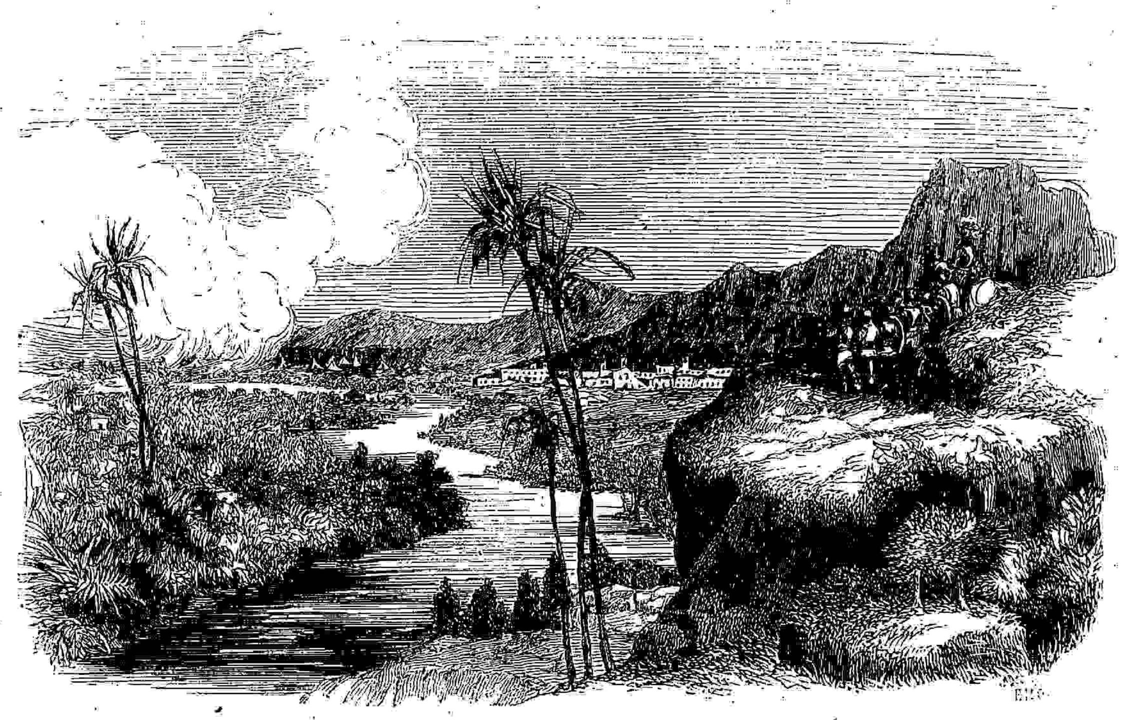
Mientras que se hallaba en el campamento, volvió el primer mensajero indio que Pizarro habia enviado al Inca, y apenas vió al embajador y la cortesía y deferencia con que lo trataban los españoles, cuando estallando en ira, quiso venir á las manos con él, y lo hubiera hecho á no habérselo impedido los circunstantes. Era cosa muy dura, decia, que se tratase tan bien á este perro peruano, cuando él casi habia perdido la vida al llevar una mision análoga entre sus propios compatriotas. Al llegar al campamento del Inca, no se le habia permitido presentarse á este bajo pretesto de que estaba guardando un ayuno y que no

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 193. —Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. V.

(2) «Este embajador traia servicio del Señor, y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebia, y con ellos daba á beber á los españoles de la chicha que traia.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 193.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., ubi supra.

se le podia ver. No le habian hecho caso alguno cuando dijo que venia de emisario de los blancos; y probablemente no hubiera escapado con vida si no les hubiese asegurado que por cualquier daño que se le hiciese adoptarian represalias los españoles en los enviados peruanos que se hallaban en su campamento. Añadió que no habia duda alguna sobre las intenciones hostiles de Atahuallpa; porque se hallaba rodeado por un poderoso ejército, en un campamento muy fortificado á cosa de una legua de Caxamalca, mientras que esta ciudad habia sido completamente evacuada por sus habitantes.

A todo esto el enviado del Inca respondió con mucha sangre fria, que bien podia el enviado de Pizarro haber previsto este recibimiento puesto que no llevaba credencial alguna de su mision. En cuanto al ayuno del Inca, era verdad, y aunque habria recibido con gusto al enviado de los estranjeros si hubiera sabido que se hallaba uno en su campamento, era sin embargo peligroso incomodarlo en estas ocasiones solemnes cuando estaba ocupado en sus deberes religiosos. Las tropas que lo rodeaban no eran numerosas, considerando que el Inca se hallaba empeñado en aquellos momentos en una guerra importante; y



El valle de Caxamalca

por lo que hacia á Caxamalca, la habian abandonado sus habitantes para dejar alojamiento á los blancos, que tan pronto habian de llegar á ocuparla (1).

Esta esplicacion, aunque ingeniosa, no satisfizo enteramente al general, porque estaba demasiado convencido de la astucia de Atahuallpa, de cuyas intenciones relativamente á los españoles desconfiaba muchísimo. Como se proponia sin embargo conservar relaciones amistosas por ahora con el monarca, claro es que no debia aparentar que abrigaba sospechas. Afectando pues creer implícitamente la esplicacion del enviado, lo despidió con reiteradas seguridades de que se presentaria en breve ante el Inca.

En la bajada de la sierra, aunque las pendientes de los Andes son menos rápidas por el costado del Este que por el del Oeste, casi se esperimentaron tantas dificultades como en la subida; y no fue pequeña la satisfaccion de los españoles cuando al sétimo dia avistaron el valle de Caxamalca, que adornado con todas las galas de la agricultura, yacia como una brillante y variada alfombra verde; que ofrecia un contraste notable con las negras masas de los Andes que por todas partes lo rodeaban. El valle es de forma ovalada, y tiene como cinco leguas de ancho. Su poblacion tenia un aspecto muy superior á todos los habitantes del pais que habian visto los españoles al otro lado de las montañas, como lo probaba el mejor vestido y la mayor limpieza que se descubria en sus personas y en sus habitaciones (2). Hasta donde la vista alcanzaba, la parte llana ofrecia los resultados de una agricultura activa y bien entendida. Un ancho rio serpenteaba entre las sementeras, facilitando amplios medios á la acostumbrada *irrigacion* por medio de canales y acueductos subterráneos. Los campos, divididos por vallados verdes, presentaban un tablero de trozos de diferente cultivo, porque la tierra era fértil, y el clima, si bien menos estimulante que el de las abrasadas regiones de la costa, era mas favorable á los fuertes productos de las latitudes templadas. Debajo de los aventureros, con sus blancas casas doradas por el sol, se veia la pequeña ciudad de Caxamalca, como una joya brillante en las negras faldas de la sierra. Como á una legua mas allá al traves del valle, se veian columnas de vapor que se levantaban hácia las nubes, indicando el punto de los famosos baños calientes muy frecuentados por los soberanos del Perú. Y aquí tambien se presentaba un espectáculo no tan grato á los ojos de los españoles, porque á lo largo del declive de las colinas veíase una blanca nube de tiendas de campaña que cubrian la tierra co-

Este último autor, en esta parte de su obra, ha hecho poco mas que copiar la de Xerez. Su adopcion de la obra del secretario Pizarro, es sin embargo importante, porque con menos tentaciones para apartarse del sendero de la verdad, tenia escelentes ocasiones de adquirir noticias,

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 194.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

(2) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 195.

mo copos de nieve, en una estension al parecer de varias millas. «Y eran tantas las tiendas, esclama uno de los conquistadores, que parecian, que cierto nos puso harto espanto, porque no pensábamos que indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan á punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó á todos los españoles hasta confusion y temor aunque no convenia mostrarse, ni menos volver atras, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos indios, que llevábamos nos mataran, y ansí con animoso semblante, despues de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo y entramos en el pueblo de Caxamalca (1).»

No sabemos cuáles serian los sentimientos del monarca peruano, cuando descubrió la cabalgata marcial de los cristianos, que con banderas desplegadas y con brillantes cotas en que reflejaba el sol, salia de las oscuras sinuosidades de la sierra y se adelantaba con aspecto hostil por el magnífico territorio que nadie habia pisado hasta entonces mas que el indio. Puede ser, como algunos dicen, que el Inca hubiese atraido de intento á los aventureros al corazon de su populoso imperio, para envolverlos con sus legiones y apoderarse con mas facilidad de sus propiedades y de sus personas (2). ¿O era un sentimiento natural de la curiosidad, confiando en sus promesas amistosas, lo que le habia impulsado á dejarlos venir, sin intentar resistencia alguna, á su presencia? De todos modos, difícil es creer que tuviese tal confianza en sí mismo, que no mirase con temor á los misteriosos estranjeros, que viniendo de un mundo desconocido, y con tan estrañas facultades, se habian abierto paso al traves de las montañas y los valles, á despecho de cuantos obstáculos les podian oponer los hombres y la naturaleza.

Entre tanto Pizarro, formando su pequeño cuerpo en tres divisiones, marchó hácia adelante con paso mas mesurado y en órden de batalla por los declives que conducian á la ciudad peruana. Al acercárse, nadie salió á recibirlo y penetró por la ciudad sin encontrar un solo ser viviente, ni oir mas ruidos que el eco de los pasos de sus compañeros.

Era una ciudad de bastante consideracion, que contenia unos diez mil habitantes, algo mas probablemente que la poblacion que contiene hoy á la ciudad moderna de Cajamarca (3). La mayor parte de las casas estaban construidas con arcilla endurecida al sol, y los techos de paja, ó madera. Algunas de las casas principales eran de piedra, y habia en la ciudad un convento de las vírjenes del Sol, y un templo dedicado á la misma deidad tutelar, y este se hallaba oculto entre las profundas sombras de un bosquecillo en los alrededores de la ciudad. En el barrio que miraba hácia el campamento indio, habia una plaza casi triangular, de estension inmensa, rodeada por edificios bajos. Estos consistian en grandes salones, con puertas muy anchas que comunicaban con la plaza. Probablemente su objeto seria servir de cuarteles á los soldados del Inca (4). En la estremidad de la plaza mirando al campo habia una fortaleza de piedra, con una escalera por la parte de la ciudad y una entrada particular por el lado de los arrabales. Otra fortaleza habia ademas en el terreno elevado que dominaba á la ciudad, de piedra tambien, y rodeada por tres murallas circulares, ó mas bien una sola muralla que la rodeaba en forma de espiral. Era un punto sumamente fuerte, y la obra indicaba mas conocimiento del arte de la albañilería y de la ciencia arquitectónica de la nacion, que todo lo que habian visto los españoles hasta entonces (5).

Era ya una hora muy avanzada de la tarde del 15 de noviembre de 1532, cuando los conquistadores entraron en Caxamalca. El tiempo que habia sido hermoso durante el dia amenazaba ahora tormenta, y haciendo al mismo tiempo mas frio del acostumbrado, empezó á llover y á caer granizo (6). Pizarro, sin embargo, tenia tal ansia por averiguar las intenciones del Inca, que determinó enviar en el acto mismo una embajada á su campamento. Escogió para esto á Hernando de Soto con quince ginetes; pero despues que este hubo marchado, considerando ese número como muy pequeño para el caso de que hubiese alguna demostracion hostil por parte de los indios, mandó á su hermano Hernando que lo siguiese con veinte caballos mas. Este capitan y otro de su partida, nos han dejado una relacion de esta escursion primera (7).

Entre la ciudad y el campamento imperial habia una calzada construida con mucha solidez al traves de los campos intermedios. Por esta galopó rápidamente la caballería, y antes de haber andado una legua, llegó al frente del campamento peruano, donde se estendia por el suave declive de las montañas. Las lanzas de los guerreros estaban clavadas en tierra delante de sus tiendas, y los soldados indios habian salido de ellas para contemplar en silencio y con asombro la partida cristiana, que con ruido de armas y de trompetas pasaba rápidamente junto á ellos, como alguna terrible aparicion, en alas del viento.

El destacamento llegó en breve á un ancho pero poco profundo arroyo, que serpenteando por la pradera, formaba una de las defensas del campamento del Inca. Atravesábalo un puente de madera, pero desconfiando de su solidez los ginetes, prefirieron pasar el rio á vado, y sin dificultad llegaron á la orilla opuesta. Un batallon de guerreros indios estaba formado en la otra estremidad del puente, pero no cau-

(1) Relacion del primer descubrimiento, MS.

(2) Esta era indudablemente la opinion del conquistador que tanto hemos citado, y cuyo manuscrito imperfecto contiene los datos que dan mas luz en esta parte de nuestra historia. «Teniéndonos en muy poco, y no haciendo cuenta que 190 hombres le habian de ofender, dió lugar y consintió pasásemos por aquel paso y por otros muchos tan malos como él, porque realmente, á lo que despues se supo y averiguó, su intencion era vernos, y preguntarnos de dónde veníamos, y quién nos habia echado allí, y qué queríamos. Porque *era muy sábio y discreto, y aunque sin luz ni escriptura, amigo de saber, y de sotil entendimiento;* y despues de holgádose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que á él mas la aplacian y sacrificar á los demas.» Relacion del primer descub., MS.

(3) Segun Stevenson, esta poblacion, que está muy mezclada, sube ó subia hace unos treinta años á unos siete mil habitantes. Este inteligente viajero hace una descripcion muy animada de la ciudad, en que residió algun tiempo, y que parece haber mirado con especial predileccion. Probablemente hoy no ocupa el rango relativo que tenia en tiempo de los Incas. Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 131.

(4) Carta de Hernando Pizarro, ap. Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XV.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195.

(5) «Fuerzas son, que entre indios no se han visto tales.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195.—Relacion del primer descub., MS.

(6) «Desde á poco rato comenzó á llover y caer granizo.» (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195.) Caxamalca en el dialecto indio significa: «lugar de hielo,» porque la temperatura, aunque generalmente suave y agradable, suele variar á veces por efecto de los helados vientos del Este, muy perniciosos á la vegetacion. Stevenson, Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 129.

(7) Carta de Hernando Pizarro, MS.

La carta de Hernando Pizarro, dirigida á la Real Audiencia de Santo Domingo, da una relacion completa de los estraordinarios acontecimientos contenidos en este y en el siguiente capítulo, en que este conquistador tuvo una parte muy principal. Concediendo su parte correspondiente á la parcialidad inevitable en uno de los principales actores de las escenas que se describen, no puede haber mejor testimonio. El infatigable Oviedo, que vivió en Santo Domingo, conoció su impor-

saron la menor molestia á los españoles; y estos tenian órdenes severas de Pizarro, casi inútiles en sus actuales circunstancias, para tratar con cortesía á los naturales. Uno de los indios indicó el punto en que se hallaba el Inca (1).

Era este un patio abierto, con un lijero edificio ó casa de recreo en el centro, rodeada de corredores que por detras miraban á un jardin. Las paredes estaban cubiertas con una especie de estuco brillante, blanco y de color, y en el espacio abierto delante del edificio, habia un estanque ó bañadera de piedra, á que venian á parar acueductos que lo surtian de agua caliente y fria (2). Una especie de tina de piedra labrada, quizas construida posteriormente, aun se conoce en aquel punto bajo el nombre de «baño del Inca (3).» El patio estaba lleno de indios nobles, vestidos con brillantes trajes, sirviendo al monarca, y de mujeres de la casa real. En medio de esta reunion no era difícil distinguir la persona de Atahuallpa, aunque su traje era mas sencillo que el de sus cortesanos. Pero le caia sobre la frente la borla encarnada, distintivo muy conocido de los monarcas peruanos, y que este no habia usado hasta despues de la derrota de su hermano Huascar. Estaba sentado en un banco bajo ó almohadon, poco mas ó menos segun la costumbre morisca, y sus nobles y oficiales principales se hallaban en pie al rededor de él, con gran ceremonia, ocupando puestos segun su rango (4).

Los españoles miraban con mucha curiosidad al príncipe de cuya crueldad y astucia habian oido hablar tanto, y cuyo valor le habia asegurado la posesion del imperio. Pero en su fisonomía no se conocia el rastro ni de esas feroces pasiones ni de la sagacidad que se le ha atribuido; y aunque en su comportamiento se notaba la gravedad y la conciencia del poder que tan bien sientan á un soberano, parecia haber desterrado toda clase de espresion de sus facciones, conservando tan solo la apatía tan característica de las razas americanas. En la ocasion presente esto debió ser, á lo menos en parte, fingido. Porque es imposible que el príncipe indio no hubiera contemplado con interes y curiosidad un espectáculo tan estraño, y en cierto modo, tan aterrador, como el que ofrecian estos misteriosos estranjeros, y para el cual ninguna descripcion anterior podia haberlo preparado.

Hernando Pizarro y Soto, solo con dos ó tres de los que le acompañaban, se acercaron lentamente á caballo para colocarse al frente del Inca; y el primero, haciéndole un respetuoso saludo, pero sin desmontar, dijo á Atahuallpa que venia como embajador de su hermano, comandante de los españoles, á poner en su conocimiento que habia llegado á Caxamalca. Anuncióle que eran súbditos de un poderoso príncipe que vivia mas allá del Océano, y que venian atraidos por la fama de sus grandes victorias á ofrecerle sus servicios, y á comunicarle las doctrinas de la verdadera fé que ellos profesaban; é invitóle ademas en nombre de su gefe á que pasase á visitar á los españoles en su residencia actual.

A todo esto el Inca no contestó una sola palabra, ni aun hizo un gesto que pudiese indicar que quedaba enterado, aunque se lo tradujo todo Felipillo, uno de los intérpretes de que hemos hablado ya. El Inca guardó un silencio absoluto, y permaneció con los ojos fijos en tierra; pero uno de sus nobles, que se hallaba en pie á su lado, contestó: «Bien está (5).» Esta era una situacion muy embarazosa para los españoles, que parecian ahora tan distantes de saber cuáles eran las verdaderas intenciones del monarca peruano relativamente á ellos, como cuando se hallaban al otro lado de las montañas.

Pero Hernando Pizarro volvió á hablar en términos corteses y respetuosos, suplicando al Inca que contestase él mismo, y les hiciese saber cuál era su voluntad (6). Atahuallpa entonces volvió la cabeza sonriéndose para mirarle, y le contestó segun uno de los testigos de la escena: «Decid á ese capitan que os envia acá, que yo estoy en ayuno, y le acabo mañana por la mañana; que en bebiendo una vez, yo iré con algunos de estos principales mios á verme con él; que en tanto él se aposente en esas casas que están en la plaza que son comunes á todos, y que no entren en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer (7).»

Soto, que, como antes hemos dicho, presenciaba esta entrevista, era el mejor montado y quizás el mejor ginete de la falanje conquistadora. Observando que Atahuallpa examinaba con algun interes el fogoso caballo que tenia delante tascando el freno y pateando con la impaciencia natural de un caballo de batalla, el español le metió espuela y le dió rienda, y echó á correr á todo escape por la llanura; luego revolviendo y haciendo describir varios círculos á su caballo, desplegó todos los hermosos movimientos de este y su propia destreza; por fin, parándolo repentinamente en su carrera, casi hizo descansar al animal sobre su cuarto trasero, tan cerca de la persona del Inca, que parte de la espuma del brioso animal salpicó su traje. Pero Atahuallpa sostenia la misma compostura marmórea que antes, aunque algunos de sus soldados junto á quienes pasó Soto en su carrera, se asustaron tanto que huyeron despavoridos; timidez que les costó muy caro, si es cierto, como aseguran los españoles, que Atahuallpa les hizo quitar la vida aquella noche misma por haber manifestado debi-

tancia, y felizmente incorporó el documento en su gran obra, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XV.—El autor anónimo de la Relacion del primer descub., MS., tambien fué con esta partida.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Carta de Hernando Pizarro, MS.

(2) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 202.

«Y al estanque venian dos caños de agua, uno caliente y otro frio, y allí se templaba la una con la otra, para cuando el señor se queria bañar ó sus mujeres, que otra persona no osaba entrar en él so pena de la vida.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.

(3) Stevenson, Residencia en la America del Sur, tomo II, pág. 164.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 196.—Carta de Hernando Pizarro, MS.

El conquistador anónimo á quien tantas veces he citado y que fue testigo presencial de todo esto, describe el aspecto del monarca peruano en lenguaje animado aunque sencillo. «Llegados al patio de la dicha casa que tenia delante de ella, vimos estar en medio de gran muchedumbre de indios asentado aquel gran señor Atabalipa (de quien tanta noticia y tantas cosas nos habian dicho) con una corona en la cabeza y una borla que le salia della y le cubria toda la frente, la cual era la insignia real, sentado en una sillecita muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran sentarse, el cual estaba con tanta magestad y aparato cual nunca se ha visto jamas, porque estaba cercado de mas de seiscientos señores de su tierra.« Relacion del primer descub., MS.

(5) «Las cuales por él oidas, con ser su inclinacion preguntarnos y saber dónde veniamos, y qué queriamos, y ver nuestras personas y caballos, tubo tanta serenidad en el rostro, y tanta gravedad en su persona, que no quiso responder palabra á lo que se le decia, salvo que un señor de aquellos que estaban par de él respondia: bien está.» Relacion del primer descub., MS.

(6) «Visto por el dicho Hernando Pizarro que él no hablaba, y que aquella tercera persona respondia de suyo, tornó á suplicar que él hablase por su boca y le respondiese lo que quisiese.» Relacion del primer descub., MS.

(7) Ibid., MS., ubi supra.

En esta singular entrevista he seguido la relacion del caballero que acompañó á Hernando Pizarro, prefiriendo á la de este, porque se da á si mismo un aire fanfarron poco creible, y se atribuye una conducta demasiado magestuosa.

lidad tan indecorosa en presencia de los estranjeros (1).

En seguida los criados del monarca ofrecieron algunas cosas de comer á los españoles que estos no aceptaron porque no querian desmontar. Pero sí bebieron un poco de chicha, servida en vasos de oro de un tamaño estraordinario, por las bellezas del harem imperial (2). Despidiéndose despues respetuosamente, los españoles volvieron á Caxamalca haciendo muchas y tristes reflexiones sobre lo que habian visto; sobre el estudo y opulencia del monarca indio; sobre la fuerza de su armamento militar; sobre su equipo perfecto, y la aparente disciplina que en sus filas se notaba; todo lo que parecia denotar un grado mucho mayor de civilizacion, y por consiguiente de poder, que cuanto habian visto en las regiones bajas del pais. Al poner todo esto en contraste con lo pequeño de su propia fuerza, demasiado avanzada ahora para que le pudiesen llegar socorros y refuerzos, conocieron que no habian obrado con prudencia lanzándose al centro de tan formidable imperio, y estaban llenos de tristes presentimientos para el porvenir (3). Pronto se comunicó á sus camaradas del campamento su espíritu de abatimiento, que no disminuyó ciertamente cuando, habiendo anochecido, vieron encenderse los fuegos de los peruanos, que cubrian el declive de la montaña, y que, segun uno de los conquistadores, eran tan numerosos como las estrellas del cielo (4).

Sin embargo habia un corazon en el seno de aquella pequeña hueste en que no lograban penetrar ni el abatimiento ni el temor. Este era el de Pizarro, que al reves estaba lleno de satisfaccion al ver que por fin habian llegado las cosas á la crísis que él habia ansiado durante tanto tiempo. Vió la necesidad de dar pábulo á un sentimiento análogo en los suyos, sin lo cual todo se habia perdido; y así, sin revelar sus planes, habló con sus soldados y les suplicó que no desmayasen en semejante circunstancia, cuando ya se encontraban frente á frente con el enemigo que tan constantemente habian buscado. Rogóles que confiasen en su propio valor y en el auxilio de aquella Providencia que los habia salvado en tantas pruebas terribles: en esa Providencia que no los abandonaria ahora. Y si la ventaja del número, por grande que fuese, estaba en favor del enemigo, ¿qué importaba si el brazo de Dios estaba en favor de los españoles (5)? El soldado español obraba á impulsos de la doble influencia del espíritu caballeresco y del entusiasmo religioso. Este último era el mas eficaz en la hora del peligro; y Pizarro que entendia bien el carácter de la gente que tenia que manejar, presentando la empresa bajo el carácter de una cruzada, reanimó el fuego entre las cenizas del entusiasmo en los pechos de sus soldados y restableció en ellos su decaido ardor.

Llamó, pues, á consejo á sus oficiales para discutir el plan de operaciones ó mas bien para proponerles el proyecto estraordinario cuya ejecucion habia decidido. Era este armar una celada al Inca, y cojerle prisionero á la faz de todo su ejército, proyecto peligrosísimo y como se deja conocer, casi desesperado. Pero tambien eran desesperadas las circunstancias en que los españoles se hallaban. A cualquiera parte que se volviesen veíanse amenazados de los mas terribles riesgos; y valia mas arrostrarlos con valor que retroceder ante ellos cuando no habia medio de evitarlos.

Para huir era ya demasiado tarde. ¿Adónde habian de huir? A la primera señal de retirada caeria sobre ellos todo el ejército del Inca. Sus pasos serian contados por un enemigo mucho mas conocedor que ellos mismos de las escabrosidades de la sierra, el cual ocupando las salidas podria cercarles por todos lados; ademas este movimiento retrógrado disminuiria la confianza y por consiguiente la fuerza del ejército español al mismo tiempo que doblaria la de su enemigo.

Pues permanecer largo tiempo en la inaccion, en la posicion que los españoles ocupaban, parecia igualmente peligroso. Aun suponiendo que Atahuallpa fuese amigo de los cristianos, no podian estos confiar en que perseverase en su amistad. La familiaridad con los blancos destruiria pronto la idea de que fuesen seres sobrenaturales y aun la de que fuesen de naturaleza superior á la suya. Su corto número le inspiraria desprecio: sus caballos, sus armas y su ostentoso aparato serian un cebo para el bárbaro monarca, y cuando supiese que estaba en su mano aniquilar á sus poseedores, no tardaria en encontrar pretesto para ello. Uno bueno se le ofrecia ya en las medidas arbitrarias de los conquistadores y en su marcha por sus dominios.

¿Pero qué motivo tenian para lisonjearse de que el Inca les fuese favorable? Era un príncipe astuto y nada escrupuloso, y si las noticias que con frecuencia habian recibido en el camino eran ciertas, siempre habia mirado con malos ojos la llegada de los españoles: apenas era posible que hubiese hecho otra cosa: sus mensajes de amistad no habian tenido mas objeto que engañarlos para que cruzaran las montañas donde con el auxilio de sus guerreros podria fácilmente destruirlos. Estaban pues envueltos en las redes que el sagaz monarca les habia tendido.

Así su único remedio era volver contra el Inca los artificios con que habia engañado á los españoles y cogerle si era posible en sus propias redes. No habia tiempo que perder; porque de un dia á otro podian volver las victoriosas legiones que acababan de vencer en el Sur, haciendo así mas grande la desigualdad númerica entre el ejército del Inca y los españoles.

Sin embargo combatir á Atahuallpa en campo abierto era muy arriesgado, y aunque la victoria coronase sus esfuerzos, no era probable que una persona tan importante como la del Inca cayese en poder de los vencedores. La invitacion que habia aceptado de visitarles en sus reales les proporcionaba el medio mejor de asegurar la deseada presa. Ni parecia tan desesperado

(1) Pedro Pizarro, descub., y Conq., MS.—Rel. del primer descub., MS.

«Y algunos indios, con miedo, se desviaron de la carrera, por lo cual Atabalipa los hizo luego matar.» (Zárate, Conquista del Perú, lib. II, cap. IV.)—Xerez dice que el mismo Atahuallpa confesó este hecho en conversacion con los españoles cuando estaba prisionero.—El caballo de Soto debia ciertamente asustar á los indios, si, como asegura Balboa, salvaba un espacio de veinte pies en un salto, y esto llevando un ginete cubierto de armadura. Historia del Perú, cap. XXII.

(2) Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 196.

(3) «Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejército, y las tiendas que era bien de ver, nos volvimos adonde el dicho capitan nos estaba esperando, harto espantados de lo que habiamos visto, hablando y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debia hacer, estando todos con mucho temor ser tan pocos, y estar tan metidos en la tierra donde no podiamos ser socorridos.» (Relacion del primer descub., MS.) Pedro Pizarro tiene bastante franqueza para confesar la consternacion de los españoles. (Descub. y Conq.) El miedo era una sensacion muy estraña para el soldado español. Pero si no lo esperimentaba en ocasion semejante, debia parecerse á aquel intrépido caballero que, como decia Cárlos V, «nunca se hubiera atrevido á despavilar una luz con los dedos.»

(4) «Hecimos la guardia de la plaza, de donde se veian los fuegos del ejército de los indios, lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera la mayor parte, y tan juntos unos de otros, no parecia sino un cielo muy estrellado.» Relacion del primer descub., MS.

(5) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 197.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

el plan considerando las grandes ventajas que ofrecian el carácter y las armas de los invasores y lo inesperado que seria el ataque. La sola circunstancia de obrar siguiendo un plan concertado compensaria la desigualdad del número. Pero no era necesario admitir toda la fuerza de los indios en la ciudad antes del ataque; y una vez asegurada la persona del Inca, sus tropas sorprendidas por tan estraño acontecimiento, fuesen pocas ó muchas, no tendrian ánimo para seguir resistiendo; y con el Inca en su poder Pizarro podia dictar leyes al imperio.

En este atrevido proyecto del gefe español era fácil ver que habia querido imitar la brillante hazaña de Cortés cuando prendió al monarca azteca en su capital. Pero esta prision no se hizo con violencia, ó á lo menos con abierta violencia, y recibió la sancion, aunque fuese obligada, del monarca mismo. Tambien es verdad, que los resultados en aquel caso no justificaban la repeticion del esperimento; porque el pueblo se levantó en masa contra el príncipe y contra sus raptores; pero de esto habia sido causa en parte la indiscrecion de estos últimos. El esperimento en su éxito final fue bueno, y si Pizarro podia apoderarse de la persona de Atahuallpa, para lo demas confiaba en su propia discrecion. La prision del Inca serviria por lo menos para sacarle de la crítica situacion en que se encontraba, poniendo en su poder una prenda inestimable de seguridad; y si desde luego no podia hacer que el monarca aceptase sus condiciones, la llegada de refuerzos de España le facilitaria en breve los medios de imponérselas.

Concertados sus planes para el siguiente dia se disolvió el consejo y Pizarro se ocupó en proveer á la seguridad de su gente durante la noche. Las avenidas de la poblacion se hallaban en estado de defensa; pusiéronse centinelas en diferentes puntos y especialmente en lo alto de la fortaleza, desde donde debian observar la posicion del enemigo para dar cuenta de cualquier movimiento con que amenazase turbar aquella noche la tranquilidad de los españoles. Tomadas estas precauciones, el gefe y sus oficiales se retiraron á los puntos designados, pero no á dormir. Por lo menos no debieron de dormir mucho los que estaban enterados del plan que habia de ejecutarse á la mañana siguiente, mañana que habia de decidir de su suerte coronando sus proyectos ambiciosos con el éxito mas feliz ó arruinándolos para siempre.

CAPITULO V.

Plan temerario de Pizarro. — Atahuallpa visita á los españoles. — Matanza horrible. — El Inca prisionero. — Conducta de los conquistadores. — Magníficas promesas del Inca. — Muere Huascar.

1532.

Disipáronse las sombras de la noche y el sol se levantó brillante en la mañana del inmediato dia, el mas memorable en los anales del Perú. Era el sábado 16 de noviembre de 1532. El agudo sonido de la trompeta llamó á los españoles á las armas al romper el alba, y Pizarro dándoles en breves razones cuenta de su plan de ataque, tomó las disposiciones necesarias al efecto.

La plaza, segun se ha dicho en el anterior capítulo, estaba defendida por sus tres lados por filas de pequeños edificios que consistian en espaciosos salones, con anchas puertas de salida. En ellos colocó la caballería en dos divisiones, una á las órdenes de su hermano Hernando y otra á las de Soto. Situó la infantería en otro edificio, reservándose veinte hombres escojidos para acudir con ellos adonde el caso lo exigiese. Pedro de Candia con unos cuantos soldados y la artillería, comprendiéndose bajo este imponente nombre dos pequeñas piezas llamadas falconetes, se estableció en la fortaleza. Todos recibieron órden de permanecer en sus puestos hasta la llegada del Inca. Cuando este entrase en la gran plaza, debian mantenerse escondidos y en observacion hasta que diese la señal que seria un tiro de arcabuz; entonces con grandes gritos de guerra debian salir de los edificios, caer espada en mano sobre los peruanos y apoderarse de la persona del Inca. La situacion de los vastos salones al mismo nivel de la plaza parecia muy á propósito para un golpe de teatro. Pizarro encargó muy particularmente á sus tropas el órden y la obediencia á los superiores, y que no hubiese confusion en el crítico momento, porque todo dependia de que obrasen con órden, serenidad y prontitud (1).

Despues cuidó el gefe español de que las armas de sus tropas estuviesen en buen estado y de que los pretales de los caballos llevasen campanillas para que aumentaran con su ruido la consternacion de los indios. Diéronse tambien á las tropas abundantes provisiones de boca para que nada faltase al buen éxito de la empresa. Adoptadas estas disposiciones, los eclesiásticos que iban en la espedicion celebraron una misa con gran solemnidad invocando al Dios de las batallas para que estendiese su escudo protector sobre los soldados que iban á pelear por ensanchar los límites del imperio de la cruz; y todos con gran estusiasmo cantaron el *Exurge Domine* «(Levántate ó Señor y juzga tu propia causa) (2).» Parecian una reunion de mártires dispuestos á dar su vidas en defensa de la fé, y no una licenciosa banda de aventureros meditando uno de los actos mas atroces de perfidia que recuerda la historia. Sin embargo, cualesquiera que fuesen los vicios de los caballeros castellanos, no tenian el de la hipocresía. Estaban convencidos de que peleaban por la cruz, y esta conviccion, exaltada como lo era en aquel momento, no les dejaba considerar los viles motivos que con el otro mas importante se mezclaban para animarlos á la empresa. Los soldados de Pizarro, inflamados de este modo de religioso ardor, esperaban con ánimo impaciente la llegada del Inca; y su gefe vió con satisfaccion que en la hora crítica sus soldados no faltarian á lo que debian á su capitan y á sí mismos.

Ya era muy entrado el dia cuando se observó movimiento en el campo peruano, donde se hacian grandes preparativos para acercarse á los reales cristianos con toda ostentacion y ceremonia. Recibióse un mensaje de Atahualpa informando al gefe español que iria á visitarle armado con sus guerreros de la misma manera que los españoles habian ido á su campo en la noche precedente. La noticia no era muy agradable para Pizarro, aunque probablemente no tenia motivos para esperar lo contrario. Mas oponerse al deseo de Atahuallpa habria sido manifestar desconfianza y darle á entender en cierto modo sus designios. Manifestó por tanto su satisfaccion, asegurando al Inca que de cualquier modo que viniese le recibiria como amigo y hermano (3).

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 197—Carta de Hernando. Pizarro, MS, —Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, capítulo VII.

(2) «Los eclesiásticos i religiosos se ocuparon toda aquella noche en oracion, pidiendo á Dios el mas conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltacion de la fé, i salvacion de tanto número de almas, derramando muchas lágrimas i sangre en las disciplinas que tomaron. *Francisco Pizarro animó á los soldados con una muy cristiana plática que les hizo*: con que, i asegurarles los eclesiásticos de parte de Dios y de su madre Santísima la victoria, amanecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á voces, «Exurge Domine, et judica causam tuam.» Naharro, Relacion sumaria MS.

(3) El gobernador respondió: Dí á tu señor que venga en hora buena como quisiere, que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano. Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 197—Oviedo, Hist. de las Indias. MS.,

Ya era medio dia cuando la comitiva de la indios se puso en marcha, ocupando larga estension de la gran calzada. Al frente de todos venia gran multitud de criados cuyo oficio parecia ser limpiar el camino de la menor partícula de escombros. Por cima de toda la tropa sobresalia el Inca, llevado en los hombros de sus principales nobles, mientras otros de la misma categoría marchaban á los lados de su litera, desplegando tan brillantes ornamentos en sus personas que, segun el dicho de uno de los conquistadores, *relucian como el sol* (1). Pero la mayor parte de las tropas del Inca, estaban formadas en los campos á uno y otro lado del camino ó esparcidas por los anchos prados hasta perderse de vista (2).

Cuando la real comitiva llegó á cosa de media milla de la ciudad, hizo alto, y Pizarro vió con sorpresa que Atahuallpa se preparaba para plantar sus tiendas como si quisiera fijar allí su campamento. A poco tiempo llegó un mensajero para anunciar á los españoles que el Inca ocuparia aquella noche el sitio en que se habia detenido, y que á la mañana siguiente haria su entrada en la ciudad.

Esta noticia disgustó mucho á Pizarro, que participaba de la impaciencia general de su gente, al ver la poca celeridad con que se movian los peruanos. Las tropas habian estado sobre las armas desde el amanecer, las de caballería sobre sus caballos, las de infantería en sus puestos, esperando en silencio la llegada del Inca. Profunda calma reinaba en toda la ciudad, interrumpida solamente de cuando en cuando por el grito del centinela que desde lo mas alto de la fortaleza anunciaba los movimientos del ejército indio. Pizarro sabia perfectamente que nada era mas peligroso para el valor y constancia del soldado que la prolongada inaccion en una situacion crítica como aquella; y temia que el ardor de sus tropas se evaporase sucediéndole aquella sensacion nerviosa, natural aun en las almas de los mas valientes en tales crísis, y que si no es temor está muy cerca de serlo (3). Respondió por tanto rogando á Atahuallpa que cambiase de propósito; y añadiendo que tenia preparado todo lo necesario para recibirle y obsequiarle y que le esperaba á cenar aquella noche (4).

Este mensaje hizo mudar al Inca de intencion y levantando sus tiendas volvió á emprender su marcha, avisando primero al general que dejaria en aquel punto á la mayor parte de sus guerreros y entraría en la plaza solo con algunos de ellos y sin armas (5), pues preferia pasar la noche en Caxamalca. Al mismo tiempo mandó que se preparase alojamiento para él y su comitiva en uno de los grandes edificios de piedra que por tener la figura de una serpiente esculpida en la pared se llamaba la *casa de la serpiente* (6). Ninguna noticia podia haber sido mas agradable que esta para los españoles. No parecia sino que el monarca indio anhelaba precipitarse en el lazo que se le habia preparado. El fanático caballero no pudo dejar de ver en esto el dedo de la Providencia.

Es difícil esplicar esta conducta indecisa de Atahuallpa, tan diferente de lo que podia esperarse del carácter resuelto y audaz que la historia le atribuye. No hay duda en que hizo su visita á los blancos con completa buena fé; si bien Pizarro tenia acaso razon en pensar que aquellas muestras de amistad tenian un cimiento muy poco sólido. Hay pocos motivos para suponer que desconfiase de la sinceridad de los estranjeros: de otro modo no se habria propuesto sin necesidad visitarles desarmado. Su primer propósito de venir con toda su fuerza tuvo sin duda por objeto desplegar toda su pompa real y tal vez mostrar mayor respeto á los españoles; pero cuando consintió en aceptar su hospitalidad y pasar la noche en sus reales, no quiso llevar gran número de sus soldados armados y prefirió visitarles de una manera que indicase que tenia entera confianza en su buena fé. Tenia un mando demasiado absoluto en su propio imperio para sospechar con facilidad un ataque á su persona; acaso no comprendia que el corto número de hombres reunidos en Caxamalca tuviese la audacia de pensar apoderarse de un poderoso monarca en medio de su victorioso ejército. No conocia el carácter español.

Poco faltaba para ponerse el sol cuando la vanguardia de la comitiva real entró por las puertas de la ciudad. Primero venian algunos centenares de criados empleados en limpiar el camino de cualquier obstáculo y en cantar himnos de triunfo que en nuestros oidos, dice uno de los conquistadores, sonaban cual si no fuesen canciones del infierno (7). Despues seguian otras compañías de indios de diferentes clases y vestidos con libreas diferentes. Algunos vestian una tela vistosa blanca y colorada como las casas de un agedrez (8). Otros iban vestidos solamente de blanco con martillos ó mazas de plata y cobre en las manos (9); y los guardias del inmediato servicio del príncipe se distinguian por su rica librea azul y profusion de ornamentos de alegres colores, indicando su categoría de nobles los largos pendientes que colgaban de sus orejas.

Sobresaliendo por cima de sus vasallos venia el Inca Atahuallpa sobre unas andas en que habia una especie de trono de oro macizo y de inestimable valor (10). El palanquin estaba cubierto con las brillantes plumas de pájaros tropicales y guarnecido de chapas de oro y plata (11). Los adornos del monarca eran mucho mas ricos que los de la noche precedente. Colgaba de su cuello un collar de esmeraldas de brillantez y tamaño estraordinario (12). En su pelo corto

parte III, libro VIII, capítulo VII.—Carta de Hernando Pizarro, MS.

(1) «Hera tanta la patenería que traian de oro y plata, que hera cosa estraña lo que reluzia con el sol.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.

(2) El antiguo conquistador tantas veces citado, el número de guerreros peruanos le pareció no bajar de 50,000; «mas de cincuentamil que tenia de guerra.» (Relacion del primer descub., MS.

El secretario de Pizarro que los vió acampados le parecieron como unos 30,000. (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 196.) Por mas grato que sea á la imaginacion fijarse en un número preciso, es muy difícil hacerlo al calcular el de las tropas irregulares y tumultuosas que componen una bárbara hueste.

(3) Pedro Pizarro dice que un espía indio informó á Atahuallpa de que los blancos estaban reunidos en las grandes cuadras de la plaza en gran consternacion (*llenos de miedo*), «lo cual no era enteramente inexacto,» añade el caballero. Descub. y Conq., MS.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Asentados sus toldos, envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí que por la mañana venia. El gobernador le envió á decir que viniese luego, porque le esperaba á cenar, é que no habia de cenar hasta que fuese. Carta de Hernando Pizarro, MS.

(5) «El queria venir luego, é que venia sin armas. E luego Atabaliva se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traian unas porras pequeñas é hondas, é bolsas con piedras. Carta de Hernando Pizarro, MS.

(6) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 197.

(7) Relacion del primer descub., MS.

(8) Idem, MS.

(9) Idem, MS.

(10) «El asiento que traia sobre las andas era un tablon de oro que pesó un quintal de oro, segun dicen los historiadores 25,000 pesos ó ducados.» Naharro, Relacion sumaria, MS.

(11) «Luego venia mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata: entre estos venia Atabaliva, en una litera, aforrada de pluma de papagaios, de muchas colores, guarnecida de chapas de oro y plata.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 198.

(12) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Venia la persona de Atabaliva, la cual traian ochenta se-

llevaba adornos de oro y sobre sus sienes caia la borla imperial El aspecto del Inca era grave y magestuoso; y desde su elevada posicion miraba á la multitud con aire de compostura como hombre acostumbrado á mandar.

Al entrar las primeras filas de la procesion en la gran plaza, que segun dice un antiguo cronista, era mas grande que ninguna de España, se abrieron á derecha á izquierda para dejar paso á la comitiva real. Todo se hizo con admirable órden. Permitióse al monarca atravesar la plaza en silencio y ni un solo español se dejo ver. Luego que entraron cinco ó seis mil indios Atahuallpa mandó hacer alto, y dirigiendo á todas partes curiosas miradas preguntó: ¿dónde están los estranjeros?

En aquel momento fray Vicente de Valverde, religioso Dominico, capellan de Pizarro, y despues obispo de Cuzco, salió con su Breviario, ó, segun otros dicen, con la Biblia en una mano y un crucifijo en la otra, y acercándose al Inca le dijo que venia por órden de su gefe á esplicarle las doctrinas de la verdadera fé, para cuyo fin los españoles habian venido á su pais desde tan distantes climas. Despues pasó á esplicarle lo mas claramente que pudo el misterio de la Trinidad, y remontándose en seguida á la creacion del hombre, habló de su caida, de su redencion por Jesucristo, de la crucifixion y de la ascension del Salvador á los cielos despues de haber dejado al apóstol San Pedro por vicario suyo en la tierra. Díjole como las facultades dadas por Jesucristo á su vicario habian sido trasmitidas á los sucesores de aquel apóstol, hombres sábios y virtuosos que bajo el título de papas ejercian autoridad sobre todos los tronos y potentados de la tierra. Manifestóle que uno de los últimos papas habia comisionado al emperador español, monarca el mas poderoso del mundo, para conquistar y convertir á los naturales de aquel hemisferio occidental; y que su general Francisco Pizarro habia venido para ejecutar tan importante comision; concluyendo con rogarle que le recibiese afectuosamente; que abjurase los errores de su fé y abrazase la de los cristianos, única que podia salvar su alma; y que se reconociese tributario del emperador Cárlos V, que en todo caso le auxiliaria y protejería como á leal vasallo (1).

Es dudoso que Atahuallpa se hiciese cargo de ninguno de los curiosos argumentos con que el religioso quiso establecer una relacion entre Pizarro y San Pedro; aunque debió de concebir nociones muy incorrectas acerca de la Trinidad si, como dice Garcilasso, el intérprete Felipillo le esplicó este misterio diciéndole que los cristianos creian en tres dioses y un Dios que hacian cuatro (2). Pero es indudable que comprendió perfectamente que el objeto del discurso era persuadirle que debia renunciar á su cetro y reconocer la supremacía de otro.

Centellearon los ojos del monarca indio, y su oscuro ceño se oscureció mas al contestar: «no quiero ser tributario de ningun hombre, yo soy mas que ningun príncipe de la tierra: vuestro emperador puede ser un gran príncipe, no lo dudo, pues veo que ha enviado á sus vasallos desde tan lejos y cruzando los mares, y por lo mismo quiero tratarle como hermano. Respecto al papa de quien me hablais, debe chochear si trata de dar reinos que no le pertenecen: en cuanto á mi religion, no quiero cambiarla: vuestro Dios segun dices, fué condenado á muerte por los mismos hombres á quienes habia creado; pero el mio, añadió señalando á su deidad que entonces se hundia detras de las montañas, el mio vive aun en los cielos y desde allí vela sobre sus hijos (3).»

Despues preguntó á Valverde con qué autoridad le decia aquellas cosas, á lo cual respondió el fraile, mostrándole el libro que tenia en la mano. Tomóle Atahuallpa, volvió algunas páginas, é irritado sin duda por el insulto que habia recibido le arrojó en tierra lejos de sí esclamando: «Dí á tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios, y que no me iré de aquí sin haber obtenido plena satisfaccion de los agravios que me han hecho (4).

Altamente escandalizado el fraile del ultraje hecho al sagrado libro, le alzó del suelo y corrió á informar á Pizarro de lo que el Inca habia hecho, esclamando al mismo tiempo: «¿no veis que mientras estamos aquí gastando tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, se llenan los campos de indios? Salid á él que yo os absuelvo (5). Pizarro vió que habia llegado la hora. Agitó una bandera blanca en el aire, que era la señal convenida: partió el fatal tiro de la fortaleza, y entonces saliendo el capitan y sus oficiales á la plaza, lanzaron el antiguo grito de guerra.» ¡ Santiago y á ellos! el cual fue respondido por el grito de combate de todos y cada uno de los españoles que se hallaban en la ciudad, saliendo impetuosamente de los grandes salones en que estaban ocultos é invadiendo la plaza caballería é infantería en columna cerrada y arrojándose en medio de la muchedumbre de indios. Estos, cogidos de sorpresa, aturdidos por el ruido de la artillería y arcabucería, cuyos ecos zumbaban como el trueno en los edificios, y cegados por el humo que en sulfúreas columnas se estendia por la plaza, se llenaron de terror y no sabian adonde huir para librarse de la ruina que creian cercana. Nobles y plebeyos cayeron á los pies de los caballos cuyos ginetes repartian golpes á derecha é izquierda sin perdonar á nadie, mientras sus espadas brillando al

ñores en hombros, todos bestidos de una librea azul muy rica, y él bestia su persona muy ricamente, con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes.» Relacion del primer descub., MS.

(1) Montesinos dice que Valverde leyó al Inca la fórmula usada por los españoles en sus conquistas (Anales, MS., año 1533); pero esta fórmula, aunque bastante absurda, no comprendia todo el discurso teológico que hizo el capellan en aquella ocasion. Sin embargo, no es imposible que la leyera. Yo he seguido la relacion de Naharro que recogió sus informes de los mismos actores de aquella tragedia, y cuya minuciosa relacion está corroborada por el testimonio mas generalmente admitido de los dos Pizarros y del secretario Xerez.

(2) «Por dezir Dios trino y uno, dixo Dios tres y uno son cuatro, sumando los números por darse á entender.» Com. Real, parte II, lib. I, cap. XXIII.

(3) Véase el *Apéndide* núm 8, donde el lector encontrará estractos originales de varios manuscritos de aquel tiempo referentes á la captura de Atahuallpa.

(4) Algunas relaciones describen el discurso del Inca en términos mucho mas insultantes para los españoles (véase *Apéndice* núm. 8); pero en ocasiones tan críticas no se puede saber con exactitud el lenguaje que se usara. Segun algunas autoridades, Atahuallpa dejó caer el libro por casualidad. (Montesinos, Anales, MS., año de 1533. Balboa, Hist. del Perú, capitulo XXII.) Pero el testimonio de los que estaban presentes, segun ha llegado hasta nosotros, está de acuerdo con los que decimos en el testo. Y si habló con el calor que se atribuye, es mas probable que arrojase el libro que no que se le cayese.

(5) «Visto esto por el frayle y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y abajó su cabeza y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, y dijole: ¿no veis lo que pasa? ¿para qué estais en comedimientos y requerimientos con este perro, lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios? Salid á él que yo os absuelvo.» (Relacion del primer descubrimiento, MS.) El historiador hubiera sido mas parco en atribuir conducta tan diabólica al padre Valverde si no hubiera tenido pruebas de ella. Dos de los conquistadores presentes, Pedro Pizarro y Xerez, dicen solamente que el fraile refirió al gobernador el ultraje hecho al sagrado libro, pero Hernando Pizarro y el autor de la relacion del primer descubrimiento, ambos testigos de vista, y Naharro, Zárate, Gomara, Balboa, Herrera, y el Inca Titucussi Yupanqui, los cuales tomaron sus noticias de personas que presenciaron los hechos, cuentan este con poca diferencia segun se refiere en el testo. Sin embargo, Oviedo adopta la relacion de Xerez, y Garcilasso pretende probar que Valverde no trató de escitar las pasiones de sus compañeros.

través de la espesa nube de humo, introducian el desaliento en los corazones de los desdichados indios, que por la primera vez veian las terribles maniobras de la caballería. Así es que no hicieron resistencia, ni tampoco tenian armas con que hacerla. Ni tenian medio de escapar porque la entrada de la plaza estaba cerrada por los cuerpos muertos de los que habian perecido haciendo vanos esfuerzos para huir; y tal era la agonía de los vivos en el terrible ataque de los agresores, que una gran multitud de indios en sus esfuerzos convulsivos rompieron por medio de una tapia de piedras y barro seco y abrieron un boquete de mas de cien pasos, por el cual se salieron al campo, perseguidos todavía por la caballería que, saltando por cima de los escombros de la tapia derribada, cayó sobre la retaguardia de los fugitivos matando á muchos y dispersándolos en todas direcciones (1).

Entre tanto el combate ó mas bien la mortandad continuaba con ardor en torno del Inca cuya persona era el gran objeto del ataque. Sus fieles nobles poniéndose á su alrededor, se arrojaban á contener á los agresores, y cuando no podian arrancarles de sus sillas les ofrecian sus pechos por blanco á sus venganzas y por escudo de su querido soberano. Dicen algunas autoridades que llevaban armas ocultas bajo los vestidos. Si así fué, de poco les sirvieron, pues nadie dice que echasen mano de ellas (2). Pero los animales mas tímidos se defienden cuando se ven acorralados; y si los indios no lo hicieron en aquel caso, es prueba de que no tenian armas con que defenderse. Sin embargo, continuaron conteniendo á la caballería, asiéndose de los caballos para inutilizar su ímpetu, y cuando uno caia otro ocupaba su lugar con una lealtad verdaderamente patética.

El monarca indio aturdido y cercado vió caer á su alrededor á sus mas fieles vasallos sin comprender apenas lo que le pasaba. La litera en que iba andaba de aquí para allá segun los agresores acometian por un lado ó por otro; y él contemplaba aquel espectáculo de desolacion como el marinero solitario, que acosado en su barca por los furiosos elementos ve brillar los relámpagos y oye retumbar los truenos á su alrededor con la conviccion de que nada puede hacer para evitar su suerte. Al fin los españoles cansados de su obra de destruccion y viendo que las sombras de la noche se aumentaban, empezaron á temer que la régia presa despues de tantos esfuerzos se les escapase; y algunos caballeros intentaron á la desesperada concluir de una vez quitando la vida á Atahuallpa. Pero Pizarro, que estaba cerca de su persona, gritó con voz ostentosa: «El que estime en algo su vida, que se guarde de tocar al Inca (3);» y estendiendo el brazo para protejerle fue herido en la mano por uno de sus soldados, cuya herida fue la única recibieron los españoles en la accion (4).

Entonces la pelea se renovó con mas furor en torno de la regia litera, la cual se bamboleaba cada vez mas hasta que al fin, muertos muchos de los nobles que la sostenian cayó; y el Inca se hubiera dado un gran golpe en el suelo si Pizarro y algunos de los suyos no hubieran acudido á sostenerle en sus brazos. La borla imperial fue inmediatamente arrancada de sus sienes por un soldado llamado Estete (5), y el desgraciado monarca fue trasladado á un edificio inmediato donde se le puso en custodia con la mayor vigilancia.

Cesó entonces toda tentativa de resistencia. Estendióse la noticia de la captura del Inca por la ciudad y y por los campos: disolvióse el encanto que podia mantener unidos á los peruanos y cada uno pensó solamente en su propia salvacion. Cundió tambien la alarma entre los soldados acampados en las inmediaciones, los cuales al saber la fatal nueva dieron á huir por todos lados perseguidos por los españoles que en el calor del triunfo se mostraron sin misericordia. Al fin la noche, mas piadosa que los hombres, tendió su amigo manto sobre los fugitivos, y las diversas tropas de Pizarro se reunieron otra vez al toque de trompeta en la sangrienta plaza de Caxamalca.

Del número de muertos se habla como es costumbre con gran discrepancia. El secretario de Pizarro dice que murieron dos mil indios (6). Un descendiente de los Incas, autoridad mas segura que la de Garcilasso, calcula el número de muertos en diez mil (7). La verdad se encuentra generalmente entre

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 198.—Carta de Hernando. Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS. parte III, lib. VIII, cap. VII.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Zárate, Conq. del Peru, MS., lib. II, cap. V.—Instruccion del Inca Titucussi Yupanqui, MS.

(2) El autor de la relacion del primer descubrimiento dice que algunos llevaban arcos y flechas, y que otros iban armados con martillos ó mazas de plata y cobre, las cuales sin embargo podian estar destinadas mas para ornamento que para servirse de ellas en el combate.—Pedro Pizarro y algunos escritores posteriores dicen que los indios llevaban correas para atar á los blancos que pretendian hacer cautivos. Tanto Hernando Pizarro como el secretario Xerez, convienen en que las únicas armas que tenian las llevaban ocultas bajo los vestidos; pero como no dicen que hiciesen uso de ellas, y como el Inca anunció que iba sin armas, puede dudarse de la verdad de esta asercion, y aun se la puede tener por inexacta. Todas las autoridades, sin escepcion, convienen en que no hubo resistencia.

(3) El marques dió voces diciendo: «Nadie hiera al indio so pena de la vida.» Pedro Pizarro, Desdubrimiento y Conquista, MS.

(4) Cualquiera que sea la discrepancia que sobre otros puntos exista entre los escritores castellanos, todos concuerdan en el hecho notable que ningun español, escepto el general, salió herido en aquella ocasion. Pizarro vió en esto un motivo satisfactorio para considerar á los españoles en aquel dia como protegidos especialmente por la Providencia. Véase Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 199.

(5) Miguel Estete, el cual la conservó por mucho tiempo como un trofeo de la hazaña, segun dice Garcilasso de la Vega (Com. Real parte II, lib. I, cap. XXVII), autoridad indiferente á todo en esta parte de su historia. Este escritor popular, cuya obra por su superior conocimiento de las instituciones del pais, ha obtenido mayor crédito aun en lo relativo á la conquista que las relaciones de los conquistadores mismos, se entregó á las inspiraciones de su imaginacion poética con imperdonable estension al hablar de la captura de Atahuallpa. Segun él, Atahuallpa trató á los invasores desde el principio con gran deferencia como á descendientes de Viracocha, los cuales, segun sus oráculos, habian de venir y reinar sobre la tierra. Pero si en efecto el Inca les hubiese tributado este lisonjero homenaje, no era posible que hubiese dejado de llegar á noticia de los conquistadores. Garcilasso habia leido los comentaríos de Cortés, segun él mismo nos dice; y es probable que lo que refiere con algun fundamento aquel general respecto á una supersticion semejante entre los aztecas, le sugiriese la idea de inventar un sentimiento igual entre los peruanos, con lo cual al paso que lisonjeaba la vanidad de los españoles, vindicaba en cierto modo á sus paisanos de la acusacion de cobardía en que incurrieron por su pronta sumision á los vencedores, pues aunque habrian podido resistir á los hombres, hubiera sido locura oponerse á los decretos del cielo. Sin embargo, la poética version de Garcilasso es tan agradable á la imaginacion que siempre ha encontrado favor en la mayoría de los lectores.

(6) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pagina 199.

(7) «Los mataron á todos con los caballos, con espadas, con arcabuces, como quien mata ovejas, sin hacerles nadie resistencia, que no se escaparon de mas de diez mil doscientos.» Instruc. del Inca Titucussi, MS.

Este documento, que se compone de doscientas páginas en folio, está firmado por un peruano Inca, nieto del gran Huayna Capac, y nieto por consiguiente de Atahuallpa. Fue escrito en 1570 y destinado á presentar á S. M. Felipe II, las reclamaciones de Titucussi y de los individuos de su familia. En este memorial el solicitante aprovecha la ocasion de recapitular algunos de los principales sucesos de los últimos años del imperio, y su escrito aunque capaz por su prolijidad de cansar la

los estremos. La matanza fue incesante, pues ningun obstáculo se le opuso. Y que no hubiese resistencia no parecerá estraño si se considera que las desgraciadas víctimas estaban sin armas y que debian hallarse confusos y aterrorizados por el estraño é imponente espectáculo que tan de improviso é inesperadamente hubieron de presenciar. «¿Qué maravilla, dijo un antiguo Inca á un español que lo repite, qué maravilla que nuestros paisanos se aturdiesen, si veian la sangre correr como agua, y al Inca, cuya persona todos adoramos, cogido y aprisionado por un puñado de hombres (1)?» Sin embargo, aunque la matanza fue incesante, fue tambien de corta duracion; pues sucedió en el tiempo que media entre el principio y fin del crepúsculo que en los trópicos no escede de media hora, corto período, en verdad, si bien suficiente para que en él se decidiese de la suerte del Perú y cayese la dinastía de los Incas.

Aquella noche Pizarro cumplió la promesa que habia hecho al Inca de cenar con él. Sirvióse el banquete en una de las cuadras que hacian frente á la gran plaza, teatro pocas horas antes de la accion, y que todavía estaba cubierta de los cadáveres de los vasallos del Inca. Sentóse el cautivo monarca inmediato á su vencedor. Parecia no comprender la estension de su desgracia; ó si la comprendió manifestó sorprendente fortaleza. «Estas son vicisitudes de la guerra» dijo (2); y si hemos de dar crédito á los españoles, manifestó su admiracion por la destreza con que habian logrado hacerle prisionero en medio de sus tropas (3). Añadió que habia tenido noticia de los movimientos de los blancos desde el momento en que desembarcaron; mas que por lo insignificante de su número habia menospreciado su fuerza, no dudando que con las suyas superiores podria fácilmente abrumarlos y vencerlos á su llegada á Caxamalca; y que deseando ver por sí mismo qué clase de hombres eran, les habia dejado cruzar las montañas, pensando elegir los que le parecieran para su servicio, apoderarse de sus maravillosas armas y caballos y dar muerte á los demas (4).

Es probable que tal fuese el propósito de Atahuallpa; con esto se esplica el que no ocupase los pasos de la montaña que tan buenos puntos de defensa le ofrecian contra los invasores. Pero no es tan probable que un príncipe tan astuto como parece haber sido, segun el testimonio general de los conquistadores, descubriese sin razon ni motivo sus ocultas intenciones. La conversacion con el Inca, fue tenida por medio del intérprete Felipillo, así llamado porque habia tomado nombre cristiano, jóven malicioso, que segun parece no tenia buena voluntad á Atahuallpa, y cuyas interpretaciones fácilmente eran admitidas por los conquistadores, deseosos, de encontrar pretestos para sus sangrientas represalias.

Atahuallpa, segun en otra parte se ha dicho, tenia entonces treinta años de edad. Era bien formado y mas robusto de lo que ordinariamente se veia entre sus paisanos. Su frente era ancha y su rostro podria haberse llamado hermoso, si los ojos sanguinolentos que tenia no hubiesen dado una espresion feroz á sus facciones. Era resuelto en su lenguaje, grave en sus maneras, y para con sus vasallos duro hasta la severidad, si bien con los españoles se mostró afable permitiéndose algunas veces conversaciones chistosas (5).

Trató Pizarro con mucha consideracion á su régio cautivo y procuró aligerar, ya que no podia disipar, la tristeza que á despecho de su aparente conformidad se advertia en el monarca. Aconsejóle que no se dejase abatir por los reveses, porque la misma suerte que él habian tenido todos los príncipes que habian opuesto resistencia á los blancos. Díjole que habian llegado á aquel pais para proclamar el evangelio, la religion de Jesucristo y que no era maravilla que venciesen, pues que el escudo de Dios les protegia, que el cielo habia permitido que quedara humillado el orgullo de Atahuallpa por haberse manifestado hostil á los españoles, y por el ultraje que habia hecho al sagrado libro; pero que le suplicaba tuviese ánimo y confiase en él, porque los españoles eran una raza generosa que solo hacian guerra á los que se les oponian, y se mostraban clementes con los que se les sometian (6). Atahuallpa debió quedar convencido con este discurso de que la matanza de aquel dia no probaba nada contra esta ponderada clemencia.

Antes de retirarse á descansar dirigió Pizarro á sus tropas un breve discurso sobre la situacion en que se encontraban. Cuando supo que ni un solo hombre habia salido herido, mandó que se ofreciesen acciones de gracias á la Providencia por tan gran milagro; pues sin su proteccion nunca podrian haber vencido tan fácilmente á tantos enemigos; por lo cual creia que Dios habia conservado sus vidas para mayores cosas. Díjoles tambien que si querian vencer en todo, debian poner mucho de su parte, pues estaban en el centro de un poderoso reino, cercados de enemigos profundamente adictos á su soberano natural, que debian estar siempre alerta y preparados á cualquiera hora para dejar el sueño cuando la trompeta les llamase á sus puestos (7). Habiendo despues colocado sus centinelas, establecido una fuerte guardia en la habitacion de Atahuallpa y tomado todas las precauciones de activo y prudente capitan, se retiró á descansar; y si realmente estaba convencido de que en las sangrientas escenas del dia habia peleado solo por el triunfo de la cruz, debió de dormir sin duda con sueño mas profundo que en la noche anterior á la captura del Inca.

A la mañana siguiente el primer cuidado del gefe español fue mandar que se limpiase la ciudad de todas sus impurezas, y los prisioneros, que habia muchos, se emplearon en retirar los muertos y darles decente sepultura. Despues despachó una partida como de treinta caballos al campamento últimamente ocupado por Atahuallpa en los baños, para tomar posesion del botin y dispersar los restos de las fuerzas peruanas que todavía se mantenian alrededor de la plaza. Antes de medio dia llegó el destacamento con una gran multitud de indios hombres y mujeres, y entre estas, muchas de las esposas y criadas del Inca. Los españoles no habian encontrado resistencia, porque los guerreros peruanos, aunque tan superiores en número, aunque ocupaban tan escelentes posiciones y

paciencia de Felipe II, es de mucho valor como documento histórico procedente de un individuo de la familia del Perú.

(1) Segun Naharro, no asombró tanto á los indios el estruendo y el ímpetu del ataque de los españoles, aunque fue tal que el cielo se venia abajo, como una terrible aparicion que se presentó en el aire durante la matanza. Consistia esta en una mujer y un niño, á cuyo lado estaba un hombre vestido de blanco sobre un caballo de batalla color de leche (sin duda el valiente Santiago), el cual con su brillante espada cargó sobre la hueste infiel é imposibilitó su resistencia. La existencia de este milagro la apoya el buen padre con el testimonio de otres tres de su órden que se hallaron presentes en la accion y oyeron la noticia de boca de muchos indios. Relacion sumaria, MS.

(2) «Diciendo que era uso de guerra vencer y ser vencido. Herrera, Hist. general, dec. V, lib. II, cap. XII.

(3) «Haciendo admiracion de la traza que tenia hecha.» Relacion del primer descub., MS.

(4) «Y en mi opinion, añade el conquistador que refiere esto discurso, tenia buenas razones para creer que podria hacerlo, pues solo la milagrosa intervencion del cielo podia habernos salvado.» Idem, MS.

(5) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 203.

(6) «Nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino á los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir no lo hacemos, antes los perdonamos.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, pág. 199.

(7) Idem.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

aunque eran todos jóvenes y dispuestos (la mayor parte de las fuerzas veteranas estaban en el Sur con los generales del Inca), perdieron el ánimo desde el momento en que supieron la cautividad de su señor. No tenian tampoco quien les guiase, porque no reconocian mas autoridad que la del hijo del Sol; y parecian detenidos por una especie de invisible hechizo cerca del sitio de su prision, mirando con supersticioso temor á los blancos que habian tenido bastante audacia para acometer tal empresa (1).

El número de los prisioneros indios era tan grande, que algunos de los conquistadores fueron de opinion que se les debia matar á todos, ó por lo menos cortarles las manos, así para evitar que se entregasen á actos de violencia, como para infundir terror en los demas de su nacion (2). Esta proposicion provino sin duda de la soldadesca mas baja y feroz, pero el haberse hecho muestra qué clase de elementos entraban en la composicion de las tropas de Pizarro. El gefe la deshechó desde luego por no menos impolítica que cruel y envió á los indios á sus respectivos hogares, asegurándoles que á ninguno se les haria daño mientras no hiciesen resistencia á los blancos. Quedáronse sin embargo los conquistadores con suficiente número de ellos para su servicio, y en este punto se proveyeron con tal abundancia, que el soldado mas inferior tenia tantos criados como hubiera podido tener el noble mas rico y gastador (3).

Los españoles encontraron inmensos rebaños de llamas custodiados por sus correspondientes pastores en las inmediaciones de los baños y destinados para el consumo de la córte. A muchos de ellos se les dejó vagar por sus montañas, aunque Pizarro mandó reservar considerable número para el uso de su ejército. No fueron pocos, en efecto, los que se reservaron si, como uno de los conquistadores dice, se mataban cada dia ciento y cincuenta cabezas (4). Lo cierto es, que los españoles los destruian con tan poca prevision, que á los pocos años los soberbios rebaños mantenidos con tanto cuidado por el gobierno peruano habian casi desaparecido de la tierra (5).

La partida enviada á saquear la quinta del Inca trajo un rico botin en plata y oro que consistia principalmente en vajilla, cuyas piezas admiraron mucho á los españoles por su tamaño y peso. Estas y unas grandes esmeraldas halladas en el mismo sitio, juntamente con las preciosas alhajas encontradas en los cadáveres de los indios nobles que habian perecido en la matanza, fueron puestas en lugar seguro para ser despues repartidas. En Caxamalca encontraron tambien las tropas almacenes llenos de géneros tanto de algodon como de lana, muy superiores á los que hasta entonces habian visto, así por la finura de su tejido como por la destreza con que estaban casados los colores. Estas piezas de tela estaban puestas unas sobre otras desde el suelo hasta los mismos techos de los edificios; y habia tantas, que despues de haberse provisto cada soldado de todo lo que quiso, todavía no se conocia la disminucion (6).

De buena gana hubiera Pizarro dirigido inmediatamente su marcha sobre la capital del Perú; pero la distancia era grande y su fuerza pequeña, la cual todavía habria tenido que reducirse, pues el Inca necesitaba guardia; y el gefe español temia penetrar mas adentro en un imperio hostil tan poblado y y poderoso y con presa de tal valor en sus manos. Esperaba pues con gran impaciencia refuerzos de las colonias; y despachó un correo á San Miguel para anunciar sus recientes triunfos y averiguar si habian llegado tropas de Panamá. Entre tanto empleó su gente en hacer de Caxamalca un pueblo propio de cristianos erigiendo una iglesia, ó tal vez destinando á este uso algun edificio indio; en esta iglesia decian misa todos los dias los padres dominicos con gran solemnidad. Se reconstruyeron tambien las destrozadas tapias de la ciudad, dándoles mas fortaleza de la que antes tenian, y en breve desapareció hasta el menor rastro del huracan que poco antes la habia asolado.

No tardó Atahuallpa en descubrir entre la ostentacion de religioso celo que hacian sus vencedores, un oculto apetito, mas poderoso en muchos de ellos que el interes de la religion ó de su ambicion. Era este la sed de oro, de la cual determinó aprovecharse para conseguir su libertad, cosa importante y que no debia dilatarse segun la crítica situacion en que se hallaban sus negocios. Su hermano Huascar desde su derrota habia sido detenido como prisionero á las órdenes del vencedor. Hallábase entonces en Andamarca, á poca distancia de Caxamalca, y Atahuallpa temia con fundamento, que Huascar cuando supiese su prision hallase fácilmente medios de corromper á sus guardias, de escaparse y de ponerse á la cabeza del imperio, sin rival ya que se lo disputase.

Con la esperanza pues, de efectuar su propósito apelando á la avaricia de sus vencedores, dijo un dia á Pizarro que si queria darle libertad, él se obligaba á cubrir de oro todo el piso del aposento en que estaban. Los que se hallaban presentes le oyeron con incrédula sonrisa; y el Inca viendo que no recibia respuesta, añadió con cierto énfasis que no solamente cubriría el suelo sino que llenaria el cuarto hasta que el oro llegase á su altura; y empinándose sobre las puntas de los pies hizo una señal con la mano en la pared todo lo mas alto que pudo. Asombráronse los circunstantes y considerando sus promesas como efecto de la loca jactancia de un hombre que por conseguir su libertad no reparaba en el significado de sus palabras. Pero Pizarro quedó muy perplejo, al paso que habia ido internándose en el pais, mucho de lo que habia visto y todo lo que habia oido confirmaba las maravillosas noticias recibidas acerca de las riquezas del Perú. El mismo Atahuallpa le habia hecho la mas magnífica pintura de las riquezas de la capital, donde los techos de los templos estaban chapeados de oro, las paredes colgadas de tapicería, y el pavimento hecho de baldosas del mismo precioso metal. Aunque estas relaciones fuesen exageradas, algun fundamento debian tener, y de todos modos era bueno acceder á la proposicion del Inca porque así se recogia todo el oro de que podia disponer y se evitaba que lo saqueasen ó escondiesen los indios. Accedió por tanto á la oferta de Atahuallpa, y tirando una línea encarnada en la pared á la altura que el Inca habia indicado, hizo que un escribano tomase nota de los términos en

(1) Desde aquel tiempo, dice Ondegardo, los españoles que hasta entonces habian sido designados con el título de *barbudos*, fueron llamados por los indígenas *Viracochas*, creyéndoles protegidos por la divinidad. El pueblo de Cuzco, que no tenia buena voluntad al cautivo Inca, miraba á los estranjeros, dice el autor, como enviados por Viracocha mismo. (Rel. prim., MS.) Esto nos recuerda la supersticion, ó mas bien la poética ilusion de los antiguos griegos que creian que los estranjeros eran enviados de Júpiter.

Πρός γὰρ Διος εισιν ἅπαντες Ξεῖνοί τε. ΟΔΥΣ. ξ. ν. 57.

(2) Algunos fueron de opinion que matasen á todos los hombres de guerra ó les cortasen las manos. Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 200.

(3) «Cada español de los que allí ivan tomaron para sí muy gran cantidad, tanto que como andava todo á rienda suelta, havia español que tenia doscientas piezas de indios y indias de servicio.» Conq. y Pob. del Perú, MS.

(4) «Se matan cada dia ciento cincuenta.» Xerez, Conquista del Perú, ap Barcia, tomo III, pág. 202.

(5) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXX.—Ondegardo, Rel. seg., MS.

(6) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 200.

«Todas estas cosas de tiendas y ropas de lana y algodon eran en tan gran cantidad, que á mí parecer fueran menester muchos navíos en que cupieran.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

que se habia hecho y aceptado la proposicion. El aposento era de unos diez y siete pies de ancho por veinte y dos de largo y la linea que se tiró en las paredes marcaba una altura de nueve pies (1). Este espacio habia de llenarse de oro en inteligencia de que el metal no habia de ser fundido y trasformado en barras, sino que habia de tener la forma original de los artículos manufacturados, para que el Inca tuviese el beneficio del hueco que pudieran ocupar. Se convino tambien en que se llenase dos veces de plata y en la misma manera el cuarto inmediato que era de mas pequeñas dimensiones; el Inca pidió dos meses de término para cumplir este contrato (2).

No bien se hizo este pacto, despachó el Inca correos á Cuzco y á otras principales ciudades del reino con órden de trasladar sin pérdida de tiempo á Caxamalca todos los ornamentos y utensilios de oro de los reales palacios, de los templos y de los demas edificios públicos. Entre tanto, continuó viviendo entre los españoles, tratado con el respeto debido á su categoría y gozando de toda la libertad compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitia salir afuera, podia pasearse suelto en sus propias habitaciones bajo la celosa vigilancia de una guardia que sabia demasiado el valor del cautivo para demostrarse negligente. Concediósele tambien la sociedad de sus mujeres favoritas, y Pizarro tuvo cuidado de que no se violase el sagrado de sus interioridades domésticas. Sus vasallos tenian libre acceso hasta el soberano y todos los dias recibia visitas de indios nobles que iban á ofrecerle presentes y á manifestarle el sentimiento que les causaba su desgracia. En tales ocasiones aun los vasallos de mas poder y categoría no llegaban á su presencia sin haberse quitado primero las sandalias y llevando peso en las espaldas en señal de respeto y sumision. Los españoles miraban con curiosidad estos actos de homenaje ó mas bien de servil humillacion por un lado y el aire de completa indiferencia con que eran acogidos como cosa ordinaria y comun por otro; y se formaban alta idea del carácter de un príncipe que aun en aquella apurada situacion podia inspirar tales sentimientos de respeto á sus súbditos. Tantos acudian á verle y tal adhesion le mostraban que al fin los vencedores comenzaron á abrigar sospechas (3).

Pizarro no despreció la oportunidad que se le ofrecia de comunicar las verdades de la revelacion á su prisionero, y tanto él como su capellan el padre Valverde trabajaron en esta buena obra. Oyoles Atahuallpa con serenidad y aparente atencion. Pero nada pareció conmoverle mas que el argumento con que el gefe militar terminó su discurso, á saber, que no podia ser verdadero el dios á quien Atahuallpa adoraba, pues habia consentido que cayese en manos de sus enemigos. El infeliz monarca reconoció la fuerza de este argumento diciendo que en efecto su deidad le habia abandonado en el momento en que mas necesitaba de su amparo (4).

Sin embargo, su conducta para con su hermano Huascar en aquel tiempo prueba claramente que cualquiera que fuese el respeto que tuviera á sus maestros, las doctrinas del cristianismo hicieron poca impresion en su ánimo. No bien tuvo Huascar noticia de la prision de su rival y del gran rescate que habia ofrecido por su libertad, hizo, como Atahuallpa habia previsto, los mayores esfuerzos para recobrar la suya, y envió ó trató de enviar un mensaje al capitan español diciéndole, que él pagaria un rescate mucho mayor del que Atahuallpa le habia prometido; el cual no habiendo residido nunca en Cuzco ignoraba la suma de tesoros que en aquella ciudad habia y donde estaban depositados.

Tuvo aviso secreto de esto Atahuallpa por las personas encargadas de la custodia de su hermano: y sus celos escitados por la noticia se aumentaron mas con la declaracion de Pizarro de que intentaba traer á Huascar á Caxamalca donde examinaria por sí mismo la controversia y determinaria cuál de los dos tenia mas derecho al cetro de los Incas. Pizarro conoció desde luego las ventajas que la competencia entre los dos hermanos le podria proporcionar poniendo el peso de su espada en la balanza para que se inclinase del modo que mas cuenta le tuviera. El partido que por su nombramiento empuñase el cetro seria un instrumento con el cual podria hacer su gusto mucho mas eficazmente que en su propio nombre. Todos saben que esta fue la política seguida por Eduardo I en los asuntos de Escocia, y por muchos otros monarcas antes y despues; y aunque tales ejemplos no debian ser familiares á un soldado ignorante, Pizarro tenia una percepcion demasiado viva para necesitar, á lo menos en este punto, las lecciones de la historia.

Mucho asustó á Atahuallpa la determinacion del gefe español de resolver la contienda entre los dos rivales; porque temia que, prescindiendo de las razones que militasen por su hermano, la decision seria probablemente en favor de este, cuyo carácter suave y flexible harian de él un instrumento muy conveniente en manos de los conquistadores. Así sin mas vacilar determinó que con la muerte de Huascar desapareciese para siempre la causa de sus celos.

Sus órdenes fueron ejecutadas inmediatamente, y el desgraciado príncipe fue ahogado, segun se dice, en el rio de Andamarca, prediciendo al morir que los blancos vengarian su muerte y que su rival no le sobreviria mucho tiempo (5). Así pereció el desgracia-

(1) He adoptado las dimensiones que cita el secretario Xerez. (Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 202.) Segun Hernando Pizarro el aposento era de nueve pies de alto, treinta y cinco de largo y diez y siete ó diez y ocho de ancho. (Carta, MS.) Los cálculos mas moderados dan todavia bastantes dimensiones al aposento.

Stevenson dice que vieron una gran pieza, parte del antiguo palacio, y entonces residencia del cacique Astopilla, donde el malhadado Inca estuvo prisionero; y añade que todavia estaba visible la línea trazada en la pared. (Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 163.) El Perú abunda en restos tan antiguos como la conquista; y no es estraño que se haya conservado la memoria de un sitio tan notable como este, si bien no sea un recuerdo que los españoles estimen en mucho conservar.

(2) Es notable la uniformidad con que cuentan los antiguos cronistas los hechos contenidos en este párrafo. (Conf., Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Hernando Pizarro, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, ut supra.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. IV.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. LXIV. Herrera Hist. general, dec. V, cap. I.)

Tanto Naharro como Herrera dicen terminantemente que Pizarro prometió al Inca su libertad si cumplia las condiciones del pacto. Esto no lo confirman los demas cronistas, si bien no dicen que el general español desechase tales condiciones. Y como segun todos los autores Pizarro escitó á su prisionero á que cumpliese el contrato por su parte, debió de darle á entender implícita si no esplícitamente que él le cumpliria por la suya. Es ademas improbable que el Inca se hubiese deshecho de sus tesoros si no hubiera contado con que el contrato se habia de llevar á debido efecto.

(3) Relacion del primer descub., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zárate, Conquista del Perú, libro II, capítulo VI.

(4) «I mas dijo Atabalipa, que estaba espantado de lo que el gobernador le habia dicho: que bien conocia que aquel que hablaba en su ídolo no es Dios verdadero, pues tan poco le aiudó.» Xerez Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 203.

(5) Los historiadores no están de acuerdo ni en el sitio ni en la manera en que se dió muerte á Huascar. Todos convienen, sin embargo, en que murió de muerte violenta por órden de su hermano. Conf., Herrera, Hist. general, dec. V, lib. III, cap. II.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, t. III, pág. 204.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. II, capítulo VI.—Instruc. del Inca Titucussi, MS.

do Huascar, legítimo heredero del trono de los Incas en la primavera de su vida y en el principio de su reinado; reinado que sin embargo fue bastante largo para permitirle desplegar muchas de sus escelentes y amables cualidades, aunque por naturaleza era de carácter demasiado blando para competir con el osado y feroz genio de su hermano. Tal es el retrato que de él nos hacen los cronistas indios y castellanos, aunque debe advertirse que los primeros eran parientes de Huascar y los últimos ciertamente no tenian muy buena voluntad á Atahuallpa (1).

Recibió este príncipe la noticia de la muerte de Huascar con grandes muestras de sorpresa é indignacion y envió inmediatamente á llamar á Pizarro para comunicarle el suceso, lo que hizo con espresion del mas profundo dolor. Pizarro no quiso al principio dar crédito á tan desagradable noticia y dijo bruscamente al Inca que su hermano no podia haber muerto, y que le hacia responsable de su vida (2). A esto contestó Atahuallpa asegurando de nuevo el hecho y añadiendo que había sido perpetrado sin su anuencia por los encargados de la custodia de Huascar, temerosos de que se escapase aprovechando la conmocion en que se hallaba el pais. Pizarro hizo por su parte investigaciones y halló que la noticia de la muerte era demasiado cierta. Si el crímen fue ejecutado por los oficiales de Atahuallpa sin su espreso mandato, estos no hicieron mas que anticiparse á los deseos de su soberano. Este crímen, que el parentesco inmediato entre su autor y la víctima pinta á nuestros ojos con mas negros colores, no era tan enorme entre los Incas, en cuyas múltiples familias los lazos de la fraternidad debian ser muy débiles para contener el brazo de un déspota deseoso de remover toda clase de obstáculos.

CAPITULO VI.

Llegada del oro del rescate.—Visita á Pachacamac.—Demolicion del ídolo.—El general favorito del Inca.—Vida del Inca en su cautiverio.—Conducta de los enviados al Cuzco.—Llegada de Almagro.

1533.

Varias semanas habian pasado desde que Atahuallpa despachara á sus emisarios en busca del oro y de la plata prometidos á los españoles por su rescate.



Promesas del Inca para conseguir su libertad.

Pero las distancias eran grandes y los mensajeros volvian lentamente, trayendo en su mayor parte piezas macizas de plata, algunas de dos ó tres arrobas de peso. Sin embargo en pocos dias llegaron por valor de treinta ó cuarenta mil pesos de oro y de cincuenta ó sesenta mil pesos de plata. Brillaban los codiciosos ojos de los conquistadores al contemplar los relucientes montones del tesoro que traian los indios sobre

(1) Garcilasso de la Vega y Titucussi Yupanqui eran descendientes de Huayna Capac, de la pura raza del Perú, y enemigos naturales por tanto de su pariente de Quito, á quien miraban como usurpador. Las circunstancias hicieron á los españoles enemigos de Atahuallpa, y era natural que tratasen de denigrar su reputacion, poniendo su carácter en contraste con el dulce y blando de su rival.

(2) «Sabido esto por el gobernador, mostró que le pesaba mucho: y dijo que era mentira, que no le habian muerto, que lo trujesen luego vivo: y si no que él mandaria matar á Atabalipa.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 204.

sus espaldas, y que despues de cuidadosamente pesado y anotado era puesto en depósito bajo la custodia de una fuerte guardia. Entonces empezaron á creer que se cumplirian las magníficas promesas del Inca; pero al paso que su avaricia se aguzaba al ver delante de sí una riqueza que apenas se habian atrevido á imaginar, se aumentaban sus impacientes exigencias, no haciéndose cargo de la distancia y dificultades del camino, y vituperando altamente la tardanza con que se ejecutaban los regios mandatos. Llegaron á sospechar tambien que Atahuallpa hubiese inventado el pretesto de su rescate solamente con el objeto de entablar comunicaciones con sus vasallos mas distantes y que la dilacion fuese calculada con



Muerte de Huascar.

el objeto de ganar tiempo para asegurar la ejecucion de sus planes. Circulaban rumores de sublevacion entre los peruanos y manifestábanse entre los españoles temores de un ataque repentino y general contra sus reales. Sus nuevas riquezas les dieron mayor causa de cuidado y temblaban como el avaro en medio de sus tesoros (1).

Pizarro comunicó á su prisionero los rumores que circulaban entre los soldados, diciendo que uno de los sitios que se señalaban como punto de reunion de los indios era la inmediata ciudad de Guamachucho. Atahuallpa oyó con gran sorpresa la noticia y rechazó con indignacion el cargo que se le hacia como falso desde el principio hasta el fin. «Ni uno solo de mis vasallos, dijo, se atreverá á presentarse armado ni á levantar un dedo sin órden mia. Me teneis, añadió, en vuestro poder; mi vida está á vuestra disposicion; ¿qué mejor garantía podeis tener de mi fidelidad?» Despues manifestó al gefe español que las distancias de muchos puntos eran muy grandes; que aunque se enviase á Cuzco, la capital, un mensaje por una serie de correos apostados al efecto, tardaria en llegar desde Caxamalca cinco dias y que se necesitarian muchas semanas para que los portadores del tesoro pudiesen hacer el mismo camino con carga tan pesada sobre sus espaldas. «Pero podeis satisfaceros, dijo, de que procedo de buena fé, enviando algunos de vosotros á Cuzco. Yo les daré un salvo conducto; y allí podrán inspeccionar la ejecucion de mis órdenes y ver con sus propios ojos que no se prepara ningun movimiento hostil.» La oferta era buena; y Pizarro, deseoso de adquirir noticias mas circunstanciadas y auténticas del estado del pais, la aceptó de bonísima gana (2).

Antes de la partida de estos emisarios, el general habia despachado á su hermano Hernando con unos veinte caballos y un pequeño cuerpo de infantería á la inmediata ciudad de Guamachucho, con órden de reconocer el pais y averiguar si era ó no cierto el rumor de haberse reunido allí fuerza armada. Hernando Pizarro encontró el pais tranquilo y recibió muy buena acogida de los naturales; pero antes de salir de Guamachucho recibió órdenes de su hermano para que continuase su marcha á Pachacamac, ciudad situada en la costa á cien leguas por lo menos de distancia de Caxamalca. Habia en esta ciudad un gran templo consagrado al dios Pachacamac á quien los peruanos reverenciaban como á criador del mundo. Dícese que en su primera ocupacion del pais encontraron allí altares erigidos en honor de este dios; y era tal la veneracion en que le tenian los naturales, que los Incas en vez de abolir su culto juzgaron mas prudente autorizarlo, juntamente con el de su propia deidad el Sol. Uno y otro templo se elevaban juntos sobre las alturas que dominaban la ciudad de Pachacamac y prosperaban con las ofrendas de sus respec-

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. IV.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 204.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, págs. 203 y 204.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

tivos devotos, «sagaz concierto, dice un antiguo escritor, con el cual el grande enemigo del género humano se aseguraba doble cosecha de almas (1).»

Pero el templo de Pachacamac continuaba manteniendo su ascendiente, y los oráculos que se daban desde su oscura y misteriosa gruta no tenian menos reputacion entre los naturales de Tavantinsuya (ó sean las cuatro partes del mundo, segun se llamaba al Perú por los Incas) que los oráculos de Delfos entre los antiguos griegos. Hacíanse peregrinaciones á aquel sagrado sitio desde las regiones mas distantes, y la ciudad de Pachacamac era para los peruanos lo que la Meca para los mahometanos ó Cholula para el pueblo de Anahuac. El santuario de la deidad enriquecido con los tributos de los peregrinos, llegó á ser uno de los mas opulentos de la tierra, y Atahuallpa, deseoso de reunir su rescate lo mas pronto posible, aconsejó á Pizarro que enviase un destacamento en aquella direccion para apoderarse de los tesoros antes de que pudiesen ocultarlos los sacerdotes del templo.

Ofrecia este viaje muchas dificultades. El camino corria en sus dos terceras partes á lo largo de las cordilleras y de trecho en trecho le interrumpian las crestas de las montañas que presentaban obstáculos no pequeños de vencer. Afortunadamente en la otra parte tenian los viajeros el beneficio del gran camino de Cuzco, y «nada en la cristiandad, esclama Hernando Pizarro, iguala á la magnificencia de este camino que atraviesa la sierra (2).» En algunos puntos los lomos de roca eran tan pendientes que se habian fabricado escalones en ellos para los viajeros; y aunque el camino estaba protegido á los lados por fuertes balaustradas ó parapetos de piedra, costaba gran dificultad á los caballos subir por él. Cortábanle tambien muchas corrientes sobre las cuales se habian construido puentes de madera y algunos de piedra; aunque á veces las aguas que se desprendian de las montañas formaban tan furiosos torrentes que el único medio de pasarlos eran los flexibles puentes de mimbre, en cuyo método estaban muy poco esperimentados los españoles. Estos puentes estaban asegurados en cada orilla á fuertes pilares de piedra; pero como habian sido construidos para sostener un peso no mayor que el de un hombre y un llama, y como en la apariencia eran escesivamente frágiles, los españoles temian aventurarse á pasar por ellos con sus caballos. La esperiencia, sin embargo, les mostró en breve que eran capaces de sostener mucho mayor peso; y si bien causaban vértigos el ruido del torrente y la vista del abismo en que aquel se precipita, abismo que era á veces de cien pies ó mas de profundidad, toda la caballería pasó sin el menor accidente. En estos puentes tenian los indios varias personas cuyo oficio era recaudar los derechos que el gobierno exigia de todos los pasajeros (3).

Admiráronse los españoles de ver el número y la magnitud de los rebaños de llamas que pacian la menuda yerba que crece en las elevadas regiones de los Andes; algunos estaban recogidos en cercados; pero generalmente pacian en libertad bajo la custodia de sus pastores indios; y los conquistadores supieron entonces que aquellos animales eran guardados con tanto cuidado como los merinos de su pais y sus emigraciones arregladas con tanto esmero como las de aquellos (4).

Las pendientes de las montañas estaban cubiertas de chozas y poblaciones, algunas de grande estension; y el pais presentaba por todas partes señales de un cultivo muy adelantado. Veianse campos de trigo indio en todos sus diferentes grados de desarrollo, desde la tierna y verde paja hasta la amarilla y madura espiga. Al paso que los españoles descendian á los profundos valles que dividen las crestas de las cordilleras, se veian rodeados de la vegetacion de un clima mas cálido, vegetacion que deleitaba los sentidos con el alegre espectáculo de mil brillantes colores y la deliciosa percepcion de mil esquisitos perfumes. Por todas partes la feracidad natural del suelo estaba estimulada por un sistema cuidadoso de riego, en que estaban aprovechadas todas las aguas que descendian de los Andes, y el terreno de las montañas estaba adornado de jardines y huertos que ostentaban frutos de todas latitudes. Los españoles no se cansaban de admirar la industria con que los indígenas habian aprovechado la bondad natural del suelo ó suplido á la falta de la naturaleza donde esta no habia sido tan pródiga de sus beneficios.

Ya fuese por órden del Inca ó ya por el temor que en todo el pais habian infundido las hazañas de los conquistadores, lo cierto es que fueron estos recibidos con benévola hospitalidad en todos los puntos por donde pasaron, dándoseles alojamientos y distribuyéndoseles de cuando en cuando abundantes provisiones sacadas de bien surtidos almacenes; y en algunas ciudades salian los habitantes á recibirles cantando y bailando y cuando se volvian á poner en marcha les daban un número suficiente de indios de carga para que les llevasen sus equipages (5).

Al fin despues de algunas semanas de viaje, penoso á pesar de todos estos alivios, llegó Hernando Pizarro delante de la ciudad de Pachacamac. Era esta muy populosa y de edificios sólidamente construidos muchos de ellos. El templo de la deidad tutelar era un vasto edificio de piedra, ó mas bien un conjunto de edificios que agrupados alrededor de una colina cónica, mas parecian una fortaleza que un templo. Pero, aunque las paredes eran de piedra, el techo se componia de delgada paja, cosa muy comun en paises donde nunca ó pocas veces llueve, y donde por consiguiente solo es necesario resguardarse de los rayos del sol.

Al presentarse Hernando Pizarro á la entrada mas pequeña del templo le impidieron el paso los guardias de la puerta; pero esclamando que «no habia venido de tan lejos para que le detuviese el brazo de un sacerdote indio» forzó el paso y seguido de su gente,

(1) «El demonio Pachacama, alegre con este concierto, afirman que mostraua en sus respuestas gran contento: pues con lo uno y lo otro era él seruido, y quedavan las ánimas de los simples malauenturados presas en su poder.» Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXII.

(2) «El camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa, en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada.» Carta, MS.

(3) «Todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera. En un rio grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red: que es cosa maravillosa de ver: pasamos por ellas los caballos. Tienen en cada pasage dos puentes, la una por donde pasa la gente comun, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes: esta tienen siempre cerrada, é indios que la guardan, esos indios cobran portazgos de los que pasan.» Carta de Hernando Pizarro, MS.—Relacion del primer descubrimiento, MS.

(4) Una chistosa errata de imprenta hay en el pasage referente á esta espedicion en la escelente traduccion de Xerez, hecha por Mr. Ternauv-Compans. «*On trouve sur toute la route beaucoup de* PORCS, *de lamas*.» (Relation de la Conquête du Péroe, pág. 157.) La sustitucion de la palabra *porcs* por *parcs* podria inducir al lector á suponer erradamente que habia cerdos en el Perú, antes de la conquista.

(5) Carta de Hernando Pizarro, MS.—Estete, ap. Barcia, tomo III, págs. 206 y 207. Relacion del primer descubrimiento, MS.

Tanto el autor últimamente citado como Estete, veedor ó inspector real, acompañaron á Hernando Pizarro en esta espedicion, y fueron por consiguiente testigos oculares de lo que refieren. El secretario Xerez reunió la narracion de Estete á la suya.

subió la galería circular que conducia á una plataforma en la cima del monte, en uno de cuyos estremos habia una especie de capilla. Este era el santuario de la venerada deidad. La puerta estaba guarnecida con adornos de cristal y con turquesas y pedacitos de coral (1). Allí trataron de nuevo los indios de disuadir á Hernando Pizarro de sü propósito de violar el sagrado recinto, cuando en aquel momento la convulsion de un terremoto que hizo temblar hasta los cimientos del antiguo templo atemorizó tanto á los indígenas, así á los que acompañaban á Pizarro como á los demas habitantes de la ciudad, que todos huyeron espantados, no dudando que su adorada deidad sepultaria á los invasores bajo las ruinas del edificio ó les consumiria con sus rayos. Pero semejante terror no tuvo entrada en los pechos de los conquistadores, convencidos como estaban de que en aquel caso por lo menos servian verdaderamente la causa de la fé.

Pizarro y su gente echaron abajo la puerta y entraron; pero en vez de hallar un salon lleno de oro y de piedras preciosas, dones de los devotos de Pachacamac, segun ellos se imaginaban, se encontraron en un cuarto ó mas bien en una cueva pequeña y oscura, cuyo piso y paredes exhalaban los mas repugnantes olores como los que salen de un matadero. Era el sitio de los sacrificios. Descubrieron, sin embargo, unas cuantas piezas de oro y algunas esmeraldas en el suelo; y luego que sus ojos se acostumbraron un poco á la oscuridad distinguieron en el rincon mas apartado del aposento la figura del ídolo. Era este un mónstruo construido de madera, de forma rara y con cabeza semejante á la del hombre. Tal era el dios por cuyos lábios Satanás habia dictado los famosos oráculos que desde tan antiguo tenian engañados á sus devotos (2).

Los españoles indignados arrancaron el ídolo de su nicho y le sacaron al aire libre donde le hicieron mil pedazos. Despues se purificó aquel lugar y se puso en él una cruz hecha de piedra y yeso. Á los pocos años las paredes del templo fueron derribadas por los españoles que hallaron conveniente aquel sitio para fabricar en él sus edificios; pero la cruz todavía permaneció estendiendo sus anchos brazos sobre las ruinas; permanecia donde fue plantada, en el centro mismo del alcázar de la idolatría, y mientras todo alrededor se habia convertido en ruinas ella proclamaba los triunfos permanentes de la fé.

Los sencillos indios viendo que el cielo no tenia rayos para los conquistadores y que su dios no habia podido evitar la profanacion de su santuario, fueron volviendo poco á poco y rindieron homenaje á los estranjeros á quienes ya miraban con supersticioso temor. Pizarro quiso aprovecharse de esto para apartarles si era posible de su idolatría; y aunque no era predicador, segun él mismo nos dice, les dirigió un discurso sin duda tan edificante como era de esperar de la boca de un soldado (3); y en conclusion les enseñó la cruz como un talisman inestimable para librarlos en adelante de las maquinaciones del demonio (4).

(1) «Esta puerta èra muy tejida de diversas cosas de corales y turquesas y cristales y otras cosas.»—Relacion del primer descub., MS.

(2) «Aquel era Pachacama, el cual les sanaba de sus enfermedades, y á lo que allí se entendió, el demonio aparecia en aquella cueva á los sacerdotes y hablaba con ellos, y estos entraban con las peticiones y ofrendas de los que venian en romería; que es cierto que de todo el señorío de Atahalipa iban allí, como los moros y turcos van á la casa de Meca.» Relacion del primer descub., MS.—Estete, ap. Barcia t. III, pág. 209.

(3) «E á falta de predicador les hice mi sermon, diciendo el engaño en que vivian.»—Carta de Hernando Pizarro, MS.

(4) Id., MS.—Relacion del primer descub., MS.—Estete, ap. Barcia, tomo III, pág. 209.

Pero el gefe español no estaba tan absorto en sus tareas espirituales que dejase de cuidar de los negocios temporales que le habian llevado á aquel sitio. Vió con gran sentimiento que habia llegado demasiado tarde y que los sacerdotes de Pachacamac, informados del objeto de su mision, habian puesto á buen recaudo la mayor parte del oro, y marchádose con él antes de su llegada. Despues se descubrió una gran cantidad del tesoro enterrada en las inmediaciones (5). Sin embargo, lo que se encontró fue bastante, pues no bajó de ocho mil castellanos, suma que en otro tiempo les hubiera parecido bastante compensacion de las grandes fatigas de su viaje; pero ya ellos se habian familiarizado con el oro y su imaginacion exaltada con las aventuras novelescas que les iban sucediendo, se formaba visiones que todo el oro del Perú apenas hubiera podido realizar.

Un premio obtuvo no obstante Hernando en su espedicion, que vino á consolarle de la pérdida de su tesoro. Mientras estaba en Pachacamac supo que el cacique indio Chalcuchima se hallaba con grandes fuerzas en las inmediaciones de Xauxa, ciudad de alguna consideracion situada á gran distancia entre las montañas. Este cacique, pariente inmediato de Atahualpa, era el mas esperto de sus generales y juntamente con Quizquiz que entonces se hallaba en Cuzco, habia alcanzado en el Sur las victorias que habian elevado al Inca sobre el trono. Por su cuna, sus talentos y su grande esperiencia no tenia superior en el reino; y Pizarro conocia cuán importante era asegurar su persona. Viendo que el noble indio rehusaba verse con él á su vuelta, determinó marchar desde luego á Xauxa y apoderarse del gefe en sus mismos reales. Este proyecto, considerando la enorme desigualdad numérica de ambos ejércitos, parecia desesperado aun para los españoles; pero los triunfos les habian inspirado tal confianza, que apenas creian que pudiese salirles mal ninguna empresa.

El camino á traves de las montañas presentaba mayores dificultades que el primero por donde habian llegado, y á estas se añadian, respecto á la caballería, que se habian gastado las herraduras de los caballos y los cascos de los animales padecian mucho en aquel terreno pedregoso y áspero. No habia hierro á mano, solo habia plata y oro, y en semejante situacion se aprovecharon de estos metales, haciendo Pizarro herrar á toda la caballería con herraduras de plata que, hechas por los fundidores indios, llenaron tan bien su objeto que este precioso metal sustituyó al hierro durante el resto de la marcha (6).

Xauxa era una ciudad grande y populosa, si bien apenas es creible la asercion de los conquistadores que dicen que se reunian habitualmente en la plaza principal cien mil personas (7). El gefe peruano estaba acampado á pocas millas de la ciudad con un ejército que, segun los cálculos comunes, ascendia á treinta y cinco mil hombres. Gran dificultad costó

(5) «Y andando los tiempos el capitan Rodrigo Orgoñez y Francisco de Godoy y otros sacaron gran suma de oro y plata de los enterramientos. Y aun se presume y tiene por cierto que ay mucho mas; pero como no se sabe dónde está enterrado, se pierde.» Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXII.

(6) «Hicieron hacer herrage de herraduras é clavos para sus caballos de plata, los cuales hiciéronlos cien indios fundidores muy buenos é cuantos quisieron de ellos, con el cual herrage andubieron dos meses.» (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VII, cap. XVI.) El autor de la relacion del primer descub., MS., dice que herraron los caballos con plata y cobre, y otro de los conquistadores asegura que usaron oro y plata. (Relatione d'un capitano spagnuolo, ap. Ramusio, Navigationi et Viaggi, Venetia 1653, tomo III, fólio 376.) Pero todos convienen en lo de la plata.

(7) «Era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que al parecer de los españoles se juntaban cada dia en la plaza principal cien mil personas.» Estete, ap. Barcia, t. III, pág. 230.

hacerle consentir en una entrevista con Pizarro; este le habló cortesmente y le instó para que volviese con él al campo castellano en Caxamalca, diciéndole que tal era la órden del Inca. Desde la captura de su soberano habia permanecido Chalcuchima incierto del plan que habia de seguir. La captura del Inca hecha de una manera tan repentina y misteriosa por una raza de seres que parecian caidos de las nubes y en el momento mismo de sus triunfos, le tenia completamente asombrado, y ni habia concebido proyecto alguno para rescatar á Atahuallpa, ni sabia á punto fijo si el que concibiese seria ó no aceptable al soberano. Determinó pues cumplir la órden que de su parte le daba Pizarro, porque de todos modos deseaba tener una entrevista con Atahuallpa, y Pizarro consiguió su fin sin necesidad de apelar á medios violentos para ello. El gefe bárbaro cuando llegó á presencia del blanco pareció asombrado de su superior genio del mismo modo que el animal salvaje tiembla ante la mirada fija del cazador.

Llegó Chalcuchima escoltado de numerosa hueste conducido en sus andas en hombros de sus vasallos; y acompañando á los españoles á su vuelta por el pais, recibió en todas partes de los habitantes homenajes que solo tributaban al favorito de un monarca, Sin embargo, toda su pompa se desvaneció al entrar á presencia del Inca á quien se acercó con los pies desnudos y llevando en las espaldas una ligera carga que tomó de un criado suyo. Al aproximarse levantó el anciano guerrero las manos al cielo y exclamó: «Si yo hubiera estado aquí no habria sucedido esto;» despues arrodillándose, besó las manos y los pies á su soberano y los bañó con sus lágrimas. Atahuallpa por su parte no manifestó la menor emocion ni dió otra señal del contento que debia causarle la presencia de su consejero favorito, mas que el darle la bienvenida. La frialdad del monarca contrastaba singularmente con la leal sensibilidad del vasallo (1).

La categoría del Inca le colocaba á una distancia enorme hasta del mas elevado y orgulloso de sus vasallos; y los españoles tuvieron repetidas ocasiones de admirar el ascendiente que aun en su desgracia tenia sobre su pueblo y la veneracion con que sus súbditos se le acercaban. Pedro Pizarro refiere una entrevista que presenció entre Atahuallpa y uno de sus grandes, el cual habia obtenido licencia para visitar un punto distante del pais con la condicion de que volviese para cierto dia determinado. Detúvose un poco de tiempo mas, y al entrar á presencia de Atahuallpa con un corto don propiciatorio, sus rodillas temblaban, tanto que, segun dice el cronista, parecia que iba á caer en tierra. Sin embargo, su soberano le recibió con bondad y le despidió sin dirijirle la menor palabra de reprension (2).

Atahuallpa en su prision continuaba tratado por los españoles con el mismo respeto que al principio. Enseñáronle el juego de los dados y el mas dificultoso aun del agedrez, en el cual el monarca cautivo llegó á adiestrarse y gustaba de entretener con él el tedio de la prision. Respecto á sus vasallos, mantenia en todo lo posible su gravedad y ceremonia. Era servido por sus esposas y por las mujeres de su harem, las cuales, segun costumbre, le servian á la mesa y desempeñaban los demas oficios domésticos cerca de su persona. En la antecámara tenia una guardia de indios nobles, que nunca entraban á su presencia sin ser llamados, y cuando lo eran se sometian á las mas humillantes ceremonias que se imponian hasta al mas poderoso. El servicio de su mesa era de oro y plata, y su traje, del que cambiaba á menudo, se componia de lana de Vicuña tan fina que parecia seda. Algunas veces se ponia tambien una túnica de pieles de murciélagos tan blanda y lustrosa como terciopelo. Ceñia su cabeza el *Llautu*, especie de turbante ó chal de lana de tejido muy delicado y doblado en pliegues de varios colores brillantes, continuaba tambien llevando rodeada á las sienes la borla imperial cuyos hilos encarnados entremezclados de hilos de oro descendian hasta taparle en parte los ojos. La imágen de la soberanía tenia todavía atractivo para él aun cuando en realidad habia desaparecido. Ninguno podia usar vestido ni utensilio que hubiese pertenecido á un soberano del Perú. Cuando este los desechaba eran depositados cuidadosamente en una caja destinada al efecto, y despues quemados con ella. Hubiera sido un sacrilegio aplicar á usos vulgares lo que el contacto del Inca habia hecho sagrado (3).

Poco despues de la llegada de las tropas enviadas á Pachacamac á fines de mayo, volvieron los tres emisarios de Cuzco. Su mision habia tenido muy buen resultado. Merced á las órdenes del Inca y al respetuoso temor que los blancos inspiraban en el pais, habian sido bien recibidos en todas partes. Los naturales les habian llevado en las hamacas ó andas del pais; y como habian ido hasta la capital por la gran calzada imperial en que estaban apostados de distancia en distancia indios de carga, hicieron el viaje de mas de seiscientas millas, no solo sin molestia, sino con lujosa comodidad. Atravesaron muchas ciudades populosas, y en todas encontraron á los sencillos indios dispuestos á venerarles como á seres de superior naturaleza. En el Cuzco fueron recibidos con regocijos públicos, se les alojó suntuosamente y los obsequiosos habitantes se esmeraron en satisfacer todas sus necesidades y prevenir todos sus deseos.

Las noticias que trajeron de la capital confirmaron cuanto Pizarro habia oido acerca de la riqueza y poblacion de aquella ciudad. Aunque habian permanecido mas de una semana en ella, no la habian visto toda. Vieron sin embargo el gran templo del Sol que estaba absolutamente cubierto de planchas de oro. Penetraron en lo interior y vieron los cadáveres embalsamados de los reyes sentados cada uno en su silla chapeada de oro y cubiertos de vestiduras llenas de adornos. Los españoles tuvieron el buen gusto de respetarlos segun les habia aconsejado el Inca, pero exigieron que las planchas de oro que guarnecian las paredes se quitasen todas. Los peruanos obedecieron con repugnancia la órden de su soberano para despojar de sus riquezas el templo nacional que todos los habitantes de la ciudad miraban con particular orgullo y veneracion. Con menos repugnancia consintieron en entregar á los conquistadores los adornos de algunos otros edificios, en los cuales el oro, teniendo mucha parte de liga, era de menos valor (4).

El número de planchas que quitaron del templo del Sol no bajó de setecientas, y aunque probablemente no eran de gran espesor, los autores las comparan en tamaño á la tapa de una arca de diez ó doce pulgadas de ancha (5). Rodeaba el edificio una cornisa de oro puro, pero tan fuertemente encajada en la piedra, que por fortuna resistió á todos los esfuerzos de los

(1) Pedro Pizarro, Descub., y Conq., MS.

«Cosa semejante, esclama Estete, no se habia visto desde el descubrimiento de las Indias.» Estete, ap. Barcia, tom. III, pág. 231.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.

(3) Esta relacion de las costumbres personales de Atahuallpa está tomada de Pedro Pizarro que le vió con frecuencia en su prision, y por ser tan curiosa narracion muy poco conocida, he estractado el original en el *Apéndice* número 9.

(4) Rel. d'un capitano spagn., ap. Ramusio, tomo III, fóleo 375.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. II, cap. XII—XIII.

(5) «Y de las chapas de oro que esta casa tenia quitaron setecientas planchas... á manera de tablas de cajas de tres y cuatro palmos de largo.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 232.

despojadores. Quejábanse estos de la falta de diligencia que mostraban los indios en la obra de destruccion, y decian que habia otros puntos en la ciudad que contenian edificios abundantes en oro y plata y que no se los habian dejado ver. En realidad su mision, que en sí misma era de las mas desagradables, se hizo odiosa por la manera con que la ejecutaron. Los emisarios eran hombres de baja esfera; y envanecidos con los honores que les tributaban los indígenas, creian merecerlos y despreciaban á los pobres indios como á una raza incomparablemente inferior á la europea; y no solo mostraron la mas repugnante avaricia, sino que trataron á los mas elevados señores con grosera insolencia, en la cual se escedieron tanto, segun se dice, que violaron el secreto de los conventos ultrajando los sentimientos religiosos de los peruanos con sus escandalosos amores con las vírgenes del sol. Tanto exasperó esta conducta á los habitantes del Cuzco, que les hubieran maltratado á no impedírselo su habitual reverencia al Inca, en cuyo nombre venian los españoles. Así recogieron todo el oro que fue necesario para satisfacer la codicia de sus indignos visitantes y librarse de ellos lo mas pronto posible (1). Grande error fue en Pizarro enviar á tales hombres: aun entre su gente habia otras personas que como se vió despues, tenian alguna idea del respeto que se debian á sí propias, ya que no respetasen á los indios.

Los mensajeros se llevaron consigo ademas de la plata, doscientas cargas de oro (2), importante aumento á lo que ya habia presentado Atahuallpa; y si bien el tesoro todavía distaba mucho de llegar á la cantidad señalada, el monarca vió con satisfaccion que se acercaba el tiempo de completar su rescate.

Poco antes de estos sucesos ocurrió uno que cambió la situacion de los españoles, y tuvo desfavorable influencia en la suerte del Inca. Fue este la llegada de Almagro á Caxamalca con gran refuerzo de tropas. Almagro despues de grandes esfuerzos habia logrado armar tres bajeles y reunir ciento cincuenta hombres, con los cuales se habia embarcado desde Panamá á últimos del año anterior. En su viaje se le habia reunido una pequeña fuerza procedente de Nicaragua, de modo que su ejército se componia de ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos, bien provistos de municiones de guerra. Dirigia sus bajeles el antiguo piloto Ruiz, pero despues de haber llegado á la bahía de San Mateo navegó lentamente á lo largo de la costa detenido por los vientos y corrientes y esperimentando todos los desagradables incidentes que trae consigo una larga navegacion. No habia podido saber noticia alguna de Pizarro, y tan desanimados estaban sus soldados, muchos de los cuales eran inespertos aventureros, que cuando llegaron á Puerto Viejo propusieron abandonar la espedicion y volverse desde luego á Panamá. Por fortuna, un individuo del pequeño escuadron que Almagro habia enviado á Tumbez, trajo noticias de Pizarro y de la colonia que habia fundado en San Miguel; y animado con estas nuevas el caballero español, prosiguió su viaje y logró por último, á fines de diciembre de 1532, llegar sano y salvo con toda su gente al establecimiento español.

Allí supo la marcha de Pizarro por las montañas, la captura del Inca, y poco despues el enorme rescate ofrecido por su libertad, y tanto él como sus compañeros, manifestaron grande admiracion y asombro cuando llegó á su conocimiento una mudanza tan rápida en la suerte de Pizarro que parecia poco menos que verificada por arte mágica. Al mismo tiempo le avisaron algunos de los colonos, que no se fiase de Pizarro ni se pusiera en sus manos, pues sabian que no le tenia buena voluntad.

Poco despues de la llegada de Almagro á San Miguel, se recibió noticia de ella en Caxamalca, y una nota reservada de su secretario Perez, informando á Pizarro que su sócio no habia venido con propósito de auxiliarle en la empresa, sino con intencion de establecer un gobierno independiente. Parece que ambos capitanes estaban rodeados de hombres de espíritu mezquino y turbulento que procuraban desavenirlos creyendo sin duda encontrar su propio provecho en la enemistad recíproca de sus gefes. Sin embargo por entonces se frustraron sus maliciosas maquinaciones.

Gran satisfaccion causó á Pizarro la llegada de tan considerable refuerzo, que le proporcionaba medios de aumentar su fortuna y seguir adelante en la conquista del pais. Hizo poco caso de la comunicacion del secretario Perez; pues cualquiera que fuese el primitivo designio de Almagro, sabia que la rica vena que habia abierto en el pais le aseguraría su cooperacion para esplotarla. Tuvo por tanto la magnanimidad, porque magnanimidad hay en desatender las sugestiones de una rivalidad mezquina por seguir los consejos de una sana política, de enviar un mensaje á su antiguo compañero invitándole con muchas protestas de amistad á que fuese á Caxamalca. Almagro, que era de carácter franco é indolente, recibió la comunicacion con las mismas muestras de cordialidad con que estaba hecha. Y sin detenerse mas que el tiempo necesario para los precisos preparativos, dirigió su marcha á lo interior. Pero antes de salir de San Miguel habiendo sabido la doble conducta de su secretario, recompensó su traicion ahorcándole en el mismo sitio (3).

Almagro llegó á Caxamalca á mediados de febrero de 1533. Los soldados de Pizarro salieron á recibir á sus compañeros, y los dos capitanes se abrazaron con muchas muestras de cordial satisfaccion; diéronse al olvido todas las pasadas desavenencias, y tanto uno como otro se manifestaron dispuestos á auxiliarse mútuamente en la brillante carrera que la conquista de aquel imperio les ofrecia.

Una persona habia en Caxamalca en quien la llegada de los españoles produjo muy diferente impresion; esta persona era Atahuallpa, el cual no solamente vió en los recien llegados otra nube de langostas que iba á devorar su desgraciado pais, sino que conoció que multiplicándose de tal modo el número de sus enemigos, se disminuian las probabilidades de recobrar su libertad ó de conservarla si llegaba á poderla recobrar. Una pequeña circunstancia, insignificante en sí misma, pero á la cual la superstición daba un aspecto formidable, vino en aquel tiempo á hacer mas triste su situacion.

Algunos soldados vieron en el cielo una especie de meteoro ó cometa, y se lo enseñaron á Atahuallpa. El monarca le estuvo mirando fijamente por espácio de algunos minutos, y despues con aire de desconsuelo esclamó, que se habia visto en los aires una señal semejante poco tiempo antes de la muerte de su padre Huayna Capac (4). Desde aquel dia se apoderó de él una profunda tristeza presintiendo y temiendo

(1) Herrera, Hist. general, ubi supra.

(2) Así se espresa el secretario: «Y vinieron doscientas cargas de oro y veinte y cinco de plata.» (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, ubi supra.) Estas cargas llevaban cuatro indios. «Cargas de paligueres que las traen quatro indios.» La significacion de *paligueres*, que no es palabra española, es dudosa. Ternaux-Compans supone bastante ingeniosamente que debia significar algo semejante á *palanquin*, con la cual tiene mucha semejanza.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, págs. 204 y 205.—Relacion sumaria, MS.—Conq. y Pob. del Perú, MS.—Relacion del primer descub., MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. III, cap. I.

(4) Rel. d'un capitano spagn. ap. Ramusio, t. III, fol. 377.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LXV.

alguna próxima desgracia. Así es como en las ocasiones de peligro se aumentan considerablemente la percepcion del alma y de los sentidos, y la menor diferencia en el curso regular de la naturaleza, diferencia que en tiempos ordinarios apenas hubiera sido notada, á los ojos de las personas supersticiosas aparece como nuncio fatal de alguna desgracia, cual si el fenómeno estuviese directa ó indirectamente relacionado con el destino particular del individuo.

CAPITULO VII.

Inmenso valor de las riquezas.—Su division entre las tropas.—Rumores de alzamiento.—Causa del Inca.—Su ejecucion.—Reflexiones.

1533.

La llegada de Almagro hizo variar considerablemente los cálculos de Pizarro, pues le ponia en situacion de volver á emprender las operaciones activas y llevar adelante su conquista. El único obstáculo para sus proyectos era el rescate del Inca cuya llegada habian esperado los españoles con paciencia hasta que con la vuelta de los emisarios del Cuzco se aumentó grandemente el tesoro, si bien no habia llegado aun al límite estipulado. Pero ya su avaricia acabó con su paciencia y les hizo reclamar altamente la inmediata reparticion del oro. Esperar mas hubiera sido esponerse á un ataque de los enemigos á quienes no dejaria de atraer tan buen cebo. Mientras no se contase el tesoro nadie sabria su valor ni la parte de él que le tocase. Era mejor distribuirlo y que cada uno poseyese y defendiese lo suyo. Ademas algunos se hallaban dispuestos á volver á su tierra y á llevarse su parte de botin á punto donde pudieran tenerlo seguro; si bien estos eran pocos, pues la mayor parte solo deseaban salir de Caxamalca y marchar directamente al Cuzco, creyendo que en la capital encontrarian mas oro del que podrian adquirir prolongando su permanencia en aquel sitio; y juzgando que no habia tiempo que perder para evitar que los habitantes ocultasen sus tesoros segun ya se sabia que intentaban hacerlo.

Esta última consideracion fue la que mas especialmente movió á Pizarro, conociendo que sin poseer la capital no podria enseñorearse del imperio. Así sin mas dilacion determinó hacer la distribucion del tesoro.

Sin embargo antes era necesario reducirlo á barras de igual tamaño; peso y calidad, porque el botin se componia de infinita variedad de artículos en los cuales el oro tenia diversos grados de pureza. Estos artículos eran copas, jarros, bandejas, vasos de todas formas y tamaños, ornamentos y utensilios de los templos y reales palacios, tablas y planchas para el adorno de los edificios públicos, y curiosas imitaciones de diferentes plantas y animales. Entre las plantas la mas preciosa imitacion era la que figuraba el maiz con su dorado grano cubierto de anchas hojas de plata, de las cuales colgaba una rica borla de hilos del mismo metal precioso. Tambien era muy de admirar una fuente con su brillante chorro de oro y pájaros y animales de la misma materia jugando en las aguas de su taza. La delicadeza del trabajo de algunos objetos y la belleza y naturalidad del dibujo cautivaron la admiracion de jueces mejores que los ignorantes conquistadores del Perú (1).

(1) Relatione de Pedro Sancho, ap. Ramusio, Viaggi, tomo III, fol. 399.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 233.—Zárate, Conquista del Perú, lib. II, capítulo VII.

Oviedo vió en Santo Domingo los objetos que Hernando Pizarro llevaba á Castilla, y se estiende largamente en la pintura de varios vasos de oro uno muy bien trabajados y ricamente adornados, cuya cabida era de doce pulgadas de altura por treinta de circunferencia. Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XVI.

Antes de destruir estas muestras del arte indio se determinó enviar algunas, que luego habian de deducirse del quinto real, al emperador para que sirviesen como ejemplo del ingenio y habilidad de los indios y del mucho valor de la conquista. Eligiéronse las mejores, que valdrian unos cien mil ducados, y Hernando Pizarro fue nombrado para llevarlas á España, el cual llevaba tambien encargo de presentarse á Cárlos, y al mismo tiempo que le entregase los tesoros le diese cuenta de los sucesos de los conquistadores y pidiera que se les diesen mas facultades y se les elevase á superior categoría. No habia en el ejército quien pudiese desempeñar mejor esta mision que Hernando Pizarro por su destreza y conocimiento de los negocios, y nadie tampoco podia abogar con mejor efecto por la causa de los conquistadores en la altiva córte castellana. Pero otras razones influyeron en su eleccion en aquel caso.

Todavía hervia en su pecho la celosa furia que en otro tiempo alimentara contra Almagro; la llegada de este gefe al campamento le habia causado un disgusto que no trató de ocultar. Mirábale como si hubiera venido á participar del fruto de la victoria y á defraudar á su hermano de la gloria que legítimamente le correspondia. En vez de contestar al cordial saludo de Almagro en su primera entrevista, se habia mantenido en arrogante y profundo silencio. Mucho desagradó á su hermano Francisco esta conducta que podia renovar la antigua enemistad, y para evitar sus consecuencias hizo que Hernando le acompañase al campo de Almagro y le diese alguna disculpa de su descortesía (2). Mas á pesar de esta apariencia de reconciliacion, el general quiso aprovechar la oportunidad de apartar á su hermano del teatro de las operaciones donde su espíritu turbulento perjudicaba por un lado á su causa mas de lo que por otro la servian sus eminentes prendas militares (3).

Confióse á los plateros indios el encargo de fundir el metal, con lo cual se les obligó á deshacer lo que con sus propias manos habian hecho. Trabajaron dia y noche, pero tanta era la cantidad que debian fundir, que gastaron en ello un mes entero. Cuando todo quedó reducido á barras de igual valor, se procedió á verificar el peso en presencia de los inspectores reales. La suma total del oro se halló que era un millon trescientos veinte y seis mil quinientos treinta y nueve pesos de oro, lo cual teniendo presente el mayor valor de la moneda en el siglo XVI, vendria á equivaler en el actual á cerca de tres millones y medio de libras esterlinas ó poco menos de quince millones y medio de duros (4). Calculóse la cantidad de plata en

(2) Herrera, Historia general, dec. V, lib. II, cap. III.

(3) Segun Oviedo se determinó que del rescate del Inca tuviese Hernando una parte mucho mayor de la que le correspondia, con la esperanza de que viéndose tan rico no quisiese volver mas al Perú. «Trabajaron de le embiar rico por quitarle de entre ellos, y porque yendo muy rico como fué no tubiese voluntad de tornar á aquellas partes.» Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XVI.

(4) Acta de reparticion del rescate de Atahuallpa, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia tomo III, pág. 232.

Para reducir las sumas mencionadas en esta obra, me he aprovechado, como hice en la Historia de la conquista de Méjico, de los trabajos del señor Clemencin, antiguo secretario de la Real Academia de la Historia de Madrid. Este eminente literato, en el tomo sesto de las Memorias de la Academia, preparado enteramente por él, ha incluido un laborioso ensayo sobre el valor de la moneda en el reinado de Fernando é Isabel. Aunque este periodo (el final del siglo XV) es un poco anterior al de la conquista del Perú, los cálculos del señor Clemencin se acercan suficientemente á la verdad, pues todavía el valor de la moneda española no se habia modificado gran cosa por el influjo de los metales preciosos del Nuevo Mundo, influjo que despues fue tan grande.

Para averiguar el valor de la moneda en una edad remota, tenemos que considerar primero su valor específico, esto es,

cincuenta y un mil seiscientos diez marcos. La historia no ofrece ejemplo de semejante botin todo en metal precioso y reducible como era á dinero contante, ganado por una pequeña tropa de aventureros como eran los conquistadores del Perú. El gran objeto de las espediciones españolas en el Nuevo Mundo fue el oro; y es notable que tan completamente lo lograsen. ¡Si hubieran seguido las huellas de los ingleses, franceses ú holandeses en el continente del Norte, cuán distinto hubiera sido el resultado! Es igualmente notable que la riqueza tan repentinamente adquirida, apartándoles de las fuentes menos copiosas pero mas seguras y permanentes de la prosperidad nacional, se les escapó al fin de las manos constituyéndoles en una de las naciones mas pobres de la cristiandad.

Suscitóse entonces una nueva dificultad en la reparticion del tesoro. Los soldados de Almagro reclamaron su parte, y como eran tantos ó por mejor decir, eran mas que los que formaban el pequeño ejército de Pizarro, su participacion disminuia considerablemente la suerte de cada uno. «Verdad es, decian, que no nos hemos hallado en la captura del inca, pero en cambio os hemos ayudado á guardarle y á defender el tesoro, y en la actualidad os damos medios de proseguir y asegurar vuestras conquistas. Nuestra causa es comun y por tanto la ganancia debe serlo tambien.» Pero este modo de considerar el asunto no era muy del gusto de los soldados de Pizarro, los cuales alegaban que Atahuallpa habia hecho el contrato esclusivamente con ellos; que ellos habian capturado al Inca, asegurando el rescate y corrido solos los riesgos de la empresa, y que no estaban dispuestos por lo mismo á dividir el fruto de ella con todos los que despues viniesen. No podia negarse que este razonamiento era fuerte, y al fin se convino entre los capitanes que los soldados de Almagro desistieran de sus pretensiones, recibiendo en cambio una pequeña suma que se estipuló, y que procurarian grangearse por sí mismos su fortuna en la nueva carrera que tenian abierta.

el que se deriva del peso, pureza, etc., del metal, circunstancias que pueden fácilmente determinarse. En segundo lugar debemos averiguar el valor comercial ó comparativo del dinero, es decir, el valor que resulte de la comparacion entre la suma de artículos que antiguamente podian comprarse con una cantidad dada y los que pueden comprarse en los actuales tiempos. Esta última investigacion es muy embarazosa por la dificultad de encontar un artículo que pueda tomarse como tipo verdadero del valor. El trigo, por su uso y cultivo general, ha sido comunmente elegido por los economistas como tipo, y Clemencin le ha adoptado en sus cálculos, procurando averiguar el valor de las principales monedas en circulacion en el tiempo de los reyes católicos. No hace mencion en su tratado del *peso de oro*, por cuya denominacion, con preferencia á otra alguna se designaban las sumas á principios del siglo XVI; pero declara el valor específico y comercial del *castellano*, que, segun el testimonio comun de varios escritores antiguos, como Oviedo, Herrera y Xerez, equivalia precisamente al peso de oro. Segun sus cálculos parece que el valor específico del castellano, que él reduce á reales, es igual á tres dollars, siete centésimas de nuestra moneda (1), y el valor nominal mas de cuatro veces mayor, ó sean dos libras, doce chelines y seis peniques, moneda esterlina (2). Adoptando este valor como el mas aproximado al del peso de oro en la primera parte del siglo XVI, el lector podrá comparar fácilmente por sí mismo el valor que tenian en aquel tiempo las sumas mencionadas en estas páginas, muchas de las cuales están espresadas con aquella denominacion.

Me he detenido mas en estas particularidades, porque en mi primera obra me limité á calcular el valor comercial de la moneda, el cual siendo mayor que el específico, fundado en la calidad y peso del metal, juzgó un ingenioso corresponsal, que daba al lector una idea exagerada de las sumas mencionadas en la historia. Pero me parece que este valor comparativo ó comercial es el único que importa saber al lector, pues le indico cuánto puede comprar con una suma dada, dando así á conocer el verdadero valor de ella, y adoptando por conversion el principio de la antigua máxima:

¿What is worht in any tihng,
But so mueh money as'twill bring? (3)

(1) Sesenta y un rs. catorce maravedis. (*N. del Trad.*)
(2) Doscientos cincuenta y cuatro rs. (*N. del Trad.*)

(3) *No vale mas una cosa*
Que el dinero que produce.

Arreglado así amistosamente este delicado negocio, Pizarro preparó con toda solemnidad la distribucion del botin. Reuniéronse las tropas en la gran plaza y el gefe español «con todo temor de Dios» dice el acta, invocó el auxilio del cielo para ejecutar aquel acto concienzuda y justamente (1). La invocacion puede parecer un poco inoportuna siendo como era para distribuir unos despojos tan sin derecho adquiridos; sin embargo, es cierto que considerando la magestad del tesoro y la facultad que se abrogó Pizarro de repartirlo entre todos, segun los respectivos méritos de cada uno, pocos actos de su vida envolvian mas responsabilidad; pues de aquella decision suya podia decirse que dependia la fortuna de cada uno de sus soldados, la pobreza ó la independencia durante el resto de sus dias.

Dedújose primero el quinto real incluyendo los presentes remitidos ya á España. La parte que tomó Pizarro ascendió á cincuenta y siete mil doscientos veinte y dos pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. Tomó ademas la gran silla ó trono del Inca, toda de oro macizo y valuada en veinte y cinco mil pesos de oro. A su hermano Hernando dió treinta y un mil ochocientos pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. Soto recibió quince mil setecientos cuarenta pesos de oro y setecientos veinte y cuatro marcos de plata. Muchos de los restantes caballeros que eran sesenta, recibieron cada uno ocho mil ochocientos pesos de oro y trescientos sesenta y dos marcos de plata, aunque algunos tuvieron mas y unos pocos recibieron mucho menos. La infantería se componia de ciento cinco hombres. Casi la quinta parte de ellos recibieron cada uno cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos de oro y ciento ochenta marcos de plata, la mitad de la parte que tocó á los soldados de caballería. Los restantes recibieron una cuarta parte menos, aunque aquí tambien hubo escepciones y algunos tuvieron que contentarse con una porcion mucho menor del botin (2).

La nueva iglesia de San Francisco, primer templo cristiano del Perú, fue dotada con dos mil doscientos veinte pesos de oro. La suma asignada á los soldados de Almagro no fue escesiva si, como se cuenta, no pasó de veinte mil pesos (3); y la reservada para los colonos de San Miguel, que ascendia solamente á quince mil pesos fue pequeñísima (4). Habia entre ellos ciertos soldados, que al principio de la espedicion, como recordará el lector, abandonaron la marcha y volvieron á San Miguel. Estos ciertamente tenian poco derecho á que se contase con ellos en la reparticion del botin. Pero la mayor parte de los colo-

(1) «Segun Dios nuestro Señor le diere á entender teniendo su conciencia, y para lo mejor hacer pedia el ayuda de Dios nuestro Señor, é invocó el auxilio divino.» Acta de reparticion del rescate, MS.

(2) En el Acta de reparticion del rescate, intrumento redactado y firmado por el escribano real, están los pormenores de la distribucion. Este documento, que es por tanto autoridad incuestionable, se halla entre los manuscritos que se me facilitaron de la coleccion de Muñoz.

(3) «Se diese á la gente que vino con el capitan Diego de Almagro, para ayuda á pagar sus deudas y fletes, y suplir algunas necesidades que traian veinte mil pesos.» (Acta de reparticion del rescate, MS.) Herrera dice que se dieron cien mil pesos á la gente de Almagro. Hist. general, dec. V, lib. III.) Pero esto no consta en el Acta.

(4) «En treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes y otros que no vinieron ni se hallaron en la prision de Atahuallpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.» Id., MS.

nos eran inválidos cuya salud se habia deteriorado por efecto de sus anteriores fatigas, y que todavía con ánimo esforzado y entusiasta, prestaron buenos servicios en su puesto militar de la costa; y no es fácil esplicar por qué motivo perdieron el derecho á mas ámplia remuneracion.

Nada se dice en la reparticion del mismo Almagro, el cual, segun los términos del primitivo contrato, podia reclamar una parte igual á la de su socio. Tampoco se dice nada de Luque el otro compañero. A este en verdad no le aprovechaban ya los tesoros mundanos, pues habia muerto poco antes de la partida de Almagro de Panamá (1) sin haber llegado á saber el éxito completo de una empresa que á no ser por sus esfuerzos nunca hubiera llegado á feliz término, sin tener noticia tampoco de las hazañas ni de los crímenes de Pizarro. Pero el licenciado Espinosa, á quien representaba, vivia aun en Santo Domingo y Luque le habia legado esplícitamente sus derechos. Sin embargo, en cosas que sucedieron en tiempos tan remotos no es seguro el fallo que se pronuncia fundándose en testimonios puramente negativos, y debe admitirse como fuerte presuncion en favor de la equidad con que Pizarro debió de hacer el reparto, la circunstancia de no haber llegado hasta nosotros ninguna queja de los que á él se hallaron presentes ni de los cronistas contemporáneos (2).

Terminada la reparticion del tesoro, parecia que ya no se presentaba obstáculo para proseguir las operaciones activas y emprender la marcha al Cuzco. ¿Pero qué habia de hacerse con Atahuallpa? Para resolver esta cuestion, lo mas espedito era para los conquistadores lo mas justo (3); darle libertad seria dársela á su mas peligroso enemigo, á un hombre cuyo nacimiento y categoría reunirian alrededor suyo á toda la nacion y pondrian en su mano todos los recursos y resortes del gobierno, á una persona en fin, cuyas palabras por sí solas serian capaces de dirigir toda la energía de su pueblo contra los españoles y dilatar por mucho tiempo, si no frustrar completamente, la conquista del pais. Sin embargo tenerle cautivo ofrecia casi tantas dificultades; pues la guarda de tan importante presa exigia mucha gente, lo cual era forzoso que disminuyese grandemente el ejército; y con todo eso todavía no se evitaba el peligro de que el prisionero fuese rescatado en los peligrosos pasos de las montañas.

En esto el Inca reclamaba altamente su libertad. Sin embargo todavía no habia completado el pago de la cantidad estipulada para el rescate, y puede dudarse que al fin hubiera logrado completarlo si se consideran las dificultades que oponian los encargados de la custodia de los templos, los cuales parecian mas dispuestos á ocultar sus tesoros que á despojar de ellos á los sagrados edificios para satisfacer la codicia de los estranjeros. Tuvo tambien el monarca indio la desgracia de que gran parte del oro y el de mejor calidad consistia en planchas ó tablas aplastadas que, aunque de mucho valor, por su forma compacta, hacian poco bulto. Pero se habia ya realizado una cantidad inmensa, y el Inca podia alegar que habria sido mayor si la impaciencia de los españoles hubiese dado tiempo para reunirla. De todos modos el rescate habia sido magnífico y tal como nunca le habia pagado príncipe ni potentado alguno.

Estas consideraciones esponia Atahuallpa á muchos de los caballeros, y especialmente á Hernando de Soto con quien tenia mas familiaridad que con Pizarro. Soto habló de la demanda de Atahuallpa á su capitan; pero este dió una respuesta evasiva sin descubrir las negras intenciones que iban germinando en su mente (4). Poco tiempo despues hizo que el escribano preparase un instrumento público en el cual eximia al Inca de toda nueva obligacion respecto al rescate; y mandó que fuese este documento públicamente pregonado, declarando al mismo tiempo que la seguridad de los españoles exigia que el Inca permaneciera prisionero hasta que aquellos recibiesen nuevos refuerzos (5).

Entre tanto comenzaron otra vez á correr rumores entre los soldados del ataque que, segun se suponia, meditaban los indios. Todos repetian estos rumores y con la repeticion iba tomando mas crédito la noticia. Decíase que en Quito, patria de Atahuallpa, se estaba reuniendo un inmenso ejército, y que treinta mil caribes estaban ya en camino para aumentar sus filas (6). Los primitivos españoles suponian que los caribes estaban diseminados indistintamente en los diferentes puntos de América, y les atribuian todos los horrores propios de una raza de caníbales.

No es fácil describir el orígen de estos rumores. En el campo español habia considerable número de indios que pertenecian al partido de Huascar y que por tanto eran enemigos de Atahuallpa. Pero el mas encarnizado de todos era Felipillo, el intérprete de Tumbez ya citado en esta historia. Este jóven habia concebido una pasion ó mas bien habia sido descubierto en una intriga con una de las concubinas del rey (7). Esta intriga habia llegado á oidos de Atahuallpa, el cual lo sintió sobremanera diciendo «que le era mas doloroso todavía que su prision, el ultraje que le habia hecho una persona de tan baja esfera (8) y que por la ley peruana se espiaban tales insultos no solo con la muerte del criminal, sino con la de toda su familia y parientes (9).» Pero Felipillo era una persona demasiado importante en aquella empresa para que los españoles le tratasen de aquella manera, ni ellos juzgaron grande la ofensa, si es cierto que

(1) Montesinos, Anales, MS., año 1533.

(2) El capitan español varias veces citado, que nos dice que fue uno de los nombrados para guardar el tesoro, se queja sin embargo de que no entraron en la distribucion una gran cantidad de vasos de oro y otros artículos, y añade que esta fue una injusticia palpable hecha á honrados conquistadores que lo habian ganado todo con sus fatigas y trabajos. (Rel d'un capitano spagn., ap. Ramusio, tomo III, fols. 378 y 379.) El escritor en toda su relacion manifiesta muy á las claras el mezquino y codicioso espíritu que animaba á los aventureros del Perú.

(3) «Y esto tenia por justo, pues era provechoso.» Tales son los sentimientos que Herrera atribuye á Pizarro. Hist. general, dec. V, lib. III, cap. IV.

(4) «Y como no ahondaban los designios que tenia, le replicaban, pero él respondia que iba mirando en ello.» Herrera, Hist. general, dec. V, lib. III, cap. IV.

(5) «Fatta quella fusione, il Gobernatore face vn atto innanzi al notaro, nel quale liberaua il cacique Atabalipa et l'absolucua della promessa et parola che haueua data a gli spagnuoli che lo presore della casa d'oro c'haueua lor concessa, il quale fece publicar publicamente á suon di trombe nella piazza di quella citá di Caxamalca.» (Pedro Sancho, Rel. ap. Ramusio, tomo III, fol. 399.) Esta autoridad es innegable, por lo menos cuando refiere algo contra los conquistadores, pues la *Relacion* la escribió uno de los secretarios de Pizarro con autorizacion y á la vista del general y de sus principales oficiales.

(6) «De la gente natural de Quito vienen doscientos mil hombres de guerra y treinta mil caribes que comen carne humana.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 233.—Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, ubi supra.

(7) «Pues estando asi atravesose un demonio de una lengua que se dezia Ffelipillo, uno de los muchachos que el marques avia llevado á España, que al presente hera lengua y andava enamorado de una muger de Atabalipa.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.

Del amor y malignidad de Felipillo, cuya existencia segun Quintana se apoya principalmente en el dicho de Garcilasso (Españoles célebres, tomo II, pág. 210 nota), hablan tambien muy esplícitamente Zárate, Naharro, Gomara Balboa, todos ellos contemporáneos, aunque no testigos de vista como Pedro Pizarro.

(8) «Diciendo que sentia mas aquel desacato que su prision.» Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. VII.

(9) Ibid., loc. cit.

habian cometido el mismo delito (1). Sin embargo Felipillo supo en breve la irritacion del Inca contra él, y desde aquel momento le miró con odio mortal. Por desgracia encontró ámplios medios de satisfacer sus malas pasiones.

Los rumores relativos á la sublevacion entre los indios señalaban á Atahuallpa como autor de ella. Tomóse declaracion á Challcuchima sobre este punto, pero dijo que estaba ignorante de que su señor tuviese tal designio y que creia que lo calumniaban. En seguida Pizarro habló del asunto al Inca repitiéndole los rumores que circulaban y aparentando creerlos. «¿Qué traicion es esa, dijo el general, que meditas contra mí, contra mí que te he tratado siempre con consideracion confiando en tus palabras como en las de un hermano?» «¿Búrlaste conmigo?» contestó el Inca, que tal vez no habia notado semejante confianza: «siempre me hablas cosas de burlas. ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para enojar á tan valientes hombres como vosotros? No me digas esas burlas (2).» «Esto, continúa el secretario de Pizarro, lo dijo en tono el mas reposado y natural, sonriéndose mientras pronunciaba estas palabras para disimular su falsedad, de modo que los españoles que se las oyeron estaban espantados de ver en un hombre bárbaro tanta prudencia (3).»

Pero no era con prudencia como Atahuallpa contestó entonces á Pizarro sino con el convencimiento de su inocencia, segun despues demostraron los acontecimientos. Sin embargo el Inca conoció fácilmente las causas y tal vez las consecuencias de la acusacion. Vió la profunda sima que se abria á sus pies; estaba rodeado de estranjeros de ninguno de los cuales podia esperar consejo ó proteccion. La vida de un monarca cautivo es generalmente corta, y Atahuallpa debió de hacerse cargo de esta verdad cuando pensase en Huascar. Deploró entonces amargamente la ausencia de Hernando Pizarro, pues por mas estraño que parezca, la situacion del régio cautivo habia conmovido el altivo corazon de aquel, y habia hecho que le tratasen con alguna deferencia que le granjeó la estimacion y la confianza del Inca. Sin embargo este no perdió tiempo para procurar disipar las sospechas del general y convencerle de su inocencia. «¿No soy, dijo á Pizarro, un pobre cautivo en tus manos? ¿Cómo puedo abrigar los designios que me atribuyes sabiendo que seria yo la primera víctima de la insurreccion? Poco conoces á mis vasallos si piensas que habian de moverse sin órden mia, pues si yo no lo quiero, añadió hiperbólicamente, ni las aves volarán en mi tierra (4).»

Pero estas protestas de inocencia produjeron poco efecto en las tropas entre quienes la noticia de un levantamiento general de los indios continuaba de hora en hora ganando crédito. Deciase que se habia reunido ya un gran ejército en Guamachucho, á menos de cien millas del campamento, y que de un instante á otro debia esperarse el ataque. El tesoro que los españoles habian adquirido era un cebo tentador; así la alarma crecia con el temor de perderlo. Dobláronse las patrullas, apercibióse la caballería teniendo siempre á los caballos ensillados y puestos los frenos; la infantería dormia sin dejar las armas; Pizarro rondaba de cuando en cuando para cuidar de que todos los centinelas estuviesen en sus puestos; en fin el pequeño ejército español se hallaba preparado para resistir al ataque que se esperaba por momentos.

Los que tienen miedo no suelen ser muy escrupulosos en la eleccion de medios para destruir la causa de su temor. Oyéronse murmullos mezclados con terribles amenazas contra el Inca como autor de estas maquinaciones. Muchos pedian su muerte como necesaria para la seguridad del ejército; y entre estos los mas violentos eran Almagro y sus secuaces, que no habiendo presenciado la captura de Atahuallpa, no les causaba lástima su situacion; le miraban como un obstáculo á su fortuna y ardian en deseos de penetrar en el pais ya que tan poco habian participado del oro de Caxamalca. Acompañábanles Requelme el tesorero y los demas comisionados régios á quienes Pizarro habia dejado en San Miguel para no tener quien espiase sus movimientos; pero ellos habian venido al campamento con Almagro y exigian la muerte del Inca como indispensable para la tranquilidad del pais y para los intereses de la corona (5).

A estas terribles sugestiones no dió oidos Pizarro, ó aparentó no darlos, mostrando visible repugnancia en sacrificar á su prisionero (6). En esta repugnancia habia pocos que le acompañasen, y entre ellos estaba Hernando de Soto que consideraba semejante sacrificio como injusto por no estar probado el crímen de Atahuallpa. En este estado de cosas, el gefe español determinó enviar un corto destacamento á Guamachucho para reconocer el pais y averiguar el fundamento que tenian los rumores de insurreccion. Dió á Soto el mando de este destacamento, el cual, como la distancia no era grande, debia estar de vuelta dentro de pocos dias.

Despues de la partida de Soto la agitacion entre los soldados en vez de disminuirse aumentó tanto, que Pizarro no pudiendo resistir sus importunidades consintió en que se formase causa á Atahuallpa. Era ciertamente decoroso y mas seguro guardar las formas de un juicio. Organizóse un tribunal que presidieron como jueces los dos capitanes Pizarro y Almagro. Nombróse un fiscal y dióse al prisionero un defensor.

Los cargos que se articulaban contra el Inca redactados en forma de interrogatorio eran doce. Los mas importantes eran que habia usurpado la corona y asesinado á su hermano Huascar; que habia disipado las rentas públicas desde la conquista del pais por los españoles dotando con ellas á sus parientes y á sus favoritos; que habia cometido los crímenes de idolatría y adulterio viviendo públicamente casado con muchas mujeres; por último que habia tratado de sublevar á sus vasallos contra los españoles (7).

Estos cargos, muchos de los cuales se referian á las costumbres del pais ó á las relaciones personales del Inca sobre las cuales los conquistadores españoles no tenian jurisdiccion alguna, son tan absurdos que

(1) E le habian tomado sus mujeres é repartidolas en su presencia é usaban de ellas de sus adulterios.» Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.

(2) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 234.

(3) Ibid., loc. cit.

(4) Zárate, Conquista del Perú, lib. II, cap. VII.

(5) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del primer descub., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 400.

Estos se hallaban presentes en el campo.

(6) «Aunque contra voluntad del dicho governador que nunca estuvo en ello.» Relacion del primer descub. MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, ubi supra.

(7) Garcilasso especifica los cargos que se hicieron al Inca. (Com. Real, parte II, lib. I, cap. XXXVII.) De desear hubiera sido que alguno de los autores en esta tragedia los hubiese especificado. Pero Garcilasso podia tener sobre este punto los mejores informes, y como no hay motivo para que fuese inexacto, puede dársele crédito en el presente caso. El hecho de haberse formado causa contra el monarca indio, está esplícitamente reconocido por varios escritores contemporáneos, como Gomara, Oviedo y Pedro Sancho. Oviedo califica el proceso de «mal ideado y peor escrito, inventado por un clérigo turbulento y sin principios, por un ignorante escribano sin conciencia, y por otros de la misma estofa cómplices en esta infamia.» (Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXXII.) Muchas autoridades convienen en los dos principales cargos, á saber: el asesinato de Huascar y la conspiracion contra los españoles.

provocarán la risa si ya no escitan un sentimiento mas profundo. El último era el único importante en semejante causa, y su debilidad puede inferirse del cuidado que se puso en añadirle los demas. La simple enunciacion de ellos muestra suficientemente que estaba decretada la suerte del Inca.

Examináronse varios testigos indios, y sus declaraciones al pasar por la interpretacion de Felipillo dícese que recibieron cuando era necesario un colorido muy diferente del que les era propio. Pronto concluyó el exámen de los testigos, al cual, segun asegura uno de los secretarios de Pizarro, siguió una acalorada discusion respecto á las ventajas ó desventajas que resultarian de la muerte de Atahualipa (1). La cuestion era de conveniencia. Hallósele culpado, no sabemos si de todos los crímenes que se le atribuian, y fue sentenciado á ser quemado vivo en la gran plaza de Caxamalca; sentencia que debia ponerse en ejecucion aquella misma noche, sin esperar siquiera la vuelta de Soto, cuyos informes podrian poner en su punto la verdad ó la falsedad de los rumores relativos á la insurreccion de los indios. Como se desease obtener la aprobacion del padre Valverde, se le presentó una copia de la sentencia para que la firmase, lo cual hizo sin vacilar, declarando que «en su opinion el Inca merecia en todo caso la muerte (2).»

Hubo sin embargo algunos en aquel tribunal militar que se opusieron á estas medidas arbitrarias, considerándolas como una insigne ingratitud á los favores recibidos del Inca, el cual hasta entonces solo agravios habia tenido en pago. Declararon que eran insuficientes para condenarle los testimonios que deponian en su contra, y negaron que el tribunal tuviese autoridad para sentenciar á un príncipe soberano en el centro de sus propios dominios, pues en caso de haberle de formar causa debia ser enviado á España y juzgado ante el emperador, único que tenia facultades para decidir de su suerte.

Mas la gran mayoría, que era de diez contra uno, respondió á estas objecciones declarando que estaba convencida del crímen de Atahualipa, y que tomaba sobre sí la responsabilidad de su castigo; que se enviaria á Castilla un informe minucioso de los procedimientos, y que el emperador sabria quiénes eran los fieles servidores de la corona y quiénes sus enemigos. La disputa se fue acalorando de tal modo, que estuvo á pique de producir un violento rompimiento; pero al fin la minoría, convencida de que la resistencia era inútil, hubo de guardar silencio, y aunque no se dió por satisfecha, se limitó á formular una protesta escrita contra aquellos procedimientos que debian dejar una indeleble mancha sobre los nombres de los que en ellos tuvieron parte (3).

Cuando el Inca recibió notificacion de la sentencia manifestó gran pesadumbre y angustia, pues á pesar de que de algun tiempo á aquella parte habia mirado como probable que le condenaran á muerte, y así lo habia indicado á los que le rodeaban, siempre la probabilidad de un acontecimiento de esta especie es muy diferente de la realidad, mucho mas cuando esta realidad se presenta tan rápida y repentinamente como entonces. Por un momento la certeza de su destino debilitó su ánimo y le hizo esclamar con lágrimas en los ojos: «¿Qué he hecho yo, qué han hecho mis hijos para merecer tal suerte? Y sobre todo ¿qué hemos hecho para mereceria de tus manos, añadió dirigiéndose á Pizarro, cuando tú no has encontrado mas que amistad y afecto en mi pueblo, cuando he repartido contigo mis tesoros, cuando de mí no has recibido sino beneficios?» Despues en el tono mas patético suplicó que le perdonasen la vida, prometiendo dar todas las garantías que se le exigiesen para la seguridad de cada español de los que componian el ejército, y ofreciendo doble rescate del que habia pagado si se le daba tiempo para reunirle (4).

Un testigo ocular asegura que Pizarro se manifestó visiblemente afectado al separarse del Inca, á cuyos ruegos no podia acceder oponiéndose á la voluntad del ejército y á su propia conviccion de lo que exigia la seguridad del país (5). Atahualipa, viendo que no podia hacer que el conquistador desistiese de su propósito, recobró su habitual serenidad, y desde aquel momento se sometió á su destino con el valor de un guerrero indio.

Publicóse la sentencia del Inca á son de trompeta en la gran plaza de Caxamalca; y dos horas despues de puesto el sol, los soldados se reunieron en ella con antorchas para presenciar la ejecucion. Era el 29 de agosto de 1533. Atahualipa salió encadenado y á pie para el lugar del suplicio, pues le habian puesto grillos desde el momento en que los rumores de próximo ataque habian introducido la agitacion en el ejército. El padre Vicente de Valverde iba á su lado procurando consolarle y en lo posible persuadirle á que en su última hora abjurase de sus creencias supersticiosas y abrazase la religion de los vencedores; porque queria salvar el alma de su víctima en el otro mundo de la terrible espiacion á que tan espontáneamente habia condenado á su cuerpo en este.

Durante la prision de Atahualipa el padre Valverde le habia espuesto repetidas veces las doctrinas del cristianismo, y el monarca indio habia manifestado mucha penetracion para comprender los discursos de su maestro. Pero estos no habian introducido en su alma la conviccion, y aunque el Inca los escuchaba con paciencia, no se manifestaba dispuesto á renunciar á la fé de sus padres. El dominico en aquella hora solemne hizo el último esfuerzo, y cuando Atahualipa estuvo atado al lugar del suplicio teniendo alrededor los haces que habian de incendiar su pira funeral, Valverde levantando en alto la cruz, le rogó que la abrazase y se dejara bautizar, prometiendo que si lo hacia, se conmutaria la terrible sentencia de hoguera en la mas suave del garrote (6).

El desdichado monarca preguntó si era verdad lo que se le decia, y confirmado por Pizarro, consintió en abjurar su religion y recibir el bautismo. Practicóse la ceremonia por el padre Valverde y el neófito recibió el nombre de Juan de Atahualipa, en honor de

(1) «Dopoo l'essersi molto disputato, et ragionato del danno et vtile che saria potuto auuenire per il viuere o morire di Atabalipa, fu risoluto che si facesse giustitia di lui.» (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol 400.) Este es el lenguaje de un escritor, órgano del mismo Pizarro. Segun él, el cónclave que agitó esta «cuestion de conveniencia,» se componia de «oficiales de la corona y del ejército, cierto doctor en leyes que casualmente se encontraba allí, y el reverendo padre Vicente de Valverde.»

(2) «Respondió que firmaria, que era bastante para que el Inga fuese condenado á muerte, porque aun en lo esterior quisieron justificar su intento.» Herrera, Hist. general, dec. V, lib. III, cap. IV.

(3) Garcilasso ha conservado los nombres de los que tan animosa aunque tan ineficazmente se opusieron á la voz popular que pedia la muerte del Inca (Com. Real., parte II, lib. I, cap. XXXVIII.) Tuvieron razon sin duda en negar el derecho de semejante tribunal para formar causa á un príncipe independiente como era el Inca del Perú; pero no iban tan fundados en suponer que su soberano el emperador tenia mejor derecho. Vattel (lib. II, capítulo IV) vitupera espresamente este pretendido juicio de Atahualipa, considerándole como un ultraje manifiesto á la ley de las naciones.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. V, lib. III, cap. IV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. VII.

(5) «Yo, dice Pedro Pizarro, vide llorar al marques de pesar por no podelle dar la vida, porque cierto temió los requirimientos y el riesgo que avia en la tierra si le soltava.»—Descubrimiento y Conq., MS.

(6) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 234. —Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fol. 400.

San Juan Bautista, en cuyo dia se verificó aquel suceso (1).

Atahuallpa manifestó su deseo de que fuesen trasladados sus restos á Quito su patria para que fuesen conservados con los de sus antecesores por línea materna. Despues volviéndose á Pizarro, le suplicó como último favor, que tuviese compasion de sus jóvenes hijos y les recibiese bajo su proteccion y amparo. ¿No habia entre aquella terrible tropa que le rodeaba ningun otro á quien pudiese encomendar la proteccion de sus descendientes? Tal vez pensó que ninguno podria protejerlos mejor, y que tan solemnes deseos manifestados en aquella hora postrera serian respetados aun por el mismo gefe de los conquistadores. Luego, recobrando su serenidad estóica que por un momento le habia abandonado, se sometió tranquilo á su suerte mientras los españoles que le rodeaban entonaban el credo por la salvacion de su alma (2). Así pereció el último de los Incas como si fuera un vil malhechor.

Ya he hablado de la persona y cualidades de Atahuallpa. Tenia hermosa presencia, aunque le hacia desagradable cierta espresion de ferocidad. Su cuerpo era musculoso y bien proporcionado; su aire magestuoso, y sus maneras, mientras estuvo en el campo español, tenian cierto grado de refinamiento, tanto mas interesante, cuanto que se mezclaba con él un poco de melancolía. Acúsanle de haber sido cruel en la guerra, y sanguinario en la venganza (3). Tal vez será así, pero el pincel de un enemigo suele sobrecargar demasiado las sombras del retrato. Concédenle haber sido animoso, magnánimo y liberal (4); todos convienen en que mostró singular penetracion y rápida percepcion; sus hazañas como guerrero, ponian fuera de duda su valor, y la mayor prueba de él es la repugnancia que mostraron los españoles á devolverle la libertad. Temíanle como enemigo, y le habian hecho demasiados agravios para confiar en que pudiera ser su amigo. Sin embargo, al principio su conducta con ellos habia sido amistosa y benévola, y ellos se la pagaron con la prision, el despojo y la muerte.

El cuerpo del Inca permaneció en el sitio de la ejecucion toda la noche. A la mañana siguiente le trasladaron á la iglesia de San Francisco, donde se celebraron sus exequias con gran solemnidad. Pizarro y los principales caballeros asistieron de luto, y las tropas escucharon con devota atencion el oficio de difuntos que celebró el padre Valverde (5). Interrumpieron la ceremonia muchos gritos y sollozos que se oyeron á las puertas de la iglesia, las cuales abriéndose de repente, dieron entrada á un gran número de indias esposas y hermanas del difunto; que invadiendo la gran nave, rodearon el cuerpo diciendo, que no era aquel el modo de celebrar los funerales de un Inca, y declarando su intencion de sacrificarse sobre su tumba y acompañarle al pais de los espíritus. Los circunstantes ofendidos de este loco proceder, manifestaron á las invasoras que Atahuallpa habia muerto cristiano, y que el Dios de los cristanos aborrecia tales sacrificios. Despues las intimaron que se saliesen de la iglesia, y muchas de ellas al retirarse se suicidaron con la vana esperanza de acompañar á su amado señor en las brillantes mansiones del Sol (6).

Los restos de Atahuallpa, no obstante la súplica que habia hecho este monarca, fueron depositados en el cementerio de San Francisco (7). Pero se dice que desde allí, luego que los españoles salieron de Caxamalca, los trasladaron los indios secretamente á Quito. Los colonos que en tiempos posteriores se establecieron, suponian que se habian enterrado con el cuerpo algunos tesoros; pero se hicieron escavaciones, y ni tesoros ni cuerpo se encontró (8).

Uno ó dos dias despues de estos trágicos acontecimientos, volvió Hernando de Soto de su espedicion. Grandes fueron su indignacion y asombro cuando supo lo que se habia hecho en su ausencia. Buscó inmediatamente á Pizarro y le encontró, dice el cronista, cubierto con un gran sombrero de fieltro por luto, calado hasta los ojos y dando en su traje y en sus maneras señales de mucho sentimiento (9). «Habeis obrado con mucha imprudencia y temeridad, le dijo Soto bruscamente, lo que se decia de Atahualipa era una infame calumnia, no habia enemigos en Guamachucho ni señales de sublevacion entre los indios. Todo lo he encontrado tranquilo y en todo el camino me han recibido con demostraciones de buena

(1) Velasco, Hist. de Quito, tomo I, pág. 472.

(2) «Ma quando se lo vidde appressare per douer esser morto, disse che raccomandaua al gouernatore i suoi piccioli figliuoli, che volesse tenersegli appresso, et con queste vltime parole, et dicendo per l'anima sua li spagnuoli che erano all'intorno il Credo, fu subito affogato.» Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo. III, fol. 399.

Xerez, conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 234. —Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Rel. sumaria, MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Relacion del primer descubrimiento, MS. Zárate, Conq. del Perú, lib II, capítulo VII.

La muerte de Atahuallpa tiene muchos puntos de semejanza con la de Caupolican, el gran gefe araucano, segun se describe en el poema épico é histórico de Ercilla. Ambos abrazaron la religion de sus vencedores en el suplicio, aunque Caupolican fue menos afortunado que Atahuallpa, pues su conversion no le libró de los tormentos del género terrible de muerte á que fue condenado. Fue empalado y asaetado. Los ingeniosos versos de Ercilla pintan con fidelidad el carácter de los primeros aventureros, en quienes se unia el fanatismo del cruzado con la crueldad del conquistador, y tienen tanta analogía con el punto de que voy tratando, que de buena gana insertaria aquí el pasaje si no fuese demasiado largo. Véase la Araucana, parte II, canto XXIV.

(3) «Asi pagó la pena de sus errores y crueldades, dice Xerez, pues era, segun todos convienen, el hombre mas sanguinario que ha tenido el mundo, no importándosele arrasar toda una ciudad hasta los cimientos por la mas leve ofensa, y haciendo matar á miles de personas por la falta de una sola.» (Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 234.) Xerez era secretario particular de Pizarro. Sancho que le sucedió en el mismo destino cuando Xerez partió para España, rinde un tributo mas decoroso á la memoria del Inca, y dice que cree «que Dios le recibió en su gloria, pues murió arrepentido de sus pecados y en la verdadera fé de cristiano.» Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 399.

(4) «El era muy regalado y muy señor» dice Pizarro. (Descubrimiento y Conquista, MS.) «Muy dispuesto, sabio, animoso, franco,» dice Gomara. (Hist. de las Indias, capitulo CXVIII.)

(5) El secretario Sancho piensa que los peruanos debian haber considerado aquellos honores fúnebres como ámplia compensacion de los agravios que pudiera haber recibido Atahuallpa, pues le elevaban al nivel de los españoles. Ibidem, loc. cit.

(6) Relacion del primer descub., MS.

Véase el *Apéndice* núm. 10, donde he insertado originales varias noticias contemporáneas sobre la ejecucion de Atahuallpa, noticias que por hallarse en manuscritos no era muy fácil que las poseyesen ni aun los mismos españoles.

(7) «Oi dicen los indios que está su sepulcro junto á una cruz de piedra blanca en el cementerio del convento de San Francisco.» Montesinos, Anales, MS., año 1503.

(8) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.

Segun Stevenson, en la capilla perteneciente á la cárcel pública que en otro tiempo formó parte del palacio, el altar estriba sobre una piedra, en la cual los españoles dieron garrote á Atahuallpa, y bajo la cual le sepultaron. (Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 163.) Montesinos, que escribió mas de un siglo despues de la conquista, nos dice que todavía se veian manchas de sangre en la ancha losa de la prision de Caxamalca donde Atahuallpa fue *decapitado*. (Anales, MS., año 1534.) Es casi imposible llevar mas allá la ignorancia y la credulidad.

(9) «Halláronle mostrando mucho sentimiento con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto é muy calado sobre los ojos.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.

voluntad. Si era preciso formar causa al Inca, debia habérsele enviado á Castilla para que le juzgase el emperador; yo mismo me hubiera comprometido á trasladarle con toda seguridad á bordo de un bajel (1). Pizarro confesó que se habia precipitado sobradamente, y dijo que Riquelme, Valverde y otros le habian engañado. Estas acusaciones llegaron en breve á oidos del tesorero y del dominico, los cuales á su vez se disculparon y reconvinieron á Pizarro por el hecho, descargando sobre él toda la responsabilidad. Acaloróse la disputa y hubo *mentís* por ambas partes (2). Esta vulgar contienda entre los gefes cuando tan poco tiempo habia pasado desde la muerte de Atahuallpa, es el mejor comentario de la iniquidad de aquellos y de la inocencia del Inca.

El tratamiento que recibió Atahuallpa desde el principio hasta el fin, forma en efecto, una de las mas negras páginas en la historia de las colonias españolas. Pueden haberse cometido homicidios en mas estensa escala; puede haber habido ejecuciones con circunstancias de mas refinada crueldad; pero los sangrientos anales de la conquista no presentan un ejemplo semejante de fria y sistemática persecucion, dirigida no contra un enemigo, sino contra un hombre que constantemente se habia manifestado amigo y bienhechor.

Desde el momento en que Pizarro y sus soldados habian entrado en la esfera de la influencia de Atahuallpa, habíanles tendido los indios una mano amistosa. Sin embargo, su primer acto al cruzar las montañas fue apoderarse del monarca y matar á sus vasallos. La captura del Inca podia encontrar justificacion para los que creen que el fin justifica los medios en la consideracion de que era indispensable para asegurar el triunfo de la cruz; pero no puede disculparse del mismo modo la matanza, tan innecesaria como inicua, de la desdichada é inerme poblacion.

Los conquistadores habian aprovechado la larga prision del Inca para sacarle sus tesoros, sujetándole para que mas soltase á la dura opresion que sabe inventar la avaricia. Por el contrario, el Inca durante este funesto período se habia portado con singular generosidad y buena fé; habia franqueado el paso á los españoles por todos los puntos de su imperio, suministrándoles toda clase de medios para facilitar la ejecucion de sus planes. Cuando estos se vieron cumplidos y cuando Atahuallpa llegó á servirles de estorbo, á pesar de que habian prometido espresa ó implícitamente darle libertad (y Pizarro, como hemos visto, por medio de un acto formal eximió á su cautivo de toda obligacion ulterior respecto al rescate) le arrastraron delante de un burlesco tribunal, y bajo pretestos tan bajos como frívolos, le condenaron á una horrible muerte. Desde el principio hasta el fin, la política de los conquistadores españoles para con su desdichada víctima lleva el sello de la barbarie y del fraude.



Muerte del Inca Atahuallpa.

No es fácil descargar á Pizarro de cierto grado de responsabilidad en esta política. Sus partidarios han procurado demostrar que le obligó á usarla la necesidad del caso, y que especialmente en la muerte del Inca accedió con repugnancia á las importunidades y exigencias de sus secuaces (3). Pero como esta disculpa se apoya en tan débiles fundamentos, el historiador que tenga medios de comparar los diversos testimonios de aquel tiempo no podrá admitirla; an-

(1) Ibid., MS., ubi supra.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—*Apéndice* núm. 10.

(2) Oviedo da noticia de este hecho notable, no en el cuerpo de su narracion, sino en uno de los capítulos supletorios en que trata gran diversidad de puntos, algunos de ellos importantes para aclarar los grandes hechos de esta historia. Como conocia familiarmente á los principales actores en estas escenas, los testimonios que recogió, algunas veces á ciegas, son de grande autoridad. En el *Apéndice* núm. 10 encontrará el lector la narracion de la muerte del Inca hecha por Oviedo y sacada del original, con otras noticias relativas á aquella catástrofe.

(3) «Contra su voluntad sentenció á muerte á Atabalipa.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.) «Contra voluntad de dicho gobernador.» (Relacion del primer descub., MS.) «Ancora che molto li dispiacesse di venir a questo atto.» (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 399.) Oviedo tam-

tes bien creerá que Pizarro consideró probablemente la desaparicion de Atahuallpa como esencial para el éxito de su empresa. Pizarro sin duda previó el odio que la muerte de su regio cautivo sin suficientes motivos le atraeria; y mientras se esforzó en hallar fundamentos para ella, rehuyó la responsabilidad del hecho y prefirió cometerlo obedeciendo á las sujestiones de otros, á perpetrarlo siguiendo su propio impulso. Imitando la conducta de muchos políticos sin conciencia, quiso recoger los beneficios de una mala accion y hacer recaer el odio sobre otros.

Almagro y los suyos, dicen los secretarios de Pizarro, fueron los primeros en pedir la muerte del Inca. Apoyaron fuertemente su pretension el tesorero y los empleados civiles que la consideraban indispensable á los intereses de la corona; y finalmente los rumores de conspiracion suscitaron las mismas reclamaciones entre los soldados; y Pizarro, á pesar del afecto que le inspiraba su cautivo, no pudo negarse á someterle á un juicio. Las formas de un juicio eran necesarias para dar cierta apariencia de imparcialidad á los procedimientos; pero que el juicio fue de pura forma, lo prueba hasta la evidencia la indecorosa precipitacion con que se celebró, verificándose en el mismo dia el exámen de los testigos, la vista y la ejecucion de la sentencia. La multiplicidad de cargos destinados á demostrar completamente el crímen del acusado, no podia por sí mismo sino producir el efecto contrario, probando únicamente la resuelta intencion de hallar delito en él. Si Pizarro hubiera esperimentado la repugnancia que se pretende ¿por qué separó del campo á Soto, el mejor amigo de Atahuallpa, precisamente cuando se iba á organizar el tribunal? ¿Por qué se ejecutó la sentencia en tan breve tiempo sin dar lugar á que con la vuelta de Soto se desvaneciese el principal cargo, el único en realidad en que estaban interesados los españoles? La solemne farsa del luto y del profundo dolor aparentado por Pizarro, que con tales honores al muerto queria dar á entender el sincero afecto que le habia profesado cuando vivo, era un velo demasiado claro para que pudiese engañar ni aun á los mas crédulos.

No se dirigen estas reflexiones á disculpar al resto del ejército, y especialmente á los oficiales, de la parte que tuvieron en aquel acto infame. Pero Pizarro como gefe era el principal responsable de aquellas medidas, no siendo hombre que se dejase arrebatar



la autoridad de las manos, ni que cediese tímidamente al impulso de los demas. No cedia ni aun al suyo propio, y en toda su carrera mostró que ya en bien, ya en mal, obraba siguiendo las reglas de una política fria y calculadora.

Refiérese por muchos una anécdota que atribuye la conducta de Pizarro en cierto modo á un resentimiento personal. Dícese que el Inca habia pedido á uno de los soldados españoles que le escribiese el nombre de Dios en la uña. El monarca enseñó sucesivamente á varios de sus guardias lo que tenia escrito y como todos lo leyesen y pronunciasen la misma palabra, el sagaz entendimiento del bárbaro quedó muy complacido con aquello que le parecia poco menos que milagroso, y á que la ciencia de su nacion no alcanzaba. Al mostrárselo á Pizarro, este guardó silencio; y el Inca viendo que no sabia leer concibió cierto desprecio hácia un gefe que le parecia menos instruido que sus soldados. No pudo ocultar completamente este desprecio, y Pizarro sabedor de la causa, ni lo olvidó ni lo perdonó (1). Esta anécdota no se apoya en una grande autoridad. Puede ser cierta; pero no es necesario atribuir la conducta de Pizarro á un pique personal cuando tantas pruebas hay de que fue efecto de tenebrosos cálculos de política.

Sin embargo, los artificios del gefe español no pudieron reconciliar á sus compatriotas con la atrocidad del hecho. Es notable la diferencia que se observa entre el lenguaje de los primeros cronistas que escribieron poco tiempo despues de la muerte del Inca, y el de los que habiendo escrito al cabo de algunos años tuvieron ocasion de observar la tendencia de la opi-

bien se inclina á admitir como posible que Pizarro fuese engañado. «Que tambien se puede creer era engañado.» Hist. de las Ind., MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.

(1) «Hállase esta anécdota en Garcilasso de la Vega. (Comentario Real, parte II, cap. XXXVIII.) Pero que yo sepa, ningun otro escritor de aquel tiempo la refiere.

nion pública. Los primeros declaran osadamente que la conveniencia, si no necesidad, habia exigido aquella muerte, y censuran en términos nada mesurados, el carácter de la desgraciada víctima (1). Los últimos, por otra parte, al paso que atenúan los errores del Inca y hacen justicia á su buena fé, condenan sin reserva la conducta de los conquistadores, sobre la cual dicen que el cielo puso el sello de su reprobacion haciendo que todos ellos tuviesen un fin temprano y miserable (2). La sentencia de los contemporáneos ha sido ratificada por la posteridad (3); y la persecucion de Atahuallpa es considerada con justicia como una mancha indeleble sobre las armas españolas en el Nuevo Mundo.

CAPITULO VIII.

Desórdenes en el Perú.—Viaje al Cuzco.—Encuentro con los peruanos.—Chalcuchima muere en las llamas.—Llegada al Cuzco.—Descripcion de la ciudad.—Riquezas que se encontraron.

1533—1534.

El Inca del Perú era el soberano de aquel imperio en un sentido particular. Recibia de sus vasallos una obediencia mas implícita que ningun otro déspota; porque su autoridad alcanzaba hasta lo mas secreto de la conducta individual, hasta los pensamientos del individuo. Era reverenciado como un ser sobrehumano (4). No solamente era cabeza del Estado, sino tambien el punto donde se concentraban todas sus instituciones y la piedra fundamental de la fábrica política que debia arruinarse por su propio peso cuando esta faltara. Así sucedió en la muerte de Atahuallpa (5), con la cual, no solo quedó el trono vacante sin sucesor cierto, sino que se dió á entender á los peruanos, que una mano mas fuerte que la de sus Incas habia empuñado el cetro, y que la dinastía de los hijos del Sol habia desaparecido para siempre.

Siguieron á esta conviccion sus naturales consecuencias. Alteróse el órden admirable de las antiguas instituciones tan luego como desapareció la autoridad que las protegia y vigilaba. Los indios, rotos los frenos poderosos que hasta entonces los habian sujetado, se entregaron á los mayores escesos. Hubo pueblos quemados, templos y palacios saqueados y los tesoros que contenian fueron robados ú ocultados. El oro y la plata adquirieron importancia á los ojos de los peruanos luego que estos vieron la que tenian á los ojos de sus conquistadores; y los metales preciosos que antes no servian sino para objetos de pompa y ostentacion ó para el adorno de los templos, fueron recogidos y enterrados en las cuevas y en los bosques, de tal modo, que se afirma que lo escondido escedió en mucho á lo que cayó en manos de los españoles (6). Las provincias remotas del imperio sacudieron el yugo de los Incas. Sus grandes capitanes á la cabeza de distantes ejércitos se alzaron con ellas. Ruminavi, gefe que mandaba en las fronteras de Quito, intentó segregar aquel reino del imperio peruano, y restablecer su antigua independencia. En una palabra, el pais se hallaba en ese estado en que lo antiguo va desapareciendo sin que el nuevo órden de cosas haya podido establecerse todavía, es decir, en un estado de revolucion.

Los autores de la revolucion, Pizarro y su gente, permanecian entre tanto en Caxamalca. Pero el primer paso del gefe español fue nombrar sucesor á Atahuallpa; pues era mas fácil gobernar á nombre de la autoridad venerada á que tan acostumbrados estaban los indios, y no era difícil encontrar un sucesor á aquel soberano. El legítimo heredero de la corona era un hijo segundo de Huayna Capac llamado Manco, hermano carnal del desgraciado Huascar. Pero Pizarro no sabia en qué disposicion se hallaba este príncipe respecto á los españoles, y por consiguiente no tuvo escrúpulo en preferir á él un hermano de Atahuallpa y presentarle á los nobles indios como su futuro Inca. Ninguna noticia tenemos acerca del carácter del jóven Toparca, que probablemente se resignó sin repugnancia á un destino, que aunque humillante bajo ciertos puntos de vista, era mas elevado del que podia esperar en el órden natural de los sucesos. Observáronse en cuanto lo permitian las circunstancias, las ceremonias ordinarias de la coronacion que se usaban en el Perú; el jóven Inca vió ceñidas sus sienes con la borla imperial por la mano de su conquistador, y recibió el homenaje de sus vasallos peruanos, los cuales se le tributaron con tanta menor repugnancia, cuanto que la mayor parte de los que se hallaban en el campamento pertenecian á la faccion de Quito. Dirigieron despues todos ansiosamente sus pensamientos al Cuzco, del cual circulaban las mas sorprendentes noticias entre los soldados, así como de sus templos y palacios reales que se decia resplandecian con oro y plata. Con la imaginacion así exal-

(1) Ya he referido los insultantes epítetos con que habla Xerez de la crueldad del Inca. Esta narracion fue impresa en España en 1534, un año despues de la ejecucion. «El soberbio tirano, dice el otro secretario Sancho, hubiera pagado las bondades y buen tratamiento que recibió del gobernador y de todos nosotros con la misma moneda en que sabia pagar á sus propios súbditos sin falta alguna de su parte, esto es, haciéndoles dar muerte.» (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, t. III, fol. 399.) «Merecia morir, dice el antiguo conquistador español antes citado, y todo el pais se regocijó al saber que le habíamos quitado de en medio.» Rel. d'un capitano spagnuolo, ap. Ramusio, tomo III, fol. 377.

(2) «Las demostraciones que despues se vieron bien, manifiestan lo muy injusta que fue... puesto que todos cuantos entendieron en ella tuvieron despues muy desastradas muertes.» (Naharro, Relacion sumaria, MS.) Gomara usa de un lenguaje casi idéntico. «No ai que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acabaron mal.» (Hist. de las Ind., cap. CXVIII.) Segun el primero de estos escritores, Felipillo pagó sus crímenes poco tiempo despues, siendo ahorcado por órden de Almagro en la espedicion á Chile, donde, *como algunos dicen*, «confesó haber variado el sentido de las declaraciones, suponiendo que eran contra Atahuallpa las que se dirigian á manifestar su inocencia.» Oviedo, generalmente dispuesto á escusar los escesos de sus compatriotas, condena tambien su conducta en la muerte del Inca (véase el *Apéndice* núm. 10), muerte que, dice otro contemporáneo, «llena de compasion á todo el que tiene una chispa de humanidad en su pecho.» Conquista i Pob. del Pirú, MS.

(3) De esto da el mas eminente ejemplo Quintana en su vida de Pizarro (Españoles célebres, tomo II), en la cual el escritor elevándose sobre las nieblas de las preocupaciones nacionales que á menudo ofuscan la vista de sus compatriotas, sostiene con mano imparcial la balanza de la crítica histórica, y condena decididamente la conducta de los autores de aquellas escenas funestas.

(4) Tal era el respetuoso temor que se tenia al Inca, dice Pizarro, que no necesitaba sino mandarlo para que un peruano se lanzase á un precipicio, se ahorcase ó pusiese fin á su vida del modo que se lo mandara. Descub. y Conq., MS.

(5) Oviedo nos dice que el verdadero nombre del Inca era *Atabaliva*, y que los españoles le pronunciaban mal, porque se cuidaban mas de apoderarse de los tesoros que de saber el nombre de su propietario. (Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XVI.) Sin embargo, he preferido seguir la autoridad de Garcilasso que, como peruano y cercano pariente del Inca, debia de estar mejor informado. «Mis compatriotas, dice, pretendian que los gallos que los españoles llevaron al Perú cuando cantaban pronunciaban el nombre de Atahuallpa, y yo y otros muchachos indios cuando íbamos á la escuela nos entreteníamos en remedarlos.» Com. Real, parte I, lib, IX, cap. XXIII.

(6) «Que lo que el Inca dió á los españoles, dijo uno de los nobles indios, Abenalcázar, conquistador de Quito, era como un grano de maiz comparado con los montones que tenia delante.» (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS., Relacion del primer descub., MS.

tada, Pizarro y toda su tropa, que se componia de cerca de quinientos hombres, de los cuales como una tercera parte eran de caballería, salieron á principios de setiembre de Caxamalca, lugar para siempre memorable por haber sido teatro de una de las mas estrañas y sanguinarias escenas que recuerda la historia. Todas iban con grande entusiasmo, los de Pizarro con la esperanza de doblar sus riquezas y los de Almagro con la de adquirir otras tantas como habian adquirido los primeros conquistadores (1). El jóven Inca y el antiguo gefe Challcuchima les acompañaron en sus literas servidos por numeroso séquito de vasallos, y caminando con tanta ostentacion y ceremonia como si se hallaran en verdadera posesion del poder (2).

Tomaron el gran camino de los Incas que se estendia entre las elevadas regiones de las cordilleras hasta el Cuzco. Era este un camino casi uniforme aunque construido en unas partes con mas y en otras con menos cuidado segun la naturaleza del terreno (3). Unas veces cruzaba llanos y halagüeños valles que ofrecian pocos obstáculos al viajero; otras seguia el curso de un torrente que descendia de una montaña é iba á estrellarse en la base de alguna enorme roca dejando un pequeño espacio donde podia fijarse el pie; otras en fin donde la sierra era tan fragosa que parecia imposible pasar adelante, el camino, acomodado á las sinuosidades naturales del terreno, iba costeando las eminencias que hubiera sido imposible subir en línea recta (4).

Pero aunque construida con gran destreza presentaba graves obstáculos al paso de la caballería. En la montaña habia abiertos escalones; pero las puntas de roca lastimaban los cascos de los caballos; y aunque los ginetes se apeaban y les llevaban por la brida, padecian mucho en los esfuerzos que hacian para apoyar los pies (5). El camino estaba construido para el hombre y para el ligero pie del llama; y el único animal de carga que mas fácilmente podia pasar por él era la sagaz y segura mula, de que los españoles no se habian aun provisto. Por una singular casualidad la España era el pais que producia mayor número de mulas; y así en breve se proveyeron los conquistadores de los animales que parecen haber sido criados para atravesar los pasos dificultosos de las cordilleras.

Otro obstáculo de los que á menudo se les presentaban eran los torrentes profundos que furiosos se precipitaban de los Andes. Sobre estos torrentes habia puentes colgantes de mimbre, frágil material que, al cabo de tiempo, roto por los pesados pies de la caballería, aumentó con los agujeros que en él se hicieron los peligros y dificultades del paso. En tales ocasiones los españoles continuaban su camino atravesando los rios en balsas y llevando á los caballos á nado por la brida (6).

En toda la estension del camino hallaron establecidas casas de posta á distancias regulares para albergar á los correos del gobierno; y almacenes de granos y otros artículos en las principales ciudades, destinados para los ejércitos indios. Así los españoles se aprovecharon de la prudente prevision del gobierno peruano.

Despues de haber atravesado varias poblaciones pequeñas y otras de alguna nota de las cuales las principales eran Guamachucho y Guanuco, Pizarro y su gente al cabo de algun tiempo de fatigosa marcha llegaron á la vista del rico valle de Xauxa. La marcha aunque incómoda no les habia hecho padecer demasiado, escepto al cruzar las erizadas cuestas de las cordilleras que obstruian el camino, asperezas que hacian resaltar la hermosura de los valles engastados como perlas en aquella elevada region. Al pasar la montaña les incomodó bastante el frio; pues para que la marcha fuese mas rápida se habian dejado atras todo el bagaje supérfluo y no llevaban consigo ni aun tiendas (7). Los frios vientos de las montañas penetraban el espeso arnés de los soldados; pero los pobres indios, vestidos mas ligeramente y acostumbrados al clima de los trópicos padecieron mucho. El español parecia tener cierta osadía de cuerpo como la que tenia de alma, que le hacia casi no sentir los rigores del clima.

No les molestaron enemigos en su marcha; pero mas de una vez encontraron vestigios de ellos en pueblecitos inmediatos y en arruinados puentes. De cuando en cuando habian llegado á oidos de Pizarro rumores relativos á guerreros que le seguian las huellas; de cuando en cuando tambien se habian visto pequeñas tropas de indios como oscuras nubes al estremo del horizonte, que se desvanecian al acercarse los españoles; sin embargo, al llegar á Xauxa estas nubes se reunieron formando una negra masa de guerreros en la opuesta orilla del rio que atravesaba el valle.

Adelantáronse los españoles hácia el rio que aumentado con las nieves era entonces de considerable anchura, aunque no muy profundo. El puente habia sido destruido; pero los conquistadores sin vacilar se arrojaron resueltamente al agua y nadando y vadeando como mejor pudieron llegaron á la orilla opuesta. Desconcertados los indios con este movimiento que no habian previsto, pues fiaban en la defensa que les ofrecia el rio, tomaron la fuga despues de haber hecho un impotente disparo de sus armas arrojadizas. El miedo dió alas á los fugitivos; pero el caballo y su ginete eran mas ligeros y los vencedores tomaron sangrienta venganza de sus enemigos por haberse atrevido aun á pensar en la resistencia.

Xauxa era una ciudad muy considerable de la cual ya hemos dado noticia al hablar de la visita que la hizo Hernando Pizarro. Estaba situada en medio de un verde valle fertilizado por mil pequeños arroyuelos que el industrioso agricultor indio hacia salir del gran rio que atravesaba mansamente los prados. En ella habia varios edificios grandes de piedra tosca y un templo de alguna nota en tiempo de los Incas. Pero el fuerte brazo del padre Valverde y de sus compatriotas derribó en breve los idolos de su elevado puesto y puso en su lugar las imágenes de la Vírgen y del niño.

En Xauxa se propuso Pizarro hacer alto por algunos dias y fundar una colonia española. Creia favorable la posicion para tener en jaque á los indios de la montaña y para establecer al mismo tiempo fáciles comunicaciones con la costa. Entre tanto determinó enviar adelante á Soto con un destacamento de sesenta caballos para reconocer el pais y recomponer los puentes destruidos por el enemigo (8).

(1) Los primeros conquistadores, segun Garcilasso, fueron muy honrados y respetados por los que llegaron despues, aunque en general eran hombres de menos consideracion y fortuna que estos últimos. Com. Real, parte I, lib. VII, capítulo IX.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 400.

(3) «Va todo el camino de una traza y anchura hecho á mano.» Relacion del primer descub., MS.

(4) «En muchas partes viendo lo que está delante parece cosa imposible poderlo pasar.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(5) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fólio 404.

(6) Ibid., ubi supra.—Relacion del primer descubrimiento MS.

(7) «La notte dormirono tutti in quella campagna, senza coperto alcuno, sopra la neue ne pur hebber souuenimento di legne ne da mangiare.» Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol 401.

(8) Carta de la justicia y regimiento de la ciudad de Xauxa,

El activo Soto salió inmediatamente para cumplir su comision, pero encontró grandes obstáculos en su marcha. Las huellas del enemigo eran mas frecuentes á medida que avanzaba. Encontró pueblos quemados, puentes destruidos, pesadas piedras y grandes árboles en medio del camino para impedir la marcha de la caballería. Al llegar cerca de Bilcas, ciudad importante en otro tiempo aunque ahora borrada del mapa, tuvo que sostener una séria escaramuza con los indios en un desfiladero, la cual le costó la vida de dos ó tres de sus soldados. La pérdida no fue grande; pero cualquiera pérdida hacia sensacion en los españoles por lo poco acostumbrados que estaban de algun tiempo á aquella parte á que se les opusiese resistencia.

Continuando mas adelante el capitan español cruzó el rio Abancay y las caudalosas aguas del Apurimac; y al llegar cerca de la sierra de Vilcaconga supo que un cuerpo considerable de indios le esperaba en los peligrosos pasos de la montaña. La sierra estaba á algunas leguas del Cuzco; y Soto, deseoso de llegar al otro lado de ella antes de que anocheciese, precipitó incautamente la marcha de sus cansados caballos. Luego que hubo penetrado completamente entre las rocas y desfiladeros, una multitud de indios armados, saliendo al parecer de las cavernas y espesura de la sierra llenaron el aire de gritos guerreros, y como si fueran un torrente de sus montañas, cayeron sobre los invasores mientras estos subian trabajosamente los escalones abiertos en el camino. Hombres y caballos quedaron trastornados con la furia del ataque, y los que marchaban los primeros retrocediendo sobre los que iban detras esparcieron la ruina y la consternacion en las filas. En vano procuró Soto restablecer el órden y si posible fuera tomar la ofensiva. Las armas arrojadizas cegaban y aturdian á los caballos y los indios desesperados se colgaban de sus piernas para evitar que siguiesen subiendo por el camino abierto en la roca. Soto vió que si no llegaba á una plataforma que habia á cierta distancia, todo se perdia. Animando pues á su gente con el antiguo grito de combate que siempre llegaba al corazon del español, hundió las espuelas en los hijares de su cansado corcel, y sostenido animosamente por su tropa se habrió paso entre la densa nube de guerreros dispersándolos á derecha é izquierda y logrando al fin llegar á la ancha plataforma.

Allí como de consentimiento mútuo suspendieron ambas partes el ataque por algunos instantes. Corria un riachuelo por aquella llanura en el cual los españoles abrevaron sus caballos; y habiendo recobrado los animales aliento, Soto y su gente dieron una carga desesperada á los indios. Estos la sostuvieron impertérritos y el resultado del combate era todavia dudoso cuando las sombras de la noche haciéndose por momentos mas espesas separaron á los combatientes.

Los españoles y los indios se retiraron entonces á sus respectivos campos, conservando sus puestos á tiro de ballesta unos de otros, de modo que las voces de los guerreros de ambas partes podian claramente ser oidas en el silencio de la noche. Pero eran muy diferentes las reflexiones que se hacian en cada una de las huestes: los indios animados con su triunfo momentáneo esperaban con confianza el dia para completarlo; los españoles por su parte estaban proporcionalmente desanimados; no habian previsto tal espíritu de resistencia en un enemigo hasta entonces tan pacífico. Varios hombres habian muerto en la pelea; uno de resultas de un golpe que le dió un peruano con su hacha de armas y que le abrió la cabeza hasta la barba, indicio del buen temple del arma y de la fuerza del brazo que la manejaba (1). Tambien habian muerto algunos caballos, cuya pérdida fue casi tan sentida como la de los ginetes, por los grandes gastos y dificultades que se originaban para trasladarlos á aquellas distantes regiones. Pocos fueron los hombres y caballos que salieron ilesos de la accion y los aliados indios padecieron todavía mucho mas.

Segun la pertinacia y cierto órden que reinaron en el ataque, parecia este haber sido dirigido por algun gefe de esperiencia militar, tal vez por el indio Quizquiz, que, segun se decia, andaba recorriendo las inmediaciones del Cuzco con fuerzas considerables.

No obstante, las causas racionales que habia para temer el resultado del combate del dia siguiente, Soto, como gefe de ánimo esforzado, procuró reanimar á su gente. Díjoles que si habian hecho frente al enemigo cuando los caballos estaban cansados y sus propias fuerzas casi exhautas, seria mucho mas fácil vencerle despues de restauradas con el descanso de una noche; y añadió que, «confiaba en el Todopoderoso que nunca abandonaria á sus fieles servidores en aquel estremo.» Los sucesos justificaron despues la confianza de Soto en este oportuno socorro.

De cuando en cuando en su marcha habia enviado avisos á Pizarro noticiándole la situacion amenazadora del pais, y al fin, este gefe sériamente alarmado, temió que Soto fuese arrollado por las fuerzas superiores del enemigo. Para evitarlo destacó en su auxilio á Almagro con casi todo el resto de la caballería sin darle infantería para que pudiese caminar mas de prisa. Este activo gefe se adelantó á marchas forzadas, estimulado por las noticias que recibia en el camino, y tuvo la fortuna de llegar al pie de la sierra de Vilcasonga en la misma noche de la accion.

Sabedor del combate que acababa de darse siguió adelante sin querer dar descanso á los caballos á pesar de que estaban fatigados en estremo con la larga marcha. La noche era muy oscura, y Almagro temeroso de tropezar con el campamento enemigo y deseoso al mismo tiempo de informar á Soto de su llegada, mandó tocar las trompetas, cuyos acentos penetrando por los desfiladeros de las montañas despertaron á los soldados de Soto, sonando en sus oidos como la mas armoniosa música. A ellos respondieron con sus cornetas y pronto tuvieron la satisfaccion de abrazar á sus libertadores (2).

Grande fue el desaliento de las huestes peruanas cuando con la luz del dia descubrieron el nuevo refuerzo con que se habian aumentado las filas de los españoles. Era inútil pelear con un enemigo, cuyas fuerzas aumentaban á medida de su necesidad, y que parecia tener el poder de multiplicarse cuando le convenia. Así sin intentar nuevo combate se aprovecharon de la espesa niebla que cubria las colinas inferiores para efectuar su retirada y dejar á los españoles franco el paso. Entonces los dos gefes continuaron su marcha hasta que salieron con sus tropas de la sierra, y tomando posicion segura se propusieron esperar en ella la llegada de Pizarro (3).

Entre tanto, el comandante en gefe continuaba en Xauxa grandemente alarmado por los avisos que recibia acerca del estado del pais. Su empresa hasta entonces habia encontrado tan pocas dificultades, que no estaba mas preparado que su teniente á la resistencia abierta de los indios. No comprendia tal vez que el carácter mas pacífico puede al fin irritarse con

MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Herrera, Hist. Gen., déc. V, lib. IV, cap. X.—Relacion del primer descub., MS.

(1) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fol. 405.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia gen. dec. V, lib. V, cap. III.

(3) El encuentro de Soto con los indios le refieren con mas ó menos pormenores Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 405.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Relacion del primer descub., MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS., todos los cuales pertenecian al ejército.

la opresion, y que la muerte del Inca, á quien los indios miraban con tanto respeto y veneracion, podia ser un estímulo poderoso para sacarles de su apatía.

Las noticias que despues recibió de la retirada de los peruanos le llenaron por tanto de satisfaccion, y mandó que se dijesen misas y se diesen gracias al cielo, «que se habia mostrado tan propicio á los cristianos en toda aquella grande empresa.» El español fue siempre un cruzado. Era en el siglo XVI lo que *Corazon de Leon* y sus valientes caballeros eran en el siglo XII, con la diferencia de que estos peleaban por la cruz y por la gloria, y el español por el oro y por la cruz. El espíritu caballeresco se habia resfriado un poco ante el espíritu mercantil; pero el fuego del entusiasmo religioso todavía ardia tan vivo bajo la cota de malla del conquistador de América, como ardió en otro tiempo bajo la armadura de hierro del soldado de Palestina.

Parecia probable que alguna persona de autoridad hubiese organizado ó á lo menos ordenado la resistencia de los indios, y las sospechas recayeron sobre el cautivo gefe Challcuchima, el cual fue acusado de mantener correspondencia secreta con su confederado Quizquiz. Pizarro pasó á verse con el noble indio, y acusándole de autor de la conspiracion, le echó en cara, como antes habia hecho con el Inca, su ingratitud con los españoles que tan generosamente le habian tratado, y concluyó asegurándole que si no hacia que los peruanos depusiesen las armas y se sometiesen inmediatamente, le haria quemar vivo tan luego como llegasen al campamento de Almagro (1).

El gefe indio escuchó esta terrible amenaza con la mayor serenidad. Negó haber tenido comunicacion ninguna con sus compatriotas, y dijo, que hallándose prisionero no podia, mientras lo estuviese, hacer que se sometieran. Despues guardó un obstinado silencio y Pizarro no le volvió á hablar del asunto (2), pero le sometió á la custodia de una fuerte guardia y mandó ponerle grillos, procedimiento de mal agüero, pues habia sido el precursor de la muerte de Atahuallpa.

Antes de salir de Xauxa sucedió una desgracia á los españoles con la muerte de su hechura el jóven Inca Toparca. Las sospechas recayeron tambien sobre Challcuchima á quien ya atribuian los españoles todo lo malo que les sucedia (3). Sintió mucho Pizarro esta muerte, pues perdia con ella la oportunidad de cubrir sus actos futuros con aquella sombra de soberanía (4).

Pizarro consideró lo mas prudente, no aventurarse á perder sus tesoros llevándolos consigo; y los dejó por tanto en Xauxa bajo la custodia de cuarenta soldados que se quedaron allí de guarnicion. Ningun acontecimiento de importancia ocurrió en el camino, y reunidas las fuerzas de Pizarro con las de Almagro y Soto, penetraron en el valle de Xaquixaguama á unas cinco leguas del Cuzco. Era este valle uno de aquellos sitios magníficos que tan á menudo se encuentran como enclavados en medio de los Andes, y cuya belleza resaltaba mas por el contraste que hacia con los cerros fragosos que le rodeaban. Atravesábale un rio, que regando el suelo mantenia en él una alfombra perpétua de verdor y la rica y lozana vegetacion lo daba el aspecto de un jardin cultivado. La hermosura del sitio y su temple delicioso le hacian muy á propósito para residencia de los nobles peruanos, los cuales tenian en las laderas de los montes casas de campo, que les proporcionaban agradable mansion durante los calores del estío (5). Sin embargo, el centro del valle estaba desfigurado por un pantano de cierta estension producido por las frecuentes avenidas del rio, pero la industria de los arquitectos indios habia construido un sólido arrecife de grandes piedras, unido con el camino real que atravesaba en toda su latitud el pantano (6).

En este valle hizo alto Pizarro por algunos dias, para dar descanso á sus tropas y municionarlas en los bien provistos almacenes de los Incas. Su primer acto fue formar causa á Challcuchima, si causa puede llamarse un procedimiento en que la sentencia se dió la mano con la acusacion. No sabemos de qué naturaleza eran los testimonios que se alegaron en su contra, solo sí que fueron suficientes para que los capitanes españoles le declarasen culpado. Ni es enteramente increible que Challcuchima hubiese estimulado secretamente la insurreccion del pueblo para alcanzar su libertad y la de su pais. Fue condenado á ser quemado vivo en aquel sitio, «sentencia, dice Herrera, que pareció á algunos demasiado cruel, pero los que se rigen por razones de alta política no atienden á ninguna otra (7).» No sabemos por qué adoptaban los españoles con preferencia este método cruel de ejecucion, á no ser que fuese porque el indio era infiel, y el fuego desde muy antiguo parece haber sido considerado el elemento mas á propósito para dar muerte á los infieles como tipo de la inestinguible llama que les esperaba en las regiones infernales.

El padre Valverde acompañó al gefe peruano al patíbulo, el cual presenció ansioso de aprovechar aquellos terribles momentos para conseguir la conversion de la víctima. Pintóle con sombríos colores el terrible destino del infiel, á quien solo las aguas del bautismo podian proporcionar las inefables glorias del Paraiso (8). No parece que le prometiera conmutacion alguna de la pena en este mundo. Pero sus argumentos se dirigian á un corazon de bronce, y el indio respondió friamente, «que no entendia la religion de los blancos (9).» Debe perdonársele que no comprendiese las bellezas de una fé que segun se ha visto le produjo tan amargos frutos. En medio de sus tormentos mostró el valor característico del indio americano, cuya facultad de sufrir triunfa del poder de persecucion de sus enemigos, y murió invocando el nombre de Pachacamac. Sus propios soldados reunieron los haces para alimentar las llamas que le consumieron (10).

Poco despues de este trágico acontecimiento, sorprendió á Pizarro la visita de un noble peruano que

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 406.

(2) Ibid., ubi supra.

(3) Segun la carta dirigida al emperador por el ayuntamiento de Xauxa, parece que ni aun las tropas llegaron á convencerse del crimen de Challcuchima. «Público fue, aunque dello no ubo averiguacion ni certenidad, que el capitan Chalconiman le abia dado ierbas ó á beber con que murió.» Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.

(4) Segun Velasco, Toparca, á quien llama por otro nombre, rasgó con desprecio la diadema que le diera Pizarro, y murió de dolor á las pocas semanas. (Hist. de Quito, tomo I, pág. 377.) Este escritor, que era un jesuita de Quito, parece que se creia obligado á defender á Atahuallpa y su familia, como si espresamente se le hubiese encomendado su defensa. Sus testimonios, cuando consiente en presentar algunos, raras veces vienen en apoyo de sus dichos, de modo que puedan inspirarnos confianza en su exactitud.

(5) «Auia en este valle muy sumptuoso aposentos y ricos, adonde los señores del Cuzco salian á tomar sus placeres y solazos.» Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(6) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(7) Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. III.

(8) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fóleo 406.

(9) Ibid., loc. cit.

(10) Ibid., loc. cit.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

El manuscrito del antiguo conquistador está muy deteriorado en este pasage, y gran parte de su narracion está completamente borrada.

llegó al campamento con gran ceremonía y con numeroso y brillante séquito. Era el jóven Príncipe Manco, hermano del malhadado Huascar, y legítimo heredero de la corona. Conducido ante el gefe español, anunció sus pretensiones al trono, y reclamó la proteccion de los estranjeros. Dícese que habia pensado en oponerles resistencia con las armas y que habia fomentado el entusiasmo de los indios para que atacasen á los españoles en su marcha; pero que viendo que era ineficaz la resistencia, habia adoptado aquel partido que le aconsejaba la política, no obstante el gran descontento que su proyecto habia escitado entre los mas resueltos gefes de la nobleza. Sea de esto lo que fuere, Pizarro escuchó sus pretensiones con singular contento, porque vió en este nuevo vástago del verdadero tronco real un instrumento mas eficaz para su propósito que el que pudiera haber encontrado en la familia de Quito, á la cual, los peruanos tenian poca aficion. Recibió pues al jóven con gran cordialidad, y no vaciló en asegurarle que habia sido enviado á aquel pais por su amo el soberano de Castilla, para apoyar las pretensiones de Huascar á la corona, y castigar la usurpacion de su rival (1).

En seguida, llevando consigo al príncipe indio continuó su marcha. Fue esta interrumpida por algunas horas por una partida de peruanos que le esperaba en la inmediata sierra. Al llegar á ella, hubo una animada escaramuza en que los indios se portaron con gran valor, é hicieron algun daño á los españoles; pero estos al fin les dispersaron y forzaron el paso del desfiladero, y el enemigo no se cuidó de seguirlos en campo abierto.

Era ya muy entrada la tarde cuando los conquistadores llegaron á vista del Cuzco (2). El sol poniente dirigia sus rayos casi horizontales sobre la ciudad imperial donde tantos altares se elevaban en su honra. Las filas de bajos edificios, que miradas al traves de sus rayos parecian otras tantas líneas de plateada luz, llenaban el fondo del valle y los puntos menos elevados de las montañas, cuyas formas magestuosas y sombrías, parecian querer tender un oscuro velo sobre la ciudad, como para protejerla de la profanacion que le amenazaba. Era tan tarde, que Pizarro resolvió diferir su entrada hasta la mañana siguiente.

Aquella noche se estableció una guardia vigilante en el campamento, y los soldados durmieron sobre las armas; pero no les molestó el enemigo, y á la mañana del dia siguiente, 15 de noviembre de 1533, se preparó Pizarro para hacer su entrada en la capital del imperio peruano (3).

Formóse el ejército en tres divisiones, de las cuales la del centro *ó batalla,* como se llamaba, iba á las órdenes de Pizarro. Los arrabales estaban llenos de innumerable multitud de indios que habian salido de la ciudad y de los pueblos inmediatos para presenciar aquel ostentoso y para ellos sorprendente espectáculo. Todos miraban con ardiente curiosidad á los estranjeros, cuyas terribles hazañas habia publicado la fama por los puntos mas remotos del imperio. Contemplaban con asombro sus resplandecientes armas y sus blancos rostros que parecian proclamarlos verdaderos hijos del Sol, y escuchaban con misterioso temor el sonido de la trompeta, cuyas prolongadas notas se estendian en alas del viento por las calles de la capital, al paso que la sólida tierra temblaba bajo los pesados pies de los caballos.

El gefe español se encaminó directamente á la plaza principal. Estaba esta rodeada de varias filas de edificios bajos, entre los cuales habia algunos palacios de los Incas. Uno de ellos levantado por Huayna Capac, estaba coronado de una torre, y el piso bajo ocupado por uno ó dos de aquellos inmensos salones semejantes á los de Caxamalca, donde los nobles peruanos celebraban sus fiestas cuando el mal estado del tiempo no les permitia celebrarlas en otro sitio. Estos edificios podian servir muy bien de cuarteles para las tropas; sin embargo, en las primeras semanas los soldados permanecieron bajo sus tiendas en la gran plaza con los caballos atados á su inmediacion, y dispuestos á rechazar cualquier movimiento hostil de los habitantes (4).

La capital de los Incas aunque muy inferior á *El Dorado*, que tanto habia escitado la crédula fantasía de los españoles, los llenó de admiracion por la hermosura de sus edificios, la estension y regularidad de sus calles y el buen órden y el aspecto de comodidad y aun de lujo que se observaba en su numerosa poblacion. Esta ciudad era muy superior en todo á cuantas habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Uno de los conquistadores calcula su poblacion en doscientos mil habitantes, y la de los arrabales en muchos mas (5). No tengo noticia de que ningun otro escritor confirme esta relacion. Pero aunque parezca exagerada, es lo cierto que el Cuzco era la metrópoli de un grande imperio, residencia de la córte y de la nobleza principal, frecuentada por los mas hábiles mecánicos y artesanos de toda especie que en ella encontraban ámplios medios de ejercer sus oficios, guarnecida por una tropa numerosa, y finalmente punto de reunion de todos los que emigraban de las demas provincias. Los puntos de donde esta heterogénea poblacion procedia, estaban indicados en sus trajes particulares y especialmente en los adornos de la cabeza, que tan raras veces se encuentran en el indio americano, y que con sus variados colores daban un aspecto pintoresco á los grupos y masas de gente que circulaban por las calles. El órden y el decoro que se observaban en aquella reunion multiforme de gentes eran una prueba de la escelente policía de la capital, donde los únicos sonidos que turbaban el reposo de los españoles eran los de las fiestas y danzas que los indios con feliz insensibilidad prolongaban constantemente hasta una hora avanzada de la noche (6).

Los mejores edificios, y habia muchos de esta clase, eran de piedra ó con fachadas de piedra (7). Entre los principales se contaban los palacios de los monar-

(1) Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fól. 406.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) «Y dos horas antes que el sol se pusiese, llegaron á vista de la ciudad de Cuzco.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(3) Los cronistas difieren en cuanto á la fecha precisa de la entrada. Pero no puede haber mejores autoridades para determinarla que la relacion de Pedro Sancho y la carta de los magistrados de Xauxa. Estas son las que he seguido en el texto.

(4) Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol 407.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib XII, cap. X.—Relacion del primer descub., MS.

(5) «Esta ciudad era muy grande y muy populosa de grandes edificios y comarcas, cuando los españoles entraron la primera vez en ella havia gran cantidad de gente, seria pueblo de mas de cuarenta mil vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arravalles y comarca en derredor del Cuzco á diez ó doce leguas, creo io que havia doscientos mil indios, porque esto era lo mas poblado de todos estos reinos.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) Se calcula que el vecino representa generalmente cinco individuos. Sin embargo, el padre Valverde en una carta escrita pocos años despues de estos sucesos, dice que la ciudad tenia solamente de tres á cuatro mil casas en tiempo de la ocupacion, y los arrabales diez y nueve ó veinte mil. (Carta al emperador, MS., 20 de marzo de 1539.) Es posible que no tomase en cuenta sino las casas mejores, no contando las cabañas de barro, ó mas bien cobertizos, que formaban una gran parte de las poblaciones peruanas.

(6) «Heran tantos los atambores que de noche se oian por todas partes bailando y cantando y bebiendo, que toda la mayor parte de la noche se les pasava en esto cotidianamente.» Pedro Pizarro. Descub. y Conq., MS.

(7) «La maggior parte di queste case sono di pietra, et

cas; pues como cada soberano construia para sí uno nuevo, aunque no eran muy elevados, cubrian una gran estension de terreno. Las paredes de algunos estaban labradas ó pintadas de colores vivos y las puertas, segun dice un escritor, eran en algunos de mármol de colores (1). «En el delicado labrado de las piedras, dice uno de los conquistadores, los indios escedian con mucho á los españoles, aunque los tejados de sus edificios en vez de tejas tenian paja, si bien colocada con mucho artificio y primor (2). El clima ardiente del Cuzco no exigia otra materia mas sólida para defenderse del mal tiempo.

El edificio mas importante era la fortaleza, situada sobre una roca sólida que se alzaba orgullosa sobre toda la ciudad. Era de piedras cortadas y trabajadas con tanto arte, que era imposible descubrir la línea de union entre unas y otras; y las avenidas estaban defendidas por tres parapetos semicirculares compuestos de masas de roca tan enormes que los asemejaban á la obra de arquitectura que los maestros en el arte conocen con el nombre de ciclopea. Elevábase hasta una altura estraordinaria para un edificio peruano; y desde su mayor elevacion se descubria una perspectiva magnífica, en que el agreste aspecto de la montaña con sus rocas, bosques y torrentes, el floreciente verdor del valle y la brillante ciudad que ocupaba el primer término, formaban un armonioso y admirable conjunto bajo el oscuro azul del cielo de los trópicos.

Las calles eran largas y estrechas y estaban dispuestas con perfecta regularidad cortándose unas á otras en ángulos rectos; y de la gran plaza salian cuatro calles principales que iban á parar á los cuatro grandes caminos del imperio. Esta plaza y muchas calles de la ciudad estaban empedradas con pequeñas guijas (3). Por el centro de la ciudad pasaba un rio cristalino ó mas bien canal, cuyas orillas en una estension de veinte leguas estaban fabricadas de piedra (4); y sobre él habia puentes construidos tambien de anchas losas que proporcionaban fácil comunicacion entre los diferentes barrios de la capital (5).

El edificio mas suntuoso del Cuzco en tiempo de los Incas era indudablemente el gran templo dedicado al Sol cubierto todo de chapas de oro, como ya se ha dicho, y rodeado de conventos y dormitorios para los sacerdotes, con sus jardines y vastos parterres resplandecientes de oro. Los conquistadores se habian ya llevado todos los ornamentos esteriores; pero el friso de oro que estaba engastado en las piedras circundaba todavía el edificio principal. Es probable que las relaciones acerca de la riqueza del templo que tanto escitaba la avaricia de los españoles fuesen demasiado exageradas; pero si no lo eran, los indios debieron ocultar muchos tesoros en parte tan segura que los invasores no pudieron descubrirlos. Sin embargo, todavía quedaba mucho no solo en el gran templo del Sol sino en la inmensa multitud de templos inferiores que habia en la capital.

Pizarro al entrar en el Cuzco dió una órden prohibiendo á sus soldados hacer daño alguno á los edificios de los habitantes (6). Pero los palacios eran muchos, y las tropas no perdieron tiempo en saquearlos así como á los templos cuyos adornos interiores les dieron un botin considerable. Despojaron de sus joyas y ricos ornamentos á las regias momias que reposaban en el templo de Coricancha. Indignados contra los habitantes que habian ocultado sus tesoros dieron á muchos tormento para arrancarles la confesion del sitio en que los tenian (7). Profanaron los sepulcros en que los peruanos solian depositar sus efectos mas preciosos y obligaron á la tumba á entregarles los cuerpos que ocultaba. Nada se libró de la esploracion de los rapaces conquistadores, los cuales tropezaron casualmente tambien con una mina de riqueza que los recompensó de su trabajo.

En una caverna cerca de la ciudad encontraron gran número de vasos de oro puro ricamente grabados con figuras de serpientes, langostas y otros animales. Entre ellos se hallaron asimismo cuatro llamas de oro y diez ó doce estátuas de mujeres unas de oro y otras de plata «que solamente el verlas, dice uno de los conquistadores con cierto candor, daba verdaderamente gran satisfaccion.» El oro era probablemente de poco espesor; pues las figuras tenian todas el tamaño natural; y muchas de ellas fueron reservadas para el quinto real y enviadas á España en la misma forma en que se hallaron (8). Los almacenes estaban llenos de curiosas telas unas teñidas de vistosos colores, otras de algodon y de pluma, sandalias y chinelas de oro y plata y vestidos compuestos enteramente de cuentas de oro (9). El maiz y otros artículos de alimento de que tambien estaban llenos los almacenes fueron despreciados por los españoles atentos solo por entonces á satisfacer su sed de

l'altre hanno la metá de la facciota di pietra.» Pedro Sancho, Rel., ap. Ram., t. III, fol. 415.

(1) «Che sono le principali della cittá dipinte et lauoratore, et di pietra; et la miglior d'sse é la casa di Guainacaba, cacique vecchio, et la porta d'essea é di marmo bianco et rosso et d'altri colori.» (Ibid., ubi supra.) Los edificios eran generalmente de piedra comun. Lo que los españoles tuvieron por mármol, s ria probablemente pórfiro, con el cual estaba mezclada la piedra de las canteras inmediatas.

(2) «Todo labrado de piedra muy prima, que cierto toda la cantidad de esta cibdad hace gran ventaja á la de España, aunque carecen de teja, que todas las casas, si no es la fortaleza, que era hecha de azoteas, son cubiertas de paja, aunque tan primamente puesta que parece bien.» Rel. del primer descub., MS.

(3) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, ubi supra.

Es digno de citarse un pasaje de la carta de la justicia de Xauxa, pues confirma apoyándose en las mejores autoridades, algunos de los interesantes pormenores mencionados en el testo. «Esta cibdad es la mejor é maior que en la tierra se ha visto, y aun en Indias; é decimos á V. M. que tan hermosa y de tan buenos edificios que en España seria muy de ver; tiene las calles por mucho concierto empedradas de guijas pequeñas todas, las mas de las casas son de señores principales hechas de cantería. Está en una ladera de un zerro, en el cual sobre el pueblo está una fortaleza muy bien obrada de cantería, tan de ver que por españoles que han andado reinos estraños dicen no haber visto otro edificio igual al della.» Carta de la Just. y Reg. de Xauja, MS.

(4) «Un rio del cual baja por medio de la cibdad y desde que nace, mas de veinte leguas por aquel valle abajo donde hay muchas poblaciones va enlosado todo por suelo, y las varrancas de una parte y de ora echas de canteria labrada, cosa nunca vista ni oida.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(5) El lector recordará en este capítulo algunas repeticiones de lo que ya he dicho en la introduccion acerca del Cuzco bajo el dominio de los Incas. Pero los hechos aquí referidos están sacados en su mayor parte de otras fuentes, y era inevitable alguna repeticion para dar un idea distinta de la capital.

(6) «Pues mandó el marques dar un pregon que ningun español fuese á entrar en las casas de los naturales ni tomalles nada.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(7) Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXXIII.

(8) «Et fra l'altre cosse singolari, era veder cuattro castrati di fino oro molto grandi et 10 ó 12 statue di donne, della grandezza delle donne di quel paese, tutte d'oro fino, cosi belle et ben fatte come se fossero viue... Queste furono date nel quinto che toccava á S. M.» (Pedro Sancho, Rel. ap. Ramusio, tomo III. fól. 409.) «Muchas figuras de oro y plata enteras, hecha la forma de una mujer, y el del tamaño della, muy bien labradas.» Relacion del primer descub., MS.

(9) «Avia ansi mismo otras muchas plumas de diferentes colores para este efecto de hacer ropas que vestian los señores y señoras y no otro en los tiempos de sus fiestas; avia tambien mantas hechas de chaquira, de oro y de plata, que hera vnas quentecitas muy delicadas, que precia cosa de espanto ver su hechura.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

oro (1). Pero despues llegó un tiempo en que el grano hubiera sido de mucho mas valor.

Sin embargo la suma de riquezas encontradas en la capital no igualó á las grandes esperanzas que se habian formado los españoles, si bien el déficit lo suplió el saqueo que hicieron en varios puntos durante su marcha. En uno por ejemplo, encontraron diez tablas ó barras de plata macizas, cada una de las cuales tenia veinte pies de largo, uno de ancho y dos ó tres pulgadas de grueso. Estas tablas estaban destinadas para adornar la habitacion de un noble Inca (2).

De todo el tesoro se hizo un fondo comun como en Caxamalca; y despues de haber separado para la corona algunas de las cosas de mas valor y hermosura se entregó el resto á los fundidores indios para que hiciesen barras de igual peso. Hízose esta division del botin bajo los mismos principios que la anterior. Eran en todo cuatrocientos ochenta soldados, inclusos los de la guarnicion de Xauxa, los cuales debian percibir tambien su parte, siendo la de los de á caballo doble que la de los infantes. Los que se hallaron presentes á la division calculan de diversos modos el importe total del botin. Unos afirman que fue mucho mayor que el del rescate de Atahuallpa; otros por el contrario aseguran que fue menor. Pedro Pizarro dice que cada soldado de á caballo llevó seis mil pesos de oro y cada uno de los de infantería la mitad (3); aunque Pizarro hizo como la otra vez alguna diferencia en la reparticion segun la categoría de los individuos y los servicios que habian prestado. Pero Sancho, notario real y secretario de Pizarro, calcula el total botin en mucho menos, pues dice que no pasó de quinientos ochenta mil doscientos pesos de oro, y doscientos quince mil marcos de plata (4). No teniendo datos oficiales es imposible determinar cuál de estas dos relaciones es la exacta; pero debe tenerse presente que la de Sancho está firmada por Pizarro y por el tesorero Riquelme, y por consiguiente que esta manifiesta sin duda alguna por lo menos lo que los conquistadores dijeron al emperador.

Pero sea cualquiera de estas relaciones la exacta, el tesoro adquirido en el Cuzco, unido al que obtuvieron en Caxamalca, podia haber satisfecho los deseos del mas avaro. El influjo repentino de tanta riqueza, y esta en forma tan fácil de trasportar, en una tropa de incansables aventureros poco acostumbrados á poseer caudal, produjo sus naturales efectos dándoles medios de entregarse al juego, pasion tan fuerte y tan comun entre los españoles que se la puede considerar como un vicio nacional (5). Perdíanse y volvíanse á ganar en un mismo dia riquezas bastantes para hacer á sus propietarios independientes por toda su vida; y mas de un jugador desesperado se vió por un desgraciado golpe de dados ó corte de baraja despojado en pocas horas del fruto de años de fatiga y obligado á empezar de nuevo su obra de rapacidad. Entre estos se hace mencion de un soldado de caballería llamado Leguizano, á quien habia tocado en suerte la imágen del Sol elevándose sobre una lámina de oro bruñido que se habia hallado en las paredes en un lugar oculto del gran templo, y que tal vez por su grande hermosura ó por cualquiera otra razon no fue fundida con los demas ornamentos. El jugador perdió esta rica presa en una sola noche, de donde vino el proverbio español: *juega el sol antes que amanezca* (6).

El efecto de tal superabundancia de metales preciosos se dejó sentir inmediatamente en los precios. Los artículos mas comunes costaban sumas exorbitantes: una mano de papel valia diez pesos de oro, una botella de vino sesenta, una espada cuarenta ó cincuenta, una capa ciento y algunas veces mas, un par de zapatos valia treinta ó cuarenta pesos de oro, y no se compraba un buen caballo por menos de dos mil quinientos (7). Otros artículos subieron todavía á mas altos precios, segun que bajaba el valor del oro y la plata que los representaban. En suma, el oro y la plata parecian ser en el Cuzco las únicas cosas que no eran riqueza. Hubo sin embargo algunos soldados prudentes que se volvieron á su pais contentos con la ganancia que habian hecho y en él sus riquezas les dieron consideracion é independencia y escitaron la envidia de sus compatriotas estimulándoles á buscar fortuna por las mismas vias.

LIBRO III.

Conquista del Peru.—Continuacion.

CAPITULO IX.

Coronacion del nuevo Inca.—Arreglos municipales.—Terrible marcha de Alvarado.—Entrevista con Pizarro.—Fundacion de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Sensacion en la córte.—Desavenencias entre Almagro y los Pizarros.

1534—1535.

El primer cuidado del gefe español despues de la division del botin fue poner á Manco en el trono y hacer que le reconociesen sus compatriotas. Presentóles este príncipe como su futuro soberano, hijo legítimo de Huayna Capac y verdadero heredero del cetro peruano. Este anuncio fue recibido con entusiasmo por el pueblo que amaba la memoria de su ilustre padre y se complacia de ser gobernado todavía por un monarca de la antigua rama del Cuzco.

Nada se perdonó para conservar la ilusion del pueblo indio. Observáronse escrupulosamente las ceremonias de la coronacion; el jóven príncipe guardó las vigilias y los ayunos prescritos; y en el dia señalado los nobles y el pueblo y toda la tropa española se reunieron en la gran plaza del Cuzco para terminar la ceremonia. El padre Valverde celebró públicamente la misa, y el Inca Manco recibió la diadema del Perú, no de manos del gran sacerdote de su nacion sino de las de su conquistador Pizarro. Despues los señores indios prestaron su obediencia en la forma acostumbrada; y luego el notario real leyó en alta voz un documento en que se aseguraba la supremacía de la corona de Castilla y se exigia de todos los presentes que rindieran homenaje á su autoridad. Esplicado este documento por un intérprete, se verificó la ceremonia del homenaje por cada una de las clases presentes saludando á la bandera de Castilla dos ó tres veces con la mano. En seguida Manco brindó con Pizarro en una copa de oro llena de chispeante chicha, y el gefe español despues de haber abrazado cordialmente al nuevo monarca, dió la señal á las trompetas las cuales anunciaron la conclusion de la ceremo-

(1) Ondegardo, Rel. prim., MS.

(2) «Pues andando yo buscando mahiz ó otras cosas para comer, acaso entré en un buhio donde hallé estos tablones de plata que tengo dicho que heran hasta diez, y de largo tenian veinte pies y de anchor de uno y de gordor de tres dedos, di noticia dello al marques y él y todos los demas que con el estavan entraron á vello.» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(3) Descub. y Conq., MS.

(4) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, foleo 409.

(5) *Nota del traductor*. El autor para hacer esta observacion se ha propuesto sin duda por tipo el español de Nuevo Mundo, donde desgraciadamente es en efecto la pasion del juego la que domina á nuestros hermanos.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XX.

(7) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pagina 233.

nia (1). Pero sus sonidos no eran los sonidos del triunfo sino de la humillacion porque anunciaban que los estranjeros habian hollado los salones del palacio de los Incas; que la ceremonia de la coronacion era una miserable farsa; que el príncipe mismo era solo un instrumento en manos de su conquistador, y que la gloria de los hijos del Sol habia desaparecido para siempre.

Sin embargo el pueblo se dejó llevar fácilmente de sus ilusiones y se apresuró á aceptar esta imágen de su antigua independencia. El advenimiento del jóven monarca al trono fue solemnizado con las fiestas y regocijos de costumbre. Sacáronse á la plaza con gran pompa las momias de sus regios antepasados, cubiertas de los ornamentos que se les habian dejado y servidas por numeroso séquito que desempeñaba para con ellas todos los oficios que hubieran desempeñado para con los vivos. Cada uno de los cadáveres fue colocado en su silla delante de la mesa del banquete, privada ¡ah! de la magnífica vajilla que en otro tiempo resplandecia en ella cuando se celebraban estas grandes festividades. Los convidados bebieron repetidas veces en honor de los ilustres difuntos; despues comenzaron las danzas y las demostraciones de regocijo en la plaza, que se prolongaron hasta hora avanzada y en las cuales, noche tras noche continuó aquella ilusa poblacion entregándose á su alegría, como si los conquistadores no se hubiesen apoderado de la capital (2). ¡Qué contraste con los aztecas en la conquista de Méjico!

Despues trató Pizarro de organizar el gobierno municipal del Cuzco dándole la forma que tenia en las ciudades de su pais. Nombráronse dos alcaldes y ocho regidores, y entre estos últimos á los hermanos de Pizarro, Gonzalo y Juan. Todos juraron su oficio con gran solemnidad el 24 de marzo de 1534 en presencia de españoles y peruanos y en la plaza pública; como si con esta ceremonia quisiera Pizarro anunciar á los indios que si bien conservaban una imágen de sus antiguas instituciones, el verdadero poder debia estar de allí en adelante en manos de los conquistadores (3). Invitó á los españoles á establecerse en la ciudad con grandes ofertas de tierras y casas, para lo cual le daban medios suficientes los muchos palacios y edificios de los Incas; y mas de un caballero que en su patria era tan pobre que no tenia sitio donde descansar, se vió propietario de una espaciosa mansion capaz de dar abrigo á la comitiva de un príncipe (4). Desde esta época, dice un antiguo cronista, Pizarro, que hasta entonces habia sido distinguido con el título militar de capitan general, tomó el de gobernador (5). Ambos títulos tenia por concesion régia.

No descuidó tampoco Pizarro los intereses de la religion. El padre Valverde, cuyo nombramiento de obispo del Cuzco recibió poco despues la sancion del papa, se preparó á desempeñar las funciones de su ministerio. Eligióse un sitio para la catedral de su diócesis, que diese frente á la plaza; en su consecuencia se levantó un espacioso monasterio sobre las ruinas de la espléndida casa del Sol; construyéronse las paredes con las antiguas piedras; erigióse el altar en el sitio donde antes brillaba la reluciente imágen de la deidad peruana, y los frailes de Santo Domingo vinieron á habitar los cláustros del templo indio (6). Para que la metamórfosis fuese completa, en la casa de las Vírgenes del Sol se estableció un convento de monjas católicas (7). Iglesias y monasterios cristianos fueron sustituyendo á los antiguos templos, y algunos de estos que se libraron de la destruccion, fueron sin embargo despojados de sus insignias gentílicas y puestos bajo la proteccion de la cruz.

Los padres de Santo Domingo, los hermanos de la órden de la Merced y otros misioneros empezaron á trabajar en la santa obra de la conversion. Ya hemos visto que Pizarro recibió órden de la corona para llevar consigo cierto número de estos santos varones; y cada buque que habia ido llegando despues habia traido un refuerzo de eclesiásticos. No eran todos como el obispo del Cuzco tan fanáticos que cerrasen su corazon á toda clase de simpatía para con los desdichados indios (8). Habia muchos de singular humildad que seguian las huellas del conquistador para esparcir las semillas de la verdad espiritual y que con celo desinteresado se dedicaban á la propagacion del Evangelio. Así sus piadosas tareas probaron que eran los verdaderos soldados de la cruz, y demostraron que no habian sido vanas las declaraciones ostentosas de que el objeto de la espedicion era llevar la bandera de Cristo entre las naciones gentiles.

Los esfuerzos hechos para convertir á los gentiles, son un rasgo característico y honroso de la conquista española. Los puritanos, con igual celo religioso, han hecho comparativamente menos por la conversion de los indios, contentándose segun parece con haber adquirido el inestimable privilegio de adorar á Dios á su modo. Otros aventureros que han ocupado el Nuevo Mundo, no haciendo por sí mismos gran caso de la religion, no se han mostrado muy solícitos por difundirla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles, desde el principio hasta el fin, han mostrado profundo interes en el bienestar espiritual de los naturales. Bajo sus auspicios se levantaron magníficas iglesias, se fundaron escuelas para la instruccion elemental, y se adoptaron todos los medios racionales para difundir el conocimiento de las verdades religiosas; al mismo tiempo que cada uno de los misioneros penetraba solo por remotas y casi inaccesibles regio-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fól. 407.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Luego por la mañana iba el enterramiento donde estaban cada uno por órden embalsamados como es dicho, y asentados en sus sillas, y con mucha veneracion y respeto, todos por órden los sacaban de allí y los traian á la ciudad, teniendo cada uno su litera, y hombres con su librea, que le trujesen, y ansi desta manera todo el servicio y aderezos como si estubiera vivo.» Relacion del primer descub., MS.

(3) Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol 409.—Montesinos, Anales, MS., año 1534.—Acta de la fundacion del Cuzco, MS.

Este instrumento, que pertenece á la coleccion de Muñoz, contiene los nombres no solamente de los magistrados, sino tambien de los vecinos que formaron la primera poblacion de la capital *cristiana*.

(4) Acta de la fundacion del Cuzco, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VII, cap. IX y sig.

Cuando un edificio era demasiado estenso, como sucedia con algunos templos y palacios, se le adjudicaba á dos ó tres de los conquistadores para que lo repartiesen entre sí. Garcilasso, que describe la ciudad segun se hallaba poco despues de la conquista, cita con mucha prolijidad los nombres de caballeros entre quienes fueron distribuidos los edificios.

(5) Montesinos, Anales, año 1534.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XX; lib. VI, cap. XI. Naharro, Relacion sumaria, MS.

(7) Ulloa, Viaje á la América del Sur, libro VII, capítulo XII.

Las monjas indias, dice el autor de la Relacion del primer Descub., «vivian castamente y de santa manera.»—«Su castidad era fingidad, dice Pedro Pizarro, pues tenian constantes amores con los ministros del templo.» (Descub. y Conq. MS.) ¿Cuál es la verdad? Entre aserciones tan contradictorias debemos aceptar la mas favorable á los peruanos. Las preocupaciones de los conquistadores no se desmintieron en este punto.

(8) Debemos hacer al padre Valverde la justicia de decir que no es este el lenguaje con que hablan de él los ignorantes soldados de la Conquista. La justicia de Xauxa en una comunicacion á la córte representa al dominico como «persona de mucho ejemplo y doctrina, y con quien todos los españoles han tenido mucho consuelo.» (Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.) Sin embargo, todo esto no es incompatible con un alto grado de insensibilidad para con los indios y de indiferencia respecto á sus naturales derechos.

nes ó reunia sus discípulos indios en comunidades como hizo el honrado Las Casas en Cumaná, ó como hicieron los jesuitas en California y Paraguai. En todos tiempos el animoso eclesiástico español estaba pronto á levantar su voz contra la crueldad de los conquistadores y contra la avaricia no menos destructora de los colonos; y cuando sus reclamaciones eran inútiles, como sucedia muchas veces, todavía se dedicaban á consolar al desdichado indio, á enseñarle á resignarse á su suerte y á iluminar su oscuro entendimiento con la revelacion de una existencia mas santa y mas feliz.—Al recorrer las páginas sangrientas de la historia colonial española, justo es, y al mismo tiempo satisfactorio, observar que la misma nacion de cuyo seno salió el endurecido conquistador envió asimismo al misionero para desempeñar la obra de la beneficencia y difundir la luz de la civilizacion cristiana por las regiones mas apartadas del Nuevo Mundo.

Durante la permanencia en Cuzco del gobernador, como le llamaremos de aquí en adelante, recibió repetidos partes sobre la reunion de considerables fuerzas en las inmediaciones á las órdenes de Quizquiz, uno de los generales de Atahuallpa. A consecuencia de estas noticias destacó á Almagro con una pequeña fuerza de caballería y un gran cuerpo de indios mandados por el Inca Manco, para dispersar al enemigo y, si fuera posible, hacer prisionero á su gefe. Manco se manifestó tanto mas dispuesto á tomar parte en la espedicion, cuanto que esta se dirigia contra soldados de Quito y contra su gefe, los cuales no le tenian buena voluntad. Hubo algunos sérios encuentros, y el ejército de Quito se retiró sobre Xauxa cerca de cuya ciudad un combate general decidió la suerte de la guerra con la completa derrota de los indios. Quizquiz huyó á las elevadas llanuras de Quito, donde todavía hizo frente con ánimo esforzado á las fuerzas españolas que habia en aquel distrito, hasta que al fin sus propios soldados cansados de tan largas é inútiles hostilidades le mataron á sangre fria (1). Así pereció el último de los dos grandes generales de Atahuallpa, los cuales, si su nacion hubiera estado animada de un espíritu igual al suyo, habrian mantenido por largo tiempo la independencia de su patria contra su invasor.

Poco tiempo despues de estos acontecimientos el gobernador español hallándose en el Cuzco tuvo noticia de un suceso mucho mas alarmante para él que las hostilidades de los indios. Fue este la llegada á la costa de gran número de españoles mandados por Pedro de Alvarado, valiente capitan que á las órdenes de Cortés habia adquirido tanta fama en la guerra de Méjico. Alvarado despues de haber contraido un brillante casamiento en España, al cual estaba llamado por su cuna y por su categoría militar, habia vuelto á su gobierno de Goatemala, donde las magníficas relaciones que diariamente recibia de las conquistas de Pizarro, escitaron su avaricia. Supo que estas conquistas se habian limitado al Perú, y que la parte del Norte donde estaba el reino de Quito, antigua residencia de Atahuallpa, y sin duda, principal depósito de sus tesoros, permanecia aun intacta. Aparentando pues considerar este pais como fuera de la jurisdiccion del gobernador, hizo que la gran flota que destinaba á las islas de la Especia tomase la direccion de la América del Sur, y en marzo de 1534 desembarcó en la bahía de Caracas con quinientos soldados, de los cuales la mitad eran de caballería, todos muy provistos de armas y municiones. Era esta la fuerza mas formidable y mas bien equipada que hasta entonces se habia presentado en los mares del Sur (2).

Aunque esta era evidentemente una invasion del territorio concedido á Pizarro por la corona, Alvarado determinó marchar inmediatamente sobre Quito, y tomando un guia indio se propuso seguir el camino directo á traves de las montañas, paso de estrema dificultad aun en la estacion mas favorable.

Despues de haber cruzado el rio Dable, su guia se le desertó dejándole encerrado en las intrincadas malezas de la sierra. A medida que iba penetrando mas y mas en las elevadas regiones del invierno, iba viéndose rodeado de hielo y nieve, contra los cuales sus soldados, procedentes todos del cálido clima de Goatemala, estaban muy poco prevenidos. Segun iba haciéndose mas intenso el frio, muchos de ellos llegaban á entumecerse de tal modo, que les era imposible marchar. La infantería, que por precision tenia que hacer ejercicio, lo pasó mejor, pero muchos de los soldados de caballería se quedaron helados sobre sus caballos, y los indios, todavía mas sensibles al frio, perecieron á centenares. Los españoles agrupados en torno del escaso fuego que podian haber á las manos, y casi sin alimento alguno, pasaban la noche esperando en taciturno silencio la luz del dia, pero la luz del dia no les traia consuelo alguno en aquellas desiertas montañas, y solo les revelaba mas claramente la estension de su desgracia. Su marcha al traves de los Puertos Nevados y la lucha que sostuvieron con los elementos podía conocerse por los fracmentos de vestidos, los arneses rotos, los adornos de oro y otros objetos de valor, fruto de anteriores rapiñas, por los cadáveres de los que morian, ó por los cuerpos de los que menos afortunados eran abandonados á morir solos en aquellas asperezas. En cuanto á los caballos sus cadáveres no calentaron mucho el suelo, pues inmediatamente que morian eran devorados casi crudos por las tropas, que como los hambrientos condores que á bandadas se cernian sobre sus cabezas, se arrojaban sobre el objeto mas repugnante con tal que pudiese satisfacer su necesidad.

Alvarado deseoso de asegurar el botin que habia caido en sus manos al principio de su marcha, invitó á su gente á tomar el oro que quisiesen del fondo comun reservando solamente el quinto real. Pero ellos respondieron con sonrisa despreciativa y melancólica que el alimento era el único oro que necesitaban. Sin embargo, en aquel estremo que al parecer debia disolver hasta los lazos de la naturaleza, se vieron algunos ejemplos patéticos de afecto y de amistad; hubo soldados que perdieron sus vidas por socorrer á sus compañeros, y parientes y esposos (porque algunos de los caballeros iban acompañados de sus mujeres) que en vez de procurar su propia salvacion prefirieron quedarse y perecer en las nieves con los objetos de su cariño.

Para colmo de desgracias el aire se llenó por muchos dias de espesas nubes de partículas de tierra y cenizas que cegaban á los hombres y hacian la respiracion en estremo dificultosa (3). Este fenómeno parece probable que fue efecto de una erupcion del distante Cotopaxi que á doce leguas al Sudeste de Quito levanta su cabeza colosal y perfectamente cónica mucho mas allá de los límites de las eternas nieves, siendo el mas magnífico y terrible de los volcanes

(1) Pedro Pizarro, descub. y Conq., MS. — Naharro, Rel. sumaria, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XX.—Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fol. 408.—Relacion del primer descubrimiento, MS.

(2) Los historiadores difieren respecto al número de los soldados de Alvarado. Pero segun una informacion legal hecha en Goatemala eran 500, de los cuales 230 eran de caballería.—Informacion hecha en Santiago. Set. 15 de 1436, MS.

(3) «Empezó á llover tierra de los cielos, dice Oviedo, que cegaba á los hombres y á los caballos, de tal suerte que los árboles y arbustos estaban llenos de polvo.» Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XX.

de América (1), el cual en la época de la espedicion de Alvarado se hallaba en estado de erupcion. Primer caso de esta especie de que se tiene noticia, aunque sin duda no fue el primero (2). Desde aquella época ha tenido frecuentes conmociones, despidiendo torrentes de llama hasta la altura de media milla, vomitando cataratas de lava que han destruido ciudades y villas en su carrera, y haciendo temblar el suelo con truenos subterráneos que aun á la distancia de mas de cien leguas sonaban como disparos de artillería (3). Los soldados de Alvarado ignorantes de la causa del fenómeno, pues caminaban sobre nieve, cosa que nunca habian visto, y en una atmósfera cargada de cenizas, quedaron espantados con la confusion de los elementos, confusion que parecia decretada á propósito por la naturaleza para destruirlos. Algunos de aquellos hombres eran soldados de Cortés, endurecidos por muchas y penosas marchas y por muchos y encarnizados combates con los aztecas. Pero entonces confesaron que aquella guerra de los elementos era mas terrible que todo.

Por fin Alvarado despues de padecimientos que aun el mas duro probablemente no habria sufrido por muchos dias mas, salió de Puertos Nevados y llegó á una elevada llanura que se estiende á la altura de mas de nueve mil pies sobre el Océano en las inmediaciones de Riobamba. Pero una cuarta parte de su valiente ejército se habia quedado á servir de pasto al condor en la intrincada sierra con la mayor parte, dos mil por lo menos, de los indios auxiliares.

Gran número de caballos habian perecido tambien y tanto los caballos como los hombres que se libraron, quedaron mas ó menos estenuados por el frio y los muchos padecimientos. Tal fue el terrible paso de los Puertos Nevados de que he hecho ligera mencion como un episodio de la conquista del Perú, pero cuya narracion en todos sus pormenores, aunque la marcha duró muy pocas semanas, daria mejor idea de las dificultades que encontraron los españoles que volúmenes enteros de las relaciones ordinarias (4).

Cuando Alvarado despues de haber dado algunos dias de descanso á sus fatigadas tropas, emprendió de nuevo su marcha por la llanura, quedó admirado al ver impresas en el suelo huellas de herraduras. Era pues evidente que soldados españoles habian pasado por allí antes que él y que despues de todos sus trabajos y fatigas se encontraba con que otros le habian precedido en la empresa contra Quito. Preciso es decir algunas palabras para esplicar este punto.

Cuando Pizarro salió de Caxamalca, conociendo la creciente importancia de San Miguel, único puerto que habia entonces para entrar en el pais, comisionó á una persona en quien tenia gran confianza con el objeto de que se encargase del mando de la colonia. Esta persona era Sebastian Benalcázar, caballero que despues elevó su nombre hasta la primera línea entre los conquistadores de la América del Sur por su valor, inteligencia y crueldad. Pero apenas Benalcázar llegó á su gobierno, recibió como Alvarado tales noticias de las riquezas de Quito, que resolvió con la fuerza de su mando, aunque sin órden para ello, emprender su reduccion.

A la cabeza pues, de unos ciento cuarenta soldados entre caballería é infantería y un cuerpo considerable de indios auxiliares, marchó subiendo la ancha cordillera de los Andes por el punto donde se estiende por la elevada planicie de Quito y por un camino mas seguro y mas corto que el que despues llevó Alvarado. En las llanuras de Riobamba encontró al general indio Ruminabi, con el cual sostuvo varios ataques de éxito dudoso, hasta que al fin la ciencia militar decidió la victoria como la decide cuando el valor es por ambas partes igual; y Benalcázar vencedor plantó el estandarte de Castilla sobre las antiguas torres de Atahuallpa. La ciudad, en honor del general Francisco Pizarro, fue llamada San Francisco de Quito; pero grande fue la mortificacion del invasor cuando halló que los rumores relativos á las riquezas que contenia eran falsos, ó los indios las habian escondido, pues la ciudad fue el único fruto de sus victorias, es decir, la concha sin la perla que constituia su valor. Estando Benalcázar devorando su disgusto como mejor podia, recibió la noticia de la aproximacion de su superior Almagro (5).

No bien llegaron al Cuzco las nuevas de la espedicion de Alvarado, salió Almagro de aquella ciudad con una corta fuerza para San Miguel, proponiéndose tomar allí la necesaria y marchar en seguida contra los invasores. Grande fue su asombro al llegar á San Miguel, cuando supo la partida del gobernador de la colonia. Dudando de su lealtad y aconsejándose solamente del espíritu animoso y aventurero propio de la juventud, aunque su cuerpo estaba debilitado por los achaques de la edad, no vaciló en seguir á Benalcázar al traves de las montañas.

Con su acostumbrada energía el intrépido veterano, superando todas las dificultades que encontró en su marcha, llegó en pocas semanas con su pequeño ejército á las elevadas llanuras que se estendian alrededor de la ciudad india de Riobamba, no sin verse obligado á sostener encarnizados combates con los indígenas, cuyo valor y perseverancia formaban un contraste muy notable con la apatía de los peruanos. Pero no estaba apagado el sagrado fuego en los pechos de estos últimos; era solamente que no habia llegado el momento de manifestarse.

En Riobamba, Almagro se reunió con el gobernador de San Miguel, el cual protestó, tal vez sinceramente, que ningun motivo desleal le habia llevado á emprender su espedicion. Reforzadas de este modo sus tropas, esperó tranquilamente Almagro la llegada de Alvarado. Eran las tropas de este muy superiores en número y calidad á las de su rival, si bien no se hallaban tan en estado de pelear. Al encontrarse frente á frente en las dilatadas llanuras de Riobamba

(1) Garcilasso dice que la lluvia de cenizas procedia del volcan de Quito. (Com. Real, pate II, lib. II, cap. II.) Cieza de Leon dice únicamente que procedia de uno de los volcanes de aquella region. (Crónica, cap. XII.) Ninguno de ellos especifica el nombre. Humbolt acepta la opinion comun de que era el Cotopaxi.—Investigaciones, tomo I, pág. 123.

(2) Segun una tradicion popular entre los indios, un gran fracmento de pórfiro que estaba cerca de la base del cono, fue arrojado por el volcan en una erupcion que ocurrió en el momento de la muerte de Atahuallpa. Pero esta tradicion apenas puede pasar por verídica en esta historia.

(3) De esta formidable montaña da una estensa relacion Mr. Humboldt (Investigaciones, tomo I, págs. 118 y sig.), y otra todavía mas circunstanciada Condamine. (Voyage á l'Equateur, págs. 48, 56, 156, 160.) Este último filósofo hubiera escalado las paredes casi perpendiculares del volcan si hubiese encontrado alguno que se hubiera atrevido á acompañarle.

(4) La mas completa y animada narracion que hay de la marcha de Alvarado es la de Herrera que imitó en su descripcion el estilo de Tito Livio en la de la marcha de Anibal por los Alpes (Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. I, II, VIII, IX.) Véanse tambien Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo XX, y la carta de Pedro de Alvarado al emperador, fecha en San Miguel, á 15 de enero de 1535, MS.

Alvardo en la carta arriba citada, que se conserva en la coleccion de Muñoz, esplica al emperador con no poco descaro los motivos de su espedicion. En este documento describe muy lijeramente su marcha, pues su objeto principal era hablar de las negociaciones con Almagro, y hacer insinuaciones dirigidas á combatir la política que seguian los conquistadores.

(5) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. V., lib. IV, cap. XVIII; lib. VI, cap. V, VI.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS. parte, III, lib. VIII, cap. XIX.—Carta de Benalcázar, MS.

parecia probable que se empeñase inmediatamente una sangrienta batalla y que los indios tuviesen la satisfaccion de ver vengados sus agravios por las manos de sus mismos autores. Pero entraba en las miras políticas de Almagro evitar un encuentro con su antagonista.

Abriéronse negociaciones, en las cuales cada partido sostuvo sus derechos á la conquista del pais. Entre tanto, las tropas de Alvarado se mezclaron libremente con sus compatriotas del opuesto ejército, y oyeron tan magníficas relaciones sobre las riquezas y maravillas del Cuzco, que muchos de ellos quedaron deseosos de dejar el servicio de Alvarado y entrar al de Pizarro. Su mismo capitan persuadido de que Quito no contenia recompensa alguna digna de los sacrificios que habia hecho y que aun debia hacer si insistia en sus reclamaciones, empezó á conocer que su conducta habia sido precipitada y que podria indudablemente incurrir por ella en el desagrado de su soberano. Con esto no fue difícil efectuar el arreglo, y como base de él se acordó que el gobernador pagaria cien mil pesos de oro á Alvarado, por los cuales



Ataque en las llanuras de Riobamba.

este le cederia su flota, sus tropas y todos sus almacenes y municiones. Los buques entre grandes y pequeños que llevó Alvarado eran doce, y la cantidad que recibió, aunque grande, no fue suficiente para cubrir los gastos que habia hecho. Arreglado este punto, Alvarado se propuso antes de abandonar el pais, tener una entrevista con Pizarro (1).

Entre tanto el gobernador habia salido de la capital del Perú para la costa con ánimo de rechazar cualquiera invasion que por algun punto intentase Alvarado, de cuyos movimientos no tenia noticia cierta. Dejó encargado el gobierno del Cuzco á su hermano Juan, caballero cuyos modales eran en su concepto muy á propósito para granjearle la voluntad de los indígenas. Dejó tambien con él noventa soldados que guarneciesen la capital y fuesen el núcleo de la futura colonia. Despues llevándose consigo al Inca Manco, se dirigió á Xauxa. En aquel punto el príncipe indio le obsequió con una cacería al estilo del pais, como las que ya se han descrito en esta historia, y en la cual fueron muertos gran número de animales salvajes, de vicuñas y carneros peruanos de otras especies que vagaban por las montañas, y que fueron encerrados y despojados de sus finos vellones (2).

(1) Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. VIII, X.—Oviedo, Historia de las indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XX.—Carta de Benalcázar, MS.

Los autores no concuerdan en el importe de la indemnizacion satisfecha á Alvarado; pero tanto este como Almagro en sus cartas al emperador, que hasta ahora han sido desconocidas de los historiadores, convienen en que se le pagó la suma que espresa el testo. Alvarado se queja de que no tuvo mas arbitrio que tomarla, aunque de ello le redundaba gran perjuicio, y aunque, segun indica modestamente, quedaba tambien muy perjudicada la corona con la disolucion de su espedicion. (Carta de Alvarado al emperador, MS.) Almagro sin embargo dice que la suma pagada fue tres veces mas de lo que valia el armamento. «Sacrificio, añade, que hizo el gobernador por conservar la paz que nunca es cara á cualquier precio.» ¡Estraño sentimiento en un conquistador castellano! (Carta de Diego de Almagro al emperador, MS. Oct. 15 de 1534.)

(2) Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.—Relacion del primer descub.; MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. XVI.—Montesinos, Anales, MS., año 1534.

En este punto el autor de la *Relacion del primer descubriento del Pirú,* manuscrito tantas veces citado en estas páginas, termina bruscamente su tarea. Es escritor sensato y observador, y aunque participa de la tendencia nacional á dar un colorido exagerado á las cosas, escribe como hombre de conciencia y que ha visto lo que refiere.

En Xauxa tambien el notario Pedro Sancho termina su relacion que comprende un período mucho mas corto que la anterior, pero que es igualmente auténtica. Esta relacion en efecto, por ser del secretario de Pizarro y estar firmado por el mismo general, puede ser considerada como la mayor autoridad posible. De ella pueden sacarse respecto á su origen grandes deducciones, pues se la puede reputar como una narracion que hace Pizarro de sus propios hechos, algunos de los cuales tenian mucha necesidad de disculpa. Debe añadirse, haciendo justicia tanto al general como á su secretario, que esta relacion no difiere sustancialmente de otras contemporáneas, y que las tentativas que en ella se hacen para justificar algunos actos vituperables de los conquistadores, no están traidas fuera de propósito.

Debemos la publicacion de esta relacion á Ramusio, cuyas

Pasó despues Pizarro á Pachacamac donde recibió la grata noticia del convenio hecho con Alvarado, el cual á los pocos dias le visitó como tenia intencion de hacerlo antes de embarcarse.

En la conferencia ambos mostraron cortesía y buena voluntad pues ya no habia causa verdadera de recelo; y como puede imaginarse, cada uno de los dos gefes contempló al otro con no pequeño interes pues ambos habian llegado á una grande altura en materia de arriesgadas empresas. En la comparacion sin embargo Alvarado tenia alguna ventaja sobre Pizarro; pues este aunque de presencia magestuosa no tenia el esterior brillante, las maneras francas y joviales que no menos que su fresca tez y sus dorados cabellos habian granjeado al conquistador de Goatemala en sus campañas contra los aztecas el sobrenombre de *Tonatiuh* ó hijo del Sol.

Grandes funciones presenció entonces la antigua ciudad de Pachacamac; pero en vez de los cánticos y sacrificios ofrecidos en honor de la divinidad india, resonaron en ella los ecos de los torneos moriscos y de los juegos de cañas y justas con que los guerreros españoles se complacian en recordar las diversiones de su pais natal. Terminadas las funciones Alvarado se volvió á embarcar para su gobierno de Goatemala, donde su ánimo inquieto le empeñó de nuevo en otras



Conferencia de Pizarro y Alvarado.

empresas que pusieron término á su vida aventurera. Su espedicion al Perú daba una idea perfecta del carácter y vida de aquel hombre. Estaba fundada en la injusticia, fue ejecutada con temeridad y concluyó desastrosamente (1).

La sumision del Perú podia ya considerarse en cierto modo como completa. Algunas tribus bárbaras de lo interior se sostenian todavía independientes; pero Alonso de Alvarado, oficial prudente é instruido, estaba encargado de subyugarlas. Benalcázar se hallaba aun en Quito, de cuya capital fue nombrado

ilustradas tareas nos han conservado mas de una preciosa produccion de aquel tiempo, aunque en forma de traduccion.

(1) Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Carta de Francisco Pizarro al señor de Molina, MS.

Alvarado murió en 1541 de resultas de las heridas que recibió cayendo despeñado con su caballo al querer subir un precipicio en la Nueva Galicia. En el mismo año por una singular coincidencia pereció su bella esposa en la inundacion que destruyó á Goatemala, causada por un torrente de las vecinas montañas.

despues gobernador por la corona. Allí empezó á abrir cimientos mas profundos para consolidar el poder de los españoles y adelantar hácia el Norte la línea de sus conquistas. El Cuzco, la antigua capital de la monarquía india, se habia sometido. Los ejércitos de Atahuallpa habian sido derrotados y dispersados. El imperio de los Incas estaba disuelto, y el príncipe que llevaba la diadema peruana no era mas que una sombra de rey, que un instrumento del conquistador.

El primer acto del gobernador fue determinar el sitio donde habia de edificarse la futura capital de aquel vasto imperio colonial. El Cuzco, poblacion retirada entre montañas, estaba demasiado lejos de la costa para capital de un pueblo comerciante. El pequeño establecimiento de San Miguel estaba demasiado al Norte. Era de desear alguna posicion mas central de las que fácilmente podian encontrarse en alguno de los fértiles valles á orillas del Pacífico, por ejemplo el de Pachacamac que Pizarro ocupaba entonces. Pero examinado con mas detencion este punto, se prefirió el inmediato valle de Rimac que se estendia hácia el Norte, y cuyo nombre, que significa en lengua quichua *uno que habla*, procedia de un célebre ídolo que tenia un templo muy frecuentado de los indios á causa de los oráculos que en él se daban. Por este valle corria un ancho rio que como una grande arteria suministraba por efecto de la industria de los indios mil pequeñas venas que fertilizaban los hermosos prados.

En sus riberas fijó Pizarro el sitio de su nueva capital, á poco menos de dos leguas de su nacimiento, donde se estendia formando un cómodo puerto para el comercio que el ojo profético del fundador vió que habia de cubrir sus aguas en alguna época, y no muy distante. La situacion central de aquel punto le hacia á propósito para residencia del virey, pues desde él podia fácilmente comunicarse con los diferentes distritos del pais, y vigilar de cerca los movimientos de sus vasallos indios. El clima era delicioso, y aunque á solos doce grados al Sur de la línea, templaban tanto el aire las tibias brisas que generalmente se levantan del Pacífico ó de las opuestas cordilleras, que el calor era allí menos sensible que en los puntos del continente situados á igual latitud. Nunca llovia en la costa; pero corregia esta sequedad una nube de vapores que en los meses de verano se estendia como una cortina sobre el valle protegiéndole de los rayos del sol de los trópicos y destilando imperceptiblemente una humedad refrigerante que vestia los campos del mas brillante verdor.

Dióse por nombre á la naciente capital Ciudad de los Reyes en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fue el 6 de enero de 1535 cuando, segun se dice, fue fundada, ó mas probablemente cuando se determinó el sitio que habia de tener, porque la construccion parece haberse verificado doce años despues (1). Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempo de la primera generacion, y fue reemplazado por el de Lima que es una corrupcion del nombre primitivo indio de Rimac (2).

El plan para su construccion era muy regular. Las calles debian ser mucho mas anchas que las de las ciudades españolas, y perfectamente alineadas cruzándose unas á otras en ángulos rectos y bastante apartados para dejar ancho espacio para jardines y plazas públicas. Diósele una forma triangular teniendo el rio por base, cuyas aguas llevadas por acueductos de piedra debian atravesar las principales calles y facilitar el riego de los jardines de las casas.

No bien decidió el gobernador el sitio y el plan de la ciudad, comenzó con su característica energía las operaciones. Reuniéronse indios de mas de cien millas á la redonda para ayudar á la obra; los españoles se dedicaron con vigor á esta tarea bajo la vigilancia de su gefe; cambióse la espada por el instrumento del artesano, convirtióse el campo en un enjambre de diligentes trabajadores, y á los sonidos de la guerra reemplazaron los rumores de una bulliciosa poblacion. La estensa plaza debia estar formada por la catedral, el palacio del virey, el del ayuntamiento y otros edificios públicos cuyos cimientos se echaron en tan grande escala y con tanta solidez que desafiaron despues los ataques del tiempo y en algunos casos hasta los mas violentos terremotos que en diferentes épocas han convertido en ruinas parte de aquella hermosa capital (3).

Entre tanto Almagro, el mariscal, como le llaman comunmente los cronistas de aquel tiempo, habia marchado al Cuzco enviado por Pizarro para encargarse del mando de aquella capital y con instrucciones para emprender por sí mismo ó por medio de sus capitanes la conquista de los paises situados hácia el Sur y que formaban parte de Chile. Almagro desde su llegada á Caxamalca parecia haber moderado su sentimiento con Pizarro, ó por lo menos habia procurado ocultarlo y consentido en servir á sus órdenes obedeciendo al emperador que así lo habia dispuesto. En sus comunicaciones habia tenido tambien la magnanimidad de hacer honrosa mencion de Pizarro citándole como gefe deseoso de promover los intereses del gobierno. Sin embargo no se fió de él tanto que descuidase la precaucion de enviar un confidente que recordarse sus servicios en la espedicion que emprendió Hernando Pizarro para la madre patria.

Este, despues de haber tocado en Santo Domingo, llegó sin novedad á Sevilla en enero de 1534. Ademas del quinto real llevaba consigo por valor de medio millon de pesos en oro, y una gran cantidad de plata, propia de aventureros particulares, algunos de los cuales satisfechos con sus ganancias se habian vuelto á España en el mismo buque que él. La aduana se llenó de sólidas barras, vasos de diferentes figuras, imitaciones de animales, flores, fuentes y otros objetos ejecutados con mas ó menos habilidad y todos de oro puro, con gran asombro de los espectadores que de las poblaciones inmediatas vinieron en gran número á contemplar las maravillosas producciones del arte indio (4). Muchas de estas eran propiedad de la corona; y Hernando Pizarro, despues de una corta estancia en Sevilla, eligió algunas de las mejores y se partió para Calatayud donde estaba el emperador y donde se habian reunido las córtes de Aragon.

Inmediatamente fue admitido á presencia del rey en audiencia particular. Estaba Hernando mas familiarizado con las córtes que ninguno de sus hermanos, y sus modales, cuando se hallaba en situaciones en que necesitaba dominar la natural arrogancia de su carácter, tenian gracia y aun atractivo. Refirió en tono respetuoso las arriesgadas aventuras de su hermano

(1) Esto dice Quintana, siguiendo la autoridad que él llama segura, del padre Bernabé Cobo, en su libro titulado *Fundacion de Lima*. Españoles célebres, tomo II, pág. 250, nota.

(2) Los manuscritos de los antiguos conquistadores demuestran cuán desde el principio se corrompió el nombre primitivo indio en el de Lima. «Y el marques se passó á Lima y fundó la ciudad de los rreyes que agora es.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq.) «Asimismo ordenaron que se pasasen el pueblo que tenian en Xauxa poblado á este valle de Lima donde agora es esta ciudad de los rreyes y aquí se pobló.» Conquista i Pob. del Pirú, MS.

(3) Montesinos, Anales, MS., año 1535.
Los restos del palacio de Pizarro pueden descubrirse aun en el *Callejon de Patateros*, segun dice Stevenson, autor cuyo libro es el que da mejores noticias de Lima entre todos los modernos que he consultado. Residencia en la América del Sur, tomo II, cap. VIII.

(4) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. XIII.—Lista de todo lo que Hernando Pizarro trajo del Perú, ap. MS. de Muñoz.

y de la pequeña tropa que le seguia, las fatigas que habian sufrido, las dificultades que habian superado, la captura del Inca peruano y su magnífico rescate. No habló de la muerte del desgraciado príncipe porque no tenia aun noticia de este trágico suceso que ocurrió despues de su partida del Perú. Estendióse en la pintura de la fertilidad del suelo, de la civilizacion del pueblo y de sus adelantos en varias artes mecánicas; en prueba de lo cual presentó las telas de lana y algodon y los ricos ornamentos de oro y plata que llevaba. Los ojos del monarca brillaron de alegría al contemplar aquellos metales preciosos. Era demasiado sagaz para no conocer las ventajas de la conquista de un pais tan rico en recursos agrícolas; pero las rentas procedentes de estos recursos, debian necesariamente irse aumentando con lentitud y tardar mucho en llegar á sus manos; nada tenia pues de estraño que oyese con mas satisfaccion la noticia de las riquezas minerales encontradas por Pizarro, porque la lluvia de oro que tan inesperadamente caia sobre él le proporcionaba el medio inmediato de llenar el tesoro imperial agotado á causa de sus proyectos ambiciosos.

No opuso dificultad por tanto en conceder lo que el afortunado aventurero le pedia. Todas las anteriores concesiones hechas á Francisco Pizarro y á sus asociados fueron confirmadas de la manera mas ámplia; y los límites de la jurisdiccion del gobernador fueron estendidos hasta setenta leguas mas allá hácia el Sur. No quedaron olvidados tampoco los servicios de Almagro, el cual recibió facultades para descubrir y ocupar el pais hasta una distancia de doscientas leguas empezando desde el límite meridional del territorio de Pizarro (1). Cárlos, para mayor prueba de su satisfaccion, se dignó ademas dirigir una carta á los dos gefes cumplimentándolos por sus proezas y dándoles gracias por sus servicios. Este acto de justicia para con Almagro hubiera sido altamente honroso á Hernando Pizarro, considerando la enemistad que reinaba entre ellos, si no le hubiera hecho necesario la presencia de los agentes del mariscal en la córte; los cuales como ya se ha dicho estaban prontos á suplir cualquiera falta que notasen en la relacion del enviado.

Este, como es fácil presumir, no quedó sin recompensa de la régia bondad. Dióscle alojamiento como individuo de la córte; se le hizo caballero de Santiago, una de las órdenes mas estimadas de España; recibió facultades para armar una escuadra y tomar el mando de ella; y se mandó á los oficiales de la corona en Sevilla que le auxiliasen en sus proyectos y facilitasen su embarco para las Indias (2).

La llegada de Hernando Pizarro á España, y las descripciones que sus compañeros de viaje hicieron del Perú, causaron entre los españoles una sensacion tal como no se habia visto nunca desde el primer viaje de Colon. El descubrimiento del Nuevo Mundo les habia dado esperanzas de poseer infinitas riquezas, esperanzas cuya falsedad habian demostrado casi todas las espediciones hechas despues. La conquista de Méjico, aunque escitó la admiracion general como hazaña brillante y maravillosa, no habia producido aun los resultados positivos y materiales que se habian pronosticado. Así las magníficas promesas de Francisco Pizarro en su reciente visita al pais no hallaron crédito entre sus compatriotas á quienes los repetidos chascos habian hecho incrédulos. De lo que únicamente estaban seguros era de las dificultades de la empresa; y de la desconfianza con que miraban sus resultados fue buena prueba el pequeño número de aventureros que se prestaron á seguirle y el ser estos de la mas baja ralea.

Pero las promesas de Pizarro se habian realizado ya. No eran relaciones de riquezas las que reclamaban el crédito de los españoles; era el oro mismo desplegado con profusion ante sus ojos. Todas las miradas se volvieron entonces hácia el Occidente. El gastador perdido vió en el Nuevo Mundo el medio de rehacer su fortuna tan pronto como la habia arruinado; el mercader, en vez de buscar los preciosos artículos del Oriente convirtió su atencion en direccion opuesta prometiéndose mayores ganancias en unos paises donde las cosas mas comunes se pagaban á tan exorbitantes precios; el soldado deseoso de ganar gloria y riquezas con la punta de su lanza, pensó encontrar vasto campo para sus proezas en las altas llanuras de los Andes. Hernando Pizarro vió que su hermano habia juzgado acertadamente concediendo el permiso de volver á su pais á todos los que lo solicitaran, seguro de que las riquezas que en España mostrasen llevarian á sus banderas diez hombres por cada uno de los que las abandonaban.

En poco tiempo se vió Hernando á la cabeza de una de las mas numerosas y bien surtidas escuadras que probablemente habian salido de las costas de España desde la gran flota de Ovando en tiempo de Fernando é Isabel. Poco mas afortunada que aquella fue esta otra escuadra, pues apenas habia salido al mar cuando una violenta tempestad la obligó á retirarse de nuevo al puerto para remediar sus averías. Al fin logró cruzar el Océano y llegó con felicidad al pequeño puerto de Nombre de Dios. Pero no se habian hecho preparativos para su llegada, y como Hernando tuviera que detenerse allí algun tiempo antes de poder pasar los montes, sus tropas padecieron mucho á causa de la escasez de víveres, la cual fue tanta que hasta las cosas mas dañosas llegaron á servirles de alimento, y muchos gastaron sus pequeños ahorros para procurarse una miserable subsistencia. Las enfermedades como sucede de ordinario siguieron inmediatamente al hambre, y muchos de los desdichados aventureros, no pudiendo resistir los ardores del clima á que no estaban acostumbrados, perecieron á las puertas mismas del pais adonde iban á buscar fortuna.

Esta es la historia de la mayor parte de las empresas de los españoles. Unos pocos, mas venturosos que los demas, encuentran inesperadamente alguna rica presa, y centenares de ellos atraidos por la fortuna de los primeros se apresuran á seguir el mismo camino. Pero la rica presa que estaba en la superficie ha desaparecido ya en manos de los que la descubrieron, y los que vienen despues tienen que ganar sus riquezas á fuerza de largos y penosos trabajos. Muchos, perdido el ánimo y el dinero vuelven disgustados á su pais natal, otros no quieren volver y mueren desesperados encontrando su tumba donde pensaban encontrar riquezas.

Sin embargo no sucedió así con todos los que siguieron á Hernando Pizarro. Muchos de ellos cruzaron con él el Istmo de Panamá y llegaron á tiempo al Perú donde en las vicisitudes de las contiendas revolucionarias algunos alcanzaron puestos de provecho y distincion. Uno de los primeros que llegaron al Perú fue un emisario enviado por los agentes de Almagro para anunciarle las importantes concesiones que le habia hecho la corona. Almagro recibió la noticia justamente al hacer su entrada en el Cuzco, donde fue recibido con todo respeto por Juan y Gonzalo Pizarro que en cumplimiento de las órdenes de su hermano le entregaron inmediatamente el gobierno de la capital. Pero Almagro se envaneció muchísimo al

(1) El pais que debia ocupar Almagro recibió en la real concesion el nombre de Nueva Toledo, así como de Pizarro habia recibido el de Nueva Castilla. Pero esta tentativa para cambiar el nombre indio fue tan ineficaz como la primera, y el antiguo nombre de Chile designa todavía la estrecha lengua de fértil tierra entre los Andes y el Océano que se estiende hasta el Sur del gran continente.

(2) Herr., loc. cit.

verse colocado por su soberano en un mando independiente del hombre que tan profundamente le habia agraviado; y así declaró que en el ejercicio de la autoridad en que se hallaba constituido no reconocia ya superior. En estas ideas de altivez le confirmaron varios de sus soldados insistiendo en que el Cuzco caia hácia el Sur del territorio concedido á Pizarro, y que por consiguiente estaba comprendido en el suyo. Entre los que sostenian estas ideas habia muchos de los que llegaron con Alvarado, gente que, aunque de mejor condicion que los soldados de Pizarro, estaban muchísimo menos disciplinados y que bajo el mando de aquel gefe poco escrupuloso habian adquirido un espíritu de desenfrenada licencia (1). Estos no tenian consideracion ninguna con los indios; y no contentos con los edificios públicos se apoderaban cuando les parecia de los particulares, apropiándose sin ceremonia cuanto contenian, y mostrando en suma tan poco respeto á las personas y á las propiedades como si la plaza hubiera sido tomada por asalto (2).

Mientras pasaban estos acontecimientos en la antigua capital del Perú, el gobernador continuaba en Lima, donde le alarmaron mucho las noticias que recibió de los nuevos honores concedidos á su socio. No sabia que habia sido estendida su propia jurisdiccion hasta setenta leguas mas hácia el Sur, y sospechaba lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no habia de estar comprendida en los límites de su territorio. Vió todo el mal que podia resultarle de que tan opulenta ciudad cayese en manos de su rival, dándole de este modo medios abundantes para satisfacer su codicia y la de sus soldados; y conoció que en tales circunstancias no era seguro permitir que Almagro tomase posesion de un poder á que todavia no tenia legítimamente derecho; porque los pliegos que contenia la concesion se hallaban aun en Panamá en poder de Hernando, y lo único que habia llegado al Perú era un estracto de ellos.

Por tanto, envió sin pérdida de tiempo instrucciones al Cuzco para que sus hermanos volviesen á encargarse del gobierno, y prohibió á Almagro el desempeñar sus funciones fundándose en que debiéndose recibir despues sus credenciales no seria decoroso que al tiempo de recibirlas se hallase ya en posesion de su puesto. Por último, le invitaba á que emprendiese sin demora su espedicion al Sur.

Pero ni al mariscal ni á sus amigos les agradaba la idea de dejar una autoridad que ya miraban como suya de derecho. Los Pizarros por otra parte la reclamaban con obstinacion. La disputa se fue acalorando; cada partido tenia sus defensores; la ciudad se dividió en fracciones y el ayuntamiento, los soldados y hasta la poblacion india se adhirieron á uno y otro de los bandos que se disputaban el poder. Ya iban á llevarse las cosas al estremo y á decidirse la contienda por medio de la violencia y de la efusion de sangre, cuando Pizarro se presentó entre los contendientes (3).

Al recibir la noticia de las fatales consecuencias de sus mandatos se puso Pizarro en marcha á toda prisa para el Cuzco, donde fue recibido con manifiestas señales de júbilo por los indios así como por los españoles mas moderados deseosos de evitar la inminente lucha. Lo primero que hizo el gobernador fue visitar á Almagro, á quien abrazó con aparente cordialidad, y sin manifestar resentimiento alguno preguntó la causa de aquellos disturbios. A esto contestó el mariscal echando la culpa de todo á los hermanos de Pizarro; pero aunque el gobernador les reconvino con alguna aspereza por su violencia, pronto se vió que se ponia de su parte, y los peligros de una séria desavenencia entre los dos sócios se hicieron mayores que nunca. Afortunadamente evitó por entonces un rompimiento la intervencion de amigos comunes que en aquellas circunstancias mostraron mas discrecion que sus capitanes. Con su auxilio se efectuó por último una reconciliacion sobre las bases, con corta diferencia, del pacto que anteriormente tenian hecho.

Acordóse que su amistad continuaria siempre inviolable; y en un artículo, que no hace demasiado honor á ninguna de las partes, se estipuló que ninguno de ellos hablaria mal del otro ni haria insinuaciones malévolas respecto á él especialmente en sus comunicaciones al emperador, y que ninguno se comunicaria con el gobierno sin el conocimiento del otro; por último, convinieron ambos en que los gastos y beneficios de los ulteriores descubrimientos serian repartidos entre los dos por partes iguales. Invocóse la ira del cielo con las mas solemnes imprecaciones contra aquel que violase este pacto, rogando al Todopoderoso que le castigase con la pérdida de su vida en este mundo y con la eterna perdicion en el otro (4). Ambas partes se obligaron al cumplimiento de este contrato con solemne juramento pronunciado ante los Sacramentos en manos del padre Bartolomé de Segovia que concluyó la ceremonia celebrando la misa. De todo lo cual, con los artículos del convenio se formalizó testimonio público ante escribano y muchos testigos, á 12 de junio de 1535 (5).

Así estos dos antiguos compañeros despues de haber roto los lazos de la amistad y del honor quisieron ligarse mútuamente con los sagrados vínculos de la religion, medida de cuya ineficacia deberia haberles convencido el mero hecho de ser necesario recurrir á ella.

Poco despues de arregladas sus desavenencias, el mariscal levantó bandera para Chile, y muchos, atraidos por sus maneras populares, y por su generosidad que casi rayaba en prodigalidad, se alistaron con gusto en la empresa confiados en hallar todavía mayores riquezas que las que habian encontrado en el Perú. Dos indios, el uno Paullo Topa, hermano del Inca Manco, y el otro Villac Umu, gran sacerdote de la nacion, fueron enviados delante con tres españoles para preparar el camino al pequeño ejército. Púsose despues en marcha un destacamento de ciento cincuenta hombres á las órdenes de un oficial llamado Saavedra. Almagro se quedó detras á reunir mas reclutas; pero antes de completar el número de estos que pensaba llevar, emprendió su marcha, no creyéndose seguro con sus cortas fuerzas al lado de

(1) En punto á disciplina presentaban estos soldados un notable contraste con los conquistadores del Perú, si hemos de creer á Pedro Pizarro, el cual asegura que sus compañeros no se hubieran propasado á tomar una mazorca sin licencia de su gefe. «Que los que pasamos con el marques á la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de mahiz sin licencia.» Descub. y Conq., MS.

(2) «Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco i los salieron todos los naturales á rescibir i los tomaron la ciudad con todo quanto havia de dentro llenas las casas de mucha ropa i algunas oro i plata i otras muchas cosas, i las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna divina ni humana, i porque esta es una cosa larga i casi incomprehensible, la dexaré al juicio de quien mas entiende, aunque en el daño rescibido por parte de los naturales cerca deste artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. V, lib. VIII, cap. VI.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(4) «E suplicamos á su infinita bondad que á cualquier de nos que fuere en contrario de lo asi convenido, con todo rigor de justicia permita la perdicion de su ánima, fin y mal acavamiento de su vida, destruccion y perdimientos de su famila, honras y hacienda.» Capitulacion entre Pizarro y Almagro 12 de junio de 1535, MS.

(5) Este notable documento, cuyo original existe en el archivo de Simancas, se encuentra íntegro en el *Apéndice* número 11.

Pizarro (1). El resto de sus tropas debia seguirle luego que se reuniese.

Desembarazado ya de la presencia de su rival, volvió el gobernador inmediatamente á la costa para continuar sus proyectos de arreglo del pais. Ademas de la principal ciudad de Los Reyes, fundó otras á orillas del Pacífico, destinadas á ser con el tiempo emporios florecientes del comercio. La mas importante de estas recibió el nombre de Truxillo en honor del pueblo de su nacimiento, y fue establecida en el sitio ya indicado por Almagro (2). Hizo tambien muchos repartimientos así de tierras como de indios entre sus soldados en la forma que acostumbraban los conquistadores españoles (3); aunque la ignorancia de los verdaderos recursos del pais produjo resultados diferentes de los que se habia propuesto, pues en muchos casos el territorio mas pequeño, á causa de los tesoros que enterraba en su seno llegó á ser el de mas valor (4).

Pero nada llamó tanto la atencion de Pizarro como la construccion de la metrópoli de Lima, y de tal modo apresuró la obra, y tan bien fue secundado por la multitud de trabajadores que servian á sus órdenes, que tuvo la satisfaccion de ver á su naciente capital con sus grandiosos edificios y magníficos jardines muy próxima á su completa construccion. Es satisfactorio contemplar bajo un punto de vista mas agradable el carácter de aquel tosco soldado, ocupado en remediar los estragos de la guerra y en echar los fundamentos de un imperio mas civilizado que el que acababa de destruir. Esta ocupacion pacífica formaba contraste con la vida de agitacion incesante que hasta entonces habia llevado, y parecia adoptarse mejor á su edad ya madura que naturalmente le convidaba al reposo. Si hemos de creer tambien á sus cronistas, no hubo ocupacion de todas las que tuvo en su carrera que mas placer le diese. Es lo cierto que ninguna ha sido mirada con mas satisfaccion por la posteridad; y entre el dolor y la desolacion que Pizarro y sus soldados llevaron á la tierra de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de Los Reyes, sobrevive aun como la obra mas gloriosa de su creacion, como la perla mas hermosa de las del Pacífico.

CAPITULO X.

Evasion del Inca. — Vuelta de Hernando Pizarro. — Sublevacion de los peruanos. — Sitio é incendio del Cuzco. — Situacion precaria de los españoles. — Asalto de la fortaleza. — Desaliento de Pizarro. — El Inca levanta el sitio.

1535—1536.

Si la ausencia de su rival Almagro dejó á Pizarro por este lado libre de toda inquietud, por otro vió inesperadamente amenazada su autoridad. El nuevo enemigo era la poblacion indígena del pais. Hasta entonces los peruanos habian mostrado un carácter dócil y sumiso que inspiraba á los conquistadores demasiado desprecio para darles ocasion de temer. Habian mirado impasibles la usurpacion de los invasores, la ejecucion de un monarca, el nombramiento de otro para ocupar el trono vacante, los templos despojados de sus tesoros, su capital y su pais presa de los españoles que se los repartian entre sí; pero á escepcion de algunas escaramuzas en los pasos de las montañas, ni un solo golpe habian dado en defensa de sus derechos. ¡Y sin embargo aquella era una nacion que habia estendido sus conquistas por una gran parte del continente!

Pizarro en su carrera, aunque nada le detenia para llevar á cabo sus proyectos, no se habia entregado á aquellos actos supérfluos de crueldad que tantas veces mancharon las armas de sus compatriotas en otros puntos del continente, y que en pocos años esterminaron casi toda una poblacion en Hispaniola. Habia dado un gran golpe con la captura de Atahuallpa y parecia contar con él para inspirar terror á los indios, no creyendo necesarios otros nuevos. Habia aparentado tambien cierto respeto á las instituciones del pais, y reemplazado al monarca á quien habia dado muerte con otro de la dinastía legítima. Sin embargo, esto no era mas que un pretesto. El reino habia esperimentado la revolucion mas completa. Sus antiguas instituciones estaban destruidas. Su aristocrácia de orígen divino habia descendido casi hasta el nivel del pueblo. Este era siervo de los conquistadores. Sus edificios en la capital, á lo menos desde la llegada de los oficiales de Alvarado, habian pasado á manos de las tropas. Los templos se habian convertido en cuadras y los palacios reales en cuarteles. La santidad de las casas religiosas habia sido violada. Millares de matronas y doncellas que aunque erradas en sus creencias vivian en casta reclusion en establecimientos conventuales, habian sido lanzadas de sus retiros viniendo á ser presa de la licenciosa soldadesca (5). Una esposa favorita del jóven Inca habia sido seducida por los oficiales castellanos; y el Inca mismo tratado con

(1) «El adelantado Almagro despues que se vido en el Cuzco descarnado de su gente temió al marques no le prendiese por las alteraciones pasadas que havia tenido con sus hermanos como ya hemos dicho, i dicen que por ser avisado dello tomó la posta i se fué al pueblo de Paria donde estava su capitan Saavedra.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(2) Carta de Francisco Pizarro al señor de Molina, MS.

(3) Tengo á la vista dos copias de concesiones de encomiendas hechas por Pizarro, la una en Xauxa en 1534, y la otra en el Cuzco en 1539. En ellas se recomienda enfáticamente á los colonos la instruccion religiosa y el buen trato de sus indios. Pero cuán ineficaces fueron estas recomendaciones puede inferirse de las lamentaciones del escritor anónimo y contemporáneo repetidas veces citado, el cual dice que «desde entonces se estendió entre los indios la pestilencia de la servidumbre personal, é igualmente desastrosa para el alma, así del amo como del esclavo.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) Este honrado movimiento de indignacion, que no era de esperar en un tosco conquistador, es probablemente de algun eclesiástico.

(4) «El marques hizo encomiendas en los españoles, las quales fueron por noticias que ni él savia lo que dava ni nadie lo que rescibia sino á tiento i á poco mas ó menos, i asi muchos que pensaron que se les dava poco se hallaron con mucho i al contrario.» Ondegardo, Rel. prim., MS.

(5) Esto dice el autor de la *Conquista i Poblacion del Pirú*, escritor contempóraneo que describe lo que vió lo mismo que lo que supo por relaciones de otros. Varias circunstancias, especialmente la honrada indignacion que manifiesta al hablar de los escesos de los conquistadores, inducen á creer que era eclesiástico, uno de aquellos hombres probos que siguieron la cruel espedicion con un objeto de amor y de misericordia. Es de suponer tambien que su credulidad la haga exagerar á veces los escesos de sus compatriotas.

Segun él eran seis mil las mujeres de calidad que vivian en los conventos del Cuzco, servidas cada una por quince ó veinte criadas, y muchas de las cuales que no perecieron en la guerra tuvieron mas desdichada suerte, pues fueron víctimas de la prostitucion. Este pasaje es tan notable y el manuscrito tan raro, que voy á citarle original.

«De estas señoras de Cuzco es cierto de tener grande sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco cuando los españoles entraron en él havia grand cantidad de señoras que tenian sus casas i sus asientos muy quietas i sosegadas i vivian muy politicamente i como muy buenas mujeres, cada señora acompañada con quince ó veinte mujeres, que tenia de servicio en su casa bien traidas i aderezadas, i no salian menos desto i con grand onestidad i gravedad i atabio á su usanza, i es á la cantidad destas señoras principales creo yo que en él... que avia mas de seis mil sin las de servicio que creo yo mas de veinte mil mujeres sin las de servicio y mamacones, que eran las que andavan como beatas y donde á dos años casi no se allava en el Cuzco i su tierra, sino cada qual i qual porque muchas murieron en la guerra que huvo i las otras vinieron las mas á ser malas mujeres. El Señor perdone á quien fue la causa desto i á quien no la remedió pudiendo.» Conq. i Poblacion del Pirú, MS.

desdeñosa indiferencia vió que no era mas que un pobre dependiente, si no un instrumento en manos de sus conquistadores.

Sin embargo, el Inca Manco era hombre de elevado espíritu y animoso corazon, tal que pudiera haber sostenido la comparacion con el mas valiente y altivo de sus antecesores en los mejores dias del imperio. Ofendido profundamente con las humillaciones á que estaba espuesto, reclamó repetidas veces de Pizarro que le restituyese al verdadero ejercicio del poder así como á la ostentacion de él. Pero Pizarro con respuestas evasivas desestimó una reclamacion tan incompatible con sus proyectos ambiciosos, ó por mejor decir, con la política de España, y el jóven Inca y sus nobles tuvieron que devorar sus agravios en secreto y esperar pacientemente la hora de la venganza.

Las disensiones entre los españoles les parecieron ocasion oportuna para sublevarse. Los gefes peruanos tuvieron muchas conferencias sobre este punto, y el gran sacerdote Villac Umu encareció la necesidad de levantarse tan luego como Almagro hubiese retirado sus fuerzas de la capital, pues entonces les seria mas fácil atacando á los invasores á la vez en los varios puntos distantes unos de otros que ocupaban en todo el pais, arrollarlos con sus superiores fuerzas y sacudir su aborrecido yugo antes que la llegada de nuevas tropas les encerrase para siempre en las redes de sus compatriotas. Formóse un plan para el levantamiento general, y con arreglo á él nombró el Inca al gran sacerdote para que acompañase á Almagro en su marcha, á fin de que se asegurase de la cooperacion de los indios del pais y volviese despues secretamente, como lo hizo, para tomar parte en la insurreccion.

Para llevar á cabo sus proyectos se hizo necesario que el Inca Manco saliese de la capital y se presentase entre su pueblo. No encontró Manco dificultad para retirarse del Cuzco donde su presencia apenas era notada de los españoles que altivos y confiados hacian poco caso de su poder nominal. Pero en la capital habia un cuerpo de indios aliados mas celoso de sus movimientos. Eran estos indios de la tribu de Cañares, raza guerrera del Norte, sometida hacia poco tiempo por los Incas, y que por tanto no simpatizaban con ellos ni con sus instituciones. Se hallaban unos mil de ellos en el Cuzco, y habiendo concebido alguna sospecha de los proyectos del Inca, vigilaron sus movimientos y dieron parte de su ausencia á Juan Pizarro.

Este salió inmediatamente á la cabeza de una pequeña fuerza de caballería en persecucion del fugitivo; y fue tan afortunado que logró descubrirlo en un espeso cañaveral donde habia procurado ocultarse á poca distancia de la ciudad. Manco fue preso, llevado al Cuzco y encerrado en la fortaleza con una fuerte guardia. La conspiracion parecia ya terminada y nada quedaba á los desgraciados peruanos sino lamentar sus muertas esperanzas y manifestar su desconsuelo en lastimeras baladas que recordaban la cautividad de su Inca y la caida de la régia estirpe (1).

Mientras estas cosas sucedian, Hernando Pizarro volvió á la ciudad de Los Reyes trayendo consigo la real concesion en que se daba estension á las facultades de su hermano y se señalaba el territorio que correspondia á Almagro. Trajo tambien la real patente confiriendo á Francisco Pizarro el título de *marques de los Atavillos* (una provincia del Perú). Así fue colocado el feliz aventurero en las filas de la orgullosa aristocrácia de Castilla, de cuyos individuos pocos podian jactarse (si á jactarse se hubieran atrevido) de descender de tan humilde orígen, así como pocos podian justificar el suyo con mayores servicios hechos á la corona.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. V, lib. VIII, cap. I, II.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. III.

El nuevo marques resolvió no poner en posesion por entonces al mariscal de su territorio, y estimularle á que se empeñase mas y mas en la conquista de Chile para distraer su atencion del Cuzco cuya capital sin embargo, segun le aseguraba su hermano, estaba comprendida en el territorio que nuevamente se le agregaba. Para asegurar mas esta importante presa envió á Hernando á que tomase en sus manos las riendas del gobierno, por ser entre sus hermanos aquel en cuyos talentos y esperiencia tenia mas confianza.

Hernando, á pesar de sus arrogantes maneras con sus compatriotas, habia manifestado mas que ordinaria simpatía para con los indios. Habia sido amigo de Atahuallpa, y tanto que segun se decia, si él hubiera estado en Caxamalca en aquella ocasion, habria evitado su suplicio. Manifestó entonces la misma amistosa disposicion para con su sucesor Manco, mandó ponerle en libertad y poco á poco le fue dando su confianza. El astuto indio se aprovechó de su libertad para madurar sus planes de levantamiento, pero lo hizo con tanta cautela que Hernando no tuvo de ellos la menor sospecha. El secreto y el silencio son cualidades características del americano y casi tan invariables como el color particular de su piel. Manco descubrió al conquistador la existencia de varios tesoros y los sitios donde habian sido ocultados; y cuando hubo ganado su confianza estimuló mas su codicia hablándole de una estátua de oro puro que representaba á su padre Huayna Capac y pidiéndole licencia para traerla de la cueva donde estaba depositada en las asperezas de los vecinos Andes. Hernando cegado por su avaricia consintió en la partida del Inca.

Envió con él á dos soldados españoles, menos para guardarle que para que le ayudasen en el objeto de su espedicion. Pasó una semana y no volvió ni se tuvo noticia alguna suya. Hernando conoció entonces su error, y mucho mas cuando vió confirmadas sus sospechas por las relaciones desfavorables que le hicieron sus aliados indios. Sin pérdida de tiempo envió á su hermano Juan á la cabeza de sesenta caballos en busca del príncipe peruano con órden de prenderle otra vez y llevarle á la capital.

Juan Pizarro con sus soldados bien armados atravesó en breve las inmediaciones del Cuzco sin descubrir vestigios del fugitivo. Halló el pais notablemente desierto y silencioso, hasta que al acercarse á las montañas que circundan el valle de Yucay, como á seis leguas de la ciudad, encontró á los dos españoles que habian acompañado á Manco, los cuales le digeron que solo podria apoderarse de él abriéndose paso con la punta de la espada, pues las poblaciones estaban todas sublevadas y el Inca á su cabeza se preparaba á marchar sobre la capital. Sin embargo Manco no les habia hecho daño alguno en sus personas, antes bien les habia concedido el permiso de volverse á sus filas.

Pizarro halló plenamente confirmada esta relacion al llegar al rio Yucay, en cuya opuesta orilla vió formados los batallones indios en número de muchos miles, que con su jóven Inca á la cabeza se preparaban á disputarle el paso. Parecia sin embargo que no creian demasiado fuerte su posicion pues como de costumbre habian puesto el rio entre ellos y sus enemigos. No detuvo á los españoles este obstáculo. El rio aunque profundo era estrecho; y arrojándose á él nadaron con sus caballos hasta la otra orilla entre una tempestad de piedras y flechas que caian espesas como granizo sobre sus arneses y que alguna que otra vez encontraban algun punto vulnerable, si bien las heridas que hacian servian solo para estimular á los españoles á mas desesperados esfuerzos. Los indios retrocedieron al saltar en tierra sus enemigos; pero sin darles tiempo para que se formasen, con un ardor que hasta entonces no habian desplegado, vol-

vieron á la carga y los rodearon por todas partes con sus numerosas tropas. La batalla entonces se hizo encarnizada. Muchos de los indios iban armados con lanzas cuyas puntas eran de cobre templado hasta darle la dureza del acero y con grandes mazas ó hachas de armas del mismo metal. Sus armas defensivas eran tambien bajo muchos conceptos escelentes y consistian en fuertes cotas de algodon acolchadas, escudos cubiertos de pieles y cascos ricamente adornados con oro y joyas, y algunos hechos como los de los mejicanos figurando cabezas fantásticas de mónstruos con largas filas de dientes y cuyas bocas se habrian horriblemente sobre el rostro del guerrero (1). Todo el ejército tenia un aspecto de ferocidad marcial y peleaba con mucha mas disciplina que la que hasta entonces habian visto los españoles en aquel pais.

La pequeña tropa de ginetes sorprendida por el furioso ataque de los indios se vió al principio un tanto desordenada; pero al fin animándose mútuamente con el antiguo grito de guerra de «Santiago,» formaron una sólida columna y cargaron atrevidamente sobre las mas espesas filas de los enemigos. Estos, incapaces de sostener el choque, cedieron ó fueron atropellados por los caballos ó por las lanzas de los ginetes. Sin embargo su fuga se hizo con cierto órden; y de cuando en cuando volvian caras para disparar una granizada de flechas ó para dar furiosos golpes con sus hachas ó clavas. En una palabra, peleaba cada uno como si supiese que le miraba el Inca.

Era ya tarde cuando abandonaron el llano y se retiraron á la espesura de las elevadas colinas que rodean el hermoso valle de Yucay. Juan Pizarro y su pequeño ejército acamparon en el llano á la falda de las montañas. Habia vencido como de costumbre á una multitud inmensa; pero nunca habia visto batalla mas bien disputada, y su victoria le habia costado la pérdida de algunos hombres y caballos, muchos heridos y otros muchos rendidos por las fatigas del dia. Sin embargo confiaba en que la severa leccion que habia dado al enemigo, cuya matanza fue grande, acabaria con su resistencia. Pero se engañaba.

A la mañana siguiente grande fue su desaliento al ver los pasos de las montañas llenos de oscuras líneas de guerreros que se estendian hasta perderse de vista en las profundidades de la sierra, mientras masas enormes de enemigos estaban reunidas cual negras nubes sobre las cimas de los montes dispuestos á descargar su furia sobre los invasores. El terreno, desfavorable para las maniobras de la caballería ofrecia grandes ventajas á los peruanos, los cuales desde su elevada posicion dominaban grandes rocas y descargaban una lluvia de armas arrojadizas sobre la cabeza de los españoles. Juan Pizarro no quiso penetrar mas adelante en el peligroso desfiladero; y aunque dió repetidas cargas al enemigo y le hizo retirar causándole considerable pérdida, la segunda noche le cogió con los hombres y caballos cansados y heridos y teniendo tan poco adelantado el objeto de su espedicion como en la noche anterior. Hallándose en esta embarazosa situacion despues de uno ó dos dias mas, gastados en inútiles hostilidades, le sorprendió un mensage de su hermano mandándole volver con toda su gente al Cuzco que estaba sitiado por el enemigo.

Sin pérdida de tiempo comenzó su retirada, atravesó de nuevo el valle teatro de la anterior batalla, pasó á nado el rio Yucay, y contramarchando rápidamente seguido de cerca por su victorioso enemigo que celebraba su victoria con canciones ó mas bien gritos de triunfo, llegó antes de anochecer á la vista de la capital.

El espectáculo que entonces se presentó á sus ojos era muy diferente del que habia visto al salir del Cuzco pocos dias antes. Todos los alrededores de la ciudad hasta donde podia alcanzar la vista estaban ocupados por una poderosa hueste de indios, que segun el cálculo de uno de los conquistadores compondrian el número de doscientos mil guerreros (2). Las oscuras líneas de los batallones indios se estendian hasta las mismas crestas de las montañas, y todo al rededor no se veian mas que banderas y cimeras ondeantes de los gefes con ricas armaduras de plumas que á los que habian servido á las órdenes de Cortés les recordaban el traje militar de los aztecas. Sobre toda aquella multitud se elevaba un bosque de largas lanzas y hachas con filos de cobre, que moviéndose acá y allá en desordenada confusion heridas por los rayos del sol poniente resplandecian como la luz que refleja en el oscuro y turbado Océano. Era la primera vez que los españoles veian un ejército indio en toda su imponente actitud, un ejército tal como el que los Incas conducian á las batallas cuando la bandera del Sol se paseaba triunfante sobre la tierra.

Los esforzados corazones de los españoles, si por un momento les desalentó semejante espectáculo, pronto recobraron su valor, y estrechando sus filas se prepararon á abrirse paso por medio de la sitiadora hueste. Pero el enemigo parecia querer evitar su encuentro, y retrocediendo á medida que se aproximaban, les dejó libre la entrada de la capital. Probablemente los peruanos querian que cayesen cuantas víctimas fuese posible en las redes que tenian tendidas convencidos de que cuanto mayor fuera el número de sus enemigos mas pronto sentirian estos los horrores del hambre (3).

Hernando Pizarro recibió á su hermano con no pequeña satisfaccion, pues le traia un importante refuerzo á su gente, la cual toda unida no pasaba sin embargo de doscientos hombres entre infantes y caballos (4) ademas de unos mil indios auxiliares, fuerza insignificante en comparacion de la innumerable multitud de enemigos que hormigueba á las puertas de la ciudad. Los españoles pasaron la noche con la mayor angustia esperando con el recelo que era natural la llegada del dia. Comenzó el sitio del Cuzco á principios de febrero de 1536, sitio memorable donde se hicieron los mas heróicos esfuerzos de valor por parte de los indios y de los europeos, y donde las dos razas tuvieron los mas mortales encuentros que hasta entonces habian ocurrido en la conquista del Perú.

La multitud de los enemigos parecia no menos formidable durante la noche que con la luz del dia; veíanse grandes é innumerables fuegos en todo el valle y en las crestas de los montes y tan espesos, dice un testigo de vista, como las estrellas del cielo en una clara noche de verano (5). Antes que la luz que despedian estos fuegos hubiese empalidecido ante la

(1) «Es gente, dice Oviedo, muy belicosa é muy diestra; sus armas picas, é ondas, porras é alabardas de plata é oro é cobre.» (Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo XVII.) Xerez hace una buena descripcion de las armas de los peruanos. (Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 200.) El padre Velasco ha añadido otras muchas al catálogo de las que cita aquel escritor. Segun él, usaban espadas de cobre, puñales y otras armas europeas. (Hist. de Quito, tomo I, págs. 178, 180.) No insisto en que les fuesen conocidas las armas de fuego antes de la conquista.

(2) «Pues junta toda la gente quel ynga avia embiado á juntar que á lo que se entendió y los indios dixeron, fueron dozientos mil indios de guerra los que vinieron á poner este cerco.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.—Conquista i Pob. del Pirú, MS.—Herrera, Historia general, dec. V, libro VII, cap. IV.—Gomara, Historia de las Indias, capítulo CXXXIII.

(4) «Y los pocos españoles que heramos aun no dozientos todos.» Pedro Zizarro, Descub. y Conq., MS.

(5) «Pues de noche heran tantos los fuegos que no pare-

claridad de la mañana, despertó á los españoles el horrible clamoreo de caracoles, trompetas y atabales acompañados de feroces gritos de guerra que lanzaban los bárbaros á tiempo de disparar granizadas de armas de todas formas. Muchas de estas armas caian sin hacer daño dentro de la ciudad; pero otras ofrecian un peligro mas serio, pues eran flechas encendidas y piedras hechas ascua envueltas en algodones impregnados de alguna sustancia betuminosa que describiendo largos rastros de luz en el aire caian sobre los techos de los edificios y les incendiaban en un momento (1). Los techos, aun los de los mejores edificios, eran de paja, y ardian con tanta facilidad como si fueran de yesca. En un momento estalló el incendio en los mas opuestos barrios de la ciudad; el cual comunicándose con rapidez al maderaje interior de los edificios, levantaba anchas lenguas de llama que mezcladas con humo subian hasta los cielos iluminando con horribles resplandores todos los objetos. La atmósfera enrarecida aumentó la impetuosidad del viento, que estendiendo las llamas las propagaba de habitacion en habitacion hasta que todo el gran edificio conmovido por el huracan, se hundia con un estruendo semejante á los bramidos de un volcan. Hízose el calor intenso y las nubes de humo que como un negro pálio cubrian la ciudad, sofocaban y casi privaban de la vista en aquellos barrios adonde eran llevadas por el viento (2).

Los españoles estaban acampados en la gran plaza, parte de ellos debajo de toldos, y otros en las salas del Inca Viracocha, cuyo edificio estaba situado sobre el terreno que despues ocupó la catedral. Tres veces durante aquel terrible dia se incendió el techo de aquel edificio; pero aunque no se hicieron esfuerzos para apagar el fuego, este se estinguió por sí mismo sin hacer mucho daño. Atribuyóse este milagro á la bien aventurada Vírgen á quien varios caballeros cristianos vieron distintamente en los aires sobre el sitio en que debia levantarse el templo dedicado á su culto (3).

Afortunadamente el ancho espacio que habia por todos lados entre el pequeño ejército de Hernando y los edificios de la ciudad separaba á los españoles del teatro del incendio, proporcionándoles un medio de preservacion semejante al que emplea el cazador americano que procura rodearse de una circunferencia de terreno incendiado cuando le sorprende alguna conflagracion en los prados. Todo el dia continuó el fuego con furia, y por la noche sus efectos fueron aun mas dolorosos, pues al lúgubre resplandor de las llamas los desgraciados españoles podian leer la consternacion pintada en los rostros macilentos de cada uno de sus compañeros, mientras en los arrabales y en las alturas que rodeaban la ciudad veian la innumerable multitud de los sitiadores que con gozo diabólico contemplaban su obra de destruccion. Dominando la ciudad hácia el Norte se levantaba la cenicienta fortaleza que con el resplandor de las llamas parecia roja y que se asemejaba á un disforme gigante mirando las ruinas de la hermosa ciudad que ya no habia de protejer. Mas distante se distinguian tambien las formas sombrías de los Andes remontándose en solitaria grandeza hasta las regiones del eterno silencio, donde ya no podia oirse el feroz y horrible tumulto de los guerreros que se agitaban en sus faldas.

Tal era la estension de la ciudad que pasaron muchos dias antes que la furia del fuego se estinguiese. Torres y templos, cabañas, palacios y edificios particulares quedaron consumidos por las llamas. Por fortuna entre otros se salvaron del incendio la magnífica casa del Sol y el inmediato convento de las vírgenes, cuya posicion aislada ofrecia el medio de conservarlos, medio de que los indios por motivos de piedad quisieron aprovecharse (4). Toda la mitad de aquella capital que por tan largo tiempo habia sido la metrópoli de la civilizacion de Occidente, el orgullo de los Incas y la brillante mansion de su deidad tutelar, fue reducida á cenizas por las manos de sus mismos hijos. En cierto modo, sin embargo, podia servir á estos de consuelo la consideracion de que ardia sobre las cabezas de sus conquistadores, sobre sus trofeos y sobre sus tumbas.

Durante el largo período del incendio los españoles no hicieron tentativa alguna para apagar las llamas, pues hubieran sido inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no se sometieron dócilmente á los ataques del enemigo, antes bien de cuando en cuando hacian salidas para rechazarlos. Pero los trozos de edificio y los escombros que obstruian el terreno, presentaban grandes obstáculos para los movimientos de la caballería; y cuando por los esfuerzos de la infantería y de los aliados indios quedaba en parte desembarazado el paso, los peruanos plantaban estacas y construian barricadas que ofrecian los mismos obstáculos á su marcha (5); y el destruir estos obstáculos era

cia sino un cielo muy sereno lleno de estrellas.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(1) «Unas piedras redondas y hechallas en el fuego y hazellas asqua enbolvianlas en vnos algodones y poniéndolas en hondas las tiravan á las casas donde no alcanzaban á poner fuego con las manos, y ansi nos quemavan las casas sin entendello. Otras veces con flechas encendidas tirándolas á las casas que como heran de paja luego se encendian.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) «I era tanto el humo que casi los oviera de aogar i pasaron grand trabajo por esta causa i sino fuera porque de la una parte de la plaza no havia casas y estaba desconorado no puedieran escapar porque si por todas partes les diera el humo i el calor siendo tan grande pasaran travajo, pero la Divina Providencia lo estorvó.» Conquista i Pob. del Pirú, MS.

(3) El templo fue dedicado á nuestra Señora de la Asuncion. La aparicion de la Vírgen fue manifiesta no solo á los cristianos sino tambien á los guerreros indios, muchos de los cuales refirieron el suceso á Garcillasso de la Vega, en cuya pluma lo maravilloso nunca perdia nada de su brillantez. (Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXV.) Tambien lo atestigua el padre Costa, que llegó al pais cuarenta años despues de este suceso. (Lib. VII, cap. XXVII.) Ambos escritores hablan del oportuno auxilio que dió á los españoles el apóstol Santiago, el cual con su escudo, desplegando la divisa de su órden militar y armado con su flamante espada, se precipitaba con su caballo blanco sobre las mas espesas filas del enemigo. Siempre contaban los españoles con el auxilio de su santo patron cuando su presencia era necesaria, ***dignus vindice nodus***

(4) Garcilasso, Com. Real, parte II, libro II, cap. XXIV.
El padre Valverde, obispo del Cuzco, que tan señalada parte tuvo en la captura de Atahuallpa se hallaba ausente del pais en aquella época, pero volvió al año siguiente; y en una carta al emperador establece el contraste entre la condicion floreciente de la capital cuando salió de ella y el estado en que la encontró despues, despojada así de sus hermosos arrabales como de sus antiguas glorias. «Si no hubiera sabido el paraje en que estaba situada la ciudad, dice, no la hubiera reconocido.» Este pasaje es demasiado notable para omitirlo. La carta original existe en el archivo de Simancas. —«Certifico á V. M. que si no me acordara del sitio desta ciudad yo no la conosciera, á lo menos por los edificios y pueblos della; porque cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró aquí y entré yo con él estaba este valle tan hermoso en edificios y poblazion que en torno ternia que era cosa de admiracion vello, porque aunque la ciudad en sí no ternia mas de 3 ó 4000 casas, ternia en torno quasi á vista 19 ó 20,000; la fortaleza que estava sobre la ciudad parescia desde aparte una muy gran fortaleza de las de España: agora la mayor parte de la ciudad está toda derribada y quemada; la fortaleza no tiene quasi nada enhiesso; todos los pueblos de alderredor no tienen sino las paredes que por maravilla ai casa cubierta. La cosa que mas contentamiento me dió en esta ciudad fue la iglesia, que para en Indias es arto buena cosa, aunque segun la riqueza á havido en esta tierra pudiera ser mas semejante al templo de Salomon.» Carta del obispo fray Vicente de Valverde al emperador, MS., 20 de mazo de 1539.

(5) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.
«Los indios ganaron el Cuzco casi todo desta manera que en ganando la calle hivan haciendo una pared para que los ca-

obra de tiempo y de no poco peligro, pues los trabajadores estaban espuestos á todos los tiros del enemigo y el ojo del peruano era certero. Cuando al fin quedaba libre el paso para la caballería, los españoles se lanzaban con irresistible impetuosidad sobre sus enemigos, los cuales, retrocediendo en desórden, eran atropellados por los caballos ó atravesados con las lanzas de los ginetes. La matanza en estas ocasiones era grande; pero los indios no por eso se desanimaban, y mientras con nuevos refuerzos arrostraban de frente el ataque de los españoles, otros ocultándose entre las ruinas introducian el desórden en las filas de sus enemigos atacándoles por los flancos. Los peruanos eran diestros en el manejo del arco y de la honda: estos encuentros costaban á los españoles, á pesar de la superioridad de sus armas, mas vidas de las que en su apurada situacion les conviniera perder, y la pérdida de un español no se compensaba con la de diez hombres que podian matar al enemigo. Tambien usaron entonces los peruanos con buen éxito una arma particular de los americanos del Sur. Esta arma era el lazo que arrojaban diestramente sobre el ginete ó á las piernas del caballo, haciendo de este modo que ambos viniesen á tierra. Mas de un español cayó en manos del enemigo con este ardid (1).

Así los españoles acosados por todas partes, durmiendo sobre las armas, con los caballos atados á su inmediacion, prontos para pelear á todas horas, no tenian descanso ni de dia ni de noche. Para mayor embarazo, el fuerte que dominaba la ciudad, y especialmente la gran plaza en que estában acuartelados, habia tenido tan poca guarnicion á causa de la gran confianza con que se habian contado exentos de todo riesgo, que al acercarse los peruanos habia sido abandonado sin resistencia y estaba ocupado por una fuerte tropa de enemigos, los cuales desde su elevada posicion lanzaban sobre los sitiados de cuando en cuando todo género de armas arrojadizas, aumentando así su confusion y sus recelos. Entonces lamentó amargamente el capitan la imprudente seguridad que le habia hecho despreciar una posicion tan importante.

Su precaria situacion se agravaba con los rumores que diariamente llegaban á sus oidos acerca del estado del pais. Decíase que la sublevacion era general; que los españoles que habitaban en haciendas aisladas habian perecido á manos de los indios; que Lima, Truxillo y las principales ciudades estaban sitiadas y próximas á caer en manos del enemigo; que los peruanos se habian posesionado de todos los pasos, y que cortadas de este modo las comunicaciones, no era de esperar socorro alguno de los españoles de la costa. Tales eran los funestos rumores (que si bien eran exagerados tenian en realidad demasiado fundamento) que penetraban en la ciudad desde el campo de los sitiadores; y para darlos mayor crédito, los indios arrojaron á la plaza ocho ó diez cabezas humanas, en cuyos sangrientos rostros los españoles reconocieron con horror las fisonomías de sus compatriotas que antes habitaban retirados en sus tierras (2).

Desanimados con estos horrores muchos opinaban que debia abandonarse la posicion que ocupaban por insostenible y proponian abrirse paso hasta la costa con sus buenas espadas. Habia en este proyecto cierta audacia, halagüeña para el espíritu aventurero del castellano. Mejor es, decian, perecer como hombres peleando por las vidas, que morir ignominiosamente como zorras ahumadas en sus cuevas por el cazador.

Pero los Pizarros, Rojas y algunos otros de los principales gefes rechazaron semejante proyecto, diciendo que les cubriria de deshonra (3); que el Cuzco habia sido el gran premio por que habian peleado; que era la antigua capital del imperio, que aunque reducida á cenizas volveria á levantarse sobre sus ruinas tan gloriosa como en otro tiempo; que todos tenian fijos en ellos los ojos como sus defensores; que su retirada inspiraria confianza al enemigo, decidiria la suerte de sus compatriotas en todo el pais; por último que aquel era un puesto de honor y que debian morir en él antes que abandonarlo.

No parecia en efecto que hubiese alternativa alguna, porque todas las salidas estaban cortadas por un enemigo que conocia perfectamente el pais y que estaba posesionado de todos los pasos difíciles. Pero este estado de cosas no podia ser duradero, ni á la larga podian los indios disputar la victoria á los blancos. El espíritu de insurreccion debia irse estinguiendo por sí mismo: el gran ejército de los indios no podria menos de disolverse, no estando aquellos acostumbrados á las privaciones y fatigas de una larga campaña. De las colonias deberian de un momento á otro llegar refuerzos, y si los castellanos continuaban sosteniéndose por el tiempo de una estacion, debian ser socorridos por sus compatriotas, que no les dejarian nunca morir como fieras en las montañas.

Las animosas palabras y la bizarra conducta de los gefes avivaron el entusiasmo en el corazon de los españoles, porque el corazon del español fácilmente respondia al llamamiento del honor, si no al de la humanidad. Todos pues prometieron seguir al lado de su capitan hasta el último trance. Pero si querian permanecer por mas tiempo en la posicion en que se hallaban, era absolutamente preciso desalojar al enemigo de la fortaleza; y antes de intentar esta empresa peligrosa, Hernando Pizarro resolvió dar un golpe al enemigo capaz de retraerle de nuevos ataques á sus cuarteles.

Comunicó el proyecto á sus oficiales, y formando su pequeña tropa en tres divisiones, las puso á las órdenes de su hermano Gonzalo, de Gabriel de Rojas, oficial en quien tenia gran confianza, y de Hernan Ponce de Leon. Envió delante á los indios auxiliares para desembarazar de escombros el terreno, y despues las tres divisiones salieron simultáneamente por los tres puntos principales que conducian al campo de los sitiadores. Las avanzadas que encontraron al paso fueron fácilmente derrotadas, y las tres divisiones cayendo luego impetuosamente sobre las desordenadas líneas de los peruanos, les cogieron completamente de sorpresa. Por algunos momentos la resistencia fue débil y la matanza terrible; pero los indios se fueron despues poco á poco rehaciendo, y formándose con cierto órden, volvieron á la pelea con el valor de hombres acostumbrados ya á los peligros. Entonces combatieron cuerpo á cuerpo con sus hachas y mazas chapeadas de cobre, mientras una granizada de dardos, piedras y flechas caia sobre los bien defendidos cuerpos de los españoles.

Los bárbaros mostraron en esta ocasion mas disciplina de la que era de esperar, lo cual se atribuye á varios españoles, que habiendo sido generosamente perdonados por el Inca, le dieron algunas lecciones en el arte de la guerra. Tambien habian aprendido los peruanos á manejar con cierta destreza las armas de los conquistadores; los españoles vieron á muchos de ellos con escudos, yelmos y espadas de fábrica

vallos ni los españoles no los pudiesen romper.» Conq. i Poblacion del Pirú, MS.

(1) Ibid., MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. IV.

(2) Ibid., ubi supra.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(3) «Pues Hernando Piçarro nunca estuvo en ello y les respondia que todos aviamos de morir y no desamparar el Cuzco. Juntávanse á estas consultas Hernando Piçarro y sus hermanos, Graviel de Rojas, Hernan Ponce de Leon, el Thesorero Riquelme.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

europea y aun á algunos montados en caballos que habian quitado á los blancos (1). Especialmente fue de notar el jóven Inca que vestido á la moda europea, montado en un caballo de batalla que manejaba con gran destreza, y llevando una larga lanza en la mano, guiaba á sus tropas al combate. La prontitud con que los peruanos adoptaron la táctica superior y las armas de los conquistadores, supone en ellos un grado de civilizacion mayor que el que habian alcanzado los aztecas, los cuales en su larga lucha con los españoles, jamas pudieron dominar el terror que les inspiraba el caballo hasta el punto de montarle.

Pero pocos dias ó pocas semanas de esperiencia no eran bastantes para familiarizarlos con armas y mucho menos con táctica, tan distintas de las suyas. Así el combate en esta ocasion, aunque sostenido con ardor, no duró mucho. Despues de una animada lucha, en que los indios se arrojaban impávidos sobre los ginetes procurando arrancarles de sus sillas, se vieron obligados á ceder el campo ante las repetidas cargas de los españoles. Muchos fueron atropellados por los caballos, otros heridos con las anchas espadas españolas, mientras los arcabuceros sosteniendo á la caballería hacian un nutrido fuego que diezmaba terriblemente la retaguardia de los fugitivos. Al fin el gefe castellano, saciado de matanza y esperando que aquella leccion bastaria para que el enemigo no volviera por entonces á incomodarle, retiró las tropas á los cuarteles de la capital (2).

En seguida trató de recobrar la ciudadela. La empresa era peligrosa: la fortaleza dominaba la parte del Norte de la ciudad y estaba situada sobre una alta roca bastante escarpada para ser considerada como inaccesible por aquel punto, en el cual solamente la defendia un simple muro. Por la parte del campo era mas fácil el acceso, pero estaba protegida por dos muros semicirculares de unos mil doscientos pies de estension cada uno y de grande espesor, construidos con piedras macizas, ó mas bien rocas, puestas unas sobre otras sin mezcla alguna que las uniese, y formando una especie de obra rústica. El terreno entre estas dos líneas de defensa tenia el declive suficiente para que la guarnicion, protegida por sus parapetos, pudiese descargar sus flechas sobre los sitiadores. Pasado el muro interior se encontraba la fortaleza, compuesta de tres fuertes torres, una de grande altura, de la cual y de una de las mas pequeñas estaba posesionado el enemigo bajo el mando de un Inca noble, guerrero de probado esfuerzo y dispuesto á defenderse hasta el último estremo.

Hernando Pizarro confió esta peligrosa empresa á su hermano Juan, en cuyo pecho ardia el espíritu aventurero de uno de aquellos caballeros errantes que nos pintan las novelas. Como la fortaleza debia ser acometida por la parte del campo, y como para esto era preciso atravesar los pasos difíciles de la montaña, fue necesario llamar la atencion del enemigo hácia otro punto. Poco antes de ponerse el sol, Juan Pizarro salió de la ciudad con un cuerpo escogido de caballería y tomó una direccion opuesta á la del fuerte, para que el ejército enemigo creyese que su objeto era forrajear. Pero contramarchando en secreto luego que llegó la noche, halló afortunadamente los pasos de la montaña abandonados y llegó al muro esterior de la fortaleza sin ser sentido de la guarnicion (3).

La entrada era una estrecha abertura practicada en el centro del muro; pero estaba cerrada con pesadas piedras que parecian formar una sola y misma obra con el resto de la fábrica. El separar aquellas enormes masas sin que la guarnicion lo echase de ver era solo asunto de tiempo, pues los indios, que raras veces peleaban de noche, no estaban enterados en el arte de la guerra lo suficiente para proveer á su seguridad por medio de centinelas que evitasen las sorpresas. Terminada la operacion, Juan Pizarro y su valiente tropa penetraron á caballo por la puerta y se adelantaron hácia el segundo parapeto.

Pero sus movimientos no fueron ejecutados con tanto secreto que dejasen de ser advertidos por el enemigo, y así encontraron en la parte inferior un enjambre de guerreros que al acercarse los españoles descargaron una lluvia de flechas, obligándoles á hacer alto. Juan Pizarro conociendo que no habia tiempo que perder, mandó que la mitad de su gente se apease, y poniéndose á la cabeza se preparó á abrir otra brecha en las fortificaciones. Pocos dias antes habia sido herido en la quijada, y notando que el yelmo hacia mas dolorosa su herida, se le quitó fiándose del escudo para protejer la cabeza (4). En esta situacion y al frente de sus soldados les animaba á terminar la obra de demolicion á pesar de la tempestad de flechas, piedras y dardos que descargaban sobre ellos con furia capaz de estremecer al mas fuerte corazon. Las buenas cotas de malla no siempre bastaban para proteger á los españoles; pero otros ocupaban el lugar de los que caian, hasta que abierta brecha, penetró por ella la caballería atropellando y destrozando á cuantos hicieron resistencia.

Abandonando el parapeto, el enemigo se refugió precipitadamente en una especie de plataforma ó terrado dominado por la torre principal, y desde allí descargó nuevas granizadas de flechas contra los españoles, mientras la guarnicion de la fortaleza dejaba caer sobre sus cabezas enormes maderos y fragmentos de roca. Juan Pizarro que iba de los primeros saltó al terrado animando á su gente con la voz y con el egemplo; pero en aquel momento, cayendo una gran piedra sobre su cabeza, que no estaba entonces protegida por el escudo, dió con él en el suelo. Desde allí el intrépido gefe continuó escitando con su voz á los soldados hasta que se apoderaron del terrado y pasaron á cuchillo á sus míseros defensores. Despues, aumentándose demasiado sus dolores, fue preciso bajarlo á la ciudad, donde á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvar su vida, murió á los quince dias entre horribles padecimientos (5). Para decir que era valiente, basta decir que era Pizarro; pero lo que mas constituye su gloria era que sabia templar el valor con la benevolencia. Su carácter parecia en alto grado apacible por el contraste que formaba con el de sus hermanos, y sus modales le habian grangeado el afecto de todo el ejército. Habia servido en la conquista del Perú desde el principio, y ningun nombre entre los conquistadores está menos deslustrado que el suyo por la mancha de crueldad, ni mas acrisolado por las cualidades de leal y valiente caballero que le adornaban (6).

(1) Herrera afirma que los peruanos usaron contra los conquistadores de sus mismas armas de fuego, obligando á los prisioneros á poner en su órden los mosquetes y fabricar pólvora para ellos. Hist. Gen., dec.V, lib. VIII, cap. V, VI.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Poblacion del Pirú, MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. IV, V.

(3) Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(5) «Y estando batallando con ellos para echallos de alli Joan Piçarro se descuidó de cubrirse la cabeça con la adarga y con las muchas pedradas que tiravan le acertaron vna en la cabeça que le quebraron los cascos y dende á quince dias murió desta herida, y ansi herido estuvo forcejando con los indios y españoles hasta que se ganó este terrado, y ganado le abajaron al Cuzco.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

(6) «Hera valiente, dice Pedro Pizarro, y muy animoso, gentil hombre, magnánimo y afable.» (Descub. y Conq. MS.) Zárate termina la relacion de su muerte con este breve panegírico:—«Fue gran pérdida en la tierra, porque era Juan Piçarro muy valiente; y esperimentado en las guerras de los

Aunque Hernando Pizarro sintió profundamente la desgracia de su hermano, conoció que debia aprovecharse sin pérdida de tiempo de las ventajas conseguidas. Así, dejando el mando de la ciudad á Gonzalo, se puso á la cabeza de los combatientes y estrechó con vigor el sitio de la fortaleza. Una de las torres se rindió despues de corta resistencia. La otra, la mas formidable de las dos, se defendia aun bajo la direccion del valiente Inca que la mandaba. Era este hombre de formas atléticas y se le veia recorrer las almenas armado de coraza y escudo españoles y blandiendo una enorme maza guarnecida de puntas ó clavos de cobre, con cuya arma terrible derribaba á todos los que intentaban forzar el paso hasta lo interior de la fortaleza. Dícese que mató con su propia mano á varios de sus secuaces que proponian la rendicion. Hernando Pizarro se preparó para tomar la torre por asalto. Plantáronse escalas en los muros, pero no bien llegaba un español al estremo superior cuando caia precipitado y herido por el arma terrible del guerrero indio. Su actividad era igual á su fuerza y parecia hallarse en todos los puntos en el momento en que su presencia era necesaria.

Tanto valor llenó de admiracion al gefe español, porque Pizarro era capaz de admirar el valor aunque fuese en un enemigo. Dió órden para que no se le hiciese daño y se le cogiese vivo si era posible (1). Pero esto no era fácil. Al fin, habiéndose plantado gran número de escalas contra la torre, los españoles la asaltaron por muchos puntos á la vez, y penetrando dentro del recinto arrollaron á todos los combatientes que todavía hicieron una sombra de resistencia. Pero el gefe Inca no debia ser hecho prisionero: viendo la resistencia ineficaz, se subió sobre una almena, arrojó lejos de sí la clava, se envolvió en su manto y se precipitó desde aquella altura (2). Murió como un romano de los tiempos antiguos. Habia dado el último golpe en defensa de la libertad de su pais y no queria sobrevivir á su deshonra. El gefe castellano dejó una corta guarnicion para asegurar su conquista y volvió en triunfo á sus cuarteles.

Pasábanse semanas tras semanas y ningun socorro venia á los sitiados. Ya empezaban á sentir la escasez de víveres. Afortunadamente los arroyos que corrian por el centro de la ciudad les proveian de agua; pero aunque habian economizado lo posible sus recursos, habíanse ya consumido las provisiones, y hacia algun tiempo que solo se alimentaban con la escasa porcion de grano que podian recoger de los almacenes arruinados ó del botin que alcanzaban en alguna salida (3). Este último recurso presentaba no pocas dificultades, porque cada espedicion ocasionaba un encarnizado combate con los enemigos, el cual costaba la vida á bastante número de españoles y á muchísimos indios aliados. Esta pérdida tenia una ventaja, la de disminuir el número de bocas, pero era tan corto el de los sitiados, que una pérdida, por pequeña que fuese, aumentaba considerablemente las dificultades para la defensa de los que sobrevivian.

Como pasaban los meses sin que los sitiados tuviesen noticia alguna de sus compatriotas, se aumentaron los recelos que habian concebido respecto á su suerte. Estaban convencidos de que el gobernador no habria dejado de hacer todos los esfuerzos posibles para librarlos de su desesperada posicion. Era, pues, probable que sus tentativas no hubiesen tenido buen éxito, que se hallase en una situacion idéntica y acaso que fuese ya con todos los suyos víctima del furor de los insurgentes. Asaltábales entonces el terrible pensamiento de si estarian solos en aquella tierra, lejos de todo socorro humano y destinados á perecer entre las montañas á manos de los bárbaros.

Sin embargo, la situacion de las cosas, aunque triste en estremo, no era tan desesperada como la imaginacion de los sitiados en el Cuzco la pintaba. La insurreccion, en efecto, habia sido general, á lo menos en los puntos del pais ocupados por los españoles, y tan bien concertada, que estalló casi simultáneamente, y los conquistadores que vivian confiadamente en sus tierras, fueron asesinados en número de algunos centenares. Un ejército indio se presentó delante de Xauxa, y otro considerable ocupó el valle de Rimac y puso sitio á Lima. Pero el pais que rodeaba esta capital era abierto y llano, y muy favorable por tanto para las maniobras de la caballería. Pizarro, no bien se vió amenazado por aquella multitud hostil, envió contra los peruanos la fuerza suficiente para ponerlos prontamente en fuga como se ejecutó, y aprovechándose de esta ventaja logró castigarlos tan severamente, que si bien continuaron manifestándose en las lejanas cumbres y cortando las comunicaciones con el interior, no se atrevieron á pasar al otro lado del Rimac.

Las noticias que entonces recibió Pizarro acerca del estado del pais le llenaron de zozobra. Temia particularmente la suerte que podia haber cabido á la guarnicion del Cuzco, é hizo repetidos esfuerzos para socorrer aquella capital. Envió en diferentes ocasiones cuatro distintos destacamentos compuestos en su totalidad de mas de cuatrocientos hombres y mandados por algunos de sus mas valientes oficiales; pero ninguno consiguió llegar al punto de su destino. Los astutos indios les dejaban adelantarse por lo interior del pais hasta que habian penetrado bastante en los intrincados pasos de las cordilleras; entonces les envolvian con sus superiores fuerzas, y ocupando las alturas, descargaban sobre ellos una lluvia de armas arrojadizas, ó les aplastaban bajo las rocas que hacian rodar desde sus montañas. De algunos destacamentos no quedó un solo hombre con vida, y de otros solo algunos pocos fugitivos volvieron á Lima con la noticia de su sangrienta derrota (4).

La consternacion de Pizarro no tenia límites. Acosábanle los mas tristes presentimientos sobre la suerte de los españoles dispersos en todo el pais, y aun dudaba que él mismo pudiera mantenerse en su posicion sin auxilio esterior. Despachó un buque á la inmediata colonia de Truxillo, con órden para que los colonos abandonasen aquel punto con todos sus efectos y fuesen á reunirse con él á Lima. Afortunadamente no se adoptó esta medida. Muchos de los suyos querian aprovecharse de los buques anclados en el puerto para huir y refugiarse en Panamá; pero Pizarro no quiso dar oidos á estos consejos egoistas que envolvian la perdicion y el abandono de los valientes que quedaban en el interior, y que todavía esperaban de él proteccion y ayuda; y para frustrar

indios, i bien quisto, i amado de todos.» Conq. del Pirú, lib. III, cap. III.

(1) «Y mandó Hernando Pizarro á los españoles que subian que no matasen á este indio sino que se lo tomasen á vida, jurando de no matalle si lo avia vivo.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.

(2) «Visto este orejon que se lo avian ganado y le avian tomado por dos ó tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la caveça y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo mas de cien estados y ansi se hizo pedazos. A Hernando Piçarro le pesó mucho por no tomalle á vida.» Ibid., MS.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. II. cap. XXIV.

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.—Herrera, Hist. gen. dec. V, lib. VIII, cap. V.—Garcilasso, Com. Real, parte II, cap. XXVIII.

Segun el historiador de los Incas, murieron en estas espediciones cuatrocientos sesenta españoles. Cieza de Leon calcula el número de cristianos que perecieron en esta insurreccion en setecientos, y añade que muchos de ellos fueron muertos con mucha crueldad. (Crónica, cap. LXXXI.) Este cálculo, considerando la estension y el espíritu de la sublevacion, no parece exagerado.

de una vez las esperanzas de los tímidos, despachó con diferentes comisiones á todos los buques que tenia en el puerto. Por ellos envió cartas á los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Goatemala y Méjico manifestándoles el triste estado de sus negocios é invocando su auxilio.

Se ha conservado su epístola á Alvarado, que entonces se hallaba establecido en Goatemala. Apelaba en ella á su honor y patriotismo para que le auxiliase, y rogábale que lo hiciera antes que fuese demasiado tarde. Decíale ademas que sin ser socorridos los españoles no podrian sostenerse en el Perú, y que la corona de Castilla perderia aquel grande imperio. Por último, le ofrecia parte en los resultados de las conquistas que pudiesen hacer reunidos (1). Tales concesiones hechas al hombre á quien dos meses antes hubiera querido Pizarro echar del pais casi á cualquier precio, prueban hasta la evidencia lo crítico de su situacion. El socorro tan ardientemente solicitado llegó á tiempo, no de apagar la insurreccion de los indios, pero sí de ayudar á Pizarro en una contienda igualmente formidable con sus propios compatriotas.

Llegó el mes de agosto. Mas de cinco meses habian trascurrido desde que principiara el sitio del Cuzco, y todavía las legiones peruanas permanecian acampadas alrededor de la ciudad. El sitio habia durado mucho mas de lo que se acostumbraba en la táctica de los indios, y mostraba lo resueltos que se hallaban estos á esterminar á los blancos. Pero los mismos



Heróica defensa del Inca.

peruanos se habian visto por algun tiempo afligidos por la falta de provisiones. No era empresa fácil mantener tan numerosa hueste, y el recurso de los almacenes de grano, con tanta prevision preparados por los Incas, les sirvió de poco, pues los españoles en su primera ocupacion habian consumido y aun disipado pródigamente gran parte de ellos (2). Habia llegado la estacion de la siembra, y el Inca conoció que si sus súbditos abandonaban este cuidado, no tardaria en caer sobre ellos otra plaga todavía mas

(1) «E crea V. S. si no somos socorridos se perderá el Cuzco, ques la cosa mas señalada y de mas importancia que se puede descubrir; é luego nos perderemos todos, porque somos pocos é tenemos pocas armas, é los indios están atrevidos.» Carta de Francisco Pizarro á don Pedro de Alvarado desde la ciudad de los Reyes, 29 de julio de 1536, MS.

(2) Ondegardo, Rel. prim. y seg., MSS.

formidable que la de los invasores. Por tanto, dispersó la mayor parte de sus fuerzas, mandándoles que se retirasen á sus hogares, y que luego que los trabajos del campo estuviesen terminados, volviesen á continuar el bloqueo de la capital. Reservóse, sin embargo, para guardar su persona una fuerza considerable, con la cual se retiró á Tambo, punto muy fuerte, situado al Sur del valle de Yucay, y que habia sido residencia favorita de sus antecesores. Apostó tambien un gran cuerpo de observacion á las inmediaciones del Cuzco para vigilar los movimientos del enemigo é interceptar los socorros.

Los españoles vieron con júbilo disiparse aquella hueste poderosa que por tan largo tiempo habia tenido rodeada la ciudad. Apresuróse Hernando Pizarro á aprovecharse de las circunstancias para en-



La fortaleza de Tambo.

viar partidas que esplorasen el pais y trajesen víveres á sus hambrientos soldados; y en esto tuvo tal suerte, que en una ocasion entraron con seguridad en el Cuzco no menos de dos mil cabezas de ganado (carneros peruanos) arrebatado de las plantaciones indias (1). Esta presa desvaneció por entonces completamente los temores de falta de víveres.

Sin embargo, como estos no se obtenian sino á punta de lanza, hubo muchos y sérios encuentros en que se derramó la mejor sangre de la caballería española. Otras veces no se limitaba el combate á grandes cuerpos de tropa, sino que habia escaramuzas entre cuerpos pequeños, las cuales en ocasiones se convertian en combates personales. En estos la desigualdad entre los combatientes no era tanta como pudiera suponerse; y el guerrero peruano con su honda, su arco y su lazo no era un adversario despreciable para el ginete cubierto de malla, á quien algunas veces acometia cuerpo á cuerpo con su terrible maza de armas. El terreno que rodeaba el Cuzco llegó á ser un campo de batalla como la vega de Granada, en que el cristiano y el pagano desplegaban los ardides característicos de su táctica peculiar; y muchas hazañas heróicas se ejecutaron, á las cuales solo faltaba el canto del trovador para darles la aureola de gloria que ilumina las de los últimos tiempos de la dominacion musulmana en España (2).

(1) «Recoximos hasta dos mil cavezas de ganado.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) Pedro Pizarro refiere muchos de estos hechos de ar-

Pero Hernando Pizarro no se contentó con mantenerse á la defensiva, sino que imaginó dar un golpe atrevido para poner fin de una vez á la guerra. Fue este capturar al Inca Manco, á quien esperaba sorprender en sus reales de Tambo.

Para este servicio eligió unos ochenta de sus mejores caballos con un pequeño cuerpo de infantes, y dando un largo rodeo por los desfiladeros menos frecuentados de la montaña llegó delante de Tambo sin ser notado por el enemigo. Pero encontró la plaza mas fortificada de lo que creia. El palacio, ó mas bien el fuerte de los Incas, estaba situado en una elevada eminencia, cuyos escarpados lados, por el punto á que se aproximaron los españoles, estaban cortados en mesetas defendidas por fuertes muros de piedra y adobes (1). Por aquel sitio la plaza era inespugnable. Por el lado opuesto que miraba hácia el Yucay, el terreno descendia en gradual declive hasta la llanura en que corre aquel rio por una márgen estrecha pero de mucha profundidad (2). Este era el punto mas susceptible de ataque.

Los españoles cruzando la corriente con gran dificultad comenzaron á subir el *glacis* haciendo el menor ruido posible. La luz de la mañana apenas blanqueaba la cima de las montañas, y Pizarro al acercarse á las defensas esteriores, que como en la fortaleza del Cuzco consistian en un parapeto de piedra de gran magnitud construido alrededor del recinto, apresuró el paso confiando encontrar á la guarnicion sepultada todavía en el sueño. Pero millares de ojos estaban fijos en él; y así que los españoles llegaron á tiro de flecha, levantáronse de repente detras del parapeto multitud de oscuras formas, mientras que el Inca á caballo y con una lanza en la mano dirigia las operaciones de sus tropas (3). Al mismo tiempo se oscureció el aire con innumerables piedras, javelinas y flechas y caian como un huracan sobre las tropas mientras las vecinas montañas retumbaban con el salvaje grito de guerra del enemigo. Los españoles, cogidos de sorpresa, y muchos de ellos gravemente heridos, se desordenaron, y aunque inmediatamente volvieron á estrechar sus filas é hicieron dos tentativas para renovar el asalto, se vieron por último obligados á retroceder, no pudiendo resistir la violencia de la tempestad. Para aumento de confusion el terreno mas bajo adonde se retiraban estaba inundado por las aguas del rio, pues los indios abriendo las compuertas le habian hecho salir de madre (4) No era posible ya sostenerse en aquella posicion. Celebróse un consejo de guerra y se decidió abandonar el ataque como desesperado y retirarse en el mejor órden posible.

En estos vanos esfuerzos se habia gastado todo el dia; y Hernando aprovechándose de la oscuridad de la noche, envió delante la infantería y los bagajes, tomó el mando del centro, y confió la retaguardia á su hermano Gonzalo. Cruzóse de nuevo el rio sin accidente, aunque el enemigo confiando en su fuerza salió de sus parapetos y siguió á los españoles incomodándoles con repetidas descargas de flechas. Mas de una vez les estrecharon tanto que Gonzalo Pizarro y su caballería se vieron obligados á volver caras y á dar desesperadas cargas que castigaban su atrevimiento y paralizaban por algun tiempo la persecucion. Pero el enemigo, victorioso todavia, continuó picando la retaguardia de los españoles hasta que estos salieron de los desfiladeros y llegaron á dar vista á los ennegrecidos muros de la capital. Este fue el último triunfo del Inca (5).

Entre los manuscritos que debo á la generosidad del ilustre escritor español señor Navarrete, el mas notable de los que tienen relacion con esta historia es la obra de Pedro Pizarro titulada *Relaciones del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú.* Mas parece que de este importante documento solo se ha conservado una copia, cuya existencia era poco conocida hasta que cayó en manos del señor Navarrete, si bien no se ocultó á las investigaciones del infatigable Herrera, como lo prueba la mencion que hace de varios incidentes, algunos de los cuales se refieren á la persona del mismo Pedro Pizarro y que no podian haber llegado á noticia del historiador de las Indias por ningun otro conducto. Este manuscrito se ha dado últimamente al público como parte de la inestimable coleccion de documentos históricos que ahora se está publicando en Madrid bajo auspicios que confio asegurarán su éxito. Pero como el impreso no ha llegado á mis manos sino cuando la presente obra estaba muy adelantada, he preferido valerme del ejemplar manuscrito para lo poco que quedaba de mi historia como lo habia hecho desde el principio de ella.

Nada, de que yo tenga noticia, se sabe respecto al autor, sino lo que puede deducirse de las noticias que él mismo da incidentalmente en su historia. Era natural de Toledo, en Estremadura (6), provincia fértil en aventureros que pasaron al Nuevo Mundo, y de la cual emigró tambien la familia de Francisco Pizarro unida con la de Pedro por vínculos de parentesco. Cuando Francisco Pizarro pasó á la conquista del Perú, despues de haber recibido autorizacion del emperador en 1529, Pedro Pizarro, que tenia entonces quince años, le acompañó en calidad de paje. Tres años estuvo al servicio particular de su gefe, y despues continuó siguiendo su bandera como soldado de fortuna. Hallóse presente en muchos de los memorables acontecimientos de la conquista, y parece que poseyó en alto grado la confianza de su capitan, que le empleó en comisiones difíciles, en las cuales dió pruebas de serenidad y valor. Verdad es que sobre este punto hay que creerle bajo su palabra; pero cuenta sus hazañas con aire de sinceridad y sin hacer ningun esfuerzo estraordinario para colocarse en lugar que no le corresponda; habla de sí propio en tercera persona; y como su manuscrito no estaba destinado solamente á la posteridad sino tambien á los contemporáneos, no es probable que se aventurase

mas, de algunos de los cuales fue el héroe. Cuenta tambien un acto de crueldad que hace poco favor á su gefe Hernando Pizarro, el cual, dice, que despues de un reñido combate hizo cortar las manos á sus prisioneros, y así mutilados les dió libertad. (Descub. y Conq., MS.) Los cronistas refieren pocas atrocidades de esta especie, y es de creer que fuesen escepciones de la política general de los conquistadores en esta invasion.

(1) «Tambo tan fortalescido que hera cosa de grima, porque el assiento donde tambo está es muy fuerte, de andenes muy altos y de muy gran canterías fortalescidos.» Pedro Pizarro, Conq., MS.

(2) «El rio de Yucay ques grande por aquella parte va muy angosto y hondo.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

(3) «Parecia el Inga á caballo entre su gente, con su lança en la mano.» Herrera, Historia general, dec. V, lib. VIII, cap. VII.

(4) «Pues hechos dos ó tres acometimientos á tomar este pueblo, tantas vezes nos hizieron bolver dando de manos. Ansi estuvimos todos este dia hasta puesta de sol; los indios sin entendello nos hechavan el rrio en el llano donde estávamos, y de aguardar mas perescieramos aquí todos.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(5) Ibid., MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. VII.

(6) *Nota del traductor.* O el autor ha cometido aquí un error geográfico, ó ha querido decir que Pedro Pizarro nació en Toledo de una familia oriunda de Estremadura. Sin embargo, si lo ha querido decir, no lo ha dicho.

á prodigarse escesivas alabanzas, cuando el fraude podia tan fácilmente ser conocido.

Despues de la conquista nuestro autor siguió la suerte de su gefe y se halló á su lado en todos los disturbios que acaecieron, hasta que habiendo sido asesinado Francisco Pizarro, se retiró á Arequipa para gozar tranquilamente del *repartimiento* de tierras é indios que le tocaron como recompensa de sus servicios. Hallábase en aquel punto cuando estalló la gran rebelion de Gonzalo Pizarro; pero quiso ser fiel á su juramento y prefirió, segun nos dice, faltar á lo que debia á su nombre y á su linaje por no faltar á lo que debia á su lealtad. Gonzalo en venganza, se apoderó de sus propiedades y se hubiera dejado llevar á mayores demasías contra él cuando le tuvo en sus manos en Lima, á no haber sido por la intervencion de su segundo, el famoso Francisco de Carbajal, á quien el cronista habia tenido en una ocasion la fortuna de prestar un servicio importante. Este Carbajal intercedió para salvarle la vida en dos ocasiones; pero en la segunda le dijo con frialdad: «ningun hombre tiene derecho mas que á una vida; y si volveis á caer en mis manos por tercera vez, Dios solo podrá concederos otra.» Por fortuna Pizarro no se vió en el caso de esperimentar el efecto de esta amenaza. Despues de la pacificacion del pais se retiró de nuevo á Arequipa; mas por el tono resentido de sus observaciones se advierte que no se le reinstaló plenamente en el goce de las posesiones que habia sacrificado por su lealtad al gobierno. Las últimas noticias que tenémos de él son de 1571, fecha en que da por concluida su historia.

La narracion de Pedro Pizarro comprende todo el tiempo de la conquista; desde la primera espedicion que salió de Panamá hasta las turbulencias que siguieron á la partida del presidente Gasca. La primera parte de la obra se funda en el testimonio de otros, y en realidad no todos los hechos que comprende pueden ser admitidos como evidentes. Pero todo lo que sigue á la vuelta de Francisco Pizarro de Castilla, en suma, todo lo que constituye la conquista del pais, puede decirse que es producto de su propia observacion como testigo y como actor. Esto da á su narracion un mérito, á que literariamente no puede aspirar. Pedro Pizarro era soldado; y probablemente tendria tan poca educacion como en general tienen los que desde su juventud han cursado la ruda escuela de las armas, la menos á propósito del mundo para los progresos intelectuales y morales. Tenia sin embargo la suficiente sensatez para no aspirar á una perfeccion que no le era dado conseguir. No se advierte en su crónica el menor deseo de alcanzar la gloria de buen escritor; no hay en ella ninguno de esos adornos afectados que solo sirven para hacer mas patente la pobreza de recursos del que echa mano de ellos. Su objeto fue simplemente referir la historia de la conquista tal como la habia presenciado; y como para su narracion solo necesitaba hechos, no palabras, dejó las palabras para aquellos que habiendo llegado al campo despues de recogida la cosecha, solo podian recoger lo que otros habian dejado.

La situacion de Pizarro debia esponerle necesariamente á las influencias de partido y dar cierto aire de parcialidad á su narracion. No es difícil, en efecto, determinar bajo qué bandera se habia alistado. Escribe como hombre de partido, pero como hombre honrado que en los hechos que refiere no se aparta del juicio correcto sino lo que necesariamente debia apartarse el que tenia su opinion formada de antemano. No intenta inclinar la conviccion del lector mas á un lado que á otro, ni menos procura desnaturalizar los hechos. Cree evidentemente lo que dice, y esto es todo lo que se puede apetecer. Nosotros podemos ahora descartar lo que es efecto de la natural influencia de su posicion; pero si hubiese sido mas imparcial todavía, el crítico moderno al suponer en él parcialidad, descartaria mas de lo que debiera y daria en un error.

Pizarro no solamente es independiente, sino á veces cáustico al condenar la conducta de sus gefes, lo cual sucede especialmente en los casos en que las medidas de estos eran desfavorables á sus particulares intereses ó á los del ejército. Respecto á los desgraciados indígenas no tiene con ellos mas consideracion que la que tenian los antiguos judíos con los filisteos, á quienes miraban como destinados á morir al filo de sus espadas, y cuyas propiedades creian serles debidas como legítima herencia. El duro conquistador trataba sin compasion al infiel.

Pizarro era el representante del siglo en que vivia. Sin embargo, no merece el siglo tanta deshonra, pues si bien en parte Pizarro le representaba, representaba mas verdaderamente el espíritu de los fieros soldados que destruyeron la dinastía de los Incas. No era solamente un cruzado que peleaba por estender el imperio de la cruz sobre las naciones salvajes; tambien su grande objeto era adquirir oro; por él juzgaba del valor de la conquista, y él era la recompensa á que aspiraba en cambio de una vida de trabajos y peligros. El aventurero del Perú alimentaba su tosca y mundana imaginacion mas bien con doradas visiones que con visiones de gloria, y menos de gloria celestial. Pizarro no se elevó sobre los de su raza ni bajo el punto de vista intelectual, ni bajo el punto de vista moral. De su historia no se deduce que tuviese gran penetracion ni mucho vigor de comprension: es la obra de un soldado que refiere sencillamente los hechos sangrientos que la componen. Su valor consiste en que las escenas están narradas por uno de los actores; y esto para el historiador moderno la hace mas preciosa que las mejores producciones de segunda mano. Es el tosco mineral que sometido al procedimiento regular de refinamiento y purificacion puede recibir el sello que le hace apto para la circulacion general.

Otra autoridad, á quien algunas veces me he referido, y cuyos trabajos todavía yacen manuscritos, es el licenciado Fernando Montesinos, el reverso en todos conceptos del cronista militar de quien acabo de hacer mencion. Montesinos floreció como cosa de un siglo despues de la conquista, y el valor de sus escritos como autoridad para hechos históricos depende esclusivamente de la mejor oportunidad que tuvo para consultar documentos originales. Pero en esto sus ventajas eran grandes. Fue enviado dos veces al Perú con un empleo que le obligó á visitar las diferentes partes del pais; y en el desempeño de sus dos comisiones empleó quince años, de modo que al paso que su posicion le daba acceso á los archivos coloniales y á los depósitos literarios, podia comprobar sus investigaciones con alguna estension mediante su observacion del pais.

Resultado de ellas fueron sus dos obras históricas tituladas, la una *Memorias antiguas historiales del Perú*, y la otra *Anales*, citadas algunas veces en estas páginas. La primera comienza desde los primeros tiempos de la historia del pais, tiempos en realidad demasiado antiguos, pues se remontan hasta el diluvio. La primera parte de ella está principalmente destinada á demostrar la identidad del Perú con el dorado Ofir del tiempo de Salomon. Esta hipótesis, que no es original en el autor, puede dar una nocion bastante esacta de su carácter. En el curso de su obra sigue la línea de los príncipes Incas, cuyas hazañas y nombres no coinciden con el catálogo de Garcilasso; circunstancia, sin embargo, que está muy lejos de probar su inesactitud. Pero el que lea los absurdos cuentos referidos en el grave tono peculiar de Montesinos que participaba en gran manera de la credulidad y aficion á lo maravilloso propias de siglos menos ilustrados, no vacilará en darlos el crédito que merecen.

Lo mismo se advierte en sus *Anales*, dedicados esclusivamente á referir la historia de la conquista. Aquí en verdad el autor, despues de haber remontado su vuelo por nebulosas regiones, desciende á tierra firme, donde no son de esperar groseras faltas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud. Pero el que tenga ocasion de comparar su historia con la de los escritores contemporáneos, encontrará frecuentes motivos de desconfiar de ella. Sin embargo, Montesinos tiene un mérito, y es el de haber tenido á la vista en sus estensas investigaciones muchos instrumentos originales, algunos de los cuales ha trasladado á sus páginas, que con dificultad habrian podido encontrarse en otra parte.

Algunos de sus ilustrados compatriotas han recomendado sus escritos como producto de diligentes investigaciones y minuciosos informes; pero mi propia esperiencia no me conduce á ponerlos en elevado lugar como testimonios históricos, pues no me parecen dignos de grande elogio ni por la esactitud de los hechos ni por la sagacidad de las reflexiones. El espíritu de fria indiferencia con que mira los padecimientos de los indígenas es odioso, y tiene menos disculpa en un escritor del siglo XVII que tendria en uno de los primitivos conquistadores, cuyas pasiones estaban inflamadas por largas y constantes hostilidades. Mr. Ternaux Compans ha traducido las *Memorias antiguas* con su acostumbrada elegancia y precision en su coleccion de documentos originales relativos á la historia del Nuevo Mundo. En su prólogo promete trasladar mas adelante los *Anales*: no sé si lo habrá hecho; pero creo que este escelente traductor encontrará materia mejor para sus trabajos en algunos de los manuscritos que posee, pertenecientes á la rica coleccion de Muñoz.

LIBRO IV.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES.

CAPITULO PRIMERO.

Marcha de Almagro á Chile.—Padecimientos de sus tropas. — Vuelve y se apodera del Cuzco. — Accion de Abancay. — Gaspar de Espinosa. — Almagro sale del Cuzco.—Negociaciones con Pizarro.

1535—1537.

Mientras ocurrian los acontecimientos mencionados en el capítulo anterior, el mariscal Almagro estaba ocupado en su memorable espedicion á Chile. Habia salido, como hemos visto, con sola una parte de sus fuerzas, dejando á su teniente para que le siguiese con el resto. En las primeras jornadas se aprovechó del gran camino militar de los Incas, que se estendia á lo lejos por la llanura hácia el Sur; pero al acercarse á Chile se encontró empeñado en los desfiladeros de las montañas, donde ningun vestigio de camino se descubria. Allí impedian su marcha todos los obstáculos propios de la aspereza y escabrosidad de las cordilleras: profundos y escarpados barrancos, cuyos lados rodeaba un estrecho sendero, capaz solamente para cabras, y que subia serpenteando hasta las alturas que dominaban aquellos horrendos precipicios; rios que caian con furia por los declives de las montañas formando espantosas cataratas y hundiéndose en el profundo abismo; negros bosques de pinos, que parecian no tener fin, y despues largos páramos sin el menor arbusto que pudiera poner á cubierto al atrevido viajero de la brisa penetrante que despedian las heladas cimas de la sierra.

El frio era tan intenso, que muchos perdieron las uñas de los dedos, los dedos mismos, y á veces los miembros. Otros cegaron á consecuencia de la reverberacion de la nieve que reflejaba los rayos de un sol intolerablemente brillante en la delgada atmósfera de aquellas elevadas regiones. El hambre vino, como de costumbre, en pos de esta série de calamidades; porque en aquellas tristes soledades no se advertia vegetacion que pudiera bastar para el alimento del hombre, ni se veia ser alguno viviente, á escepcion tan solo del gran pájaro de los Andes, que se cernia sobre sus cabezas, esperando el banquete que le proporcionaban con frecuencia el gran número de desgraciados indios, que incapaces de resistir con sus ténues vestiduras á los rigores del clima, perecian en el camino. Tanto llegó á acosarlos el hambre, que los miserables que sobrevivian se alimentaban de los cuerpos muertos de sus compatriotas, mientras los españoles se sostenian de los cadáveres de sus caballos, que se quedaban helados en los desfiladeros de la montaña (1). Tales fueron las terribles penalidades que la naturaleza impuso á los que tan precipitadamente se introdujeron en sus mas solitarios y salvajes distritos.

Pero sus padecimientos no inclinaban el ánimo de los españoles á la compasion con los débiles indios. Por todas partes dejaban huellas de su paso en cabañas desiertas y quemadas, á cuyos habitantes obligaban á hacer el servicio de bestias de carga: los indios eran encadenados en cuadrillas de diez ó doce, y ni las enfermedades, ni la debilidad del cuerpo escusaban al desgraciado cautivo de llenar su parte en el trabajo comun. Así algunos caian muertos de fatiga sobre sus mismas cadenas (2). Los soldados de Alvarado fueron, segun se dice, mas crueles que los de Pizarro; y el lector recordará que mucha de la gente que llevaba Almagro se reclutó de entre ellos. Cuéntase que este gefe miró con disgusto semejantes atrocidades, é hizo cuanto pudo por reprimirlas; pero no dió muy buen ejemplo con su conducta, si es verdad lo que se le atribuye de haber mandado quemar vivos á treinta gefes indios para castigar la muerte de tres de los suyos (3). El corazon se estremece con la relacion de tales atrocidades perpetradas con un pueblo inofensivo, ó que, por lo menos, no tenia otro crímen mas que el defender demasiado bien su propio territorio.

En la posesion de una fuerza superior hay, bajo el punto de vista moral, algo de peligroso para el poseedor. El europeo con sus cualidades y su fuerza inmensamente superiores, puesto en contacto con el

(1) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. I—III.—Oviedo, Hist. de las indias, MS., parte III, lib. IX, cap. IV.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(2) Conq. i Pob. del Pirú, MS.

El autor de esta narracion debió haber sido de esta espedicion, pues habla como testigo presencial. Los pobres indios, tenian á lo menos un amigo en el campo cristiano. «I si en el real havia algun español que era buen rancheador i cruel i mataba muchos indios tenianle por buen hombre i en grand reputacion i el que era inclinado á hacer bien i hacer buenos tratamientos á los naturales i los favorecia no era tenido en tan buena estima, *he apuntado esto que vi por mis ojos i en que por mis pecados anduve* porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aqui digo y con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile.»

(3) «I para castigarlos por la muerte destos tres españoles juntólos en un aposento donde estaba aposentado i mandó cavalgar la gente de cavallo i la de á pie que guardasen las puertas i todos estuviesen apercividos i los prendió i en conclusion hizo quemar mas de treinta señores vivos atados cada uno á su palo.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) Oviedo, que siempre manifiesta en sus escritos el duro carácter del colono, disculpa este acto con la vieja escusa de la necesidad:—*fue necesario este castigo*, dice, y añade que despues de verificado se podia enviar un mensajero de un estremo á otro del pais sin temor de que le maltratasen. Hist. de las Indias, MS. parte III, lib. IX, cap. IV.

hombre semicivilizado, le considera como un ser poco mejor que el bruto, y nacido igualmente para su servicio. Cree que tiene un derecho natural á su obediencia, y que esta obediencia debe medirse, no por las facultades del bárbaro, sino por la voluntad del conquistador. La resistencia entonces llega á ser un crímen que solo puede lavarse con la sangre de la víctima. Tales crueldades no se limitaban á los españoles: donde quiera que se han puesto en contacto el hombre civilizado y el salvaje, así en Oriente como en Occidente, la historia de la conquista ha sido escrita muchas veces con sangre.

Desde el agreste caos de montañas salieron los españoles al verde valle de Coquimbo, como á unos treinta grados de latitud Sur. Allí hicieron alto para descansar en tan abundantes llanuras, despues de las fatigas y padecimientos sin ejemplo que habian pasado. Entre tanto Almagro despachó á un oficial, con una fuerte avanzada, para examinar el pais hácia el Sur; y poco despues tuvo la satisfaccion de ver llegar el resto de sus fuerzas á las órdenes de su teniente Rodrigo de Ordoñez, persona notable é íntimamente ligada con la suerte futura de Almagro.

Era Ordoñez natural de Oropesa; habia estado en las guerras de Italia, y tenia el grado de Alférez en el ejército del condestable de Borbon, en el famoso saqueo de Roma. Buena escuela era aquella para aprender el arte militar y endurecer el corazon, precaviéndole de la sensibilidad que generalmente se tiene en vista de los padecimientos humanos. Era escelente soldado, fiel á su gefe, activo, impávido é inflexible en la ejecucion de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atencion de la córte, y poco despues de aquella época fue elevado á la categoría de mariscal de la Nueva Toledo. Pero su carácter le hacia probablemente mas á propósito para papel de ejecutor subordinado, que para un empleo de mas grave responsabilidad.

Almagro recibió tambien el real decreto confiriéndole sus nuevos poderes y jurisdiccion territorial. Los Pizarros habian detenido este decreto hasta el último momento. Las tropas de Almagro, disgustadas ya de su penosa é inútil marcha, clamaban porque se emprendiese la retirada. Decian que el Cuzco caia dentro de los límites de su gobierno, y que era mejor tomar posesion de sus cómodos cuarteles, que vagar como proscriptos por aquellas terribles asperezas. Representaban á su gefe, que solamente así podria mirar por los intereses de su hijo don Diego. Este era un hijo natural de Almagro, á quien su padre queria con delirio, amor justificado mas que de costumbre por las cualidades y grandes esperanzas del jóven.

Despues de dos meses de ausencia, el oficial enviado á esplorar el pais volvió con noticias poco satisfactorias respecto á las regiones al Sur de Chile. Para que un territorio ofreciese ventajas al castellano era preciso que estuviese cuajado de oro (1). Habia penetrado hasta unas cien leguas, probablemente hasta los límites de las conquistas de los Incas sobre el rio Maule (2). Afortunadamente los españoles se habian detenido antes de entrar en la tierra de Arauco, donde poco despues habia de correr á torrentes la sangre de sus compatriotas, y cuyos habitantes todavía mantienen una orgullosa independencia entre la humillacion general de las razas indias que los rodean.

Almagro accedió, pues, con poca repugnancia á las repetidas importunidades de sus soldados, y volvió caras al Norte. No hay para qué referir los pormenores de su marcha. Desanimado por las dificultades que ofrecia el paso de los montes, tomó, á lo largo de la costa, el camino que atraviesa el gran desierto de Atacama. Al cruzar aquellas terribles soledades, que se estienden por espacio de cerca de cien leguas hasta los límites septentrionales de Chile, soledades en que apenas una hoja verde viene á reanimar al fatigado viajero, esperimentaron Almagro y sus tropas tantos trabajos, aunque de diversa especie, como los que sufrieron en el paso de las cordilleras. En realidad no se encontraria en la época actual un gefe que se aventurase á conducir su ejército á traves de aquella estéril region. Pero los españoles del siglo XVI tenian una fuerza de cuerpo y una viveza de espíritu tales, que les hacian despreciar toda clase de obstáculos, justificando así las palabras jactanciosas del historiador, que dice que peleaban «en un tiempo con los enemigos, con los elementos i con la hambre (3).»

Despues de atravesar el terrible desierto, llegó Almagro á la antigua ciudad de Arequipa, á unas sesenta leguas del Cuzco. Allí supo con asombro la insurreccion de los peruanos, y que el jóven Inca Manco permanecia aun con fuerzas formidables á no larga distancia de la capital. Habia tenido en otro tiempo amistosas relaciones con el príncipe peruano, y resolvió, por tanto, antes de emprender nada, enviar una embajada á su campo y arreglar una entrevista con él en las inmediaciones del Cuzco.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el Inca, el cual alegó sus motivos de queja contra los Pizarros, y designó el valle de Yucay para la conferencia con el mariscal. El gefe español volvió, pues, á emprender su marcha, y tomando la mitad de sus fuerzas, cuyo total ascendia á poco menos de quinientos hombres, se presentó en el punto señalado mientras el resto de sus tropas establecia sus cuarteles en Urcos, á seis leguas de la capital (4). Los españoles del Cuzco, sorprendidos por la aparicion de este nuevo cuerpo de tropas en las inmediaciones de la ciudad, cuando supieron su procedencia, dudaron si debian temer ó esperar de ellos. Hernando Pizarro salió de la ciudad con una corta fuerza, y acercándose á Urcos supo, con no poco disgusto, la intencion de Almagro de sostener sus pretensiones al Cuzco. Pero aunque muy inferior en fuerza á su rival, determinó oponerle resistencia.

Entre tanto los peruanos, que habian sido testigos de la conferencia entre los soldados de los opuestos campos, sospecharon que se habian puesto de acuerdo para apoderarse del Inca. Comunicaron su sospecha á Manco, y este, participando de los mismos sentimientos, ó tal vez meditando sorprender á los españoles, cayó repentinamente sobre ellos en el valle de Yucay, con un cuerpo de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile estaban demasiado acostumbrados á la táctica india para dejarse sorprender; y aunque se siguió un reñido encuentro que duró mas de una hora, y en el cual cayó muerto el caballo que montaba Orgoñez, los indios fueron finalmente rechazados con gran pérdida, y el Inca quedó tan desanimado con este golpe, que no se atrevió, por entonces, á molestar de nuevo á los españoles (5).

Almagro, reuniéndose despues con la division que habia dejado en Urcos, no encontró ya impedimento para sus operaciones sobre el Cuzco. Envió desde luego una embajada al ayuntamiento, exigiendo se le reconociese como gobernador, y presentando copia de las credenciales que habia recibido de la córte. Pero la cuestion de jurisdiccion no era fácil de arre-

(1) Este es el lenguaje de un escritor español: «como no le parecia bien la tierra por no ser quajada de oro.» Conq. i Poblacion del Pirú, MS.

(2) Segun Oviedo, ciento cincuenta leguas, y cerca, como le dijeron, del fin del mundo. (Hist. de las Indias, MS., part. III, lib. IX, cap. V.) No son de esperar grandes nociones de geografía en los toscos soldados de América.

(3) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. II.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro IX, cap. VI.

(5) Zárate, Conquista del Perú, lib. III, cap. IV.—Conquista i Pob. del Pirú, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXI.

glar, pues dependia del conocimiento de las verdaderas paralelas de latitud, conocimiento que no era probable tuviesen los toscos soldados de Pizarro. El real decreto ponia bajo la jurisdiccion de Almagro á todo el pais situado á doscientas setenta leguas al Sur del rio de Santiago á un grado y veinte minutos Norte del Ecuador. Doscientas setenta leguas en el Meridiano, segun nuestra medida, hubieran terminado los límites en un grado antes del Cuzco, y apenas hubieran comprendido la ciudad de Lima. Pero las leguas españolas de diez y siete y media por grado (1) hubieran estendido los límites meridionales de la jurisdiccion de Pizarro á cerca de medio grado mas allá de la capital de los Incas, la cual de este modo recaia dentro del término de aquella jurisdiccion (2). Sin embargo, la línea de division caia tan cerca del terreno disputado, que racionalmente podia dudarse del resultado verdadero no habiéndose hecho minuciosas investigaciones científicas para obtenerlo, á pesar de que cada una de las partes aseguraba, como sucede siempre en tales casos, que sus pretensiones eran claras é incuestionables (3).

Las autoridades del Cuzco, al recibir la intimacion de Almagro, no queriendo indisponerse con ninguna de las partes contendientes, aplazaron la resolucion hasta oir el consejo (lo cual prometieron hacer en breve) de ciertos pilotos mejor instruidos que ellas mismas acerca de la posicion del rio de Santiago. Entre tanto se arregló una tregua, y cada una de las partes prometió solemnemente abstenerse de medidas hostiles y permanecer pacíficamente en sus cuarteles respectivos.

El tiempo se puso entonces frio y lluvioso; y los soldados de Almagro, descontentos con su posicion é inundados por las aguas, no tardaron en descubrir que Hernando Pizarro se ocupaba activamente en fortificarse dentro de la ciudad á pesar de lo pactado. Supieron tambien con desaliento que una gran fuerza enviada por el gobernador de Lima á las órdenes de Alonso de Alvarado se habia puesto en marcha para socorrer al Cuzco. Entonces esclamaron que estaban vendidos, que la tregua no habia sido mas que un artificio para asegurar su inaccion hasta la llegada de los refuerzos que se esperaban; y en este estado de escitacion no les fue difícil persuadir á su gefe, demasiado dispuesto á dejarse llevar de los violentos consejeros que le rodeaban, que debia violar el tratado y tomar posesion de la capital (4).

A la sombra de una oscura y tempestuosa noche el 8 de abril de 1537, entró Almagro en la plaza sin oposicion, se hizo dueño de la iglesia principal, estableció fuertes avanzadas de caballería en todas las avenidas para evitar una sorpresa y despachó á Orgoñez con un cuerpo de infantería para forzar el alojamiento de Hernando Pizarro. Habitaba este con su hermano Gonzalo uno de los salones construidos por los Incas para las diversiones públicas, cuyas inmensas puertas daban á la plaza. Veinte soldados le guarnecian, los cuales al abrirse las puertas con violencia salieron valerosamente á la defensa de su capitan. Siguióse una encarnizada lucha en que algunos perdieron la vida, hasta que al fin Orgoñez irritado al ver la obstinacion de los sitiados puso fuego al inflamante techo del edificio. Las llamas se estendieron con rapidez por todo él y las vigas inflamadas cayendo sobre las cabezas de sus defensores obligaron á Hernando á ceder aunque con repugnancia y á rendirse á discrecion. Apenas habian salido los españoles del edificio se hundió todo el techo con terrible estallido (5).

Dueño Almagro del Cuzco, mandó encerrar á los Pizarros en sitio seguro con otros quince ó veinte de los principales caballeros. No parece que ejerciese ningun acto de violencia contra los habitantes á escepcion de los necesarios para consolidar su autoridad (6). Dió el gobierno de la ciudad á Gabriel de Rojas, uno de los mejores oficiales de Pizarro; y el ayuntamiento, convencido ya de la validez de sus pretensiones, no tuvo ningun escrúpulo en reconocer sus derechos á la posesion de la ciudad.

El primer acto de Almagro despues de la toma de la capital, fue enviar un mensaje á Alonso de Alvarado anunciándole su entrada en el Cuzco y exigiendo de él obediencia como legítimo señor. Alvarado estaba acampado con quinientos hombres entre infantería y caballería en Xauxa á unas trece leguas de la capital. Habia sido enviado algunos meses antes para socorrer al Cuzco, pero inmotivada, y segun se vió desgraciadamente para la capital del Perú, se detuvo en Xauxa con el pretesto de proteger aquel establecimiento y sus inmediaciones contra los insurgentes (7). En aquella ocasion se manifestó leal á su gefe, y cuando los enviados de Almagro llegaron al campamento, les hizo prender y dió aviso de lo que pasaba al gobernador de Lima.

Ofendido Almagro de la prision de sus emisarios, se preparó á marchar contra Alonso de Alvarado y á adoptar medidas mas eficaces para conseguir su sumision. Su segundo Orgoñez le instó fuertemente antes de su partida para que hiciese cortar la cabeza á los Pizarros, alegando que mientras existiesen nunca estaria la suya segura, y concluyendo con el proverbio español de que «el muerto no mordia (8).» Pero el mariscal, aunque detestaba á Hernando, se opuso á tan violenta medida. Ademas de estas consideraciones tenia presente el afecto que todavía conservaba á su antiguo sócio Francisco Pizarro y no queria romper para siempre los lazos que les unian. Contentándose, pues, con poner á los presos bajo la custodia de una fuerte guardia en uno de los edificios pertenecientes á la casa del Sol, salió á la cabeza de sus fuerzas en busca de Alvarado.

(1) «Contando diez i siete leguas i media por grado.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, cap. V.

(2) El gobierno procuró de antemano evitar toda disputa sobre los límites de las respectivas jurisdicciones. El lenguaje de la real concesion daba lugar á interpretaciones diversas; pero ya en 1536 fue enviado á Lima Fr. Tomás de Berlanga, obispo de Tierra Firme, con plenos poderes para arreglar la cuestion de límites, fijando la latitud del rio de Santiago y midiendo doscientas setenta leguas al Sur sobre el Meridiano. Pero Pizarro, teniendo ocupado á Almagro en su espedicion á Chile, no quiso resucitar la cuestion, y el obispo se volvió *re infecta* á su diócesis muy disgustado del gobernador. Herrera; Historia general, dec. VI, lib. III, cap. I.

(3) «Todos aseguran, dice Oviedo en una carta al emperador, que el Cuzco cae dentro del territorio de Almagro.» Oviedo era, probablemente, la persona mejor informada sobre estos asuntos que habia en las colonias. Sin embargo estaba en un error. Carta desde Santo Domingo, MS., 25 de octubre de 1539.

(4) Zárate dice que Almagro al entrar en la capital no encontró señal alguna de los designios imputados á Hernando, y esclamó que habia sido engañado. No es estraño que fuese demasiado crédulo en este punto.

(5) Carta de Espinall, Tesorero de N. Toledo, 15 de junio, 1539.—Conquista i Pob. del Pirú, MS.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq. Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, cap. XXI.

(6) Así aparece del testimonio general; pero Pedro Pizarro que era del bando opuesto, y fue preso por Almagro, le acusa de haberles arrebatado los caballos y otras cosas. Descub. y Conq., MS.

(7) Picado, secretario de Pizarro, tenia una encomienda en las inmediacionas, y Alvarado que le debia favores personales, se detuvo allí, segun parece, á instigacion suya. (Herrera, Hist. Gen., dec. V, lib. VIII, cap VII.) Alvarado era un buen oficial, y poseyó toda la confianza de los Pizarros, así antes como despues de estos sucesos. Debemos, pues suponer que su conducta tenia alguna otra esplicacion que no ha llegado á nuestra noticia.

(8) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. II, capitulo VIII.

Habia tomado este posicion al otro lado del rio de Abancay, colocándose con el grueso de su pequeño ejército en frente de un puente que atravesaba sus rápidas aguas, mientras un fuerte destacamento de sus tropas ocupaba una eminencia que dominaba un vado á cierta distancia en direccion de la corriente. Pero en este destacamento habia un caballero de gran consideracion en el ejército, llamado Pedro de Lerma, el cual por cierto pique con su comandante, resuelto á hacerle traicion, habia entrado en correspondencia con el opuesto bando. Por su consejo Almagro al llegar á la orilla del rio estableció sus fuerzas junto al puente frente de las de Alvarado como preparándose á forzar el paso, y concentrando de este modo sobre aquel punto la atencion de su adversario. Pero cuando ya estuvo bien entrada la noche destacó una gran fuerza á las órdenes de Orgoñez para pasar el vado y operar de acuerdo con Lerma. Orgoñez ejecutó su comision con su acostumbrada prontitud: cruzó el vado, aunque la corriente era tan rápida que muchos de sus soldados fueron arrebatados por ella y perecieron en las aguas. El mismo recibió una grave herida en la boca al saltar á la opuesta orilla, pero sin arredrarse por este contratiempo, animó á su gente y cayó con furia sobre el enemigo. Pronto se le unieron Lerma y los soldados que este habia sobornado, y entonces los de Alvarado, no pudiendo distinguir los amigos de los adversarios, se vieron en confusion completa.

Entre tanto Alvarado alarmado con el ruido del ataque por aquel punto, se apresuró á ir en auxilio de su tropa; pero Almagro, aprovechando la ocasion forzó el paso del puente, dispersó el pequeño cuerpo de tropas que habia quedado defendiéndole, y cayendo despues sobre la retaguardia de Alvarado logró cerrarle por todas partes. No duró mucho la pelea, porque el desgraciado gefe, no sabiendo de quién fiarse, hubo de rendirse con las fuerzas que le habian permanecido fieles. Tal fue la batalla de Abancay, llamada así por el rio en cuyas márgenes se dió el 12 de julio de 1537. Nunca se ha conseguido á menos costa victoria mas completa; y Almagro volvió en triunfo al Cuzco con una cuerda de prisioneros apenas inferior en número á su propio ejército (1).

Mientras ocurrian los sucesos referidos en las anteriores páginas, Francisco Pizarro continuaba en Lima, esperando ansiosamente la llegada de los refuerzos que habia pedido y que debian ponerle en disposicion de marchar en auxilio de la apurada capital de los Incas. El llamamiento que habia hecho á sus amigos no quedó sin respuesta. Entre otros llegó un cuerpo de doscientos cincuenta hombres mandados por el licenciado Gaspar de Espinosa, el cual, segun recordará el lector, era uno de los primitivos sócios que acometieron la empresa de la conquista del Perú. Habia dejado su residencia de Panamá y venia en persona por la primera vez á reanimar la decaida fortuna de sus confederados. Pizarro recibió tambien un buque cargado de víveres, municiones y otras cosas necesarias ademas de un rico guardaropa, todo lo cual le enviaba Cortés el conquistador de Méjico, que queria prestar su generoso apoyo á su pariente en la hora de la necesidad (2).

Salió, pues, el gobernador de Lima con una fuerza de cuatrocientos cincuenta hombres, la mitad de caballería, y emprendió su marcha hácia la capital de los Incas. No se habia adelantado mucho cuando recibió las nuevas de la vuelta de Almagro, de la toma del Cuzco, y de la prision de sus hermanos, y antes de que pudiera recobrarse de la sorpresa que le causaron, supo la derrota y captura de Alvarado. Lleno de consternacion con los rápidos triunfos de su rival, volvió á toda prisa á Lima, y la puso en el mejor estado de defensa para que pudiese resistir á los movimientos hostiles que juzgaba se dirigian contra aquella capital. Entre tanto lejos de dar rienda suelta á un impotente resentimiento ni de proferir queja alguna contra su compañero, se contentó con lamentarse de que Almagro hubiese recurrido á tan violentas medidas para el arreglo de su disputa, y esto segun decia, menos por consideraciones personales que por el perjuicio que podian sufrir los intereses de la corona (3).

Así mientras se ocupaba activamente en hacer preparativos de guerra, no omitió el probar el efecto de las negociaciones. Envió una embajada al Cuzco, compuesta de varias personas, en cuya discrecion tenia la mayor confianza y á la cabeza de las cuales puso á Espinosa como el mas interesado en que se efectuase un arreglo amistoso.

El licenciado Espinosa á su llegada no encontró á Almagro tan favorablemente dispuesto para un arreglo como él lo hubiera deseado. Enorgullecido con sus recientes triunfos, aspiraba no solo á la posesion del Cuzco, sino tambien á la de la misma Lima como parte de su jurisdiccion. En vano Espinosa, con todos los argumentos que su prudencia podia sugerirle, le manifestó la conveniencia de moderar sus pretensiones: Almagro no quiso abandonar de modo alguno las que tenia sobre el Cuzco, y declaró que estaba dispuesto á defenderlas aun á peligro de su vida. El licenciado replicó friamente con aquel significativo proverbio castellano: «*el vencido vencido, y el vencedor perdido.*»

No sabemos qué influencia podrian haber tenido los templados argumentos de Espinosa en la acalorada imaginacion del soldado; mas por desgracia terminó repentinamente la negociacion la muerte del licenciado, ocurrida inesperadamente, y (cosa estraña en aquellos tiempos) sin que fuese atribuida al veneno (4). En la fermentacion en que estaban los ánimos fue esta gran pérdida para ambas partes, porque Espinosa unia á la influencia que tienen siempre los consejos prudentes y moderados un interes mayor que el de ningun otro en que fuesen seguidos.

El nombre de Espinosa es memorable en la historia por estar relacionado desde el principio con la espedicion al Perú, la cual á no ser por la oportuna, aunque secreta aplicacion de sus fondos, no habria podido entonces llevarse á cabo. Habia residido mucho tiempo en las colonias españolas de Tierra Firme y Panamá, donde desempeñó varios destinos, ya como funcionario legal, presidiendo los tribunales de justicia (5), ya como eficaz director en las primeras espediciones de conquista y descubrimiento. En tan complicadas funciones adquirió alta reputacion de probidad, inteligencia y valor, y su muerte en la presente crisis fue sin duda alguna el acontecimiento mas desgraciado que podia sobrevenir al pais.

Abandonóse toda tentativa de negociacion: y Almagro anunció su propósito de bajar hasta la costa y

(1) Carta de Francisco Pizarro al obispo de Tierra Firme, MS., 28 de agosto, 1539.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra. —Conquista i Pob. del Pirú, MS.—Carta de Espinall, MS.

(2) «Fernando Cortés embió con Rodrigo de Grijalva en un propio navio suio desde la Nueva España muchas armas, tiros, jaeces, adereços, vestidos de seda, i vna ropa de martas.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXXXVI.

(3) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. II, capitulo VII.

(4) Carta de Pizarro al obispo de Tierra Firme, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. II, cap. XXIII.—Carta de Espinall, MS.

(5) Se hizo algo odioso por haber presidido el tribunal que condenó al desgraciado Vasco Nuñez de Balboa. Pero debe confesarse que hizo grandes esfuerzos para evitar los procedimientos tiránicos de Pedrarias, y que recomendó fuertemente la compasion para con el preso. Véase Herrera, Historia general, dec. II, lib. II, cap. XXI—XXII.

establecer una colonia y un puerto para sí, desde el cual intentaba renovar las negociaciones despues de haber asegurado los medios indispensables de comunicacion con la madre patria. Antes de salir del Cuzco, envió á Orgoñez con un fuerte destacamento contra el Inca, para no dejar la capital espuesta con su ausencia á nuevas molestias por este lado.

Pero el Inca, desanimado con su última derrota, é incapaz acaso de reunir las suficientes fuerzas para oponer resistencia, abandonó su fortaleza de Tambo, y se retiró á las montañas. Orgoñez le persiguió con vigor de colina en valle, hasta que el régio fugitivo, abandonado de los suyos y acompañado solamente de una de sus mujeres, se refugió en las remotas escabrosidades de los Andes (1).

De nuevo Orgoñez antes de dejar la capital instó á su gefe para que mandase dar muerte á los Pizarros y marchase desde luego sobre Lima, diciéndole que con este paso decisivo pondria término á la guerra y se libraria para siempre de las insidiosas maquinaciones de sus enemigos. Pero entre tanto los hermanos cautivos habian hallado un nuevo amigo. Era este don Diego de Alvarado, hermano de aquel Pedro, que segun hemos dicho en el anterior capítulo, mandó la desgraciada espedicion á Quito. Despues de la partida de Alvarado habia seguido la suerte de Almagro, á quien habia acompañado á Chile, y como era de alto nacimiento y poseia algunas cualidades verdaderamente nobles, gozaba de merecido ascendiente sobre su gefe. Visitaba con frecuencia á Hernando Pizarro en su prision, donde para ahuyentar el tedio se entretenian en jugar. Jugaban fuerte, y Alvarado perdió la enorme suma de ochenta mil castellanos de oro. Estaba pronto á pagar su deuda; pero Hernando Pizarro se negó decididamente á recibir el dinero, política generosidad con la cual se ganó un importante abogado en los consejos de Almagro, y que entonces le sirvió de poderoso auxilio. Alvarado hizo presente al mariscal que una medida como la que Orgoñez proponia no solo seria mirada con horror por sus soldados, sino que le arruinaria en la córte por la indignacion que en ella debia escitar. Cuando Almagro cedió á estos consejos, que en realidad eran los mas adecuados á su carácter, Orgoñez manifestó gran sentimiento, y declaró que llegaria tiempo en que se arrepentiria de esta mal entendida lenidad. «Un Pizarro, dijo, jamas perdona una injuria, y la que estos han recibido de Almagro es demasiado grave para que la perdonen.» ¡Palabras proféticas!

Al salir del Cuzco el mariscal dió órden para que Gonzalo Pizarro y los demas presos fuesen guardados estrechamente, y se llevó consigo á Hernando con fuerte escolta. Despues, bajando rápidamente la costa, llegó á fines de agosto al deleitoso valle de Chincha. Allí se ocupó en echar los fundamentos de una ciudad que debia llevar su propio nombre y servir como de contrapeso á la ciudad de los Reyes, desafiando de este modo á su rival dentro de su territorio mismo. Estando ocupado en esto, recibió la desagradable noticia de que Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y los demas presos habian sobornado á sus guardias y fugádose del Cuzco, y poco despues supo que habian llegado con seguridad al campo de Pizarro.

Mucho le enojaron tales nuevas, aumentando su irritacion las insinuaciones de Orgoñez sobre su mal entendida lenidad; y se hubiera dejado llevar á alguna medida estrema con Hernando á no haberse distraido su atencion por las negociaciones que Pizarro entabló de nuevo.

Despues de varias comunicaciones entre ambas partes se acordó someter el arreglo de la disputa al arbitrio de un solo individuo que fue fray Francisco de Bobadilla, religioso de la órden de la Merced. Este, aunque vivia en Lima, y por esta circunstancia podia suponérsele bajo la influencia de Pizarro, tenia tal reputacion de integridad, que inclinó á Almagro á confiarle esclusivamente el arreglo de la cuestion. Orgoñez, sin embargo, como de carácter mas duro que su gefe, no participó de esta implícita confianza en la imparcialidad del fraile (2).

Celebróse entre ambos gefes una conferencia en Mala en 13 de noviembre de 1537; pero la conducta de cada uno de ellos para con el otro fue muy distinta de la que habian observado en sus anteriores entrevistas. Almagro, quitándose el sombrero, se adelantó con su acostumbrada franqueza á saludar á su antiguo camarada; mas Pizarro, devolviéndole apenas el saludo, le preguntó con altivez, por qué habia invadido su ciudad del Cuzco y aprisionado á sus hermanos. Esto hizo que su socio le contestase en el mismo tono y la discusion se convirtió en una série de recriminaciones, hasta que Almagro, advirtiendo ó creyendo advertir que uno de los concurrentes le hacia señas de que se preparaba una traicion contra él, salió bruscamente de la estancia, montó á caballo y se volvió á galope á sus cuarteles de Chincha (3). La conferencia, como podia presumirse atendido el acaloramiento de los ánimos, terminó ensanchando la herida que estaba destinada á curar. El fraile abandonado enteramente á sí mismo, dió su sentencia despues de alguna deliberacion, decidiendo que se enviase un buque con un diestro piloto para determinar la latitud exacta del rio de Santiago, límite septentrional del territorio de Pizarro, por el cual debian arreglarse todas las medidas. Entre tanto Almagro debia entregar el Cuzco y poner en libertad á Hernando con la condicion de que este saliese para España en el término de seis semanas. Ambas partes debian asímismo retirarse dentro de sus límites reconocidos y suspender las hostilidades (4).

Esta sentencia, altamente satisfactoria para Pizarro, fue recibida por la gente de Almagro con la indignacion y desprecio que pueden suponerse. Gritaron que habian sido vendidos por su general, debilitado como estaba por la edad y los achaques; que sus enemigos iban á ocupar el Cuzco y sus deliciosos sitios mientras ellos tenian que volver á las estériles asperezas de Charcas. Poco pensaban que bajo esterior tan pobre se ocultaban los ricos tesoros del Potosí. Acusaron al árbitro de ser un mercenario del gobernador, y entre las tropas se oyeron murmullos, estimulados por Orgoñez, pidiendo la cabeza de Hernando. Nunca se encontró este en mayor peligro; pero

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(2) Carta de Gutierrez al emperador, PS., 10 de febrero, 1539.—Carta de Espinall, PS.—Oviedo, Historia de las Indias., MS., ubi supra.—Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. II, cap. VIII—XIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Peru, lib. III, cap. VIII.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

(3) Dijose que Gonzalo Pizarro estaba embarcado con fuerzas considerables en las inmediaciones para apoderarse del mariscal, y que este tuvo aviso del peligro por un honrado caballero del opuesto bando que repitió el dístico de un antiguo romance:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí.

(Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, cap. IV.) Pedro Pizarro, da por cierto este designio atribuido á Gonzalo, y dice que no se puso en ejecucion porque lo evitó el gobernador, el cual, segun nos afirma el cronista con sencillez y aplomo edificantes, era hombre escrupuloso en el cumplimiento de su palabra. «Porque el marquez Don Francisco Pizarro hera hombre que guardava mucho su palabra.»—Descub. y Conquista, MS.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M S.—Carta de Espinall, MS.

su ángel de guarda bajo la forma de Alvarado se interpuso de nuevo para protegerlo. Su cautividad fue una série de sentencias de muerte suspendidas luego que se dictaban (1).

Sin embargo, su hermano el gobernador no se manifestaba dispuesto á abandonarlo á su suerte. Por el contrario, para obtener su libertad estaba pronto á hacer toda clase de concesiones. Las concesiones, en efecto, cuestan poco á los que no están en ánimo de cumplirlas. Despues de algunas negociaciones preliminares se dió otra sentencia mas equitativa, ó por lo menos mas satisfactoria para los descontentos. Sus principales artículos fueron que hasta la llegada de instrucciones definitivas de Castilla, la ciudad del Cuzco y su territorio, continuarian en poder de Almagro; y que Hernando Pizarro seria puesto en libertad, con la condicion antes estipulada de salir del pais en el término de seis semanas. Cuando se le comunicaron á Orgoñez los artículos de este convenio, manifestó su opinion sobre ellos, pasándose la mano por la garganta y esclamando que su fidelidad le habia de cortar la cabeza (2).

Almagro para honrar mas á su prisionero le visitó en persona, y le anunció que desde aquel momento estaba libre, y que «esperaba al mismo tiempo que se darian al olvido las pasadas diferencias para no acordarse de allí en adelante sino de su antigua amistad.» Hernando contestó con aparente cordialidad que «por su parte no deseaba otra cosa.» Despues juró de la manera mas solemne, y empeñando su palabra de caballero (este lazo era tal vez mas fuerte para él que el del juramento), que cumpliria fielmente con las estipulaciones del tratado. En seguida fue conducido por el mariscal á sus cuarteles, donde se le dió una comida á que asistieron los principales oficiales; y por último, varios de estos con Diego de Almagro, el hijo del mariscal, le acompañaron hasta su campo que se habia trasladado á la inmediata poblacion de Mala. Allí su escolta recibió una acogida cordial de parte del gobernador, que les colmó de atenciones, especialmente al hijo de su antiguo sócio; y tal fue la relacion que á su vuelta hicieron todos del modo con que habian sido recibidos, que no quedó á Almagro la menor duda de que todas las pasadas contiendas se habian dado al olvido (3). No conocia á Pizarro.

CAPITULO II.

Primera guerra civil. — Almagro se retira al Cuzco — Batalla de las Salinas. — Crueldad de los conquistadores. — Proceso y ejecucion de Almagro. — Su carácter.

1537—1538.

Apenas los oficiales de Almagro habian salido de los cuarteles del gobernador, cuando este, reuniendo su pequeño ejército, recapituló brevemente los muchos agravios que habia recibido de su rival, la toma de la capital, la prision de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas; y concluyó declarando, con gran aprobacion de su auditorio, que habia llegado la hora de la venganza. Durante todo el tiempo de las negociaciones se habia ocupado activamente en hacer preparativos militares. Habia logrado reunir una fuerza mucho mas considerable que la de su rival, sacando gente de varios puntos, pero la mayor parte de ella familiarizada con el servicio de las armas. Dispuesto ya todo anunció que por ser demasiado viejo para encargarse de la direccion de la guerra, encomendaba este deber á sus hermanos, y como medida justificada por la necesidad, absolvió á Hernando de sus compromisos con Almagro. Hernando con noble pertinacia se manifestó dispuesto á cumplir sus promesas; pero al fin cedió, aunque con repugnancia, á los órdenes de su hermano, creyendo que la fidelidad que debia á la corona exigia imperiosamente este sacrificio (4).

En seguida el gobernador avisó á Almagro que el tratado estaba roto y le intimó que abandonase sus pretensiones al Cuzco y se retirase dentro de su territorio reconocido, declarando que de lo contrario caeria sobre su cabeza la responsabilidad de las consecuencias que pudieran sobrevenir.

Almagro, que descansaba en completa seguridad, conoció entonces el yerro que habia cometido, y recordó aunque tarde, los consejos de su segundo. Habíase cumplido la primera parte de la prediccion; ¿y qué podia impedir que se cumpliese la última? Para aumento de desgracia se hallaba en aquella ocasion aquejado de una grave enfermedad, consecuencia de escesos juveniles, que le habia quitado las fuerzas haciéndole incapaz de todo ejercicio mental y corporal (5).

En tan desesperada situacion, confió la direccion de los negocios á Orgoñez, en cuya lealtad y valor podia fiarse completamente. El primer acto de Orgoñez fue apoderarse de los pasos del Guaitara, cadena de montes que circunda el valle de Zangalla, donde Almagro tenia entonces establecidos sus reales. Pero sin duda por algun error de cálculo no llegaron á tiempo las tropas destinadas á guarnecer los pasos, y su activo enemigo, atravesando los peligrosos desfiladeros, ganó sin obstáculo el otro lado de la sierra, en la cual podia haber sido atacado con ventaja por fuerzas muy inferiores. La fortuna iba abandonando á Almagro.

Pensó entonces este gefe en el Cuzco y quiso tomar posesion de la capital antes de que pudiese llegar á ella el enemigo. Demasiado débil para montar á caballo hubo de ser trasladado en litera; y cuando llegó á la antigua ciudad de Bilcás, no lejos de Guamanga, su enfermedad se agravó de tal modo que se vió obligado á hacer alto y detenerse allí tres semanas.

Entre tanto el gobernador y sus hermanos, despues de atravesar los pasos del Guaitara, bajaron al valle de Icas, donde Pizarro se detuvo bastante tiempo para ordenar sus tropas y completar los preparativos de la campaña. Despues, despidiéndose de su ejército, volvió á Lima, y segun habia anunciado, encomendó la prosecucion de la guerra á sus hermanos por ser mas jóvenes y mas activos. Poco despues de su salida de Icas, Hernando caminó por la costa hasta llegar á Nasca, proponiéndose penetrar en el pais por un rodeo á fin de burlar la vigilancia del enemigo que podia haberle molestado mucho en alguno de los pasos de las cordilleras. Almagro por su desgracia,

(1) Espinall, tesorero de Almagro, dice que el fraile probó con este fallo que era un verdadero demonio (Carta al emperador, MS.), y Oviedo, juez mas desapasionado, aunque no le condena, cita las palabras de un caballero, que dijo que «no se habia pronunciado sentencia tan injusta desde los tiempos de Poncio Pilato.» Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, cap. XXI.

(2) «I tomando la barba con la mano izquierda, con la derecha hico señal de cortarse la cabeza, diciendo: Orgoñez, Orgoñez, por el amistad de don Diego de Almagro te han de cortar esta.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, capítulo IX.

(3) Ibid., loc. cit.—Carta de Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub, y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, libro III, cap. IX.

(4) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. III, capítulo X.

(5) «Cayó enfermo i estuvo malo á punto de muerte de bubas i dolores.» (Carta de Espinall, MS.) Calamidad grande fue que viniese á sufrir en aquellas circunstancias críticas el castigo de los pecados cometidos en su mocedad, pero

Del vicio que nos domina
Ha hecho, por justa sentencia,
La Divina Providencia
El móvil de nuestra ruina.

no adoptó este plan de operaciones que le daba tan manifiesta ventaja, y Hernando, sin otro impedimento mas que el que ofrecia naturalmente el terreno, llegó á últimos de abril de 1538 á las inmediaciones del Cuzco.

Pero Almagro se hallaba ya en posesion de aquella capital, adonde habia llegado diez dias antes. Reunió un consejo de guerra para deliberar acerca de las medidas que debian adoptarse. Algunos opinaron que debia defenderse la ciudad á todo trance. Almagro hubiera probado de buena gana el éxito de las negociaciones; pero Orgoñez replicó bruscamente:—«Es demasiado tarde: habeis dado libertad á Hernando Pizarro, y ya no os queda otro recurso sino el de pelear.» Prevaleció por último la opinion de Orgoñez que era la de salir y dar la batalla en la llanura. El mariscal, imposibilitado por su enfermedad para tomar el mando, lo confió á su fiel teniente, el cual reuniendo sus fuerzas salió de la ciudad, y tomó posicion en las Salinas á menos de una legua de distancia del Cuzco. Tomaba su nombre este sitio de ciertos pozos ó tinas destinados á la preparacion de la sal que se obtenia naturalmente en las cercanías. La eleccion del terreno era desacertada pues por su escabrosidad oponia obstáculos á la libre accion de la caballería, en la cual consistia la principal fuerza de Almagro. Pero Orgoñez, aunque instado repetidas veces por sus oficiales para que saliese á campo abierto, persistió en mantener su posicion como la mas favorable para la defensa, pues su frente estaba protegido por un pantano y por un riachuelo que se estendia por la llanura. El total de sus fuerzas ascendia á quinientos hombres, mas de la mitad de caballería. Su infantería no tenia las suficientes armas de fuego; á falta de estas, los soldados iban armados de largas picas. Tenia tambien seis cañoncitos y falconetes, como se llamaban, los cuales, con la caballería en dos divisiones iguales, colocó en los flancos de la infantería, y así preparado esperó tranquilamente la llegada del enemigo.

No tardaron mucho en aparecer por los desfiladeros de la montaña las brillantes armas y banderas de los españoles que marchaban á las órdenes de Hernando Pizarro. Adelantáronse estas tropas en buen órden, y como hombres cuyo paso firme y seguro anunciaba que no habian sufrido fatiga en la marcha y que estaban dispuestos para el combate. Avanzaron lentamente por la llanura, é hicieron alto en la orilla del riachuelo que cubria el frente de Orgoñez. Allí Hernando sentó sus reales; y por haberse puesto el sol, se decidió á pasar la noche en aquel sitio, proponiéndose diferir el combate hasta el alba (1).

Habíase estendido prodigiosamente por todo el pais el rumor de la próxima batalla; y las montañas y las cimas de las rocas inmediatas estaban cubiertas de multitud de indios ansiosos de contemplar el agradable espectáculo de una accion, en que cualquiera que fuese el vencedor, la derrota habia de caer sobre sus enemigos (2). Tambien las mujeres y niños de los españoles, poseidos de la mas profunda ansiedad habian salido del Cuzco para ser testigos del mortal combate en que sus hermanos y parientes iban á disputarse el dominio del pais (3). El número total de combatientes era insignificante, aunque mas considerable que el que ordinariamente entraba en accion en las guerras de América; pero no es el número de los actores sino la magnitud de la escena lo que da importancia al drama, y en este drama sangriento se iba á decidir de la posesion de un imperio.

Pasó la noche en silencio no interrumpido ni aun por la numerosa multitud que cubria las colinas inmediatas. Ni los soldados de los opuestos campos, aunque se hallaban á distancia en que podian oirse unos á otros y á pesar de que corria la misma sangre en sus venas, intentaron la menor comunicacion entre sí. Tan mortal era el ódio con que se miraban (4).

Salió el sol brillante como de costumbre en aquel hermoso clima el sábado 26 de abril de 1538 (5) y mucho antes de que sus rayos se estendiesen por la llanura, las trompetas de Hernando Pizarro llamaron á sus tropas á las armas. Sus fuerzas ascendian á unos setecientos hombres de distintas procedencias. Los unos eran veteranos de Pizarro; otros habian servido á las órdenes de Alonso de Alvarado y retirádose á Lima despues de su derrota; otros en fin habian llegado de las islas y muchos habian hecho mas de una trabajosa marcha en las campañas contra los indios y se habian encontrado en frecuentes y sangrientas batallas. La caballería era inferior en número á la de Almagro; pero esta inferioridad estaba compensada con la fuerza superior de la infantería, compuesta en parte de un cuerpo bien equipado de arcabuceros venidos de Santo Domingo con armas construidas por un método mas perfecto introducido nuevamente de Flandes. Estas armas eran de gran calibre y se cargaban con dos balas unidas entre sí por medio de una cadenilla de hierro. Eran en verdad armas toscas comparadas con los fusiles modernos; pero en manos acostumbradas á usarlas eran grandes instrumentos de destruccion (6).

Hernando Pizarro formó su gente en el mismo órden de batalla que habia presentado su enemigo, colocando la infantería en el centro y la caballería en los flancos. Dió el mando de uno de los cuerpos de esta arma á Alonso de Alvarado, y él se encargó de mandar el otro. La infantería la puso á las órdenes de su hermano Gonzalo, sostenido por Pedro de Valdivia, el futuro héroe de Arauco, cuya desastrosa historia forma el argumento de un romance así como el de la crónica.

Díjose una misa, como si los españoles, en vez de disponerse á lavar sus manos en la sangre de sus compatriotas, se dispusiesen á pelear en favor de la fé. Despues Hernando Pizarro dirigió una breve alocucion á sus soldados. Habló de las injurias personales que él y su familia habian recibido de Almagro; recordó á los soldados de su hermano que el Cuzco les habia sido arrebatado; procuró infundir en los de Alvarado deseos de vengar la derrota de Abancay, y señalando á todos la metrópoli Inca, que resplandecia con los rayos del sol saliente, les dijo que allí estaba el premio de la victoria. El ejército respondió á á este discurso con aclamaciones, y dada la señal, Gonzalo Pizarro atravesó el rio á la cabeza de un batallon de infantería. La corriente ni era ancha ni profunda, y los soldados no encontraron dificultad para llegar á la opuesta orilla, pues el pantano inmediato impedia que la caballería enemiga se aproximase.

(1) Carta de Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, cap. I.—V.—Carta de Espinall, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. X—XI.—Garcilasso, Com. Real, parte II, cap. XXXVI—XXXVII.

(2) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, capitulo V—VI.

(3) Ibid., ubi supra.

(4) «I fué cosa de notar que se estuvieron toda la noche, sin que nadie de la vna i otra parte pensase en mover de paz: tanta era la ira i aborrecimiento de ambas partes.» Ibid., capitulo VI.

(5) En el sitio de la batalla se erigió despues una iglesia dedicada á San Lázaro, en la cual fueron enterrados los cuerpos de los muertos en la accion. Esta circunstancia conduce á Garcilasso á suponer que se dió la accion el sábado 6, dia despues de la fiesta de San Lázaro, y no el 26 como comunmente se refiere. Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVIII. Véase tambien á Montesinos, autoridad indiferente para todo.

(6) Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. VIII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVI.

Pero al atravesar este pantano, los cañones de Orgoñez jugaron con éxito, introduciendo el desórden en las primeras filas. Gonzalo y Valdivia se arrojaron en medio de su gente, amenazando á unos, animando á otros, y al fin consiguieron sacar las tropas adelante sobre terreno firme. Allí los arcabuceros, destacándose del resto de la infantería, se apoderaron de una pequeña eminencia, desde donde á su vez abrieron un nutrido fuego sobre los de Orgoñez, desordenando las filas de los alabarderos, y molestando considerablemente la caballería que formaba en los flancos.

Entre tanto Hernando, reuniendo sus dos escuadrones en una columna, á cubierto de este bien sostenido fuego, atravesó el rio y el pantano, y llegando á terreno firme, cargó sobre el enemigo. Orgoñez, cuya infantería estaba ya muy diezmada, adelantó la caballería, reunió como su adversario los dos escuadrones en un solo cuerpo, y á todo galope salió al encuentro de Hernando. El choque fue terrible. Los enjambres de espectadores indios que llenaban las alturas circunvecinas le saludaron con un diabólico grito de alegría que dominando el ruido del combate fue á perderse en ecos distantes entre las montañas (1).

La accion fue reñida porque no era entre los blancos y los indefensos indios, sino entre españoles y españoles: ambos partidos se animaban á la pelea con los gritos de *el rey y Almagro* ó *el rey y Pizarro*, mientras combatian con un rencor con el cual no tiene comparacion la antipatía nacional, rencor tanto mas fuerte cuanto mayor habia sido la fuerza de los lazos que acababan de romperse.

En esta sangrienta accion cumplió Orgoñez plenamente con su deber peleando como hombre para quien los campos de batalla son el elemento natural. Viendo á un caballero que por el color de la túnica que cubria su armadura supuso erróneamente ser Hernando Pizarro, le cargó á todo galope y le derribó con su lanza. A otro atravesó de parte á parte de la misma manera, y á otro mató con la espada en el momento en que daba el grito prematuro de ¡victoria! Pero mientras hacia estas proezas dignas de un paladin de romance, recibió una herida de una doble bala de arcabuz que, penetrando por la visera, le pasó rozando por la frente y le privó por un momento de sentido. Antes de que pudiese volver en sí le mataron el caballo; y aunque despues de haber caido logró desembarazarse de los estribos, se encontró rodeado y acosado por multitud de enemigos. Negándose todavía entregar su espada, preguntó si no habia entre aquella gente algun caballero á quien pudiese rendirse. Presentósele como tal un soldado llamado Fuentes, criado de Pizarro; Orgoñez le entregó la espada, y el infame sacando su daga la hundió en el corazon de su indefenso prisionero. Despues la cabeza separada del tronco fue puesta en una pica y llevada cual sangriento trofeo á la gran plaza del Cuzco como si fuese la cabeza de un traidor (2). Así pereció como leal un caballero tan decidido en el consejo y tan valiente en la accion como el primero que haya atravesado las playas de América.

(1) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. IV, cap. VI.—Pedro Pizarro, descub. y Conq., MS.—Carta de Espinall, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. XI.

Todo lo que se refiere á esta batalla, la disposicion de las fuerzas, la naturaleza del terreno, la manera del ataque lo refieren los historiadores con tanta variedad y confusion como si hubiese sido un combate entre dos grandes ejércitos el que solo fue entre un puñado de hombres de cada parte. Parece que en ninguna parte es mas difícil hallar la verdad que en el campo de batalla.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, ubi supra.—Zárate, Conq. del Perú, ubi supra.

La batalla habia durado mas de una hora, y la fortuna se declaraba contra el partido de Almagro. Muerto Orgoñez, se aumentó la confusion entre sus soldados. La infantería, no pudiendo resistir el fuego de los arcabuceros, se desbandó refugiándose detras de los muros de piedra que se elevaban en diversos puntos del campo. Pedro de Lerma, despues de haber procurado en vano reunir su caballería, se dirigió con todo el ímpetu de su caballo contra Hernando Pizarro, contra quien tenia resentimiento personal. Pizarro le esperó: las lanzas de ambos caballeros se cruzaron: la de Hernando atravesó el muslo de su adversario, y la de Lerma rozando el arzon de la silla de Hernando, chocó con tal fuerza en su armadura, que rompiendo las junturas de la cota de malla le hirió levemente sobre la ingle, y obligó al caballo á encabritarse. Pero la confusion de la batalla separó en breve á los combatientes, y en el tumulto fue desmontado Lerma y quedó en el campo cubierto de heridas (3).

Despues de esto apenas hubo órden ni resistencia entre los soldados de Almagro, los cuales huyeron á toda prisa al Cuzco, y feliz el que obtuvo cuartel cuando le pidió. El mismo Almagro, demasiado débil para permanecer largo tiempo á caballo, se habia metido en litera, y desde una altura inmediata miraba la batalla contemplando sus fluctuaciones con el interes de un hombre que de su éxito tenia pendientes el honor, la fortuna y la misma vida. Con agonía indecible vió á sus fieles soldados, despues de un reñido combate, derrotados por sus contrarios, hasta que persuadido de que no quedaba esperanza de victoria consiguió montar en una mula y buscó un asilo momentáneo en la fortaleza del Cuzco. Allí fue seguido en breve, preso y llevado en triunfo á la capital, donde á pesar de su enfermedad se le cargó de hierros, y se le encerró en el mismo edificio en que habia tenido presos á los Pizarros.

La accion no duró dos horas completas. Del número de los muertos se habla con variedad; pero probablemente no bajó de ciento cincuenta (uno de los combatientes dice que fue de doscientos) (4), número escesivo si se considera lo corto del tiempo y de las fuerzas que tomaron parte en el combate. Nada se habla de los heridos. Las heridas eran cosa ordinaria y natural en un caballero. Dícese que Pedro de Lerma recibió diez y siete, y aun fue retirado vivo del campo de batalla. Los que principalmente esperimentaron pérdidas fueron los soldados de Almagro; pues la matanza no se limitó al tiempo de la accion, y era tanta la animosidad de los dos partidos que muchos fueron muertos á sangre fria, como Orgoñez, despues de rendidos y prisioneros. El mismo Pedro de Lerma, tendido en el lecho del dolor en el alojamiento de un amigo suyo del Cuzco, fue visitado por un soldado llamado Samaniego, á quien habia castigado en cierta ocasion por un acto de desobediencia. Este entró en el cuarto solitario del herido, se sentó á su ca-

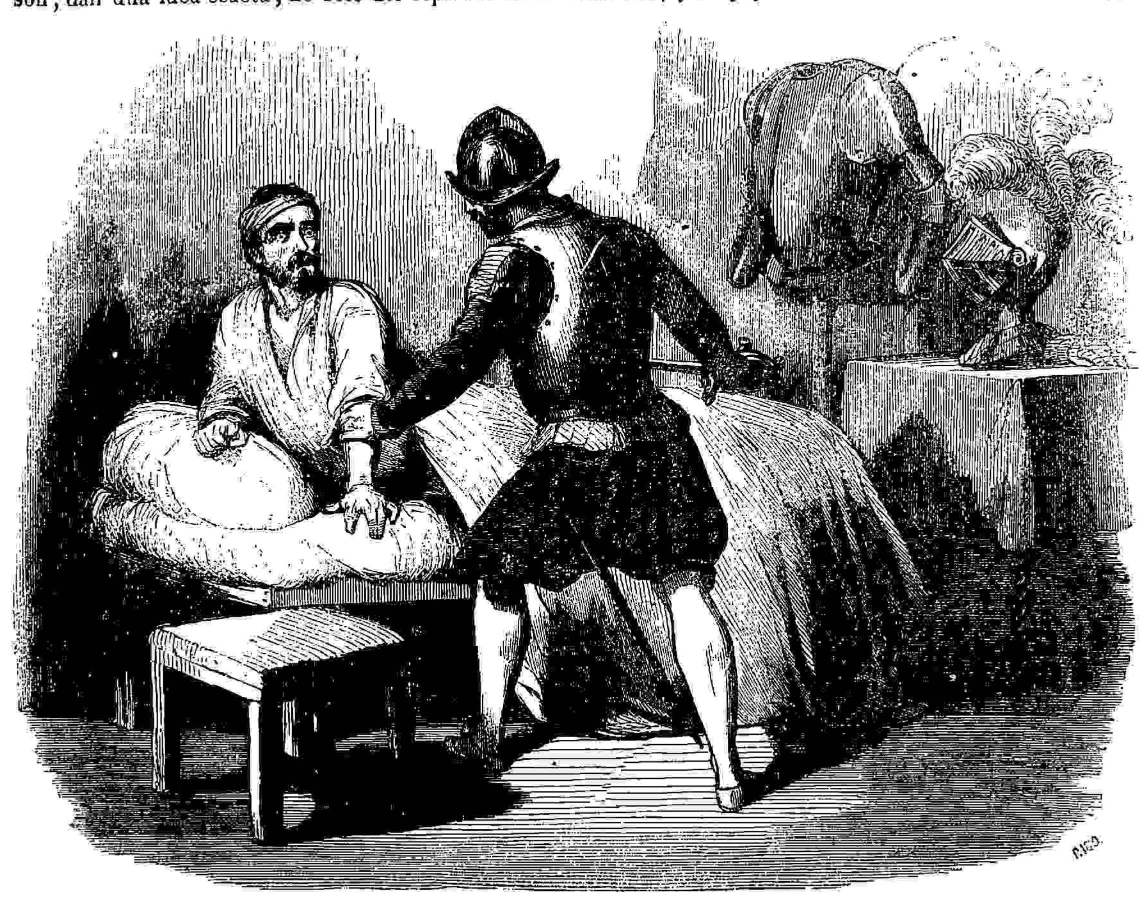
(3) Herrera, Hist. general, ubi supra.—Garcilasso, Comentario Real, parte II, lib. II, cap. XXXVI.

Hernando Pizarro llevaba sobre la armadura una túnica de terciopelo color de naranja, segun refiere Garcilasso, y antes de la batalla hizo advertir á Orgoñez de esta circunstancia para que pudiese distinguirle entre los demas. Pero un caballero de los de Hernando llevaba tambien los mismos colores, lo cual parece que fue lo que causó el error de Orgoñez.

(4) «Murieron en esta batalla de las Salinas casi dozientos hombres de una parte y de otra.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.) Muchas autoridades calculan en menos la pérdida. El tesorero Espinall, partidario de Almagro, dice: «Siguieron el alcanze lo mas cruelmente que en el mundo se ha visto, porque matavan á los hombres rendidos é desarmados, é por les quitar las armas los matavan si presto no se las davan, é trayendo á las ancas de un caballo á un Ruy Diaz viniendo rendido é desarmado le mataron, é desta manera mataron mas de ciento é cincuenta hombres.» Carta, MS.

becera, le echó en cara el insulto que de él habia recibido, y le dijo que iba á lavarlo con su sangre. En vano Lerma le aseguró que cuando se restableciese le daria la satisfaccion que deseaba: el miserable, esclamando «ha de ser ahora» le hundió la espada en el pecho. Todavía este soldado vivió algunos años gloriándose de su atroz asesinato que él llamaba reparacion de la ofensa hecha á su honor; pero es satisfactorio saber que su insolente jactancia le costó la vida (1). Tales anécdotas, repugnantes y todo como son, dan una idea esacta, no solo del espíritu de la época, sino de aquel espíritu de peculiar ferocidad que engendran las guerras civiles, guerras las mas crueles de todas, esceptuando las de religion.

La precipitacion con que los vencidos emprendieron la fuga hácia el Cuzco, y el ardor con que los vencedores perseguian á sus enemigos hasta la misma capital, hicieron que el campo de batalla quedase abandonado. Pero pronto se llenó de saqueadores, porque los indios, bajando como buitres de las montañas vecinas, tomaron posesion del ensangrentado terreno, y despojando á los muertos de todo cuanto



Asesinato de Pedro de Lerma.

tenian, dejaron sus cuerpos desnudos en la llanura (2). Se ha juzgado estraño que los indios no se aprovechasen de sus superiores fuerzas para caer sobre los vencedores fatigados despues de la batalla. Pero las desunidas fuerzas de los peruanos carecian de gefe; estaban ademas desanimadas por recientes reveses, y los castellanos, aunque debilitados entonces por la fatiga; eran mucho mas fuertes que lo habian sido nunca en el Cuzco.

Sin embargo, el gran número de tropas reunido dentro de los muros de la capital, número que ascendia á mas de mil trescientos hombres, y su heterogénea composicion, daban gran cuidado á Hernando Pizarro; porque entre ellos habia enemigos que se espiaban y le espiaban con odio mortal, aunque ocultó, y amigos, si no tan peligrosos no menos molestos por sus sórdidas é irracionales pretensiones. Habia entregado la capital al pillaje, y sus soldados hallaron un buen botin en los alojamientos de los oficiales de Almagro; pero esto no bastaba á los mas ambiciosos, los cuales ponderaban en alta voz sus servicios, y pedian se les diese el mando de alguna espedicion, en la confianza de que habian de encontrar en ella montes de oro. Todos buscaban *El Dorado*. Hernando Pizarro accedió en lo posible á estas pretensiones, deseoso de deshacerse de tan importunos acreedores. Es verdad que las espediciones concluian por lo comun casi desastrosamente; pero se conseguia con ellas esplorar el pais. Eran una lotería de aventuras, con pocos premios pero grandes, y en la escitacion del juego pocos españoles se detenian á calcular las probabilidades de buen éxito.

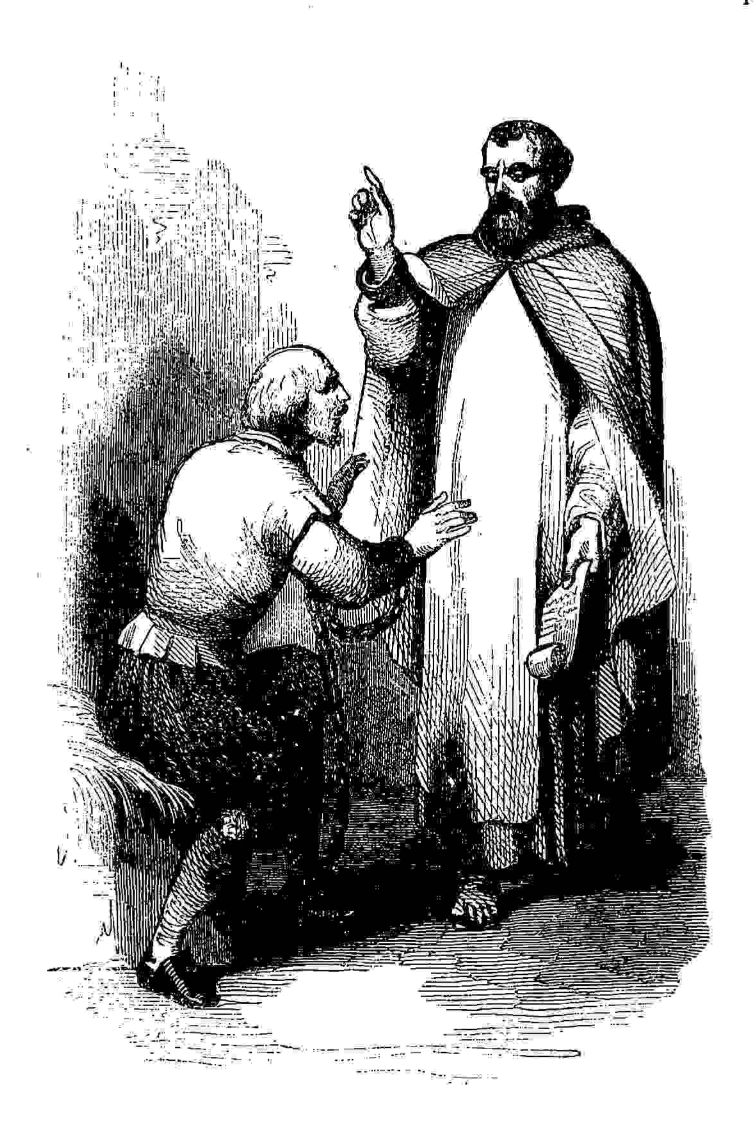
Uno de los que salieron de la capital fue Diego, el hijo de Almagro. Hernando cuidó de enviarle con buena escolta adonde estaba su hermano el gobernador, deseoso de apartarle en aquellos momentos críticos de la inmediacion de su padre. Entre tanto la vida del mariscal iba apagándose en la prision bajo la influencia combinada de la tristeza y de la enfermedad. Antes de la batalla de las Salinas digeron á

(1) Carta de Espinall, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVIII.

Fue ahorcado por este mismo crímen de órden del gobernador de Puerto Viejo unos cinco años despues. El modo insolente y descarado con que se jactaba de su atrocidad irritó sobremanera al gobernador y á la poblacion.

(2) «Los indios viendo la batalla fenescida, ellos tambien se dejaron de la suia iendo los vnos i los otros á desnudar á los españoles muertos i aun á algunos vivos que por sus heridas no se podian defender, porque como pasó el tropel de la gente siguiendo la victoria, no huvo quien se lo impidiese; de manera que dejaron en cueros á todos los caidos.» Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. XI.

Hernando Pizarro que Almagro estaba á punto de morir. «No permita el cielo, esclamó, que muera antes de caer en mis manos (1).» Sin embargo, la Providencia parecia dispuesta á no conceder sino la mitad de esta piadosa súplica, pues el cautivo estaba á pique de escapársele, precisamente en el momento de haber caido en su poder. Para consolar al desgraciado gefe, Hernando le hizo una visita en su prision, y le animó asegurándole que solo esperaba la llegada del gobernador para ponerle en libertad, añadiendo «que si Pizarro no llegaba pronto á la capital, él mismo tomaria sobre sí la responsabilidad de sacarlo de la prision y le daria bagajes para conducirle al campo de su hermano.» Al mismo tiempo manifestando gran interes por su comodidad, le preguntó «qué manera de viajar seria mas conveniente á su salud.» Despues continuó enviándole platos delicados de su propia mesa para escitar su amortiguado apetito. Almagro, animado con tan benévolas atenciones y con la esperanza de su próxima libertad, fué poco á poco mejorándose de salud y desterrando su melancolía (2).



Notifica la sentencia al desdichado Almagro.

No pensaba que entre tanto se estaba con industria preparando un proceso contra él. Habia empezado á instruirse este proceso inmediatamente despues de su captura; y todas las personas, aun las mas humildes que tenian motivos de queja contra el desventurado preso, fueron invitadas á declarar. No quedó desatendida esta invitacion; muchos enemigos se presentaron en la hora de la desgracia como los inmundos reptiles que aparecen entre las ruinas de algun noble edificio; y mas de una persona que habia recibido beneficios de sus manos, se presentó á implorar el favor de su enemigo, renegando de su bienhechor. De tan impuras fuentes salió una masa de acusaciones que llenaba dos mil páginas en fólio. ¡Y sin embargo, Almagro era el ídolo de sus soldados (3)!

Terminada la causa (8 de julio de 1538) no fue difícil obtener contra el preso una sentencia condenatoria. Los principales cargos de que fue declarado culpable eran: el haber suscitado guerra contra la corona, ocasionando la muerte de muchos súbditos

(1) «Respondia Hernando Pizarro, que no le haria Dios tan gran mal, que le dejase morir sin que le huviese á las manos.» Herrera, Hist. general, dec. VI, cap. V.

(2) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, capítulo IV.

(3) «De tal manera que los escrivanos no se daban manos, i ia tenian escritas mas de dos mil hojas.» Ibid., dec. VI, lib. IV, cap. VII.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conquista i Pob. del Pirú, MS.—Carta de Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Espinall, MS.

de S. M.; el haber entrado en conspiraciones con el Inca; y finalmente, el haber desposeido de la ciudad del Cuzco al gobernador nombrado por la corona. Por estos cargos fue condenado á muerte como traidor, debiéndosele cortar la cabeza en la plaza pública. Quiénes fueron los jueces ó cuál el tribunal que le condenó no lo sabemos, pero en realidad todo el juicio fue una burla, si juicio puede llamarse aquel en que el acusado está completamente ignorante de la acusacion.

Notificósele la sentencia por medio de un fraile comisionado al afecto. El desdichado Almagro, que todo este tiempo habia estado, por decirlo así, durmiendo al borde de un precipicio, no pudo al principio comprender la naturaleza de su situacion. Recobrándose, sin embargo, del primer susto dijo: «que era imposible que se le hiciese tal agravio y que no queria creerlo;» y suplicó á Hernando Pizarro que le concediese una entrevista. Hernando, á quien no desagradaba presenciar la agonía de su cautivo, consintió en ello, y Almagro, abatido ya por sus desgracias, se humilló hasta el punto de pedirle la vida con las mas encarecidas súplicas. Recordóle sus antiguas relaciones con su hermano, y los favores que le habia hecho, así como á su familia en los primeros años de su carrera: habló de sus reconocidos servicios al pais, y suplicó á su enemigo «que perdonase sus canas y no privase de la poca vida que le quedaba á un hombre de quien nada tenia ya que temer.» A esto contestó Hernando friamente que «estrañaba ver á Almagro portarse de una manera tan poco digna de un valiente caballero; que su suerte no era peor que la de otros muchos soldados que habian muerto antes que él, y que pues debia á Dios la gracia de haber nacido cristiano, estaba obligado á emplear los momentos que le quedaban en mirar por su alma (1).»

No por eso guardó silencio Almagro. Ponderó el servicio que habia hecho al mismo Hernando; díjole «que bien triste era la recompensa que le ófrecia por haberle perdonado la vida en ocasion reciente y en circunstancias idénticas cuando una y otra vez los que le rodeaban le habian aconsejado que se la quitase;» y concluyó amenazándole con la venganza del emperador, que no dejaria impune semejante ultraje hecho á una persona que tan señalados servicios habia prestado á S. M. Todo fue en vano: Hernando terminó brúscamente la conferencia, replicando que «su suerte era inevitable y que debia prepararse para sufrirla (2).»

Almagro, viendo que no hacian impresion sus palabras en el férreo corazon de su vencedor, pensó sériamente en el arreglo de sus negocios. Segun los términos de la real concesion, estaba autorizado para nombrar sucesor. En su consecuencia designó como tal á su hijo, y nombró á Diego de Alvarado, en cuya integridad tenia gran confianza, administrador del territorio, durante la menor edad de aquel. Dejó por heredero de todas sus propiedades y posesiones en el Perú, de cualquiera clase que fuesen, á su amo el emperador, afirmándole que no estando arregladas sus cuentas con Pizarro, aun se hallaban en poder de este gefe muchos bienes que le pertenecian. Con este político legado esperaba asegurar la proteccion del emperador para su hijo y un exámen minucioso de la conducta de su enemigo.

La noticia de la sentencia de Almagro produjo sensacion profunda entre los habitantes del Cuzco. A todos sorprendió que un hombre investido de una autoridad provisional y limitada se atreviese á formar causa á una persona de la categoría de Almagro. Pocos hubo que no recordasen algun acto de generosidad ó benevolencia del desdichado veterano, y aun á los que habian proporcionado materiales para la acusacion, sorprendidos por el trágico resultado que ofrecian, se les oyó acusar de tiránica la conducta de Hernando. Algunos de los principales caballeros, y entre ellos Diego de Alvarado, á cuya intercesion, como hemos visto, debió Hernando Pizarro su vida cuando estaba prisionero, se presentaron á él para disuadirle de tan arbitrario y atroz proceder. Todo fue en vano: sin embargo, sus reclamaciones produjeron el efecto de que se cambiase el modo de ejecucion, y que esta fuese en la prision en vez de verificarse en la plaza pública (3).

En el dia señalado se formó en la plaza un fuerte piquete de arcabuceros, y se doblaron las guardias á las inmediaciones de las casas donde habitaban los principales partidarios de Almagro. El ejecutor, seguido de un eclesiástico, entró ocultamente en la prision, y el desgraciado Almagro, despues de haberse confesado y recibido el sacramento de la comunion, se sometió sin resistencia á la pena de garrote. ¡Así murió oscuramente en el lúgubre silencio de un calabozo el héroe de cien batallas! Su cadáver fue llevado á la plaza, donde en cumplimiento de la sentencia se le separó la cabeza del cuerpo. Un heraldo anunció en alta voz la naturaleza de los crímenes por que habia sido sentenciado; los restos mortales fueron conducidos á la casa de su amigo Hernan Ponce de Leon, y al siguiente dia se le trasladó con toda la solemnidad debida á la iglesia de nuestra Señora de la Merced. Entre los principales del duelo se hallaban tambien los Pizarros. No dejó de notarse que su hermano habia honrado de un modo semejante la memoria de Atahuallpa (4).

Almagro en la época de su muerte no pasaba probablemente de setenta años de edad; pero es difícil fijar esta circunstancia con esactitud, porque Almagro era expósito, y como tal la historia de su infancia está envuelta en la oscuridad (5). Tenia por naturaleza muchas cualidades escelentes; y sus defectos, que no eran pocos, estaban regularmente disculpados por las circunstancias de su situacion. Porque cuando se trata de calificar un yerro ¡cuán atenuantes no son las circunstancias de *expósito*, sin padres, sin amigos, sin maestros que le dirijan en su infancia, pobre barquilla arrojada en el Océano de

(1) «I que pues tuvo tanta gracia de Dios que le hiço christiano, ordenase su alma i temiese á Dios.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. V, cap. I.

(2) Herrera, Hist. general, ubí supra.—El mariscal apeló de la sentencia de sus jueces á la corona, suplicando á su vencedor (dice el tesorero Espinall en su carta al emperador) en términos que hubieran movido á compasion el corazon de un infiel. «De la qual el dicho adelautado apeló para ante V. M. i le rogó que por amor de Dios hincado de rodillas le otorgase el apelacion, diciéndole que mirase sus canas é vejez á quanto habia servido á V. M. i que él habia sido el primer escalon para que él i sus hermanos subiesen en el estado en que estavan, i diciéndole otras muchas palabras de dolor é compasion que despues de muerto supe que dixo, que á qualquier hombre, aunque infiel, moviera á piedad.» Carta, MS.

(3) Carta de Espinall, MS.—Montesinos, Anales, MS. año 1538.

El obispo Valverde, segun él mismo asegura al emperador, se presentó á Francisco Pizarro en Lima, y reclamó se hiciese contra toda violencia al mariscal, diciéndole que su deber exigia imperiosamente que marchase su persona al Cuzco y le pusiese inmediatamente en libertad. «Era un asunto demasiado grave, añade justamente, para confiarlo á terceras personas.» (Carta al emperador.) El tesorero Espinall, que entonces se hallaba en el Cuzco, hizo tambien esfuerzos, aunque sin fruto, para disuadir á Hernando de su propósito.

(4) Carta de Espinall, MS.—Herrera, Historia general, loc. cit.—Carta de Valverde al emperador, MS.—Carta de Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año de 1538.

No se dice la fecha de la ejecucion de Almagro; omision estraña por cierto, pero poco importante, pues el suceso debió verificarse á muy luego de dada la sentencia.

(5) Ante, tomo I, pág. 125.

la vida, y flotando entre rocas y escollos, sin una mano amiga que se estienda para mostrarle el rumbo ó para salvarla! El nombre de espósito es una disculpa de muchas, de muchísimas faltas que se cometen en edad avanzada (1).

Era hombre de pasiones fuertes y no muy acostumbrado á dominarlas (2); pero habitualmente no era vengativo ni cruel. Ya he hablado de una atrocidad que cometió con los indígenas; pero de semejante insensibilidad para con los indios participaban muchos de los españoles mas instruidos. Sin embargo, los indios por conviccion propia dieron testimonio de su ordinaria humanidad declarando que entre los blancos no habian tenido mejor amigo que él (3). En realidad, lejos de ser vengativo era clemente, y cedia pronto á los consejos de los demas. Esta facilidad en ceder, que era el resultado de su bien intencionada credulidad, le hizo muchas veces víctima de astutos engañadores, y mostraba ciertamente que carecia de esa confianza en sí mismo propia de los hombres de gran energía de carácter. Sin embargo, su genio abierto y su generosidad le granjearon popularidad entre sus soldados. Era tan generoso que comunmente rayaba en pródigo. Cuando entró en la campaña de Chile prestó cien mil ducados de oro á los caballeros mas pobres para que se equipasen, y despues les perdonó la deuda (4). Era tambien gastador hasta la ostentacion; pero su estravagancia no le perjudidaba entre los aventureros del ejército con quienes la prodigalidad es mas popular que una estricta y bien calculada economía.

Era buen soldado, prudente y cuidadoso en sus planes, paciente é intrépido en la ejecucion. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices de heridas recibidas en las batallas, de modo que la natural fealdad de su persona se habia convertido casi en deformidad. No debe juzgársele por su última campaña, cuando abatido por la enfermedad cedió al genio superior de su rival, sino por muchas espediciones por tierra y por mar para la conquista del Perú y del remoto Chile. Sin embargo, puede dudarse que poseyese aquellas cualidades poco comunes, ya como guerrero, ya como hombre particular, que en circunstancias ordinarias son capaces de distinguir á una persona entre las demas. Era uno de los tres, ó por mejor decir de los dos sócios, que tuvieron la fortuna y la gloria de hacer uno de los mas portentosos descubrimientos del mundo occidental; y su nombre participa en gran manera del crédito que logró el de Pizarro, porque si bien no acompañó á este gefe en sus peligrosas espediciones, contribuyó tanto como él á su buen éxito con sus esfuerzos en las colonias.

Sin embargo, su conexion con Pizarro apenas puede considerarse que fuese una circunstancia afortunada en su carrera. La union entre dos individuos para descubrir y conquistar no es fácil que sea muy escrupulosamente observada, especialmente por hombres mas acostumbrados á gobernar á los demas que á gobernarse á sí mismos. Si no se suscitan antes motivos de discordia, es seguro que se suscitarán cuando llegue el caso de repartir el botin. Pero habia razones particulares que hacian imposible la buena inteligencia entre estos dos asociados, porque el carácter franco, ardiente y confiado de Almagro no se avenia con la política fria y astuta de Pizarro, y siempre que sus intereses estuvieron en oposicion el primero fue engañado por el segundo.

A pesar de todo, puede atribuirse á culpa del mismo Almagro la catástrofe que terminó su existencia. Cometió en efecto dos yerros capitales. El primero fue tomar posesion del Cuzco por medio de las armas. No era este el modo de determinar la línea divisoria: esta debia haber sido objeto de una sentencia de árbitros, y si en árbitros no habia confianza, de una apelacion á la corona. Pero una vez tomadas las armas, no debia haber recurrido á las negociaciones y mucho menos á las negociaciones con Pizarro. Este fue su segundo y grande error. Conocia bastante á Pizarro para saber que no debia fiarse de él. Se fió sin embargo y pagó su confianza con la vida.

CAPITULO III.

Pizarro visita de nuevo al Cuzco. — Hernando vuelve á Castilla. — Su larga prision. — Comisionado enviado al Perú. — Hostilidades con el Inca. — Activa administracion de Pizarro. — Gonzalo Pizarro.

1539—1540.

El marques Francisco Pizarro volvió, como hemos visto, á Lima cuando su hermano salió en persecucion de Almagro. Allí esperó con ánsia el resultado de la campaña, y al recibir la agradable noticia de la victoria de las Salinas, hizo inmediatamente sus preparativos para marchar al Cuzco. En Xauxa, sin embargo, le detuvo largo tiempo el desórden en que se hallaba el pais y mucho mas su repugnancia á entrar en la capital del Perú mientras estaba pendiente la causa de Almagro.

En Xauxa recibió á Diego, el hijo del mariscal, que habia sido enviado á la costa por Hernando Pizarro. Acosaban al jóven los mas tristes presentimientos respecto á la suerte de su padre, y suplicó al gobernador no permitiese que por su hermano se cometiese ningun acto de violencia contra el autor de sus dias. Pizarro, despues de recibir á Diego con aparente bondad, le dijo que cobrase ánimo, que no se le haria ningun daño (5); y añadió, que esperaba renovar en breve los lazos de su antigua amistad. El jóven, consolado con estas palabras, tomó el camino de Lima, donde por órden de Pizarro fue recibido en su casa y tratado como hijo.

Las mismas promesas respecto á la seguridad del mariscal hizo el gobernador al obispo Valverde y á algunos de los principales caballeros que se interesaron en favor del preso (6). Todavía detuvo Pizarro por mas tiempo su marcha á la capital; y cuando la volvió á emprender, apenas habia pasado el rio de Abancay, recibió las nuevas de la muerte de su rival. Manifestó sorprenderse mucho con la noticia; todo su cuerpo se agitó y permaneció por algunos instantes con los ojos fijos en tierra, dando señales de la mayor emocion (7).

(1) Montesinos, á falta de mejor genealogía, dice: «Era hijo de sus grandes hechos, y tales han sido los padres de muchos héroes famosos.» (Anales, MS., año de 1538.) Apurado debia verse un castellano no pudiendo sacar algo parecido á genealogía, aunque fuese un tanto oscura.

(2) «Hera un hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose tratava muy mal á todos los que con él andavan, aunque fuesen caballeros.» (Descub. y Conq., MS.) Este retrato es de mano de un enemigo.

(3) Los indios lloraban amargamente, diciendo, que de él nunca recibieron mal tratamiento.

(4) Si hemos de dar crédito á Herrera, distribuyó ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro entre sus soldados. «Mandó sacar de su posada mas de ciento y ochenta cargas de plata i veinte de oro, i las repartió.» (Dec. V, lib VII, capítulo IX.) Una carga era lo que un hombre podia llevar con facilidad. Semejante asercion se resiste á nuestra credulidad pero es difícil señalar los límites de nuestra credulidad en lo que concierne á esta tierra de oro.

(5) «I dixo que no tuviese ninguna pena, porque no consentiria que su padre fuese muerto.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. III.

(6) «Que lo haria asi como lo decia, i su deseo no era otro sino ver el Reino en paz; i que en lo que tocaba al adelantado, perdiese cuidado, que bolberia á tener el antigua amistad con él.» Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, capítulo IX.

(7) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Derramó muchas lágrimas, segun dice Herrera, el cual

Esto es lo que dicen sus amigos; pero lo mas probable es que estuviese perfectamente enterado de lo que pasaba en el Cuzco. Dícese que cuando terminó la causa, recibió un mensaje de Hernando, consultándole sobre lo que debia hacerse con el preso, y que respondió en breves palabras «que hiciese de » manera que el Adelantado no los pusiese en mas al- » borotos (1).» Dícese tambien que Hernando, acosado despues por la irritacion que produjo la muerte de Almagro, se escudó con las instrucciones que aseguraba haber recibido del gobernador (2). Lo cierto es que Pizarro, durante su larga residencia en Xauxa, estuvo en constante comunicacion con el Cuzco; y que si, como le aconsejó con repetidas instancias Valverde (3), hubiera apresurado su marcha, podria fácilmente haber evitado la consumacion de la catástrofe. Como general en gefe, la suerte de Almagro estaba en sus manos; y por mas que sus partidarios aseguren su inocencia, el juicio imparcial de la historia le hace responsable, juntamente con Hernando, de la muerte de su sócio.

Ni en su ulterior conducta mostró que le pesase en manera alguna de lo que se habia hecho. Entró en el Cuzco, dice un testigo presencial, entre el ruido de trompetas y chirimías á la cabeza de sus caballeros, vestido con el rico traje que le habia enviado Cortés, y con el gozoso y altivo continente de un vencedor (4). Cuando Diego de Alvarado se dirigió á él para reclamar el gobierno de las provincias del Sur, en nombre del jóven Almagro, cuyo padre, como hemos visto, le habia encomendado á su proteccion, respondió que «el mariscal por su rebelion habia » perdido todo derecho al gobierno.» Y cuando Alvarado volvió á instarle sobre el asunto, terminó bruscamente la conversacion, declarando «que su terri- »torio se estendia por todas partes hasta Flandes (5),» queriendo sin duda con esta jactanciosa salida manifestar que no sufriria rival en las costas del Perú.

Por esto habia mandado recientemente relevar á Benalcázar, el conquistador de Quito, de quien le habian informado que aspiraba á constituir un gobierno independiente. El emisario de Pizarro llevaba órden para llevar al culpado á Lima; pero Benalcázar, despues de haber seguido su victoriosa carrera hácia el Norte, volvió á Castilla á solicitar del emperador el galardon de sus hazañas.

Mostróse tambien Pizarro estraordinariamente insensible á las quejas de los agraviados indios que invocaban su proteccion, y trató á los soldados de Almagro con manifiesto desprecio, confiscando las tierras de los gefes y dándolas sin ceremonia á sus propios partidarios. Hernando con actos de liberalidad habia procurado atraer á su partido á algunos del bando opuesto, pero ellos no quisieron aceptar nada de un hombre, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su gefe (6). El gobernador no imitó la conducta de su hermano, y muchos se vieron reducidos á tal estado de pobreza que, demasiado altivos para esponer su miseria á la vista de sus vencedores, se retiraron de la ciudad y buscaron asilo en los vecinos montes (7).

Remuneró á sus hermanos tan ámpliamente, que escitó la murmuracion de sus mismos partidarios. Nombró á Gonzalo para el mando de una gran fuerza destinada á operar contra los indios de Charcas, pueblo guerrero que ocupaba el territorio asignado por la corona á Almagro. Gonzalo encontró obstinada resistencia en ellos; pero despues de algunos combates reñidos, logró someter aquella provincia. Fue recompensado, juntamente con Hernando, que le ayudó en la conquista, con un estenso territorio en las inmediaciones de Porco, cuyas productivas minas habian sido en parte laboreadas en tiempo de los Incas. Este territorio comprendia parte de las colinas argentíferas del Potosí que tantos tesoros han dado despues á Europa. Hernando conoció cuánto podia producir el terreno y comenzó á trabajar las minas en mayor escala que la adoptada hasta entonces, aunque no parece que intentase penetrar en los ricos filones del Potosí (8). Todavía debian trascurrir algunos años antes que los españoles descubriesen las canteras de plata que ocultaban los senos de aquellos montes (9).

La gran ocupacion de Hernando era entonces reunir una cantidad suficiente de riquezas para marchar con ellas á España. Cerca de un año habia trascurrido desde la muerte de Almagro, y ya era tiempo de que volviera á Castilla y se presentase en la córte, donde Diego de Alvarado y otros amigos del mariscal, que hacia tiempo habian salido del Perú, sostenian industriosamente las reclamaciones del jóven Almagro y pedian reparacion de los agravios hechos á su padre. Pero Hernando confiaba en su oro para desvanecer las acusaciones que se suscitasen contra él.

Antes de su partida aconsejó á su hermano que se guardase de «los hombres de Chile,» como se llamaban los soldados de Almagro, porque eran hombres desesperados que en nada repararian para vengarse. Díjole que no les permitiera reunirse, en cualquier número que fuese, á distancia de cincuenta leguas de su persona; porque si lo hacia, su condescendencia le seria fatal. Por último, le recomendó mucho que se rodease de una fuerte guardia, añadiendo: «porque no estaré yo aqui para velar por » vos.» Pero el gobernador se burló de estos que él llamaba vanos temores de su hermano, y le dijo que no temiese por su vida, pues «cada cabello de los » soldados de Almagro era una garantía de su seguri- » dad (10).» No conocia como Hernando el carácter de sus enemigos.

evidentemente cree muy en ellas. Ibid., dec. IV, lib. VI, cap. VII.—Conf., V, cap. I.

(1) Herrera, dec. VI, lib. VI, cap. VII.—«De todo esto, dice Espinall, fue sabidor el dicho gobernador Pizarro á lo que mi juicio i el de otros que en ello quisieron mirar alcanzo.» Carta de Espinall, MS.

(2) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. V, cap. I.—El testimonio de Herrera, es casi el de un contemporáneo, pues segun él mismo nos dice tomó sus noticias de la correspondencia de los conquistadores y de los datos que los propios hijos de estos le suministraron. Lib. VI, cap. VII.

(3) Carta de Valverde al emperador, MS.

(4) «En este medio tiempo vino á la dicha cibdad de Cuzco el gobernador don Francisco Pizarro, el cual entró con trompetas i chirimias vestido con ropa de martas, que fue el luto con que entró.» Carta de Espinall, MS.

(5) Carta de Espinall, MS.—«Mui asperamente le respondió el gobernador, diciendo que su gobernacion no tenia término, i que llegaba hasta Flandes.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. VII.

(6) «Avia querido hacer amigos de los principales de Chile, y ofrecidoles daria repartimientos y no lo havian aceptado ni querido.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(7) «Viéndolos oy en dia muertos de ambre, fechos pedazos é adeudados, andando por los montes desesperados por no parecer ante gentes, porque no tienen otra cosa que se vestir sino ropa de los indios, ni dineros con que lo comprar.» Carta de Espinall, MS.

(8) «Con la quietud, escribe Hernando Pizarro al emperador, questa tierra agora tiene han descubierto i descubren cada dia los vecinos muchas minas ricas de oro i plata, de quintos y rentas reales de V. M. cada dia se le ofrecen de que hacer cara á todo el mundo.» Carta al emperador, MS., Puerto Viejo 6 de julio de 1539.

(9) Carta de Carbajal al emperador, MS., del Cuzco 3 de nov. de 1539.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., Montesinos, Annales, MS., año de 1539.

Bien conocida es la historia de la manera en que se descubrieron las minas de Potosí por un indio, que arrancando un arbusto encontró muchos glóbulos de plata aderidos á las raices. No se registró la mina hasta 1545. Acosta da noticia de ella en el lib. IV, cap. VI.

(10) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. XII,—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLII.

Embarcóse Hernando poco tiempo despues en Lima en el verano de 1539. No tomó la ruta de Panamá, porque habia oido que las autoridades intentaban detenerle allí. Dió un rodeo por Méjico; desembarcó en la bahía de Tehuantepec, y al pasar el estrecho que divide los grandes Océanos fue preso y conducido á la capital. Pero el virey Mendoza no se consideró con facultades para detenerlo y le permitió embarcarse en Veracruz y continuar su viaje. Todavía no consideró prudente aventurarse á entrar en España sin recibir nuevos avisos; y en su consecuencia se dirigió á una de las Azores, donde permaneció hasta que pudo entrar en comunicacion con la madre patria. Tenia amigos poderosos en la córte, y estos le animaron á que se presentase al emperador. Tomó su consejo y poco tiempo despues llegó sin novedad á las playas españolas (1).

La córte estaba en Valladolid: Hernando hizo su entrada en esta capital con gran pompa y desplegando todas sus riquezas de la India, pero halló una acogida mas fria de la que se habia figurado (2). Esto lo debió principalmente á Diego de Alvarado, que residia allí entonces, y que como caballero de noble estirpe y grandes relaciones, tenia considerable influencia. En otro tiempo, segun hemos visto, habia salvado mas de una vez con su oportuna intervencion la vida de Hernando, y habia consentido en la condonacion que este le hizo de una gran cantidad de dinero. Pero todo lo habia olvidado ante el recuerdo del agravio hecho á su general; y fiel á la confianza que este en la hora de su muerte habia depositado en él, habia vuelto á España para vindicar los derechos del jóven Almagro.

Mas aunque Hernando fue recibido al principio con frialdad, su presencia y la version que dió de la contienda con Almagro, unidas á los dorados argumentos que repartió con mano pródiga, detuvieron la corriente de indignacion, y la opinion de los jueces pareció por un momento en suspenso. Alvarado mas acostumbrado á la pronta y decisiva accion de un campamento que á las tortuosas intrigas de una córte, se irritó al ver tal dilacion y citó á Hernando para arreglar su disputa en singular combate. Pero su prudente adversario no tenia el menor deseo de esponer su causa á semejante prueba y el negocio terminó prontamente con la muerte del mismo Alvarado, acaecida cinco dias despues del desafío, muerte tan oportuna que naturalmente sugirió la sospecha de haber sido efecto de un veneno (3).

Sin embargo, no por eso se desvanecieron totalmente las acusaciones: eran demasiado arbitrarias las medidas tomadas por Hernando y demasiado grave el ultraje hecho al sentimiento público para que pudiera quedar sin castigo. Así, aunque no se le impuso sentencia alguna formal, fue encarcelado en la fortaleza de Medina del Campo, donde se le detuvo por espacio de veinte años, hasta que pasada ya casi una generacion y habiendo el tiempo corrido su suave velo sobre los hechos anteriores, se le permitió vivir en libertad (4) Pero siendo ya anciano y achacoso, y habiendo decaido considerablemente su espíritu, llegó entonces á ser un objeto de piedad mas bien que de indignacion. Raras veces, y mucho mas en Castilla, se ha hecho tan plenamente justicia contra culpados de tan alta categoría (5).

Hernando sobrellevó su larga prision con una igualdad de ánimo que si hubiera estado fundada en sanos principios le habria granjeado el respeto general. Vió morir unos tras otros á sus hermanos y parientes de quienes esperaba auxilio y consuelo; vió una parte de sus bienes confiscada, y por conservar la otra se halló envuelto en un costoso litigio (6); vió su fama oscurecida, su carrera terminada antes de tiempo y su persona desterrada, por decirlo así, en el centro de su propio pais: y sin embargo, todo lo sufrió con ánimo constante y valeroso. Aunque ya era muy viejo cuando fue puesto en libertad, todavía sobrevivió muchos años, pues no murió hasta la edad estraordinaria de ciento (7). Vivió el tiempo suficiente para ver á amigos, rivales y enemigos todos llamados antes que él ante el tribunal de Dios.

Su carácter es bajo muchos conceptos digno de notarse. Era el mayor de los hermanos, con los cuales solo tenia parentesco por parte de padre, porque era hijo legítimo y de ilustre familia tambien por línea materna. En su temprana edad recibió buena educacion para lo que daban de sí los tiempos. Siendo todavía muy jóven fue llevado por su padre á Italia, donde aprendió el arte de la guerra á las órdenes del gran capitan. Es poco conocida su historia despues que volvió á España; pero cuando su hermano se abrió tan brillante carrera con el descubrimiento del Perú, Hernando consintió en tomar parte en sus aventuras.

Su hermano Francisco le tenia mucha deferencia, no solo por ser hermano mayor, sino por su superior educacion y su conocimiento de los negocios. Era de percepcion pronta, de grandes recursos y de gran vigor de accion. Aunque valeroso, era precavido, y sus consejos, cuando no les inspiraba la pasion eran prudentes y racionales. Pero tenia otros vicios que contrabalanceaban sus buenas cualidades. Su ambicion y avaricia eran insaciables; era altanero hasta con sus iguales é implacable en sus venganzas. Así, en lugar de auxiliar á su hermano en la conquista, fue el mal genio que oscureció su carrera. Desde el principio concibió un desprecio inmotivado hácia Almagro, á quien miraba como el rival de su hermano, en vez de considerarlo como lo que era, el fiel compañero de su fortuna. Tratóle con altivez, y con sus intrigas en la córte halló medio de hacerle sensibles agravios. Cayó en sus manos y estuvo á pique de pagarlos con la vida. Esto no pudo olvidarlo y aguardó con calma la hora de la venganza. Sin embargo; la ejecucion de Almagro fue el acto mas impolítico;

«No consienta vuestra señoría que se junten diez juntos en cincuenta leguas alrededor de donde vuestra señoría estuviere, porque si los dexa juntar le han de matar. Si á vuestra señoría matan, yo negociaré mal y de vuestra señoría no quedará memoria. Estas palabras dixo Hernando Piçarro altas que todos le oymos. Y abrazando al marques se partió y se fué.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(1) Carta de Hernando Pizarro al emperador, MS.—Herrera Hist. General, dec. VI, lib. VI, cap. X.—Montesinos, Annales, MS., año de 1539.

(2) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIII.

(3) «Pero todo lo atajó la repentina muerte de Diego de Alvarado, que sucedió luego en cinco dias, no sin sospecha de veneno.» Herrera, Historia general, dec. VI, lib. VIII, capítulo IX.

(4) Quintana establece esta fecha apoyándose en un espediente promovido por el nieto de Hernando en vindicacion del título de marques en 1625.

(5) Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pizarro y Orellana. Varones ilustres, p. 341.—Montesinos, Annales, MS., año de 1539.—Gomara, Hist. de los Ind., cap. CXLII.

(6) Caro de Torres copia una real cédula relativa al laboreo de las minas argentíferas de Porco, todavia poseidas por Hernando Pizarro en 1555, y otro documento casi de la misma fecha que habla de haber recibido Hernando diez mil ducados por la flota del Perú. (Historia de Ordenes Militares, Madrid, 1629, pág. 144.) El nieto de Hernando fue creado por Felipe IV, *marques de la conquista*, y obtuvo una gran pension del gobierno. Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág, 342, y Discurso, pág. 72.

(7) «Multos da, Jupiter, annos,» el mayor bien, segun Pizarro y Orellana, que puede conceder el cielo. «Dióle Dios por todo el premio mayor desta vida, pues fué tan larga, que escedió de cien años.» (Varones ilustres, pág. 342.) Segun la misma autoridad, que es un tanto parcial, Hernando murió, como habia vivido, en olor de Santidad. «Viniendo á aprender á morir y saber morir, cuando llegó la muerte.»

porque rara vez puede satisfacerse impunemente una mala pasion. Pensó sobornar á los jueces con el oro del Perú. Habia estudiado las debilidades del corazon humano, y de ellas esperaba aprovecharse. Afortunadamente se engañó. Vengóse en efecto; pero la hora de su venganza fue la de su ruina.

El estado de desórden en que se hallaba el Perú era tal que exigia la inmediata intervencion del gobierno. Entre la general licencia que predominaba, los derechos del indio y los del español eran igualmente hollados. El asunto, sin embargo, ofrecia grandes dificultades; porque la autoridad de Pizarro se hallaba firmemente establecida en el pais, y este demasiado lejos de Castilla para ser fácilmente vigilado desde la metrópoli. Pizarro ademas era hombre de no fácil acceso, seguro de su propia fuerza, incapaz de sufrir intervencion alguna, y dotado de un carácter irritable, que se inflamaria á la menor señal de desconfianza de parte del gobierno. No convenia enviar una comision para suspenderle del ejercicio de su autoridad hasta investigar su conducta, como se habia hecho con Cortés y con otros grandes capitanes de América, en cuya arraigada lealtad confiaba enteramente la corona. Era de temer que la lealtad de Pizarro no tuviese las raices suficientes para resistir los primeros movimientos de su impetuoso carácter; y no le faltaba gente turbulenta, que en caso estremo le habria aconsejado que se desentendiese de toda obligacion á la corona y fundase para sí un gobierno independiente.

Era necesario, pues, enviar una persona que poseyese en cierto modo un poder superior ó á lo menos igual al del peligroso gefe; pero que ostensiblemente le estuviese subordinada. El elegido para esta delicada comision fue el licenciado Vaca de Castro, magistrado de la real audiencia de Valladolid, juez instruido, hombre íntegro y prudente, y aunque no educado en el ejercicio de las armas, de bastante destreza y conocimiento de mundo para aprovecharse de los recursos de los demas.

Las precauciones con que se le dió esta comision, muestran la perplejidad en que se hallaba el gobierno. Debia presentarse á Pizarro en clase de comisionado regio, para consultarle sobre reparacion de agravios, especialmente respecto á los desgraciados indios; para tomar de acuerdo con él las medidas convenientes, á fin de evitar ulteriores males; y sobre todo para enterarse del estado del pais en todos los ramos y enviar una relacion esacta de todo á la córte de Castilla. Pero en caso de morir Pizarro debia presentar su nombramiento de gobernador y reclamar en nombre del rey obediencia de todas las autoridades del pais. Los acontecimientos mostraron despues la sabiduría con que se habia previsto esta última contingencia (1).

El licenciado Vaca de Castro dejó su pacífica residencia de Valladolid y se embarcó en Sevilla en el otoño de 1540, y despues de un incómodo viaje por el Atlántico, atravesó el Istmo, y acosado en el Pacífico por una série de tempestades en que estuvo á punto de abismarse su frágil barco, hubo de arribar casi como náufrago al puerto septentrional de Buena Ventura (2). El estado de los asuntos del pais exigia ya su presencia.

La guerra civil que últimamente habia asolado el pais, habia introducido en los negocios tal desarreglo, que la agitacion continuaba aun despues de haber cesado la causa largo tiempo hacia. Esto sucedia especialmente entre los indios. En la violenta traslacion de los *repartimientos* de un dueño á otro, los pobres indios apenas sabian á qué amo obedecer; y las terribles contiendas que se originaban entre los gefes rivales, les dejaban igualmente en duda acerca de quiénes fuesen los que disponian de las tierras. Respecto á la autoridad de un soberano comun y superior á todos al otro lado de los mares, todavía la miraban con mayor desconfianza: ¿pues qué autoridad era esta que no podia hacerse obedecer ni aun de sus propios vasallos? (3) El Inca Manco no tardó en aprovecharse de estos sentimientos, y dejando la oscura soledad de los Andes, se estableció con fuerzas considerables en las montañas situadas entre el Cuzco y la costa. Desde su retiro hacia frecuentes escursiones á las plantaciones inmediatas, destruyendo las casas, dando muerte á los habitantes y llevándose los ganados. Otras veces caia sobre los viajeros que caminaban solos ó en pequeñas caravanas procedentes de la costa y les mataba, dicen sus enemigos, haciéndoles padecer crueles tormentos. Varios destacamentos fueron enviados contra él de tiempo en tiempo, pero sin fruto. De unos se salvó, á otros derrotó, y en una ocasion destruyó una partida de treinta sin dejar uno solo (4).

Por fin Pizarro creyó necesario enviar á su hermano Gonzalo con grandes fuerzas contra el Inca. El valiente indio salió muchas veces al encuentro de su enemigo en las asperezas de las cordilleras, y aunque comunmente era derrotado, y á veces con gran pérdida, se reponia con asombrosa facilidad, porque siempre lograba escaparse y le eran tan fieles sus soldados, que á pesar de la persecucion constante que se le hizo y de las emboscadas que se le prepararon, siempre encontró un asilo seguro en las secretas escabrosidades de la sierra.

Viendo Pizarro que nada podia conseguir por la fuerza, procuró probar el efecto de las negociaciones pacíficas, y envió al Inca un mensaje en su nombre y en el del obispo del Cuzco, á quien el príncipe peruano respetaba mucho, invitándole á entrar en tratos (5). Manco vino en ello, é indicó, como habia hecho antes con Almagro, para punto de reunion el valle de Yucay. Presentóse allí el gobernador el dia señalado, y para tener propicio al bárbaro monarca, le envió un rico presente por mano de un esclavo africano. Este esclavo encontró en el camino una partida de la gente del Inca, los cuales, no se sabe si por órden de su señor ó sin ella, le asesinaron cruelmente y se volvieron con el botin á sus cuarteles. Pizarro vengó este ultraje con otro todavía mas atroz.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Historia de las Indias, cap. CXLVI.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. IX.—Montesinos, Annales, MS., año de 1540.

Este último escritor ve nada menos que un «misterio divino» en esta prevision del gobierno, tan singularmente justificada por los sucesos. «Prevencion del gran espiritu del rey, no sin misterio.» Ubi supra.

(2) O de la Mala Ventura como le llama Pedro Pizarro. «Tuvo tan mal viaje en la mar que vbo de desembarcar en la Buena Ventura, aunque yo la llamo Mala.» Descubrimiento y Conq., MS.

(3) «Piensan que les mienten los que acá les dicen que ai un gran señor en Castilla, viendo que acá pelean unos capitanes contra otros; y piensan que no hai otro rei sino aquel que venze al otro, porque acá, entrellos no se acostumbra que un capitan pelee contra otro, estando, entrambos debajo de un señor.» Carta de Valverde al emperador, MS.

(4) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. VII.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Carta de Espinall, MS.—Carta de Valverde al emperador, MS.

(5) El Inca se negó á conferenciar con el obispo diciendo que le habia visto tributos respecto á Pizarro quitándoseles el sombrero, lo cual, segun él, probaba inferioridad, y por tanto no podria protegerle contra el gobernador. El pasaje en que esto se refiere es curioso. «Preguntando á indios del Inca que andava alzado, que si sabe el Inca que yo soi venido á la tierra en nombre de S. M. para defendellos, dixo que mui bién lo sabia; y preguntando que porqué no se benia á mí de paz, dixo el indio que dezia el Inca que porque yo cuando vine hize la mocha al gobernador, que quiere decir que le quité el bonete; que no queria venir á mi de paz, que él que no habia de venir de paz sino á uno que viniese de Castilla que no hiziere la mocha al gobernador, porque le paresze

Entre los prisioneros indios se hallaba una de las mujeres del Inca, jóven y hermosa, á quien se decia que aquel monarca amaba mucho. El gobernador mandó que se la desnudase y se la atase á un árbol, y despues en presencia de sus tropas la hizo azotar con varas y asaetear hasta que murió. La desgraciada victima sufrió la ejecucion de la sentencia con sorprendente fortaleza. No quiso pedir merced á quien sabia que no habia de concedérsela, y ni una queja y apenas un gemido se le escapó durante sus terribles tormentos. Los duros conquistadores quedaron asombrados al ver tanta resistencia en una mujer delicada, y manifestaron su admiracion, al paso que condenaron la crueldad de su gefe... en lo íntimo de sus corazones (1). Sin embargo, la constancia en medio de los tormentos mas atroces que la crueldad humana puede imponer, es el rasgo característico de casi todas las razas de América.

Pizarro entonces adoptó como el medio mas eficaz para cortar estos desórdenes entre los indios, el fundar establecimientos en el corazon de los paises desafectos. Estos establecimientos, que recibieron el nombre pomposo de ciudades, podian ser considerados como colonias militares. Componíanse de algunas casas, comunmente fabricadas de piedra, varios edificios públicos, y á veces una fortaleza. Organizáronse ayuntamientos, y se dió al mismo tiempo estímulo á la colonizacion, dándose grandes repartimientos de tierra con cierto número de vasallos indios á cada colono. Los soldados que así se establecieron iban acompañados de sus mujeres y familias, pues parece que las mujeres castellanas, en el ardor de su cariño conyugal ó en el deseo de aventuras romancescas, siguieron á sus maridos á pesar de los obstáculos que oponia la debilidad de su sexo. Así se levantó rápidamente en aquellas soledades una gran poblacion que ademas de proteger el territorio circunvecino, servia de depósito comercial para el pais y proporcionaba fuerza armada dispuesta en todo caso para mantener el órden público.

Tal fue la ciudad de Guamanga situada en mitad del camino entre el Cuzco y Lima, y que servia perfectamente para asegurar las comunicaciones con la costa (2). Fundóse tambien otra poblacion en el distrito minero de Charcas bajo el nombre de villa de la Plata, que en efecto es el adecuado que podia dársele, y Pizarro al recorrer las playas del mar del Sur, dando un rodeo hácia Lima, echó los fundamentos de la ciudad de Arequipa que despues ha adquirido tanta celebridad comercial.

Vuelto otra vez á su favorita capital de Lima, halló el gobernador abundante ocupacion en arreglar los asuntos municipales y en proveer á las necesidades de su creciente poblacion. No por eso se olvidaba de los nuevos establecimientos sobre el Pacífico. Dió estímulo al comercio con las remotas colonias del Norte del Perú, y adoptó medidas para facilitar el tráfico interior. Fomentó la industria en todos sus ramos, protegiendo particularmente la agricultura, y haciendo llevar simientes de diferentes granos europeos, los cuales en corto tiempo tuvo la satisfaccion de ver crecer lozanos en un pais donde la variedad del suelo y del clima presenta terreno á propósito para casi todos los productos (3). Sobre todo promovió el laboreo de las minas, que ya empezaban á dar tales riquezas, que los artículos mas comunes de la vida subieron á precios exorbitantes, y los metales preciosos eran los únicos objetos que parecian de poco valor. Pero estos pronto cambiaron de manos y pasaron á la madre patria, donde se elevaron á su verdadero nivel al entrar en la circulacion general de Europa. Los españoles vieron que al fin habian encontrado la tierra en cuya busca habian andado tanto tiempo, la tierra del oro y de la plata. Vinieron al pais emigrados en gran número, y estendiéndose por su superficie formaron con su creciente poblacion la mas eficaz barrera contra los derechos de los verdaderos propietarios del terreno (4).

Fortalecido Pizarro con la llegada de nuevos aventureros, pudo ya fijar su atencion en puntos mas remotos del pais. Envió á Pedro de Valdivia á su memorable espedicion de Chile, y señaló á su hermano Gonzalo el territorio de Quito con instrucciones para esplorar las comarcas desconocidas del Este, donde segun se decia se criaba el árbol de la canela. Como este gefe que hasta ahora ha desempeñado un papel secundario en la conquista va de aqui en adelante á desempeñar uno de los mas principales, no será fuera del caso dar alguna noticia de él.

Poco se sabe acerca de los primeros años de su vida, porque tuvo el mismo orígen oscuro que Francisco, y parece haber debido tan poco como él al cuidado de sus padres. Abrazó desde muy jóven la carrera de soldado, carrera á la cual todo hombre, ya fuese caballero ó vagamundo en aquella edad de hierro, se sentia mas que á otra alguna inclinado cuando se le dejaba seguir su voluntad. En ella se distinguió en breve por su destreza en ejercicios marciales. Era escelente ginete, y cuando pasó al Nuevo Mundo se le tenia por la mejor lanza del Perú (5).

En talento y en estension de miras era inferior á sus hermanos. Tampoco dió pruebas de poseer la misma política fria y astuta; pero era igualmente esforzado, y tan poco escrupuloso como ellos en la ejecucion de sus medidas. Tenia gallarda presencia, amables facciones, aire franco y marcial y genio abierto y confiado que le granjeaba la voluntad de sus tropas. Su espíritu era elevado y aventurero, y tenia el importante don de inspirar á los demas las mismas ideas, asegurando por este medio el éxito de casi todas sus empresas. Era un escelente guerrillero y admirable gefe para espediciones difíciles ó de éxito dudoso; pero no tenia la capacidad de un gran general y mucho menos la que se necesita para dirigir los negocios civiles. Fue desgracia suya que se viese llamado á ocupar ambos empleos.

á él que este lo podrá defender por lo que ha hecho y no otro.» Carta de Valverde al emperador, MS.

(1) A lo menos debemos presumir que así lo hicieron, pues le condenan abiertamente en sus narraciones. Cito á Pedro Pizarro que es de los menos dispuestos á criticar con severidad la conducta de su general. «Se tomó una mujer de mango ynga que él queria mucho y se guardó, creyendo que por ella saldria de paz. Esta mujer mandó matar el marquez despues en Yucay, haziendola varear con varas y flechar con flechas por una burla que mango ynga le hizo que aqui contaré, y entendiendo yo que por esta crueldad y otra hermana del ynga que mandó matar en Lima quando los indios pusieron cerco sobrella que se llamaba Acarpay, me paresce á mí que nuestro Señor le castigó en el fin que tuvo.» Descub. y Conquista, MS.

(2) Cieza de Leon pondera la estraordinaria belleza y solidez de los edificios de Guamanga. «En la qual han edificado las mayores y mejores casas que ay en todo el Perú, todas de piedra, ladrillo y teja, con grandes torres: de manera que no faltan aposentos. La plaça está llana y bien grande.» Crónica, cap. LXXXVII.

(3) «I con que ia començaba á haver en aquellas tierras cosecha de trigo, cevada i otras muchas cosas de Castilla.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. II.

(4) Carta de Carbajal al emperador, MS.—Montesinos. Annales, MS., años de 1539 y 1541.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Herrera, Hist. gen., dec. VI, lib. VII, cap. I.—Cieza de Leon, crónica, capítulo CXXVI, et alibi.

(5) El caballero Pizarro y Orellana nos da noticias biográficas de cada uno de sus hermanos. No se necesita mucha perspicacia para descubrir en ellas que la sangre de los Pizarros corria en las venas del escritor hasta las yemas de los dedos. Sin embargo, los hechos que refiere son menos sospechosos que las consecuencias que deduce.

CAPITULO IV.

Espedicion de Gonzalo Pizarro.—Paso por las montañas.—Descubrimiento del rio Napo.—Increibles padecimientos.—Orellana baja por el rio de las Amazonas.—Desesperacion de los españoles.—Vuelta de los que sobreviven á Quito.

1540—1542.

Gonzalo Pizarro recibió la noticia de su nombramiento para el gobierno de Quito con manifiesto placer, no tanto por la posesion de aquella antigua provincia india, cuanto por el campo que se le abria para hacer descubrimientos por el Oriente, es decir, por aquella tierra fabulosa de las especias, que por tanto tiempo habia cautivado la imaginacion de los conquistadores. Marchó, pues, sin dilacion á su gobierno, y no tardó en inflamar los pechos de sus soldados con el mismo entusiasmo que ardia en el suyo. En poco tiempo reunió trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios, ciento cincuenta de los primeros montados, y todos equipados del modo mejor posible para la empresa. Para precaverse contra el hambre, hizo un gran acopio de provisiones, y una inmensa piara de cerdos le seguia á retaguardia (1).

Comenzaba el año de 1540 cuando Gonzalo Pizarro emprendió su célebre espedicion. La primera parte del viaje ofreció comparativamente pocas dificultades; los españoles se hallaban aun en la tierra de los Incas, y los desórdenes del Perú no se habian sentido en aquella distante provincia, donde el pueblo sencillo vivia como en los tiempos primitivos cuando era gobernado por los hijos del Sol. Pero cambió la escena al entrar en el territorio de Quixos, donde los habitantes y el clima parecian de otra especie. El pais estaba atravesado por las elevadas cordilleras de los Andes, y los aventureros se vieron pronto encerrados en el laberinto intrincado de sus desfiladeros. Conforme iban subiendo á mas elevadas regiones, los helados vientos que recorrian los lados de las cordilleras, entumecian sus miembros, y muchos indios encontraron su sepultura en aquellas frias asperezas. Tambien al cruzar la formidable barrera de los Andes esperimentaron uno de los tremendos terremotos que en aquellas volcánicas regiones hacen temblar con tanta frecuencia las montañas, hasta en sus mismas bases. Una vez se abrió la tierra á impulso de las terribles convulsiones de la naturaleza; de la sima salieron torrentes de vapor sulfúreo, y una aldea de unas quinientas casas se hundió en aquel espantoso abismo (2).

Al bajar las vertientes orientales cambió el clima, y al paso que descendian á nivel mas inferior, reemplazaba al frio un calor sofocante, y fuertes aguaceros acompañados de truenos y relámpagos inundaban las gargantas de las sierras, de donde se desprendian en torrentes sobre las cabezas de los espedicionarios casi sin cesar ni de dia ni de noche; como si las ofendidas deidades de aquellos sitios hubieran querido tomar venganza contra los invasores de sus montuosas soledades. Por mas de seis semanas continuó el diluvio sin parar, y los aventureros sin tener donde abrigarse, mojados y abrumados de fatiga, apenas podian arrastrar los pies por aquel suelo quebrado y saturado de humedad. Al fin, despues de algunos meses de trabajoso viaje, en que tuvieron que cruzar muchos pantanos y torrentes llegaron á las Canelas. Vieron los árboles que tenian esta preciosa corteza estenderse en dilatados bosques; pero por mas que este fuese un importante artículo de comercio en regiones accesibles, en aquellas lejanas tierras podia servir de muy poco á los espedicionarios. Sin embargo, por las tribus errantes de indios salvajes que encontraron en el camino tuvieron noticia de que á diez dias de distancia se hallaba una tierra rica y fructífera, abundante en oro y habitada por naciones populosas. Gonzalo Pizarro habia ya llegado á los límites prescritos para su espedicion; pero estas noticias reanimaron sus esperanzas, y resolvió seguir adelante. Mejor hubiera sido para él y para su gente darse por contentos y volver atras.

Continuando la marcha observaron que el pais se estendia en anchas sábanas terminadas por bosques inmensos, que parecian llegar hasta los mismos bordes del horizonte. Allí vieron árboles de esa enorme corpulencia que solo se encuentra en las regiones equinocciales. Algunos eran de tal magnitud que diez y seis hombres con los brazos estendidos apenas podian abrazarlos (3). El tronco ademas estaba cubierto de espesas enredaderas y vides parásitas, que estendiéndose de árbol en árbol en festones de vistosos colores, les vestian de una cubierta hermosa á la vista, pero que formaba una red impenetrable. Los espedicionarios se veian á cada momento obligados á abrirse paso con las hachas, y sus vestidos, podridos ya por efecto de las incesantes lluvias á que habian estado espuestos, se rasgaban fácilmente al penetrar entre los arbustos y zarzas y colgaban á pedazos de sus cuerpos (4). Las provisiones deterioradas por el agua, se habian acabado hacia tiempo, y en cuanto al ganado que llevaban consigo, parte se habia consumido y parte se habia escapado en los bosques y desfiladeros de las montañas. Habian sacado tambien de Quito unos mil perros, muchos de ellos de presa, acostumbrados á acometer á los desgraciados indios. Matáronlos sin escrúpulo; pero sus miserables cuerpos no proporcionaban sino muy escaso alimento á los famélicos aventureros; y cuando se acabaron hubieron de atenerse á las yerbas y peligrosas raices que podian recoger en los bosques (5).

(1) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. VI—VII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. II.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. I—II.—Gomara, Historia de las Indias, cap. CXLIII. — Montesinos, Annales, año 1559.—Los historiadores difieren en cuanto al número de las fuerzas de Gonzalo, así en hombres como en caballos y en cerdos. Estos, segun Herrera, no bajaban de cinco mil, provision de tocino demasiado abundante para tan corta fuerza, pues los indios comian solo maiz tostado ó *coca* que comunmente constituia su único alimento en los mas largos viajes.

(2) Zárate dice que fueron precisamente quinientas casas. «Sobrevino un tan gran terremoto, con temblor, i tempestad de agua i relámpagos, y raios, i grandes truenos, que abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron quinientas casas.» (Conq. del Perú, lib. IV, cap. II.) Nada mas satisfactorio para el lector que el número preciso y redondo; y sin embargo nada es menos digno de crédito.

(3) Calculando en seis pies la longitud de los brazos del hombre estendidos, hacen noventa y seis de circunferencia ó treinta y dos de diámetro; es decir, mucho mas de lo que tiene el árbol mas grande de los conocidos en Europa. Sin embargo, esta corpulencia es todavia menor que la del famoso gigante de los bosques que Humboldt encontró en la provincia de Oaxaca, y que segun la exacta medida de este viajero en 1839 tenia ciento doce pies de circunferencia medido á la altura de cuatro pies del suelo. Probablemente los españoles medirian tambien los árboles á esta altura.

(4) Molina en su comedia, *«Las Amazonas en las Indias,»* ha dedicado unas doce columnas de redondillas á referir los padecimientos de sus compatriotas en aquella espedicion. El poeta contaba con la paciencia de su auditorio. Los siguientes versos describen la miserable situacion á que la lluvia incesante redujo á los españoles:

«Sin que el sol en este tiempo
Su cara ver nos permita,
Ni las nubes taberneras
Cesen de echarnos encima
Diluvios inagotables,
Que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los mas enfermos,
Porque la ropa podrida
Con el eterno agua va
Nos dejó en las carnes vivas.

(5) Capitulacion con Orellana, MS. — Pedro Pizarro

Al fin estenuados de hambre y fatiga llegaron al ancho Napo, uno de los grandes rios tributarios del de las Amazonas, y que si bien es de tercero ó cuarto órden entre los de América, podria pasar por uno de los de primera magnitud en el antiguo mundo. Su vista alegró todos los corazones, pues esperaban que costeando sus orillas encontrarian un camino mas seguro y practicable. Despues de haber caminado por sus márgenes un largo espacio, cercados de maleza y espesura, por donde no podian penetrar sino á fuerza de brazos; y despues de haber casi agotado las suyas en este camino, llegaron á punto desde donde se oia un gran ruido semejante á un trueno subterráneo. El rio allí desencadenando su furia corria sobre una pendiente con espantosa velocidad hasta el borde de una magnífica catarata, desde donde se precipitaba entre inmensas columnas de espuma hasta profundidad tal que á los atónitos aventureros les pareció de mil doscientos pies (1). El espantoso ruido que ya habian empezado á oir desde seis leguas de distancia formaba un imponente contraste con el triste silencio de los bosques inmediatos. Los duros guerreros no pudieron eximirse de un movimiento de terror al contemplar aquella escena. Ni una canoa surcaba las aguas, ni se veia un ser viviente á escepcion del enorme boa y del pesado aligador tendidos á la orilla de las aguas. Los árboles estendiendo sus magníficas ramas que se elevaban hasta las nubes; el rio corriendo en su madre de piedra como habia corrido por espacio de siglos; la soledad y el silencio de la escena, interrumpido solamente por el estruendo de la cascada y por el lánguido murmullo de los bosques; todo parecia mostrarse á los aventureros en el mismo agreste y primitivo estado en que salió de manos del Criador.

A cierta distancia por cima y debajo de la catarata el rio estrechaba tanto sus márgenes que apenas habia entre una y otra veinte pies de longitud. Los aventureros, vivamente apremiados por el hambre, determinaron arrostrar el peligro de pasar á la opuesta orilla, esperando encontrar un pais que les proporcionase medios de subsistencia. Construyóse un frágil puente, poniendo grandes troncos de árboles sobre las rocas, donde estas, como si alguna convulsion de la naturaleza las hubiera separado, se abrian formando dos paredes perpendiculares, entre las cuales y á muchos centenares de pies de profundidad pasaba el rio. Sobre este aéreo camino consiguieron pasar hombres y caballos sin que se perdiese mas que uno de aquellos, el cual habiéndose descuidado en mirar abajo, fue acometido de un vértigo, se resbaló y cayó en las olas que se agitaban embravecidas en lo profundo del abismo.

Descubrimiento y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias., cap. CXLIII.—Zárate Conq. del Perú, lib. IV, cap. II.—Herrera, Hist. gen., dec. VI, lib. VIII, cap. VI—VII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. II.

Este último escritor dice que obtuvo sus informes de los lábios de muchos que se hallaron en la espedicion. El lector puede estar seguro de que la narracion no ha perdido nada al pasar por mano de Garcilasso.

(1) «Al cabo de este largo camino hallaron que el rio hazia vn salto de una peña de mas de dos cientas braças de alto: que hazia tan gran ruydo, que lo oyeron mas de seys leguas antes que llegasen á él.» (Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. III.) Los viajeros modernos, de los cuales pocos han penetrado en estas regiones agrestes, nada dicen que pueda confirmar ni refutar la existencia de esta estupenda catarata. La altura que se la atribuye, aunque dos veces mayor que la que tiene segun la medida de Humboldt la gran catarata de Tequendama en el Bogotá (la mas alta de América segun se cree generalmente), no es tan grande sin embargo como la de algunos torrentes de Suiza. Con todo, no puede darse crédito con seguridad al cálculo de los españoles, porque en el triste estado en que se encontraban lo sublime y lo terrible producia en ellos una impresion acaso exagerada de lo que veian.

Poco ganaron los aventureros en el cambio. El pais presentaba el mismo aspecto desconsolador, y las orillas del rio estaban cubiertas de gigantescos árboles ó franjeadas de impenetrable maleza. Las tribus de indios que alguna vez encontraban en aquellos salvajes desiertos eran feroces y enemigas y sostenian con ellos perpétuas escaramuzas. Dijéronles sin embargo algunos que bajando el rio y á distancia de pocos dias de camino encontrarian un pais fértil; y los españoles continuaron su penoso viaje, siempre esperando y siempre engañados, pues la prometida tierra, semejante al arco iris, huia delante de ellos á medida que avanzaban.

Al fin agotadas las fuerzas y el sufrimiento resolvió Gonzalo construir un barco bastante grande para llevar á los mas débiles y los bagajes. Los árboles les proporcionaron madera: las herraduras de los caballos que habian muerto en el camino, ya de muerte natural ya para servir de alimento á sus dueños, fueron convertidas en clavos; la goma que destilaban los árboles hizo el oficio de brea; y los andrajosos vestidos de los soldados sirvieron como estopa. Era obra difícil, pero Gonzalo animó á su gente al trabajo y dió el ejemplo tomando parte en sus tareas. Al cabo de dos meses quedó concluido un bergantin tosco, pero fuerte y suficiente para conducir la mitad de la tropa. Era el primer barco europeo que habia flotado en aquellas aguas.

Gonzalo dió el mando de este barco á Francisco de Orellana, caballero de Trujillo, en cuyo valor y adhesion creia poder confiar. Las tropas volvieron á emprender la marcha, siguiendo siempre el curso del rio y llevando el bergantin inmediato á la orilla; y cuando tenian que subir alguna áspera pendiente ó cuando encontraban un terreno impracticable, el barco transportaba á los soldados mas débiles. Así caminaron trabajosamente por espacio de muchas semanas atravesando las espantosas soledades por donde corre el Napo. Ya no quedaban hacia mucho tiempo ni vestigios de provisiones; ya habian devorado el último caballo. Para mitigar los rigores del hambre se veian obligados á comer las correas y el cuero de las sillas. Los bosques apenas les ofrecian algunas raices y frutas de que alimentarse; así tenian á dicha cuando encontraban casualmente sapos, culebras y otros reptiles con que aplacar su necesidad (2).

Tambien allí tuvieron noticias de un rico distrito habitado por una nacion populosa, donde el Napo desembocaba en un rio aun mayor que corria hácia el Oriente. Este distrito se hallaba como siempre á distancia de algunos dias de camino. Gonzalo Pizarro resolvió entonces hacer alto donde se encontraba y enviar á Orellana con el bergantin hasta la embocadura para que se proporcionase provisiones, con las cuales pudiese volver y poner á las tropas en situacion de continuar la marcha. En consecuencia Orellana, llevando consigo cincuenta soldados, se apartó hasta el medio del rio, y su barco impelido por la rápida corriente partió como una flecha, perdiéndose inmediatamente de vista.

Pasaron dias y dias, semanas tras semanas y el bergantin no volvia, ni los españoles veian la menor mancha en las aguas al tender la vista hácia el punto mas lejano donde la línea de luz se perdia en las oscuras sombras del follaje que festoneaban las orillas del rio. Enviáronse destacamentos que estuvieron ausentes muchos dias; pero volvieron sin noticia algu-

(2) «Yernas y rayzes y fruta siluestre, sapos y culebras, y otras malas sabandijas, si las auia por aquellas montañas, que todo les hacia buen estómago á los españoles; que peor les yua con la falta de cosas tan viles.» Com. Real, parte II, lib. III, cap. IV.—Capitulacion con Orellana, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. VII.—Zárate Conq. del Perú, lib. IV, cap. III—IV. Gomara, Hist. de las Indias, capítulo CXLIII.

na de sus camaradas. No pudiendo permanecer por mas tiempo en la incertidumbre, ni siéndoles tampoco posible mantenerse en aquel sitio, Gonzalo y sus hambrientos soldados, determinaron seguir adelante hasta encontrar la confluencia de los dos rios. Dos meses tardaron en llegar al término de este terrible viaje (dos meses tardaron los que no perecieron en el camino) aunque la distancia no era probablemente mayor de doscientas leguas; y al cabo de este tiempo llegaron al punto tan deseado, donde el Napo desemboca en el rio de las Amazonas, rio el mas magestuoso de los de América, y que alimentado por mil tributarios corre hácia el Océano en un espacio de centenares de millas por el centro del gran continente.

Pero no hallaron noticia alguna de Orellana, y el pais, aunque mas populoso que el que acababan de atravesar, presentaba el mismo aspecto desconsolador, y estaba abatido por una raza de indios aun mas feroz. Abandonaron pues la esperanza de recobrar á sus compañeros, suponiendo que habian perecido de hambre ó á manos de los indios. Al fin se disiparon sus dudas con la aparicion de un blanco que vagaba medio desnudo por los bosques, y en cuyo descarnado semblante reconocieron las facciones de uno de sus compatriotas, llamado Sanchez de Vargas, caballero de ilustre linaje, y muy estimado en el ejército. Este tenia que referir una historia lamentable.

Orellana, impelido por la rápida corriente del Napo, habia llegado en menos de tres dias al punto de confluencia con las Amazonas, recorriendo en este breve espacio de tiempo la distancia que Gonzalo Pizarro y su gente habian tardado dos meses en recorrer. Habia visto que el pais era completamente diverso de lo que se le habia dicho, y lejos de conseguir auxilios para sus compañeros, apenas habia podido obtener subsistencias para sí mismo. No le habia sido posible volver por dónde habia caminado contra la corriente del rio, y el viaje por tierra se le habia presentado bajo un aspecto no menos formidable En este terrible dilema, una idea iluminó su mente que fue lanzar el barco al rio de las Amazonas y bajar por él hasta su embocadura. De este modo se prometia visitar las ricas y populosas naciones que segun los indios cubrian sus orillas, salir al grande Océano, pasar á las islas inmediatas y volver á España á reclamar la gloria y el galardon del descubrimiento. La idea fue aceptada con entusiasmo por sus negligentes compañeros, que al paso que ansiaban salir de aquella situacion penosa, se animaban con la perspectiva de nuevas y sorprendentes aventuras, porque la aficion á lo maravilloso era el último sentimiento que se estinguia en el pecho del caballero castellano. Poco se cuidaban de sus desgraciados compañeros, á quienes iban á abandonar en aquellas soledades (1).

No es este el lugar de referir los pormenores de la estraordinaria espedicion de Orellana. Su empresa tuvo feliz éxito; pero es maravilloso que se salvara del naufragio en la arriesgada y desconocida navegacion de aquel rio. Muchas veces el buque estuvo á punto de ser despedazado entre las rocas y en medio de las furiosas corrientes (2), y aun tuvo que arrostrar otro peligro mas grande que fueron los ataques de las tribus guerreras que habitaban las orillas del rio. Estas tribus caian sobre la poco numerosa tropa de Orellana siempre que intentaba saltar en tierra, y le seguia en canoas, vigilándole por espacio de muchas millas. Al fin desembocó en el Océano y se dirigió á la isla de Cubagua; desde allí pasó á España, se presentó en la córte y refirió las circunstancias de su viaje, las naciones de amazonas que habia encontrado en las orillas del rio, El Dorado que segun sus noticias existia en las inmediaciones, y otras maravillas, producto de su invencion mas bien que de las exageraciones de una crédula fantasía. Los que le escucharon creyeron fácilmente los cuentos del viajero; y en una edad de prodigios, cuando cada dia se iban aclarando nuevos misterios del Oriente y del Occidente, bien puede perdonársele el no haber sabido trazar la verdadera línea entre la novela y la realidad (3).

No encontró, pues, dificultad en obtener la comision de conquistar y colonizar los reinos que habia descubierto, y en breve se vió á la cabeza de quinientos hombres dispuestos á participar de los peligros y beneficios de la espedicion. Pero ni él ni su pais debian aprovecharse de ellos. El murió en la travesía, y las tierras regadas por el rio de las Amazonas cayeron en poder de Portugal. El desgraciado navegante no gozó ni aun del honor que todos alcanzaban de dar su nombre á las aguas que descubrian; solamente tuvo la estéril gloria del descubrimiento, gloria que seguramente no compensa las circunstancias de iniquidad con que se llevó á cabo aquella empresa (4).

Uno de los que acompañaban á Orellana hizo fuerte oposicion á sus proyectos como contrarios á las leyes de la humanidad y del honor. Este fue Sanchez de Vargas; y el cruel gefe se vengó de él abandonándole á su suerte en aquella desolada region, donde fue hallado por sus compañeros (5).

(1) La narracion de Vargas la confirma el mismo Orellana segun aparece de la real concesion que se le hizo á su vuelta á Castilla. Este documento se ha conservado entero en la coleccion de manuscritos de Muñoz.

«Haviendo vos ido con ciertos compañeros un rio abajo á buscar comida, con la corriente fuisteis metidos por el dicho rio mas de doscientas leguas, donde no pudisteis dar la buelta é por esta necesidad é por la mucha noticia que tuvisteis de la grandeza á riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro sin interes ninguno por servir á S. M., os aventurásteis á saber lo que habia en aquellas provincias, é ansi descubristeis é hallásteis grandes poblaciones.» Capitulacion de Orellana, MS.

(2) Condamine, que en 1744 bajó al rio de las Amazonas, habla con estension de los peligros y dificultades en que se vió envuelto durante su navegacion, la cual dice que es demasiado dificultosa para emprenderla sin un diestro piloto. Véase su *Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*. (Maestricht, 1778.)

(3) En tiempos posteriores no ha sido fácil tampoco señalar esta exacta línea con toda la luz de los descubrimientos modernos. Condamine, despues de una cuidadosa investigacion considera que hay buenas razones para creer en la existencia de un pueblo de mujeres armadas que habitaron en otro tiempo las orillas del rio de las Amazonas, aunque en la actualidad han desaparecido. Difícil seria probar lo contrario, pero es mas difícil este hecho si se consideran los obstáculos que se oponen á que la tal sociedad de mujeres se perpetuara. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, pág. 99 y sig.

(4) «Su crimen está en cierto modo contrabalanceado por la gloria de haberse arriesgado en una navegacion cerca de dos mil leguas entre naciones desconocidas en un barco construido de prisa con madera verde, por manos inexpertas, sin provisiones, sin brújula ni piloto.» (Robertson, América, ed. de Londres, 1796.) El historiador de América no tiene en este caso la balanza de la moral con mano tan firme como de costumbre. Segun un moralista no muy severo, no hay triunfo por brillante que sea que pueda canonizar el crimen.

(5) Espedicion mas notable que la de Orellana fue la que emprendió y llevó á cabo una delicada mujer, llamada madama Godin, que en 1769 bajó por el rio de las Amazonas en una lancha hasta su embocadura. Acompañáronla siete personas, entre ellas dos hermanos suyos y dos criadas. La lancha naufragó, y madama Godin, habiéndose salvado casi por milagro, intentó con su gente hacer el resto del camino á pie. Vióles á todos perecer unos tras otros de hambre y enfermedad, hasta que quedó sola en aquellos terribles bosques. Todavia, como la Señora en el Comus de Milton, pudo salvarse de tantos peligros; y despues de indecibles padecimientos, habiendo encontrado algunos indios compasivos, fue conducida por ellos á un establecimiento frances. Aunque jóven, el terror y los trabajos que sufrió la volvieron el cabello completamente blanco. Una carta de su marido á M. de la Condamine contiene los

Los españoles escucharon con horror la relacion de Vargas, y la sangre se les heló en las venas al contemplarse abandonados en aquellas remotas soledades, y privados del único medio de salvacion. Hicieron un esfuerzo para proseguir su viaje, siguiendo la márgen del rio; pero al cabo de algunos dias de fatigosa marcha, les faltaron las fuerzas y el ánimo, y se abandonaron á la desesperacion.

Entonces fue cuando se manifestaron en todo su brillo las cualidades de Gonzalo Pizarro como gefe el mas á propósito para los casos desesperados y de peligro. Si seguian adelante no tenian esperanza de salvarse; permanecer donde estaban, sin alimento ni ropa, sin defensa contra los animales feroces de los bosques ni contra los indios mas feroces aun, era imposible. Solamente un medio quedaba, y era volver á Quito. Pero la idea de volver á Quito les recordaba todos los trabajos pasados, trabajos que podian muy bien calcular y que apenas podian sufrirse ni aun en la imaginacion. Estaban por lo menos á cuatrocientas leguas de distancia de aquella capital, y mas de un año habia trascurrido desde que emprendieran su penosa peregrinacion. ¿Cómo arrostrar de nuevo los mismos peligros? (1)

Sin embargo, no habia alternativa. Gonzalo procuró reanimar á su gente hablándoles de la invencible constancia que hasta entonces habian desplegado y exhortándoles á continuar mostrándose dignos del nombre de castellanos. Hízoles presente la gloria que para siempre se granjearian por tan heróica empresa cuando llegasen á su pais, y declaró que pensaba llevarles por otro camino donde no podrian menos de encontrar alguna de las abundantes regiones de que tanto se les habia hablado. Algo era ya saber que cada paso que daban les acercaba mas á su patria, y como este era al cabo el único medio de salvacion que tenian, debian prepararse á arrostrar como hombres los obstáculos que se les opusieran. Por último les dijo que el espíritu sostenia al cuerpo, y que las dificultades á que se oponia un espiritu firme estaban ya medio vencidas.

Los soldados escucharon con ansia estas palabras de consuelo y de entusiasmo. La confianza en su gefe reemplazó en sus pechos á la desesperacion. Conocieron la fuerza de sus razones, y como fiaban en sus promesas, se reanimó en ellos el orgullo del antiguo honor castellano, y todos participaron mas ó menos del generoso entusiasmo de Gonzalo. No desmerecia este por cierto la adhesion que le manifestaban. Desde la primera hora de la espedicion se habia impuesto las mismas privaciones que sus soldados. Lejos de prevalerse de su posicion, habia igualado su suerte con la de los mas pobres, satisfaciendo las necesidades de los enfermos, reanimando á los débiles, repartiendo sus escasas provisiones con los hambrientos, sufriendo como uno de tantos las fatigas y penalidades de la marcha, y mostrándose siempre tan fiel compañero como buen capitan. Así en aquella hora suprema recogió los frutos de su conducta.

No cansaré á los lectores refiriendo los padecimientos de los españoles en su marcha retrógrada hácia Quito. Tomaron un camino mas al norte que el que habian llevado, y aunque encontraron menos dificultades, padecieron mas porque tenian menos medios de vencerlas. Su único alimento eran las escasas frutas que podian recoger en los bosques, ó lo que por fortuna encontraban en algun aduar abandonado, ó lo que por violencia arrancaban de manos de los indios. Algunos enfermaron y murieron en el camino, porque no habia quien les socorriera. El estremo de la miseria les habia hecho egoistas y mas de un pobre soldado se vió abandonado á su suerte, destinado á morir solo en los bosques ó mas probablemente á ser devorado vivo por los animales feroces.

Al fin en junio de 1542 despues de mas de un año consumido en su marcha retrógrada, Gonzalo y su cansada gente llegaron á las elevadas llanuras que se estienden á las inmediaciones de Quito. ¡Pero cuán diferente era su aspecto de aquel con que salieron por las puertas de la capital dos años y medio antes, ostentando sus atavíos militares, su orgullo y sus altas y novelescas esperanzas! Volvian sin caballos; sus armas se habian roto ó tomado; en vez de vestiduras colgaban de sus cuerpos pieles de animales feroces; sus largos y enmarañados cabellos caian en desórden sobre los hombros; sus rostros estaban quemados y ennegrecidos por el sol de los trópicos; sus cuerpos consumidos por el hambre y desfigurados por dolorosas cicatrices; y como si la parte moral hubiera desaparecido, quedando solo, por decirlo así, la cápsula donde habia estado encerrado el cuerpo, marchaban lentamente, semejantes á una tropa de horribles espectros. De los cuatro mil indios que habian salido en la espedicion mas de la mitad habian muerto; y de los españoles solo ochenta, muchos de ellos con achaques incurables, volvieron á Quito (2).

Los pocos habitantes cristianos de aquella capital con sus mujeres é hijos salieron á recibir á sus compatriotas; les proporcionaron todos los alimentos y recursos que estaban en su mano; y al escuchar la triste relacion de sus padecimientos mezclaron sus lágrimas con las de los aventureros. Despues todos entraron en la capital, donde su primer acto (sea dicho en honra suya) fue dirigirse en procesion á la iglesia á dar gracias al Omnipotente por su milagrosa conservacion en tan largo y peligroso viaje (3). Tal fue el término de la espedicion al rio de las Amazonas, espedicion que por los riesgos y penalidades que la acompañaron, su larga duracion y la constancia con que fueron sufridos, se conserva tal vez libre de toda mancha en los anales de los descubrimientos americanos.

CAPITULO V.

Faccion de Almagro. — Su desesperada situacion. — Conspiracion contra Francisco Pizarro. — Asesinato de Pizarro. — Actos de los conspiradores. — Carácter de Pizarro.

1541.

Cuando Gonzalo Pizarro llegó á Quito, recibió la noticia de un acontecimiento, que mostraba que su espedicion al rio de las Amazonas habia sido mas fatal á sus intereses de lo que él se habia imaginado. Durante su ausencia se habia verificado una revolu-

pormenores de esta estraordinaria historia, referidos de un modo tan sencillo y candoroso que atrae nuestra confianza. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, pág. 329 y sig.

(1) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. V.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VIII, cap. V.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.

No es de esperar de unos hombres que vagaban por aquellos lejanos bosques un cómputo esacto del tiempo ni de la distancia, faltos como estábamos de los medios necesarios para hacer observaciones correctas sobre este punto.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. V.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, libro III, cap. XV.—Herrera Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XIV.

Este último escritor al terminar la historia de la espedicion hace un panegírico del valor y constancia de sus compatriotas, panegírico que es preciso reconocer que era bien merecido.

«Finalmente Gonzalo Piçarro entró en el Quito, triunfando del valor i sufrimiento, i de la constancia, recto é inmutable vigor del ánimo, pues hombres humanos no se hallan haver tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras.» Ibid., ubi supra.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.

cion que habia cambiado todo el órden de cosas en el Perú.

En uno de los capítulos anteriores hemos visto que cuando Hernando Pizarro volvió á España, su hermano el marques se dirigió á Lima, donde continuó ocupándose en hermosear su capital favorita y en fomentar los intereses generales del pais. Estas ocupaciones le hicieron desatender un peligro, que de hora en hora le iba estrechando y del cual hacia menos caso del que le conviniera, á pesar de las repetidas amonestaciones de sus amigos mas circunspectos.

Despues de la ejecucion de Almagro, sus secuaces, en número de muchos centenares, permanecieron diseminados por el pais, pero unidos sin embargo por un sentimiento comun de indignacion contra los Pizarros, á quienes miraban como asesinos de su gefe. Su ódio se dirigia mas bien á Hernando que al gobernador, pues Hernando habia sido un instrumento mas activo en la perpetracion del hecho. En estas circunstancias, claro es que la política de Pizarro debia haberse propuesto una de dos cosas: ó tratar á los de la faccion opuesta como amigos ó como encarnizados enemigos. Con actos de bondad podia haberse atraido á los mas díscolos y con los beneficios presentes haber borrado el recuerdo de las injurias pasadas; en suma, podia haber demostrado que la contienda habia sido con su gefe y no con ellos y que en el interes de todos estaba que se acogiesen á su bandera. Esta habria sido la conducta mas política al mismo tiempo que la mas generosa; y aumentando así el número de sus partidarios hubiera robustecido grandemente su poder. Mas por desgracia no tuvo la magnanimidad de seguir semejante conducta. No podia Pizarro por su carácter perdonar una inju-



Gonzalo y su cansada gente llegaron á las inmediaciones de Quito.

ria ni al hombre á quien habia injuriado; y no queriendo por tanto granjearse la voluntad de los parciales de Almagro, claro era que su política debia consistir en mirarlos como enemigos (y no menores por estar ocultos) y en adoptar las medidas necesarias para evitar que pudieran hacerle ningun daño. Debia, pues, haber seguido el consejo de su prudente hermano Hernando, diseminándolos en diferentes puntos, cuidando de que no se reuniesen muchos en uno, y sobre todo de que no se hallasen en lugar inmediato á su residencia.

Pero despreciaba demasiado á los vencidos partidarios de Almagro para detenerse en tomar medidas de precaucion. Permitió al hijo de su rival que permaneciese en Lima, y esta ciudad llegó en breve á ser el punto de reunion de los desafectos. La mayor parte de los soldados de Almagro conocian al jóven por haberle visto en las marchas y en los campos al lado de su padre; y muerto este, naturalmente trasladaron su adhesion al hijo que sobrevivia.

Sin embargo, para que el jóven Almagro no pudiese mantener este tren de inútiles servidores, le privó Pizarro de una gran parte de sus indios y tierras, y le escluyó el gobierno de la Nueva Toledo, que le habia legado su padre en el testamento (1). Los de Chile, que así continuaban llamándose los partidarios de Almagro, destituidos de todo medio de subsistencia, sin oficio ni empleo de ninguna clase, se vieron reducidos á la mayor miseria. Tan pobres estaban, que segun los escritores de aquel tiempo, doce caballeros que vivian en una misma casa no tenian para todos mas que una sola capa, y con el acostumbrado orgullo del hidalgo pobre, no queriendo dar pública muestra de pobreza, llevaban la capa por turno, y los que no tenian derecho á ella se quedaban en casa (2). Verdadera ó no, la anécdota da á conocer perfectamente el estremo á que habia llegado la miseria de los partidarios de Almagro, miseria que hacia mas sensible la altanería de sus enemigos, los cuales enriquecidos con el fruto de sus maldades, ostentaban ante sus ojos con insolente jactancia el lujo y aparato mas propios para mortificar sus sentimientos.

Hombres así acosados por el insulto y la injuria

(1) Carta de Almagro, MS.

(2) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. VIII, capítulo VI.

eran demasiado peligrosos para ser considerados como enemigos pequeños. Pero, aunque Pizarro recibió varios avisos para que se precaviese contra sus manejos, no hizo de ellos caso alguno. «¡Pobres diablos! esclamaba hablando con desdeñosa compasion de los hombres de Chile, bastante desgracia tienen: no les molestaremos mas (1).» Y por tan impotentes les tenia, que salia libremente de su casa como de costumbre y paseaba solo á caballo por toda la ciudad y sus inmediaciones (2).

Por entonces llegó á la colonia la noticia de haber nombrado la corona un comisionado para informarse de la situacion de los negocios en el Perú. Pizarro, aunque alarmado por estas nuevas, envió órdenes para que fuese bien tratado y se le preparasen en todo el camino los alojamientos correspondientes. Mucho se reanimó con esto el espíritu de los de Almagro, confiando en que aquel alto funcionario les daria satisfaccion de sus agravios; y eligieron á dos de entre ellos para que vestidos de luto fuesen al Norte, donde



Asesinato de Pizarro.

esperaban que el juez desembarcaria, y le espusiesen sus quejas en nombre de todos.

Pero pasaron algunos meses y no llegaba noticia alguna de su desembarco. Al fin llegó un buque al puerto y anunció que los mas de la escuadra habian esperimentado fuertes borrascas en la costa, y que el comisionado habria perecido probablemente en una de ellas. Fue esta una noticia desconsoladora para los de Chile, cuyas «miserias» para valerme de las palabras de su jóven capitan, «habian llegado á ser insufribles (3).» Ya se habian manifestado abiertamente algunos síntomas de desafeccion. Los altivos caballeros no siempre se quitaban el sombrero al pasar el gobernador, y en una ocasion se encontraron tres sogas pendientes de la horca con carteles al estremo de ellas que contenian los nombres de Pizarro, del juez Velazquez y de Picado, secretario del gobernador (4). Este último funcionario era particularmente odioso á Almagro y á los de su bando; porque como Pizarro no sabia leer ni escribir, todas las comunicaciones pasaban por sus manos; y siendo Picado de carácter duro y arrogante, engreido con la importancia que le daba su posicion, ejercia una influencia maléfica en las medidas que el gobernador adoptaba. Ridiculizaba abiertamente la pobreza de los partidarios de Almagro, y se vengó del insulto que estos le hicieron pasando á caballo por la casa del jóven, desplegando un lujo estravagante en su vestido que resplandecia de oro y plata y llevando en su bonete una inscripcion que decia «Para los de Chile.» Fue esta una burla necia; pero los pobres caballeros que de ella eran objeto, mas susceptibles cuanto

(1) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIV.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. VI.

(3) «Sufria, dice Almagro en su carta á la real audiencia de Panamá, mas de lo que mi juicio bastava.» Véase su carta original, *Apéndice*, núm. XII.

(4) «Hizo Picado el secreptario del marquez mucho daño á muchos, porque el marquez don Francisco Piçarro, como no sabia leer ni escribir fiávase del y no hacia mas de lo que él le aconsejava, y ansi hizo este mucho mal en estos reinos, porque el que no andava á su voluntad sirviéndole, aunque tuviese méritos le destruia, y este Picado fue causa de que los de Chile tomasen mas odio al marquez, por donde le mataron. Porque queria este que todos lo reverenciasen, y los de Chile no hazian caso del, y por esta causa los perseguia este mucho, y ansi vinieron á hazer lo que hicieron los de Chile.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Véase tambien á Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VI.

mas padecian, no tenian la filosofía suficiente para despreciarla (1).

Al fin desanimados por la tardanza de Vaca de Castro, y mas aun por la reciente noticia de su naufragio, no esperando ya alcanzar de una autoridad legítima la reparacion de sus agravios, determinaron tomársela por sus propias manos y de uno en otro proyecto vinieron á la desesperada resolucion de asesinar á Pizarro. Señalaron para esto el domingo 26 de junio de 1541. Los conjurados en número de diez y ocho ó veinte, debian reunirse en la casa de Almagro, situada en la plaza mayor cerca de la catedral, y cuando el gobernador volviese de misa salir y asesinarlo en la calle. Una bandera blanca, desplegada al mismo tiempo desde una alta ventana de la casa, debia servir de señal para que el resto de los conspiradores acudiese en auxilio de los inmediatamente encargados de la ejecucion del hecho (2).

Apenas es posible que se ocultase este plan á Almagro, pues que su propia casa debia ser el punto de reunion. Sin embargo, no está probado que se hallase complicado en el complot (3). Era en verdad demasiado jóven para tomar una parte principal en él. Los escritores contemporáneos le representan como mancebo que prometia mucho, aunque por desgracia no estaba colocado en situacion favorable para desplegar sus buenas cualidades. Era hijo de una india de Panamá, pero desde muy niño habia seguido la vida activa de su padre, á quien se parecia mucho, tanto en el carácter franco y generoso, como en la violencia de sus pasiones. Su juventud é inesperiencia le hacian poco á propósito para dirigir á los suyos en las circunstancias difíciles en que se hallaba: así es que no obraba casi nunca por inspiracion propia, viniendo á ser poco mas que un maniquí de sus partidarios (4).

El mas sobresaliente de sus consejeros era Juan de Herrada ó Rada, como se decia comunmente, caballero de familia respetable; pero que habiendo sentado plaza de soldado desde muy jóven se habia elevado gradualmente á los mas altos puestos del ejército, debiendo solo su elevacion á sus talentos militares. En aquella época era ya bastante anciano; pero aun no se habia estinguido en su pecho el fuego de la juventud y ardia en deseos de vengar los agravios hechos á su antiguo general. Parecia en cierto modo haber depositado en el hijo la adhesion que siempre habia tenido al padre, y segun las apariencias, mas bien en beneficio del jóven Almagro que en el suyo propio, aconsejó el atrevido plan y se preparó para ponerse á la cabeza de los que le habian de ejecutar.

Entre los conspiradores hubo, sin embargo, uno que sintiendo remordimientos de conciencia por la parte que le tocaba en el hecho, alivió su corazon revelando todo el plan á su confesor. Este, sin pérdida de momento se lo refirió á Picado, el cual comunicó la noticia á Pizarro. Pero, cosa estraña, semejante noticia no hizo mas impresion en el ánimo del gobernador que los demas rumores vagos que habian llegado frecuentemente á sus oidos. «Este clérigo, dijo, obispado quiere (5).» No obstante habló del caso al juez Velazquez, el cual en vez de mandar prender á los conspiradores y adoptar las medidas necesarias para averiguar la verdad, se mostró tan infatuado como Pizarro y le respondió que podia estar sin recelo, pues mientras tuviese la vara de la justicia en la mano, nadie se atreveria á hacerle daño (6). A pesar de tanta confianza, para evitar todo peligro, se juzgó prudente que Pizarro se abstuviese de ir á misa el domingo y permaneciese en casa so pretesto de indisposicion.

En el dia señalado Rada y sus compañeros se reunieron en casa de Almagro y esperaron con ansia la hora en que el gobernador debia salir á la iglesia. Pero grande fue su consternacion cuando supieron que no habia salido y que se habia quedado en su alojamiento, segun se decia, por estar enfermo. No dudando que se habia descubierto la conjuracion, creyeron inevitable su ruina, y esto sin gozar del triste consuelo de haber dado el golpe que pudiera conducirles á ella. En esta perplejidad unos opinaron por dispersarse, esperando que Pizarro estaria ignorante de sus designios; pero la mayoria determinó llevar adelante la conjuracion, atacándole en su propia casa. Abrieron, pues, las puertas y salieron gritando á los demas «que les siguiesen ó de lo contrario proclamarian en alta voz el objeto que les habia reunido.» No hubo mas vacilacion, y todos se precipitaron á la calle con Rada á la cabeza gritando ¡viva el rey! ¡muera el tirano! (7)

Era la hora de comer, que en los primitivos tiempos de las colonias españolas solia hacerse á las doce. Sin embargo, mucha gente atraida por los gritos de los conjurados, salió á la plaza para saber la causa. «Van á matar al marques,» dijeron algunos con frialdad: «es á Picado á quien quieren matar,» replicaron otros; pero ni uno solo salió en su defensa. El poder de Pizarro no habia echado raices en el corazon del pueblo.

A tiempo de atravesar la plaza los conjurados, uno de ellos dió un rodeo para evitar un charco que encontró en el camino. «¡Cómo!» esclamó Rada, ¡vamos á bañarnos en sangre humana y rehusais mojaros los pies en agua!» Y le mandó que se volviera á su casa. La anécdota es significativa (8).

El palacio del gobernador estaba situado en la par-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. VI.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. II.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Annales, MS., año de 1641.—Zárate, Conq. del Perú, libro IV, cap. VI.

(3) Esto parece que está contradicho por la carta del mismo Almagro á la audiencia de Panamá, en la cual dice que él y sus partidarios desesperados con tan intolerables injurias habian resuelto aplicar por sí mismos el remedio entrando en casa del gobernador y apoderándose de su persona. (Véase la carta original, *Apéndice* núm. XII.) Sin embargo, en las relaciones completas que los escritores nos han dado de estos hechos, no se encuentra el nombre de Almagro entre los que tomaron parte activa en el trágico drama. La carta solo declara que su intento era entrar en la conspiracion; pero simplemente para prender á Pizarro, no para matarlo; declaracion á la cual no dará mucho crédito el que lea la historia de los sucesos.

(4) «Mancebo virtuoso, i de grande ánimo, i bien enseñado: i especialmente se havia exercitado mucho en cavalgar á caballo, de ambas sillas, lo qual hacia con mucha gracia i destreça; i tambien en escrivir i leer, lo qual hacia mas liberalmente, i mejor de lo que requeria su profesion. De este tenia cargo como aio Iuan de Herrada.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VI.

(5) «Pues un dia antes un sacerdote clérico llamado Benao fue de noche y avissó á Picado el secreptario y dixole: «Mañana domingo cuando el marquez saliere á misa tienen concertado los de Chile de matar al marquez y á vos y á sus amigos. Esto me á dicho vno en confession para que os venga á avisar.» Pues savido esto Picado se fué luego y lo contó al marquez, y el le respondió: «Ese clérigo obispado quiere.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(6) El Juan Velazquez le dijo: «No tema vuestra señoría que mientras yo tuviere esta vara en la mano nadie se atreverá.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(7) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Naharro, Rel. sumaria, MS.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS., 15 de julio de 1541.

(8) «Gomez Perez, por haver alli agua derramada de una acequia, rodeó algun tanto por no mojarse: reparó en ello Juan de Rada, y entrándose atrevido por el agua le dijo: ¿Vamos á bañarnos en sangre humana y rehusais mojaros los pies en agua? Ea, volveos. Hizolo volver y no asistió al hecho.» Montesinos, Annales, MS., año de 1541.

te opuesta de la plaza. Pasábase á él por dos patios. La entrada del primero estaba protegida por una maciza puerta, capaz de resistir á cien hombres ó mas; pero la habian dejado abierta, y los agresores, lanzándose al patio interior dando su tremendo grito de combate se encontraron en él con dos criados. Mataron á uno y el otro se entró huyendo en la casa y gritando: «¡Socorro, socorro, los de Chile vienen á matar al marques!»

Pizarro estaba á la sazon comiendo, ó lo que es mas probable acababa de comer. Hallábase rodeado de unos cuantos amigos, que despues de misa habian acudido segun parece á informarse del estado de su salud, y algunos de los cuales se habian quedado á comer con él. Entre estos estaban Martinez de Alcántara, hermano de Pizarro por parte de madre, el juez Velazquez, el obispo electo de Quito y varios caballeros principales de Lima hasta el número de quince ó veinte. Algunos alarmados con los gritos que resonaban en el patio, salieron del comedor y bajaron hasta el primer tramo de la escalera para averiguar la causa. No bien se informaron de ella por las esclamaciones del criado, se retiraron precipitadamente á lo interior de la casa, y no queriendo arrostrar desarmados, ó mal armados como estaban los mas de ellos, la tempestad que amenazaba, se salieron á un corredor y desde allí se descolgaron al jardin sin hacerse el menor daño. Velazquez el juez, para poder hacer uso de las manos en la bajada, se puso la vara de la justicia en la boca, «cuidando así, dice con mucha gracia un cronista antiguo, de no quebrantar la palabra que dió de que no sucederia nada á Pizarro mientras él tuviese la vara de la justicia en la mano (1).»

Entre tanto el marques, noticioso del tumulto, mandó á Francisco de Chaves, oficial que poseia toda su confianza y que se hallaba en la antesala, que cerrase la puerta de la escalera, mientras él con su hermano Alcántara se ponian las armaduras. Si esta órden dada con serenidad completa hubiera sido con la misma obedecida, todos se habrian salvado, porque podria haberse guardado fácilmente la entrada aun contra fuerzas superiores, hasta que hubieran llegado auxilios á Pizarro á consecuencia de la relacion de los que habian huido. Pero desgraciadamente Chaves, desobedeciendo á su gefe, dejó la puerta entreabierta é intentó entrar en conferencias con los conspiradores. Estos, que habian llegado al final de la escalera, cortaron el debate arrojando por ella á Chaves despues de haberle atravesado el cuerpo de una estocada. Por un momento encontraron resistencia en los sirvientes del muerto; pero en breve se desembarazaron de ellos y penetraron en lo interior gritando: «¿Dónde está el marques? ¡Muera el tirano!»

Martinez de Alcántara, que estaba en la sala inmediata ayudando á su hermano á ponerse la coraza, no bien conoció que los conjurados se habian apoderado de la antesala, salió asistido de dos jóvenes pages de Pizarro y de uno ó dos caballeros de servicio y procuró contener á los agresores. Siguióse á esto un combate desesperado. Diéronse golpes fatales por ambas partes: dos de los conspiradores cayeron muertos en el sitio, y Alcántara y sus valientes compañeros estaban llenos de heridas.

Al fin Pizarro, no pudiendo en la precipitacion del momento ajustarse las correas de la coraza, la arrojó lejos de sí, y rodeándose la capa al brazo tomó su espada y salió en auxilio de su hermano. Ya era tarde: Alcántara debilitado con la pérdida de sangre cayó muy luego en tierra. Pizarro se precipitó sobre los agresores como un leon sorprendido en su cueva y repartió sus golpes con tal rapidez y fuerza, como si la edad no tuviese poder para endurecer sus miembros. «¡Cómo! gritó, traidores ¿habeis venido á matarme en mi propia casa? Los conspiradores retrocedieron un momento al ver caer á dos de ellos bajo la espada de Pizarro; pero en breve se reanimaron y validos de sus superiores fuerzas se batian con gran ventaja relevándose unos á otros en el ataque. El aposento en que peleaban era estrecho y el combate habia durado ya bastantes minutos cuando los dos pages de Pizarro cayeron á su lado. Entonces Rada impaciente esclamó: «¡Qué tardanza es esta! ¡Acabemos con el tirano!» Y cogiendo en brazos á uno de sus compañeros llamado Narvaez, le arrojó contra el marques. Pizarro en el mismo instante se agarró con él y le atravesó con su espada; pero en aquel momento recibió una herida en la garganta, titubeó y cayó al suelo mientras Rada y los demas conspiradores le hundian sus espadas en el cuerpo. «¡Jesus!» esclamó el moribundo, y trazando con el dedo una cruz en el sangriento suelo inclinó la cabeza para besarla. Entonces un golpe mas benigno que los demas puso fin á su existencia (2).

Los conspiradores, consumada la catástrofe, salieron corriendo á la calle y blandiendo sus sangrientas armas gritaron: «¡Ya es muerto el tirano: las leyes están restablecidas: viva el rey nuestro señor y su gobernador Almagro!» Los de Chile atraidos por gritos que les eran tan agradables salieron de todas partes á unirse á la bandera de Rada, el cual se halló en breve á la cabeza de cerca de trescientos hombres, todos armados y preparados á sostener su autoridad. Establecióse guardia en las casas de los principales partidarios del difunto gobernador y sus personas fueron reducidas á prision. La casa de Pizarro y la de su secretario Picado fueron entregadas al pillaje, y en la del primero encontraron los conspiradores abundante botin en oro y plata. Picado se refugió en casa del tesorero Riquelme; pero descubierto su retiro, segun algunos por las miradas, si no por las palabras del mismo tesorero, le sacaron de él y le pusieron en prision segura (3). Toda la ciudad

(1) «En lo cual no parece haver quebrantado su palabra, porque despues huiendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al marques, se hechó de una ventana abajo á la huerta llevando la vara en la boca.» Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. VII.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde á la audiencia de Panamá, MS., desde Tumbez, 15 de noviembre de 1541.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLV.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.,—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI.—Carta de la justicia y regimiento de la ciudad de los Reyes, MS., 15 de julio de 1541.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbez, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, ubi supra.—Montesinos, Annales, MS., año de 1541.

Pizarro y Orellana parece no tener duda de que su pariente murió en olor de santidad. «Allí le acabaron los traidores enemigos, dándole cruelísimas heridas, con que acabó el Julio César español, estando tan en sí, que pidiendo confesion con gran acto de contricion, haziendo la señal de la cruz con su misma sangre y besándola murió.» Varones ilustres, página 186.

Segun un escritor, el golpe mortal se le dió un soldado llamado Borregan, el cual cuando Pizarro estaba en el suelo, le dió en la parte posterior de la cabeza con una jarra que tomó de la mesa. (Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI.) Es estraordinario como, á pesar del tumulto y confusion de la escena, concuerdan entre sí las diferentes relaciones de esta catástrofe, si bien difieren en algunos pormenores de poca monta.

(3) «No se olvidaron de buscar á Antonio Picado, y iendo en casa del tesorero Alonso Riquelme, él mismo iba diciendo: «No sé adonde está el señor Picado,» y con los ojos le mostraba, i le hallaron debajo de la cama.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VII.

Poco despues de este suceso encontramos el nombre de Ri-

se llenó de consternacion viendo grupos de gente armada recorrer las calles tumultuosamente y en todas direcciones; y los que no pertenecian al bando de Almagro temian ser envueltos en la proscripcion. Tan grande fue el desórden que reuniéndose los padres de la Merced, salieron en solemne procesion con el Santísimo Sacramento con la esperanza de calmar de este modo las pasiones de la multitud.

Pero ni Rada ni sus compañeros cometieron mas actos de violencia que prender á unas cuantas personas sospechosas y apoderarse de todos los caballos y armas que encontraron. Intimóse despues al ayuntamiento que reconociera la autoridad de Almagro, y los que se negaron á ello fueron separados sin ceremonia de sus empleos y reemplazados por otros de la faccion de Chile. Así los derechos que alegaba Almagro fueron reconocidos y el jóven paseando las calles á caballo, escoltado por un cuerpo de caballeros bien armados, fue proclamado á son de clarines gobernador y capitan general del Perú.

Entre tanto los destrozados cuerpos de Pizarro y de sus fieles servidores habian quedado tendidos en el pavimento y cubiertos de sangre. Algunos propusieron que se llevase el de Pizarro á la plaza del mercado y se fijase su cabeza en la horca; pero otros aconsejaron secretamente á Almagro y obtuvieron de él que cediese á las instancias de sus amigos y permitiese su entierro. Verificóse este secreta y precipitadamente por temor de una interrupcion en el momento de la ceremonia. Un fiel servidor y su esposa, asistidos de unos cuantos criados negros envolvieron el cuerpo en una sábana de algodon y le llevaron á la catedral. Cavóse una sepultura en el rincon mas oscuro; digéronse las oraciones á toda prisa y en secreto; y al débil resplandor de unas cuantas hachas suministradas por aquellos humildes servidores, los restos de Pizarro envueltos en su sangriento sudario fueron depositados en la madre tierra. Tal fue el miserable fin del conquistador del Perú, del hombre que pocas horas antes dominaba todo el pais con tan absoluto poder como el de los Incas. Sorprendido á la luz del dia, en el centro de su capital, en medio de los que habian sido sus compañeros de armas partícipes de sus triunfos y de sus beneficios, pereció como un miserable proscripto; y para usar del espresivo lenguaje del cronista, «no hubo nadie que le digese: Dios te perdone (1).»

Pocos años despues, cuando se hubo restablecido la tranquilidad en el pais, los restos de Pizarro fueron colocados en un suntuoso féretro y depositados bajo un monumento en una parte visible de la catedral; y en 1607 cuando el tiempo habia ya tendido su benéfico velo sobre lo pasado y la memoria de los yerros y de los crímenes se habia borrado ante el recuerdo de los grandes servicios hechos á la corona con la estension de su imperio colonial, sus huesos fueron trasladados á la nueva catedral para que reposasen al lado de los de Mendoza, el sábio y digno virey del Perú (2).

Pizarro no tenia probablemente mas de sesenta y cinco años de edad cuando murió; debe sin embargo tenerse presente que esta conjetura es aventurada, pues no existe documento auténtico respecto á la fecha de su nacimiento (3). Permaneció siempre soltero: pero de una princesa india de sangre real, hija de Atahualpa y nieta del gran Huayna Capac, tuvo una hija y un hijo. Ambos le sobrevivieron; pero el hijo no llegó á la edad viril. Su madre despues de la muerte de Pizarro se casó con un caballero español llamado Ampuero, y se trasladó con él á España. Su hija Francisca la acompañó y se casó despues con su tio Hernando Pizarro, preso á la sazon en la Mota de Medina. Ni el título ni los estados del marques Francisco Pizarro pasaron á su descendencia ilegítima. Pero en la tercera generacion, en el reinado de Felipe IV se restableció el título en favor de don Juan Hernando Pizarro, quien en atencion á los servicios de su antecesor fue creado marques de la Conquista y recibió una gran pension del gobierno. Sus descendientes que llevan el mismo título de nobleza se encuentran todavía, segun se dice, en Trujillo en Estremadura, tierra natal de los Pizarros (4).

Ya he descrito en otro lugar la persona de Pizarro. Era de alta estatura, bien proporcionado y de aspecto no desagradable. Criado en los campos, sin el menor barniz de córte, su aire era marcial y como de un hombre acostumbrado al mando. Pero sus maneras aunque no finas, no mostraban embarazo ni rusticidad, y cuando le convenia eran agradables y hasta insinuantes. La prueba de ello es la impresion favorable que produjo despues de su segunda espedicion en la ceremoniosa córte de Castilla, á pesar de ser estraño á sus formalidades y usos.

Distinto en esto de muchos de sus compatriotas no era aficionado al lujo, antes le miraba como cosa molesta. El traje que mas comunmente llevaba en ocasiones en que tenia que presentarse al público, consistia en una capa negra, un sombrero blanco y zapatos del mismo color: estos últimos dícese que los llevaba por imitar al gran capitan, cuyo carácter habia aprendido á admirar desde luego en Italia, pero con el cual ciertamente tenia el suyo muy débil semejanza (5).

Era sóbrio en la comida y bebida, y comunmente se levantaba antes del alba. Era tambien puntual en la asistencia á los negocios é incansable para el trabajo: como muchos compatriotas suyos, amigo del juego, y poco mirado respecto á la calidad de aquellos con quienes jugaba, aunque cuando su contrario no tenia qué perder, él se dejaba ganar, modo de obligar muy recomendado por un escritor castellano por su delicadeza (6).

Aunque avaro para gastar, no atesoraba. Sus grandes tesoros, mayores probablemente de los que

quelme entre los individuos del ayuntamiento de Lima, lo que prueba que juzgó conveniente adherirse, á lo menos por entonces, á la causa de Almagro.

(1) «Murió pidiendo confesion, y haciendo la cruz sin que nadie dijese, ¡Dios te perdone!» Gomara Hist. de las Indias, cap. CXLIV.

MS. de Caravantes. — Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII. — Carta del maestro Martin de Arauco, MS. — Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbez, MS.

(2) «Sus huesos encerrados en una caxa guarnecida de terciopelo morado con passamanos de oro que yo he visto.» MS. de Caravantes.

(3) Ante, tomo I, pág. 122, nota I.

(4) MS. de Caravantes. — Quintana, Españoles célebres, tomo II, pág. 417. — Véase tambien el *Discurso Legal y Político* que unió Pizarro y Orellana á su voluminosa obra, y en el cual se sostienen las reclamaciones de Pizarro. Es una especie de memorial dirigido á Felipe IV en favor de los descendientes de Pizarro, en el cual el escritor, despues de hablar de los multiplicados servicios del conquistador, demuestra cuán poco se ha aprovechado su posteridad de las concesiones que aquel debió á la munificencia de la corona. El argumento del consejo produjo sus efectos.

(5) Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIV. — Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IX. — El retrato de Pizarro en el palacio de los Vireyes de Lima le representa en traje de caballero con capa de marta y espada. Cada entrepaño de la espaciosa *sala de los Vireyes* estaba reservado para el retrato de uno de ellos. La larga fila está completa desde Pizarro hasta Pezuela; y es un hecho curioso que hace notar Stevenson, que acababa de llenarse el último hueco cuando la revolucion vino á echar por tierra el dominio de los vireyes. (Véase Residencia en la América del Sur, pág. 228.) Lo mismo sucedió en Venecia, donde, si mi memoria no me es infiel, se acababa de llenar el último nicho reservado para la efigie del Dux cuando fue derribada la antigua aristocracia. La coincidencia es singular.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte II, libro III, cap. IX.

jamas han tocado en suerte á un aventurero (1) se disiparon en su mayor parte en sus empresas, en sus obras de arquitectura y en sus planes de mejoramiento público, planes que en un pais donde el oro y la plata podia decirse que habian perdido su valor á causa de su abundancia, absorbian una increible cantidad de dinero. Aunque él en cierto modo consideraba todo el pais como suyo y le distribuia libremente entre sus capitanes, es cierto que la régia concesion de un gran territorio con veinte mil esclavos que le hizo la corona, jamas fue llevada á efecto, ni sus herederos se aprovecharon nunca de ella (2).

Para un hombre de la activa energía de Pizarro la inaccion era el mayor mal. La escitacion del juego era en cierto modo necesaria para un espíritu acostumbrado á los estimulantes de la guerra y de las peligrosas aventuras. Su alma tosca no habia jamas saboreado recreos mas puros é intelectuales. El pobre espósito no habia recibido lecciones ni de leer ni de escribir. Algunos aseguran que sabia ambas cosas, pero está averiguado lo contrario por el testimonio de autoridades irrecusables (3). Montesinos dice en efecto que Pizarro en su primer viaje trató de aprender á leer; pero que no consintiéndolo la viveza de su carácter, se contentó con aprender á escribir su nombre (4). Pero Montesinos no era historiador contemporáneo: Pedro Pizarro, su compañero de armas, nos dice espresamente que no sabia escribir ni leer (5) y Zárate, otro contemporáneo, muy relacionado con los conquistadores, confirma este aserto, y añade que Pizarro no sabia ni aun firmar (6). Su secretario Picado firmaba por él en sus últimos años, y el gobernador hacia solamente la rúbrica acostumbrada á los lados de su nombre. Esto se ve en los instrumentos que yo he examinado, en los cuales su nombre, escrito probablemente por su secretario, ó el título de marqués que en los últimos tiempos reemplazó á su nombre, tienen á cada lado una rúbrica ejecutada de una manera tan tosca, como si fuera hecha por la mano de un cavador. Sin embargo, no debemos juzgar de este defecto bajo el punto de vista del siglo en que vivimos, siglo de ilustracion general, á lo menos en nuestro afortunado pais. El arte de leer y escribir, ahora tan universalmente estendido, era en el siglo XVI propio de una refinada educacion; y todos los que consulten las memorias autógrafas de aquel tiempo, aun las de personas de mayor categoría encontrarán las mas de ellas escritas en una letra que haria muy poco honor á un muchacho de la escuela en los actuales tiempos.

Pizarro, aunque atrevido en la accion y firme en su propósito, del cual difícilmente podia disuadírsele, solia detenerse mucho antes de tomar una decision definitiva; lo cual le daba una apariencia de irresolucion estraña á su carácter (7). Quizá el conocer esto le hizo adoptar la costumbre de contestar desde luego: «no,» á los que iban á pedirle algun favor y despues á sus anchas reflexionaba sobre lo que le habian pedido y concedia lo que creia deber conceder. Era en esto el reves de su compañero Almagro, del cual se observaba que siempre decia «sí,» pero pocas veces cumplia su palabra; rasgo característico del genio confiado y negligente de este gefe que se guiaba mas bien que por sistema por los impulsos de su corazon (8).

Casi inútil es hablar del valor de un hombre que seguia la carrera de Pizarro. En efecto, el valor era cualidad muy comun entre los aventureros españoles, porque el peligro era su elemento. Pero poseia algo mas que el mero valor animal, y era la constancia de propósito tan profundamente arraigada en él, que no podian conmoverla las mas furiosas tempestades de la fortuna; esa inflexible constancia que formaba la esencia de su carácter, y que era al mismo tiempo el secreto de sus triunfos. Pruebas notables de ella dió en su primera espedicion entre los húmedos pantanos de Choco. Vió á sus compañeros sucumbir en derredor suyo á impulso de la enfermedad, destruidos por un enemigo invisible y sin poder dar un golpe en su defensa, y sin embargo su ánimo no desmayó, ni retrocedió en su empresa.

Hay algo que oprime la imaginacion en esta lucha contra la naturaleza. En el combate entre hombre y hombre el ánimo se complace viendo que las condiciones son iguales; pero en la guerra con los elementos conocemos que por mas valor que mostramos en la lucha no tenemos poder para resistir. Ni nos anima la esperanza de adquirir gloria en tal contienda, porque en el caprichoso juicio que se forma de la gloria humana el sufrir en silencio las privaciones por penosas que sean, es poco en comparacion de los ostentosos trofeos de la victoria. El laurel del héroe, ¡triste cosa es para la humanidad! crece mas en los campos de batalla.

El ánimo inflexible de Pizarro se manifestó con mas energía aun cuando en la pequeña isla del Gallo trazó en la arena la línea que debia separarle, con el puñado de hombres que le seguian, de su pais y del mundo civilizado. Confiaba en que su constancia daria fortaleza á los débiles y agruparia en derredor suyo á todos aquellos valientes para ayudarle en su empresa. Fiábase en el porvenir y no erró en sus cálculos. Este fue un acto de heroismo, al cual solo faltaba un motivo mas noble para constituir un acto de verdadera moral sublime.

Todavia desplegó la misma cualidad de carácter, aunque de un modo menos notable, cuando desembarcando en la costa y habiendo sabido la verdadera fuerza y civilizacion de los Incas, persistió en internarse en el pais á la cabeza de un cuerpo que no lle-

(1) «Halló i tuvo mas oro i plata que otro ningun español de cuantos han pasado á Indias ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIV.

(2) MS. de Caravantes. — Pizarro y Orellana, Discurso Leg. y Pol., ap. Varones ilustres. — Gonzalo Pizarro cuando fue hecho prisionero por el presidente Gasca, le retó á que señalase un punto cualquiera del pais donde se hubiese llevado á efecto la real concesion de territorio hecha á su hermano. Véase Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXVI.

(3) Es estraño que persona tan esperta como Muñoz haya caido en este error. En una de las cartas de Pizarro encuentro la siguiente nota autógrafa de este eminente escritor: *Carta de Francisco Pizarro, su letra y buena letra.*

(4) «En este viaje trató Pizarro de aprender á leer: no le dió su viveza lugar á ello; contentóse solo con saber firmar, de lo que se reia Almagro, y decia que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante firmó siempre por sí y por Almagro su secretario.» Montesinos Annales, MS., año de 1525.

(5) «Porque el marquez don Francisco Piçarro como no savia leer ni escrivir...» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(6) «Siendo personas, dice el autor hablando de Pizarro y Almagro, no solamente no leidas, sino que todo punto no sabian leer, ni aun firmar, que en ellos fue causa de gran defecto... Fue el marques tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacia, así de governacion como de repartimiento de indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Piçarro.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IX.

(7) Esta tardanza en decidirse ha hecho dudar á Herrera completamente de su resolucion; juicio que contradicen todos los hechos de la historia. «Porque, aunque era astuto i recatado, por la maior parte fue de ánimo suspenso y no mui resoluto.» Hist. general, dec. V, lib. VII, cap. XIII.

(8) «Tenia por costumbre de quando algo le pedian dezir siempre de no. Esto dezia él que hacia por no faltar á su palabra; y no obstante que decia no, correspondia con hazer lo que le pedian no aviendo inconveniente... don Diego de Almagro hera á la contra, que á todos dezia, sí, y con pocos lo cumplia.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

gaba á doscientos hombres. En esto indudablemente se propuso seguir el ejemplo de Cortés, tan contagioso para los ánimos aventureros de aquel tiempo, y especialmente para Pizarro, empeñado como estaba en una empresa semejante. Sin embargo, el peligro á que se espuso Pizarro fue mucho mas grande que el que tuvo que arrostrar el conquistador de Méjico, cuyas fuerzas eran casi triples, al paso que el terror que inspiraba el nombre del Inca, terror justificado por los resultados, estaba tan estendido entre los peruanos como entre los aztecas.

Imitando tambien el mismo noble modelo, ideó Pizarro la captura de Atahuallpa. Pero las situaciones de ambos capitanes eran tan diversas como lo fue el modo con que se ejecutaron estos actos de violencia. La cruel matanza que se hizo de los peruanos, se asemejó mas que otra cosa á la que perpetró Alvarado en Méjico, y habria tenido tan desastrosas consecuencias, si el carácter peruano hubiera sido tan fiero como el de los aztecas (1). Pero el golpe que escitó la irritacion de estos últimos hasta la locura, amilanó los ánimos pacíficos de los peruanos. Fue un golpe atrevido, que por haber dejado tanto á la casualidad apenas merece nombre de golpe político.

Cuando Pizarro desembarcó en el pais, le encontró dividido por una lucha en que se disputaba la corona. Parecia que estaba en su interes escitar un partido contra el otro, declarándose despues en favor del que mas le conviniera. En vez de esto recurrió á un acto audaz de violencia que confundió á los dos partidos. Su carrera posterior no presenta muestra alguna de la profunda política que desplegó Cortés cuando reunió bajo su bandera naciones desunidas entre sí y las dirigió contra el enemigo comun. Todavía tuvo menos oportunidad de desplegar la táctica y admirable estrategia de su rival. Cortés sujetó sus operaciones militares á los principios que sirven de norma á un gran capitan que manda una poderosa hueste. Pizarro aparece solamente como un aventurero, un caballero andante afortunado. De un solo golpe destruyó el encanto que por tanto tiempo habia conservado el pais bajo el dominio de los Incas. Quedó el encanto destruido y la aérea fábrica del imperio, construida sobre la supersticion de muchos siglos, se desvaneció al contacto de la realidad. Pero esto fue una fortuna, mas bien que el resultado de un cálculo político.

Pizarro era eminentemente pérfido, y nada mas opuesto á la sana política. Un acto de perfidia plenamente averiguado viene á ser la ruina de su autor. El hombre que permite que los demas desconfien de su buena fé, se desprende de la mejor base para sus futuras operaciones. ¿Quién á sabiendas querrá edificar sobre arena movediza? Con la pérfida conducta que observó con Almagro, se enagenó Pizarro los ánimos de los españoles. Con el pérfido tratamiento que dió á Atahuallpa y despues al Inca Manco, disgustó á los peruanos. El nombre de Pizarro llegó á ser sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil; Manco con una insurreccion que estuvo á pique de costar á Pizarro su poder. La guerra civil terminó en una conspiracion que le costó la vida. Tales fueron los frutos de su política. Pizarro puede ser considerado como hombre astuto, pero no como hombre político, segun se han complacido muchas veces en pintarle sus compatriotas.

Cuando tomó posesion del Cuzco halló un pais adelantado en las artes de la civilizacion; instituciones bajo las cuales el pueblo vivia tranquilo y seguro; las montañas y las llanuras elevadas estaban cubiertas de ganados; los valles reverdecian con los frutos de una ilustrada agricultura; los graneros y almacenes estaban atestados; todo el pais se regocijaba en la abundancia, y el carácter de la nacion, dulcificado bajo la influencia de la forma de supersticion mas suave y mas inocente, estaba perfectamente preparado para recibir una civilizacion cristiana y mas sublime. Pero lejos de introducirla, Pizarro entregó las razas conquistadas al dominio de su brutal soldadesca; los sagrados cláustros fueron abandonados á su lascivia, y las ciudades y aldeas entradas á saco; los desgraciados indios fueron repartidos como esclavos para trabajar en las minas en beneficio de sus vencedores; los rebaños quedaron diseminados y estúpidamente destruidos; disipáronse las riquezas encerradas en los graneros; los ingeniosos procedimientos para mejorar el cultivo cayeron en desuso, y el paraiso quedó convertido en desierto. En vez de aprovecharse de las antiguas formas de civilizacion, prefirió Pizarro borrar de aquella tierra hasta el menor vestigio y sobre sus ruinas levantar las instituciones de su pais. Sin embargo, estas instituciones hicieron poco en favor del pobre indio, preso en cadenas de hierro. Poco le importaba que las riberas del Pacífico se cubriesen de ciudades y pueblos, depósitos de un comercio floreciente: él no habia de participar de los productos: era un estranjero en la tierra de sus padres.

La religion del peruano que le dirigia á adorar esa gloriosa luminaria que es la mejor representante del poder y beneficencia del Criador, es tal vez la forma mas pura de supersticion que ha existido entre los hombres. Sin embargo, apenas en el nuevo órden de cosas y por medio del caritativo celo de los misioneros penetraron algunos rayos de mas noble fé entre las tinieblas que oscurecian el alma del indio. El mismo Pizarro no puede ser tachado de haber mostrado exagerada solicitud por la propagacion de la fé. No era fanático como Cortés. El fanatismo es la perversion del principio religioso; pero en Pizarro era el principio mismo el que faltaba. La conversion de los infieles era uno de los motivos que predominaron en Cortés para emprender su espedicion. No era una vana jactancia: hubiera sacrificado su vida por este objeto en cualquiera ocasion, y mas de una vez por su indiscreto celo puso en peligro su vida y el éxito de la empresa. Su gran propósito era purificar la tierra de las brutales abominaciones de los aztecas sustituyendo á ellas la religion de Jesus. Esto daba á la espedicion el carácter de una cruzada; es la mejor apología de la conquista, y atrae, mas que otra alguna consideracion, nuestra simpatía en favor de los conquistadores.

Pero los motivos principales que guiaron á Pizarro, á lo menos segun el juicio humano puede deducirlos, fueron la avaricia y la ambicion. Los benévolos misioneros le siguieron en verdad en su carrera para esparcir las semillas de la verdad espiritual, y el gobierno español dirigió como de costumbre su benéfica legislacion á la conversion de los indígenas. Pero lo que principalmente movió á Pizarro y sus secuaces en la conquista fue la sed de oro. Este era el verdadero estímulo de su trabajo, el premio de la perfidia y el mas precioso galardon de sus victorias. Esto dió un carácter bajo y mercenario á la empresa; y cuando comparamos la feroz codicia de los conquistadores con las apacibles é inofensivas maneras de los vencidos, nuestra simpatía, y aun la simpatía de los españoles, está necesariamente del lado del indio.

Pero como no hay pintura que no tenga su parte de luz, haciendo justicia á Pizarro no debemos insistir esclusivamente en las facciones oscuras de su retrato. No ha tenido España un hijo á quien deba mas obligaciones por la estension que dió á su imperio; pues su mano conquistó para ella la mas rica de las joyas indias que resplandecieron un tiempo en su imperial diadema. Cuando contemplamos los peligros que arrostró, las fatigas que con tanta pacien-

(1) Véase la Conquista de Méjico, lib. IV, cap. VIII.

cia sufrió, los increibles obstáculos que superó, los magníficos resultados que consiguió con su solo brazo sin auxilio del gobierno, aunque no puede tenérsele por hombre grande ni bueno en toda la estension de la palabra, no es posible dejar de considerarle como hombre muy estraordinario.

Tampoco podemos sin injusticia omitir para atenuar sus yerros, el hacernos cargo de las circunstancias de su edad primera; porque, como Almagro, era hijo del pecado y del dolor, arrojado al mundo casi desde su nacimiento para que en él buscase fortuna como pudiera. En su tierna edad debia recibir las impresiones que le comunicasen aquellos en cuya sociedad vivia. ¿Y cuándo le tocó al pobre espósito caer en manos de personas entendidas y virtuosas? Tocóle vivir entre la licencia de un campamento en la escuela de la rapiña, con personas cuya única ley era la espada, y que miraban al desgraciado indio y á sus propiedades como un despojo legítimo.

¿Quién no se estremece al pensar lo que podria haber sido, educado en semejante escuela? La grandeza del crímen no es una prueba clara de la criminalidad del agente. La historia debe hablar del primero para recordarle como un aviso al género humano; pero solo aquel que conoce el corazon de los hombres, la fuerza de la tentacion y los medios de resistirla, es el que puede determinar la medida del delito.

CAPITULO VI.

Movimientos de los conspiradores. — Se adelanta Vaca de Castro. — Actos de Almagro. — Marcha del gobernador. — Las fuerzas de ambos se aproximan. — Sangrientas llanuras de Chupas. — Conducta de Vaca de Castro,

1541—1543.

El primer acto de los conspiradores, despues de asegurar la posesion de la capital, fue enviar emisarios á las diferentes ciudades para proclamar la revolucion que acababa de verificarse y exigir el reconocimiento de Almagro como gobernador del Perú. En aquellos puntos como Trujillo y Arequipa, donde la intimacion iba sostenida por una fuerza militar, fue sin mucha dificultad obedecida. Pero en otras poblaciones tuvo mas frio asentimiento y en algunas la órden fue recibida con desprecio. En el Cuzco, punto el mas importante despues de Lima, un número considerable de partidarios de Almagro aseguró el triunfo de su bando, deponiendo de sus empleos á los magistrados de opinion contraria, y reemplazándolos con otros de carácter mas acomodaticio. Pero los leales habitantes de la ciudad, disgustados de semejante proceder enviaron á buscar secretamente á uno de los capitanes de Pizarro llamado Alvarez de Holguin; y éste entrando en la ciudad depuso á los nuevos dignatarios y redujo á la obediencia la antigua capital.

Los conspiradores esperimentaron una oposicion todavía mas enérgica de parte de Alonso de Alvarado, uno de los principales capitanes de Pizarro (derrotado, como recordará el lector, por Almagro el padre en el puente de Abancay) y que entonces se hallaba en el Norte con unos doscientos hombres de escelente tropa. Este oficial al recibir la noticia del asesinato de su gefe, escribió inmediatamente al licenciado Vaca de Castro, participándole el estado de los negocios en el Perú, é instándole para que apresurase su marcha hácia el Sur (1).

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XIII.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VII.—Declaracion de Uscategui, MS.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde, desde Tumbez, MS.

Como se ha dicho en uno de los capítulos anteriores, Vaca de Castro habia sido enviado por la córte de España para cooperar con Pizarro al restablecimiento de la tranquilidad del pais, y con facultades para tomar el mando en caso de muerte del gobernador. Despues de una larga y tempestuosa travesía desembarcó en la primavera de 1541 en el puerto de Buena Ventura; y disgustado de los peligros del mar, prefirió continuar su molesto viaje por tierra. Pero estaba tan debilitado por las incomodidades que habia sufrido, que tardó tres meses bien completos en llegar á Popayan, donde recibió la sorprendente noticia de la muerte de Pizarro. Esta era la contingencia tan juiciosamente prevista en sus instrucciones. Sin embargo, las dificultades de su situacion le pusieron en una perplejidad dolorosa. Era estranjero en aquella tierra, con imperfectos conocimientos acerca del pais, sin fuerza armada que le protegiese, sin pericia militar de que poder aprovecharse en caso necesario. Nada sabia respecto al grado de influencia que tenia Almagro; nada tampoco acerca de la estension y fuerza de la insurreccion; nada en fin de las disposiciones del pueblo entre el cual se hallaba.

En tal conflicto un ánimo débil habria seguido el parecer de los que le aconsejaban que se volviese á Panamá y esperase allí hasta reunir fuerza suficiente para presentarse de nuevo y hacer cara con ventaja á los insurgentes. Pero el valeroso corazon de Vaca de Castro rehusó dar un paso que habria probado su incompetencia para el puesto que se le habia conferido. Tenia confianza en sus propios recursos y en la influencia de la comision en virtud de la cual iba á obrar. Confiaba sobre todo en la habitual lealtad de los españoles, y despues de meditarlo maduramente, determinó seguir adelante y fiar á los sucesos el cumplimiento del objeto de su mision.

Confirmóle en su propósito la carta que recibió de Alvarado; y sin mas dilacion continuó su marcha á Quito. Allí fue bien recibido por el segundo de Gonzalo Pizarro, que gobernaba el pais durante la ausencia de su gefe, ocupado, como hemos visto, en la espedicion al rio de las Amazonas. Reuniósele tambien Benalcázar, el conquistador de Quito, con una corta fuerza, y le ofreció auxiliarle personalmente en la prosecucion de su empresa. Entonces presentó la real cédula que le autorizaba para tomar el mando en el caso de que Pizarro muriese, y declaró que habiendo llegado este caso, era su intencion ejercer la autoridad que se le habia conferido. Al mismo tiempo envió emisarios á las principales ciudades, exigiendo le obedeciesen como á legítimo representante de la corona, teniendo cuidado de elegir para este servicio personas discretas y de prestigio entre los ciudadanos; y despues continuó lentamente su marcha hácia el Sur (2).

Queria de este modo dar tiempo á que sus intimaciones produjesen efecto y á que se calmase la fermentacion causada por los últimos estraordinarios sucesos. Confiaba en la lealtad que hacia que el español se sometiese siempre, escepto en casos estremos, á las decisiones de la autoridad real; y aunque las pasiones del momento podian haber alterado en cierto modo estos sentimientos populares, creia poder fácilmente dar al pueblo la recta direccion y de-

(2) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. IV.—Carta de Benalcázar al emperador desde Cali, MS., 20 de setiembre de 1542.

Benalcázar aconsejó á Vaca de Castro que tomase solamente el título de juez y no el de gobernador que podria poner en conflicto sus pretensiones con las que sustentaba Almagro á la parte del pais, conocida con el nombre de Nueva Toledo y que le habia legado su padre. «Porque yo le avisé muchas veces no entrase en la tierra como governador, sino como juez de V. M. que venia á desagraviar á los agraviados, porque todos le recibirian de buena gana.» Ubi supra.

volverle sus hábitos de obediencia. No calculaba mal en esto; porque estaba tan arraigado el principio de lealtad en el antiguo español, que solamente han podido conmoverle siglos enteros de opresion y tiranía. Triste es, aunque no estraño, que el largo tiempo pasado bajo un mal gobierno no le haya dado aun suficiencia para elegir uno bueno.

Mientras pasaban estos acontecimientos en el Norte, el partido de Almagro en Lima se iba robusteciendo de dia en dia; porque ademas de los que desde el principio se habian declarado abiertamente en favor de su padre, se adhirieron espontáneamente al nuevo órden de cosas otros que por diversos motivos se hallaban disgustados de Pizarro.

El primer acto del jóven general, ó mas bien de Rada, que dirigia sus movimientos, fue asegurar las provisiones necesarias para los soldados, muchos de los cuales, habiendo sufrido una larga indigencia, no estaban de modo alguno aptos para el servicio. Reuniéronse fondos considerables echándose sobre los de la corona, que tenia el tesorero en su poder. Picado, el secretario de Pizarro, fue sacado de la prision é interrogado acerca del sitio donde este habia depositado sus tesoros; pero aunque fue puesto á cuestion de tormento, no quiso, ó lo que es mas probable, no pudo dar noticia alguna sobre este punto; y los conspiradores, que tenian una larga cuenta de injurias que arreglar con él, terminaron los procedimientos cortándole públicamente la cabeza en la gran plaza de Lima (1).

Valverde, el obispo del Cuzco, segun él mismo asegura, intervino en su favor, pero en vano. Es singular que las últimas veces que este fanático prelado aparece en la escena sea con el benévolo carácter de intercesor (2). Poco tiempo despues se le permitió embarcarse en Lima con el juez Velazquez y algunos otros partidarios de Pizarro. Tenemos de él una carta fecha en Tumbez en noviembre de 1541; y casi inmediatamente despues de haberla escrito cayó en manos de los indios y con sus compañeros fue asesinado en Puná; muerte violenta que con bastante frecuencia terminaba la carrera del aventurero americano. Valverde era un fraile dominico que, como el padre Olmedo respecto á Cortés, habia estado al lado del gefe de la espedicion durante todo el tiempo de ella. Pero no siempre como el buen Olmedo usó de su influencia para detener el brazo levantado del guerrero. A lo menos no es este el aspecto bajo el cual se presenta en la terrible matanza de Caxamalca. Sin embargo, algunos autores contemporáneos dicen que despues de instalado en su obispado fue incansable en su celo por convertir á los indios y mejorar su condicion; y su correspondencia con el gobierno desde este período, muestra gran solicitud por tan laudables objetos. Educado en la severa escuela de la disciplina monástica, que con frecuencia cierra el corazon á la caridad comun de la vida, no podia, como el buen padre Las Casas, elevarse sobre sus fanáticos principios, y siguiendo el espíritu de escuela creyó que la santidad del fin justificaba los medios por repugnantes que en sí mismos fuesen. Sin embargo, este hombre que tan sin reparo alguno habia derramado la sangre de los pobres indios por asegurar el triunfo de su fé, habria vertido espontáneamente toda la suya en su defensa. Caractéres semejantes no eran raros en el siglo XVI (3).

Los partidarios de Almagro, habiéndose provisto de fondos, se proveyeron tambien sin el menor escrúpulo de caballos y armas de toda especie, apropiándose los que pudieron hallar en la ciudad: lo cual hicieron con tanto menor repugnancia, cuanto que la mayor parte de los habitantes no les manifestaba buena voluntad. Mientras se ocupaban en esto, recibió Almagro la noticia de que Holguin habia salido del Cuzco con cerca de trescientos hombres y con el objeto de efectuar su union con Alvarado que se hallaba en el Norte. Era importante para Almagro impedir esta union. Si la política de Vaca de Castro era el dilatar las operaciones, claro está que la de Almagro debia consistir en acelerarlas y traer lo mas pronto posible las cosas á una solucion definitiva; marchar primero contra Holguin á quien fácilmente podria vencer con sus fuerzas superiores y despues terminar la lucha con la derrota, todavía mas fácil, de Alvarado, cuando el nuevo gobernador estuviese en cierto modo en sus manos. Habria sido fácil derrotar en detall todos estos cuerpos de tropas, que si llegaban á reunirse presentarian un ejército formidable. Era demasiado atroz el proceder con que Almagro y los suyos se habian declarado en oposicion contra el gobierno; era demasiado directo el golpe dado á la real autoridad, para que los perpetradores de aquel acto pudiesen lisonjearse con la esperanza del perdon. El único medio de salvacion que les restaba era seguir adelante en la revuelta, y alcanzando repetidos triunfos ponerse en una situacion tan formidable que llegara á dar cuidado al gobierno; pues el temor á un vasallo demasiado poderoso hubiera arrancado concesiones que jamas se habrian hecho á sus ruegos.

Pero Almagro y los suyos no se atrevieron á ponerse en abierta rebelion con la corona. Habian acudido á la rebelion, no porque la deseaban, sino porque no habian encontrado otro medio de conseguir su objeto. Querian solamente vengar los agravios personales que habian recibido de Pizarro, pero no intentaban desafiar la autoridad real. Así cuando alguno de los mas resueltos de estos que siguen impertérritos las cosas hasta en sus últimas consecuencias, propusieron marchar desde luego contra Vaca de Castro y terminar la contienda con un golpe atrevido, la proposicion fue casi universalmente desechada, y solo al cabo de un largo debate se adoptó la resolucion de dirigirse contra Holguin é impedir su reunion con Alonso de Alvarado.

Apenas habia Almagro emprendido su marcha sobre Xauxa, donde se proponia presentar la batalla á su enemigo, le ocurrió la gran desgracia de la muerte de Juan de Rada. Era este hombre de edad algo avanzada y las últimas acaloradas escenas en que habia tenido la parte mas principal habian dado un golpe mortal á su constitucion, ya debilitada por una vida de estraordinarias fatigas. Con su muerte esperimentó Almagro una pérdida inmensa, porque ademas de la sincera adhesion que Rada le profesaba, era por su larga esperiencia y su carácter prudente, aunque animoso, el mas á propósito de todo el ejército para conducirle á puerto seguro entre el borrascoso mar en que se habia dejado embarcar.

Despues de Rada los dos caballeros que habia de

(1) Pedro Pizarro Descub. y Conq., MS.—Carta de Barrio Nuevo, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbez, MS.

(2) «Siendo informado que andavan ordenando la muerte á Antonio Picado, secretario del marques que tenian preso, fui á don Diego é á su capitan general Joan de Herrada é á todos sus capitanes, i les puse delante el servicio de Dios y de S. M. i que bastase en lo fecho por respeto de Dios, humillándome á sus pies por que no lo matasen: i no bastó, que luego dende á pocos dias lo sacaron á la plaza desta ciudad donde le cortaron la cabeza.» Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbez, MS.

(3) «Que el señor obispo fray Vicente de Valverde, como persona que jamas ha tenido fin ni celo al servicio de Dios ni menos en la conversion de los naturales en los poner é doctrinar en las cosas de nuestra santa fée católica, ni menos en entender en la paz é sosiego destos reynos, sino á sus intereses propios, dando mal ejemplo á todos.» (Carta de Almagro á la Audiencia de Panamá, MS., 8 de nov. de 1541.) Debe tenerse presente que el autor de esta carta era enemigo personal del obispo.

mas consideracion y de mas altas pretensiones eran Cristóbal de Sotelo y García de Alvarado; ambos dotados de gran pericia militar, pero el último de genio audaz y presuntuoso parecido en cierto modo al de aquel capitan de su mismo nombre que adquirió mucho mayor fama bajo las banderas de Cortés. Desgraciadamente se despertaron los celos entre ambos oficiales, celos tan comunes entre españoles que pueden mirarse como un rasgo del carácter nacional; celos que se fundan en un falso principio de honor que ha sido siempre fecundo en facciones lo mismo en las monarquías que en las repúblicas.

Esta era una gran desgracia para Almagro, cuya inesperiencia le hacia necesitar el apoyo de los demas y que en el estado de agitacion en que se hallaba el país, apenas sabia en quién buscar este apoyo. Con motivo de la dilacion que ocasionaron estas disensiones, su pequeño ejército no llegó al valle de Xauxa hasta despues que el enemigo habia pasado por él. Almagro le siguió de cerca dejando detras los bagajes y la artillería para poder marchar mas deprisa. Pero la ocasion se habia ya perdido. Los rios, aumentados con las lluvias del otoño, dificultaban la persecucion, y aunque sus tropas ligeras dieron alcance á unos cuantos rezagados, Holguin logró conducir sus fuerzas por los peligrosos pasos de las montañas y verificar su reunion con Alonso de Alvarado cerca del puerto septentrional de Huaura.

Frustrado su objeto; Almagro se preparó para marchar sobre el Cuzco (capital que consideraba como comprendida en su jurisdiccion) para tomar posesion de ella y hacer sus preparativos á fin de salir de nuevo al encuentro de su adversario. Sotelo, que fue enviado delante con una corta fuerza, no halló oposicion alguna en los indefensos habitantes, y puso otra vez el gobierno de la ciudad en manos de los de Chile. Poco despues su jóven capitan se presentó á la cabeza de sus batallones y estableció sus cuarteles de invierno en la capital del imperio Inca.

Allí los celos de los capitanes rivales se convirtieron en abierta lucha, que terminó con la muerte de Sotelo, traidoramente asesinado en su propia habitacion por García de Alvarado. Esta atrocidad irritó tanto mas á Almagro, cuanto que sintiéndose demasiado débil para castigar al agresor, hubo de disimular su resentimiento por entonces, y aparentar tratarle con mas favor y distinciones. Pero no se engañó Alvarado respecto á lo que significaba esta conducta; sabia que habia faltado á la confianza de su general; y para evitar el daño que pudiera hacerle, urdió una conspiracion contra él. Almagro, incitado por la necesidad de la propia defensa, imitó el ejemplo de su oficial entrando en su casa con unos cuantos hombres armados que le dejaron muerto en el sitio (1).

Este proceder irregular tuvo las mejores consecuencias. Los sediciosos planes de Alvarado perecieron con él: las semillas de insubordinacion quedaron destruidas, y desde aquel momento Almagro no halló sino ciega obediencia y leal apoyo en sus soldados. Desde entonces su carácter pareció esperimentar un notable cambio: fióse menos de los otros que de sí mismo, y desplegó recursos que no podian preverse en un jóven de sus años, porque apenas tendria veinte y dos (2). La energía y prevision que manifestó no obstante su juventud, demostraron que habia sabido colocarse á la altura de las circunstancias en que desgraciadamente su suerte le habia colocado.

Ocupóse inmediatamente en proveer á las necesidades de sus tropas y en poner á todos y cada uno de sus soldados en el mejor estado para sostener la próxima campaña. Llenó su tesoro con gran cantidad de plata que sacó de las minas de La Plata. El azufre, que se obtenia en abundancia en las inmediaciones del Cuzco, le suministró buen material para la fabricacion de pólvora. Mandó construir cañones, algunos de gran calibre, bajo la inspeccion de Pedro de Candía, el griego que, segun recordará el lector, fue el primero que llegó al pais con Pizarro, y que con algunos de sus compatriotas *levantinos*, segun les llamaban, estaba perfectamente instruido en esta clase de fabricacion. Bajo su direccion se hicieron armas de fuego, corazas y yelmos de una mezcla de plata y cobre (3), y de tan escelente calidad, que segun dice un veterano de aquel tiempo, podian competir con los construidos en las fábricas de Milan (4). Ademas recibió Almagro un auxilio tan oportuno como inesperado, procedente del Inca Manco, el cual detestando la memoria de Pizarro, trataba de renovar con el jóven Almagro los amistosos lazos que le habian unido á su padre, lazos que tal vez estaba dispuesto á estrechar teniendo en consideracion la sangre peruana que corria en las venas del jóven capitan. De él obtuvo Almagro una gran cantidad de espadas, lanzas, armas y armaduras de toda especie, la mayor parte de ellas tomadas por el Inca en el memorable sitio del Cuzco. Tambien recibió la agradable promesa de que el Inca le auxiliaria con un refuerzo de tropas indias cuando abriese la campaña.

Antes, sin embargo, de apelar definitivamente á las armas, resolvió Almagro probar el efecto de las negociaciones con el nuevo gobernador. En el verano de 1542 le envió una embajada á Lima, donde se hallaba, manifestándole lo sensible que le era tomar las armas contra un empleado de la corona. Decíale ademas que su único deseo era vindicar sus derechos, asegurando la posesion de la Nueva Toledo que le correspondia por legado de su padre, y de cuya herencia habia sido injustamente escluido por Pizarro: añadia que no disputaba al gobernador su autoridad sobre la Nueva Castilla como pais asignado al marques; por último, proponia que cada una de las partes contendientes permaneciese en los límites de su respectivo territorio hasta que la córte de España les hiciese saber su determinacion. A esta comunicacion, redactada en términos respetuosos, no recibió respuesta alguna.

Frustradas sus esperanzas de pacífico arreglo conoció ya el jóven capitan la necesidad de apelar á la suerte de las armas. Reunió sus tropas, y antes de salir de la capital les hizo una buena arenga. Protestó que el paso que él y sus valientes compañeros iban á dar no era un acto de rebelion contra la corona, sino un acto á que se veian obligados por la conducta del mismo gobernador. Dijo que la comision encomendada á este no le daba autoridad sobre el territorio de la Nueva Toledo, cedido á su padre y que su padre le habia dejado en herencia; que si Vaca de Castro, traspasando sus facultades les obligaba á romper las hostilidades, la sangre que se derramase caeria sobre

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. X—XIV.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLVII.—Declaracion de Uscategui, MS.—Carta de Barrio Nuevo, MS.—Herrera, Historia general, dec. VI, lib. X, cap. XIII, dec. VII, lib. III, cap. I—V.

(2) «Hiço mas que su edad requeria, porque seria de edad de veinte i dos años.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XX.

(3) «Y demas de esto hizo armas para la gente de su real, que no las tenia, de pasta de plata i cobre mezclado, de que salen muy buenos coseletes: haviendo corregido demas desto todas las armas de la tierra; de manera que el que menos armas tenia entre su gente, era cota i coracinas ó coselete, i celadas de la misma parte que los indios hacen diestramente por muestras de Milan.» Zárate Conq. del Perú, lib. IV, capitulo XIV.

(4) «Hombres de armas con tan buenas celadas borgoñesas como se hacen en Milan.» Carta de Ventura Beltran al emperador, MS. desde Vilcas, 8 de octubre de 1542.

la cabeza de aquel, no sobre las suyas. «Con el asesinato de Pizarro, continuó, no hemos hecho mas que tomar por nosotros mismos la justicia que por otros se nos negaba.» Lo mismo sucede ahora respecto á la lucha que vamos á emprender contra el nuevo gobernador: «somos tan fieles y leales súbditos de la corona como él.» Por último, exhortó á los soldados á que se agrupasen con ánimo firme y resuelto brazo alrededor suyo, pues que en la próxima contienda todos estaban igualmente interesados.

Su auditorio no fue insensible á este discurso. Pocos habia que no conociesen que su suerte estaba ligada indisolublemente á la de su capitan; y como tenian poco que esperar del austero carácter del gobernador, se unieron mas y mas á la causa de su jóven gefe, que ademas de poseer las cualidades populares de su padre, escitaba aquella simpatía propia de su edad y de las circunstancias de su situacion. Así los oficiales y soldados poniendo las manos sobre la cruz colocada en un altar dispuesto al afecto, juraron repetidas veces arrostrar toda clase de peligros con Almagro y permanecerle fieles hasta el último trance.

En punto á fuerzas no se habia robustecido gran cosa desde su salida de Lima. Todas sus tropas ascenderian á poco mas de quinientos hombres; pero entre ellos estaban los veteranos de su padre, aguerridos en mas de una campaña contra los indios. Tenia unos doscientos caballos, muchos de ellos cubiertos completamente de malla, circunstancia no muy comun en aquellas guerras, en que un coleto forrado de algodon era la única armadura del guerrero. Su infantería formada de alabarderos y arcabuceros, estaba perfectamente armada. Pero su principal fuerza consistia en la artillería, compuesta de diez y seis piezas, ocho de grueso calibre y ocho falconetes, como se llamaban: todas las cuales, formaban, dice un testigo presencial, un hermoso parque «suficiente para hacer batería en el castillo de Búrgos (1).» En suma el pequeño ejército, aunque no imponente por su número, era disciplinado, tan apto como el que mas para pelear en los campos del Perú, y desde luego mucho mejor que ninguno de los que Almagro el padre ó Pizarro condujeron en sus conquistas. Poniéndose, pues, el jóven á la cabeza de su valiente tropa, salió del Cuzco á mediados del verano de 1542 y dirigió su marcha hácia la costa, esperando encontrar al enemigo (2).

Mientras pasaban estos sucesos, Vaca de Castro, á quien hemos dejado en Quito el año anterior, se adelantaba lentamente hácia el Sur. Su primer acto despues de salir de aquella ciudad indicaba la resolucion de no comprometerse á nada con los asesinos de Pizarro. Benalcázar, el distinguido oficial de quien he dicho que fue de los primeros en adherirse á su causa, habia protegido y facilitado la fuga á uno de los principales conspiradores, amigo suyo personal. Vaca de Castro indignado de su proceder, no quiso escuchar esplicaciones y mandó á Benalcázar que se volviese á su distrito de Popayan. Atrevido paso fue este, en el estado precario en que se hallaban sus asuntos.

Prosiguió el gobernador su marcha, siendo bien recibido del pueblo en el camino; y cuando entró en las ciudades de San Miguel y de Trujillo fue acogido con leal entusiasmo por los habitantes, que reconocieron desde luego su autoridad, si bien no manifestaron grandes deseos de correr con él los azares de la próxima lucha.

Despues de haberse detenido largo tiempo en cada uno de estos puntos, volvió á emprender su marcha y llegó al campo de Alonso de Alvarado en Huaura á principios de 1542. Holguin habia establecido sus reales á alguna distancia de los de su rival; porque se habia suscitado como de costumbre la rivalidad entre estos capitanes, aspirando ambos al mando supremo de capitan general del ejército. El empleo de gobernador que ejercia Vaca de Castro parecia que incluia el de general en gefe de las fuerzas; pero como el licenciado no habia seguido otra carrera que la de las leyes, cualquiera que fuese la autoridad que se abrogase en materias civiles, los dos capitanes esperaban que resignaria en sus manos el mando militar. Conocian muy poco el carácter de Vaca de Castro.

Aunque no poseia mas conocimientos en el arte de la guerra que los que tenian todos los caballeros en aquella edad marcial, conoció que confesar su ignorancia y encomendar á otras manos la direccion de los negocios militares habria sido disminuir considerablemente su autoridad, si ya no inspirar desprecio hácia ella en los espíritus turbulentos entre quienes se hallaba. Tenia sagacidad y genio, y confiaba en que podria suplir sus faltas con la esperiencia de los demas. Su empleo le permitia disponer de los hombres mas aptos del pais, y ayudado de sus consejos se sentia con suficiencia para adoptar un plan de operaciones y llevarlo decididamente á cabo. Conoció ademas que el único medio de destruir la rivalidad entre los dos capitanes en aquella crisis era tomar para sí el empleo que causaba la disension.

Sin embargo acercóse con cautela á sus ambiciosos oficiales; y las amonestaciones que les dirigió por medio de personas juiciosas de las que mas íntimamente les trataban, produjeron tan buen resultado, que ambos renunciaron en su favor á todas sus pretensiones. Holguin, el mas díscolo de los dos, pasó á visitarle al campo mismo de su rival, donde el gobernador tuvo la satisfaccion de reconciliarle con Alonso de Alvarado. Esto demuestra cierta habilidad, porque la enemistad de ambos habia ya llegado al punto de producir un desafío.

En seguida envió Vaca de Castro la mayor parte de su fuerza en direccion de Xauxa, mientras él á la cabeza de un pequeño cuerpo se encaminaba á Lima. Allí fue recibido con vivas demostraciones de gozo por los habitantes, en lo general parciales de Pizarro, como el mas firme y constante protector de su capital; los cuales despues de la partida de Almagro se habian apresurado á espulsar del ayuntamiento á sus hechuras y á sacudir el yugo de su autoridad. Con tan favorables disposiciones, el gobernador no halló dificultad en obtener de los habitantes mas ricos un considerable empréstito; pero no fue tan afortunado al principio en sus pedidos de armas y caballos, porque los de Chile habian hecho ya demasiado fielmente la recoleccion de semejante cosecha. Sin embargo, habiendo prolongado su residencia por algun tiempo en la capital, consiguió antes de salir de ella importantes auxilios tanto en armas como en municiones, y logró aumentar sus fuerzas con un cuerpo bastante considerable de reclutas (3).

Mientras se ocupaba en esto, recibió la noticia de que el enemigo habia salido del Cuzco y marchaba hácia la costa. Saliendo, pues, de Lima con sus fieles partidarios, tomó la vuelta de Xauxa, punto de-

(1) «El artillería hera suficiente para hacer batería en el castillo de Búrgos.» Dicho del capitan Francisco de Carvajal sobre la pregunta 38 de la informacion hecha en el Cuzco en 1845 á favor de Vaca de Castro, MS.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Declaracion de Uscategui, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. II, capítulo XIII. Carta del cabildo de Arequipa al emperador, San Joan de la Frontera 24 de setiembre de 1542, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. I—II.

(3) Declaracion de Uscategui, MS.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. I, cap. I.—Carta de Barrio Nuevo, MS.—Carta de Benalcázar al emperador, MS.

signado para la reunion de sus fuerzas. Allí las reunió en efecto, y halló que ascendian á unos setecientos hombres. La caballería, en la cual consistia su fuerza principal, era superior en número á la de su contrario; pero no estaba tan bien armada ni montada. Componíase de muchos caballeros de noble linaje, de soldados espertos, y de algunos que teniendo grandes intereses en juego por poseer vastas porciones de terreno en el pais, habian accedido al llamamiento del gobierno y se habian alistado en sus banderas (1). Su infantería, ademas del número competente de alabardas, tenia bastantes armas de fuego; pero la artillería se componia solamente de tres ó cuatro falconetes mal montados. No obstante estos defectos, el ejército real, si tan insignificante fuerza puede merecer este nombre, era tan superior en número al de Almagro, que calculadas las ventajas y desventajas de ambos lados la partida no podia parecer tan desigual (2).

El lector acostumbrado á las grandes masas empleadas en las guerras europeas, se sonreirá tal vez al contemplar las escasas fuerzas de los españoles. Pero en el Nuevo Mundo, donde una inumerable hueste de indios entraba por muy poco en la balanza, quinientos europeos bien equipados eran considerados como un cuerpo formidable. Ningun ejército hasta el periodo de que vamos hablando habia llegado á contar mil hombres. Pero no es el número, como ya he dicho otra vez, el que da importancia á una accion, sino las consecuencias que esta trae consigo, la magnitud de la escena y la destreza y valor de los actores. Cuanto mas limitados son los medios, mayor debe ser la ciencia que se necesita para emplearlos; asi olvidando la pobreza de los materiales, fijamos nuestra atencion en la conducta de los actores y en la grandeza de los resultados.

Hallándose Vaca de Castro en Xauxa; recibió una embajada de Gonzalo Pizarro vuelto ya de su espedicion á las «Tierras de las Canelas,» por medio de la cual le ofrecia sus servicios en la próxima lucha. La respuesta del gobernador indicaba que no habia abandonado la esperanza de entrar en negociaciones con Almagro, con tal que fuese sin comprometer la autoridad real. Considerando que atendida la igualdad de las fuerzas beligerantes el éxito era muy dudoso, queria tal vez evitar el estremo de una batalla, y sabia que la presencia en su campo de Pizarro, esto es, del odioso enemigo de los de Almagro, escitaria en sus pechos tal desconfianza, que frustraria toda tentativa de amistoso arreglo. Quizá tambien el gobernador no queria apresurarse á introducir en sus consejos un hombre de espíritu tan turbulento. Contestó, pues, á Gonzalo dándole gracias por la prontitud con que habia acudido á ofrecerle auxilio; pero rehusándolo cortesmente, y aconsejándole que permaneciese en su provincia para descansar de las fatigas de su penosa espedicion. Al mismo tiempo le aseguraba que no dejaria de utilizar sus servicios cuando la ocasion lo exigiese. El activo caballero quedó muy disgustado con esta repulsa (3).

Despues recibió el gobernador noticias respecto á los movimientos de Almagro que le hicieron suponer que este se preparaba á ocupar á Guamanga, punto muy fortificado á mas de treinta leguas de Xauxa (4). Ansioso de asegurar la posesion de esta plaza, levantó el campo, y á marchas forzadas hechas de manera tan irregular que le hubieran puesto en gran conflicto si su enemigo hubiera estado cerca para aprovecharse de la ocasion, consiguió anticiparse á Almagro y entrar en Guamanga cuando su enemigo se hallaba en Bilcas, á diez leguas de distancia.

En Guamanga Vaca de Castro recibió otra embajada de Almagro, proponiéndole en sustancia lo mismo que en la primera. El jóven gefe lamentaba las hostilidades que iban á romperse entre hermanos, y proponia un arreglo sobre las mismas bases que hemos dicho. A estas proposiciones condescendió ya el gobernador en dar respuesta; y por ella podria inferirse que se compadecia en cierto modo de la juventud é inesperiencia de Almagro, que queria hacer una distincion entre él y los principales conspiradores, con tal que pudiese separarle de los intereses de estos; pero es mas probable que intentó solo entretener á su enemigo con la apariencia de una negociacion para ganar tiempo, á fin de corromper la fidelidad de sus tropas.

Insistió en que Almagro disolviese su ejército y le entregase todos aquellos que estaban inmediatamente complicados en el asesinato de Pizarro, prometiéndole que con estas condiciones el gobierno olvidaria su traicion, y volveria á gozar del favor régio. Dícese que con esta mision envió Vaca de Castro á un español disfrazado de indio con instrucciones para comunicarse con ciertos oficiales de Almagro, y hacer, si era posible, que le abandonasen y volviesen á la obediencia del gobierno. Desgraciadamente se descubrió el disfraz del emisario, el cual fue preso y sometido al tormento; confesó el hecho y fue ahorcado como espía.

Almagro dió cuenta á sus capitanes del estado de las negociaciones. Las condiciones propuestas por el gobernador eran tales, que ningun hombre que tuviese la menor sombra de honor podia aceptarlas ni por un momento; y la indignacion de Almagro y de los suyos se aumentó al notar la doblez de su enemigo que ponia en práctica tan insidiosos manejos mientras ostensiblemente entraba en francas y leales negociaciones. Temerosos acaso de que las tentadoras ofertas de su antagonista llegasen á vencer la constancia de los mas débiles, pidieron á Almagro que rompiese toda negociacion y les condujese inmediatamente contra el enemigo (5).

Entre tanto el gobernador, viendo que el terreno quebrado que rodeaba á Guamanga era desfavorable para la caballería, en la cual tenia su mayor confianza, sacó sus fuerzas á las tierras bajas conocidas con el nombre de llanuras de Chupas. Era entonces la estacion tempestuosa del año, y por espacio de muchos dias la tormenta tronó con furia entre aquellas colinas, descargando en el valle y sobre las miserables tiendas de los soldados tanta abundancia de lluvia y nieve, que todos se vieron en breve empapados hasta los huesos, y estuvieron á punto de perecer

(1) El ayuntamiento de Arequipa, muchos de cuyos individuos se hallaron en el ejército, reclamó enérgicamente una compensacion en favor de estos por haberles obligado á dejar sus tierras y tomar las armas por órden del gobierno. Segun decian, su patriótico ejemplo no seria muchas veces seguido si no se les daba una recompensa proporcionada. Este documento, importante por sus pormenores históricos, se halla inserto en el *Apéndice* núm. XIII.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XV. — Carta de Barrio Nuevo, MS. — Carbajal refiere la manera política con que su gefe reclutaba gente para su servicio pagándoles con promesas y buenas palabras cuando no tenia dinero que darles. «Dando á unos dinero é á otros armas i caballos, i á otros palabras, i á otros promesas, i á otros graciosas respuestas de lo que con él negociaban, para tenerlos á todos muy contentos i puestos en el servicio de S. M. cuando fuese menester.» Dicho del capitan Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro, MS.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XV.

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXXV.

(5) Dicho el capitan Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543 en favor de Vaca de Castro, MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XVI. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. VIII. — Carta de Ventura Beltran, MS. — Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIX.

de frio (1). Por fin el 16 de setiembre de 1542 las descubiertas trajeron noticia de que las tropas de Almagro avanzaban con intencion al parecer de ocupar las alturas que rodean á Chupas. La guerra de los elementos habia cesado, amaneciendo uno de esos dias brillantes que solo se ven en los trópicos. El ejército real se puso desde muy temprano en movimiento, pues Vaca de Castro deseoso de apoderarse de las alturas que dominaban el valle, destacó con este objeto un cuerpo de arcabuceros, sostenido por otro de caballería, al cual siguió en breve él mismo con lo restante de sus fuerzas. Al llegar á la cima tuvo noticia de que el enemigo habia hecho alto, estableciéndose en una fuerte posicion á menos de una legua de distancia.

Ya era entrada la tarde, pues no faltaban mas de



Vaca de Castro recibe una embajada de Almagro.

dos horas para ponerse el sol. El gobernador no se atrevia á comenzar la accion temiendo que la noche llegara demasiado pronto. Pero Alonso de Alvarado le aseguró que aquella era la ocasion oportuna, porque su gente ardia en deseos de pelear, y era mejor aprovecharse de su entusiasmo, que no dejar resfriar su ardor con la dilacion. El gobernador vino en ello esclamando: «¡Quién tuviera el poder de Josué para detener el curso del sol (2)!» Despues puso su gente en órden de batalla, y dió las disposiciones necesarias para el ataque.

En el centro estableció la infantería, compuesta de arcabuceros y alabarderos, y que constituia la *batalla* segun se llamaba, y en los flancos colocó la caballería, poniendo en el ala derecha el estandarte real, y dando el mando de ella á Alonso de Alvarado. Encargó el ala izquierda á Holguin, sostenido por un valiente cuerpo de caballeros; y en cuanto á la artillería, demasiado insignificante para ser tenida en cuenta, la colocó en el centro. Proponíase mandar la vanguardia y romper la primera lanza con el enemigo; pero de esta ostentacion caballeresca le disuadieron sus oficiales, recordándole lo importante que era su vida para esponerla inconsideradamente. Contentóse, pues, con mandar un cuerpo de reserva compuesto de cuarenta caballos, y destinado á acudir adonde la necesidad lo exigiese. Este cuerpo que comprendia la flor de su caballería, estaba compuesto principalmente de tropas de Alvarado, no sin gran disgusto de su capitan. El gobernador montaba un corcel morcillo, y sobre su cota de malla llevaba una rica túnica de brocado, en la cual brillaban las insignias del hábito de Santiago, que le habia sido conferido al tiempo de salir

(1) «Tuvieron tan gran tempestad de agua, truenos i nieve, que pensaron perecer i amaneciendo con dia claro i sereno...» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VIII, capítulo VIII.

(2) «I así Vaca de Castro siguió su parescer, temiendo todavía la falta del dia, i dijo que quisiera tener el poder de Josué para detener el sol.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XVIII.

de España (1). Era un punto de honor entre los caballeros de aquella época festejar el peligro, desplegando todo el esplendor de sus atavíos militares y todo el lujo posible en sus personas y caballos.

Antes de comenzar la accion, Vaca de Castro dirigió una corta alocucion á sus soldados para desvanecer las dudas que todavía podian tener aquellos que recordasen el desagrado que manifestó el emperador á vencedores y vencidos despues de la batalla de las Salinas. Díjoles que sus enemigos eran rebeldes, que habian hecho armas contra él, representante de la corona, y que su deber era sofocar la rebelion y castigar á sus autores. Despues hizo leer la ley en alta voz con las penas impuestas por ella á los traidores. Por esta ley Almagro y los suyos debian perder sus vidas y haciendas, y el gobernador prometió distribuir estas últimas entre los que mas lo mereciesen por su comportamiento en el combate. Esta promesa política desvaneció completamente las dudas hasta de los mas escrupulosos; y Vaca de Castro, adoptadas sus últimas disposiciones para el ataque con el aire mas grave y marcial, dió la órden de avanzar (2).

Al dar vuelta las tropas á una colina inmediata que ocultaba al enemigo, le vieron formado en la cresta de una grande eminencia con sus banderas blancas, distintivo de los de Almagro, ondeando sobre sus cabezas, y sus brillantes armas reflejando los rayos verticales del sol de la tarde. El órden de batalla en que estaban las tropas de Almagro, era semejante al de su adversario. En el centro se hallaba su escelente artillería protegida por los alabarderos y arcabuceros, y en los flancos formaba la caballería. Almagro guiaba la izquierda en persona. Habia elegido con acierto su posicion, pues la naturaleza del terreno permitia



Vaca de Castro.

que pudiesen jugar perfectamente sus cañones, los cuales en efecto al acercarse el enemigo abrieron un mortífero fuego. Aturdido por aquella tempestad de metralla, Vaca de Castro conoció la dificultad de adelantarse en línea recta contra la batería enemiga.

(1) «I visto esto por el dicho señor, governador, mandó dar al arma á mui gran priesa, y mandó á este testigo que sacase toda la gente al campo, i él se entró en su tienda á se armar, i dende á poco salió della encima de un caballo morcillo rabicano, armado en blanco, y con una ropa de brocado encima de las armas, con el hábito de Santiago en los pechos.» Dicho del capitan Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543 en favor de Vaca de Castro, MS.

(2) Las palabras del gobernador, dice Carbajal, testigo de su efecto, que animaron de tal modo á las tropas que partieron al combate como si fueran á un baile. «En pocas palabras comprehendió tan grandes cosas, que la gente de S. M. cobró tan grande ánimo con ellas, que tan determinadamente se partieron de allí para ir á los enemigos, como si fueran á fiestas donde estuvieran convidados.» Dicho del capitan Francisco de Carbajal, sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543, en favor de Vaca de Castro, MS.

Tomó, pues, el consejo de Francisco de Carbajal que le propuso guiar las tropas por un rodeo seguro. Esta es la primera ocasion en que aparece el nombre de este veterano en las guerras de América, en las cuales adquirió despues tan triste celebridad. Habia llegado al pais despues de cuarenta años de campañas en Europa, donde habia estudiado el arte militar en la escuela del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. Aunque de edad muy avanzada, tenia todo el valor y energía indomable de la juventud, y sus hechos mostraron que habia sabido aprovecharse de las lecciones recibidas bajo el mando de tan gran general.

Aprovechándose, pues, de un camino circular que rodeaba las colinas, condujo sus tropas de tal modo, que hasta que se hallaron casi encima del enemigo estuvieron protegidas por el terreno intermedio. En la marcha fue acometido su flanco izquierdo por los batallones indios al mando de Paullo, hermano del Inca Manco; pero un cuerpo de arcabuceros dirigió contra ellos un fuego bien nutrido que libró pronto á los españoles de este obstáculo. Cuando al fin las tropas reales subiendo á la cima de la eminencia volvieron á encontrarse enfrente de las líneas de Almagro, la artillería jugó contra ellos con sangriento efecto. Hubo un momento, sin embargo, en que sin saberse la causa, se dirigieron los cañones á un punto que aunque presentaba un buen blanco, la mayor parte de los tiros pasaban sobre las cabezas de los enemigos. No está averiguado si esto fue efecto de traicion ó solamente de torpeza. La artillería estaba á las órdenes de Pedro de Candia, que segun recordará el lector fue uno de los trece que tan valientemente se pusieron al lado de Pizarro en la isla del Gallo, y que habia peleado con aquel capitan durante toda la conquista. Despues, habiéndose disgustado de él, tomó partido por Almagro; pero tal vez la muerte de su antiguo gefe habia desvanecido su resentimiento y deseaba volver á sus primitivas banderas. Dícese, á lo menos, que por aquel tiempo estaba en correspondencia con Vaca de Castro, y el mismo Almagro parece que se convenció de su traicion, porque despues de haberle reconvenido en vano por su conducta, le atravesó con su espada, dejándole muerto en el campo. Despues, lanzándose él mismo á uno de los cañones, le dió nueva direccion, y con tan buen éxito, que el tiro echó por tierra á muchos soldados de la caballería enemiga (1).

El fuego se hizo entonces mas mortífero para las tropas reales: una descarga barrió toda una fila de la infantería, y aunque las otras se adelantaron velozmente á llenar los huecos, no pudiendo los soldados sufrir el fuego vivo que se les hacia, llamaron á grandes gritos á la caballería, que habia hecho alto por un momento, para que apresurase su marcha (2). Causaba la dilacion el deseo de Carbajal de adelantar sus cañones para oponerlos á los del enemigo. Pero inmediatamente se abandonó este designio: dejóse en el campo la inútil artillería; y se dió órden á la caballería para que cargase. Sonaron las trompetas, y los valientes caballeros dando el grito de carga y hundiendo las espuelas en los hijares de sus caballos, se lanzaron á todo galope contra el enemigo.

Mas le hubiera valido á Almagro permanecer firme en un puesto que tantas ventajas le daba. Pero escitado por un falso pundonor, juzgó indigno de un caballero valiente esperar el ataque á la defensiva; y mandando á su gente que cargase, los escuadrones enemigos avanzando rápidamente uno contra otro, se encontraron en medio del camino en la llanura. El choque fue terrible. Hombres y caballos titubearon en fuerza del galope. Las lanzas volaron hechas astillas (3), y los soldados sacando las espadas ó echando mano de las mazas, aunque algunos de los del ejército real solo iban armados con una hacha comun, pelearon con toda la furia que engendran las guerras civiles. Era aquella una lucha terrible, no solamente de hombre contra hombre, sino, para valerme de las propias palabras de un testigo presencial, de hermano contra hermano y de amigo contra amigo (4). Nadie pedia cuartel, porque el golpe que habia sido bastante fuerte para romper los mas estrechos lazos del parentesco, habia roto tambien los de la humanidad. Las escelentes armas de los de Almagro contrabalancearon la superioridad del número de sus enemigos; pero los del ejército real consiguieron alguna ventaja dirigiendo sus golpes á los caballos en vez de dirigirlos á los cuerpos armados de sus contrarios.

Entre tanto la infantería sostenia por ambas partes un vivo fuego de arcabuz que producia efecto así en las filas respectivas como en las de caballería. Pero la artillería gruesa de Almagro, bien dirigida esta vez, hacia horrible estrago en las columnas de infantería real que se iban adelantando. Estas no pudiendo ya sufrirlo, empezaban á retroceder, cuando Francisco de Carbajal lanzándose á la cabeza de todos, gritó: «¡Mengua y baldon para el que ceda! yo soy un blanco doble mejor para el enemigo que ninguno de vosotros.» Era en efecto hombre corpulento: y arrojando de sí el acerado yelmo y la coraza para no tener ventaja alguna sobre sus soldados, se quedó armado á la ligera con su coleto de algodon. Despues blandiendo su partesana, se entró atrevidamente por entre las columnas de fuego y humo que brotaban los cañones, y seguido entre una lluvia de balas por los mas valientes de sus tropas, se lanzó sobre los artilleros y se hizo dueño de las piezas.

Las sombras de la noche habian empezado ya á estenderse cada vez mas espesas sobre el campo, y todavía la mortal contienda continuaba en la oscuridad, distinguiéndose los partidos por las divisas rojas ó blancas y por los gritos de: ¡Vaca de Castro y el rey! ¡Almagro y el rey! si bien ambos invocaban el auxilio del apóstol Santiago. Holguin, que mandaba la izquierda de los realistas, habia muerto al principio de la accion, atravesado de dos balas de arcabuz. Habíase hecho notable por la rica túnica de terciopelo blanco que llevaba sobre la armadura. Sin embargo, todavía un valiente cuerpo de caballería mantuvo el

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XVII, XIX. — Naharro, Relacion sumaria, MS. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XI. —Dicho del capitan Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543 en favor de Vaca de Castro, MS. — Carta del Cabildo de Arequipa al emperador, MS. — Carta de Ventura Beltran, MS.—Declaracion de Uscategui, MS.—Gomara, Historia de las Indias, capítulo CXLIX. — Segun Garcilasso, cuyos cañones siempre producen mas efecto que los de cualquier otro escritor, diez y siete hombres murieron de esta maravillosa descarga. Com. Real, parte II, lib. III, cap. XVI.

(2) Segun Zárate los oficiales hicieron marchar con la punta de la espada á sus soldados para que llenasen los huecos que habian dejado sus compañeros muertos. «Porque vn tiro llevó toda una hilera é hizo abrir el escuadron, i los capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenaçando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas, i se cerró.» Conq. del Perú, lib. IV, cap. I.

(3) «Se encontraron de suerte que casi todas las lanças quebraron, quedando muchos muertos, i caidos de ambas partes.» (Zárate Conq. del Perú, lib. IV, cap. I.) Zárate escribe en esta ocasion con el espíritu y energía de Tucidides. No se halló en la batalla; pero llegó al pais al año siguiente y supo todos sus pormenores por las personas mejor informadas, con quienes su posicion le daba fácil acceso.

(4) Este es el lenguaje de los mismos vencedores, que en su carta al emperador comparan la accion de Chupas á la gran batalla de Rávena. «Fue tan reñida i porfiada, que despues de la de Rávena, no se á visto entre tan poca gente mas cruel batalla, donde hermanos á hermanos, ni deudos á deudos, ni amigos á amigos no se davan vida uno á otro.» Carta del cabildo de Arequipa al emperador, MS.

campo con tanta firmeza en aquella ala, que los soldados de Almagro no pudieron adelantar un paso (1).

No sucedió lo mismo en la derecha, donde mandaba Alonso de Alvarado. Acometióle Almagro en persona, que peleaba con un valor digno de su nombre. El jóven general intentó con repetidas cargas arrollar los escuadrones de su enemigo, peor montados y peor armados que los suyos. Alvarado se resistió con indomable valor; pero su fuerza se habia debilitado, como hemos visto, antes de la batalla con la reserva que tuvo que dar al gobernador, y acosado por el número superior de su adversario, que le habia ya ganado dos estandartes, iba poco á poco perdiendo terreno. «Prended, pero no mateis,» gritaba el generoso jóven, creyéndose seguro de la victoria (2).

Pero en este momento crítico, Vaca de Castro, que con su reserva ocupaba una altura que dominaba el campo de batalla, conoció que habia llegado la ocasion de tomar parte en la lucha. Largo tiempo sus ojos penetrando entre el humo de los cañones y arcabuces habian seguido los movimientos de los combatientes: y á cada momento recibia noticias del estado en que se hallaba la accion. No vaciló, pues, y mandando á su gente que le siguiera, se arrojó osadamente en ella en lo mas reñido de la pelea para socorrer á su esforzado oficial. La llegada de un nuevo cuerpo de tropas frescas dió otro giro al combate (3). Animáronse los soldados de Alvarado y estrecharon sus filas. Los de Almagro, aunque arrollados al principio por el ímpetu del ataque, se repusieron en breve y volvieron contra sus enemigos. Trece de los caballeros de Vaca de Castro cayeron exánimes de sus caballos. Pero este era el último esfuerzo de los de Almagro. La fuerza, aunque no el valor, les habia abandonado. Retrocedieron, pues, en todas direcciones, y confundiéndose en la oscuridad caballería, infantería y artillería, se atropellaron unos á otros por huir de la persecucion de sus enemigos. Almagro intentó detenerlos; hizo milagros de valor, dice un testigo ocular, pero fue arrollado por el ímpetu de los que retrocedian, y aunque parecia buscar la muerte segun el desembarazo con que esponia su persona al peligro, no recibió una sola herida.

Otros hubo de su ejército, y entre ellos un jóven llamado Gerónimo de Alvarado, que se negaron obstinadamente á abandonar el campo de batalla, y gritando: ¡Nosotros asesinamos á Pizarro, nosotros matamos al tirano! se arrojaron sobre las lanzas de sus vencedores, prefiriendo la muerte en el campo á la ignominia del patíbulo (4).

Eran las nueve cuando cesó la batalla, aunque á intervalos se oyó todavía el fuego en el campo á hora muy avanzada; cuando alguna partida errante de fugitivos era alcanzada por sus perseguidores. Sin embargo, muchos lograron escaparse favorecidos por la oscuridad de la noche, y de otros se dice que trataron de eludir la persecucion de un modo mas singular, que fue arrancando los distintivos de sus enemigos muertos, poniéndoséles y uniéndose en la persecucion á las tropas de Vaca de Castro.

Este al fin, temiendo algun accidente desagradable, y que los fugitivos; reuniéndose de nuevo en la oscuridad pudiesen causar alguna pérdida á sus perseguidores, mandó tocar las trompetas y llamó á los dispersos soldados bajo sus banderas. Toda la noche permanecieron sobre las armas en el campo, teatro pocas horas antes de ruido y confusion, y entonces sumido en un triste silencio que interrumpian solamente los ayes de los heridos y moribundos. Los indios que durante la batalla se habian mantenido como una negra nube en las cimas de los montes, contemplando con sombría satisfaccion el estrago de sus enemigos, se aprovecharon entonces de las tinieblas para bajar á la llanura como una manada de famélicos lobos, donde despojaron de sus vestiduras los cuerpos de los españoles muertos, y aun de aquellos que, aunque vivos, incapaces de defenderse, se habian arrastrado hasta ocultarse entre las matas.

A la mañana siguiente Vaca de Castro dió órden para que los heridos (los que no habian muerto de resultas de la fria humedad de la noche) fuesen encomendados al cuidado de los cirujanos, y que varios clérigos administrasen confesion y absolucion á los moribundos. Abriéronse cuatro grandes fosas en que se enterraron indistintamente los cuerpos de los muertos tanto de un partido como de otro. Pero los restos de Alvarez de Holguin y de algunos caballeros de distincion fueron trasladados á Guamanga para enterrarlos con la solemnidad correspondiente á su clase; y las rotas banderas ganadas á sus vencidos compatriotas, ondearon sobre sus monumentos como tristes trofeos de la victoria.

El número de los muertos se calcula con variedad, desde trescientos á quinientos por ambas partes (5). Los vencedores por efecto del fuego de cañon que sufrieron antes de la batalla, tuvieron mas pérdida que los de Almagro en la derrota que siguió despues. El número de los heridos fue aun mayor, y la mitad ó mas de los de Almagro que salieron ilesos de la accion, cayeron prisioneros. Muchos en efecto lograron escaparse á Guamanga y refugiarse en las iglesias y monasterios; pero fueron arrancados de su asilo y conducidos á prision. Su valiente gefe, seguido solamente de unos pocos soldados, se retiró al Cuzco, donde inmediatamente fue preso por los mismos magistrados á quienes él habia colocado al frente del gobierno de la ciudad (6).

En Guamanga Vaca de Castro nombró una comision presidida por el licenciado de la Gama para juzgar á los prisioneros; y la *justicia* no quedó satisfecha hasta despues de haber sido condenados cuarenta á muerte y otros treinta á destierro, algunos de estos con pérdida de uno ó mas de sus miembros (7). Tan

(1) Se peleó con tan igual ardor por ambas partes, dice Beltran, que por mucho tiempo fue dudoso á qué lado se inclinaria la victoria. «I la batalla estuvo muy gran rato en peso, sin conoscerse victoria de la una parte á la otra.» Carta de Ventura Beltran, MS.

(2) «Gritaba: ¡Victoria! i decia prender i no matar.» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. III, cap. XI.

(3) La carta del ayuntamiento de Arequipa elogia al gobernador por haber decidido con este movimiento la suerte de la batalla y manifiesta admiracion por el arrojo que desplegó y que no era de esperar en un hombre de su edad y profesion. Véase el *Apéndice* núm. XIII.

(4) «Se arrojaron en los enemigos como desesperados, hirieron á todas partes, diciendo cada uno por su nombre: «Yo soi Fulano, que maté al marques, i asi anduvieron hasta que los hicieron pedaços.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, capítulo XIX.

(5) Zárate le fija en trescientos. Garcilasso y Uscategui, que era del partido de Almagro, le hacen subir á quinientos.

(6) Los pormenores de la accion están tomados de Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS. — Carta de Ventura Beltran, MS. —Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XVII, XX.— Naharro, Relacion sumaria, MS.—Dicho del capitan Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543 á favor de Vaca de Castro, MS.—Carta del Cabildo de Arequipa al emperador, MS. — Carta de Barrio Nuevo, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIX.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. XV, XVIII.— Declaracion de Uscategui, MS.

Muchos de estos escritores estuvieron presentes en la accion, y raras veces pueden sacarse los pormenores de una batalla de testimonios mas auténticos. El que estudie la historia no se sorprenderia de que hubiese en estos detalles la mayor discrepancia.

(7) Declaracion de Uscategui, MS.—Carta de Ventura Beltran, MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XXI. —Los leales habitantes de Arequipa parece que quedaron muy contentos de estas ejecuciones. «Y si la noche, dicen, no cerrara tan presto; V. M. quedara bien satisfecho de esto

severas represalias han sido demasiado frecuentes entre españoles en sus contiendas civiles: y es estraño que tan ciegamente se lancen á ellas siendo tan triste la suerte de los vencidos (1).

Desde el teatro de esta sangrienta tragedia pasó el gobernador al Cuzco, donde entró á la cabeza de sus victoriosos batallones con toda la pompa y aparato militar de un vencedor. En su modo de vivir Vaca de Castro mantenia cierta ostentacion, de que algunos se burlaban, comparándola con las reformas económicas que despues introdujo en las rentas (2). Pero su objeto era con estas formas esteriores producir efecto en la generalidad del pueblo, y no queria desaprovechar ningun medio de dar autoridad á su empleo de gobernador. Su primer acto fue decidir de la suerte de su prisionero Almagro. Reunióse para esto un consejo de guerra: algunos opinaron por que se perdonase la vida al desgraciado gefe en consideracion á su juventud y á la gran provocacion que habia recibido; pero la mayoría dijo que no podia hacerse tal merced al gefe de los rebeldes, y que su muerte era indispensable para asegurar de un modo permanente la tranquilidad del pais.

Cuando Almagro fue conducido al sitio de la ejecucion en la gran plaza del Cuzco, donde su padre habia sido ejecutado pocos años antes, manifestó la mayor serenidad, si bien cuando el heraldo proclamó en alta voz que habia merecido la suerte de los traidores, negó con indignacion que lo fuese. No apeló á la misericordia de sus jueces; solamente les pidió que sus huesos fuesen depositados al lado de los de su infeliz padre (3).

Pocos nombres ha habido en la historia mas desgraciados que el de Almagro. Sin embargo, la muerte del hijo escita mas profunda simpatía que la del padre, y esto no solo por su juventud, sino por las circunstancias particulares de su situacion. Poseia muchas de las buenas cualidades del viejo Almagro; tenia un carácter franco y varonil, y sus maneras de soldado estaban suavizadas por el refinamiento de una educacion mejor que la que se adquiere entre la licencia de los campos. Su carrera, aunque corta, daba indicios de un gran talento, que solo necesitaba un buen teatro donde desarrollarse. Pero era el hijo de la desgracia, y la mañana de su vida estuvo siempre encapotada de negras nubes. Si su carácter, naturalmente benigno, mostró á veces algunas centellas del vengativo furor propio de la raza india, alguna escusa debe hallar no solamente en su sangre, sino tambien en las circunstancias de su situacion. Habia recibido muchos agravios, y si la conspiracion puede justificarse alguna vez, es sin duda en un caso semejante, en que desesperado por los ultrajes hechos á él y á su padre, no podia obtener reparacion del único de quien tenia derecho á reclamarla. Con él se estinguió el nombre de Almagro, y la faccion de Chile, que por tanto tiempo fue el terror del pais, desapareció para siempre.

Mientras ocurrian estos acontecimientos en el Cuzco supo el gobernador que Gonzalo Pizarro habia llegado á Lima, donde se mostraba muy descontento del estado de las cosas en el Perú. Quejábase altamente de que despues de la muerte de su hermano no se le hubiese encomendado el gobierno del pais, y segun se decia, estaba formando planes para apoderarse de él. Vaca de Castro sabia perfectamente que no faltarian malos consejeros que instasen á Gonzalo Pizarro á dar este paso desesperado; y deseando estinguir las últimas chispas de insurreccion antes que produjesen un incendio, agitadas por tan turbulentos ánimos, envió una fuerza considerable á Lima para guarnecer aquella capital, mandando al mismo tiempo á Gonzalo Pizarro que se le presentase en el Cuzco.

No creyó este prudente desobedecer la órden; y poco despues entró en la capital Inca á la cabeza de un cuerpo de caballeros bien armados. Admitido inmediatamente á presencia del gobernador, este mandó retirar su guardia, diciendo que nada tenia que temer de un caballero tan valiente y leal como Pizarro. Despues le hizo varias preguntas respecto á sus últimas aventuras en las Canelas, y le manifestó gran interes al oir sus estraordinarios padecimientos. Tuvo cuidado de no escitar sus sospechas aludiendo á sus ambiciosos planes, y concluyó aconsejándole, que ya que estaba restablecida la tranquilidad del pais, se retirase á buscar el reposo, que tanto necesitaba, en sus productivas haciendas de Charcas. Gonzalo Pizarro, no encontrando motivos para reñir en la tibieza y política del gobernador, y probablemente conociendo que, á lo menos por entonces, no tenia suficiente fuerza para oponérsele, juzgó prudente tomar su consejo y retirarse á la Plata, donde se ocupó en laborear aquellas ricas minas, que en breve le pusieron en estado de acometer una empresa de mas importancia que ninguna de las que hasta entonces habia llevado á cabo (4).

Vaca de Castro, desembarazado así de su formidable competidor, se ocupó entonces en organizar el pais. Empezó por el ejército, parte del cual habia ya disuelto; pero aun quedaban muchos caballeros que instaban porque se les diese la recompensa proporcionada á sus servicios. No rebajaban ellos la importancia de estos, y el gobernador se consideró afortunado en verse libre de sus importunidades empleándolos en distantes espediciones, una de las cuales fue la esploracion del pais regado por el gran rio de la Plata. Sin una ocupacion como esta, los turbulentos ánimos de los altivos caballeros pronto hubieran puesto de nuevo el pais en fermentacion.

Despues se ocupó Vaca de Castro en dar leyes para el mejor gobierno de la colonia. Atendió con especial cuidado á la poblacion india y estableció escuelas para enseñarles la doctrina cristiana. Dictó tambien varias medidas para librarles de las esacciones de los conquistadores, y animó á los pobres indios á trasladar su residencia á las ciudades de los blancos. Mandó á los caciques que proveyesen de víveres los *tambos* ó posadas que hubiese en su jurisdiccion, con lo cual quitó á los españoles un pretesto para el robo y facilitó al mismo tiempo considerablemente el tráfico. Vigiló con gran cuidado la administracion de las rentas que habian sido dilapidadas en los últimos disturbios, y en muchos casos disminuyó los *repartimientos* que le parecian escesivos. Este último acto le atrajo el odio de los que de él fueron objeto; pero sus medidas eran tan justas é imparciales, que la opinion pública le apoyó plenamente (5).

En realidad la conducta de Vaca de Castro desde el momento de su llegada al pais fue tal que se granjeó el respeto de todos y demostró su competencia

traidores; pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el governador lo hace, descuartizando cada dia á los que se escaparon.» Véase el *Apéndice* núm. XIII.

(1) *Nota del traductor.* El traductor, cree, y los hechos de esta historia lo prueban suficientemente, que la sangre de los vencidos mantiene siempre vivo el gérmen de las discordias civiles. Lo estraño, pues, seria que las represalias tuviesen el efecto que el autor supone que debian tener.

(2) Herrera, Historia general, dec. VII, lib. IV. capítulo I.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XXI. — Naharro Relacion sumaria, MS. — Herrera, Historia general. dec. VII, lib. VI, cap. I.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VI, cap. II, lib. IV cap. III. — Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XXII.

(5) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Herrera, Historia gen., dec. VII, lib. VI, cap. II.

para el difícil cargo que se le habia conferido. Sin fondos, sin tropas, al desembarcar habia hallado el pais en completa anarquía; y sin embargo con su valor y habilidad habia logrado adquirir suficiente fuerza para sofocar la insurreccion. Aunque no era soldado, habia mostrado indomable espíritu y presencia de ánimo en el momento de la accion y hecho sus preparativos militares tan previsora y discretamente que escitó la admiracion de los mas espertos veteranos.

Si abusó, como pudiera creerse, de la victoria mostrándose cruel con los vencidos, tambien debe admitirse que no le movió á ello motivo alguno personal. Era un jurisconsulto muy partidario de las reales prerogativas; consideraba la rebelion como crimen imperdonable, y si su carácter austero era inexorable en la administracion de justicia, tambien hay que tener en cuenta que vivia en una edad de hierro, en que la misericordia raras veces templaba el rigor de la ley.

En sus demas disposiciones para el arreglo del pais mostró igual imparcialidad é ilustracion. Los colonos conocieron perfectamente los beneficios de su administracion é hicieron el mejor elogio de sus servicios, dirigiendo peticiones á Castilla para que continuase en el gobierno del Perú (1). Por desgracia no era esta la política que se habia propuesto seguir la córte de España.

CAPITULO VII.

Abusos de los conquistadores.—Código para las colonias.—Gran escitacion en el Perú.—El virey Blasco Nuñez.—Su severa Política.—Oposicion que le hace Gonzalo Pizarro.

1543—1544.

Antes de continuar la narracion de los sucesos del Perú, debemos dar una ojeada á la metrópoli, donde ocurrian importantes cambios respecto á la administracion de las colonias.

Cárlos V desde su subida al trono de España habia tenido ocupada su atencion con los acontecimientos políticos de Europa, donde se abria á su ambicion un teatro mas vasto que el que podian ofrecerle las guerras con príncipes bárbaros en el Nuevo Mundo. Aquí sin embargo un imperio, casi oculto hasta entonces, se habia levantado y crecido hasta adquirir dimensiones mayores que las de sus dominios europeos, y estaba destinado á llegar á ser todavía mas opulento que estos. Habíase, en verdad, bosquejado un plan de gobierno, dictándose de cuando en cuando algunas leyes para el arreglo de las colonias; pero estas leyes eran con frecuencia acomodadas, menos al interes de las colonias mismas que al de la metrópoli, y aun las veces que se dirigian á promover el bienestar de las colonias eran mal ejecutadas, porque la voz de la autoridad, aunque fuertemente proclamada en España, se apagaba frecuentemente en débiles ecos antes que cruzase los mares.

Este estado de cosas, y aun el modo con que en el principio se adquirieron los territorios españoles del Nuevo Mundo eran fatales tanto para las razas conquistadas como para sus vencedores. Si las provincias ganadas por los españoles hubiesen sido fruto de una pacífica adquisicion, de negociaciones ó de cambios; ó si se hubiera hecho la conquista bajo la inmediata direccion del gobierno, los intereses de los indios hubieran sido mas cuidadosamente protegidos. La superior civilizacion de los indios en las colonias españolas de América, les hizo continuar despues de la conquista viviendo en el pais conquistado y mezclándose en las poblaciones con los blancos; formando en esto un contraste notable con los primitivos indios de la América del Norte, que retrocediendo al contacto de la civilizacion, se fueron retirando mas y mas á medida que esta se adelantaba, hasta ocultarse en lo mas profundo de sus espesos bosques. Pero los americanos del Sur habian recibido de antemano instituciones propias de una legislacion mas refinada que la que podia aplicarse á los salvajes habitantes de las florestas; y si el soberano hubiera dirigido en persona sus conquistas no habria consentido que una parte tan considerable de sus vasallos fuese neciamente sacrificada á la codicia y crueldad del puñado de aventureros que les habia subyugado.

Mas el encargo de someter el pais habia sido por desgracia encomendado á manos de individuos irresponsables, soldados de fortuna, aventureros desesperados que entraron en la empresa como en un juego, proponiéndose jugar sin el menor escrúpulo y con solo el objeto de ganar de cualquier modo que fuese. Como del gobierno apenas recibian auxilio, debian sus triunfos solamente á su valor, y así se persuadieron de que el derecho de conquista estinguia todos los derechos anteriores de los desgraciados indígenas. Las tierras y las personas fueron repartidas entre los vencedores como legítimos despojos de la victoria, y cada dia se perpetraban atentados de que la humanidad se estremece.

Estos atentados, aunque en ninguna parte se cometian en tan terrible escala como en las islas, donde en pocos años habian aniquilado casi toda la poblacion india, eran sin embargo de suficiente magnitud en el Perú, para atraer la venganza del cielo sobre las cabezas de sus autores; y el indio podia ver que no se habia dilatado mucho esta venganza cuando contemplaba á sus opresores destrozándose sobre sus miserables despojos y volviendo las armas contra sí mismos. El Perú, como ya he dicho, fue subyugado por aventureros, en su mayor parte de mas baja y mas feroz ralea que los que siguieron las banderas de Cortés. El carácter de los soldados se asemejaba en cierto modo al de sus capitanes en las respectivas empresas. Fue esto una fatalidad para los Incas; porque los indomables soldados de Pizarro eran mas á propósito para combatir contra los fieros aztecas que contra los afeminados y mas civilizados peruanos. Embriagados con la posesion de un poder á que no estaban acostumbrados, y sin la menor idea de la responsabilidad que envolvia su situacion de dueños del pais, se entregaron con frecuencia á satisfacer todos los caprichos que su fantasía ó su crueldad les dictaban. Muchas veces, dice un testigo nada sospechoso, he visto á españoles, largo tiempo despues de la conquista, entretenerse en cazar indios con perros carniceros por mera diversion ó para adiestrar á los perros (2). La licencia no tenia límites: las doncellas eran arrancadas sin escrúpulo de los brazos de sus familias para satisfacer las pasiones de sus brutales conquistadores (3). Las sagradas casas de las vírgenes del Sol fueron abiertas y violadas, y el caballero español llenó su harem de multitud de jóvenes indias,

(1) «I así lo escrivieron al rei la ciudad del Cuzco, la villa la de Plata, i otras comunidades, suplicándole que los dexase por gobernador á Vaca de Castro, como persona que procedia con rectitud i que ya entendia el govierno de aquellos reinos.» Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap. II.

(2) «Españoles hai que crian perros carniceros i los avezan á matar indios, lo cual procuran á las veces por pasatiempo, y ver si lo hacen bien los perros.» Relacion que dió el provisor Morales sobre las cosas que convenian probarse en el Perú, MS.

(3) «Que las justicias dan cédulas de Anaconas que por otros términos los hacen esclavos á vivir contra su voluntad, diciendo: Por la presente damos licencia á vos Fulano para que os podais servir de tal indio ó de tal india, é sacar donde quiera que lo hallaredes.» Relacion del provisor Morales, MS.

como si la media luna y no la inmaculada cruz fuese el símbolo de su bandera (1).

Pero la pasion dominante del español era la sed de oro. Por alcanzarlo no perdonaba trabajo ni fatiga, y era cruel en el que exigia de su esclavo indio. Por desgracia el Perú abundaba en minas que recompensaban copiosamente sus faenas, y para laborearlas, la vida humana era lo último que entraba en el cálculo de los conquistadores. En tiempo de los Incas jamas se consentia que el peruano estuviese ocioso; pero el trabajo que se le imponia era siempre proporcionado á sus fuerzas. Tenia su tiempo de descanso y alimento, y estaba bien protegido contra la inclemencia de las estaciones. Su seguridad personal era tambien objeto de todos los cuidados del gobierno. Pero los españoles, al paso que exigian del indio trabajos superiores á sus fuerzas, le privaban de los medios de repararlas cuando se hallaban agotadas. Las benéficas leyes de los Incas cayeron en desuso: vaciáronse los graneros; consumiéronse los ganados en opíparos festines, matándolos para satisfacer un capricho epicúreo, y mas de un llama fue destruido solamente por comerle los sesos, regalado manjar muy del gusto de los españoles (2). Tan incansable era el espíritu de destruccion despues de la conquista, dice Ondegardo, el sábio gobernador del Cuzco, que en cuatro años murieron mas de estos animales que en cuatrocientos en tiempo de los Incas (3). Los rebaños, antes tan numerosos en las elevadas llanuras, quedaron reducidos á un escaso número que se habia refugiado en las asperezas de los Andes; y el pobre indio, sin alimento, sin la lana que le daba abrigo, erraba medio muerto de hambre y desnudo por los campos. No cupo mejor suerte aun á los que habian auxiliado á los españoles en la conquista, y mas de un Inca noble se vió obligado á mendigar su sustento en las tierras que en otro tiempo habia gobernado; y si alguna vez incitado por la necesidad llegaba á hurtar alguna cosa de lo que á los conquistadores sobraba, espiaba muy pronto esta accion con una muerte miserable (4).

Verdad es que habia hombres compasivos, misioneros fieles á su vocacion, que trabajaban con ardiente celo en la conversion espiritual del indio, y que sensibles á sus desgracias hubieran interpuesto voluntariamente su brazo para escudarle contra sus opresores (5); pero muchos de estos eclesiásticos solian al cabo contagiarse con el general espíritu de licencia; y las comunidades religiosas que pasaban una vida cómoda en las tierras cultivadas por sus esclavos indios, pensaban menos en la salvacion de sus almas que en aprovecharse del trabajo de sus cuerpos (6).

Sin embargo no faltaban hombres buenos é ilustrados que de cuando en cuando levantaban su voz enérgica contra los abusos, y llevaban sus quejas hasta los pies del trono. Debe hacerse tambien al gobierno la justicia de confesar que mostró gran solicitud por obtener cuantos informes podia, ya por sus dependientes, ya por comisionados enviados espresamente al efecto, y cuyas voluminosas comunicaciones arrojan un torrente de luz sobre la condicion interior del pais y suministran los mejores datos al historiador (7). Pero era mas fácil obtener informes que aprovecharse de ellos.

En 1541 Carlos V, que habia estado muy ocupado con los negocios de Alemania, volvió á sus dominios españoles, donde llamó fuertemente su atencion el estado de las colonias. Varias relaciones le fueron presentadas sobre este punto; pero ninguna escitó tanto su real conciencia como la de Las Casas, despues obispo de Chiapa. Este digno eclesiástico, que habia consagrado toda su vida á las caritativas tareas que le granjearon el honroso título de Protector de los indios, acababa de escribir su célebre tratado sobre la Destruccion de las Indias, el registro mas notable que hay tal vez de las maldades humanas, pero que por desgracia pierde mucho de su efecto por la credulidad del escritor y por su conocida tendencia á exagerar.

En 1542 Las Casas puso su manuscrito en manos del soberano, y en el mismo año se reunió una junta en Valladolid, compuesta principalmente de jurisconsultos y teólogos, con el objeto de formar un sistema de legislacion para el arreglo de las colonias.

Las Casas se presentó á esta junta con un discurso bien preparado, del cual solamente una parte se ha dado al público. En él sentaba como proposicion fundamental que los indios eran por la ley de la naturaleza libres; que como vasallos de la corona tenian derecho á su proteccion y debian ser declarados libres desde entonces, sin escepcion y para siempre (8).

(1) «Es general el vicio del amancebamiento con indias, y algunos tienen cantidad dellas como en serrallo.» Ibid., MS.

(2) «Muchos españoles han muerto i matan increible cantidad de ovejas por comer solo los sesos, hacer pasteles del tuétano i candelas de la grasa. De ai hambre general.» Relacion del provisor Morales, MS.

(3) «Se puede afirmar que hicieron mas daño los españoles con solos quatro años que el Inga en quatrocientos.» Ondegardo, Rel. seg., MS.

(4) «Ahora no tienen que comer ni donde sembrar, i asi van á hurtallo como solian, delito por que han aorcado á muchos.» Rel. del provisor Morales, MS.

Esta y alguna de las citas precedentes, como el lector verá, han sido tomadas del manuscrito del bachiller Luis de Morales, que vivió diez y ocho ó veinte años en el Cuzco; y en 1541, por el tiempo de la llegada de Vaca de Castro al Perú, preparó un Memorial dirigido al gobierno que comprendia ciento nueve capítulos. En él trata de la situacion del pais y de los remedios que su caritativo celo le sugeria. Las notas del emperador puestas al márgen muestran que la córte lo examinó con atencion. No hay razon, á lo menos que yo sepa, para desconfiar del testimonio de este escritor, y Muñoz ha dado algunos estractos notables del memorial en su inestimable coleccion.

(5) El padre Naharro da noticia de doce misioneros, algunos de su órden, cuyos celosos afanes y milagros en la conversion de los indios juzga dignos de comparacion con los de los doce apóstoles de la cristiandad. Es sensible que la historia, al paso que recuerda los nombres de tantos perseguidores de los pobres infieles, haya omitido los de sus bienhechores.

«Tomó su divina Majestad por instrumento doce solos religiosos pobres, descalzos i desconocidos, cinquo del órden de la Merced, quatro de Predicadores i tres de San Francisco; obraron lo mismo que los doce apóstoles en la conversion de todo el vniverso mundo.» Naharro, Rel. Sumaria, MS.

(6) «Todos los conventos de Dominicos y Mercenarios tienen repartimientos. Ninguno dellos ha dotrinado ni convertido un indio. Procuran sacar dellos cvanto pueden trabajarles en granjerías; con esto i con otras limosnas enriquecen. ¡Mal ejemplo! Ademas convendrá no pasen frailes, sino precediendo diligente exámen de vida i doctrina.» (Relacion de las cosas que S. M. debe proveer para los reynos del Perú, enviada desde los Reyes á la córte por el licenciado Martel Santoyo, de quien va firmada en principios de 1542, MS.) Este aserto del licenciado muestra el cuadro por un lado diferente del de Naharro. Sin embargo, los de ambos no son incompatibles. La naturaleza humana tiene su luz y sus sombras.

(7) Tengo en mi poder muchos de estos Memoriales ó *Relaciones* como se llamaban, redactados por residentes en contestacion á las preguntas propuestas por el gobierno. Estas preguntas, aunque su principal objeto era averiguar los abusos existentes é invitar á que se propusiera el remedio, versan muchas veces sobre las leyes y costumbres de los antiguos Incas. Las respuestas, por tanto, son de gran valor para las investigaciones históricas. El mas importante de los documentos que poseo es el escrito por Ondegardo, gobernador del Cuzco, que comprende cerca de cuatrocientas páginas en fólio, y que en otro tiempo formó parte de la rica coleccion de Lord Kingsborouh. Es imposible recorrer estas concienzudas relaciones sin convencerse profundamente del celo con que procuró la corona averiguar los abusos introducidos en el gobierno interior de las colonias, y del sincero propósito que tenia de remediarlos. Por desgracia muchas veces los mismos colonos no secundaron tan laudable intento.

(8) Otro obispo, tambien dominico, pero que se parecia

Sosténia esta proposicion con gran variedad de argumentos, muchos de los cuales han sido presentados despues en la misma causa por los amigos de la humanidad. Hablaba en seguida de la urgencia de adoptar tales disposiciones mostrando que sin la intervencion del gobierno la raza india seria gradualmente esterminada por la opresion sistemática de los españoles, y por último sostenia que si los indios, segun se aseguraba, no trabajaban á no ser que á ello se les obligase por la fuerza, todavía los blancos estaban mas interesados en cultivar la tierra por sí mismos; y que si no podian hacerlo, esta circunstancia no les daba derecho sobre el indio, porque *la ley de Dios prohibe hacer el mal, aunque de él haya de resultar el bien* (1). Esta elevada moral debe tenerse presente que salia de los lábios de un dominico del siglo XVI, de un fraile de la órden que fundó la inquisicion y en el mismo pais en que este terrible tribunal ejercia su actividad mayor (2).

Los argumentos de Las Casas encontraron toda la oposicion que era de esperar del egoismo, del fanatismo y de la indiferencia. Fueron tambien combatidos por algunas personas de ideas justas y benévolas, que si bien admitian la esactitud general de sus razonamientos y simpatizaban profundamente con los desgraciados indios, temian que el plan de reforma produjese mayores males que los que se trataba de corregir. Pero Las Casas era un amigo decidido de la libertad: atrincherábase fuertemente en el terreno del derecho natural, y, como algunos reformistas de nuestros dias, no se cuidaba de calcular las consecuencias de aplicar el principio en toda su estension. Su ardiente elocuencia, inspirada por su generoso amor á la humanidad y fortificada por un cúmulo de hechos que no era fácil contradecir, prevaleció en el ánimo de su auditorio: y el resultado de las deliberaciones fue la redaccion de un código de leyes, código, sin embargo, que lejos de limitarse á satisfacer las necesidades de la poblacion india, hacia tambien particular referencia á la poblacion europea y á los trastornos que habian alterado el pais, y era aplicable generalmente á todas las colonias de América. Solo será necesario citar aquí alguna de las leyes que tenian mas inmediata relacion con el Perú.

Los indios fueron declarados fieles y leales vasallos de la corona y su libertad plenamente reconocida. Sin embargo, para mantener inviolable la garantía que daba el gobierno á los conquistadores, se acordó que los que legalmente poseyesen esclavos, pudiesen conservarlos; pero á la muerte de los actuales propietarios debian aquellos volver á la corona.

Establecióse ademas que no pudiesen en ningun caso tener esclavos los que se habian mostrado indignos de tenerlos por negligencia ó crueldad; los funcionarios públicos y empleados del gobierno; los eclesiásticos y comunidades religiosas, y últimamente (cláusula que podia comprender á infinitos) los que habian tomado una parte criminal en las luchas entre Almagro y Pizarro.

Se ordenó asímismo que los indios fuesen tratados con moderacion; que no se les obligara á trabajar donde no quisiesen, y que donde fuese necesario por circunstancias particulares, recibiesen por su trabajo una regular recompensacion. Decretóse que como los repartimientos de tierra eran escesivos se redujesen en ciertos casos, y que los propietarios que se hubiesen hecho culpados de abuso notorio de sus esclavos perdiesen completamente sus tierras.

Como el Perú habia mostrado siempre un espíritu de insubordinacion que requeria de parte de las autoridades una intervencion mas vigorosa que en las demas colonias, se resolvió enviar un virey á aquel pais, el cual desplegase una ostentacion y fuese investido de tales facultades que pudieran representar dignamente al soberano. Debia acompañarle tambien una real audiencia, compuesta de cuatro jueces con estensa jurisdiccion tanto en lo criminal como en lo civil, los cuales, ademas de ejercer las funciones de tribunal de justicia, debian constituir una especie de consejo para auxiliar al virey en el gobierno. La audiencia de Panamá quedó disuelta en este arreglo, y el nuevo tribunal con la córte del virey debia establecerse en Los Reyes ó Lima, como empezó á llamarse desde entonces la metrópoli del imperio español en el Pacífico (3).

Tales eran los principales artículos de este notable código, que tocando á las mas delicadas relaciones de la sociedad, destruia los fundamentos de la propiedad, y de una plumada convertia en libre una nacion de esclavos. Poca prevision se necesitaba para adivinar que en las remotas regiones de América, donde los colonos habian estado siempre acostumbrados á una licencia ilimitada, una reforma tan saludable en sus puntos esenciales, solo á costa de una revolucion podria llevarse en breve tiempo á cabo. Sin embargo, el código recibió la sancion del emperador en el mismo año, y en noviembre de 1543 fue publicado en Madrid (4).

No bien se supo su contenido, se enviaron muchas cartas en que los amigos de los colonos les participaban las noticias, las cuales corrieron toda la tierra con la rapidez del rayo desde Méjico á Chile. Asustáronse todos con la perspectiva de la ruina que les amenazaba. En el Perú particularmente, apenas habia uno que pudiera lisonjearse de no estar comprendido en la ley. Pocos eran los que no habian tomado parte, en una ocasion ó en otra, en las guerras civiles entre Almagro y Pizarro, y menos los que no estuviesen comprendidos en alguna de las insidiosas cláusulas que parecian estendidas como una red para envolverlos.

Todo el pais se puso en conmocion. Juntáronse los hombres tumultuosamente en las calles y plazas, y al publicarse los artículos del código eran recibidos con gritos y silbidos universales. «¿Es este, decian, el fruto de todos nuestros trabajos? ¿para esto hemos derramado á torrentes nuestra sangre? ¡Ahora que

muy poco á Las Casas, reclama de una manera mas enfática la perpetua emancipacion de los indios. Este es uno de los objetos principales de una comunicacion ya citada del P. Valverde al gobierno, comunicacion cuyas ideas generales hacen mas honor á su humanidad que algunas de las escenas de esta historia en que fue actor. «A V. M representarán allá los conquistadores muchos servicios, dándolos por causa para que los dexe servir de los indios como de esclavos; V. M. se los tiene muy bien pagados en los provechos que han avido desta tierra, i no los ha de pagar en hazer á sus vasallos esclavos.» Carta de Valverde al emperador, MS.

(1) «La loi de Dieu défand de faire le mal pour qu'il ne résulte du bien.» Œuvres de Las Casas, Evêque de Chiapa, trad. por Llorente (Paris 1822), tomo I, pág. 251.

(2) Es coincidencia curiosa que este argumento de Las Casas haya sido publicado por primera vez (aunque en lengua estranjera) por un secretario de la inquisicion, como era Llorente. El original todavía permanece en manuscrito. Es singular que estas obras que contienen las ideas de tan gran filántropo sobre materias de tal interes para la humanidad, no hayan sido con mas frecuencia consultadas, ó á lo menos citadas, por los que despues siguieron sus huellas. Son un arsenal del que pueden sacarse muchas armas útiles á la buena causa.

(3) Las cláusulas de este célebre código se encuentran con mas ó menos (generalmente menos) estension en varios escritos contemporáneos. Herrera las da *in estenso*, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap. V.

(4) Las Casas apresuró esta sancion dirigiéndose á la conciencia del rey y representándole que la Santa Sede concedia el derecho de conquista á los soberanos españoles con la esclusiva condicion de convertir á los infieles, y que el Omnipotente le tomaria en cuenta el tiempo que innecesariamente se tardase en cumplir esta condicion. Œuvres de Las Casas, ubi supra.

estamos inútiles á fuerza de trabajos y fatigas nos dejan al fin de la campaña tan pobres como estábamos al principio! ¿Es este el modo que tiene el gobierno de recompensarnos por haberle conquistado un imperio? ¿Qué ha hecho el gobierno para ayudarnos en la conquista? Lo que tenemos lo hemos ganado con nuestras espadas, y con las mismas sabremos defenderlo.» Despues los cansados veteranos, levantándose la manga mostraban los desnudos brazos ó esponian á la vista del público los pechos, enseñando sus cicatrices como el mejor título para la posesion de sus estados (1).

El gobernador Vaca de Castro vió con la mas profunda inquietud la tempestad que por todas partes se iba formando. Hallábase en el mismo centro de la escitacion, porque el Cuzco, habitado por una poblacion mista y sin ley, estaba tan internado en las montañas, que tenia menos relaciones con la metrópoli, y por consiguiente estaba mucho menos sujeto á su influencia que las grandes ciudades de la costa. El pueblo invocó al gobernador para que le protegiese contra la tiranía de la córte; pero Vaca de Castro procuró calmar la agitacion de los colonos, representándoles que las medidas violentas solo tenderian á frustar el objeto que deseaban conseguir. Aconsejóles, pues, que nombrasen diputados para que representasen una peticion á la corona manifestando la impracticabilidad del nuevo plan de reforma y suplicando su revocacion; y rogóles encarecidamente que tuviesen paciencia hasta la llegada del virey, del cual acaso podria conseguirse que suspendiera la ejecucion del código hasta recibir nuevas instrucciones de Castilla.

Pero no era fácil calmar la tempestad; y el pueblo empezó ya á volver los ojos en busca de algunos cuyos intereses y simpatía fuesen comunes con los suyos, y cuya posicion en el pais pudiera proporcionarle proteccion. La persona en quien naturalmente fijaron su eleccion en esta crísis fue Gonzalo Pizarro, el último que quedaba en el Perú de aquella familia que habia mandado los ejércitos de la conquista; caballero cuyas maneras afables y populares le habian atraido el favor de la generalidad. Vióse, pues, rodeado de gentes que le suplicaban que interpusiese en su favor su influencia con el gobierno y les librase del rigor de las nuevas ordenanzas.

Gonzalo Pizarro se hallaba en Charcas muy ocupado en esplorar las ricas minas del Potosí, cuyas fuentes, acabadas de descubrir entonces, habian de derramar en breve tales torrentes de plata sobre Europa. Aunque satisfecho de que se apelase á su proteccion queria, como cauto, proveerse de los medios necesarios para la empresa antes de comenzarla; y si bien en secreto escitaba á los descontentos, no se comprometió prematuramente tomando parte en ningun movimiento revolucionario. Por aquel tiempo recibió cartas de Vaca de Castro, cuyo ojo vigilante seguia todas las fases de la agitacion, en que le rogaba y rogaba á sus amigos no se dejasen seducir por planes violentos de reforma hasta el punto de faltar á la lealtad debida al gobierno. Ademas el gobernador para contener estos movimientos de desórden, mandó á los alcaldes que prendiesen á todo el que profiriese palabras sediciosas, y le impusieran un castigo proporcionado á su delito. Con esta firme y moderada conducta se contuvieron un tanto los furores del populacho y hubo algun tiempo de calma, en el cual todos esperaban con ansia la llegada del virey (2).

La persona elegida para este empleo importante fue un caballero de Avila llamado Blasco Nuñez Vela, de antigua familia, de hermosa presencia, aunque algo avanzado en años, y reputado por valiente y devoto. Habia desempeñado varios destinos de responsabilidad á satisfaccion de Cárlos V, por quien era nombrado ahora virey del Perú. Esta eleccion no hizo honor al discernimiento del monarca.

Parece estraño que no se confiriese este importante empleo á Vaca de Castro que ya se hallaba en el pais, y que se habia mostrado siempre apto para desempeñarlo. Pero desde que se le dió la mision para el Perú habia habido una série de asesinatos, insurrecciones y guerras civiles capaces de arruinar á la desgraciada colonia; y aunque su acertada administracion habia puesto las cosas en órden, las comunicaciones de España con las Indias eran tan tardías, que aun no se sabian en la madre patria todos los resultados de su política. Por otra parte, como se trataba de hacer importantes innovaciones en el gobierno, se creyó preferible enviar á uno que no tuviese que luchar con resentimientos personales, y que procediendo directamente de la córte, revestido de facultades estraordinarias, pudiera presentarse con mayor autoridad de la que tendria otro á quien el pueblo se habia acostumbrado á ver en un empleo inferior. El monarca, sin embargo, escribió de su propia mano una carta á Vaca de Castro en que le daba gracias por sus servicios pasados y le mandaba que despues de auxiliar al nuevo virey con los informes fruto de su larga esperiencia, volviese á Castilla á ocupar su asiento en el consejo. Enviáronse tambien cartas de la misma especie á los leales colonos que habian apoyado al gobernador en los últimos disturbios del pais. Provisto de ellas y de las malhadadas ordenanzas se embarcó Blasco Nuñez en San Lúcar el 3 de noviembre de 1543 acompañado de los cuatro jueces de la audiencia y de un numeroso séquito para que pudiese presentarse con la ostentacion correspondiente á su alta categoría (3).

A mediados del siguiente enero de 1644, despues de una navegacion feliz, desembarcó el virey en Nombre de Dios, donde encontró un buque cargado de plata y dispuesto á darse á la vela para España. Su primer acto fue embargar este buque á nombre del gobierno por contener productos del trabajo de esclavos. Despues de esta medida estraordinaria, adoptada en oposicion al dictámen de la audiencia, cruzó el istmo de Panamá. Allí dió una muestra de su futura política haciendo que trescientos indios del Perú que habian llevado á aquel punto sus propietarios, fuesen puestos en libertad y restituidos á su pais. Esta medida violenta causó gran sensacion en la ciudad y encontró tambien fuerte oposicion en la audiencia. Suplicáronle los jueces que no empezase tan precipitadamente á ejecutar su comision, sino que esperase hasta llegar á la colonia y se tomase el tiempo necesario para adquirir algunos informes respecto al pais y al estado de los ánimos en el pueblo. Pero Blasco Nuñez replicó friamente que «habia venido no para interpretar las leyes ni discutir su conveniencia, sino para ejecutarlas, y que las ejecutaria á la

(1) Carta de Gonzalo Pizarro á Pedro Valdivia, MS., desde Los Reyes 31 de Oct. de 1548.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. 1.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VI. cap. X—XI.

Benalcázar en una carta á Cárlos V dirige una série de invectivas contra las ordenanzas, de las cuales dice que despojando á los dueños de esclavos reducirian inevitablemente el pais á la miseria. Benalcázar era un conquistador, y de los mas respetables. Su carta es una buena muestra de los argumentos de su partido sobre este punto en contestacion á los de Las Casas. Carta de Benalcázar, MS., desde Cali, 20 de diciembre de 1544.

(2) Benalcázar, ubi supra.—Zárate, Conq. del Perú, ubi supra.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia M, S.—Montesinos, Annales, MS. año 1543.

(3) Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VI, capitulo IX.—Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. I, capitulo IV—Zárate, MS.

letra, cualesquiera que fuesen las consecuencias (1).» Esta respuesta y el tono áspero en que fue dada terminaron desde luego el debate, porque los jueces vieron que era inútil discutir con un hombre que consideraba toda oposicion como una tentativa para apartarle de su obligacion y cuyas ideas de deber escluian todo ejercicio discrecional de autoridad, aun cuando el bien público lo exigiese.

El virey, dejando la audiencia en Panamá por hallarse enfermo uno de sus individuos, continuó su camino y costeando las orillas del Pacífico desembarcó el 4 de marzo en Tumbez. Recibiéronle muy bien aquellos leales habitantes: su autoridad fue públicamente proclamada, y el pueblo quedó asombrado de la ostentacion y magnificencia que desplegó, y que fueron tales que jamas se habian visto en el Perú. Aprovechó Blasco Nuñez la primera ocasion para dar una muestra de su ulterior política dando libertad á un gran número de esclavos indios, á instancia de sus caciques. Despues continuó por tierra su viaje en direccion al Sur, y manifestó su determinacion de conformarse estrictamente con la letra de las ordenanzas, haciendo que su equipaje fuese llevado por mulas donde esto era practicable; y donde fue absolutamente necesario valerse de los indios, dispuso que se les pagasen bien sus servicios (2).

Todo el pais se llenó de consternacion al saber la conducta del virey y sus conversaciones, bien públicas, que circularon rápidamente aunque tal vez referidas con exageracion. Celebráronse de nuevo reuniones en las ciudades. Discutióse la conveniencia de oponerse á su viaje, y una diputacion de vecinos del Cuzco, que se hallaban entonces en Lima, instó repetidas veces al pueblo á que le cerrase las puertas de la capital. Pero Vaca de Castro, á la primera noticia de la llegada próxima del virey habia salido del Cuzco para Lima, y aunque con alguna dificultad, pudo recabar de los habitantes que continuasen dando muestras de su lealtad, recibiendo al nuevo gobernador con los honores correspondientes, y confiasen en que despues de examinadas las cosas con mas detenimiento, aplazaría la ejecucion de la ley hasta nueva decision de la corona.

Sin embargo, la gran mayoría de los españoles, segun lo que ya habian oido, tenian escasa confianza en el alivio que pudiera ofrecerles el virey. Dirigiéronse, pues, mas encarecidamente que nunca á Gonzalo Pizarro, sobre el cual llovieron cartas y peticiones de todas partes invitándole á tomar el cargo de protector de la colonia. Tales peticiones encontraron esta vez mas favorable respuesta que en la primera ocasion.

Habia en efecto muchos motivos para que Gonzalo Pizarro se pusiese en movimiento. A su familia debia principalmente España la estension de su imperio colonial, y se sentia fuertemente agraviado de que no se hubiera puesto en sus manos el gobierno de aquellos dominios. Así lo habia sentido á la llegada de Vaca de Castro, y mucho mas debia aumentarse el sentimiento de su agravio al ver el nombramiento de un nuevo virey, que indicaba que la política de la corona era escluir á su familia de la direccion de los negocios. Su hermano Hernando continuaba todavía en su prision y él iba á ser sacrificado como la principal víctima de las fatales ordenanzas: porque ¿quién habia tomado parte mas principal que él en la guerra civil con Almagro el padre? Y aun se decia (aunque podia ser efecto de exageracion) que el virey habia anunciado que trataría á Pizarro como culpado en la batalla de las Salinas (3). Sin embargo, no habia en el pais una persona que tuviese tantos intereses ni tanto que perder con la revolucion. Abandonado así por el gobierno, creyó que era ya tiempo de cuidar de sus negocios por sí propio.

Reunió, pues, diez y ocho ó veinte caballeros de aquellos en quienes tenia mas confianza, y tomando una gran cantidad de plata sacada de las minas, aceptó la invitacion de presentarse en el Cuzco. Al acercarse á la ciudad encontró un numeroso cuerpo de habitantes que salia á recibirle, haciendo resonar el aire con sus gritos y saludándole con el título de procurador general del Perú. Este título fue inmediatamente confirmado por el ayuntamiento de la ciudad, el cual le invitó á presidir una diputacion que debia enviarse á Lima para esponer sus quejas al virey y solicitar la suspension de las ordenanzas.

Pero se habia encendido en el pecho de Pizarro la llama de la ambicion. Vióse fuertemente apoyado por el afecto popular y desde la posicion mas elevada en que entonces se hallaba, sus deseos tomaron un vuelo mas alto y mas ilimitado. Sin embargo, si abrigó una ambicion criminal, la ocultó cuidadosamente á todos y tal vez á sí propio. El único objeto á que aspiraba, segun decia, era el bien del pueblo (4), frase sospechosa, que generalmente significa el bien del individuo. Pidió entonces permiso para organizar una fuerza armada y tomar el título de capitan general. Sus fines, segun aseguraba, eran completamente pacíficos; pero seria imprudente, sin estar fuertemente protegido, presentarse con semejante peticion á un hombre de carácter tan impaciente y arbitrario como el virey. El ayuntamiento del Cuzco se negó al principio á conceder facultades que de tal modo escedian de sus legítimas atribuciones; pero Pizarro declaró que en caso de formal negativa renunciaria el título de procurador; y los esfuerzos de sus partidarios apoyados por el pueblo vencieron al fin los escrúpulos de los magistrados, los cuales concedieron al ambicioso gefe el mando militar á que aspiraba. Pizarro lo aceptó, asegurando modestamente que lo hacia «solo porque en ello se prometia servir los intereses del rey, de las Indias, y sobre todo del Perú (5).»

CAPITULO VIII.

Llegada del virey á Lima.—Gonzalo Pizarro sale del Cuzco.—Muerte del Inca Manco.—Conducta imprudente del virey.—Es preso y destituido por la audiencia.—Gonzalo Pizarro es proclamado gobernador del Perú.

1544.

MIENTRAS ocurrian los acontecimientos referidos en las anteriores páginas, Blasco Nuñez continuaba su viaje á Lima. Pero la irritacion que su conducta habia causado ya en los ánimos de los colonos, se mostró en la fria acogida que encontró en el camino

(1) «Estas y otras cosas le dixo el licenciado Zárate, que no fueron al gusto del virey: antes se enojó mucho por ello y respondió con alguna aspereza, jurando que avia de executar las ordenanças como en ellas se contenia, sin esperar para ello términos algunos ni dilaciones.» Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. 1, cap. VI.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. VI.—Fernandez, Historia del Perú, ubi supra.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Montesinos, Annales, MS., año e 1544.

(3) «Que así me la havia de cortar á mi i á todos los que havian seido notablemente, como él decia, culpados en la batalla de las Salinas i en las diferencias de Almagro, i que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de gente tan baxa, que llamaba él á los desta tierra porqueros i arrieros (aludiendo al origen de los Pizarros) sino que estuviese toda en la corona real.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(4) «Diciendo que no queria nada para sí, sino para el beneficio universal, i que por todos habia de poner todas sus fuerças.» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VII, capítulo XX.

(5) «Aceptelo por ver que en ello hacia servicio á Dios i á S. M. i gran bien á esta tierra i generalmente á todas las Indias. Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VIII, cap. XIX—

y en la escasez de alojamientos y provisiones que se prepararon para él y su séquito. En uno de los puntos de descanso halló sobre la puerta de su habitacion esta inscripcion de mal agüero: «A quien me viniere á quitar mi hacienda, quitarle he la vida (1).» Esta amenaza, sin embargo, ni le intimidó ni le hizo variar de propósito, y continuó su viaje hácia la capital, cuyos habitantes, precedidos de Vaca de Castro y de las autoridades municipales, salieron á recibirle. Entró con gran ostentacion bajo un palio de paño carmesí con fuertes varas de plata que llevaron los individuos de ayuntamiento. Un caballero con una maza, emblema de autoridad, cabalgaba delante de él; y despues de haber pronunciado el juramento de costumbre en la sala del consejo, la comitiva se dirigió á la catedral, donde se cantó un *Te Deum*, siendo en seguida instalado Blasco Nuñez en su nueva dignidad de virey del Perú (2).

Su primer acto fue anunciar su determinacion respecto á las ordenanzas. No tenia facultad de suspender su ejecucion; debia cumplir la comision que se le habia confiado; pero ofrecia unir sus ruegos á los de los colonos en un memorial al emperador solicitando la revocacion de un código que ya creia no ser conveniente ni á los intereses del pais ni á los de la corona (3). Con esta opinion sobre el asunto, parecerá estraño que Blasco Nuñez no hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de suspender la ejecucion de la ley hasta que el soberano se convenciese de las inevitables consecuencias que resultarian de llevarla á cabo. El bajá de un déspota turco que se hubiese permitido semejante cosa en favor de los intereses de su señor, podia en verdad contar con recibir el cordon ó el puñal. Pero el ejemplo de Mendoza, el prudente virey de Méjico, que adoptó esta medida en circunstancias semejantes y precisamente en la misma época, deberia haberle probado su conveniencia en aquel caso. Mendoza suspendió las ordenanzas hasta que la corona se enterase de los resultados que iban á producir, y así se salvó Méjico de una revolucion (4). Pero Blasco Nuñez no tenia la prudencia de Mendoza.

Los temores del público estaban, pues, muy lejos de calmarse. Formáronse secretos planes en Lima que estendieron sus ramificaciones á las demas ciudades. No desconfió, sin embargo, el virey, y cuando le informaron de los preparativos de Gonzalo Pizarro, no adoptó otra medida mas que enviarle un mensaje participándole las facultades estraordinarias de que estaba investido, y mandándole que disolviese sus fuerzas. Creia tal vez que una mera palabra suya bastaria para sofocar la rebelion. Pero se necesitaba mas que una palabra para desbandar la férrea soldadesca del Perú.

Entre tanto Gonzalo Pizarro se ocupaba activamente en reunir su ejército. Su primer paso fue sacar de Guamanga diez y seis piezas de artillería, enviadas allí por Vaca de Castro, que en el estado de agitacion en que se hallaba el pais, no habia querido dejar en el inquieto pueblo del Cuzco semejantes instrumentos de destruccion. Gonzalo, que no tenia escrúpulos para servirse de los indios, se apropió seis mil de estos para que trasladasen este tren á traves de las montañas (5).

Con sus esfuerzos y los de sus amigos, el activo gefe reunió pronto un ejército de cerca de cuatrocientos hombres, que si no era muy imponente por entonces, confiaba en que llegaria á serlo á medida que bajase hácia la costa, por el aumento que recibiria en las ciudades y aldeas que encontrara al paso. Gastáronse todos sus fondos en equipar las tropas y proveerlas para la marcha: y para suplir la falta de recursos no tuvo escrúpulo en apoderarse del real tesoro, puesto que segun decia era para invertirlo en objetos de interes público. Con este oportuno auxilio sus tropas bien montadas y completamente equipadas, estuvieron en breve en estado de presentarse en el campo; y despues de dirigirles una corta arenga, en que tuvo cuidado de insistir sobre el carácter pacífico de su empresa, un tanto en contradiccion con sus preparativos militares, salió por las puertas de la capital.

Antes de dejar el Cuzco habia recibido un importante refuerzo en la persona de Francisco de Carbajal, el veterano que tuvo parte tan principal en la batalla de Chupas. Hallábase en Charcas cuando llegó al Perú la noticia de las ordenanzas, é inmediatamente resolvió abandonar el pais y volver á España, convencido de que el Nuevo Mundo no seria ya para él la tierra que habia buscado, las doradas Indias. Redujo, pues, todos sus efectos á dinero y se preparó á embarcarse en el primer buque que se le presentase. Pero no se le ofrecia oportunidad y tenia pocas esperanzas de burlar la vigilancia del virey. Sin embargo, aunque Gonzalo Pizarro le ofreció un mando á sus órdenes en la espedicion, el veterano lo rehusó diciendo, que ya tenia ochenta años, y que solo deseaba volver á su casa y pasar con sosiego el resto de sus dias (6). Mas le hubiera valido persistir en su negativa. Pero al fin accedió á los ruegos de su amigo, y el corto tiempo que le quedó de vida fue todavía mas que suficiente para manchar su memoria con perpetua infamia.

Poco despues de su salida del Cuzco supo Pizarro la muerte del Inca Manco, el cual fue asesinado por una partida de españoles de la faccion de Almagro, que despues de la derrota de su jóven capitan se habian refugiado en el campo indio. Ellos en cambio fueron todos muertos por los peruanos. Es imposible determinar quién tuvo la culpa de la contienda, pues ninguno de los que se hallaron en ella pudo salvarse para contarlo (7).

La muerte de Manco Inca, segun se le llamaba comunmente, es un suceso que no debe ser pasado en silencio en la historia peruana; porque fue el último de su raza que puede decirse que estuvo animado del heróico espíritu de los antiguos Incas. Aun-

XX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. IV—VIII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. VIII.—Montesinos, Annales, MS., año de 1544.

(1) Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VII, capítulo XVIII.

(2) «Entró en la ciudad de Lima á 17 de mayo de 1544: salióle á recibir todo el pueblo á pie y á caballo dos tiros de ballesta del pueblo, y á la entrada de la cibdad estaba un arco triunfal de verde con las armas de España, y las de la misma cibdad; estábanle esperando el regimiento y justicia, y oficiales del rey con ropas largas hasta los pies, de carmesí, y un palio del mesmo carmesí, aforrado en lo mesmo, con ocho baras guarnecidas de plata, y tomáronle debajo todos á pie, cada regidor y justicia con una vara del palio, y el virey en su caballo con las mazas delante: tomáronle juramento en un libro misal, y juró de las guardar y cumplir todas sus libertades y provisiones de S. M.; y luego fueron desta manera hasta la iglesia, salieron los clérigos con la cruz á la puerta, y le metieron dentro cantando *Te Deum laudamus*, y despues que vbo dicho su oracion fué con el cabildo y toda la cibdad á su palacio, donde fue recibido y hizo un parlamento breve en que contentó á toda la gente.» Relacion de los sucesos del Perú desde que entró el virey Blasco Nuñez, acaecidos en mar y tierra, MS.

(3) «Porque llanamente él confesaba que así para su magestad como para aquellos reinos, eran perjudiciales.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. V.

(4) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. capitulos II—V.

(5) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. VIII.

(6) Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VII, capítulo XXII.

(7) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS —Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. VII.

que colocado en el trono por Pizarro, lejos de continuar siendo un mero instrumento en sus manos, mostró en breve que no estaba dispuesto á hacer que su suerte dependiese de la voluntad de sus vencedores. Aun cuando las antiguas instituciones del pais se desplomaban alrededor suyo, todavía luchó valientemente como Guatimocin, el último de los aztecas, para evitar su caida ó enterrar á sus opresores entre las ruinas del imperio. Con su ataque á la capital del Cuzco, en el cual la mayor parte de ella fue demolida, dió un golpe terrible á las armas de Pizarro y por un momento la suerte de los conquistadores estuvo en suspenso en la balanza del destino. Aunque derrotado al fin por la ciencia superior de su adversario, todavía siguió mostrando el mismo indomable espíritu que en otro tiempo. Retiróse á las asperezas de sus montañas, de donde saliendo cuando la ocasion se le ofrecia, caia sobre las caravanas de caminantes y sobre las pequeñas partidas de guerreros, y cuando sobrevenia la guerra civil acudia á ponerse del lado del mas débil, prolongando así la lucha de sus enemigos y alimentando su venganza con la contemplacion de sus calamidades. Cambiando constantemente de residencia, supo eludir la persecucion entre los desfiladeros de las cordilleras, y ya errando al rededor de las ciudades, ya emboscándose á la inmediacion de los caminos, hizo que su nombre llegase á ser el terror de los españoles. Muchas veces le dirigieron estos proposiciones de acomodamiento, y cada gobernador, hasta Blasco Nuñez, habia llevado instrucciones de la córte para atraerse por cualquier medio al formidable guerrero. Pero Manco no creia en las promesas de los blancos, y prefirió conservar su salvaje independencia en las montañas con los pocos valientes que le seguian, á la ignominia de vivir esclavo en el pais que en otro tiempo reconoció por soberanos á sus antecesores.

La muerte del Inca hizo desaparecer uno de los grandes pretestos de los preparativos militares de Pizarro; pero en este ejerció, como puede suponerse, muy poca influencia. Mas sintió la desercion de algunos de sus soldados que le abandonaron en los primeros dias de su marcha. Varios caballeros del Cuzco, asombrados al ver la ninguna ceremonia con que Gonzalo Pizarro habia echado mano de los caudales públicos, y asustados del aspecto belicoso que iban tomando los negocios, empezaron á conocer que se hallaban en el camino de la rebelion. Muchos de ellos, inclusos algunos de los principales de la ciudad, se retiraron del ejército y se apresuraron á presentarse en Lima y á ofrecer sus servicios al virey. Las tropas se desanimaron con esta desercion, y aun Pizarro titubeó un momento en su propósito y pensó en retirarse con cincuenta de los suyos á Charcas para entrar desde allí en negociaciones con el gobierno. Pero un poco de reflexion y las amonestaciones del valiente Carbajal, que jamas retrocedia en la empresa una vez comenzada, le convencieron de que ya habia ido demasiado lejos para poder volverse atras y que su único medio de salvacion estaba en seguir adelante.

Tranquilizáronle algunas manifestaciones mas decididas que poco despues recibió de la opinion pública. Un oficial llamado Puelles, que mandaba en Guanuco, se le unió con algunos caballos que le habia confiado el virey. A esta defeccion siguieron otras, y Gonzalo al descender de las elevadas llanuras del Cuzco vió gradualmente aumentarse sus fuerzas hasta llegar á componer un número casi doble del que tenian cuando salió de la capital india.

Al atravesar con mas libre paso los sangrientos campos de Chupas, Carbajal le enseñó los diversos sitios que habian sido teatro del combate, y Pizarro podia haber encontrado materia para tristes reflexiones si hubiera meditado sobre la suerte destinada á los rebeldes. En Guamanga fue recibido con los brazos abiertos por los habitantes, muchos de los cuales se apresuraron á alistarse en sus banderas, pues habiendo oido hablar en todas partes del carácter inflexible del virey, temblaban por sus propiedades (1).

Blasco Nuñez empezó ya á convencerse de que se hallaba en una posicion crítica. Antes de que se consumase la traicion de Puelles habia recibido algunas noticias vagas respecto á las intenciones de este oficial. Aunque apenas las daba crédito, destacó á uno de los suyos llamado Diaz con una fuerza para impedir la desercion de Puelles; pero aunque aquel emprendió con buen deseo su mision, le persuadieron poco despues que debia seguir el ejemplo de su camarada y con la mayor parte de su gente se pasó al enemigo. En las guerras civiles de aquel infeliz pais se cambiaba de partido tan frecuentemente, que la deslealtad á sus gefes casi dejó de ser una mancha en el honor de un caballero. Sin embargo, todos, cualquiera que fuese el partido en que se hallaran afiliados, proclamaban altamente su lealtad á la corona.

Blasco Nuñez, viendo que los suyos y los que mas adhesion á su causa habian aparentado le hacian traicion, comenzó á sospechar de todos los que le rodeaban. Por desgracia sus sospechas recayeron en algunos de los que mas confianza podian inspirarle. Entre estos se hallaba su predecesor Vaca de Castro. El antiguo gobernador, en la delicada posicion en que se hallaba colocado, se habia conducido con honradez é integridad perfectas. Habia hablado francamente al virey, y no le hubiera estado mal á Blasco Nuñez haberse aprovechado de sus instrucciones. Pero Blasco Nuñez, infatuado con la importancia de su empleo, presumia por otra parte demasiado de su superior sabiduría para admitir los consejos de su esperto predecesor, y sospechó que este mantenia correspondencia secreta con sus enemigos del Cuzco, sospecha que no parece haber tenido mas fundamento que la amistad personal que, como era sabido, profesaba Vaca de Castro á algunos de ellos. Sin embargo para Blasco Nuñez, sospechar era convencerse, y mandó prender á Vaca de Castro y conducirle á un buque anclado en el puerto. Esta medida violenta fue seguida de la prision de otros muchos caballeros probablemente por sospechas asímismo mal fundadas (2).

Fijó en seguida su atencion en el enemigo. No obstante haberse frustrado ya una vez la esperanza de obtener algo por medio de las negociaciones, no desesperó de conseguirlo la segunda, y envió á Gonzalo Pizarro otra embajada, presidida por el obispo de Cuzco, prometiendo una amnistía general y haciendo á Gonzalo algunas proposiciones mas halagüeñas. Pero esta embajada, al paso que anunció la debilidad del virey, tuvo el mismo mal éxito que la primera (3).

Blasco Nuñez se preparó entonces vigorosamente para la guerra, su primer cuidado fue poner la capital en estado de defensa aumentando las fortificaciones y construyendo barricadas en las calles. Mandó despues hacer un alistamiento general de los habitantes y llamó tropas de las ciudades inmediatas, llamamiento á que no se apresuraron estas demasiado á responder. Una escuadra de ocho á diez buques estaba

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XIV. —Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. IX—X.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, cap. V—IX.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Relacion de los sucesos del Perú, MS.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. III.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I. cap. X.

(3) El obispo Loaysa fue despojado de sus despachos, y no se le permitió entrar en el campo para que su presencia no tentase la constancia de los soldados. (Relacion de los sucesos del Perú.) Este pasaje ocupa mas aprecio del que merece en la mayor parte de los escritos.

preparada en el puerto para operar en combinacion con las fuerzas terrestres. Tomáronse las campanas de las iglesias y de ellas se hicieron arcabuces (1) y del real tesoro se sacaron los fondos necesarios. Ofrecióse á los soldados una paga escesiva y compráronse mulas y caballos á tal precio, que bien se echaba de ver que el oro, ó por mejor decir la plata, era el artículo de menos valor en el Perú (2).

Mientras se hacian estos preparativos, los jueces de la audiencia llegaron á Lima. En su viaje habian mostrado muy poco respeto así á las ordenanzas como á la voluntad del virey, porque se habian valido de los pobres indios con tan poca escrupulosidad como los mismos conquistadores. Ya hemos visto el completo desacuerdo que existia contra ellos y el virey en Panamá. Este desacuerdo fue todavía mas manifiesto en Lima. Desaprobaron todos sus actos: su negativa de suspender las ordenanzas, aunque en realidad no habia tenido nueva ocasion de ponerlas en práctica; sus preparativos de defensa que segun ellos eran inútiles, porque debia haberse recurrido á las negociaciones, y finalmente la prision de tantos leales



Carbajal en el palacio del virey.

caballeros que declararon un acto arbitrario y fuera de los límites de su autoridad. Así no tuvieron reparo en visitar la cárcel en persona y poner en libertad á los presos (3).

Este paso atrevido, al mismo tiempo que les concilió la buena voluntad del pueblo, cortó de una vez todas sus relaciones con el virey. Habia en la audiencia un abogado llamado Cepeda, hombre astuto y ambicioso, de bastantes conocimientos en su profesion y de talento todavía mayor para la intriga. Este no tuvo reparo en usar de los bajos artificios de un demagogo para ganarse el favor del populacho, creyendo hallar su provecho en fomentar la antipatía contra Blasco Nuñez. El virey, preciso es confesarlo, hizo al mismo tiempo todo lo posible para ayudar á su consejero en tan laudable intento.

Cierto caballero de Lima llamado Suarez de Carbajal, que habia desempeñado por largo tiempo un empleo durante el mando de los gobernadores, cayó en desgracia del virey por sospechas de haber contribuido á la desercion de algunos de sus parientes que habian tomado partido con los descontentos. El virey llamó á Carbajal á su palacio á una hora avanzada de la noche; y cuando fue conducido á su presencia, le acusó de traicion y le reconvino ásperamente. Carbajal negó el cargo en tono tan alto y enérgico como el de su acusador. Acaloróse la disputa hasta que Blasco Nuñez en un arrebato de ira le dió un golpe con su daga. En un momento sus dependientes, tomando aquel

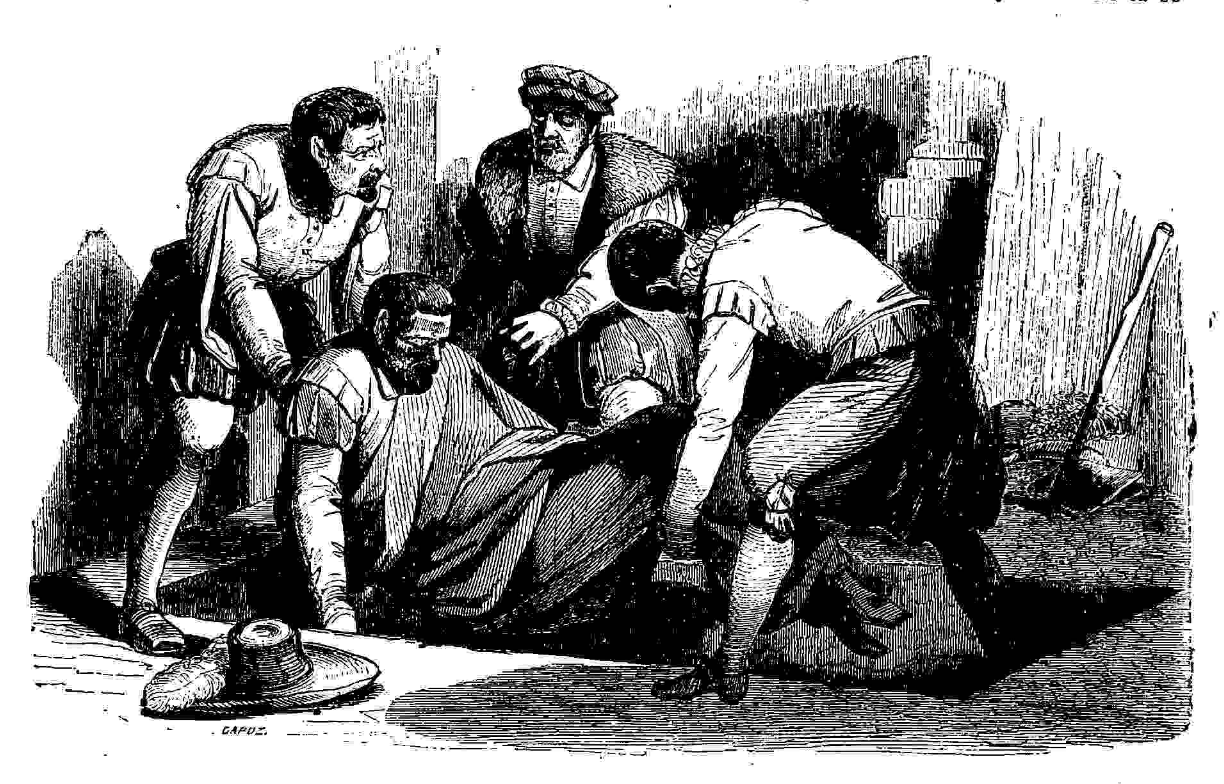
(1) «Hiço hacer gran copia de arcabuces, así de hierro como de fundicion, de ciertas campanas de la iglesia maior, que para ello quitó.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, capítulo VI.

(2) Blasco Nuñez pagó, segun Zárate que tenia medios de saberlo, doce mil ducados por treinta y cinco machos.— «El visorrey les mandó comprar de la hacienda real treinta i cinco machos, en que hiciesen la jornada, que costaron mas de doce mil ducados.» (Zárate, Conq. del Perú, lib. V, capítulo X.) Los modernos americanos del Sur se sorprenderán de que se pasagasen tan escesivamente unos animales que ahora tanto abundan en el pais.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. X.— Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VIII, cap. II—X.— Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

golpe por una señal, hundieron las espadas en el cuerpo del desgraciado Carbajal que cayó sin vida en el suelo (1).

Blasco Nuñez, temeroso de las consecuencias de su precipitada accion, porque Carbajal era muy querido en Lima, mandó que el cadáver fuese trasladado por una escalera secreta á la catedral, donde envuelto en su sangrienta capa fue enterrado en una sepultura, apresuradamente abierta para recibirlo. Tan trágico suceso, sabido de tantos, no pudo estar por mucho tiempo secreto. Vagos rumores del caso esplicaron la misteriosa desaparicion de Carbajal. Abrióse la se-



Enterramiento de Carbajal.

pultura, y los destrozados restos de aquel infeliz manifestaron el crímen del virey (2).

Desde aquel momento Blasco Nuñez fue universalmente aborrecido, y su crímen en este caso tomó un colorido de ingratitud, pues se sabia que el muerto habia empleado al principio su influencia para reconciliar los ánimos con el gobierno. Nadie se contaba seguro, y cada uno temia ser la segunda víctima de las indomables pasiones del virey. En este estado algunos volvieron los ojos á la audiencia y muchos mas á Gonzalo Pizarro en busca de proteccion.

Pizarro se adelantaba lentamente hácia Lima; de la cual solo se hallaba distante unos cuantos dias de marcha. Blasco Nuñez, sin saber qué hacerse, conoció entonces lo triste de su posicion: abandonado de sus amigos; en desacuerdo con la audiencia, vendido por sus soldados, pudo prever sin gran esfuerzo las consecuencias de su imprudente conducta. Sin embargo, no habia otro remedio para él sino marchar al encuentro del enemigo ó defenderse en Lima. Habia puesto la ciudad en buen estado de defensa, lo cual indicaba que su primitivo intento era sostenerse en ella; pero no pudiendo contar con la fidelidad de sus tropas se decidió por un tercer partido que ciertamente era el mas inesperado.

Consistia este en abandonar la capital y retirarse á Trujillo, á unas ochenta leguas de distancia. Las mujeres y los equipajes debian embarcarse en la escuadra y ser trasportados por mar, mientras las tropas y los habitantes marchaban por tierra asolando el pais por donde pasasen. Gonzalo Pizarro cuando llegase á Lima se encontraria sin víveres para su ejército, y en este apuro no se cuidaria de emprender una larga marcha atravesando un pais desierto para ir en busca del enemigo (3).

Qué es lo que el virey se proponia con este movimiento, no se comprende, como no fuese ganar tiempo; y aun así cuanto mas tiempo ganase peor hubiera sido para él. Pero estaba destinado á encontrar una fuerte oposicion en la audiencia. Los oidores dijeron que no tenia facultades para dar semejante paso, y que ellos no podian legalmente celebrar sus sesiones fuera de la capital. Blasco Nuñez persistió en su determinacion amenazando á los jueces con la fuerza en caso necesario. Estos apelaron á los habitantes para que les ayudaran á resistir tan arbitraria medida;

(1) «Dióle en el pecho con la daga, segun dicen, pero el virey lo niega.» Esto dice Zárate en un ejemplar *impreso* de su historia (lib. V, cap. XI). En el manuscrito original, que todavia existe en Simancas, refiere el hecho sin comentario alguno. «Luego el dicho virrei echó mano á una daga, i arremetió con él, i le dió una puñalada, i á grandes voces mandó que le matasen.» (Zárate, MS.) Esta era sin duda su leal conviccion cuando escribia en el mismo sitio y poco despues del acontecimiento. Pero sin duda juzgó político y prudente modificar sus espresiones antes de dar la obra á la estampa. —Otro autor contemporáneo, bien enterado de estos sucesos y amigo del virey, se espresa de este modo: «Dicen que le hizo varias heridas con la daga:» y no trata de refutar de manera alguna el cargo. (Relacion de los sucesos del Perú, MS.) Esta version parece en efecto ser la mas general recibida en aquel tiempo por los que tenian los mejores medios de saber la verdad.

(2) Zárate, Conq. del Perú, ubi supra.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XII.—Fernandez, parte I, lib. I, cap. XVIII.

reunieron fuerza armada para que les protegiese, y en el mismo dia dieron un decreto mandando prender al virey.

Lo que Blasco Nuñez no se habia cuidado de hacer lo hicieron los oidores. Salieron á la cabeza de su gente, cuyo número, aunque corto al principio, esperaban que se aumentase con los que encontraran al paso, y de este modo se dirigieron al palacio del virey gritando; «¡libertad libertad! ¡viva el rey! ¡viva la audiencia!» Empezaba entonces á amanecer, y los habitantes, despertados al ruido, corrieron á los balcones y ventanas, y sabiendo el objeto del movimiento, algunos tomaron sus armas y se unieron á él, mientras las mujeres, agitando sus pañuelos aplaudian la revolucion.

Cuando la turba llegó enfrente del palacio del virey, hizo alto por un momento, incierta del partido que debia tomar. El virey dió órden para hacer fuego desde las ventanas, y una descarga de balas pasó sobre sus cabezas sin tocar á nadie. Entonces la mayor parte de los criados del virey, con muchos de sus oficiales, inclusos algunos de los que se habian mostrado mas solícitos por su seguridad personal, se unieron abiertamente al populacho, y el palacio fue invadido y saqueado. Blasco Nuñez, abandonado de todos, escepto de unos cuantos migos fieles, no opuso resistencia; se rindió á los agresores, fue conducido ante los jueces, y por ellos confinado en una estrecha prision. Los habitantes, gozosos del éxito del movimiento, dieron un banquete á los soldados, y el asunto concluyó sin que se perdiese una sola vida. Nunca hubo revolucion menos sangrienta (1).

Lo primero que hicieron los jueces fue disponer del preso. Enviósele con fuerte guardia á una isla inmediata, hasta que se decidiese lo que debia hacerse con él. Despues fue depuesto de su empleo, estableciéndose un gobierno provisional compuesto de los individuos de la audiencia y presidido por Cepeda, cuyo primer acto fue suspender la ejecucion de las odiadas ordenanzas hasta recibir instrucciones de lo córte. Decidióse tambien enviar á Blasco Nuñez á España acompañado de un oidor encargado de esplicar al gobierno el carácter de los últimos disturbios y justificar las medidas adoptadas por la audiencia. Este acuerdo fue puesto al momento en ejecucion; eligióse al licenciado Alvarez para acompañar al virey, y este desgraciado, despues de haber estado muchos dias en la isla desierta con escaso alimento y espuesto á todas las inclemencias del tiempo, hubo de emprender su viaje á Panamá (2).

Quedaba todavía un formidable adversario en Gonzalo Pizarro, que se habia adelantado ya hasta Xauxa, á unas noventas millas de Lima. Allí hizo alto, y entre tanto en Lima gran número de habitantes se preparaban á unirse á sus banderas, prefiriendo servir á sus órdenes á quedar sometidos á la autoridad que se habia abrogado la audiencia. Los jueces, que habian saboreado las dulzuras del gobierno por demasiado corto tiempo para que les agradase renunciar á ellas, se decidieron al fin, despues de muchas dilaciones, á enviar un mensaje al procurador, anunciándole la revolucion que se habia verificado y la suspension de las ordenanzas. Decíanle, ademas, que el gran objeto de su mision estaba ya cumplido, y que habiéndose organizado un nuevo gobierno le invitaban á mostrar su obediencia, disolviendo su ejército y retirándose á gozar tranquilo y seguro de sus haciendas. La exigencia hecha á una persona que se hallaba en la posicion de Pizarro era muy atrevida, aunque envuelta en términos corteses y en frases lisonjeras. Era querer espantar al águila en el momento mismo de ir á lanzarse sobre su presa. Sin embargo, si Pizarro hubiera desmayado en su propósito, le habria afirmado en él su esforzado teniente. «No mostreis debilidad, le dijo, cuando tan cerca estamos de asegurar el golpe. Todos vuestros pasos han sido felices hasta ahora; no teneis mas que alargar la mano para tomar el gobierno y todos os seguirán.» El encargado por los jueces de presentar el mensaje á Pizarro, volvió con esta respuesta: «que la voluntad del pueblo era que Gonzalo Pizarro se encargase del gobierno del pais, y que si la audiencia no le daba desde luego la investidura de gobernador, entregaria la ciudad al saqueo (3).»

Los magistrados quedaron consternados al oir esta contestacion decisiva. Sin embargo, no resolviéndose todavía á renunciar, fueron á pedir consejo á Vaca de Castro, que se hallaba aun detenido á bordo de uno de los buques. Pero Vaca de Castro debia muy poco á sus sucesores para que quisiera esponer por ellos su vida desconcertando los planes de Pizarro, y así guardó un discreto silencio, dejando la decision del asunto á la sabiduría de la audiencia.

Entre tanto Carbajal fue enviado á la ciudad para apresurar las deliberaciones. Llegó de noche seguido solamente de unos cuantos soldados y mostrando en esto el desprecio que hacia del poder de los jueces. Su primer acto fue sacar de sus camas y poner en prision á un gran número de caballeros del Cuzco, los mismos que, como he dicho antes, habian abandonado las filas de Pizarro á su salida de aquella capital. Mientras la audiencia dudaba aun del medio que debia adoptar, Carbajal hizo subir en mulas á tres de sus presos, personas de consideracion y riqueza, y les trasladó escoltados por la ciudad hasta los arrabales, donde concediéndoles solo un breve espacio de tiempo para que se confesasen, les hizo ahorcar á todos de las ramas de un árbol. El mismo dirigió la ejecucion, y se mofó de una de las víctimas, diciéndole; «que en consideracion á su alta clase tendria el privilegio de elegir la rama de que habia de ser ahorcado (4).» Dícese que el feroz Carbajal hubiera ido aun mas adelante en sus ejecuciones, á no haber recibido órdenes contrarias de su gefe. Pero bastante se hizo para avivar las deliberaciones de la audiencia, cuyos individuos conocieron que en manos tan poco escrupulosas sus vidas estaban pendientes de un hilo. Enviaron, pues, sin mas dilacion un mensaje á Gonzalo Pizarro invitándole á entrar en la ciudad y declarando que la seguridad del pais y el bien general exigian que se pusiesen en sus manos las riendas del gobierno (5).

(1) Relacion de los sucesos del Perú, MS. — Relacion anónima, MS. — Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XIX. — Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XI. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Gonzalo Pizarro deduce devotamente de esto que la revolucion fue obra de la mano de Dios para el bien del pais. «E hízose sin que muriese un hombre, ni fuese herido, como obra que Dios la guiava para bien desta tierra.» Carta, MS., ubi supra.

(2) Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia. — Relacion de los sucesos del Perú, MS.

La historia de la captura del virey está muy bien referida por el autor de este último manuscrito; el cual, en este caso á lo menos, se inclina como debe en favor de Blasco Nuñez, aunque era su adversario.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIII.

Se necesitaba cierto valor para llevar el mensaje de la audiencia á Gonzalo Pizarro y á sus fieros soldados. El historiador Zárate fue el que desempeñó esta comision, no muy á gusto suyo segun parece. Sin embargo, salió ileso del peligro, y ha dado en su crónica una relacion completa de este asunto.

(4) «Le queria dar su muerte con una preeminencia señalada, que escogiese en qual de las ramas de aquel árbol queria que le colgasen.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, capitulo XIII. — Relacion anónima, MS. — Fernandez, parte I, lib. I, cap. XXV.

(5) Segun Gonzalo Pizarro, la audiencia hizo esta invitacion obedeciendo á las exigencias de los representantes de las ciudades. — «Y á esta sazon llegué á Lima; i todos los procu-

Pizarro, que habia llegado ya á media legua de distancia de la capital, entró inmediatamente en ella el 28 de octubre de 1544 con todo el aparato guerrero. Toda su fuerza llegaba á cerca de mil doscientos españoles, ademas de algunos miles de indios que iban á vanguardia conduciendo la artillería (1). Despues de los indios iban los alabarderos y arcabuceros formando un cuerpo de infantería formidable para un ejército colonial; y últimamente la caballería, á cuya cabeza marchaba el mismo Pizarro sobre un magnífico caballo brillantemente enjaezado. Iba Gonzalo completamente armado, y sobre su armadura ondeaba una túnica ricamente bordada y una capa carmesí llena de brillantes adornos, los cuales realzaban la gallardía y el aire marcial de su persona (2). Delante de él iba el estandarte real de Castilla; porque todos, realistas ó rebeldes, peleaban siempre bajo esta enseña. A la derecha acompañaba á este emblema de lealtad una bandera con las armas del Cuzco, y á la izquierda otra con las armas concedidas por la corona á la casa de los Pizarros. Al pasar la marcial comitiva por las calles de Lima, rasgaron el aire multitud de aclamaciones que salian del pueblo y de los espectadores asomados á las ventanas. De cuando en cuando se oia el estampido del cañon, y las campanas de la ciudad (las que habia dejado el virey) tocaban un alegre son como celebrando una victoria.

Los jueces de la audiencia tomaron á Gonzalo el juramento de costumbre, proclamándole gobernador y capitan general del Perú, hasta que pudiera saberse en este punto la voluntad de S. M. El nuevo gobernador se alojó en el palacio de su hermano, en el cual aun se veian las manchas de su sangre. Fiestas, corridas de toros y torneos alegraron la ceremonia de la inauguracion, prolongándose por muchos dias y entregándose el pueblo al mayor recocijo como si hubiera comenzado para el Perú un nuevo y mas favorable órden de cosas (3).

CAPITULO IX.

Medidas de Gonzalo Pizarro. —Evasion de Vaca de Castro.—Reaparicion del virey.—Su desastrosa retirada. — Su derrota y su muerte. — Gonzalo Pizarro dueño del Perú.

1544 — 1546.

El primer acto de la administracion de Gonzalo Pizarro fue mandar prender á los que habian tomado una parte mas activa contra él en los últimos disturbios. A muchos condenó á muerte, pero despues conmutó la sentencia, y se contentó con desterrarlos y confiscarles los bienes (4). Despues se dedicó á establecer su autoridad sobre mas firmes bases. Llenó de partidarios suyos el ayuntamiento de Lima; envió á sus tenientes á encargarse del mando de las principales ciudades; é hizo construir galeras en Arequipa para asegurar el dominio de los mares; y puso sus tropas en el mejor estado posible para prepararse á cualquier evento.

La real audiencia existia solo de nombre, porque el nuevo gobernador absorbió prontamente todas sus facultades, deseando poner la administracion en el mismo pie en que se hallaba en tiempo del marques su hermano. La audiencia, en efecto, tenia necesariamente que aniquilarse; atendida la posicion de sus individuos. Alvarez habia sido enviado con el virey á Castilla; Cepeda, el mas ambicioso de todos, viendo frustrados sus planes, se contentaba con ser mero instrumento en manos del gefe militar que le habia destituido; Zárate, el tercer juez, se hallaba detenido en su casa por una enfermedad mortal (5); y á Tejada, que era el cuarto, se proponia Gonzalo enviarlo á Castilla con una relacion de los últimos sucesos dirigida á justificar su conducta á los ojos del emperador. A este propósito se opuso Carbajal, diciendo bruscamente á Gonzalo, «que habia ido demasiado lejos para esperar favor de la corona, y que mejor haria en fiar su justificacion á las lanzas y á los arcabuces (6).»

Pero de repente desapareció del puerto el buque que debia trasladar á Tejada á España. Era el mismo en que Vaca de Castro estaba preso. Este, no queriendo fiarse de una persona cuyas proposiciones habia él rechazado en otro tiempo con tan poca ceremonia, y convencido ademas de que su presencia de nada servia en una tierra donde no tenia autoridad legítima, persuadió al capitan á que le llevase á Panamá. Despues cruzó el istmo y se embarcó para España. Habianle ya precedido rumores de su llegada, y no faltaban cargos contra él suscitados por algunos de aquellos á quienes su administracion habia descontentado. Fue acusado de haber adoptado medidas violentas y arbitrarias sin consideracion á los derechos del colono ni á los del indio; y principalmente de haberse apropiado los caudales públicos y de volver con los cofres llenos de riquezas. Este último era un crímen imperdonable.

No bien puso el pie en su pais fue preso y conducido á la fortaleza de Arévalo; y aunque despues le trasladaron á mejor prision y le trataron con las consideraciones debidas á su clase, todavía no dejó de pasar doce años detenido como preso de Estado, que fue lo que tardaron los tribunales de Castilla en pronunciar sentencia á su favor. Al fin fue absuelto de todos los cargos suscitados contra él; lejos de probarse que habia usurpado los caudales públicos, se probó que no habia vuelto á España mas rico que cuando se salió de ella; le pusieron, pues, en libertad devolviéndole sus honores y dignidades; volvió á ocupar su silla en el consejo y gozó el resto de sus dias de la consideracion á que sus méritos le hacian acreedor (7). El mejor elogio de su entendida ad-

radores de las cibdades destos reynos suplicaron al audiencia me hiciesen gobernador para resistir los robos á fuerzas que Blasco Nuñez andava faciendo, i para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas á su real servicio convenia. Los oydores, visto que así convenia al servicio de Dios i al de S. M. i al bien destos reinos, etc.» (Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.) Pero la relacion de Pizarro respecto á este punto debe recibirse con mas deconfianza que la ordinaria. Su carta dirigida al célebre conquistador de Chile contiene una relacion completa del origen y progresos de la rebelion; es la mejor vindicacion de su conducta que puede hallarse, y como contrapeso á lo que dijeron sus enemigos es tambien de inestimable valor para el historiador.

(1) El autor de la Relacion anónima dice que empleó doce mil indios en este servicio. Pero este autor, aunque vivia en las colonias en aquel tiempo, habia muchas veces sin fundamento alguno, y no puede merecer nuestra confianza.

(2) «Y él armado y con una capa de grana cubierta con muchas guarniciones de oro, é con sayo de brocado sobre las armas.» —Relacion de los sucesos del Perú, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIII,

(3) Para las precedentes pág nas respecto á Gonzalo Pizarro, véanse: Relacion anónima, MS.—Fernandez, Historia del Perú, parte I, cap. XXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Zárate, loc. cit.—Herrera, Hist. gen., dec. VII, lib. VIII, capítulo XVI—XIX.—Relacion de los sucesos del Perú, MS.—Montesinos, Annales, MS., año de 1544.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Este honrado militar fue mas leal á su rey que á su pariente. Por lo menos no se adhirió al partido de Gonzalo, y fue uno de los que estuvieron á pique de ser ahorcados por este motivo. Parece que nunca profesó gran estimacion á su pariente.

(5) No debe confundirse á Zárate el juez con Zárate el historiador, el cual pasó al Perú con la audiencia en clase de contador, habiendo desempeñado antes el empleo de secretario del consejo en España.

(6) Gomara, Historia de las Indias, cap. CLXXII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXI.

(7) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XV.—Relacion

ministracion fueron las turbulencias que su sucesor escitó en el pais. La nacion fue conociendo gradualmente el valor de sus servicios, aunque debe confesarse que el modo con que fueron recompensados por el gobierno no da una idea muy elevada de la gratitud de los reyes.

Todavía esperimentó Pizarro un disgusto mayor del que le causaba la fuga de Vaca de Castro, con la vuelta de Blasco Nuñez. Apenas se habia apartado de la orilla el buque que le conducia á España, el juez Alvarez, ya por remordimientos, ó ya por temor de las consecuencias de volver con el virey á su pais, se presentó á Blasco Nuñez y le dijo que estaba en libertad. Al mismo tiempo se disculpó de la parte que habia tenido en su prision atribuyéndola al deseo de salvarle la vida y de sacarle de su peligrosa situacion. Despues puso el buque á su disposicion y le aseguró que le llevaria adonde quisiese.

El virey, cualquiera que fuese el grado de crédito que diera á las esplicaciones del juez, se apresuró á aprovecharse de la oferta. Su altivez se sublevaba ante la idea de volver á España en desgracia sin haber podido cumplir ninguno de los objetos de su mision. Determinó por tanto probar otra vez fortuna en el pais, y su única duda era sobre el punto que habia de elegir para reunir en torno suyo á sus partidarios. En Panamá podia estar seguro mientras invocaba el auxilio de Nicaragua y otras colonias del Norte: pero esto habria sido abandonar del todo su gobierno y tal confesion de debilidad produciria mal efecto en sus partidarios del Perú. Decidióse pues á dirigirse á Quito, cuya capital al mismo tiempo que se hallaba dentro de su jurisdiccion, estaba bastante apartada del teatro de las últimas turbulencias para darle tiempo á reunir sus tropas y hacer frente á sus enemigos.

Con este propósito desembarcó con su comitiva en Tumbez á mediados de octubre de 1544. Al saltar en tierra publicó un manifiesto participando á los habitantes el violento proceder de Gonzalo Pizarro y su gente; denunciándolos como traidores á su rey, y exhortando á todos los fieles súbditos de S. M. á que acudiesen á su lado para ayudarle á sostener la autoridad real. El llamamiento no quedó sin respuesta, y aunque poco á poco fueron llegando de San Miguel, de Puerto Viejo y de otras ciudades de la costa, voluntarios que animaron el corazon del virey con la conviccion de que el sentimiento de lealtad no estaba estinguido aun en los pechos españoles.

Pero mientras se ocupaba en estos preparativos recibió noticia de la llegada á la costa de uno de los capitanes de Pizarro con fuerza superior á la suya. Estas noticias eran exageradas; pero Blasco Nuñez, sin tomarse tiempo para averiguar la verdad, abandonó su posicion de Tumbez y con toda la velocidad que le fue posible atravesando un pais silvestre y montañoso medio enterrado en nieve, se dirigió á Quito. Esta capital, situada al estremo septentrional de la provincia no era punto favorable para la reunion de sus partidarios; así despues de haber permanecido en ella hasta que Benalcázar, el leal comandante de Popayan, le aseguró que le auxiliaria con todas sus fuerzas en la próxima campaña, hizo una rápida contramarcha hácia la costa y tomó posicion en la ciudad de San Miguel. Este era un punto á propósito para sus designios pues la ciudad, ademas de estar situada en el gran camino que costeaba las orillas del Pacífico, era el principal depósito del comercio con Panamá y con el Norte.

Allí levantó su bandera, y en pocas semanas se halló á la cabeza de cerca de quinientos hombres entre caballería é infantería, mal provistos de armas y municiones, pero al parecer llenos de entusiasmo por su causa. Hallándose, pues, con suficiente fuerza para comenzar las operaciones activas, salió contra algunos de los capitanes de Pizarro que se hallaban en las inmediaciones, sobre los cuales obtuvo ventajas decisivas que renovaron su confianza lisonjeándole con la idea de restablecer pronto su ascendiente en el pais (1).

No estaba entre tanto ocioso Gonzalo Pizarro. Habia vigilado con ansiedad los movimientos del virey y llegó á convencerse al cabo de que habia llegado el momento de obrar y de vencerle, so pena de esponerse á ser vencido por su formidable rival. Dejó, pues, una fuerte guarnicion en Lima á las órdenes de un fiel capitan, y despues de haber enviado por tierra á Trujillo unos seiscientos hombres, se embarcó para el mismo punto el 4 de marzo de 1545, el mismo dia en que el virey salió de Quito.

En Trujillo se puso á la cabeza de su pequeño ejército, y tomó sin pérdida de tiempo la vuelta de San Miguel. Blasco Nuñez, deseoso de terminar en breve la contienda, queria salirle al encuentro y darle la batalla; pero sus soldados, la mayor parte jóvenes é inespertos, reunidos apresuradamente, se intimidaron al oir el nombre de Pizarro é insistieron fuertemente en que les llevase á un pais mas elevado donde pudieran ser reforzados por Benalcázar. Así el desgraciado virey semejante al ginete que no puede sujetar su caballo fue llevado precipitadamente en direccion contraria á sus deseos. Era destino de Blasco Nuñez ver frustrados sus proyectos así por sus amigos como por sus enemigos.

Al llegar Gonzalo Pizarro delante de San Miguel tuvo el disgusto de saber que su enemigo ya no estaba allí. Sin entrar en la ciudad apresuró el paso, y atravesando un valle de alguna estension llegó á la falda de una cordillera en que Blasco Nuñez acababa de entrar pocas horas antes. Era muy entrada la tarde; pero Pizarro conociendo cuánto le importaba la celeridad, envió delante á Carbajal con un cuerpo de tropas ligeras para alcanzar á los fugitivos. Carbajal con sus cortas fuerzas logró penetrar entre las montañas y alcanzó á media noche á las tropas del virey que estaban sepultadas en el sueño. Sorprendidas estas al oir la trompeta, que ¡cosa estraña! tocó imprudentemente el enemigo (2), se levantaron con el virey á la cabeza, montaron en los caballos, tomaron los arcabuces, é hicieron tal descarga contra los agresores, que Carbajal desconcertado, creyó prudente retirarse vista la inferioridad de sus fuerzas. El virey le siguió hasta que temiendo alguna emboscada en la oscuridad de la noche, se retiró tambien dejando á su enemigo que se reuniese con el cuerpo de ejército de Pizarro.

Esta conducta de Carbajal que por su descuido dejó que se le escapase la presa de entre las manos es inesplicable y forma un singular contraste con la prudencia y vigilancia que habitualmente habia sabido desplegar en su carrera de soldado. Si la falta hubiera sido cometida por otro capitan, le habria cortado la

anónima, MS. — Relacion de los sucesos del Perú, MS.— Montesinos, Annales, MS., año de 1545. — Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. I, cap. XXVIII.

(1) Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIV—XV. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, cap. XIX—XX. — Relacion anónima, MS. — Fernandez Hist. del Perú, parte I, lib. I, capítulo XXIII. — Relacion de los sucesos del Perú, MS. — El autor de este último documento habla del grande entusiasmo por la corona que existia en varias ciudades, y hace mencion tambien de los rumores que corrian acerca de una invasion de los indios contra el Cuzco. El escritor pertenecia al partido de Blasco Nuñez, y la facilidad con que los desterrados creen los rumores que les son favorables es proverbial.

(2) «Mas Francisco de Caruajal que los yua siguiendo llegó cuatro horas de la noche á donde estauan: y con vna trompeta que lleuaua les tocó arma: y sentido por el virey se levantó luego el primero.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XL.

cabeza; pero Pizarro aunque muy incomodado, conocia demasiado el valor de sus servicios y su bien probada adhesion para indisponerse con él. Ansioso Carbajal de reparar su yerro, se puso otra vez á la cabeza de un cuerpo de tropas ligeras con instrucciones para picar la retaguardia al enemigo, cortarle los víveres y fatigarle todo lo posible hasta la llegada de Pizarro (1).

Mas el virey se habia aprovechado de aquella dilacion para adelantar gran trecho á sus adversarios. El camino que seguia atravesaba el valle de Caxas, distrito inculto y que ofrecia poca subsistencia así para los hombres como para los caballos. Dia tras dia sus tropas continuaron su marcha por aquella árida region cortada por barrancos y rocas que aumentaban considerablemente las fatigas del camino. Su principal sustento era maiz tostado, que aunque formaba comunmente el alimento de los indios cuando caminaban, no era tenido en grande estima por los españoles: añadíanse á esta poco sustanciosa comida las yerbas que podian encontrar á los lados del camino, y que á falta de mejores utensilios tenian que cocer en las celadas (2). Carbajal entre tanto les seguia tan de cerca, que se apoderó de sus equipajes, de sus municiones y algunas veces de sus mulas. El infatigable guerrero les iba siempre á los alcances de dia y de noche sin dejarles un momento de reposo, de tal modo que no desplegaban las tiendas, ni quitaban las sillas á los caballos, ni les dejaban del diestro; y apenas el fatigado soldado cerraba sus párpados, oia el grito de alarma que le anunciaba que el enemigo estaba encima (3).

Al fin los partidarios de Blasco Nuñez rendidos de cansancio llegaron al despoblado de Paltos que se estiende hácia el Norte en un espacio desierto de muchas leguas. El terreno, cortado por muchos arroyos, tiene el aspecto de un gran tremedal, y hombres y caballos tenian que aventurarse á pasar por las aguas encharcadas, costeando unas veces con dificultad el pantano y otras viéndose obligados á abrirse paso entre los arbustos que entrelazaban sus espesas ramas. Los cansados caballos, sin mas alimento que el que podian hallar al paso de la maleza, quedaban muchas veces sin poder seguir adelante y eran abandonados á morir en el camino despues de haber sido desjarretados para que no pudiesen servir al enemigo, aunque mas frecuentemente servian para aplacar con sus miserables cuerpos el hambre de sus dueños (4). Muchos soldados cayeron en el camino muertos de fatiga y hambre y otros se quedaron en los bosques no pudiendo seguir la marcha. Y desdichado del que rezagándose caia en poder de Carbajal, y mucho mas si habia pertenecido antes al partido de Pizarro. Solo la sospecha de traicion bastaba para que aquel inexorable soldado (5) le condenase á perder la vida.

Los padecimientos de Pizarro y su gente eran poco menos que los del virey, aunque estos los mitigaban cuanto podian los habitantes del pais que con admirable instinto sabian distinguir cuál era el mas fuerte y por consiguiente el mas temible. Pero aun así lo que tuvieron que sufrir fue mucho: fue una repeticion de las terribles escenas de la espedicion al rio de las Amazonas. Preciso es confesar que los soldados de la conquista compraron muy caros sus triunfos.

Sin embargo, el virey tenia un motivo de inquietud mas grande tal vez que el procedente de los padecimientos físicos; y era la desconfianza con que miraba á sus partidarios. Habia muchos principales caballeros de su séquito, de quienes sospechaba que mantenian correspondencia con el enemigo y aun que tenian el designio de entregarle en sus manos. Estaba tan convencido de ello, que durante la marcha hizo dar muerte á dos de estos oficiales, cuyos cuerpos abandonados en el camino, vistos por el soldado le anunciaron que en aquellas tremendas soledades tenia todavía otros enemigos de quienes guardarse, ademas del que venia á retaguardia (6).

Otro caballero, que era segundo del virey, fue ejecutado, despues de un exámen mas formal de su causa, en el primer punto donde el ejército hizo alto. Es imposible, habiendo pasado tanto tiempo, determinar ahora el fundamento que pudiesen tener las sospechas de Blasco Nuñez. Las opiniones de los contemporáneos son varias (7). En épocas de agitacion política, la opinion del escritor está generalmente determinada por la del partido á que pertenece. Juzgando por el carácter de Blasco Nuñez, desconfiado é irritable, podemos suponer que obró sin suficiente causa. Pero contra esta consideracion milita la facilidad con que sus partidarios, cuyo afecto parece que no se granjeó mucho, le abandonaron al menor reves de fortuna. De todos modos, fundadas ó infundadas las sospechas, el efecto en el ánimo del virey era el mismo: con un enemigo á retaguardia, á quien no se atrevia á combatir; con soldados en quienes no osaba confiar, la copa de sus infortunios estaba casi llena.

Por último salió á terreno firme, y pasando por Tomebamba volvió á entrar en su capital de Quito. Pero la acogida que encontró no fue tan cordial como la que en la primera ocasion habia tenido. Volvia como fugitivo, perseguido por un enemigo formidable; y pronto tuvo motivo de conocer que el mejor medio para recibir auxilio es no tener necesidad de él.

Limpiando, pues, de sus zapatos el polvo de la desleal ciudad, cuyo supersticioso pueblo temia los agüeros que repetidas veces habian anunciado su próxima ruina (8), el desgraciado virey continuó su

(1) Fernandez, ubi supra. — Herrera, Historia general, dec. VII, lib. IX, cap. XXII. — Garcilasso, Com. Real, libro IV, cap. XXVI.

(2) «Caminando, pues, comiendo algunas yerbas, que cocian en las celadas, quando paraban á dar aliento á los caballos.» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. IX, capítulo XXIV.

(3) «I sin que en todo el camino los vnos ni los otros quitasen las sillas á los caballos. Aunque en este caso estaba mas alerta la gente del visorei, porque si algun pequeño rato de la noche reposaban era vestidos i teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar á poner toldos, ni á adereçar las otras formas que se suelen tener para atar los caballos de noche.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXIX.

(4) «I en causándose el caballo, le desjarretaba i le dexaba porque sus contrarios no se aprovechasen de él.» Zárate, loc. cit.

(5) «A no haber sido por Gonzalo Pizarro, dice Fernandez, muchos mas hubieran sido ahorcados por Carbajal, el cual decia *chanceándose* que *de los enemigos los menos.*» Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XL.

(6) Los afligidos soldados, que por el cansancio de los caballos iban á pie con terrible angustia, por la persecucion de los enemigos que iban cerca i por la fatiga de la hambre, quando vieron los cuerpos de los dos capitanes muertos en aquel camino, quedaron atónitos.» Herrera Hist. general, dec. VII, lib. IX, cap. XXV.

(7) Fernandez, escritor leal y bastante amigo del virey, despues de decir que los oficiales á quienes mandó matar le habian servido hasta entonces con sus vidas y haciendas, termina sus comentarios sobre el hecho con la prudente reflexion de que eran diversos los juicios formados acerca de él. «Sobre estas muertes uuo en el Perú varios y contrarios juyzios y opiniones de culpa y de descargo.» (Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XLI.) Gomara dice determinadamente que todos los condenaron. (Historia de las Indias, capítulo CXLVII.) La opinion mas general parece haber sido contra el virey.

(8) Algunos de estos agüeros que cita el historiador, por ejemplo el aullido de perros, no eran por cierto milagros, «En esta lamentable i angustiosa partida, muchos afirmaron haver visto por el aire muchos cometas, i que quadrillas de perros andaban por las calles dando grandes y temerosos ahullidos, i los hombres andavan asombrados i fuera de sí.» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. X, cap. IV.

camino hácia Pastos, en la jurisdiccion de Benalcázar. Pizarro y sus tropas entraron en Quito poco tiempo despues, disgustados de que, á pesar de toda su diligencia, el enemigo eludiese todavía su persecucion. Mandó hacer alto Pizarro solo para dar un corto respiro á su gente, y jurando que habia de alcanzar al virey, aunque tuviese que seguirle hasta el mar del Norte (1), continuó su marcha. En Pastos estuvo ya á punto de conseguir su objeto. Su vanguardia encontró á Blasco Nuñez al hacer alto á la orilla opuesta de un riachuelo. Los soldados de Pizarro, rendidos de fatiga y de calor, se tendieron sobre la márgen del agua para apagar su ardiente sed; y hubiera sido facil á las tropas del virey, que ya habian tomado algun descanso, y eran superiores en número, derrotar á sus enemigos. Pero Blasco Nuñez no pudo llevar sus soldados al combate. Habian huido por tanto tiempo delante del enemigo, que su sola vista les llenó de terror pánico; y así hubieran ellos vuelto caras contra él como puede volverlas la liebre contra los galgos que la persiguen. Convencidos de que la seguridad estaba en la fuga y no en el combate, solo se aprovecharon del cansancio de sus perseguidores para apresurar su retirada.

Gonzalo Pizarro continuó el alcance algunas leguas mas allá de Pastos, hasta que hallándose mas lejos de lo que deseaba, y dentro del territorio de Benalcázar, y no queriendo atacar con desventaja á este formidable capitan, mandó hacer alto, y despues de un breve descanso dispuso la retirada y contramarchó rápidamente á Quito, no obstante sus bravatas de que seguiria al virey hasta el mar del Norte. En Quito se ocupó en reanimar el espíritu de sus desmayadas tropas y en robustecerse con nuevos refuerzos que aumentaron considerablemente el número de sus gentes, aunque se disminuyó despues, porque Carbajal tuvo que marchar con parte de ellas á sofocar una insurreccion que se supo habia estallado en el Sur. A la cabeza de esta insurreccion se hallaba Diego Centeno, uno de los oficiales de Pizarro, encargado por este del mando de La Plata, con cuyos habitantes se sublevó y levantó bandera por la corona. Pizarro, con el resto de sus fuerzas, determinó permanecer en Quito y aguardar á que el virey volviese á entrar en sus dominios, como el tigre agazapado junto á una fuente en la espesura aguarda con impaciencia la llegada de sus víctimas.

Entre tanto Blasco Nuñez habia continuado su retirada hasta Popayan, capital de la provincia de Benalcázar. Allí fue recibido amistosamente por el pueblo, y sus tropas, reducidas por la desercion y las enfermedades á una quinta parte de su primitivo número, descansaron de las fatigas estraordinarias de una marcha de mas de doscientas leguas (2). Poco despues se le reunió Cabrera, teniente de Benalcázar, con un gran refuerzo, á que siguió en breve Benalcázar mismo. Sus fuerzas, entonces, llegaron á completar el número de cuatrocientos hombres, muchos de ellos bien acondicionados é instruidos en la escuela de las guerras americanas. Sus soldados, sin embargo, carecian de armas y municiones; y para remediar esta falta hizo construir fraguas para fabricar arcabuces y lanzas (3). El que está familiarizado con la historia de estos tiempos se sorprende de ver la prontitud con que los aventureros españoles se ponian á desempeñar varios oficios y artes que comunmente requieren largo aprendizaje, desplegando la destreza tan necesaria á los que se establecen en un pais recien descubierto, donde cada individuo tiene que ser, por decirlo así, su propio artesano. Pero este estado de cosas, aunque favorable al ingenio del artista, no es muy propicio para el adelantamiento del arte, y apenas puede dudarse que las armas hechas por los soldados de Blasco Nuñez fueran de tosca é imperfecta construccion.

Como pasaban semanas tras semanas sin resultado alguno, Gonzalo Pizarro, aunque dotado de toda la paciencia de un soldado español, empezó á inquietarse al ver la prolongada estancia de Blasco Nuñez en el Norte, y recurrió á la estratagema para obligarle á salir de su retiro. Salió, pues, de Quito con la mayor parte de sus fuerzas, diciendo que se dirigia al Sur á socorrer á Carbajal, y dejando en la ciudad una guarnicion á las órdenes de Puelles, el mismo que habia abandonado la causa del virey en otro tiempo. Tuvo cuidado de que estas noticias llegasen á oidos del enemigo, y el artificio produjo el efecto que deseaba. El virey saliendo de Popayan en enero de 1546, se dirigió rápidamente hácia el Sur; pero antes que llegase al punto de su destino vió el lazo en que habia caido. Comunicó el hecho á sus oficiales; pero la dilacion le habia hecho ya padecer mucho, y su único deseo era terminar con un combate la lucha con Pizarro.

Este, entre tanto, por medio de sus espías estaba perfectamente informado de los movimientos del virey. Al saber su partida de Popayan, volvió á Quito, se reunió con Puelles, y saliendo otra vez de la capital tomó una fuerte posicion á tres leguas mas al Norte, en un terreno elevado que dominaba un rio, cuyas aguas el enemigo tenia necesariamente que atravesar. Llegó este poco despues, y Blasco Nuñez, viendo próxima la noche, hizo alto en la orilla opuesta del rio. Hallábase tan cerca de los reales de Pizarro que se oian distintamente en los opuestos campos las voces de los centinelas, los cuales se saludaban mútuamente con el epíteto de «traidores». Ya hemos visto que en estas guerras civiles cada partido reclamaba para sí el mérito esclusivo de la lealtad (4).

Pero Benalcázar conoció pronto que la posicion de Pizarro era demasiado fuerte para ser atacada con probabilidades de buen éxito. Propuso, pues, al virey hacer marchar secretamente sus fuerzas aquella noche, y rodeando la colina caer sobre la retaguardia del enemigo, que por aquella parte debia estar menos preparado para recibirlos. El consejo fue aprobado, y no bien la oscuridad de la noche hizo desaparecer al enemigo de la vista de su contrario, dejando hogueras encendidas para engañar á Pizarro, Blasco Nuñez levantó el campo y comenzó su marcha circular en direccion de Quito. Pero ya fuese que los guias no supieran el camino, ya que le estraviasen á propósito, el resultado fue, que hallándose con un terreno impracticable, se vió obligado á rodear tanto, que amaneció antes de que pudiese llegar al punto de ataque. Viendo que no era posible contar ya con una sorpresa, apresuró su marcha á Quito, adonde llegaron hombres y caballos fatigados por una marcha de

(1) Ibid., ubi supra.

(2) Esta retirada de Blasco Nuñez puede indudablemente compararse, si no en duracion, á lo menos en magnitud de padecimientos, con cualquiera de las espediciones del Nuevo Mundo, escepto solamente la de Gonzalo Pizarro al rio de las Amazonas. Los pormenores de ella se hallarán con mas ó menos estension en Zárate, Conquista del Perú, lib. V, capítulo XIX — XXIX. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. IX, capítulo XX—XXVI.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro I, cap. XL y sig.—Relacion de los sucesos del Perú, MS.—Relacion anónima, MS. — Montesinos, Annales, MS., año de 1545.

(3) «Proveió que se tragese allí todo el hierro que se pudo haver en la provincia, i buscó maestros i hiço adereçar fraguas, i en breve tiempo se forjaron en ellas doscientos arcabuces, con todos sus aparejos.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXIV.

(4) «Que se llegaron á hablar los corredores de ambas partes, llamándose traidores los unos á los otros, fundando que cada vno sustentaba la voz del rei, i así estuvieron toda aquella noche aguardando.» Zárate, ubi supra.

ocho leguas, desde un punto que por camino directo no distaba apenas tres de aquella capital. Fue este un fatal error por estar tan próximo al combate (1).

Halló el virey la capital casi disierta de hombres; porque todos se habian unido á las banderas de Pizarro, imbuidos del espíritu general de desafeccion y considerando á este gefe como el único que podia protegerlos contra el rigor de las opresoras ordenanzas. Pizarro era el representante de la opinion del pueblo. Conmovido con esta desercion el desgraciado virey levantó las manos al cielo y esclamó: «¡Así abandonas, Señor, á tus servidores!» Las mujeres y niños salieron á recibirle y en vano le ofrecieron el alimento de que manifiestamente necesitaba, preguntándole al mismo tiempo: «¿por qué habia ido allí á morir?» Sus soldados, mas indiferentes que él, entraron en las casas de los habitantes y se apropiaron cuanto pudieron haber á las manos para saciar su hambre.

Benalcázar, conociendo que era una temeridad dar la batalla en aquella situacion, aconsejó al virey que probase el efecto de las negociaciones, y se ofreció á ir en persona al campo enemigo y estipular si era posible un arreglo con Pizarro. Pero Blasco Nuñez, aunque desanimado por un momento, habia recobrado ya su invencible constancia y respondió con altivez: «No hay que fiarse de traidores: vamos á combatir, no á parlamentar, y debemos cumplir con nuestro deber como buenos y leales. Yo os prometo que la primera lanza que se rompa en los enemigos sea la mia (2).»

Despues convocó sus tropas y les dirigió una arenga preparatoria para la marcha. «Todos sois valientes, dijo, y leales á vuestro soberano. Por mi parte la vida me importa poco en tratándose de cumplir con lo que debo á mi rey. Pero no desconfiemos del buen éxito. El español, peleando por una buena causa ha sabido vencer mayores dificultades que las presentes. Combatimos por la justicia, por la causa de Dios, por la causa de Dios (3).» Los soldados, inflamados de generoso ardor respondieron con vivas que penetraron hasta el corazon del infeliz virey, poco acostumbrado á estas manifestaciones de entusiasmo.

El 18 de enero de 1546 Blasco Nuñez salió á la cabeza de su pequeño ejército de la antigua ciudad de Quito. Al llegar á un cuarto de legua (4) de la ciudad dió vista al enemigo formando en la cresta de unas elevadas tierras que en suave pendiente ascendian desde las llanuras de Añaquito. Gonzalo Pizarro, grandemente disgustado al saber por la mañana la partida del virey, habia levantado el campo y emprendido su marcha á la capital, resuelto á no dejar que esta vez se le escapase el enemigo.

Las tropas del virey hicieron alto y formaron en órden de batalla. Un pequeño cuerpo de arcabuceros se estableció á vanguardia para empezar el combate. El resto de los arcabuces fue distribuido entre las filas de los alabarderos que ocupaban el centro, protegidas por los flancos por la caballería, dividida en dos escuadrones iguales. Ascendia el número de caballos á unos ciento cuarenta, número poco inferior al de Pizarro, aunque el total de las fuerzas del virey, menor de cuatrocientos, apenas pasaba de la mitad de las que tenia su rival. A la derecha y enfrente del estandarte real Blasco Nuñez con trece caballos escogidos ocupó su puesto preparándose para dirigir el ataque.

Pizarro habia formado sus tropas con arreglo al órden adoptado por su adversario. El total de estas era de setecientos hombres bien disciplinados, en buen estado, y mandados por los mejores oficiales del Perú (5). Como no obstante la superioridad de sus fuerzas, Pizarro no parecia inclinado á abandonar su posicion, Blasco Nuñez dió la órden de avanzar. Los arcabuceros comenzaron la accion, y en pocos momentos estendiéndose por el campo densas nubes de humo oscurecieron todos los objetos, pues era ya tarde cuando la accion empezó y el dia iba rápidamente declinando.

La infantería enristrando sus lanzas se adelantó cubierta por el humo, y pronto se empeñó una sangrienta lucha entre las opuestas filas de alabarderos. Luego vinieron las cargas de caballería. La del virey, á pesar del momentáneo desórden que produjeron los tiros de los arcabuceros de Pizarro, muy superiores en número á sus enemigos, fue dirigida con tal vigor, que la caballería enemiga se vió obligada á detenerse y luego á retroceder. Pero retrocedió para volver con mas violencia sobre sus contrarios; y arrojándose contra ellos como una inmensa ola, los arrolló precipitadamente por la pendiente hombres y caballos en desórden. Estos sin embargo se rehicieron á su vez animados por los gritos y desesperados esfuerzos de sus oficiales. Rompiéronse las lanzas y pelearon mano á mano con las espadas y hachas entrelazadas en horrible confusion. Mas el combate no duró mucho; pues aunque las fuerzas eran casi iguales en número por ambas partes, la caballería del virey, fatigada por la penosa marcha de la noche anterior, no podia competir con la de su antagonista (6). Pronto se cubrió el campo con sus cuerpos, y hombres y caballos, muertos y moribundos, cayeron hacinados unos sobre otros. Cabrera, el valeroso teniente de Benalcázar fue muerto, y Benalcázar mismo cayó cubierto de heridas bajo los pies de su caballo y fue dejado por muerto en el campo. Alvarez el oidor quedó mortalmente herido. Tanto él como su colega Cepeda estuvieron en la accion aunque en opuestas filas y pelearon como si hubiesen sido educados para la guerra y no para la pacífica profesion de abogados.

Blasco Nuñez y sus compañeros mantuvieron valerosamente el campo en el ala derecha. El virey cumplió su palabra siendo el primero en romper lanzas con el enemigo y dirigiendo un buen golpe á un caballero llamado Alonso de Montalvo, á quien arrojó de la silla. Pero al fin fue arrollado por el número, y como sus compañeros uno tras otro cayeron á su lado, quedó casi sin proteccion. Ya estaba herido, cuando un golpe de hacha que le dió un soldado en la cabeza le derribó aturdido del caballo. Si hubiera

(1) Véanse Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXIV—XXXV.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXVII.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Montesinos, Annales, MS., año de 1546.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. L—LII.

Herrera en su narracion de estos hechos ha caido en una confusion estraña de fechas, fijando la época de la entrada del virey en Quito en el 10 de enero, y la batalla con Pizarro nueve dias despues. (Hist. general, dec. VIII, lib. I, capítulo I.) La batalla, que segun Fernandez se dió el 18 de enero, segun todas las autoridades que yo he consultado, se verificó en la tarde del mismo dia en que el virey entró en Quito. Herrera, aunque su obra está arreglada por el sistema cronológico de anales, no es intachable respeto á fechas. Quintana hace ver muchos anacronismos notables de este historiador en el primer periodo de la conquista del Perú. (Españoles célebres, tomo II, *Apéndice* núm. 7.)

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. I, capítulo LIII.

(3) «Que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa.» Zárate, Conquista del Perú, libro V, capitulo XXXV.

(4) Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(5) Respecto al total de fuerzas por ambas partes se habla, como es costumbre, con variedad; pero esta variedad es mucho mas notable al tratarse de una accion en que era tan corto el número de combatientes. Yo me conformo con lo que dicen los escritores mas bien enterados. Pizarro calcula la fuerza de su adversario en cuatrocientos cincuenta hombres, y la suya en seiscientos, cálculo que hace creible la relacion que se da en el testo.

(6) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXV.

sido conocido tal vez habria caido vivo en manos de sus enemigos. Pero llevaba una camiseta india de algodon sobre la armadura, que cubria las insignias de la órden militar de Santiago y otros distintivos de su clase (1).

Fue sin embargo reconocido despues por uno de los soldados de Pizarro, que probablemente habria servido en otro tiempo bajo su bandera. Este soldado inmediatamente se le mostró al licenciado Carbajal, hermano de aquel á quien, como recordará el lector, Blasco Nuñez habia dado muerte con tanta imprudencia en el palacio de Lima. El licenciado se habia unido despues á Pizarro, y con muchos parientes suyos habia jurado vengarse del virey. Asi inmediatamente se dirigió á él, le echó en cara el asesinato de su hermano, é iba á apearse para darle el golpe mortal con su propia mano, cuando llegó Pizarro, y afeándole este acto como degradante, mandó á un esclavo negro que iba con él que cortase al virey la cabeza; lo cual el negro ejecutó de un solo golpe de su sable, mientras el infeliz Blasco Nuñez, tal vez moribundo en aquel momento, levantaba los ojos al cielo y recibia el golpe fatal sin proferir una sola palabra (2). La cabeza fue luego clavada en una pica, y hubo algunos tan brutalmente crueles que le arrancaron los pelos de su barba blanca y los pusieron en sus gorras como espantosos trofeos de la victoria (3). Esta se habia decidido por Pizarro: sin embargo la infantería del virey todavía se sostuvo valientemente teniendo á raya por algun tiempo con sus alabardas á la caballería enemiga, hasta que diezmada por el fuego de los arcabuces no pudo resistir mas el ímpetu de las cargas, y desordenadas sus columnas se dispersó completamente. La persecucion no fue larga ni sangrienta, porque sobrevino la noche, y Pizarro haciendo tocar las trompetas reunió de nuevo á su gente.

Aunque la accion duró poco, cerca de una tercera parte de las tropas del virey habia perecido en ella. La pérdida de Pizarro fue corta (4). Muchos de los vencidos se refugiaron en las iglesias de Quito; pero fueron arrancados de su asilo, algunos (probablemente los que habian servido antes con Pizarro) sentenciados á muerte y otros desterrados á Chile. La mayor parte fueron perdonados por el vencedor. Benalcázar, que se restableció de sus heridas, obtuvo permiso para volver á su gobierno, con la condicion de no hacer otra vez armas contra Pizarro. A sus tropas se les invitó á entrar al servicio del vencedor, el cual sin embargo nunca les mostró la confianza que mostraba á sus antiguos partidarios. Manifestóse tambien muy enojado por las injurias hechas al virey, cuyos destrozados restos mandó fuesen sepultados en la catedral de Quito con todos los honores debidos á su categoría, y él mismo presidió el duelo vestido de luto. Como se ve era costumbre de los Pizarros asistir de esta manera á los funerales de sus víctimas (5).

Tal fue el triste fin de Blasco Nuñez Vela, primer virey del Perú. No hacia aun dos años que habia desembarcado en el Perú; dos años de continuos desastres y desdichas. Estas pueden imputarse parte á las circunstancias y parte á su carácter. Comisionado para la ejecucion de una ley opresora y odiosa, carecia de facultades discrecionales para ello (6): sin embargo, todos tienen derecho hasta cierto punto de usar de tales facultades cuando ven palpablemente lo absurdo que seria ejecutar una comision que por las circunstancias en que se encuentra el pais ha de producir resultados contrarios al objeto que se desea. Pero se necesita sagacidad para determinar si existen ó no estas circunstancias y cierto valor moral para tomar sobre sí la responsabilidad de obrar con arreglo á ellas. En semejante crisis es donde se dan á conocer los caractéres. Atreverse á desobedecer, y esto convenciéndose de que el desobedecer es obligacion, es para una alma pequeña una paradoja casi incomprensible. Desgraciadamento Blasco Nuñez era un pedante orgulloso, hombre de miras estrechas que jamas podia creerse autorizado para separarse de la letra de la ley. Envanecido ademas con su breve autoridad, consideró la oposicion á las ordenanzas como traicion á su persona, y así identificándose con su comision, sus sentimientos personales tuvieron tanta parte en su conducta como los sentimientos patrióticos.

Ni su carácter era tal que pudiera mitigar el ódio contra sus medidas y reconciliar al pueblo con la ejecucion de ellas; antes bien presentaba un manifiesto contraste con el de su rival. Pizarro era de maneras francas y caballerosas, y su generosa confianza en sus partidarios le hacia popular entre ellos, cegando su juicio y dando á la peor causa las apariencias de la mejor. Blasco Nuñez, por el contrario, irritable y desconfiado se colocaba en una falsa posicion con todos aquellos que se le acercaban, porque su carácter creaba una atmósfera de desconfianza á su alrededor que mataba toda especie de afectos. Su primer paso fue enagenarse la voluntad de los individuos de la audiencia, enviados para obrar de acuerdo con él;

(1) «Vistióse este traje, dice Garcilasso de la Vega, para no tener mejor suerte que un soldado cualquiera y sufrir lo que cupiese á todos los demas.» (Com. Real, parte II, libro IV, cap. XXXIV.) Pizarro no cree que tuviese tan magnánima intencion, y dice que tomó este disfraz para poder escapar mejor no siendo conocido. Debe confesarse que generalmente este es el motivo que induce á disfrazarse. «I Blasco Nuñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venia vestido con una camiseta de indios, por no ser conocido, i no quiso Dios, porque pagase quantos males por su causa se havian hecho.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(2) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV. —Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXV.

«Mandó á un negro que traia que le cortase la cabeça, i en todo esto no se conoció flaqueza en el visorrey, ni habló palabra, ni hiço mas movimiento que alçar los ojos al cielo, dando muestras de mucha christiandad.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. I, cap. III.

(3) «Aviendo algunos capitanes y personas arrancado y pelado algunas de sus blancas y leales baruas para traer por empresa; y Juan de la Torre las traxo despues públicamente por la ciudad de los Reyes.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV.

(4) Como de costumbre los autores no están de acuerdo en el número de muertos y heridos que hubo en esta accion. Algunos hacen subir la pérdida del virey á doscientos hombres, y Gonzalo Pizarro dice que la suya fue de siete muertos y muy pocos heridos. ¡Pero cuán raro es que los que han tomado parte en una accion den fiel cuenta de sus pérdidas!

(5) Para obtener pormenores sobre la batalla de Añaquito, de que la mayor parte de los autores dan muy breve cuenta, véanse: Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Gomara, Hist de las Indias, cap. CLXX.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. I. cap. I—III.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXV. —Montesinos, Annales, MS., año de 1546.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXXIII—XXXV.—Fernandez, Hist. del Perú. parte I, lib. I, cap. LIII—LIV.

Gonzalo Pizarro parece considerar la batalla como una especie de *juicio de Dios*, en que el cielo señaló con la victoria de qué parte estaba la razon. Sus observaciones son edificantes. «Por donde parecerá claramente que nuestro Señor fue servido que este se viniese á meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, i que pagase cuantos males habia fecho en la tierra, la qual quedó tan sosegada i tan en paz i servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del marques mi hermano.»—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(6) Las reflexiones de Garcilasso sobre este punto son bastante imparciales. «Así acabó este buen cauallero, por querer porfiar tanto en la execucion de lo que ni á su rey ni á aquel reyno conuenia, donde se causaron tantas muertes y daños de españoles y de indios: aunque no tuvo tanta culpa como se le atribuye, porque llevó preciso mandato de lo que hizo.» Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXXIV.

si bien ellos tuvieron tambien su parte de culpa, pues eran tan laxos como el virey severo en la interpretacion de la ley (1). Despues se enajenó la voluntad del pueblo, ultrajando á los que iba á gobernar. Ultimamente disgustó á sus amigos y á muchos les convirtió en enemigos; de modo que en la última lucha en que peleó por su poder y por su existencia se vió obligado á buscar el apoyo de un estraño. Sin embargo, en el catálogo de sus cualidades, no debemos pasar en silencio sus virtudes. Dos tenia que no pueden negársele: una lealtad tanto mas brillante cuanto mas general era la desercion en derredor suyo, y una constancia en la desgracia bastante para granjearle el respeto hasta de sus enemigos. Pero concediendo todo cuanto puede concederse á su mérito, es casi indudable que no podia haberse encontrado en Castilla una persona mas incompetente para el cargo que se le confirió (2).

La noticia de la victoria de Añaquito fue recibida con júbilo general en la capital inmediata; todas las ciudades del Perú la consideraron como el golpe de gracia para las aborrecidas ordenanzas, y el nombre de Gonzalo Pizarro resonó de un estremo á otro del pais como el de un libertador. Este permaneció en Quito durante la estacion de las lluvias, dividiendo su tiempo entre los placeres licenciosos del inquieto aventurero y el cuidado de los muchos negocios que tenia que despachar como gobernador de un estado. Su administracion se manchó con muchos menos actos de violencia de los que debian esperarse, atendidas las circunstancias de su situacion. Mientras estuvo ausente Carbajal, su consejero, en quien por desgracia puso ilimitada confianza, Gonzalo no sancionó sentencia alguna de muerte sino precediendo siempre las formas legales (3). Recompensó á sus partidarios con nuevas concesiones de tierra, y envió á otros á espediciones, no muy distantes, sin embargo, para poder hacerlos volver cuando conviniera. Dictó varias disposiciones para el bienestar de los indios, algunas de ellas especialmente dirigidas á instruirles en el cristianismo. Tuvo gran cuidado en la fiel recaudacion de los derechos reales, instando á los colonos para que los pagasen, á fin de atraerse la buena voluntad de la corona y obtener la revocacion de las ordenanzas. Su administracion, en suma, fue tan bien dirigida, que hasta el austero Gasca, su sucesor, hubo de confesar «que fue un buen gobierno para ser de un tirano (4).»

Al fin, en julio de 1546, el nuevo gobernador se despidió de su ciudad de Quito, y dejando en ella suficiente guarnicion á las órdenes del oficial Puelles, emprendió su marcha hácia el Sur. Fue esta marcha triunfal, siendo recibido en todas partes con entusiasmo por el pueblo. En Trujillo los vecinos salieron en corporacion á darle la bienvenida, y el clero cantó antífonas en su honor, llamándole «victorioso príncipe,» y rogando al Omnipotente «conservase sus dias y le hiciese dichoso y bienaventurado (5).» En Lima se hizo una proposicion para derribar algunos edificios y abrir para su entrada una nueva calle que llevase despues su nombre. Pero Pizarro con mucha política se negó á admitir este tributo de lisonja, y prefirió modestamente entrar por la vía acostumbrada. Organizóse luego una procesion de vecinos, soldados y clero, y Pizarro hizo su entrada en la capital, llevando las riendas de su caballo dos capitanes á pie, y cabalgando á su lado el arzobispo de Lima y los obispos del Cuzco, Quito y Bogotá, el último de los cuales habia ido á la capital para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramaje, las casas colgadas de vistosos tapices, y en la carrera se erigieron varios arcos triunfales en honra del vencedor. Todos los balcones, ventanas y azoteas estaban cubiertos de espectadores que le saludaban con estrepitosos vivas y aclamaciones, dándole los títulos de «libertador y protector del pueblo.» Echáronse las campanas á vuelo, como en su primera entrada en la capital, y entre el sonido de una alegre música, el ruido de las campanas y los vivas populares se dirigió Gonzalo al palacio de su hermano. El Perú habia vuelto á manos de la familia de los Pizarros (6).

De los diversos puntos del pais llegaron despues diputados para presentar al gobernador las felicitaciones de sus respectivas ciudades; y cada uno se apresuró á hacer valer sus derechos por los servicios que habia prestado á la revolucion. Al mismo tiempo recibió Pizarro la grata noticia del triunfo de sus armas en el Sur. Diego Centeno, como ya hemos dicho, habia levantado allí el estandarte de la rebelion, ó por mejor decir el de la lealtad á su soberano; habíase apoderado de La Plata y hecho cundir el espíritu de insurreccion por toda la vasta provincia de Charcas. Carbajal, que fue enviado contra él desde Quito, pasó por Lima, llegó al Cuzco, y tomando allí algunos refuerzos se dirigió rápidamente al distrito sublevado. Centeno, no atreviéndose á combatir en campo abierto con tan formidable adalid, se retiró con sus tropas á la espesura de la sierra. Carbajal le persiguió con la obstinacion de un perro de presa por montes y desiertos, por bosques y barrancos peligrosos, sin dejarle respirar ni de dia ni de noche. Este veterano de ochenta años de edad, comiendo, bebiendo y durmiendo sobre el caballo, vió á sus soldados cansarse unos tras otros mientras él seguia la pista del enemigo como el salvaje cazador de Bürger, como si estuviese dotado de un cuerpo sobrenatural incapaz de fatiga. Durante esta terrible persecucion, que continuó por mas de doscientas leguas en un pais salvaje, Centeno se vió abandonado de la mayor parte de sus parciales. Los que caian en manos de Carbajal eran condenados inmediatamente á muerte, porque este inexorable gefe no tenia compasion para

(1) Blasco Nuñez caracterizaba á los cuatro jueces de la audiencia de una manera mas concisa que lisonjera. «Decia muchas veces Blasco Nuñez que le havian dado el emperador y su consejo de las Indias vn moço, vn loco, vn necio, vn tonto por oidores, que así lo havian hecho como ellos eran. Moço era Cepeda i llamaba loco á Juan Alvarez i necio á Tejada, que no sabia latin.» Gomara, Hist. de las Indias, capitulo CLXXI.

(2) Los hechos relativos á Blasco Nuñez Vela se apoyan principalmente en la autoridad de escritores de su partido, algunos de los cuales escribieron despues de su vuelta á Castilla. Por consiguiente era natural que se inclinasen mas al lado del verdadero representante de la corona que en favor de un rebelde. En efecto, la única voz que se levanta decididamente en favor de Pizarro es la suya propia, autoridad bastante sospechosa. Pero con todo este *prestigio* á su favor, la administracion de Blasco Nuñez, segun el testimonio universal, fue una série no interrumpida de desaciertos, y hay poco que nos interese en la historia de ese hombre, si se esceptúan su desventura sin igual y la firmeza con que la sobrellevó.

(3) «Nunca Piçarro en ausencia de Francisco Carvajal, su maestre de campo, mató ni consintió matar español sin que todos los mas de su consejo lo aprobasen, i entonces con proceso en forma de derecho, i confesados primero.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXII.

(4) Ibid., ubi supra.—Fernandez hace una pintura menos favorable de la administracion de Gonzalo. (Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV; lib. II, cap. XXIII.) Fernandez, escribió á instancias de la córte: Gomara, aunque se hallaba en la córte, escribió por entretenerse: asi la alabanza de Gomara es menos sospechosa que la censura de Fernandez.

(5) «Victorioso principe, hágate Dios dichoso i bienaventurado, él te mantenga i te conserve.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. II, cap. IX.

(6) Para los pormenores de esta entrada véanse: Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. II, cap. IX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. V.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

los que habian hecho traicion á su partido (1). Al fin, Centeno con un puñado de los suyos llegó á las orillas del Pacífico; y allí, dispersándose todos, trataron de ponerse en salvo cada cual por su camino. El gefe se refugió en una cueva de la montaña, adonde secretamente le llevaba el alimento un curaca indio, hasta que llegó la época de que volviese á desplegar el estandarte de la insurreccion (2).

Carbajal, despues de algunos otros movimientos decisivos que consolidaron el dominio de Pizarro en el Sur, volvió en triunfo á La Plata. Allí se ocupó en laborear las ricas minas del Potosí, de las cuales una vena, recientemente abierta, prometia dar productos todavía mas ricos que los que hasta entonces se habian alcanzado en Méjico y en el Perú (3); y pronto se halló en estado de enviar grandes remesas á Lima, deduciendo un premio no escaso de comision, porque la codicia de Carbajal corria parejas con su crueldad.

Nadie disputaba ya á Gonzalo Pizarro la posesion del Perú. Desde Quito hasta las fronteras septentrionales de Chile todo el pais reconocia su autoridad. Su escuadra recorria triunfante las aguas del Pacífico y sostenia su dominacion en todas las ciudades y aldeas de la costa. Su almirante Hinojosa, oficial valiente y entendido, le habia asegurado la posesion de Panamá, y atravesando el istmo obtuvo despues que se reconociese su poder en Nombre de Dios, llave principal de las comunicaciones con Europa. Sus fuerzas estaban bajo un pie escelente, contándose entre ellas la flor de los guerreros que habian peleado á las órdenes de su hermano y que se apresuraron á adherirse á la bandera de un Pizarro; y el torrente de riqueza que desprendian las minas del Potosí le proporcionaba tantos recursos como pudiera tener un monarca de Europa.

El nuevo gobernador comenzó entonces á desplegar una ostentacion correspondiente á su magnífica fortuna. Rodeábale una guardia de ochenta soldados; comia siempre en público, y no bajaban comunmente de ciento los convidados que se sentaban á su mesa. Dícese tambien que llegó á establecer una etiqueta régia, dando su mano á besar, y no permitiendo que nadie, cualquiera que fuese su categoría, se sentara en su presencia (4). Esto, sin embargo, lo niegan otros. No seria estraño que un hombre vano como Pizarro, de superficial é indisciplinada inteligencia, al verse elevado desde una humilde condicion al mas alto puesto del pais, se embriagase algun tanto con la posesion del poder y tratase con altanería á los que antes habia tratado con respeto. Pero uno de los que le vieron frecuentemente en la época de su prosperidad nos asegura que no era así, y que continuó mostrando la misma franqueza y marcialidad que antes de su elevacion, departiendo en términos familiares con sus compañeros y desplegando las mismas cualidades que le habian granjeado el afecto del pueblo (5).

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que no faltó quien le aconsejase que se separase de la obediencia debida á la corona y constituyese para sí un gobierno independiente. Uno de los que este consejo le dieron fue Carbajal, cuyo atrevido espíritu jamas dejaba de seguir las cosas hasta sus últimas consecuencias. «En realidad, ya lo habeis hecho así, le dijo: habeis tomado las armas contra el virey; le habeis arrojado del pais, le habeis derrotado y muerto en una batalla: ¿cómo podeis esperar favor, ni aun misericordia de la corona? Habeis ido demasiado lejos para deteneros ó retroceder. Debeis continuar con osadía adelante y proclamaros rey: el pueblo y el ejército os apoyarán.» Y se dice que concluyó aconsejándole que se casase con la Coya, princesa india, representante de los Incas, para que así las dos razas pudieran vivir tranquilas bajo un cetro comun (6).

El consejo del atrevido guerrero era tal vez el mas político que podia darse á Pizarro en aquellas circunstancias; porque su posicion era muy semejante á la de un hombre que descuidadamente hubiese trepado hasta la mitad de un resbaladizo precipicio, hallándose demasiado lejos para bajar con seguridad, pero sin tener apoyo sólido en aquel sitio; el único recurso de este hombre seria seguir trepando hasta llegar á la cima. Pero Gonzalo Pizarro no se atrevió á declararse en abierta rebelion. No obstante la criminal carrera á que se habia dejado arrastrar últimamente, el sentimiento de lealtad que abrigaba su pecho estaba en él profundamente arraigado. Aunque habia tomado las armas contra las órdenes y los ministros de su soberano, no se sentia con fuerzas para levantar su espada contra el soberano mismo. Como Macbeth y otros muchos caractéres menos nobles, queria:

Ganar en su injusto juego;
Pero jugar lealmente.

Y por agradable que fuese para su vanidad la idea de un cetro, y por mas fácil que se lo pintase su imaginacion, no tuvo la audacia, y tal vez podemos decir la criminal ambicion, de estender la mano para cojerlo.

Aun en aquel momento, cuando le aconsejaban que adoptase esta resolucion desesperada, estaba prepa-

(1) «Poblando los árboles con sus cuerpos,» dice Fernandez aludiendo al modo que este feroz capitan tenia de ahorcar á sus prisioneros colgándoles de las ramas.

(2) Para la espedicion de Carbajal véanse: Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. I, cap. IX y sig. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. I. — Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXVIII — XXIX — XXXVI — XXXIX. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. I y sig. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Es imposible dar en una página ó dos idea esacta de las fatigas estraordinarias que sufrió Carbajal y de los grandes peligros á que se espuso, no solo de parte del enemigo, sino de parte de su misma gente, de cuyas fuerzas abusó en la persecucion. Unas y otros rivalizan con los del célebre Scanderberg y con los del coronel Boone, el héroe de Kenturky, y aun fueron mas admirables que estos, porque el capitan español habia llegado á una edad en que generalmente nuestras facultades pierden su energía y buscan el reposo. Pero el cuerpo del veterano parecia tan insensible como su alma.

(3) El filon nuevamente descubierto en el Potosí era tan rico, que casi quedaron desiertas las otras minas para laborear esta. (Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IV.) Dice Garcilasso, como muestra del efecto que hizo en el pais esta repentina riqueza, que en aquella época una herradura de hierro llegó á valer casi su peso en plata. Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXIV.

(4) «Traia guarda de ochenta alabarderos i otros de caballo que le acompañaban; i ia en su presencia ninguno se sentaba, i á mui pocos quitaba la gorra.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. V.

(5) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XLII. Garcilasso tuvo ocasiones de enterarse personalmente del modo de vivir de Gonzalo Pizarro, porque cuando niño era algunas veces, segun nos dice, admitido á su mesa. Esta cortesía, tan rara en los conquistadores, con un individuo de la raza india, produjo su efecto en el historiador de los Incas, el cual pinta á Gonzalo Pizarro con colores mas favorables que la mayor parte de sus compatriotas.

(6) Molina ha escrito una escena de muy buen efecto entre Carbajal y Pizarro en su comedia *Las Amazonas en las Indias*, donde se toma alguna licencia poética en el homenaje que tributa al modesto mérito de Gonzalo. El mismo Julio César no fue mas magnánimo que Pizarro, segun le pinta el poeta en estos versos:

«Sepa mi rey, sepa España,
Que muero por no ofenderla,
Tan fácil de conservarla,
Que pierdo por no agraviarla,
Cuanto infame en poseerla,
Una corona ofrecida.»

rando una mision para España con el objeto de justificar su conducta, solicitar una amnistía de lo pasado y la confirmacion de su autoridad, como sucesor de su hermano, en el gobierno del Perú. Pizarro no supo ver en el porvenir lo que vió el ojo sereno y profético de Carbajal.

Entre las noticias biográficas de los autores que han escrito sobre las colonias españolas, no debe omitirse ciertamente el nombre de Herrera, que es quien mas que otro alguno ha trabajado en este vasto campo. La relacion de los sucesos del Perú ocupa el lugar que le corresponde en su grande obra titulada *Historia general de las Indias*, segun el plan cronológico á que se halla arreglada. Pero como no sugiere reflexiones distintas de las que se deducen de las demas partes de la obra, me tomaré la libertad de remitir al lector al postscriptum del libro tercero de la *Conquista de Méjico*, donde hablo con estension de ella y de su entendido autor.

Otro de los cronistas á quien he citado frecuentemente en el curso de esta narracion, es Francisco Lopez de Gomara. Tambien encontrará el lector noticias relativas á este autor, en el postscriptum del libro quinto de la *Conquista de Méjico*. Pero como mis observaciones sobre sus escritos se limitan en esta obra á la *Crónica de Nueva España*, bueno será añadir aquí algunas reflexiones sobre su *Historia de las Indias*, trabajo mas importante y en que la historia del Perú ocupa una parte muy principal.

La *Historia de las Indias* tiene por objeto dar en una breve narracion el cuadro de todas las conquistas que habian hecho los españoles en las islas y en el continente americano hasta mediados del siglo XVI. Para esto Gomara, aunque no parece que haya estado en el Nuevo Mundo, se hallaba en situacion de adquirir los mejores informes. Estaba bien relacionado con los principales personajes de su tiempo, y de sus lábios recogió los pormenores para su historia, al paso que, viviendo en la córte podia saber la impresion que hacian los sucesos que iban ocurriendo en aquellos que eran mas competentes para formar juicio acerca de ellos. Así pudo introducir en su obra muchos detalles interesantes que no se encuentran en otros escritos de la misma época. Sus investigaciones no se limitaron meramente á los actos de los conquistadores, sino que se estendieron á los recursos generales de los paises que se proponia describir y especialmente á su aspecto físico y á sus producciones. El plan de su obra no menos que su diccion muestran que habia cultivado las letras y era práctico en el arte de la composicion. En vez de la naturalidad, agradable pero pueril, de los antiguos cronistas militares, Gomara al hablar de los diversos sucesos emplea la crítica picante y aguda del hombre de mundo, y sus descripciones están hechas con aquella elocuente concision que forma notable contraste con los largos y pesados párrafos de los clérigos analistas. Estas dotes literarias, unidas á la creencia general y fundada de que el escritor poseia los mejores datos, han librado sus producciones del olvido en que comunmente caen las obras manuscritas y le proporcionaron en su tiempo la satisfaccion de ver mas de una edicion de ellas. Su obra sin embargo no lleva el mayor sello de autenticidad. El autor admite fácilmente en sus páginas relaciones que no están apoyadas en testimonios contemporáneos, y lo hace, no por credulidad, porque mas bien era incrédulo, sino porque al parecer le faltaba el verdadero espíritu de investigacion histórica. En su mismo tiempo se le tachó de descuidado en sus asertos (para usar de la frase mas templada); y Garcilasso nos dice que cuando algunos caballeros peruanos le exigieron rectificase algunos errores que en agravio de ellos habia cometido, el historiador dió esplicaciones muy poco satisfactorias. Esta es una gran falta que hace que sus obras para el historiador moderno que busca la verdad desnuda sean de mucho menos valor que las de cualquier otro cronista mas humilde, pero tambien mas escrupuloso.

Otra autoridad he citado en esta historia y es la de Gonzalo Fernandez de Oviedo, de quien he hablado en otro lugar. El lector que quiera satisfacer mas ámpliamente su curiosidad me permitirá que me refiera á la noticia crítica de su vida y escritos que dí en el postscriptum del libro cuarto de la *Conquista de Méjico*. Su historia del Perú forma parte de su grande obra titulada: *Natural é general historia de las Indias* y está comprendida en los libros XLVI y XLVII de su manuscrito, estendiéndose desde el desembarco de Pizarro en Tumbez hasta la vuelta de Almagro de Chile, y abrazando todo lo que propiamente puede llamarse conquista del pais. Su estilo, correspondiente al resto de la obra, no ofrece para la crítica observaciones diferentes de las que ya he hecho en otro lugar sobre el carácter general de sus escritos.

Este eminente personaje fue á la vez erudito y cortesano. Vivió mucho tiempo en la córte donde estuvo relacionado con personas de la mayor distincion; pero tambien pasó gran parte de su vida en las colonias, y á los datos que habia adquirido de boca de los demas, pudo añadir el fruto de su esperiencia personal. Su curiosidad infatigable se estendia á todos los ramos de las ciencias naturales, así como á la historia pública y privada de los colonos. Era á la vez su Plinio y su Tácito. Sus obras abundan en pinturas de caractéres delineados con desembarazo y animacion. Sus reflexiones son picantes, y á veces se remontan á un tono filosófico mas superior á las preocupaciones de su siglo; y el curso de su historia está agradablemente interrumpido por infinidad de anécdotas personales, que permiten examinar profunda, aunque rápidamente, el carácter de los individuos que pone en accion.

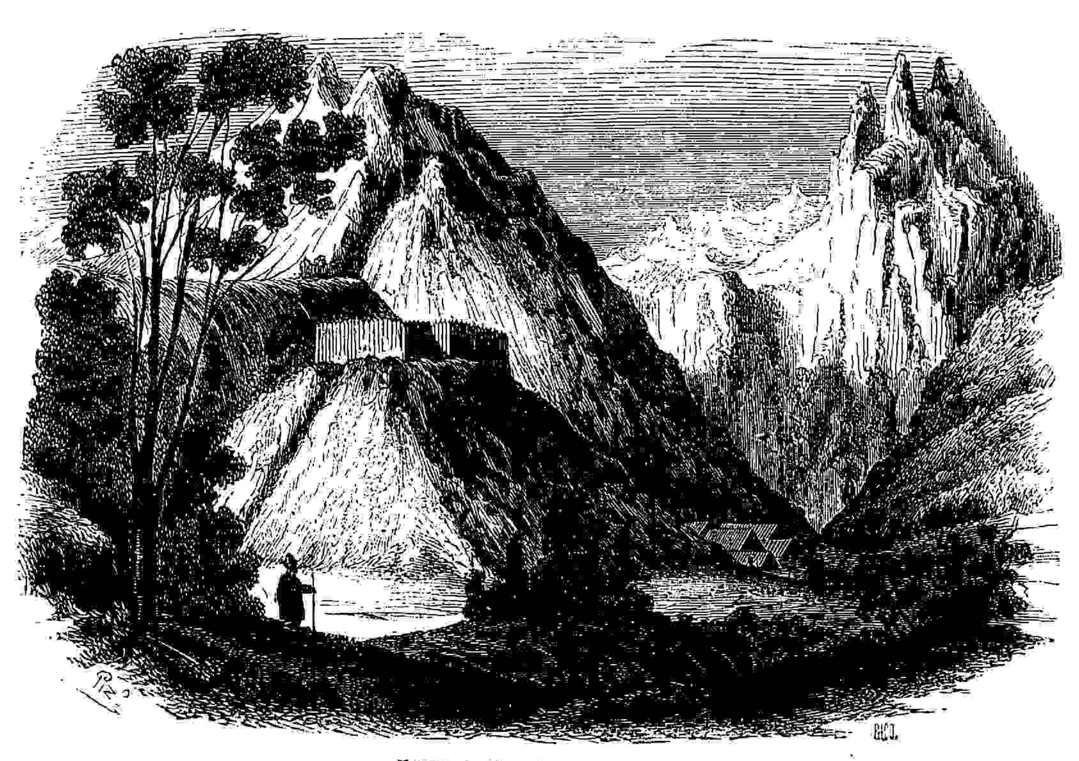
Con estas eminentes cualidades y con su respetable posicion social, es estraño que por tan largo tiempo hayan permanecido inéditos tantos escritos suyos, como son la gran *Historia de las Indias* y sus curiosas *Quincuagenas*. Esto debe atribuirse en parte al capricho de la fortuna, pues la historia mas de una vez estuvo en vísperas de publicarse, y aun se dice que preparada para entrar en prensa. Sin embargo, tiene graves defectos que pueden haber contribuido á que no se haya dado á luz. En su estilo cortado y episódico de composicion, parece mas bien una coleccion de notas para una grande historia, que la historia misma. Puede ser considerada como comentarios, y en este concepto sus páginas son muy estimables y á ellas han recurrido frecuentemente muchos escritores, que se han apropiado con poco escrúpulo las palabras del antiguo cronista, sin el menor reconocimiento al autor.

Es lástima que Oviedo haya mostrado mas solicitud en referirnos lo que era nuevo, que en averiguar lo que de esto era verdad. Entre sus buenas cualidades apenas se encuentra la esactitud histórica. Y sin embargo, esto tiene su disculpa hasta cierto punto en el hecho, ya mencionado, de que sus escritos, mas bien que el carácter de composiciones acabadas, tienen el de notas sueltas, en las cuales tanto rumores como hechos, y aun los rumores mas contradictorios, están apuntados sin órden alguno, formando una masa heterogénea de materiales, que el discreto historiador puede aprovechar muy bien para levantar una fábrica simétrica sobre fundamentos mas fuertes y sólidos.

Otro autor digno de mencion particular es Pedro Cieza de Leon. Su *Crónica del Perú* podia llamarse

con mas propiedad Itinerario, ó mejor, Geografía del Perú. En ella da una minuciosa descripcion geográfica del pais en tiempo de la conquista, de sus provincias y ciudades, tanto indias como españolas, de sus magníficas costas, de sus bosques, valles é interminables cadenas de montañas interiores, con muchos detalles interesantes sobre la poblacion existente en aquella época, sus trajes, usos, restos arquitectónicos y obras públicas. Al mismo tiempo, aunque esparcidas acá y allá, se encuentran en su obra noticias de la primitiva historia social y política del Perú. Es en suma una pintura animada del pais en sus relaciones físicas y morales, segun se hallaba en tiempo de la conquista, y en ese período de transicion en que quedó por primera vez sujeto á la influencia europea. La concepcion de una obra en aquel siglo, y con arreglo á un plan tan filosófico, que nos recuerda el de Malte-Brun en nuestros dias, *parva componere magnis*, demuestra por sí misma lo vasto del talento de su autor. Era esta tarea sumamente difícil cuando aun no habia camino abierto á las investigaciones del anticuario, ni podia recurrirse á las noticias del viajero, ni á las medidas del esplorador científico. Sin embargo, las distancias de un punto á otro están cuidadosamente señaladas por el ingenioso compilador, y el aspecto de las diferentes poblaciones y sus caractéres particulares descritos con suficiente precision, atendida la naturaleza de los obstáculos que tuvo que vencer. Ademas, la ejecucion literaria de la obra es altamente recomendable, y su estilo á veces rico y pintoresco. El autor describe las grandes y magníficas escenas de las cordilleras con una sensibilidad que embelesa y que no se encuentra muchas veces en el desabrido topógrafo, y menos todavía en el tosco conquistador.

Cieza de Leon pasó al Nuevo-Mundo, segun él mismo nos dice, á la edad de trece años. Pero hasta el tiempo de Gasca no hallamos su nombre entre los actores de las animadas escenas de la guerra civil, en que acompañó al presidente contra Gonzalo Pizarro.



Fuerte de Taun-Leuvu, Chile.

Su Crónica, ó á lo menos sus notas para ella, fueron compiladas en el tiempo que pudo robar á sus mas turbulentas ocupaciones, y al cabo de diez años de haberla emprendido, en 1550, completó la primera parte (que es todo lo que tenemos) cuando el autor llegaba á cumplir treinta y dos años. Esta primera parte apareció en Sevilla en 1553 y un año despues en Amberes; y una traduccion italiana impresa en Roma en 1555 demuestra la rápida celeridad de la obra. La edicion de Amberes, que es una de las usadas por mí en esta historia, tiene la forma de 12.°; está escelentemente impresa y adornada con grabados en madera, en que el demonio (porque el autor tenia mucho de la credulidad de los antiguos) con su acostumbrado acompañamiento fantasmagórico se aparece frecuentemente en figura corporal. En el prólogo Cieza anuncia su propósito de continuar la obra publicando otras tres partes para describir la antigua historia del pais en tiempo de los Incas, su conquista por los españoles, y las guerras civiles que siguieron. Inserta tambien con curiosa minuciosidad los epígrafes de varios libros de su proyectada historia. Pero la primera parte, como ya he dicho, es la única que se completó; y el autor, habiendo vuelto á España, murió en este pais en 1560 á la prematura edad de cuarenta y dos años, sin haber realizado parte alguna del magnífico plan que con tanta confianza se trazara. Muy sensible es esta falta, atendido el talento del autor y las ocasiones que tuvo de hacer observaciones personales. Pero hizo ya bastante para merecer nuestra gratitud. Con su animada descripcion de la naturaleza y de sus escenas en toda su frescura, tales como se presentaban á sus ojos, nos ha dado el terreno para la pintura histórica; el paisaje, digámoslo así, en que los hombres de aquel tiempo pueden ser mas fielmente retratados. Habria sido imposible dar tan esactamente la antigua topografía del pais en una época mas moderna, cuando lo antiguo ha desaparecido, y cuando el conquistador, derribando las barreras de la antigua civilizacion, ha borrado muchas de las señales que mostraban el aspecto físico del pais como existia en tiempo de los Incas.

LIBRO V.

Arreglo del pais.

CAPITULO PRIMERO.

Gran sensacion en España.—Pedro de la Gasca.—Primera época de su vida.—Su mision al Perú.—Su política conducta.—Sus ofertas á Pizarro.—Gana la escuadra.

1545—1547.

MIENTRAS ocurria en el Perú la importante revolucion referida en las anteriores páginas, solian llegar de cuando en cuando á la metrópoli rumores de lo que pasaba; pero la distancia era tanta y las comunicaciones tan escasas, que las noticias llegaban muchísimo tiempo despues de haber ocurrido los sucesos á que se referian. El gobierno supo con desaliento las turbulencias causadas por el código de Indias y la precipitada conducta del virey, y poco despues tuvo noticia de que este funcionario habia sido destituido y espulsado de la capital, en tanto que todo el pais á las órdenes de Gonzalo Pizarro se habia sublevado contra él. Todas las clases se llenaron de consternacion al saber tan alarmantes nuevas, y muchos que antes habian aprobado altamente las ordenanzas, condenaron á los ministros, que sin considerar el carácter inflamable de aquel pueblo, habian arrojado imprudentemente en medio de él una tea que amenazaba producir una esplosion general en todas las colonias (1). Rebelion semejante no habia ocurrido jamas en los dominios españoles. Fue comparada con la famosa guerra de las comunidades á principios del reinado de Cárlos V; pero la insurreccion peruana parecia aun mas formidable. Las turbulencias de Castilla, siendo á la vista de la córte, podian comprimirse fácilmente; pero era difícil hacer sentir el mismo poder en las remotas playas de las Indias. El principio de atraccion que unia al Perú (pais situado á orillas del remoto mar Pacífico) con la madre patria era tan débil, que esta colonia podia en cualquier tiempo y aun con menor impulso del que entonces recibia separarse de la órbita política de España. Parecia que la diadema imperial estaba á punto de perder la mas hermosa de sus joyas.

Tal era el estado de las cosas en el verano de 1545, hallándose Cárlos ausente en Alemania, ocupado en sosegar las turbulencias religiosas del imperio. Hallábase el gobierno en manos de su hijo, que bajo el nombre de Felipe II, debia en breve empuñar el cetro de la mayor parte de los dominios de su padre, y que entonces residia con la córte en Valladolid. Felipe reunió un consejo de prelados jurisconsultos y militares de grande esperiencia y reputacion, á fin de deliberar sobre las medidas que debian adoptarse para restablecer el órden en las colonias. Todos convinieron en considerar la conducta de Pizarro como una audaz rebelion; y hubo pocos al principio que no opinaran por que se emplease toda la fuerza y energía del gobierno para vindicar el honor de la corona, sofocar la insurreccion y castigar á sus autores (2).

Pero por bueno que esto pareciese, un poco de reflexion mostró que no era fácil, si acaso era practicable. Se necesitaba para ello cruzar con tropas no solamente el Océano, sino todo el gran continente: ¿y cómo efectuarlo cuando los principales puntos, las llaves de las comunicaciones con el pais se hallaban en poder de los rebeldes, y la escuadra, dueña del Pacífico, vigilaba sus aguas dispuesta á impedir que ninguna fuerza enemiga se acercase á la costa? Aun en el caso de que pudieran desembarcar en el Perú tropas españolas, no estando estas acostumbradas al clima, ni conociendo el pais, ¿qué probabilidades habia de que pudieran vencer á los veteranos de Pizarro, habituados á la guerra de las Indias y muy afectos á la persona de su gefe? Pronto se propagaria á las nuevas tropas el espíritu de insurreccion y el gobierno se quedaria sin ellas (3).



El príncipe don Felipe.

No quedaba, pues, otro recurso sino adoptar medidas de conciliacion: que cediese el gobierno, por mas que quedara mortificado su orgullo; que se concediese ámplia amnistía á los que se sometieran; y que se empleasen todos los argumentos persuasivos

(1) «Que aquello era contra una cédula que tenia del emperador que les daba el repartimiento de los indios de su vida, y del hijo mayor, y no teniendo hijos á sus mujeres, con mandarles espresamente que se casasen, como lo habian ya hecho los mas de ellos; y que tambien era contra otra cédula real que ninguno podia ser despojado de sus indios sin ser primero oido en justicia y condenado.» Historia de don Pedro Gasca, obispo de Sigüenza, MS.

(2) MS. de Caravantes. —Historia de don Pedro Gasca, MS.

De este consejo era el gran duque de Alba, tan tristemente célebre despues en los Paises Bajos. Es probable que opinase tambien por los medios coercitivos.

(3) «Ventilóse la forma del remedio de tan grave caso en que huvo dos opiniones; la una de embiar un gran soldado con fuerza de gente á la demostracion de este castigo; la otra que se llevase el negocio por prudentes y suaves medios, por la imposibilidad y falta de dinero para llevar gente, cavallos, armas, municiones y vastimentos, y para sustentarlos en tierra firme y pasarlos al Perú.» MS. de Caravantes.

y se hiciesen todas las concesiones políticas que bastaran á convencer á los insurgentes de que estaba en su interes así como en su obligacion volver á la obediencia de la corona.

Pero presentarse ante el pueblo en aquel estado de agitacion y hacer tales concesiones sin comprometer demasiado la dignidad ni la autoridad permanente de la corona, era asunto delicado, cuyo buen éxito dependia enteramente del carácter del enviado que se eligiese. Despues de maduras deliberaciones, se creyó que la persona mas competente para este cargo seria un eclesiástico, llamado Pedro de la Gasca, nombre, que mas brillante por el contraste con aquellos lúgubres tiempos en que primero apareció, reluce todavía con igual esplendor despues del trascurso de siglos.

Pedro de la Gasca nació probablemente á fines del siglo XV en un pequeño pueblo de Castilla llamado el Barco de Avila. Procedia por ambas líneas de antiguo y noble linaje, bien antiguo por cierto, si como aseguran sus biógrafos descendia de Casca, uno de los conspiradores contra Julio César (1). Habiendo tenido la desgracia de perder á su padre en edad temprana, fue puesto por su tio en el famoso seminario de Alcalá de Henares fundado por el gran Jimenez de Cisneros. Allí hizo rápidos progresos en los estudios, especialmente en los de su profesion y al fin recibió el grado de maestro de teología.

El jóven Gasca descubrió, sin embargo, otros talentos ademas de los que exigia su sagrado ministerio. La guerra de las comunidades asolaba entonces el pais, y las autoridades de su colegio se mostraban dispuestas á tomar parte en favor de la causa popular. Pero Gasca, poniéndose á la cabeza de una fuerza armada, se apoderó de una de las puertas de la ciudad y con el auxilio de las tropas reales conservó la poblacion bajo el dominio de la corona. Probablemente el vigilante soberano no olvidó despues esta muestra de lealtad (2).

Desde Alcalá pasó Gasca á Salamanca, donde se distinguió por su habilidad en las disputas escolásticas y obtuvo los mas altos honores académicos en aquella antigua universidad, madre fecunda del saber y del ingenio. Despues se le confió el manejo de varios asuntos eclesiásticos de importancia y fue nombrado individo del consejo de la Inquisicion.

En 1540 fue enviado como tal inquisidor á Valencia para examinar ciertos casos de heregía. Hallábanse estos envueltos en la mayor oscuridad, y aunque en su investigacion tuvo el auxilio de muchos jurisconsultos eminentes, fue comision esta que le ocupó cerca de dos años. En tan difícil materia mostró tanta penetracion y tan completa imparcialidad, que los estados de Valencia le nombraron visitador de aquel reino, empleo de alta responsabilidad y que exigia gran discrecion en la persona que le ocupase, pues debia examinar la situacion de los tribunales de justicia y hacienda de todo el territorio, y tenia autoridad para reformar los abusos que encontrase. Fue prueba de gran consideracion que se confiriese semejante cargo á Gasca, pues para ello fue preciso separarse del uso establecido (y esto en una nacion muy apegada á sus usos), que era dar este cargo á uno que fuese natural de la corona de Aragon (3).

Gasca ejecutó su comision con independencia y habilidad. Mientras se ocupaba en ella, el pueblo de Valencia se llenó de consternacion al saber la proyectada invasion de los franceses y turcos, que mandados por el temible Barbarroja amenazaban la costa y las inmediatas islas Baleares. Temíase generalmente que con este motivo se sublevase la poblacion morisca; y los oficiales españoles que mandaban en aquel punto, careciendo de buques que les protegieran, desconfiaban de poder resistir con fruto al enemigo. En estas circunstancias de terror general solo Gasca se presentó tranquilo y sereno. Afeó á los gefes su desconfianza antimilitar; les animó á confiar en la lealtad de los moriscos, y les aconsejó que inmediatamente levantasen fortificaciones en las playas. A consecuencia de esto fue nombrado individuo de una comision para dirigir las obras y levantar tropas para la defensa de la córte; y tan fielmente desempeñó su cargo, que Barbarroja, despues de algunas tentativas ineficaces para desembarcar, fue rechazado en todos los puntos y hubo de abandonar la empresa como desesperada. El honor principal de esta resistencia corresponde á Gasca, que dirigió la construccion de las obras de defensa y que pudo contribuir con una gran parte de los fondos necesarios por efecto de las reformas económicas que introdujo en la administracion del reino de Valencia (4).

En esta época, es decir, á últimos de 1545, fue cuando el consejo de Felipe le eligió como la persona mas competente para desempeñar aquella mision peligrosa en el Perú (5). Su carácter, en efecto, parecia muy á propósito para la empresa. Habia dado durante toda su vida las mayores muestras de lealtad; á sus modales suaves é insinuantes reunia la mas intrépida resolucion; y aunque su aspecto era humilde, como convenia á su profesion, estaba lejos de ser abyecto, porque la conviccion de la rectitud de sus intenciones le sostenia y le granjeaba el respeto de todos aquellos con quienes trataba. Era ademas vivo en sus percepciones, conocia bastante el corazon humano, y aunque educado para la vida eclesiástica tenia tantos conocimientos en los negocios civiles y aun en la ciencia militar como pudieran exigirse de un hombre criado en las córtes y en los campos.

No vaciló, pues, el consejo en recomendarle unánimemente al emperador, pidiendo la aprobacion de este nombramiento. Cárlos habia observado atentamente la conducta de Gasca, y en especial el modo con que habia dirigido los procedimientos judiciales contra los hereges de Valencia (6). Desde luego co-

(1) «Pasando á España vinieron á tierra de Avila y quedó del nombre dellos el lugar y familia de Gasca; mudándose por la afinidad de la pronunciacion que hay entre las dos letras consonantes *c* y *g* el nombre de Casca en Gasca.» Hist. de don Pedro Gasca, MS.— En Castilla la semejanza de nombres es un clavo bastante fuerte para colgar de él una genealogía.

(2) He tomado las principales noticias de los primeros años de la vida de Gasca de una biografía manuscrita compuesta en 1546 durante la vida de este prelado. No se dice el nombre del autor, el cual parece que habla por conocimiento personal; pero la obra debe ser de algun erudito, y está escrita con ciertas pretensiones de elegancia. El manuscrito original forma parte de la estimable coleccion de don Pascual de Gayangos, de Madrid; y es de mucho valor por la luz que arroja sobre los primeros años de la carrera de Gasca, época de que los historiadores españoles no han hablado una palabra. Sensible es que el autor no continuase su obra mas allá del período en que el objeto de ella fue elegido para desempeñar su mision en el Perú.

(3) «Era tanta la opinion que en Valencia tenian de la integridad y prudencia de Gasca, que en las córtes de Monzon los Estados de aquel reyno le pidieron por visitador contra la costumbre y fuero de aquel reyno, que no puede serlo sino el que fuere natural de la corona de Aragon, y consintiendo que aquel fuero se derogase, el emperador lo concedió á instancia y peticion dellos.» Hist. de don Pedro Gasca, MS.

(4) «Que parece cierto, dice su entusiasta biógrafo, que por disposicion divina vino á hallarse Gasca entonces en la ciudad de Valencia, para remedio de aquel reyno y islas de Mallorca, Menorca é Ibiza, segun la órden, prevencion y diligencia que en la defensa contra las armas del turco y Francia tuvo, y las provisiones que para ello hizo.» Hist. de don Pedro Gasca, MS.

(5) «Finalmente quiso enviar una oveja, pues un leon no aprovechó, y así escogió al licenciado Pedro Gasca.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXIV.

(6) Gasca hizo lo que el autor llama *una breve y compen-*

noció que era el hombre que necesitaba para aquel caso; é inmediatamente le escribió de su propio puño, manifestándole su satisfaccion por aquel nombramiento, y anunciándole que en prueba de que le creia digno de él pensaba presentarle para una de las sillas episcopales á la sazon vacantes.

Gasca aceptó su nueva mision sin vacilar, y presentándose en Valladolid recibio las instrucciones del gobierno respecto al plan de conducta que debia seguir. Estas instrucciones eran benignas y conciliadoras en perfecta consonancia con su benévolo carácter (1). Pero aunque le satisfizo el tono paternal de ellas, consideró las facultades que se le daban como insuficientes para su objeto, porque el gobierno español, inspirado de un espíritu de desconfianza, limitaba comunmente la autoridad que concedia á sus altos empleados coloniales, cuya distancia de la patria le daba motivo particular de recelo. Gasca vió que en cualquier caso estraordinario ó imprevisto tendria que pedir nuevas instrucciones, lo cual traeria consigo una gran dilacion, precisamente cuando la prontitud era esencial al buen éxito de la empresa. Hizo ademas presente al consejo que la córte, por su distancia del teatro de los sucesos, seria del todo incompetente para juzgar de la conveniencia de las medidas que debieran adoptarse. Debia, pues, enviarse á uno en quien el rey tuviese entera confianza, y que fuese investido de los poderes necesarios para todo evento, poderes no solamente para decidir qué medida fuese mejor, sino para ponerla inmediatamente en ejecucion. Pidió, por consiguiente, ir al Perú, no solo como representante del soberano, sino revestido de toda la autoridad del mismo monarca. «No siendo así, dijo, mi mision tendria un éxito contrario del que se busca. Por mi parte, añadió, no quiero sueldo ni recompensa de ninguna especie: con mis hábitos y mi breviario espero llevar á cabo la empresa que se me confia (2). Enfermo como estoy, el reposo de mi casa seria mas agradable que esta arriesgada mision; pero la acepto con gusto por obedecer á mi rey; y si como es probable no puedo ya volver á ver á mi patria, tendré á lo menos el consuelo de haber hecho cuanto ha estado de mi parte por servir sus intereses (3).»

Los individuos del consejo, aunque escucharon con admiracion las desinteresadas manifestaciones de Gasca, se asombraron del atrevimiento de su demanda. No desconfiaban de la pureza de sus intenciones, que estaban al abrigo de toda sospecha; pero las facultades que pedia eran tan superiores á las que hasta entonces se habian dado á los vireyes en las colonias que no se creyeron ellos competentes para concedérselas. Ni aun se atrevieron á solicitarlas del emperador, y aconsejaron á Gasca que por sí mismo se dirigiese al monarca y le manifestase los fundamentos que tenia para hacer tan estraordinaria peticion.

diosa relacion de los procedimientos al emperador, al cual llamó tanto la atencion el escrito, que dedicó á su lectura toda una tarde, no obstante que su hijo Felipe le esperaba para asistir á una fiesta, prueba irrefragable, segun el autor, de su celo por la fé—«Queriendo entender muy de raiz todo lo que pasaba, como príncipe tan celoso que era de las cosas de la religion.« Hist. de don Pedro Gasca, MS.

(1) El manuscrito de Caravantes es el único, entre todas las obras que he consultado, que traslada *in estenso* estas instituciones, cuyo tono patriarcal hace mucho honor al gobierno.

(2) «De suerte que juzgassen que la mas fuerça que lleuaua era su ábito de clérigo y breuiario.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XVI.

(3) MS. de Caravantes—Hist. de don Pedro Gasca, MS.—Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. XXVII.—XVII.

Aunque no para si, Gasca solicitó del monarca un favor, que fue el nombramiento de su hermano, eminente jurisconsulto, para una plaza de magistrado vacante en uno de los tribunales de Castilla.

Gasca adoptó el consejo, é inmediatamente escribió á su soberano, que entonces se hallaba en Flandes, esponiendo sus ideas en los términos mas esplícitos. Pero Cárlos no era tan tenaz, ó á lo menos tan celoso de su autoridad como sus ministros; hacia demasiado tiempo que era poderoso para tener semejantes celos; y antes de muchos años, oprimido por el peso de su poder, debia resignarle enteramente en las manos de su hijo. Su sagaz talento comprendió ademas fácilmente las dificultades de la posicion de Gasca; y conoció que en aquella crísis estraordinaria solo las medidas estraordinarias podian dar fruto. Cedió pues, á la fuerza de los argumentos de su vasallo, y en 16 de febrero de 1546 le escribió otra carta de aprobacion, anunciándole su voluntad de conferirle todos los poderes que habia pedido.

Gasca debia llevar el título de presidente de la real audiencia; pero bajo este simple título debia estar á la cabeza de todos los departamentos en la colonia, así civiles como militares y judiciales. Podia hacer nuevos repartimientos y confirmar los ya hechos; declarar la guerra, levantar tropas, nombrar los individuos que quisiera para toda clase de empleos ó separarlos segun su voluntad. Estaba tambien autorizado para ejercer la real prerogativa de perdonar los delitos, y especialmente para conceder una amnistía á todos los complicados en la rebelion, sin escepcion alguna, al mismo tiempo que debia proclamar desde luego la revocacion de las odiadas ordenanzas. Estas dos últimas medidas puede decirse que formaban la base de todas sus operaciones.

Como á los eclesiásticos no alcanzaba el brazo seglar, y sin embargo con frecuencia fomentaban desórdenes en las colonias, Gasca recibió facultad para desterrar del Perú á cuantos le pareciese oportuno; y respecto al virey podia tambien enviarle á España si el bien del pais exigia esta medida. Conforme él mismo lo habia propuesto, no debia recibir estipendio alguno; pero el gobierno le dió letra abierta sobre todas las tesorerías de Panamá y del Perú, y el emperador le remitió cartas para las principales autoridades, no solo del Perú, sino de Méjico y de las colonias inmediatas, mandando que se le diesen todo género de auxilios; y últimamente, fuéronle entregadas cédulas en blanco con la firma real, para que las llenase conforme lo creyera conveniente (4).

Al paso que la concesion de tan ilimitados poderes escitaba en Gasca los mas vivos sentimientos de gratitud para con su soberano, que así confiaba en él, parece, y esto es mas estraordinario, que no despertó la envidia de los cortesanos. Conocian estos que el buen eclesiástico no habia solicitado tales poderes para sí; y aun algunos, lejos de tenerle envidia, deseaban que antes de su partida fuese nombrado obispo, segun se le habia prometido, pensando que así llevaria mayor autoridad que presentándose como simple clérigo, y temiendo que el mismo Gasca quedase disgustado si no se le daba este nombramiento. Mas el nuevo presidente se apresuró á desvanecer estos recelos. «Los honores me servirán de poco, dijo, en el pais adonde voy, y seria manifiestamente injusto conferirme un cargo de la Iglesia no pudiendo desempeñarlo por tener que residir en tan lejanas tierras. Si no volviese, continuó, el remordimiento de haber aceptado un destino con cuyas obligaciones no hubiera podido cumplir, atormentaria sin cesar mis últimos instantes (5).» Esta política repugnancia en

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VI.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. I, cap. VI.—MS. de Caravantes.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XVII—XVIII.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXIV.—Hist. de don Pedro Gasca, MS.

(5) «Especialmente si allá muriese ó le matassen: que entonces de nada le podria ser buena, sino para partir desta vida con mas congoxa y pena de la poca cuenta que daua de la

aceptar la mitra ha pasado á ser proverbio. Pero no habia afectacion en ella, y los amigos de Gasca, cediendo á sus argumentos, no volvieron á instarle sobre el asunto.

El nuevo presidente hizo sus preparativos de marcha. Estos fueron pocos y sencillos: debia acompañarle una comitiva poco numerosa, entre cuyos individuos el mas notable era Alonso de Alvarado, el valiente capitan que, como el lector recordará, habia servido tanto tiempo á las órdenes de Francisco Pizarro. En los últimos años Alvarado habia fijado su residencia en la córte, y ahora, á instancias de Gasca, le acompañaba al Perú, donde su presencia podia facilitar las negociaciones con los insurgentes, al paso que su pericia militar podia ser muy útil si se necesitaba apelar á las armas (1). Despues de la indispensable detencion para aprestar la pequeña escuadra, el 26 de mayo de 1546 el presidente y su comitiva se embarcaron en San Lúcar para el Nuevo Mundo.

Despues de un viaje próspero, y no muy largo para aquellos tiempos, desembarcaron á mediados de julio en el puerto de Santa Marta, donde recibieron las sorprendentes noticias de la batalla de Añaquito, de la derrota y muerte del virey, y del establecimiento en el pais del poder absoluto de Gonzalo Pizarro. Aunque estos sucesos habian ocurrido muchos meses antes de la salida de Gasca de España, eran tan imperfectas las comunicaciones que aun no se tenia noticia de ellos en la córte.

El ánimo del presidente se llenó de desconsuelo al reflexionar que los insurgentes, despues de un acto tan atroz como la muerte del virey, desesperados de encontrar perdon en el gobierno, no retrocederian ante ninguna de las consecuencias de su crímen. Cuidó, por tanto, de divulgar que la fecha de su nombramiento era posterior á la de la fatal batalla, y que estaba facultado para conceder amnistía completa de todos los delitos hasta entonces cometidos contra el gobierno (2).

Sin embargo, bajo cierto punto de vista podia considerarse la muerte de Blasco Nuñez como una circunstancia favorable para el arreglo del pais. Si hubiera vivido hasta la llegada de Gasca, este habria encontrado un gran obstáculo para su mision en la necesidad de obrar de concierto con una persona tan generalmente aborrecida en la colonia ó se habria visto en la dura precision de enviarle á España. Ademas, segun todas las probabilidades, seria ahora mas fácil traer á los insurgentes á la razon, ya que esta animosidad personal debia naturalmente concluir en el sepulcro de su enemigo.

Gasca estaba perplejo para decidir por qué punto intentaria entrar en el Perú. Todos los puertos estaban en poder de Pizarro y al cuidado de sus capitanes, los cuales tenian severas instrucciones para interceptar todas las comunicaciones con España y detener á los comisionados de la córte hasta saber la resolucion de su gefe respecto á ellos. Decidióse al fin á pasar á Nombre de Dios, punto custodiado por una fuerte guarnicion á las órdenes de Hernan Mejía, oficial á quien, como persona en cuya adhesion podia confiar enteramente, habia encomendado Gonzalo la guarda de esta importante puerta de sus dominios.

Si Gasca se hubiera presentado delante de aquel punto en actitud amenazadora, con aparato militar ó desplegando alguna ostentacion oficial que hubiese despertado las sospechas de Hernan, seguramente no le hubiera sido fácil efectuar su desembarco. Pero Mejía no vió ningun motivo de recelo en la llegada de un pobre eclesiástico, sin fuerza armada, casi sin gente que le auxiliara, y que al parecer solo iba para desempeñar una mision de indulto. Así, no bien tuvo noticia del carácter del enviado y de su mision, se preparó para recibirlo con todos los honores debidos á su clase, y salió á la cabeza de sus soldados, seguido de muchos eclesiásticos residentes en aquella poblacion. Nada habia en la persona de Gasca, y mucho menos en su humilde traje clerical y en su modesto séquito, que pudiese inspirar al vulgo sentimientos de temor ó reverencia. En efecto, su apariencia pobre y la de su corta comitiva, tan diferentes de la acostumbrada pompa con que se presentaban los vireyes en las Indias, escitaron algun desprecio entre la ruda soldadesca que no tuvo escrúpulo en proferir ciertos chistes desvergonzados de modo que los oyera el mismo presidente (3). «Si este es el gobernador que S. M. nos envia, esclamaron algunos, poco cuidado debe dar á Pizarro.»

Mas el presidente, lejos de exasperarse al oir tales desvergüenzas ni de mostrar resentimiento á sus autores, las sufrió con la mayor humildad, y solamente se mostró mas agradecido á los eclesiásticos sus hermanos que con sus respetuosos ademanes parecian desear tributarle toda clase de homenajes.

Pero aunque las maneras de Gasca pareciesen vulgares y humildes, Mejía en su primera entrevista con él descubrió al momento que no trataba con ninguna persona vulgar. El presidente, despues de haber esplicado con brevedad la naturaleza de su comision, le dijo que habia venido como mensajero de paz y que por medio de medidas pacíficas era como pensaba desempeñar con buen éxito su encargo. Despues habló en general de las facultades de que estaba revestido, dijo que tenia autoridad para perdonar á todos sin escepcion y manifestó su propósito de proclamar la revocacion de las ordenanzas. Añadió que de este modo el objeto de la revolucion estaba cumplido: que resistir por mas tiempo al gobierno seria declararse en abierta rebelion sin motivo alguno, y concluyó exhortando á Mejía en nombre de su lealtad y patriotismo á que le ayudase á sosegar las turbulencias del pais y á traerle de nuevo á la obediencia á la corona.

El cándido y conciliador lenguaje del presidente, tan diverso del tono arrogante de Blasco Nuñez y del austero porte de Vaca de Castro, hizo manifiesta impresion en Mejía, el cual reconoció la fuerza de sus razonamientos y se lisonjeó de que Gonzalo Pizarro la reconoceria tambien. Aunque adicto á este gefe, era leal de corazon, y como la mayor parte de los de su bando, habia sido arrastrado á la rebelion mas bien por la fuerza de las circunstancias que por la de su voluntad. No le disgustaba, pues, volver á su fidelidad primera, ya que tan buena ocasion se le ofrecia para hacerlo con seguridad y para granjearse el favor del rey, y así lo manifestó al presidente prometiéndole su eficaz cooperacion en la buena obra de la reforma (4).

Fue este un socorro importante para Gasca; pero era aun de mas importancia asegurar la obediencia de Hinojosa, gobernador del Panamá, en cuyo puerto estaba la escuadra de Pizarro, compuesta de veinte y dos buques. No era fácil, sin embargo, entablar relaciones con este oficial. Era persona de carácter mucho mas elevado que el que comunmente tenian los turbulentos aventureros del Nuevo Mundo; era

prouision que auia aceptado.» Fernandez, ist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XVIII.

(1) De este Alvarado, desciende la noble familia de los condes de Villamor en España. MS. de Caravantes.

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo XXI.

(3) «Especialmente muchos de los soldados, que estaban desacatados, y decian palabras feas y desuergonçadas. A lo cual el presidente (viendo que era necessario) hazia las orejas sordas.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXIII.

(4) Fernandez, Hist. del Perú.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia.—Montesinos, Annales, MS., año de 1546.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VI.—Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. II, cap. V.

ademas adicto á los intereses de Pizarro, y este le habia dado una gran muestra de confianza encargándole el mando de su armada y de Panamá, llave de sus territorios sobre el Pacífico.

El presidente envió primero á Mejía y á Alonso de Alvarado para que le preparasen el camino, instruyendo á Hinojosa del objeto de su mision. El les siguió poco despues, y fue recibido por aquel gefe con las mayores muestras de respeto. Pero aunque oyó con deferencia las amonestaciones de Gasca, no pudieron estas producir en su ánimo el efecto que habian producido en el de Mejía; y concluyó rogando al presidente le mostrase sus poderes, y preguntándole si se estendian á confirmar á Pizarro en un puesto á que estaba llamado, no solo por sus servicios sino por el voto popular.

Cuestion dificultosa era esta. Semejante concesion habria sido demasiado humillante para la corona; pero confesarla así abiertamente en aquellas circunstancias y á un capitan tan adicto á Pizarro, habria sido frustrar toda tentativa de ulteriores negociaciones. El presidente eludió pues la pregunta diciendo simplemente que no habia llegado aun el caso de presentar sus poderes; pero que Hinojosa podia estar seguro de que le autorizaban para conceder ámplias recompensas á todos los servidores leales de su pais (1).

No quedó satisfecho Hinojosa con esta respuesta, é inmediatamente escribió á Pizarro, anunciándole la llegada de Gasca y el objeto de su mision, y declarándole al mismo tiempo que estaba convencido de que el presidente no llevaba autoridad para confirmarle en el gobierno. Pero antes de la salida del buque que debia llevar esta carta, se ganó Gasca los servicios de un fraile dominico que pasaba en él á una de las ciudades de la costa, al cual proveyó de manifiestos y alocuciones anunciando el objeto de su llegada á aquel pais, la abolicion de las ordenanzas y la ámplia amnistía que estaba autorizado para conceder á todos los que volviesen á la obediencia á la corona. Escribió tambien por este conducto á los prelados y corporaciones de las diferentes ciudades, exhortando á los primeros á que le ayudasen á introducir el espíritu de lealtad y subordinacion entre el pueblo, y anunciando á las segundas su propósito de consultarlas sobre la adopcion de varias medidas eficaces para el bienestar del pais. Estos papeles se comprometió el dominico á repartir por sí mismo en las principales ciudades de la colonia; y cumplió fielmente su promesa, aunque no sin riesgo de su vida. Muchas de las semillas así esparcidas podian caer en terreno estéril, pero Gasca esperaba que la mayor parte echaria raices en el corazon del pueblo y esperó con paciencia á que diesen su fruto.

Entre tanto, aunque no habia conseguido desvanecer los escrúpulos de Hinojosa, sus corteses maneras y sus discursos persuasivos é insinuantes produjeron visible efecto en otros individuos con quienes tenia diarias relaciones. Muchos, y entre ellos algunos de los principales caballeros de Panamá y de la escuadra, manifestaron espresamente su deseo de unirse á la causa real y auxiliar al presidente para sostenerla. Gasca se aprovechó de su cooperacion para abrir comunicaciones con las autoridades de Goatemala y Méjico, á quienes participó el objeto de su comision, intimándoles que cortasen todas sus relaciones con los insurgentes de la costa del Perú. Logró tambien del gobernador de Panamá que le proporcionase medio de entrar en comunicacion con el mismo Gonzalo Pizarro, y despachó un buque á Lima con una carta del emperador y otra suya para aquel gefe.

La carta del emperador estaba concebida en los términos mas benévolos y conciliadores. Lejos de echarle en cara su rebelion, aparentaba considerar su conducta como efecto de las circunstancias en que se habia visto, y especialmente de la obstinacion del virey Blasco Nuñez en negar á los colonos el imprescriptible derecho de peticion. Nada decia por donde pudiera colegirse si su intencion era confirmar á Pizarro en el mando ó separarle de él, y solamente le anunciaba que Gasca le declararia su real voluntad y que debia cooperar con este eclesiástico al restablecimiento de la tranquilidad del pais.

La carta de Gasca estaba vaciada en el mismo molde político. Haciale presente, sin embargo, que habian cesado las circunstancias que hasta entonces habian dirigido su conducta; que nada quedaba ya que reclamar y que solo faltaba que él y los suyos, apresurándose á volver á la obediencia del rey, mostrasen su lealtad y la sinceridad de sus intenciones. Deciale ademas que hasta entonces habia estado en hostilidad contra el virey, y el pueblo le habia apoyado por ser contra un enemigo comun; que si prolongaba la lucha, su enemigo seria ya el soberano, y el pueblo seguramente no le apoyaria; por lo cual le exhortaba, en nombre de su honor de caballero y de su deber de leal vasallo, á respetar la autoridad real y á no provocar una guerra, que probaria al mundo que su conducta anterior habia sido dictada, mas bien por ambicion personal, que por motivos patrióticos.

A esta carta, de grande estension y concebida en términos corteses y lisonjeros para la persona á quien iba dirigida, acompañaba otra mucho mas concisa para Cepeda, el intrigante abogado que, como Gasca no ignoraba, tenia el mayor influjo sobre Pizarro en ausencia de Carbajal, que entonces se ocupaba en recojer los ricos productos de las minas nuevamente descubiertas del Potosí (2). En esta epístola aparentaba Gasca cierta deferencia al artero político como individuo de la real audiencia y le consultaba sobre el mejor medio de llenar las vacantes de aquel cuerpo.

Entregáronse estas comunicaciones á un caballero llamado Paniagua, fiel partidario del presidente y uno de los que le habian acompañado desde Castilla, el cual llevó tambien manifiestos y cartas como los que se habian confiado al dominico con órden de distribuirlos secretamente en Lima antes de que saliese de aquella capital (3).

Pasaron semanas y meses y el presidente permanecia aun en Panamá, donde, cortadas cuidadosamente como estaban sus comunicaciones con el Perú, podia decirse que se hallaba detenido como una especie de prisionero de Estado. Entre tanto, así él como Hinojosa, aguardaban con ansia la llegada de algun enviado de Pizarro, que les indicase el modo con que habia recibido este gefe la noticia de la mision del presidente. El gobernador de Panamá no desconocia la peligrosa posicion en que se hallaba colocado, ni lo absurdo que seria provocar una lucha con la córte de Castilla. Pero tenia cierta repugnancia (no muy comun entre los caballeros del Perú) á abandonar á

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, capítulo XXXV. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VII.— MS. de Caravantes.

(2) «El licenciado Cepeda que tengo yo ahora por teniente, de quien yo hago mucho caso i le quiero mucho.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(3) Pueden verse las cartas de que habla el testo en Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VII, y en Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXIX—XXX. La del presidente tiene muchas páginas, ocupando gran parte de ella varias citas y ejemplos históricos para demostrar lo absurdo y criminal de una rebelion contra la autoridad regia. La siguiente sentencia con que concluye da una idea esacta del tono benigno de esta homilia. «Nuestro Señor por su infinita bondad alumbre á vuestra merced, y á todos los demas para que acierten á hazer en este negocio lo que conuiene á sus almas, honras, vidas y haziendas: y guarde en su santo servicio la ilustre persona de vuestra merced.»

su gefe que tanto se fiaba de él. Esperaba, sin embargo, que Pizarro aprovecharia la ocasion que se le ofrecia de ponerse y poner al pais en un estado de seguridad permanente.

Varios caballeros de los que habian prestado su adhesion á Gasca, irritados con lo que llamaban obstinacion de Hinojosa, propusieron al presidente apoderarse de su persona y tomar posesion de la armada; pero Gasca desechó desde luego la oferta diciendo que su mision era de paz, y que no queria deshonrarla con ningun acto de violencia. Respetó tambien los escrúpulos de Hinojosa, sabiendo que hombre de tal pundonor, una vez atraido por nobles medios, seria mucho mas fiel á sus intereses que vencido por fuerza ó por engaño. Pensó que podia aguardar con confianza la ocasion oportuna. Esto era político y al mismo tiempo honroso; bien es verdad que la política y la honradez siempre van juntas.

Entre tanto solian llegar de tiempo en tiempo personas de Lima y de las ciudades inmediatas que daban noticias de Pizarro, noticias que variaban segun el carácter y la situacion de los individuos. Unos decian que se ganaba todos los corazones con su genio abierto y la política profusion con que, no obstante su sed de riquezas, distribuia repartimientos y favores entre sus partidarios. Otros aseguraban que gobernaba con arbitrariedad y violencia, y que los vecinos de Lima estaban llenos de terror y desconfianza. Todos convenian, sin embargo, en que su poder se apoyaba sobre bases demasiado sólidas para ser destruidas; y opinaban que si el presidente iba á Lima ó tendria que consentir en ser instrumento de Pizarro, confirmándole en el gobierno, ó espondria á grave riesgo su vida (1).

Es evidente que Gonzalo, aunque segun dicen sus amigos no descuidase los negocios públicos, tenia tiempo para entregarse libremente al goce de aquellos placeres que rodean á un soldado de fortuna en la hora de su triunfo. Era objeto de adulaciones y homenajes: hasta los mismos que le odiaban le hacian la córte, pues los que no le amaban tenian bastantes motivos para temerle y se conmemoraban sus hazañas en romances y coplas en que se le comparaba (lo cual no estaba lejos de ser cierto) con los mas esforzados paladines de la caballería (2).

Entre tanta adulacion, la copa del placer destinada á los lábios de Pizarro tenia una gota de amargura, que daba su sabor á todo lo demas; porque á pesar de la confianza que aparentaba en público, esperaba con viva ansiedad la llegada de noticias que le instruyesen del aspecto bajo el cual se consideraba su conducta por el gobierno de España, como lo probaban sus esquisitas precauciones para guardar las costas y detener á los emisarios de la córte. Supo, pues, con no leve disgusto por la carta de Hinojosa, el desembarco del presidente Gasca y el objeto de su mision, si bien su descontento se mitigó cuando le informaron de que el nuevo enviado llegaba sin aparato militar, sin pompa alguna oficial que pudiese imponer al vulgo, y solamente, por decirlo así, con el hábito humilde de un misionero (3). Pizarro no podia adivinar que bajo este esterior modesto se ocultaba un poder moral, mas fuerte que sus batallones forrados de acero, y que obrando silenciosamente en la opinion pública, tanto mas seguro cuanto mas secreto, iba minando su fuerza como un canal subterráneo socava los cimientos de un magnífico edificio, que se levanta orgulloso con el terreno que ocupa y con la duracion que promete.

Pero aunque Gonzalo Pizarro no pudiese prever este resultado, vió lo bastante para conocer que lo mas seguro seria espulsar al presidente del Perú. La noticia de su llegada apresuró ademas la ejecucion de su primitivo intento de enviar un mensaje á España para justificar su conducta y solicitar del rey la confirmacion de su autoridad. Eligió para esta mision á Lorenzo de Aldana, caballero discreto y valiente que poseia su confianza por ser uno de sus mas celosos partidarios. Este habia desempeñado varios destinos importantes á las órdenes de Gonzalo, el cual debia en parte sus triunfos á la sagacidad con que sabia escoger sus agentes.

Uniéronse á Aldana para esta comision uno ó dos caballeros y el obispo de Lima, como mas á propósito por su posicion para influir en la córte en favor de Pizarro. Llevaban los comisionados, ademas de las comunicaciones dirigidas al gobierno, una carta de los habitantes de Lima para Gasca, en la cual despues de felicitarle cortesmente por su llegada, le anunciaban su sentimiento de que hubiese llegado demasiado tarde, pues los desórdenes habian cesado con la caida del virey y el pais reposaba tranquilo bajo el gobierno de Pizarro. Decíale ademas que habia salido una embajada para Castilla, *no con el objeto de solicitar perdon*, porque no habian delinquido (4), sino para pedir al emperador que confirmase á Pizarro en el gobierno, como el que mas lo merecia por sus virtudes (5). Por último le manifestaban que su presencia solo serviria para renovar los pasados disturbios; y le daban á entender que sus tentativas para desembarcar en el Perú podrian costarle la vida. El lenguaje de este singular documento era mas respetuoso de lo que podia inferirse por su contenido. Tenia la fecha del 14 de octubre de 1546 y estaba firmado por setenta de los principales vecinos de la ciudad. Es probable que le dictase Cepeda, cuya mano se advierte en la mayor parte de las intrigas de la pequeña córte de Pizarro. Dícese tambien, aunque la autoridad es un tanto cuestionable, que Aldana recibió instrucciones de Pizarro para ofrecer cincuenta mil pesos de oro al presidente porque se volviese á Castilla; y que en caso de negativa se pensaba en adoptar un medio mas eficaz y tenebroso para desembarazarse de su presencia (6).

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capítulo XXVII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. II, capítulo VI.—MS. de Caravantes.

(2) «Y con esto, estatua siempre en fiestas y regocijo, holgando mucho que le diesen músicas, cantando romances y coplas de todo lo que auia hecho: encaresciendo sus hazañas y victorias. En lo qual mucho se deleytaua como hombre de gruesso entendimiento.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXXII.

(3) Gonzalo en su carta á Valdivia habla de Gasca como de un clerigo de buena reputacion que sin recompensa, é inspirado del verdadero espíritu de un misionero, habia pasado al Perú para arreglar los negocios del pais. «Dicen ques mui buen christiano i hombre de buena vida i clerigo, i dicen que viene á estas partes con buena intencion i no quiso salario ninguno del rey sino venir para poner paz en estos reynos con sus cristiandades.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(4) «Porque perdon ninguno de nosotros le pide, porque no entendemos que hemos errado, sino seruido á su magestad, conservando nuestros derechos, que por sus leyes reales á sus vasallos es permitido.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXXIII.

(5) «Porque él por sus virtudes es muy amado de todos; y tenido por padre del Perú.» Ibi ., ubi supra.

(6) Fernandez, Hist. del Perú.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, libro II, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, libro VI, cap. VIII.—Gomara, Historia de las Indias., capitulo CLXXVII.—Montesinos, Annales, MS., año de 1546.

Pizarro en su carta á Valdivia le da cuenta de esta indicacion hecha á Gasca, el cual, *con toda su reputacion de santo*, dice que *era el hombre mas mañoso que habia en toda España*, y que ahora iba para enviarle á él á Castilla por recompensa de sus leales servicios, «Y agora que yo tenia puesta esta tierra en sosiego embiava su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que es un santo, es un hombre el mas mañoso que havia en toda España á mas sábio, é así venia por presidente é governador é todo cuanto él quiera; é para poderme enviar á mi á España, i al cabo de dos años que an-

Aldana provisto de sus despachos salió inmediatamente para Panamá. Por él supo el gobernador el estado de la opinion en los consejos de Pizarro y oyó con sentimiento al enviado manifestar su conviccion de que ni este gefe ni sus partidarios admitirian avenimiento alguno que no le confirmase en el gobierno del Perú (1).

Aldana fue luego admitido á audiencia por el presidente, audiencia que tuvo resultados muy diversos de los que tuvieron las conferencias con Hinojosa, porque el enviado de Pizarro no estaba armado de aquella inflexibilidad que habia dado al gobernador de Panamá fuerzas para resistir á todos los argumentos. Supo con sorpresa cuáles eran las facultades de Gasca y que las régias concesiones comprendian á todos los insurgentes. Habia acometido con Pizarro una empresa desesperada pero cuyo éxito habia sido feliz. La colonia en justicia no podia pedir mas; y aunque adicto de corazon á su gefe, no se creyó obligado por ningun principio de honor á tomar parte con él y solo por satisfacer su ambicion, en una lucha terrible contra la corona, lucha que inevitablemente deberia causar su ruina. Abandonó por tanto la mision que se le habia encomendado para Castilla y que probablemente no era muy de su gusto, y anunció su propósito de aceptar el perdon ofrecido por el gobierno y cooperar con el presidente al arreglo de los asuntos del Perú. Debe hacérsele la justicia de añadir que escribió á Pizarro participándole la resolucion que habia tomado y exhortándole con vivas instancias á que siguiese su ejemplo.

La influencia de este paso dado por persona tan importante como Aldana, unida seguramente á la conviccion de que no podia ya esperarse que Pizarro mudase de parecer, y al temor que empezó á concebir Hinojosa de que la dilacion pudiera serle fatal, vencieron al fin sus escrúpulos y le decidieron á poner la escuadra á las órdenes de Gasca. Separó préviamente de sus empleos á algunos de los mas obstinados partidarios de Pizarro, y el 19 de noviembre de 1546 él y sus capitanes presentaron la dimision de los suyos en manos del presidente. Despues prestaron juramento de fidelidad á Castilla; proclamóse por un heraldo desde un tablado construido en la plaza de la ciudad un completo perdon de todas las faltas pasadas; y luego el presidente, saludándoles como fieles y leales vasallos de la corona les devolvió sus diversos empleos. Desplegóse entonces á bordo de la escuadra la bandera real de España, que anunciaba que Pizarro habia perdido para siempre este baluarte de su poder (2).

La devolucion de sus cargos á los capitanes insurgentes fue un acto político de Gasca que le aseguraba los servicios de los oficiales mas hábiles del pais y volvia contra Pizarro los mismos brazos en que principalmente se apoyaba. Así se llevó á cabo esta grande obra, sin violencia ni fraude, solo por la paciencia y prevision de Gasca. Así recogió los frutos de una y otra y ya podia confiar fundadamente en que llegaria á dar feliz cima á su mision.

CAPITULO II.

Gasca reune sus fuerzas. — Desercion en las filas de los partidarios de Pizarro. — Este refuerza sus tropas. — Agitacion en Lima. — Pizarro abandona la ciudad. — Gasca sale de Panamá. — Sangrienta batalla de Huarina.

1547.

No bien se vió Gasca en posesion de Panamá y de la escuadra, trató de adoptar un rumbo de política mas decisivo que el que habia seguido hasta entonces. Levantó gente y reunió provisiones por todas partes. Cuidó de pagar los salarios atrasados á los soldados y prometió ámplias recompensas para lo futuro; pues aunque cuidaba de que sus gastos personales fuesen los menos posibles, no escaseaba gasto alguno cuando se trataba del bien público. Hallándose exhausta la tesoreria, obtuvo empréstitos sobre el crédito del gobierno y los vecinos ricos de Panamá, fiándose en su buena fé, le adelantaron los fondos necesarios. Despues remitió cartas á las autoridades de Goatemala y Méjico pidiendo su auxilio para llevar adelante las hostilidades si necesario fuese, contra los insurgentes, y ordenó del mismo modo á Benalcázar, que mandaba las provincias situadas al norte del Perú, para que al desembarcar en este pais se le reuniese con toda la fuerza que pudiera.

El pueblo de Panamá manifestó el mayor entusiasmo, ocupándose en aprestar la escuadra para el viaje; y prelados y gefes no se desdeñaron de mostrar su lealtad tomando parte en las maniobras con los soldados y marineros (3). Sin embargo, antes de su partida resolvió Gasca enviar una pequeña escuadra de cuatro buques á las órdenes de Aldana para cruzar por delante de Lima con instrucciones para proteger á los adictos á la causa real y recibirlos en caso necesario á bordo de sus buques. Dióle tambien copias autorizadas de sus poderes para que las remitiese á Pizarro, á fin de que este conociera que aun era tiempo de volver á la obediencia del rey, antes que se cerrasen para él las puertas de la misericordia (4).

Mientras ocurrian estos acontecimientos las cartas y proclamas de Gasca iban produciendo su efecto en el Perú. Poca sagacidad se necesitaba para conocer que el pais en su gran mayoría, aseguradas ya las personas y las propiedades, nada tenia que ganar con la revolucion. Por fortuna el interes y el deber militaban en esta ocasion en las mismas filas; y el antiguo sentimiento de lealtad, resfriado por algun tiempo, pero no estinguido, se reanimó en el corazon del pueblo. No se manifestó sin embargo desde luego por ningun acto esplícito, pues bajo un régimen despótico y militar los hombres apenas se atreven á pensar y mucho menos á comunicar á otros sus pensamientos. Pero los cambios de la opinion pública, como los de la atmósfera comienzan á efectuarse poco á poco é imperceptiblemente, y se hacen luego sentir

dávamos fuera de nuestras casas queria el rey darme este pago, mas yo con todos los cavalleros deste reyno le embiávamos á decir que se vaya, sino que haremos con él como con Blasco Nuñez.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(1) Con la mision de Aldana á Castilla, Pizarro termina la importante carta tantas veces citada en estas páginas, y que como puede suponerse presenta los mejores argumentos que militan en favor de su conducta. Es un hecho curioso que Valdivia, el conquistador de Chile, á quien esta epístola iba dirigida, poco despues de haberla recibido abrazase abiertamente la causa de Gasca, y que sus tropas formasen parte de las fuerzas que combatieron contra Pizarro en la batalla de Huarina. ¡Tal era el amigo en quien Gonzalo confiaba!

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. VI, cap. IX. — Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulos XXXVIII — XLII. — Gomara, Historia de las Indias, cap. CLXXVIII. — MS. de Caravantes.

Garcilasso de la Vega, cuya parcialidad por Pizarro forma gran contraste con las opiniones desfavorables que forman de su conducta la mayor parte de los demas escritores, al hablar de estos hechos parece poco dispuesto á elogiar la lealtad que se manifiesta sacrificando á un bienhechor. Com. Real, parte II, lib. V, cap. IV.

(3) «Y ponia sus fuerzas con tanta llaneza y obediencia, que los obispos y clérigos y los capitanes y mas principales personas eran los que primero echauan mano y tirauan de las gumenas y cables de los nauios para los sacar á la costa.» Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. LXX.

(4) Ibid., ubi supra — Montesinos, Annales, MS., año de 1546. — Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXVIII. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. IX. — Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. III, cap. III.

cada vez mas, hasta que por una especie de secreta simpatía se estienden á los mas remotos puntos del pais. Algunas señales de semejante cambio se percibieron en Lima, á pesar de las precauciones tomadas para que no se propagase la noticia de la mision que llevaba el presidente Gasca al Perú. El mismo Pizarro advirtió estos síntomas de descontento, aunque eran tan débiles que el ojo mas esperto no podia distinguir en ellos las señales de la próxima tempestad.

Sus fieles partidarios le presentaron varias de las proclamas del presidente; y Carbajal, que habia sido llamado del Potosí, declaró: «que eran mas de temer aquellas cartas que las lanzas del rey de Castilla (1).» Sin embargo, Pizarro no perdió ni por un momento la confianza en sus fuerzas, pues con una armada como la que tenia en Panamá á su devocion creia poder desafiar á cualquier enemigo que se acercase á sus costas. Tenia entera confianza en la fidelidad de Hinojosa.

A esta sazon llegó Paniagua á Lima con las cartas del emperador y de Gasca para Pizarro, las cuales este presentó inmediatamente á sus fieles consejeros Carbajal y Cepeda, pidiéndoles su opinion sobre el asunto. Era aquella la crísis del destino de Pizarro.

Carbajal, cuya sagaz penetracion comprendió al momento la naturaleza de la posicion en que se hallaban, opinó porque se aceptase la real gracia en los términos propuestos, y manifestó cuán importante le parecia diciendo que «él enladrillaria con ladrillos de oro y plata el camino por donde hubiese de pasar el portador de ella (2). Cepeda fue de diferente parecer. Era juez de la real audiencia, y habia sido enviado al Perú como inmediato consejero de Blasco Nuñez. Pero se habia declarado y combatido contra el virey, y podia decirse que la sangre de este teñia aun sus vestiduras. ¿Qué gracia podia, pues, esperar? Por mas respeto que pudiera mostrarse á la letra de la real cédula de perdon, siempre bajo el cetro de Castilla viviria como un hombre desacreditado. Instó por tanto á Pizarro para que desechara las ofertas de Gasca, diciendo que le costarian el gobierno; que aquel humilde clérigo no era persona tan sencilla como le parecia, sino un profundo político (3) que sabia perfectamente lo que debia prometer, y que una vez dueño del pais, sabria tambien cómo debia cumplir lo prometido.

Ni los argumentos, ni los sarcasmos de Cepeda convencieron á Carbajal, y habiéndose acalorado la disputa, Cepeda atribuyó el consejo de su opositor á las sugestiones del miedo, suposicion necia cuya falsedad demostraban los altos hechos de toda la vida del valiente veterano. Sin embargo, Carbajal no insistió mas en sus consejos, viendo que tampoco agradaban á Pizarro, y se contentó con observar friamenne que no le gustaba la rebelion; pero que tenia tan buen pescuezo para una soga como otro cualquiera; y que no pudiendo ya vivir mucho, el asunto en realidad era para él de poca importancia (4).

Pizarro, aguijado por su grande ambicion que le aconsejaba saltar por todos los obstáculos (5), no quiso dar oidos á las razones que se oponian á que entrase en una lucha desesperada con la corona; y adoptó la opinion de Cepeda. La oferta de gracia fue desechada, y así rompió el último lazo que le ligaba á su pais, declarándose en el mero hecho rebelde (6).

Poco despues de la partida de Paniagua recibió Pizarro la noticia de la defeccion de Aldana é Hinojosa y de la entrega de la escuadra, en que tantas sumas habia gastado, como principal baluarte de su poder. Tan funesta nueva fue seguida de otras de la misma especie relativas á la defeccion de algunos caballeros principales del Norte y al asesinato de Puelles, el fiel teniente á quien habia confiado el gobierno de Quito. A poco tiempo vió tambien amenazada su autoridad por la parte opuesta, esto es, por el Cuzco; porque Centeno, el gefe realista, que como el lector recordará se habia refugiado huyendo de Carbajal, en una cueva cerca de Arequipa, salió de su retiro, donde habia estado un año, y al saber la llegada de Gasca levantó de nuevo el estandarte real. Despues reuniendo un corto número de partidarios y cayendo de noche sobre el Cuzco, se hizo dueño de esta capital, derrotó á la guarnicion que la custodiaba y proclamó en ella la autoridad del emperador. Poco despues; marchando á la provincia de Charcas, se le unió el oficial de Pizarro que mandaba en La Plata, y sus fuerzas combinadas, en número de mil hombres, tomaron posicion á orillas del lago de Titicaca, donde ambos se proponian aguardar la ocasion de presentar la batalla á su antiguo gefe.

La desercion de aquellos en quienes mas confianza tenia Pizarro y las fatales noticias de tan repetidas pérdidas, llenaron su corazon de amargura. No perdió el tiempo sin embargo en inútiles recriminaciones ni quejas, sino que inmediatamente se puso á hacer preparativos para resistir á la tempestad con toda la energía que le caracterizaba. Escribió en primer lugar á los capitanes con cuya fidelidad contaba todavía, mandándoles que estuviesen prontos con sus tropas para acudir en su auxilio al menor aviso, recordándoles las obligaciones que le debian, y diciéndoles que sus intereses eran unos mismos, y que la autorizacion que llevaba el presidente, habiendo sido dada antes de que llegase á España la noticia de la batalla de Añaquito, no podia estenderse á perdonar á los complicados en la muerte del virey (7).

Empleó igual actividad para reforzar sus tropas en la capital y ponerlas en estado de salir á campaña; y de este modo no tardó en verse á la cabeza de unos mil hombres magníficamente equipados de todo, muy bien armados, y segun un antiguo escritor, «tan lucidos como los que mas pueden haberse visto en Italia,» desplegando en la escelencia de sus armas, en el lujo de los uniformes y jaeces una magnificencia que solamente podia costearse con la plata del Perú (8). Cada compañía tenia una nueva bandera

(1) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo XLV.

(2) «Y le enladrillen los caminos por do viniere con barras de plata y tejos de oro.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. V.

(3) «Que no le enuiaban por hombre sencillo y llano, sino de grandes cautelas, astucias, falsedades y engaños.» Ibid., loc. cit.

(4) «Por lo demas, quando acaezca otra cosa, ya yo he viuido muchos años, y tengo tan buen palmo de pescueço para la soga como cada uno de vuesas mercedes.» Garcilasso, Comentario Real, parte II, lib. V, cap. V.

(5) «Loca luciferina soberuia» llama Fernandez, á la ambicion de Gonzalo. (Historia del Perú, parte I, lib. II, capitulo XV.)

(6) MS. de Caravantes.—Segun Garcilasso, Paniagua llevaba instrucciones secretas del presidente facultándole para confirmar á Pizarro en el gobierno, en caso que lo creyere necesario para la conservacion de la autoridad real, «no importando que fuese el diablo quien gobernase, con tal que el pais continuara bajo la dominacion de la corona,» como decia Paniagua, que continuó en el Perú despues de estos sucesos. (Com. Real, parte II, lib. V, cap. V.) Es posible. Pero es mas probable que un hombre crédulo como Garcilasso incurriese en error, que no que Cárlos V diese tal muestra de imbecilidad ó que el elegido por Gasca hubiese faltado tan indiscretamente á su confianza.

(7) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib, VI, cap. XI—XII. — Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capitulos XLV—XLIX.—Montesinos, Annales, MS., año de 1547.

(8) «Mil hombres tambien armados i aderecados como se han visto en Italia, en la mayor prosperidad, porque ninguno havia demas de las armas que no llevase calças y jubon de seda, i muchos de tela de oro i de brocado, i otros bordados i recamados de oro i plata, i con mucha chaperia de oro i por

de colores con su distintivo particular: algunas llevaban las iniciales y armas de Pizarro, y una ó dos tenian encima una corona como para indicar audazmente la altura á que su gefe podia elevarse (1).

Entre los capitanes mas notables en aquella ocasion se hallaba Cepeda, que, segun las palabras de un escritor de su tiempo, «olvidado de lo que convenia á sus letras y profesion y oficio de oidor, salió en calzas, jubon y cuero de muchos recamados y gorra con plumas (2).» Pero el guerrero á quien Pizarro encomendó principalmente el cuidado de organizar sus batallones fue el veterano Carbajal, que habia estudiado el arte de la guerra en la escuela de los mejores capitanes de Europa, y cuya vida aventurera habia sido un comentario práctico de las lecciones recibidas en su primera época. En su brazo se apoyaba especialmente Gonzalo en la hora del peligro; ¡feliz él si antes hubiera sabido aprovecharse de sus consejos!

Para dar una idea del lujo con que estaban equipadas las tropas de Gonzalo, bastará decir que trató de proveer de un caballo á cada uno de sus arcabuceros. Los gastos que hizo fueron enormes. Dícese que los preparativos para la campaña le costaron un millon de pesos de oro, y los sueldos de los caballeros y aun de los simples soldados eran tan escesivos que solo en un pais de plata como el Perú podian verse (3).

Cuando se le acabaron los fondos suplió esta falta, ya imponiendo ciertos tributos á los vecinos ricos de Lima por eximirlos del servicio de las armas, ya por medio de empréstitos forzosos y ya por otros arbitrios de exaccion militar (4). Dícese que desde aquel tiempo su carácter esperimentó un cambio visible (5), haciéndose mas violento en sus pasiones, menos sufrido cuando le contradecian y mas cruel y licencioso. La causa desesperada que acababa de abrazar le hacia ser indeferente á las consecuencias de sus acciones. Aunque naturalmente franco y confiado, la frecuente defeccion de sus partidarios llenó su alma de recelos y sospechas. No sabia de quién fiarse, y al que se mostraba tibio amigo, ó era acusado como tal, le trataba como enemigo declarado. En Lima reinaba la mayor consternacion. Nadie se atrevia á fiarse de su vecino: unos ocultaban sus efectos; otros procuraban eludir la vigilancia de los centinelas y se escondian en los cercanos bosques y montañas (6). No se permitia entrar ni salir de la ciudad sin especial licencia; el comercio y las comunicaciones con las demas ciudades estaban paralizados. Ya hacia tiempo que el quinto real dejaba de remitirse á Castilla, pues Pizarro se lo habia apropiado: ahora se apoderó de los cuños, rompió los sellos reales, é hizo acuñar moneda de baja ley adornada con su cifra (7).

En este triste período el abogado Cepeda urdió una solemne farsa para dar á los ojos del vulgo una especie de sancion legal á la causa rebelde. Hizo escribir un proceso contra Gasca, Hinojosa y Aldana, en que estos, como acusados y convictos de traicion contra el gobierno existente del Perú, eran condenados á muerte. Presentó despues este proceso á varios jurisconsultos de la capital invitándoles á firmar la sentencia. Pero los invitados no quisieron comprometerse inevitablemente poniendo sus nombres en semejante papel, y se negaron diciendo que solo serviria para destruir toda probabilidad de que alguno de los acusados volviese á las banderas que habia abandonado, si se hallaba dispuesto á hacerlo. Así Cepeda fue el único que firmó el documento. Carbajal ridiculizó semejantes procedimientos.—«¿Qué objeto tiene vuestro proceso? dijo á Cepeda.—Evitar dilaciones, contestó este para que, si se les coje, puedan ser ejecutados inmediatamente.—Yo creia, repuso Carbajal, que ese proceso tenia alguna virtud para matarlos como un rayo. Yo os prometo que si alguno de ellos cae en mis manos no necesitaré de vuestra sentencia para hacerlos morir (8).»

Mientras se instruia esta causa llegó la noticia de que la escuadra de Aldana se hallaba en el puerto de Callao. Aldana habia salido de Panamá á mediados de febrero de 1547. A su paso desembarcó en Trujillo, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, proclamando su sumision á la autoridad real. Al mismo tiempo recibió mensajes de varios capitanes de Pizarro, que se hallaban en el interior, anunciándole que volvian á su deber y que estaban dispuestos á prestar su cooperacion al presidente. Aldana señaló á Caxamalca como punto de reunion donde debian concentrar sus fuerzas y esperar el desembarco de Gasca. Despues continuó su viaje á Lima.

No bien supo Pizarro que se acercaba, temeroso del mal efecto que pudiera producir su llegada y de que fuesen seducidos muchos de sus parciales, se salió de la ciudad y acampó con las tropas como á una legua de distancia de Lima y dos de la costa, en cuyo punto estableció una guardia para interceptar toda clase de comunicaciones con los buques. Antes de dejar la capital, Cepeda recurrió á un espediente con el cual esperaba atraer todavía mas á los habitantes en favor de Pizarro. Reunió á todos los vecinos y les dirigió una estudiada arenga ponderando los servicios del gobernador y la seguridad de que el pais habia gozado bajo su mando. Despues les dijo que cada uno de ellos era libre para escoger lo que mas le conviniese, ó bien quedarse bajo la proteccion de Pizarro, ó bien ir á prestar obediencia á su enemigo. Escitóles á decir su opinion, añadiendo que el que quisiese continuar bajo la administracion de Pizarro, debia prestar juramento de fidelidad á su causa, y tener por

los sombreros, especialmente por frascos y caxas de arcabuces.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XI.

(1) Ibid., ubi supra.—Algunos autores aseguran que Pizarro estaba en aquella época haciendo preparativos para su coronacion, y que habia despachado órdenes á las diferentes ciudades para que enviasen comisionados que asistiesen á ella. «Queria apresurar su coronacion, y para ello despachó cartas á todas las ciudades del Perú.» (Montesinos Annales, MS. año de 1547.) Pero es poco probable que en aquella crísis tuviese tan ciega confianza en los colonos que meditase un paso tan aventurado. Los historiadores realistas no son muy escrupulosos en admitir todos los rumores que pueden desacreditar á un *rebelde*.

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo. LXII.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VI, cap. XI.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. III, cap. V.—Montesinos, Annales, año de 1547.

(4) Fernandez, parte I, lib. II, cap. LXII.—Montesinos, Annales, año de 1547.

(5) Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXII.

(6) «Andava la gente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podian entender, ni tenian ánimo para huir; i algunos que hallaron mejor aparejo, se escondieron por los cañaverales y cuevas, enterrando sus haciendas.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XV.

(7) Relacion anónima, MS.—Montesinos, Annales, año de 1547.—«Assi mismo echó Gonzalo Piçarro á toda la plata que gastava y distribuya su marca, que era una G rebuelta con una P, y pregonó que so pena de muerte todos recibiessen por plata fina la que tuuiese aquella marca, sin ensayo ni otra diligencia alguna. Y desta suerte hizo pasar mucha plata de ley baja por fina.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXII.

(8) «Rióse mucho entonces Carvajal y dixo, que segun auia hecho la instancia, que auia entendido que la justicia como rayo auia de yr luego á justiciarlos Y decia que si él los tuuiesse presos, no se le daria un clauo por su sentencia ni firmas.» (Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capitulo LV.) Entre los jurisconsultos de Lima que con tanta independencia se resistieron á firmar el papel que les presentaba Cepeda, se hallaba el licenciado Polo de Ondegardo, persona de mucha discrecion y una de las mejores autoridades para el estudio de las antiguas instituciones de los Incas.

seguro que si le violaba, le costaria la vida (1). Nadie hubo que viendo su cabeza en la boca del leon se atreviese á negar la obediencia á Pizarro, y todos prestaron el juramento prescrito, que el licenciado les tomó en la forma mas solemne é imponente. Carbajal como de costumbre puso en ridículo todos estos actos.—«¿Cuánto tiempo, preguntó á su compañero, pensais que durarán esos juramentos? Luego que hayamos salido de aquí, el primer viento que sople de la costa se los llevará.» Pronto debia verificarse su prediccion.

Entre tanto Aldana echó el ancla en el puerto, donde no habia buque alguno de los insurgentes que le molestase, pues cinco que tenian habian sido quemados poco tiempo antes, por consejo de Cepeda y en ausencia de Carbajal, con el objeto de que los habitantes no pudiesen abandonar la ciudad. El veterano á su vuelta deploró amargamente este acto, diciendo á Pizarro que habia quemado sus ángeles de guarda (2). Ciertamente que los buques, mandados por semejante gefe, habrian sostenido muy bien la causa de Pizarro; pero la estrella de este iba declinando hácia su ocaso.

El primer acto de Aldana fue remitir á su antiguo gefe copia de los poderes de Gasca, que Pizarro rasgó indignado tan luego como la recibió. Despues Aldana, por medio de sus agentes, hizo circular entre los habitantes, y aun entre los soldados del campamento las proclamas del presidente, que no tardaron en producir su efecto. Pocos eran los que habian tenido noticia del verdadero objeto de la mision de Gasca, ni de la estension de sus facultades, ni de la generosidad con que el gobierno trataba de conciliarse los ánimos. Asustados la mayor parte al considerar la desesperada situacion á que se habian dejado arrastrar, solo pensaron en salir de ella del mejor modo posible y con menos peligro. Unos se escaparon por la noche del campamento, burlando la vigilancia de los centinelas, y refugiándose á bordo de los buques. Varios fueron sorprendidos en su fuga y no hallaron cuartel en manos de Carbajal y de sus desapiadados ministros; pero donde el espíritu de desafeccion se ha propagado, nunca faltan medios de evasion.

Los fugitivos, viendo cortada la retirada de Lima y de la vecina costa, se ocultaron en los bosques y montañas, esperando oportunidad para dirigirse á Trujillo y á otros puertos distantes; y tan contagioso fue el ejemplo, que mas de una vez ocurrió que se unieran á los desertores los mismos soldados enviados para perseguirlos. Uno de los que se escaparon fue el licenciado Carbajal, aquel caballero cuyo hermano habia sido muerto en Lima por Blasco Nuñez y que se vengó manchando sus manos con la sangre del virey. Nadie podia desconfiar de conseguir su perdon al ver que una persona tan comprometida abrazaba la causa real; así el ejemplo del licenciado Carbajal fue el mas desastroso para Pizarro (3).

El veterano Carbajal, que para todo tenia preparado un chiste, y aun para los sucesos que mas le disgustaban, cuando supo la desercion de sus compañeros se entretuvo en cantar el siguiente estribillo:

«Estos mis cabellicos, madre,
Dos á dos me los lleva el aire (4).»

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq.—Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. LXI—Montesinos, Annales, MS., año de 1547.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XI—XIV.

(2) «Entre otras cosas dixo á Gonzalo Piçarro: Vuesa Señoría mandó quemar cinco ángeles que tenia en su puerto para guarda y defensa de la costa del Perú.» Garcilasso, parte II, lib. V. cap. VI.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Gomara, Historia de las Indias, cap. CLXXX.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXIII—LXV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XV—XVI.

(4) Gomara, Hist de las Indias, cap. CLXXX.

Pero el abandono de los suyos hizo mas profunda impresion en Pizarro, cuyo dolor no tenia límites al contemplar el lujoso y valiente ejército, con el cual pensaba ser invencible, desvaneciéndose como la niebla de la mañana. Confundido por la traicion de aquellos en quienes mas confianza habia tenido, no sabia á quién volver los ojos ni qué partido tomar. Era evidente que sin pérdida de tiempo debia abandonar aquel campamento peligroso: pero ¿adónde dirigir sus pasos? En el Norte las grandes ciudades habian abandonado su causa, y el presidente se habia ya puesto en marcha contra él; y en el Sur, Centeno, con una fuerza doble que la suya guardaba los desfiladeros de las montañas. En estas circunstancias, se resolvió por fin á ocupar á Arequipa, puerto que se conservaba aun fiel á su causa, y donde podia permanecer hasta que adoptase el plan de operaciones que mas le conviniera.

Despues de una marcha penosa, pero rápida, llegó á aquella ciudad, donde en breve se le unió el refuerzo que habia destacado para recobrar el Cuzco. Pero tal habia sido la desercion en ambos cuerpos, aunque en el de Pizarro se habia disminuido mucho desde que se separó de las inmediaciones de Lima, que el total de sus fuerzas no pasaba de quinientos hombres, es decir, de la mitad del número que hacia poco tiempo se habia reunido en la capital. A tan precaria situacion se hallaba reducido el hombre que breves dias antes habia dominado como señor absoluto en el Perú. No se desanimó sin embargo Pizarro, antes bien la agitacion de la marcha y la distancia de Lima le devolvieron su esfuerzo y parte de su primitiva confianza. «La desgracia, esclamó, nos enseña quiénes son nuestros amigos; pero con solo diez que me queden espero conquistar de nuevo el Perú (5).»

No bien las fuerzas rebeldes se retiraron de las inmediaciones de Lima, los habitantes de esta ciudad, sin cuidarse, como Carbajal habia predicho, de su juramento de fidelidad á Pizarro, abrieron las puertas á Aldana, el cual tomó posesion de aquel punto importante en nombre de Gasca. Este entre tanto habia salido con toda su escuadra de Panamá el 10 de abril de 1547. La primera parte de su viaje fue próspera, pero en breve se vió detenido por contrarias corrientes, y el tiempo se puso crudo y tempestuoso. La borrasca continuaba un dia y otro; alborotóse el mar y la escuadra era llevada acá y allá por las furiosas olas que se levantaban como montañas, cual si quisiesen competir con las de la region que limitaban. La lluvia caia á torrentes y los relámpagos eran tan continuados que los buques (para usar del lenguaje del cronista) parecia que estaban en llamas (6). Desanimáronse los mas osados marineros, y considerando infructuoso luchar contra los elementos pidieron á gritos volver al continente, y que se aplazase el viaje para estacion mas favorable.

Pero el presidente veia en esto la ruina de su causa y la de los fieles vasallos del rey que se habian comprometido á auxiliar su desembarco. «Quiero morir, dijo, pero no volver atras;» y despreciando las amonestaciones de sus mas tímidos compañeros insistió en que en los intervalos que dejaba la tempestad se hiciese fuerza de vela cuanto se pudiera (7). Entre

(5) «Aunque siempre dixo que con diez amigos que le quedasen havia de conservarse i conquistar de nuevo el Perú: tanta era su saña ó su sobervia.» Gomara, Hist. de las Indias, loc. cit.

(6) «Y los truenos y relámpagos eran tantos y tales, que siempre parecia que estauan en llamas, y que sobre ellos venian rayos (que en todas aquellas partes caen muchos).» (Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXI.) El animado colorido que el antiguo cronista da á esta escena, prueba que estaba familiarizado con estas tempestades tropicales, del Pacífico.

(7) «Y con lo poco que en aquella sazon el presidente esti-

tanto para distraer á los marineros de la consideracion del peligro en que estaban se entretuvo en esplicarlos algunos de los estraños fenómenos que presentaba el borrascoso Océano y que les habian llenado de supersticioso terror (1).

Hiciéronse señales á los buques para que cada uno como mejor pudiese se dirigiera á la isla de Gorgona. Allí fueron llegando uno tras otro sin escepcion, aunque todos mas ó menos averiados. El presidente esperó á que se calmase un poco la furia de los elementos, y con mejor tiempo se embarcó para Manta, desde donde continuó su viaje á Tumbez, en cuyo puerto echó el ancla el 13 de junio. En todas partes fue recibido con entusiasmo, y los habitantes parecian ansiosos de borrar el recuerdo de lo pasado con promesas de fidelidad á toda prueba para lo futuro. Gasca recibió tambien muchas cartas de felicitacion de caballeros residentes en el interior, muchos de los cuales habian servido en otro tiempo en el partido de Pizarro. A estas cartas dió cortes respuesta agradeciendo las ofertas de auxilio que le hacian y señalando á Caxamalca como punto general de reunion.

A este mismo punto envió á Hinojosa luego que desembarcó con las fuerzas de tierra, ordenándole que tomase el mando de la gente allí reunida y pasase á juntarse con él á Xauxa, donde habia determinado establecer su cuartel general por ser territorio rico y abundante y hallarse en posicion central á propósito para operar con ventaja contra el enemigo.

Despues salió de Tumbez á la cabeza de un pequeño destacamento de caballería por el camino llano que sigue la costa hácia Trujillo. En esta leal ciudad se detuvo algunos dias, y luego atravesando la cadena de montañas que se estiende al Sudeste, entró en el fértil valle de Xauxa. Allí le esperaban los refuerzos del Norte y de las principales ciudades de la costa; y poco despues recibió un mensaje de Centeno, participándole que tenia guardados los desfiladeros por donde Gonzalo Pizarro se preparaba á huir del pais y que este gefe insurgente caeria pronto en sus manos.

Mucha alegría causaron en el campo real estas noticias. La guerra, pues, estaba terminada, y esto sin que el presidente hubiese tenido que levantar su espada contra un solo español. Varios de sus consejeros le propusieron que disolviese la mayor parte de sus tropas, como costosas y ya innecesarias. Pero el presidente tenia demasiada prudencia para debilitar así sus fuerzas antes de estar seguro de la victoria. Consintió sin embargo en dar órdenes para que no le fuesen ya enviados los refuerzos pedidos á Méjico y á las colonias inmediatas, pues que le bastaba para triunfar del enemigo el apoyo de los leales habitantes del pais. No obstante, concentró sus fuerzas en Xauxa, estableció su cuartel general en esta ciudad segun lo habia pensado y resolvió aguardar noticias de las operaciones de Centeno en el Sur. El resultado fue distinto del que esperaba (2).

maua la vida si no auia de hacer la jornada, y el gran desseo que tenia de hacerla, se puso contra ellos diziendo que qualquiera que le tocase en abaxar vela le costaria la vida.» Fernandez, parte I, lib. II, cap. LXXI.

(1) Las luces fosfóricas que algunas veces se ven en el mar durante la tempestad, aparecieron entonces sobre los mástiles y jarcias del buque en que iba el presidente, el cual, segun Fernandez, entretuvo á los marineros esplicándoles el fenómeno y diciéndoles las fábulas á que habia dado origen en la antigua mitología. Esta pequeña anécdota nos da la clave de la popularidad que tenia Gasca aun entre las clases mas humildes.

(2) Para las anteriores páginas, véanse: Pizarro, Descubrimiento y Conq. MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. I. — Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. III, cap. XIV y sig. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capítulo LXXI — LXXVII. — MS. de Caravantes.

Este último escritor, que ocupó un destino importante en las oficinas de Hacienda de la colonia, tuvo ocasion de adquirir datos y pormenores que no pueden encontrararse en ningun otro, sobre los principales actores de aquellas escenas turbulentas. Su obra, todavia manuscrita, que existia antes en los archivos de la universidad de Salamanca, ha sido trasladada á la biblioteca real de Madrid.

Entre tanto Pizarro, á quien hemos dejado en Arequipa, se habia decidido, despues de muchas reflexiones, á evacuar el Perú, y pasar á Chile, en cuyo territorio, fuera de la jurisdiccion del presidente, esperaba encontrar asilo seguro. Allí podria reunir la fuerza suficiente para emprender de nuevo las operaciones activas y reconquistar sus dominios, luego que el voluble pueblo se hubiera cansado de su nuevo gobernador, lo cual no tardaria en suceder. Tales eran los cálculos del gefe insurgente. ¿Pero cómo efectuar su determinacion estando los desfiladeros por donde tenia que pasar tomados por Centeno con una fuerza doble mas numerosa que la suya? Decidió recurrir á las negociaciones, porque Centeno habia servido á sus órdenes en otro tiempo y aun habia sido uno de los que mas le habian instado para que tomase el cargo de procurador. Adelantándose, pues, en direccion del lago de Titicaca, en cuyas inmediaciones habia Centeno elegido su campo, despachó un emisario á sus reales para abrir la negociacion. Dirigióle una comunicacion hablándole de las amistosas relaciones que en otro tiempo habian existido entre ambos, recordándole que en una ocasion particular le habia perdonado la vida, á pesar de haber conspirado contra él; diciéndole que no estaba resentido por su última conducta, que no iba á pelear contra él; que su propósito era abandonar el Perú, y que el único favor que tenia que pedir á su antiguo amigo era que le dejase atravesar libremente las montañas.

A esta comunicacion respondió Centeno en términos tan corteses como los que habia usado el mismo Pizarro. Decíale que estaba pronto á servir á su antiguo gefe en todo lo que fuese compatible con su honor y con la obediencia que debia al soberano; pero que habiendo tomado las armas en favor de la causa real no podia sin faltar á su obligacion acceder á lo que le pedia; que no obstante, si Pizarro queria fiarse de su buena fé, él le empeñaba su palabra de honor de influir todo lo posible con el gobierno para que se le hiciesen las mismas concesiones que se habian hecho á los demas. Gonzalo oyó con sonrisa de desprecio las corteses promesas de su antiguo compañero, y arrancando la carta de manos de su secretario, la arrojó indignado lejos de sí. No tenia otro recurso mas que apelar á las armas (3).

Levantó el campo inmediatamente y dirigió su marcha á las orillas del lago de Titicaca, donde estaba acampado su rival. Recurrió sin embargo á una estratagema para evitar si era posible la batalla. Envió sus batidores en diferente direccion de la que pensaba tomar, y despues apresuró su marcha hácia Huarina, pequeña ciudad situada al Sudeste del lago de Titicaca, cuyas márgenes, cuna de la primitiva civilizacion de los Incas, debian resonar en breve con el ruido de una mortal contienda entre sus mas civilizados conquistadores.

Pero Centeno supo por un aviso secreto los movimientos de Pizarro, y cambiando de posicion, ocupó otra no lejos de Huarina el mismo dia en que Gonzalo llegó á este punto. Aquella tarde se avistaron los centinelas de uno y otro campo, y las fuerzas rivales descansando sobre las armas se prepararon para combatir á la mañana siguiente.

Era el 26 de octubre de 1547 cuando los dos gefes, habiendo formado sus tropas en órden de batalla, se adelantaron á encontrarse en las llanuras de Huarina. El terreno, defendido por un lado por una colina de

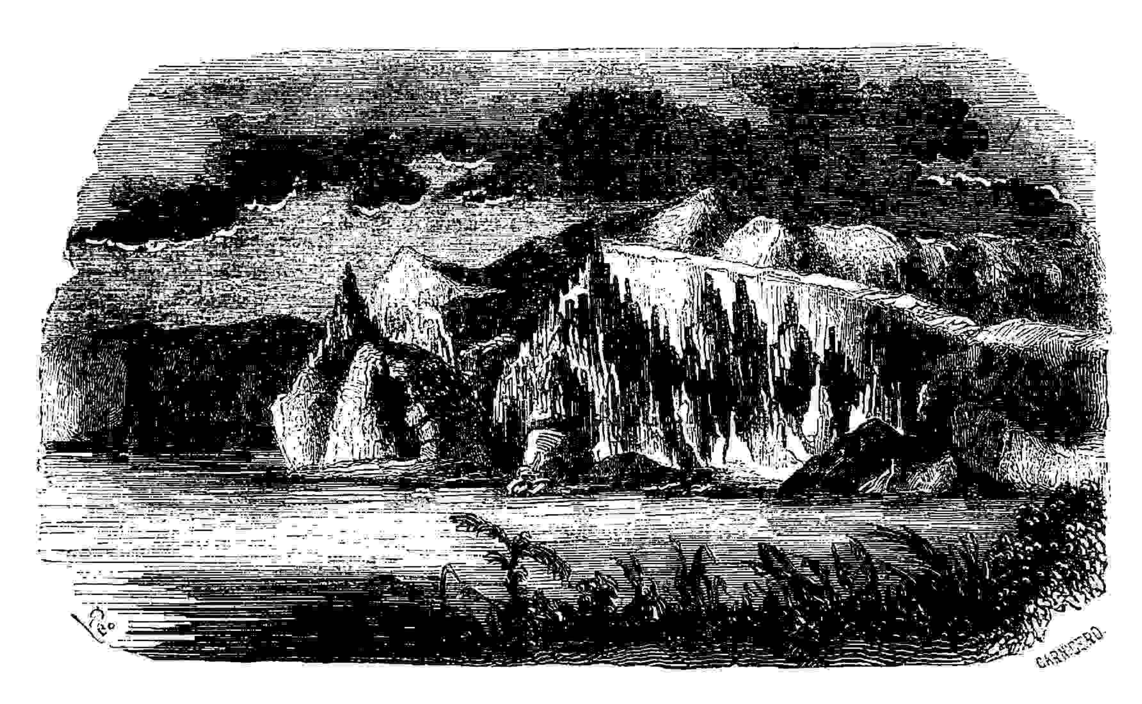
(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS. — Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XVI — Zárate, Conq. del Perú, lib. VII.

los Andes, y no lejano por otro de las aguas de Titicaca, era un vasto plano muy á propósito para las maniobras militares. Parecia preparado por la naturaleza para campo de batalla.

El ejército de Centeno se componia de unos mil hombres. Su caballería ascendia á cerca de doscientos cincuenta, bien montados y equipados, muchos de ellos personas de ilustre linaje que habian seguido en otro tiempo las banderas de Pizarro, y entre los cuales se hallaban algunas de las mejores lanzas del Perú. El número de sus arcabuceros era menor, pues no escedia de ciento cincuenta no muy bien provistos de municiones; y el resto, esto es, la mayor parte del ejército, se componia de alabarderos, tropas irregulares, reunidas apresuradamente y poco disciplinadas (1).

Este cuerpo de infantería formaba el centro de su línea, flanqueada por los arcabuceros en dos cuerpos iguales; y la caballería, dividida tambien en dos cuerpos, cubria las alas derecha é izquierda. Por desgracia, Centeno hacia una semana que estaba atacado de pleuresía, y tan enfermo, que el dia anterior se habia visto obligado á hacerse dos sangrías. Hallándose por tanto demasiado débil para sostenerse á caballo, se metió en una litera, y luego que hubo visto á su gente formada en buen órden, se retiró á alguna distancia del campo, imposibilitado de tomar parte en la accion. Entre tanto Solano, el guerrero obispo del Cuzco, que con varios de su séquito tomó parte en la refriega (circunstancia muy comun entonces), recorrió á caballo las filas con un crucifijo en la mano, dando su bendicion á los soldados y exhortándolos á cumplir con su deber.

Las fuerzas de Pizarro no llegaban á la mitad de la



Salinas del Pilluana.

de su rival, pues ascendian solamente á unos cuatrocientos ochenta hombres. Su caballería no pasaba de ochenta y cinco, á los cuales formó en un solo cuerpo á la derecha de la infantería. La fuerza de su ejército consistia en arcabuceros, admirable cuerpo compuesto de trescientos cincuenta hombres mandados y cuidadosamente disciplinados por Carbajal. Considerada la escelencia de sus armas y de su disciplina, este pequeño cuerpo de infantería podia ser mirado como la flor de la milicia del Perú, y Pizarro tenia en él su mayor confianza para el buen éxito de aquella jornada. El resto de su ejército se componia de alabarderos, bien disciplinados, como toda la infantería, y que ocuparon la izquierda de los arcabuceros como para repeler los ataques de la caballería enemiga.

Pizarro se encargó del mando de la caballería, poniéndose, como siempre, en la primera fila. Iba soberbiamente ataviado. Sobre su brillante cota llevaba una túnica de terciopelo acuchillado de hermoso color carmesí; y montaba un arrogante caballo, cuyos lucidos jaeces con el vistoso traje de su ginete hacian del valiente caballero el objeto mas notable del campo.

Su teniente Carbajal iba vestido por diferente estilo. Llevaba una buena armadura, de apariencia comun pero fuerte y á prueba; y un acerado casco con la visera tambien de acero protegió su cabeza contra mas de un desesperado golpe aquel dia. Sobre las armas llevaba una camiseta de color verdoso y montaba una jaca vigorosa y fuerte, muy capaz de resistir la fatiga pero sin gracia ni belleza. No hubiera sido fácil distinguir al veterano del mas simple caballero.

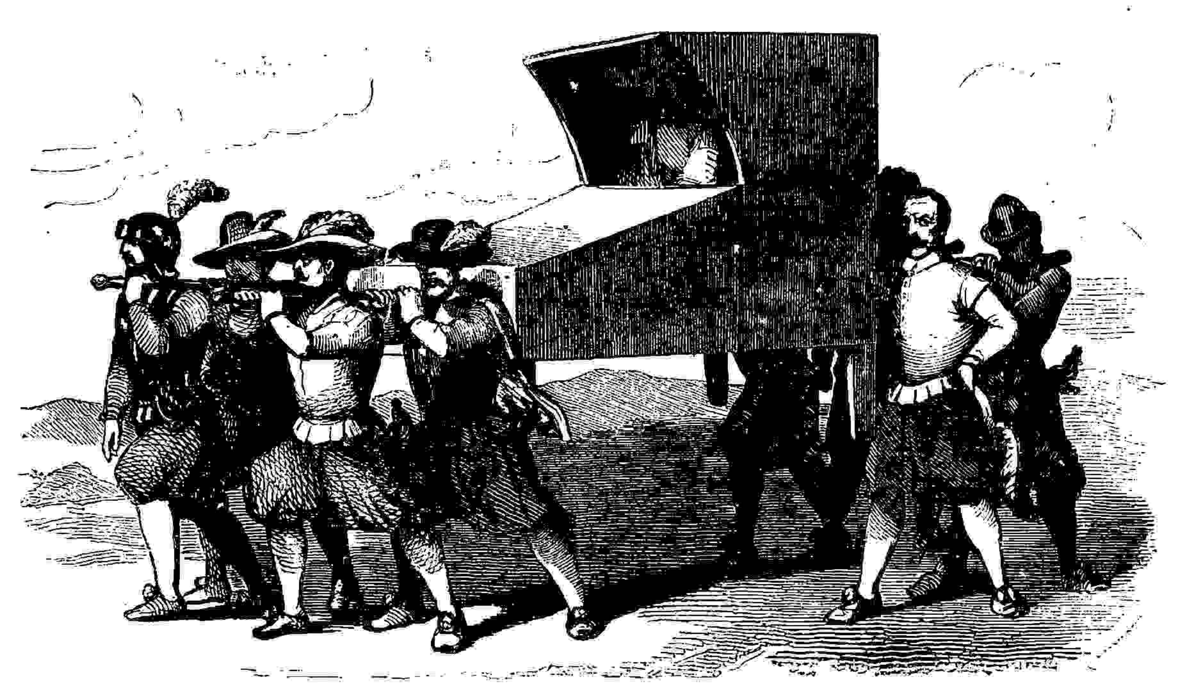
Adelantáronse las dos huestes como á unos seiscientos pasos una de otra y ambas hicieron alto. Carbajal prefirió aguardar el ataque de su enemigo, porque el terreno que ocupaba ofrecia libre espacio al fuego de los arcabuceros, ya que no podian interceptarlo allí los árboles y arbustos que se elevaban de distancia en distancia en otros puntos del campo. Tenia ademas un motivo especial para conservar aquella posicion. Cada uno de sus soldados iba cargado con dos ó tres arcabuces de los abandonados por los desertores. Esta

(1) En el cálculo de las fuerzas de Centeno, que varia en las diferentes relaciones desde setecientos á mil doscientos hombres, he tomado el número intermedio de mil, que es el que adopta Zárate, como el mas probable entre ambos estremos.

provision estraordinaria de armas, aunque era un grave impedimento para la marcha, proporcionaba gran ventaja para aguardar un ataque á pie firme, pues por los conocimientos imperfectos que en aquella época se tenian acerca de las armas de fuego, así como por la mala construccion de estas, se tardaba mucho tiempo en cargarlas (1).

Hizo, pues, alto Carbajal, prefiriendo que el enemigo comenzase el ataque, y este despues de un corto respiro continuó su marcha adelantándose unos cien pasos mas. Viendo Carbajal que volvia á hacer alto en su nueva posicion destacó unos cuantos hombres para escaramucear de frente con el objeto de provocarle al combate; pero los de Centeno hicieron lo mismo y se cambiaron algunos tiros con poca pérdida por ambas partes. El veterano viendo frustada su maniobra mandó á su gente que se adelantase unos cuantos pasos esperando todavía provocar á su adversario á que le diese una carga. Esta estratagema tuvo buen éxito: «Estamos deshonrándonos,» gritaron los de Centeno, que por un sentimiento bastardo de pundonor creian que era deshonra aguardar el ataque. Su gefe estaba ausente y ellos ademas se sentian escitados por los gritos de un frenético fraile llamado Domingo Ruiz, que creyendo tener ya en su poder á los filisteos, esclamaba: «¡A las manos, á las manos, á ellos, á ellos! (2)» No se necesitó mas para que aquella gente se adelantase en tumultuosa confusion: los alabarderos llevando sus armas enristradas con tanta negligencia que se chocaban unas con otras y en algunos casos herian á sus mismos camaradas, y los arcabuceros haciendo fuego desordenadamente conforme avanzaban, fuego que por la distancia y la rapidez del movimiento no produjo efecto alguno.

Satisfecho Carbajal de ver cómo los enemigos gastaban inútilmente sus municiones, mandó descargar unos pocos arcabuces para estimularlos mas, pero al



Centeno en la litera.

mismo tiempo ordenó que su infanteria se mantuviese sin hacer fuego hasta que cada tiro pudiera tener efecto seguro. Luego, conociendo la tendencia de los tiradores á apuntar derechos al blanco, encargó á su gente que apuntasen á los cinturones ó todavía un poco mas abajo; añadiendo que un tiro bajo podia aun causar daño, mientras el que pasaba á distancia de un cabello sobre la cabeza era perdido (3).

La infanteria de Carbajal se mantuvo, pues, serena é inmóvil, mientras los de Centeno se adelantaban rapidamente; hasta que habiendo llegado á unos cien pasos, Carbajal dió la órden de hacer fuego. Oyóse un estampido instantáneo en toda la línea, y una lluvia de balas descargó su furia sobre la gente de Centeno con tanto acierto, que mas de ciento cayeron muertos en el campo quedando todavía heridos un número mayor. Antes de que pudieran recobrarse de su sorpresa y ordenar de nuevo sus filas, levantaron del suelo los de Carbajal las restantes armas que tenian cargadas y las descargaron con terrible efecto sobre los grupos mas apiñados. La confusion de los de Centeno fue entonces completa. No pudiendo resistir la lluvia de balas que caia sobre ellos, se llenaron de un terror pánico y huyeron del campo sin hacer la menor tentativa para continuar el combate.

La caballería luchaba sin embargo con éxito muy diferente. Gonzalo Pizarro habia situado sus tropas un poco á retaguardia de la derecha de Carbajal á fin de dar á este mas libre campo para que jugasen sus arcabuces. Cuando la caballería enemiga salió al galope contra él, Pizarro queriendo todavía favorecer el fuego de Carbajal, cuyos arcabuceros causaban ademas alguna pérdida á los caballos enemigos, se adelantó solamente unas cuantas varas para recibir la carga. El escuadron de Centeno se dirigió á él á toda carrera, y no obstante el daño que le causaba la arcabucería enemiga, cayó sobre los de Pizarro con tal furia, que los arrolló haciendo morder el polvo á

(1) Garcilasso, Com. Real, ubi supra.
El padre del historiador, del mismo nombre que este, fue uno de los pocos nobles que permanecieron fieles á Pizarro en el ocaso de su fortuna. Hallóse presente en la batalla de Huarina, y los pormenores que dió á su hijo ponen á este en el caso de suplir muchas faltas que se encuentran en las relaciones de los demas historiadores.

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capitulo LXXIX.

(3) Garcilasso, Com. Real, ubi supra.

hombres y caballos, y atropellándolos, dice un historiador, como si fueran un rebaño de ovejas (1). Estos recobrándose con gran dificultad del primer golpe trataron de ordenar sus filas y pelear con mas ventaja.

Pero Pizarro no pudo volver á ganar el terreno que habia perdido, y su caballería fue derrotada por todas partes. Hubo muchos muertos y heridos por ambos lados, y el campo quedó cubierto de cadáveres de hombres y caballos. La pérdida de los de Pizarro fue mucho mayor, y casi todos los que escaparon con vida se vieron obligados á rendirse prisioneros. Cepeda, que peleaba con la furia de la desesperacion, recibió un sablazo en la cara que le obligó á ceder el campo (2). Pizarro, despues de haber visto caer al lado suyo á sus mejores y mas valientes caballeros, se encontró rodeado de tres ó cuatro enemigos. Desembarazándose de ellos puso espuelas á su caballo, y el noble animal, aunque desangrándose por una grave herida en las ancas, dejó en breve atras á todos sus perseguidores, escepto á uno que le detuvo cogiéndole por la brida. Mal lo hubiera pasado entonces Gonzalo si con una ligera hacha de combate, que llevaba colgada al lado, no hubiera dado tal golpe en la cabeza del caballo de su enemigo, que le hizo caer, y obligó al caballero á soltar la rienda del suyo. Entre tanto algunos arcabuceros, viendo el peligro de Pizarro, corrieron en su auxilio, mataron á los dos caballeros que habian quedado atras y acababan de llegar sobre él, y obligaron á los demas á huir (3).

La derrota de la caballería fue completa, y Pizarro consideró la jornada como perdida al oir las trompetas del enemigo entonar el toque de victoria. Pero apenas se habia estinguido el eco de estos sonidos, cuando se oyeron en el campo opuesto. La infantería de Centeno habia sido derrotada, como hemos visto, y arrojada lejos del campo; su caballería del ala derecha habia cargado sobre la izquierda de Carbajal compuesta de alabarderos y arcabuceros entremezclados. Los caballos salieron á todo escape contra esta formidable falange; pero no pudieron romper aquella densa nube erizada de alabardas sostenidas por las fuertes manos de los soldados que firmes é impertérritos se mantenian en sus puestos, al mismo tiempo que los arcabuceros que formaban á su retaguardia molestaban al enemigo con un terrible fuego. Viendo la brecha impracticable la caballería rodeó en desórden los flancos de la falange y se unió á retaguardia de esta con el victorioso escuadron de Centeno. Reunidos ambos cuerpos intentaron una nueva carga contra la infantería de Carbajal; pero hizo dar media vuelta á su gente y ejecutada la maniobra con la prontitud y disciplina de soldados bien instruidos, la retaguardia quedó convertida en frente, oponiéndose á la carga el mismo bosque de alabardas, mientras el incesante fuego de los arcabuces castigaba la audacia de la caballería, la cual, cansada y completamente desanimada con el mal éxito de sus tentativas, imitó al fin el ejemplo de la infantería, y poseida de un terror pánico abandonó el campo.

Pizarro y unos cuantos caballeros que habian quedado hábiles siguieron el alcance hasta corta distancia, porque tampoco se hallaban en estado ni en número suficiente para continuar por mucho tiempo la persecucion. La victoria fue completa, y el gefe insurgente tomó posesion de las abandonadas tiendas del enemigo, donde halló un inmenso botin en plata (4), y las mesas dispuestas para la comida de las tropas de Centeno luego que volviesen de la batalla. ¡Tanta era la confianza que tenian en su triunfo! La comida sirvió ahora para los vencedores, que tal es la suerte de la guerra. La accion fue en efecto decisiva, y Gonzalo Pizarro al recorrer el campo cubierto de cadáveres se santiguó muchas veces esclamando: «¡Jesus, Jesus, qué victoria!»

No menos de trescientos cincuenta de los de Centeno quedaron muertos, y el número de heridos fue mucho mayor, calculándose que mas de ciento de estos murieron por haber quedado aquella noche á la intemperie; pues aunque el clima en aquella elevada region es templado, los vientos de la noche que soplan de las montañas son frios y penetrantes, y muchos infelices heridos que bien cuidados podian haberse restablecido, amanecieron muertos de frio al dia siguiente. No alcanzó Pizarro esta victoria sin gran pérdida por su parte, pues quedaron en el campo mas de ciento de los suyos. Sus cadáveres estaban hacinados en la parte de terreno que habia ocupado la caballería, donde el combate fue mas encarnizado. En aquel estrecho espacio se encontraron tambien los cuerpos de mas de cien caballos, la mayor parte de los cuales, así como sus ginetes, muertos tambien, pertenecian al ejército vencedor. Esta fue la batalla mas cruel que habia ensangrentado hasta entonces el suelo del Perú (5).

La gloria de la jornada (triste gloria por cierto) corresponde casi enteramente á Carbajal y á su bizarra infantería. Las juiciosas disposiciones del veterano y la escelente disciplina é indomable valor de sus soldados recobraron el ascendiente en la batalla cuando esta estaba casi perdida por la caballería, y aseguraron la victoria.

Carbajal, infatigable siempre, siguió el alcance de los enemigos con la gente que estaba en disposicion de acompañarle, y los desgraciados fugitivos que cayeron en sus manos, muchos de los cuales habian sido traidores á la causa de Pizarro, fueron inmediatamente ejecutados. Así su crueldad con los indefensos prisioneros empañó los laureles ganados en el campo, combatiendo contra hombres valientes y armados como él. Centeno, más afortunado, logró escaparse. Viendo perdida la batalla, salió de su litera, se arrojó sobre un caballo, y no obstante su enfermedad, aguijado por el temor de la triste suerte que le

(1) «Los de Diego Centeno, como yuan con la pujança de vna carrera larga, llevaron á los de Gonçalo Piçarro de encuentro, y los tropellaron como si fueran ouejas, y cayeron cauallos y caualleros.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XIX.

(2) El sablazo que recibió Cepeda, le abrió de arriba abajo la nariz; y la cicatriz que luego le quedó era tan horrible, que hubo de cubrirla con un parche, segun nos dice Garcilasso, que le vió muchas veces en el Cuzco.

(3) Segun muchas autoridades, el caballo de Pizarro no solo quedó herido, sino muerto en el combate, supliendo esta falta su amigo Garcilasso de la Vega, que le hizo subir en el suyo. Este oportuno auxilio dado al rebelde perjudicó despues al generoso caballero, á quien sus enemigos se lo echaron en cara como un crimen. Su hijo, el historiador, niega decididamente el hecho, y parece deseoso de librar á su padre de esta honrosa imputacion, que perjudicó á ambos para sus ulteriores adelantos.

(4) «El botin, segun Fernandez, no bajó de un millon cuatrocientos mil pesos. «El saco que vuo fue grande: que se dixo ser de mas de vn millon y quatrocientos mil pesos.» (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.) El cálculo es muy exagerado: pero nos hemos ido familiarizando tanto con las doradas maravillas del Perú que, como el lector de las Mil y una Noches, nos hacemos demasiado crédulos para recurrir á la medida comun de las probabilidades.

(5) «La mas sangrienta batalla que vuo en el Perú.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX. — Las relaciones de esta batalla son, como de costumbre, discrepantes, y el historiador tiene que conciliar los estremos segun pueda. Pero en lo general hay conformidad en los puntos principales. Todos convienen en considerarla como la mas sangrienta que se ha dado entre españoles en el Perú, y en atribuir á Carbajal el mérito de la victoria. Ademas de Garcilasso y Fernandez, véanse: Pedro Pizarro (este se halló en la accion); Zárate, lib. VIII, cap. III. — Herrera, dec. VIII, libro, IV, cap. II. — Gomara, cap. CLXXXI. — Montesinos, Annales, año de 1547.

esperaba si caia prisionero, logró penetrar en la vecina sierra, donde burló la vigilancia de sus enemigos, y como un ciervo herido y seguido de cerca, se salvó internándose en las fragosidades de los bosques, hasta que por rodeos y casi milagrosamente pudo llegar á Lima. El obispo del Cuzco, que llegó tambien, aunque por distinta parte, no fue menos afortunado en salvarse de las manos de Carbajal, pues como habia sido antes partidario de Pizarro, á juzgar por el poco respeto que generalmente mostraba el veterano á los de su hábito, es probable que no hubiera tenido el menor escrúpulo en sentenciarle á horca como si hubiera sido el mas humilde de los soldados contrarios (1).

Al dia siguiente de la accion Gonzalo Pizarro hizo dar sepultura comun á los cuerpos de los soldados de su bando y del contrario, que aun yacian uno al lado de otro en el mismo sitio donde habian empeñado la mortal contienda. Los caballeros de distincion (porque la nobleza no debia ser olvidada en el sepulcro) fueron trasladados á la iglesia de Huarina, poblacion que dió su nombre á esta batalla, donde se les enterró con la solemnidad correspondiente; pero en tiempos posteriores sus restos fueron trasladados á la catedral de la Paz y colocados en un mausoleo erigido en aquel punto por medio de una suscricion general; porque pocos eran los que no habian tenido que llorar la pérdida de algun amigo ó pariente en aquella fatal jornada.

El vencedor se aprovechó entonces de su triunfo para enviar destacamentos á Arequipa, La Plata y otras ciudades situadas en aquella parte del pais, á fin de levantar fondos y tropas para continuar la guerra. Sus pérdidas quedaron superabundantemente compensadas con el número de los vencidos que se avinieron á servir bajo sus banderas. Despues, reuniendo sus fuerzas dirigió la marcha al Cuzco, cuya capital habia sido en otro tiempo muy adicta á su causa, aunque últimamente se habia manifestado leal á la corona, merced á los esfuerzos de unos pocos realistas.

Allí los habitantes se prepararon para recibirle en triunfo, levantando arcos en las calles y celebrando con músicas su victoria. Pero Pizarro, mas discreto, rehusó los honores de la ovacion, mientras el pais estuviese en manos de sus enemigos, y enviando delante la mayor parte de sus tropas, entró en la ciudad á pie escoltado por un corto séquito de amigos y habitantes, y se dirigió á la catedral, donde se cantó un *Te Deum* en accion de gracias por su victoria. En seguida se retiró á su alojamiento anunciando su intencion de establecer por entonces sus reales en la venerable capital de los Incas (2).

Ya no volvió á pensar Pizarro en su proyecto de retirada á Chile, porque su reciente triunfo habia inflamado su pecho con nuevas esperanzas, y confiaba en que produciria igual efecto en el ánimo vacilante de aquellos cuya fidelidad era combatida por el temor de arruinarse y de que Pizarro no tuviese habilidad para vencer al presidente. Ya, segun él, podian haberse convencido los mas tímidos de que su estrella brillaba todavía esplendente. Así, sin recelar nada para lo futuro resolvió permanecer en el Cuzco y esperar tranquilamente á que una nueva y última batalla decidiese cuál de los dos debia ser dueño del Perú.

CAPITULO III.

Desaliento en el campo de Gasca.—Sus cuarteles de invierno.—Continúa su marcha.—Atraviesa el Apurimac.—Conducta de Pizarro en el Cuzco.—Acampa cerca de la ciudad.—Derrota de Xaquixaguana.

1547 — 1548.

Mientras ocurrian los sucesos mencionados en el capítulo anterior habia permanecido Gasca en Xauxa esperando nuevas noticias de Centeno, casi seguro de que le participarian la total derrota de los rebeldes. Grande fue por tanto su desaliento al saber el éxito del fatal combate de Huarina y que los realistas se habian dispersado ante la espada de Pizarro, desapareciendo el comandante como una sombra y no sabiéndose absolutamente su paradero (3).

Esta noticia esparció entre los soldados una consternacion proporcionada á su primitiva confianza: ya creian que era temeridad inútil luchar con un hombre al parecer protegido por una especie de mágia que le hacia invencible contra los mayores enemigos. El presidente, aunque era grande su desaliento, procuró ocultarlo con cuidado y reanimar el espíritu abatido de los suyos. Decia que por haberse fiado demasiado de sus fuerzas habia castigado el cielo su presuncion; pero que siempre sucedia que la Providencia, cuando determinaba abatir al criminal, le dejaba elevarse á la mayor altura posible para que su caida fuese despues mayor.

Mientras Gasca procuraba de este modo tranquilizar á los supersticiosos y á los tímidos, se aplicó con su acostumbrada energía á reparar los perjuicios que habia hecho á su causa la derrota de Huarina. Envió á Lima un destacamento á las órdenes de Alvarado, para recoger á los realistas que se habian refugiado allí despues de la batalla, sacar los cañones de los buques y trasladarlos al cuartel general. Otro cuerpo de tropas salió en direccion de Guamanga, á sesenta leguas del Cuzco con igual objeto de proteger á los fugitivos y tambien con el de evitar que los caciques del pais suministrasen provisiones al ejército insurgente del Cuzco. Despues, como el número de sus tropas era considerablemente mayor que el que podia reunir su adversario, determinó Gasca levantar sin mas dilacion el campo y marchar sobre la capital de los Incas (4).

Saliendo, pues, de Xauxa el 29 de diciembre de 1547, pasó por Guamanga y despues de una marcha mas penosa que de ordinario por la inclemencia del tiempo y el mal estado de los caminos, entró en la provincia de Andaguaylas. Era este un pais fértil y hermoso y como siguiendo el camino adelante tendria que internarse en una fragosa sierra apenas practicable en tiempo de invierno, resolvió Gasca fijar allí sus reales hasta que mejorase el tiempo; y habiendo caido en-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Zárate, lib. VII, cap. III. Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXI—XXII.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXVII.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. III.

Garcilasso de la Vega, que entonces era un niño, presenció la entrada de Pizarro en el Cuzco. Escribe, pues, por lo que vió, aunque lo hace despues de un intervalo de muchos años. En atencion á la clase de su padre, tenia fácil la entrada en el palacio de Pizarro, y esta parte de su historia merece la consideracion debida no solamente á un contemporáneo, sino á un testigo ocular.

(3) «Y salió á la ciudad de los Reyes, sin que Carbajal ni alguno de los suyos supiese por donde fué, sino que pareció encantamiento.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XXII.

(4) Gasca, segun Ordegardo, sostuvo su ejército durante su permanencia en Xauxa, con los depósitos de grano que habia en el valle, donde encontró maiz suficiente para el consumo de muchos años. No deja de ser estraño que estos depósitos hubiesen sido por tanto tiempo respetados por los hambrientos conquistadores. «Cuando el señor Presidente Gasca pasó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas, á lo que me acuerdo, y se hallaron en depósito maiz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15,000 hanegas junto al camino é allí comió la gente.» Ondegardo, Rel. seg., MS.

fermos muchos soldados á consecuencia de las contínuas lluvias, estableció un hospital de campaña y visitó con su acostumbrada bondad á los enfermos, remediando sus necesidades y ganando sus corazones con la simpatía que les mostraba (1).

Entre tanto las tropas reales se aumentaban con la llegada continua de refuerzos, porque no obstante la sensacion que habia producido en todo el pais la primera noticia de la victoria de Pizarro, un poco de reflexion convenció al pueblo de que la causa realista era la mas fuerte y debia prevalecer al fin. Con estos refuerzos llegaron tambien varios de los mas distinguidos capitanes del pais. Centeno, restablecido ya de su enfermedad y ardiendo en deseos de vengar su última derrota, se unió al presidente con los soldados que habia reunido en Lima. Benalcázar, el conquistador de Quito, que como el lector recordará habia sido vencido con Blasco Nuñez en el Norte, llegó con otro destacamento y poco despues le siguió Valdivia, el famoso conquistador de Chile, que habiendo vuelto al Perú á reclutar gente para su espedicion y sabiendo el estado del pais, se habia adherido sin vacilar al partido del presidente, no obstante que iba á combatir á su antiguo amigo y compañero Gonzalo Pizarro. La llegada de este último aliado causó general regocijo en el campo, porque Valdivia, amaestrado en las guerras de Italia, era tenido por el mejor soldado del Perú; y Gasca le cumplimentó diciendo que mas estimaba su persona que un refuerzo de ochocientos hombres (2).

Ademas de estos auxiliares guerreros acompañaba al presidente una comitiva de eclesiásticos y empleados civiles tal como pocas veces se habia visto en los marciales campos del Perú. Entre ellos se hallaban los obispos del Cuzco, Quito y Lima, los cuatro gefes de la nueva audiencia y un considerable número de clérigos y frailes misioneros (3), los cuales, aunque sirviesen de poco para reforzar el ejército en una batalla, daban con su presencia á la causa que defendian cierta autoridad y cierto carácter sagrado que producian sus efectos en el ánimo de las tropas.

Los rigores del invierno comenzaron entonces á ceder ante la suave influencia de la primavera, que se adelanta mucho en aquellas regiones tropicales, solo por su elevacion templadas. Gasca, despues de tres meses de detencion en Andaguaylas, preparó su gente para la marcha definitiva sobre el Cuzco (4). El número de sus tropas apenas bajaba de dos mil hombres, siendo la mayor fuerza europea que hasta entonces se habia reunido en el Perú. Cerca de la mitad de ellos llevaban armas de fuego; y la infantería era mas útil que la caballería en los paises montañosos que iban á atravesar. Pero la caballería era tambien numerosa, y la artillería se componia de once cañones de grueso calibre. Las tropas iban bien equipadas y disciplinadas, bien provistas de armas y municiones y mandadas por oficiales á cuyos nombres estaba unido el recuerdo de las hazañas mas memorables ejecutadas en el Nuevo Mundo. En suma, todos los que se tomaban algun interes por el bienestar del pais militaban bajo las banderas del presidente, formando un contraste notable con los turbulentos aventureros que servian en las filas de Pizarro.

Gasca, que no ostentaba mas conocimiento en asuntos militares del que realmente poseía, dió el mando de sus fuerzas á Hinojosa y nombró segundo al mariscal Alvarado. Valdivia, que llegó despues de adoptadas estas disposiciones, aceptó un mando de coronel, con la condicion de ser consultado y empleado en todos los casos de entidad (5). Arreglado ya todo, el presidente levantó el campo en marzo de 1548 y tomó la vuelta del Cuzco.

El primer obstáculo que encontró en el camino fue el rio Abancay, cuyo puente habia sido cortado por el enemigo; mas como no habia fuerza que le molestase en la opuesta orilla, el ejército no tardó en preparar un nuevo puente y en cruzar el rio que por aquella parte presentaba un aspecto nada formidable. El camino se internaba despues en una region montuosa, en que los bosques precipicios y barrancos se mezclaban confusamente con alguno que otro valle retirado, cuya verde alfombra resplandecia como una isla fértil y hermosa entre las agitadas olas del borrascoso Océano. Las atrevidas crestas de los Andes, elevándose hasta esconderse en las nubes, estaban cubiertas de nieve, que bajando por los lados de la montaña daba á los vientos que soplaban en su superficie una frialdad tan penetrante, que entumecia los miembros de hombres y caballos. Los caminos en aquellas regiones eran por algunas partes tan estrechos y estaban tan cortados por barrancos que á veces casi no podia pasar por ellos la caballería. Los ginetes se vieron obligados á apearse y el presidente con todos los demas continuaron el camino á pie: camino tan peligroso que aun en tiempos posteriores no ha sido cosa rara ver á una mula, á pesar de la seguridad de sus pies, caer precipitada con su carga de plata en algun abismo de centenares de varas de profundidad (6).

Estos obstáculos retardaron la marcha de tal modo, que las tropas rara vez caminaron mas de dos leguas al dia (7). Por fortuna la distancia que tenian que recorrer no era grande y mas recelo que este camino infundia al presidente el paso del Apurimac, al cual se iban acercando. Este rio, uno de los mas formidables tributarios del de las Amazonas, precipita su ancha corriente entre las gargantas de las cordilleras que se elevan á uno y otro lado como inmensas murallas de roca, presentando una barrera natural, fácil de defender contra fuerzas muy superiores. Gasca antes de su partida de Andaguaylas supo que Pizarro habia destruido todos los puentes sobre este rio. Envió, pues, esploradores á sus márgenes, á fin de elegir el sitio mas á propósito para restablecer las comunicaciones con la opuesta orilla.

Escogióse un punto cerca de la aldea india de Cotapampa, á unas nueve leguas del Cuzco; porque el rio, aunque rápido y turbulento, por estar comprimido en aquella parte dentro de mas estrechos límites, no tenia menos de doscientos pasos de anchura, lo cual era una distancia bastante considerable. Diéronse órdenes para reunir en las inmediaciones la mayor

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. IV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXII—LXXXV. —Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Cieza de Leon, cap. XC.

(2) A lo menos así lo asegura Valdivia en su carta al emperador. «Y dixo de público que estimara mas mi persona que á los mejores ochocientos hombres de guerra que le pudieran venir aquella hora.» Carta de Valdivia, MS.

(3) Zárate, MS.

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. XC.—El antiguo cronista, ó mas bien geógrafo, Cieza de Leon, se halló en esta campaña, segun nos dice; así su testimonio, siempre bueno, es de mas valor que el ordinario para los acontecimientos subsiguientes.

(5) Valdivia dice que se le confió el mando de todo el ejército. «Luego me dió él la autoridad toda que traia de parte de V. M. para en los casos tocantes á la guerra, i me encargó todo el exército, i le puso bajo de mi mano rogando i pidiendo por merced de su parte á todos aquellos caballeros, capitanes é gente de guerra, i de la de V. M. mandándoles me obedesciesen en todo lo que les mandare acerca de la guerra, i cumpliesen mis mandamientos como los suyos.» (Carta de Valdivia, MS.) Pero otras autoridades aseguran con mas probabilidad lo que va referido en el testo. Debe confesarse que Valdivia nada deja de decir por modestia: toda su carta está escrita en un tono de jactancia que seria estraño aun en el mas vanidoso hidalgo de Castilla.

(6) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(7) MS. de Caravantes.

cantidad de materiales tan pronto como fuese posible, y al mismo tiempo para distraer al enemigo y obligarle á dividir sus fuerzas en caso de que intentara hacer resistencia, se mandaron reunir tambien, aunque en porciones mas pequeñas, materiales de la misma clase, en otros tres puntos inmediatos al rio. El oficial destacado en Cotapampa tenia instrucciones para no empezar la construccion del puente hasta que llegase la fuerza suficiente para acelerar la obra y asegurar su buen éxito.

Tratábase de construir uno de esos puentes de suspension que, como el lector recordará, usaban antiguamente los Incas, y que se usan todavía para atravesar los profundos y turbulentos rios de la América del Sur. Háceuse de mimbres unidos y retorcidos hasta formar enormes cables que se atan á uno y otro lado del rio á grandes postes de piedra, ó donde es posible á la roca natural. Sobre estos cables se colocan trasversalmente varias tablas, y así queda hecho un puente que, aunque ligero y frágil en apariencia por estar suspendido á veces á muchos cientos de pies sobre el abismo, proporciona un paso bastante seguro á los hombres y aun á la artillería (1).

No obstante las órdenes perentorias de Gasca, el oficial encargado de reunir materiales para la construccion del puente, deseoso de llevarse el honor de completar él solo la obra, la comenzó desde luego. Disgustado el presidente, hubo de apresurar su marcha para protejer la construccion con todas sus fuerzas; pero mientras estaba empeñado en aquel laberinto de montes, le llegó la noticia de que una partida enemiga habia destruido la parte de puente ya hecho, cortando los cables de la opuesta orilla. A consecuencia de esta noticia se adelantó Valdivia con doscientos arcabuceros, mientras el cuerpo principal del ejército le seguia con toda la celeridad posible.

Al llegar Valdivia al rio, vió que la interrupcion habia sido causada por unos veinte soldados de Pizarro auxiliados por un numeroso cuerpo de indios. Proveyóse, pues, de balsas, ó barcas chatas del pais, y por este medio pasó con su gente al otro lado sin oposicion. El enemigo, desconcertado con la llegada de semejante fuerza, se retiró á toda prisa al Cuzco para dar la noticia á Gonzalo Pizarro. Entre tanto Valdivia conociendo la importancia de cada momento en semejante crísis, aceleró la obra con el mayor vigor. Toda la noche continuaron la tarea sus cansadas tropas, y ya estaba muy adelantada cuando el presidente con sus batallones, saliendo de los desfiladeros de la montaña, se presentó al salir el sol, en la orilla opuesta.

Dióse poco tiempo de descanso, porque todos conocian que el éxito de la empresa dependia principalmente del corto intervalo que les daba su descuidado enemigo. El presidente y los principales caballeros tomaron parte en los trabajos como simples soldados (2); y antes de las diez de la noche tuvo Gasca la satisfaccion de ver el puente tan bien asegurado, que las primeras filas del ejército, desembarazadas de los bagajes, podian arriesgarse á cruzarlo. Poco tiempo bastó para que pasasen varios centenares de hombres á la otra orilla. Pero allí se presentó á las tropas una nueva dificultad no menos formidable que la del rio. Desde la márgen de este se elevaba el terreno casi en línea perpendicular hasta llegar por algunas partes á una altura de muchos miles de pies. Esta cuesta, aunque no toda, era preciso subirla. Las dificultades del terreno, cortado por horriblea barrancos ó interceptado por maleza, se aumentaban estraordinariamente con la oscuridad de la noche, y los soldados, al emprender lentamente la subida, temian á cada paso dar en una emboscada, para las cuales el terreno era tan favorable. Mas de una vez la falsa noticia de que el enemigo estaba encima les llenó de terror pánico. Pero Hinojosa y Valdivia estaban allí para restablecer el órden en las filas y animar á su gente, hasta que al fin, antes de rayar el dia, los osados caballeros y sus tropas llegaron á la cima por donde atravesaba el camino y esperaron allí al presidente. No tardó este mucho, y en la mañana del siguiente dia los realistas se hallaron en número suficiente para desafiar á sus enemigos.

Efectuóse el paso del rio con menos pérdida de la que podia esperarse, atendidas la oscuridad de la noche y la mucha gente que cargó sobre el puente colgante. Algunos, sin embargo, cayeron al agua y se ahogaron, y mas de sesenta caballos al pasar á nado fueron arrebatados por la corriente y estrellados contra las rocas (3). Todavía se necesitaba dar tiempo á que pasasen el tren de artillería y los carros; y el presidente acampó en la fuerte posicion que ocupaba para aguardar su llegada y dar á las tropas el descanso de que tanto habian menester despues de sus estraordinarias fatigas. En este punto le dejaremos para informar al lector del estado de las cosas en el ejército insurgente y de la causa de su estraña negligencia en guardar los desfiladeros del Apurimac (4).

Desde que Pizarro ocupó el Cuzco, habia vivido entre los placeres en medio de sus compañeros y sin cuidarse de nada, como soldado de fortuna en los tiempos de prosperidad, gozando de lo presente y mirando tan poco al porvenir como si la corona del Perú estuviera ya irrevocablemente fija en sus sienes. Carbajal se conducia de otro modo. Consideraba la victoria de Huarina como el principio, no como el fin de la lucha en que se disputaba el imperio peruano, y con actividad infatigable se ocupaba en mejorar cada dia mas la condicion de sus tropas para conservar sus ventajas. Al romper el alba se le veia montado en su mula, con el traje y apariencia de un simple soldado, recorrer los diferentes barrios de la capital, ya inspeccionando la fábrica de armas, ya visitando los almacenes militares, ya haciendo maniobrar su gente, porque era siempre muy solícito en mantener la mas estricta disciplina (5). Su espíritu incansable parecia no encontrar placer sino en la accion incesante; viviendo, como habia vivido siempre, en el torbellino de aventuras militares, no tenia aficion á nada que no fuese útil para la guerra, y en una ciudad solo veia los elementos para un campo militar bien organizado.

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capitulo LXXXVI—LXXXVII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. V.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — MS. de Caravantes.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(2) «La gente que estaua de la vna parte y de la otra todas tirauan y trabajauan al poner y apretar de las criznejas. sin que el presidente ni obispos, ni otra persona quisiese tener priuilegio para dexar de trabajar.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVII.

(3) «Aquel dia pasaron mas de quatrocientos hombres, llevando los caballos á nado, encima de ellos atadas sus armas i arcabuces, i así se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, i luego daban en vnas peñas, donde se hacian pedaços, sin darles lugar el ímpetu del rio á que pudiesen nadar.» Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. V.—Gomara, Historia de las Indias, capítulo CLXXXIV.

(4) Ibid., ubi supra.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVII.—Zárate. Conq. del Perú, libro VII, cap. V.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—MS. de Caravantes.—Carta de Valdivia, MS.—Cieza de Leon, Crónica, capítulo CXI. — Relacion del Lic. Gasca, MS.

(5) «Andaua siempre en una mula crescida de color entrepardo y bermejo, yo no le ví en otra caualgadura en todo el tiempo que estuuo en el Cozco antes de la batalla de Sacsahuana. Era tan continuo y diligente en solicitar lo que á su exército conuenia, que á todas horas del dia y de la noche le topauan sus soldados haziendo su oficio y los agenos.» Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXVII.

Con tales sentimientos, era natural que le disgustase la conducta de su gefe, el cual le declaró su intencion de permanecer en el Cuzco, y cuando el enemigo se adelantase presentarle la batalla. Carbajal le dió un consejo muy diferente. No tenia plena confianza en la lealtad de los partidarios de Pizarro, y menos en la de los que antes habian seguido la bandera de Centeno. Estos, que eran unos trescientos, se habian visto en cierto modo compelidos á alistarse en las filas de Pizarro y no manifestaban gran entusiasmo por su causa. El veterano instó á su gefe para que los enviase á todos á sus casas, diciendo que era mucho mejor presentarse en batalla con un puñado de fieles soldados que con una hueste numerosa de falsos amigos y tímidos corazones.

Creia además Carbajal que Pizarro no tenia suficientes fuerzas para presentar batalla á su rival, apoyado como estaba este por los mejores capitanes del Perú, y le aconsejó por tanto, que abandonase el Cuzco llevándose consigo los tesoros, provisiones y víveres de toda especie que en cualquier modo pudieran servir para las necesidades del ejército realista, cuyos soldados, encontrando á su llegada un pais pobre y exhausto, en vez del rico botin que se prometian, se disgustarian del servicio. Pizarro, entre tanto, podria refugiarse con su gente en las montañas inmediatas, donde, conociendo como conocia el terreno, le seria fácil burlar la persecucion del enemigo; y si este perseveraba en ella, disminuido con la desercion el número de sus soldados, podria hallarse oportunidad de acometerle con ventaja en los desfiladeros. Tal fue el prudente consejo del anciano guerrero; pero no agradó á su orgulloso gefe, el cual, antes que volver la espalda á su enemigo, preferia correr el riesgo de un desigual combate.

Ni se mostró Pizarro mas favorable á una proposicion que se dice le hizo Cepeda para que se aprovechase de su último triunfo á fin de entrar en negociaciones con Gasca. Semejante consejo en un hombre que poco antes habia desechado todas las proposiciones del presidente, solo podia proceder de la conviccion de que la reciente victoria ponia á Pizarro en un terreno mas ventajoso para alcanzar condiciones mejores que las que le habian sido ofrecidas. Acaso tambien la esperiencia le habia hecho desconfiar de la fidelidad de los soldados de Pizarro, ó de la capacidad de este para sacarlos á salvo en aquella crísis. Pero cualesquiera que fuesen los motivos que impulsaran al solapado consejero, Pizarro no hizo caso del consejo, y aun se mostró resentido cuando Cepeda le instó de nuevo sobre el asunto. De todas las luchas, ya con indios, ya con europeos, por muchos que hubiesen sido los obstáculos, habia salido siempre victorioso. No debia, pues, desanimarse por primera vez; y resolvió permanecer en el Cuzco y arriesgar el éxito de una batalla. Habia en el peligro algo que cautivaba su ánimo atrevido y caballeresco. En esta opinion le confirmaron tambien algunos de los caballeros que habian seguido su suerte hasta entonces, jóvenes y turbulentos aventureros que, como él, preferian arriesgarlo todo solo á un golpe de dados, á seguir la prudente, y segun decian ellos, tímida política de consejeros mas graves. Tales eran los consejos que iban á determinar la futura conducta de Pizarro (1).

En esta situacion llegó al Cuzco la noticia de que un destacamento del enemigo habia pasado el Apurímac y se ocupaba en restablecer el puente. Carbajal opinó desde luego que era absolutamente necesario defender el paso del rio. «Eso corre de mi cuenta, dijo, y pido ser empleado en este servicio. Denme cien hombres escogidos, y yo me obligo á defender el paso contra un ejército, y á traer al *capellan* (nombre que se daba al presidente en el campo rebelde) prisionero al Cuzco (2).» «No quiero separaros, padre, contestó Gonzalo dirigiéndose á Carbajal con este afectuoso epíteto que le daba comunmente (3), no quiero separaros tan lejos de mi persona;» y dió la comision á Juan de Acosta, jóven caballero que le era muy adicto, y habia dado manifiestas pruebas de valor en mas de una ocasion, pero que, como se vió despues, carecia absolutamente de las cualidades necesarias para llevar á cabo una empresa de tanta importancia. Este reunió doscientos arcabuceros montados, y despues de haber recibido muchos y muy sanos consejos de Carbajal, salió para su espedicion.

Pero en breve olvidó las instrucciones del veterano, y tardó tanto en vencer las dificultades del camino, que á pesar de no haber sino nueve leguas de distancia, encontró á su llegada construido el puente y establecida ya al otro lado una fuerza enemiga tan numerosa que no creyó prudente atacarla. Proyectó una emboscada de noche; pero su designio fue descubierto por un desertor, y se contentó con retirarse á distancia segura y enviar por refuerzos al Cuzco. Trescientos hombres fueron inmediatamente destacados en su auxilio; pero cuando llegaron, ya el enemigo habia tomado posesion con bastante fuerza de la cresta de la eminencia. Se habia perdido la ocasion, y el desconsolado caballero hubo de volverse á toda prisa al Cuzco, donde dió cuenta á su gefe del mal resultado de la empresa (4).

La única cuestion que habia ya que decidir era la relativa al sitio donde Gonzalo Pizarro deberia presentar la batalla. Determinó abandonar la capital y esperar á sus contrarios en el vecino valle de Xaquixaguana, situado á cinco leguas de distancia, y en el cual, como el lector recordará, Francisco Pizarro, en su primera ocupacion del Cuzco, hizo quemar al general peruano Challcuchima. Este valle, rodeado por la elevada muralla de los Andes, estaba en su mayor parte cubierto de hermoso verdor que presentaba muchos puntos de vista pintorescos; y por lo templado y benigno de su clima habia sido residencia favorita de los nobles indios, muchas de cuyas quintas cubrian todavia las laderas de los montes. De uno de estos salia un rio, ó mas bien arroyo, no muy ancho, y el terreno inmediato á sus márgenes estaba tan húmedo y cenagoso que parecia un pantano.

Allí llegó el gefe rebelde despues de una incómoda marcha por caminos difíciles de atravesar para los carros y cañones. Sus fuerzas ascendian á nueve-

(1) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXVII. —Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVIII.

«Finalmente Gonçalo Piçarro dijo que queria prouar su ventura; pues siempre auia sido vencedor y jamas vencido.» Ibid., ubi supra.

(2) «Paresceme vuestra señoria se vaya á la vuelta de collao y me deje cien hombres, los que yo escogiere, que yo me iré á vista desde capellan, que ansi llamaba él al presidente.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXI.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVIII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. V.—Carta de Valdivia, MS.

La carta de Valdivia al emperador, fechada en la Concepcion, fue escrita dos años despues de los sucesos arriba referidos. Se reduce principalmente á dar cuenta de sus conquistas en Chile; y su campaña á las órdenes de Gasca en su visita al Perú forma solo una especie de brillante episodio. La copia que yo poseo de esta carta, cuyo original existe en el archivo de Simancas, tiene unas setenta páginas en fólio. Este es uno de esos documentos históricos de la clase de comunicaciones y correspondencia de los gobernadores coloniales, que por lo minucioso de sus detalles y lo bien informado de sus autores son del mayor valor. Los despachos dirigidos á la córte particularmente, pueden compararse con las célebres *Relazioni* que hacian los embajadores venecianos á su república, y que por fortuna se están publicando ahora en Florencia bajo los auspicios del ilustrado editor Alberi.

cientos hombres con unas seis piezas de artillería. Era este un buen cuerpo de ejército y muy disciplinado, pues habia tenido la mejor escuela que podia hallarse en el Perú. Pero era desgracia de Pizarro que su ejército se compusiese, en parte á lo menos, de hombres en cuya adhesion no podia tener confianza, y ni el valor ni la pericia del gefe podian suplir esta falta.

Al entrar en el valle, eligió Pizarro la parte oriental de él, hácia el Cuzco, como el mejor sitio para establecer su campamento. Atravesaba esta parte el riachuelo arriba mencionado; y Pizarro situó su ejército de manera que uno de los estremos del campo se apoyaba sobre la barrera natural formada por las rocas de la montaña, que en aquel punto se elevaban casi perpendicularmente, y el otro estaba protegido por el rio. Así, al paso que apenas era posible acometerle por los flancos, estos obstáculos naturales estrechaban tanto el frente, que no hubiera sido fácil en aquella direccion derrotarle por muy superior que fuese el número de sus enemigos. A retaguardia quedaban abiertas las comunicaciones con el Cuzco por cuyo medio se obtenian provisiones con facilidad. Seguro en esta fuerte posicion, resolvió Pizarro aguardar pacientemente el ataque (1).

Entre tanto el ejército real habia subido las cuestas de las cordilleras, y al final del tercer dia el presidente habia tenido la satisfaccion de verse rodeado de todas sus fuerzas inclusos sus cañones y bagajes. Luego que dió el descanso suficiente á las tropas, continuó su camino, y el ejército todo se adelantó con la confianza de acabar pronto con el *tirano*, que llamaban así á Pizarro. La marcha fue lenta al principio porque el terreno era igualmente dificultoso: sin embargo, no tardó el presidente en saber que su contrario habia escogido posicion en el inmediato valle de Xaquixaguana. Poco despues dos frailes enviados por Gonzalo se presentaron en el ejército real con el designio aparente de examinar los poderes que la corona habia dado á Gasca. Pero habiendo dado su conducta motitivos para sospechar que fuesen espías, se les arrestó y no se les permitió volver al campo de Pizarro. No obstante Gasca despachó un emisario al gefe rebelde, prometiéndole de nuevo el perdon en caso de que depusiera las armas y se sometiera. Semejante acto de generosidad en aquella ocasion y cuando debia creer, como creia probablemente, que la victoria era suya, hace mucho honor á Gasca; y es lástima que el hecho no tenga en su apoyo la mejor autoridad (2).

Despues de un par de dias de marcha la vanguardia de los realistas se encontró de repente con las avanzadas de los rebeldes, cuya vista habia impedido hasta entonces una espesa niebla; y se trabó entre ambas partes una lijera escaramuza. Al fin en la mañana del 8 de abril, el ejército real al llegar á la cresta de la elevada cadena que circunda el delicioso valle de Xaquixaguana, divisó mas abajo y en el lado opuesto las brillantes filas enemigas, con sus blancos pabellones, que parecian bandadas de aves silvestres anidando entre las rocas de la montaña. Mas lejos vieron una numerosa hueste de guerreros indios con sus trajes de mil colores; porque los indios en esta parte del pais, desconociendo sus intereses, se manifestaban muy favorables á la causa de Pizarro.

El ejército real avivando el paso se apresuró á bajar por las vertientes de la sierra; y no obstante los esfuerzos de sus oficiales se adelantó tan en desórden, escogiendo cada soldado el camino que mejor le parecia, que sus columnas dispersas presentaron mas de un punto vulnerable al enemigo, y no se hubiera efectuado la bajada sin pérdida considerable, si la artilleria de Pizarro hubiese estado situada en alguna de las favorables posiciones que ofrecia el terreno. Pero Pizarro lejos de hacer tentativa alguna para impedir que se acercase el presidente, se obstinó en permanecer en la fuerte posicion que ocupaba, confiando en que sus enemigos no vacilarian en asaltarla de la misma manera que lo habian hecho en Huarina (3).

Sin embargo, no se descuidó en destacar un cuerpo de arcabuceros para tomar un cerro inmediato que en poder del enemigo podia causar alguna molestia á su campo, al paso que en el suyo dominaria mas inmediatamente el terreno que iba á ocupar el ejército realista. Pero, advirtiendo Hinojosa esta maniobra, envió un fuerte destacamento de arcabuceros reales que rechazaron á los rebeldes, y despues de una corta escaramuza tomaron posesion de la altura. Aprovechóse luego de este triunfo para colocar en la cima una pequeña batería, con la cual, aunque la distancia era grande para hacer mucho daño, logró que penetrasen algunos tiros en el campo enemigo. Un tiro mató dos hombres, uno de ellos paje de Pizarro, matando al mismo tiempo el caballo que este tenia por la brida. Pizarro entonces mandó plegar las tiendas, considerando que presentaban un blanco demasiado marcado para la artilleria enemiga (4).

Entre tanto las tropas del presidente habian bajado al valle, y así que llegaron al llano, sus oficiales las formaron en línea. El terreno que ocupaba el ejército real estaba un poco mas bajo que el del enemigo, cuyas baterías despedian de cuando en cuando algunos tiros que pasaban sobre las cabezas de las tropas realistas. Un desertor de los de Centeno informó al presidente que Pizarro se estaba preparando para dar un ataque por la noche. A consecuencia de esta noticia mandó Gasca que todas sus fuerzas se formasen en batalla y estuviesen dispuestas para rechazar toda tentativa del enemigo. Pero si el gefe insurgente meditó en efecto un ataque nocturno, es lo cierto que no lo llevó á cabo, y segun se dice abandonó este designio por desconfianza en sus tropas y por temor de que en la oscuridad se le pasaran á los contrarios. Si esto es verdad, debió conocer entonces, aunque tarde, cuán sano era el consejo que le habia dado Carbajal. El desgraciado Pizarro se hallaba en la situacion de un arrogante y osado caballero que corriese al combate en un caballo de batalla, cuyas vacilantes piernas amenazaran doblarse á cada paso y dejar al ginete en manos de sus enemigos.

Las tropas del presidente permanecieron sobre las armas la mayor parte de la noche, aunque el aire de

(1) Carta de Valdivia, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIII—XXXIV.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq. MS.—Gomara, Hist. de las Indias, capítulo CLXXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. LXXXVIII.

(2) Nada dicen acerca de él los escritores que se hallaron presentes. Solo se encuentran con alguna variacion en los pormenores, en Zárate (lib. VII, cap. VI) y en Gomara (capítulo CLXXXV): sin embargo, muchos podrán creer que el testimonio positivo de estos dos autores pesa mas que el negativo que presentan con su silencio los restantes contemporáneos.

(3) «Salió á Xaquixaguana con toda su gente y allí nos aguardó en un llano junto á un cerro alto por donde bajábamos; y cierto nuestro Señor le cegó el entendimiento, porque si nos aguardaran al pie de la bajada, hicieran mucho daño á nosotros. Retiráronse á un llano junto á una ciénaga, creyendo que nuestro campo allí les acometiera y con la ventaja que nos tenian del puesto nos vencieran.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(4) «Porque muchas pelotas dieron en medio de la gente, y una dellas mató junto á Gonzalo Pizarro vn criado suyo que se estaua armando y mató otro hombre y vn cauallo, que puso grande alteracion en el campo, y abatieron todas las tiendas y toldos.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXIX.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

la montaña era tan penetrante que con dificultad podian tener las lanzas en las manos (1). Pero antes que el sol hubiese dorado los picos mas altos de la sierra se pusieron ambos campos en movimiento, ocupándose con actividad en los preparativos del combate. El ejército real tenia formada su infanteria en dos batallones, uno para atacar de frente y el otro para operar si era posible por el flanco del enemigo. Estos batallones estaban protegidos por caballería formada en las dos alas y en la retaguardia, quedando una reserva de caballería y arcabuceros para acudir adonde el caso lo exigiera. Tomáronse estas disposiciones con tanto acierto que arrancaron elogios del veterano Carbajal, que esclamó: «Seguramente el diablo ó Valdivia está entre ellos,» elogio innegable á este último, pues Carbajal no sabia que en efecto estuviese en el campo (2).

Gasca dejando la direccion de la batalla á sus oficiales se retiró á retaguardia con su séquito de clérigos y licenciados. Estos últimos no tenian como su rebelde colega Cepeda la ambicion de romper una lanza en el combate.

Gonzalo Pizarro formó su gente como lo habia hecho en las llanuras de Huarina, solo que el mayor número de caballos que en esta ocasion tenia, le puso en disposicion de cubrir ambos flancos de su infantería. Pero su mayor confianza la tenia en los arcabuceros. Ordenadas ya las filas, las recorrió á caballo exhortando á su gente á cumplir con su deber como valientes y como verdaderos soldados de la Conquista. Iba Pizarro, como de costumbre, magníficamente armado con una armadura completa de finísimo acero esmaltado de oro y un soberbio casco de lo mismo (3). Montaba un caballo castaño de gran fuerza y viveza, y al verle recorrer á galope la línea blandiendo su lanza y ostentando su gallardía se hubiera creido contemplar en él una personificacion bastante buena del genio de la caballería. Para completar sus disposiciones dió á Cepeda el mando de la infantería; pues parece que el licenciado tuvo mas parte que Carbajal en la direccion de sus asuntos ó á lo menos en los últimos preparativos militares. Carbajal ó disgustado de la conducta de su gefe, ó por desconfianza, que se dice no trató de ocultar en el éxito de aquellas operaciones, no quiso cargar con la responsabilidad de dirigirlas y prefirió entrar en accion como simple caballero (4). Pero Cepeda, como despues se vió, no fue menos pronto en adivinar la próxima ruina.

Luego que recibió las órdenes de Pizarro se adelantó como para elegir el terreno que debian ocupar sus tropas, y al hacerlo desapareció por algunos instantes detras del ángulo saliente de una roca. Pronto apareció de nuevo y se le vió correr á todo galope por la llanura. Sus soldados le contemplaron al principio con asombro no sospechando el motivo que le guiaba, hasta que continuando su carrera en direccion de las líneas enemigas, se hizo su traicion manifiesta. Varios salieron en su persecucion y entre ellos uno mejor montado que Cepeda, el cual llevaba un caballo de poca fuerza y velocidad, casi inútil para aquella crítica maniobra y abrumado ademas con el peso de las maletas que su ambicioso ginete le habia cargado. Así al llegar al terreno pantanoso que mediaba entre los dos ejércitos retardó considerablemente el paso (5). Los que perseguian á Cepeda fueron rápidamente ganando terreno entre tanto, y el caballero de que arriba he hablado llegó bastante cerca para poder arrojar al fugitivo una lanza que le hirió en el muslo, atravesó el costado del caballo y dió en tierra con ambos. Mal lo hubiera pasado el licenciado en este caso, si unos cuantos caballos del ejército real, viendo lo que pasaba, no hubieran salido á escape á su socorro. Estos hicieron huir á los perseguidores y sacando á Cepeda del pantano le condujeron á presencia de Gasca.

El presidente le recibió con la mayor satisfaccion, tanta que segun un antiguo cronista no tuvo reparo en manifestarla besándole en la megilla (6). La anécdota apenas puede conciliarse con el carácter y relaciones de cada uno de estos dos hombres ni con la conducta subsiguiente de Gasca. Este sin embargo reconoció todo el valor de su presa y el efecto que su desercion en ocasion semejante podia producir en el ánimo de los rebeldes. El movimiento de Cepeda, tan inesperado de los de su partido, fue efecto de prévia deliberacion, pues se dice que habia prometido secretamente al prior de Arequipa, que se hallaba en el campo realista, que si no podia reducir á Gonzalo Pizarro á aceptar el perdon ofrecido, abandonaria su causa (7). La ocasion que el astuto consejero eligió para hacerlo fue la mas fatal á los intereses de su gefe.

El ejemplo de Cepeda fue contagioso. Garcilaso de la Vega, padre del historiador, caballero de antiguo linaje, y probablemente de mayor consideracion que ningun otro en el ejército de Pizarro, puso espuelas al caballo al mismo tiempo que el licenciado y se pasó al enemigo. Diez ó doce arcabuceros siguieron la misma direccion y lograron ponerse bajo la proteccion de las avanzadas realistas.

Pizarro quedó estupefacto al ver la desercion, en tan crítica coyuntura, de aquellos en quienes mas confiaba. Por un momento permaneció anonadado. El terreno en que estaba parecia hundirse bajo sus pies. En tal situacion conoció que cada minuto que pasara antes de comenzar el ataque le seria fatal. No se atrevió á esperar el asalto, como tenia pensado, en la fuerte posicion que ocupaba, y dió inmediatamente la órden de avanzar. Hinojosa, notando los movimientos del enemigo, mandó tambien que se adelantasen sus tropas. Al momento las guerrillas y arcabuceros situados en los flancos se adelantaron con rapidez; la artillería se preparó para abrir el fuego y «todo el ejército, dice en su relacion el presidente, se puso en movimiento con paso bien concertado y entera determinacion (8).»

(1) «Y así estuvo el campo toda la noche en arma, desarmadas las tiendas, padesciendo muy gran frio, que no podian tener las lanças en las manos.» Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VI.

(2) «Y assi quando vió Francisco de Carvajal el campo real, pareciéndole que los esquadrones venian bien ordenados, dixo Valdiuia está en la tierra y rige el campo ó el diablo.» Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capitulo LXXXIX.—Relacion del Lic. Gasca, MS.— Carta de Valdivia, MS.— Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VI.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIV.— Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) «Iba muy galan i gentil hombre sobre vn poderoso caballo castaño, armado de cota i coracinas ricas con una sobre ropa de raso bien golpeada i un capacete de oro en la cabeça con su barbote de lo mismo.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(4) «Porque el maesse de campo Francisco de Caruajal, como hombre desdeñado de que Gonçalo Piçarro no huuiesse querido seguir su parecer y consejo (dándose ya por vencido) no quiso hacer oficio de maesse.»

(5) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXV.

(6) «Gasca abraçó i besó en el carrillo á Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido á Pizarro con su falta.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(7) «Ca segun parerció, Cepeda lo huvo avisado con Fray Antonio de Castro, prior de Santo Domingo en Arequipa, que si Piçarro no quisiesse concierto ninguno, él se pasaria al servicio del emperador á tiempo que le deshiciesse.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(8) «Visto por Gonzalo Pizarro i Carvajal, su maestre de campo que se les iva gente procuraron de caminar en su órden hácia el campo de S. M., i viendo esto los lados i sobre-

Pero antes que se disparase el primer tiro, una columna de arcabuceros, compuesta principalmente de soldados de Centeno, abandonó su puesto y marchó directamente á unirse al enemigo. Un escuadron de caballería enviado para perseguirlos siguió su ejemplo. El presidente entonces mandó á sus soldados que hiciesen alto, no queriendo derramar sangre sin necesidad, ya que la hueste rebelde se iba deshaciendo por sí misma.

Los partidarios fieles de Pizarro se llenaron de terror pánico al verse así entregados con su gefe en manos del enemigo. Inútil era ya la resistencia. Unos arrojaron las armas y huyeron en direccion del Cuzco; otros se refugiaron en la montaña y algunos, cruzando el espacio que les separaba del ejército real, se rindieron prisioneros, esperando que todavía fuese tiempo para alcanzar el prometido perdon. Los aliados indios, viendo el desaliento de los españoles fueron los primeros en abandonar el campo (1).

Pizarro en medio de la desercion general se encontró solo con unos cuantos caballeros que tuvieron á mengua huir. Confundido con tan inesperado reves de fortuna, el desgraciado gefe apenas podia comprender su situacion. «¿Qué haremos?» dijo á Acosta que era uno de los que se habian quedado con él: «Arremeter al enemigo, respondió el valiente soldado, y morir como romanos.» «Mejor es morir como cristianos,» repuso el gefe, y se adelantó en direccion del ejército real (2).

Apenas habia andado unas cuantas varas, se encontró con un oficial realista, á quien despues de preguntarle su nombre, y clase, entregó la espada y se rindió prisionero. El oficial, gozoso con tal presa le condujo inmediatamente á presencia de Gasca. Hallábase este á caballo rodeado de sus capitanes, algunos de los cuales, al renconocer al cautivo tuvieron la atencion de retirarse para no presenciar su humillacion (3). Aun el mejor de ellos, por mas convencido que estuviese de que habia obrado bien, debia sentir algun remordimiento al ver el estado á que habia reducido su desercion á su bienhechor.

Pizarro se mantuvo á caballo; pero al acercarse hizo una respetuosa inclinacion al presidente, el cual le contestó con un frio saludo, y dirigiéndose á él con severidad le preguntó: ¿por qué habia puesto al pais en tal confusion, levantando el estandarte de la rebelion, matando al virey, usurpando el gobierno y rechazando obstinadamente las ofertas de gracia que repetidas veces se le habian hecho?

Gonzalo procuró justificarse, atribuyendo la suerte del virey á su errada conducta, y su usurpacion, como Gasca la llamaba, á la libre eleccion del pueblo y de la audiencia. «Mi familia fue, dijo, quien conquistó el pais; y como representante de ella aquí, me parecia tener derecho al gobierno.» A esto replicó Gasca en tono todavía mas severo: «Vuestro hermano, es cierto, conquistó el pais; y por eso el emperador tuvo á bien levantaros á él y á vos del polvo. El vivió y murió como súbdito fiel y leal y esto hace todavía mas odiosa vuestra ingratitud para con el soberano.» Despues, viendo que Pizarro iba á contestar de nuevo, terminó bruscamente la conferencia, mandando que fuese conducido á prision y guardado con vigilancia. Encomendáronle á la custodia de Centeno, que habia pedido este encargo, no por un deseo innoble de venganza, pues parece que era generoso, sino con el honrado propósito de prestar al prisionero todos los consuelos que pudiese. Así Pizarro, aunque tenido en estrecha guarda, fue tratado con la deferencia debida á su clase, y obtuvo de Centeno cuanto quiso escepto su libertad (4).

En este naufragio general de su fortuna, Francisco de Carbajal no libró mejor que su gefe. Al ver á los soldados abandonar sus puestos y pasarse al enemigo unos tras otros, comenzó á entonar su cancion favorita:

«Estos mis cabellicos, madre.»

Pero cuando vió casi desierto el campo y que los mas valientes desaparecían como el humo, conoció que era ya tiempo de pensar en su propia salvacion. Sabia que no habia perdon para él; y así poniendo espuelas al caballo, echó á huir con toda la velocidad que pudo. Cruzó el rio, que, como ya se ha dicho, atravesaba el campo; pero al saltar á la orilla opuesta, que era alta y pedregosa, su caballo, ya viejo y oprimido por el peso del ginete, que era alto y corpulento, se deslizó y cayó con él en el agua. Antes que Carbajal pudiera desembarazarse de los estorbos que le impedian salir á la orilla, fue preso por algunos de sus propios soldados, que esperando á este precio hacer las paces con el vencedor; se apresuraron á llevarle al cuartel general.

Pronto se aumentó su escolta con gran número de soldados del ejército realista, algunos de los cuales tenian largas cuentas que ajustar con él, y no contentos con llenarle de injurias y maldiciones, le amenazaban con actos de violencia personal, que Carbajal, lejos de temer, parecia mas bien provocar, por ser este el medio mas espedito y mejor para acabar con su vida (5). Cuando se acercó á los reales del presidente, Centeno, que se hallaba cerca, reconvino á la tumultuosa soldadesca y la obligó á apartarse. Carbajal, al verlo, preguntó en tono respetuoso á quién debia aquella cortés proteccion, á lo cual su antiguo compañero contestó: «¿No me conoce vuestra merced? soy Diego Centeno.» «Perdone vuestra merced, dijo el veterano en tono sarcástico, aludiendo á su fuga de Charcas y á su reciente derrota de Huarina, como siempre ví á su merced de espaldas, ahora teniéndole de cara no le conocia (6).»

Entre los que acompañaban al presidente se halla-

salientes del exército real se empezaron á llegar á ellos i á disparar en ellos, i lo mesmo hizo la artilleria; i todo el campo, con paso bien concertado i entera determinacion, se llegó á ellos.» Relacion del Lic. Gasca, MS.

(1) «Los indios que tenian los enemigos, que diz que eran mucha cantidad huyeron muy á furia.» (Relac. del Lic. Gasca, MS.) Se hallarán pormenores mas ó menos minuciosos en: Carta de Valdivia, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XC.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVI.

(2) «Gonçalo Piçarro boluiendo el rostro á Juan de Acosta, que estaua cerca del, le dixo: ¿Qué haremos hermano Juan? Acosta, presumiendo mas de valiente que de discreto, respondió: señor, arremetamos, y muramos como los antiguos romanos. Gonçalo Piçarro dixo: mejor es morir como cristianos.» Garcilasso, Com. Real. parte II, lib. V, capitulo XXXVI.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VII, capitulo VII.

(3) Garcilasso, Com. Real, ubi supra.

(4) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib, II, capitulo XC.

Los historiadores refieren con alguna variedad el diálogo entre Gasca y su prisionero. Véanse: Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXVI.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(5) «Luego llevaron antel dicho Licenciado á Carvajal, maestre de campo del dicho Pizarro, i tan cercado de gentes que del bavian sido ofendidas que le querian matar, el qual diz que mostrava que olgara que le mataran alli.» Relacion del Lic. Gasca, MS.

(6) «Diego Centeno reprehendia mucho á los que le offendian. Por lo qual Caruajal le miró y le dixo: señor ¿quién es vuestra merced que tanta merced me haze? a lo cual Centeno respondió: Qué, ¿no conoce vuestra merced á Diego Centeno? Dixo entonces Caruajal: Por Dios, señor, que como siempre ví á vuestra merced de espaldas, que agora teniéndole de cara no le conocia.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II cap. XC.

ba el obispo del Cuzco, el cual, segun recordará el lector, se habia hallado tambien en la derrota de Huarina. Su hermano habia sido hecho prisionero por Carbajal en la fuga, y ahorcado inmediatamente por este cruel gefe, que, como hemos visto, no respetaba á nadie. El obispo le reconvino por la muerte de su hermano, é irritado con sus frias respuestas, tuvo la poca generosidad de darle un bofeton. Carbajal no hizo la menor tentativa de resistencia, ni contestó una palabra á las preguntas que en seguida le dirigió Gasca, sino que mirando con altivez á su alrededor se mantuvo en desdeñoso silencio. El presidente, viendo que nada podia sacar de él, mandó que le tuviesen, con Acosta y otros caballeros que se habian rendido, en estrecha prision hasta que se decidiera de su suerte (1).

Inmediatamente despues envió Gasca un oficial al Cuzco para evitar que sus partidarios cometiesen escesos á consecuencia de la última victoria, si victoria podia llamarse aquella en que no se habia dado un solo golpe. Todos los efectos que pertenecian á los vencidos, tiendas, armas, municiones y pertrechos militares cayó en poder de los vencedores. El campo de Pizarro estaba bien provisto, y fue de oportuno auxilio al ejército realista, que habia consumido ya casi todas sus provisiones. Se encontró ademas considerable botin en plata y en dinero, porque la mayor parte de los soldados de Pizarro (cosa muy comun en aquellos tiempos de revueltas) llevaban á la guerra todas sus riquezas, no creyéndolas seguras en ninguna parte. Cuéntase una anécdota de un soldado de Gasca, que viendo una mula corriendo por el campo cargada con un gran fardo, la cogió y subió sobre ella despues de haber arrojado la carga, suponiendo que fuese alguna armadura ó cosa de poco valor. Otro soldado mas discreto recogió el fardo, y halló que contenia muchos miles de ducados de oro. ¡Suerte de la Guerra! (2)

Así terminó la batalla, ó mas bien derrota de Xaquixaguana. El número de muertos y heridos, porque algunos sucumbieron en la persecucion, no fue grande. Segun la mayor parte de los autores, no pasó de quince soldados rebeldes muertos, y un solo realista, y este, por descuido de su compañero (3). Nunca hubo victoria mas barata, ni terminó una tan sangrienta y cruel rebelion á precio de menos sangre. Ganóse la batalla no tanto por la fuerza de los vencedores cuanto por la debilidad de los vencidos, los cuales se dispersaron por sí mismos no creyéndose bastante seguros para resistir. El brazo á que la justicia de la causa no daba fortaleza, fue impotente en el momento del combate: mas satisfactorio es que fuese vencido por la fuerza moral, que por la brutal de las armas. Semejante victoria estaba mas en armonía con el benévolo carácter del vencedor y con su causa. Fue el triunfo del órden y el mejor homenaje á la ley y á la justicia.

(1) Ibid., ubi supra.

Debe advertirse que Garcilasso, que conocia personalmente al obispo de Cuzco, duda que cometiese al acto indecoroso que le imputa Fernandez, y dice que por su carácter era incapaz de tal cosa. Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XXXIX.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

(3) «Temióse que en esta batalla moriria mucha gente de ambas partes por haver en ellas mill y cuatrocientos arcabuceros, i seiscientos de caballo i mucho número de piqueros i diez i ocho piezas de artilleria; pero plugo á Dios que solo murió un hombre del campo de S. M. i quince de los contrarios como está dicho.» Relacion del Lic. Gasca, MS.

Muñoz supone que el manuscrito á que se acaba de hacer referencia fue escrito, ó mas bien dictado por Gasca á su secretario. El original se conserva en Simancas, sin fecha y en letra del siglo XVI. Se reduce principalmente á referir la batalla y los sucesos que con ella tuvieron inmediata conexion, y aunque muy en breve, cada aserto suyo es precioso por venir de tan alto origen. Alcedo, en su *Biblioteca Americana*, MS., inserta el titulo de una obra que atribuye á la pluma de Gasca y que parece ser una relacion de los sucesos de su administracion. El título es *Historia del Perú y su pacificacion*, 1576, en fólio. No he podido dar con esta obra ni en ninguna otra parte he visto la menor alusion en ella.

CAPITULO IV.

Ejecucion de Carbajal.—Gonzalo Pizarro es decapitado.—Despojos de la victoria.—Sábias reformas de Gasca.—Vuelve á España.—Su muerte y su carácter.

1548—1550.

Era necesario decidir de la suerte de los prisioneros; y en consecuencia Alonso de Alvarado y el licenciado Cianca, uno de los nuevos individuos de la audiencia, fueron nombrados para instruir el proceso. La comision no exigia largo tiempo: el crímen de los presos era demasiado manifiesto, pues se les habia cogido con las armas en la mano. Fueron, pues, sentenciados todos á muerte con confiscacion de bienes en provecho de la corona. Gonzalo Pizarro debia ser decapitado y Carbajal arrastrado y descuartizado. No hubo misericordia para quien no la habia tenido de los demas. Hablóse de diferir la ejecucion hasta la llegada de las tropas que estaban en el Cuzco; pero el temor de los disturbios que pudieran escitar los amigos de Pizarro determinó al presidente á llevar á efecto la sentencia al siguiente dia y en el campo de batalla (4).

Cuando se le hizo saber su suerte á Carbajal, escuchó la notificacion con su habitual indiferencia. «No pueden hacer mas que matarme,» dijo como si ya se hubiese conformado con su destino (5). Durante el dia muchos le visitaron, algunos por echarle en cara sus crueldades y los mas por la curiosidad de ver al cruel guerrero que habia hecho su nombre tan terrible en todo el pais. Carbajal se prestó voluntariamente á hablar con ellos, aunque lo hacia con aquellas salidas mordaces con que acostumbraba á entretenerse á espensas de sus interlocutores. Entre los que le visitaron habia un caballero de poca nota á quien parece que habia perdonado la vida en otro tiempo. Este le manifestó su ardiente deseo de servirle; y como continuase importunándole con sus protestas, Carbajal le interrumpió diciendo: «¿Y qué servicio podeis hacerme? ¿darme la libertad? Si no podeis hacer esto, no podeis servirme en nada. Si como decis os perdoné la vida, fue probablemente porque no creí que merecia la pena de quitárosla.»

Algunas personas piadosas le instaron para que viese á un eclesiástico, aunque no fuera mas que por descargar su conciencia antes de dejar el mundo. «¿Y para qué? dijo Carbajal: no tengo nada de que acusarme como no sea de una deuda con una bodegonera de Sevilla, á quien me olvidé de pagar medio real al salir de España (6).»

Fue llevado al suplicio en un seron, ó mas bien en un cesto, arrastrado por dos mulas. Atáronle los brazos y como le empujasen para que entrara en aquel miserable vehículo donde apenas cabia, dijo: «Niño en cuna y viejo en cuna (7).» No obstante la repugnancia que habia mostrado á confesarse, le acompañaron muchos eclesiásticos, y uno de ellos le instó repetidas veces para que diera alguna muestra de

(4) El ejemplar manuscrito de la Historia de Zárate inserta íntegra la sentencia de Gonzalo Pizarro, la cual el autor omitió en la impresion; pero el lector curioso la encontrará original en el *Apéndice*, núm. XIV.

(5) «Basta matar.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.

(6) «En esso no tengo que confesar: porque juro á tal que no tengo otro cargo sino medio real que deuo en Seuilla á vna bodegonera de la puerta del Arenal, del tiempo que passé á Indias.» Ibid., ubi supra.

(7) Ibid., ubi supra.

arrepentimiento en aquella hora solemne, aunque no fuera mas que repitiendo *Pater Noster* y *Ave Maria*. Carbajal, para librarse de sus importunidades, repitió friamente las palabras *Pater Noster* y *Ave Maria*. Despues guardó un obstinado silencio y murió como habia vivido, con su sonrisa burlona y sarcástica en los lábios (1).

Francisco de Carbajal era uno de los caractéres mas estraordinarios de aquellos tenebrosos y revueltos tiempos; el mas estraordinario por sus años, pues cuando murió tenia ochenta y cuatro; edad en que las facultades del cuerpo, y afortunadamente tambien las pasiones están por lo general amortiguadas; edad en que, segun las ingeniosas palabras de un moralista frances, «nos lisonjeamos de que vamos dejando nuestros vicios, cuando por el contrario son nuestros vicios los que nos dejan (2).» Pero la llama de la juventud ardia aun voraz é inestinguible en el pecho de Carbajal.

La fecha de su nacimiento nos remonta hasta mediados del siglo XV, antes de los tiempos de Fernando é Isabel. Era de oscura familia, y nació segun se dice en Arévalo. Por espacio de cuarenta años sirvió en las guerras de Italia á las órdenes de los mas ilustres capitanes de la época, Gonzalo de Córdova, Navarro y los Colonas. Era alferez en la batalla de Rávena; se halló en la captura de Francisco I, en Pavía, y siguió la bandera del malhadado Borbon en el saco de Roma. En esta ocasion no pudo alcanzar mas botin que los papeles de una escribanía que guardó pensando que podria ingeniarse para que le valieran dinero. Así fue en efecto, pues el escribano tuvo que rescatarlos á un precio que habilitó al aventurero para cruzar los mares hasta Méjico y buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Cuando la insurreccion de los peruanos fue enviado en auxilio de Francisco Pizarro, el cual le remuneró concediéndole algunas tierras en el Cuzco. Allí permaneció algunos años empleado en aumentar sus rentas, pues la codicia era una de sus pasiones dominantes. A la llegada de Vaca de Castro le encontramos prestando buenos servicios bajo la bandera de la autoridad real; y al estallar la gran rebelion de Gonzalo Pizarro redujo todos sus bienes á dinero y se preparó para volver á Castilla. Parecia que pronosticaba que su permanencia en el Perú le habia de ser fatal. Pero aunque hizo todos los esfuerzos posibles para salir del pais, fueron infructuosos, porque el virey habia embargado los buques (3). Se quedó, pues, y como hemos visto, se alistó, aunque con repugnancia, en las banderas de Pizarro. Era su sino.

La vida tumultuosa en que entró entonces despertó todas las pasiones que dormian en su alma, tal vez sin él saberlo: la crueldad, la avaricia, la venganza. En la guerra con sus compatriotas halló ancho campo donde satisfacerlas, porque la guerra civil ya se sabe que es la mas sanguinaria y feroz de todas. Las atrocidades cometidas por Carbajal y el número de sus víctimas son apenas increibles. Por honor de la humanidad debemos pensar que los historiadores habian exagerado mucho; pero el haber dado lugar á tales exageraciones es suficiente para deshonrar su nombre (4).

Dícese que tenia un diabólico placer en presenciar los padecimientos de sus víctimas, y en la hora de la ejecucion solia dirigirles horribles chistes que les hacian mas amargo el trance. Tenia vena, si así puede llamarse, y daba rienda suelta á su locuacidad en cualquiera ocasion. Los soldados conservaron muchas de sus agudezas; pero son en su mayor parte de un carácter mordaz y repulsivo, como procedentes de una imaginacion familiarizada con el lado débil y miserable de la humanidad y que de todos desconfiaba. Tenia dichos agudos para todo, así para la desgracia de los demas como para la suya. Miraba la vida como una comedia, aunque mas de una vez hizo de ella una tragedia.

Debe concedérsele una virtud, la fidelidad á su partido, y esta le hizo menos tolerante con la perfidia de los demas, porque nunca manifestó compasion á los renegados. Esta constante fidelidad, donde semejante virtud era tan rara, atrae á Carbajal cierto respeto (5).

Como militar ocupa Carbajal un lugar elevado entre los soldados del Nuevo Mundo. Era estricto y aun severo en mantener la disciplina; por eso sus compañeros no le amaban mucho. Puede dudarse que tuviera genio para las combinaciones militares en grande escala; mas para los ardides y combinaciones de guerrilla no tenia igual. Pronto, activo y perseverante, no conocia el peligro ni la fatiga, y despues de muchos dias pasados sobre la silla del caballo parecia no apreciar en nada la comodidad de la cama (6).

Conocia perfectamente todos los desfiladeros de la montaña, y eran tales la sagacidad y recursos que desplegaba en sus espediciones, que el vulgo creia que tenia algun diablo familiar (7). Con carácter tan estraordinario, con fuerzas que le duraron mucho mas de lo que comunmente duran en los hombres, y con pasiones tan vivas en quien se hallaba al borde del sepulcro, no es estraño que se hayan referido de él cosas fabulosas, y que su nombre inspirase un secreto terror como el de una especie de ser sobrenatural, de demonio de los Andes.

Muy diferentes fueron las circunstancias que acompañaron los últimos momentos de Pizarro. A peticion

(1) «Murió como gentil, á lo que dicen, que yo no le quise ver, que ansi le di la palabra de no velle; mas á la postrer vez que habló llevándole á matar le decia el sacerdote que con él iba que se encomendase á Dios y dijese el Pater Noster y el Ave María, y dicen, que dijo, Pater Noster, Ave Maria y que no dijo otra palabra.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) Si mal no me acuerdo, esta reflexion se encuentra en ese admirable digesto de la sabiduría humana titulado «Los Caractéres» de La Bruyére.

(3) Pedro Pizarro asegura que Carbajal hizo esfuerzos para dejar el pais, en los cuales fue auxiliado, aunque ineficazmente, por el mismo cronista, que entonces se hallaba en amistosas relaciones con él. La guerra civil separó á estos antiguos compañeros; pero Carbajal no olvidó las obligaciones que debia á Pedro Pizarro, antes se las pagó, eximiéndole en dos diferentes ocasiones de la suerte general de los prisioneros que caian en sus manos.

(4) De trescientos cuarenta ejecuciones, segun Fernandez, trescientas fueron dispuestas por Carbajal. (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.) Zárate hace subir el número de estas ejecuciones á quinientas. (Conq. del Perú, lib. VII, capítulo I.) Esta discrepancia muestra cuán poco se debe confiar en la esactitud de semejantes cálculos.

(5) La fidelidad es una de las muchas virtudes que le atribuye Garcilasso, el cual considera muchas de las anécdotas que acerca de la crueldad y avaricia del veterano circulaban, como invenciones de sus enemigos. El cronista Inca era un niño cuando Gonzalo y sus partidarios ocuparon el Cuzco; y agradeció el buen trato que de ellos recibió, debido sin duda á la posicion de su padre en el ejército rebelde, delineando sus retratos con los colores con que se presentaron á su jóven imaginacion. Pero el mismo Garcilasso, ya viejo, ha citado varios casos de atrocidad personal en la carrera de Carbajal que no se avienen bien con las aserciones que hace respecto á su carácter.

(6) «Fue maior sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas ni de dia ni de noche: i quando era necesario tampoco se acostaba, ni dormia mas de quanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeça.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, capítulo XIV.

(7) Pedro Pizarro, que profesaba cierta amistad á Carbajal, reasume su carácter en estas pocas palabras. «Era mui lenguaz: hablaba mui discreptamentei á gusto de los que le oian: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra... Este Carbajal era tan sabio, que decian tenia familiar.» Descubrimiento y Conq., MS.

suya se prohibió que nadie le visitase. Oyósele pasear en su tienda la mayor parte del dia, y cuando llegó la noche, habiendo sabido por Centeno que se iba á verificar su ejecucion á las doce del dia siguiente, se echó á descansar. No durmió mucho, sin embargo: al cabo de un rato se levantó y continuó paseándose por la tienda, como abismado en sus meditaciones, hasta el amanecer. Entonces envió á buscar á un confesor y permaneció con él hasta las doce, tomando poco ó ningun alimento. Los empleados de justicia empezaron á impacientarse; pero fueron reconvenidos ágriamente por los soldados, muchos de los cuales habiendo servido bajo la bandera de Gonzalo, se compadecian de su desgracia.

Cuando salió para la ejecucion mostró en su traje el mismo amor al lujo y á la ostentacion que habia desplegado en mas felices dias. Sobre el justillo llevaba una magnífica ropa de armas de terciopelo amarillo bordada de oro, y un sombrero de la misma clase, tambien adornado de oro le cubria la cabeza (1). En tan vistoso atavío montó en su mula, relajándose el rigor de la sentencia hasta el punto de no atarle los brazos. Un gran número de clérigos y frailes le escoltaban poniéndole crucifijos delante, y él llevaba en la mano una imágen de la Vírgen, á la cual habia tenido tan particular devocion, que en tiempo de su prosperidad, los que mejor le conocian cuando iban á pedirle algo, cuidaban de hacerlo en nombre de la bienaventurada madre de Dios.

Frecuentemente aplicaba los lábios á este emblema de su divinidad, fijando al mismo tiempo los ojos en la imágen de Cristo con devocion y sin descuidarse al parecer de los objetos que le rodeaban. Subió la escalera del cadalso con paso firme y pidió licencia para dirigir algunas palabras á los soldados que presenciaban la ejecucion. «Muchos hay entre vosotros, dijo, á quienes la bondad de mi hermano y la mia han hecho ricos. Sin embargo, de todas mis riquezas nada me queda sino la ropa que tengo encima, y aun esta no es mia, sino del verdugo. Me encuentro, pues, sin medios para mandar decir una misa por el bien de mi alma, y os ruego, por el recuerdo de los pasados beneficios, que cuando muera me hagais esta caridad, para que os sirva de descargo en la hora



Gonzalo Pizarro marcha al patíbulo.

de vuestra muerte.» Un profundo silencio siguió á estas palabras, interrumpido solamente por el llanto y los sollozos de aquella multitud guerrera, la cual cumplió luego fielmente el encargo de Pizarro, porque despues de su muerte se dijeron misas en muchas ciudades para el descanso de su alma.

En seguida, arrodillándose delante del crucifijo que estaba encima de una mesa, permaneció Pizarro por algunos minutos absorto en la oracion, y luego dirigiéndose al soldado que debia hacer el oficio de ejecutor de la justicia, le dijo con calma «que hiciese su deber con mano firme.» No consintió que le bendaran los ojos, y doblando el cuello lo entregó á la espada del verdugo, el cual le cortó la cabeza de un

(1) «Al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traia, que era mui rica y de mucho valor, porque tenia una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, i un chapeo de la misma forma.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

solo golpe y tal, que el cuerpo permaneció algunos momentos erguido como si tuviera vida (1). La cabeza fue llevada á Lima, puesta en una caja y fijada despues en un palo al lado de la de Carbajal. Sobre ella se fijó un cartel que decia: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que se hizo justicia del en el valle de Aquixaguana, donde dió la batalla campal contra el estandarte real, queriendo defender su traicion é tiranía: ninguno sea osado de la quitar de aquí, so pena de muerte natural (2).» Sus grandes haciendas, inclusas las ricas minas del Potosí, fueron confiscadas; su casa de Lima fue arrasada hasta los cimientos, sembrándose de sal el sitio en que habia estado edificada, y poniéndose en él un poste con una inscripcion en que se prohibia edificar en aquel lugar que habia sido profanado por la residencia de un traidor.

Los restos de Gonzalo no fueron espuestos á la ignominia que los de Carbajal, cuyos miembros colgados de cadenas fueron fijados uno en cada uno de los cuatro grandes caminos que conducian al Cuzco. Centeno salvó tambien la ropa de Pizarro, rescatándola del ejecutor y le hizo enterrar con su lujoso traje en la capilla del convento de nuestra Señora de la Merced en el Cuzco. Este era el mismo sitio en que uno al lado de otro yacian los sangrientos restos de los Almagros padre é hijo, que habian perecido del mismo modo por mano de la justicia, y debian tambien su sepultura á la caridad particular. «Todos estos cuerpos fueron depositados bajo la misma losa, dice el historiador con cierta amargura, como si el Perú no tuviese bastante tierra para dar sepultura á sus conquistadores (3).»

Gonzalo Pizarro tenia cuando murió cuarenta y dos años, justamente la mitad que su compañero Carbajal. Era el mas jóven de la famosa familia á quien España debió la adquisicion del Perú. Llegó á este pais cuando su hermano Francisco volvió de su último viaje á Castilla, y se halló presente á todos los grandes hechos de la conquista. Asistió á la captura de Atahuallpa, tomó una parte activa en la lucha contra los indios insurgentes, y especialmente en la reduccion de Charcas. Despues capitaneó la desastrosa espedicion al rio de las Amazonas, y finalmente dirigió la memorable rebelion que terminó de un modo tan funesto para él. Hay pocos hombres, cuya vida abunde tanto en aventuras peligrosas y novelescas, y en su mayor parte coronadas de buen éxito. El espacio que ocupa en las páginas de la historia es desproporcionado á su talento. Puede en cierto modo atribuírsele á la fortuna, pero todavía mas á esas brillantes cualidades que suplen á veces el talento mental, y que le aseguraron su popularidad entre el vulgo.

Tenia un esterior brillante: sobresalia en todos los ejercicios militares; montaba bien á caballo; manejaba perfectamente la espada y la lanza; era uno de los primeros tiradores de arcabuz, y añadia á todas estas cualidades el ser escelente dibujante. Era ademas osado hasta rayar en temerario, aficionado á las aventuras arriesgadas y el primero siempre en el peligro. Era en fin un caballero andante en todo el rigor de la palabra, y montado en su corcel favorito, dice uno que le vió muchas veces «no hacia mas caso de escuadrones de indios, que si fueran de moscas (4).»



Cabezas de Gonzalo Pizarro y Carbajal.

Al paso que con tan brillantes hazañas y con tales cualidades cautivaba la imaginacion de sus compatriotas, ganaba sus corazones con su marcial franqueza, su confianza en la fidelidad de los demas (confianza de que abusaron demasiadas veces) y su liberalidad; porque Pizarro, aunque codicioso de los bienes agenos era, como el conspirador romano, pródigo de los suyos. Este es el retrato de su mejor época, cuando los triunfos no le habian viciado el corazon; porque está demostrado que su prosperidad efectuó en él cierto cambio. Su cabeza se desvaneció con la elevacion, y el no haber sabido aprovecharse de esta es una prueba de que le faltaba el talento proporcionado á su gloria. Obedeciendo las inspiraciones de su temeridad, desechó los avisos de sus mas prudentes consejeros y confió ciegamente en su destino. Garcilasso atribuye esto á la maligna influencia de las estrellas (5) pero el supersticioso cronista po-

(1) «El egecutor, dice Garcilasso con un símil mas expresivo que elegante, de un reues le cortó la cabeça con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algun espacio en caer en el suelo.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XLIII.

(2) Zárate, MS.

(3) «Y las sepolturas vna sola auiendo de ser tres: que aun la tierra parece que les faltó para auerlos de cubrir.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XLIII.

Para los trágicos pormenores de las anteriores páginas, véanse: Garcilasso cap. XXXIX.—Relacion del Lic. Gasca.—Carta de Valdivia, MS. — MS. de Caravantes.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara Hist. de las Indias, cap. CLXXXVI.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. XCI.—Zárate, Conquista del Perú. lib. VII, cap. VIII.—Herrera, Historia general, dec. VII, lib. IV, cap. XVI.

(4) «Quando Gonzalo Pizarro, que aya gloria se veya en su zaynillo, no hazia mas caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas.» Garcilasso, Com. Real, parte II, capítulo XLIII.

(5) «Decian que no era falta de entendimiento, pues los

dria haberlo esplicado mejor por un principio general de la naturaleza humana, por la presuncion alimentada con los triunfos, por la demencia, como dice el proverbio romano, ó mas bien griego, con que los dioses ciegan el entendimiento de los hombres á quienes quieren perder (1).

Gonzalo no tenia otra educacion sino la que habia adquirido en la dura escuela de la guerra. No tenia tampoco mucho de esa ciencia que nace del ingenio natural y del exámen del corazon. En esto fue inferior á sus hermanos, aunque les igualó en ambicion. Si hubiera tenido la décima parte de la sagacidad de aquellos, no habria persistido locamente en su rebelion despues de la llegada de Gasca. Antes de esta época representaba al pueblo: los intereses de uno y otro estaban unidos. Tenia su apoyo, porque luchaba por la reparacion de sus agravios. Pero cuando el gobierno los reparó no habia por qué luchar. Desde entonces combatió por sí mismo: el pueblo no tenia parte ni interes en la contienda. Sin una simpatía comun que les ligara, ¿qué estraño es que el pueblo le abandonase cual las hojas que lleva el viento dejándole espuesto solo y desnudo tronco á la furia de la tempestad?

Cepeda, mas criminal que Pizarro, pues tenia educacion é inteligencia superiores, que empleó únicamente para perder á su gefe, no le sobrevivió largo tiempo. Habia pasado al Perú con un empleo de alta responsabilidad. Su primer paso habia sido hacer traicion al virey á quien estaba encargado de auxiliar; el segundo hacer traicion á la audiencia á cuyos actos debia cooperar; y el último hacer traicion al gefe á quien mas aparentaba servir. Toda su carrera habia sido una série de traiciones. Su vida fue una série no interrumpida de perfidias.

Cuando se rindió, muchos caballeros disgustados de su cínica apostasía trataron de persuadir á Gasca para que le condenase á muerte con su gefe; pero el presidente se negó á ello en consideracion al señalado servicio que con su desercion habia hecho á la corona. Sin embargo fue puesto en prision y enviado á Castilla, donde se le formó causa por crímen de alta traicion. Defendióse bien, y como tenia amigos en la córte, es probable que hubiera sido absuelto; pero murió en la cárcel antes de que terminara la causa. Fue esta una justicia retributiva que no siempre se encuentra en los asuntos de este mundo (2).

Otros tambien de los que habian sido los primeros en abandonar la causa de Pizarro murieron al cabo de corto tiempo. El valiente Centeno y el licenciado Carbajal, que desertaron cerca de Lima y militaban bajo la bandera real en el campo de Xaquixaguana, murieron un año despues que Pizarro. Hinojosa fue asesinado á los dos años, y su antiguo compañero Valdivia, despues de haber ejecutado en Chile muchas y brillantes hazañas que dieron el mas glorioso tema para la musa épica de Castilla, fue muerto por los invencibles guerreros de Arauco. Los manes de Pizarro quedaron ámpliamente vengados.

Acostá y otros tres ó cuatro caballeros que se rindieron con Gonzalo recibieron tambien la muerte con su gefe; y Gasca, á la mañana que siguió á esta lamentable tragedia levantó el campo y marchó con todo su ejército al Cuzco, donde aquel político pueblo le recibió con el mismo entusiasmo que poco antes habia mostrado á su rival. Allí encontró muchos soldados del ejército rebelde que se habian refugiado en la ciudad despues de la derrota, y que inmediatamente habian sido reducidos á prision. Mandó que se les formase causa: los principales, en número de diez ó doce, fueron ejecutados y los demas desterrados ó enviados á galeras. Pronunciáronse las mismas sentencias rigorosas contra los que habian huido y no habian sido capturados y las propiedades de todos ellos fueron confiscadas. Estos bienes debian servir para recompensar á los leales (3). Parecerá ya demasiada la severidad; pero Gasca queria que probasen todo el rigor de la justicia los que tantas veces habian desechado sus ofertas de gracia. La lenidad era infructuosa con el duro y rebelde soldado que apenas reconocia la existencia del gobierno sino cuando sentia su rigor.

Un nuevo deber llamó luego la atencion del presidente; el de recompensar á sus fieles partidarios, deber, como se vió despues, no menos dificultoso de cumplir que el de castigar á los criminales. Los solicitantes eran muchos, pues todo el que, por decirlo así, habia levantado un dedo en favor del gobierno, pedia su recompensa; y repetian sus demandas con tan importuno clamoreo, que tenian perplejo al buen presidente y le ocupaban todo su tiempo.

Disgustado Gasca de un estado de cosas tan poco provechoso al pais, resolvió librarse de una vez de tales molestias retirándose al valle de Guaynarima, á unas doce leguas de la ciudad, para meditar allí con sosiego un sistema de recompensas proporcionado al mérito de cada cual. Acompañáronle solamente su secretario y Loaysa, entonces arzobispo de Lima, hombre sensato y muy versado en los asuntos del pais. En este retiro permaneció tres meses examinando cuidadosamente las diversas reclamaciones, y señalando las recompensas segun los respectivos servicios. Debe advertirse que por lo general se concedian los *repartimientos* de por vida solamente, y que á la muerte del poseedor volvian á la corona, la cual podia concederlos á otro, ó conservarlos segun su voluntad.

Luego que Gasca completó su árdua tarea, determinó retirarse á Lima dejando al arzobispo el documento en que estaban consignadas las recompensas para que lo comunicase al ejército. No obstante el esquisito cuidado con que habia procurado hacer una distribucion equitativa, conocia Gasca que era imposible satisfacer las demandas de los envidiosos é irritables soldados, cada uno de los cuales estaba siempre dispuesto á exagerar sus servicios y á rebajar los agenos; y así no quiso esponerse á importunidades y quejas que no habian de servir mas que para incomodarle.

Luego que marchó, el arzobispo convocó á las tropas en la catedral para informarlas del contenido de la cédula de reparticion que se le habia confiado. Ante todo se predicó un sermon por el digno dominico prior de Arequipa, en el cual el reverendo padre se estendió en exhortaciones para que cada uno tuviese la virtud de contentarse con su suerte; recordó la obligacion que todos tenian de obedecer á sus superiores y la locura y criminalidad de resistir á los mandatos de las autoridades constituidas; y dijo en fin cuanto creyó que podria inspirar conformidad y buenos deseos á su auditorio.

Leyóse despues desde el púlpito una carta del pre-

tenia bastante, sino que deuia de ser sobra de influencia de signos y planetas que le cegauan y forçaban á que pusiesse la garganta al cuchillo.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIII.

(1) «Ὅταν δὲ Δαίμων ανδρί πορσύνῃ κακὰ,
Τόν νοῦν ἔβλαψε πρῶτον.»
Eurípides, Fragmentos

(2) El astuto legista preparó tan especiosos argumentos para su justificacion, que Illescas, el célebre historiador de los papas, declara que nadie que los lea atentamente puede dejar de convencerse de la inocencia de Cepeda y de su constante lealtad á la corona. Véase el pasaje citado por Garcilasso en su Com. Real, parte II, lib. VI, cap. X.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI. — Carta de Valdivia, MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII. — Relacion del Lic. Gasca, MS.

sidente dirigida á los oficiales y soldados del ejército. En esta empezaba Gasca manifestando brevemente las dificultades de su obra, debidas á la limitada suma de recompensas de que podia disponer, y al gran número de servicios de los reclamantes. Luego decia que habia examinado el asunto con el mayor cuidado y procurado señalar á cada uno su parte segun sus méritos sin preocupacion ni parcialidad; que habria caido indudablemente en errores, pero que esperaba que sus tropas se los escusarian cuando reflexionasen que habia hecho para evitarlos todo lo que estaba al alcance de su pobre entendimiento; que creia le harian todos la justicia de reconocer que no habia tenido influencia en su ánimo motivo alguno de interes personal. Despues elogiaba con énfasis los servicios que habian prestado á la buena causa, y concluia haciendo fervientes votos por su futura prosperidad. Esta carta estaba fechada en Guaynarima á 17 de agosto de 1548, y firmada simplemente el licenciado Gasca (1).

En seguida el arzobispo leyó el papel que contenia las recompensas concedidas por el presidente. La renta anual de las haciendas que iban á distribuirse ascendia á ciento treinta y cinco mil pesos ensayados (2), cantidad considerable si se atiende al valor de la moneda en aquella época; pero no para el Perú, donde el dinero era el objeto que menos valia (3).

Los repartimientos variaban en valor desde ciento á tres mil quinientos pesos de renta anual; y todos estaban al parecer graduados con la mayor precision segun el mérito de las partes. El número de pensionados fue de unos doscientos cincuenta, porque para dar á todos no habia, ni los servicios de la mayor parte eran dignos de semejante muestra de consideracion (4).

Este documento produjo el efecto previsto por Gasca en aquella gente que habia concebido las esperanzas mas exageradas; y fue recibido con un murmullo general de desaprobacion. Aun los que ganaban por él mas de lo que habian esperado quedaron descontentos, comparando su situacion con la de sus compañeros, á quienes juzgaban mejor remunerados en proporcion á sus méritos. Irritóles principalmente la preferencia dada á los antiguos partidarios de Gonzalo Pizarro, como Hinojosa, Centeno y Aldana, sobre los que habian permanecido siempre fieles á la corona. Algun fundamento habia para esta preferencia, porque ninguno habia prestado servicios tan importantes para sofocar la rebelion, y estos servicios eran los que Gasca se habia propuesto premiar. Dar recompensa, simplemente por su lealtad, á todos y cada uno de los que se habian mostrado leales, habria sido dividir el donativo en fracciones tan pequeñas que apenas hubieran servido de provecho á ninguno (5).

Sin embargo, en vano el arzobispo, secundado por algunos de los principales caballeros, trató de infundir mas conformidad en la multitud. Esta insistió en que se anulase el acta de reparticion y se formara otra sobre bases mas equitativas, amenazando con que si el presidente no les hacia justicia ellos se la tomarian por sus manos. El descontento, fomentado por algunas personas malévolas que pensaban medrar con él, llegó á punto de convertirse casi en motin, y no se apaciguó hasta que el comandante de la fuerza del Cuzco sentenció á uno de los alborotadores principales á muerte y desterró á otros muchos. Los férreos soldados de la conquista necesitaban una mano de hierro para dirigirlos.

Entre tanto el presidente habia continuado su viaje á Lima, siendo recibido en todas partes por el pueblo con un entusiasmo tanto mas grato á su corazon, cuanto que estaba seguro de haberlo merecido. Al acercarse á la capital los leales habitantes le prepararon una magnífica recepcion. Todo el pueblo salió á su encuentro fuera de puertas precedido de las autoridades, con Aldana, como corregidor, á la cabeza. Gasca iba montado en una mula y vestido con sus hábitos de eclesiástico. A su derecha, y sobre un caballo ricamente enjaezado, iba el sello real en una caja con curiosos engastes y ricos adornos. Los individuos del ayuntamiento sostenian sobre su cabeza un brillante pálio de brocado, y ellos iban descubiertos y vestidos de terciopelo carmesí. Alegres cuadrillas de danzantes vestidos con fantásticos trajes de seda de vistosos colores seguian la procesion esparciendo flores y cantando versos en honor del presidente. Cada cuadrilla representaba una de las diferentes ciudades de la colonia, y todos llevaban leyendas ó motes en verso en los sombreros, ponderando su lealtad á la corona, y mostrando (en honor de la verdad debe decirse) mucha mas lealtad en su composicion que mérito poético (6). De este modo, sin toque de tambores, ni ruido de artilleria, ni aparato alguno guerrero, hizo el buen presidente su pacífica entrada en la ciudad de Los Reyes, saludado por las aclamaciones del pueblo que le llamaba Padre Restaurador y Pacificador del pais (7).

(1) MS. de Caravantes.—Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. IX.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCII.

(2) El peso ensayado, segun Garcilasso, valia un quinto mas que el ducado castellano. Com. Real, parte II, lib. VI, cap. III.

(3) «Entre los cavalleros capitanes y soldados que le ayudaron en esta ocasion repartió el presidente Pedro de la Gasca 135,000 pesos ensayados de renta que estaban vacos, y no un millon y tantos mil pesos como dize Diego Fernandez, que escrivió en Palencia estas alteraciones, y de quien lo tomó Antonio de Herrera: y porque esta ocasion fue la segunda en que los beneméritos del Pirú fundan con razon los servicios de sus pasados, porque mediante esta batalla aseguró la corona de Castilla las provincias mas ricas que tiene en América, pondré sus nombres para que se conserbe con certeza su memoria como parece en el auto original que proveyó en el asiento de Guainarima cerca de la ciudad del Cuzco en diez y siete de agosto de 1548, que está en los archivos del govierno.» MS. de Caravantes.

La suma mencionada en el testo es mucho menor de la que citan Garcilasso, Fernandez, Zárate y todos los demas escritores; ninguno de los cuales la hace bajar de un millon de pesos. Pero Caravantes, de quien he tomado esta noticia, copia el acta original de reparticion que se conservó en los archivos reales. Sin embargo, Garcilasso de la Vega debia estar bien informado del valor de estos repartimientos, que segun él, escedian con mucho á la cantidad en que les tasaba el acta. Así, por ejemplo, dice, que Hinojosa obtuvo por su parte de tierras y ricas minas de Gonzalo Pizarro que se le asignaron, una renta anual que no bajó de doscientos mil pesos, al paso que Aldana, el licenciado Carbajal y otros no sacaron de sus estados mas que de diez mil á cincuenta mil pesos anuales. (Ibid., ubi supra.) Es imposible conciliar estas monstruosas discrepancias. No ha habido cantidad escesiva para la credulidad del antiguo cronista, y la imaginacion del lector queda tan aturdida con las riquezas de este Dorado que es difícil ajustar su fé á ninguna escala de probabilidades.

(4) Caravantes traslada del acta original un catálogo completo de pensionados con las rentas asignadas de cada uno.

(5) El presidente halló un medio ingenioso de remunerar á muchos de sus partidarios, que fue casarlos con las viudas de los caballeros ricos que habian muerto en la guerra. En este arreglo político no parece que se consultase la inclinacion de las interesadas. Véase Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. VI, cap. III.

(6) Fernandez ha recogido estas flores de poesía colonial, que prueban que los conquistadores eran mas diestros en la espada que en la pluma. Hist. de Perú, parte I, lib. II, capítulo XCIII.

(7) «Fue recibimiento mui solemne con universal alegría del pueblo, por verse libre de tiranos; i toda la gente á voces bendecia al Presidente i le llamaban Padre, Restaurador i Pacificador, dando gracias á Dios por haver vengado las injurias hechas á su Divina Magestad.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVII.

Mas por grato que le fuese este homenaje, no era Gasca hombre que gastaba el tiempo en inútiles vanidades. Pensó desde luego en los medios de destruir los gérmenes de desórden que con tanta facilidad brotaban en aquel fructífero suelo, y de asentar la autoridad del gobierno sobre una base permanente. En virtud de su empleo presidia la audiencia, que era el gran tribunal judicial y aun ejecutivo de la colonia; dedicóse, pues, con empeño á despachar los muchos negocios que se habian acumulado durante los últimes disturbios. El desarreglo en que se hallaba la propiedad daba abundante motivo para litigios; mas afortunadamente la nueva audiencia se componia de jueces rectos y entendidos que trabajaron con diligencia cooperando con su presidente á remediar el daño causado por el mal gobierno de sus predecesores.

Tampoco abandonó Gasca á los indios, antes bien se ocupó con sumo cuidado en resolver este difícil problema: cuál era el medio mejor, mas adecuado y practicable para mejorar su condicion. Envió varios comisionados en clase de visitadores á los diversos puntos del pais para inspeccionar las encomiendas y averiguar el trato que se daba á los indios, conferenciando no solo con los propietarios sino con los mismos naturales. Debian tambien examinar la naturaleza y estension de los tributos que pagaban en los primitivos tiempos como vasallos de los Incas (1).

De este modo se obtuvo una gran copia de datos, que puso á Gasca en situacion de plantear, con el auxilio de una junta de eclesiásticos y jurisconsultos, un sistema uniforme de contribuciones para los indios, mas ligero aun del que pesaba sobre ellos en tiempo de los príncipes peruanos. De buena gana habria el presidente relevado á las razas conquistadas de las obligaciones del servicio personal; pero considerando el asunto maduramente, juzgó esta medida impracticable en el estado en que se hallaba el pais, pues los colonos, especialmente en las regiones tropicales, tenian necesidad de valerse de los indios para los trabajos, y los indios, segun la esperiencia habia demostrado, no trabajaban nunca como no se les obligase á ello. Limitó sin embargo el servicio de modo que no podia exigirse sin gran precision, y así moderó considerablemente el tributo personal. A ningun peruano se le podia obligar á que pasase de un clima á que estaba acostumbrado á otro diferente: cambios que frecuentemente habian dado orígen á grandes perjuicios y enfermedades en los pasados tiempos. De este modo la condicion de los indios, aunque no llegó á ser tal como la deseaba la ardiente filantropía de Las Casas, se mejoró mucho mas de lo que era compatible con las codiciosas exigencias de los colonos; y fue necesaria toda la firmeza de la audiencia para llevar á efecto disposiciones tan desagradables para estos últimos. Mas al fin se cumplieron: la esclavitud, en el sentido mas odioso de esta palabra, no fue tolerada ya en el Perú: la palabra «esclavo» no fue reconocida como compatible con las instituciones, y el historiador de las Indias se jacta orgullosamente de que todos los vasallos indios podian aspirar á la categoría de hombres libres (2).

Ademas de estas reformas, Gasca introdujo muchas en el gobierno municipal de las ciudades, y otras aun mas importantes, en el manejo de los fondos públicos y en el modo de llevar las cuentas. Con estos y otros cambios en la economía interior de la colonia asentó la administracion sobre una nueva base, y facilitó en gran manera á sus sucesores el camino para constituir un gobierno mas sólido y ordenado. Como medida final para asegurar el reposo del pais despues de su marcha, envió á algunos de los caballeros mas ambiciosos á espediciones distantes, confiando en que allí podrian dar rienda suelta á su espíritu inquieto y turbulento sin perjuicio de la tranquilidad de la colonia así como á veces las nieblas que se han desvanecido con la influencia del sol se condensan y forman tempestad cuando el sol se pone (3).

Gasca habia permanecido ya mas de quince meses en Lima, y cerca de tres años habian trascurrido desde su entrada en el Perú. En este tiempo habia llevado á cabo el grande objeto de su mision. Al desembarcar halló la colonia en estado de anarquía, ó mas bien de rebelion organizada bajo la direccion de un gefe poderoso y popular. Sin fondos ni fuerza armada que le auxiliase, se proporcionó los primeros por el crédito que logró granjearse, y la segunda por medio de persuasivos argumentos dirigidos á las personas á quienes su rival la habia encomendado. Así volvió las armas de su rival contra él mismo. Apelando con paciencia y perseverancia á la razon, cambió los sentimientos del pueblo, y sin derramar una gota de sangre leal, sofocó una rebelion que amenazaba á España con la pérdida de la mas rica de sus provincias. Castigó á los criminales, y con sus despojos halló medio de premiar á los fieles. Fomentó los recursos del pais de modo que pudo pagar el grande empréstito que habia negociado con los comerciantes de la colonia para los gastos de la guerra y que pasaba de nuevecientos mil pesos de oro (4). Ademas con su economía ahorró millon y medio de ducados para el gobierno que hacia algunos años no recibia nada del Perú, y se propuso llevar á España este aceptable tesoro para aumentar el caudal de las arcas reales (5). Todo esto lo hizo sin coste, comision, salario ni descuento alguno para la corona, salvo el de su frugal mantenimiento (6). El pais se hallaba tranquilo; Gasca habia terminado su obra, y podia ya satisfacer el natural deseo de volver á su patria.

Antes de su partida arregló la distribucion de aquellos repartimientos que durante el año anterior habian vuelto á la corona por muerte de sus poseedores. La vida era corta en el Perú, pues los que vivian por la espada, si por ella no morian, eran con frecuencia víctimas de los penosos incidentes de su

(1) «El Presidente Gasca mandó visitar todas las provincias y repartimientos deste reyno, nombrando para ello personas de autoridad, y de quien se tenia entendido que tenian conoscimiento de las tierras que se les encargavan, que ha de ser la principal calidad que se ha de buscar en la persona á quien se comete semejante negocio despues que sea cristiano; lo segundo se les dió instruccion de lo que haian de averiguar que fueron muchas cosas: el número, las haciendas, los tratos y grangerias, la cantidad de la gente y de sus tierras y comarcas y lo que davan de tributo.» Ordegardo, Rel prim., MS.

(2) «El presidente i el audiencia dieron tales órdenes; que este negocio se asentó de manera que para adelante no se platicó mas este nombre de esclavos, si no que la libertad fue general por todo el reino.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. V, cap. VII.

(3) MS. de Caravantes. —Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXVII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. XCIII—XCV.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. X.

(4) «Recogió tanta suma de dinero, que pagó novecientos mil pesos de oro que se halló haver gastado desde el dia que entró en Panamá hasta que se acabó la guerra, los quales tomó prestados.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, libro V, cap. VII.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VII, cap. X.

(5) «Aviendo pagado el Presidente las costas de la guerra, que fueron muchas, remitió á S. M. y lo llevó consigo 264,422 marcos de plata que á seis ducados, valieron 1.686,532 ducados.» MS. de Caravantes.

(6) «No tubo ni quiso salario el Presidente Gasca sino cédula para que á un mayordomo suyo diesen los oficiales reales lo necesario de la real hacienda, que como parece de los quadernos de su gasto fue muy moderado.» (MS. de Caravantes.) Gasca parece que fue muy esacto en llevar la cuenta de sus gastos personales desde el tiempo en que se embarcó para la colonia.

carrera de aventuras. Muchos fueron los pretendientes para esta nueva bondad del gobierno y entre ellos algunos de los que habian quedado descontentos en la primera reparticion. Gasca se vió asaltado de solicitudes y aun de reconvenciones hechas en lenguaje no muy respetuoso; pero estas no podian turbar su igualdad de ánimo. Escuchaba con paciencia y respondia á todos en el suave y apacible tono mas á propósito para calmar sus pasiones; «en lo cual, dice un antiguo escritor (1), hizo mas que vencer y ganar todo aquel imperio, que fue vencerse á sí propio.»

Un incidente ocurrió la víspera de su partida, patético en sí mismo y honroso para los que en él tuvieron parte. Los caciques indios de las cercanías, agradecidos á los grandes beneficios que habia hecho á su pueblo, le ofrecieron una gran cantidad de plata, como muestra de reconocimiento. Pero Gasca se negó á recibirla, aunque al hacerlo dió un gran sentimiento á los peruanos que temieron haberle desagradado involuntariamente.

Muchos de los principales colonos, tambien con el deseo de mostrarle su gratitud, le enviaron, despues de embarcado, un magnífico donativo de cincuenta mil castellanos de oro, diciéndole que habiendo ya salido del Perú no tenia motivo alguno para rehusar el presente. Pero Gasca estaba tan decidido entonces como antes á no aceptarlo, y respondió que habia ido al pais para servir al rey y asegurar la paz á los habitantes, y que ya que con el favor del cielo lo habia conseguido, no queria deshonrar su causa con un acto que pudiera dar orígen á que se sospechase de la pureza de sus intenciones. No obstante su negativa los colonos consiguieron poner secretamente á bordo del buque en que iba veinte mil castellanos de oro, con la idea de que una vez en España y terminada su mision se desvanecerian sus escrúpulos. Gasca aceptó en efecto el donativo pensando que seria ya un desaire á los colonos rehusarlo; pero luego que supo la residencia de los parientes de estos lo distribuyó entre los mas necesitados (2).

Arreglados ya sus asuntos encomendó el gobierno hasta la llegada de un virey á sus fieles colegas de la real audiencia; y en enero de 1550 se embarcó con el real tesoro y se dirigió con una escuadra á Panamá. Acompañáronle hasta la playa multitud de habitantes caballeros y pueblo, personas de todas edades y condiciones que salieron á ver por última vez á su bienhechor y siguieron con los ojos fijos en el buque hasta que desapareció.

Su viaje fue feliz, y á principios de marzo llegó á Panamá. Allí se detuvo solamente el tiempo necesario para reunir mulas y caballos que pudiesen llevar el tesoro por los montes, pues sabia que aquella parte del pais abundaba en gente feroz y codiciosa que sabiendo la riqueza que conducia podria cometer con él algun acto de violencia. Despues cruzó el fragoso istmo, y al cabo de una penosa marcha llegó sin novedad á Nombre de Dios.

Los sucesos justificaron sus temores; porque apenas hacia tres dias que habia salido de Panamá, una horda de bandidos, despues de haber asesinado al obispo de Goatemala, entró en aquel punto con el designio de matar á Gasca y apoderarse del tesoro. No bien supo esta noticia, con su habitual energía levantó fuerzas y se preparó á marchar en auxilio de la ciudad invadida. Pero la fortuna, ó por mejor decir la Providencia, le favoreció allí como en todas partes; y la víspera de su partida supo que los merodeadores habian sido alcanzados por los habitantes y derrotados con gran pérdida. Disolvió, pues, sus tropas y armó una flota de diez y nueve buques para trasladarse con el tesoro á España, adonde llegó con felicidad, entrando en Sevilla al cabo de poco mas de cuatro años de su salida del mismo puerto (3).

Grande fue la sensacion que causó en todo el pais su llegada. Apenas se podia creer que en tan corto plazo se hubieran conseguido resultados tan importantes por un solo hombre, por un pobre eclesiástico, que, sin auxilio del gobierno, y por decirlo así, con su sola fuerza, habia sofocado una rebelion que por tanto tiempo habia desafiado las armas de España.

El emperador se hallaba en Flandes. Mucha satisfaccion le causó la noticia del éxito completo de la mision de Gasca, y no menor la llegada del tesoro que aquel traia consigo, porque las cajas reales, que raras veces rebosaban, se hallaban entonces exhaustas á consecuencia de los recientes disturbios de Alemania. Cárlos escribió inmediatamente al presidente mandándole que se presentase en la córte para saber de sus propios lábios los resultados de su espedicion. Gasca, en consecuencia, seguido de numeroso séquito de nobles y caballeros (porque ¿quién no rinde homenaje á aquel á quien el rey se complace en honrar?) se embarcó en Barcelona, y despues de un viaje favorable llegó á Flandes y se presentó en la córte.

El soberano, que apreciaba en todo su valor sus servicios, le recibió del modo mas lisonjero para él, y poco despues le elevó á la silla episcopal de Palencia, recompensa la mas adecuada á su carácter y servicios. Allí permaneció hasta 1561, en que fue promovido á la vacante de Sigüenza. El resto de sus dias los pasó pacíficamente en el cumplimiento de sus funciones episcopales honrado por su rey y gozando de la admiracion y respeto de sus compatriotas (4).

En su retiro fue todavía consultado por el gobierno en materias de importancia relativas á las Indias. Renováronse los desórdenes de aquel infeliz pais, aunque en escala mucho menor, poco despues de la partida del presidente, causados por el descontento que habian producido los repartimientos y por la constancia de la audiencia en llevar á cabo las restricciones relativas al servicio personal de los indios. Pero estos desórdenes se apaciguaron al cabo de muy pocos años bajo el sábio gobierno de los Mendozas, dos vireyes sucesivos de esta ilustre casa que ha dado tantos hijos útiles á España, y que continuaron la templada, pero resuelta política de que Gasca habia dado el ejemplo. Curáronse luego de un modo permanente las antiguas llagas del pais; y la paz y la prosperidad devueltas al Perú, unidas á la conviccion de los beneficios que habian producido sus tareas, debieron llenar de satisfaccion, como llenaron de gloria, los últimos años de la vida del presidente.

Gasca murió en Valladolid, á últimos de noviembre de 1567, en una edad que probablemente no pasaba del término que el escritor sagrado fija á la existencia humana (5). Fue enterrado en la iglesia de Santa María Magdalena, que habia hecho construir y dotado libremente. Su monumento, coronado por una efigie que le representa en hábito sacerdotal, existe todavía en el mismo sitio, donde atrae la admiracion del viajero por la belleza de su ejecucion.

(1) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. VI, cap. VII.

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo XCV.

(3) MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXIII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte II, libro I, cap. X, Conq. del Perú, lib. VII, cap. XIII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. VI, cap. XVII.

(4) Ibid., ubi supra.—MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VIII.

(5) No he podido encontrar relacion alguna que diga en qué año nació Gasca; pero en una inscripcion puesta sobre su retrato en la sacristía de la iglesia de la Magdalena en Valladolid, se lee que murió en 1567 á la edad de sesenta y un años. Esto está perfectamente de acuerdo con la edad que podria tener cuando estudiaba en Salamanca en 1522.

Sobre la tumba, como trofeos de su memorable espedicion al Perú, se pusieron las banderas que tomó á Gonzalo Pizarro en el campo de Xaquixaguana (1). Las banderas se han convertido despues en polvo con los restos del que dormia debajo de ellas; pero la memoria de sus actos durará eternamente (2).

Gasca tenia aspecto vulgar y figura no muy agradable. Era feo y desproporcionado; sus piernas eran demasiado largas para su cuerpo: así cuando montaba á caballo parecia tener una estatura mucho mas corta de la que realmente tenia (3). Su traje era humilde, sus maneras sencillas y su presencia nada imponente; pero tratado mas de cerca, su conversacion tenia un encanto que borraba toda impresion desfavorable y ganaba el corazon de su auditorio.

Su carácter está ya suficientemente delineado en la historia que hemos dado de su vida. Presentaba una combinacion de cualidades que por lo general se neutralizan mútuamente, pero que en él estaban mezcladas en tal proporcion que aumentaban su energía. Era amable, pero resuelto; intrépido por naturaleza, pero mas aficionado á emplear el arte de la política que el de la guerra; frugal en sus gastos personales y económico en los públicos; pero poco amigo de adquirir riquezas para sí, y de liberalidad inagotable cuando el bien general lo exigia; benévolo y compasivo, aunque severo con el culpado impenitente; humilde en su aspecto, pero con esa dósis de amor propio que nace de la rectitud de las intenciones; modesto y sin pretensiones, pero incapaz de retroceder ante las mas dificultosas empresas; deferente con los demas, sin dejar de confiar principalmente en sí propio; reflexivo en sus movimientos, paciente para aguardar la ocasion, pero cuando esta se presentaba, atrevido, pronto y enérgico.

No era hombre de genio en el sentido que vulgarmente se da á esta palabra. A lo menos no parece que ninguna de sus facultades intelectuales tuviese un estraordinario desarrollo mayor que el que se encuentra en los demas hombres. No era gran escritor, ni gran orador, ni gran general, ni pretendia serlo. Encomendó el cuidado de los negocios de la guerra á los militares, el de los negocios de la iglesia á los eclesiásticos, y el de los negocios civiles y judiciales á los individuos de la audiencia. Pero tenia un profundo conocimiento de los caractéres, y cualquiera que fuese el empleo, siempre le proveia en el mas apto. Hizo mas: supo asegurarse la fidelidad de sus agentes; presidió á sus deliberaciones, dictó la línea general de política que debian seguir é infundió en ellos un espíritu de unidad en sus planes que les hizo cooperar al cumplimiento del gran objeto que se habia propuesto.

Una de las cualidades mas notables en su carácter era la sensatez, que es la que mejor puede suplir al genio, siendo al mismo tiempo mas indispensable que el genio mismo en un hombre que tiene en sus manos la suerte de sus semejantes. En Gasca las diversas cualidades estaban combinadas con tal armonía que no habia lugar para el esceso. Parecia que las unas arreglaban los movimientos de las otras. Al paso que su humanidad le decia cuáles eran las necesidades de sus semejantes, la razon le enseñaba hasta qué punto podian satisfacerse y el medio mejor de efectuarlo. No gastaba su fuerza en planes ilusorios de filantropía como Las Casas, pero tampoco tenia en cuenta la política egoista de los colonos. Aspiraba al mayor bien, pero al mayor bien practicable.

Para conseguir su objeto rechazó igualmente los medios violentos y el fraude. Confió en la fuerza de la persuasion, y el orígen de su poder fue la confianza que llegó á inspirar su integridad. Entre las calumnias que hacen circular los partidos, ninguna imputacion se dirijió á la integridad de Gasca (4). No es maravilla que virtud tan rara fuese tan estimada en el Perú.

Hay hombres cuyo carácter es tan á propósito para las crísis particulares en que se presentan, que parecen especialmente designados por la Providencia para dominarlas. Tales fueron Washington en los Estados Unidos y Gasca en el Perú. Podemos concebir que haya hombres de cualidades mas altas á lo menos en la parte intelectual. Pero la maravillosa conformidad de su carácter con las exigencias de su situacion; la perfecta habilidad con que supieron elegir los medios mas conducentes para conseguir el fin que se proponian son las que constituyen el secreto de sus triunfos. Ellas hicieron á Gasca sofocar gloriosamente la revolucion, y á Washington, aun mas gloriosamente, llevarla á cabo.

La conducta de Gasca, cuando llegó á las colonias, da la idea mas esacta de su carácter. Si hubiese llegado con aparato militar ú ostentando autoridad, todos los corazones y todas las manos se le habrian cerrado. Pero el humilde eclesiástico no escitó temores, y sus enemigos quedaron ya desarmados antes de que hubiera empezado á marchar contra ellos. Si Gasca, impaciente con la obstinacion de Hinojosa, hubiera dado oidos á las sugestiones de los que le aconsejaban su captura, habria puesto su causa en peligro por esta prematura ostentacion de violencia; pero prefirió sábiamente ganarse el apoyo de su enemigo por medio de la persuasion.

De la misma manera supo aguardar la ocasion oportuna para hacer su entrada en el Perú. Esperó á que sus comunicaciones hubiesen producido efecto en el ánimo del pueblo, y cuidó de no introducir la hoz en el campo hasta que el grano estuviese maduro. De este modo adonde quiera que fué halló todo preparado para su llegada, y cuando puso el pie en el Perú, el pais era ya suyo.

Ocupados hasta ahora con caractéres de hombres ignorantes y turbulentos, es satisfactorio insistir en la pintura de uno como el de Gasca. En la larga procesion que ha pasado ante nuestros ojos, solo hemos visto al caballero forrado de hierro, blandiendo su sangrienta lanza, montado en su caballo de batalla y destrozando indios ó combatiendo contra sus amigos y hermanos; fiero, arrogante, cruel, escitado por la sed del oro ó por el deseo, poco mas honroso, de una bastarda gloria. Mezcladas con estas cualidades

(1) «Murió en Valladolid, donde mandó enterrar su cuerpo en la iglesia de la advocacion de la Magdalena, que hizo edificar en aquella ciudad, donde se pusieron las banderas que ganó á Gonzalo Pizarro.» MS. de Caravantes.

(2) La memoria de sus hechos no ha quedado enteramente al cuidado del historiador. No hace mucho tiempo que el carácter y administracion de Gasca fueron objeto de un elocuente panegírico, pronunciado por uno de los mas distinguidos individuos del parlamento ingles. (Véase el discurso de lord Brougham sobre el mal trato de las colonias norte-americanas, febrero 1838.) El ilustrado español moderno que contemple con dolor los escesos cometidos por sus compatriotas en el siglo XVI en el Nuevo Mundo, puede sentir un honrado orgullo al ver que entre hombres de tan ciego espíritu se hallaba uno en quien la generacion actual se puede fijar con complacencia como en el modelo mas brillante de la integridad y de la sabiduría.

(3) «Era muy pequeño de cuerpo con estraña hechura, que de la cintura abajo tenia tanto cuerpo como cualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenia vna tercia. Andando á cauallo parescia aun mas pequeño de lo que era, porque todo era piernas: de rostro era muy feo; pero lo que la naturaleza le negó de las dotes del cuerpo se lo dobló en las del ánimo. Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo II.

(4) «Fue tan recatado y estremado en esta virtud, que puesto que de muchos quedó mal quisto quando del Perú se partió para España por el repartimiento que hizo; con todo esso jamas nadie dijo del ni sospechó que en esto ni en otra cosa se vuiese mouido por codicia.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCV.

hemos visto tambien centellas de aquel carácter caballeresco y romántico de los siglos heróicos de España; pero con algunas escepciones honrosas era la escoria de los caballeros españoles la que pasó al Perú á servir bajo la bandera de los Pizarros. Al fin de esta larga fila de acerados guerreros vemos á un pobre y humilde misionero llegando al pais para desempeñar una mision de misericordia y proclamando la paz en todas partes. No anuncia su llegada la trompa guerrera, ni los lamentos de los heridos y moribundos marcan sus huellas. Los medios que emplea están en perfecta armonía con el fin á que aspira: sus armas son los argumentos y la suave persuasion; es la razon á la que quiere vencer, no al cuerpo: adelanta en su camino por medio de la conviccion, no por la violencia: es una victoria moral la que quiere mas poderosa, y por fortuna mas sólida que la que consigue el sangriento conquistador; y al alcanzar tranquila é imperceptiblemente, digámoslo así, estos grandes resultados, nos recuerda la manera pausada é insensible con que la naturaleza efectúa sus grandes cambios en el mundo material, cambios que subsisten cuando la furia del huracan ha pasado y se han olvidado ya sus estragos.

Con la mision de Gasca termina la historia de la conquista del Perú. La conquista en realidad finaliza cuando sofocada la insurreccion peruana, la fuerza, si no el espíritu de la raza india, queda aniquilada para siempre. Pero el lector debia tener una curiosidad natural de seguir hasta el fin la suerte de la notable familia que conquistó el pais. Ni la historia de la invasion seria completa, sin una noticia de las guerras civiles á que dió orígen; la cual sirve ademas de comentario moral á los acontecimientos precedentes, mostrando que tarde ó temprano, y aun en esta vida las consecuencias de la satisfaccion de pasiones fieras y desenfrenadas vienen á caer sobre la cabeza del criminal.

Verdad es que á la partida de Gasca se renovaron los desórdenes del pais. Las aguas habian estado demasiado agitadas para sosegarse de repente; pero fueron gradualmente calmándose bajo la templada administracion de sus sucesores, que supieron como cuerdos aprovecharse de su política y ejemplo. Así la influencia del digno presidente duró aun despues de haberse él retirado de la escena de sus tareas, y el Perú, hasta entonces tan alterado, continuó gozando del mismo reposo que gozaban las demas provincias del imperio colonial de España. Con la mision de Gasca, pues, el historiador de la conquista se permite dar por terminada su obra, como el viajero que, habiendo recorrido largo tiempo horribles bosques y peligrosos desfiladeros sale al fin á una hermosa llanura que presenta el risueño aspecto de la tranquilidad y de la paz.

Agustin de Zárate, autoridad respetable y muchas veces citada en la última parte de esta obra, era *contador de Mercedes* en Castilla. Ocupó este empleo por espacio de quince años, al cabo de los cuales fue enviado al Perú para examinar el estado de la hacienda colonial, desorganizada á consecuencia de los recientes disturbios, é introducir en ella el órden posible.

Zárate salió, pues, con el séquito del virey Blasco Nuñez y por las pasiones imprudentes de este se encontró muy luego encerrado en el laberinto de las discordias civiles. En la guerra que siguió á la llegada del virey permaneció con la audiencia, y al acercarse Gonzalo Pizarro á Lima, le encontramos en aquella capital de donde salió comisionado por los jueces para intimar al gefe insurgente que disolviese sus tropas y volviese á sus estados. El historiador ejecutó esta comision, que parece no le agradó mucho y que no dejaba de ser arriesgada. Desde entonces raras veces hallamos su nombre entre los actores de las agitadas escenas que siguieron. Probablemente no tomó mas parte en los sucesos que la que indispensablemente exigian sus circunstancias; pero sus observaciones desfavorables á Gonzalo Pizarro, indican que aunque desaprobó la conducta del virey, estuvo muy lejos de aprobar la criminal ambicion de su rival. Los tiempos eran ciertamente poco propicios para la ejecucion de las reformas que Zárate habia llevado encargo de plantear en el Perú. Pero mostró tanto celo por los intereses de la corona, que el emperador á su vuelta le dió una prueba de su satisfaccion nombrándole superintendente de la hacienda en Flandes.

Poco despues de su llegada al Perú parece que fue cuando concibió la idea de informar á sus compatriotas de los estraordinarios sucesos que pasaban en la colonia, sucesos que ademas presentaban notables pasajes al estudio del historiador. Aunque recogió notas y diarios, segun nos dice, para este fin, no se atrevió á aprovecharse de ellos hasta su vuelta á Castilla; porque « haber empezado, dice, la historia en el Perú, habria sido lo bastante para poner mi vida en peligro; porque cierto capitan llamado Francisco de Carbajal amenazaba que se vengaria del que fuese bastante temerario para intentar la relacion de sus hazañas, las cuales mas que recordarse y escribirse merecian condenarse á eterno olvido.» En este capitan el lector reconocerá fácilmente al veterano maestre de campo de Gonzalo.

A su vuelta á España Zárate se ocupó en componer su obra. Primero pensó limitarse á referir los acontecimientos que siguieron á la llegada de Blasco Nuñez, pero pronto conoció que para que estos fuesen inteligibles tenia que remontarse hasta se orígen. Estendió por tanto mas su plan y empezando por el descubrimiento del Perú, presentó un cuadro completo de la conquista y subsiguiente ocupacion del pais, y terminó su narracion con la mision de Gasca. Para la primera parte de su historia se refirió á las relaciones de los que figuraron mas principalmente en los sucesos, siendo mas breve al contar estos que al referir aquellos de que fue á un tiempo actor y espectador, y en los cuales, consideradas las ventajas de su posicion para adquirir informes, su testimonio es del mayor valor.

Alcedo en su *Biblioteca Americana* dice que «la obra de Zárate contiene mucho bueno, pero que no merece el dictado de esacta.» Escribió en efecto bajo la influencia del espíritu de partido que necesariamente separa un tanto á los mejores ánimos de sus naturales inclinaciones; y esto debemos tenerlo en cuenta al leer su narracion. Pero no aparece en ella intencion alguna de desfigurar la verdad por favorecer su causa, y la proporcion que tenia para beber en las mejores fuentes hace que se encuentren en su obra pormenores que no pudieron adquirir otros cronistas. Hállase ademas su relacion sazonada con reflexiones y comentarios regulares que ilustran algunos pasajes oscuros de aquel período fecundo en acontecimientos. Sin embargo por su estilo no puede aspirar demasiado al lauro de la elegancia y de la correccion; al paso que sus sentencias llegan á tener á veces aquella estension fastidiosa é interminable que distingue las gárrulas composiciones de los cronistas medianos de los siglos antiguos.

Las personalidades en que necesariamente habia de incurrir en semejante obra hicieron desistir al autor de su publicacion, á lo menos durante su vida. «El celoso caballero castellano, dice, mira con indignacion la censura por mas leve que sea y aun la alabanza raras veces le parece bastante para lo que él merece.» Así manifiesta estar convencido de que obran sábiamente aquellos que conservan en manus-

critos las historias de su tiempo hasta que haya pasado la generacion cuya susceptibilidad puede afectarse con ellas. Su manuscrito, sin embargo, fue presentado al emperador y fue tan recomendado por el soberano, que Zárate, cobrando ánimo consintió en darlo á la prensa. Apareció, pues, en Amberes en 1555, en octavo, y 1577 se hizo en Sevilla una segunda edicion en folio. Despues ha sido incorporado en la preciosa coleccion de Barcia, y cualquiera que fuese la indignacion ó desagrado que escitase entre sus contemporáneos, ya porque se viesen censurados, ya porque no hallasen en sus páginas los elogios que creyeron merecer, es lo cierto que la obra de Zárate ocupa un lugar permanente entre las mas respetables autoridades para la historia de aquel tiempo.

El nombre de Zárate naturalmente recuerda el de Fernandez, porque ambos trabajaron en el mismo campo histórico. Diego Fernandez de Palencia, ó el *Palentino*, segun comunmente se le llamaba, pasó al Perú y sirvió como particular en el ejército real levantado para reprimir la insurreccion que estalló despues de la vuelta de Gasca á Castilla. Entre sus ocupaciones militares halló tiempo para recoger materiales para la historia de aquel período, para cuya composicion fue instado ademas por el virey Mendoza, marques de Cañete, que segun el mismo autor nos dice, le nombró cronista del Perú. Esta muestra de confianza en su capacidad literaria prueba mayores dotes en Fernandez de las que se infieren de la humilde posicion que ocupaba. Con el fruto de sus investigaciones el soldado cronista volvió á España, y al cabo de cierto tiempo completó su historia de la insurreccion de Giron.

El presidente del consejo de Indias vió el manuscrito y quedó tan complacido con su lectura que escitó al autor á que escribiese de la misma manera la historia de la rebelion de Gonzalo Pizarro y de la administracion de Gasca. El historiador fue ademas estimulado, segun dice en su dedicatoria á Felipe II, por la promesa de una recompensa de parte de este monarca cuando terminase sus trabajos; promesa muy conveniente y política, pero que inevitablemente sugiere la idea de una influencia no enteramente favorable á la severa imparcialidad histórica. Esta idea no está en efecto en desacuerdo con la verdad; porque al paso que la narracion de Fernandez presenta con estudio la causa del rey bajo el aspecto mas favorable, hace muy escasa justicia al opuesto bando. No era posible ciertamente que un escritor pensionado por la corona disculpase la rebelion; pero hay siempre circunstancias atenuantes que, aunque condenemos el crímen, pueden servir para mitigar nuestra indignacion contra los criminales; y estas circunstancias no se encuentran en las páginas de Fernandez. Es desgracia para el historiador de tales sucesos que sea tan difícil encontrar un escritor dispuesto á hacer justicia al rebelde vencido. El Inca Garcilasso, sin embargo, no se ha desdeñado de hacerla en el caso de Gonzalo Pizarro; y aun Gomara aunque vivia á la sombra, ó mas bien al sol de la córte, ha aventurado algunas veces una protesta generosa en su favor.

La comision dada á Fernandez le puso en disposicion de adquirir los mejores datos, á lo menos por la parte tocante al gobierno, pues ademas de la comunicacion personal que tuvo con los gefes realistas, pudo leer su correspondencia, diarios y comunicaciones oficiales. Aprovechóse bien de esta oportunidad, y su narracion, tomando la historia de la rebelion desde su orígen, continúa hasta su estincion final y hasta el término de la administracion de Gasca. Así la primera parte de su obra vino á terminar en el principio de la segunda, y el todo presentaba un cuadro completo de los disturbios del pais hasta que se introdujo un nuevo órden de cosas restableciéndose de un modo permanente la tranquilidad.

La diccion es bastante llana sin aspirar á bellezas retóricas fuera del alcance del autor, ni guardar el carácter sencillo de crónica. Las sentencias están arregladas con mas arte que en la mayor parte de las pesadas composiciones de aquel tiempo; y aunque no se adviertan pretensiones de erudicion ni de filosofía, la corriente de los sucesos sigue su curso de una manera ordenada, bastante prolija, es cierto, pero dejando una impresion clara é inteligible en el ánimo del lector. Ninguna historia de aquella época puede compararse con esta en la abundancia de pormenores; y á ella han acudido historiadores mas modernos como fuente inagotable para llenar sus páginas, circunstancia que es por sí sola bastante testimonio de la general fidelidad y de la copia de detalles de la narracion. La crónica de Fernandez, así arreglada en dos partes bajo el título de ***Historia del Perú***, fue dada á luz en vida del autor en Sevilla en 1571, en un tomo en folio que era el tamaño del manuscrito.

FIN.

APÉNDICES.

NÚM. I. — *Véase la pág.* 12.

Descripcion de los viajes de los Incas: estractada de la relacion de Sarmiento, MS.

(El manuscrito que ha sido copiado de la coleccion de Lord Kingsborough, se halla en la biblioteca del Escorial.)

Quando en tiempo de paz salian los Ingas á visitar su reyno, cuentan que iban por él con grand magestad, sentados en ricas andas armadas sobre unos palos lisos largos, de madera escelente, engastados en oro y argentería; y de las andas salian dos arcos altos hechos de oro, engastados en piedras preciosas. Caian unas mantas algo largas por todas las andas, de tal manera que las cubrian todas; y si no era queriendo el que iba dentro, no podia ser visto, ni alzaban las mantas si no era cuando entraba y salia, tanta era su estimacion; y para que le entrase aire y él pudiese ver el camino, havia en las mantas hechos algunos agujeros hechos por todas partes. En estas andas habia riqueza, y en algunas estaba esculpido el sol y la luna, y en otras unas culebras grandes ondadas y unos como bastones que las atravesaban. Esto trahian por encima por armas, y estas andas las llevaban en ombros de los señores, los mayores y mas principales del reyno, y aquel que mas con ellas andaba, aquel se tenia por mas onrado y por mas faborecido. En rededor de las andas, á la ila, iba la guardia del Rey con los arqueros y alabarderos, y delante iban cinco mil honderos, y detras venian otros tantos lanceros con sus capitanes, y por los lados del camino y por el mesmo camino iban corredores fides, descubriendo lo que habia, y avisando la ida del Señor, y acudia tanta gente por lo ver, que parecia que todos los cerros y laderas estaba lleno de ella, y todos le davan las vendiciones, alzando alaridos, y grita grande á su usanza, llamándole, *Ancha atunapo indichiri campa capalla apatuco pacha camba balla Yulley!* que en nuestra lengua dirá, «¡Muy grande y poderoso Señor, hijo del Sol, tú solo eres Señor! ¡todo el mundo te oya en verdad!» Y sin esto le decian otras cosas mas altas, tanto que poco faltaba para le adorar por Dios. Todo el camino iban Indios llimpiándolo, de tal manera que ni yerba ni piedra no parecia, sino todo limpio y barrido. Andaba cada dia cuatro leguas, ó lo que él queria. Paraba lo que era servido, para entender el estado de su reyno; oia alegremente á los que con quejas le venian, remediando, y castigando á quien hacia injusticias. Los que con ellos iban no se desmandaban á nada ni salian un paso del camino. Los naturales proveian á lo necesario, sin lo cual lo havia tan cumplido en los depósitos que sobraba; y ninguna cosa faltaba. Por donde iba salian muchos hombres y mujeres y muchachos á servir personalmente en lo que les era mandado, y para llebar las cargas: los de un pueblo las llebaban hasta otro, de donde los unos las tomaban y los otros las dejaban; y como era un dia y cuando mucho dos, no lo sentian, ni de ello recivian agravio ninguno. Pues yendo el Señor de esta manera, caminaba por su tierra el tiempo que le placia, viendo por sus ojos lo que pasaba, y proveyendo lo que entendia que convenia, que todo era cosas grandes é importantes; lo cual hecho, daba la buelta al Cuzco, principal ciudad de todo su imperio.

NÚM. II. — *Véase la pág.* 21.

Noticia del gran camino construido por los Incas en la llanura de Quito al Cuzco: estractada de la relacion de Sarmiento, MS.

Una de las cosas de que yo mas me admiré, contemplando y notando las cosas de estos reynos, fué pensar cómo y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y sovervios como por él vemos, y que fuerzas de hombres bastaran á lo hacer, y con qué herramientas y instrumentos pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hacerlos tan anchos y buenos como están; porque me parece que si el Emperador quisiese mandar hacer otro camino real como el que bá del Quito al Cuzco, ó sale del Cuzco para ir á Chile, ciertamente creo, con todo su poder, para ello no fuese poderoso ni fuerzas de hombres lo pudiesen hacer, sino fuese con la órden tan grande que para ello los ingas mandaron que hubiese: porque si fuera camino de cinquenta leguas, ó de ciento ó de doscientas, es de creer que aunque la tierra fuera mas áspera, no se tubiera en mucho con buena diligencia hacerlo; mas estos eran tan largos que havia alguno que tenia mas de mil y cien leguas, todo hecho por sierras tan grandes y espantosas que por algunas partes mirando abajo se quitaba la vistu, y algunas de estas sierras derechas y llenas de piedras, tanto que era menester cavar por las laderas en piedra viva para hacer el camino ancho y llano, todo lo cual hacian con fuego y con sus picos; por otros lugares havia subidas tan altas y ásperas, que haciendo entre medio de ellos algunos descansos anchos para el reposo de la gente; en otros lugares habia montones de nieve que eran mas de temer, y estos no en un lugar sino en muchas partes, y no así como quiera sino que no bá ponderado ni encarecido como ello es, ni como lo bemos, y por estas nieves, y por donde habia montañas de árboles y céspedes lo hacian llano y empedrado si menester fuese. Los que leyeren este libro y hubieren estado en el Perú, miren el camino que bá desde Lima á Xauxa por las sierras tan ásperas de Guayacoire y por las montañas nevadas de Pavacaca, y entenderán los que á ellos lo oyeren si es mas lo que ellos vieron que no lo que yo escribo.

NÚM. III. — *Véase la pág.* 25.

Politica que observaban los Incas en sus conquistas: noticia tomada de la relacion de Sarmiento, MS.

Una de las cosas que mas se tiene embidia á estos Señores, es entender quan bien supieron conquistar tan grandes tierras y ponerlas con su prudencia en tanta razon como los Españoles las hallaron quando por ellos fué descubierto este reyno, y de que esto sea asi muchas vezes me acuerdo yo estando en alguna provincia indómita fuera de estos reynos oir luego á los mesmos Españoles yo aseguro que si los Ingas anduvieran por aquí que otra cosa fuera esto, es decir no conquistaran los Ingas como lo otro que supieran servir y tributar, por manera que quanto á esto, conozida está la ventaja que nos hacen pues con su órden, las gentes vivian con ella y crecian en multiplicacion y de las provincias estériles hacian fértiles y abundantes en tanta manera y por tan galana órden

como se dirá, siempre procuraron de hacer por bien las cosas y no por mal en el comienzo de los negocios; despues algunos Ingas hicieron grandes castigos en muchas partes, pero antes todos afirman que fué grande con la benevolencia y amicicia que procuraban el atraer á su servicio estas gentes. Ellos salian del Cuzco con su gente y aparato de guerra y caminaban con grande concierto hasta cerca de donde havian de ir y querian conquistar, donde muy bastantemente se informaban del poder que tenian los enemigos, y de las ayudas que podrian tener, y de qué parte les podrian venir favores y por qué camino; y esto entendido por ellos, procuraban por las vias á ellos posibles estorvar que no fuesen socorridos ora con dones grandes que hacian, ora con resistencias que ponian, entendiendo, sin esto de mandar hacer sus fuertes, los cuales eran en cerro ó ladera hechos en ellos ciertas cercas altas y largas, con su puerta cada una, porque perdida la una pudiesen pasarse á la otra, y de la otra hasta lo mas alto; y embiaban esanchas de los confederados para marcar la tierra y ver los caminos y conocer del arte que estaban aguardando y por donde havia mas mantenimiento, sabiendo por el camino que havian de llevar y la órden con que havian de ir, embiábales mensajeros propios con los quales les embiaba á decir, que él los queria tener por parientes y aliados, por tanto que con buen ánimo y corazon alegre se saliesen á lo recevir y recevirlo en su provincia, para que en ella le sea dada la obediencia como en las demas, y porque lo hagan con voluntad, embiaba presentes á los Señores naturales, y con esto y con otras buenas maneras que tenia entraron en muchas tierras sin guerra, en las quales mandaban á la gente de guerra que con él iba que no hiciesen daño ni injuria ninguna ni robo ni fuerza. Y si en tal provincia no havia mantenimiento, mandaba que de otra parte se proveyese, porque á los nuebamente venidos á su servicio no les pareciese desde luego pesado su mando y conocimiento, y el conocerle y aborrecerle fuese en un tiempo; y si en alguna de estas provincias no havia ganado, mandaba luego que les diese por cuenta tantas mil cabezas, lo cual mandaban que mirasen mucho y con ello multiplicasen para proberse de lana para sus ropas, y que no fuesen osados de comer ni matar ninguna cria por los años y tiempos que les señalaba; y si havia ganado y tenian de otra cosa falta, era lo mismo; y si estaban en collados y arenales, bien les hacia entender con buenas palabras que hiciesen pueblos y casas en lo mas llano de las sierras y laderas; y como muchos no eran diestros en cultibar las tierras, abecabanles como lo habian de hacer, imponiéndoles en que supiesen sacar acequias y regar con ellas los campos: en todo los havian de proveer tan concertadamente, que cuando entraba por amistad alguno de los Ingas en provincias de estas, en brebe tiempo quedaba tal que parecia otra, y los naturales le daban la obediencia, consintiendo que sus delegados quedasen en ellos, y lo mismo los mitimaes; en otras muchas que entraron de guerra y por fuerza de armas, mandábase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el Señor, «Presto seran estos nuestros estos como los que ya lo son.» Como esto tenian conocido, procuraban que la guerra fuese la mas liviana que ser pudiese, no embargante que en muchos lugares se dieron grandes batallas, porque todavia los naturales de ellos querian conservarse en la livertad antigua sin perder sus costumbres y religion por tomar otras estrañas; mas durando la guerra siempre havian los Ingas lo mejor, y vencidos no los destruian de nuebo, antes mandaban restituir los presos si algunos havia y el despojo y ponerlos en posesion de sus haciendas y señorío, amonestándoles que no quieran ser locos en tener contra su persona real competencias ni dejar su amistad, antes querian ser sus amigos como lo son los comarcanos suyos; y diciéndoles esto, dábanles algunas mujeres hermosas y presas ricas de lana ó de metal de oro. Con estas dádivas y buenas palabras havia las voluntades de todos, de tal manera que sin ningun temor los huidos á los montes se bolvian á sus casas, y todos dejaban las armas, y el que mas veces veia al Inga se tenia por mas bien aventurado y dichoso. Los Señoríos nunca los tiraban á los naturales, á todos mandaban unos y otros que por Dios adorasen el Sol; sus demas religiones y costumbres no se las prohivian, pero mandabanles que se gobernaran por las leyes y costumbres que se gobernaban en el Cuzco, y que todos hablasen en la lengua general, y puesto governador por el Señor con guarniciones de gente de guerra, parten para lo de adelante. Y si estas provincias eran grandes luego se entendia en edificar un templo del Sol, y colocar las mugeres que ponian en los demas, y hacer palacios para los Señores, y cobraban por los tributos que havian de pagar sin llevarles nada demasiado ni agraviarles en cosa ninguna, encaminándoles en su policio y en que supiesen hacer edificios y traer ropas largas y vivir concertadamente en sus pueblos; á los quales si algo les faltaba de que tubiesen necesidad, eran provehidos y enseñados como lo havian de sembrar y beneficiar. De tal manera se hacia esto que sabemos en muchos lugares que no havia maiz, tenello despues sobrado, y en todo lo demas andaban como salvajes mal vestidos y descalzos, y desde que conocieron á estos Señores usaron de camisetas lares y mantas y las mugeres lo mismo y de otras buenas cosas, tanto que para siempre habra memoria de todo. Y en el collas y en otras partes mandó pasar mitimaes á la sierra de los Andes para que sembrasen maiz y coca y otras frutas y raizes de todos los pueblos la cantidad combeniente, los cuales con sus mugeres vivian siempre en aquella parte, donde sembraban y cojian tanto de lo que digo que se sentia poco la falta por traer mucho de estas partes y no haber pueblo ninguno por pequeño que fuese que no tubiese de estos mitimaes. Adelante trataremos quantas suertes havia de estos mitimaes, y hacian los unos y entendian los otros.

NÚM. IV. — *Véase la pág. 46.*

Estracto del testamento y última voluntad de Mancio Sierra Lejesema, MS.

(El siguiente es el preámbulo del testamento de un soldado de la conquista llamado Lejesema. Es una especie de confesion para descargar la conciencia del escritor que pensaba espiar sus pecados con este sincero aunque tardío tributo al mérito de los vencidos. Como la obra en que está es muy rara, he estractado todo el preámbuto.)

Verdadera confesion y protestacion en artículo de muerte hecha por uno de los primeros españoles conquistadores del Perú, nombrado Mancio Sierra Lejesema, con su testamento otorgado en la ciudad del Cuzco, el dia 15 de setiembre de 1589, ante Gerónimo Sanchez de Quesada, escribano público: la cual la trae el P. Fr. Antonio Calaucha, del órden de ermitaños de San Agustin, en la crónica de su religion en el libro I, capítulo XV, fol. 98, y es del tenor siguiente:—

«Primeramente antes de empezar dicho mi testamento, declaro que ha muchos que yo he deseado tener orden de advertir á la Catolica Magestad del Rey Don Felipe, nuestro Señor, viendo cuan Catolico y Cristianisimo es, y cuan zeloso del servicio de Dios nuestro Señor, por lo que toca al descargo de mi anima, á causa de haber sido yo mucho parte en descubrimiento, conquista y poblacion de estos reynos, cuando los quitamos á los que eran Señores Ingas y

los poseian, y regian como suyos propios, y los pusimos debajo de la corona real, corona, que entienda Su Magestad Catolica, que los dichos Ingas los tenian gobernados de tal manera, que en todos ellos no habia un ladron ni hombre vicioso, ni hombre holgazán, ni una muger adúltera ni mala; ni se permitia entre ellos ni gente de mal vivir en lo moral; que los hombres tenian sus ocupaciones honestas y provechosas; y que los montes y minas, pastos, caza y madera, y todo genero de aprovechamientos, estaba gobernado y repartido de suerte que cada uno conocia y tenia su hacienda sin que otro alguno se la ocupase ó tomase, ni sobre ello habian pleytos; y que las cosas de guerra, aunque eran muchas, no impedian á las del comercio, ni estas á las cosas de la labranza ó cultivar de las tierras, ni otra cosa alguna; y que en todo, desde lo mayor hasta lo mas menudo, tenia su órden y concierto con mucho acierto: y que los Ingas eran tenidos y obedecidos y respetados de sus subditos como gente muy capaz y de mucho gobierno, y que lo mismo eran sus gobernadores y capitanes; y que como en estos hallamos la fuerza y el mando y la resistencia para poderlos sugetar é oprimir al servicio de Dios nuestro Señor, y quitarles su tierra, y ponerla debajo de la real corona, fué necesario quitarles totalmente y mando y los bienes como se los quitamos á fuerza de armas: y que mediante haberlo permitido Dios nuestro Señor nos fué posible sugetar este reyno de tanta multitud de gente y riqueza y de Señores los hicimos siervos tan sujetos como se ve: y que entienda Su Magestad que el intento que me mueve á hacer esta relacion es por descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos destruido con nuestro mal exemplo gente de tanto gobierno como eran estos naturales, y tan quitados de cometer delitos ni escesos así hombres como mugeres, tanto por el Indio cien mil pesos de oro y plata en su casa, y otros indios dejaban abierta y puesta una escoba ó un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba alli su dueño, y con esto segun su costumbre no podia entrar nadie adentro, ni tomar cosa de las que alli habia; y cuando ellos vieron que nosotros poniamos puertas y llaves en nuestras casas, entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen, pero no porque creyesen que ninguno tomase ni hurtase á otro su hacienda; y así cuando vieron que habia entre nosotros ladrones y hombres que incitaban á pecado á sus mugeres y hijas, nos tubieron en poco; y han venido á tal rotura en ofensa de Dios estos naturales por el mal exemplo que les hemos dado en todo, que aquel estremo de no hacer cosa mala se ha convertido en que hoy ninguna ó pocas hacen buenas, y requieren remedio, y esto toca á su Magestad, para que descargue su conciencia, y se lo advierte, pues no soy parte para mas. Y con esto suplico á mi Dios me perdone; y mueveme á decirlo porque soy el postrero que muere de todos los descubridores y conquistadores, que como es notorio ya no hay ninguno, sino yo solo en este reyno, ni fuera de el, y con esto hago lo que puedo para descargo de mi conciencia.»

NÚM. V. — *Véase la pág.* 62.

Entrevista entre Almagro y Pedrarias en que este renuncia su parte de beneficios en el descubrimiento del Perú. Tomada de la Historia general de Oviedo, parte II, cap. XXIII.

En febrero de 1527 tuve algunas cuentas que ajustar con Pedrarias, y con este objeto fui muchas veces á su casa. Estando en ella un dia, entró Almagro y dijo: vuestra señoría sabe que ha contratado con Francisco Pizarro, con don Fernando de Luque el maestrescuela y conmigo el armar una espedicion para el descubrimiento del Perú. Pero nada ha contribuido vuestra señoría á la empresa, aunque nosotros hemos perdido en ella nuestra hacienda y crédito, porque hemos gastado ya cerca de quince mil *castellanos de oro*. Pizarro y los suyos se hallan ahora en grande apuro y necesitan provisiones y un refuerzo de gente esforzada. Si no se le envia pronto nos arruinaremos todos y no podrá llevarse á cabo nuestra gloriosa empresa de que justamente se esperan tan brillantes resultados. Se llevará cuenta exacta de los gastos para que cada uno participe de los productos del descubrimiento en proporcion de lo que hubiere puesto para él. Vuestra señoria está unido con nosotros en la empresa y no tiene derecho á hacernos perder el tiempo y arruinarnos; pero si quiere separarse de la compañía y romper el contrato, pague la parte que le corresponde en lo gastado y deje el asunto por nuestra cuenta.

A esta propuesta Pedrarias contestó indignado: Segun el tono de altivez que tomais cualquiera creería que mi poder ha concluido; pero ó yo he de perder el empleo que tengo ó vuestra insolencia será castigada. Me respondereis de las vidas de los cristianos que hán perecido por vuestra obstinacion y la de Pizarro. Ya vereis como se hace justicia para castigar todos estos disturbios y muertes, y esto antes de que salgais de Panamá.

Concedo, dijo Almagro, que hay un juez omnipotente, ante cuyo tribunal debemos presentarnos á dar cuenta de los vivos así como de los muertos; y yo no dejaré de hacerlo, pues he recibido de vuestra señoría una nota para enviarla inmediatamente á Pizarro, manifestando la gratitud con que S. M. el emperador mira nuestros servicios. Pague vuestra señoría si quiere gozar de los frutos de la empresa, ya que ni suda ni trabaja para alcanzarlos, ni ha dado siquiera la tercera parte de lo que prometió dar cuando se hizo el contrato, pues todos vuestros gastos no pasan de tres miserables pesos. Pero si preferis dejar nuestra compañía os perdonaremos la mitad de lo que nos debeis.

Pedrarias con amarga sonrisa contestó: No os arruinaria el darme cuatro mil pesos por renunciar mi parte.

Por adelantar tan feliz suceso, repuso Almagro, os perdonaremos toda la deuda, aunque es arruinarnos; pero ponemos nuestra fortuna en manos de Dios.

Aunque Pedrarias se encontraba así libre de una deuda que no bajaba de cuatro á cinco mil pesos no quedó satisfecho y preguntó: «¿Qué mas me dareis?»

Almagro disgustado dijo: Daré trescientos pesos, aunque juro á Dios que no tengo tal cantidad; pero la pediré prestada por librarme esta molestia.

«Me dareis dos mil.»

«Quinientos es lo mas que ofrezco.»

«Me dareis mil y tantos.»

«Sean mil pesos, gritó el capitan con furia, aunque no los tengo; pero ya encontraré quien me fie para el pago.»

Pedrarias se dió por satisfecho con este arreglo; y se firmó un contrato renunciando el gobernador su parte en los productos de la espedicion con la condicion de recibir mil pesos. Yo fuí uno de los testigos que firmaron este documento, por el cual Pedrarias renunció todos sus intereses en el Perú en Almagro y sus compañeros abandonando la empresa y perdiendo por su pequeñez de alma los ricos tesoros que como es bien sabido pudo adquirir en el imperio de los Incas.

NÚM. VI. — *Véase la pág.* 62.

Contrato entre Pizarro, Almagro y Luque: estractado de Montesinos, Annales MS. año de 1526.

(Este memorable documento entre tres aventureros para el descubrimiento y particion de un imperio se

encuentra íntegro en el manuscrito de Montesinos, obra que tiene mas mérito para la insercion de este y otros documentos que por sí propia. Este parece que forma un necesario apéndice á la historia de la conquista.)

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Santísima Vírgen nuestra Señora, hacemos esta compañía:—

Sepan cuantos esta carta de compañía viesen como yo don Fernando de Luque, clérigo presbítero, vicario de la santa iglesia de Panamá de una parte, y de la otra el capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos de esta ciudad de Panamá, decimos, que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía la cual sea firme y valedera para siempre jamas en esta manera:—Que por cuanto nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro tenemos licencia del Señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reynos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gentes y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menester; y vos el dicho don Fernando de Luque nos los dais porque esta compañía la hagamos por iguales partes: somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare, y poblare en los dichos reynos y provincias del Perú. Y por cuanto vos el dicho don Fernando de Luque nos disteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reyno del Perú, veinte mil pesos en barras de oro, y de á cuatrocientos y cincuenta maravedis el peso, los cuales nos recibimos luego en las dichas barras de oro que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doy fé, que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro y lo recibieron en mi presencia los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reyno que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de S. M. nos ha hecho, y las demas mercedes que nos hiciere y acrescentare S. M., y los de su consejo de las Indias de aquí adelante, para que de todo goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y mas ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer la dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reyno del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguna ventaja y parte mas de la que vos el dicho don Fernando de Luque llevaredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, así de los aprovechamientos que con nuestras personas tuvieremos y ventajas de las partes que nos cupieren en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubieremos y gozaremos y nos cupieren por cualquier via y forma que sea, así á mi el dicho capitan Francisco Pizarro como á mi Diego de Almagro, habeis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin defraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte, porque desde ahora en lo que Dios nuestro Señor nos diere, decimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y succesores, de quien en esta compañía sucediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos y le daremos cuenta de todo ello á vos, y á vuestros succesores, quieta y pacíficamente, sin llevar mas parte cada uno de nos que vos el dicho don Fernando de Luque y quien vuestro poder hubiere y le perteneciere; y así de cualquier dictado y estado de señorío perpetuo, ó por tiempo señalado que S. M. nos hiciere merced en el dicho reyno del Perú, así á mi el dicho capitan Francisco Pizarro, ó á mí el dicho Diego de Almagro, ó á cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que á cada uno de nos se nos diere y hiciere merced en cualquiera manera ó forma que sea en el dicho reyno del Perú por via de estado, ó renta, repartimiento de Indios, situaciones, vasallos, seais señor y goceis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adicion ni condicion ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oidos en juicio ni fuera dél, y nos damos por condenados en todo y por todo como en esta escriptura se contiene para lo pagar y que haya efecto. Y yo el dicho don Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista, del dicho reyno del Perú, á perdida ó ganancia, como Dios nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernacion y tierra he yo de gozar la tercera parte, y la otra tercera para el capitan Francisco Pizarro, y la otra tercera para Diego de Almagro, sin que el uno lleve mas que el otro, así de estado de señor, como de repartimiento de Indios perpetuos, como de tierras y solares y heredades, como de tesoros



y escondijos encubiertos, como de cualquier riqueza ó aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condicion que sea, que los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reyno del Perú, me habeis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho don Fernando de Luque de la

forma y manera que lo pide él y lo declara para que todos por iguales partes hayamos en todo y por todo, así de estados perpétuos que S. M. nos hiciese mercedes en vasallos ó Indios, ó en otras cualesquiera rentas, goce el derecho don Fernando de Luque, y haya la dicha tercia parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el dia que S. M. nos hiciere cualesquiera mercedes como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escriptura de compañía, y de todo lo en ella contenido, y que os acudirémos y pagarémos nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro á vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere y descubriere y nosotros hubiéremos por cualquier via y forma que sea; para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escriptura se contiene, juramos á Dios nuestro Señor y á los santos Evangelios donde mas largamente son escritos y estan en este libro Misal, donde pusieron su manos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejanza de esta † con sus dedos de la mano en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán, esta dicha compañía y escriptura en todo por todo como en ello se contiene, so pena de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amen; y así lo juramos y le darémos el tercio de todo lo que descubriéremos y conquistáremos y pobláremos en el dicho reyno y tierra del Perú, y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéramos parte como dicho es en esta dicha escriptura; y nos obligamos de acudir con ello á vos el dicho don Fernando de Luque, y á quien en vuestro nombre le perteneciere y hubiere de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y poblacion del dicho reyno y tierra del Perú; y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparémos y trabajarémos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganáre, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros, seamos obligados á volver á vos el dicho don Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escriptura contenido cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualesquier leyes y ordenamientos y pramáticas y otras cualesquier constituciones, ordenanzas, que estén fechas en su favor, y cualesquiera de ellos, para que aunque las pidan y aleguen que no les valga. Y valga esta escriptura dicha, y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecucion así en sus personas como en sus bienes, muebles y raices habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber segun dicho es, y dieron poder cumplido á cualesquier justicias y jueces de S. M. para que por todo rigor y mas breve remedio de derecho les compelan y apremien á lo así cumplir y pagar, como si lo que dicho es fuese sentencia definitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la ley que dice: Que general renunciacion de leyes no vala. Que es fecha en la ciudad de Panamá á diez dias del mes Marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuscrito de mil quinientos veinte y seis años. Testigos que fueron presentes á lo que dicho es Juan de Panés y Alvaro del Quiro y Juan de Valléjo vecinos de la ciudad de Panamá, y firmó el dicho don Fernando de Luque; y porque no saben firmar el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro firmaren por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, á los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fé que conozco. Don Fernando de Luque.—A su ruego de Francisco Pizarro—Juan de Panés; y á su ruego de Diego de Almagro—Alvaro del Quiro: E yo Hernando del Castillo, escribano de S. M. y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fui al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí este mi signo á tal en testimonio de verdad. Hernando del Castillo, escribano público.

FAC-SIMILE DE LAS DOS FIRMAS DE FRANCISCO PIZARRO.

En estas firmas el nombre está escrito por el secretario de Pizarro, el cual solo hacia las rúbricas por no saber escribir. Despues de su elevacion á marques usó siempre la segunda firma.

NUM. VII. — *Véase la pág. 56.*

Capitulacion entre la reina y Francisco Pizarro, **MS.**, fecha en Toledo julio 26 de 1529.

(La copia de este documento la debo á don Martin Fernandez de Navarrete, último director de la Academia de la Historia en Madrid. Aunque bastante largo es de no menor importancia que el anterior por ser como él el fundamento de la empresa de Pizarro y de sus colegas.)

La Reina —Por cuanto vos el capitan Francisco Pizarro, vecino de tierra firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable P. don Fernando de Luque, maestre escuela y provisor de la iglesia del Darien, *sede vacante*, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitan Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicísteis relacion, que vos é los dichos vuestros compañeros, con deseo de nos servir é del bien é acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años, poco mas ó menos, que con licencia é parecer de Pedrarias Dávila nuestro gobernador é capitan general que fue de la dicha tierra firme, tomastes cargo de ir á conquistar descubrir é pacificar, é poblar por la costa del mar del Sur de la dicha tierra á la parte de Levante, á vuestra costa é de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudieredes, é hicisteis para ello dos navios é un bergantin en la dicha costa, en que así esto por se haber de pasar la jarcia é aparejos necesarios al dicho viaje é armada desde el Nombre de Dios que es la costa del Norte, á la otra costa del Sur, como con la gente é otras cosas necesarias al dicho viaje, é tornar á rehacer la dicha armada, gastasteis mucha suma de pesos de oro, é fuisteis á hacer é hicisteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros é trabajo á causa de lo cual os dejó toda la gente que con vos iba en una isla despoblada con solos trece hombres que no vos quisieron dejar, y que con ellos y con el socorro que de navíos é gente vos hizo el dicho capitan Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla é descubristes las tierras é provincias del Perú ó ciudad de Tumbes en que habeis gastado vos é los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro, é que con el deseo que teneis de nos servir queríades continuar la dicha conquista é poblacion á vuestra costa é mision, sin que en ningun tiempo seamos obligados á vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes mas de lo que en esta capitulacion vos fuese otorgado, é me suplicasteeé pedisteis por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, é vos concediese é otorgase las mercedes, é con las condiciones que de suso serán contenidas; sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulacion siguiente.

Primeramente doy licencia y facultad á vos el dicho capitan Francisco Pizarro, para que por nos y en nuestro nombre de la corona real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista, y poblacion de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de Indios se dice Tenumpuela, é despues le llamasteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chincha que puede haber las dichas ducientas leguas de costa, poco mas ó menos.

Item: Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona, é por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador é capitan general de toda la dicha provincia del Perú, é tierras y pueblos que al presente hay é adelante hubiere en todas las dichas ducientas leguas, por todos los dias de vuestra vida, con salario de setecientos é veinte y cinco mil maravedís cada año contados desde el dia que vos hiciésedes á la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha poblacion é conquista, los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos á nos pertenecientes en la dicha tierra que ansi habeis de poblar, del cual salario habeis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos, é treinta peones, é un medico, é un boticario, el cual salario vos ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

Otrosi: Vos hacemos merced de título de nuestro adelantado de la dicha provincia del Perú, é ansi mismo del oficio de alguacil mayor della todo ello por los dias de vuestra vida.

Otrosi: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podais hacer en las dichas tierras é provincias del Perú hasta cuatro fortalezas en las partes y lugares que mas convengan, paresciendo á vos é á los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda é pacificacion de la dicha tierra, é vos haré merced de las tenencias dellas, para vos, é para los herederos é subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que ansi estuvieren hechas, las cuales habeis de hacer á vuestra costa, sin que nos, ni los reyes que despues de nos vinieren seamos obligados á vos lo pagar al tiempo que asi gastaredes, salvo dende en cinco años despues de acabada la fortaleza, pagándoos en cada un año de los dichos cinco años la quinta parte de lo que se montare el dicho los gastos, de los frutos de la dicha tierra.

Otrosi: Vos hacemos merced para ayuda á vuestra costa de mil ducados en cada un año por los dias de vuestra vida de las rentas de las dichas tierras.

Otrosi: Es nuestra merced, acatando la buena vida é doctrina de la persona de dicho don Fernando de Luque, de le presentar á nuestro muy Sancto Padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia, y gobernacion del Perú, con límite é diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entre tanto que vienen las bulas de dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los Indios de dicha provincia, con salario de mill ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra entre tanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

Otrosi: Por cuanto nos habedes por vos en el dicho nombre vos hiciese merced de algunos vasallos en las dichas tierras, é al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion de ellas, es nuestra merced que, entre tanto que informados proveamos en ello lo que á nuestro servicio é á la enmienda é satisfaccion de vuestros trabajos é servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tal que no esceda de mil y quinientos ducados, los mil para el dicho capitan Pizarro, é los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

Otrosi: Hacemos merced al dicho capitan Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay ú obiese en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mill maravedís cada un año con mas ducientos mill maravedís cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar, desde el dia que vos el dicho Francisco Pizarro llegaredes á la dicha tierra, aunque el dicho capitan Almagro se quede en Panamá ó en otra parte que le convenga; é le haremos home hijodalgo para que goce de las honras é preeminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas é tierra firme del mar occeano.

Otrosi: Mandamos que las dichas haciendas, é tierras é solares que teneis en tierra firme, llamada Castilla del Oro, é vos estan dadas como á vecino de

ella, las tengais é goceis, é hagais de ello lo que quisiéredes é por bien tuviéredes, conforme á lo que tenemos concedido á los vecinos de la dicha tierra firme; é en lo que toca á los Indios e naborias que teneis e vos estan encomendados, es nuestra merced e voluntad e mandamos que los tengais e goceis e sirvais de ellos, e que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

Otrosi: Concedemos á los que fueren á poblar dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el dia de la data de esta en adelante, que del oro que se cogiere en las minas nos paguen el diezmo y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, e ansi descendiendo en cada un año hasta llegar al quinto: pero del oro e otras cosas que se obiesen de rescatar, o cabalgadas, e en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

Otrosi: Franqueamos á los vecinos de la dicha tierra, por los dichos seis años, y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento é provision de sus casas, con tanto que no sea para lo vender, e de lo que vendieren ellos e otras cualesquier personas, mercaderes é tratantes, ansi mesmo los franqueamos por dos años tan solamente.

Item: Prometemos que por termino de diez años, e mas adelante hasta que otra cosa mandemos en contrario, no impornemos á los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

Item: Concedemos á los dichos vecinos e pobladores que les sean dadas por vos los solares y tierras convenientes á sus personas conforme á lo que se ha hecho e hace en la dicha isla Española; e ansimismo os daremos poder para que en nuestro nombre durante el tiempo de vuestra gobernacion, hagais la encomienda de los Indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones e ordenanzas que vos serán dadas.

Item: A suplicacion vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur á Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mill maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra, de los cuales ha de gozar desde el dia que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar, e en las espaldas se asentará el juramento e solemnidad que ha de hacer ante vos e otorgado ante escribano. Asimismo daremos titulo de escribano de número e del consejo de dicha ciudad de Tumbes, á un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo hábil e suficiente para ello.

Otrosi: Somos contentos e nos place que vos el dicho capitan Pizarro, cuanto nuestra merced é voluntad fuere, tengais la gobernacion e administracion de los Indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá é goceis para vos e para quien vos quisiéredes de todos los aprovechamientos que hobiere en la dicha isla, asi de tierras como de solares, e montes, e arboles, e mineros, e pesqueria de perlas, con tanto que seais obligado por razon de ello a dar a nos e a nuestros oficiales de Castilla del oro en cada un año de los que ansi fuere nuestra voluntad que vos la tengais, ducientos mill maravedis, é mas el quinto de todo el oro e perlas que en cualquier manera e por cualesquier personas se sacare en la dicha isla de Flores sin descuento alguno, con tanto que los dichos Indios de la dicha isla de Flores no los podais ocupar en la pesqueria de las perlas, ni en las minas del oro, ni en otros metales, sino en las otras grangerias e aprovechamientos de la dicha tierra, para provision y mantenimiento de la dicha vuestra armada, e de las que adelante obiéredes de hacer para la dicha tierra; e permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro llegado á Castilla del Oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarades ante el dicho nuestro gobernador é juez de residencia que alli estoviere, que no os querais encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seais tenudo e obligado á nos pagar por razon de ello los dichos ducientos mill maravedis, e que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

Item: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viage e descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristobal de Peralta, e Pedro de Candia, e Domingo de Soria Luce, e Nicolas de Ribera, e Francisco de Cuellar, e Alonso de Molina, e Pedro Alson, e Garcia de Jerez, e Anton de Carrion, e Alonso Briceño, e Martin de Paz, e Joan de la Torre, e porque vos me lo suplicasteis e pedistes por merced, es nuestra merced e voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos á los que de ellos no son idalgos, que sean idalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, e que en ellas e en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano, gocen de las preeminencias e libertades, e otras cosas de que gozan, y deben ser guardados los hijosdalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, e á los que de los susodichos son idalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la informacion que en tal caso se requiere.

Item: Vos hacemos merced de veinte y cinco yeguas e otros tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamaica, e no las abiendo cuando las pidiéredes, no seamos tenudos al precio de ellas, ni de otra cosa por la razon de ellas.

Otrosi: Os hacemos merced de trescientos mill maravedis pagados en Castilla del oro para el artillería é municion que habeis de llevar á la dicha provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que ansi comprastes, e de lo que vos costó, contando el interese e cambio de ello, e mas os haré merced de otros ducientos ducados pagados en Castilla del oro para ayuda al acarreto de la dicha artillería e municiones e otras cosas vuestras desde el Nombre de Dios á la dicha mar del Sur.

Otrosi: Vos daremos licencia, como por la presente vos la damos, para que destos nuestros reynos, é del reino de Portugal e islas de Cabo Verde, e dende, vos, e quien vuestro poder hubiere, quisiéredes e por bien tuviéredes, podais pasar e paseis á la dicha tierra de vuestra gobernacion cincuenta esclavos negros en que haya al menos el tercio de hembras, libres de todos derechos á nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes e parte de ellos en la isla Española, San Joan, Cuba, Santiago, e en Castilla del Oro, e en otra parte alguna los que de ellos ansi dejáredes, sean perdidos e aplicados, e por la presente los aplicamos á nuestra cámara e fisco.

Otrosi: Que haremos merced y limosna al hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mill maravedís librados en las penas aplicadas de la cámara de dicha tierra. Ansimismo á vuestro pedimento e consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, á los hospitales de la dicha tierra de los derechos de la escubilla e relaves que hubiere en las fundiciones que en ella se hicieren, e de ello mandaremos dar nuestra provision en forma.

Otrosi: Decimos que mandaremos, e por la presente mandamos, que hayan y residan en la ciudad de Panamá, e donde vos fuere mandado, un carpintero e un calafate, e cada uno de ellos tenga de salario treinta mill maravedís en cada un año dende que comenzaren a residir en la dicha ciudad, o donde, como dicho es, vos les mandaredes; a los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernacion cuando nuestra merced y voluntad fuere.

Item: Que vos mandaremos dar nuestra provision

en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquier navios que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños, para los viajes que hubiéredes de hacer á la dicha tierra, pagando á los dueños de los tales navios el flete que gusto sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo que mandaremos, e por la presente mandamos e defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen á las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar a aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes e ordenanzas, e cartas nuestras, que cerca de esto por nos e por los reyes católicos están dadas; ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, e cada cosa e parte de ello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitan Pizarro seais tenudo e obligado de salir destos nuestros reinos con los navios e aparejos e mantenimientos e otras cosas que fueren menester para el dicho



La emperatriz doña Isabel.

viaje y poblacion, con ducientos e cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos e otras partes no prohibidas, e los ciento restantes podais llevar de las islas e tierra firme del mar Occéano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis mas de veinte hombres, sino fuere de los que en el primero é segundo viage que vos hicisteis á la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque á estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hayais de cumplir desde el dia de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes: allegado á la dicha Castilla del Oro, e allegado á Panamá, seais tenudo de proseguir el dicho viage, e hacer el dicho descubrimiento e poblacion dentro de otros seis meses luego siguientes.

Item: Con condicion que cuando saliéredes destos nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú, hayais de llevar y tener con vos á los oficiales de nuestra hacienda que por nos están e fueren nombrados: e asimismo las personas religiosas o eclesiásticas que por nos serán señaladas para instruccion de los Indios e naturales de aquella provincia á nuestra Santa fé Católica, con cuyo parecer e no sin ellos habeis de hacer la conquista, descubrimiento é poblacion de la dicha tierra; á los cuales religiosos habeis de dar y pagar el flete e matolotage, e los otros mantenimientos necesarios conforme á sus personas, todo a vuestra costa, sin por ello los llevar cosa alguna durante la dicha navegacion, lo cual mucho vos lo encargamos que ansi hagais é cumplais, como cosa de servicio de Dios é nuestro, porque de lo contrario teníamos de vos por deservidos.

Otrosi: Con condicion que en la dicha pacificacion, conquista y poblacion e tratamiento de los dichos Indios en sus personas y bienes, seais tenudos e obligados de guardar en todo e por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas, e se hicieren, e vos serán dadas en la nuestra carta e provision que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos Indios. E cumpliendo vos el dicho capitan Francisco Pizarro lo contenido en este asiento, en todo lo que á vos toca e incumbe el guardar e cumplir, prometemos, e vos aseguramos por nuestra palabra real, que agora e de aqui adelante vos mandaremos guardar e vos será guardado todo lo que ansi vos concedemos, e facemos mer-

ced, a vos e a los pobladores e tratantes en la dicha tierra; e para ejecucion e cumplimiento de ello, vos mandaremos dar nuestras cartas e provisiones particulares que convengan e menester sean, obligándoos vos el dicho capitan Pizarro primeramente ante escribano público de guardar é cumplir lo contenido en este asiento que á vos toca como dicho es. Fecha en Toledo á 26 de julio de 1529 años. Yo la Reina.— Por mandado de S. M. — Juan Vazquez.

NUM. VIII. — *Véase la pág.* 103.

Noticias contemporáneas de la captura de Atahuallpa.

(*Como la captura del Inca fue uno de los mas memorables, así como de los mas inicuos actos de la conquista, he creido del caso citar los testimonios, que afortunadamente poseo, de varios de los que se hallaron presentes.*)

RELACION DEL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LA COSTA Y MAR DEL SUR, MS.

A la hora de las cuatro comienzan á caminar por su calzada adelante derecho adonde nosotros estabamos, y á las cinco ó poco mas llegó á la puerta de la ciudad, quedando todos los campos cubiertos de gente, y así comenzaron á entrar por la plaza hasta trescientos hombres como mozos despuelas con sus arcos y flechas en las manos cantando un cantar no nada gracioso para los que lo oyamos, antes espantoso porque parecia cosa infernal, y dieron una vuelta á aquella mezquita amagando al suelo con las manos á limpiar lo que por el estaba, de lo cual habia poca necesidad porque los del pueblo le tenian bien barrido para cuando entrase. Acabada de dar su vuelta pasaron todos juntos, y entró otro escuadron de hasta mil hombres con picas sin yerros, tostadas las puntas, todos de una librea de colores, digo que la de los primeros era blanca y colorada, como las casas de un axedrez. Entrado el segundo escuadron entró el tercero de otra librea, todos con martillos en las manos de cobre y plata, que es una arma que ellos tienen: y ansi de esta manera entraron en la dicha plaza muchos señores principales, que venian en medio de los delanteros y de la persona de Atabalipa. Detras destos, en una litera muy rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venia la persona de Atabalipa, la cual traian ochenta señores en hombros, todos vestidos de una librea azul muy rica, y él vestido su persona muy ricamente con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes, y sentado en la litera en una silla muy pequeña con un coxin muy rico. En llegando al medio de la plaza paró, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera; y toda la guerra que estaba en la plaza le tenian en medio, estando dentro hasta seis o siete mil hombres. Como el vio que ninguna persona salia á el ni parecia, tubo creido, y así lo confesó despues de preso, que nos habiamos escondido de miedo de ver su poder; y dió una voz y dijo, «¿Don le estan estos?» A la cual salió del aposento del dicho gobernador Pizarro el Padre Fray Vicente de Valverde, de la orden de los Predicadores, que despues fue obispo de aquella tierra con la bribia en la mano y con él una lengua y asi juntos llegaron por entre la gente á poder hablar con Atabalipa, al cual le comenzó á decir cosas de la sagrada escriptura, y que nuestro Señor Jesu-Christo mandaba que entre los suyos no hubiese guerra ni discordia, sino todo paz, y que el en su nombre ansi se lo pedia y requeria; pues habia quedado de tratar della el dia antes, y de venir solo sin gente de guerra. A las cuales palabras y otras muchas que el Frayle le dijo, el estuvo callando sin volver respuesta; y tornándole á decir que mirase lo que Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que llevaba en la mano escripto, admirandose á mi parecer mas de la escriptura, que de lo escripto en ella: le pidió el libro, y le abrió y ojeó, mirandole el molde y la órden dél; y despues de visto, le arrojó por entre la gente con mucha ira, el rostro muy encarnizado, diciendo, «Decidles á esos que vengan acá, que no pasaré de »aqui hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen »lo que han hecho en la tierra.» Visto esto por el Frayle y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro, y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo y dijole «¿No »veis lo que pasa? ¿para que estais en comedimientos »y requerimientos con este perro lleno de soberbia, »que vienen los campos llenos de Indios? ¡Salid á el! »que yo os absuelvo.» Y ansi acabadas de decir estas palabras, que fue todo en un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada con toda la gente de a pie que con él estaba diciendo, «¡Santiago á ellos!» y asi salimos todos á aquella vez á una, porque todas aquellas casas que salian á la plaza tenian muchas puertas, y parece que se habian fecho a aquel proposito. En arremetiendo los de á caballo y rompiendo por ellos todo fué uno, que sin matar sino solo un negro de nuestra parte, fueron todos desbaratados y Atabalipa preso, y la gente puesta en huida, aunque no pudieron huir del tropel, porque la puerta por do habian entrado era pequeña y con la turbacion no podian salir; y visto los traseros cuan lejos tenian la acoxida y remedio de huir, arrimaronse dos ó tres mil dellos á un lienso de pared, y dieron con él á tierra, el cual salió al campo, porque por aquella parte no habia casas, y ansi tubieron camino ancho para huir; y los escuadrones de gente que habian quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los mas dellos fueron desbaratados y se pusieron en huida, que era cosa harto de ver que un valle de cuatro ó cinco leguas todo iba cuajado de gente. En esto vino la noche muy presto, y la gente se recogió y Atabalipa se puso en una casa de piedra que era el templo del Sol, y asi se pasó aquella noche con gran regocijo y placer de la vitoria que nuestro Señor nos habia dado, poniendo mucho recaldo en hacer guardia á la persona de Atabalipa, para que no volviesen á tomarnosle. Cierto fué permision de Dios y grand acertamiento guiado por su mano, porque si este dia no se prendiera, con la soberbia que trahia, aquella noche fueramos todos asolados por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos.

PEDRO PIZARRO, DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LOS REYNOS DEL PERÚ, MS.

Pues despues de haber comido, que acavaria á hora de missa mayor, empeçó á levantar su gente y á venirse hazia Caxamalca. Hechos sus esquadrones que cubrian los campos, y el metido en unas andas empeço á caminar, viniendo de ante del dos mil Indios que le barrian el camino por donde venia caminando, y la gente de guerra la mitad de un lado y la mitad de otro por los campos sin entrar en camino. Traia ansi mesmo al señor de Chincha consigo en unas andas, que parescia á los suyos cossa de admiracion, porque ningun Indio, por señor principal que fuese, avia de parescer delante del sino fuese con una carga á cuestas y descalzo: pues era tanta la pateneria que traian d'oro y plata, que era cossa estraña, lo que relucia con el sol. Venian ansi mesmo delante de Atabalipa muchos Indios cantando y danzando. Tardose este señor en andar esta media legua que ay dende los baños á donde el estaba hasta Caxamalca, dende ora de missa mayor, como digo, hasta tres oras antes que anochesciese. Pues llegada la gente á la puer_

ta de la plaza, empeçaron á entrar los esquadrones con grandes cantares, y ansi entrando ocuparon toda la plaza por todas partes. Visto el Marquez Don Francisco Piçarro que Atabalipa venia ya junto á la plaza, envió al Padre Fr. Vicente de Valverde, primero obispo del Cuzco, y á Hernando de Aldana, un buen soldado, y á Don Martinillo Lengua, que fuesen á hablar á Atabalipa, y á requerille de parte de Dios y del Rey se subjetase á la ley de nuestro Señor Jesu-Cristo, y al servicio de S. Mag., y que el Marquez le tendria en lugar de hermano, y no consentiria le hiziesen enojo ni daño en su tierra. Pues llegado que fue el padre á las andas donde Atabalipa venia, le hablo y le dixo á lo que iva, y le predicó cossas de nuestra sancta ffee, declarandoselas la lengua. Llevava el padre un breviario en las manos donde leya lo que le predicaba: el Atabalipa se lo pidió y el cerrado se lo dio, y como le tuvo en las manos y no supo abrille, arrojole al suelo. Llamó al Aldana que se llegase á el y le diese la espada, y el Aldana la sacó y se la mostró, pero no se la quiso dar. Pues pasado lo dicho, el Atabalipa les dixo que se fuesen para vellacos ladrones, y que los habia de matar á todos. Pues oydo esto, el padre se bolvio y conto al Marquez lo que le avia pasado; y el Atabalipa entro en la plaza con todo su trono que traya, y el señor de Chincha tras del. Desque ovieron entrado y vieron que no parescia Español ninguno, preguntó á sus capitanes, «¿Donde estan estos cristianos que no paresceu?» Ellos le dixeron, «Señor estan escondidos de miedo.» Pues visto el Marquez Don Francisco Piçarro las dos andas no conosciendo qual hera la de Atabalipa, mando á Joan Piçarro su hermano fuese con los peones que tenia á la una y el yria á la otra. Pues mandado esto, hizieron la señal al Candia, el cual soltó el tiro, y en soltandolo tocaron las trompetas, y salieron los de acavallo de tropel, el Marquez con los de á pie, como está dicho, tras dellos, de manera que, con el estruendo del tiro y las trompetas y el tropel de los cavallos con los cascaveles, los Indios se embararon y se cortaron. Los Españoles dieron en ellos y empeçaron á matar, y fue tanto el miedo que los Indios ovieron, que por huir, no pudiendo salir por la puerta, derribaron vn lienzo de vna pared de la cerca de la plaza de largo de mas de dos mil passos y de mas de un estado. Los de acavallo fueron en su seguimiento hasta los baños, donde hizieron grande estrago, y hizieran mas sino les anoscheciera. Pues bolviendo á Don Francisco Piçarro y á su hermano salieron como estava dicho con la gente de á pie: el Marquez fué á dar con las andas de Atabalipa, y el hermano con el señor de Chincha, al cual mataron alli en las andas; y lo mismo fuera de Atabalipa, sino se hallara el Marquez allí, porque no podian derivalle de las andas, que aunque matavan los Indios que las tenian, se metian luego otros de reffresco á sustentallas, y de esta manera estuvieron un gran rato fforcejeando y matando Indios y de cansados un Español tiró una cuchillada para matalle y el Marquez Don Francisco Piçarro se la rreparó y del rreparo le hirio en la mano al Marquez el Español queriendo dar al Atabalipa, á cuya causa dio bozes, diciendo, «¡Nadie hiera al Indio, so pena de la vida!» Entendido esto, aguijaron siete ó ocho Españoles y asieron de un borde de las andas, y haciendo fuerça las trastornaron á un lado y ansi fué preso el Atabalipa, y el Marquez le llevó á un aposento y alli le puso guardas que le guardavan de dia y de noche. Pues venida la noche los Españoles se recoxieron todos y dieron muchas gracias á nuestro Señor por las mercedes que les habia hecho y muy contentos en tener presso al Señor, porque á no prendelle no se ganara la tierra como se ganó.

CARTA DE HERNANDO PIZARRO, AP. OVIEDO, HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, MS., LIB. XLVI, CAP. XV.

Venia en unas andas, é delante de él hasta trescientos ó cuatrocientos indios, con camisetas de librea, limpiando las pajas del camino, é cantando, é el en medio de la otra gente, que eran caciques é principales, é los mas principales caciques le traian en los hombros; é entrando en la plaza subieron doce ó quince Indios en una fortaleza que alli estaba, é tomaronla á manera de posesion con bandera puesta en una lanza. Entrando hasta la mitad de la plaza reparó allí, é salió un fraile dominico, que estaba con el Gobernador, á hablarle de su parte; que el Gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese á hablar; é dijole como era sacerdote, é que era embiado por el Emperador para que le enseñase las cosas de la fé si quisiesen ser Cristianos; é mostroles un libro que llevaba en las manos, é dijole que aquel libro era de las cosas de Dios: é el Atabaliva pidió el libro, é arrojole en el suelo é dijo. «Yo no pasare de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, que yo bien se quien sois vosotros y en lo que andais.» E levantose en las andas, é habló á su gente, é obo murmullo entre ellos llamando á la gente que tenian las armas: é el fraile fué al Gobernador é díjole que que hacia, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar mas: el Gobernador me lo embió á decir: yo tenia concertado con el capitan de la artillería, que haciéndole una seña disparasen los tiros, é con la gente que oyendolos saliesen todos á un tiempo; é cómo asi se hizo, é como los Indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano, los que traian las andas, é los caciques que venian al rededor del, nunca lo desampararon hasta que todos murieron alrededor del. El Gobernador salió é tomó á Atabaliva, é por defenderle le dió un Cristiano una cuchillada en una mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los Indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche. Recogiéronse todos al pueblo, donde el Gobernador quedaba.

NUM. IX.—*Véase la pág.* 112.

Noticia de las costumbres personales de Atahuallpa estractada del MS. de Pedro Pizarro.

(*Esta minuciosa relacion de la persona y costumbres del cautivo Inca es de las mas auténticas que pueden darse, pues procede de la pluma de quien tuvo la mejor oportunidad de hacer observaciones personales durante la prision del monarca. El manuscrito de Pizarro es uno de los que últimamente han dado á luz los ilustrados académicos Salvá y Baranda.*)

Este Atabalipa ya dicho hera Indio bien dispuesto, de buena persona, de medianas carnes, no grueso demasiado, hermosso de rostro, y grave en el, los ojos encarnizados, muy temido de los suyos. (Acuérdome que el señor de Guaylas le pidió licencia para yr á ver su tierra, y se la dió, dándole tiempo en que fuese y viniese limitado. Tardose algo mas, y cuando bolvió, estando yo presente, llegó con un presente de fruta de la tierra, y llegado que fue á su presencia empeçó á temblar en tanta manera que no se podia tener en los pies. El Atabalipa alçó la cabeza un poquito y sonriéndose le hizo seña que se ffuese). Quando le sacaron á matar, toda la gente que habia en la plaza de los naturales, que avía harto, se postraron por tierra, dexandose caer en el suelo como Borrachos. Este Indio se servia de sus mujeres por la horden que tengo ya dicha, sirviéndole una hermana diez dias ó ocho con mucha cantidad de hijas

de señores que á estas hermanas servian, mudándose de ocho á ocho dias. Estas estavan siempre con el para serville, que Indio no entrava donde el estava. Tenia muchos caciques consigo: estos estavan afuera en vn patio, y en llamando alguno entrava descalzo y donde el estava: y si venia de fuera parte, avía de entrar descalzo y cargado con una carga; y quando su capitan Challicuchima vino con Hernando Piçarro y le entro á ver, entro asi como digo con una carga y descalzo y se hecho á sus pies y llorando se los beso. El Atabalipa con rostro senero le dixo, «Seas bien venido alli, Challicuchima;» queriendo dezir, «Seas bien venido Challicuchima.» Este Indio se ponia en la caveza unos llantos, que son vnas trenças hechas de lanas de colores, de grosor de medio dedo y de anchor de vno; hecho desto vna manera de corona y no con puntas sino redonda, de anchor de vna mano, que encaxaba en la caveza, y en la frente vna borla cossida en este llanto, de anchor de vna mano, poco mas, de lana muy ffina de grana, cortada muy ygual, metida por unos cañutitos de oro muy sotilmente hasta la mitad: esta lana hera hilada, y de los cañutos abajo destorcida, que era lo que caya en la frente; que los cañutitos de oro hera quanto tomavan todo el llanto ya dicho. Cayale esta borla hasta encima de las cejas, de vn dedo de grosor que le tomava toda la frente y todos estos Señores andaban tresquilados y los orejones como á sobre peine. Vestian ropa muy delgada y muy blanda ellos y sus hermanas que tenian por mujeres, y sus deudos orejones principales, que se la davan los señores y todos los demas vestian ropa basta. Poniase este señor la manta por encima de la caveça y atabasela debajo de la barba, tapandose las orejas: esto traia el por tapar una oreja que tenia rompida, que cuando le prendieron los de Guascar se la quebraron. Bestiase este señor ropas muy delicadas. Estando un dia comiendo, questas señoras ya dichas le llevavan la comida y se la ponian delante de vnos juncos verdes muy delgados y pequeños. Estaba sentado este Señor en vn duo de madera, de altor de poco mas de un palmo: este duo era de madera colorada muy linda y tenianle siempre tapado con vna manta muy delgada, aunque stuviese el sentado en el. Estos juncos ya dichos le tendian siempre delante quando queria comer, y allí le ponian todos los manjares en oro, plata, y barro, y el que á el apetescia señalava se lo truxesen y tomandolo vna señora destas dichas se lo tenia en la mano mientras comia. Pues estando un dia desta manera comiendo y yo presente, llevando una tajada del manjar á la boca, le cayo vna gota en el vestido que tenia puesto, y dando de mano á la India se levanto y entro á su aposento a vestir otro vestido, y buelto sacó vestida vna camiseta y vna manta (pardo oscuro). Llegandome yo pues á el le tente la manta que hera mas blanda que seda y dixele, «Ynga, de que es este vestido tan blando?» El me dijo, es de unos pajaros que andan de noche en Puerto Viejo y en Tumbez, que muerden á los Indios.» Venido á aclararse, dixo que era de pelo de murcielagos. Diciendole, que de donde se podria juntar tanto murcielago? dixo, «Aquellos perros de Tumbez y de Puerto Viejo que avian de hazer sino tomar de estos para hazer ropa á mi padre?» y es ansi questos murcielagos de aquellas partes muerden de noche á los Indios, y á Españoles y á cavallos y sacan tanta sangre ques cossa de misterio, y ansi se averiguo ser vestido de lana de murciélago, y ansi hera la color como dellos del vestido que en Puerto Viejo y en Tumbez y sus comarcas ay gran cantidad dellos. Pues acontescio un dia que viniendose á quexar un Indio que un Español tomava unos vestidos de Atabalipa, el Marquez me mandó fuesse yo á saber quien hera y llamar al Español para castigallo. El Indio me llevo á vn buhio, donde havia gran cantidad de petacas, porquel Español ya hera ydo, diciendome que de allí avia tomado vn vestido del señor; é yo preguntandole que que tenian aquellas petacas, me mostro algunas en que teniau todo aquello que Atabalipa avia tocado con las manos, y avia estado de pies y vestidos que el avia desechado; en vnas los junquillos que le hechavan delante á los pies quando comia; en otras los guessos de las carnes ó aves que comia, que el avia tocado con las manos; en otras los maslos de las mazorcas de mahiz que avia tomado en sus manos; en otras las rropas que havia deshechado; finalmente todo aquello que el avia tocado. Preguntelee, que para que tenian aquello allí? Respondieronme, que para quemallo, porque cada año quemavan todo esto, porque lo que tocavan los señores que heran hijos del sol, se havia de quemar y hazer seniza y hechallo por el ayre, que nadie avia de tocar á ello. Y en guarda desto estava vn principal con Indios, que lo guardava y rrecoxia de las mujeres que les servian. Estos señores dormian en el suelo en unos colchones grandes de algodon: tenian vnas ffrecadas grandes de lana con que se cubijaban: y no e visto en todo este Piru Indio semejante á este Atabalipa, ni de su ferocidad ni autoridad.

NUM. X.—*Véase la pág.* 119.

Relaciones contemporáneas de la ejecucion de Atahuallpa.

(Las siguientes relaciones son de testigos presenciales; porque Oviedo, aunque no estuvo presente, recogió los pormenores de los que presenciaron el hecho.)

PEDRO PIZARRO, DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ, MS.

Acordaron pues los oficiales y Almagro que Atabalipa muriese, tratando entre si que muerto Atabalipa se acababa el auto hecho acerca del tesoro. Pues dixeron al Marquez Don Francisco Piçarro que no convenia que Atabalipa biviese; porque si se soltava, S. Mag. perderia la tierra y todos los españoles serian muertos; y á la verdad si esto no fuera tratado con malicia, como esta dicho, tenian razon, porque hera imposible soltándose poder ganar la tierra. Pues el Marquez no quiso venir en ello. Visto esto los oficiales hiziéronle muchos requerimientos poniéndole el servicio de S. Mag. por delante. Pues estando asi atravesose un demonio de vna lengua, que se dezia Ffelipillo, uno de los muchachos que el Marquez havia llevado á España, que al presente era lengua, y andava enamorado de una mujer de Atabalipa, y por avella hizo entender al Marquez que Atabalipa hazia gran junta de gente para matar los españoles en Caxas. Pues sabido el Marquez prendió á Challicuchima que estaba suelto y preguntandole por esta gente que dezia la lengua se juntavan, aunque negaba y dezia que no, el Ffelipillo dezia á la contra trastornando las palabras dezian á quien se preguntaba este casso. Pues el Marquez Don Francisco Piçarro acordó embiar á Soto á Caxas á saver si se hazia allí alguna junta de gente porque cierto el Marquez no quisiera matalle. Pues visto Almagro y los oficiales la yda de Soto apretaron al Marquez con muchos rrequerimientos, y la lengua por su parte que ayudava con sus rretrucos, vinieron á convencer al Marquez que muriese Atabalipa, porque el marquez hera muy zeloso del servicio de S. Mag., y ansi le hicieron temer, y contra su voluntad sentencio á muerte á Atabalipa, mandando le diesen garrote, y despues de muerto le quemasen porque tenia las hermanas por mujeres. Cierto pocas leyes avian leido estos señores ni entendido, pues al infiel sin haber sido predicado le davan esta sentencia. Pues el Atabalipa lloraba y dezia que

no le matasen que no abria Indio en la tierra que se menease sin su mandato, y que presso le tenian que de que temian? y que lo habian por oro y plata, que el daria dos tanto de lo que avia mandado. Yo vide llorar al Marquez de pesar por no podelle dar la vida; porque cierto temio los requerimientos y el rriesgo que avia en la tierra si se soltava. Este Atabalipa habia hecho entender á sus mugeres é Indios que si no le quemaban el cuerpo, aunque le matasen avia de bolver á ellos; que el sol su padre le rresucitaria. Pues sacandole á dar garrote á la plaza, el Padre Fray Vicente de Balverde ya dicho le predicó diziendole se tornase Cristiano: y el dixo que si el se tornava Cristiano; si le quemarian; y dixeronle que no: y dixo que pues no le avian de quemar que queria ser baptizado, y ansi Fray Vicente le baptizo y le dieron garrote, y otro dia le enterraron en la yglesia que en Caxamalca teniamos los españoles. Esto se hizo antes que Soto bolviese á dar aviso de lo que le hera mandado; y cuando vino truxo por nueva no aver visto nada ni aver nada, de que al Marquez le pesó mucho de avelle muerto, y al Soto mucho mas, porque dezia el, y tenia rrazon, que mejor ffuera embialle á España y que el se obligara á ponello en la mar: y cierto esto fuera lo mejor que con este Indio se pudiera hacer, porque quedar en la tierra no convenia. Tambien se entendió que no biviera muchos dias, aunque le embiara, porque el hera muy regalado y muy Señor.

RELACION DEL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LA COSTA Y MAR DEL SUR, MS.

Dando forma como se llevaria Atabalipa de camino, y que guardia se le pondria, y consultando y tratando si seriamos parte para defender en aquellos pasos malos y rios si nos le quisiesen tomar los suyos. Comenzóse á dezir y á certificar entre los Indios, que el mandaba venir grand multitud de gente sobre nosotros: esta nueva se fué encendiendo tanto, que se tomó informacion de muchos señores de la tierra, que todos á una dijeron que era verdad, que el mandaba venir sobre nosotros para que le salvasen, y nos matasen si pudiesen, y que estaba toda la gente en cierta provincia ayuntada que ya venia de camino. Tomada esta informacion, juntáronse el dicho Gobernador y Almagro y los oficiales de S. Mag., no estando ahí Hernando Pizarro, porque era ya partido para España con alguna parte del quinto de S. Mag., y á darle noticia y nueva de lo acaecido; y resumieronse, aunque contra voluntad del dicho Gobernador que nunca estubo bien en ello, que Atabalipa, pues quebrantaba la paz, y queria hacer traicion y traher gentes para matar los Cristianos muriese, porque con su muerte cesaria todo, y se allanaria la tierra: á lo cual hubo contrarios pareceres, y la mas de la gente se puso á defender que no muriese; al cabo insistiendo mucho en su muerte el dicho capitan Almagro y dando muchas razones porque debia morir, el fué muerto, aunque para el no fué muerte sino vida, porque murió Cristiano y es de creer que se fue al Cielo. Publicado por toda la tierra su muerte, la gente comun y de pueblos venian donde el dicho Gobernador estaba á dar la obediencia á S. Mag. pero los capitanes y gente de guerra que estaban en Xauxa y en el Cuzco, antes se rehicieron y no quisieron venir de paz. Aqui acaecio la cosa mas estraña que se ha visto en el mundo, que yo ví por mis ojos, y fué: que estando en la iglesia cantando el oficio de difuntos á Atabalipa, llegaron ciertas señoras hermanas y mugeres suyas y otros privados con grand estruendo, tal que impidieron el oficio, y dijeron que les hiciesen aquella fiesta mucho mayor, porque era costumbre, cuando el grand señor moria, que todos aquellos que bien le querian se enterrasen vivos con el: á los cuales se les respondió, que Atabalipa habia muerto como cristiano y como tal le hacian aquel oficio, que no se habia de hacer lo que ellos pedian que era muy mal hecho y contra Cristiandad; que se fuesen de allí, y no les estorbasen, y se le dejasen enterrar, y ansi se fueron á sus aposentos, y se ahorcaron todos ellos y ellas. Las cosas que pasaron estos dias, y los extremos y llantos de la gente son muy largas y prolijas, y por eso no se dirán aquí.

OVIEDO, HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, MS., LIBRO XLVI, CAP. XXII.

Cuando el marques don Francisco Pizarro tubo preso al gran Rey Atabaliva, le aconsejaron hombres faltos de buen entendimiento, que le matase, ó el obo gana, porque como se vieron cargados de oro parecioles que muerto aquel señor lo podian mas á su salvo en España donde quisiesen, é dejando la tierra y que asímismo serian mas parte á sustener en ella sin aquel escrupuloso impedimento, que no conservandose la vida de un principe tan grande é tan temido é acatado de sus naturales, y en todas aquellas partes; é la esperiencia ha mostrado cuan mal acordado é mal fecho fue todo lo que contra Atabaliva se hizo despues de su prision en le quitar la vida, con lo cual demas de deservirse Dios quitaron al emperador nuestro señor, é á los mismos españoles que en aquellas partes se hallaron, y á los que en España quedaron, que entonces vivian y á los que aora viven é nacerán innumerables tesoros que aquel principe les diera; é ninguno de sus vasallos se mobiera ni alterara como se alteraron é revelaron en faltando su persona. Notorio es que el gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro el se le tenia pues ningun capitan puede disponer sin licencia de su Rey y señor de la persona del principe que tiene preso, suyo es de derecho, cuando mas que Atabaliva dijo al marques, que si algun cristiano matasen los indios ó le hiciesen el menor daño del mundo que creyese que por su mandado lo haria, y que cuando eso fuese lo matase ó hiciese del lo que quisiese; é que tratandole bien el le chaparia las paredes de plata é le allanaria las sierras e los montes, é le daria á el, é á los cristianos cuanto oro quisiesen, é que desto no tubiese duda alguna; y en pago de sus ofrecimientos encendidas pajas se las ponian en los pies ardiendo, porque digese que traicion era la que tenia ordenada contra los cristianos, é inventando é fabricando contra el falsedades, le levantaron que los queria matar, é todo aquello fue rodeado por malos é por la inadvertencia é mal consejo del gobernador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los adalides, un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo, é un escribano falto de conciencia é de mala habilidad y otros tales que en la maldad concurrieron é así mal fundado el libelo se concluyó á sabor de dañados paladares, como se dijo en el capítulo catorce, no acordandose que les habian enchido las casas de oro é plata é le habian tomado sus mujeres é repartídolas en su presencia é usaban de ellas en sus adulterios, é en lo que les placia á aquellos aquien las dieron; y como les parecio á los culpados que tales ofensas no eran de olvidar, é que merecian que el Atabaliva les diese la recompensa como sus obras eran, asentoseles en el animo un temor é enemistad con él entrañable; é por salir de tal cuidado é sospecha le ordenaron la muerte por aquello que él no hizo ni pensó; y de ver aquesto algunos españoles comedidos a quien pesaba que tan grande deservicio se hiciese á Dios y al emperador nuestro señor; y aunque tan grande ingratitud se perpetraba, é tan señalada maldad se cometia, como matar á un principe tan grande sin culpa. E viendo que le traian á colacion sus delitos ó crueldades pasadas, que el

habia usado entre sus indios y enemigos en el tiempo pasado, de lo cual ninguno era juez, sino Dios; queriendo saber la verdad é por excusar tan notorios daños como se esperaban que habian de proceder matando a quel señor, se ofrecieron cinco hidalgos de ir en persona á saber y ver si venia aquella gente de guerra que los falsos inventores é sus mentirosas espias publicaban, á dar en los cristianos; en fin el gobernador (que tambien se puede creer que era engañado) lo obo por bien; é fueron el capitan Hernando de Soto, el capitan Rodrigo Orgaiz, é Pedro Ortiz, é Miguel de Estete, é Lope Velez á ver esos enemigos que decian que venian; é el gobernador les dió una guia ó espia, que decia sabia donde estaban; é á dos dias de camino se despeñó la guia de un risco, que lo supo hacer muy bien el diablo para que el daño fuese mayor; pero aquellos cinco de caballo que he dicho pasaron adelante hasta que llegaron donde se decian que habian de hallar el egercito contrario, é no hallaron hombre de guerra ni con armas algunas, sino todos de paz; é aunque no iban mas que esos pocos cristianos que es dicho, les hicieron mucha fiesta por donde andubieron, é les dieron todo lo que les pidieron de lo que tenian para ellos é sus criados, é indios de servicio que llevaban; por manera que viendo que era burla, é muy notoria mentira é falsedad palpable, se tornaron á Cajamalca donde el gobernador estaba, el cual ya habia hecho morir al príncipe Atabaliva, se que la historia lo ha contado; é como llegaron al gobernador hallaronle mostrando mucho sentimiento con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto é muy calado sobre los ojos, é le digeron: «Señor, muy mal lo ha techo vuestra Señoría y fuera justo que fueramos atendidos, para que supierades que es muy gran traicion la que se le levantó á Atabaliva, porque ningun hombre de guerra hay en el campo, ni le hallamos, sino todo de paz, é muy buen tratamiento que se nos hizo en todo lo que habemos andado.» El gobernador respondió é les dijo. «Ya veo que me han engañado.» Desde á pocos dias de sabida esta verdad, é murmurandose de la crueldad que con aquel príncipe se usó, vinieron á malas palabras el gobernador y Fr. Vicente de Valverde, y el tesorero Riquelme, é cada uno de ellos decia que el otro lo habia fecho, é se desmintieron unos á otros muchas veces, oyendo muchos su rencilla.

NUM. XI. — *Véase la pág. 136.*

Contrato entre Pizarro y Almagro, MS., fechado en el Cuzco á 12 de junio de 1535.

(*Este documento en que dos célebres capitanes se ligan con solemne juramento á la obediencia de lo que los principios mas comunes de honradez les mandan observar, da una idea demasiado esacta de los hombres y de la época, para que deje de insertarse aqui. El original está en el archivo de Simancas.*)

Nos don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitan general, y Gobernador por S. M. en estos reynos de la Nueva Castilla, é don Diego de Almagro asimismo Gobernador por S. M. en la provincia de Toledo, decimos: que porque mediante la íntima amistad y compañia que entre nosotros con tanto amor ha permanecido, y queriéndolo Dios nuestro Señor hacer, ha sido parte y cabsa que el Emperador é Rey nuestro Señor haya recibido señalados servicios con la conquista, sujeccion, é ploblacion destas provincias y tierras, é trayendo á la conversion y camino de nuestra santa fee Católica tanta muchedumbre de infieles, é confiando S. M. que durante nuestra amistad y compañia su real patrimonio será acrecentado, é asi por tener este intento como por los servicios pasados, S. M. Católica tubo por bien de conceder á mi el dicho don Francisco Pizarro la governacion de estos nuebos reynos, y á mi el dicho Don Diego de Almagro la governacion de la provincia de Toledo, de las quales mercedes que de su real liberalidad hemos recevido, resulta tan nueba obligacion, que perpetuamente nuestras vidas y patrimonios, y de los que de nos descendieren en su real servicio, se gasten y consuman; y para que esto mas seguro y mejor efecto haya, y la confianza de S. M. por nuestra parte no fallezca, renunciando la ley que cerca de los tales juramentos dispone, prometemos é juramos, en presencia de Dios nuestro Señor, ante cuyo acatamiento estamos, de guardar y cumplir bien y enteramente, y sin cabtela ni otro entendimiento alguno, lo espresado y contenido en los capitulos siguientes: é suplicamos á su infinita bondad, que á cualquier que fuere en contrario de lo asi convenido, con todo rigor de justicia permita la perdicion de su ánima, fin y mal acavamiento de su vida, destruicion y perdimiento de su familia, honrras y hacienda, porque como quebrantador de su fee, la cual el uno al otro y el otro nos damos, y no temerosos de su acatamiento, reciva del tal justa venganza. Y lo que por parte de cada uno de nosotros juramos y prometemos es lo siguiente: —

Primeramente, que nuestra amistad é compañia se conserve mantenga para en adelante con aquel amor y voluntad que hasta el dia presente entre nosotros ha habido no la alterando ni quebrantando por algunos intereses, cobdicias, ni ambicion de cualesquiera honrras ó oficios, sino que hermanablemente entre nosotros se comunique é seamos parcioneros en todo el bien que Dios nuestro Señor nos quiera hacer.

Otrosi: Decimos, so cargo del juramento é promesa que hacemos, que ninguno de nosotros calumniará ni procurará cosa alguna que en daño ó menos cabo de su honrra, vida y hacienda al otro pueda subceder ni venir, ni dello será cabsa por vias directas ni indirectas, por sí propio ni por otra persona tacita ni espresamente cabsandolo ni permitiéndolo, antes procurara todo bien y honrra y trabajará de se lo llegar y adquirir, y evitando todas perdidas y daños que se le pueden recrecer, no siendo de la otra parte avisado.

Otrosi: juramos de mantener, guardar y cumplir lo que entre nosotros está capitulado, á lo cual al presente nos referimos, é que por via ó causa, ni maña alguna ninguno de nosotros verná en contrario ni en quebrantamiento dello, ni hará diligencia protestacion ni reclamacion alguna, é que si alguna oviere fecho, se aparta ó desiste della ó la renuncia so cargo del dicho juramento.

Otrosí: Juramos que juntamente ambos á dos, y no uno sin el otro, informaremos y escribiremos á S. M. las cosas que segun nuestro parecer mejor á su real servicio convengan, suplicandole, informandole de todo aquello con que mas su Católica conciencia se descargue, y estas provincias y reynos mas y mejor se conserven y gobiernen, y que no habrá relacion particular por ninguno de nosotros hecha en fraude é cabtela y con intento de dañar y empecer al otro, procurando para si, posponiendo el servicio de nuestro Señor Dios y de S. M., y en quebrantamiento de nuestra amistad y compañia, y asimismo no permitirá que sea hecho por otra cualquier persona, dicho ni comunicado, ni lo permita ni consienta, sino que todo se haga manifiestamente entre ambos, porque se conozca mejor el celo que de servir á S. M. tenemos, pues de nuestra amistad é compañia tanta confianza ha mostrado.

Item: Juramos que todos los provechos é intereses que se nos recrecieren asi de los que yo Don Francisco Pizarro oviere y adquiriere en esta gobernacion por

cualquiera via y cabsas, como los otros que yo Don Diego de Almagro he de haber en la conquista y descubrimiento que en nombre y por mandado de S. M. hago, lo traeremos manifiestamente á monton y collacion, por manera que la compañia que en este caso tenemos hecha permanezca, y en ella no haya fraude cabtela, ni engaño alguno, é que los gastos que por ambos é cualquier de nos se obieren de hacer se haga moderada y discretamente conforme, y proveyendo á la necessidad que se ofreciere, evitando lo escesivo y superfluo, socorriendo y proveyendo á lo necesario.

Todo lo cual segun en la forma que dicho esta, es nuestra voluntad de lo asi guardar y cumplir so cargo del juramento que asi tenemos fecho, poniendo á nuestro Señor Dios por juez y á su gloriosa Madre Santa María con todos los Santos por testigos; y porque sea notorio á todos los que aqui juramos y prometemos, lo firmamos de nuestros nombres, siendo presentes por testigos el Licenciado Hernando Caldera, Teniente General de Gobernador en estos reynos por el dicho Señor Governador, é Francisco Pineda, capellan de Su Señoría, é Antonio Picado, su secretario, é Antonio Tellez de Guzman y el Doctor Diego de Loaisa; el qual dicho juramento fue fecho en la gran cibdad del Cuzco en la casa del dicho Gobernador Don Diego Dalmagro; estando diciendo misa el Padre Bartolomé de Segovia, clérigo, despues de dicho el pater noster, poniendo los dichos governadores las manos derechas encima del ara consagrada á 12 de Junio de 1535 años. — Francisco Pizarro. — El Adelantado Diego Dalmagro — Testigos, el Licenciado Hernando Caldora. — Antonio Tellez Guzman.

Yo Antonio Picado, escrivano de S. M., doy fee que fuí testigo y me halle presente al dicho juramento é solemnidad fecho por los dichos Governadores, y yo saqué este traslado del original que queda en mi poder como Secretario del Señor Gobernador Don Francisco Pizarro, en fee de lo cual firmé aqui mi nombre. Fecho en la gran Cibdad del Cuzco á 12 dias del mes de Julio de 1535 años. — Antonio Picado, escribano de S. M.

NUM. XII. — *Véase la pág. 169.*

Carta del jóven Almagro á la real audiencia de Panamá, MS., desde los Reyes (Lima) á 14 de agosto de 1541.

(*Es precioso este documento por ser la mejor disculpa de la conducta de su autor, y, teniendo en cuenta su posicion, la mejor relacion de sus actos. El original, que copió Muñoz en su coleccion se conserva en el archivo de Simancas.*)

Mui magníficos Señores, — Ya Vs. Mrds. havran sabido el estado en que he estado despues que fué desta vida el Adelantado Don Diego de Almagro mi padre, que Dios tenga en el cielo, i como quedé debajo de la vara del Marques Don Francisco Pizarro; i creó yo que pues son notorias las molestias i malos tratamientos que me hicieron, i la necesidad en que me tenian á vn rincon de mi casa, sin tener otro remedio que el de S. M., á quien ocurri que me lo diese como señor agradecido, de quien yo lo esperaba pagando los servicios tan grandes que mi padre le hizo de tan gran ganancia é acrecentamiento para su real corona, no hay necesidad de contarlas, i por eso no las contaré, i dejaré lo pasado i vendré á dar á Vs. Mrds. cuenta de lo presente, é dire que aunque me llegaba al alma verme tan afligido, acordándome del mandamiento que mi padre me dejó que amase el servicio de S. M. i questava en poder de mis enemigos; sufria mas de lo que mi juicio bastava, en especial ver cada dia quien á mi padre quitó la vida, i habian escurecido sus servicios por manera que dél ni de mi habia memoria. I como la enemistad quel Marqués me tenia é á todos mis amigos é criados fuese tan cruel i mortal, i sobre mi sucediese, quiso efetualla, por la medida con que la usó con mi padre, estando siguro en mi casa, gimiendo mi necesidad, e perando el remedio i mercedes que de S. M. era razon que yo alcanzase, mui confiado de gozarlas, haciendo á S. M. servicios como yo lo deseo, fui informado quel Marqués trataba mi prendimiento i fin, determinado no quedase en el mundo quien la muerte de mi padre le pidiese, i acordandome que para darsela hallaron testigos á su voluntad, asi como los hallaron para mí, por manera que padre i hijo fueran por un juicio juzgados. Por no dejar mi vida en alve Irio tan diabolico i desatinado, temiendo la muerte, determinado de morir defendiendo mi vida i honra, con los criados de mi padre i amigos, acordé de entrar en su casa y prenderle para escusar mayores daños, pues el juez de S. M. ya venia i á cada uno hiciera justicia; i el Marques como persona culpada en la defensa de su prision é persona armada para ello hizo tanto que por desdicha suya fué herido de vna herida de que murió luego, i puesto que como hijo de padre á quien el habia muerto le podia recivir por venganza, me pesó tan estrañamente que todos conocieron en mi mui gran diferencia, y por ver que estaba tan poderoso i acatado como era razon no hovo hombre, viendolo en mitad del dia que echase mano á espada para ayuda suya ni despues hay hom re que por el responda: parece que se hizo por juicio de Dios i por su voluntad, porque mi deseo no era tan largo que se estendiese é mas de conservar mi vida en tanto aquel juez llegava. E como vi el hecho procuré antes que la cosa mas se encendiese en el pueblo, i que cesasen é secucion de prisiones de personas que ambas opiniones habian siguido, questaban afrentadas, i cesasen crueldades, é hubiese justicia que lo estorvase é castigase, é se tomase cabeza que en nombre de S. M. hiciese justicia é governase la tierra. Pareciendo á la república é comunidad de su cibdad é oficiales de S. M. que por los servicios de mi padre é por haver él descubierto é ganado esta tierra me pertenecia mas justamente que á otro la gobernacion della, me pidieron por Gobernador i dentro de dos horas consultado é negociado con el cabildo, fui recibido en amor i conformidad de toda la republica. Asi quedó todo en paz, i tan asentados i serenos los animos de todos, que no hovo mudanza, i todo está pacífico, i todos los pueblos en la misma conformidad i justicia que han estado, i con el ayuda de Dios se asentará cada dia la paz tan bien que de todos sea obedecida por señora, i S. M. será tambien servido como es razon, como se deve: porque acavadas con las opiniones, é parcialidades, é yo é todos pretendemos la poblacion de la tierra y el descubrimiento della, porque los tiempos pasados que se han gastado tan mal con alborotos que se han ofrecido, é descuidos que ha habido, agora se ganen é se alcancen i cobren, y con este presupuesto esten Vs. Mrds. ciertos que está el Perú en sosiego, i que las riquezas se descubrirán é irán á poder de S. M. mas acrecentadas é multiplicadas que hasta aqui, ni habra mas pasion ni movimiento sino toda quietud, amando el servicio de S. M. i su obediencia, aprovechando sus reales rentas. Suplico á Vs. Mrds., pues el caso parece que lo hizo Dios i no los hombres, ni yo lo quise asi como Dios lo hizo por su juicio secreto, é como tengo dicho la tierra esta sosegada, i todos en paz, Vs. Mrds. por el presente manden suspender cualquiera novedad, pues la tierra se conservará como está é será S. M. mui servido, é despues que todas las gentes que no tienen vecindades las tengan, é otros vayan á poblar é descubrir, podrán proveer lo que conviniere, i es tiempo que la tierra Españoles i naturales no recivan mas alteracion, pues no pre-

tenden sino sosiego i quietud, i poblar la tierra i servir á S. M., porque con este deseo todos estamos i estaremos, i de otra manera crean Vs. Mrds. que de nuevo la tierra se revuelve é inqueta, porque de las cosas pasadas vnos i otros han pretendido cada vno su fin, é sino descansan de los trabajos que han padecido con tantas persecuciones de buena ni de mala perdiendose no terná S. M. della cuenta, é los naturales se destruirian é no asentarán en sus casas é perecerán mas de los que han perecido; é conservar estos é conservar la tierra i los vecinos y moradores della todo es vno. I pues en tanta conformidad yo tengo la tierra é con voluntad de todos fui elegido por Governador, porque mas obediencia haya é la justicia mas acatada sea, i entiendan que me han de acatar y obedecer en tanto que S. M. otra cosa manda, porque de lo pasado yo le embio aviso, suplico á Vs. Mrds. manden despachar desa Audiencia Real vna cedula para que todos me obedezcan i tengan por governador, por que asi mas sosegados ternán todos los animos, i mas i mejor se hará el servicio de S. M., i terná mas paz la tierra, é confundirse han las voluntades que se quisieren levantar contra esto; é sino lo mandasen Vs. Mrds. proveer en tanto que S. M. declara su real voluntad, podria ser que por parte de alguna gente que por acá nunca faltan mas amigos de pasiones que de razon, que se levantase algun escandalo de que Dios i S. M. fuesen mas deservidos. Nuestro Señor las mui magnificas personas de Vs. Mrds. guarde tan prosperamente como desean. Destos Reyes á 14 de julio de 1541 años. Beso las manos de Vs. Mrds., Don Diego de Almagro.

NUM. XIII.—*Véase la pág.* 183.

Carta del ayuntamiento de Arequipa al Emperador, desde San Juan de la Frontera á 24 de setiembre de 1542.

(*Los valerosos vecinos de Arequipa dieron eficaz ayuda al gobernador en su contienda con Almagro y su carta firmada por el ayuntamiento es uno de los documentos mas auténticos para la historia de esta guerra civil. El original existe en el archivo de Simancas.*)

S. C. C. M.—Aunque de otros muchos terná V. M. aviso de la vitoria que en ventura de V. M. i buena diligencia i animo del Governador Vaca de Castro se ovo del tirano Don Diego de Almagro é sus secuazes, nosotros el cabildo i vecinos de Arequipa le queremos tambien dar, porque como quien se halló en el peligro, podremos contar de la verdad como pasó.

Desde Xauxa hicimos relacion á V. M. de todo lo sucedido hasta entonces, i de los preparamientos quel Governador tenia proveidos para la guerra de allí. Salió con toda la gente en órden i se vino á esta cibdad de San Joan de la Frontera, donde tuvimos nuevas como el traidor de Don Diego de Almagro estava en la provincia de Bilcas, que es onze leguas desta cibdad, que venia determinado con su dañada intencion á darnos la batalla. En este comedio vino Lope Diaquez del real de los traidores, i dió al gobernador una carta de Don Diego, i otra de doze capitanes mui desvergonzados de fieres i amenazas; i el governador, con zelo de que no obiese tantas muertes entre los vasallos de V. M. como siempre fue su intento de ganar el juego por maña, acordó de tornarles á enbiar al dicho Lope Idiaquez i á Diego de Mercado Fator de la nueva Toledo, para ver si los podian reducir i atraer al servicio de V. M., i fueron tan mal rescibidos que quando escaparon con las vidas se tuvieron por bien librados. La respuesta que le dieron fué que no querian obedecer las provisiones reales de V. M. sino darle la batalla, i luego alzaron su real i caminaron para nosotros. Visto esto el Governador sacó su real deste pueblo i caminó contra ellos dos leguas, donde supo que los traidores estaban á tres, en un asiento fuerte i comodo para su artilleria. El governador acordó de los guardar allí, donde le tomó la voz, porque era llano y lugar fuerte al nuestro proposito. Como esto vieron los traidores, sábado que se contaron diez i seis de setiembre, se levantaron de donde estaban, i caminaron por lo alto de la sierra i vinieron una legua de nosotros, i sus corredores vinieron á ver nuestro asiento. Luego el Governador provio que por una media loma fuese un capitan con cincuenta arcabuceros, i otros con cincuenta lanzas á tomar lo alto, i sucedió tambien que sin ningun riesgo se tomó, i luego todo el exercito de V. M. lo subio. Visto esto, los enemigos, que estarian tres quartos de legua, procuraron de buscar campo donde nos dar la batalla, i asi le tomaron á su proposito i asentaron su artillería i concertaron sus esquadrones, que eran ducientos i treinta de caballo, en que venian cinquenta hombres de armas; la infantería eran ducientos arcabuceros i ciento i cincuenta piqueros, todos tan lucidos é bien armados, que de Milan no pudieran salir mejor aderezados: el artillería eran seis medias culebrinas de diez á doce pies de largo, que echavan de bateria una naranja: tenian mas otros seis tiros medianos todos de fruslera, tan bien aderezados i con tanta municion, que mas parecia artillería de Italia que no de Indias. El governador vista su desverguenza la gente mui en órden, despues de haver hecho los razonamientos que convenian, diciendonos que viesemos la desverguenza que los traidores tenian i el gran desacato á la corona real, caminó á ellos, i llegando á tiro donde su artilleria podia alcanzar jugó luego en nosotros, que la nuestra por ser mui pequeña é ir caminando, no nos podimos aprovechar della de ninguna cosa, y asi la dejamos por popa. Matarnos hian antes que llegasemos á romper con ellos mas de 30 hombres, i siempre con este daño que rescebiamos, caminamos hasta nos poner á tiro de arcabuz, donde de una parte i de otra jugaron i se hizo de amas partes arto daño, i lo mas presto que nos fue posible porque su artilleria aun nos echaba algunas pelotas en nuestros esquadrones; cerramos con ellos, donde duró la batalla de lanzas, porras y espadas mas de una grande hora; fue tan reñida i porfiada que despues de la de Rebena no se ha visto entre tan poca gente mas cruel batalla, donde hermanos á hermanos, ni deudos á deudos, ni amigos á amigos no se davan vida uno á otro. Finalmente como llevasemos la justicia de nuestra parte, nuestro Señor en ventura de V. M. nos dió vitoria, i en el denuedo con que acometió el Governador Baca de Castro el cual estaba sobresaliente con treinta de cavallo, armado en blanco con una ropilla de brocado sobre las armas con su encomienda descubierta en los pechos, contra el qual estaban conjurados muchos de los traidores pero él como cavallero se les mostró i defendió tan bien que para hombre de su edad y profesion, estamos espantados de lo que hizo i trabajo y como rompio con sus sobresalientes, luego desampararon el campo y conseguimos gloriosa vitoria, la qual estuvo harto dudosa, porque si eramos en numero ciento mas que ellos, en escoger el campo y artilleria i hombres de armas i arcabuzes nos tenian doblada ventaja. Fué bien sangrienta de entramas partes, i si la noche no cerrara tan presto, V. M. quedara bien satisfecho destos traidores; pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el Governador lo hace, desquartizando cada dia á los que se escaparon. Murieron en la batalla de los nuestros el capitan Per Alvarez Holguin i otros sesenta cavalleros i hidalgos; i están heridos de muerte Gomez de Tordoya i el capitan Peranzures i otros mas de ciento. De los traidores murieron ciento é cinquenta, y mas de otros

tantos endor; presos están mas de ciento y cinquenta. Don Diego i otros tres capitanes se escaparon. Cada ora se traen presos: esperamos que un dia se habrá Don Diego á las manos porque los Indios como villanos de Italia los matan y traen presos. V. M. tenga esta vitoria en gran servicio porque puede creer que agora se acabó de ganar esta tierra i ponerla debaxo del cetro real de V. M. i que esta ha sido verdadera conquista y pacificacion della, i asi es justo que V. M. como gratisimo principe gratifique y haga mercedes á los que se la dieron; y al Governador Baca de Castro perpetuarle en ella en entramas governaciones no dividiendo nada dellas porque no hai otra batalla; i á los soldados y vecinos que en ella se hallaron, remunerarles sus trabajos y perdidas que han rescibido por reducir estos reinos á la corona real de V. M., i mandando castigar á los vecinos que oyendo la voz real de V. M. se quedaron en sus casas grangeando sus repartimientos i haciendas, porque gran sin justicia seria, sacra M., que holviendo nosotros á nuestras casas pobres i mancos de guerra de mas de un año, hallasemos á los que se quedaron sanos i salvos i ricos i que á ellos no se les diese pena ni á nosotros premio ni galardon, i esto seria ocasion para que si otra vez oviese otra rebelion en esta tierra ó en otra no acudiesen al servicio de V. M. como seria razon y somos obligados. Todos tenemos por cierto, quel Governador Baca de Castro lo hará asi, i que en nombre de V. M. á los que le han servido hará mercedes i á los que no acudieron á servir á V. M. castigará. S. C. C. M. Dios todo poderoso acreciente la vida de V. M., dandole vitoria contra sus enemigos, porque sea acrescentada su santa fee, amen. De San Joan de la frontera á 24 de septiembre de 1542 años. —Besan las manos i piés de V. M. sus leales vasallos. —Hernando de Silva. —Pedro Picarro —Lucas Martinez, —Gomez de Leon, —Hernando de Torre, —Lope de Alarcon, —Juan de Arves, —Juan Flores, —Juan Ramirez, —Alonso Bhelte, —Melchior de Cervantes, —Martin Lopez, —Juan Crespo, —Francisco Pinto, —Alonso Rodriguez Picado.

NUM. XIV. — *Véase la pág. 226.*

Sentencia de Gonzalo Pizarro en Xaquixaguana á 19 de abril de 1548.

(Este documento está tomado del manuscrito original de la historia de Zárate que se conserva en el archivo de Simancas. Muñoz ha hecho de él varios estractos para mostrar que la historia impresa de Zárate ha sufrido considerables alteraciones tanto en los hechos como en el estilo. El ejemplar impreso está preparado con mas consideraciones: varias circunstancias, demasiado claramente detalladas en el original, están suprimidas, y el estilo y disposicion de la obra muestran una mano mas fastidiosa y práctica. Estas circunstancias han conducido á Muñoz á suponer que la crónica antes de su publicacion fué sometida á la revision de algunos escritores mas esperimentados, y una correspondencia que despues halló en el Escorial entre Zárate y Florian de Ocampo, le hace inferir que el último hizo este servicio al primero. Pero por mas que pueda haber ganado la obra impresa como composicion literaria, como libro de referencia y autoridad es mejor la manuscrita, que parece no tiene tanta penetracion, ó á lo menos que no se calcularon tanto las consecuencias. Así su valor para la historia conduce á Muñoz en una nota á sus fragmentos á anunciar su propósito de publicar todo el manuscrito.)

Vista é entendida por nos el mariscal Francisco de Albarado, maestre de campo deste real exército, el Licenciado Andres de Ciauca, oidor de S. M. destos reinos, é subdelegados por el muy ilustre señor el Licenciado Pedro de la Gasca, del consejo de S. M. de la santa Inquisicion, presidente destos reinos é provincias del Perú, para lo infra escripto, la notoriedad de los muchos graves é atroces delitos que Gonzalo Pizarro ha cometido é consentido cometer á los que le han seguido, despues que á estos reinos ha venido el visorrey Blasco Nuñez Vela, en deservicio é desacato de S. M. é de su preminencia é corona real, é contra la natural obligacion é fidelidad que como su vasallo tenia é debia á su rey é señor natural, é de personas particulares, los cuales por ser tan notorios del dicho no se requiere órden ni tela de juicio, mayormente que muchos de los dichos delitos consta por confesion de dicho Gonzalo Pizarro é la notoriedad por la informacion que se ha tomado, é que combiene para la pacificacion destos reinos é exemplo con brevedad hacer justicia del dicho Gonzalo Pizarro.

Fallamos atento lo susodicho junta la disposicion del derecho, que debemos declarar é declaramos el dicho Gonzalo Pizarro haber cometido crímen laesae majestatis contra la corona real de España en todos los grados é causas en derecho contenidas despues que á estos reinos vino el Virey Blasco Nuñez Vela, é así le declaramos é condenamos al dicho Gonzalo Pizarro por traidor, é haver incurrido él é sus descendientes, nacidos despues quel cometió este dicho crímen é traicion los por línea masculina hasta la segunda generacion, é por la femenina hasta la primera, en la infamia é inabilidad é inabilidades, ó como á tal condenamos al dicho Gonzalo Pizarro en pena de muerte natural, la qual le mandamos que sea dada en la forma siguiente: que sea sacado de la prision en questá cavallero en una mula de silla atados pies é manos, é traido públicamente por este real de S. M. con voz de pregonero que manifieste su delito, sea llevado al tablado que por nuestro mandato esta fecho en este real, é allí sea apeado é cortada la cabeza por el pescuezo, é despues de muerta naturalmente, mandamos que la dicha cabeza sea llevada á la ciudad de Los Reyes como ciudad mas principal destos reinos, é sea puesta é clavada en el rollo de la dicha ciudad con un retulo de letra gruesa que diga, «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que se hizo justicia del en el valle de Aquixaguan, donde dió la batalla campal contra el estandarte real; queriendo defender su traicion é tirania; ninguno sea osado de la quitar de aqui so pena de muerte natural.» E mandamos que las casas quel dicho Pizarro tiene en la ciudad del Cuzco..... Sean derribadas por los cimientos é aradas de sal; é á donde agora es la puerta sea puesto un letrero en un pilar, que diga, «Estas casas eran de Gonzalo Pizarro, las cuales fueron mandadas derrocar por traidor, é ninguna persona sea osado dellas tornar á hacer y edificar sin licencia espresa de S. M., so pena de muerte natural.» E condenamosle mas en perdimiento de todos sus bienes, de cualquier calidad que sean é le pertenezcan, los quales aplicamos á la camara é fisco de S. M. é en todas las otras penas que contra los tales están instituidas. E por esta nuestra sentencia definitiva juzgamos é así lo pronunciamos é mandamos en estos escritos é por ellos. —Alonso de Albarado; el Licenciado Ciauca.

FIN DE LOS APÉNDICES.



INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION. — OBSERVACIONES PRELIMINARES SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS INCAS.

LIBRO II.

DESCUBRIMIENTO DEL PERÚ.

LIBRO III.

CONQUISTA DEL PERÚ.

LIBRO IV.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES.

LIBRO V.

ARREGLO DEL PAIS.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

APENDICES.

DOCUMENTOS ORIGINALES.



VOCABULARIO ALFABETICO

DE LA

HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL PERÚ

POR

GUILLERMO H. PRESCOTT.

La página en que figura el vocablo está indicada por el número árabe, y la columna por el romano.